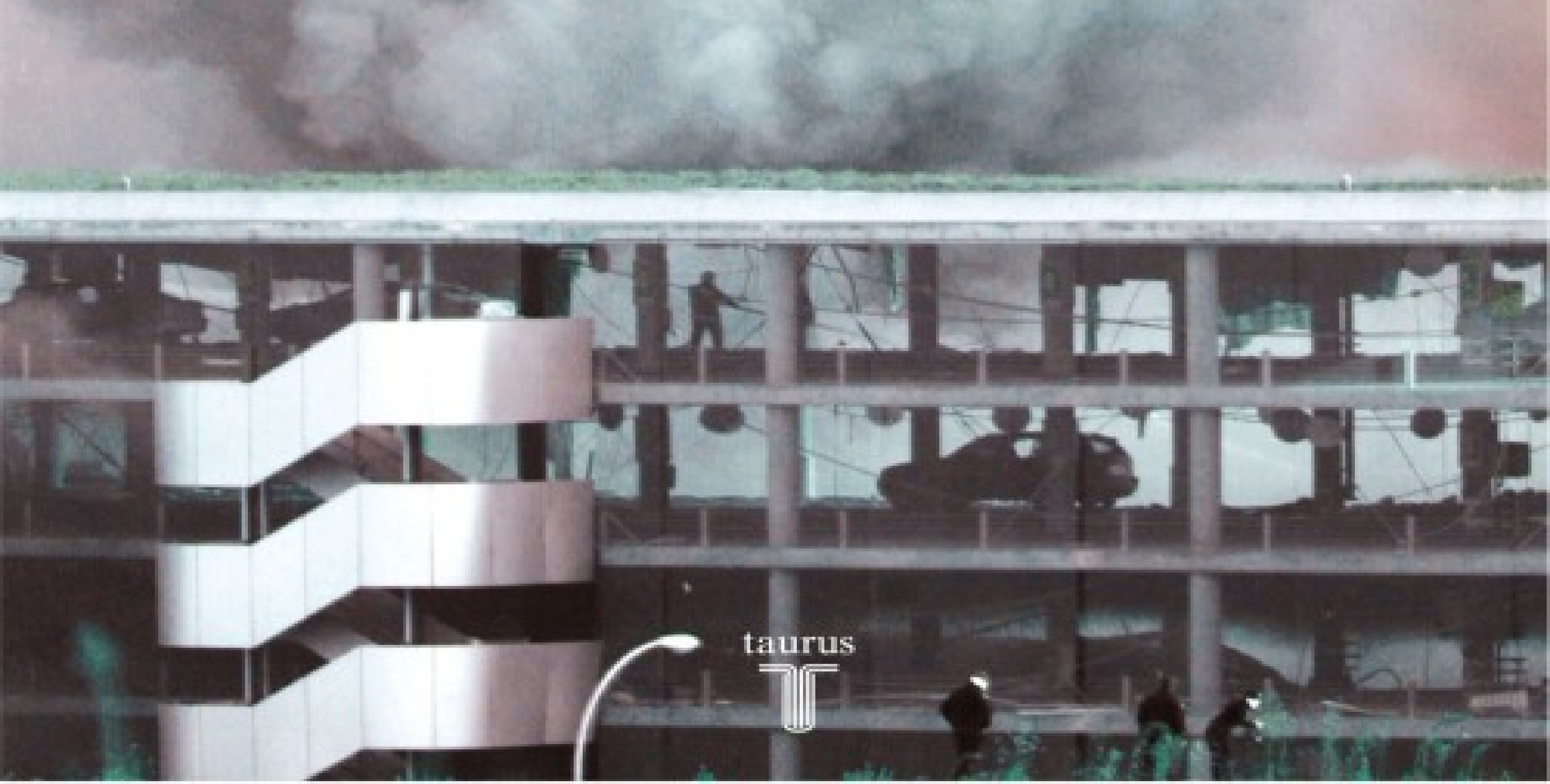
Michael Burleigh

SANGRE Y RABIA

Una historia cultural del terrorismo



Michael Burleigh

Sangre y rabia.

Una historia cultural del terrorismo

Traducción de Miguel Martínez-Lage y Natalia Rodríguez-Martín
Taurus historia
Título original: Blood y Rage. A Cultural History of Terrorism
© Michael Burleigh, 2008 © De esta edición: Santillana Ediciones Generales, S. L., 2008 Torrelaguna, 60. 28043 Madrid Teléfono 91 744 90 60 Telefax 91 744 92 24 www.taurus.santillana.es

© De la traducción: Miguel Martínez-Lage y Natalia Rodríguez-Martín Traducción del Prefacio, capítulos 1 a 6 y Coda: Miguel Martínez-Lage Traducción de los capítulos 7 y 8: Natalia Rodríguez-Martín
Diseño de cubierta: Beatriz Rodríguez Fotografía de cubierta: © Getty Images
ISBN: 978-84-306-0675-7
Dep. Legal: M-27355-2008
Printed in Spain — Impreso en España
Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Unigraf, S. L.,
Madrid, España, en el mes de agosto de 2008

En la relación básica que mantienen consigo mismos, casi todos los hombres son narradores [...]. Lo que les gusta es la secuencia ordenada de los hechos, porque tiene la apariencia de obedecer a una necesidad, y mediante la impresión de que la vida posee un «curso» propio logran sentirse en cierto modo cobijados en medio del caos.

Robert Musil, El hombre sin atributos

PREFACIO

Este libro toma como punto de partida el momento en que las organizaciones terroristas ya claramente modernas nacen a mediados del siglo XIX, concediendo un dudoso primer lugar a los fenianos irlandeses. Podríamos también habernos remontado a la secta de los Asesinos, en la Siria medieval, o a la Conjura de la Pólvora, en los albores de la Edad Moderna en Gran Bretaña, pero el conocimiento que tengo de ambas se ha ido desdibujando con el tiempo, y no considero que ninguna de las dos sea particularmente útil a la hora de comprender el terrorismo contemporáneo. Los supuestos de trabajo que se manejan a lo largo del libro son manifiestos en todo momento. Existe más de un centenar de definiciones del terrorismo, y es posible agregar aquellos elementos que se repiten con mayor frecuencia. El terrorismo es una táctica que utilizan ante todo diversos agentes no estatales, que pueden constituir una entidad acéfala o una organización jerárquica, con el fin de generar un clima psicológico de miedo que compense su carencia de poder político legitimado. Se diferencia con claridad, por ejemplo, de la guerra de guerrillas, del asesinato político, del sabotaje por razones económicas, aunque las organizaciones que practican el terrorismo no se hayan privado de recurrir a estas opciones.

Nadie pone hoy en duda que los estados modernos, desde los jacobinos de la década de 1790 en adelante, han sido responsables de las muestras más letales de terrorismo, incluidas las campañas

de contraterrorismo en múltiples modalidades, pero la repetición de esta perogrullada histórica no absuelve a los agentes no estatales. La violencia de Estado actualmente ha pasado a la defensiva, toda vez que son bastantes los ejércitos populares que causan estragos bajo el pretexto de ser islámicos, o revolucionarios populares, o de liberación, o como quieran llamarse. Tampoco nos lleva muy lejos el tópico de que el terrorista de ayer es el estadista de mañana. Quien imagine que Osama Bin Laden evolucionará hacia las posturas, por ejemplo, de Nelson Mandela necesita algo más que un historiador: necesita un psiquiatra. El líder de Al Qaeda no pretende negociar con nosotros, puesto que lo que desea a todos los que no le son fieles y a todos los apóstatas es que se sometan a sus designios o perezcan.

Este libro se centra en torno a las historias, las biografías, las acciones, mucho más que en torno a las teorías que les dieron validez, más o menos de acuerdo con el precepto de san Mateo, en el sentido de que «por sus frutos los conoceréis». Esto no se debe a que rechace o desprecie las ideas y la ideología —más bien todo lo contrario—, sino a que parecen una parte un tanto descuidada del panorama. La ideología es como un detonador que permite que los materiales químicos preexistentes en efecto hagan explosión. Los terroristas toman decisiones a lo largo de su trayecto, y estas decisiones son lo que más me interesa. Por ello, este libro trata sobre el terrorismo como ocupación profesional, como cultura y como forma de vida, aunque obviamente entrañe la muerte para las víctimas de los terroristas y a veces para los propios terroristas, a no ser que cortejen intencionadamente la muerte por medio de operaciones suicidas, como son las de Hamás, Hezbolá o los Tigres Tamiles. El terrorismo es violento, razón por la cual este libro contiene muchos comentarios detallados sobre la violencia, así como materiales con los que se pretende desmitificar y borrar el brillo, el «glamour», que aún pueda adornar a las operaciones terroristas. Algunos terroristas efectivamente matan a otras personas; muchos pasan su tiempo dedicados a blanquear dinero o

a robar vehículos. Como gran parte de estos materiales son de dominio público, no tendrán ningún valor operativo para los aspirantes a terroristas.

En este libro asimismo trato de dejar meridianamente claro, en especial para todo el que pudiera albergar una furtiva admiración por quienes aspiran a cambiar el mundo recurriendo al uso de la violencia, que el medio en que se mueven los terroristas es moralmente sórdido y lo es sin paliativos, cuando no es meramente criminal. Esto es algo que resulta particularmente evidente en los capítulos dedicados a los nihilistas rusos, a la banda Baader-Meinhof, a los terroristas tanto lealistas como republicanos de Irlanda del Norte. El objetivo no expreso de introducir un caos capaz de transformar la situación previa es precisamente el elemento en el que los terroristas se sienten más a sus anchas. La destrucción y la autodestrucción constituyen una compensación fugaz de un agravio real o imaginario, o bien de quejas más abstractas, que son las causantes de su rabia e histerismo. Tal como han puesto de manifiesto inacabables estudios sobre la psicología del terrorista, todos ellos padecen un desequilibrio moral, sin entrar ni mucho menos en el campo de la psicosis clínica. Si ese desequilibrio une a la inmensa mayoría de los terroristas, sus víctimas habitualmente tienen una cosa en común, al margen de su clase social, de su postura política o de su fe religiosa. Se trata del deseo de llevar una vida ajena a todo lo excepcional, entre sus familiares y amigos, sin que un perdedor radical y resentido —que puede ser un perdedor millonario, encerrado en sus engañosas ilusiones de victimismo— aspire a destruirlos o a desfigurarlos con tal de avanzar hacia un mundo cuya existencia prácticamente nadie desea. Esto es algo que une a las víctimas del terrorismo tanto en Argel como en Bagdad o El Cairo, pasando por Londres, Madrid y Nueva York, Nairobi, Singapur y Yakarta. Todas las víctimas sangran y se duelen de la misma forma.

Si este libro aspirase a ser absolutamente exhaustivo, habría sido el doble de extenso, y habría perdido su concentración en el ser

humano. Por ese motivo se omiten algunas cuestiones como son el terrorismo en Latinoamérica, desde los Tupamaros hasta las FARC, y el terrorismo en Estados Unidos, así como el conflicto entre budistas e hindúes en Sri Lanka, si bien el libro contiene algunas alusiones a todos estos asuntos. El lector atento se dará cuenta de que enterradas en la historia hay sugerencias acerca de las medidas políticas que en el pasado han dado los resultados apetecidos y acerca de las que no funcionaron, por ejemplo en lo tocante a la manera de tratar a los terroristas encarcelados, que rutinariamente pretenden convertir las cárceles en universidades, o en lo referente a la manera de desbaratar la financiación de los terroristas favoreciendo el crimen organizado. En este terreno he aprendido mucho de los estudios y los programas que se han llevado a cabo en sitios tan dispares como Italia, Francia, Indonesia, Arabia Saudí y Singapur, estudios y programas cuya existencia e importancia se ignoran rutinariamente. Como éste no es un manual sobre las estrategias de contención del terrorismo, cualquier prescripción que contenga es altamente provisional, como es el caso de la disgregación de los movimientos terroristas aprovechando sus fallas y defectos internos, al tiempo que se hace hincapié en la realidad común del sufrimiento que el terrorismo produce en todas nuestras civilizaciones respectivas. En la medida en que el público apenas tenga reacción alguna a la noticia de que un número X de personas llamativamente semejantes a nosotros en su anhelo por la vida han sido asesinadas por una bomba en Egipto o en Israel, no habrá una respuesta global y eficaz ante la actual epidemia. Es esencial una policía que disponga de los presupuestos necesarios, es esencial una respuesta militar coordinada por los servicios secretos, pero también lo son una mejora en la diplomacia internacional y un esfuerzo serio para desradicalizar a los terroristas potenciales, puesto que la Guerra Fría y la Guerra Caliente hoy son paralelas. Los terroristas no sólo han de tener claro que no podrán ganar, como bien se ve en el hecho de que ni siquiera el 11-S afectara demasiado a las operaciones de Wall Street más allá de unos

cuantos días, sino que también han de saber que luchan precisamente contra aquellas sociedades que más y mejor podrían ayudar a sus propias sociedades a superar el lastre de su dependencia intelectual y material de Occidente.

Nada ganaríamos en estas páginas si tratásemos de imponer uniformidad en la ortografía de los nombres árabes. Muchos musulmanes de Occidente tienen cada uno una forma predilecta; las transliteraciones francesas del árabe, por ejemplo, difieren de las inglesas, y existe incluso un debate en torno a la forma más respetuosa de escribir el nombre del Profeta. Mi criterio ha sido el de obrar con coherencia al dar el nombre de cada persona, sin preocuparme de que uno sea Mohammed, otro Mahomed, un tercero Muhammad y así sucesivamente. También he seguido las indicaciones de mis fuentes en cuanto a las medidas, que pueden ser indistintamente del sistema métrico o del sistema imperial[*].

Quisiera dar calurosamente las gracias a Heather Higgins, del Randolph Trust, y a John Raisian, director de la Hoover Institution, universidad de Stanford, por haberme posibilitado la investigación y la escritura de este libro bajo la égida de uno de los principales think-tanks que existen hoy en Estados Unidos. Evidentemente, no es un think-tank que respalde la ética mojigata del *New York Times*, lo cual dice mucho en su favor. Andrew Wylie, Peter James y algunos amigos de Harper Collins han hecho de la producción de este libro un auténtico placer, a pesar de que trate de una temática que a menudo tiende a bajarle a uno los ánimos. Entre las personas que me han ofrecido sus perspicaces visiones del tema y que me han dado ánimos desde dentro del medio antiterrorista, quisiera dar en especial las gracias a Shmuel Bar, Paul Bew, Adrián Weale y Dean Godson, así como a otras personas que prefieren permanecer en el anonimato.

Michael Burleigh
Agosto de 2007

VERDE: LOS DINAMITEROS FENIANOS

AMIGOS EN LA OTRA ORILLA DEL OCÉANO

Los agravios y las quejas de los irlandeses contra los británicos en el siglo XIX llegaron a ser muy numerosos. Los británicos habían acuartelado sus tropas en Irlanda, y habían favorecido por todos los medios a los industriosos irlandeses protestantes de ascendencia escocesa instalados en el norte de la isla, pues sospechaban que la mayoría de sus habitantes, católicos, se rebelarían contra ellos con ayuda de cualquier enemigo extranjero a la primera oportunidad que se presentase. Además de los presbiterianos del Ulster, existía una Iglesia protestante de Irlanda, ya establecida, es decir, privilegiada, aun cuando la mayoría de la población era practicante de la religión católica. Existía una espléndida universidad protestante, el Trinity College, en Dublín, mientras que los católicos no tenían una universidad propia. Irlanda formaba parte de un imperio global, pero a menudo se la trataba como si fuera una colonia agraria y cercana, en una isla contigua, en la que los aparceros y los arrendatarios más pobres residían en condiciones de inseguridad crónica, al antojo de los terratenientes ingleses absentistas. Millones de irlandeses habían emigrado a Estados Unidos (y a Gran Bretaña, en permanente proceso de industrialización), donde adoptaron posturas radicalizadas y muy por delante de las que sostenía la mayoría de

los mismos irlandeses. Frente a la virulencia del protestantismo norteamericano reaccionaron volviéndose más agresivamente irlandeses, actitud en la que hallaron compensación por la discriminación de que eran objeto, caricaturizando a los ingleses como normandos modernos y haciendo de la patria objeto de una sentimentalización exacerbada, con sus carretas y vendedores callejeros, sus turberas y sus castillos y sus brumas.

Que todo esto fuese históricamente auténtico se debió en parte a que a partir de 1824 cada paraje figuraba en los exhaustivos mapas del Servicio Británico de Cartografía, mientras que otra interferencia de los británicos, con la confección del censo nacional, dio por irónico resultado un acusado incremento del nacionalismo cultural irlandés. Los sucesivos censos dieron lugar a revelaciones asombrosas. Así como en 1845 la mitad de la población hablaba el irlandés (gaélico), en 1851 el porcentaje se había reducido a un 23 por ciento, cifrándose por debajo del 15 por ciento cuarenta años más tarde. La Liga Gaélica nació del deseo de fomentar una literatura patriótica, irlandesa al cien por cien, en una época en la que las estrellas más brillantes del firmamento literario eran los nacionalistas protestantes, angloirlandeses, como J.M. Synge, Sean O'Casey o W.B. Yeats [1].

Muchas de las complejidades en las que estaba envuelta la Irlanda real, por oposición a la sencillez de la Irlanda imaginaria, se perdieron en su traducción a la otra orilla del Atlántico al tiempo que los corazones de los afectuosos se colmaban de odio. Los voluntarios irlandeses del ejército británico, repleto de capellanes militares también católicos, fueron condecorados con un número desproporcionado de Cruces de la Victoria durante la guerra de Crimea. En 1869, los liberales ingleses e irlandeses, encabezados por el primer ministro William Ewart Gladstone, de la Alta Iglesia Anglicana, se coaligaron con los no conformistas británicos en materia de religión para desestabilizar la anómala Iglesia de Irlanda. Debido en parte al ingenio y a las disrupciones de un comité de parlamentarios ingleses en la Cámara de los Comunes, gracias al

liderazgo de Charles Stewart Parnell, y también a la delincuencia rural endémica, las Leyes Territoriales sirvieron para aliviar la inseguridad de los terratenientes más modestos. Por último, fueron cada vez más los políticos británicos, encabezados al final por el propio Gladstone, que se dejaron convencer de que el futuro de Irlanda estaba en mayor o menor medida en el llamado Home Rule, o autogobierno, de modo que la separación legislativa beneficiase tanto a Inglaterra como a la propia Irlanda, mientras los dos países seguirían unidos en un nivel superior, en lo tocante a la defensa o a la política exterior, por medio de un parlamento imperial que seguiría teniendo su sede en Westminster. Esa perspectiva, que comenzó a ser muy real en vísperas de la Primera Guerra Mundial, fue suficiente para que la mayoría protestante del Ulster quisiera abastecerse de armas alemanas para mantener su pertenencia a un eje más desarrollado e industrializado, el eje Belfast-Glasgow-Liverpool, y desvincularse si fuera preciso del sur de la isla, sumido en la ignorancia y controlado por el clero [2].

El terrorismo irlandés surgió a partir de una venerable tradición insurgente que de un modo manifiesto ya no funcionaba como era de desear a mediados del siglo XIX, y que se recrudeció con ahínco a finales de los años sesenta del pasado siglo, tras un periodo de tranquilidad. La historia antigua creó muchos de los mitos y mártires de los Disturbios más recientes, además de crear pautas de comportamiento y de pensamiento que han sobrevivido en el republicanismo irlandés a lo largo de la época que nos ha tocado vivir. Eran muchos los espectros malignos presentes en la historia.

El 17 de marzo de 1858 se fundó en Dublín una organización por iniciativa de un maquinista de ferrocarril llamado James Stephens. Era el día de San Patricio. Al cabo de pocos años, esta asociación se transformó para convertirse en la Hermandad Republicana Irlandesa, aunque esta designación nunca tuvo una circulación tan amplia como la que tuvo el nombre de «fenianos», con el cual se hacía referencia a una banda mitológica de guerreros irlandeses anteriores al cristianismo, la Fianna, de consistencia más o menos

similar a las leyendas románticas que corrieron en Inglaterra acerca de los caballeros de la Tabla Redonda y el rey Arturo. Para los ingleses, su significado no era otro que el de una banda ruin y abyecta de malhechores y desesperados asesinos. El «fenianismo» abarcó por entonces una gama más o menos amplia de actividades diversas, conjugando la cordialidad inofensiva con el activismo laboral en el extremo legal del espectro, y pasando por los disturbios en el medio rural, la insurrección y el terrorismo ya en los márgenes de la ilegalidad. Incubado en el submundo político de París, o en los barrios bajos de diversas ciudades de la costa este norteamericana, esta cultura estaba sumamente en deuda con la de las sociedades secretas, con sus rituales arcanos, sus juramentos masónicos, su simbología abstrusa, razón principal por la cual la Iglesia católica no se mostró ni mucho menos afín a sus posturas. El objetivo en líneas generales era la liberación de la esclavitud a la que estaba sujeta la raza irlandesa y la consecución de una república irlandesa por medio de la lucha violenta, todo ello dentro del contexto más amplio de la autoafirmación cultural gaélica, a la cual ya se ha hecho alguna alusión [3].

La estrategia, en última instancia tomada de la rebelión de Wolfe Tone en 1798, iba a consistir en transformar las complicaciones que sufriese el imperio británico en oportunidades favorables para Irlanda. Esas complicaciones o dificultades imperiales no iban a ser otras que la guerra de Crimea, el Motín de la India y las guerras de los Zulúes, de Sudán y de los Bóers, así como las crisis de las relaciones Británicas con Francia en la década de 1850, con Estados Unidos en la de 1860 y con Rusia en la de 1870, ya que una guerra con cualquiera de ellas relanzaría las perspectivas para la creación de una república independiente de Irlanda. Si bien el número de héroes irlandeses de la guerra de Crimea parece indicar que esta estrategia había fracasado, los fenianos se envalentonaron por el hecho de que la guerra había expuesto las deficiencias militares de Gran Bretaña, así como la fractura, apenas disimulada, con Francia, que entonces era su aliada. Además de tratar de

proporcionar armas a los zulúes, incluso «los morenos guerreros del desierto» al mando del mahdi pasaron a ser objeto del interés de los fenianos, en una tendencia que aún tendría efecto en el siglo XX, en la forma de los lazos establecidos por el Ejército Republicano de Irlanda, el IRA, con la Organización para la Liberación de Palestina y con Libia [4].

Los fenianos recurrieron a la muy numerosa emigración irlandesa, ya fuera en Gran Bretaña o en Estados Unidos. Entre los emigrados se encontraban refugiados de las adversas condiciones que habían dado lugar a la hambruna a mediados del siglo XIX, de la que muchos irlandeses afincados en Estados Unidos tenían duros recuerdos. La vida en los guetos urbanos de los irlandeses en Estados Unidos (o en las zonas industriales de Gran Bretaña) era muy primitiva. Los irlandeses también tenían una activa y vigorosa aversión a la aristocracia protestante que dominaba en Estados Unidos, realidad que podría explicar su opción por un carácter vehementemente irlandés, que tuvo carta de naturaleza muy extendida en Boston o en «New Cork»[*]. La guerra de Secesión marcó un punto de inflexión sumamente importante, ya que se percibió que Gran Bretaña había prestado su apoyo a la Confederación Sudista en una época en la que unos 150.000 irlandeses americanos combatieron sobre todo en las filas del Norte. Los irlandeses americanos iban a inyectar en el movimiento feniano tanto fondos monetarios como experiencia militar.

El gobierno de Estados Unidos observó una culpable indulgencia en su trato con el terrorismo feniano, comportamiento que habría de seguir igual durante todo el siglo siguiente. A pesar de las protestas del gobierno británico, las autoridades norteamericanas no hicieron nada para impedir que los fenianos en Estados Unidos solicitasen abiertamente fondos para cometer sus ultrajes antibritánicos, sobre todo por medio de la llamada Dynamite Press. Los fenianos tuvieron permiso incluso para utilizar los astilleros y construir un submarino cuyo único objeto iba a ser el acoso de la marina británica. Las autoridades de Estados Unidos rechazaron todos los intentos

británicos por lograr la extradición de fugitivos irlandeses. Todo lo cual equivale a decir que los fenianos habían descubierto una importante táctica terrorista, consistente en servirse de una base benigna, en el extranjero, desde la cual lanzar operaciones terroristas. Las protestas británicas expresadas en Washington tal vez pudieran haberse tomado más en serio caso de que Inglaterra, y Londres de un modo muy especial, no hubiera sido un acogedor lugar de refugio para todas las especies de radicales extranjeros. Los franceses, que reaccionaron con presteza y detuvieron a los partidarios fenianos acuartelados en París, tuvieron la caballerosidad de pasar por alto que las bombas empleadas por Orsini en su intento de asesinato de Napoleón III, en 1857, estaban fabricadas en Birmingham.

En el plazo de seis años, los fenianos tenían más de cincuenta mil partidarios declarados en Irlanda. Allí, el fenianismo a menudo era poco más que un distintivo por el cual uno afirmaba su identidad, además de ser oportunidad para las actividades recreativas politizadas, en el contexto de las cuales los jóvenes varones formaron a la postre una sociedad paralela, basada en los ejercicios militares, las excursiones, los picnics y la adopción de unos modales norteamericanizados nada deferentes para con los sacerdotes, los policías y los terratenientes [5]. Este movimiento dispuso de su propio periódico, *Irish People*, y tuvo en James Kickham al menos un escritor de nota. Al otro lado del Atlántico, permitió a los veteranos desmovilizados de la guerra de Secesión aplazar su regreso a la normalidad civil y actuar en nombre de una Irlanda que había adquirido dimensiones míticas por medio de un distanciamiento notable de sus complejas realidades. En febrero de 1867, un veterano de la guerra de Secesión, además de feniano, el capitán Thomas J. Kelly (él mismo se ascendió al rango de coronel cuando entró en el servicio a Irlanda), ordenó que en toda Irlanda se produjera una serie de levantamientos que habían de darse acompañados por incidentes concurrentes en Inglaterra, y por dos invasiones de Canadá llevadas a cabo en nombre de Estados

Unidos, que se frustraron gracias a los desvelos de un agente secreto británico y del propio gobierno estadounidense.

En uno de estos altercados se habría de producir la toma del castillo de Chester, en el que había un arsenal con treinta mil estanterías de rifles. El plan de los fenianos consistía en apoderarse de un tren para transportar las armas al puerto de Holyhead, donde un barco de vapor las trasladaría a Irlanda. Se cortarían además los cables del telégrafo y se arrancarían las vías del ferrocarril tras el paso del tren, para desalentar toda posible persecución. Los incendios que se provocarían en la ciudad y las interferencias en el sistema de conducción de agua aún habían de generar un caos mayor, en una de las primeras manifestaciones de las campañas terroristas coordinadas que se producirían en el futuro. En el asalto al castillo tomaría parte un núcleo de veteranos norteamericanos curtidos, que contaría con el apoyo de varios centenares de rufianes, los cuales se infiltrarían por tren en Chester, procedentes de Liverpool y de otras ciudades del norte en las que eran muy considerables las minorías irlandesas.

El ataque se frustró antes de comenzar. Avisadas por sus espías, preocupadas por la convergencia de numerosos grupos de jóvenes irlandeses en Chester, las autoridades británicas destinaron soldados y policía a la ciudad, y la mera vista de estos contingentes dio lugar a la dispersión de los fenianos. Arrojaron sus cartuchos, porras y pistolas al río Dee o a la acequia más cercana. La misma revuelta en Irlanda fue aplastada a resultas de la suspensión del derecho de hábeas corpus y la detención de los nacionalistas más destacados, a resultas del incremento de soldados en la isla y del despliegue de embarcaciones para vigilar toda posible aproximación por el Atlántico. Coincidió, para colmo, con la peor nevada que cayó sobre la isla en cincuenta años, a raíz de la cual se desbarató la llegada de los soldados irlandeses de Norteamérica a bordo del *Erin's Hope*. Cincuenta mil soldados británicos, además de los policías, redujeron a unos cuantos miles de fenianos, que antes de ser derrotados pudieron difundir su proclama:

Por lo tanto, declaramos que, incapaces de soportar por más tiempo la maldición del gobierno monárquico, nos proponemos la fundación de una república basada en el sufragio universal, que habrá de garantizar a todos los ciudadanos el valor intrínseco de su trabajo. El territorio de Irlanda, que se halla en manos de una oligarquía, nos pertenece a nosotros, al pueblo de Irlanda, y es a nosotros a quien debe devolverse. También nos declaramos a favor de la absoluta libertad de conciencia y de la separación completa de la Iglesia y el Estado.

[6]

El capitán Timothy Deasy y el coronel Kelly, que entretanto había creado una unidad de asesinos para que se ocupara de los agentes enemigos y de los informadores, fueron en un primer momento detenidos en Manchester por vulnerar la Ley de Vagos y Maleantes. La noticia de la detención se extendió entre la sustancial minoría irlandesa de Manchester, y al poco llegó a oídos de dos oficiales irlandeses de Estados Unidos, Edward O'Meagher Condon y Michael O'Brien. Juntos, organizaron un equipo para proceder al rescate de Kelly y Deasy cuando fueran transportados en un furgón policial, de cara a la vista judicial de sus casos, a otra prisión de la ciudad. Eran seis los policías que viajaban sentados sobre el furgón, del que tiraban los caballos, en el interior del cual iba un sargento llamado Brett, el encargado de las llaves de la jaula cerrada en la que se encontraban los detenidos. Los seguían otros oficiales de policía en otro coche de caballos. Ninguno de los diez policías iba armado.

Se tendió una emboscada al furgón cuando éste pasaba por debajo de un ferrocarril elevado. Nada más dispararse unos cuantos tiros para acabar con el caballo del escolta, éste echó a correr para guarecerse de la agresión. Los asaltantes dispararon entonces contra el cerrojo del furgón y lograron alcanzar al sargento Brett en la cabeza cuando éste se asomó con aprensión por la rejilla de ventilación. Kelly y Deasy se apoderaron de las llaves y se unieron a los asaltantes, que huyeron a la carrera por el laberinto de ferrocarriles de entrada a Manchester. Ninguno de los dos fue capturado, si bien Deasy, con su guerrera gris oscura, sus pantalones grises, su gorra de cazador y sus esposas, posiblemente llamó mucho la atención. Reaparecieron en Estados Unidos, donde se les dio el trato de héroes.

Las autoridades tuvieron mejor suerte al detener a los asaltantes y a muchos de los que les habían prestado apoyo. Fueron veintiocho los acusados que comparecieron en el banquillo ante los

magistrados de Manchester, cinco de los cuales tuvieron que comparecer en un juicio por asesinato, por delitos graves y por ofensas menores. Es indicativo de la seriedad con que se tornó el gobierno el juicio que el procesamiento del ministerio fiscal, que fue de causa común debido a la incertidumbre en cuanto a quién fue el que asesinó al sargento Brett, correspondiera al fiscal general del Estado, al principal funcionario de la Corona en materia de leyes. Tras cinco días de vista, todos los acusados fueron considerados culpables de asesinato y condenados a la ejecución en la horca. La prensa británica logró que una de las condenas se conmutase, porque el convicto tenía una coartada a prueba de bomba, una anomalía que pudo haber afectado a las condenas impuestas a los otros cuatro declarados culpables. Mientras el *Times* opinó que el terrorismo había de «ser repelido por medio del terrorismo de la ley», veinticinco mil obreros afines a la causa de los condenados se manifestaron en petición de clemencia a la Corona en el londinense parque de Clerkenwell Green. Los radicales de clase media, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero, pusieron el dedo en la llaga al señalar la paradoja de que si bien los británicos trataban a cuerpo de rey a un radical italiano como Garibaldi, trataban a sus equivalentes irlandeses como asesinos corrientes, lo cual constituye una manifestación temprana de la afirmación según la cual el terrorista de ayer es el estadista de mañana. Personalidades famosas como Charles Bradlaugh, John Stuart Mili y Karl Marx firmaron las peticiones de clemencia. Dos días antes de que se procediera a la ejecución, el único norteamericano entre los convictos —Condon— fue exonerado de toda culpa para evitar complicaciones diplomáticas con Estados Unidos.

Entretanto, se desmontó un tramo de unos diez metros del muro de la prisión, en el cual se encontraba elevado el cadalso, una construcción de vigas de madera envuelta en telones negros. A la mañana siguiente, quinientos soldados y dos mil policías se interpusieron entre el cadalso y el concurrido público que quiso asistir a la ejecución. Otras unidades del ejército tomaron posiciones

por toda la ciudad. Era muy densa la niebla cuando los tres hombres fueron conducidos al cadalso tras subir los treinta y cinco o cuarenta peldaños de la escalera, para asistir a la cita que tenían con William Calcraft, el verdugo alcohólico, de cabello cano, cuya siniestra especialidad consistía en saltar a la espalda de los hombres a los que no se les hubiera partido el cuello en el instante de ser ahorcados. Los tres hombres fueron colgados a la vez. Alien murió en el acto. Calcraft bajó para acabar con Larkin, pero un sacerdote católico le impidió que prestara el mismo servicio a O'Brien, el cual se asfixió debidamente pasados tres cuartos de hora.

Friedrich Engels, cuya esposa era feniana, escribió que «lo único que les faltaba a los fenianos eran mártires, y ahora se los han proporcionado». La indignación que produjeron las ejecuciones se hizo sentir en Estados Unidos, Australia, Canadá, Suráfrica y Nueva Zelanda, así como en toda Europa. En Irlanda se celebraron procesiones fúnebres con grandísima asistencia de público, lo cual hace pensar que la jerarquía católica había modificado sus anteriores condenas de los «socialistas» ateos y fenianos y estaba a favor de respaldar el nacionalismo sentimental irlandés de que a menudo hacían gala sus propios curas. La muerte de Brett se consideró en tales círculos un mero daño colateral.

Los fenianos dispersos por Inglaterra resolvieron redoblar sus actos de violencia, en anticipación de lo cual se procuraron más armas. En esta empresa fue crucial otro veterano de la guerra de Secesión, Ricard O'Sullivan Burke, que había combatido en Bull Run y en el Appomattox antes de pasar a ser el procurador de armas para los fenianos en Birmingham, ciudad en la que, haciéndose pasar por «el señor Barry» o «el señor Winslow», adquirió las armas actuando presuntamente en nombre del gobierno de Chile. Burke fue identificado entre los detectives de Scotland Yard cuando se encontraba en Bloomsbury, en pleno centro de Londres. Tras una escaramuza, fue arrestado junto con su cómplice, Joseph Casey, en Woburn Square. Burke fue retenido en el penal de Clerkenwell, una de las dos prisiones de la zona en la que

abundaban los artesanos radicales ingleses, los lecheros galeses y muchos inmigrantes irlandeses, italianos y suizos. La zona era famosa por los talleres de relojería y por las imprentas, así como por las manifestaciones que se convocaban en el parque. El penal, que tenía un patio para que los presos hicieran ejercicio, estaba rodeado por un muro de un metro de grosor en la base y siete y medio de altura. En paralelo al muro había casas de alquiler en uno de los laterales, que formaban dos calles llamadas Corporation Lañe y Corporation Row.

Con la ayuda de algunas visitantes femeninas, entre ellas su hermana, una vez encarcelado Burke tomó contacto con los fenianos de Londres, con los cuales cruzó mensajes escritos con tinta invisible. E ideó su propio plan de escape. En el patio había reparado en que el muro exterior se había debilitado en un trecho cuando unos operarios enterraron unas tuberías bajo la calle perimetral. La intentona de fuga la encabezó otro veterano de la guerra de Secesión, James Murphy, que había pertenecido al 20° Regimiento de Infantería de Massachusetts, y que junto con un feniano de Fermanagh llamado Michael Barrett se sirvió de las limosnas recolectadas en el cepillo de una iglesia para procurarse una enorme cantidad de pólvora. Estas adquisiciones alertaron a la policía acerca de lo que se estaba preparando, aunque también tenían infiltrados agentes en la conspiración feniana.

El 12 de diciembre de 1867, Murphy y dos ayudantes introdujeron una carretilla cubierta por una lona por las oscuras e invernales calles de Clerkenwell. Llevaban en ella un barril de queroseno, con capacidad para ciento sesenta litros, lleno de pólvora. Lanzaron por encima del muro una pelota blanca, la señal que esperaba Burke —que se encontraba dando vueltas por el patio, simulando que hacía ejercicio— para hacer un alto y fingir que se quitaba una piedra de la bota. En el exterior de la prisión, Murphy prendió la mecha, que chisporroteó y se apagó. Asumiendo una de las labores más peligrosas que se pueden llevar a cabo con la pólvora, explosivo cuyo mayor inconveniente es que se humedece

con bastante facilidad, volvió dos veces más a prender la mecha, que era cada vez más corta. A la postre, los tres asaltantes dieron por imposible la tarea y se marcharon; dentro del muro de la prisión, Burke fue devuelto a su celda.

El viernes día 13, a las tres y media de la tarde, el barril y la carretilla aparecieron de nuevo junto al muro de la prisión. Algunos de los niños que estaban jugando por la calle fueron invitados a lo que iba a ser un espectáculo de fuegos de artificio. Uno de los asaltantes, vestido con un gabán marrón y un sombrero negro, llegó a encender la mecha empleada para detonar el barril tomando el fuego de un muchacho que fumaba un cigarrillo. Aunque se trate de un explosivo bajo y no alto, según los expertos, y que genera lo que se suele llamar un acontecimiento de combustión, la pólvora emite una onda expansiva prolongada y propulsora, muy útil para hacer reventar las rocas de una cantera o para lanzar algún proyectil con un cañón. Cuando estalló la bomba, la mayor parte de la fuerza del explosivo se descargó contra las viviendas de alquiler de enfrente, y no contra el muro de la prisión, aunque de éste se desprendió una cuña invertida, de unos dieciocho metros de longitud en su parte superior y muchos menos en la gruesa base del muro. La grieta abierta en éste fue irrelevante, ya que, como medida de precaución, las recelosas autoridades de la cárcel habían realojado a Burke y a Casey en celdas situadas en la parte más lejana. La explosión se oyó en el barrio de Brixton, al sureste del Támesis, y, según un hombre que escribió una carta al director del *Standard*, se oyó incluso a sesenta kilómetros de distancia. Llegaron cincuenta bomberos para abrirse camino en medio de los escombros, mientras cientos de policías se arremolinaban en los alrededores. Los guardias tomaron posiciones en torno a la cárcel. Se excavaron y se dejaron al descubierto las conducciones del gas para que los bomberos pudieran entrar bajo los escombros. Perdieron la vida tres personas, una niña de siete años llamada Minnie Abbott, un ama de casa de treinta y seis años, llamada Sarah Hodgkinson, y un hombre de cuarenta y siete años, William Clutton, que trabajaba como

artesano del latón. Muchísimos más sufrieron heridas terribles, por ejemplo fracturas de los huesos faciales, aunque una niña de ocho años que llegaba en ese momento a su casa con un cántaro de leche sufrió terribles laceraciones en la rodilla. A un niño de once años hubo que amputarle ocho dedos. Las muertes de las personas residentes en los alrededores ascendieron en total a doce a lo largo de las semanas siguientes, mientras muchos centenares sufrieron heridas de diversa consideración. Habían resultado gravemente deterioradas cuatrocientas viviendas. Corrieron diversos rumores sobre la intención de los fenianos de volar el Arsenal de Woolwich, la Torre de Londres y el Minster de York, la catedral gótica más grande del norte de Europa. Cincuenta mil policías especiales se presentaron voluntarios para patrullar las calles, y no pocos funcionarios salieron armados. Se recogieron siniestras conversaciones en el *Spectator* sobre la necesidad de hacer despliegue de bayonetas, aunque esta revista había mostrado una clara simpatía por la nobleza demótica de la revuelta feniana declarada en Irlanda. Con más pragmatismo, un cura de los alrededores organizó un Fondo de Alivio de la Explosión de Clerkenwell, con el cual se dispensaron ayudas y pensiones a las víctimas y a quienes las habían rescatado [7].

Michael Barrett fue detenido mientras hacía pruebas con un revólver cuando se hallaba en Glasgow. Fue devuelto a Londres. Junto con otras cinco personas compareció enjuicio celebrado en el Old Bailey en abril de 1868. Los procesamientos contra Ann Justice y John O'Keefe los descartó el juez en poco tiempo, y el jurado procedió a declarar inocentes a los otros tres acusados. Sólo Barrett fue considerado culpable de asesinato. Habló largo y tendido antes de que se emitiera la sentencia, poniendo en duda las pruebas y los testimonios que se habían aportado en su contra, y a uno de los testigos lo tachó de «príncipe de los pervertidos». Fue condenado a la horca. En otro juicio, Ricard O'Sullivan fue condenado a catorce años de servidumbre penal. Todos los intentos por conmutar la pena de Barrett se llevaron a cabo en un momento en el que las

autoridades de Australia y de Canadá habían ahorcado a los fenianos que acribillaron a un feniano renegado (que con el tiempo había llegado a ser ministro del gabinete canadiense) e hirieron al duque de Edimburgo en un atentado cuando realizaba una gira por las antípodas. Barrett salió de la cárcel de Newgate para ser ejecutado en una espléndida mañana de mayo, y quienes alquilaron asientos en el pub llamado «La urraca y el tocón» pagaron hasta diez libras por localidad, además de cantar «Champagne Charlie» y «Oh My, I've Got to Die». Cuando apareció Barrett, el gentío prorrumpió en vítores, abucheándolo a la vez que daban ánimos a Calcraft. Barrett murió en el acto. Fue el último hombre que tuvo una ejecución pública en Inglaterra. Tras un intervalo de una hora apareció Calcraft —entre gritos que decían «¡Adelante, robacuerpos!»— para bajar el cadáver de la horca. Las campanas de la iglesia del Santo Sepulcro repicaron nueve veces. Había nacido un mártir. Y había nacido también el hábito de llamar «Mick» a cualquier irlandés: en lo sucesivo, los fenianos (y los miembros de la Guardia de Irlanda) fueron conocidos popularmente como los «Mick Barretts».

Al ocupar Barrett su lugar en el martirologio irlandés, los padecimientos de unos ochenta fenianos previamente encarcelados pasaron a ser material de infinidad de leyendas y objeto de complejos cálculos por parte de las autoridades británicas, que, al margen del partido al que pertenecieran, aspiraban a introducir una serie de reformas moderadas en Irlanda: los conservadores de Disraeli se mostraban tolerantes hacia la Iglesia católica y Gladstone por su parte buscaba la aprobación de una reforma agraria y de alguna medida que desestabilizara a la Iglesia protestante de Irlanda. La mayoría de los nacionalistas irlandeses respondieron con llamamientos a la reforma agraria y con reclamaciones de medidas de autogobierno. En los márgenes más extremos de la política irlandesa, los prisioneros fenianos dieron toda clase de quebraderos de cabeza al ingenio desapasionado de los estadistas británicos. La necesidad de mantener la ley y el orden, aunque fuese en definitiva

por medio de la cárcel y la pena capital, precisaba de un equilibrio ante la espiral de violencia a la que podría dar lugar, y también ante las más amplias repercusiones políticas que podría tener en Irlanda y en el extranjero, en especial en Estados Unidos, donde los políticos estaban deseosos de conquistar el voto de los irlandeses de Estados Unidos. ¿Había que tratar a los prisioneros como delincuentes comunes o como presos políticos?

Así como a los presos fenianos se les ahorraron muchos de los rigores disciplinarios de la panoplia victoriana, los que mantuvieron su actitud fueron condenados a un confinamiento en solitario o a los grilletes durante periodos cuya mera longitud parece sumamente cruel. Las informaciones sobre la durísima situación en que se hallaban los presos hincharon las filas de los activistas y los simpatizantes fenianos, pues fueron objeto de emotivas campañas en su recuerdo, campañas que rutinariamente hacían hincapié en los muchos sufrimientos de las inocentes esposas e hijos de dichos presos. A medida que los hechos sanguinarios y fríos que habían hecho a los terroristas responsables de su condena se iban desdibujando de la memoria, la situación de los presos pasó a ocupar el primer plano de las emociones prácticamente en todas partes. La administración de Gladstone a la sazón optó por la sensata táctica de poner en libertad al menos a los peces chicos, de expatriar después a los cabecillas, y de mantener en prisión a los fenianos que habían sido miembros de las fuerzas armadas, por ser ésta una cuestión en la que la reina Victoria se negó en redondo a obrar con lenidad [8].

La rabia desatada ante las «injusticias» y las «indignidades» a las que se sometía vilmente a los fenianos encarcelados también dio lugar a los primeros pensamientos de represalia y de venganza entre sus partidarios. Entre los más iracundos se encontraba Jeremiah O'Donovan Rossa, quien había sido amnistiado en 1871 por el gobierno de Gladstone pese a tener pendiente una condena de quince años de cárcel, con la condición de que emigrase a Estados Unidos. Dipsómano y excesivamente encariñado con el

whisky y los cigarros puros, Rossa se dedicó a lanzar amenazas tan grandilocuentes como sanguinarias, asegurando que iba a reducir todo Londres a un cúmulo de cenizas con la ayuda de una docena de pirómanos, que desencadenarían «el fuego del infierno» sobre la capital del imperio. El errático Rossa, conocido por sus detractores con el sobrenombre de «O'Dinamita», sólo tuvo esporádicas relaciones con el Clan na Gael, una organización secreta con base en Estados Unidos, fundada en junio de 1867 bajo el mando de John Devoy, para oponerse encarnizadamente a todos los irlandeses que se hubieran dejado engatusar para dar su apoyo al Home Rule, al autogobierno restringido.

En 1876, esta sociedad secreta organizó una osada fuga de la cárcel imperial de Fremantle, en la costa oeste de Australia, por parte de seis fenianos encarcelados, que fueron llevados a aguas internacionales en un ballenero registrado en Estados Unidos y llamado *Catalpa*. Su bandera aún se puede admirar en el museo nacional de Dublín. Este golpe propagandístico alimentó la idea de crear un fondo para escaramuzas, un remanente con el que financiar ataques aunque fueran puntuales contra Gran Bretaña y contra sus intereses en el mundo entero; el primero de los proyectos fue una invasión de Canadá, de la que se suponía que Estados Unidos sabría aprovecharse. El resultado fueron unas cuantas escaramuzas de frontera sin mayores consecuencias. Gran parte del dinero del Clan fue alegremente despilfarrado en un maestro de escuela e inventor llamado John Holland, el genio que se ofreció a construir un submarino para los fenianos. Una serie de modelos cada vez más complejos dieron por resultado una serie de barcos inicialmente propulsados por cabos amarrados a un barco de superficie que actuaría como remolcador, y, tras la instalación de los motores apropiados, sin remolcador. Entre las víctimas de diversos accidentes hubo por ejemplo un feniano que, volando en avión, al olvidarse de cerrar debidamente una escotilla, se vio expulsado de la cabina por la succión del aire. La costumbre que desarrolló Holland de pleitear a diestro y siniestro al final llevó al Clan a robar

su embarcación, que entonces se quedó anclada, oxidándose, como una especie de tortuga llena de remaches, mientras otros robaban los motores. Sin embargo, había nacido una idea. En 1900, la embarcación bautizada con el nombre de su inventor, el mismo *Holland*, iba a convertirse en el primer submarino que adquirió la Marina estadounidense.

John Devoy, el dirigente más inteligente del Clan, decidió optar por lo que llamó «Nuevo Rumbo» en 1878, prestando todo su apoyo a Charles Parnell y a su versión constitucional del nacionalismo irlandés, aunque otros elementos de la cúpula de liderazgo se embarcaron simultáneamente en una campaña de terror, como fue el caso de O'Donovan Rossa, con el cual, para complicar aún más las cosas, el Clan ocasionalmente entabló cooperación. Buena parte de la retórica familiar de algunos movimientos terroristas contemporáneos era ya evidente, aunque de forma embrionaria, entre los fenianos de la década de 1880, si bien el hecho de que evitaran el empleo del término «terrorismo» ha supuesto que a los nihilistas rusos se les adjudicara la progenitura de la táctica. Lo cierto es que lo que hicieron los rusos, y no tanto lo que dijeron, era más cercano al asesinato dirigido de las figuras imperiales clave, perpetrado con la idea de aislar al gobierno de la sociedad, con lo que estuvo lejos por tanto de la creación de un clima de pánico masivo con la intención de influir en los procesos políticos del momento [9].

La idea inicial de los fenianos, consistente en la creación de un ejército popular que representara la voluntad oprimida de la nación por medio de la violencia y la insurrección, fue quedando gradualmente arrinconada por la idea de las campañas de terror confeccionadas para minar la moral del enemigo imperial, mucho más poderoso. Este cambio de táctica se debió a que no existía un respaldo sustancial a la insurrección, verdad que inteligentemente fue ocultada dentro del propio análisis de los fenianos: «Deberíamos oponernos a una insurrección general en Irlanda por ser una posibilidad inoportuna, que hay que desaconsejar de plano. Pero

creemos sin embargo en la acción. La causa irlandesa precisa de hombres dispuestos a perpetrar escaramuzas. Precisa de una reducida banda de héroes que inicien y mantengan sin descanso una guerra de guerrillas, hombres capaces de volar por tierra y por mar como seres invisibles, y que caigan con toda su fuerza sobre el enemigo, ya sea en Irlanda, ya sea en la India, ya sea en la propia Inglaterra, siempre que la ocasión se presente». La presunción de la vanguardia ilustrada iba a terminar por ser familiar en toda clase de terrorista moderno.

El arma predilecta de estos terroristas estuvo influida por los atentados de los nihilistas rusos que culminaron en el asesinato del zar Alejandro II, el 1 de marzo de 1881, obra de un grupo de terroristas que lanzaron una serie de explosivos semejantes a las granadas de mano contra su diana. La nitroglicerina la había inventado Ascanio Sobrero, un químico piamontés, que al mezclar glicerina con ácido sulfúrico y ácido nítrico logró un líquido amarillento, de olor dulzón y curiosas propiedades. Una cantidad reducida del líquido le estalló en la cara. Con un método distinto, Sobrero probó una cantidad también pequeña con un perro, que tuvo una muerte agónica, pero que en la improvisada autopsia que se le practicó mostró una enorme distensión de los vasos sanguíneos del corazón y del cerebro. Los médicos de Inglaterra descubrieron con posterioridad que la nitroglicerina podría constituir un gran alivio para el dolor paralizante de la angina de pecho. En la década de 1860, Alfred Nobel, inventor sueco, descubrió la fórmula para estabilizar la nitroglicerina mediante su absorción en un elemento sólido, empleando sustancias como el kieselguhr, el serrín o la gelatina, siendo el producto final de sus descubrimientos el cartucho de dinamita que se comercializó con nombres como el de Atlas. Nobel también inventó detonadores de pólvora para activar la explosión de la dinamita [10].

Rossa, el terrorista feniano, hizo lo posible por relamerse con sus socios ante el lejano resplandor de los asesinos nihilistas rusos, para lo cual anunció en su periódico la convocatoria de cursos de

fabricación de bombas a cargo de un individuo llamado «Profesor Mezzeroff, "el enemigo invisible de Inglaterra"». Mezzeroff era un hombre alto, de rasgos afilados, con el cabello rizado en torno a una calva incipiente y un «bigote hirsuto». Vestido habitualmente con ropas negras y protegido por unas gafas de montura de acero, tenía el siniestro aspecto de un personaje tomado de una novela de Dostoievski o de Conrad. Sus orígenes eran misteriosos, aunque tenía el acento de un irlandés. Su padre era ruso, pero es posible, se dice, que su madre fuera natural de Escocia, de las Tierras Altas, y que disfrutase de nacionalidad estadounidense. A los estudiantes se les animó a pagar 30 dólares americanos por un curso de treinta días de duración para aprender a fabricar dinamita, aunque el entusiasmo de Mezzeroff fuese bastante mayor que sus conocimientos de química. Afirmó que la dinamita «era la mejor manera de que disponen los pueblos oprimidos de todos los países del mundo para librarse por fin de la tiranía y la opresión». Medio kilo de aquella sustancia tenía mucha más fuerza que «un millón de discursos» [11].

En vez de dar lugar a una combustión, con presiones de hasta 6.000 atmósferas que se alcanzan en cuestión de milisegundos, la dinamita causa una onda expansiva con presiones que pueden llegar a las 275.000 atmósferas. Dicho de otro modo, por comparación con la pólvora, una explosión con dinamita es como la diferencia que hay entre ser atropellado, cuando uno va en bicicleta, por un coche o por un tren de alta velocidad. Por si fuera poco, al contrario que los engorrosos barriles de pólvora, la dinamita pesaba poco y se podía ocultar en pequeños contenedores, e incluso podía introducirse en granadas de latón, cuyos fragmentos causarían la muerte o una serie de heridas graves al alcanzar a alguien en su trayecto. A los autores de los atentados también les resultaron disponibles distintos detonadores, al margen de las mechas de pólvora que, además, era preciso prender *in situ*. Entre estos sistemas los había a base de ácidos que se quemaban a través de varias capas de papel introducidas a la fuerza en una serie de tubos;

mecanismos percutores con un temporizador y un revólver; «máquinas infernales» basadas en el principio de un despertador que hacía tic-tac antes de estallar. Todas estas innovaciones permitieron a los terroristas minimizar los riesgos para sus personas por el procedimiento de ensayar la colocación y la huida, aunque el riesgo era muy considerable para todo el que tuviese la desgracia de pasar por allí. Un arma tan letal como ésta comportaría de manera inevitable que hubiera víctimas civiles, víctimas colaterales, por más que se emplease para decapitar a la cúpula dirigente de un estado o bien contra valores estratégicos tales como los arsenales y los muelles de embarque. De ahí la formulación anticipada de toda evasiva ética antes de que la campaña feniana hubiera siquiera comenzado. El terrorismo con dinamita iba a ser la táctica de los débiles en un conflicto por lo demás imposible. No había leyes bélicas inmutables, porque la tecnología en constante evolución tendía a que toda ley fuese redundante. Sea como fuere, como Irlanda no era un Estado soberano, los irlandeses se encontraron al margen de las convenciones internacionales e interestatales. Plegándose al espíritu de la era victoriana, la racionalización definitiva fue bien simple: la dinamita representaba el apogeo de la guerra científica. De ahí el respeto en que se tenía a Mezzeroff, más adelante inmortalizado en el personaje de «el Profesor» por Joseph Conrad, en su novela titulada *El agente secreto*.

Tanto Rossa como el Clan se embarcaron en sendas campañas de terror, empleando a terroristas irlandeses de Norteamérica, y no a simpatizantes fenianos radicados en la propia Irlanda o en las islas Británicas, considerados entonces demasiado susceptibles de infiltración por parte de detectives y agentes secretos británicos, algunos de los cuales, como Henri le Carón, operaban al otro lado del Atlántico [12].

Aquéllos no fueron ataques realizados al azar contra objetivos individuales de más o menos renombre, sino campañas llevadas a cabo con su propio ritmo, con golpes múltiples y sucesivos, cuyo objeto era, en efecto, la extensión de un clima de miedo, de pánico.

El objetivo inicial fue escogido en aras de su valor simbólico: un barracón del ejército en la ciudad en la que habían sido ahorcados tres mártires de la causa irlandesa. El 14 enero de 1881, los terroristas de Rossa atacaron en medio de una densa neblina el Barracón de Regent Road en Salford, aunque la bomba, colocada en un conducto de ventilación, causó daños sobre todo en una carnicería vecina y en un taller de fabricación de cuerdas, en el que fue asesinado un niño de siete años. Otros ataques realizados en febrero quedaron desbaratados por la intervención de la policía, que hizo un registro a fondo en un barco, el *Malta*, que portaba una carga de cemento procedente de Nueva York, y en cuya bodega encontraron cajas que contenían seis bombas provistas de detonadores con mecanismo de relojería. Tres meses después, un policía atento apagó la mecha encendida de una bomba de pólvora, colocada en una hornacina bajo el Egiptian Hall de la londinense Mansión House. En mayo, una tosca bomba de tubo provocó daños mínimos en el cuartel general de la policía de Liverpool. Un mes más tarde, dos terroristas fueron detenidos cuando dejaron una bomba montada en una conducción de gas de hierro forjado, delante del ayuntamiento de la misma ciudad. Algunos valientes policías se la llevaron a rastras, por las escaleras del ayuntamiento, justo antes de que estallara. Los dos terroristas fenianos fueron condenados uno a doce años de cárcel y otro a cadena perpetua. Además de éste, el único éxito de que disfrutó la policía consistió en descubrir un depósito de armas de los fenianos en unos establos que un tal señor Sadgrove había alquilado a un relojero suizo de Clerkenwell. En él hallaron cuatrocientos rifles, con grabados que representaban el trébol de Irlanda adornando las culatas, así como sesenta revólveres y unas setenta y cinco mil municiones. Sadgrove, o John Walsh, como se llamaba en realidad, fue condenado a siete años de servidumbre penal. Aunque los efectos letales de la campaña de Rossa más bien fueron mínimos, se sumó al horror que causaron los asesinos que en Phoenix Park acabaron con la vida de lord Frederick Cavendish y de Thomas Burke,

miembros destacados de la administración de Dublín, apuñalados con bisturíes por parte de una banda que se hacía llamar los Invencibles de Irlanda, y que se aseguró de sembrar entre el público la angustia y el terror. Razón no les faltaba para esto, porque a los estrafalarios hombres de Rossa se iban a sumar al poco tiempo algunos asesinos con métodos más profesionales, si bien el irreprimible Rossa contribuyó también a financiar este grupo. Su periódico, el*United Irishman*, publicó abiertamente solicitudes de donaciones para la causa terrorista, incluyendo a veces algunas cartas remitidas por los donantes: «Estimado señor, *adgunto* [sic] tres dólares; dos son por mi suscripción anual del "United Irishman", y el otro para comprar dinamita. Me parece que es la solución más eficaz para esa vieja tirana que es Inglaterra. Deseándole a usted y al "United Irishman" todo el éxito, quedo de usted, etc. Thomas O'Neill».

Fuentes de financiación más sustanciosas llegaron del líder del Clan en Estados Unidos, un abogado de Chicago llamado Alexander Sullivan, que sencillamente redirigió algunas de las impresionantes cantidades de dinero que los irlandeses de Norteamérica habían entregado para las actividades rurales de la Liga de la Tierra Irlandesa. Personaje rocoso, siempre armado, con sus botas de vaquero, Sullivan había acabado anteriormente con un hombre que llamó a su esposa «herramienta de los jesuítas», y también disparó contra un rival político en Nuevo México, dejándolo malherido. A pesar de este historial, Sullivan se reinventó en calidad de abogado provisto de ambiciones vicepresidenciales para cualquier partido que estuviera dispuesto a darle cabida. Rossa y Sullivan desataron en efecto campañas paralelas de terror, si bien las fuentes de financiación y parte del personal en algunos casos fueron intercambiables [13].

Los hombres de Rossa atacaron primero a finales de enero de 1883, en Glasgow. Dos grandes bombas destruyeron un gasómetro de la conducción del gas de la ciudad, provocando daños considerables en las industrias vecinas e hiriendo a once personas.

A primeras horas del día siguiente, unos juerguistas que habían alargado la noche anterior se encontraron con una bomba ideada para derruir un acueducto de piedra que servía para que el canal de Forth y de Clyde salvase una carretera. Un soldado de permiso hurgó en una sombrerera ovalada, de hojalata, que le estalló en la cara. Los terroristas se desplazaron entonces a Londres.

Siete semanas después, un policía descubrió otra sombrerera, esta vez junto a las oficinas del *Times*, sitas en Playhouse Yard. Logró darle una patada, lo que provocó que la tosca bomba de lignito no funcionase como estaba previsto. Poco después, cuando el Big Ben daba las nueve, una impresionante explosión arrasó los edificios nuevos del gobierno en Parliament Street. Tanto estos edificios como el cuartel general de la División «A» de la Policía Metropolitana pareció que hubieran sobrevivido a una invasión en toda regla. Gladstone apareció a la mañana siguiente para examinar el desastre. Se estacionaron a partir de entonces policías en todos los edificios clave, para vigilar a las figuras públicas de mayor renombre. Se creó una nueva Rama Especial de Irlanda, al mando del inspector jefe, «Dolly» Williamson, dedicada al terrorismo feniano en exclusiva, con sede en un pequeño edificio en el centro de Great Scotland Yard, un dédalo de callejuelas y patios que se encontraba en el flanco este de Whitehall, donde la Policía Metropolitana sigue teniendo establos para sus caballos. El 21 de mayo, el *Times* publicó una carta de «un dinamitero considerado» en la que advertía que «miles, tal vez millones de ciudadanos inocentes como ustedes habrán quizá dejado de existir antes de que llegue un nuevo mes de abril». Desde Colorado, el corresponsal aconsejó a los británicos que procedieran a la evacuación de mujeres y niños antes de que regresaran los terroristas fenianos [14].

El lazo más débil en toda la campaña de Rossa era el hecho de que los explosivos entrasen de contrabando en Gran Bretaña a bordo de barcos norteamericanos con rumbo a Cork o a Liverpool, procedimiento que permitió a la policía lograr sus mejores éxitos. La siguiente oleada de terroristas, despachada por el Clan de Sullivan,

y no por Rossa, resolvió pasar a fabricar sus bombas en Inglaterra, para no tener que soportar el acoso de las autoridades portuarias tanto en Inglaterra como en Irlanda, en donde habían aumentado las medidas de seguridad. Su líder, el doctor Thomas Gallagher, visitó Gran Bretaña disfrazado de turista norteamericano en 1882. Procedente de una numerosísima familia de emigrantes irlandeses, Gallagher había trabajado en una fundición cuando era adolescente, y había estudiado medicina en sus ratos libres. Poseía la autoridad natural de un curandero en su barrio de Brooklyn, mientras gracias a sus estudios también había adquirido los conocimientos de química necesarios para la fabricación de bombas.

Gallagher envió a Inglaterra a un tal Alfred George Whitehead —o Jemmy Murphy, que era su nombre verdadero— con el fin de que estableciera la cobertura necesaria para una fábrica de bombas. Whitehead alquiló un local en el barrio de Ladywood, en Birmingham, donde montó un falso negocio de pintura y decoración, con pinceles y papel pintado en exposición, para sus posibles clientes, por valor de diez libras esterlinas. Esta cobertura le permitió adquirir grandes cantidades de productos químicos, cuyo olor quedaría enmascarado por los de la pintura y el aguarrás. Algunos proveedores, extrañados, comenzaron a preguntarse por las grandes cantidades que compraba Whitehead de glicerina pura, y repararon en su acento irlandés, en sus uñas sucias, en la ropa mordida por el ácido. Algunos policías de paisano comenzaron a acudir a comprar brochas y papel pintado, hasta que por fin entraron de noche en el establecimiento para tomar muestras de los productos químicos que allí abundaban. Se dieron cuenta de que el ácido les había agujereado los calcetines. La clave más ominosa fue una chaqueta con etiqueta de Brooks Brothers, de Broadway, Nueva York, que tanto entonces como ahora era y es una famosa marca de ropa de caballero.

Aunque tuvieran sujeto a vigilancia al fabricante de las bombas, los policías aún no tenían ni idea de cuál pudiera ser la identidad de los terroristas. Gallagher los había reclutado el año anterior entre los

jóvenes pertenecientes a los muchos clubes fenianos de Nueva York, como el Emerald Club o el Napper Tandy. El propio Gallagher viajó a Inglaterra junto con su hermano Bernard, alcohólico, al cual hizo viajar en la bodega, en tercera clase. Gallagher llevaba 2.300 dólares encima y una carta de crédito por valor de seiscientas libras esterlinas. Junto con su equipo de terroristas hizo varios viajes de Londres a Birmingham para recoger los explosivos que preparaba Whitehead. A pesar de las claras instrucciones del doctor, los integrantes menos inteligentes de su equipo supusieron que era posible verter la nitroglicerina en un saco o en un baúl sin que hicieran falta bolsas de goma para su transporte. En una ocasión echaron cuarenta kilos de nitroglicerina en dos botas de pescar que, atadas con un cordel por el cierre, a la altura de las rodillas, fueron llevadas a Londres dentro de una maleta. Los mozos de cuerda tanto de la estación como del hotel se sorprendieron ante el peso, especulando sobre si la maleta contendría soberanos de oro o lingotes de hierro. La policía siguió a los terroristas a su retorno de Birmingham a Londres, y allí procedió a su detención. Whitehead fue arrestado en su fábrica de bombas. Toda la célula fue condenada a cadena perpetua. En otro triunfo para las autoridades, diez de los llamados «Ribbonmen» de Glasgow (violentos nacionalistas católicos que portaban cintas verdes en la solapa) y dos de sus contactos, irlandeses de Estados Unidos, fueron acusados en diciembre de 1883 por la campaña de bombas colocadas en Glasgow. Una Ley de Sustancias Explosivas mucho más rigurosa comportó que fuese prueba irrebatible de culpabilidad, a pesar de la presunción de inocencia, la simple tenencia de determinados productos químicos o de explosivos ya compuestos.

Estos juicios tuvieron lugar durante el verano, a la vez que se preparaba una última campaña de bombas, concentrada en Londres. El dirigente de este equipo, William Mackey Lomasney, había nacido en Ohio, y había sido amnistiado por las autoridades británicas en 1871, tras cumplir parte de una condena que le fue impuesta por delitos relacionados con la tenencia de armas y el

intento de asesinato. Procedente de una familia de hondas raíces en la insurrección irlandesa —su bisabuelo murió cuando luchaba en la banda de Wolfe Tone—, Lomasney era un hombre de apariencia enclenque, acento arrastrado y un rostro irreconocible, según se dejase la barba o se la afeitase. El equipo de Lomasney dio comienzo a su campaña con el bombardeo de varias estaciones del metro londinense en noviembre de 1883. Las estaciones y los túneles oscuros les proporcionaron abundantes vías de escape para evadirse de su captura, al igual que la presencia de la muchedumbre. Las bombas, colocadas en bolsos de viaje, se dejaban caer ante los vagones de primera clase, y se detonaban cuando los coches de tercera clase pasaban por el punto en el que habían quedado los bolsos. El primero de estos ataques tuvo lugar cuando un tren de la Metropolitan Line salió de la estación de Praed Street, conexión por metro con la estación de ferrocarril de Paddington. Setenta y dos personas que viajaban en los vagones más baratos fueron heridas por las astillas de madera y las esquirlas de cristal. Veinte minutos más tarde estalló otra bomba de parecidas características en un tren de la District Line que partió de Charing Cross con destino a Westminster; causó daños más limitados en las conexiones eléctricas y de agua del propio túnel del metro. Entre los heridos se contaron varios artesanos y tenderos, así como dos escolares de Clacton que pasaban el día de visita en la capital. Entretanto, otro equipo de los fenianos había intodocido los componentes necesarios para la fabricación de bombas en un barco procedente de Francia. En febrero de 1884, cuatro bombas con detonadores de relojería fueron depositadas en las consignas de equipajes de cuatro grandes estaciones de ferrocarril: Charing Cross, Ludgate Hill, Paddington y Victoria. Tres de ellas no llegaron a estallar, aunque la bomba de Victoria devastó la sala de consigna al estallar a la una de la madrugada, cuando la estación estaba desierta. Los terroristas ya viajaban hacia Francia antes de haber dispuesto la explosión de las bombas. La vigilancia policial de los puertos aumentó las medidas de seguridad [15].

Con la ayuda de un informador, la policía arrestó a un irlandés de Estados Unidos llamado John Daly, que portaba tres bombas de dinamita encastradas en recipientes de latón. Su intención había sido arrojarlas desde la galería de los visitantes a la sala de plenos de la Cámara de los Comunes, atentado que, de haber tenido éxito, habría acabado con todo el gobierno y los líderes de la oposición que ocupaban los bancos. Un jurado tardó quince minutos en dictaminar la culpabilidad de Daly. Entretanto, los hombres de Lomasney atacaron en mayo de 1884 el Júnior Carlton Club e hirieron al personal de cocina y no a los miembros del selecto club, reunidos en el domicilio de sir Watkin Wynn, y aún con más audacia atacaron las oficinas de la Rama Especial de Irlanda. Se dejó una bomba en un urinario de hierro forjado, en el pub Sol Naciente, que estaba pared con pared en una esquina de Great Scodand Yard con la sede de la Rama Especial de Irlanda. Causó daños considerables en el edificio y destruyó muchos de los archivos policiales sobre los fenianos. Tras una relativa tranquilidad durante el verano y el otoño, a las seis de la tarde del 13 de diciembre de 1884 explotó una bomba en el extremo suroeste del Puente de Londres, lanzando a los peatones al suelo y abriendo un boquete en la calzada. Los restos de un bote de remos que habían alquilado con anterioridad William Mackey Lomasney y dos cómplices, y que la marea dejó en la orilla del río, indicó que los terroristas habían volado por los aires. El almacén de dinamita de Lomasney, fabricada en San Francisco, fue descubierto en una casa de Harrow Road al cabo de un año.

A comienzos del siguiente año un equipo de terroristas irlandeses de Norteamérica recién formado, a las órdenes de James Gilbert Cunningham y de Henry Burton, de veintitrés y treinta y tres años respectivamente, logró pasar de contrabando treinta kilos de dinamita de la marca Adas, clase «A», cuando llegaron al Reino Unido. La primera de las bombas que colocaron explotó el 2 enero de 1885 en un tren de la Metropolitan Line cuando se acercaba a la estación de Goodge Street. El sábado 24 de enero Burton y un cómplice suyo que se había disfrazado de mujer trataron de colocar

una bomba puramente de distracción en la cripta de la Abadía de Westminster, para permitir que otros terroristas actuasen con entera libertad y colocasen una bomba en la Cámara de los Comunes. De forma prácticamente simultánea, Cunningham se escabulló cuando estaba entre un grupo de turistas de visita en la Torre de Londres y colocó una bomba tras un cañón de la Torre Blanca, en el centro del edificio. El cañón absorbió gran parte de la onda expansiva, aunque cuatro jóvenes turistas salieron heridos. Cunningham fue atrapado cuando huía por el laberinto de murallas y jardines de la Torre; Burton fue detenido poco después. Ambos fueron condenados a cadena perpetua por estos ataques y por las bombas de Gower Street y las cuatro estaciones londinenses. A mediados de marzo de 1885, las autoridades francesas acorralaron y deportaron a los fenianos reunidos al parecer para un congreso sobre el empleo de la dinamita. Entre ellos se encontraba James Stephens, el creador de la organización original, que irónicamente siempre se había opuesto al uso terrorista de las bombas. Los temores de que el gobierno de Estados Unidos fuese finalmente persuadido de obrar de este modo dieron lugar a que el Clan renunciase a sus planes y a otras campañas posteriores. Una última conspiración, obra del implacable Rossa y de un ala escindida del Clan, con la intención de provocar explosiones durante la celebración del quincuagésimo aniversario de la subida al trono de la reina en 1887, fue desbaratada por la infiltración al más alto nivel, en el Clan, de un agente británico.

ABRIRSE CAMINO A GOLPES

Los fenianos, o Hermandad Republicana Irlandesa, se encontraban en el corazón histórico y constituyeron el modelo mitológico de lo que se convertiría en el Ejército Republicano de Irlanda, el IRA. Irónicamente, el éxito de la tradición constitucional a la que se opusieron, aunque no del todo, y que llevó al gobierno británico a la concesión de un Home Rule o autogobierno a Irlanda en 1914, ya había engendrado una respuesta paramilitar de bloqueo

entre los unionistas, esto es, la formación en 1913 de la Fuerza de Voluntarios del Ulster [UVF en sus siglas en inglés]. La insidiosa aquiescencia del gobierno británico con este primer ejército paramilitar —que tuvo vinculaciones con el partido conservador y con las fuerzas armadas británicas— contribuyó a que en Dublín se crearan los Voluntarios de Irlanda, de los cuales una parte se fusionaría con la Hermandad Republicana Irlandesa para dar nacimiento al IRA [16].

En la misma línea que la estrategia feniana ya establecida, consistente en capitalizar los reveses que pudieran aquejar al imperio británico, distintos elementos de la Hermandad Irlandesa y de los Voluntarios de Irlanda —organizaciones que respaldaron a la Alemania imperial en la Primera Guerra Mundial— desencadenaron el Alzamiento de Pascua en 1916, tomando un puñado de edificios emblemáticos de Dublín por espacio de cinco días. Con un millar de insurgentes, esta iniciativa obedeció sobre todo a la intención de desacreditar el pragmatismo constitucional del Partido Parlamentario Irlandés, de John Redmond, que había logrado su objetivo de un autogobierno parcial (aunque el Home Rule quedara en suspenso mientras se prolongase la guerra), y también a la de erosionar al gobierno británico, entonces dominado por los liberales y empantanado en el Frente Occidental en una guerra de la que tanto la Iglesia católica como la mayoría de los irlandeses eran partidarios. Si se considera con el debido desapasionamiento, el Alzamiento respondió a una concepción irremediablemente torcida, pues empezó, de entrada, antes de que hubiera llegado un cargamento de armas alemanas que habría sido crucial, por no hablar de una invasión de Gran Bretaña llevada a cabo por el gallardo aliado de Irlanda, el káiser. Unos mil quinientos hombres tomaron parte en el Alzamiento, lo cual equivale a un 1 por ciento de los voluntarios irlandeses que en aquellos mismos momentos luchaban contra la Alemania imperial en el ejército británico. Pero esto es lo de menos, porque esta crucifixión se había concebido y coreografiado como un sacrificio de sangre que habría de presenciar

el nacimiento de la nación. Fue aplastado con relativa facilidad por medio de los soldados irlandeses del 10° Regimiento de los Fusileros Reales de Dublín, y tuvo un coste de unas 450 vidas de civiles irlandeses, además de 116 soldados y dieciséis policías. Sin embargo, el modo en que se produjo la respuesta judicial pasó a ser, a ojos de los republicanos, la epifanía constitutiva en la creación de un movimiento armado republicano que contó con un apoyo muy extendido entre los católicos irlandeses, que por su parte habían equiparado religión y nacionalismo hasta formar una única entidad sacra y tribal, al tiempo que disimulaban su propio sectarismo católico rabioso. Nunca habían logrado asimilar a precursores protestantes e ilustrados como Wolfe Tone o Robert Emmet dentro de un relato mitológico y nacionalista, además de católico, sobre la Isla Esmeralda. Al producirse el lunes de Pascua, a ojos de los nacionalistas místicos como Padraig Pearse el Alzamiento fue el sacrificio de sangre inevitable para la liberación de Irlanda. En un panfleto titulado Espectros, y escrito en la víspera del Alzamiento, Pearse escribió lo siguiente: «Sólo existe una forma de apaciguar a un espectro, que consiste en hacer aquello que nos pida. Los espectros de una nación a veces nos piden cosas muy grandes; es preciso apaciguarlos al coste que sea». El propio espectro de Pearse ha tenido su apaciguamiento desde entonces, sobre todo en los ritos animistas de los funerales de los miembros del IRA, pero también lo ha tenido a expensas de personas vivas que murieron a pesar de su inocencia [17].

Las consecuencias judiciales del Alzamiento sólo sirvieron para engendrar «el máximo resentimiento, el mínimo miedo». Dieciséis de los dirigentes fueron condenados a muerte en diversos tribunales militares, y las ejecuciones se prolongaron durante un periodo insensatamente largo; en dos de los casos, hombres físicamente impedidos de permanecer en pie hubieron de colocarse ante un pelotón de fusilamiento. Si bien el Alzamiento de Dublín apenas suscitó un apoyo nutrido, sí se sintió un ultraje generalizado por el modo en que se procedió a la represión, así como por el

internamiento en cárceles de Gran Bretaña de cientos de los participantes. Su compromiso revolucionario se ahondó en las cárceles de Frognoch y de Reading. Así como el principal ideólogo del Alzamiento, el director de escuela Padraig Pearse, había jugado con los recuerdos de los mártires del pasado en sus diversas proclamas de una república de Irlanda, tanto él como sus quince camaradas ejecutados pasaron a ser mártires de la mitología popular, e inspiración constante de los republicanos todavía a día de hoy. Incluso los marxistas que había entre ellos se aferraron a los crucifijos al morir ante las descargas del pelotón de fusilamiento, realzando de ese modo su atractivo postumo para la mayoría de sus compatriotas.

El Alzamiento habría quedado relegado a la categoría menor de lo que pudo haber sido y no fue si el gobierno británico no hubiera cometido el error de extender a Irlanda el principio del reclutamiento obligatorio para los hombres menores de cincuenta y un años (había estado vigente en el resto del Reino Unido desde 1916), con la intención de poner remedio a las enormes pérdidas causadas por la ofensiva alemana de marzo de 1918 en el Frente Occidental. ¿Por qué iban a estar exentos los irlandeses del combate cuando en cambio se beneficiaban del sistema de pensiones para la vejez, recién aprobado, y del incremento de los precios de los productos agrarios debido a la guerra? Aprobada al tiempo que se estancaron las conversaciones entre los nacionalistas constitucionales, los unionistas y el gobierno británico, la Ley del Servicio Militar relanzó de una manera dramática la fortuna del Sinn Fein en las elecciones generales de diciembre de 1918, en las que un electorado ampliado a más de dos millones de votantes participó por primera vez. El nombre del partido significaba «Nosotros», o «Nosotros solos», dependiendo de cómo traduzcamos del gaélico, y resultaba indicativo tanto de un claro solipsismo como de un tufillo a la Cosa Nostra.

Originalmente un partido no violento, no republicano y nacionalista, con un excéntrico entusiasmo por la monarquía dual

del imperio austrohúngaro, que llegó a proponer como modelo para regir las relaciones entre Gran Bretaña e Irlanda, el Sinn Fein obtuvo el 48 por ciento del voto en la totalidad de Irlanda, si bien llegó a tener un sorprendente 65 por ciento en los veintiséis condados del Sur que iban a convertirse en el Estado Libre de Irlanda. Para entonces, el partido había sido secuestrado por los dirigentes que sobrevivieron al Alzamiento y a sus represalias, con un Eamon de Valera —devuelto del cautiverio en Gran Bretaña— que llegó a ser presidente del partido en el congreso de octubre de 1917. Además de reconfigurarse como partido republicano, el Sinn Fein quedó formalmente ligado al separatismo militante cuando De Valera fue elegido presidente también de los Voluntarios de Irlanda, que en 1919 pasaron a ser el IRA. Crearon un parlamento alternativo, llamado Dáil Eireann, que se reunió el 21 de enero de 1919 y promulgó una Declaración de Independencia. Tres meses después, De Valera fue nombrado presidente del Consejo de Ministros, el Gobierno Provisional de los rebeldes, en el cual tuvieron sitio propio otras lumbreras como Michael Collins, W. T. Cosgrave, Arthur GrifFith y Constance Markievicz. Los ministros realizaban sus operaciones desde pisos situados encima de una tienda o en casas particulares para evitar la posible detención por parte de los británicos. Los partidarios del Sinn Fein organizaron sigilosamente un sistema paralelo de tribunales y de gobierno local con la intención de anular el poder del Castillo de Dublín, el símbolo del dominio imperial. El IRA inició una campaña militar en la que se combinaron elementos de la guerra de guerrillas con el terrorismo.

Aunque el IRA tenía una estructura de mando militar que tomó por modelo la del ejército británico, no fue suficiente para sojuzgar los deseos de las bandas locales, ansiosas por matar a los representantes de las fuerzas de la Corona. Una unidad del IRA, en Tipperary, asesinó a dos oficiales de la Policía Real de Irlanda en enero de 1919, primer atentado de lo que iba a ser rápidamente una muy fea espiral de violencia. El IRA llevó a cabo una sistemática campaña de terror, comenzando por los ataques contra los oficiales

de policía que trabajaban aislados, así como contra un detective de la Policía Metropolitana de Dublín. Este posicionamiento se desarrolló y dio lugar a ataques a mayor escala contra los barracones de la policía, en una estrategia destinada a cortar toda posible conexión entre la policía y la población, y a dar al IRA la condición de autoridad alternativa. Aplicando esta cuarentena de los medios policiales, las mujeres que tenían relación con los policías, o que simplemente cocinaban para ellos, fueron amenazadas de muerte, o bien se les afeitó la cabeza. Una mujer de setenta años que informó a la policía de una emboscada que tenía planeada el IRA murió de un disparo. En un ambiente paranoico por los espías y los quintacolumnistas, personificado por la Iglesia de Irlanda y las Iglesias metodistas, las logias de la orden de Orange y los templos masónicos, la minoría protestante de Irlanda pasó a ser objetivo del terror, y una tercera parte del total se vio obligada a huir de sus domicilios en estos años. Todo este clima se produjo sólo en parte como respuesta a la política de los británicos, consistente en quemar las casas de los rebeldes conocidos, aunque no llegara al extremo de la limpieza étnica que tuvo lugar en Esmirna en los años veinte o en la Yugoslavia de la década de los noventa.

Fueron los clásicos años del romanticismo del pistolero, una figura con chaqueta de cuero o con gabardina, armada con una pistola, un rifle o una metralleta de las llamadas «Tommy». Era un subfusil ametrallador de fabricación norteamericana, con un cargador cilindrico originalmente diseñado para disparar a quemarropa y despejar las trincheras enemigas durante la guerra, pero que, al ser fabricada cuando ya era tarde para su utilización en el Frente Occidental, adoptaron como arma predilecta los gánsteres de Chicago. No servía de nada en un tiroteo a campo abierto. Entre los aspectos del aprendizaje de su manejo estaba el relativo a que un arma del 45 es mucho más útil en un asesinato a bocajarro que una del 38. La mayoría de los más o menos mil voluntarios del IRA eran jóvenes; eran católicos y solteros, con un historial que podía ser el de un dependiente de un comercio o el de un estudiante de

medicina. Muchos habían prestado servicio en las fuerzas armadas británicas, o bien se habían educado con la congregación de los Hermanos Cristianos. Además de algunos pequeños grupos de asalto, había columnas itinerantes de mayor contingente que actuaban en el campo, y que constaban de rebeldes pagados a jornada completa, liberados de cualquier constricción que les hubiera impuesto el ser miembros de una familia o de una comunidad. La organización femenina Cumann na mBann aportó un crucial servicio de inteligencia, así como atenciones de enfermería, cuidados materiales y apoyo durante todo este periodo [18].

Gran parte de toda esta violencia tuvo un carácter de venganza al más puro estilo del «ojo por ojo» en una sociedad en la que abundaban los odios fermentados desde tiempo atrás. Cuando un oficial de policía fue asesinado por el IRA, unos misteriosos asesinos acabaron con la vida de Tomas McCurtain, alcalde de Cork y a su vez alto mando del IRA. Su sucesor, Terence MacSwiney, fue encarcelado por sus actividades en el IRA, y murió en el septuagésimo quinto día de su huelga de hambre en la cárcel de Brixton, en Londres. Un tendero y un amigo suyo se negaron a participar en el culto cuando entrañó el arrodillarse obligatoriamente, como las mujeres, y orar por el alma del bendito MacSwiney delante de un capuchino barbudo. Ambos fueron asesinados por el IRA. Tras tirotear a la mayor parte de la División Metropolitana «G» de Dublín, que era la encargada de los delitos de tipo político, los pistoleros del IRA —entre ellos el futuro *taoiseach* (primer ministro) Sean Lemass— atacaron el servicio de inteligencia británico en Irlanda y acabaron con la vida de doce oficiales del ejército (de forma particularmente llamativa) cuando se encontraban durmiendo en sus domicilios, en lo que pasó a ser conocido como el Domingo Sangriento, el original. La mayoría de las víctimas fueron colocadas en el depósito de cadáveres, vestidas aún con pijamas ensangrentados. Estas matanzas quisieron ser una represalia por la ejecución de un estudiante de medicina, Kevin Barry, condenado por asesinar a un soldado aún más joven que él. Algunas de las

víctimas no tenían nada que ver con el servicio de inteligencia, a menos que actuasen disfrazados de veterinarios que habían ido a Dublín a comprar mulos. Encolerizados por esta agresión, los británicos devolvieron el golpe en Croke Park, la meca del fútbol gaélico, cuando durante una persecución de unos miembros del IRA que se habían dado a la fuga dispararon contra la multitud (o se defendieron de los disparos de la multitud: las causas nunca se han aclarado), asesinando a doce personas, incluido un jugador de Tipperary que cayó muerto en el campo de juego. Todo ello fue resultado del despliegue de trece mil veteranos endurecidos en los campos de batalla de la reciente guerra, recolocados como auxiliares de la Real Policía de Irlanda. Fueron los llamados «Black 'n' Tans», es decir, «los de negro y marrón», así llamados por su uniforme de combate, que aportaron cierto vigor y una considerable falta de discriminación al conflicto, tanto que han pasado a formar parte del folclore irlandés y ya fueron repudiados en su día, en tanto fuerza de choque, por algunos de los estadistas británicos de más renombre.

Menos famosos, unos mil hombres del IRA estuvieron asimismo activos en Gran Bretaña, sobre todo en Londres, en Liverpool y en la región del Tyne. Entre sus planes más disparatados hay que reseñar la intención de asesinar a Lloyd George, de introducir un camión bomba en la Cámara de los Comunes o de envenenar a los caballos de los establos del palacio de Buckingham. En la práctica, un centenar de activistas del IRA causaron graves daños en los muelles de Liverpool, destruyendo en total diecinueve almacenes industriales. Entre febrero y julio de 1921 lanzaron una serie de ataques incendiarios coordinados en distintas granjas de los alrededores de Londres y de Liverpool, en respuesta por las represalias de los británicos, que habían quemado granjas de simpatizantes del IRA en Irlanda, además de llevar a cabo constantes ataques contra las líneas de teléfono y de telégrafo y contra los puestos de señalización del ferrocarril. Todos estos ataques provocaron daños por valor estimado de un millón de libras

esterlinas. El IRA quiso abatir a los objetivos militares y policiales más destacados, en especial a Basil Thompson, jefe de la Rama Especial y responsable de la criminalidad política. El 22 de junio de 1922, dos jóvenes del IRA, Reginald Dunne y Joseph O'Sullivan, asesinaron a tiros al mariscal sir Henry Wilson cuando llegaba a la puerta de su casa tras haber pasado la mañana en la inauguración de un monumento en memoria de los caídos en la guerra frente a la estación de Liverpool Street. O'Sullivan tenía una pata de palo a resultas de una herida sufrida cuando prestaba servicio en el ejército británico, en la misma guerra cuyo fin y a cuyas víctimas fue a conmemorar Wilson. Este una vez había hecho un desaire a Michael Collins en una reunión mantenida en el número 10 de Downing Street. A pesar de acabar a tiros con dos policías y con un civil que los persiguieron, los dos asesinos fueron capturados y en agosto fueron juzgados y ejecutados. Los británicos respondieron a esta campaña procurando a cincuenta figuras destacadas la protección de guardaespaldas armados, además de instalar barreras en torno a los edificios del gobierno y al parlamento, y desplegar de vez en cuando contingentes de soldados para vigilar las vías del ferrocarril y los postes del telégrafo [19].

Para entonces, al IRA se le habían agotado efectivamente las municiones y las armas, mientras que los británicos habían logrado capturar a unos 5.500 hombres, del total de efectivos del IRA, que debían de estar en torno a los 7.500. Collins calculó que en un plazo de tres semanas el IRA ya no estaría en condiciones de combatir. Peor aún, el servicio de inteligencia del IRA indicó a la cúpula dirigente que los británicos estaban pensando en triplicar el número de tropas desplegadas en Irlanda, además de imponer al mismo tiempo la ley marcial. Esta suposición y esta realidad condujo al IRA, que llevaba ya mucho tiempo en conversaciones con el gobierno británico por medio de distintos canales seguros, en especial el clero, a tratar de hallar una solución política, aunque fuese una solución que muchos de ellos iban a considerar meramente provisional. Una tregua declarada en el verano de 1921 desembocó

en el comienzo de las negociaciones de Downing Street con el propio De Valera, que éste tuvo la astucia de dejar en manos de Michael Collins. Tras tres meses de conversaciones se alcanzó el establecimiento de los veintiséis condados del Sur en condición de Estado Libre de Irlanda, con una autonomía condicionada por diversos vínculos residuales con la Corona británica, semejantes a los que tenían con la madre patria, con la monarquía británica, los antiguos dominios de Canadá o Suráfrica. Seis, y no nueve, condados del Ulster siguieron perteneciendo al Reino Unido, aunque Collins no perdió la esperanza de que, cuando se trazara la frontera, este remanente quedara reducido a sólo tres, tres condados de difícil viabilidad e indudablemente protestantes. La prontitud con que el gobierno británico trató con individuos a los que poco antes había tachado de asesinos fue digna de mención, así como lo fueron las dilatadas conversaciones que generaron toda suerte de simpatías y un trato humano entre las partes negociadoras. Si acaso fracasaban los diálogos de paz, Lloyd George amenazó con desatar una guerra en toda regla, desplegando todos los recursos del imperio británico en el plazo de tres días.

El Tratado se aprobó en la Dáil por una exigua mayoría, por 64 a 57 votos, lo cual indica hasta qué punto había servido la cuestión para agravar las enemistades personales y políticas preexistentes. Los que dieron su apoyo a la firma del Tratado, entre ellos Michael Collins y Arthur Griffith, partieron del supuesto de que más vale pájaro en mano que ciento volando, y de que la plena independencia se podría lograr a su debido tiempo. En estos círculos, los protestantes de los seis condados del Norte pasaron a ser una cuestión de segunda clase, una inexplicable ampliación de la civilización industrial de Glasgow o de Manchester, en medio de un territorio irlandés que era por vocación idílico y pastoril. Sus adversarios se mostraron más molestos en cambio por la exclusión de los seis condados, o por el fracaso a la hora de lograr una república con independencia plena, basándose en la renuncia a los rasgos simbólicos de la unión que el Estado Libre aún conservó a

pesar de su estatus oficial de «dominio». Las elecciones generales de junio de 1922 confirmaron por abrumadora mayoría las posturas de los partidarios del Tratado. Las estructuras de gobierno se basaron en los ejemplos británicos a la vista, aunque es significativo que no se llegara a crear un Ministerio de Educación. Ese fue el *quid pro quo* de que la Iglesia católica respaldara la creación del Estado Libre, que ya había ideado el nuevo Estado imaginándolo el bastión atlántico de la antimodernidad que en efecto iba a seguir siendo durante medio siglo. El arzobispo Walsh votó a favor del Sinn Fein.

Como lo más puro de las purísimas esencias de lo republicano debía su legitimidad espiritual a los mártires de 1916 y aun antes a un Wolfe Tone que se convirtió en 1798 al catolicismo en su lucha por la independencia, en vez de tener ninguna deuda con las elecciones democráticas, estos purísimos elementos republicanos se aventuraron a continuar con el empeño militar por establecer en efecto una república independiente. Más o menos el 50 por ciento del IRA se fundió con el recién creado ejército irlandés, mientras la mitad restante pasó a formar las tropas llamadas Irregulares, o Republicanas, que fueron los predecesores del IRA moderno. Iban a ser las vírgenes del templo, sólo que armadas, que custodiaran viva la llama de Padraig Pearse [20].

En marzo de 1922, los hombres del IRA que se opusieron a la decisión de la Dáil tomaron una serie de edificios de Dublín, en un simbólico retorno al Alzamiento de Pascua. No pudo aquella intentona conducir a nada bueno, porque el ejército del Estado Libre se desplegó para hacer frente a los insurrectos, empleando armas que les habían proporcionado los británicos. El ejército británico llegó a prestarles un par de cañones. «¿Y cómo es la artillería?», preguntó un hombre del IRA a un veterano de la Revuelta de Pascua. «Ya te acostumbrarás, no está mal», respondió su camarada. La insurgencia de Dublín fue fácilmente reprimida, al igual que en otras ciudades y pueblos. El IRA recurrió a la clase de guerra de guerrillas en el medio rural que junto con sus enemigos, los partidarios del Tratado, había librado recientemente contra los

británicos, aunque una de sus unidades tendió una emboscada y asesinó a Michael Collins el 22 de agosto de 1922. Irónicamente, el Gobierno Provisional recurrió a una serie de medidas tan parecidas a las de los británicos que en nada se distinguían de aquéllas, con el fin de vencer en lo que ya era entonces una guerra civil, si bien, y al contrario que los británicos, contaba con el apoyo de la Iglesia católica, que velozmente excomulgó a los integrantes del IRA. Una resolución en la que se aprobaron poderes especiales vino a perpetuar las draconianas represalias militares que habían comenzado con los británicos, con la Ley de Restauración del Orden en Irlanda aprobada dos años antes. Volvió a comenzar una espiral de violencia. Fueron ejecutados unos setenta y siete cautivos republicanos, sin que se tuvieran en cuenta los servicios que hubieran podido prestar a la causa del patriotismo irlandés. Cuando las autoridades irlandesas asesinaron a Erskine Childers, escritor republicano de cincuenta y dos años de edad, el IRA anunció que los miembros del gobierno y sus partidarios quedaban desde ese momento amenazados de muerte.

La primera víctima fue Seán Hales, diputado de la Dáil favorable a la firma del Tratado. El Gobierno Provisional respondió a su asesinato con la ejecución sumaria de cuatro prisioneros republicanos, con lo que puso fin a ese ciclo concreto de violencia públicamente reconocida. Sin embargo, no bastó ese gesto para detener la encarnizada guerra desatada entre el IRA y las tropas del Estado Libre. Parece que algunas de éstas mataron a prisioneros del IRA amarrándolos a unas minas que hacían estallar bajo ellos. Tal vez entre cuatro mil y cinco mil personas perdieron la vida en la guerra civil, la mayoría pertenecientes al IRA, puesto que las pérdidas militares reconocidas por el Estado Libre fueron unas ochocientas. En mayo de 1925, el IRA proclamó un alto el fuego y ocultó las armas, hecho que llevó al presidente William T. Cosgrave a comentar que los miembros de la organización tal vez estuvieran necesitados de su ayuda «siempre que se les meta en la cabeza entrevistarse con un director de banca». Sea como fuere, en los

círculos republicanos el Alzamiento pasó a ser un mito fundacional que uno podía criticar sabiendo a qué se arriesgaba. En 1926, Sean O'Casey, dramaturgo de clase obrera y protestante, hizo exactamente esto en *El arado y las estrellas*, representada en el Abbey Theatre, el teatro nacional, una década después del Alzamiento. Las esposas y las viudas de los mártires republicanos, incluida la madre de Pearse, armaron un pandemónium tremendo en el escenario cuando la tricolor irlandesa desfilaba a la entrada de una taberna mientras sonaba de fondo el discurso espectral de Pearse en la proclamación de su república. O'Casey abandonó Irlanda y nunca más volvió [21].

Una de las consecuencias inadvertidas de la guerra civil que convulsionó el Sur fue que permitió a los unionistas del Ulster —una secesión dentro de la secesión— la consolidación de la partición formando el estado de Irlanda del Norte. Este hecho se aceleró gracias a la silenciosa retirada de un tercio de los protestantes de los condados del Sur después de una campaña del IRA de asesinatos sectarios mucho menos conocida que las feas revueltas de los unionistas contra los católicos de Belfast. Las ambigüedades y las esperanzas no reprimidas que emitieron los partidarios del Tratado, en el Sur, tuvieron desafortunadas repercusiones en el Norte. Los nacionalistas católicos se abstuvieron de toda implicación política en los años cruciales en que se formó Irlanda del Norte, actitud que permitió a la mayoría unionista abolir la representación proporcional y dividir injustamente, de manera partidista, los acuerdos del gobierno local. Esto alimentó un sentimiento de agravio entre los nacionalistas católicos, por entender éstos que las propias víctimas eran en parte responsables, debido a su deseo de mantener el carácter provisional de la nueva entidad polídca creada en el norte de la isla. A comienzos del siglo XXi ésta sigue existiendo y forma parte del Reino Unido, siendo Belfast, y no Dublín, la ciudad que aparece en los mapas de los partes meteorológicos de la televisión británica [22].

ROJO: NIHILISTAS Y REVOLUCIONARIOS RUSOS

Hacer el bien

Alexis de Tocqueville pensaba que el momento más crítico de la monarquía francesa antes de la Revolución se produjo cuando decidió conceder una serie de reformas limitadas. Esta afirmación es igualmente válida en el caso de la Rusia zarista de finales del siglo XIX. El zar Alejandro II, que accedió al trono en 1855, se embarcó en una serie de medidas de liberalización después de que la guerra de Crimea expusiera de un modo brutal el atraso imperante en Rusia. Sus principales medidas de reforma fueron la abolición de la servidumbre en 1861 y la modernización de los gobiernos provinciales, de los tribunales de justicia y del ejército. Las propias universidades, que bajo el mandato de su severo predecesor, Nicolás I, recordaban más bien una especie de reformatorios socialmente exclusivos, fueron entonces abiertas a estudiantes procedentes de medios sociales más modestos, y además disfrutaron de una época de embriagadora autonomía y autogestión. También fue patente una mano más suave en el régimen ruso que rigió los destinos de Polonia, país entonces dividido, al tiempo que las prohibiciones impuestas a los sectarios en materia de religión y a los judíos se relajaron de manera considerable. A estos últimos se les permitió vivir fuera de los

recintos cerrados que previamente se les habían adjudicado, y los judíos conversos al cristianismo ortodoxo pudieron ser y de hecho fueron nombrados para ocupar puestos de alta responsabilidad.

El descontento proliferó sin embargo porque Alejandro se encontró pronto desgarrado entre el espíritu liberal de estas reformas y la exhortación que le hizo su padre Nicolás en su lecho de muerte: «Consérvalo todo». El zar ni siquiera se paró a considerar ninguna concesión de índole constitucional, con lo que se enfrentó a muchos liberales de orientación occidentalizante, que aspiraban a que se formase alguna clase de gobierno parlamentario. Una cosa era ampliar la educación superior, pero lo cierto es que no se pudo aplicar un incremento correspondiente en los puestos accesibles a los licenciados; muchos licenciados en humanidades tuvieron que conformarse con vivir en un limbo de penuria que no estaba a la altura de sus ambiciones. Del mismo modo, no se dio ningún paso oficial tendente a satisfacer el deseo de muchas mujeres jóvenes y provistas de educación, que aspiraban a tener una profesión de utilidad social o a lograr la ansiada paridad de estima con sus coetáneos del género masculino. De manera mucho más crucial, una vez concluida la excitación que suscitaron estas tímidas reformas, la emancipación de los siervos quedó muy por debajo de las enormes expectativas que se habían forjado, ya que habrían tenido que compensar a sus antiguos señores por la renuncia de éstos a una mercancía tan valiosa como era la mano de obra. Tras renunciar a su autoridad feudal en aras de un edicto del gobierno, los terratenientes se enfrentaron a un ánimo enconado entre los campesinos, que a su vez se sintieron seriamente defraudados. En un pueblo llamado Bezdna, un santurrón que era a medias el idiota del pueblo animó a los campesinos a plantar resistencia a los soldados que habían llegado para hacer valer los derechos de los terratenientes. Afirmó que se encontraba en su poder el «verdadero» edicto, y que lo tenía «escrito en letras de oro». A resultas del enfrentamiento perdieron la vida a tiros cuarenta y un aldeanos y otros setenta resultaron heridos por la intervención

del ejército. A pesar de que había pruebas de que el capitán de los soldados no estaba en su sano juicio, fue sometido a un consejo de guerra y fusilado. En los círculos radicales aumentaron las esperanzas de que esta clase de incidentes, sintomáticos del malestar de los campesinos, desembocaran en una explosión general de violencia en el medio rural. Aunque Alejandro había querido aumentar el autogobierno de Polonia, esta idea pareció solamente dar alas a las manifestaciones nacionalistas, que fueron violentamente reprimidas por los soldados rusos, y alentar el insurreccionismo romántico ya entonces extendido en los círculos polacos. Al igual que en el caso de Gran Bretaña con Irlanda, las complicaciones de Rusia en Polonia —y en el Báltico, en el Cáucaso y en Finlandia— fueron consideradas siempre una buena oportunidad por parte de los radicales rusos.

La política rusa en Polonia osciló entonces entre las concesiones y la represión: estas equivocaciones dieron por resultado el espectáculo aberrante del virrey y el general con mando en plaza en Varsovia, que se enfrentaron en uno de los llamados «duelos a la americana», en el cual, tras sacar la pajita más corta del lote, el general se pegó un tiro en la sien y el virrey renunció a su puesto. A comienzos de 1863 las autoridades rusas percibieron que era inminente una insurrección, al tenor de lo cual decidieron tender una redada entre los jóvenes radicales de Varsovia, a los que condenaron al destierro en las profundidades del interior de Rusia, medida con la que, como era de esperar, desencadenaron la insurrección. Los partisanos polacos fueron aplastados con facilidad por los soldados regulares del ejército ruso. Perdieron la vida veinte mil insurgentes en las reyertas, y en la ofensiva subsiguiente cuatrocientos rebeldes fueron condenados a la horca y otros dieciocho mil al destierro en Siberia. Los auténticos beneficiarios de esta intentona de revuelta no fueron otros que Prusia y Estados Unidos. Alejandro II vio con benevolencia que Bismarck derrotase a Austria y a Francia en nombre de una Alemania unida, mientras que para irritar a los británicos y a los franceses, que habían prestado

respaldo tanto a la Confederación como a los rebeldes polacos, Alejandro vendió a Estados Unidos las tierras yermas de Alaska a cambio de siete millones de dólares estadounidenses. El ámbito en el que definitivamente se amedrentó Alejandro y optó por retirar sus concesiones anteriores no fue otro que el febril medio de las universidades. Al verse ante la evidencia de que los estudiantes estaban ejerciendo una dictadura informal sobre el profesorado, las asambleas estudiantiles quedaron prohibidas y se impuso una limitación al número de estudiantes que recibían enseñanza gracias a los subsidios estatales. Dos generales ya de edad avanzada fueron puestos al frente de la educación superior. Esto desembocó en nuevas protestas estudiantiles, reprimidas a su vez con brutalidad caprichosa, pues la tragedia de Alejandro iba a ser que, tras haber fracasado en el intento por instituir reformas liberales, se demostró incapaz de restablecer el austero régimen policial que caracterizó el reinado de su padre [23].

De forma diversa, estos acontecimientos desembocaron en una multiplicación de las conspiraciones revolucionarias entre personas cuya hechura en general, tanto emocional como filosófica, requiere cierta aclaración, toda vez que éste había de ser el medio del cual emergieron los terroristas más selectos. Aunque entre las filas de los terroristas se contasen algunos muy notables psicópatas, la patología más característica fue más bien la propia de un altruismo mal entendido, mal encaminado o frustrado, experimentado por personas procedentes de una amplia gama de trasfondos familiares y socioeconómicos, cuyas metas en materia de política iban desde las más impecablemente liberales a las más sanguinarias del totalitarismo jacobino [24].

Esa común fantasía idealista recibió el nombre de populismo, esto es, la creencia de que, una vez desapareciera el peso aplastante de la autocracia y la aristocracia por medio de la revolución, las estructuras y los hábitos del socialismo, presuntamente inherentes a la comunidad tradicional campesina, se revelarían. Era un disparate, pero inspirado en una preocupación de

corte moralizante por la igualdad y la justicia social por parte de personas en su mayoría de mentalidad decente, deseosas de superar el tedio y la falta de sentido que perneaban sus propias vidas tratando de hacer el bien a los demás.

Se percibe este impulso en las acciones de la joven Vera Figner, la hermosa hija de un acomodado juez de paz de noble linaje, que cursó estudios en uno de los internados de la élite rusa. Recibió en este centro una educación bastante limitada, ceñida sobre todo al arte del comportamiento en sociedad, adiestramiento esencial para los bailes y para proceder al engatusamiento de un marido aceptable. En sus memorias, Figner esboza una idea, un presentimiento de aquella dama que no estaba destinada a ser: una mujer vestida con un traje de gasa etéreo como una nube, con chinelas blancas y el cabello peinado con rizos morenos, a punto de debutar en un salón de baile iluminado con toda brillantez y lleno de un buen número de personas de contrastada elegancia. No hay en su infancia nada que explique la trayectoria que iba a tener más adelante, en la cual se embarcó a los veinticuatro años: la trayectoria de una revolucionaria de toda la vida. No hay síntomas de trastorno psicológico alguno; a decir verdad, aun cuando fuera un tanto frágil, era una mujer feliz, no muy dada a una introspección excesiva. De adolescente prácticamente no tuvo ninguna noticia de la sordidez en que se vivía en las aldeas de los alrededores, de las que su padre era dueño y señor. Fue su propia felicidad el factor que la puso en el camino elegido. Su «superabundancia de alegría» despertó sentimientos difusos de gratitud altruista, cosa que, dada la falta de sentido de su vida privilegiada, dio por resultado la vocación de hacer el bien. Una noche, a altas horas, se sintió picada en su amor propio al oír a una tía carnal y a un primo que comentaban chascarrillos de la familia: les oyó decir que ella, Vera, «es una bella muñequita».

Algunos parientes de mentalidad liberal, pertenecientes a su cerrado círculo familiar, la introdujeron en las embriagadoras ideas que eran corrientes entre los liberales que gozaban de prosperidad

en la época. La lectura casual de un artículo que trataba sobre la primera mujer, una suiza, que se había dedicado profesionalmente a la medicina, la llevó a elegir esa misma carrera. En un temprano alarde de resolución femenina, Figner convenció a su joven esposo, un abogado, de que renunciase a su carrera para que ella pudiera estudiar medicina en Zúrich. Allí pronto se distanció de su marido, mucho más conservador —que no obstante había renunciado a su profesión por ella—, y llegó a ser tan escéptica con respecto a la vocación que creía haber encontrado que no aprobó los exámenes. Bajo el impacto de los grupos estudiantiles radicales, llegó a «ver en la práctica de la medicina tan sólo un paliativo para un mal que únicamente era posible curar por medios políticos». Vera había caído embelesada en un mito de las causas profundas. Escribió a su marido para comunicarle que renunciaba a toda clase de relaciones con él y a su futuro apoyo financiero. Renegó conscientemente de sus propias y estrechas ambiciones, y al «egotismo» de la familia que las había fomentado, a favor de una vida de abnegación y de sacrificio como la que practicaban los revolucionarios en Rusia. Regresó sin embargo al caos y la desilusión de la clandestinidad revolucionaria en Moscú. Le tuvo que parecer sumamente sórdido, pues no había nada en la gentil educación y en el trasfondo de Figner que la hubiera preparado para sobornar a los policías o para relacionarse con criminales aviesos. Profundamente deprimida, se marchó para continuar la labor de propaganda en el campo tras sacarse el título de comadrona. Regresaría a la ciudad convertida en una terrorista [25].

Figner fue un ejemplo entre las muchas mujeres de clase media-alta que se dedicaron de lleno al terrorismo. ¿Por qué se produjo esta implicación? Al margen del intenso sentimiento de altruismo que tuvieron muchas de ellas, el terrorismo era una de las contadas zonas de la actividad humana en las que las mujeres podían desempeñar un papel efectivo, activo, y en la que a sus planteamientos se les otorgaba el mismo respeto que a los de los hombres, además de exponer sus vidas a los mismos riesgos que

ellos. Vera Zasulich, que iba a hacerse revolucionaria a la edad de diecisiete años, cuando su hermana la introdujo en los círculos estudiantiles radicales, consideró que ésta era una vía por donde escapar del atosigante destino de ser una simple institutriz en casa de unos ricos, el único futuro abierto a los parientes pobres de los ricos, como era su caso: «Pues claro que habría sido mucho más fácil si yo hubiera sido un chico; entonces podría haber hecho lo que quisiera [...] Y fue entonces cuando apareció el espectro todavía lejano de la revolución, que me convirtió en una persona igual a cualquier chico. También yo podía soñar con la "acción", con las "hazañas", con la "gran lucha emprendida" [...] También yo pude así sumarme al sino de "quienes habían perecido por la gran causa"» [26].

Gran parte de la inspiración subyacente al populismo era en el fondo una variante de la culpabilidad por parte de las clases altas y ociosas, dotadas de buena educación, ya que en vez de entregarse de manera despiadada al cultivo de sus propios intereses, como asegura el marxismo, muchos integrantes de la élite rusa se mostraron en exceso deseosos de repudiarse a sí mismos. Tal como descubrió Figner en las aldeas, «sólo allí era posible que uno viviera con el alma limpia y con la conciencia tranquila». A pesar de su aparente entrega al ateísmo, el populismo era en esencia una visión cristiana del mundo en la que se atribuía la virtud de la redención a las personas de clase más baja, a los más depauperados, y en la que el paraíso habría de amanecer cuando su conciencia se hubiera elevado hasta alturas revolucionarias. Ya al final de los veintidós años que pasó en la cárcel, Figner contó a su familia un sueño que había tenido:

> Soñé que las cuatro hermanas íbamos en un trineo por una carretera perfectamente negra, limpia de nieve, y que atravesábamos una aldea, unas veces cuesta abajo, otras cuesta arriba. Pasamos por delante de hileras de casas campesinas, con peldaños de piedra labrados para los

peatones, por plazas en las que había árboles pelados, por pérgolas de techumbre amarilla y dorada. En el centro, en un cerro, se alzaba una blanca iglesia, una masa de piedra con muchas cúpulas doradas y esbeltas. Y cuando alcé la vista, suspenso en el cielo, vi sobre la iglesia y sobre todo el cerro un dosel de cristal que me asombró por su belleza, y que por alguna razón me recordó a la Aurora Boreal. Cuando salimos de la aldea se extendía ante nosotros un campo ilimitado, cubierto de un verde enternecedor, por encima del cual brillaba un sol caluroso en un cielo azul. Por alguna razón me recordó a un cuadro que vi hace muchos años: unos fatigados peregrinos caminan, y por delante de ellos, a lo lejos, como si pendiera de las nubes, es visible el perfil de una ciudad espléndida y una inscripción: «Deteneos, vosotros que buscáis la ciudad del Señor»

[27].

¿De dónde sale ese elemento, el dosel de cristal? ¿Y fueron todos los terroristas tan benignos como Vera Figner? Es necesario repasar sucintamente algunas de las ideas que hipnotizaron a la *intelligentsia* rusa, una especie del ser humano que exige por sí misma un comentario.

No se les puede confundir con los grandes novelistas rusos del siglo XIX, ya que en su condición de conde y de cristiano recluido en su hacienda Tolstoi nunca fue un periodista de los que trabajaban a destajo en Moscú o en San Petersburgo, y no estaba poseído por una idea única y grandiosa, así como tampoco carecía de una elemental humanidad. Dostoievski escribió su mejor novela cuando se ocupó de este grupo de autoelegidos, o más bien de la destrucción que habían sembrado en la sociedad y en sus propias personas. Cometió la herejía de someter a la *intelligentsia* a la investigación sociológica y psicológica de la que estos intelectuales se consideraban exentos, envueltos como estaban por las ideas uniformes y a la moda en la época: un poco de Comte, otro poco de Darwin, otro poco de Feuerbach, etcétera.

Tampoco coincidía la *intelligentsia* con quienes podían haber sabido mucho sobre poco, como los profesores de historia antigua, de derecho, de medicina o de física, desapasionadamente dedicados al estudio de sus materias con el lógico asombro de los estudiantes radicalizados, que adoraban a dioses más recientes, y extranjeros, como Marx y Nietzsche. Por el contrario, la *intelligentsia* era un subconjunto de la clase media-alta, provista de buena educación, que abarcaba a quienes hablaban de libros que nunca habían leído y se distinguían tanto por una negación de clase y de ocupación, ya fuera la burocracia o el ejército, como por su aceptación conformista de ideas tan presuntamente progresistas como el ateísmo, el socialismo y la revolución. Se mantuvieron a flote como si fueran un fraude puramente especulativo, una burbuja de buen gusto liberal, pues entre la generación anterior, corrompida

por el liberalismo, no era de recibo desafiar a la juventud ni poner en duda las causas del progresismo hasta que el ejemplo de Dostoievski, el renegado, alumbró una *intelligentsia* de derechas relativamente tardía. La *intelligentsia* también ejerció su propia censura informal, más insidiosa y más perniciosa que la de algún burócrata asalariado y dedicado a enredar con la prosa de Dostoievski. Como escribiera Chejov: «Yo no creo en nuestra *intelligentsia*, que es hipócrita, falsa, histérica, maleducada y perezosa. No creo en ella ni siquiera cuando sufre y se queja, ya que sus opresores provienen del mismo vientre que ellos». Aquí iba a surgir un nuevo factor de riesgo, que Dostoievski puso bajo una luz infernal, y no es otro que el hecho de que las presuntas víctimas pudieran a su manera convertirse en los peores opresores con sólo tener una mínima oportunidad. Como dice Shigalev en *Los poseídos*: «Me causan perplejidad los datos que tengo, y mi conclusión es una contradicción directa de la idea por la que empecé. Comenzando por una libertad sin límites, llego a un despotismo absoluto. Yo añadiría, sin embargo, que no puede haber más solución que la mía al problema social». Prevé que será necesaria la muerte de «cien millones de personas» para hacer realidad una utopía que implique un espionaje total, destinado a eliminar por completo el territorio de la privacidad. Con el fin de alcanzar la igualdad entre los hombres, «a Cicerón habrá que cortarle la lengua, a Copérnico arrancarle los ojos, a Shakespeare lapidarle» [28].

El nihilismo era la filosofía escogida por la más joven generación de radicales rusos benévolamente caricaturizados en *Padres e hijos*, la novela de Turgueniev, y demonizados en *Los poseídos*, de Dostoievski Hablando en términos estrictos, el nihilismo es el rechazo de todo principio religioso y moral, basado a menudo en la creencia de que la vida carece de sentido. En esa versión es por lo común algo muy semejante a la filosofía predilecta de los adolescentes que han leído un poco a Camus, aunque el atractivo

que reviste parece haberse filtrado en otras culturas y en otras religiones [29].

En la Rusia del siglo XIX el nihilismo entrañaba una credulidad desorbitada ante cualquier número de «ismos», en especial el positivismo, el materialismo, el utilitarismo ético e, inevitablemente, el terrorismo. En esta credulidad tuvieron un papel destacado los conflictos generacionales. Una generación anterior, liberal, de una clase acomodada, con su amor al arte por el arte y sus peregrinaciones entre sus fincas en Rusia y los casinos y balnearios de Alemania, se encontró con la despiadada competencia de los enconados intelectuales de la plebe, muchos de ellos hijos de humildes funcionarios, convencidos de que la única sensatez de un viaje al mar consistía en informar a quienes nunca hubieran visto el mar, al tiempo que una novela no pasaba de ser sino un medio didáctico de volver a forjar la personalidad moral poniéndola al servicio de unas metas políticas. Cualquier institución social compleja podía desmantelarse y examinarse a fondo en busca de pruebas de su racionalidad utilitarista, y hacerlo además con el mismo desapasionamiento clínico con que un biólogo disecciona una rana. Además de una serie de ideas mal digeridas y peor asimiladas, existía un modo de conducta para quienes no se iban a tomar la molestia de pensar. Era casi obligatoria una zafiedad elaborada, así como un inconformismo conformista que se manifestó en el cabello largo, en las lentes, en el desaliño en el vestir. Al igual que los fenianos, que adoptaron los modales estadounidenses para señalar su independencia cultural con respecto a los británicos, los nihilistas descartaron toda muestra de elegancia en sociedad llevados por «los mismos impulsos que llevan a los norteamericanos a poner los pies en la mesa y a escupir el tabaco mascado en el suelo de un hotel de lujo». El nihilista que intencionadamente chocó con un general uniformado en un parque, en vez de tener la deferencia de apartarse de su camino, probablemente llevó las cosas a su extremo, ya que el general resultó ser el zar.

La inspiración viva del «hombre nuevo» de los nihilistas no fue otro que un crítico literario y teórico de la sociedad llamado Nikolai Chernishevski, autor de una execrable novela utópica titulada *¿Qué hay que hacer?* [30]. Escribió el libro en prisión, circunstancia que no lo redime a no ser que peque uno de sentimentalismo. Sus personajes eran como ideogramas, las nuevas personalidades morales, para los cuales lo personal siempre era lo político, y que estaban llamados a habitar el Palacio de Cristal inundado de luz, el edificio de cristal y acero que concibió como futuro del género humano. Otros, sobre todo Dostoievski, que había visitado el auténtico Palacio de Cristal en un breve viaje a Londres, entendieron que esas visiones futuristas hacían pensar más bien en la finalidad creativa de un hormiguero, siendo la implicación de fondo que las hormigas humanas mal podían mejorar por medio tan sólo de la innovación arquitectónica. Como se ha señalado, la visión que tuvo Chernishevski de «un paraíso en la tierra fue más bien una especie de oleografía de los escritos que debió de consultar en sus tiempos de seminarista». Aunque pocos de sus admiradores reparasen en ello, su grosero reduccionismo científico iba de la mano de un idealismo ético inconsistente. Un gran filósofo de la religión expresó la contradicción por medio de un sorprendente pseudosilogismo: «El hombre desciende del mono; por lo tanto, debemos sacrificarnos los unos por los otros» [31].

Junto con un exiliado por un tiempo nada exigente, como fue el liberal Alexander Herzen, y el tosco y desmañado anarquista Nikolai Bakunin, un fugitivo, Chernishevski fue uno de los arquitectos de una conspiración revolucionaria llamada Tierra y Libertad. Esta organización revolucionaria tuvo un breve florecimiento entre 1861 y 1864, periodo en el cual pasó a ser el prototipo de muchas de las conspiraciones que se sucedieron a continuación. Fue una respuesta predominantemente estudiantil ante la rescisión por parte del gobierno de las reformas prometidas en la universidad, aunque el nombre hacía pensar en una ira más noble ante el modo en que los siervos liberados tuvieron que empeñarse hasta las cejas para

poder cultivar las tierras que sus antiguos amos y señores habían cedido a regañadientes. Se llevaron a cabo intentonas frustradas por sublevar a las fuerzas armadas por parte de oficiales ya corrompidos por un liberalismo que se les había inculcado en la Polonia dividida. Una serie de misteriosos incendios que se declararon en las barriadas más pobres de San Petersburgo alentaron un ambiente febril y condujeron a un gran recelo frente a toda conjura. Ya sujeto a la estrecha vigilancia de su cocinero y sirviente, Chernishevski fue detenido en 1862 y retenido bajo custodia por espacio de dos años, mientras el gobierno preparaba fraudulentamente las pruebas para condenarlo. El tratamiento insidioso al que fue sometido dio pie a que iniciara una de las primeras huelgas de hambre de que se tienen constancia en la historia penal. Se falsificaron en efecto las pruebas para demostrar que había sido el autor de una serie de tratados incendiarios, que en efecto había escrito, y se le condenó a seis años de trabajos forzosos y al exilio en Siberia cuando fuera puesto en libertad. La experiencia acabó con él. Había nacido un mártir revolucionario; cuarenta años después, un admirador suyo llamado Lenin iba a rendir homenaje explícito a Chernishevski con un nuevo panfleto que tituló precisamente *¿Qué hay que hacer?*

También los miembros más radicales de Tierra y Libertad, por no hablar del propio Chernishevski, dudaban de que el asesinato del zar pudiera tener efecto a largo plazo, ya que un nuevo Romanov sucedería sin más al zar y las masas, ya fuera en la ciudad o en el campo, por toda venganza probablemente acabarían con la *intelligentsia*, con sus cabellos largos y sus lentes tintadas de azul. Semejantes pensamientos no disuadieron a los remanentes dispersos de Tierra y Libertad, en gran medida inadaptados y marginados sociales tomados entre los plebeyos provistos de cierta educación y entre las familias de funcionarios empobrecidos o de pequeños terratenientes. Con todo el desprecio por los liberales de la generación anterior, como Herzen, estos hombres y mujeres estaban poderosamente embelesados con la encarnación literaria

que había plasmado Chernishevski de la implacabilidad revolucionaria, el personaje de Rajmetov, a tenor del cual quisieron modelar sus conductas.

El primer grupo terrorista de corte nihilista, llamado la Organización, se fundó con la intención prioritaria de lograr la liberación del propio Chernishevski. Sus principales lumbreras fueron Ivan Judiakov y Nikolai Ishutin. Este último era un fantasioso que se servía de las causas políticas para dominar a otras personas; el primero era un joven infeliz atormentado por una esposa de tremenda voracidad sexual. Se propagó cierto aire de fanatismo por medio de afirmaciones tales como que uno de los integrantes se había ofrecido a envenenar a su padre, un hombre adinerado, para donar luego su herencia a la causa de la Organización. A comienzos de 1866, Ishutin formó un grupo más cohesionado dentro de la Organización, al que puso adecuadamente por nombre «Infierno». Mientras los miembros de la Organización en general iban a continuar con su mezcla de agitación y propaganda y trabajo social, los miembros de Infierno iban a dedicarse al asesinato, el chantaje y el robo. De noche, los jóvenes integrantes de Infierno comentaban los detalles de cuestiones tales como el uso de criados afines para chantajear a sus señores, o la comisión de asesinatos tras emplear ácidos para desfigurarse la cara. Una ampolla de estricnina serviría para impedir que fuesen capturados tras el suceso.

Estas fantasías de psicópata habrían seguido siendo materia de las horas pasadas entre la medianoche y el alba de no ser por el primo de Ishutin, un depresivo llamado Dimitri Karakozov. El 4 de abril de 1866 el zar Alejandro II entró en un parque público de San Petersburgo para dar un paseo vespertino con *Milord*, su setter irlandés. Dejó el carruaje y la escolta en el portón de la entrada. El máximo dirigente de Rusia, entonces de cuarenta y siete años de edad, conversó con unos aristócratas que eran parientes lejanos y se dispuso a regresar hasta el portón, sin apenas reparar en el grupo de admiradores que se había congregado, algunos de los cuales ya le hacían reverencias en señal de respeto. Cuando

Alejandro llegaba al carruaje sonó un disparo, y la bala no le dio en la cabeza por muy poco. Ese golpe de buena suerte se debió a un alcohólico y aprendiz de sombrerero que por pura inadvertencia había tropezado con Karakozov, el asesino. Karakozov fue rápidamente detenido; llevaba encima ampollas de ácido y de estricnina sin utilizar. El zar se acercó y tuvo con él este críptico diálogo:

—¿Quién eres?

—Un ruso.

—¿Qué quieres?

—Nada, nada.

Al aprendiz de sombrerero se le compensó con un título nobiliario y el derecho a beber hasta matarse. El régimen, aterrado, puso la investigación de esta minúscula conspiración de jóvenes fantasiosos en manos del conde Mijaíl Muraviev, dramáticamente conocido con el sobrenombre de «el verdugo», cuyas investigaciones en general fueron más bien torpes en su carácter represivo, y no realmente brutales. Se procedió al cierre de algunos periódicos radicales y al registro de algunas viviendas. En vez de publicar los hallazgos de la investigación para denunciar las fantasías psicópatas de los conspiradores, o en vez de servirse de un jurado que proclamase la condena de los encausados, el gobierno optó por un juicio especial a cargo de algunos de los miembros de mayor antigüedad en el Tribunal Supremo, con abogados defensores bien cualificados, lo cual es por sí solo testimonio de las reformas introducidas por Alejandro. Karakozov e Ishutin fueron condenados a muerte y ahorcados, mientras que Judiakov fue enviado a Siberia, rechazando la compañía que su leal e inoportuna esposa se ofreció a brindarle. A otros miembros de Infierno se les aplicaron condenas de menor entidad [32].

En los años siguientes Alejandro recurrió a asesores más conservadores, pero sin llegar a aplastar con eficacia las ideas subversivas y menos aún a quienes las defendían. Tiró por la borda gran parte de su dignidad cuando, ya avanzada su vida, se enamoró

rendidamente de una adolescente. En este ambiente de indecisión nació el terrorismo nihilista. En 1865 llegó a Moscú un muchacho campesino que había ascendido en la escala social hasta ser un profesor de enseñanza secundaria de dudosa reputación. Se llamaba Serguei Nechaev. Lo introdujo en los círculos de la *intelligentsia* radical el abogado jacobino Piotr Tkachev, entre cuyas estrafalarias ideas se hallaba la concepción de que se podría proceder a la reforma de Rusia mediante el asesinato de toda persona que pasara de los veinticinco años. Los dos hombres colaboraron estrechamente en la redacción y publicación de tratados revolucionarios. Nechaev, entretanto, se dedicó a embrujar a las damas de clase alta afectadas por el «chic» del radicalismo, cosa que hizo afirmando que, a pesar de haber sido analfabeto hasta los dieciséis años, dominaba sin embargo la filosofía de Kant, Esta clase de damas liberales eran prácticamente imposibles de parodiar, si bien Dostoievski se las ingenió para hacerlo, y así recordaban a Nechaev con cariño: «Le encantaba hacer bromas, y tenía una risa franca y cristalina». Es posible conocer a personas de estas características cualquier noche de la semana en Londres, en Nueva York o en Sydney. Nechaev recordaba asimismo a Jesse James, el forajido estadounidense, lo cual resultaba adecuado, ya que admiraba también a los bandidos más feroces de la historia de Rusia, aun cuando lo inexplicable de sus maldades, y la finura con que urdió no pocas tramas son más bien remedo de la maldad del Yago creado por Shakespeare [33]. Entre sus bromas de mal gusto cabe destacar que enviase materiales subversivos a sus enemigos, a sabiendas de que serían interceptados por la policía. El resentimiento iba a ser uno de los grandes factores a la hora de reclutar adeptos. A comienzos de 1869 Nechaev decidió adornar su mística revolucionaria falseando su propia detención. Envió una críptica nota a Vera Zasulich, entonces de dieciocho años de edad, a la cual había confesado con torpeza su amor, y en dicha nota hizo la afirmación sensacionalista de que había sido conducido a la más intimidante de las fortalezas penales del gobierno. Lo cierto es que

se hallaba camino de Moscú, en donde algunos simpatizantes le procuraron un pasaporte para viajar al extranjero. Partió de Odessa con rumbo a Suiza. Allí no tardó en introducirse entre los círculos más ilustres de los exiliados. El desquiciado Bakunin, que quiso encontrar compensación a una impotencia que había sufrido toda la vida con la violencia retórica, fue uno de sus primeros admiradores: «Son espléndidos estos jóvenes fanáticos. Son creyentes sin Dios, son héroes sin frases grandilocuentes». Nechaev pintó una colorida historia de su huida de la fortaleza de Pedro y Pablo y de la inminente revolución que su Comité estaba a punto de desencadenar. Bakunin movilizó a un alcohólico, Nikolai Ogarev, y a Herzen, para que hicieran una transferencia de diez mil francos con los cuales ayudar a la causa de Nechaev.

Nechaev también supo adular la vanidad de Bakunin al animarle a coescribir con él un *Catecismo revolucionario*. En él se abogaba por un ascetismo espartano y letal: «El revolucionario es un hombre condenado. Ya no tiene intereses personales, no tiene asuntos propios, no tiene emociones, ni apegos, ni propiedades. No tiene nombre. En él, todo se halla completamente absorbido por el único pensamiento, por la única pasión de la revolución». Todos los vínculos con el mundo civilizado de «las leyes, las moralidades, las costumbres, y con sus convenciones, por lo general aceptadas», se han disuelto. Sólo valía la pena estudiar dos cosas: las ciencias de la destrucción y la psicología de aquellos que iban a ser objeto del abuso y la explotación del revolucionario. Es de ver cómo manaban las palabras de la pluma de Bakunin: «Movido por la sobria pasión de la revolución, [el revolucionario] debería ahogar en su persona todas las consideraciones del parentesco, del amor, de la amistad e incluso del honor». Tiránico consigo mismo, habrá de ser un tirano con los demás. Algunos revolucionarios eran más iguales que otros, puesto que sólo los del primer grado podían estar en poder de la gnosis, y podrían entonces explotar con toda libertad el segundo y el tercer grado. Eran «capital» del que era posible disponer y gastar a voluntad. En un rumbo novedoso, los revolucionarios habían de

colaborar con los rebeldes primitivos y definitivos, con la subclase criminal del lumpen. Recurriendo a un tema que anima a muchos revolucionarios, Bakunin y Nechaev afanosamente aclararon quiénes eran los que habían de caer primero. La humanidad se dividía entre quienes «habían de ser liquidados de inmediato» y otras categorías diversas de idiotas útiles, por lo común liberales, que habían de ser primero explotados y luego descartados, entre ellos «las mujeres de cabeza hueca» cuyos salones había adornado la presencia de Nechaev. En otro panfleto, titulado *La justicia popular*, comenzaron a poner nombres verdaderos en las filas de aquellos que habían de ser liquidados, nombres tomados de lo que Nechaev con su personal encanto llamaba «la escoria de la erudición y la literatura de la Rusia contemporánea [...] la masa de los publicistas, de los escritorzuelos a destajo, de los pseudocientíficos». Estos tratados fueron malévolamente enviados en masa a los radicales rusos, a sabiendas de que darían por resultado su detención inmediata. La totalidad de este programa, cuyo objetivo era la «terrible, total, universal e inmisericorde destrucción», estaba conceptualmente diseñada para beneficiar al «pueblo». De hecho, las cosas tenían que empeorar todavía mucho hasta que pudieran mejorar, porque «la Sociedad hará uso de todos sus recursos y energías en pos del aumento y la intensificación de todos los males y miserias del pueblo, hasta que por fin se agote su paciencia y se vean obligados a un alzamiento general».

Provisto de un certificado que le extendió el propio Bakunin, en el que se anunciaba que «el portador del presente documento forma parte de la Alianza Revolucionaria Mundial con el número 2771», Nechaev regresó a Moscú en septiembre de 1868. Allí creó una célula revolucionaria compuesta por ocho hombres y grandilocuentemente llamada Justicia Popular, que constaba de jóvenes como Ivan Ivanovy Piotr Uspenski, y de un hombre ya mayor llamado Ivan Prizhov, un escritor alcohólico y depauperado que se ganaba unos cuantos kopeks explicando el sentido de la vida a otros moscones de taberna como él. A Prizhov le fue imposible

incluso el suicidio: cuando se lanzó junto con su perro a un lago, fue su perro el que lo arrastró a la orilla. Los ocho miembros originales recibieron cada uno un número —Ivanov era el 2—, que pasó a ser entonces el primer dígito empleado para identificar a los adeptos que cada hombre recluíase en un determinado sector de la sociedad, el que le fuera adjudicado. A Nechaev le tocaron los oficiales del ejército, Ivanov se dedicó a los estudiantes y la misión de Prizhov lo llevó a relacionarse con el submundo. Fiel a los términos del *Catecismo*, los reclutados por Nechaev, así como sus estrategias para recaudar fondos, no fueron nunca cuestión de preocupación moral. Un estudiante se sumó a la conspiración cuando Nechaev le amenazó a punta de cuchillo. Otro hombre fue invitado a tomar el té, se le dieron los tratados subjetivos y fue detenido cuando se marchó, detención que corrió a cargo de policías falsos, disfrazados con barbas y pelucas. Esto le convenció para renunciar a seis mil rublos sin más tardanza.

Estas maniobras tomaron un rumbo más serio cuando el 16 de noviembre Nechaev informó a sus correligionarios de que era necesario matar a Ivan Ivanov, del cual sospechaba que era espía de la policía. Lo cierto es que Ivanov meramente había mostrado cierta vacilación cuando Nechaev le ordenó distribuir literatura que incriminaría a quienes la recibieran precisamente entre los estudiantes inocentes de la Academia Agraria de Petrovski. La tarde del 21 de noviembre, Ivanov fue atraído con añagazas al terreno de la Academia, pues supo que los conspiradores habían encontrado una imprenta que sería de utilidad y que estaba escondida en una gruta, a pocos metros de un estanque helado. A las cinco de la tarde, los cinco asesinos sorprendieron a un Ivanov que no sospechaba nada, sujetándolo en el suelo al tiempo que Nechaev lo estrangulaba. Aunque Ivanov ya estaba muerto, Nechaev aún le pegó un tiro en la cabeza. Los cinco lastraron el cuerpo con ladrillos, abrieron un agujero en el hielo de la superficie y lo dejaron caer al estanque. Sin embargo, lo hicieron con total ineptitud, pues el cadáver al poco afloró a la superficie. Como habían olvidado retirar

una tarjeta de una biblioteca que Ivanov había tomado en préstamo de uno de sus futuros asesinos, la policía no tardó en ir tras la pista de los sospechosos adecuados. Todos, con la excepción de Nechaev, fueron rápidamente acorralados, si bien el instigador y principal autor del asesinato logró huir al extranjero. Restableció sus contactos con Bakunin, ofreciéndose de un modo helador a asesinar a un editor que acosaba al anarquista para que le entregase la traducción de *El capital*, de Marx, que le había prometido y le adeudaba. Nechaev concentró entonces sus siniestras atenciones en Natalia Herzen, la adinerada hija del liberal en el exilio, ya difunto. Por fortuna para ella, contaba con una madrastra atenta que en todo momento supo qué se proponía Nechaev. Por si fuera poco, sus intentos de «chantajear y aterrorizar» a «Tata» comenzaban a preocupar a Bakunin, quien empezó a comparar a su protegido, al que llamaba «el chico», con Savonarola y con Maquiavelo. A comienzos de 1872 Nechaev marchó de Ginebra a Zúrich, donde comenzó a tramar atracos a bancos. Aunque la mayoría de la prensa socialista de Europa se tragó las mentiras de Nechaev acerca de sus razones para asesinar a Ivanov, las autoridades suizas determinaron extraditarlo a Rusia en razón de sus empresas criminales, más que por el crimen «político» que había cometido. Así se vio encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, con la que ya había fantaseado.

Lo que siguió a estos acontecimientos fue, con toda probabilidad, tan perturbador como las propias fechorías de Nechaev y sus amigos, lo cual pasó a ser el punto de partida del gran ajuste de cuentas que realizó Dostoievski con sus propios demonios revolucionarios en *Los poseídos*. Con una estupidez pasmosa, las autoridades optaron por disolver la sórdida esencia de la acusación referida al asesinato de Ivanov abordando casos más o menos lejanamente relacionados con éste cuando los asesinos comparecieron ante el tribunal. De este modo, en vez de cinco acusados se encontraron con ochenta y siete, muchos de ellos con papeles puramente secundarios en la conspiración original, o,

irónicamente, con personas a las que el propio Nechaev había condenado cuando les envió sus panfletos incriminatorios. No fue la primera ni la última vez en que la enajenación de la élite con respecto a lo que consideraban un gobierno reaccionario trajo consigo que personas liberales y acomodadas se vieran obligadas a hacer la más grotesca de las apologías en defensa de unos asesinos, benditamente inconscientes de que cuando medio siglo más tarde llegaran al poder los Nechaev del momento, sus propiedades les serían arrebaladas y ellos desaparecerían en el exilio o en los campos de concentración del Círculo Polar Ártico, Los botarates de mediana edad y también los ancianos vieron en Nechaev el caprichoso idealismo de la juventud, y no las estafas de un psicópata. En el juicio, la galería reservada al público se llenó de estudiantes, de damiselas impresionables, de oficiales de artillería que disfrutaron con la obra teatral que se desplegó ante sus ojos, apasionados con la emoción de la violencia animal que Nechaev portaba consigo. El fiscal fue previsiblemente un inepto, mientras los abogados de la defensa actuaron como demagogos y activistas, patrón recurrente en la historia del terrorismo. El juez principal de la causa, de mentalidad liberal, disculpó a los acusados, permitiéndoles que leyeran periódicos y que hicieran gestos a sus admiradores del público. Aquella sórdida banda de asesinos encontró unas agallas que no tenía en los susurros que les llegaban: «Qué chicos y chicas más valientes, no se amedrentan». En estas circunstancias, cuatro de los acusados fueron sentenciados a condenas de poco calado, entre siete y quince años de trabajos forzosos. Otros veintinueve hubieron de cumplir condena en prisión. Los demás fueron absueltos. Al demonio mayor de la trama se le condenó a veinte años, pero las autoridades incluso mandaron al garete esta ocasión. En vez de enviar a Nechaev a una remota mina de Siberia, el zar personalmente intervino para consignarlo a confinamiento en soledad en la fortaleza de Pedro y Pablo, como si de ese modo pretendiera imposibilitar a traición la posible extradición de Nechaev por ser un delincuente común. El asesino

pasó a ser un mito. Ineludiblemente, un hombre con la indomable fuerza de voluntad que tenía Nechaev fue capaz de sobornar a unos guardias que llevaban mucho tiempo al servicio de la ley y que se identificaban más con los detenidos que con el mundo exterior. Esto permitió a Nechaev establecer contactos con una nueva generación de revolucionarios, que, a la vez que sus crímenes se desdibujaban en una memoria más o menos de color de rosa, aumentaron su admiración por su feroz energía y su desmedida fuerza de voluntad. Este hecho siguió vivo mucho después de que Nechaev falleciese en la cárcel a causa de una hidropesía, en el decimotercer aniversario de su asesinato de Ivanov.

Aunque el espíritu de Nechaev aún perdurase, el empuje principal del radicalismo ruso en la década de 1870 tomó la forma de una cruzada populista y redentora, en la que los miembros de la *intelligentsia* tanto liberal como radical se acercaron al pueblo para servir de guías. Hubo algo desagradablemente antropológico en esta aventura, como si los populistas se internasen de ese modo en el medio natural de unas tribus primidvas, cosa que en un sentido profundo es sin lugar a dudas cierta. Se creó rápidamente un abismo entre el pueblo en tanto abstracción y la diversidad del pueblo mismo.

El servicio que prestaron los intelectuales, parte de un programa, resultó perfectamente aceptable para el campesinado. Desde 1873 y hasta el final de la década, infinidad de jóvenes idealistas realizaron su «Peregrinación al pueblo». Vera Figner y su hermana fueron a vivir en muy lejanas aldeas, en donde Vera quiso trabajar como médico ambulante. Fue todo un desafío, ya que, según ella misma, «yo no tenía ni idea de cómo abordar a una persona corriente». Teniendo en cuenta que su conocimiento de las personas corrientes estaba tomado exclusivamente de los libros, Figner se las ingenió bastante bien a la hora de superar el desagrado que le produjeron la sordidez y la sífilis cada vez más frecuente, y otras novedades como era el tener que descansar en un catre de paja lleno de pulgas. Parece que los mujíks, o campesinos, miraron con

afecto y gratitud a la «curandera» que obraba milagros entre ellos, aun cuando confundieran la medicina con los encantamientos y la magia. Ansiosamente aceptaron sus ofrecimientos para enseñar a leer a los niños en sus ratos libres. Una sola cosa estropeó este idilio, y fueron los perversos movimientos de los terratenientes y los sacerdotes, que impedían que otros mensajes revolucionarios llegaran a su destino.

Esta cruzada fue en gran parte inofensiva, por tratarse de una utopía bienintencionada: se enseñaba a leer a los analfabetos, se proporcionaban servicios médicos, se actuaba como comadrona cuando era necesario. Los judíos jóvenes y más radicalizados se dedicaron de lleno a trabajar entre las gentes de la religión ortodoxa, y algunos llegaron al extremo de convertirse al cristianismo con la esperanza de hallar así, al menos, la aceptación de los demás, anulando de paso las deformaciones históricas que el extendidísimo antisemitismo había impuesto entre el pueblo. Algunos profesionales dotados de educación más o menos especializada renunciaron a su saber para practicar la carpintería o la albañilería, en un estilo de vida que a los campesinos les tuvo que resultar excéntrico en el mejor de los casos. La parte puramente política de esta campaña populista llevó al surgimiento de animadversiones y resentimientos mutuos, o en el mejor de los casos a un diálogo de sordos. Los campesinos, profundamente religiosos y temerosos del zar, se sintieron sumamente ofendidos por el desdén que mostraban los populistas para con la ortodoxia, o, peor aún, por sus toscos intentos por amalgamar el cristianismo con el socialismo mediante el revestimiento de éste con el lenguaje de aquél. En 1873, oficiales de artillería ataviados con trajes folclóricos, al más puro estilo populista, quisieron conversar con un campesino que iba en su trineo: «Comenzamos por decirle que no debe uno pagar impuestos, que los oficiales del Estado son unos ladrones, que la Biblia predica la necesidad de una revolución. El campesino picó espuelas para que su caballo se apresurase, y nosotros apretamos el paso. Se puso al trote, pero nosotros echamos a correr sin dejar de gritarle consignas

sobre los impuestos y la revolución [...] hasta que nos quedamos sin resuello». A ojos del campesinado, el lejanísimo zar era una fuerza del bien. Sólo la nobleza engañosa y los funcionarios impedían que se realizase plenamente su voluntad.

Si bien muchos campesinos fueron inmunes a los intentos del populismo por subvertir su fe o su reverencia por la autoridad, otros se mostraron en cambio demasiado deseosos por imitar afectadamente los superfluos adornos de la sociedad moderna que los populistas en su primitivismo despreciaban. Estas incomprensiones mutuas dieron pie a la frustración y al resentimiento, en especial cuando algunos tratados y panfletos cuidadosamente redactados fueron rotos en pedazos para utilizarse como papel de fumar o para limpiar un culo. Quienes trataron de despojarse de su elitismo terminaron por odiar a la masa de seres obtusos ante los que predicaban, como si fuera una especie de bestia recalcitrante que no se iba a mover de ninguna de las maneras. De haber dejado las autoridades en paz a los populistas, la desilusión ante los objetivos de sus entusiasmos habría conducido a la defunción del movimiento por causas naturales. Con una ineptitud característica, en cambio, algunos de los populistas más militantes quisieron buscar la sedición y recibieron duras condenas. La sociedad en general estimó que sus derechos habían sido infringidos cuando posteriormente fueron retenidos en un limbo, en vez de ser enviados a vivir en la libertad relativa de Siberia, en donde la lejanía era el único muro de una prisión de la que no era posible escapar. Fue a grandes rasgos producto de una percepción errónea. La verdad es que las autoridades lisa y llanamente se equivocaron. No deseaban que estos agitadores gozaran de ninguna libertad entre los lugareños de Siberia, y también fueron reacias a infligir sobre los jóvenes idealistas rusos la clase de sino que había sobrevenido a los polacos y a los delincuentes ordinarios. De ahí que los populistas convictos languidecieran en las cárceles zaristas, en circunstancias que distaban mucho de ser onerosas. La comida que se les daba era tan buena que nunca se hartaban, al

tiempo que los interrogatorios eran más bien los consejos que les hubiera dado un tío carnal para que fuesen derechos por la vida y enmendasen sus errores de juventud: nada que ver con las sesiones con la pata de una silla o un barrote de hierro en el sótano de la Lubianka de Stalin.

A pesar de estas realidades de la época, la mentalidad de algunos populistas dejó paso sin mayores complicaciones a la violencia terrorista por ser una manera de eludir la bovina inmovilidad del campesinado, y también de atacar a un régimen presuntamente represivo, cuyas cárceles eran en esos momentos el mejor caldo de cultivo del terrorismo. Vera Figner no se tomó con ingenuidad esta mutación. La correlación de fuerzas entre las autoridades y los terratenientes estaba tan inclinada en contra del campesinado que, a su entender, era inevitable que se desencadenara una campaña de terrorismo rural. Sin embargo, para ello iba a hacer falta fiarse del constante flujo de idealistas populistas que se iban a trabajar al campo. El fracaso de su cruzada supuso que ese flujo tarde o temprano se detuviera del todo. Por eso, Vera Figner se mostró partidaria de la idea de un golpe que supusiera un cataclismo, un golpe, naturalmente, contra la persona del zar. Tal como reconoció, «vimos con toda claridad que el trabajo que habíamos hecho entre el campesinado no había servido de nada», aunque el ideal populista siguió siendo moralmente positivo. He aquí un temprano ejemplo de cómo la negativa a reconocer el fracaso del propio engaño revolucionario queda sobreseído por la adopción de otro engaño de corte más radical.

En 1876, un grupo revolucionario del norte que tomó prestado el nombre de Tierra y Libertad logró la liberación del príncipe Piotr Kropotkin, interno de un hospital militar; al mismo tiempo, y en el sur, una rama más radical y con base en Kiev adquirió armas con la intención de asesinar a los partidarios más estridentemente reaccionarios del gobierno. Aunque ambos grupos siguieron prestando servicio, al menos de boquilla, a la idea de que la agitación lenta serviría para elevar la conciencia del campesinado

hasta que alcanzase el punto de ebullición revolucionario, el terrorismo —entendido como la desorganización y la aniquilación del régimen existente— poco a poco adquirió su propio impulso como un fin en sí mismo. En 1876, Tierra y Libertad trató de convertir una misa que se estaba celebrando en la iglesia de Nuestra Señora de Kazán en la «primera manifestación obrera de la historia en Rusia», para lo cual mezclaron a cincuenta obreros con la congregación ya presente en la catedral. A decir verdad, muchos de los obreros participantes en la misa habían sido sobornados por Tierra y Libertad para que asistieran al evento, pues a la mayoría de los obreros de las fábricas les interesaba más el sindicalismo al estilo occidental, y no querían de ninguna manera ser meros peones para los revolucionarios de la clase media. La ineptitud del gobierno en su insistencia en arrestar y en juzgar a todo el que tuviera la más remota conexión con esta clase de agitación dio lugar a una serie de juicios políticos, en los cuales los acusados declinaron el concurso de los abogados defensores, para hacer altisonantes declaraciones de fervor revolucionario desde el banquillo.

Entretanto, el grupo de Kiev, bastante más aventurero, dio con la idea de falsificar órdenes del zar con la intención de estimular una actitud desafiante entre los campesinos que se sentían desdichados con las tierras que habían recibido después de 1861. Uno de esos edictos ordenó que los campesinos formasen «bandas secretas» para lanzarse al cuello de los nobles y los funcionarios. A la vez que iban desplegando esta trama absurda, los miembros más destacados del grupo de Kiev decidieron asesinar a un joven de veinte años, Nikolai Gorinovich, del que, por haber sido puesto en libertad recientemente tras cumplir condena en la cárcel, sospechaban que era informador de la policía. Con ciertos ecos del asesinato de Ivanov a manos de Nechaev, lo apalearon hasta dejarlo inconsciente con una bola de hierro sujeta a una cadena, y le vertieron ácido por la cara para frustrar la identificación del cadáver. Por desgracia para ellos, ciego y desfigurado, Gorinovich sobrevivió a este intento de asesinato —las fotografías de su rostro herido son

casi insoportables de ver— y se presentó ante la policía. Tal vez se apresara a los culpables, pero no se hizo nada por dar publicidad a la naturaleza psicópata del atentado, a la paranoia que lo había desencadenado, al modo en que el grupo convocó un tribunal improvisado, irregular y arbitrario, para condenar a una persona a partir de pruebas puramente circunstanciales.

La oscilación de las autoridades entre la blandura y la indulgencia y, de otro lado, la represión, culminó en un incidente que tuvo lugar en la cárcel de arresto preliminar de San Petersburgo, en donde unos cuantos centenares de prisioneros políticos conversaban unos con otros libremente en una especie de universidad tras los barrotes. El 13 de julio de 1877, el general Fiodor Trepov, gobernador de la capital, visitó la cárcel y fue testigo de escenas de confraternización que le enternecieron. Fuera, en el patio, Arjip Bogoliubov, miembro fundador de Tierra y Libertad, lo encolerizó al defender los derechos de los prisioneros políticos hablándole de igual a igual. Trepov le quitó la gorra de un guantazo, y ordenó que fuese azotado veinticinco veces. Además de ser técnicamente ilegal, esta manera de tratar a un prisionero también fue una violación de la tácita suposición de que el gobierno nunca iba a tratar a los prisioneros políticos de extracción intelectual con la brutalidad con que habitualmente se trataba a los delincuentes comunes. Los presos políticos eran caballeros a los que los guardianes llamaban «señor». Podían indicar a los guardias que deseaban tomar el té.

El 24 de enero de 1877, Vera Zasulich fue a visitar al general Trepov en su despacho para obtener una licencia y dedicarse a enseñar a los analfabetos. Tras dos años de cárcel y cuatro años de exilio debido a su relación con Nechaev, Zasulich se había convertido en una revolucionaria profesional, demacrada, que fumaba sin cesar. Mientras Trepov garabateaba algo en un papel, Zasulich sacó un arma del embozo y le pegó un tiro en el costado. Afirmó que su acción estuvo motivada por el tratamiento ultrajante que el general había dado a Bogoliubov. Su juicio por intento de

asesinato fue una gran ocasión prefabricada, en la que estuvieron presentes tanto el ministro de Asuntos Exteriores como Dostoievski. El gobierno hizo todo lo posible por recordar al juez cuál era su «deber», aunque hay que decir a favor de las reformas introducidas por el zar Alejandro que el juez obró con escrupulosa imparcialidad. Aquello pronto se convirtió más en un juicio contra Trepov que contra Zasulich. Vestida con el humilde traje gris de rigor para la ocasión, aleccionada por su abogado para que no se mordiese las uñas —señal de malos pensamientos en el folclore ruso—, Zasulich tuvo una actuación capaz de arrancar lágrimas a los más insensibles, y sin que nadie llegara a preguntarle por qué, si su respuesta ante la brutalidad de Trepov había sido «espontánea», esperó seis meses antes de cobrarse venganza, regresando a la capital desde una comuna revolucionaria en la que iba de un lado a otro con una pistola al cinto. El abogado defensor hizo una arenga retórica inapelable cuando comparó a esa asesina política con las mujeres «que se han manchado las manos con la sangre de los amantes que las han dejado, o con la sangre de sus rivales, las mujeres que han tenido éxito», crímenes pasionales por los cuales habían sido absueltas. El público lloró desconsoladamente al oír todo esto, y la propia Zasulich sollozó con recato. Pocos prestaron demasiada atención al estudiado argumento del fiscal, según el cual «toda figura pública, sea quien sea, tiene el derecho a un juicio legal, que no es un juicio emitido por Zasulich». Tras reunirse a deliberar durante siete minutos, el jurado decretó la absolución de Zasulich entre vítores de «¡Bravo! ¡Bravo por nuestra pequeña Vera!», que se oyeron en la galería que ocupaba el público. La sociedad elegante (y el jurado) había avalado en efecto la violencia política. El gobierno inmediatamente desbarató todo el crédito que pudiera tener por la justicia de los tribunales, pues resolvió que se volviese a detener a Zasulich, la cual huyó al extranjero, en donde el *Times* de Londres ya celebraba su victoria como si fuese la de una Charlotte Corday rediviva, la cual, no se recordó en cambio, había

matado en realidad a Marat, el terrorista jacobino. No regresó a Rusia hasta 1905 [34].

La mayoría de los terroristas rusos aspiraron a limitar el terrorismo al asesinato de los sospechosos de ser informantes y a los oficiales más egregios por su aspereza, como era el caso de Trepov. En el sur, en cambio, se adoptó una estrategia más maquiavélica, de acuerdo con la cual se asesinó a los miembros más liberales del régimen para fomentar la represión, en tanto ésta era un mecanismo de reclutamiento, en una táctica empleada después por muchas organizaciones terroristas del mundo entero, en especial si su secta se hallaba manifiestamente escasa de seguidores. En febrero de 1878, Verían Osinski falló al disparar contra el fiscal general de Kiev, al cual le salvó la vida un grueso abrigo de pieles, y en mayo apuñaló y mató en cambio al ineficaz jefe de la policía local. Pocos días después liberó a los atacantes de Gorinovich de la cárcel. Como irónicamente la élite liberal había puesto reparos al asesinato de un policía ineficaz, Osinski se concentró en un intento por convencer a la élite liberal de que se sumasen a la defensa conjunta de las reformas constitucionales y legales, que según supuso fracasarían, siendo su objetivo secreto el de radicalizar a estos desventurados confederados, hasta el punto de que respaldasen su táctica de terror.

Un policía de características muy distintas se hallaba tras la pista de Osinski. No era otro que Georgi Sudeikin. Nacido en 1850 en el seno de una familia empobrecida de la pequeña nobleza rural, carente ya de tierras, Sudeikin fue el más destacado de su promoción en la Escuela de Cadetes de Infantería. Era un hombre alto, de complexión robusta, con mirada penetrante y ademanes persuasivos. Por falta de dinero, y por su fascinación con el crimen y su detección, decidió ingresar en el Cuerpo de Gendarmes, y no en los Guardias de élite, más vistosos. Sudeikin adoptó la vida camaleónica del terrorista a cuya busca y captura se dedicó en cuerpo y alma, sin alojarse nunca en la misma vivienda durante mucho tiempo, siempre con varios documentos de identidad encima.

Por carecer de la mentalidad del estereotípico tiranuelo zarista, hizo uso de sus muy flexibles opiniones políticas para arrimarse a los círculos de los revolucionarios con la esperanza de ganarse la confianza de los que capturaba tratándolos como potenciales colaboradores de la causa reformista. Siendo además de una ambición sin par, sabía cómo beneficiarse de las ambiciones de los terroristas, que a fin de cuentas formaban parte de una estructura más o menos profesionalizada.

En enero de 1879 Osinski y su amante, Sophia Leshern von Hertzfeldt, de más edad que él, fueron detenidos a pesar de su intento de asesinar a Sudeikin y al resto de los oficiales que procedieron a la detención; los revolucionarios habían recurrido antes a los revólveres para repeler a unos policías armados sólo con sus sables. La muerte de Osinski y el destierro de Sophia a Siberia dejaron un legado de romanticismo revolucionario que iba a ser contagioso. Entretanto, los organizadores de Tierra y Libertad difundieron un programa revisado que efectivamente rebajó la tradicional creencia populista en el potencial revolucionario del pueblo, en favor de una actividad terrorista a gran escala. Otras innovaciones fueron la creación de células discretas que no tendrían conocimiento las unas de las otras, así como la licencia de actos de terrorismo independiente bajo la franquicia ideológica de Tierra y Libertad, una táctica que ya en nuestros tiempos iba a servir a Al Qaeda como anillo al dedo. A lo largo de 1878 y 1879, el núcleo terrorista de Tierra y Libertad, bajo el mando de Alexander Mijailov, llevó a cabo una serie de asesinatos de perfil alto. Entre sus víctimas se hallaron Mezentsov, jefe del ineficaz Tercer Departamento, y el príncipe Dimitri Kropotkin, gobernador de Jarkov y primo del aristócrata anarquista, así como camaradas que eran sospechosos de ser agentes o informadores. A comienzos del mismo año, un populista desencantado, llamado Alexander Soloviev, contactó con Tierra y Libertad ofreciéndose a asesinar al zar. Se explicó así: «La muerte del emperador traerá consigo un gran cambio en la vida pública. La insatisfacción que se expresa ahora en

murmullos apagados explotará en las regiones en que se siente con más hondura. Y entonces se extenderá por todas partes. Sólo se precisa de un impulso para que todo se ponga en pie». Mijailov compró para Soloviev una pistola de gran calibre, de fabricación americana, llamada la «Cazaosos». Soloviev tuvo competencia, porque un joven judío llamado Goldenberg también se prestó voluntario para ser el asesino suicida. Como la etnia de Goldenberg habría desencadenado un pogromo en el caso de que su intentona tuviera éxito, Mijailov prefirió optar por Soloviev.

Habida cuenta de la enormidad de la empresa, hubo que someter el plan al veredicto de todos los miembros de Tierra y Libertad, en vez de dejarlo en manos de la parte oculta de la organización, la que menos escrúpulos tenía ante el terrorismo. Esta reunión degeneró en un colérico intercambio de insultos y acusaciones entre Mijailov y el principal teórico populista, Georgi Plejanov. El resultado fue que, si bien Tierra y Libertad no iba a avalar formalmente el asesinato, tampoco impediría que algún miembro de la organización a título individual decidiera ayudar y respaldar a Soloviev. A las ocho de la mañana del 2 de abril de 1879, Soloviev abordó al zar cuando éste regresaba de su paseo matinal y atravesaba la plaza frente a su palacio. Algo hubo en la apariencia de Soloviev —el abrigo negro y largo, el sombrero de funcionario, algo ladeado— que llamó la atención de Alejandro. Se dio la vuelta y vio un arma que le apuntaba a la cabeza. Cuando falló el primer tiro, el zar se dio a la fuga y echó a correr en zigzag, salvando otros cuatro tiros. Sus guardaespaldas dieron caza a Soloviev e impidieron que el aspirante a asesino se tragase una pildora impregnada de cianuro. «Dios me salvó», escribió el zar en su diario. Aunque repicaran las campanas de la iglesia y la Guardia diera un «¡Hurra!», otros bromearon al oír las campanadas: «¿Han vuelto a fallar?». Entretanto, Soloviev se reclinó en un sofá, con una palangana en la que había volcado todo el contenido de su estómago. Dijo a sus interrogadores, hombres de cortesía exquisita, con sus hombreras indicativas del alto rango que ocupaban,

pendientes de cada una de las palabras que dijera aquel malhechor, que había visto «espectros» de mártires políticos. Dijo que le había impelido a la comisión del acto el sentido de la justicia social, la idea de dar «un paso más hacia un futuro radiante», aunque se mostró más bien vago a la hora de aclarar qué podía ser aquello, salvo que nadie haría daño a nadie. Soloviev fue juzgado ante un Tribunal Especial y ejecutado en la plaza Semenovski.

Los defensores del «terrorismo primero» en el seno de Tierra y Libertad se reunieron en una localidad costera en junio de 1879 para conspirar no sólo contra el régimen, sino también contra aquellos cantaradas que estaban a favor del programa principal del populismo, la agitación paciente entre el campesinado, al tiempo que todos se preparaban para otra reunión plenaria que tendría lugar en Voronezh. Allí, los sentimientos fluyeron de un lado y de otro, al tiempo que los terroristas defendían que su campaña obligaría al gobierno a aprobar una constitución, mientras los populistas de mayor edad, reunidos en torno a Plejanov, que rechazaba el constitucionalismo por considerarlo un obstáculo al socialismo, defendieron en cambio una radical redistribución de la tierra. Las tensiones terminaron por ser insostenibles. Plejanov salió hecho una furia, dejó la organización y fundó un movimiento llamado Reparto Negro. Es interesante que Vera Zasulich hubiera tratado de volver a Rusia para participar en esta reunión, pero que llegase demasiado tarde. Propensa a los ataques depresivos y a una mórbida y ensimismada reflexión, había terminado por estar convencida de que era ella quien había dado comienzo a la espiral de violencia terrorista en Rusia. Había terminado por tener grandes reservas ante la táctica, salvo cuando, como había sido su caso, los terroristas actuaban por razones puramente abnegadas. El terrorismo era divisivo y era agotador, y proporcionaba al gobierno un pretexto demasiado fácil para la represión en masa. Más importante era que condujera además a un comportamiento patológico: «Con el fin de llevar a cabo nuestros actos terroristas, es preciso agotar todas las energías de la persona, y de ello casi

siempre se sigue un estado de ánimo peculiar: o es un estado de ánimo de gran vanidad, o es un estado en el que la vida ha perdido todos sus atractivos». Los abogados del terrorismo disolvieron Tierra y Libertad —a cuyo nombre habían acordado renunciar ambas facciones— para fundar una nueva conspiración llamada Voluntad Popular, en una muestra de rechazo consciente del gobierno regido por la voluntad de un solo hombre.

Al recibir la invitación de sumarse a Voluntad Popular, Vera Figner en un principio exclamó: «¡Pero si esto es puro Nechaev!». Lo cierto es que el núcleo terrorista de Tierra y Libertad ya había adoptado muchas de las dudosas prácticas de Nechaev, incluidos los atracos a bancos y el asesinato de los informadores. Voluntad Popular también tomó prestada la táctica consistente en sugerir a los crédulos que era tan sólo la punta visible de una organización revolucionaria mucho más amplía, el Partido Social Revolucionario de Rusia, que en realidad era un ente inexistente. Existía un Comité Ejecutivo que parecía imponente, desde luego, pero que tenía sus propias fronteras en la totalidad de los miembros de Voluntad Popular. Otros engaños de este estilo fueron las afirmaciones de que los miembros de este Ejecutivo eran tan sólo «agentes de tercer grado», dando a entender que existían infinitos niveles de talento revolucionario por encima de ellos. En realidad, Voluntad Popular nunca llegó a contar con más de treinta o cuarenta miembros, que se dedicaban a reclutar a los «agentes» para el desarrollo de una tarea específica o bien establecían células afiliadas dentro de sectores de la sociedad que, según se entendía, poseían cierto potencial revolucionario. Se hicieron esfuerzos, en efecto, para enrolar en la causa a las principales lumbreras de las artes y a la *intelligentsia* por medio de una plataforma pública de aspecto liberal. A fin de cuentas, ¿qué persona en sus cabales iba a quejarse de las metas explícitas del Partido? Su programa defendía objetivos liberales y democráticos, socialistas: un parlamento, sufragio universal para los varones, las clásicas libertades liberales de expresión y de prensa, así como el control campesino y obrero de la

tierra y de las fábricas. Fue mucho lo que no se dijo acerca del modo en que estos objetivos se relacionaban estrechamente con la meta táctica de un golpe revolucionario llevado a cabo por una minoría jacobina, una élite. No es de extrañar que Lenin recomendase a sus socios, los bolcheviques, el estudio de la estructura y el *modus operandi* de esta organización precursora.

Al igual que los fenianos irlandeses, contemporáneos suyos, Voluntad Popular descubrió las propiedades asesinas de la dinamita. Tras condenar a muerte a Alejandro II, en uno de sus cónclaves pseudopopulares formados por tres individuos que eran juez, jurado y verdugo, Voluntad Popular hizo varias intentonas de asesinato antes de lograrlo por fin el 1 de marzo de 1881. Sus primeros empeños se centraron en Odessa, localidad cerca de la cual pasaba el zar cuando regresaba al norte tras sus vacaciones anuales en el sur, en Crimea. Tras ser rechazada en el papel de autora material, a Vera Figner se le permitió ser quien transportara hasta allá la dinamita. Alquiló una vivienda con un hombre que se hizo pasar por su marido, en la cual un experto en explosivos, Kibalchich, se puso a trabajar con la dinamita, el algodón empapado en ácido nítrico y sulfúrico —altamente explosivo— y el ácido fulmínico que serviría de detonante. Como el plan consistía en colocar una mina bajo las vías del ferrocarril a cierta distancia de Odessa, Figner —que provisionalmente había recuperado su apariencia elegante— logró un puesto de ferroviario para uno de sus compañeros de conspiración, para lo cual hubo de interceder por él ante el barón Ungern-Shternberg, conocido del gobernador general. Llegado el momento, hubo que abortar el plan porque Goldenberg requirió la mayor parte de la dinamita para un atentado en el norte que tenía muchas más probabilidades de éxito, al tiempo que ellos se enteraron de que el zar iba a regresar por una ruta distinta. Goldenberg fue detenido en una estación de ferrocarril cuando un policía alerta tuvo sospechas sobre su baúl, en el cual se descubrieron veinticinco kilos de dinamita. De disposición débil, Goldenberg fue enloqueciendo progresivamente en la soledad de su

celda. Sus carceleros, preocupados, le ofrecieron un trato que pudiera apaciguar su desasosiego: traicionaría a Voluntad Popular con el fin de que terminase la violencia sin sentido, así como para agilizar las reformas que los carceleros reconocieron que eran necesarias en su caso.

Entretanto, Voluntad Popular había puesto en marcha otros dos atentados ferroviarios por si acaso el zar cambiase de ruta. En Alexandrovsk, un segundo grupo de conspiradores, que se hicieron pasar por curtidores, se colaron por un túnel para hacer agujeros bajo la vía del ferrocarril, en los que colocaron dos botes de explosivos ligados por cables y unidos a su vez a un mismo detonador. Sin embargo, el tren del zar pasó por encima y no hubo ninguna explosión debido a un fallo del circuito eléctrico. Un tercer equipo de terroristas ferroviarios, esta vez más cerca de Moscú, enterraron también bombas bajo las vías, a las que llegaron por medio de un túnel hecho desde una casa cercana que habían alquilado. El 19 de noviembre de 1880 un error de cálculo supuso que llegasen tarde al paso del tren en que viajaba el zar, aunque sí lograron hacer descarrilar ocho vagones de otro tren en el que viajaban su séquito y su equipaje.

Si bien la policía había hecho una redada en una vivienda y había descubierto tanto la dinamita como un plano del Palacio de Invierno en el que una «X» marcaba el comedor, con la desidia característica el comandante del Palacio no hizo nada al respecto. Era un general que tenía heridas de guerra y que había combatido en Sebastopol, y que trabajaba en un palacio en el que eran demasiados los responsables ya avejentados y la mayoría de los subalternos eran ladrones. En el escalafón más bajo, un carpintero llamado Esteban Jalturin, perteneciente a Voluntad Popular, había logrado estar en nómina, empleado en la servidumbre del Palacio, tras trabajar en las reparaciones y reformas del yate del zar. Jalturin compartía una habitación en el sótano con un guardia de la policía, quien empezó a suponer que ese respetable artesano bien podría llegar a ser un yerno digno. Jalturin era un tipo robusto y animoso, al

que se le daba de maravilla afectar la idiotez de los campesinos cuando se rascaba la oreja en el momento en que alguien le hacía una pregunta. Se conocía el palacio al dedillo, y pronto se dio cuenta de que no era estanco como un barco. El robo era tan habitual que incluso los oficiales se permitían con frecuencia esta práctica, como describe Tolstoi en el entretenido cuento del oficial que guardaba alimentos robados bajo el casco reglamentario. En cierta ocasión, Jalturin se encontró trabajando en el estudio del zar. Estudiando la nuca del emperador, completamente calvo, Jalturin pensó en aplastársela de un martillazo, pero decidió que iba a resultar demasiado prosaico para las intenciones de Voluntad Popular.

En cambio, Jalturin recogió cierta cantidad de dinamita que había pasado de contrabando el Comité Ejecutivo y la ocultó bajo su almohada. Como al dormir encima de la nitroglicerina le lloraban los ojos y el cuello se le ponía del color de la arcilla, compró un baúl aparentemente para guardar el ajuar de su futura esposa. En vez de las enaguas y los manteles, lo llenó de dinamita, si bien Jalturin nunca llegó a recibir los 130 kilos que estimaba necesarios para traspasar las dos plantas del palacio. La noche del 5 de febrero de 1880, Jalturin celebró en un restaurante una cena de compromiso matrimonial, durante la cual tuvo la frialdad de regresar al palacio pretextando cualquier excusa, y una vez allí prendió la mecha Rumford de su bomba. Volvió al restaurante. Nevaba. La explosión despedazó el suelo de la planta superior, matando o dejando malheridos a cincuenta miembros del Regimiento de Finlandia, aunque sólo sacudió el suelo del Comedor Amarillo, en donde estaban a punto de entrar el zar y el príncipe Alejandro de Battenberg. La estancia quedó hecha un amasijo de yeso desconchado y vigas desplomadas en medio de la polvareda, encima de los platos y las palmeras decorativas. Las lámparas de gas se habían apagado, las arenas de cristal estaban destruidas, el frío penetraba por las ventanas hechas añicos. El zar y sus invitados se hallaban ilesos.

En respuesta a este atentado, perpetrado en un lugar tan delicado, el zar nombró una Comisión Suprema bajo el mando del príncipe Mijaíl Loris-Melikov, con la orden de emprender la lucha contra la sedición. La elección del mando asombró a los conservadores. Armenio, sutil, liberal y astuto, y con el historial de haber librado 180 batallas contra las tribus del Cáucaso y contra los turcos, Loris-Melikov abolió el aborrecido Tercer Departamento, transfiriendo sus funciones, propias de la policía secreta, al Ministerio del Interior, en un gesto ideado para que resultase atractivo a la opinión liberal. Hizo que se cesara al impopular ministro de Educación, Tolstoi. Complació al poder de la prensa solicitando consejo y opinión a los directores de los diarios. Fue el aparente carácter razonable de Loris-Melikov lo que lo convirtió en un objetivo prioritario para los terroristas de Voluntad Popular. Trataron de asesinarlo en febrero. La perspectiva de que Loris-Melikov pudiera lograr el éxito al introducir reformas suficientemente significativas para aplacar a la *intelligentsia* dio mayor urgencia a la idea de seguir adelante con el asesinato del zar. Uno de los planes trazados entrañaba el hundimiento de 125 kilos de dinamita dentro de unos sacos de goma, estancos, bajo las aguas del puente de Kammeny. Pero cuando el carruaje de la realeza pasó por el puente a mediados de agosto, no estalló ninguna bomba: quien tenía que activarla se había dormido. El método finalmente empleado para asesinar a Alejandro se ensayó por vez primera en Odessa, donde Vera Figner y sus compañeros habían alquilado una tienda desde la cual abrieron un túnel bajo la calle, con vistas a colocar una mina que hiciera volar al zar por los aires cuando visitara la ciudad. Otra versión de este mismo atentado se ensayó en San Petersburgo. Una pareja, los Kobozev— que no era su verdadero apellido, aparte de que tampoco estaban casados—, alquilaron un sótano en la Little Garden Street, en donde abrieron una tienda de quesos. El tenía un rostro curtido por el sol y una alegre y ancha barba; ella hablaba con un tranquilizador acento de provincias. La tienda se encontraba en la ruta que tomaba el zar todos los domingos, desde el Palacio de

Invierno hasta el Hipódromo, en donde pasaba revista a su guardia personal. Había en el mostrador queso suficiente para satisfacer a cualquier cliente —Vera Figner lo comprobó cuando fue a comprar roquefort—, pero una inspección más a fondo de los barriles que contenían el queso, en la trastienda, habría revelado que contenían tierra excavada, y no precisamente camembert. Cada noche, un equipo de terroristas visitaba la tienda para excavar un túnel bajo la calle. En el supuesto de que la mina que se iba a colocar debajo de la calle no llegase a explotar contra el zar, había dos equipos de asesinos de respaldo. Cuatro hombres le tenderían una emboscada con bombas de dinamita colocadas en latas de queroseno al final de otra calle, en donde un asesino solitario estaría al acecho, provisto de un cuchillo, por si sobreviviera a la segunda oleada de ataques. Lo cierto es que este asesino fue detenido antes de colocarse en su lugar.

Vera Figner fue una de las personas que se pasaron toda la noche en vela con Kibalchich, el benévolo fabricante de las bombas, en una vivienda en la que con gran nerviosismo montaron las bombas, al tiempo que una mina de grandes dimensiones se colocó deprisa y corriendo en el túnel abierto desde la tienda de quesos. Por la mañana, los terroristas recogieron sus armas en un piso franco. Se trataba de hombres elegidos por su simbólico efecto de representación, un aristócrata, un destacado representante de la clase media, un obrero y un campesino. Uno era prácticamente un retrasado mental; otro era tan alto que llamaba la atención.

Llegado el momento, tras almorzar con su esposa morganática, a la que rápidamente «tomó» sobre una mesa para disipar sus súplicas de que se quedara en palacio, el zar no fue al Hipódromo pasando por la calle del Jardincillo. Sin embargo, a las tres de la tarde ordenó regresar por una ruta que había de llevarle muy cerca de donde lo esperaban agazapados sus asesinos. Al pasar su carruaje y su escolta de cosacos por delante del asesino Risakov, éste lanzó lo que parecía una simple caja de bombones al paso del carruaje. El estallido dio por tierra con uno de los cosacos, a la vez

que varios transeúntes resultaban heridos. El zar, ileso, salió del carruaje y respondió así a un oficial que se interesó por su estado: «No, gracias a Dios, pero...». E indicó con un gesto al herido. Tal como parecía tener por costumbre, Alejandro se acercó al terrorista detenido y le dijo: «¡Vaya pieza está hecho usted!». Rodeado ya por sus soldados, el zar volvió al carruaje sin fijarse apenas en un joven polaco que sujetaba un paquete envuelto en papel de periódico. Explotó en esos momentos, matando al joven polaco en el acto y dejando al zar mortalmente herido en las piernas y en el abdomen. La pierna izquierda le quedó tan destrozada que fue imposible cortar la hemorragia con un torniquete. Tras susurrar que tenía frío, el zar dijo que deseaba irse al Palacio de Invierno. Murió cincuenta minutos después. Es posible que sus últimos pensamientos se centrasen en cómo había comenzado el día, cuando junto con Loris-Melikov acordó que fuesen nombrados algunos representantes electos en el Consejo de Estado para dar su opinión sobre las futuras reformas.

Seis miembros de la conspiración destinada a matar al zar fueron juzgados a finales de marzo. Los seis fueron condenados a muerte, aunque cuando se descubrió que Gesia Helfman estaba embarazada se le otorgó el perdón. Los otros cinco fueron ahorcados en una ejecución pública, con carteles que decían «regicida» colgados del cuello. Kibalchich, el fabricante de las bombas, quiso interesar a las autoridades en un cohete propulsor de su invención, con la idea de lograr el perdón, pero las autoridades no se dejaron engañar. El hecho de que Helfman procediera de una familia de judíos ortodoxos fue una de las razones para que se desataran violentos pogromos antisemitas que asolaron las zonas rurales de Ucrania. Mientras el nuevo zar, Alejandro III, hizo lo posible por impedir estos pogromos, los residuos de Voluntad Popular los acogieron activamente, por ser prueba de las fuerzas que un buen día tal vez sería posible dirigir contra el Estado. Difundieron panfletos en ucraniano, que Vera Figner repartió por Odessa, afirmando: «Por culpa de los judíos, por encima de todo,

sufren tanto los ucranianos. ¿Quién se ha quedado con todas las tierras y los bosques? ¿Quién es dueño de todas las tabernas? ¡Los judíos! Hagáis lo que hagáis, vayáis adonde vayáis, os encontráis con el judío. El es el jefe que os hace trampas, él es quien se bebe la sangre de los campesinos». Es de sobra sabido que la policía secreta zarista explotaba el antisemitismo para canalizar la ira popular; debería también saberse que, algún tiempo antes, los revolucionarios habían acogido el antisemitismo también con los brazos abiertos. Las autoridades tuvieron un gran éxito a la hora de detener a muchos de los participantes en las conspiraciones anteriores para asesinar a Alejandro II, incluida la pareja que llevaba la falsa tienda de quesos en la calle del Jardincillo. Vera Figner pronto pasó a ser la única superviviente del Comité Ejecutivo, aunque la Organización Militar asociada —que constaba de oficiales del ejército disidentes— se encontrase en mejores condiciones, por haberse mantenido al margen del terrorismo.

Un fatídico giro de los acontecimientos, el asunto Degaev, se desarrolló durante un periodo sumamente extraño, en el que Voluntad Popular propuso al nuevo zar, Alejandro III, una tregua, a cambio de que permitiera la existencia de una asamblea electa y liberase a ciertos prisioneros políticos. Aunque la oferta fuese rechazada, algunos miembros del gobierno, y un grupo de contraterrorismo bastante ineficaz, llamado la Sagrada Banda, creyeron que entablar negociaciones con Voluntad Popular podría al menos servir para aplazar los intentos de asesinato hasta después de la coronación del nuevo zar. Estas conversaciones quedaron en nada —tuvieron lugar en Ginebra—, porque el régimen había descubierto que Voluntad Popular estaba en las últimas. La coronación tuvo lugar en mayo de 1883 sin incidentes de ninguna clase.

La razón por la cual las autoridades se hicieron una idea tan precisa del estado en que se hallaba la clandestinidad revolucionaria hay que atribuirla a la decisión de Vera Figner de designar a un antiguo oficial de artillería, Serguéi Degaev, para que fuese el

encargado del ala militar de Voluntad Popular en nombre del entonces diezmado Comité Ejecutivo. Degaev tenía unas impecables credenciales de revolucionario, no en vano había echado una mano en la excavación del túnel en la tienda de quesos de la calle del Jardincillo. Su madre y sus hermanos estaban implicados en el movimiento. La decisión resultó un desastre para Figner, porque cuando fue detenido por sedición el hermano menor de Degaev, Vladímir, éste comenzó a recibir en su celda las visitas del capitán Sudeikin, el más capaz de los policías del zar. Dándoselas de tener simpatías por la causa, Sudeikin ofreció a Vladímir la libertad a cambio de que lo mantuviera tan sólo informado de las tendencias más generales de la clandestinidad. No le pidió ningún nombre. Vladímir estuvo de acuerdo con las condiciones, y con gran confianza se jactó ante sus allegados de que lo tenía todo controlado. En diciembre de 1882, Serguéi Degaev fue detenido en Odessa con el aparato de la prensa clandestina de Voluntad Popular. Recordó los tratos de su hermano Vladímir con Sudeikin a la vez que, preocupado, contemplaba la posible condena a quince años de trabajos forzados. Nada más recibir una carta de Degaev, Sudeikin se apresuró a viajar al sur para visitarle. Se desarrolló entre ambos alguna clase de acuerdo turbio según el cual, a cambio de aplastar los residuos de Voluntad Popular, Sudeikin recomendaría al zar que a Degaev se le permitiera encabezar un partido radical dedicado a la reforma por medios no violentos. Sudeikin ofreció a Degaev la posibilidad de reunirse con el zar en persona, aunque esto iba a ser imposible, ya que Sudeikin ocupaba un escalafón demasiado bajo para tener acceso al monarca. Lo que Sudeikin en realidad deseaba era el control del movimiento revolucionario por medio de Degaev.

Pocas semanas después, Degaev escapó milagrosamente de un carruaje en el que era transportado a la estación de ferrocarril, echando a patadas a un guardia por la puerta y arrojando rapé a los ojos del otro, antes de desaparecer en la nieve. Restableció contacto con Voluntad Popular. Al encontrarlo, Vera Figner olvidó

que Degaev no era consumidor de rapé y que a los prisioneros se les solía esposar cuando eran trasladados. Le pareció especialmente preocupado por la seguridad de ella, y le preguntó si su vivienda disponía de una puerta trasera. Dos días después, salió por la puerta de su casa y fue detenida. El zar se alegró, y escribió en su diario: «Gracias a Dios que por fin se han librado de esa horrible mujer». Pidió una fotografía suya para no olvidar lo horrible que era. Su condena a muerte le fue conmutada por cadena perpetua. Las gratas condiciones del trato dentro de la fortaleza de Pedro y Pablo, en donde fue retenida durante dos años, donde se le daba de cena codorniz con peras y vestía un espléndido vestido azul, dieron paso al aislamiento, al vestido sucio y gris que llevó en Schlüsselburg, en donde pasó los siguientes veinte años.

Entretanto, Sudeikin se encontraba en una cuesta resbaladiza y más empinada que la que había descendido el traidor Degaev. Para encubrir a su agente, con el cual había empezado a tener una estrecha relación, Sudeikin ofreció a un informador bastante ineficaz que identificase con Degaev al resto de los miembros de Voluntad Popular, si bien lo asesinaron. A medida que iba en aumento el número de personas traicionadas por Degaev, el traidor empezó a temer quedarse sin víctimas. Sugirió a Sudeikin un viaje a Suiza, en donde podría extender sus traiciones entre la comunidad de exiliados rusos. En Ginebra, Degaev reflexionó sobre la sórdida naturaleza de sus relaciones con el capitán, con el que había compartido no pocas bebidas y platos de *pirogi*. Había creído que podría controlar el empleo que diese Sudeikin a la información que él le proporcionaba, cuando lo cierto es que Sudeikin procedió a realizar detenciones indiscriminadas. Degaev había pasado a ser el esclavo del capitán y, se dio cuenta, ni siquiera era una pieza indispensable, ya que Sudeikin le había permitido viajar a Suiza. Presa de un gran aborrecimiento de sí mismo, Degaev confesó su papel a uno de los principales revolucionarios, Tijomirov. Aunque Degaev quería a toda costa asesinar a Sudeikin, el daño considerable que éste había causado en las filas de los

revolucionarios trajo consigo una considerable escasez de asesinos. Pero disponía, en cambio, del buen amigo del capitán. A Degaev se le propuso la nada envidiable elección de matar a Sudeikin o de ser él mismo asesinado. Si bien fue preciso contar con un revolucionario mucho más duro para asegurarse de que el doble agente seguía fiel en su resolución, tras una serie de intentonas en falso Degaev asesinó al capitán. La tarde del 16 de diciembre, atrajo a Sudeikin a su vivienda con el pretexto de presentarle a un revolucionario italiano. El capitán acudió con su sobrino, lo cual complicó las cosas. Degaev sabía que Sudeikin siempre iba armado y que llevaba un chaleco antibalas. Invitándole a su estudio, le disparó por la espalda (la bala le atravesó el hígado), mientras un cómplice daba puñetazos al aterrado sobrino en el suelo, tras golpearlo con una estaca. Mortalmente herido, Sudeikin quiso encerrarse en el cuarto de baño. El cómplice de Degaev forzó la cerradura y se sirvió de la estaca para acabar con el capitán dándole cuatro golpes en la nuca. La escena del crimen parecía un matadero, con el capitán despatarrado a medias dentro y a medias fuera del retrete. Sudeikin recibió un funeral de campanillas; la zarina envió una corona de lirios blancos y una nota en la que escribió: «Al que ha cumplido su sagrado deber». Tras huir a Europa occidental, Degaev volvió a aparecer en la década de 1890 convertido en el profesor Alexander Pell, de la universidad de Dakota del Sur, donde daba clases de matemáticas [35].

Voluntad Popular nunca se llegó a recuperar del asunto Degaev. El miedo a que hubiera informadores policiales ocultos en sus filas llegó a ser tan agudo como la paranoia del gobierno acerca de los nihilistas escondidos tras cada uno de los acontecimientos inquietantes que se dieran. La desilusión ante la respuesta de los campesinos en la década de 1870, y la implacable represión de la década de 1880, condujeron a muchos movimientos revolucionarios rusos a replantearse sus objetivos y los medios necesarios para alcanzarlos. El terrorismo dejó de ser la cuestión crucial, ya que todos estaban más o menos de acuerdo en que era una táctica

legítima, aun cuando hubiera discrepancias sobre el grado de importancia que era preciso darle y sobre las personas contra las cuales había que dirigirlo. Al contrario, las disputas se centraron en torno a los procesos y los grupos sociales que habrían de impulsar el cambio revolucionario.

Para una minoría importante, el idilio del socialismo comunal y campesino parecía trasnochado en un país que rápidamente se iba industrializando. Plejanov era el principal exponente de la socialdemocracia y del marxismo ruso (su secta se llamaba Grupo de Emancipación del Trabajo), según el cual era más bien el capitalismo, y no las comunas rurales, lo que habría de dar a luz al socialismo tal como está descrito en las leyes de la historia. El hecho de que las autoridades mostrasen una indulgencia relativa hacia los socialdemócratas de clase obrera —la policía tendía a mostrar una mayor simpatía hacia los obreros en huelga que hacia los coléricos propietarios de las fábricas— inclinó a muchos revolucionarios a mostrarse a favor de permitir que las férreas leyes de la historia hicieran su trabajo, en vez de poner en marcha por la fuerza una revolución mediante el uso de las bombas y las armas. A su entender, y conviene tener en cuenta esta aceptación sin controversias del asesinato en masa, el terror era algo que debía suceder, no anteceder a la revolución. Como escribió el propio Plejanov, «cada socialdemócrata debe ser un terrorista al estilo de Robespierre. No mataremos al zar y a sus siervos como lo hacen los Socialistas Revolucionarios, sino que tras la victoria erigiremos una guillotina en la plaza Kazanski para ajusticiarlos a todos ellos y a muchos más».

Sin embargo, algunos revolucionarios no estaban preparados para renunciar a la idea del «big bang» como enfoque previo de la revolución, por creer en el enorme valor propagandístico del terrorismo dirigido contra los principales actores del Estado como condición previa y esencial para proceder a la toma del poder [36]. Uno de estos grupos se formó en la universidad de San Petersburgo, en donde los estudiantes despotricaban contra la

introducción por parte del régimen de tasas más elevadas, destinadas a reducir el número de estudiantes radicales de clase baja, así como contra la reimposición de otras mezquinas restricciones en la Carta Universitaria de 1884. Los estudiantes comenzaron a hablar del regicidio y del asesinato de los partidarios conservadores que eran clave para el zar.

Piotr Shevirev creó la Fracción Terrorista de Voluntad Popular a comienzos de 1886, siendo uno de sus reclutas un brillante estudiante de zoología que era además experto en la biología de las lombrices anilladas. Tenía dos elementos a su favor. Era científico y era culto, por lo que podía dar a los panfletos del grupo un aire espúreo de «inevitabilidad», y además sabía de química, aspecto que era esencial en la fabricación de explosivos. Se llamaba Alexander Ulianov; su hermano menor era Vladímir Ulianov, más conocido para la posteridad con el sobrenombre de Lenin. Alexander defendió que la Fracción Terrorista se vio empujada a actuar por la «frustración» por el régimen ante la campaña de reformas no violentas. Una campaña de terror constante también serviría para elevar el espíritu revolucionario del pueblo. La Fracción incorporó a nuevos revolucionarios a la conspiración, entre ellos Józef Pilsudski, futuro jefe de estado de la Polonia independiente, y a un número de judíos radicalizados, cuya presencia fue en constante aumento dentro de los círculos revolucionarios y terroristas. Hacia 1900 constituían el 50 por ciento de los miembros de los partidos revolucionarios, si bien no eran más que siete millones de judíos en una población de 136 millones.

Alexander Ulianov fue el responsable de la fábrica de bombas del grupo. Una bomba se ocultó dentro de un grueso volumen titulado *Resumen de las leyes*, mientras otras se alojaron en tubos cilindricos. El 26 y el 28 de febrero y el 1 de marzo, los terroristas rondaron por la explanada de Nevski, con la esperanza de encontrarse con el zar cuando éste cruzase el parque camino de la catedral de San Isaac. Su actuación sospechosa despertó el recelo de la policía, que probablemente disponía de información sobre

ellos, ya que la ramificación de la conspiración había sido demasiado improvisada. La falta de rigor dio lugar a la detención de otros conspiradores importantes, incluido Ulianov. Aunque no era el principal arquitecto de la conspiración, Ulianov se convirtió con valentía en su portavoz durante el juicio. Todos ellos fueron condenados a la horca. A pesar de las apremiantes súplicas de su madre, Ulianov desdeñó hacer una apelación para lograr el perdón. Fue ahorcado con otros cinco el 8 de mayo de 1887; cincuenta estudiantes se exiliaron a Siberia forzosamente, entre ellos Pilsudski.

En su día, estas ejecuciones pudieron parecer los últimos estertores de los grupos terroristas que entre las décadas de 1860 y 1900 «sólo» habían causado un centenar de víctimas, por más que una de ellas hubiera sido el zar de Rusia. Sin embargo, en la primera década del siglo XX se produjo una escalada masiva de las atrocidades terroristas en la Rusia imperial, llegando a contarse tal vez cerca de diecisiete mil personas que sucumbieron a las actividades terroristas entre 1901 y 1916, antes de que estas pavorosas estadísticas quedaran prácticamente en nada con el comienzo de la violencia estatal bolchevique, buena parte de la cual fue producto de los terroristas que se habían convertido en policías secretos de la Cheka, según se describe en las páginas que siguen.

Fueron varias las razones de que se recrudeciera el terrorismo a una escala tan desmedida. A una gran hambruna en 1891, seguida de epidemias de cólera y de tifus en la Rusia europea un año más tarde, sucedió una serie de renovados intentos entre los radicales por movilizar al campesinado hambriento, esfuerzos condenados al fracaso, tanto como sí pretendieran encender cartuchos de dinamita mojados. Se pasó entonces a un medio de combustión alternativo: actos de violencia ejemplar que sacudieran a las masas rurales y las despertasen de su somnolencia. El desastre de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, y el Domingo Sangriento de enero de 1905, cuando los manifestantes de San Petersburgo fueron brutalmente reprimidos, contribuyeron a este clima de crisis, tanto como la cara

oscura de la cultura literaria de la Edad de Plata, con su hincapié en la morbidez patológica. De manera menos descabellada, y con más culpabilidad, muchas personas de posturas liberales —entre ellas, muchos profesionales de la abogacía— mostraron con total irresponsabilidad sus simpatías con los terroristas, hasta el punto de ayudarles y respaldarles, en vez de dar apoyo a los esfuerzos que el régimen trataba de llevar a cabo en pro de la reforma. Esto es especialmente cierto en el caso del Partido Cadete, liberal, que adoptó la dudosa doctrina de que no existía un solo enemigo a la izquierda, y cuyos miembros pasaron a ser los principales defensores del terror dentro de la opinión todavía respetable. Un pavoroso relativismo moral infectó a los círculos más elegantes, como en el caso de un político del Partido Cadete, que hizo la siguiente analogía: «Recordemos que también Cristo fue considerado un criminal, y que fue sujeto a una ejecución ignominiosa en la cruz. Pasaron los años y aquel criminal, Cristo, ha conquistado el mundo entero y ha pasado a ser un dechado de virtud modélica. La actitud que se mantiene hacia los criminales políticos es un acto de violencia similar por parte de las autoridades». Los liberales intencionadamente rehuyeron el empleo del término «terrorista», prefiriendo ver a los agresores como «menores» que en realidad eran víctimas de la autoridad represiva. Si bien ningún periódico del Partido Cadete condenó jamás un solo acto de terrorismo de izquierdas, dedicaron muchas páginas a los ejemplos prácticamente insignificantes de violencia de la extrema derecha, que asumieron proporciones míticas en la imaginación de la izquierda liberal. Este veneno afectó a muchos liberales e izquierdistas de países extranjeros, con el Partido Laborista británico y los socialdemócratas alemanes a la cabeza, actuando como animadoras ignorantes que vitoreasen a los asesinos terroristas de Rusia. En efecto, el miedo de la opinión liberal extranjera inhibió al régimen zarista, sensible a la acusación de ser asiático por adoptar una serie de medidas eficaces y tendentes a reprimir el terrorismo.

Los intentos de reforma que insinuó el nuevo zar, Nicolás II, en especial el Manifiesto Imperial del 17 de octubre de 1905, en el que se habían de garantizar los derechos elementales y se concederían poderes legislativos a la Duma estatal, incentivaron a los revolucionarios violentos, que aprovecharon tales concesiones como si fueran síntomas de clara debilidad. Algunos pensaron que los actos de terrorismo provocarían que el régimen la emprendiera a golpes con la población, con su conocida falta de discriminación, lo cual serviría para radicalizar a un número mayor de personas. Los atentados terroristas contra los funcionarios del gobierno, tanto altos cargos como humildes empleados, así como lo que se dio en llamar expropiaciones (y que en realidad fueron meros robos), y los asesinatos de individuos particulares, alcanzaron las proporciones de una epidemia. Esta situación no se circunscribió solamente a Rusia, sino que se extendió a las provincias del Báltico, al Cáucaso, a Finlandia y a Polonia, en donde los rusos (y, en el Báltico, los terratenientes alemanes) eran considerados ocupantes extranjeros entre los terroristas nacionalistas, para los cuales cualquier atrocidad empezó a ser legítima. Las mejoras tecnológicas, entre ellas la que permitió la miniaturización de los explosivos, supuso que la población empezara a temer que hubiese bombas colocadas por todas partes:

Anda todo el mundo cauteloso,
de la fruta se les ve temerosos.
Un amigo mío, duro como la piedra,
se muere de miedo al ver una pera.
Los policías, listos para ladrar
al ver una naranja se echan a temblar

[37].

Al igual que los fenianos, la nueva generación de terroristas rusos prefirió la manufactura de sus propios explosivos, en vez de arriesgarse a ser capturados importándolos ya hechos del extranjero. Iba a ser un trabajo arriesgado, en el que una mano temblorosa por el exceso de alcohol o un simple fallo de concentración podía costarle a un hombre la vida. En 1904 y 1905 dos terroristas volaron por los aires en sendas habitaciones de hotel; uno fue identificado porque tenía las manos muy pequeñas, mientras que algunos fragmentos del otro aparecieron en un parque vecino. Al igual que en el caso de los fenianos, hubo una gran ansiedad por explorar las nuevas tecnologías con las cuales sería más fácil matar. En el caso de los rusos se consideró la aviación para bombardear las residencias del zar en Tsarskoe Selo y Peterhof.

En estos años, el terrorismo pasó a ser indiscriminado y a darse de manera inseparable con el bandolerismo y otras formas de delincuencia, como el secuestro, el robo a mano armada o la extorsión. Estas hazañas las elogió la prensa de la izquierda liberal como si fueran las acciones de un Robin Hood o de un Guillermo Tell. En realidad, estos robos fueron utilizados para realzar el perfil de una determinada facción política —sobre todo los bolcheviques —, o, de manera más habitual, simplemente para permitir que los terroristas disfrutasen de las cosas buenas de la vida en su vida a salto de mata. Hubo un perceptible deslizamiento moral, puesto que la vida humana perdió toda clase de valor a ojos de los terroristas, que con frecuencia procedían de medios sociales mucho más duros que sus predecesores gentiles en la década de 1870 y a comienzos de la década de 1880. Eran realmente los hijos de Nechaev y lo eran en un sentido literal, pues muchos terroristas eran menores, algunos de no más de catorce o quince años. Era posible camuflar un juego moral tras una retórica idealista. En torno al 30 por ciento de los detenidos por delitos políticos eran judíos, tal como lo era el 50 por ciento de los implicados en las organizaciones

revolucionarias, aun cuando los judíos no llegaran a ser siquiera el 5 por ciento del total de la población. Los pogromos y la discriminación, al darse en especial combinados con un ramalazo mesiánico, pero moralizante y secularizado, llevaron a muchos de estos jóvenes por la senda del terrorismo, al margen del impacto que pudiera tener su actividad en el resto de la población judía, puesto que los pecados de los hijos y las hijas rápidamente se volvieron en contra de los padres y las madres. La debilidad del régimen y de sus sanciones también animó al pueblo a dedicarse al terrorismo, pues los abogados liberales invariablemente lograban la conmutación de las penas de muerte, a la vez que los tribunales emitían sentencias llamativamente blandas, con lo que indirectamente desmoralizaron a la policía que debía investigar tales delitos. Las cárceles zaristas y los campos de concentración y de trabajos forzados pasaron a ser un extraño cruce entre un club y una universidad para radicales, en los que la supervisión de los internos era tan notablemente laxa que los conservadores abogaron intensamente por la adopción de las condiciones «inglesas», esto es, pan y agua para todos, cadenas y azotes.

Prácticamente analfabetos, los terroristas de la nueva hornada no poseían ninguna razón teórica más o menos compleja para justificar sus acciones, que con toda probabilidad eran mero producto de la frustración, la ira y el resentimiento, o bien se debían a que sus autores eran amorales, histéricos o dementes. Un número sorprendente actuó por puro tedio existencial, por puro hartazgo de las frustraciones cotidianas de sus vidas: «No puedo vivir en paz. Me gusta el peligro, me gusta sentir la emoción». El joven terrorista que a la sazón logró asesinar al primer ministro Stolipin en 1911 afirmó estar desesperado ante la perspectiva futura de «nada más que un número interminable de costillas de cordero». Esta acidia se tradujo con gran facilidad en un deseo megalomaniaco y sádico por dominar y humillar a los demás, no sólo a los terroristas que fueran sospechosos de ser informadores, o que meramente fuesen débiles, que fueron rutinariamente torturados por colegas cuya idea de un

interrogatorio consistía en pegar una pistola a la sien de la víctima y disparar sin esperar a más. Matar a otras personas llegó a ser algo adictivo. Un terrorista polaco apodado «Gitano» mató a diecinueve policías. Dicen que explicó así por qué había experimentado una urgencia incontrolable por ir a los funerales de sus víctimas, en los que podía verificar la exactitud de su puntería en la persona que estaba expuesta en el féretro: «Al principio se le hacía difícil matar, pero a la tercera o a la cuarta vez el acto de arrebatarle la vida a alguien ya empezaba a causar una impresión insólitamente placentera en él. Ver la sangre de su víctima le provocaba una sensación especial, y por tanto sentía una necesidad apremiante, cada vez mayor, de experimentar una vez más esa dulce sensación. Por eso ha cometido tantos asesinatos, por eso no se arrepiente ni lo más mínimo». Otros, sin embargo, actuaban en consonancia con un deseo de muerte, y emprendían atentados de los que sabían con certeza que era imposible escapar sin ser alcanzado por una bala o sin ser ejecutado en caso de caer capturado. Muchos perdieron la escasa brújula moral que originalmente poseyeran: «Dime, ¿por qué no puede uno mentir? ¿Por qué no puede robar? ¿Qué significa "deshonesto"? ¿Por qué es deshonesto mentir? ¿Qué es la moralidad? ¿Qué es la repugnancia moral? Todo esto no son más que convenciones». Dimitri Bogrov, el joven pasante de abogado procedente de una familia de judíos asimilados que en 1911 asesinó a Stolipin en el teatro de la ópera de Kiev, «siempre se reía del "bien" y del "mal". Despreciando la moral convencional, desarrolló su propia moral, caprichosa, no siempre comprensible». Por su adicción al juego siempre anduvo corto de fondos, probable explicación de que pasara a ser informador de la policía.

BOLCHEVIQUES Y BANDIDOS

Así como en las décadas de 1870 y 1880 Voluntad Popular se había esforzado por confinar sus actividades asesinas en individuos específicos, colocados en puestos de gran relieve, sus sucesores

atacaron de forma indiscriminada a todo el que tuviese una determinada relación con el Estado, e incluso a los ciudadanos particulares y a sus familias. Los humildes policías que patrullaban a pie por las calles fueron abatidos a tiros o recibieron una carga de ácido sulfúrico en la cara. Los ciudadanos que tuvieron la desgracia de interponerse fueron también asesinados sin que se tuviera en cuenta la edad ni el sexo. A medida que los funcionarios gubernamentales comenzaron a tomar mayores medidas de seguridad, desde la instalación de cerraduras triples y las mirillas en sus puertas a la contratación de guardaespaldas o el uso de cotas de malla por debajo de sus prendas de vestir, los terroristas comenzaron a buscarlos en lugares públicos, como los servicios de las iglesias o el transporte público. Los terroristas anarquistas, especialmente perversos, actuaron contra la colectividad sin reparos, lanzando bombas a las iglesias, los restaurantes, las sinagogas y los teatros, o disparando sin más contra todo el que, por llevar unos guantes blancos, ostentase la marca de Caín correspondiente a la burguesía. Los bolcheviques emplearon del mismo modo el alegato genérico de que cualquier presunto adversario pertenecía a los Cien Negros —es decir, a lo que la izquierda afirmaba que fue el movimiento proto— fascista en Rusia —, como fue el caso cuando lanzaron tres bombas en una taberna de obreros de un astillero, sobre la base de que algunos de los obreros eran partidarios de la monárquica Unión del Pueblo Ruso. Quienes sobrevivieron a las explosiones fueron tiroteados al huir a la calle.

En un desarrollo posterior no menos asombroso, los terroristas de la nueva hornada recurrieron a las bombas suicidas, además de los atentados que ya eran una forma subliminal de suicidio. En 1904, unos terroristas relacionados con grupos anarquistas entraron en un edificio de la policía secreta y se volaron por los aires. El 12 de agosto de 1906, tres terroristas vestidos de gendarmes intentaron entrar en la residencia del primer ministro Stolipin en una isla cercana a San Petersburgo. Los guardias del ministro los

retuvieron en una antecámara, donde, al grito de «¡Viva la libertad, viva la anarquía!», se hicieron volar con varias bombas, un total de ocho kilos de explosivos. La explosión fue tan potente que arrancó la fachada de la villa, sepultando el carruaje y el caballo del primer ministro. Hubo trozos de carne humana y sangre por todas partes. Murieron veintisiete personas y treinta y tres resultaron heridas, incluidas varias personas de edad avanzada, mujeres y el hijo de Stolipin, de cuatro años, así como una hija de catorce. El propio ministro no sufrió mayor indignidad que la de terminar con un tintero por encima, que le ensució la cara y la pechera de la camisa. En 1908, nueve miembros de un grupo terrorista fueron detenidos por tramar un ataque suicida contra el ministro de Justicia. Uno de ellos iba ataviado como una bomba humana, pues la idea era que se lanzase en persona bajo el carruaje del ministro, haciendo detonar simultáneamente la bomba. Cuando la policía quiso detener a esta figura conradiana, hizo esta advertencia: «Cuidado. Voy envuelto en dinamita. Si estallo, toda la calle va a volar por los aires». Siete miembros del grupo fueron condenados a muerte y ahorcados.

Además de los actos de asesinato, los nuevos terroristas de la década de 1900 llevaron a cabo actos de extorsión, toma de rehenes y atracos a mano armada, el último de los cuales más de una vez dio lugar a batallas callejeras a tiro limpio, que parecían las escenas de una película del Oeste rodada en la nieve. Un hombre acaudalado recibía por ejemplo una nota manuscrita: «La Organización Obrera del Partido de Socialistas Revolucionarios de Bielostok le exige que aporte inmediatamente [...] setenta y cinco rublos [...]. La Organización le advierte de que, caso de que no haga entrega de la suma señalada, recurrirá a emplear severas medidas contra usted, transfiriendo su caso al Destacamento de Combate». En el Cáucaso, donde los terroristas armenios y georgianos practicaban una notable violencia (un grupo se llamaba Horror, el otro era Terror de la Ciudad de Tiflis) y eran prácticamente indiscernibles de las bandas de criminales, intimidaron a los ciudadanos para que no pagasen los impuestos estatales, al tiempo

que imponían levas regulares para sus propias arcas. Esto es algo que a veces se hacía bajo el engaño de que las bandas eran una especie de Robin Hood redivivo.

¿Quiénes fueron los grupos responsables de esta nueva oleada de terror? El grupo que más se identificó con estas tácticas fue el Partido de los Socialistas Revolucionarios (SR), coalición resultante de varios grupos neopopulistas poco después de 1900. Estableció una Organización de Combate, una unidad especial y dedicada exclusivamente a los actos de terrorismo, a las órdenes de un antiguo farmacéutico llamado Grigori Gershuni, una figura sumamente astuta que reclutó en persona a muchos de los asesinos de la Organización. Encabezó la Organización de Combate hasta su captura en 1903, cuando se hizo cargo de la misma Boris Savinkov, hijo de un juez de Varsovia. La persona que actuaba como enlace entre el Comité Central del SR y la Organización de Combate era Evno Filipovich Azef, hijo de un sastre judío que había estudiado ingeniería eléctrica en la universidad de Darmstadt, en Alemania. Durante quince años, Azef estuvo en el corazón de las actividades terroristas del SR, en lo que constituye sin duda un caso de suerte muy considerable, pues desde comienzos de la década de 1890 había trabajado para la Ojrana, la policía secreta zarista, a cambio de un estipendio mensual.

El SR reconoció que Voluntad Popular fue su fuente de inspiración inmediata, aunque trató de reconciliar los actos de terror con ciertas preocupaciones marxistas por los grandes movimientos de la historia, en los que ni el individuo que acciona el gatillo ni el individuo que recibe la bala tenían demasiada importancia. El terror «marxistificado» obedeció a varias intenciones. Podía ser una respuesta defensiva a los actos de represión del Estado. Podía servir para desorganizar al régimen. Por encima de todo, a juicio del SR, el terrorismo tenía el valor de la propaganda, «al incitar un estado de ánimo revolucionario entre las masas». En la práctica, las cosas nunca estuvieron tan claras como da a entender esta clase de exposiciones teóricas. Existió un intenso *esprit de corps* entre los

propios terroristas, independientemente de las sutilezas ideológicas que sirvieran para diferenciar a cada grupo. Además, muchos de los terroristas tenían una educación tan limitada que a duras penas habrían sido capaces de expresar las justificaciones ideológicas de sus actos. Muchos de los cuadros del nivel más bajo, que cometieron actos de terror, tuvieron su motivación en el odio y el afán de venganza, o bien se acostumbraron sin más a la violencia. Se trataba de personas tendentes a tratar con todo su desprecio a los teóricos y burócratas del Partido, que no practicaban la violencia que sus teorías en cambio autorizaban e incluso recomendaban. Además de la Organización de Combate, controlada por el centro, la cúpula del SR también fomentó la existencia de grupos terroristas locales, cuyos atentados fueron menos discriminados que los de la organización terrorista central. Cuando el SR decidió en octubre de 1905 poner un alto a sus atentados terroristas a la vista de la plataforma de reformas ideada por el zar, los grupos terroristas locales se desgajaron para formar la Unión de SR-maximalistas, que, como el nombre da a entender, siguieron adelante con las prácticas del terrorismo en contra de todo y de todos. Como apuntaron los maximalistas, «donde no es suficiente con eliminar a una persona, es necesario eliminarlas por docenas; donde las docenas no son suficientes, hemos de librarnos de ellas por centenares».

En 1907, uno de los principales teóricos del maximalismo, Ivan Pavlov, publicó un panfleto titulado *La purificación de la humanidad*. Todo el que aún albergue la ilusión de que las matanzas clasistas de la izquierda han sido en cierto modo, sea como fuere, moralmente superiores a las matanzas racistas que ha practicado la extrema derecha tal vez deseen reconsiderar su postura a la luz de este tratado. Pavlov defendía que la humanidad estaba dividida en razas éticas, así como en razas étnicas. Los que gozaban de la autoridad económica o estatal eran tan repulsivos que literalmente constituían una raza aparte, «moralmente inferior a nuestros antecesores los animales: las viles características del gorila y del orangután

progresaron y se desarrollaron en ella hasta proporciones sin precedente en todo el reino animal. No hay bestia en comparación con la cual estos tipos no parezcan unos monstruos». Como la villanía de este grupo era hereditaria, a tenor de esta lógica estrafalaria se sigue que los hijos de estas bestias con forma humana también habían de ser exterminados. Otros maximalistas se propusieron poner una cifra a los explotadores que era preciso asesinar, y uno de ellos calculó que rondarían los doce millones. Por extraño que sea, estas fantasías patológicas y zoo mórficas —que habían de convertirse en realidad soviética gracias a los rivales bolcheviques— han recibido mucha menos atención entre los estudiosos que cualquier racista austríaco o alemán, *völkisch* de segunda fila, que se pasara los días y las noches ideando formas de castrar o asesinar a los judíos.

Así como los Socialistas Revolucionarios no disimularon su campaña de terror, las facciones rivales del Partido Socialdemócrata del Trabajo sí que desautorizaron de manera ostentosa el terrorismo, por considerarlo incompatible con el hincapié que hacía el marxismo en la formación de la conciencia revolucionaria mediante la agitación, si bien no dejaron de practicar el terrorismo a gran escala. Esta actitud teórica diferenciada les permitió identificar un hueco en el espacio político bien distinto del que ocupaba el SR; los actos de terrorismo individual, según afirmación de Lenin, eran una mera distracción menor del asunto más serio que se tenía entre manos, a saber, la movilización y organización de las masas revolucionarias. Tanto el impacto de las campañas terroristas de comienzos de la década de 1900 como la procedencia social de muchos de los terroristas de la nueva hornada significaron que, en el exilio, Lenin se viera obligado a revisar sus opiniones para no perder comba con los acontecimientos que se sucedían en Rusia sobre el terreno. Hacia 1905 había dado en comprender el valor complementario del terrorismo, exhortando manifiestamente a sus seguidores a que formasen unidades armadas y pasaran al ataque contra los cosacos, los gendarmes, los policías y los informadores,

con bombas, pistolas y escopetas, ácido o agua hirviendo. Los grupos terroristas bolcheviques que operaban en el ámbito local ampliaron esta campaña, pasando de ocuparse de los siervos del Estado a tomarla con los capitanes de industria. Por si fuera poco, también emplearon la violencia para perturbar el desarrollo de las elecciones a la primera Duma estatal, atacando los colegios electorales y destruyendo los registros de los resultados, toda vez que las elecciones podrían ser un serio factor de erosión de la hipotética revolución que había de tener lugar en Rusia.

Pocos escrúpulos tuvo Lenin respecto de las finanzas políticas. En una ocasión ordenó a sus subordinados que sedujeran a las nada vistosas hijas de un adinerado industrial con el único fin de apoderarse de su herencia. También ayudó a la creación de un centro clandestino y bolchevique específicamente encargado de llevar a cabo atracos a mano armada. Los ladrones bolcheviques fueron especialmente activos en el Cáucaso, una región exótica y salvaje, en donde el socio georgiano de Lenin, Yósif Stalin, había pasado de ser el cabecilla de una banda callejera a doctorarse en la violencia política a escala épica. Su mano derecha era un armenio, un psicópata llamado Semen Ter-Petrosian, o «Kamo, el bandido del Cáucaso», como lo llamaba Lenin afectuosamente. La banda de Stalin fue la responsable de extorsionar a empresarios y hombres de negocios y de realizar diversos robos armados, el más espectacular de los cuales fue un ataque, en junio de 1907, con bombas y armas de fuego, contra los carruajes que transportaban dinero en metálico al Banco del Estado en Tiflis, golpe que les valió al menos un cuarto de millón de rublos [38]. Muchos de los principales bolcheviques que sacaron tajada de los beneficios de este delito fueron detenidos en el extranjero cuando quisieron cambiar los billetes de quinientos rublos, de altísimo valor, por otros billetes más pequeños en distintos bancos de Occidente [39]. Kamo fue traicionado en Berlín, pero logró fingir una demencia tan bien que se le confinó en una institución psiquiátrica cuando fue extraditado a Rusia. Fue puesto en libertad después de la Revolución; una estatua suya reemplazó

la de Pushkin en la plaza Yerevan, de Tiflis, escena de su hazaña más destacada.

Aunque fueran rivales de los bolcheviques, los mencheviques, incluidos entre sus dirigentes hombres como Iuly Martovy Pavel Akselrod, que se oponían rotundamente al terrorismo, no obedecían a una división tan tajante ni en la teoría ni en la práctica. Una vez más, muchos activistas mencheviques sencillamente hicieron caso omiso de las imposiciones de sus dirigentes en contra del terrorismo, imposiciones que en todo caso rara vez se dieron acompañadas por las condenas de los atentados terroristas que cometieran los grupos rivales. En regiones enteras como el Cáucaso los revolucionarios no fueron conscientes de que existiera ninguna división entre bolcheviques y mencheviques, por lo que continuaron cometiendo actos de violencia terrorista bajo el estandarte común de los socialdemócratas. La inmensa mayoría de los asesinatos terroristas, sin embargo, deberían atribuirse a los anarquistas, reclutados entre los artesanos, los estudiantes y el submundo del hampa, y aunados todos ellos por la creencia de que las sutilezas teóricas eran irrelevantes y de que el reformismo meramente serviría para perpetuar los males de un sistema de por sí malvado. Practicaron lo que llamaban «terror sin motivo», es decir, una violencia absolutamente desconectada de toda presunta maldad por parte de la víctima. Así pues, en vez de asesinar a un miembro del régimen, conocido por perseguir a los revolucionarios, los terroristas anarquistas consideraron a todos los sirvientes del régimen objetivos legítimos de sus acciones. Por si fuera poco, como los anarquistas consideraban la propiedad privada un mal en sí mismo, a la altura de los peores males del Estado, todos los propietarios de haciendas y de fábricas, así como sus directores de administración, pasaron a ser sus objetivos. El enemigo ideológico estaba incluido en el mismo paquete, ya se tratara de sacerdotes o de escritores e intelectuales reaccionarios. Estas generosas guías maestras implicaron que los grupos anarquistas fueran responsables de la mayoría de los atentados terroristas realizados en Rusia, aunque el

rechazo de los anarquistas a toda organización central, y el hincapié que hicieron en la violencia espontánea de los grupos locales y más dispersos, trajo consigo que su responsabilidad no se reflejara en ninguna proclama de la autoría de sus atrocidades.

La nueva ola del terrorismo se frenó por diversas razones. Tras el intento de asesinato sufrido en su residencia, en agosto de 1906, por el primer ministro Stolipin, éste recurrió a decretos de emergencia que prescindieron de la Duma, un paso que dio con pesar, ya que respetaba ante todo la ley vigente. En regiones en las que los disturbios de estas características eran endémicos, los gobernadores recibieron permiso para recurrir a la ley marcial, de acuerdo con la cual los jueces militares emitían sentencia sumaria contra todo el que estuviera acusado de cometer atentados terroristas, robos, asesinatos o de tenencia de explosivos. Las penas de muerte pasaron a ser frecuentes y, en un giro novedoso, se llevaron a efecto de manera invariable: fueron un millar en los primeros ocho meses de ejercicio de estos tribunales marciales. El nudo corredizo de la horca pasó a conocerse como «la corbata de Stolipin». Los tribunales regulares, civiles y militares, también recibieron la orden de ser menos indulgentes con los delincuentes políticos. Se introdujeron diversas medidas para mejorar la capacidad y el adiestramiento de la policía dedicada a investigar los delitos terroristas, al tiempo que se hicieron esfuerzos para que las penas de cárcel fueran más rígidas, negando a los delincuentes políticos el privilegio que les había diferenciado de los criminales comunes. En algunos casos, las fuerzas del gobierno se excedieron en el ejercicio de la autoridad, como cuando el comandante de Yalta dejó atónita a la Europa civilizada en 1907 al quemar la casa desde la que un terrorista había efectuado un disparo antes de suicidarse. Estas medidas tuvieron éxito, puesto que dieron muestra cumplida de la resolución del régimen, al tiempo que el coste implícito que hubieron de pagar los terroristas pasó a ser muy real. Las reformas agrarias y económicas paralelas a estas medidas mermaron los agravios en general de los que se nutría el terrorismo. Por otra parte

hay que tener en cuenta el efecto desmoralizante de lo que habría de ser conocido como el asunto Azef, por el espía infiltrado en la Organización de Combate del SR. Azef era un revolucionario ya veterano, y dedicado a la causa de tal manera que los camaradas que sospecharon que era un espía se encontraron con el desprecio de los demás. Un hombre, Vladímir Burtsev, director de un periódico del SR, insistió en sus acusaciones, respaldándolas con una serie de pruebas que la cúpula del Partido no pudo pasar por alto. Una comisión judicial confirmó las alegaciones de Burtsev de una manera tal que dejaron en muy mal lugar a la totalidad del grupo dirigente del SR.

La denuncia de otros agentes de policía situados en lo más alto del escalafón llevó a muchos revolucionarios a poner en tela de juicio el valor táctico que pudiera tener el terrorismo, sentimiento que se extendió a otros partidos izquierdistas que por lo demás disfrutaron con el malestar generado en el seno del SR. El terrorismo dirigido desde el centro cayó en desuso, si bien los grupos locales y los radicales más tercos siguieron practicándolo. Dimitri Bogrov, agente y terrorista de la Ojrana, pertenecía a uno de estos grupos en Kiev. En agosto de 1911 recibió una visita de un compañero revolucionario que le puso ante el nada envidiable dilema de ser asesinado por traidor o bien de asesinar al jefe de la Ojrana en Kiev, para el cual Bogrov actuaba en calidad de agente. Tras decidir que podía capturar a peces más gordos, Bogrov se las ingenió para convencer a ese mismo jefe de la Ojrana de que existía una trama en marcha, que pretendía asesinar a Stolipin cuando visitara la capital de Ucrania; a cambio de esta información, que él no llegó a transmitir, ya que la única amenaza que le importaba habría sido la que implicase al zar en persona, el jefe de la policía obsequió a Bogrov una entrada para la representación del *Cuento del zar Saltan*, de Rimski-Korsakov, en principio con la idea de proporcionar a Bogrov una coartada para cubrirse las espaldas ante sus recelosos amigos terroristas. Durante el segundo descanso de la ópera, Stolipin salió a charlar delante del foso de la orquesta,

mientras Nicolás II y sus hijas permanecían en un palco cercano. Stolipin fue alcanzado por dos disparos hechos desde cerca, uno de los cuales le atravesó la mano, hiriendo a uno de los músicos debido a la trayectoria posterior, mientras el segundo rebotó en una de las medallas que llevaba en la pechera y le penetró en el hígado. El primer ministro colocó el sombrero y los guantes en la balaustrada y se desabrochó la casaca, bajo la cual tenía una gran mancha roja en la camisa blanca. El zar se acercó al palco, en donde el moribundo primer ministro bendijo al monarca con un último gesto. Bogrov fue condenado a muerte cuatro días después, y ahorcado en menos de una semana.

Aunque el régimen zarista logró temporalmente frenar la epidemia del terrorismo, ésta había debilitado de una manera fatal la capacidad y la voluntad de los sirvientes y burócratas del gobierno para resistir nuevas embestidas en el futuro, en especial cuando éstas se dieron en el contexto de los catastróficos resultados que cosechó Rusia en la Primera Guerra Mundial. La represión que encarnaron los tribunales marciales fue tan sólo un éxito pasajero, si bien la táctica en sí misma no hizo más que dar fuerza al bando liberal, que podría haber combinado la insistencia en la legalidad con una condena sin ambages del terrorismo. Por el contrario, el «liberalismo» fue representado por los Cadetes revolucionarios y su blanda tolerancia ante la abrumadora violencia del terrorismo. En cuanto a los propios terroristas, muchos de ellos se colaron sin ningún esfuerzo en el aparato del terror estatal que establecieron Lenin y sus camaradas, comenzando por la Chekay, a partir de 1922, con el temido GPU. Kamo, el bandido del Cáucaso, reapareció en calidad de terrorista estatal de la Cheka, cuyo método para calibrar las lealtades políticas de sus subordinados bolcheviques consistía en someterlos a tortura, identificando a los más débiles, a los que ejecutó sumariamente. Pero tampoco él iba a ser indispensable. En 1922, según un chiste de humor negro corriente en la época, la única bicicleta que había en Tiflis, precisamente la que él montaba, fue arrollada por el único camión

que había en la ciudad. El principal terrorista de los bolcheviques, Leonid Krasin, llegó a ser su primer embajador en Londres; Maxim Litvinov, principal suministrador de armas para los bolcheviques, fue ministro de Exteriores soviético a las órdenes de Stalin, el antiguo terrorista que erigió de una mera táctica todo un sistema de gobierno.

NEGRO: LOS ANARQUISTAS Y EL TERRORISMO

«DISPARAR, QUEMAR, ENVENENAR Y BOMBARDEAR»: LOS TEÓRICOS DEL TERROR

Los anarquistas, incluidos no pocos que jamás tocaron un cartucho de dinamita, teorizaron en torno a una clase de violencia que los fenianos y los nihilistas pusieron en práctica, si bien existen otros precursores menos evidentes. Tanto en su organización como en su espíritu, los grupos terroristas del siglo XIX estaban en deuda con el bandidaje organizado y con las sociedades conspiratorias de la Europa de finales del xvm y comienzos del XIX, sobre todo la «Conspiración de los Iguales», de «Gracchus» Babeuf, desencadenada contra el Directorio aburguesado que gobernó en Francia después del 9 de Termidor y tras la ejecución de Robespierre. Este intento fallido por restablecer la dictadura de los más puros entre los puros presenta algunas de las características más sobresalientes del terrorismo moderno, entre ellas, y no es la menos importante, el enamoramiento absoluto y sin remedio que inspiró la fase más sanguinaria de la Revolución Francesa. Los conspiradores tenían plena fe en el poder redentor del caos: «Retorne todo al caos, y del caos tal vez emerja un mundo nuevo y regenerado». Babeuf y su compañero de conspiración además de biógrafo, Buonarroti, fueron los pioneros de la idea de que «no es

criminal ningún medio que se emplee para la consecución de una finalidad sagrada». Este pasó a ser un mandamiento fundacional entre los futuros terroristas, incluso cuando practicaban algo en cierto modo semejante a una moralidad puramente operativa.

Los anarquistas italianos Cario Pisacane, Cario Cañero y Errico Malatesta, y de un modo más especial el médico francés Paul Brousse, iban a hacer de este lema el eslogan de «propaganda mediante los hechos», en referencia al poder simbólico y al poder de movilización que tuvieran los actos de violencia revolucionaria. Tras un alzamiento abortado en Bolonia, Malatesta afirmó: «La revolución consiste más en hechos que en palabras. [...] cada vez que entra en erupción un movimiento popular espontáneo [...] es deber de todo socialista revolucionario proclamar su solidaridad con el movimiento que está en vías de hacerse realidad». Inspiración evidente de este ideario fue la Comuna de París de 1871, en la que resultaron asesinadas veinticinco mil personas, acontecimiento provisto de un inmenso valor simbólico que desde entonces ha resumido la forma más polarizada de la lucha de clases. Es posible que Malatesta fuese incluso un defensor a ultranza de la violencia y la insurrección, convencido de que «un río de sangre los separaba del futuro», si bien condenó los actos de terrorismo y consideró que el sindicalismo revolucionario era mera utopía.

Ulterior y crucial aportación anarquista a la matriz de la que había de emerger el terrorismo fue la del príncipe Piotr Kropotkin, el principal ideólogo anarquista. Aunque a Kropotkin se le consideraba en muy amplios medios como una figura de una virtud casi santificada, que condenó el «terror insensato» inherente a la colocación de bombas en restaurantes y teatros, hizo sin embargo hincapié en el efecto multiplicador de la fuerza, en el contexto del cual un solo acto de maldad requería el pago con otro idéntico, lo que pondría en marcha una espiral de violencia que a su debido tiempo serviría para socavar los cimientos y en definitiva derrocar a los gobiernos más represores. Kropotkin fue también uno de los principales apologistas del terrorismo, justificando todo lo que

tuviera motivación en la violencia estructural que aplastaba a un pueblo sumido en la desesperación. «No tienen ninguna culpa los individuos —escribió a un amigo, un anarquista danés—, ya que enloquecen a causa de las pavorosas condiciones en que viven». Lo que parecen decir los apologistas del propio Kropotkin es que el príncipe era un compañero más decente y más honroso que Bakunin, quien, como vimos en el capítulo anterior, se sumió en las engañosas profundidades del enloquecido Nechaev [40].

Kropotkin fue uno de los principales teóricos más del anarquismo que del terrorismo, que posee una historia teórica menos enrevesada. El dudoso honor de ser el instigador primero corresponde a un demócrata radical alemán que revisó las nociones clásicas del tiranicidio con la finalidad de legitimar el terrorismo. Karl Heinzen nació en las proximidades de Düsseldorf en 1809, y era hijo de un ingeniero forestal prusiano con inclinaciones políticas radicales. Estudió medicina en la universidad de Bonn, de donde fue temporalmente expulsado por haraganería. Otro legado de esa misma época son las nueve cicatrices que tenía en la cara, producto de diversos duelos; una de ellas, en forma de L invertida, le bajaba por la mandíbula hasta el mentón, y seguía siendo bien visible muchos años después. Heinzen hizo un breve servicio militar con la legión extranjera de Holanda en Java y en Sumatra antes de volver al ejército prusiano. Se enamoró de la viuda de un oficial, que murió antes de que Heinzen pudiera casarse con ella; no obstante procedió a casarse con la hija mayor de la viuda. Liberado de sus obligaciones militares e inserto en la vida civil, ascendió lentamente en el escalafón jerárquico del departamento de aduanas e impuestos de Prusia, lo cual comportó ocho de años de trabajo tedioso y una alienación creciente con respecto al estado de Prusia. Fue un subordinado petulante, al que a menudo se saltaron los mandos cuando hubiera sido preciso ascenderlo en el escalafón, que terminó por dimitir de su puesto de funcionario con un carácter agriado.

Heinzen escribió una deslumbrante diatriba contra la burocracia prusiana, tan desmedida que se vio obligado a huir y cruzar la frontera de Holanda para no ser arrestado. Su republicanismo radical se ahondó en el exilio en Bélgica y Suiza. En 1847 realizó un primer viaje a Estados Unidos, en donde sus diversos artículos en pro de la revolución republicana le valieron el agasajo de ser considerado «toda una autoridad en materia de la revolución» al menos en la prensa en lengua alemana. Llegó a ser director del neoyorquino *Deutsche Schnellpost* en la víspera de las revoluciones que en 1848 convulsionaron la mayor parte de Europa, pero volvió velozmente a Alemania para tomar parte en la revuelta de Badén antes de presentarse sin éxito a las elecciones al parlamento de Francfort. Era inevitable que por ser un exponente de las medidas más radicales terminara por enfrentarse a sus colegas, de mentalidad más templada y liberal, por lo que se vio obligado a huir de nuevo al reagruparse las fuerzas reaccionarias.

Durante este periodo de turbulencias Heinzen escribió «Asesinato», un ensayo en el que afirmó que «el asesinato es el agente principal del progreso histórico». El razonamiento no podía ser más sencillo. El Estado había dado carta de práctica política al asesinato, de modo que los revolucionarios estaban moralmente autorizados, por lamentable que fuera, a recurrir a esa misma táctica. El asesinato, según Heinzen, genera miedo. Hay algo un tanto psicótico en los detalles repetitivos con que se expresa:

> Los revolucionarios han de intentar que se cree una situación en la que los bárbaros teman por su vida durante todas las horas del día y de la noche. Han de creer que cada trago de agua, cada bocado de comida, cada cama, cada arbusto, cada losa del suelo, cada camino y cada acera, cada agujero en la pared, cada ranura, cada fardo de paja, cada retrete, cada palo y cada alfiler puede ser o esconder a un asesino. Para ellos, como para nosotros, que el miedo sea el heraldo, y el asesinato el ejecutor. El asesinato es el lema

> que ellos emplean, así que sea el asesinato su respuesta, sea el asesinato su necesidad, sea el asesinato su pago, sea el asesinato su argumento, y que sea el asesinato su refutación.

En una versión posterior del mismo ensayo, titulado esta vez «Asesinato y libertad», Heinzen elaboró sus pensamientos sobre el asesinato hasta darles la forma de una filosofía del tiranicidio que ineluctablemente terminó por ser una justificación del terrorismo. Siendo alemán como era, tuvo que adornar las categorías analíticas para dar a sus obsesiones el aspecto de un simulacro de respetabilidad científica. Así, «la mera pasión de la aniquilación», propia del ánimo con que los conquistadores españoles borraron de la faz de la tierra a los amerindios, seguida por «el asesinato en batalla enconada», como fue la matanza de los romanos por parte de los cartagineses en Cannas. Aparecía después «el asesinato de la estupidez», con el que Heinzen, el católico convertido en ateo, se refirió a las guerras de religión que podrían haber llevado a un Jesucristo resucitado a proclamar: «Mi reino está en el cementerio». Empleando las habilidades de contable que había adquirido trabajando para el fisco en Prusia, afirmó que se habían producido dos mil millones de asesinatos en cuatro mil años de historia del género humano. La inmensa mayoría de ellos eran crímenes cometidos no por los ciudadanos de a pie, sino por los príncipes y los sacerdotes; por contraste, el número de asesinatos cometidos por «los adalides de la justicia y la verdad» era insignificante, tal vez tan reducido como era la proporción de una víctima por cada cincuenta mil asesinados por los poderosos. Heinzen hizo luego gala de su conocimiento del tiranicidio clásico para subrayar el contraste entre el conocimiento que tiene la posteridad del asesinato de un solo hombre, por ejemplo Julio César, y los innumerables seres anónimos a los que los tiranos habían masacrado. El déspota era como un perro rabioso o como un tigre suelto, un fuera de la ley contra el cual toda medida estaba de sobrajustificada. Sin embargo,

Heinzen no se iba a dar por contento con esta tentativa de aplicar las enseñazas clásicas sobre su teoría del tiranicidio.

Tras sostener que los revolucionarios de 1848 habían tenido una voluntad demasiado débil, insistió en la necesidad de matar a «todos los representantes del sistema de la violencia y el asesinato que rige el mundo, que lo arrasa». A juzgar por esta luz tan poco favorable, «el hombre de corazón más cálido que hubo en toda la Revolución Francesa no fue otro que Robespierre». El espíritu de Babeuf y de Buonarroti inspiró su esperanza de que «la Historia nos juzgará de acuerdo con todo esto, y nuestro destino sólo vendrá determinado por el uso que hagamos de nuestra victoria, no por el modo en que triunfemos frente a nuestros enemigos, que han descartado toda consideración humanitaria de este mundo». Había llegado la hora de «arrancar de cuajo a quienes ayudaran al tirano», los que, como el bandido desarmado o el tigre cautivo, «son en realidad incurables». La totalidad de la población debía ayudar a identificar y asesinar a estos ayudantes de los tiranos. Heinzen añadió en tono aforístico que «el camino hacia la humanidad pasa por la cúspide de la crueldad».

En los escritos de Heinzen, la antigua doctrina del tiranicidio se amplió hasta ser una teoría del terrorismo moderno e indiscriminado. Aunque nunca ejerciera el terror con nadie, poseía una fértil imaginación cuando se sentaba a escribir. Poniéndose en la piel de un futuro periodista, imaginó una serie de asesinatos terroristas. Un tren en el que viajaba un grupo de personas de sangre azul por las montañas de los Alpes se despeñaba por el borde de un precipicio con una explosión descomunal causada por un revolucionario que había colocado un vasito de «plata fulminante» en las vías. En otro reportaje de ficción imaginó a unos guerrilleros revolucionarios provistos de armamento pesado, unas escopetas que podrían disparar rociadas de gases venenosos. En un tercero imaginó a los soldados prusianos al darse a la fuga, despavoridos ante los tubos de hierro que lanzaban cataratas de plomo fundido; sin embargo, en su retirada pisaban minas de contacto colocadas en las aceras.

Otras de sus ensoñaciones de psicópata recurrían al empleo de venenos administrados de todas las formas concebibles, por medio de un pinchazo o de una bala de cristal. Los proyectiles de cobre rellenos de explosivos harían volar por los aires todos los palacios, junto con todos los que habitasen en ellos, desde las limpiadoras hasta los propios reyes. Un día habría misiles y minas tan poderosos que podrían «destruir ciudades enteras de cien mil habitantes».

Estas eran las violentas fantasías de una vida que se había asentado en un apacible ambiente doméstico tras las dificultades iniciales del exilio, pues ya en octubre de 1850 Heinzen y su familia regresaron a Nueva York. Volvió a dedicarse a la edición y a dar conferencias, instalándose en Louisville, Cincinnati, y finalmente otra vez en Nueva York, en donde los problemas financieros de la familia, que eran crónicos, hallaron alivio parcial gracias a las labores de costura y de confección a que se dedicó la señora Heinzen. A comienzos de 1860 se marcharon a Boston, en donde estuvieron veinte años alojados en casa de una compañera de planteamientos radicales, una mujer oriunda de Polonia que fundó el Hospital para Mujeres y Niños de Nueva Inglaterra. Allí disfrutó Heinzen de algo muy semejante a la paz de espíritu, dedicándose a cuidar su huerto y a cultivar parras que le recordasen a su Renania natal. Tras haber gozado de una robusta salud a lo largo de toda la vida, a finales de 1879 sufrió una apoplejía y murió lentamente [41].

Johann Most, joven alemán contemporáneo de Heinzen, era más un hombre de acción que un teórico. Para los anarquistas dotados de su mismo grado de convicción, la violencia era atractiva por estar libre de las trabas de la teoría que parecían en el fondo diseñadas para frustrar la acción. Ni que decir tiene que muchos anarquistas, y en especial León Tolstoi, el novelista ruso, se oponían en redondo al empleo de la violencia, convencidos de que existían otras vías hacia el federalismo y el mutualismo que ansiaba su credo político.

Nacido en 1846 en Baviera, Most experimentó una terrible desfiguración facial a muy tierna edad, cuando una enfermedad

debida a la mala atención de los padres le fue tratada por unos cirujanos incompetentes. Se hizo encuadernador y socialdemócrata convencido, y fue condenado en Austria, en 1870, a cinco años de cárcel por alta traición. Había desempeñado un papel destacado en una bronca manifestación que tuvo lugar frente al edificio del parlamento, en Viena. Fue la primera de sus muchas estancias en prisión, que Most hubo de cumplir en dos continentes; al igual que Kropotkin, llegó a ser toda una autoridad en ciencias penales comparadas. Tras su puesta en libertad, causó más provocaciones al frecuentar a un grupo de «jacobinos» que amenazaba con el exterminio de los enemigos de «la humanidad».

Deportado a Alemania, Most rápidamente se convirtió en una de las figuras destacadas del Partido Socialdemócrata. En 1874 fue elegido diputado en el Reichstag, adonde asistía de día, si bien de noche editaba periódicos socialistas. Su intemperancia retórica le llevó a que el sargento que montaba guardia en el parlamento tuviera que proceder con frecuencia a su expulsión de la cámara en la que sus propios camaradas temían sus destempladas intervenciones. En 1874 fue condenado a dieciocho meses en la cárcel de Plötzensee por incitar a la violencia durante un discurso en el que conmemoró los sucesos de la Comuna de París. En 1878, la aprobación de las leyes antisocialistas que promulgó Bismarck, seguida de dos atentados fallidos contra la vida del káiser, supuso que Most tuviera que huir al extranjero. Eligió Inglaterra; según afirmó la Policía Política de Berlín, «la totalidad de la agitación revolucionaria en Europa se dirige desde Londres», en una ominosa anticipación de las engañosas laxitudes que prevalecen en el «Londonistán» contemporáneo. Most fundó un periódico llamado *Freiheit*, cuyas estridencias revolucionarias fueron motivo de vergüenza para los socialdemócratas alemanes que trataban de negociar entonces la franja crepuscular entre legalidad e ilegalidad a la que Bismarck los había arrinconado al permitirles tener presencia en el Reichstag, al tiempo que prohibió su organización a gran escala y sus órganos de propaganda. La cúpula socialdemócrata

alemana comenzó a mofarse de Most, al que llamaban «General Bum Bum», que iba por Londres con su bufanda roja y su sombrero negro, de ala ancha, con una daga en una mano y la pistola en la otra. La cúpula del partido expulsó a su antiguo camarada, quien reaccionó pasando de ser revolucionario socialista a ser un anarquista-comunista bajo la influencia de las personas a las que trató en Londres, aunque su comprensión de la teoría anarquista fue en el mejor de los casos endeble, ya que no sabía francés. Sí se convirtió en defensor convencido de la «propaganda mediante los actos» o, tal como dijo de manera particularmente vivida, de «disparar, quemar, envenenar y bombardear». En Inglaterra nadie hizo mucho caso de su desmesura —con gran irritación por parte de las autoridades extranjeras— hasta que respondió al asesinato de Alejandro II («Victoria, victoria») exigiendo la muerte de «un monarca al mes».

Por instigación de un profesor de alemán que se quedó atónito al leer su periódico, Most fue arrestado y acusado de propaganda de la sedición. Condenado por un jurado inglés, fue sentenciado a dieciséis meses de trabajos forzosos, que cumplió en Coldbath Fields, en Clerkenwell, precisamente donde hoy se encuentra la central de clasificación del correo británico en Mount Pleasant. A pesar de cumplir confinamiento en soledad, se las ingenió para escribir artículos para el *Freiheit* con ayuda de agujas y de papel higiénico, que salieron de contrabando de la cárcel. El periódico siguió celebrando los asesinatos de Phoenix Park, en Dublín —«Estamos de parte de los valientes rebeldes irlandeses, a quienes enviamos de todo corazón felicitaciones de hermandad»—, lo cual desembocó en que la policía tendiese redadas a los directores provisionales y les incautase el equipo tipográfico de composición. Una vez puesto en libertad, cumplida su condena, Most resolvió marcharse con el *Freiheit* a Estados Unidos. Emprendió viaje a Nueva York en diciembre de 1882, instalándose enseguida entre los radicales extranjeros que se habían congregado en los barrios bajos del East Side. Era en el salón de Schwab donde Most atendía a todo

el que quisiera rendirle pleitesía, con un busto de Marat entre las hileras de botellas de la barra que brillaban a la luz de gas en medio de la humareda del tabaco. En este ambiente, con una conversación altamente revolucionaria y llena de cacofonías, en alemán, en ruso y en yiddish, el pelirrojo Most, de cabello alborotado y barba poblada, iba a conocer a Emma Goldman, «la Roja», una costurera analfabeta, procedente de una familia de judíos rusos, que se enamoró del veterano revolucionario [42].

La violencia de las disputas laborales que se sucedieron en Estados Unidos en las décadas de 1870 y 1880 fue visceral en las ciudades hollinosas en las que una vasta población de inmigrantes empobrecidos hablaba una Babel de lenguas y parecía en efecto una raza ajena y amenazante para las acomodadas élites nativas. Los recortes salariales, los despidos y la mecanización eran las soluciones a las que recurrían todos los empresarios cuando se avecinaba una reducción de los márgenes de beneficio. Las huelgas se aplastaban con una violencia extrema, tanto que recuerda lo que es habitual hoy en día en cualquier república bananera. En Pensilvania, los mineros militantes de extracción irlandesa, apodados los Molly Maguires, se las vieron a tiros con la Agencia de Detectives Pinkerton, encargada de encauzar la huelga, a resultas de lo cual fueron ahorcados diez manifestantes. Durante las situaciones de emergencia, cuando las fuerzas policiales o las milicias, provistas de estacas o de armas de fuego, resultaban insuficientes para sofocar los desórdenes provocados durante las huelgas, los soldados de infantería curtidos por el sol del Medio Oeste se tomaban un descanso en sus tareas de exterminio de los sioux. ¿No eran los anarquistas extranjeros el equivalente blanco de los apaches anarquistas o de las enfurecidas manadas de lobos?

La prensa contribuyó a que se desatase un ambiente de histeria. En Chicago, los directores de los periódicos abogaron abiertamente por el lanzamiento de granadas contra las filas de los marineros en huelga, y defendieron que se administrase al ejército de mendigos que asolaba la ciudad comida envenenada con arsénico. Con esa

misma vara de medir, los anarquistas clamaban igualmente por una «guerra de exterminio» contra los ricos: «Arrasemos las avenidas en las que viven los ricos, tal como Sheridan [el general de la guerra de Secesión] devastó el hermoso valle de Shenandoah». Muchos anarquistas encontraron su inspiración en un resentimiento asesino y exterminador contra los ricos, en especial contra los que se reunían a menudo en las cenas de gala y en las fiestas de buen tono, en las que acechaban sus propias bombas «como el fantasma de Banquo». Los periódicos anarquistas, como *Alarm*, abogaban por el asesinato de los jefes de gobierno y por el empleo de la dinamita contra la policía, «enemiga monstruosa de la sociedad». Esos periódicos publicaban descripciones detalladas, traducidas muchas de ellas del *Freiheit*, de Most, de cómo fabricar bombas y manipular explosivos. «El querido material», como lo llamaban los anarquistas, «deja huecas un centenar de urnas, no lo olvidemos» [43]. Si a todas luces se trata de un anticipo de la facilidad con que los terroristas contemporáneos tienen acceso a la información sobre explosivos por Internet, la futura cooperación entre grupos terroristas muy alejados ya era evidente en la década de 1880, cuando el Clan na Gael, con base en Estados Unidos, tendió una mano armada a los trabajadores bohemios o alemanes en huelga, en las ciudades norteamericanas, mientras aparentemente recibía instrucción en el manejo de explosivos por parte de los inmigrantes rusos de corte nihilista.

En este ambiente Most se hallaba en su salsa. Se le daba francamente bien el trato con las multitudes que recibía en los viajes organizados por los radicales estadounidenses, ante las cuales su frase definitiva, en alemán o en inglés chapurreado, era ésta: «¡Pisotearé las testas coronadas!». Según la Policía Política de Berlín, cuyos agentes examinaron en detalle algunos de los más de doscientos discursos que pronunció durante sus primeros meses en Estados Unidos, «promete acabar con las personas de buena posición, con las personas adineradas, y por eso es tan popular». En 1883, en Pittsburgh, proclamó la creación de la Federación

Americana de la Asociación Internacional del Pueblo Trabajador, o, en breve, la Internacional Negra, su solución al problema de cómo evitar la organización de federaciones más o menos laxas de grupos anarquistas, cuyo dogma cardinal, a fin de cuentas, consistía en resistirse al impulso totalitario que se reflejaba en la misma palabra «organización». También sistematizó sus intereses por la violencia política. Publicó en el *Freiheit* una serie de artículos que posteriormente reunió en un volumen titulado *La ciencia de la guerra revolucionaria*. Fue todo un manual del terrorista, repleto de detalles sobre códigos secretos, tinta invisible, armas, venenos, fabricación de explosivos, incluido su artefacto preferido, la carta bomba. Hizo amplias y originales investigaciones para esta publicación, examinando los manuales militares disponibles en las bibliotecas públicas, e incluso encontró empleo por un tiempo en una fábrica de municiones. Afirmaba que la dinamita remodelaría las desigualdades y asimetrías con que los insurgentes anarquistas habían de enfrentarse a las fuerzas regulares.

En Chicago, la fe que tenía Most en la dinamita encontró eco en los círculos anarquistas. Un destacado anarquista, August Spies, mostró provocativamente a un reportero de prensa la funda esférica y vacía de una bomba. «Llévesela a su jefe y dígale que tenemos otras nueve mil iguales que ésta, sólo que cargadas», añadió como un bravucón. Lucy Parsons, esposa afroamericana de un carismático anarquista y veterano de guerra, Albert Parsons, proclamó que «la voz de la dinamita es la voz de la fuerza, la única voz que la tiranía ha sido capaz de entender». Más allá de lo mucho que hablasen de las bombas estas destacadas figuras, un puñado de anarquistas dedicados a la causa extrajeron útiles lecciones del terror contemporáneo que entonces sembraban con sus campañas los fenianos de Irlanda, así como de las «bombas del zar» de los nihilistas rusos, en un fatídico giro de los acontecimientos por coincidir con el momento en que Estados Unidos experimentó la Gran Revuelta del malestar laboral durante el invierno de 1886.

Desde que comenzó en primavera, a lo largo de la Revuelta el país estuvo sacudido por mil cuatrocientas huelgas en las que tomaron parte más de seiscientos mil trabajadores. Los huelguistas aspiraban a conseguir una jornada de ocho horas sin que mermara la paga de entonces, que era la que era por jornadas de diez horas. En Chicago, en donde unos cuarenta mil hombres se declararon en huelga, el epicentro de los disturbios estuvo en McCormick Reaper Works, una planta donde se combinaban las labores de procesado del cereal cosechado y la manufactura de alimentos, que el intransigente jefe había convertido en una fortaleza con la ayuda de cuatrocientos policías acantonados en la fábrica para proteger a los «esquiroles» que no se plegaron a la huelga. Estas huelgas adquirieron pronto tintes muy feos. En la cercana Illinois, los delegados del *sheriff* mataron a tiros a siete trabajadores ferroviarios que se habían declarado en huelga, e hirieron a muchos más. Era inevitable que la violencia alcanzara lo que entonces era conocido como Fuerte McCormick cuando una congregación de ferroviarios en huelga a los que se estaba dirigiendo August Spies cerca de la fábrica se volvió en pleno contra los trabajadores que no habían cumplido la huelga pactada y que eran escoltados por la policía a la salida del trabajo. La policía abrió fuego y abatió a varios de los asaltantes. Spies volvió veloz a las oficinas de su periódico para poner en circulación una hoja incendiaria, «de venganza», en la que apremiaba a los lectores: «A las armas. ¡Os llamamos a las armas!». Aunque uno de sus colegas se lo pensó mejor e hizo reimprimir la circular tras haber suprimido esta exhortación, unos cuantos centenares del original llegaron a distribuirse.

Un grupo de anarquistas militantes reunidos en el sótano de un *saloon* resolvieron aquella misma noche colocar bombas contra las comisarías de policía y disparar contra los propios policías si aquéllos persistían en su violencia contra los huelguistas. Comenzaron por introducir explosivos en tubos o en medias esferas de metal que luego atornillaban para formar unas bombas del tamaño de un pomelo, de las que sobresalía un palmo de mecha.

Entretanto, iba a celebrarse una gran manifestación de protesta en Market Square al día siguiente. En su *Arbeiter-Zeitung*, Spies sostuvo que los huelguistas de la fábrica McCormick no habrían sido asesinados de una manera tan descarada si hubieran tenido armas y una simple bomba de dinamita. Sin que él llegara a saberlo, dos jóvenes carpinteros anarquistas, Louis Lingg y William Seliger, se encontraban en esos momentos fabricando treinta o cuarenta bombas de pequeño tamaño en la casa en la que vivía Seliger. Un gran número de policías al mando del conspicuo e implacable inspector Bonfield se habían reunido en la comisaría de policía de Desplaines Street, cerca del lugar en el que estaba convocada la manifestación. El gobernador, de inclinación más bien liberal, decidió impedir el despliegue de los milicianos por la ciudad, arguyendo que la policía estaba en condiciones de hacer frente a la situación. Esta combinación de factores resultó fatal.

Aquella noche, Spies fue el primer orador que tomó la palabra subido a una carreta en Haymarket, ante una multitud de cerca de tres mil huelguistas. Debido a su mal dominio de la lengua inglesa, rápidamente cedió el lugar a Albert Parsons, que había vuelto aquel mismo día agotado tras agitar a los huelguistas de Cincinnati. Como Parsons se había llevado a su esposa y a sus dos hijos pequeños a la manifestación, parece improbable que contase con que estallara ninguna bomba. En sus discursos, tanto Spies como Parsons se preocuparon ante todo de rechazar cualquier responsabilidad personal por el reciente estallido de violencia en la fábrica de McCormick. El alcalde de Chicago, un cordial caballero de Kentucky que con frecuencia daba muestras de su presencia encendiendo cigarros puros para que se le viese bien la cara, estaba asimismo tan seguro de que no se había dicho nada indebido que montó en su caballo para marcharse a su casa no sin antes indicar a la policía que la manifestación discurría por cauces más bien tranquilos.

A esas alturas, Lingg y Seliger habían colocado sus bombas en un baúl para transportarlas a los alrededores de Haymarket, en donde las distribuyeron entre personas desconocidas. El ultimo

orador que tomó la palabra en la manifestación, un obrero llamado Samuel Fielden, se dedicó a lanzar invectivas contra la policía y la ley en general, gritando: «Asfixiadla. Matadla. Detenedla. Haced todo lo posible para lesionarla, para impedir que avance». Un policía de paisano remitió una versión de estos incendiarios comentarios a Bonfield. El inspector ordenó que casi doscientos policías uniformados emprendiesen una rápida marcha por Desplaines Street, que emplearon sus pistolas desenfundadas para abrirse paso entre el gentío. Cuando llegaron al estrado de los oradores, un capitán de policía dio una voz: «Les ordeno en nombre del pueblo del estado de Illinois que se dispersen inmediatamente y en paz». Tras una pausa, Fielden bajó del estrado y comentó entre dientes: «De acuerdo, nos marchamos». En aquel momento, cundió el pánico entre algunos al ver un objeto redondo que volaba por el aire siseando y trazaba un arco para caer con una luz brillante a los pies de los policías. Hubo un fulgor anaranjado y una sonora detonación. Un oficial murió en el acto, aunque otros siete iban a morir a resultas de las graves heridas que les había producido la explosión y muchos más tendrían que ver cómo les era amputada alguna extremidad. Aterrorizados, los policías comenzaron a disparar sus armas de manera tan indiscriminada que muchas de sus víctimas fueron sus propios compañeros. Alguien quiso disparar contra Spies, que ya se daba a la fuga, apretándole con el revólver en la espalda, pero el líder anarquista logró arrebatarle la pistola, que se disparó de manera que la bala le penetró el muslo. Sam Fielden fue alcanzado en una pierna cuando huía de la escena de la masacre. Albert Parsons, convencido de que estaba marcado y destinado a morir, huyó de Chicago a Geneva, en el estado de Illinois, y de allí, disfrazado por completo, siguió su huida a Waukesha, Wisconsin [44].

A lo largo de los días siguientes, la prensa se llenó de exhortaciones asesinas: «Obliguemos a estos lobos eslavos a volver a latigazos a las guaridas europeas desde las que han venido, y si no es posible exterminémoslos». En el distrito financiero, los

agentes de cambio y bolsa y los accionistas se ofrecieron a linchar personalmente a los anarquistas y a colgarlos de las farolas de la ciudad, mientras los empresarios se ofrecieron a financiar las investigaciones policiales que hicieran falta. El fiscal general, Julius Grinnell, apremió a la policía para que no se tomase la molestia de pedir autorización para un registro: «Hagan ustedes primero los registros, detengan a quien sea preciso, busquen después el apoyo de la ley». La policía efectivamente entró en las oficinas del *Arbeiter-Zeitung*, para llevarse detenidos a August Spies y a Michael Schwab a la Comisaría Central de Policía, en donde el oficial al mando se precipitó sobre Schwab gritándole: «Malditos holandeses hijos de perra, sucios perros de mierda, inútiles y pervertidos, os vamos a ahogar, os vamos a matar». El adjunto a la dirección del periódico, Oscar Neebe, fue detenido al día siguiente. La policía fue entonces en busca de Fielden, que estaba cuidándose en su casa de la herida sufrida en la pierna. El oficial de policía señaló con el dedo a la cabeza de Fielden y le dijo: «Maldita sea tu alma, ¡ahí es donde tendrían que haberte alcanzado». Luego, la policía dio con Seliger y Lingg. Este hizo un intento por luchar a la desesperada en su escondrijo; un policía tuvo que morder al anarquista en el pulgar para impedirle que amartillara el revólver. La policía logró detener y luego puso en libertad a la persona más sospechosa de haber lanzado la bomba, a la cual obviamente nunca más se volvió a ver. Un anarquista de mediana edad y dueño de una juguetería, llamado George Engel, fue detenido y confinado en una celda de castigo para que hablase. A la sazón, ocho anarquistas fueron acusados de conspiración o de cometer asesinato. De un modo sumamente sensacionalista, el día en que comenzó el juicio un Albert Parsons muy tranquilo entró en la sala del juzgado con el pelo de nuevo negro, pues antes lo llevaba teñido. Su abogado defensor le había convencido de que se entregase, ya que sus constantes fugas parecían más bien indicio de que era culpable. Aunque los acusados tuvieron abogados defensores bastante valerosos, tanto el juez como los integrantes del jurado se posicionaron abiertamente en

contra de ellos. La selección de los miembros del jurado se prolongó durante veintiún días con el fin de eliminar a cualquier miembro de la clase obrera que pudiera mirar con cierta simpatía a los anarquistas. Cuando los responsables de la defensa agotaron su derecho y entrevistaron a unos 160 candidatos, el alguacil del juzgado obtuvo permiso para salir a la calle y escoger a miembros del jurado que ya habían expresado su condena de los acusados.

La acusación de asesinato fue un disparate: ¿cómo pudo llevarse a cabo un juicio de los cómplices sin juzgar al responsable principal del lanzamiento de la bomba? El testigo estrella del fiscal, un anarquista suizo que se ganaba la vida fabricando armarios, había recibido una suma de dinero y la inmunidad, gracias al fiscal, a cambio de que testificase que dos de los acusados habían conspirado para emplear bombas en el fatídico encuentro celebrado en el sótano del saloon. La fiscalía pudo exponer ante el tribunal un amplísimo muestrario de aparatos para la fabricación de las bombas, oscuramente relacionados con la cuestión que ocupaba al tribunal. Era inevitable que el manual de Most para fabricar bombas pasara a ser la Prueba n.° 16. A medida que fueron prestando testimonio los testigos de la defensa y del fiscal en torno a los sucesos de aquella noche, dio la impresión de que se trataba de reconstruir dos situaciones completamente distintas y sin ninguna relación entre sí. El 19 de agosto el jurado se retiró a deliberar, si bien sus miembros enseguida se recostaron en los sillones a fumar puros, tras haber llegado aparentemente al veredicto en un visto y no visto. A la mañana siguiente se anunció que siete de los acusados eran culpables de asesinato y por tanto quedaban condenados a morir en la horca, mientras que Oscar Neebe cumpliría quince años de trabajos forzosos. A Parsons se le permitió de manera inconcebible que se dirigiera al tribunal durante ocho horas, añadiendo un toque aún más teatral a todo el montaje del proceso. Agotadas las apelaciones de rigor, los cuatro hombres, que se negaron a pedir clemencia sobre la base de su plena convicción de que eran inocentes, fueron ahorcados con la cara cubierta por un

sudario blanco. Tendrían que haber sido cinco las ejecuciones, pero Louis Lingg —en un registro de cuya celda se habían encontrado previamente cuatro cartuchos de dinamita— engañó al verdugo haciendo estallar un pequeño detonador que llevaba en la boca y que le voló la mitad de la cara, en una escena que fue la preferida por los ilustradores. La suya fue una muerte agónica.

LA INTERNACIONAL NEGRA

Estos dramáticos acontecimientos de Chicago fueron sintomáticos del pánico prácticamente mundial que la Internacional Negra, organización anarquista, inspiró a finales del siglo XIX y a comienzos del siglo XX. Semejante entidad en efecto existió, puesto que en julio de 1881, pocos meses después del asesinato de Alejandro II, cuarenta y cinco radicales se reunieron en Londres para fundar un Congreso Internacional Anarquista, que sin embargo no se volvió a reunir hasta 1907. Si bien el empleo de la violencia era asunto controvertído en estos círculos, los participantes resolvieron prestar una mayor atención a la química de los explosivos y a la tecnología, aun cuando sólo fuese para estar a la altura de las fuerzas de la represión. Esta reunión, en la que se habló por todas partes y sin ningún miramiento de la dinamita, «la artillería del proletariado», dio razón de ser al muy extendido temor de que existía una única inteligencia que controlaba todas y cada una de las manifestaciones de violencia política, que por tanto no podía atribuirse simplemente a los fenianos o a los nihilistas.

Desde hace tiempo ha sido casi un axioma considerar una conspiración anarquista ramificada como producto de las febriles imaginaciones de la burguesía. Ciertamente, las personas de autoridad pensaron en su día que existía una única conspiración que animaba las hazañas de los anarquistas, tal como hoy en día se culpa a Al Qaeda, y Al Qaeda con gran oportunismo asume la autoría, de un gran número de atrocidades terroristas. El embajador de España en Roma escribió en su día sobre «un impulso

anarquista internacional» que informaba el espíritu, ya que no la letra de las fechorías anarquistas. La prensa italiana quedó convencida de que el asesinato del rey Umberto fue parte de «la vastedad del plan de los anarquistas y de los objetivos que se han propuesto, entre ellos el asesinato de todos los monarcas de Europa».

Aunque en realidad no existiera una única conspiración que todo lo dirigiera, aunque no hubiera un único partido anarquista, existían sobradas razones para que los contemporáneos creyesen que los individuos anarquistas actuaban para dar respuesta a un mandamiento generalizado, consistente en destruir la civilización burguesa. Que los anarquistas a menudo fueran extranjeros, que a menudo tuvieran nombres impronunciables, como Bresci o Czolgosz, alumbró automáticamente la impresión de que se trataba de una conspiración muy cosmopolita, tal como sucedió con la circulación internacional de la prensa anarquista en varias lenguas, muestras de la cual se encontraban siempre en los domicilios de los dinamiteros y sus simpatizantes. Esa misma prensa propagó también con diligencia la idea de que existía un ejército mundial de anarquistas que estaban deseosos de vengar los sufrimientos de la humanidad. Dicho de otro modo, los propios anarquistas propagaron la idea de una amplísima conspiración mundial. Las mejoras en el telégrafo y el éxito de las sucesivas ediciones de los diarios, que ponían al día la última hora del ciclo de atrocidad, detención, juicio, discursos de los acusados y cárcel o ejecución, significaron que los lectores pudieran concluir con bastante justificación que las actividades de los maniacos lanzabombas estaban coordinadas en nombre de siniestros objetivos extendidos por toda Europa y Norteamérica, así como Suramérica, ya que Argentina no se libró de la propaganda por medio de los hechos. La detallada y muy extensa cobertura que dio la prensa a todos estos sucesos tuvo sus contratiempos, puesto que incluso la prensa más hostil daba publicidad siempre a las justificaciones vertidas por los anarquistas ante el tribunal y lo hacía casi al pie de la letra, dando combustible al

ardor de los anarquistas del mundo entero. La información sobre el asesinato del rey Umberto de Italia fue inspiración directa del asesino de William McKinley, presidente de Estados Unidos. Tal como dijo sir Howard Vincent, uno de los fundadores del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard: «La "publicidad" del anarquismo, como la de tantos otros crímenes, infaliblemente da lugar a la imitación». Por esa razón la Cámara de los Diputados de Francia hizo serios esfuerzos legislativos por prohibir la información sobre los juicios de los anarquistas.

La mera repetición de los asesinatos al más alto nivel también inclinó a la opinión pública a sospechar que existía una vasta conspiración en el mundo entero, por más que la política de los asesinos, en el supuesto de que no fueran unos dementes, distaba mucho de ser uniforme. En 1878, Hódel y Nobiling cometieron sendos atentados contra la vida del emperador de Alemania, el segundo de los cuales dio por resultado que quedase gravemente herido. En ese año, un cocinero republicano apuñaló al rey Umberto de Italia, veintidós años antes de su asesinato, y hubo un atentado con bomba contra una manifestación de simpatías monárquicas que se celebró al día siguiente. En 1881, un joven anarquista francés que era un tejedor en paro, Emile Florion, disparó contra un perfecto desconocido tras haber fracasado en su intento por localizar al político republicano Léon Gambetta. Florion intentó luego quitarse la vida sin conseguirlo. En el otoño de 1883 se descubrió una trama anarquista para hacer volar por los aires al káiser alemán, el príncipe coronado y varias de las principales figuras políticas y militares que se reunieron para inaugurar el monumento a Germania en el Niederwald, encima de la localidad de Rüdesheim. Se ocultaron ocho kilos de dinamita en una tubería de desagüe, por debajo de la carretera, para hacer volar a la totalidad del séquito imperial cuando pasara por allí. Por fortuna, uno de los asesinos terroristas había decidido ahorrar unos cuantos pfennigs comprando una mecha de las más baratas, que no era impermeable; la mecha se humedeció tanto que fue imposible prenderla. El principal

responsable de la trama anarquista, August Reinsdorf, fue decapitado junto con un cómplice dos años más tarde. En enero de 1885 el jefe de policía de Francfort, que había tenido un papel importante en la captura de Reinsdorf, murió apuñalado por un agresor desconocido; se emplearon pruebas puramente circunstanciales para acusar del crimen al anarquistaJulius Lieske. En vez de una interminable cadena de terrorismo y antiterrorismo, estos acontecimientos dieron por resultado la práctica desaparición del movimiento anarquista alemán. Los policías extranjeros acudieron deprisa a Berlín para conocer los secretos del funcionamiento de la policía prusiana.

En Francia, mientras tanto, los anarquistas fueron responsables de una serie de atentados al azar, algunos de los cuales son indicativos del desquiciamiento mental de quienes los perpetraron. Demasiado inepto para fabricar una bomba, un joven zapatero llamado Léon Léauthier se limitó a sentarse en la mesa de un restaurante caro para acuchillar a un comensal de una mesa vecina, que resultó ser el embajador de Serbia. Charles Gallo arrojó un frasco de ácido prúsico al suelo del edificio de la Bolsa al tiempo que gritaba «Vive l'Anarchie!» ante los asombrados agentes de bolsa, entre los cuales disparó un revólver. La represión letal de las disputas laborales sirvió de pretexto para los ataques de los anarquistas. El 1 de mayo de 1891, en Fourmies, departamento del Nord, la policía empleó una ametralladora recién patentada para poner fin a una manifestación a favor de la jornada laboral de ocho horas. Murieron nueve personas, entre ellas cuatro mujeres y tres niños. Simultáneamente, en Clichy, la policía empleó una violencia excesiva para poner fin a una manifestación silenciosa de los anarquistas, que caminaban tras una mujer que portaba una bandera roja. A pesar de haber recibido palizas ilegales por parte de la policía, dos hombres fueron condenados a trabajos forzados. Para cobrarse venganza de estos incidentes, el anarquista y antes teñidor Frangois-Claudius Ravachol colocó varias bombas en los domicilios de Benoit, el fiscal general, que vivía en el muy elegante

Boulevard Saint-Germain, y Bulot, el juez que había juzgado los incidentes de Clichy. En la segunda de estas acciones, un Ravachol vestido con particular elegancia llegó a la segunda planta del edificio con una bomba en un maletín, a la que prendió la mecha y se marchó, logrando que las cuatro plantas del edificio se vinieran abajo, si bien el juez sobrevivió ileso al atentado. Un poco excesivamente exultante por sus recientes hazañas, Ravachol, de treinta y dos años, fue traicionado por un camarero del restaurante Véry. Fue citado allí un valiente inspector de la policía, que tras examinar al individuo que cenaba a su lado detuvo a Ravachol antes que éste pudiera sacar el revólver o recurrir a su bastón-sable.

El restaurante fue objeto de un atentado con bomba el día en que Ravachol compareció ante el tribunal. El propietario tuvo una muerte lenta tras haber perdido una pierna, mientras murió también un cliente no menos inocente, en vez del camarero. Ravachol —cuyo nombre dio lugar a un verbo, *ravacholiser* (hacer saltar por los aires)— fue condenado a cadena perpetua por estos delitos. El culpó al desempleo de sus actividades criminales: «Yo trabajaba para vivir y para ganarme la vida a mi manera; mientras ni yo mismo ni los míos sufriesen demasiado, seguí siendo lo que se considera un hombre honrado. Entonces empezó a escasear el trabajo, y con el desempleo llegó el hambre. Fue entonces cuando la gran ley de la naturaleza, esa voz imperiosa que no admite réplica, el instinto de supervivencia, me obligó a cometer algunos de los delitos de los que ahora se me acusa, y de los que me reconozco autor». Posteriormente se le juzgó también en Montbrison por delitos que había cometido mucho antes de poner las bombas, por el delito de asesinato y robo del «eremita de Chambles», un avaro anciano que tenía mucho oro y plata guardados en los cajones de su casa, y por haber profanado la tumba de la baronesa de Rochetaillée, en donde esperaba encontrar las joyas con las que al parecer había sido enterrada, si bien encontró sólo un crucifijo de madera y una medalla. Cuando reanudó sus altivas afirmaciones, según las cuales era el brazo de la justicia en favor de los oprimidos, el juez le cortó

en seco: «No se jacte de hablar por la clase obrera: usted sólo puede hablar por los asesinos». Ravachol fue guillotinado sin tener tiempo a hacer más discursos. Uno de sus admiradores, el novelista Octave Mirbeau, lo describió como «el trueno ensordecedor al que suceden la alegría del sol y los cielos apacibles», en uno de los muchos casos en los que los artistas liberales e idiotizados, o los hombres de letras de la misma guisa, glorificaron a los criminales corrientes, de manera que los delincuentes profesionales cada vez fueron afirmándose más en unas presuntas posturas anarquistas, para disfrutar de esa aclamación refractada [45].

La respuesta de los anarquistas a la ejecución de Ravachol llegó por parte de Auguste Vaillant, que el 9 de diciembre de 1893 lanzó una bomba escondida en una caja de latón ovalada al suelo de la Cámara de los Diputados, aunque por un codazo accidental la bomba estalló por encima de las cabezas de los diputados, causando más cortes y fracturas que víctimas mortales. Además de instalar unas rejas de hierro en la galería de los invitados, y de prohibir el uso de abrigos o capotes en el interior del edificio, la Cámara promulgó las «leyes bribonas», que prohibieron las publicaciones que incitaran a la comisión de actos de terrorismo. Uno de los primeros condenados por ser «profesor de anarquía» fue Jean Grave, sentenciado a dos años de cárcel por ciertos pasajes aparecidos en un libro que parecía incitar a la violencia anarquista. Vaillant también tuvo admiradores en el medio de los artistas, donde, entre otros, Courbet, Pissarro y Seignac eran partidarios de los anarquistas. El poeta Laurent Tailharde causó gran sorpresa en una cena literaria cuando exclamó: «¿Qué importancia tienen las víctimas, en la medida en que el gesto haya sido hermoso?». Es una manera de ver las cosas que seguramente modificó cuando una bomba anarquista colocada al azar le dejó sin un ojo cuando estaba cenando en un restaurante. La ejecución de Vaillant presuntamente provocó que el joven anarquista Emile Henry hiciera detonar una bomba en el café Terminus de la estación Saint-Lazare, matando a una persona y dejando a veinte heridas. Eligió este objetivo tras

descubrir que le iba a ser imposible entrar en un teatro cuyas plazas estaban vendidas al completo, y no sin antes haber inspeccionado un restaurante en el que eran muy pocos los comensales. El café de la estación estaba lleno de trabajadores que iban y venían de sus casas a sus puestos de trabajo, hecho que no molestó más de la cuenta a ese defensor de los obreros. Henry actuó con sangre fría, como un asesino cuya única intención era acabar con tantas vidas como le fuera posible. En su juicio confesó con un moralismo asesino y manifiesto un concepto que rápidamente se hizo tristemente famoso: «No hay burgueses inocentes». «Quise mostrar a la burguesía —dijo— que, en lo sucesivo, sus placeres no han de quedar intactos, que sus triunfos insolentes han de verse interrumpidos, que su becerro de oro ha de balancearse con violencia en su pedestal, hasta la hora del último bamboleo, que lo derribe entre la suciedad y la sangre».

Ese resentimiento y ese deseo de provocar el caos en las gentes de a pie, en los que llevaban una vida anodina, iba a ser con el tiempo uno de los motivos terroristas recurrentes; se suele pasar a menudo por alto qué es lo que tienen en común las víctimas de los terroristas. Henry advirtió al tribunal de que «[el anarquismo] está en todas partes, por eso es imposible de refrenar. Terminará por matarlos a ustedes». Fue guillotinado a primera hora de la mañana del 21 de mayo de 1894. En represalia por su negativa a otorgar el perdón a Henry y a Vaillant, el presidente Mane Frangois Sadi Carnot recibió una puñalada en el corazón que le propinó un anarquista italiano, Santo Jeronimo Caserío, cuando pasaba por Lyon en su carruaje.

Este fue el primero de un aluvión de asesinatos de jefes de Estado, cometidos en el periodo que va de 1894 a 1901, y que fue más letal para los gobernantes que cualquier otro periodo semejante en la historia moderna. Se vieron obligados a recurrir a los guardaespaldas por primera vez. Tras el asesinato de Carnot, el primer ministro de España fue asesinado por anarquistas italianos en 1897, en represalia por su confirmación de la condena de muerte

impuesta a unos anarquistas que habían sido acorralados, detenidos y torturados después de que una bomba estallara en la procesión del Corpus Christi en Barcelona. Le siguieron Isabel, emperatriz de Austria, apuñalada por un anarquista italiano en 1898; el rey Umberto de Italia, asesinado de un disparo en Monza por un anarquista ítalo-americano, Gaetano Bresci, en 1900; por último, el presidente McKinley, asesinado en 1901. El asesino de McKinley fue un mozo de granja del estado de Ohio que había pasado a ser obrero de una fábrica. Se llamaba León Czolgosz, aunque aveces empleara seudónimos como John Doe y Fred Nobody [*]. Le inspiró la pasión con que Emma Goldman había asumido la causa del anarquismo, aunque su inspiración directa para disparar contra McKinley en la Exposición Panamericana celebrada en Buffalo, estado de Nueva York, la tomó de haber leído en un periódico la información sobre el atentado de Bresci contra el rey Umberto en aquel mes de julio. Czolgosz se acercó a McKinley delante del Templo de la Música, donde le disparó a quemarropa desde escasa distancia. Una de las balas se desvió al impactar contra el esternón del presidente, pero la segunda se le incrustó en el abdomen de tal modo que los cirujanos no pudieron extraérsela. El presidente murió lentamente desangrado. En un registro se descubrió que Czolgosz no sólo llevaba un recorte de periódico en el que se informaba del asesinato de Umberto, sino que también había empleado la misma arma del calibre 32, un revólver Iver Johnson, que había utilizado Bresci. Tras sobrevivir por poco a la paliza que le propinaron los agentes encargados de la seguridad de McKinley en cuanto dieron con él por tierra, Czolgosz acabó en la silla eléctrica tras un juicio que duró ocho horas y media, según veredicto de los miembros del jurado seleccionados para ello.

En 1892, Alexander Berkman se dejó inspirar por las palabras acaloradas de Emma Goldman para apuñalar a Henry Clay Frick, el director del consejo de administración de Carnegie Steel, en las oficinas que tenía Frick en Pittsburgh. El atentado de Henry contra los trabajadores que esperaban el tren tomando una cerveza o un

vaso de vino en la estación Saint-Lazare ya había tenido el precedente de la bomba que estalló en el Teatro del Liceo de Barcelona durante una representación de *Guillermo Tell*, de Rossini, a raíz de la cual murieron más de treinta personas, lo que supuso tan sólo uno más de los muchos atentados con bomba que se produjeron en las grandes ciudades de Europa. El asesino escogió la ópera como objetivo porque le pareció que resumía a la perfección el afán de consumo vistoso en que había incurrido la burguesía. Seis anarquistas fueron posteriormente ejecutados por un pelotón de fusilamiento en el Castillo de Montjuíc debido a este atentado. En el mismo año de 1893, Paulino Pallás lanzó dos bombas contra el gobernador militar de Cataluña, con la intención de vengar la tortura a que fueron sometidos cientos de anarquistas detenidos tras la estela del atentado del Corpus Christi, así como la muerte por garrote vil de cinco de sus colegas. El asesino afirmó en su juicio: «¡La venganza será terrible!». En Italia, la represión de las manifestaciones de Sicilia y de una revuelta entre los trabajadores de una cantera en la Toscana, impuesta por el gobierno, dio por resultado un atentado con bomba a la entrada del edificio del parlamento, y un atentado contra la vida del primer ministro. Los anarquistas también mataron a puñaladas a un periodista que había condenado expresamente a los anarquistas italianos responsables de asesinar al presidente Carnot. Cuando un psiquiatra portugués certificó la demencia de un anarquista, después de que éste lanzase una piedra contra el rey, una bomba dejó hecho trizas el sanatorio psiquiátrico en el que vivía el psiquiatra.

Ni siquiera la tranquilidad tan apacible del londinense Greenwich Park se vio libre de las actividades anarquistas. En una invernal tarde de febrero de 1894, los guardias del parque oyeron la amortiguada explosión que les llegó desde el camino que asciende curva tras curva al Real Observatorio, construcción arquitectónica de Christopher Wren. Fueron corriendo al lugar de la explosión, donde se encontraron con un joven arrodillado en el suelo, agonizando a causa de las heridas sufridas en el abdomen, los

muslos y una mano que le había saltado por los aires. Era Martial Bourdin, joven anarquista que accidentalmente explosionó el «artefacto infernal» que portaba camino del Observatorio, lo que le llenó el cuerpo de astillas de hierro. Es probable que fuera su cuñado quien le dio la bomba en su siniestra actividad de agente doble, anarquista y policía secreta, que fue asimismo la base en la que se inspiró Conrad para la creación del personaje llamado Verloc en *El agente secreto*. Bourdin falleció en el maravilloso edificio del Hospital de los Marinos, a la orilla del río, cincuenta minutos después de producirse la explosión. En un registro de su persona se descubrió un carné de miembro del Autonomie Club, notorio lugar en que se daban cita los «forajidos cosmopolitas», sito en Tottenham Court Road. Emile Henry había sido visto allí supuestamente pocas semanas antes de que la bomba estallara en el café Terminus. El *Times* adoptó un punto de vista propio del sentido común al afirmar que quizá la teoría de la «libertad para todos en territorio británico» se había llevado «un poco demasiado lejos», si bien ningún gobierno británico estuvo dispuesto a abordar la cuestión, como tampoco lo estuvo después ni lo estaría ahora [46].

Estos variopintos actos de violencia anarquista no sirvieron para conseguir nada más allá de las tragedias individuales de las personas que fueron asesinadas o resultaron heridas y mutiladas. Carecieron de impacto significativo en las políticas doméstica e internacional de cualquiera de los países concernidos, y tampoco, ni mucho menos, propiciaron el hundimiento del orden social que habría sido supuestamente favorable a los pueriles acuerdos a los que aspiraban los Henry, los Ravachol y los Vaillant de la época.

Los ciudadanos de Chicago probablemente llevaron las cosas demasiado lejos con la construcción de un enorme Arsenal fortificado en plena ciudad, además de insistir en el establecimiento de una división del ejército acuartelada tan sólo a cincuenta kilómetros de la zona en que residían los bulliciosos ilotas extranjeros del South Side. El presidente Theodore Roosevelt despotricó cuanto pudo contra el anarquismo, «hijo de la locura y de

la degeneración, plaga enfermiza», y en 1903 aprobó varias leyes con las que se prohibió la entrada de anarquistas en Estados Unidos, poniéndolos en la misma lista de proscritos que los depauperados, las prostitutas y los dementes. Los inmigrantes «conversos» al anarquismo en sus primeros tres años en el país estaban sujetos a la posible deportación, en lo que constituye un ejemplo interesante de ciudadanía condicional. Parecidas expulsiones de extranjeros peligrosos se aprobaron en Francia y en Italia, y en Francia fueron apresados dos mil anarquistas simultáneamente por medio de redadas policiales llevadas a cabo en veintidós departamentos, de las cuales se siguió una legión de acusaciones legales por delitos de poca monta para mantener a unos cuantos entre rejas. Reacios a tomar lecciones sobre el buen gobierno, ni siquiera cuando eran las de otros gobiernos amigos y sujetos a sus mismas preocupaciones, los británicos persistieron en mantener unas leyes de asilo bastante liberales, aun cuando los anarquistas manifiestamente abusaran de tal legislación. Una pequeña concesión consistió en que la Policía Metropolitana pudiera proceder a la detención de todo el que mostrara signos de ser anarquista (y existía en efecto un código de vestimenta casi obligatorio en tales círculos) sólo para proceder a fotografiarlo, logrando de ese modo que el sospechoso resultara menos huidizo en un futuro, además de compilar una lista de presuntos anarquistas, a los cuales se animaba en cambio a que tomasen libremente la palabra ente los presentes en las tabernas del East End. Estas listas fueron entregadas a los empresarios con la esperanza de que, empobrecidos por una crónica incapacidad de encontrar empleo, esos individuos se viesen en la necesidad de abandonar las acogedoras orillas de Gran Bretaña. Hubo algunos intentos intermitentes de organizar una cooperación policial a nivel internacional —sobre todo la Conferencia Internacional Antianarquista de 1898, en la que participaron jefes de policía y ministros del Interior de varios países—, pero Gran Bretaña y Bélgica insistieron en que la violencia anarquista podía refrenarse

de manera idónea por medio de las leyes domésticas entonces en vigor. Era inevitable que, en sus tratos con el mundo subterráneo de las conspiraciones anarquistas, las fuerzas policiales europeas reclutasen agentes o bien se implicasen demasiado a fondo en la financiación de periódicos anarquistas, prestando de ese modo sustancia a la visión surrealista de Chesterton en *El hombre que fue jueves*, novela en la que la policía persigue a unos anarquistas que son ellos mismos policías.

El terrorismo anarquista sí logró difundir un miedo bastante generalizado a la posibilidad de una única conspiración, y una serie de cartas falsas y amenazadoras, firmadas por «Ravachol», o bien la aparición de cajas y paquetes sospechosos en lugares muy diversos, reforzaron cierta psicosis urbana. Los periodistas y novelistas más imaginativos del momento concibieron armas de un poder destructivo infinitamente mayor que los modestos artefactos explosivos de los que disponían los intrigantes anarquistas, aunque posiblemente no fuera ésa la manera de ver las cosas que defendieron los que avalaron el atentado del café Terminus o del Teatro del Liceo. Los políticos y los monarcas ya no pudieron mezclarse entre sus ciudadanos y súbditos con la relativa tranquilidad de antaño, y los edificios gubernamentales comenzaron a adquirir entonces, al menos en parte, el carácter imponente de fortificaciones inexpugnables que tienen hoy en día. Posiblemente por encima del resto de las consideraciones, la violencia anarquista sirvió para desacreditar aquellas filosofías políticas cuyos impulsos libertarios podrían de lo contrario haber resultado dignos de elogio para algunos, puesto que se relacionaron estrechamente, por injusto que fuera, con la vanidad asesina de unos tristes hombrecillos que montaban sus bombas en una sórdida habitación. La filosofía que considera el Estado como poco más que la organización de la violencia en favor de unos intereses creados terminó por ser umversalmente identificada con la violencia asesina, borrando por completo los aspectos más inofensivos de la filosofía subyacente. Uno de los observadores atentos a las actividades de estos

anarquistas tuvo la sensación de que «todas estas personas no son revolucionarios: son unos falsarios». Se trata del novelista anglopolaco Joseph Conrad, un hombre tan agradecido a Inglaterra y tan admirador de todo lo británico que se saltó las normas de etiqueta no escritas al criticar públicamente que el país diese asilo a «las infernales doctrinas nacidas en los peores arrabales del continente europeo». Edward Garnett le hizo uno de esos homenajes inmensos, aunque no se supiera muy bien por dónde tomarlo, en su reseña de *El agente secreto*: «Es buena cosa que los ingleses —escribió— tengamos al señor Conrad entre nosotros, puesto que sabe visualizar aspectos de nuestra vida que nosotros somos constitutivamente incapaces de percibir» [47].

Inspirándose parcialmente en la muerte de Bourdin, acaecida en Greenwich Park, en 1907 Conrad dedicó *El agente secreto* al tema de «las plagas en las calles que pueblan los hombres», en particular al dolor y al sufrimiento que infligían sobre toda persona a la que alcanzasen en su círculo privado e inmediato. Aunque después del 11-S muchos comentaristas descubriesen con acierto a los precursores de los secuestradores aéreos saudíes en la descripción que hace Conrad de los sórdidos anarquistas que siguen ciegamente los hilos de una trama urdida por un diplomático zarista en el Londres de la década de 1900, no era ése el interés primordial del autor. El centro de la trama narrativa se halla en Winnie Verloc, quien se suicida tras asesinar a Adolf Verloc, su marido, anarquista, agente provocador y pornógrafo, que actúa en nombre de un siniestro diplomático ruso que pretende hacer de Londres una ciudad inhóspita para los terroristas, para lo cual les incita a volar por los aires el Real Observatorio de Greenwich por considerarlo símbolo apropiado de la creencia burguesa en el progreso científico. Winnie descubre accidentalmente que su marido es el responsable de la muerte del hermanastro de la propia Winnie, Stevie, un retrasado mental que viene a ser la otra víctima —vuela por los aires cuando lleva una bomba destinada al Observatorio— de un relato que Conrad dotó de escasa significación política. Los anarquistas

que aparecen retratados en el libro son personajes híbridos, hechos a partir de distintas personas de carne y hueso de las que ya nos hemos ido ocupando con anterioridad. El personaje de Verloc está en deuda con el hecho de que el cuñado de Bourdin fuese en efecto agente de la policía, además de director de una publicación anarquista. El personaje de Karl Yundt se basa en Mijaíl Bakunin y Johann Most. Michaelis es una fusión de dos fenianos, Edward O'Meagher Condon, que asaltó el furgón de la prisión de Manchester en 1867, y Michael Davitt, al igual que Michaelis autor de un libro sobre sus experiencias en la cárcel. El «Profesor» probablemente es nada más y nada menos que el epónimo genio «ruso» y fabricante de bombas que aparecía en los periódicos de O'Donovan Rossa [48].

La sordidez moral en lo personal, el desaliño y la mezquindad de los hombres que siembran el terror en una ciudad importante, se cuentan entre los rasgos más notables de la novela, y están presentes en todo momento, por debajo de sus parlamentos grandiosos, apocalípticos: así, «sin compasión por nada que hubiera en la tierra, incluidos ellos mismos, alistados a la muerte de una vez por todas, en aras de prestar un mayor servicio a la humanidad; eso es lo que yo quisiera ver», dice Yundt. «Dependen de la vida, cosa que en este contexto es un hecho histórico, rodeado de toda clase de constricciones y consideraciones, un hecho complejo y organizado y abierto a recibir ataques por todos sus flancos, mientras que yo dependo de la muerte, que no conoce constricción y no puede ser atacada. Mi superioridad es evidente», opina el Profesor. En realidad no era un «Profesor», en absoluto, sino el hijo de un predicador de una siniestra secta cristiana, un hombre de mezquino semblante, que había descubierto en la ciencia una fe con la cual sustituir la de las «capillitas» con el fin de llevar a cabo sus ilimitadas ambiciones, así fuera sin esfuerzo ni talento. Conrad sigue diciendo: «Al ejercer su misión con una provocación implacable, adquiría o más bien se procuraba la apariencia del poder y del prestigio personal. Esto resultaba innegable a su vengativo

resentimiento». No creía en nada: «¡Profecías! ¿De qué sirve el pensar en lo que ha de ser? —Levantó su vaso—. Brindo por la destrucción de todo cuanto existe —dijo con suma tranquilidad» [49].

MUERTE AL SOL: TERRORISMO Y DESCOLONIZACIÓN

TIERRA SANTA, GUERRA SANTA

En 1917, cuando se promulgó la Declaración Balfour, que vino a favorecer «el establecimiento en Palestina de una Nación para el Pueblo Judío», la tierra que los romanos habían llamado Palestina formaba parte del imperio otomano, con el cual estaba en guerra Gran Bretaña. Tanto el imperio otomano como el régimen de Kemal Ataturk que vino a sucederlo habían aspirado a un claro acercamiento de posturas con la civilización europea. Buena medida de ello se percibe en el modo en que se trataba a las minorías religiosas dentro de una tradición islámica que tradicionalmente, valga la redundancia, había otorgado a las minorías no musulmanas un estado subalterno de *dhimmitude*[*]. No es exactamente lo que parece. Si se trataba de residentes en los centros urbanos, los judíos podían ser miembros del parlamento, ocupar puestos oficiales del gobierno y, después de 1909, ser reclutados en el ejército. A partir de este florecimiento tardío e intenso del modernismo islámico, Ataturk abolió la ley de la *sharia* en 1924, mientras que en Egipto esto mismo sólo fue aplicable al dominio privado. Todo lo cual equivale a decir que el islam quedaba contenido por el Estado nacional, en vez de ser a la inversa.

La comunidad judía de Palestina era conocida como asentamiento, o Yishuv, y constaba de unas 85.000 personas, algunas de las cuales llevaban allí medio siglo, tal vez algo más, mientras que otras eran inmigrantes recientes. Había 750.000 árabes. La Liga de las Naciones atribuyó a Gran Bretaña la autoridad del Mandato en Palestina en 1919, Al dar la bienvenida a los colonos sionistas, los británicos se mostraron a la altura de la opinión de los árabes cultos residentes en Oriente Próximo. El director del rotativo egipcio *Al-Akram* escribió que «los sionistas son necesarios en esta región. El dinero que traen consigo, su inteligencia y la diligencia que les distingue servirán sin ninguna duda para traer nueva vida a la región»[50]. Los sionistas colonizaron tierras desoladas en donde el absentismo de los terratenientes árabes era manifiesto y pernicioso, aunque los arrendatarios que se dedicaban al pastoreo no considerasen que esa colonización les diera derecho a nada[51]. Los sionistas consideraron que el cultivo productivo de la tierra llevaba aparejado un derecho moral, al margen de las versiones en conflicto de los árabes y los judíos en torno a lo venerables que son sus respectivas presencias en la región. El *dictum* pronunciado por Israel Zangwill en 1901, «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra», es indicativo de que algunos sionistas aparentemente no se percataron de la presencia de los habitantes árabes en la región. Teóricamente, en el entendimiento tanto de los británicos como de algunos sionistas, se podría llevar a cabo la colonización judía sin perjuicio de los habitantes árabes indígenas, ya que todas las partes sin duda obtendrían beneficios de la mejora en los regadíos, en la medicina y en las instalaciones sanitarias.

Los inmigrantes sionistas no se consideraron súbditos coloniales, sino colonos de pleno derecho, a la altura de los británicos. Su intención consistía en crear un Estado judío duradero bajo la égida provisional del Mandato británico. Eran diligentes y serios en su intención de construir un Estado, en busca de un ideal mesiánico secularizado. Mucho antes de que tuviese lugar el Holocausto en

Europa, los sionistas sostenían que como la nación árabe disponía de un territorio de aproximadamente dos millones y medio de kilómetros cuadrados, los judíos tenían pleno derecho moral a una minúscula porción, aproximadamente del tamaño de Escocia, y con una densidad de población también desigual. Por el contrario, los palestinos eran más reactivos y se encontraban divididos por sus lealtades a tal o cual clan o tribu, y dependían de los británicos en todo lo referente a la infraestructura estatal. Sólo sus líderes religiosos tenían un compromiso político mayor que el de los judíos[52].

Entre algunos israelíes, el Mandato británico ha terminado por mirarse actualmente con cierta nostalgia. Aunque Palestina no contara con los elefantes, los maharajás ni los tigres del Raj de la India, lo cierto es que floreció en ella aquella misma cultura de los bailes escoceses, el polo y los cócteles de ginebra teñida de rosa, servidos sobre todo en el hotel Rey David. También prosperó un servicio civil incorruptible, posiblemente una novedad importante en la región[53]. Bajo esta égida, los judíos del Yishuv elaboraron con determinación las primeras instituciones supranacionales, entre ellas una Agencia Judía, mientras los inmigrantes, muchos de ellos *kibutzim* sionistas, socialistas e idealistas, se propusieron la introducción de la vida en los pedregosos terrenos cargados de connotaciones entre personas que nunca habían visto aquellas tierras más que en su imaginación. Otro objetivo complementario de los sionistas consistía en refutar la afirmación antisemita de que los judíos nunca habían tenido una aptitud «racial» para la agricultura o los trabajos manuales, una idea difícil de casar con el orden y la prosperidad de los huertos de cítricos, las viñas, los olivos y otras plantas de provecho que pronto aparecieron en los nuevos asentamientos judíos.

Ciudades completamente nuevas, como Tel Aviv, brotaron al lado de otras como Jaffa, ciudad árabe, y pasaron a ser elementos esenciales en el equivalente sionista a la visión progresista de la historia, sólo que basados en el trueque del frío intenso y la escasa

luminosidad de la Europa del Este por un entorno marítimo, moderno y soleado[54]. Es saludable recordar que, por debajo de los antagonismos que enfrentaron a los notables árabes y judíos, en un ámbito puramente local los judíos y los árabes de a pie cooperaron los unos con los otros. Compraban los unos en los comercios de los otros, trabajaban hombro con hombro en las mismas panaderías, en las plantas petrolíferas y en las salinas, en los medios de transporte, en el correo y los telégrafos, y de vez en cuando incluso se declararon al unísono en huelga, para protestar contra alguna decisión arbitraria del Mandato que les daba empleo. En realidad, en una fecha relativamente tardía, en 1933, el gobierno de Egipto permitió de buen grado la llegada de un millar de emigrantes judíos a Port Said en su viaje a Palestina[55].

La inmigración judía, y la expulsión de los arrendatarios árabes de aquellas tierras que los judíos compraron a los terratenientes árabes absentistas con base en Beirut o Damasco, fueron el desencadenante del malestar de los árabes en 1920-1921 y en 1929, malestar que se encarnó en Haj-Amin al Husseini. Profesor desgarbado, de barba pelirroja y tocado con un fez rojo, Husseini era vástago de una familia de notables palestinos. A pesar de haber sido condenado in absentia a diez años de cárcel por haber orquestado varios episodios de violencia en grupo en 1920, los británicos le otorgaron el perdón un año después y amañaron su elección en el cargo de gran muftí de Jerusalén, para contrarrestar el nombramiento de alcalde de la ciudad, que había recaído en un hombre del clan rival de los nashashibíes. Discípulo de Rashid Rida, wahabista, la principal intención del muftí con respecto a los judíos exa una que resulta sintomática de una modernidad amenazante y occidental; «También aquí han extendido sus usos y costumbres, que son contrarios a nuestra religión y forma de vida. Sobre todo es nuestra juventud la que está siendo moralmente destrozada. Las chicas judías que van por ahí en pantalón corto desmoralizan a nuestra juventud con su mera presencia». Si bien puso cuidado en borrar sus huellas dactilares de todo acto de violencia urbana

perpetrado por los árabes, el muftí fue el principal responsable de incitarlos[56].

La violencia antijudía desembocó en la creación, en 1921, de una fuerza de defensa judía clandestina, la Haganah, diseñada con la intención de proteger los asentamientos judíos más alejados, allí donde las autoridades británicas no podían o no querían ofrecer protección. Llegaron desde Europa armas de contrabando escondidas en colmenas y en apisonadoras. Estos judíos, endurecidos y conscientes de su situación, iban a desbaratar los estereotipos antisemitas corrientes acerca de que los judíos son contrarios a entablar toda clase de combate. En 1924, la Haganah asesinó al líder de los judíos ortodoxos, Israel de Haan, que entonces se esforzaba para lograr que los británicos excluyeran a sus correligionarios del gobierno impuesto por los sionistas laicos. No por última vez, los británicos quisieron apaciguar los sentimientos de los árabes —al menos según los expresaban ante ellos los notables como el muftílimitando la inmigración judía a lo que la economía del país fuera capaz de absorber satisfactoriamente, una política que no reparó apenas en las perversas corrientes que existían en Europa, donde a los judíos de Polonia o de Ucrania se les forzaba a emigrar. Con la excepción de aquellos que, como Winston Churchill, tenían unas acusadas simpatías sionistas, los oficiales británicos imbuidos de recuerdos nostálgicos del coronel T. E. Lawrence se esforzaron ante todo por no alterar el ánimo de los sesenta millones de musulmanes de la India por culpa de los judíos de Palestina o de la propia Gran Bretaña, hacia los cuales algunos miembros del *establishment* británico (y del movimiento laborista en la oposición) albergaban prejuicios acendrados y de honda raigambre. En una de sus resbaladizas contradicciones de la airada y grandiosa Declaración Balfour, en 1928 el gabinete británico rechazó la solicitud de Chaim Weizmann, quien pidió una cantidad de dinero considerable con la intención de adquirir nuevas tierras a los árabes para construir

nuevos asentamientos judíos, y de ese modo procuraron poner coto a la inmigración[57].

Al año siguiente, el muftí incitó sucesivos ataques contra los judíos que realizaban su culto en el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén, para lo cual sostuvo que la intención de los judíos no era otra que demoler la mezquita de Al Aqsa, y estos incidentes dieron lugar a la muerte de sesenta judíos en la Ciudad Antigua. A la vez que aparentaba tratar de apaciguar a las multitudes, el muftí en realidad abogaba con apremio por una actuación violenta. Estas víctimas fueron sólo algunos de los 133 judíos asesinados en aquel año por toda Palestina debido a la violencia árabe. Estas revueltas asesinas tuvieron una dimensión internacional, ya que los árabes de Siria, de Transjordania y de Irak amenazaron con una intervención militar si la inmigración judía a Palestina no se detenía de inmediato. Una de las consecuencias de estas revueltas fue que cierto número de los comandantes militares de la Haganah, encabezados por Avraham Tahomi, sujefe en Jerusalén, se desgajaron del cuerpo original, secesión a raíz de la cual se formó una Organización Militar Nacional (Irgun Zvai Leumi o Etzel, abreviatura tomada de su acroónimo en hebreo), sosteniendo que la propia Haganah estaba demasiado próxima a un partido político, concepto que a su entender no se les podía aplicar a ellos.

El malestar de los árabes ante la perspectiva de una hegemonía judía convenció a los británicos de llevar a cabo dos investigaciones en 1929-1930, con la conclusión de que la inmigración judía había sido presuntamente excesiva para la capacidad de absorción de la economía en Palestina, si bien el país iba a contener a una población mucho más numerosa en el futuro. Se quedaron asombrados ante el extremo al que llegaba la depauperación existente entre la población árabe, que o bien se ganaba a duras penas una existencia de penuria con el cultivo precario de la tierra o bien había probado suerte siendo el proletariado de las ciudades, pero apenas hicieron nada para aliviar esta situación por medio de la ayuda humanitaria o de las inversiones. En los barrios más

empobrecidos del puerto de Haifa y en sus alrededores, pese a ser ésta irónicamente una de las ciudades en las que árabes y judíos convivían en una llamativa concordia, algunas de estas personas se inscribieron en el ejército guerrillero formado por un carismático predicador sirio y wahabista, Izz al Din al Qassam, quien durante dos años, a partir de 1933, desencadenó sucesivos ataques contra los judíos y los policías británicos, hasta que éstos lo mataron junto con tres compañeros, en 1935. Se hace honor a su memoria con el nombre que se da a los actuales equipos de terroristas suicidas en Palestina, ya que la suya fue la primera agrupación armada y nacionalista de Palestina.

A grandes rasgos, el *establishment* sionista era o socialista o marxista, característica evidenciada por el hecho de que hasta 1977 el Estado de Israel no tuvo un primer gobierno electo de derechas. Mientras que la mayoría de los sionistas del Yishuv apoyaban a la cúpula, de inclinaciones izquierdistas y probritánicas, una minoría de derechas se había adscrito al sionismo revisionista de inspiración polaca que había seguido al carismático Zeevjabotinsky. Aunque Jabotinsky suscribiera una versión expansiva de los objetivos por lo demás completamente sionistas, esto es, el regreso de todos los judíos a un «Eretz Israel» predominantemente judío y emplazado en ambas márgenes del Jordán, que serviría de «laboratorio» para el «ciudadano judío modélico», los cuadros intermedios estaban muy impregnados por la cultura política de la Polonia de entreguerras. Esto es algo prácticamente imposible de comprender para todo el que se haya educado en una democracia estable y liberal, occidental, pero probablemente tenga ciertas resonancias para los italianos de mentalidad más histórica. Jabotinsky estaba muy obsesionado por la legión de Garibaldi, el revolucionario decimonónico que había desempeñado un papel crucial en la creación del Estado italiano. Fue de hecho el modelo de la Legión Polaca del mariscal Józef Pilsudski, que llegó a ser por sí sola indispensable para los aliados en la Gran Guerra, hasta el punto de que se mostraron muy a favor de la restauración de la

independencia de Polonia tras un intervalo de más de un siglo de partición[58]. Otros rasgos característicos de los años veinte y treinta fueron la creación de un movimiento juvenil, el Betar, con sus uniformes de color pardo y sus miembros antimarxistas, intelectuales y de clase media. El modelo hay que buscarlo en el movimiento juvenil de los Baldía, típico del fascismo italiano. No es de extrañar que la cúpula marxista y sionista del Yishuv llamase a estos betarim «fascistas», aunque sólo los más implacables tuvieron algún flirteo activo con Mussolini y con Hitler. En 1929, los británicos expulsaron ajabotinsky de Palestina, mientras que su antagonista árabe, el gran muftí, huyó al extranjero; dos años después, Jabotinsky se desvinculó de la Organización Sionista Mundial.

En Palestina, la frustración existente entre los seguidores de Jabotinsky frente a la cautelosa reclamación de las tierras y la política de los asentamientos desarrollada por la cúpula socialista y sionista del Yishuv desembocó en la formación de un movimiento nacionalista y violentamente antimarxista llamado los Bironyim, que se podría traducir aproximadamente por «los zelotas». Tenían la esperanza de que se pudiera crear rápidamente un Estado judío por medio de la presión de la violencia terrorista contra las autoridades británicas del Mandato. El extremo hasta el cual nadaban en aguas peligrosas se puede medir a tenor del hecho de que el periodista Aba Achimeir, que había vivido el desgarro de la experiencia de la Revolución bolchevique, escribiese en hebreo una columna titulada «De un cuaderno de apuntes fascista». «Necesitamos a un Mussolini», sostuvo, aunque también se habría conformado con algo del estilo del Sinn Fein y el IRA, el modelo para conseguir la independencia de los británicos mediante la insurrección armada. Estos ideólogos fueron la inspiración de lo que llegó a ser la principal organización de la derecha radical sionista con tintes guerrilleros, llamada aquí Irgún para abreviar.

El 16 de junio de 1933, uno de los protegidos de Achimeir, Avraham Stavsky, asesinó a Chaim Arlosoroff, director del Departamento Político de la Agencia Judía, cuando caminaba con

su esposa por la playa de Tel Aviv. El pretexto del asesinato fue que Arlosoroff estaba negociando con la Alemania de Hitler la transferencia a Palestina de los valores bursátiles de los judíos que habían sufrido persecución. Este asesinato emponzoñó las relaciones entre los sionistas socialistas y los revisionistas, que cayeron en una espiral de mutuas insidias. Los padres de un niño llamado Ariel Sharon, primer ministro de Israel setenta años más tarde, fueron favorables a los asesinos de Arlosoroff, si bien recordaron la cultura de las denuncias públicas que habían experimentado en la Rusia bolchevique, pues fueron objeto del ostracismo por parte de la comunidad izquierdista de sus vecinos. Las acusaciones de antisemitismo se vertieron de uno a otro bando con el tedio y la desgana de costumbre. El propio Jabotinsky terció con un artículo titulado «Sangrienta infamia», en el que sostuvo que sus adversarios estaban empleando las tácticas de los antisemitas cristianos medievales para ensuciar la reputación no sólo de Stavsky, sino también del movimiento revisionista en conjunto. Stavsky fue de clarado inocente de la acusación de asesinato, pero Achimeir fue detenido y encarcelado.

Aunque en 1933 Avraham Tahomi abandonó el Irgún para regresar al seno de la Haganah, algunos de sus partidarios, sobre todo Avraham Stern, decidieron colonizar a los jóvenes betarim —tal como las agresivas abejas africanas se apoderan de una colmena relativamente tranquila— con la intención de combatir contra la pérfida autoridad del Mandato británico. Stern tal vez haya sido posteriormente objeto de un trato romántico por parte de sus admiradores israelíes, pero no cabe duda de que fue un terrorista.

Los coroneles derechistas y antisemitas que gobernaban en Polonia tuvieron una participación activa en las actividades del Irgún, facilitándole centros de adiestramiento en Polonia, al tiempo que se enviaban armas a Palestina desde Gdansk. El empeoramiento del clima en que se hallaban los judíos en Europa condujo a una aceleración de la emigración y a un incremento de los temores correspondientes de los árabes, que veían inminente una

inundación demográfica, ya que la población judía en Palestina pasó del 20 al 30 por ciento en sólo tres años, en el periodo que va de 1933 a 1936. Como la presencia de emigrantes judíos en paro iba a confirmar la creencia de los británicos de que el país había alcanzado la máxima densidad de población que podía absorber, los sionistas adoptaron conscientemente la política de la «mano de obra hebrea», discriminatoria para los árabes cristianos y musulmanes. La muerte de Izz al Din al Qassam y el descubrimiento de municiones en unos barriles de «cemento» que llegaron al puerto de Jaffa y que estaban destinados a la Haganah llevaron a los líderes árabes a realizar acciones más radicales, abandonando las revueltas urbanas y optando por la actividad guerrillera en el campo.

En 1936 la Alta Comisión del muftí declaró una huelga general, a la que siguieron manifestaciones en masa que fueron reprimidas por los británicos con el uso de la fuerza. La huelga supuso que los campesinos árabes perdieran el trabajo de temporeros en las ciudades, fuente de ingresos de la que muchos dependían, y ésta fue una de las principales razones por las que muchos estuvieron disponibles para participar en las guerrillas. Los árabes atacaron los comercios de propiedad judía y cortaron o arrancaron las plantas de los huertos. Murieron 21 judíos, los británicos mataron a 140 árabes y 33 soldados británicos perdieron la vida en choques armados con pistoleros árabes. Los británicos crearon la Comisión Peel, que recomendó la absorción de la mayor parte de Palestina en Transjordania, la continuación del control británico de lugares estratégicos como Haifay Lydda y la creación de un pequeño Estado judío. Mientras que David Ben Gurion, líder del Partido Laborista, aceptó la partición como base de las futuras negociaciones, los líderes árabes radicales, incluido el sobrino del muftí, en el exilio, optaron por la violencia, y dijeron a los británicos que eligieran «entre nuestra amistad y la de los judíos». En este punto, los nazis manifestaron cierto interés por la creación de un Estado judío, y utilizaron la emisora de radio de onda corta, sita en Zeesen, en las afueras de Berlín, para propagar una mezcla de música árabe, de

citas del Corán y de su particular antisemitismo en el mundo árabe. La aportación de los nazis, como se percibe en varios escritos del muftí, consistió en transformar el desdén de los musulmanes hacia los judíos —sobre los cuales los musulmanes habían gobernado a lo largo de varios siglos— en el miedo de los musulmanes hacia los judíos, considerados poderosos conspiradores a nivel global, dotados además de una línea directa, gracias a su dinero, con los oídos de los dirigentes más poderosos del mundo.

En las zonas más alejadas del campo, los británicos tuvieron que enfrentarse a bandas armadas, muchas veces de cincuenta o setenta hombres, que tendieron emboscadas a los camiones, cortaron los hilos del telégrafo y volaron el ferrocarril con piezas de artillería de la Primera Guerra Mundial con las que improvisaron artefactos explosivos. Un grupo de cuatro hombres voló el ferrocarril que conectaba Lydda con Haifa. Su líder era Hassan Salameh, un muchacho campesino que iba descalzo, procedente de Kulleh, que en su juventud se había forjado una gran fama de tipo duro, como queda simbolizado en su sobrenombre, «el Degollador». Aunque perdió a tres primos, asesinados en el tiroteo que se desató tras el ataque al ferrocarril, Salameh aún sobrevivió para seguir en la lucha y formó su propia banda guerrillera bajo el patrocinio de Aref Abd-el-Razek. La leyenda de su fuga dio lugar a que se le llamara «Sheij». El ejército del Sheij Hassan era un grupo variopinto, individuos vestidos con túnicas blancas, con cananas y cintos de munición cruzados sobre el pecho, tocados con turbantes de colores, que portaban rifles de fabricación británica, alemana, italiana y turca. Estas bandas fueron una amenaza para los asentamientos judíos aislados, al tiempo que practicaban el robo y la extorsión de sus congéneres los árabes. Sus filas estaban compuestas por campesinos, algunos combatientes a tiempo parcial que regresaban a diario a sus casas, otros combatientes de ocupación completa, armados y pagados por la Alta Comisión Árabe, a la que hizo alguna aportación ocasional Mussolini, que estaba deseoso de causar complicaciones a los británicos, convencido de que esto les

distraería de la guerra que estaba llevando a cabo en Abisinia. Toda esta composición dio a los combates un carácter de temporada, ya que se recrudecían o se remansaban en función de que los combatientes tuvieran que arrimar el hombro en la cosecha. El nacionalismo árabe más amplio empezó a ser evidente cuando doscientos iraquíes, jordanos y sirios llegaron para ayudar en la revuelta armada al mando de un antiguo oficial iraquí del imperio otomano, Fawzi al Qawuqji. Se trataba de combatientes eficaces, capaces de librar un combate de seis horas contra las tropas británicas que a la sazón tuvieron que pedir ayuda aérea a la RAF. Llegaron incluso a abatir uno de los aviones británicos. En el otoño de 1937, la mayor parte de las tierras altas de Palestina se encontraba en manos de los rebeldes. En septiembre, los terroristas árabes asesinaron al comisario del distrito de Galilea que había pastoreado a los miembros de la Comisión Peel en su paseo por Palestina[59].

La respuesta de los británicos a esta Revuelta Árabe fue brutal y se basó en técnicas importadas de la frontera noroeste de la India y de Sudán[60]. Entre 1937 y 1939, los tribunales militares británicos ejecutaron a cientos de árabes, además de imponer muchas condenas a cadena perpetua, al tiempo que los rebeldes capturados eran internados en campos especiales. Se introdujo un sistema de documentos de identidad para impedir el movimiento de los rebeldes por las carreteras del país. Cuando las guerrillas árabes ocuparon momentáneamente la Ciudad Antigua de Jerusalén, los británicos emplearon escudos humanos, naturalmente árabes, para recuperar el control. Construyeron carreteras para penetrar en las más lejanas regiones de montaña. Emplearon aviones para bombardear y hacer trizas las concentraciones de guerrilleros, aunque la RAF de manera inexplicable interrumpió un ataque aéreo contra una asamblea general de guerrilleros celebrada en Dir Assana. Los soldados británicos demolían rutinariamente las casas y hacían pedazos los naranjales allí donde alguien hubiera disparado contra ellos, aplicando la doctrina de las represalias colectivas que era corriente

en otras colonias. Para impedir los ataques contra los trenes, se colocaba a los parientes varones de los comandantes de la guerrilla local en unos vagones de inspección situados al frente de cada tren, táctica que resultó una poderosa medida de disuasión. Los terroristas sospechosos recibían un trato tan áspero que la clerecía anglicana de la región se vio llevada a protestar ante prácticas que se calificaron de duffing, por un robusto policía llamado Douglas Duff. Además de dar a los británicos la información más eficaz sobre estas bandas árabes, la Haganah emprendió la formación de sus propias patrullas, basándose en la máxima de que la mejor defensa era el ataque. Un capitán cristiano y en concreto milenarista llamado Orde Wingate asesoró y dirigió las Patrullas Nocturnas Especiales de las tropas de la Haganah en la Baja Galilea. En sus filas se encontraban futuras lumbreras militares tan eminentes como Moshe Dayan y Yigal Allon.

Entre los rebeldes árabes también fueron abundantes los comportamientos brutales, hecho que a menudo se pasa por alto en la literatura consagrada a zaherir las actuaciones del Irgún y de la Banda de Stern por el bando contrario, tal vez como reacción contra ese aire de superioridad moral que entre los judíos afirma que las fuerzas sionistas siempre estuvieron en el bando de los buenos. Los insurgentes árabes crearon un Tribunal de la Revuelta para administrar justicia sumaria a quienes no hubieran entendido el mensaje, incluidos los informadores, los árabes que vendían tierras a los judíos, los políticamente moderados y los policías. Los castigos iban desde la flagelación hasta la ejecución pública. La captura a veces comportaba que el cautivo fuera arrojado a un pozo lleno de serpientes y escorpiones, o que su cadáver quedase abandonado en la carretera con un zapato en la boca, símbolo de su deshonra. Los gravámenes de carácter financiero impuestos a los lugareños de a pie por estas bandas dieron paso a la extorsión pura y dura. A medida que los líderes árabes moderados aprendieron a moverse acompañados por guardaespaldas, los sheijs de las aldeas formaron sus propios grupos de defensa para hacer frente a las incursiones

de estas bandas nacionalistas árabes, algunas de las cuales operaban por orden encubierta de los británicos para desacreditar al enemigo en general a ojos de la población local. Los guerrilleros también se sirvieron a su vez de los británicos al informarles sobre sus adversarios con el fin de que los británicos los liquidaran. A veces, los sheijs pedían consejo incluso a sus vecinos judíos, cuando no les pedían apoyo por ser víctimas como ellos de estas incursiones. Con ayuda de los británicos, los líderes árabes moderados pagaban a uno de los líderes rebeldes para que desertase y encabezase las llamadas «bandas de paz» que lucharon contra los guerrilleros nacionalistas en una guerra que comenzó a asumir un carácter cada vez más marcadamente intraárabe. De las seis mil bajas árabes que hubo durante la Revuelta, sólo mil quinientas fueron asesinadas por los británicos o la Haganah; el resto fueron asesinados por otros árabes. La Revuelta se apagó por sí sola en medio de infinidad de venganzas, represalias y baños de sangre[61].

La Comisión Peel y la Revuelta Arabe también dividieron a los sionistas. Mientras que la Agencia Judía y los sionistas socialistas deseaban cooperar con los británicos y condenaron el terrorismo judío contra objetivos árabes, los revisionistas rechazaron todo intento de forzarles a renegar de las promesas hechas al pueblo judío. Sus partidarios más extremistas en Palestina decidieron hacer frente al terror árabe con el terror, dando a entender con ello la matanza indiscriminada de civiles inocentes. En paralelo con la Revuelta Árabe contra los británicos, los terroristas árabes y judíos tomaron por objetivos mutuos a las poblaciones civiles del bando opuesto. A lo largo del verano de 1938 hubo matanzas encarnizadas a cargo de extremistas árabes y judíos, entre ellas el asesinato de no pocos árabes que trabajaban para los judíos. El 29 de junio, un terrorista árabe lanzó una bomba en una boda judía que se celebraba en Tiberíades; el 25 de julio fueron asesinados treinta y nueve árabes cuando una bomba colocada por un terrorista judío explotó en el mercado de los melones de Haifa. Conviene señalar

con cuidado que tanto la Agencia Judía como los sindicatos afiliados al Hisradut fueron explícitos en su condena de los «miserables cobardes [judíos]» que habían llevado a cabo estos atentados.

En una época en la que las mayores potencias y las potencias de menor rango, encabezadas por Estados Unidos, estaban haciendo lo indecible por impedir que los judíos europeos huyeran del nazismo, como es patente en la Conferencia de Evian, en 1938, el «Black Paper» emitido por los británicos en 1939 (siniestro nombre para una clase de documentos policiales que eran rutinariamente de color blanco) propuso un drástico recorte en el número de judíos legalmente emigrados a Palestina-efectivamente limitado a veinticinco mil al año—, al tiempo que prometía instituir un gobierno de mayoría árabe. También habían de imponerse estos recortes en las adquisiciones de tierras por parte de los judíos más allá de los asentamientos existentes. El cálculo de los británicos era que, con la guerra que se avecinaba en Europa, los judíos no iban a tener otra alternativa que respaldar a los aliados de Occidente, mientras las monarquías árabes muy posiblemente iban a ser dóciles con el Eje Roma-Berlín, hacia cuyo bando se había desplazado el muftí en el exilio, que era un antisemita declarado. Huyó de Siria, que controlaban los franceses, a la ciudad de Bagdad, dominada por los iraquíes, en donde se le sumó Hassan Salameh, cuya esposa había dado a luz a un hijo llamado Ali Hassan Salameh, el futuro líder del Septiembre Negro. Como la inmigración ilegal de los judíos no daba muestras de disminuir —a lo cual se había sumado la urgencia provocada por el ya incontestable dominio de Hitler—, los británicos tomaron represalias poniendo fin a toda inmigración legal a Palestina. Los inmigrantes ilegales que llegaban a las costas de la región eran internados con la intención de repatriarlos cuando fuera posible, a la vez que el Foreign Office llevaba a cabo toda clase de mezquinos esfuerzos por impedir que los judíos tuvieran acceso a los barcos mercantes de bandera griega o turca en el supuesto de que hubieran alcanzado la desembocadura del Danubio. La Haganah estableció un brazo de

información secreta llamado Mossad le-Aliyah Bet con la intención de facilitar el transporte de inmigrantes ilegales por mar.

El estallido de la guerra entre Gran Bretaña y la Alemania nazi trajo consigo la curiosa inversión de algunas lealtades. El muftí se vio obligado a huir primero a Irak y después a Persia, cuando se produjo la invasión de las fuerzas británicas. Tras una temporada escondido en la embajadajaponesa en Teherán, los agentes italianos se lo llevaron clandestinamente a Roma, donde el Duce le dio alojamiento en la Villa Colonna y le prometió liberar Palestina. Una súplica de ayuda escrita y remitida al Führer dio lugar a su traslado a Berlín, donde tuvo nuevo alojamiento en el espléndido palacio de Bellevue. En noviembre de 1940 tuvo una gratificante reunión con Hitler, quien prometió que haría de él un Lawrence de Arabia a la alemana. El líder de los nazis evidentemente sintió admiración por su huésped, con su fez rojo: «Parece un ángel de paz, pero bajo sus ropajes se esconde un verdadero toro». Sin olvidarse de sus amigos, el muftí hizo que los alemanes llevaran a Hassan Salameh en un avión desde Alepo a Berlín, donde recibió junto con otros adiestramiento militar. A falta de voluntarios, sin embargo, iba a ser imposible que se materializase una Legión Arabe de cierto peso, por más que el muftí contribuyera a crear una división de musulmanes bosnios para las SS, que en efecto iba a combatir en los Balcanes. Sólo cuando en 1944 formaron los británicos la Brigada judía decidió Hitler facilitar la viabilidad de los planes que tenía el muftí, aunque a escala reducida. En noviembre de aquel año, Hassan Salameh y Abdul Latif se lanzaron junto con tres agentes alemanes desde un Heinkel-111 para caer en las inmediaciones de Jericó. Además de varios sacos de billetes de banco y monedas de oro, en su equipaje había diez cilindros de veneno, pues su intención no era otra que contaminar el agua que se suministraba en todo Tel Aviv, para asesinar de ese modo a sus habitantes u obligarlos a abandonar la ciudad. Latif y los alemanes fueron capturados; Salameh huyó con heridas de consideración para volver a la lucha en otro momento.

Por el contrario, el grueso del Yishuv se puso de parte de la causa aliada. La Haganah experimentó una reforma sin hacer ruido para pasar de ser una fuerza de defensa local a constituir un ejército modélico, con unos cuantos aviones ligeros, que eran empleados para rociar de pesticidas las cosechas, por toda fuerza aérea. Los comandos de élite, los Palmach, tomaron parte en las operaciones de los aliados contra la Francia de Vichy en Líbano y Siria. En una de estas operaciones, un todavía joven soldado llamado Moshe Dayan perdió un ojo. En total, unos veintisiete mil judíos prestaron servicio en las fuerzas armadas británicas, algunos en la famosa Brigada judía, mientras la cifra correspondiente por parte de los palestinos árabes rondó los doce mil. Esta disparidad en cuanto a experiencia militar iba a resultar decisiva en el futuro. Al tiempo que daba todo su apoyo al esfuerzo de guerra de los británicos, la Haganah simultáneamente trató de sortear las restricciones británicas sobre la inmigración de los judíos. De ahí resultó la tragedia del *Patria*.

Se trataba de un barco de pasajeros de bandera francesa que los británicos quisieron utilizar para deportar a Isla Mauricio a los inmigrantes ilegales que llegaron a Haifa en el *Milos* y en el *Pacific* en noviembre de 1940. La Haganah determinó inhabilitar el *Patria* en el puerto de Haifa, pero empleó una cantidad de explosivos excesiva. El barco se hundió en un cuarto de hora, provocando el ahogamiento de doscientos cincuenta refugiados. Aunque los británicos decidieron por razones humanitarias permitir que los mil novecientos supervivientes del *Patria* se quedaran en Palestina —una vez más, hay que señalar que hubo protestas vehementes por parte del general Wavell—, también resolvieron deportar a otros setecientos refugiados recién llegados en un barco llamado el *Atlantic*. Sólo la intervención personal de Churchill salvó la situación para los que iban a bordo del *Patria*.

Aunque los líderes del Yishuv y de la Haganah —así como, naturalmente, Jabotinsky, hasta su repentina muerte, acaecida en Nueva York en 1940— apoyaron los esfuerzos bélicos de los

británicos, éste no fue el caso de los grupos manifiestamente terroristas. El poeta, pistolero y elitista romántico Avraham Stern, que adoptó el nombre de Yair en honor del líder del antiguo alzamiento contra los romanos en Masada, creía que se formarían «alianzas con todo el que tenga interés en ayudar a Eretz Israel». Las realidades estratégicas y el fervor romántico le inclinaron a cerrar extrañas alianzas. Con las fuerzas italianas y luego las alemanas que avanzaban por Egipto, parecía segura una victoria del Eje. Con esta idea en mente, Stern trató de contactar con Mussolini, con la esperanza de que los italianos conquistaran Oriente Próximo y de ese modo dejasen paso expedito a la formación de un Estado judío en Palestina. El Estado en cuestión habría de tener rasgos corporativistas, con Jerusalén situado bajo la autoridad de un Vaticano al que ni siquiera se consultó acerca de estos planes. A falta de esta solución, Stern sondeó a la Alemania nazi sirviéndose de las autoridades de Vichy en Siria, con la idea de asegurarse un pacto que permitiera la creación de un Estado judío «nacional y totalitario» tan pronto el Führer hubiese derrotado a los británicos. Por debajo de estas extravagantes jugadas de ajedrez corría una especiosa distinción entre un enemigo evanescente (Gran Bretaña) y un «perseguidor» histórico (la Alemania nazi), así como la engañosa ilusión de que los judíos podrían servirse de esta última para imponerse a la primera. Pocas veces se ha dado el caso de que alguien se pase tanto de listo. Los esfuerzos por reconstruir estos contactos con los alemanes interpretándolos como parte de un empeño de «rescate» en beneficio de los judíos acosados por media Europa no son convincentes[62].

Además de haber servido de ilustración en un moderno sello de correos de Israel, a Stern también se le recuerda por el nombre de una pequeña localidad en la que habitan muchos de los integrantes de la actual élite israelí en el gobierno. Los admiradores de la Banda de Stern gustan de situarla dentro de la profunda corriente de la historia de los judíos, por haber dado a sus acciones violentas un sentido históricamente determinado y preordenado por la divinidad:

«Por existir una religión de la redención, una religión de la guerra de liberación, / quien la acepta sea bendecido; quien la niegue, sea maldecido», rezaba uno de los poemas de Stern. Los británicos eran nazis de pies a cabeza; el liderazgo del Yishuv sionista era un *Judenrat* (los consejos que administraban la existencia de los judíos en los guetos durante la guerra) redivivo[63].

Dejando a un lado las mitificaciones engañosas, Stern fue responsable de un puñado de fanáticos, tal vez unos trescientos, cuyas identidades oscilaban entre las de los gánsteres, los guerrilleros y los terroristas, según fuera la naturaleza de sus actividades específicas. Fueron partidarios de tácticas como el atraco a bancos y el asesinato sin contemplaciones; la mitad de sus víctimas fueron judíos como ellos, a los que consideraban colaboracionistas de los británicos, proporción que se reflejó en las matanzas «disciplinarias» dirigidas con posterioridad por muchos grupos terroristas como el FLN en Argelia. Tanto los británicos del Departamento de Investigación Criminal como la Haganah hicieron todo lo posible por localizar al propio Stern. A la sazón fue rodeado en una casa, en donde un oficial del Departamento de Investigación Criminal llamado Morton lo encontró escondido en un retrete. A pesar de estar desarmado y esposado, Stern murió por arma de fuego, aunque Morton afirmó que había intentado escapar saltando por la ventana. Son muchos los que consideran que fue vilmente asesinado. Las amenazas de muerte de los partidarios de Stern iban a perseguir a Morton allá donde estuviera, aunque se fuera en misión oficial primero al Caribe y luego al este de África. Los remanentes de la Banda de Stern, incluido el futuro (séptimo) primer ministro de Israel, Isaac Shamir, que adoptó el seudónimo de guerra de «Michael» en honor de Michael Collins, del Sinn Fein, tomaron colectivamente el nombre de Lehi, abreviatura de Lohamei Herut Israel o «Combatientes por la Libertad de Israel», y pronunciado «Lechi» en hebreo, aunque el sobrenombre de «la Banda de Stern» siguió siendo el que empleaban tanto los británicos como sus adversarios judíos.

Entretanto, Menahem Begin, el nuevo líder del Irgún, empezaba a estar cerca del fin de una odisea moderna. Tras haber pasado de Polonia a Vilna, en Lituania, para huir de los nazis, fue detenido por la policía secreta de Stalin y enviado a un gulag; al producirse su liberación se sumó al ejército de Anders, las fuerzas polacas que Stalin permitió actuar después de la invasión alemana de la URSS. Begin, que en el futuro iba a ser el sexto primer ministro de Israel y premio Nobel, era un joven abogado judío polaco y un activista de sesgo revisionista que, en calidad de cabo de oficina del ejército de Anders, por fin llegó a Palestina pasando por Irán e Irak. Aunque era uno de los primeros ideólogos de los betarim, fueron su inexperiencia militar y sus orígenes polacos lo que paradójicamente inclinó a la cúpula militar del Irgún, en Palestina, para nombrarle jefe de la organización. Hubo otro motivo para proceder a la elección de este hombre menudo, incoloro, sin sentido del humor, «el gafudo y metomentodo abogadillo polaco», como lo describió Ben Gurion en una de sus formulaciones de mayor cortesía. Como nunca había estado en Palestina, Begin era invisible para el Departamento de Investigación Criminal de los británicos, que no lo tenía registrado. Al igual que Stern, vestía siempre de traje y corbata, al margen del calor que pudiera hacer. Begin vivía con su esposa y llevaba una vida de clase media normal y corriente, en la que entre reunión y reunión con los comandantes del Irgún se dedicaba a leer la prensa, aprendía inglés oyendo la BBC y emitía sus comunicados, tan cargados de retórica como de odio.

El odio de Begin hacia los británicos era implacable y su retórica era inmoderada. Su temperamento polaco lo inclinaba a pensar que como aliados no eran de fiar, al tiempo que las restricciones que habían impuesto a la inmigración judía a Palestina, en un momento en el que los nazis y sus aliados estaban aniquilando a las comunidades judías por toda Europa, confirmó su recelo de que tácitamente pretendían también la destrucción de los judíos. Esta acusación, basada en la presunción de que los cristianos en secreto deseaban que los judíos desaparecieran, era tan injusta e infundada

como insultante, por más que se siga formulando de vez en cuando. Así como sus hombres eran «soldados», los británicos eran «terroristas», o «zaristas», «hitlerianos» y «nazis»: «El gobierno terrorista [británico] de Eretz Israel es quien dirige una campaña insólita de terror. Es un terror que se oculta tras las leyes, los estatutos, las regulaciones y los "libros" [refiriéndose al "White Paper", un documento de líneas políticas sobre la inmigración judía a Palestina]. Gran Bretaña conquistó la tierra con ayuda de los judíos [el Yishuv]. Con su ayuda, ha recibido legitimidad [...]. Son peores que los zares. Los zares oprimían a su nación, pero los británicos contribuyen a aniquilar la nación». En cuanto a los árabes, Begin era tan despectivo que estaba convencido de que con los británicos derrotados los árabes se marcharían a toda velocidad.

Durante su liderazgo, el Irgún llevó a cabo ataques de prueba contra los tendones del poder británico en Palestina, donde los británicos tenían cien mil soldados desplegados, así como fuerzas importantes del MI5 (Oficina de Seguridad en Defensa) y una presencia considerable del Departamento de Investigación Criminal. Begin no estaba en condiciones de destruir este impresionante aparato, pero sí podía dañar su moral, y ensuciar su imagen internacional, provocando que los británicos realizasen acciones que después iban a lamentar, Al contrario que el Lehi, que llevó a cabo cuarenta y dos asesinatos, el Irgún puso un gran esmero en no asesinar a los soldados británicos ni tampoco a las figuras destacadas del Mandato; por el contrario, optó por golpear los despachos de la administración. La banda de Begin pasó de tener 250 a 800 combatientes entre 1944 y 1948. También se situó más en el centro de la propia población, en el sentido de que, tras las debacles de El Alamein y Stalingrado, los británicos recurrieron a una serie de medidas políticas más inflexibles hacia los judíos, con lo que incluso ciertos elementos de la Haganah y de los Palmach comenzaron a compartir el deseo de Begin de desencadenar una revuelta contra el Mandato. Fue exactamente lo que Begin había adelantado que sucedería. Sus fuerzas iban a ser el catalizador de

una revuelta más amplia en la que participaron los sionistas más centristas del Yishuv, y no sólo provocando a los británicos a incurrir en actos de represión indiscriminada contra una miríada de grupos sionistas, cuya coloración y contornos apenas acertaban a entender los británicos.

Inicialmente, las actividades terroristas del Irgún y del Lehi desataron una respuesta diametralmente opuesta en la cúpula del Yishuv. En 1944, dos pistoleros del Lehi asesinaron a lord Moyne (y a su chófer) en El Cairo. Moyne era un adinerado miembro de la dinastía Guinness y amigo íntimo de Churchill. Junto con Churchill, había fundado un exclusivísimo club social llamado el Other Club, además de que la mujer de Churchill fue invitada de honor en un transbordador remodelado con el que Moyne hacía cruceros por el Pacífico en busca de lagartos poco comunes. El asesinato de una figura como ésta provocó que la condena del Irgún recayera sobre el Lehi —«irresponsable, despreciable, una hazaña ensuciada por la traición»— mientras los sionistas socialistas del Yishuv resolvieron ayudar a los británicos a eliminar a los «fascistas» y los «nazis» del Lehi y del Irgún.

Con esa finalidad, Ben Gurion y sus camaradas declararon abierta la «temporada de caza» (el Sezon) de «los gánsteres y las bandas del Irgún y el Lehi», aunque la admiración encubierta que profesaban al Lehi por su autenticidad hebrea supuso que sus esfuerzos estuvieran sobre todo dirigidos contra los revisionistas del Irgún, menos enloquecidos, y que además constituían una amenaza política de mayor calado. Ben Gurion y la Agencia Judía no tuvieron reparos en emplear palabras contundentes: «Se hace un llamamiento a toda la comunidad judía para que denuncie a todos los miembros de esta banda perjudicial y destructiva, para que les niegue todo refugio, para que no ceda a sus amenazas, para que preste a las autoridades toda la ayuda que sea necesaria para impedir los actos de terror y borre las organizaciones [terroristas] de esta tierra, pues ésta es una cuestión de vida o muerte»[64].

Un grupo de comandos del Palmach con 250 integrantes recibió la orden de actuar con toda libertad para localizar a las principales figuras terroristas, al tiempo que se crearon mecanismos intermedios para facilitar información sobre quinientos integrantes del Irgún y del Lehi a los británicos, al Departamento de Investigación Criminal. Al parecer, el futuro alcalde de Jerusalén, Teddy Kollek, identificó a bastantes miembros del Irgún, incluido el padre de uno de los actuales ministros del gabinete israelí, ante sus captores del MI5. Ninguno de todos estos esfuerzos bastó para engatusar a Begin. Como nunca llegó a estar dirigida contra los que habían dado luz verde al asesinato de Moyne, en especial Isaac Shamir, la temporada de caza concluyó sin dar los resultados apetecidos. Conviene subrayar que los judíos habían querido en realidad aplastar a los que demasiado a la ligera se denominan «judíos terroristas»; esa oposición por parte de los árabes fue un fenómeno poco habitual en la historia concurrente del terrorismo árabe.

Mientras Begin continuó controlando la dirección general de la estrategia del Irgún, el control operativo quedó en manos de Amichai «Gidi» Paglin, antiguo sionista socialista que se había pasado a las fuerzas del lado oscuro. A pesar incluso del final de la guerra en Europa, el Irgún provocó una escalada en los ataques contra los oleoductos y las comisarías de policía en Palestina. La vía de ferrocarril El Cairo-Haifa voló por los aires y hubo atracos a bancos en Tel Aviv. Paradójicamente, la abrumadora victoria del Partido Laborista en las elecciones celebradas en Gran Bretaña, que abogó por la continuación de la estrategia del «White Paper» iniciada en 1939, tuvo por efecto que el Irgún y la izquierda sionista temporalmente se encontrasen más cercanos, formando una alianza militar *ad hoc*.

En octubre de 1945, la Haganah, el Irgún y el Lehi crearon un Movimiento de Resistencia Hebrea conjunto, en un primer intento por coordinar las actividades clandestinas del sionismo en Palestina. Este movimiento estuvo sujeto a un control exiguo por parte del

Comité X, bajo la presidencia de un rabino apellidado Fishman. Así como el Irgún pretendía seguir adelante con un asalto en toda regla contra los poderes del Mandato, la Haganah prefirió concentrarse en aquellos activos-por ejemplo, los radares costeros— que eran impedimentos directos para la inmigración ilegal. Dicho de otro modo, la Haganah pretendía combatir una determinada forma de hacer política, mientras el grupo de Begin estaba en guerra con el régimen del Mandato en su totalidad, estrategia por la cual incluso buscó el apoyo de la Unión Soviética en los albores de la Guerra Fría. La idea fue muy afín a los kibutzim que habían seguido con gran alegría los avances de las legiones de Stalin en los mapas que tenían colgados en las paredes[65]. Todo lo que los mantuvo unidos fue el deseo de no quedarse fuera del nacimiento del Estado judío. Entre octubre de 1946 y abril de 1947, perdieron la vida unas ochenta personas que trabajaban para el gobierno británico, así como cuarenta y dos judíos y un número desconocido de árabes. El comandante en jefe de las fuerzas británicas, el mariscal de campo Bernard Montgomery, abogó por desatar la más brutal de las respuestas, incluido el asesinato de los primeros cincuenta dirigentes del Yishuv, en una recomendación que el gabinete británico vetó. Como la Haganah soportó el peso de las represalias británicas por las operaciones del Irgún, decidió rebajar las operaciones más espectaculares de esta última organización. En concreto, en junio la Haganah descubrió que el Irgún había excavado un túnel que llevaba hasta Citrus House, en Tel Aviv, en plena zona de seguridad británica, en donde tenía previsto detonar una enorme cantidad de explosivos no sin antes dar a los británicos el aviso de que procedieran a la evacuación. La Haganah logró que se retirasen casi todas las cargas explosivas, aunque algunos de sus miembros murieron al explotar accidentalmente el resto de la carga. A modo de homenaje, el personal británico asistió a sus funerales.

El terrorismo del Irgún y del Lehi provocó de manera inevitable una dura respuesta por parte de los británicos, incluidos los

apaleamientos y la tortura de los sospechosos de terrorismo. En la noche del 29 de junio de 1946 —llamado Sabbath Negro, porque cayó en viernes—, diecisiete mil paracaidistas británicos impusieron el toque de queda sobre el Yishuv y desarrollaron un enorme esfuerzo por lograr la detención de sus dirigentes, que fueron encarcelados en la prisión de Latrun, enjerusalén. Grupos de soldados emprendieron la búsqueda de las armas en una treintena de kibutz y asentamientos. Los papeles confiscados del Yishuv llegaron al cuartel general de los militares británicos, en el hotel Rey David. A ojos del mundo en general, y en especial a ojos de Estados Unidos, estas acciones formaban parte de un *continuum* en el que también destacó que el gobierno laborista británico procediera a la detención e internamiento de los supervivientes de los campos de concentración, así fuera en campamentos para desplazados, con el afán de abortar sus intenciones de viajar a Eretz Israel[66].

Estas acciones, junto con el tono repugnante que empleó el ministro de Exteriores, Ernest Bevin, siempre que se refería a las cuestiones relativas a los judíos, enmarcaron el ambiente en que se desarrolló la Operation Chick [Operación Polluelo], el plan trazado por Begin y Paglin para volar por los aires el hotel Rey David de Jerusalén, una planta del cual albergaba el cuartel general militar de los británicos. Era el hotel más lujoso del país, y en su bar se reunían los oficiales británicos a departir relajadamente con sus cócteles en la mano. Aunque algunos israelíes insisten en calificar esta operación con otros términos, para lo cual señalan los avisos telefónicos que se dieron, lo cierto es que fue una acción de terror indiscriminado, cualitativamente muy distinta del asesinato de figuras clave, como pudo ser el de Moyne.

A las doce y diez minutos del 22 de julio de 1946, un camión se detuvo cerca de la entrada del sótano del hotel. Varios hombres con atuendos árabes descargaron cántaros de leche y los colocaron bajo el piso en el que se encontraban las oficinas del Secretariado del Gobierno de Palestina. Un oficial del Real Regimiento de Señales, que apareció cuando el grupo realizaba sus trabajos, fue

recibido con dos disparos en el abdomen. Los catorce o quince terroristas huyeron en un camión y en varios automóviles. Poco después, una colosal explosión demolió toda un ala del hotel, provocando la muerte de noventa y una personas, muchas de ellas sepultadas bajo los escombros. Entre las víctimas se encontraban el director general de correos de Palestina, varios árabes y judíos que trabajaban en la administración y una veintena de soldados británicos. Muchos otros sufrieron terribles heridas, como un oficinista al que se le cortó la cara prácticamente en dos debido a las astillas de cristal que salieron despedidas de la ventana frente a la que trabajaba. Los jefes terroristas afirmaron que habían dado a los británicos el aviso necesario para que procediesen a la evacuación. Una joven mensajera del Irgún, Adina Hay— Nissan, había hecho tres llamadas al Mando Británico, al consulado de Francia y al *Palestina Post*, aconsejando a los británicos que procedieran a la evacuación inmediata del hotel. Sin embargo, sus jefes eran muy conscientes de que entonces eran tan numerosos los avisos de bomba que los británicos ya no se mostraban muy preocupados por estos incidentes; en este caso, los terroristas también acortaron el tiempo transcurrido entre los avisos y la explosión a sólo treinta minutos, para impedir que los británicos pusieran a buen recaudo los papeles que habían confiscado al Irgún. De hecho, la explosión se produjo a los quince o veinte minutos de los avisos, con lo que apenas hubo tiempo para evacuar el edificio. La Agencia Judía calificó la bomba de «crimen ruinoso» cometido por «una banda de desesperados». Sirvió para poner fin a la cooperación entre los sionistas que había simbolizado el Movimiento de Resistencia Hebrea. En el vigésimo segundo Congreso Sionista, en diciembre de 1946, el veterano dirigente Chaim Weizmann tuvo el valor de despotricar contra los sionistas estadounidenses por defender la resistencia en Tel Aviv desde la comodidad y la seguridad con que vivían en Nueva York, y calificó el asesinato de Moyne como «el mayor desastre que nos ha sobrevenido en estos últimos años».

Al margen del muy extendido rechazo que causaron entre los judíos estas atrocidades, el Irgún siguió adelante con su campaña de terror antibritánico. Los británicos introdujeron entonces la práctica del castigo corporal, que podría haber sido aceptable en África o en Asia, pero que supuso un ultraje en el caso de personas que tenían vivos recuerdos de las mismas prácticas en los campos de concentración del nazismo. Cuando el ejército británico procedió a azotar a una persona que hubiera sido detenida estando en posesión de armas, el Irgún tomó represalias, y en diciembre de 1946 capturó a un capitán y a tres sargentos a los que propinaron dieciocho azotes. Dejó de emplearse inmediatamente esa práctica de castigo. El 1 de marzo de 1947, el Irgún voló el Club de Oficiales Británicos de Jerusalén, matando a un total de catorce oficiales. En abril, introdujo granadas de mano en una prisión en la que dos de sus miembros esperaban la aplicación de la pena capital, con la intención de arrojarlas contra los integrantes del Departamento de Investigación Criminal británico. Cuando apareció un rabino para leerles los ritos finales, los dos condenados saltaron por los aires. También se lanzó un ataque a gran escala contra la prisión de Acre para liberar a presos del Irgún y del Lehi. Disfrazados de soldados británicos, los hombres del Irgún bloquearon la entrada de la prisión y lograron entrar en ella engañando a los guardias; en el interior, sus camaradas presos ya habían empleado unos explosivos introducidos antes en secreto para volar las puertas de sus celdas. Tras una escaramuza con los soldados británicos que volvían en esos momentos de nadar, nueve de los treinta y nueve prisioneros fueron acribillados y seis de sus liberadores fueron capturados. Ben Hecht, el guionista norteamericano, provocó la cólera de los británicos al pagar una página entera de publicidad en la prensa y publicar una nota dirigida a «mis valerosos amigos», en la cual escribió lo siguiente: «Cada vez que hacéis estallar un arsenal británico, cada vez que asaltáis una cárcel británica, cada vez que hacéis saltar por los aires un ferrocarril británico o robáis un banco británico o atacáis con vuestras armas y vuestras bombas a los

traidores británicos que han invadido vuestra patria, los judíos de Estados Unidos lo festejamos en nuestro corazón»[67].

Tres de los asaltantes, Avshalom Habib, Yaacov Weis y Meir Necker, fueron condenados a muerte y ejecutados. El Irgún secuestró a dos policías británicos, a los que tomó por rehenes con la intención de impedir que se procediera a la ejecución, aunque la presencia de una comisión Anglo-Americana en Palestina, que tomó declaración incluso al propio Begin, logró que se les pusiera en libertad a regañadientes. Begin ordenó entonces el secuestro de dos sargentos del ejército británico, Clifford Martin y Marvin Paice, quienes tras la ejecución de los dos condenados del Irgún fueron ahorcados en el sótano de una fábrica cercana a Natanya. En uno de los cadáveres pusieron una bomba trampa, y ambos quedaron colgados en un bosque de las proximidades, donde un oficial británico resultó herido al tratar de recuperarlos. Según Begin, los dos sargentos eran «criminales pertenecientes al ejército de ocupación criminal de los nazis británicos». Esta clase de acciones llevaron a algunos oficiales británicos a ampliar su animadversión hacia los terroristas sionistas y hacia los judíos en general, tal como muchos israelíes terminarían por odiar con el tiempo a todos los árabes. «Va siendo hora de que abandone Palestina —escribió Ivan Lloyd Phillips—. Nunca he tenido la menor simpatía por las aspiraciones sionistas, pero ahora empiezo a ser velozmente antijudío en toda mi manera de abordar este complicado problema, además de que es muy difícil mantener el equilibrio y contemplar las cosas con objetividad si existe esta antipatía personal, que va en aumento y es un sentimiento muy real»[68]. En tales circunstancias, la disciplina dejó de ser operativa, lo que dio más impulso a un conflicto ya no sólo latente. El 31 de julio, los soldados británicos acabaron con la vida de cinco judíos inocentes y dejaron heridos a otros veinticuatro en un acto de indisciplina con el que quisieron tomar represalias por su mano, hecho que iba a ser característico en otros conflictos de terrorismo colonial. El personal británico tuvo que fortificarse en sus residencias, que empezaron a recordar a

fortalezas rodeadas de alambre de espino y vigiladas por francotiradores provistos de ametralladoras Bren. Los incesantes atentados terroristas minaron la voluntad de la población británica deseosa de seguir en Palestina, asunto muy alejado de sus corazones durante el duro invierno en que experimentaron una grave crisis de suministro petrolero, si bien las fotografías de los dos sargentos ahorcados, publicadas en todos los periódicos, les dieron el pasajero calor de la cólera.

Aunque las represalias antisemíticas apenas tuvieran relevancia en Gran Bretaña, toda muestra de simpatía internacional que pudieran haber esperado los británicos quedó cancelada en el acto debido a la actitud insensible del gobierno laborista con los inmigrantes ilegales, grave error de la diplomacia si se tiene en cuenta el intenso interés de Estados Unidos por estos sucesos con la llegada al cargo de un nuevo presidente, Harry Truman, que era aún menos capaz de maniobrar y de hacer el doble juego con los árabes y con los judíos que su ilustre predecesor en el cargo, además de ser consciente de que la mayoría de los judíos votaban por el Partido Demócrata.

La manipulación de la opinión pública internacional iba a ser un elemento crucial en la pugna entre los sionistas y los británicos, pugna en la que vencieron los primeros. En julio de 1947, un barco llamado *President Warjield* (y posteriormente rebautizado con el nombre de *Exodus 47*) llegó a Haifa rebosante de pasajeros: cinco mil supervivientes de los campos de concentración de Alemania y Polonia. El viaje se organizó de forma que atrajera la máxima publicidad. Lo inteligente habría sido permitir que se procediera al desembarco alegando motivos humanitarios. En cambio, Bevin, un hombre con malas pulgas y poca paciencia, decidió dar a los judíos una lección, y ordenó que la Royal Navy interceptase el barco, y matara a tres de los pasajeros. En ese punto, Bevin dio la orden de que los judíos fueran distribuidos en tres barcos para trasladarlos no a un lugar de internamiento en Chipre, que habría sido lo normal, sino de vuelta a Séte, puerto cercano a Marsella, donde los

británicos trataron de convencerlos de que abandonasen los barcos mientras los activistas de la Haganah les dijeron que siguieran a bordo. El metraje de los noticieros fue parte esencial de una guerra propagandística en la que a los pasajeros se les animó incluso a colgar banderas británicas en los ojos de buey de los barcos, pero con esvásticas pintadas encima. Al final, un barco llamado *Empire Rival* los llevó a Hamburgo, donde, a pesar de haber recibido un buen trato durante el trayecto, fueron recibidos por soldados británicos que se emplearon con ellos a culatazos, con mangueras y gases lacrimógenos. Tal como indicaron tanto el libro como la película, la saga del *Exodus 47* fue una gran victoria propagandística para el sionismo[69].

Por sí solo, el terrorismo sionista y revisionista no provocó que los británicos renunciasen a su Mandato en Palestina. Los recursos británicos tuvieron que hacer frente al agotamiento provocado por una guerra global y todavía reciente contra los alemanes, los italianos y los japoneses, por no hablar de la reconquista concomitante del sureste asiático para impedir que los comunistas y los nacionalistas avanzasen hasta ocupar el vacío dejado por la derrota de los japoneses. De hecho, quinientos sargentos de la policía palestina fueron rápidamente trasladados a Malasia. El conflicto entre árabes y judíos parecía no sólo imposible de tratar, sino también muy perjudicial para la imagen internacional de Gran Bretaña, ya que la violencia se desarrollaba bajo los potentes focos de la opinión mundial, implicando a un pueblo cuya victimización había sido recientemente revelada por medio de espeluznantes noticieros y de los juicios de Núremberg. Como dijo el propio Begin, «con las armas pudimos pasar al ataque; con la transparencia nos escudamos en nuestra defensa»[70].

En noviembre de 1947 las Naciones Unidas aprobaron por votación la partición de Palestina, programando la retirada de los británicos para mediados de mayo de 1948. Ni los británicos ni las Naciones Unidas contribuyeron a que mejorase la situación, puesto que no se tomaron las medidas idóneas para la transición. Por

consiguiente, se tornó excepcionalmente sangrienta antes incluso de empezar, ya que los nacionalistas extremos tanto árabes como judíos no aceptaron la solución. En las dos semanas siguientes a que se aprobase la decisión de la ONU, los terroristas árabes mataron a ochenta judíos. Sus primeras víctimas fueron los pasajeros de un autobús que circulaba de Natanya ajerusalén. Al tomar una curva pronunciada, el conductor vio a un árabe de gran estatura en medio de la carretera, que le dio el alto. Detuvo el autobús y el árabe sacó una ametralladora con la que acribilló el autobús, mientras sus camaradas abrían fuego desde ambos lados de la carretera. Cinco de los pasajeros resultaron muertos, entre ellos una mujer joven que se dirigía a su boda. El cabecilla del ataque fue Hassan Salameh, al que el muftí, desde su base de Beirut, había nombrado comandante de las fuerzas guerrilleras en el centro de Palestina. Tras asegurar en sus comparecencias públicas intermitentes que «Palestina será un baño de sangre», Salameh desencadenó varios ataques mortales contra autobuses y taxis que recorrían las carreteras, el punto más vulnerable de la infraestructura del Yishuv. En enero de 1948 Salameh tendió una emboscada a un convoy que transportaba alimentos en la aldea de Yazoor, para lo cual se sirvió de un perro muerto y relleno de explosivos con el fin de detener la escolta policial de los judíos, siete de los cuales fueron aporreados y acuchillados allí mismo.

De manera muy razonable, la Haganah decidió disuadir a los terroristas árabes con esta advertencia: «Expulsad a quienes, entre vosotros, deseen el derramamiento de sangre, y aceptad la mano que se os tiende en señal de paz y de hermandad». Esto es algo que por lo común se llevó a efecto asesinando a diversos individuos, como durante el ataque nocturno contra el cuartel general de Hassan Salameh en Yazoor, encabezado por un futuro primer ministro como Rabin, que dio por resultado que todo el edificio fuese demolido con cargas de explosivos. Salameh no se encontraba allí. La Haganah tampoco se abstuvo de desatar ataques con consecuencias imprevisibles para los civiles, como fue el caso de

aquel contra el cuartel general de Najada en el hotel Semíramis de Jerusalén, en el que perdieron la vida el cónsul de España y once árabes cristianos.

En su manera de tratar a los palestinos árabes, el Irgún nunca quiso circunscribir sus reacciones a los objetivos que habrían representado los asesinos árabes de buena fe; muy al contrario, se lanzó una granada en un mercado de verduras frecuentado por los árabes cerca de la puerta de Damasco, a resultas de la cual perdieron la vida doce civiles árabes. El 5 de enero de 1948, dos miembros de la Banda de Stern aparcaron un camión cargado de naranjas en un barrio árabe de Jaffa, parándose a tomar un café antes de marcharse a pie a Tel Aviv. La explosión resultante acabó con más de una veintena de árabes. El 14 de enero, unos desertores británicos y unos alemanes que habían sido prisioneros de guerra y que trabajaban por la causa de los árabes hicieron volar una furgoneta de correos en el barrio judío de Haifa, asesinando a veinte civiles judíos. Los desertores del ejército británico también volaron la sede del *Palestine Post*. A finales de febrero, otros desertores británicos hicieron estallar tres coches bomba en un ataque nocturno en una calle de un barrio residencial de Jerusalén, asesinando a cincuenta y dos judíos mientras dormían. El 11 de marzo, diez días después de la creación del Consejo Provisional Judío, un terrorista árabe utilizó un coche bomba con el que mató a trece personas a la entrada de la Agencia judía.

Ayudada e instigada por los fanáticos partidarios que tenía en Estados Unidos y en Europa, y que aspiraban a rebajar al Irgún, de modo que pasara de ser un movimiento de carácter político y militar a ser su propio brazo armado de carácter paramilitar, el ala derechista y clandestina del sionismo resistió sucesivos intentos por lograr que se absorbiera en la nueva Fuerza de Defensa Israelí [IDF en sus siglas en inglés], que entonces se disponía a luchar una guerra en toda regla contra los árabes en el momento exacto en que los británicos renunciasen al control. También se propuso pasar de los ataques terroristas a una actividad militar constante y regular en

el contexto inmediato de la batalla por el control de las carreteras y de las localidades estratégicas, que se empezaba a librar entre la Haganah y los combatientes árabes. Deir Yassin era una localidad árabe de mediano tamaño sita al oeste de Jerusalén. Sus habitantes, según el servicio de inteligencia de la Haganah, eran «leales a los acuerdos de paz» que ya se habían comenzado a negociar con los judíos. Con la tácita aprobación de la Haganah, el Irgún y las fuerzas del Lehi, con un total de 120 hombres, atacaron Deir Yassin al amanecer del 9 de abril de 1948. Les recibió el fuego de unos voluntarios iraquíes desde la escuela; cinco de los suyos perdieron la vida y treinta y uno resultaron heridos. Tras el fracaso en el intento por tomar la localidad con limpieza y de un modo expeditivo, las fuerzas combinadas del Irgún y el Lehi —ya con ánimo de venganza debido a otras derrotas anteriores contra la Legión Árabe— se descontrolaron en Deir Yassin, disparando y lanzando granadas contra las casas particulares. Según las fuentes a las que se quiera dar credibilidad, murieron entre 120 y 254 árabes, sobre todo mujeres y niños, en un ataque armado por parte de terroristas judíos disfrazados de soldados profesionales. Tanto el Irgún (deseoso de propagar el miedo) como los palestinos (deseosos de reforzar la resistencia árabe) exageraron el número de sus victimas. En cambio, no cabe duda, puesto que hay pruebas de la época debidas a un funcionario de la Cruz Roja y a un oficial de la Haganah, Meir Pa'il, de que aquello fue una especie de masacre.

El primer ministro, Ben Gurion, rápidamente pidió disculpas por esta masacre al rey de Jordania. Los intentos de los partidarios estadounidenses y europeos del Irgún para proporcionarles armas y dotarles de una considerable capacidad militar independiente de la Haganah y de la IDF emergente dieron por resultado el incidente del Altakna (el barco llevaba por nombre el seudónimo que empleó Jabotinsky). Se vio implicado el gobierno de Ben Gurion al reafirmar su legitimidad empleando la artillería para hundir el *Altalena* con la intención de que su cargamento de armas no fuera empleado en las aventuras enloquecidas del Irgún. A una distancia de unos

trescientos metros, se disparó un cañón que alcanzó la bodega del barco y mató a catorce miembros del Irgún. Begin despotricó histéricamente contra Ben Gurion en la radio clandestina, mientras éste ni siquiera fue capaz de pronunciar en público el nombre de su adversario. Ben Gurion y Begin se excomulgaron y se maldijeron hasta bien entrados los años cincuenta por el hundimiento del barco. Décadas después, estas descalificaciones mutuas aún le costaron la vida al primer ministro Isaac Rabin, que también estuvo implicado en el hundimiento del Altalena.

Al iniciar la guerra los árabes y los judíos en el intervalo irresponsablemente causado por el fin del Mandato y por la incapacidad de la ONU a la hora de poner en práctica una serie de disposiciones transitorias adecuadas, unos setenta mil palestinos, entre ellos los más destacados y prácticamente todos sus líderes, huyeron del territorio. Los sionistas disfrutaron de varias ventajas con respecto a los árabes. Tenían estructuras de mando cohesionadas, más experiencia militar reciente, líneas de comunicación interior y un buen servicio de inteligencia, así como la posibilidad de pinchar las líneas telefónicas empleadas por sus adversarios. Muy al contrario, la cúpula de los líderes palestinos estaba contaminada por la cobardía y desgarrada por las luchas intestinas, situación agravada cuando el control de la campaña árabe pasó a manos de los estados árabes vecinos, cada uno de los cuales tenía sus propios objetivos.

Los palestinos no se presentaron en pleno para luchar por su causa, ya que sólo doce mil acudieron voluntariamente a combatir junto a las fuerzas árabes regulares. Tal como indica lo ocurrido en Deir Yassin, éstos fueron los meses en que se sembraron los dientes del dragón del «antiguo» odio. En abril de 1948, la Haganah hizo otra intentona contra Hassan Salameh, atacando un edificio de cuatro plantas, de cemento, en medio de un naranjal, donde estaban refugiados sus hombres. Tras un encarnizado combate con armas de fuego, el edificio saltó por los aires con una carga de cuatrocientos kilos de dinamita. Salameh no se encontraba entre las

víctimas. No obstante, la actividad de la Haganah empezaba a pasar factura a la cúpula palestina: su comandante en jefe, Abd el-Kader el-Husseini, cayó abatido a tiros tras un encuentro casual con un centinela de la Haganah. Parece que Hassan Salameh intuyó la inminencia de su muerte, pues al aceptar el nombramiento de sucesor de Kader dijo a su esposa: «Si muero, quiero que mi hijo siga adelante con mi lucha». Cuando los ejércitos árabes que habían procedido a la invasión del territorio comenzaron a dominar en la lucha con los sionistas, Salameh calculó que era necesario reafirmar la aportación palestina a la lucha con una acción militar de tintes dramáticos. En mayo de 1948, los combatientes del Irgún habían tomado una localidad árabe llamada Ras el-Ein, antigua fortaleza de los cruzados cuyos pozos abastecían de agua a Jerusalén y a Tel Aviv. Salameh encabezó el ataque de trescientos combatientes para recuperar la localidad, cosa que en efecto hicieron al grito de «¡Alá Ajbar!». Con la huida de los hombres del Irgún, que dejaban atrás a once muertos, sus morteros alcanzaron a un reducido grupo de atacantes, acabando con el primo de Salameh e hiriendo a su sobrino. El sheij en persona sufrió heridas mortales, pues la metralla le perforó los pulmones. Murió en un hospital de Ramala horas más tarde, dejando en manos de su hijo que la lucha prosiguiera.

Aunque dista mucho de estar claro si los palestinos, sin dirigentes, se dieron a la fuga, o si fueron expulsados de acuerdo con el plan maestro que había trazado la Haganah, lo cierto es que unos 650.000 palestinos se marcharon en un corto periodo, lo cual parece inexplicable, a no ser que estuvieran aterrados. Es asunto contencioso, en cambio, que tuvieran o no razones para estar aterrados. Los sionistas actuaron veloz y despiadadamente siempre que se encontraron con algo que no fuera una rendición incondicional. Unas 370 localidades fueron intencionadamente arrasadas y sus habitantes expulsados, aunque algunas de las afirmaciones relativas a las masacres que se cobraron han pasado a ser motivo de litigios por difamación que los viejos soldados han

interpuesto contra los «Nuevos Historiadores» israelíes que las formulan[71]. También es importante reseñar que incluso algunos futuros líderes del terrorismo palestino, como Abu Iyad, que a los quince años huyó de Haifa en barco, en parte culpan a la propaganda exagerada —acerca de las violaciones y los destripamientos cometidosque los propios palestinos han puesto en circulación, y a la falsa expectativa de que al cabo de un corto periodo los ejércitos árabes iban a entrar en la refriega para devolver a los palestinos sus hogares[72]. Sólo 160.000 palestinos permanecieron en sus pueblos, al tiempo que casi un millón pasó a engrosar los campos de refugiados, sobre todo en la Franja de Gaza y en Cisjordania, problema para la ONU y para los gobiernos árabes vecinos que todavía sigue enquistado en la actualidad. Los inmigrantes judíos se instalaron en sitios cuyos nombres se hebraizaron intencionadamente, sobre todo en las fronteras con los estados árabes con los que Israel había firmado un precario alto el fuego. Aunque a menudo se olvida en un debate en el que las simpatías tienden a ser unilaterales, en los años siguientes unos 850.000judíos huyeron de Egipto, Irak, Marruecos, Túnez y Yemen, a menudo bajo las duras condiciones impuestas por gobernantes que habían trazado una conexión completamente infundada entre los judíos y los sionistas y las bandas armadas que perpetraron las atrocidades. En el caso de Irak, la Agencia Judía pudo fomentar el caos al hacer detonar encubiertamente varias bombas en los alrededores de las sinagogas de Bagdad para incitar un ambiente de paranoia generalizada. Muchos de estos judíos mizrahíes hubieron de afrontar un futuro poco o nada acogedor en Israel[73]. Más allá de todos los interrogantes relativos al quién hizo qué, y a quién, lo cierto es que dos pueblos aquejados por un agudo sentido de la desposesión y de las persecuciones iban a codiciar un mismo y diminuto territorio. En el caso de los palestinos, cualquier objeto a modo de talismán, como una llave herrumbrosa, o el amarillento título de una propiedad, daría credibilidad a las leyendas que las generaciones anteriores iban a inculcar en los jóvenes, todo un

proceso de «retraumatización» que resultó evidentísimo entre sus adversarios israelíes, a la vez que el Holocausto acaecido en Europa pasaba de ser algo que el heroico sabras (término tomado de la pera espinosa y de dulce corazón que se emplea para describir a los judíos nativos de Israel) contemplaba como fuente de vergüenza, a ser en cambio un rasgo vertebral en la identidad nacional israelí[74].

LA BATALLA POR LA KASBA

Mientras se desarrollaba este conflicto en las costas orientales del Mediterráneo, el litoral norteafricano del mismo mar presenció una encarnizada guerra colonial de ocho años de duración. Esta guerra tuvo una influencia capital en los futuros movimientos de liberación nacional que recurrieron al terrorismo, al tiempo que dio infinidad de ejemplos negativos sobre cómo no se debe combatirlo, ejemplos que de hecho hoy en día están estudiando los militares de Estados Unidos *in situ*, en Irak. Esta guerra se desarrolló en Argelia, que es con Túnez y Marruecos uno de los países del Magreb, la inmensa llanura costera que se extiende desde el Mediterráneo hasta las cordilleras montañosas del interior.

Francia había conquistado Argelia entre 1830 y 1870 en una serie de campañas militares particularmente encarnizadas, dirigidas por el mariscal Bugeaud, de quien uno de sus principales partidarios, Alexis de Tocqueville, creyó que era el hombre llamado a endurecer a los franceses degenerados de su época. Aunque se barajase la retórica habitual sobre la *mission civilisatrice* de Francia, Argelia estuvo gobernada exclusivamente por el interés de una minoría colonial europea de terca mentalidad, entre ellos muchos corsos, italianos, malteses y españoles, además de los colonos franceses, sin pensar apenas en la mayoría de la población musulmana, en los árabes y los bereberes, que se hallaban en una situación de tutelaje. Dentro de esta minoría europea, una élite reducida y adinerada se apropió de los terrenos más fértiles, que

pasaron del cultivo de cereales a la viticultura, hasta el punto de que Argelia se convirtió en el tercer mayor productor de vino de todo el mundo. En los centros de las ciudades tal vez resplandecieran las blancas piedras y las fuentes centelleantes, pero la población rural y no europea apenas obtuvo ningún beneficio de todo esto. La pobreza, así como una elevada tasa de natalidad, obligaron a muchos a buscar trabajo en las ciudades o en la Francia metropolitana. Había ya entonces algunos emigrantes musulmanes más conscientes, embebidos de los principios democráticos e igualitarios, ni mucho menos evidentes en el régimen colonial francés en Argelia, que comenzaron a organizar al proletariado emigrante en sus cafés preferidos. Pusieron en contraste una Francia abstracta, amiga de los principios universales, con la Francia realmente conocida en sus experiencias, y vieron que ésta carecía de muchas de las cosas prometidas.

En 1926, Messali Hadj fundó un movimiento panmagrebí llamado Etoile Nord-Africaine. Sujeto a un constante acoso por parte de las autoridades francesas, se relanzó en 1937 con una mayor concentración y con el nombre de Partí du Peuple Algérien. Simultáneamente, quienes estaban a favor de una forma puritana del islam se organizaron en la Asociación de Ulemas Argelinos bajo el mando del sheij Ben Badis. También estaban los comunistas argelinos, organizados en un partido distinto a partir de 1935, así como los líderes liberales que aspiraban a lograr la asimilación de todos los argelinos en Francia.

Al igual que en otras partes del mundo, la humillación sufrida por las potencias coloniales durante la guerra, por parte del Eje, dio renovados ánimos a los nacionalistas, que más adelante también iban a encontrar esperanzas en la derrota de Francia en Indochina y en su papel ignominioso en la conspiración de Suez contra Nasser. La baraka, o aura mágica e invencible que poseían los europeos, se había volatilizado. Como la mayoría de los *colons* europeos o *pieds noirs* (término con el que se hacía referencia a sus relucientes zapatos negros) dieron su apoyo a la Francia de Vichy del mariscal

Pétain, los nacionalistas argelinos ofrecieron su apoyo incondicional a la Francia Libre. Cuando ésta quiso introducir el servicio militar obligatorio entre los árabes y los bereberes, ya en 1942, los líderes nacionalistas contestaron con un Manifiesto del Pueblo de Argelia, que a los franceses tuvo que recordarles los compromisos americanos en la liberación de los pueblos coloniales. Al negarse a considerar la futura autonomía de Argelia, los franceses abolieron algunos de los aspectos más discriminatorios de su régimen, en especial al conceder a los árabes y a los bereberes igualdad jurídica con los europeos, dando a unos sesenta y cinco mil la ciudadanía francesa y permitiendo a los varones adultos el derecho al voto para elegir un parlamento musulmán al margen del otro parlamento. Fueron muy pocas concesiones y se hicieron demasiado tarde.

Las tensiones entraron en fase de ebullición por debajo de la superficie. En mayo de 1945, los nacionalistas árabes trataron de sumar manifestaciones proindependentistas a las celebraciones europeas del Día de la Victoria. En Sétif, en la región de Constantina, la policía redujo con el uso de la fuerza a los manifestantes que trataban de desplegar pancartas con consignas políticas y la bandera nacional, verde y blanca. Los árabes se volvieron contra los europeos, matando a 103 e hiriendo a otro centenar en una semana de revueltas asesinas que recordaron los sanguinarios alzamientos del campesinado en la Edad Media. Entre las violadas se encontraba una mujer de ochenta años de edad. En el transcurso de la respuesta que se dio a los sucesos, tanto oficial como oficiosa, los *pieds noirs* que colaboraron con los cuerpos de seguridad y soldados regulares del Senegal, con el apoyo de bombardeos aéreos y navales, asesinaron a entre mil y cuarenta y cinco mil musulmanes, aunque una estimación más ajustada habla de un número de bajas comprendido entre seis mil y doce mil. Fueron detenidos más de cinco mil musulmanes, y casi un centenar condenados a muerte, además de haber cientos de condenados a cadena perpetua. Irónicamente, entre los detenidos se encontraba el más moderado de los líderes árabes, Ferhat Abbas, retenido en la

antecámara del despacho del gobernador general, adonde había ido para felicitar a los franceses por la victoria aliada sobre el nazismo.

En una época en la que Francia trataba de determinar la Constitución rectora de la Cuarta República, los intentos por conseguir una reforma limitada en el gobierno de Argelia desilusionaron a los nacionalistas árabes y bereberes, al tiempo que incrementaron la inseguridad de la minoría europea dirigente. El Estatuto Orgánico de Argelia, en septiembre de 1947, estableció un sistema de colegios electorales duales, en el que medio millón de votantes provistos del estatus de civiles franceses iban a tener la misma representación que el millón y medio de votan tes musulmanes provistos de estatus de civiles locales, a pesar de haber un total de nueve millones de musulmanes. Los *colons* orquestaron el llamamiento a París del gobernador general, al que culparon de estas concesiones reducidas, y consiguieron que se le sustituyese por otro gobernador más afín a sus posturas intransigentes. Para asegurarse la derrota en las urnas del Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas (MTLD), el partido nacionalista más radical, se utilizó a la policía y al ejército para espantar a los votantes, y los candidatos musulmanes nacionalistas fueron detenidos tanto antes como después de las elecciones. Algunas urnas se llenaron de papeletas fraudulentas, o bien desaparecieron durante su transporte para el recuento. Hay que decir con toda claridad que los franceses quisieron desbaratar intencionadamente la ampliación de la democracia a las poblaciones árabe y bereber[75].

En todas estas corruptelas hubo algo especialmente traumático para los árabes y los bereberes que habían prestado un servicio leal en las fuerzas armadas de los franceses y que se vieron obligados a recibir un trato de ciudadanos de segunda clase a la espera de que Francia tomase la decisión pertinente sobre el momento en que hubieran alcanzado un grado de civilización suficiente para que se les admitiera en un proceso político que se estaba amañando a favor de la minoría europea. Belkacem Krim, futuro comandante del

FLN, comentó: «Mi hermano volvió de Europa condecorado y con gangrena en los pies. Allí todos eran iguales. ¿Por qué aquí no lo somos?». Al verse ante la posibilidad de ser encarcelado por desobediencia civil, Krim huyó a las montañas de la Cabilia, en donde había nacido, y en donde una de sus primeras acciones en una carrera dedicada a la violencia fue el asesinato de un policía local musulmán. Junto con otro veterano de guerra llamado Ornar Uamrane, Krim formó una banda guerrillera que contó con quinientos hombres activos. Entre quienes se sintieron abrumados por la violencia desencadenada en Sétif se encontraba un joven ex oficial, Ahmed Ben Bella, condecorado con la Croix de Guerre y la Médaille Militaire por su valentía durante el servicio militar que prestó en Francia y en Italia. Pese a ser concejal, Ben Bella se vio obligado a huir para evadir el peso de la ley tras disparar contra un compañero musulmán que posiblemente fue designado para apropiarse de la granja del padre de Ben Bella. En la clandestinidad, Ben Bella formó una Organisation Spéciale (OS), brazo armado del MTLD. Aunque llevó a efecto unos cuantos atracos y contó con una estimación de 4.500 efectivos, la OS fue rápidamente penetrada por la infiltración de agentes franceses, y sus líderes fueron encarcelados o tuvieron que huir. El propio Ben Bella logró escapar a una condena a ocho años de cárcel serrando los barrotes de la prisión con una lima que recibió oculta en una barra de pan. Huyó a El Cairo, donde más que armas recibió muestras de simpatía.

Ben Bella, exiliado, pasó a ser junto con Belkacem Krim uno de los nueve líderes fundadores de un comité de acción revolucionaria. En noviembre de 1954 adoptaron como nombre de guerra el de FLN (Frente de Liberación Nacional), con un brazo armado llamado ALN (Armada de Liberación Nacional). Tal como la derrota de Francia en 1940 había contribuido a un primer despertar del nacionalismo en los argelinos musulmanes, la pérdida de quince mil soldados (entre ellos, no pocos argelinos musulmanes) en el desastre de Dien Bien Phu, en Indochina, influyó directamente en la decisión de favorecer una revuelta armada, sobre todo porque el Vietminh victorioso

pronto dio en preguntar a los cautivos, árabes musulmanes, por qué demonios luchaban contra otras víctimas del colonialismo francés en la otra punta del mundo[76].

El FLN distribuyó sus fuerzas, escasas y mal armadas, en cinco wilayas o distritos militares, subdivididos a su vez en células individuales. En Argel se iba a construir una organización aparte. Restringiéndose de manera intencional a actuar contra la policía, el ejército y la infraestructura de comunicaciones, ya que la experiencia de Sétif desaconsejaba un nuevo pogromo antieuropeo, el FLN comenzó su revuelta el día de Todos los Santos, el primero de noviembre de 1954, con una serie de ataques a baja escala contra los barracones y los cuarteles de la policía, así como con la destrucción de los postes de telégrafo y de los almacenes de corcho y de tabaco. Fracasó un ataque contra los tanques de crudo porque la bomba no llegó a explotar. A pesar del deseo de evitar toda baja entre la población civil, dos jóvenes profesores franceses y liberales fueron sacados a rastras de un autobús, disparados mortalmente y abandonados en la carretera, acto del que el FLN no llegó a renegar. El inicio de la campaña «Toussaint» por parte del FLN pareció improvisado e ineficaz, puesto que la lucha en las zonas rurales más alejadas apenas causaba impresión en la minoría de civiles europeos residentes en la ciudad, que continuaron como si tal cosa con su soleada vida a la orilla del mar.

El despliegue con mano dura de las fuerzas policiales o militares en contra de toda una población civil ha sido invariablemente uno de los mejores mecanismos de afiliación para las organizaciones terroristas. Nadie agradece que varios hombres armados tiren a patadas la puerta de su casa; que se apropien de las mujeres y las manoseen; que repasen sus pertenencias; que, llegado el caso, vuelen su domicilio por los aires. Si el FLN sobrevivió a su primer invierno con perspectivas tan poco halagüeñas, se debió ante todo a las reacciones indiscriminadas de los franceses, incluida la destrucción de localidades enteras en represalia por los ataques desatados en las cercanías; esto propulsó que muchos más

argelinos resentidos se pasaran a las filas del movimiento. Una guerra de guerrillas fue adquiriendo tintes terroristas cuando algunos de los comandantes del FLN decidieron llamar la atención de los europeos, para quienes los combates hasta entonces parecían algo abstracto y remoto.

El comandante de la wilaya 2, Yusef Zighut, decidió tratar conscientemente a todos los europeos, al margen de su edad y su género, como objetivos legítimos de sus acciones. El terrorismo iba a provocar una represión intensificada e indiscriminada que a su vez relanzaría los apoyos prestados al FLN, ya que muchos de los esfuerzos del FLN se dirigieron a la movilización de un movimiento nacionalista. El terror iba a forzar psicológicamente a los árabes y los europeos a posicionarse en bandos mutuamente antagónicos. No quedaba espacio ni para las identidades ambiguas ni para las lealtades dúplices, como bien se ve en el hecho de que en sus dos años y medio de existencia el FLN asesinara a un número de musulmanes seis veces mayor que el de sus víctimas europeas. Todo el que estuviera al servicio de la administración francesa o trabajase para los europeos se convirtió automáticamente en objetivo terrorista, al igual que quienes consumieran alcohol o tabaco. A los primeros se les cortaban los labios, a los últimos las narices, para darles un escarmiento; si se daba una ofensa reiterada, el autor de la misma terminaba con la «sonrisa de la Cabilia», término siniestro con el que se hacía referencia al degüello, indignidad intencionadamente infligida a las ovejas.

El terrorismo antieuropeo se manifestó por vez primera en varias ciudades costeras de la región de Constantina en agosto de 1955. El 20 de ese mes, la localidad de Philippeville sufrió el ataque de una nutrida fuerza del FLN que se había infiltrado en la población, en la que apareció para lanzar granadas contra los cafés predilectos de los colonos, además de sacar a rastras a los europeos de sus coches para acuchillarlos y en muchos casos matarlos. Un oficial del servicio de inteligencia militar francesa, Paul Aussaresses, que fue agente secreto durante la guerra, y que había sabido leer con

exactitud las señales que indicaban la inminencia de este ataque, se sumó a un contingente de cuatrocientos soldados franceses reunidos para plantar cara al FLN en un encarnizado combate con armas de fuego. Cuando se batieron en retirada los efectivos del FLN, dejaron a 130 de los suyos muertos y a más de un centenar de heridos[77].

En otros lugares, el FLN atacó con efectos realmente traumáticos. En una mina de pirita situada en un barrio de Philippeville llamado El-Halia, varios grupos de mineros partidarios del FLN tomaron al asalto las casas de los trabajadores europeos en los que éstos, con sus familias, se disponían a comer bajo el intenso sol de mediodía. Degollaron a hombres, mujeres y niños entre el griterío de ánimo de las mujeres árabes. Los mineros que no pudieron llegar a casa aparecieron apuñalados en sus coches. Los niños remataron con patadas en la cabeza a una anciana que se estaba muriendo en plena calle. Las edades de las víctimas estaban comprendidas entre los cinco días y los setenta y dos años. No fue un suceso debido al frenesí, sino el resultado de una planificación intencionada y detallada, con el consiguiente corte de comunicaciones telefónicas y el secuestro de varios policías locales antes de que éstos pudieran disparar una bengala para avisar a las tropas acuarteladas en las inmediaciones. La llegada de los paracaidistas franceses desembocó en un copioso baño de sangre. Tras no lograr restablecer el orden con unos disparos de advertencia, abrieron fuego sobre todos los árabes presentes, abatiendo después de manera indiscriminada a grupos numerosos de prisioneros. Hubo tal cantidad de cadáveres que, siendo el suelo tan duro, se emplearon excavadoras para enterrarlos. En un posterior indicio de que el gobierno estaba perdiendo el control no sólo de sus propios soldados, sino también de la población colonial francesa, grupos de *pieds noirs* armados persiguieron a todos los musulmanes que sobrevivieron a la ira letal de los paracaidistas. Perecieron entre mil doscientos y doce mil árabes; la manifiesta disparidad de las cifras se debe a las distintas estadísticas del

gobierno y del FLN. Tal vez fuera más importante que aquello que se describió muy a la ligera como dróle de rebellion pasara entonces a librarse a uno y otro lado de lo que el gobernador general y reformista Jacques Soustelle denominó un arroyo de sangre derramada.

Durante este periodo, el FLN elaboró subrepticiamente una red de instituciones, tribunales, impuestos, pensiones y provisiones de seguridad social para redefinir las lealtades de la población árabe y bereber, alejándolas del poder colonial, y al mismo tiempo asesinando a quienes prefirieron con terquedad seguir trabajando para la administración francesa en cualquier departamento. Las personas dotadas de una identidad compleja, como Mulud Feraun, educador en la Cabilia, que escribió un notable diario en todos estos años, hasta ser asesinado por terroristas colonizadores en 1962, se sintieron desgarradas por la insistencia del pueblo en que se conformasen con una serie de toscas etiquetas políticas. Sin haber caído nunca en la ceguera por lo demás habitual ante las atrocidades en que incurrieron los franceses, Feraun también supo reconocer y condenar las patologías tiránicas subyacentes a la retórica de la liberación empleada por el FLN:

> ¿Ha llegado la hora del furor desenfrenado? ¿Es posible que quienes matan a sangre fría a los inocentes se puedan llamar liberadores? De ser así, ¿han considerado por un instante que su «violencia» engendrará más «violencia», que la legitimará, que acelerará sus más terribles manifestaciones? Saben que el pueblo está desarmado, apiñado en sus localidades, y que es inmensamente vulnerable. ¿Están plenamente preparados para la masacre de «sus hermanos»? Aun cuando se reconociera que son bárbaros sedientos de sangre —y, en todo caso, esto no les sirve de;. excusa, sino que, al contrario, obra en contra de ellos, en contra de nosotros, en contra del ideal que afirman defender—, es preciso que consideren la posibilidad de

perdonarlos para no provocar una recrudecida represión. A menos que la liberación signifique algo distinto para ellos, algo que no tiene nada que ver con lo que es para nosotros. Pensamos que querían liberar al país junto con sus habitantes. Pero tal vez entienden que esta generación de cobardes que ahora proliferan en Argelia ha de desaparecer antes que nada, y que una Argelia realmente libre ha de repoblarse con hombres nuevos que hayan conocido el yugo del invasor laico. Es lógicamente posible defender este punto de vista. Por desgracia, es posible defenderlo con una lógica excesiva. Y poco a poco, pasando de los recelos a los compromisos y de los compromisos a las traiciones, todos seremos declarados culpables y sumariamente ejecutados al final

[78].

En el Congreso clandestino celebrado en el valle del Soummam en el otoño de 1956, el FLN estableció la primacía de lo político sobre lo militar, y del liderazgo de la cúpula interior por encima de los exiliados en el extranjero. Esto se consiguió impidiendo que los líderes del exterior asistieran al Congreso, por el sencillo procedimiento de retenerlos en Trípoli hasta que hubiera concluido. Los propios franceses aplazaron la política del desarrollo bajo mano dando pie a numerosas y encarnizadas divisiones internas. Así, en octubre, un avión que transportaba a Ben Bella y a cuatro de sus colegas de Rabat a Túnez se vio obligado a tomar tierra en Orán, y los líderes del exilio acabaron en prisión. Este acto de piratería aérea supuso un enorme antagonismo con los gobiernos de Marruecos y Túnez, recientemente independizados, que pasaron a ser lugar seguro para fuerzas regulares del FLN. Este tuvo a su vez la habilidad de explotar las oportunidades internacionales que se presentaron al exponer sus agravios en el foro de las Naciones Unidas. De este modo se desbarataron los esfuerzos de Francia por tratar toda la problemática de Argelia como una cuestión doméstica agravada por el hecho de que los «criminales» del FLN descarriaban a otros musulmanes, por lo demás plácidos de trato, mediante el terror y otras tácticas, como la de suministrarles hachís, acusación que no casaba con los adustos vestigios del puritanismo islámico presentes en la ideología del FLN.

Los franceses incrementaron su presencia militar en Argelia, que pasó de 80.000 efectivos en 1954 a cerca de medio millón dos años después, en un nivel de implicación que se mantuvo hasta el final de la guerra. Indochina había enseñado a algunos comandantes muy duras lecciones sobre la manera de acometer una guerra contrarrevolucionaria. La Legión Extranjera, casi la mitad de cuyos soldados eran alemanes, había perdido diez mil hombres solamente en Indochina. Las técnicas de contrainsurgencia aprendidas en Indochina se aplicaron contra el FLN, a cuyos efectivos los oficiales

franceses llamaban «les Viets». En unos barracones de Arzew, cerca de Orán, se creó una escuela de tácticas de guerra contrainsurgentes, y los cursos que se impartían, de una duración que iba de dos a cinco semanas, eran obligatorios para los oficiales y suboficiales recién llegados. Los franceses copiaron las tácticas antiterroristas empleadas recientemente por los británicos en Malasia, a saber, la deportación interna de medio millón de ocupantes chinos y su ubicación en «aldeas protegidas» diseñadas para desgajar a los «terroristas comunistas», predominantemente chinos, de toda fuente local de abastecimiento. El modelo histórico no era ni de lejos el más edificante que se pudo elegir, tal como señaló un oficial de distrito británico en un momento de iluminación: «Los japoneses cercaron con alambre de espino Titi y Pertang; acuartelaron sus tropas en estas localidades e hicieron que todos los chinos de la localidad vivieran dentro de estos perímetros defendidos [...] ¿No podríamos poner en práctica esa misma idea?» [79].

Para drenar el mar en el que nadaba el FLN, el ejército francés acorraló a los lugareños en desolados *centres de regroupement*, cuyo único efecto consistió en crear una intensa solidaridad antifrancesa entre una población amargada, que había sido arbitrariamente arrancada de sus comunidades tradicionales. Se garantizó de ese modo «el odio y la frustración concentrados de millares de personas» entre los dos millones de afectados. Los franceses quisieron redistribuir las tierras que eran de propiedad estatal, con el único resultado de que el FLN procediera a degollar a todos los agricultores que tuvieran arrestos para aceptar ese ofrecimiento. Una elevada densidad de tropas francesas se mantuvo en las tierras fértiles y en las zonas más pobladas, mientras que los distritos menos habitados fueron declarados zonas libres de fuego, en las que se daba por supuesto que todo transeúnte era un combatiente del FLN, aun cuando para ello hubiera que vestir el cadáver de un anciano pastor con un uniforme del FLN con el fin de aumentar así el cómputo de cadáveres del adversario. Los

helicópteros Vertol H-21, en forma de plátano, permitieron la inserción de veintiún mil soldados franceses al mes para proceder a interceptar a las bandas del FLN, mientras los aparatos aéreos T-6 Texas se emplearon con el fin de bombardear y asediar a las formaciones del FLN. Hubo un extenso reconocimiento aéreo diseñado para localizar y hostigar los movimientos del FLN, Más allá de Francia y de Argelia, los siniestros operativos del SDECE —el servicio secreto de los franceses— se pusieron en marcha para adulterar las armas y las municiones destinadas al FLN, además de contratar asesinos de misteriosa procedencia para asesinar a los traficantes de armas, sobre todo ex nazis o suizos, implicados en el tráfico de artefactos que iban desde las bombas para automóviles a los dardos impregnados de curare[80].

En la propia Argelia, el machismo fue la nota dominante entre los soldados de élite y los *colons*, ideología que tiene buen ejemplo en las novelas de Jean Larteguy, cargadas de héroes filosóficos de apariencia resplandeciente, con sus uniformes de camuflaje y sus inconfundibles MAT 49, los subfusiles ametralladores que llevaban el cargador colgando. Este espíritu es en buena parte evidente en «Mathieu», el paracoronel y antihéroe de la *La batalla de Argel*, obra maestra en la cinematografía de Gillo Pontecorvo, de 1966. En su rostro enjuto nunca asoma una sonrisa, y sus ojos están perpetuamente ocultos tras unas gafas de sol. Muchos de los *colons* civiles conservaban recuerdos afectuosos de Charles Maurras y Pierre Poujade, que se habían apuntado a una modalidad tabernaria de fascismo y de odio entre las comunidades. Las iniciativas limitadas a los corazones y los espíritus de los lugareños, una de las cuales habremos de tratar en detalle, gozaban de una consideración más bien enojada entre los comandantes franceses de alta graduación, y se desmantelaban sistemáticamente cuando el amanecer traía un grupo de paracaidistas que asaltaban la casa de un árabe[81]. El comandante que ocasionalmente abogaba por estrategias más sutiles o que se oponía a la tortura, como pudo ser

el caso de Jacques Páris de Bollardiére, recibía presiones para que renunciara a su puesto de mando.

La primera persona de relevancia que dio publicidad a las torturas fue Frangois Mauriac, el novelista católico, en un artículo publicado en enero de 1955. Varios miembros de la administración de Argelia también manifestaron esta misma intranquilidad. A partir de febrero de 1957, el semanario católico llamado *Témoignage Chrétien* publicó un «dossier Jean Muller» escrito por un reservista que había sido llamado al servicio en Argelia, en el cual dijo: «Estamos desesperados al ver con frecuencia lo bajo que puede llegar a caer la naturaleza humana, y al ver qué procedimientos emplean los franceses, que brotan directamente de la barbarie nazi». Otro diario católico, *Esprit*, publicó asimismo una crónica de Robert Bonnaud en la que éste declaró: «Si el honor de Francia puede soportar estos actos de tortura, Francia es un país que no tiene honor». En septiembre de 1957, Paul Teitgen dimitió de su puesto de secretario general de la policía en Argel porque reconoció en los cuerpos de los detenidos «las profundas marcas del abuso o de la tortura que yo mismo tuve que soportar en persona hace catorce años en el sótano del cuartel de la Gestapo en Nancy». Los militantes comunistas y los sacerdotes católicos fueron muy activos en dar a conocer la tortura que se practicaba al público en general[82].

Además de asesinar a los traficantes internacionales de armas, por los cuales posiblemente nadie sintiera conmiseración, la guerra antiterrorista en Argelia adquirió tintes muy siniestros a instancias explícitas del gobierno socialista de Francia, entre cuyas filas se encontraba Frangois Mitterrand, entonces ministro de Justicia. Apenas se tomaron prisioneros, y a los encarcelados se les torturaba de forma sistemática, junto con todo aquel que fuera sospechoso de profesar simpatía por el FLN. A menudo se vieron en esta situación personas que habían experimentado abusos, o que los temían, y de ese modo se convertían en torturadores, aunque la

palabra «abuso» no termina de transmitir la realidad del caso, y no todas las víctimas de la tortura llegaran a ser torturadores.

Tal como da a entender el caso del entonces capitán Paul Aussaresses (había temido verse ante la tortura de la Gestapo o de la Milicia cada vez que se lanzó en paracaídas en la Francia ocupada por orden del SOE —Dirección de Operaciones Especiales en sus siglas en inglés— británico), los oficiales y los soldados franceses, incluidos los que habían combatido con la Resistencia durante la guerra, apenas tenían escrúpulos aparentes acerca de la tortura de los cautivos y los sospechosos con tal de obtener a toda costa información sobre el personal y las operaciones del FLN. A los sospechosos se les daban palizas y se les sometía luego a técnicas tales como los electrochoques o la simulación de ahogamiento, a veces con el acompañamiento de gramófonos o radios a todo volumen, para sofocar los gritos a que recurren las víctimas de la tortura en un último intento por aplazar todavía un poco el momento en que se vienen abajo. Tras esta clase de sesiones, que a veces constaban también de actividades que sólo cabe describir como muestras de un retorcido sadismo sexual, como era la introducción de botellas rotas en el ano del detenido, a las víctimas se les daba muerte de forma rutinaria. Tratándose de algo tan degradante, tan psicológicamente perjudicial no sólo para las víctimas, sino también para los torturadores, ¿cómo quiso justificarías el ejército francés?

Los comandantes de más alta graduación, como el general Jacques Massu, del Décimo Regimiento de Paracaidistas, tropas de élite, sostuvo (como artículo de fe, posiblemente) que la tortura se concentraba de un modo escrupuloso en quienes fueran culpables de ayudar y respaldar a los terroristas, o de cometer actos de terrorismo: «Pocos errores se produjeron que afectaran a personas inocentes; en muy contadas ocasiones detuvimos, interrogamos y maltratamos a individuos que no tuvieran nada que ver con la tortura». Los torturadores recurrían rutinariamente al argumento de la «bomba de relojería», en el sentido de que la tortura era un recurso que se empleaba para salvar a muchas personas de

atentados terroristas inminentes. En realidad, fuera de las mentes calenturientas de los torturadores, o de los seminarios de filosofía académica, tales atentados nunca formaron parte de la información que se deseó extraer de los detenidos o que realmente se les extrajo. Como los miembros del FLN estaban adiestrados para sobrevivir a los interrogatorios, la información que daban estaba por lo general anticuada, o se facilitaba de modo que intencionadamente incriminase a los miembros del Movimiento Nacional Argelino, sus rivales, que eran entonces a su vez detenidos y torturados.

Más escurridiza aún es la afirmación que hizo Massu ante Aussaresses, en el sentido de que el ejército tendría que adoptar medidas «implacables» —el eufemismo con que se designaba la tortura— para impedir que se produjera algún acto moralmente desquiciado por parte de los *pieds noirs*: dicho de otro modo, se trata de una variante de la afirmación de que la tortura era solamente el menor de dos males posibles. Específicamente, Massu indicó que los elementos ultras de la comunidad colonial tenían el plan de aparcar varios contenedores de combustible en una rampa situada en la parte alta de la kasba, el viejo barrio turco de Argel. La gasolina correría entonces por las callejuelas inclinadas y por las calles, de modo que, cuando se le prendiera fuego, ardiesen los «70.000» residentes musulmanes. Aquí es posible que a Massu la memoria le jugase una mala pasada, pues en realidad hizo referencia y quiso situar en el comienzo del conflicto una trama que la OAS (Organización Armada Secreta) emprendió en los últimos días de la Argelia francesa. Si Massu pudo tener algún escrúpulo de tipo religioso acerca de lo que había ordenado, presumiblemente lo despejó el capellán del ejército, quien explicó lo siguiente:

> Ante la elección entre dos males, siendo uno la causa de un sufrimiento temporal en un bandido aprehendido in fraganti, y que en cualquier caso tal vez merezca morir, y siendo el otro permitir que un gran número de inocentes sea masacrado por esta banda criminal, cuando en cambio podría

impedirse el desenlace a resultas de esta información, no puede caber ninguna duda a la hora de elegir el menor de los dos males, con un interrogatorio eficaz, pero no necesariamente sádico

[83].

La tortura dio paso naturalmente al asesinato de los sospechosos, como el abogado Ali Bumenyel, el cual, detenido por organizar las matanzas terroristas, fue arrojado desde una sexta planta, desde una pasarela de conexión entre dos edificios de la policía. La justificación del asesinato fue que eran tantos los sospechosos del FLN que aguardaban juicio que los tribunales estaban atascados, hasta el punto de hallarse sin posibilidad de proseguir con los asuntos pendientes, mientras los abogados liberales en todo momento estaban listos para lograr que a los acusados se les absolviera de cualquier condena. Antes que arriesgarse a la absolución era preferible arrojar a un hombre desde la ventana de un edificio alto, clara ilustración de cómo tiende la tortura a ser una pendiente resbaladiza. Mucho, mucho más adelante, Massu —que adoptó junto con su esposa a dos niños argelinos— reconocería que la tortura había sido algo militarmente superfluo[84].

Massu había llegado a Argel con sus 4.600 paracaidistas justo en el momento en que los *colons* más extremistas de la capital lanzaban tomates al nuevo primer ministro, el socialista Guy Mollet, en una ceremonia en la que se llevaron coronas fúnebres al cementerio, obligándole a rescindir el nombramiento de un antiguo general, de setenta y nueve años de edad, en el puesto de gobernador general, como sustituto de Soustelle, Argelia por el contrario se encontró con Robert Lacoste en el cargo, otro héroe de la Resistencia durante la guerra. Además de haber sido derrotado por una colérica multitud urbana, Mollet decidió incrementar la presencia militar hasta llegar a medio millón de efectivos, para lo cual se llamó a los reservistas y se amplió el plazo del servicio obligatorio. A resultas de ello, casi inmediatamente no sólo tendió el FLN una emboscada a un batallón de soldados inexpertos en Palestra, sino que también se descubrió con gran desagrado que el FLN había tomado prisioneros, a algunos de los cuales más tarde se

les encontró destripados, con los genitales cortados, con piedras dentro de las cavidades corporales. Aunque los paracaidistas de Massu borraron casi por completo a la banda responsable de estos desmanes, el gobernador general Lacoste ordenó la ejecución sumaria de dos prisioneros del FLN y una incursión armada, en masa, en la kasba, que dio por resultado la detención de cinco mil personas. La batalla por la kasba seguía su curso.

Fatídicamente, el FLN tomó al mismo tiempo la decisión de concentrar sus esfuerzos terroristas en la capital, pues, tal como dijo Ramdane Abane, «un cadáver con chaqueta siempre vale más que veinte de uniforme». Instruyó al jefe del FLN en Argel, Saadi Yacef, que «matase a todos los europeos de edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta y cuatro, pero no a las mujeres, los niños ni los ancianos». El objetivo de esta nueva campaña de terror urbano consistió en lograr la máxima visibilidad internacional para el FLN: «¿Qué es preferible para nuestra causa? ¿Matar a diez enemigos en un *ued* [el lecho seco de un río] y que nadie hable de ello, o matar a un solo hombre en Argel, pero que saldrá al día siguiente en la prensa estadounidense?» [85].

Yacef era un panadero de veintinueve años de edad, que en muy poco tiempo reunió a mil cuatrocientos combatientes al tiempo que construía una compleja red de fábricas de bombas, depósitos de armas y pisos francos en las casas de la kasba, donde residían ochenta mil musulmanes. Uno de sus combatientes más implacables era un antiguo proxeneta, Ali La Pointe, el héroe de la película de Pontecorvo, en la que Yacef se interpretó a sí mismo. Clásico del género de la insurgencia y la revolución, la película es de visionado obligatorio para los soldados desplegados en Irak, a los que se trata de inculcar el mensaje de que ganar una batalla, aunque se esté perdiendo la guerra, es en todo momento pertinente. En el verano de 1956 casi medio centenar de europeos perecieron por disparos del FLN en una serie de matanzas al azar, llevadas a cabo en el barrio europeo de la ciudad. Probablemente en respuesta a estos ataques, los colonos extremistas (tal vez incluidos también

algunos miembros de la policía local) hicieron detonar una bomba en plena kasba, en la Rué de Thébes, presuntamente para destruir una fábrica de bombas del FLN. Demolió cuatro casas, acabando con la vida de setenta musulmanes entre hombres, mujeres y niños.

En septiembre de 1956, Yacef despachó a tres mujeres jóvenes, de clase media, incluidas dos estudiantes de derecho, al barrio europeo de Argel. Una de ellas posteriormente se casó con Jacques Vergés, el abogado medio vietnamita que defendió a Klaus Barbie, jefe de la Gestapo en Lyon, aunque la pareja ya se ha divorciado. Yacef les recordó la atrocidad de la Rué de Thébes, cuyo efecto fue tanto mayor, según palabras de Zohra Drif, de veintidós años, debido al conocimiento de que los europeos, despreocupados, indiferentes, se encontraban tomando el sol en la playa o nadando en las piscinas de la ciudad, allá abajo, mientras los niños árabes eran sacados de debajo de los escombros. Vestidas como si tuviesen previsto ir a la playa, y con el cabello teñido para pasar por europeas, las chicas pasaron flirteando y sortearon así los puestos de control de los militares franceses. Una de las terroristas fue a una lechería en la que se reunían a menudo las familias para tomar un refresco después de pasar el día en la playa; la otra, acompañada por su madre, fue a un café muy del gusto de los estudiantes, donde se bailaba el raambo; la tercera fue a la terminal de Air France. Colocaron las bombas bzyo las mesas y las mujeres se marcharon. Al estallar murieron un total de tres personas y cincuenta resultaron heridas, muchas de ellas por las astillas de los cristales rotos. Cuando el médico que había dado cobijo a Ramdane Abane manifestó sus protestas, el jefe del FLN respondió así: «Yo no veo que haya una gran diferencia entre la chica que pone una bomba en una lechería y el aviador francés que bombardea una mechta o bien rocía de napalm una *zone interdite*»[86]. Para empeorar más si cabe las relaciones entre los europeos y los musulmanes, a Ali La Pointe se le dio la orden de asesinar al presidente de la Federación Argelina de Alcaldes, Amédée Froger, que a sus setenta y cuatro

años era veterano de la Primera Guerra Mundial y un líder muy popular entre los *pieds noirs*.

El gobernador general de Argelia puso en manos del comandante en jefe recién llegado, el general Raoul Salan, y de su subordinado, Massu, toda la responsabilidad sobre el orden público. Massu era un soldado sumamente distinguido; su jefe de estado mayor, Yves Godard, había sido primero *maquisard* y después veterano en la guerra de Indochina.

Estos hombres recurrieron a la fuerza bruta para imponerse a una huelga general que inspiró el FLN con la intención de causar impresión en las Naciones Unidas cuando comenzaron las sesiones en Nueva York: presionaron intensamente a los huelguistas a que volvieran al trabajo o bien rompieron a la fuerza los candados de los talleres y las tiendas cerrados con motivo de la huelga. Con estas acciones, las autoridades francesas de hecho prohibieron el derecho a la huelga, imposición con la que ya habían corrompido la limitada democracia de Argelia. Yacef respondió a estas medidas despachando a más terroristas jóvenes, mujeres casi siempre, que mataron con sus bombas a cinco personas e hirieron a sesenta en una brasserie, un bar y un café. Dos semanas después, estallaron sendas bombas en dos estadios populares, a resultas de lo cual perdieron la vida diez personas y cuarenta y cinco resultaron heridas. Godard empleó diagramas, a los que llamaba organigramas, basados en la información recibida de sus soplones y de los sospechosos sujetos a tortura, para dar un carácter organizativo más preciso a todos los sombríos adversarios que se camuflaban entre la población civil que habitaba en la kasba. Cada una de las casas fue marcada con un número, y fueron nombrados unos vigilantes de cada manzana, al estilo de los nazis, para hacer un seguimiento de las idas y venidas de los residentes en el barrio. Los informantes encapuchados no tardaban en identificar a los sospechosos de pertenecer al FLN en los cuellos de botella por los que entraban y salían los árabes de la kasba. Los franceses concentraron sus esfuerzos en hallar a los fabricantes de las

bombas y en localizar los almacenes de armas, para lo cual a veces emplearon helicópteros que aterrizaban en las azoteas de noche. Algunos de los fabricantes de bombas optaron por volar ellos mismos por los aires antes que entregarse a los franceses, buena prueba de los deletéreos efectos que tiene la tortura en una resistencia que se ha endurecido y se enquista. Estos métodos dieron por resultado la detención de Larbi Ben M'Hidi, quien supuestamente se ahorcó poco después, cuando estaba retenido por los franceses, aunque en realidad fue ahorcado por Aussaresses en un granero perdido en el campo. Esto dejó a Yacef completamente al mando de la campaña de terror. Yacef comenzó a moverse de un escondite a otro, a veces disfrazado de mujer, con un subfusil ametrallador escondido bajo sus abultados vestidos.

La batalla degeneró en una serie de matanzas al más puro estilo del ojo por ojo, que en 1956 el principal escritor pied noir, Albert Camus, en vano trató de detener por medio de un comité civil de tregua ideado para poner coto al asesinato indiscriminado de inocentes. Cuando dos paracaidistas fueron abatidos al salir de un cine, sus camaradas entraron por la fuerza en un baño turco y descargaron sus balas en el lugar, dejando hasta ocho muertos, la mayoría de los cuales eran mendigos que se guarecían del frío en el lugar. A modo de venganza, el FLN colocó bombas dentro de unas recias farolas de hierro forjado, provocando graves heridas en la cabeza a los musulmanes y a los europeos que pasaban por delante en el momento de estallar, por la descarga de metralla pesada. El 9 de junio, el FLN logró colocar una bomba bajo el quiosco de la música del Casino, lleno a rebosar de personas que el domingo acudían al baile. El director de la banda, Lucky Starway, no tuvo en efecto la suerte que su nombre indica al quedar hecho añicos, mientras a la cantante le arrancó la bomba los pies de cuajo. Perdieron la vida nueve personas y ochenta y cinco fueron heridas; muchas de ellas perdiendo los pies, o las piernas, porque la bomba se encontraba en el suelo y el escenario que ocupaban los músicos apantalló en una sola dirección la estampida de la metralla. Los

hombres de los barrios europeos de clase obrera se pusieron como locos, tratando de linchar a los tenderos árabes de la zona. Cinco personas perdieron la vida y cincuenta resultaron heridas mientras el ejército y la policía hacían la vista gorda, o bien ponían enseguida en libertad a todo el que hubieran detenido por estos cargos. Entretanto, una patrulla francesa logró detener a Yamila Buhired, una de las más estrechas colaboradoras de Yacef, cuando se cruzaron con ambos en la kasba. Yacef quiso disparar contra ella antes de huir. Aunque ella no le traicionó, otras detenciones practicadas al azar, así como el despliegue de agentes en el interior de la kasba, dieron por resultado que el escondite de Yacef, cercano a la Rué Catón, quedase a punto de ser descubierto.

Con anterioridad, Yacef tomó parte en el célebre diálogo con la etnóloga y antigua miembro de la Resistencia gaullista, Germaine Tillion, que había sido encarcelada en Ravensbruck por orden de los nazis. Se coló en la kasba en un intento por convencer a uno de los comandantes del FLN (del cual no sabía que era Yacef), a lo largo de una reunión que duró cuatro horas, de que pusiera fin a los atentados contra civiles. Sus encuentros fueron reveladores:

> «No somos criminales, ni asesinos [dijo Yacef]». Con tristeza, y con firmeza, le contesté: «Ustedes son unos asesinos». Quedó unos momentos desconcertado, tanto que no dijo nada y pareció sofocarse. Luego, con lágrimas en los ojos, me dijo exactamente estas palabras: «Sí, señora Tillion. Somos asesinos [...] Esa es la única forma que tenemos de expresarnos».

Yacef le aseguró que un antiguo amigo suyo, un *pied noir*, había muerto en el atentado del Casino, y que la prometida de este hombre había perdido las dos piernas. Accedió a poner fin a los atentados indiscriminados contra los civiles, y demostró ser un hombre de palabra hasta que fue capturado.

El paradero de Yacef se desveló cuando Godard capturó a su principal correo con el mundo exterior. Este hombre también reveló a Godard los contactos secretos que se habían dado entre Tillion y Yacef, cosa que a sus captores molestó especialmente, por saber entonces que se habían producido con la complicidad del gobierno francés. Los paracaidistas de Godard encontraron a Yacef escondido en un lugar de la Rué Catón, desde el cual lanzó varias granadas y bombas de *plastique* para ganar algo de tiempo y quemar documentos cruciales. Junto con su compañera, Zohra Drif, terminó por rendirse para no morir por inhalar el humo. Al otro lado de la calle, Ali La Pointe pudo darse a la fuga sin que nadie reparase en él. Fue finalmente localizado en otro escondrijo, en donde estaba agazapado, resignado, con Hassiba Ben Buali y Petit Ornar, de doce años. Negándose a rendirse, los tres murieron cuando unas bombas ideadas para poner al descubierto su escondrijo hicieron detonar un almacén de explosivos que destruyó varias casas. Perecieron en la explosión diecisiete vecinos musulmanes, incluidos cuatro niños. La batalla de Argel había concluido, y el ejército francés había salido vencedor, aunque sus deshonrosos métodos le iban a llevar a perder la guerra.

La cúpula interna del FLN en Argelia huyó a Túnez, donde los «externos» les culparon de la huelga general fallida, de la campaña de terrorismo urbano fallida y de haber entregado a los franceses en bandeja el mayor golpe propagandístico, que ya habían comenzado a llamar el Dien Bien Phu del FLN. Peor aún es que los franceses entonces estuvieran diezmando al FLN en el campo, al tiempo que instalaban vallas de alto voltaje y sembraban campos de minas, con tropas acuarteladas a intervalos de dos kilómetros, para impedir que el FLN pudiera lanzar ningún ataque desde Marruecos o desde Túnez.

El 584° Batallón de Infantería estaba acuartelado en el sur del Sáhara, en las proximidades de Tizi-Uzu, Ued Chair y Ain Rich. Hasta que el capitán Jean Pouget tomó el mando, se trataba de un contingente indisciplinado cuyos soldados habían destrozado el tren

que los llevó a Marsella, donde tomarían el barco a Argelia. Pouget, resistente durante la guerra que por muy poco se había librado de la ejecución a manos de los nazis, y que había pasado cinco años en un campo de prisioneros del Vietminh después de Dien Bien Phu, resolvió poner orden en la tropa. Los robos y los actos de vandalismo se castigaban obligando a todo el batallón a dormir a la intemperie, con temperaturas que de noche rondaban los cinco grados bajo cero. Por haber sido torturado en su día, Pouget prohibió el trato abusivo con los cautivos del FLN. Cuando se encontraba con un cautivo al que un soldado raso hubiera maltratado, el capitán a éste lo abofeteaba dos veces: «Esto por parte del prisionero —le decía—.Y no olvide que este prisionero es un soldado desarmado. Ha dejado de ser un enemigo, y mañana podría ser un amigo. Mientras yo esté al mando de este batallón, a los prisioneros se les tratará como si fueran camaradas nuestros. ¡Desátelo! Médico, vea cómo tiene las heridas». Rutinariamente, los prisioneros del FLN se sentían tan desbordados por este tratamiento que aportaban información a mansalva, aun cuando no se les hubiera interrogado. Tampoco toleró Pouget el menor abuso con los civiles de la región, llegando a aprisionar a un teniente que había rodeado con el brazo por la cintura a la hija de un dignatario, y ordenándole después que barriese el patio del cuartel. Creía también de todo corazón en la operatividad de las Secciones Administrativas Especializadas (SAS). Se trataba de avanzadillas con un personal compuesto por jóvenes oficiales que hablaban el árabe y que obtenían información al tiempo que se dedicaban a mejorar la ganadería, la educación, los sistemas de irrigación y las provisiones médicas de la región correspondiente. Iban de un poblado a otro, escuchando más que hablando con los habitantes. Si tenían problemas con las ovejas, el oficial de las SAS instalaba un puesto de desinfección sin hacer preguntas. También empleaban unidades médicas móviles e incluso ponían cines al aire libre para ganarse la simpatía de los lugareños. Mandaban a donde fuese a sus médicos, que se acogían a la protección de los más ancianos

del lugar para romper en cierto modo la presión que ejercía el FLN sobre la población. Un estudiante de filosofía de veintiún años se presentó voluntario para llevar una escuela en una remotísima aldea. Se hizo muy popular. Cuando el FLN lo asesinó, Pouget no tomó ninguna represalia, a la espera de que los ancianos del lugar pidieran protección a los franceses. Mediante esta clase de cálculos, a veces se ganan las guerras contra la insurgencia[87].

El FLN también se halló frente a la pesadilla de una posible escisión étnica entre árabes y bereberes cuando un comandante árabe del FLN asesinó a su comisario político, un bereber, del que supuso que abusaba de las mujeres árabes. Se rodeó entonces de sus hombres en condición de *harkis*[*] o irregulares musulmanes, que rápidamente fueron más numerosos que los propios musulmanes argelinos que luchaban en las filas del FLN. La inteligencia francesa también logró insertar agentes del máximo nivel en el FLN, sembrando el miedo y la paranoia asesina en sus filas. A la vista de estos contratiempos no es de extrañar que hubiera agrias recriminaciones y constantes luchas de poder dentro de la cúpula del FLN, implicando sobre todo el viaje a Marruecos, en diciembre de 1957, de su dirigente más carismático, Ramdane Abane, para ser allí estrangulado por orden de cinco coroneles de wilaya que cada vez tenían mayor ascendencia en el FLN. En un comunicado se anunció que había sido asesinado por obra de los franceses mientras se encontraba en misión secreta en Argelia. A medida que las fuerzas externas del FLN se iban profesionalizando, y desempeñaban un papel cada vez más importante en la lucha, el liderato pasó a mano de figuras como el coronel Huari Bumedián, un hombre taciturno y adusto que llegaría a ser el segundo presidente electo de Argelia.

La recuperación del FLN tras la derrota aparente se debió paradójicamente a las tensiones entre los franceses victoriosos. El éxito cosechado en la batalla de Argel se les subió a la cabeza a muchos oficiales del ejército regular, quienes, siendo ya de manera explícita favorables a la minoría de los *colons*, se impacientaron

ante la sucesión de políticos indecisos que iban a determinar sus destinos desde París. El 8 febrero de 1958 provocaron un grave incidente internacional cuando, en respuesta a un disparo antiaéreo del FLN hecho desde la vecina Túnez, ordenaron que varios bombarderos arrasaran la localidad de Sakiet, bombardeo en el cual perecieron ochenta personas. Fue un ataque que jamás autorizó el gobierno francés y que provocó la ira internacional. Por si fuera poco, desde el desastre de Palestro el público francés en general comenzaba a cuestionar el coste, tanto humano y moral como puramente material, que entrañaba el respaldo a la presencia de los *pieds noirs* en Argelia. Una cosa era que las tropas regulares, la Legión Extranjera y los harkis perecieran en una guerra que se desarrollaba en las zonas despobladas de Argelia, pero otra cosa muy distinta era que el servicio militar obligatorio exigiera la presencia allí de los hijos de familias residentes en la metrópoli. El descontento se extendió hasta llegar al ejército cuando los soldados de reemplazo obligatorio se emplearon en el control de zonas de matorral y de desierto, mientras los paracaidistas acaparaban el glamour, las chicas y la gloria en las ciudades. La manera de llevar la guerra, y en concreto el uso sistemático de la tortura, también desacreditaron a Francia a ojos del mundo entero, por más que las tácticas terroristas empleadas por el FLN llegaran al extremo de destripar alegremente a los presos y a reventar la cabeza de los niños a golpes contra las paredes. Los torpes intentos del gobierno francés por censurar toda información sobre la tortura resultaron contraproducentes, ya que no estaba en sus manos el control de la prensa internacional, y el empleo de la tortura contra los europeos partidarios del FLN representó una catástrofe en el campo de las relaciones públicas.

En mayo de 1958, los *colons* lanzaron un desafío directo al gobierno francés cuando obligaron a Lacoste a renunciar al cargo —debido al fracaso del gobierno en su intento por impedir que el FLN llevara a cabo ejecuciones de represalia— y proclamar a un reacio general Massu presidente de un Comité de Seguridad Pública. Con

este trasfondo, Salan amenazó con ampliar este golpe a la propia Francia, llevando a los paracaidistas incluso hasta Córcega durante la llamada Operación Resurrección, ideada para aupar al general Charles de Gaulle al poder. Mientras los parisinos escrutaban el cielo a la espera de ver caer en masa a los paracaidistas, el anciano presidente René Coty convocó a De Gaulle y le otorgó el derecho a gobernar por decreto durante seis meses, además de preparar la redacción de una nueva constitución para la Quinta República. Jugando sus cartas con sumo cuidado, De Gaulle tenía una concepción de Francia que se hallaba muy por encima de la sórdida guerra de medio pelo que se estaba librando en Argelia, una Francia que había de ocupar un lugar preponderante en un mundo en el que el poder económico y las bombas nucleares serían índice más seguro del poder global que una mera retahila de colonias en las que se enquistaban las disputas entre los dinosaurios coloniales y los movimientos de liberación nacional.

De Gaulle viajó a Argelia a comienzos de junio de 1958, en donde se deshizo en elogios del ejército, afirmó «haber entendido» el amotinamiento de los *colons*, y en el fondo entreabrió una puerta a los «franceses musulmanes» a los que el FLN momentáneamente había llevado por mal camino, ofreciéndoles un acuerdo de paz que pondría a salvo el honor de los enemigos de Francia. Su Plan Constantina, en aquel otoño, prometió el sufragio universal, un colegio electoral único y una representación de los argelinos musulmanes en dos terceras partes del parlamento metropolitano. Era preciso acelerar la integración por medio de reformas económicas y educativas de choque. La nueva constitución iba a ser una prueba de fuerza con el FLN. Y el FLN perdió, al menos si se tiene en cuenta que casi el 80 por ciento de los musulmanes se presentaron a votar, y el 96,6 por ciento votaron a favor de la aprobación de la constitución de la Quinta República. El FLN respondió anunciando la creación de un Gobierno Provisional con base en Túnez, con Ferhat Abbas, hasta entonces moderado, como presidente, y el encarcelado Ben Bella como vicepresidente. Esta

entidad rechazó el Plan Constantina y la oferta que extendió De Gaulle de una honorable *paix des braves*. Peor aún fue que en noviembre el FLN lograse disuadir a todos los personajes de nota de que se presentasen a la elección ante el colegio electoral, subrayando de ese modo el hecho de que los franceses tendrían que hablar con sus representantes. Paradójicamente, De Gaulle tuvo bastante más éxito a la hora de contener al ejército —el general Salan dejó el puesto a Maurice Challe—, que entonces prácticamente aplastó al FLN en tres de las wilayas. De ese modo se desplazó el centro de la actividad militar del FLN a Marruecos y a Túnez, donde las fuerzas casi regulares podían recibir un mejor adiestramiento y estar mejor equipadas gracias a la constante llegada de armamento procedente de China y del bloque soviético.

En septiembre de 1959 De Gaulle dio una serie de alocuciones por radio y televisión en las que hizo un primer y muy calculado intento de jugar con el concepto de «autodeterminación». Un referendo sobre esta cuestión sería posible siempre y cuando se estableciera la paz y se mantuviera por un plazo de cuatro años. El FLN rechazó estas propuestas, ideadas para pasar en realidad por encima de su cabeza, aun cuando supusieran la primera resquebrajadura en la moral nacionalista y henchida de los franceses. Por contraste con los colonos más militantes, que percibían la traición, desencadenó una revuelta de una semana de duración en enero de 1960, que fue vista con simpatía entre otros espíritus de la misma mentalidad dentro del ejército regular, ya que los *colons* chocaron violentamente con los gendarmes franceses y la policía antidisturbios. Aunque De Gaulle fue capaz de emplear sus apariciones en radio y televisión para mantener durante dos años en posición reglamentaria a la soldadesca, muy inconstante, durante ese tiempo tanto la intransigencia de los *colons* como las lealtades inciertas del ejército iban a ser el mayor de los obstáculos para lograr una rápida solución de la pesadilla que se vivía en Argelia.

La desunión en el seno del FLN fue un obstáculo adicional, por hallarse excesivamente dividido entre los partidarios de la

acomodación y los maximalistas, representados éstos sobre todo en las formaciones armadas. En aquel verano, De Gaulle optó por dividir al FLN, para lo cual mantuvo conversaciones clandestinas en Melun con líderes disidentes de la wilaya 4, en el sur de Argel, que estaban desencantados ante el liderazgo externo de la organización. Aunque estas conversaciones quedaron en nada, y estos disidentes fueron con posterioridad asesinados por el FLN y los franceses, supusieron una presión enorme sobre la cúpula del FLN a la hora de iniciar sus propias negociaciones. En noviembre, De Gaulle abrió la puerta un poco más al decir en un discurso público que era capaz de concebir una república argelina, idea preparatoria para un referendo en Argelia y en Francia sobre la autodeterminación de Argelia.

En febrero de 1956, Ferhat Abbas oyó comentar lo siguiente a un manifestante *pied noir*: «El FLN nos ha enseñado que la violencia es beneficiosa para los musulmanes. Vamos a organizar la violencia por parte de los europeos y demostraremos que también es beneficiosa». Durante 1960, los más extremistas de los *colons* se organizaron dentro del Front de l'Algérie Française (FAF). Sus partidarios entre los notables de la metrópoli eran personas como Jacques Soustelle, el político de centro derecha Georges Bidaulty los generales Jouhaud y Salan. En diciembre, cuando De Gaulle visitó Argelia, pero no Argel, la facción más implacable de la FAF trató de asesinarlo. Abucheado por los *colons* allí donde fuera, el presidente recibió en cambio los respetuosos saludos de los musulmanes argelinos. El 11 de diciembre, el FLN organizó una enorme manifestación de sentimiento nacionalista en la capital, inundada de banderas y estandartes verdiblancos, del FLN. A comienzos de 1961, en torno al 75 por ciento de los votantes metropolitanos se mostraron a favor de la autodeterminación de Argelia, aunque el porcentaje se redujo al 55 por ciento en toda la colonia, donde el FLN quiso imponer un boicot musulmán. En este mismo mes, De Gaulle prohibió las actividades de la FAF, cuyos partidarios más vehementes formaron la OAS, con una dirección

tripartita que encabezó en el exilio el propio Salan. Sorprendentemente, el general Maurice Challe, ya jubilado, viajó a Argelia para hacerse cargo del *putsch* militar que estaba planeando la OAS.

La noche del 21 abril de 1961, el Primer Regimiento de Paracaidistas de la Legión Extranjera se apoderó de las instalaciones gubernamentales y de seguridad de Argel y tomó cautivos al comandante militar y al delegado del gobierno. A la mañana siguiente, Challe difundió por radio la comunicación de que había asumido junto con sus colegas el poder en Argelia y el Sáhara. Sin embargo, el golpe no recibió el apoyo del comandante de la región de Oranie, mientras el comandante de la región de Constantina vaciló. El ejército, en la Francia metropolitana, siguió leal al gobierno de De Gaulle. Desbaratado desde el primer momento, el golpe fracasó cuando Challe se rindió a las autoridades y el resto de los líderes huyó al extranjero. De Gaulle aprovechó la oportunidad para reordenar el alto mando del ejército. De este modo, el medio principal por el cual quiso Francia hacer frente ai FLN se había desactivado por sí solo. Cuando el putsch dio paso a la violencia nihilista de la OAS, De Gaulle empleó a Georges Pompidou para establecer contactos clandestinos con la cúpula del FLN en el exterior. Las conversaciones comenzaron en Evian; Belkacem Krim y los delegados del FLN tuvieron que ir y venir desde Suiza, territorio neutral. La OAS asesinó al alcalde de esta localidad en un gesto tan bárbaro como irrelevante. Los franceses declararon un alto el fuego unilateral y pusieron en libertad a miles de prisioneros para dar muestras evidentes de su buena voluntad. Tras una serie de reuniones, las conversaciones se suspendieron debido a la negativa del FLN en cuanto a otorgar a los colonos europeos la doble ciudadanía y a reconocer la exigencia de Francia de que el Sáhara, con su enorme riqueza en gas y petróleo, nunca había sido parte integrante de Argelia.

A medida que este futuro se organizaba en una lejana localidad del Jura, la OAS desarrolló una estructura organizativa que le

permitió dar soporte a sus quinientos terroristas en los llamados grupos Delta. Fueron reclutados entre los *colons* más ultras, entre los soldados encolerizados por lo que entendieron como una bajada de pantalones por parte de De Gaulle y entre los criminales del hampa, que por parte de los musulmanes tampoco carecían de representación en las filas del FLN. En la medida en que tuvieran alguna idea coherente a largo plazo —y la carencia de ésta no había sido tampoco un obstáculo para el FLN—, estas ideas constaban a lo sumo de la admiración por la dureza con que actuaba la Haganah sionista y la implacable realidad del *apartheid* en Suráfrica. A la vez que se sucedían los cánticos apremiantes y los gritos a coro —«*Al-gé-riefran-Qaise!*»—, que pasaron a ser una suerte de contrapunto de los alaridos del FLN, los hombres de los grupos Delta comenzaron a emplear explosivos plásticos y pistolas e incluso puñales para asesinar a los europeos de mentalidad liberal o a los miembros de mayor rango de la policía. La violencia escaló hasta los tiroteos indiscriminados, hechos desde vehículos en marcha contra cualquier grupo de musulmanes inocentes, como sucedía tras cada atentado del FLN. La guerra llegó a Francia cuando, por respuesta a las órdenes del ejército para eliminar a la OAS, sus operativos volaron la vivienda parisina del jefe del estado mayor, atentado en el que la esposa del general se salvó por poco. Irónicamente, los detectives franceses en Argel no tardaron en recurrir a los organigramas para captar las estructuras organizativas de la OAS, muchos de cuyos miembros habían ayudado a construir aquellos mismos diagramas en la guerra contra el FLN.

Sin tener ninguna certeza de las lealtades de la policía local en Argelia, los dirigentes antiterroristas en Argel recurrieron a los barbouies, un tanto fantásticos ya en su apodo, «los falsos barbudos», que eran un hatajo de tipos duros encontrados en los bares, vietnamitas y judíos argelinos, que colectivamente parecían salidos de una película de Humphrey Bogart. Como los vietnamitas necesariamente llamaban la atención, los grupos Delta de la OAS localizaban su paradero con relativa facilidad. Una casa «secreta»

voló por los aires en un devastador despliegue de poderío armado; su reemplazo fue demolido cuando los Delta pasaron de contrabando una bomba de gran potencia dentro de un cajón de embalaje en el que había una imprenta, artefacto con el que despedazaron en el acto a muchos de los barbouzes. Los restantes quisieron huir del país, pero fueron acorralados en un hotel; los cuatro hombres que lograron salir cuando la OAS tiroteó el recinto quedaron atrapados en un coche y murieron calcinados.

Por desgracia para la OAS, la variopinta banda de los barbouzes había supuesto una grave distracción respecto de las actividades de un equipo de expertos policías metropolitanos, doscientos hombres en total, que emplearon todos sus conocimientos en desmantelar a la OAS, con rotaciones bimestrales para abandonar Argelia y evitar el trato estrecho con la comunidad de los europeos. Con el fin de dar mayor publicidad a su causa en la metrópoli, la OAS amplió la campaña de terror al continente. Hubo una serie de intentos de asesinato contra De Gaulle, cada vez más osados, el más certero de los cuales lo desbarató la pericia del chófer del presidente, así como hubo planes enloquecidos para derribar la torre Eiffel. La mayoría de los tiroteos y plastiquages de la OAS tuvieron por objetivo a los destacados adversarios de la guerra en Argelia, entre ellos la sede central del Partido Comunista y el propio Jean-Paul Sartre, el detestable académico que tanto entusiasmo puso en los efectos purificadores de la violencia política. En febrero de 1962, el intento de la OAS para asesinar al ministro de Cultura se torció gravemente cuando la bomba que le estaba destinada lanzó cuatrocientos fragmentos de cristal contra la cara y el cuerpo de Delphine Renard, una niña de cuatro años que jugaba en la vivienda de la planta baja. Quedó ciega de un ojo y seriamente desfigurada. La grandilocuente cobertura que la prensa dio a esta atrocidad desembocó en una pequeña manifestación de la izquierda y de los sindicatos católicos al día siguiente, que terminó con escenas de violencia policial en la estación de metro de Charonne, donde la policía arrojó a la gente por las escaleras y se produjo la muerte de

ocho personas. Al día siguiente, medio millón de manifestantes se echaron a la calle.

Se reanudaron las conversaciones en Yéti, en los altos del Jura, a comienzos de 1962, cuando el FLN comenzó a tener serias preocupaciones tanto por el gobierno francés como por la campaña de terror indiscriminado desencadenada por la OAS. Sólo en febrero, esta situación dio por resultado la muerte de 553 personas. Los toques de queda y otras medidas de control tan sólo trajeron consigo que los asesinos se movieran en secreto por las calles de Argel y de Orán. En estas conversaciones, Francia renunció a sus exigencias sobre el Sáhara, aunque obtuvo a cambio derechos de explotación y de producción con un plan de arrendamiento, y el FLN permitió además que Francia mantuviera instalaciones aéreas y navales, al tiempo que Argelia se mantuvo dentro de la zona monetaria del franco. Los argelinos aún serían bienvenidos si decidían ir a trabajar a Francia, con la cual se establecieron acuerdos comerciales preferentes. Francia concedería a Argelia un generoso paquete de ayudas para facilitar la transición a la independencia. Este acuerdo fue aprobado por abrumadora mayoría en referendos celebrados en Francia y Argelia.

Cuando se tuvo noticia de este acuerdo en la cúpula de mando de la OAS, Salan ordenó un ataque indiscriminado contra cualquier otra manifestación de la autoridad gubernamental, que aparentemente se centró en los carteros, los corresponsales de prensa extranjera y las floristas callejeras. Muchos de estos tiroteos fueron realizados desde vehículos en marcha. Los asesinos de la OAS también fueron por Mulud Feraun, que fue asesinado junto con otros cinco educadores franceses y musulmanes al más puro estilo de Chicago, mientras conversaban sobre la educación vocacional para los niños argelinos sin techo. Aunque los Acuerdos de Evian parecieran dar protección a los derechos de los *pieds noirs*, la OAS hizo caso omiso del alto el fuego estipulado en ellos, y lanzó un ataque con mortero contra una plaza en la que los musulmanes celebraban la proclamación de la independencia de Argelia.

Siguieron otros ataques asesinos de la OAS contra la policía francesa y los soldados de reemplazo. En respuesta a todo ello, el ejército francés lanzó un ataque en toda regla contra el territorio fuerte de la OAS, el barrio de Bab el Ued, empleando tanques y aviones para reducir a los francotiradores que operaban desde los bloques de viviendas. Cuando los *pieds noirs* convocaron una manifestación en masa para protestar contra este cerco militar, la OAS provocó una masacre disparando desde una azotea contra los Tirailleursargelinos que habían acudido para vigilar la manifestación. Completamente inadecuados para esta misión, recién regresados de dar caza a los combatientes del FLN en el medio rural, estas tropas abrieron fuego y dejaron a cuarenta y seis manifestantes muertos, además de doscientos heridos. A pesar de haber desencadenado esta orgía de violencia, los policías y los soldados pretendían dar caza con toda temeridad a la cúpula de la OAS.

Entre los elegidos se encontraban el propio Salan y Roger Degueldre, el pistolero más temido de la organización; los dos fueron enviados a Francia a cumplir condena en cautiverio. La cúpula de la OAS, incluidos Challe, Jouhaud y Salan, escapó con vida, mientras que los asesinos a sus órdenes, como Degueldre, acabaron ante el pelotón de fusilamiento. En respuesta a estas detenciones, la OAS empleó un potente coche bomba para acabar con sesenta y dos musulmanes, estibadores que buscaban trabajo en el puerto; por poco se evitó un intento de lanzar un camión cisterna contra la kasba. En un ataque de una mezquindad insólita, la OAS asesinó a siete trabajadoras de la limpieza, todas ellas de edad considerable, cuando iban de camino al trabajo. El cómputo de muertes violentas en aquella semana ascendió a 230 personas. Cuando el FLN respondió con atentados en los bares y cafés conocidos por ser frecuentados por los miembros de la OAS, cien mil europeos abandonaron Argelia, país que la OAS decidió destruir a la vez que era abandonado. A medida que prácticamente todo ardía en incendios provocados, desde las bibliotecas hasta las refinerías de crudo, unos 350.000 europeos se marcharon sólo en

junio de 1962. En total, en torno a 1.380.000 europeos se marcharon del país, además de cien mil judíos argelinos, sobre todo partidarios del FLN, dejando cerca de treinta mil *pieds noirs* en el país. En Orán, cuando unos cuantos fanáticos abrieron fuego sobre el FLN, que ya entraba en la ciudad, una muchedumbre de musulmanes perdió los estribos y salió a degollar a todos los hombres, mujeres y niños que se encontró en el barrio europeo de la ciudad, casi completamente desierto. El martes 3 de julio de 1962, aterrizó en Argel un avión procedente de Túnez en el que viajaba el Gobierno Provisional. El presidente, Ben Yusef BenJeda, llegó en automóvil a Argel, donde lo esperaban cientos de miles de personas que ondeaban banderas verdes y blancas. Se oyeron cánticos y alaridos, sobre todo «*Ya-ya, Dje-za-ir!*», o «¡Viva Argelia!». La paz trajo consigo el comienzo de la lucha entre las distintas facciones del FLN, que tuvo en vidas un coste cercano a las quince mil. También trajo consigo un sangriento ajuste de cuentas con aquellos argelinos musulmanes que habían luchado en el bando de Francia, a la vez que el FLN asesinó a un número impreciso de *harkis*, siendo el cálculo más conservador de unos treinta mil, y el más sensacionalista de ciento cincuenta mil. Un número mucho más reducido logró huir a la metrópoli, donde experimentó de lleno la ingratitud de los franceses y la hostilidad de los argelinos musulmanes que tuvieron por vecinos, los que emigraron en años subsiguientes por no hallar trabajo en Argelia.

Hubo otro aspecto importante en las celebraciones de la liberación de Argelia del yugo colonial francés. Entre los invitados se encontraba Yasir Arafat, cuyo hermano mayor, Gamal, se había hecho amigo del líder del FLN en el exilio, Mohammedjider, cuando se encontraba en El Cairo. Arafat había sido un estudiante y era un militante con conexiones en la Hermandad Musulmana de Egipto, además de tener relaciones de familia con el principal asesor del gran muftí. Era uno de los cinco jóvenes exiliados palestinos que en 1958 trabajaban en Kuwait y que fundaron un movimiento llamado Fatah, aspirante a conseguir la liberación de Palestina. El nombre se

basaba en las iniciales del Movimiento para la Liberación de Palestina, Harakat Tahrir Filastin, leídas al revés. Leídas al derecho daban la palabra *Hataf*, es decir, «Muerte». Al revés, la palabra significa «Conquista». Inicialmente eran una veintena de miembros que hicieron solemne juramento antes de ingresar en la estructura formada por diversas células:

> *Juro por Dios Todopoderoso,*
> *juro por mi honor y mi convicción,*
> *juro que me dedicaré de verdad a Palestina,*
> *que trabajaré activamente por la liberación de Palestina,*
> *que haré todo cuanto esté en mi mano,*
> *que no desvelaré los secretos de Fatah,*
> *que éste es un juramento voluntario y que a Dios pongo por testigo.*

Arafat había ido inicialmente a Kuwait a trabajar como ingeniero en la construcción de carreteras. Desde este punto de partida desarrolló distintos intereses empresariales en el sector de la construcción, todo lo cual le permitió viajar y reclutar adeptos entre los profesionales de la muy extendida diáspora palestina en los países del Golfo y en Europa occidental. Jalil al Wazir, amigo de Arafat, también conocido con el nombre de Abu Yihad, pasó a ser jefe a pleno empleo de la delegación de Palestina en Argelia, que junto con la Siria del partido Baaz fue en aquel entonces el patrono más valioso de la causa palestina. Las relaciones cordiales con el frío Bumedián permitieron a Al Wazir montar un campo de adiestramiento para guerrilleros en Blida, además de enviar a unos cuantos escogidos a la Academia Militar de Cherchel. Tuvo que haber sido aquél un ambiente embriagador, ya que los palestinos conocieron a leyendas vivas de la talla de Ernesto Che Guevara y establecieron contactos con los diplomáticos extranjeros, todo lo cual dio por resultado la primera visita de Arafat a China a comienzos de 1964[88].

En esta época, Fatah no pasaba de ser una de las muchísimas organizaciones que afirmaban representar al pueblo palestino. En enero de 1964, una cumbre árabe celebrada en El Cairo había

servido para la creación de una Organización para la Liberación de Palestina bajo los auspicios de un diplomático y abogado llamado Ahmad al Shuqairi, que tenía sin embargo la nada diplomática costumbre de exigir que los judíos fueran arrojados al mar. Peor aún fue que Al Shuqairi hablase de establecer un brazo armado de la OLP, quedándose de ese modo con todo el potencial de adeptos que podría reclutar Fatah. Empleando a Wazir como intermediario, Arafat propuso que los palestinos copiasen el ejemplo de los sionistas y que Fatah actuase como el equivalente terrorista del Irgún o el Lehi, siendo la OLP la versión del ejército clandestino de la Haganah que estaba a las órdenes de la Agencia Judía. Los recursos de Fatah, sumamente limitados entonces, dieron lugar a una serie de debates estratégicos entre los llamados «cuerdos», los que abogaban por la cautela, y los «dementes», incluido Arafat, que defendían que incluso un ataque aparentemente fútil contra Israel podría provocar una reacción en masa que reforzase la causa de Fatah. Se alcanzó por el momento un compromiso entre las dos facciones, encaminado a que Fatah creara una formación armada y seudónima, llamada Al Asifa, o «La Tormenta», cuyos fracasos serían desmentidos por Fatah, en un acto de disimulo que se había de repetir en los años setenta, pero con la organización Septiembre Negro, mucho más letal.

Los primeros fedayines fueron veintiséis hombres armados, con tres armas en total y la financiación que procedía de un modesto crédito bancario. Su primera campaña no fue demasiado impresionante: un grupo fue arrestado por los libaneses mientras que el ejército jordano se responsabilizó de la primera víctima al abatir a un guerrillero palestino que regresaba desde Israel y atravesó la frontera. A pesar de la inmensa disparidad existente entre la retórica de Fatah y sus ridículos ataques contra las estaciones israelíes en las que se bombeaba el agua, lanzados desde sus bases en Jordania, comenzaron a recibir dinero de los kuwaitíes ricos y de nuevos benefactores como el sheij Ahmed Zaki Yamani, saudí. Un diplomático saudí de Ankara fue el encargado de

conducir un cargamento de armas a Fatah, procedente de Turquía, atravesando Siria y Líbano. Paradójicamente, la rápida e inapelable derrota que inflingió Israel a las naciones árabes en la guerra de los Seis Días, en junio de 1967, benefició notablemente a Fatah, mientras que otros rivales más radicalizados, como el Frente Popular para la Liberación de Palestina, marxista-leninista, del doctor George Habash, entraron entonces en escena resueltos a revolucionar la totalidad del mundo árabe y a derrotar el imperialismo de Estados Unidos[89]. En vez de fiarse de los nada sólidos patrones árabes, Arafat convenció a sus colegas de Fatah para organizar la actividad guerrillera dentro de los territorios recién ocupados por Israel. Aunque la respuesta fuese más bien pobre en Cisjordania, y aunque los israelíes rápidamente matasen o capturasen a muchos de los combatientes de la guerrilla, otros cuatrocientos voluntarios palestinos viajaron a Argelia desde Alemania para recibir adiestramiento militar. Fatah también creó las bases necesarias para realizar incursiones atravesando la frontera fluvial entre Jordania e Israel, que de hecho se podía vadear de noche empleando balsas bastante primitivas. Con el fin de incrementar la alarma del rey hachemita, Jordania pasó a ser para Fatah lo que era Hanoi para el Vietcong. Los israelíes respondieron a los ataques con fuego de artillería y con algún ocasional ataque aéreo.

El 18 de marzo de 1968, un autobús escolar israelí pisó una mina colocada por Fatah, atentado a resultas del cual murieron un médico y un chiquillo, y resultaron heridos veintinueve niños. Bien informado, gracias a un apunte de la CIA a sus anfitriones jordanos a propósito de la masiva represalia que se preparaba en Israel, Arafat tomó la arriesgada decisión de plantar batalla a los israelíes en un campamento base de la frontera, en Karameh, que era uno de los poquísimos reasentamientos rurales de los palestinos que había tenido éxito gracias al Organismo de Socorro y Obras Públicas de la ONU [UNRWA en sus siglas en inglés], que administraba los campamentos de refugiados palestinos. Nada más adecuado que el

nombre, que significaba «Dignidad» en árabe. La operación israelí se torció cuando los paracaidistas enviados a cortar la retirada de los guerrilleros hacia los cerros de los alrededores cayeron en una emboscada del FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina) de Habash, mientras que el contingente principal de las fuerzas militares topó con una división regular del ejército jordano comandada por un general afín a la causa de los palestinos, que tras un encarnizado combate obligó a los israelíes a batirse en retirada con bastantes bajas: veintiocho muertos y casi setenta heridos. Fatah perdió cerca de 150. Los guerrilleros de Fatah se distinguieron en el combate, incluidos los diecisiete hombres que perdieron la vida al disparar prácticamente a quemarropa granadas con lanzacohetes contra los tanques enemigos, hazaña conmemorada por los guardaespaldas de élite de Arafat, llamados en lo sucesivo Fuerza 17. Los líderes de Israel y Jordania conspiraron para hacer de este incidente una «victoria» de Fatah, y no de Jordania. El movimiento recibió entonces una inundación de voluntarios, mientras por vez primera el nombre del misterioso comandante que presuntamente fue responsable de la derrota de Israel se exhibió en el extranjero: se trataba de Abu Ammar, nombre de guerra que había adoptado Yasir Arafat. La causa palestina adquirió entonces un rostro de barba rala, cubierto por la tradicional *keffiyah*, a cuadros, con gafas de sol cerradas y un árabe de acento marcadamente egipcio, que pasaba sin previo aviso a un inglés a duras penas chapurreado ante un número creciente de periodistas occidentales deseosos de entrevistarlo.

Emulando una vez más a los sionistas, Arafat empleó los recursos cada vez mayores de que disponía Fatah gracias a la riqueza petrolera de Libia y de Arabia Saudí para ramificarse en una serie de instituciones no militares, en una suerte de Estado a la espera del momento de nacer, que también fue marginando poco a poco la autoridad del UNRWA en los campamentos de refugiados. Aunque Nasser, el presidente de Egipto, recelase de las conexiones de Arafat con la Hermandad Musulmana, tras un encuentro crucial

que celebraron en abril de 1968 ofreció al dirigente de Fatah su protección, y esto permitió a los palestinos realizar su adiestramiento en las bases militares de Egipto y comenzar a emitir en su propia radio, la Voz de Fatah, desde El Cairo. Con considerable astucia, Arafat logró obtener apoyo financiero de los saudíes, ultraconservadores, para adquirir armas de los comunistas chinos, quienes también proporcionaron armamento al FPLP. De Gaulle, presidente de Francia, permitió a Fatah abrir su primera misión oficial en Europa precisamente en París, desde donde los palestinos pudieron forjar contactos con la nueva izquierda, cuya simpatía dejó de estar con el FLN para respaldar la causa palestina, que comenzó a ser la causa internacional más de moda en el momento. Con otro gesto de especial destreza, Fatah por fin se apoderó de la moribunda Organización para la Liberación de Palestina, beneficiándose así de sus conexiones con los líderes del mundo árabe y con el errático mandato del llamado parlamento palestino. En febrero de 1969, los líderes de Fatah instalaron en el Consejo Nacional Palestino a Arafat, que fue nombrado presidente del Comité Ejecutivo de la OLP. Aunque existía en efecto un parlamento, el *modus operandi* era más propio del centralismo democrático del marxismo— leninismo que de cualquier democracia occidental. También se declaró un compromiso explícito e inequívoco en lo referente a la lucha armada, único medio a su alcance para lograr la liberación de Palestina. En aquel mes de diciembre, Arafat asistió en su condición de líder de los palestinos, junto con otros líderes de países árabes, a una cumbre celebrada en Rabat, sin ser consciente de que sus temores, si acaso, deberían tener más en cuenta a algunos amigos reunidos en torno a su mesa que a los propios enemigos israelíes.

TERRORISTAS A REGAÑADIENTES

El régimen recién creado por el FLN en Argelia también alentó las esperanzas de otra lucha de liberación en la otra punta del

continente africano. A comienzos de 1962, un africano de mediana edad y de estatura considerable se encontraba en las afueras de una polvorienta aldea de Marruecos llamada Oujda, donde pidió prestados los prismáticos a un comandante del FLN para echar un vistazo a las tropas francesas que operaban al otro lado de la frontera, allí mismo, en Argelia. Sus uniformes le recordaron los de la Fuerza Surafricana de Defensa. La campaña del FLN contra el régimen colonial de Argelia parecía la contrapartida más cercana en el mundo contemporáneo a la lucha del Congreso Nacional Africano [ANC en sus siglas en inglés], contra el gobierno de la minoría blanca en Suráfrica. Al día siguiente, Nelson Mandela asistió a un desfile militar que honró a Ahmed Ben Bella, recientemente puesto en libertad, y vio desfilar a los combatientes del FLN provistos de armas modernas, además de portar lanzas y hachas. En retaguardia, un enorme africano marcaba el compás con una maza ceremonial, dirigiendo a una banda militar del FLN. Hubo un caluroso destello unidad étnica.

Poco tenía de soldado Mandela, si bien se encontraba en el norte de África por ser el líder del recién fundado Umkhonto we Sizwe (MK), o Lanza de la Nación. Este iba a ser el brazo armado del ANC. Descendiente de un clan xhosa estrechamente relacionado con la casa real del Transkei, Mandela había recibido una más que decente educación al estilo británico en varias escuelas metodistas, antes de licenciarse en derecho e iniciar su propia y productiva carrera de abogado (para los negros) en Johannesburgo, donde compartió bufete con su amigo Oliver Tambo. La pose que adoptaba de ser un mero pueblerino se hallaba en marcado contraste con un hombre de tan gran inteligencia política, que se había radicalizado a raíz de los mil y un desdenes cotidianos que entrañaba el *bsaskap*, el señorío de los blancos:

> Ser africano en Suráfrica significa que uno está politizado desde el momento en que nace, tanto si lo reconoce como si no. Un niño africano nace en un hospital Sólo para Africanos,

es llevado a casa en un autobús Sólo para Africanos, vive en una zona Sólo para Africanos y asiste a una escuela Sólo para Africanos, en el supuesto más bien dudoso de que llegue a asistir a una escuela. Cuando crece, podrá encontrar trabajos Sólo para Africanos, alquilar una casa en las barriadas Sólo para Africanos, montar en trenes Sólo para Africanos y verse detenido a cualquier hora del día y de la noche, y recibir la orden de presentar un pase, sin el cual puede procederse a su arresto y puede verse arrojado a la cárcel. Su vida está circunscrita por leyes y normativas racistas que impiden su crecimiento natural, que merman su potencial, que lo dejan impedido para la vida. Ésa era la realidad, que uno podía afrontar de mil maneras distintas

[90].

Tal como había hecho anteriormente en otros momentos de su vida —por ejemplo, cuando quiso entender el derecho romano, o el comunismo—, Mandela recurrió al estudio, esta vez empapándose de cuestiones militares. Viviendo en la clandestinidad, en una granja, tomó prestado el volumen de Clausewitz *Sobre la guerra* que le dejó un amigo que había combatido en el norte de África y en Italia. Siguió leyendo a Castro, a Guevara y a Mao en todo lo relativo a la guerra de guerrillas, además de leer *La revuelta*, de Meriahem Begin. Fortuitamente, Arthur Goldreich, que dio cobertura a Mandela al alquilar una granja en la que el líder del MK pasó ostensiblemente por ser el aparcero contratado para labrar la tierra, había combatido con el Palmach sionista contra los británicos. Acumuló aún más experiencia gracias a Jack Hodgson, otro veterano de guerra, quien mostró a Mandela cómo había que proceder para utilizar la nitroglicerina en las voladuras. El camino hacia la violencia, en gran medida contra objetos inanimados y no contra las personas, conviene resaltarlo, estuvo empedrado de obstáculos, los obstáculos que el *apartheid* había puesto en el camino hacia las aspiraciones de la mayoría de la población.

Los negros africanos estuvieron sometidos a leyes de paso en el siglo XIX, de manera que los británicos restringieron efectivamente sus movimientos de entrada y salida en las Zonas Blancas y en las Zonas de Color. A los negros no se les permitía entrar siquiera en las calles de las ciudades de la Provincia del Cabo o de Natal, y tenían que llevar encima su pase personal, que se les podía exigir en todo momento. Los liberales británicos también se habían reservado tres protectorados en Basutolandia, Bechuanalandia y Suazilandia, hurtados a la Unión de Suráfrica presuntamente para proteger los intereses de los negros dentro de una Unión dominada por los blancos. Estas leyes de paso fueron objeto de una campaña desencadenada por la Convención Nacional Nativa de Suráfrica, fundada en 1912 para coordinar la expresión de las opiniones de los

negros tras recibir por toda respuesta el desprecio de los fundadores blancos de la Unión. El modelo de la campaña no fue otro que la resistencia pasiva que defendía Gandhi, el abogado indio que pasó veinte años viviendo en Natal hasta regresar a su tierra en 1914. Las protestas de los indios (y de los ciudadanos de color, así llamados para distinguir a otras etnias de los negros) obligaron al gobierno a prescindir de las medidas discriminatorias que afectaban a estas comunidades. La resistencia pasiva también fue reflejo del hecho de que la mayoría de los miembros de lo que en 1923 pasó a ser el ANC eran de formación cristiana —lo cual impedía a algunos, como el jefe tribal Albert Luthuli, fomentar la violencia política—, y esto los llevó a recelar también de las maquinaciones del minúsculo Partido Comunista Surafricano. Por si fuera poco, los comunistas habían aspirado a promocionar los intereses de los blancos de clase obrera, tipificados en un eslogan como «Trabajadores del mundo, unios por una Suráfrica Blanca», empleado en la revuelta del Rand, en 1922, durante la cual se empleó a los soldados para abatir a los mineros blancos que se habían declarado en huelga para protestar por la degradación sufrida con la contratación de los negros. Sólo cuando, a resultas de la presión de la Komintern, los comunistas abogaron por una «república nativa e independiente», el Partido Comunista pudo por fin ampliar su influencia dentro del ANC, aunque seguiría suscitando la suspicacia de los panafricanistas, resentidos ante todo papel de preponderancia que asumieran los ciudadanos de color, los indios o los liberales e izquierdistas blancos.

Es importante recordar que el nacionalismo afrikáner también tardó mucho en desarrollarse[91]. La Broederbund, sociedad semisecreta, se creó para fomentar la cultura y la lengua de los afrikáners, y también para practicar una especie de intrusismo trotskista en todas las instituciones de peso, mientras que la Iglesia reformada holandesa dio un propósito trascendental a la versión afrikáner de los trabajos y desvelos de aquel Pueblo Elegido en el hemisferio sur. El poeta y teólogo J. D. du Toit clamaba que las

diferencias raciales formaban parte del orden que Dios había impuesto en la creación. El Partido Nacional fue el vehículo político de expresión de los intereses afrikáners[92].

El estallido de la Segunda Guerra Mundial supuso que, al margen de los anglosurafricanos que se presentaron voluntarios en la RAF, y al margen de la tercera parte de los varones afrikáners que se sumaron a ellos, muchos otros afrikáners sin embargo se mostraran manifiestos simpatizantes del bando nazi, cuyos propagandistas no tardaron en hacer hincapié en los sufrimientos históricos de los bóers y los irlandeses. La emisora de radio de Zeesen también fue muy activa aquí, con un antiguo director de escuela, Eric Holm, en el papel de locutor radiofónico que hizo propaganda pronazi entre los afrikáners. Hubo desagradables peleas callejeras en masa entre los Piojos Rojos, es decir, los hombres uniformados con la insignia del Dominio colonial, y los miembros de la Ossewabrandwag, organización paramilitar. Los elementos extremistas de este movimiento formaron el grupo terrorista llamado Stormjaers, que intentaron sabotear las comunicaciones y terminaron por matar a un inocente al volar por los aires una oficina de correos[93]. Una sociedad en guerra terminó por descompensar del todo muchas de las verdades raciales inapelables que protagonizaban los agricultores y ganaderos del Transvaal. El incremento necesario de la producción durante la guerra también comportó una enorme demanda de la mano de obra que representaban los negros, que de ese modo dejaron sin su concurso las granjas del interior, regidas por los afrikáners, anulando así los esfuerzos desarrollados por el Partido Nacional a lo largo de la década precedente. Smuts, el primer ministro, pareció estar de acuerdo con la abrogación de facto de la segregación hasta que el Partido Nacional, bajo el mando de Daniel Frangois Malan, apretó más en su resistencia. La cháchara idealista angloestadounidense acerca de un mundo mejor en la posguerra supuso una filípica para el ANC, cuya nueva Liga Juvenil se convirtió en el principal campo de cultivo de una generación realmente notable, flexible, resistente,

con futuros líderes como Nelson Mandela, Walter Sisulu y Robert Sobuke. En vez de dividir y gobernar, el gobierno también aceptó las peleas concomitantes con las comunidades de color y con los indios, que iniciaron unos primeros contactos provisionales con el ANC. Por último, los comunistas, cuyo prestigio aumentó con la marcha hacia el oeste de las legiones de Stalin, lograron penetrar en el seno de los sindicatos de los africanos negros, que de ese modo se radicalizaron, lo cual a su vez desembocó en sucesos violentos como la huelga de las minas de oro del Rand, que dieron por resultado la intervención policial a punta de pistola para obligar a los mineros negros a que reanudaran el trabajo.

La victoria del Partido Nacional en las elecciones de mayo de 1948 trajo consigo la llegada al poder del primer gabinete compuesto exclusivamente por afrikáners en la historia de Suráfrica; todos los ministros, salvo dos, pertenecían ala Broederbund. Los afrikáners creían en la discriminación positiva y la practicaban a fondo. Los hombres que cumplían condena por haber incurrido en colusión con la Alemania nazi, delito susceptible de ser considerado alta traición, fueron puestos en libertad, mientras que el vicepresidente inglés del estado mayor de Defensa fue transferido a Alemania y su cargo se dejó vacante. El bilingüismo oficial supuso que muchos de los surafricanos que tenían dificultad para manejarse en inglés perdieran sus empleos, mientras que los afrikáners bilingües los ocuparon. Para aumentar la escueta mayoría parlamentaria de que gozaba, Malan se inventó seis nuevos escaños correspondientes al África del Suroeste, que aún se hallaba bajo el mandato de la ONU. La nueva legislación dificultó aún más a las personas de color de la región de El Cabo la posibilidad de inscribirse en el censo para votar; tras una dilatada batalla legal que se prolongó durante cinco años, se les autorizó a votar únicamente la candidatura de cuatro representantes blancos.

La homogeneidad de la composición de las sucesivas administraciones afrikáners les permitió poner en práctica los principios racistas inherentes a la ideología del *apartheid*, que se

presentó como si fuese una forma de desarrollo disdntivo de cada una de las diversas «tribus» de que constaba Suráfrica. Que este hecho además adquiriese carta de naturaleza por ley le dio una vigencia mucho mayor que la segregación informal que se practicaba en esta misma época en el sur de Estados Unidos; que el imperio de la ley siguiera en gran medida en funcionamiento le daba un tinte menos asesino que en la Alemania nazi, con su vasto Estado supralegal implícito en las SS. Las comparaciones entre el *apartheid* y el nazismo o entre el apartheidy el moderno Estado de Israel en ambos casos pecan de inexactitud y son ofensivamente absurdas, dejando a un lado la generosa representación de judíos surafricanos en el Partido Comunista de Suráfrica y en el ANC.

El *apartheid* se impuso de manera paulatina, a lo largo de varios años, por medio de la legislación; su inspiración intelectual vino dada por los expertos en psicología social y otros campos afines de la universidad de Stellenbosch. Comenzó por una clasificación racial de acuerdo con toscos criterios de pura fisonomía, completamente al margen de las consecuencias ridiculamente perniciosas que tuvo en una sociedad en la que la criollización se hallaba en un estado ya avanzado. Bajo la legislación aprobada en 1949-1950, la raza pasó a determinar con quién podía casarse una persona o con quién podía tener relaciones sexuales. Las Leyes de Áreas de Grupo, de 1950, y la Ley de Enmienda de las Leyes Nativas, de 1952, hicieron de la raza el factor determinante a la hora de precisar dónde podía vivir una persona. La primera dio pie a la evacuación en pleno y al reasentamiento de las personas de color y de los indios lejos de los distritos ocupados por los blancos, al tiempo que trataba de congelar a la población africana negra residente en las zonas urbanas por medio de criterios y restricciones de movilidad intraurbana.

Estos africanos negros fueron en lo sucesivo tratados como trabajadores extranjeros con permiso de residencia en el 87 por ciento de la tierra, reservada a los blancos, las personas de color y los indios, mientras la inmensa mayoría de la población negra fue alojada en el 13 por ciento de tierra restante, a pesar de que

alcanzaban a ser el 80 por ciento de la población total. Estos territorios se dividieron en diez *homelands*, idea consistente en que una vez lograsen la independencia los negros residentes en estos territorios daŕian por olvidada la ciudadanía surafricana. La Ley de Autoridades bantúes de 1953 confirmó la impresión de que se trataba de algo análogo a las reservas de los nativos americanos en Estados Unidos, cuando se otorgaron poderes de gobierno a una serie de jefes tribales previamente seleccionados. En las décadas venideras, grandes cantidades de personas, incluidos seiscientos mil ciudadanos de color, indios y chinos, así como cuarenta mil blancos y varios millones de africanos negros, fueron desplazados de acuerdo con este estrafalario experimento de ingeniería racial, en el transcurso del cual las palas excavadoras borraron todos los «puntos negros» anómalos. La prohibición impuesta sobre el Partido Comunista de Suráfrica se enmarcó de un modo ambiguo, para abarcar no sólo a los antiguos miembros del partido, sino también a otros que pudieran tener simpatías semejantes.

Las leyes también reservaban el disfrute de los «entretenimientos» cotidianos sobre líneas raciales claramente demarcadas. Los no blancos precisaban de permisos especiales para montar sus negocios o ejercer sus profesiones en las zonas blancas. A ningún negro se le permitía contratar a un blanco, y ningún blanco podía ser detenido por un oficial de la policía negra africana. El sistema de transportes estaba segregado: los negros debían viajar en los vagones de tercera clase de los trenes. Los blancos gozaban de una educación significativamente mejor, y de asistencia médica de más calidad que la de los negros. Es posible que más perniciosa aún fuese la limitación del acceso a la mejoría intelectual y social que representaban los colegios y universidades cristianos, restringido —como toda educación de los negros— sólo a aquellos que por sus conocimientos y destrezas —por ejemplo, a la hora de cumplir órdenes— fueran considerados necesarios para la economía afrikáner. Un negro deseoso de estudiar por ejemplo astrofísica podía marchar al extranjero, siempre y cuando

encontrase financiación para sus estudios, aunque tardaría una eternidad en conseguir pasaporte y su carta de ciudadanía quedase cancelada en el momento mismo en que emigrase. A una escala no tan exaltada, no hubo por ejemplo veterinarios negros hasta 1980, sencillamente porque muchos inspectores de ganadería eran blancos, y los blancos no podían recibir órdenes de ningún veterinario negro. Entre los africanos negros se difundió el sentimiento de sufrir acoso en su propio país, debido a un millar de mezquinas restricciones que causaban gran incomodidad. Los aparcamientos, los autocines, los hoteles, los restaurantes, los teatros, las playas, los parques públicos y las piscinas estaban sujetos a la segregación, lo cual por otra parte hizo necesario un sinfín de rótulos y avisos trilingües e infinidad de funcionarios sumamente celosos en el cumplimiento de su trabajo. La movilidad de los africanos negros quedó aún más restringida con pases en los que constaba la historia laboral de una persona, que de no hallarse en posesión de los mismos estaba sujeta a la detención automática.

Aunque en 1955 un amplio frente de opositores al *apartheid* promulgó una Carta de Libertad en una histórica reunión celebrada en Klipstown, el papel de los comunistas blancos en la redacción de este documento desembocó en la formación, ya en 1959, de un Congreso Panafricano (PAC) bien diferenciado, lo cual comportó la desafortunada radicalización y la rivalidad entre ambos grupos de militantes pese a coincidir en sus campañas respectivas contra las leyes de paso. El PAC se encontraba bajo la influencia del líder ghanés Kwa— me Nkrumah y aspiraba a la consecución de un Estado totalmente africanizado que habría de haberse llamado Azania. En marzo de 1960, una manifestación organizada por el PAC convergió en un cuartel de la policía de Sharpeville, en pleno Transvaal, zona afrikáner, con la intención de que se detuviera a los manifestantes por no portar los pases necesarios ni los documentos de identidad requeridos, que se habían dejado adrede en sus casas. Parece ser que una pedrada alcanzó el coche del jefe de la policía local y que ésta fue justificación suficiente para que sus hombres

abriesen fuego, dando por resultado la muerte a tiros, casi siempre por la espalda, de 69 africanos desarmados, además de los 186 que resultaron heridos. En las fotografías de prensa aparecieron los policías en el acto de volver a cargar las armas para disparar otra andanada, lo cual desmintió la idea de que hubieran respondido impulsivamente a una amenaza inminente. Hubo otras confrontaciones violentas en las barriadas negras de los alrededores de Ciudad del Cabo. En muchas de las zonas se declaró el estado de emergencia. Dieron la vuelta al mundo las asombrosas fotografías de los policías blancos, con perros de presa, que aporreaban a los africanos negros sin contemplaciones.

Nelson Mandela recordó más adelante que «nosotros, en el ANC, tuvimos que realizar una rápida adaptación a esta nueva situación, y así lo hicimos». Para entonces, Mandela ya estaba acusado y tuvo que comparecer en el que iba a ser el juicio por traición más largo de la historia. A finales de marzo, el jefe Luthuli indicó cuál iba a ser el camino a seguir al quemar simbólicamente su pase, gesto que imitaron miles de los partidarios del ANC. A comienzos de abril, tanto el ANC como el PAC fueron prohibidos al tiempo que se aprobó la Ley de Supresión del Comunismo. Fue entonces cuando el ANC comenzó a elaborar sus estructuras clandestinas, con personas clave, entre ellas Mandela, que pasaron en efecto a la clandestinidad. Tras su absolución en el juicio por traición, ya que el tribunal no pudo presentar pruebas de que el ANC abogase por la violencia, Mandela pasó a la clandestinidad. Esto coincidió con una enorme campaña de «abstinencia», en la que fue frecuente la ausencia de los negros en sus puestos de trabajo, ya que preferían quedarse en sus casas antes que ir a trabajar, con la intención de que cualquier confrontación moral fuese menos probable. El gobierno respondió a la campaña con vehículos blindados y helicópteros que patrullaron las barriadas negras, es decir, una simple intimidación mediante la exhibición de su poderío militar. El PAC no aportó nada positivo al exhortar a la ciudadanía a que fuese a trabajar por estar agudizada su rivalidad con el ANC, y

la campaña de abstinencia rápidamente se vino abajo en un par de días.

Este era el trasfondo inmediato en que se iniciaron las discusiones en el seno del ANC en 1961, en torno a la renuncia a las protestas no violentas, irónicamente en el momento en que el jefe Luthuli fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz. Mandela sostuvo que «los ataques de los animales salvajes no se pueden rehuir solamente con las manos desnudas». Por si fuera poco, existía el riesgo de que la violencia espasmódica de las bases diera por resultado nuevas masacres, al tiempo que podría alimentar la idea de que los africanos eran unos bárbaros y unos salvajes. Al dirigir todo acto de violencia, el ANC conservó la posibilidad de limitar sus efectos. De manera muy persuasiva, Mandela razonó que la no violencia era una táctica, y no un principio inviolable, a la que por tanto era posible renunciar según fuese el dictado de las circunstancias políticas. Tras interminables discusiones, en las que los indios que eran partidarios del ANC quisieron que se mantuviera la estrategia de la no violencia, Mandela terminó por vencer con sus planteamientos y recibió autorización del partido para crear una fuerza militar, llamada Umkhonto we Sizwe, semidesgajada del ANC[94].

Umkhonto reclutó a sus voluntarios por medio de los sindicatos, todavía ilegales, muchos de cuyos líderes de sección pasaron a ser comandantes de Umkhonto. El Partido Comunista contó con cerca de tres millones de dólares estadounidenses en forma de ayuda para comprar armas a la Unión Soviética y a Checoslovaquia, en su inmensa mayoría unidades de AK-47 de sobra, o bien pistolas Skorpion, Makarov y Tokarev, y granadas de mano. Como en los Estados vecinos también existían entonces regímenes coloniales, se instalaron campos de adiestramiento para los futuros saboteadores en Dar es Salaam, en Tanganica (o Tanzania, como pasó a denominarse en 1964). El viaje hasta allá, por tren, a pie y sólo después en avión, pasando por los protectorados británicos de Basutolandia, Bechuanalandia y Suazilandia, y luego por las dos

Rodesias, era arduo y peligroso. Aunque el sabotaje se consideraba como una fase previa a la guerra de guerrillas a gran escala, al estar siempre dirigido contra objetos, y no contra las personas, no podría perjudicar en demasía la considerable autoridad moral del ANC a los ojos de la opinión pública mundial. Apenas se pensó en la logística de una campaña de estas características, ni tampoco en cómo atraer y conservar la atención y el beneplácito de la comunidad internacional.

La campaña se inició el 16 de diciembre de 1961, el día en que los afrikáners celebraban una victoria sobre una tribu zulú acaecida en Blood River, en 1838. La intención era causar trastornos económicos en una región tan extendida como fuera posible, lo cual traería consigo el cese de toda inversión extranjera. Explotaron bombas en las centrales eléctricas y en las oficinas del gobierno en Johannesburgo y Port Elizabeth. Los panfletos que se dejaban en el lugar de estas explosiones contenían esta explicación: «Llega un momento en la vida de cualquier nación en el que sólo quedan dos opciones: someterse o luchar [...]. Nosotros no nos someteremos, y no nos queda más remedio que devolver los golpes por todos los medios que están a nuestro alcance». Hubo unos 194 atentados en otros tantos objetivos hasta julio de 1963; la media de daños causados ascendió a un valor de sólo 125 dólares. Hubo también atentados disciplinares contra sospechosos de colaborar con el Estado, contra informadores y testigos en los juicios por actos de terrorismo. El estado surafricano no se quedó mano sobre mano ante estas novedades. Una Ley del Sabotaje le permitía imponer diversas prohibiciones a los sospechosos de terrorismo, proscribiendo incluso la reproducción de sus palabras, al tiempo que un año después la policía tuvo autorización para detener a cada sospechoso durante un plazo de noventa días, la cuña con que se abrió paso un amplísimo abuso de los detenidos. Por motivos que no parecen del todo claros, la cúpula de Umkhonto adquirió una granja llamada Lilliesleaf en un barrio blanco de Johannesburgo llamado Rivonia, en la cual se instaló un transmisor de radio y un

equipo de duplicación. La infiltración policial en la organización desembocó en un asalto de esta granja en julio de 1963, que dio por resultado la detención de casi toda la cúpula de Umkhonto.

Varios de estos hombres, entre ellos Mandela, que ya estaba en la cárcel, fueron condenados a cadena perpetua. La cúpula de mando del ANC pasó a depender de Oliver Tambo, que se encontraba en Londres. Tambo había sido socio en el bufete de abogados de Mandela y desempeñó entonces las funciones de presidente del ANC. Los intentos paralelos que llevó a cabo el PAC para organizar una campaña armada desde Masera, en Basutolandia, fueron desmantelados cuando la policía colonial británica asaltó su cuartel general y entregó las listas de miembros de la organización de la guerrilla a sus colegas surafricanos. La policía surafricana también aplastó a una facción escindida del PAC llamada Poqo, activa en la región de El Cabo y en el Transkei. Esta facción había comeddo el asesinato de varios jefes tribales progubernamentales y de siete blancos. Si se repasa la historia del ANC a comienzos de los años sesenta, parece milagroso que sobreviviera.

Aunque la organización militar interna hubiera sido diezmada, en Tanzania los líderes exiliados de Umkhonto se encontraban a las órdenes del itinerante Oliver Tambo y no tardaron en reconstruir sus cuadros militares. Los que lograban hacer el viaje de dos mil kilómetros para ir al exilio eran realojados luego en Argelia, Egipto, Etiopía y Marruecos, donde recibían adiestramiento militar, aunque aún hubo cerca de quinientos que realizaron cursos de un año de duración en Odessa, al sur de la Unión Soviética, en donde el clima era relativamente familiar. En 1965, Julius Nyerere, presidente de Tanzania, permitió que el ANC abriese su propio campo de adiestramiento en Dodoma, en una estación de ferrocarril que ya no se utilizaba. El logro de la independencia en Zambia en aquel mismo año permitió que el ANC se acercase un país más a Suráfrica, y comenzó sus operaciones en Lusaka. Allí se dio la cooperación con el líder exiliado de la Unión Popular Africana de Zimbabue [ZAPU,

en sus siglas en inglés], que luchaba contra el régimen recién independizado de Ian Smith en Rodesia. La primera operación conjunta del ZAPU y del MK, en concreto del Destacamento Luthuli, sirvió para entrar en Rodesia en 1967, con la idea de que el principal cuerpo de esta fuerza militar se aventurase por territorio de Suráfrica para crear nuevas bandas guerrilleras. Tuvo una serie de encuentros armados con los Selous Scouts de Rodesia en la reserva de caza de Wankie antes de verse frente a los refuerzos de la Fuerza Sudafricana de Defensa. Con gran escasez de agua y de provisiones, los supervivientes del MK, entre ellos el comandante Chris Hani, a duras penas se refugiaron en Botsuana sin haber disparado un solo tiro en territorio surafricano[95].

Este desastre, al margen de la significación simbólica que pudiera tener, así como el éxito del gobierno de John Vorster al persuadir a los jefes de catorce Estados africanos de que respaldaran una solución no violenta a los múltiples conflictos de Suráfrica, condujo al ANC a reconsiderar sus estrategias a largo plazo en la Conferencia de Morogoro. Fue especialmente ominosa la idea del presidente de Costa de Marfil, quien dijo: «El *apartheid* se encuentra dentro de la jurisdicción doméstica de Suráfrica y no será eliminado por la fuerza». Tras casi dos años en una cárcel de Botsuana, Hani se sintió encolerizado por la corrupción y la brutalidad reinantes en el extranjero, en los campos de adiestramiento del ANC, donde los reclutas vestían con harapos y realizaban duras marchas mientras los líderes viajaban tras ellos en sus Land Rovers, tomando whisky. Proliferó un resentimiento ante el estilo viajero de algunos de los líderes principales, que parecían pavonearse y no hacer mucho más por una especie de circuito internacional *anti-apartheid*. La Conferencia sirvió para despejar el ambiente y para abrir el ANC a la participación de todas las razas, además de encauzar mejor sus operaciones. Se creó cierto sentido del propósito, esto es, «un teatro de operaciones bélicas indivisible», con «el entrelazamiento y la superposición de los distintos

desarrollos internacionales, africanos y surafricanos, que intervienen en nuestra situación».

Fue una medida oportuna, ya que el ANC corría grave peligro de quedarse atrás debido al flujo de los acontecimientos. El dominio colonial portugués se hundió de un modo espectacular en Angola y en Mozambique, reforzando la moral del movimiento *anti-apartheid* en Suráfrica. O al menos dio esa impresión. Y es que además de desplegar su peso en materia de economía para meter en cintura a los nuevos gobiernos de estos países, Suráfrica también dio su respaldo a ejércitos guerrilleros como los de UNITA en Angola, RENAMO en Mozambique y el ZAPU en lo que después de 1980 pasó a ser Zimbabue, además de instalar un gobierno afín en Lesoto por medio de un golpe militar. Los coches bomba y las cartas bomba, una de las cuales acabó con la vida de Ruth First en 1982, o bien las incursiones armadas y los bombardeos, mantuvieron intacta la presión sobre los cuarteles generales del ANC en el exilio, en cada uno de los cinco estados fronterizos, hasta que todos ellos, salvo tres, se lo pensaron mejor. Los asesores cubanos, germanoorientales y soviéticos igualaron un tanto estos conflictos, al tiempo que obligaron a Occidente a contemplarlos a la luz de la Guerra Fría, suavizando en cierto modo la sensación de ultraje moral que existía frente a un *apartheid* ya tipificado como delito por las Naciones Unidas.

Dentro de Suráfrica, donde el ANC apenas tenía presencia de fuerza organizada, una nueva generación de jóvenes radicales había descubierto la Conciencia Negra, en parte por emulación del Poder Negro, movimiento estadounidense de la época, y de su hincapié en el orgullo y los valores de los negros (incluidos los indios y las personas de color). Steve Biko, carismático estudiante de medicina, se erigió en figura especialmente representativa en una época en la que el ANC, dentro de la República de Suráfrica, estaba encabezado por un hombre de setenta y siete años. Con su base en las universidades, colegios y barriadas negras, el rechazo por parte del movimiento a todo acto de violencia y su interés por suscitar la

conciencia ciudadana significaron que el gobierno blanco en un primer momento le diera acogida por ser la alternativa al liderazgo semiestalinista del ANC. Por medio de una osmosis respetuosa, el régimen dejó de emplear la palabra «negro» y pasó a utilizar el acomodado y difuso «no blanco» en sus descripciones de la mayoría de la población. Las protestas estudiantiles dieron lugar a las expulsiones, y el propio Biko fue objeto de una orden de prohibición. Los estudiantes expulsados pasaron a ser profesores en los colegios de las barriadas negras, extendiendo así su radicalización en todos los peldaños de la pirámide de edades.

En 1976, los niños de un colegio de la barriada negra de Soweto protestaron contra una normativa hasta entonces no aplicada, según la cual la mitad de la educación debía impartirse en lengua afrikáans. Con su infalible capacidad parajuzgar erróneamente el impacto que las cosas pudieran tener en la opinión internacional, la policía surafricana abrió fuego contra una manifestación de escolares, y asesinó a un niño de doce años. Los altercados se extendieron a un centenar de áreas urbanas, con un total de seiscientos muertos ya en 1977. Por vez primera en la historia de Suráfrica, los jóvenes se adueñaron del movimiento de protesta, y efectivamente asumieron el control de las barriadas negras. Se empleó la violencia para eliminar a los colaboradores del régimen y también los tugurios en los que se bebía alcohol en grandes cantidades, que habían socavado el entramado social de las barriadas negras y su disciplina. El propio Biko entró en la leyenda cuando, tras ser detenido en agosto de 1977, fue torturado mientras se encontraba bajo custodia policial, dio un largo viaje en un furgón de la policía y murió en una celda. En aquel otoño, todas las organizaciones de la Conciencia Negra quedaron prohibidas, y muchos de sus partidarios huyeron al extranjero, lo cual supuso una gran inyección de sangre joven para el ANC. Antes incluso, Suráfrica perdía a unos 450 disidentes por mes, muchos de los cuales se marchaban a las bases del ANC en Angola, Mozambique y Zambia. La media de edad de los combatientes de Umkhonto pasó

de treinta y cinco a veintiocho años a resultas de esta llegada en masa de nuevas energías y dedicación al compromiso, aun cuando buena parte de ellas se derrochara en los siniestros campamentos militares del ANC[96].

Entre 1977 y 1982, Umkhonto aumentó la intensidad de los ataques guerrilleros dentro de Suráfrica, atacando los nudos de comunicaciones, las instalaciones industriales —tanto las plantas de petróleo sintético como la central nuclear de Suráfricay las oficinas administrativas de las barriadas. Las comisarías de policía hubieron de ser protegidas con sacos terreros de los posibles ataques con lanzacohetes RPG. Durante los años ochenta, además de esta clase de ataques armados hubo otros en los que se bombardeó a civiles inocentes, a pesar de ser el ANC, ya en 1980, el primer movimiento de liberación nacional que firmó la Convención de Ginebra tal como se había modificado tres años antes, de manera que contemplase también las guerras de guerrillas. Diecinueve personas perdieron la vida en Pretoria en 1983 debido a una bomba del ANC, hecho que llevó a Nelson Mandela a criticar el ataque por su falta de preocupación por los civiles. El ANC defendía el empleo de minas terrestres en el contexto de su Operación Kletswayo, basándose en que el gobierno trataba las zonas de frontera como zonas de conflicto. La mayor parte de sus víctimas fueron civiles inocentes, como Kobie van Eck, de treinta y cuatro años, y sus hijas, Nasie, de dos, y Nelmari, de ocho, además de Kobus, de tres, Carla, de ocho y su abuela, Marie de Nyschen, asesinados cuando estaban de vacaciones en una reserva de caza por efecto de una mina que habían colocado tres militantes del MK a las órdenes de varios miembros del actual gabinete surafricano[97].

En este año, el ANC organizó el Frente Democrático Unido, una organización paraguas en la que tendrían cabida todos los que se opusieran al aparthád, y que funcionó como una suerte de delegación en la República de los miembros exiliados o encarcelados de la cúpula del ANC. El entusiasmo de la implicación de algunos liberales blancos con los cuadros del ANC en ocasiones

trajo consigo la desilusión de descubrir que entre éstos se hallaban algunos férreos estalinistas, aunque ese mensaje rara vez llegó devuelto a los partidarios más crédulos que el ANC tenía en Occidente, en especial en las Iglesias protestantes, siempre receptivas al mesianismo secularizado de la época. En 1985, el FDU decretó el inicio de una campaña para que Suráfrica fuese ingobernable, además de modificar la concentración anterior de Umkhonto en los objetivos inmateriales. Se tomó esta decisión en parte porque estos objetivos resultaban especialmente difíciles de atacar, puesto que se habían protegido con defensas reforzadas, pero también porque a los ojos del ANC había llegado el momento de recordar a los blancos que las víctimas de sus fuerzas de seguridad no sólo eran negros, sino también civiles. Entre algunos negros proliferó el sentimiento de que los blancos se habían librado de la clase de carnicería que habían sufrido ellos, y que vivían tomando copas, friendo salchichas y nadando en sus piscinas sin mayor preocupación. Los coches bomba, copiados de los que tan abundantes eran entonces en Líbano, estallaron delante de un bar de Durban; en Johannesburgo, una bomba de escasa potencia concentró a varios policías que fueron asesinados en una segunda y más potente explosión. Dos días antes de la Navidad de 1985, Andrew Zondo, guerrillero del ANC, dejó una bomba en una papelera de un concurrido centro comercial de Amanzimtoti, que al explotar acabó con la vida de cinco blancos y dejó heridos a otros cuarenta y ocho. Adujo que no había sido capaz de encontrar una cabina de teléfonos que no estuviera destrozada por los vándalos para hacer la pertinente llamada de advertencia. En 1986, Umkhonto comenzó a utilizar minas lapa en las granjas de los blancos, al margen de que las víctimas, asesinadas o mutiladas, fuesen los granjeros blancos o sus aparceros negros; murieron veinticinco personas y setenta y seis resultaron heridas[98].

Esta campaña de amplias miras y numerosos objetivos, que incluyó no pocos boicoteos, así como también huelgas y retenciones salariales, fue la campaña tendente a lograr la liberación de

Mandela, y provocó un constante éxodo entre la población blanca, cuya proporción de la población total se redujo del 20 al 11 por ciento. La experiencia de los blancos que se fueron de Suráfrica pasó al gran agujero negro del olvido que aguarda a las causas perdidas cuando son impopulares, en especial si se piensa que el encanto no era el punto fuerte del afrikáner medio. El Estado surafricano fue militarizándose de manera progresiva, hecho que tuvo su símbolo en los vehículos Hippo de ejes elevados que pasaban a toda velocidad por las barriadas negras, levantando polvaredas, a la vez que disparaban salvas de perdigones, y fue asumiendo ciertos rasgos del terrorismo de Estado, que iban desde la tortura hasta el asesinato de los ciudadanos tanto en sus casas como en la calle y en otros lugares. BOSS, el servicio de seguridad, a veces fue sorprendido in fraganti cuando practicaba alguna clase de juego sucio, desde el robo y el chantaje, hasta el asesinato. Además del número creciente de detenidos que se ahorcaron en las celdas o bien cayeron de los tejados de las comisarías, el personal policial con pasamontañas para cubrirse el rostro fue responsable de la desaparición y el asesinato de muchos sospechosos del ANC[99]. Evidentemente, la violencia no sólo fue la de los blancos contra los negros. Los tribunales irregulares y arbitrarios que se formaron en las barriadas impusieron cerca de setecientos ahorcamientos (o condenas a morir entre neumáticos quemados) y otras cuatrocientas formas de quema del reo, a la vez que estalló la violencia intertribal entre los xhosa, mayoritarios y partidarios del ANC, y los zulúes del jefe Mangosuthu Buthelezi y su Partido Inkatha para la Libertad. Aunque no se puede pasar por alto la asimetría existente entre la violencia de Estado y la violencia subestatal, los surafricanos blancos tienen razón cuando sostienen que los intentos por poner ante los tribunales a los funcionarios de la época del *apartheid* deberían tener su contrapartida en los juicios pendientes de las figuras del ANC que fueron responsables de estos actos, siempre y cuando el principio de la igualdad ante la ley sea una realidad efectiva en su país[100]. La campaña armada del ANC

apenas tuvo mayor impacto en el imponente poderío militar del Estado de Suráfrica, en última instancia socavado por el desorden crónico, los fracasos económicos y las reverberaciones de auténtico cataclismo que tuvo el hundimiento del comunismo, que dio especial impulso a varias iniciativas de paz ya en los años noventa. En P. W. de Klerk, los afrikáners encontraron a un líder del calibre de Mijaíl Gorbachov, un realista que supo estar a la altura de la situación. Las relaciones exactas entre la lucha armada del ANC y el crimen, la violencia y la delincuencia crónicas que afligen a la Suráfrica *post-apartheid* aún están por esclarecerse.

Ciertos métodos de combate que habían sido periféricos en los inmensos e industrializados choques de la Segunda Guerra Mundial pasaron a ser lugares comunes en las guerras de descolonización que la siguieron. Los movimientos guerrilleros pasaron a ser la norma, y muchos de ellos recurrieron al terrorismo en parte para magnetizar a la opinión internacional, aunque también hubo hombres muy listos, como el psiquiatra y revolucionario Frantz Fanón (o su portavoz a la moda, Sartre) que les dijeron que la violencia era a un tiempo liberadora y esclavizadora: un hombre nuevo habría de emerger erguido de la personalidad deformada que había creado el colonialismo. Menos tuvieron que decir, en cambio, sobre el modo en que la violencia podía desarrollar su propio impulso psicópata, un hábito del que era imposible desprenderse, ni tampoco dijeron nada sobre el modo en que ciertos círculos de la izquierda quedarían investidos por un glamour espúreo.

En ninguno de los casos que aquí se comentan fue el terrorismo el factor crucial a la hora de forzar a las potencias coloniales, o a las élites minoritarias, a que abandonasen Palestina y Argelia, o a que accediesen a entregar el poder en Suráfrica. Los dos primeros casos son reflejo de un paisaje estratégico más amplio y vigente durante la Guerra Fría, que fue el que condujo a la metrópolis, británica o francesa, a considerar Palestina y Argelia como complicaciones superfluas que además habían entrañado un coste excesivo en sangre y en recursos. Los británicos se quitaron de

encima rápidamente el entuerto; los franceses libraron una guerra de ocho años de duración. El aislamiento internacional, los problemas económicos crónicos, el desequilibrio demográfico deletéreo y el final mismo de la Guerra Fría como excusa que dio cobertura al combate contra los presuntos comunistas fueron los factores que acabaron con el régimen en Suráfrica. El terrorismo del Irgún y la Banda de Stern nunca llegó a ser más que un elemento irritante para los británicos en Palestina y un motivo de vergüenza para los líderes del sionismo laborista, para los cuales la máxima altura moral fue siempre un requisito imprescindible. A pesar de la constancia con que hablaban los afrikáners de los terroristas, el terrorismo fue algo marginal en las estrategias del ANC, siempre de base muy amplia, y que durante la práctica totalidad de su existencia giró en torno al eje de la no violencia. Cuando esta opción fue abandonada, se optó a favor de una guerra de guerrillas y del sabotaje, ambas opciones fracasadas en el sentido militar del término, en las que hubo atentados terroristas contra la población civil de acuerdo con una estrategia adoptada muy en la última etapa de sus operaciones. No se trata de excusarlo. Es discutible, pero la guerra pasiva-agresiva de los niños contra los policías y los soldados en las barriadas negras tuvo un impacto mucho mayor, Incluso el embajador de Estados Unidos acudió al funeral de Steve Biko. Por el contrario, el terrorismo pasó a ser algo endémico en Argelia, en principio con la sola intención de acaparar titulares de prensa, pero poco a poco como parte de un ciclo de ataques puramente vengativos, que a su debido tiempo fue emulado por los elementos más ultras de los *colons* y por sus partidarios del ejército regular, lanzados a una matanza terrorista que llegó a ser pura insensatez y desacreditó una causa que ya tenían perdida. Por último, Fatah, el grupo terrorista de Arafat, extrajo lecciones completamente inadecuadas de la campaña del FLN contra los franceses, al margen de los modos en los que la actividad militar reforzase sus respaldos en un momento en el que las naciones árabes no estaban muy dispuestas a asumirlos. Los israelíes eran

más una mayoría que una minoría colonial en Israel. Al contrario que los *colons* de Argelia, no dependían de los cambios de humor del público metropolitano ni de los caprichos estratégicos de sus estadistas. Habida cuenta del trasfondo del Holocausto, los israelíes no tuvieron adonde retirarse: desde luego, no iban a marcharse a una Europa que consideraban en gran medida como un inmenso cementerio judío. Estaban donde estaban y es allí donde han seguido estando.

Las luchas armadas de liberación nacional también desembocaron en la adopción de métodos antiterroristas que llegarían a ser terroristas por sí mismos, en el sentido de que estaban diseñados para crear un extendido temor entre las poblaciones civiles o bien implicaban métodos tan contraproducentes como la tortura. Sólo en algunos contextos muy específicos, como es el caso de Malasia, donde los insurgentes procedían de una minoría étnica, fue posible aislarlos medíante concesiones políticas hechas a la mayoría de la población. A pesar de todo, la Emergencia de Malasia les costó a los británicos doce años de constante empeño hasta reprimirla, objetivo que se llevó a efecto mediante un cuidadoso trabajo policial y también por medio de los cazadores de cabezas de Dayak o del Regimiento Especial del Servicio Aéreo (SAS). En Argelia, tácticas muy similares, llevadas a cabo con mucha más fuerza y con menos preocupación por los corazones y los espíritus de los oprimidos, no llegaron a funcionar como se pretendía, pues la causa de la independencia nacional la compartían ampliamente las mayorías árabe y bereber. Peor es que los corazones y los espíritus de los franceses más metropolitanos dejaran de estar con la «Algérie frangaise», por hallarse finalmente asociada a un sinfín de convictos desventurados y a un grupo de soldados propensos a amotinarse y, en fin, al nihilismo letal de la OAS, cuya última aportación no fue otra que cegar a los parisinos durante cuatro años y hacer volar por los aires el país que amaban, al ver cómo escapaba a su control. La brutalidad estatal tuvo su par en los horrores perpetrados por el

FLN. Del mismo modo, en Suráfrica el Estado afrikáner recurrió rápidamente al asesinato y a la tortura para perpetuar el dominio racista de la mayoría de negros africanos, cuyos líderes, con su decisión de optar por la no violencia durante tanto tiempo, son dignos de mención. Sharpeville terminó por ser el símbolo de esa lucha, junto con la imagen —cuidadosamente puesta a punto— de Nelson Mandela encarcelado, pero sin ninguno de los rasgos menos atractivos del ANC —o de la cúpula de liderazgo en las bases, en las barriadas negras—, suprimidos a fondo en la imaginación liberal. El «Afrikanerdom» terminó por ser sinónimo de una brutal seguridad del Estado, que cortó por lo sano toda posible retórica sobre la civilización.

El modo en que las experiencias de la lucha de liberación nacional y las brutalidades que comportaron han terminado posiblemente por quedar codificadas en el ADN de los estados que recientemente han alcanzado la independencia, tal como predijo Mulud Feraun en el caso de Argelia, nunca ha recibido la clase de atención que en cambio sí ha suscitado la violencia colonialista de Estado, aunque la situación de Argelia en la actualidad indica a las claras que se trata de un grave error de bulto. R. W. Johnson, historiador surafricano, afirma que la cúpula del ANC en el exilio comenzó a asumir algunos de los rasgos menos atrayentes del propio régimen contra el cual había entablado combate. La OLP, bajo el mando de Arafat, pasó a ser sinónimo de corrupción; hubo enormes cantidades de dinero desuñadas a la causa palestina que terminaron en oscuras cuentas bancadas, heredadas por la viuda del dirigente, en vez de beneficiar a quienes malviven en los campamentos de refugiados. A pesar de ello, la era de las luchas de liberación nacional transmitió muy poderosamente el mensaje de que el terrorismo en efecto era una estrategia que funcionaba, y que la marca del «terrorista», una marca como la del paria, que imposibilitaba toda negociación con quienes la llevasen por estigma, realmente se podía redimir del todo. Ben Bella, Bumedián, Begin, Shamir, Mandela y Tambo llegaron a ser dirigentes en sus

respectivos países, mientras que Arafat terminó por ser «Mr. Palestina» durante todo el tiempo que duró su corrupta vida. Ese mensaje atrayente se recibió en diversas partes del mundo, además de recibirse entre terroristas activos en estados de impecables credenciales democráticas, que representaban causas prácticamente carentes de todo respaldo popular. La idea de que «siempre es bueno hablar» ha terminado por ser parte del folclore en no pocos círculos, y hoy en día abundan los crédulos que imaginan que el diálogo es posible con Al Qaeda. Aún hubo otra lección adicional. En las luchas coloniales estuvo siempre implícito el juego con la opinión pública internacional, una especie de tira y afloja llevado a cabo a través de los medios de comunicación de masas. Eso también lo aprendieron bien los terroristas. Y esto nos lleva a considerar de qué forma una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en Jordania repercutieron en Múnich y más allá de Múnich: feos precursores del terrorismo transnacional que ha terminado por ser tan espectacular en nuestra época.

LLAMAR LA ATENCIÓN: SEPTIEMBRE NEGRO Y EL TERRORISMO INTERNACIONAL

«UN CEMENTERIO PARA CONSPIRADORES»

En 1951, cuando el rey Abdalá se anexionó Cisjordania, entonces con una población muy numerosa, y fue a renglón seguido asesinado por un palestino, el reino hachemita de Jordania pasó a ser el país con mayor número de refugiados palestinos, que representaban dos terceras partes de una población total de dos millones de habitantes. La CIA denominaba Ammán, la capital, «una ciudad palestina». Jordania era un importante aliado de Occidente, al que Estados Unidos aportaba ayuda por valor de 47 millones de dólares al año. También estaban situadas en Jordania las principales bases de Fatah, desde las cuales se lanzaban incursiones puntuales contra objetivos al oti o lado de la frontera con Israel. Esto dio lugar a graves problemas, no todos ellos relacionados con las represalias israelíes, que debido a su escala y a su concentración de armamento despertaron más atención que las incursiones espasmódicas y letales que las provocaron.

Muy pocos occidentales han tenido alguna experiencia de un ejército paramilitar fuertemente armado y con presencia a la vuelta de la esquina, a no ser que conserven recuerdos de las tropas de ocupación de la Wehrmacht o de los Provos en Dundalk, una localidad del Eire que se apodó «El Paso». La arrogancia y la

vehemencia de los combatientes palestinos exacerbaron en gran medida la antigua animosidad existente entre los refugiados y los indígenas, es decir, la población de Transjordania. Los jordanos, al igual que muchos árabes, consideraban a los palestinos como un grupo afín a los judíos: tenían mejor educación, más soltura, y eran más cosmopolitas que ellos. A sus ojos, los palestinos eran unos cobardes que no habían sabido luchar por su propio país en 1948. Muchos palestinos sentían el correspondiente desprecio por los beduinos jordanos, los «descalzos», los nómadas ferozmente orgullosos que tenían una nutrida representación en las fuerzas armadas de Jordania. A finales de los años sesenta existían unos cincuenta y dos grupos armados distintos, todos ellos de palestinos y todos ellos activos en Jordania. A veces, daba la impresión de que Yasir Arafat tenía el control de estos grupos diversificados; en realidad, por lo general prefirió dejarse llevar por la afinidad que durante toda la vida tuvo con el dramatismo y el caos, ya que a medida que se fueron desarrollando los acontecimientos no se puede decir que hubiera mucho método tras sus actos, toda vez que fue pasando de un drama a otro, siempre deseoso de llamar la atención.

Algunos de estos grupos armados fueron meras herramientas en manos de los estados vecinos, como Irak o Siria, y otros —sobre todo el Frente Popular parala Liberación de Palestina (FPLP), encabezado por George Habash, antiguo médico— pretendieron derrocar a los gobiernos árabes más reaccionarios, incluido el de su anfitrión, el rey Hussein. Como habremos de ver, Sabri el-Banna, conocido como Abu Nidal, antiguo integrante de Fatah, iba a constituir un estrato adicional de complicación cuando, en calidad de estandarte del rechazo proclamado por él mismo, declaró la guerra a la OLP y a los judíos y los israelíes, si bien no dejó de actuar como asesino a sueldo, contratado por varios gobiernos árabes. Su papel lo emuló con entusiasmo un asesino por libre, el venezolano y marxista-leninista Ilich Ramírez Sánchez, apodado «Carlos el Chacal». El Ejército Rojo japonés aportaría una nota particularmente

sádica a todos estos años. Sus prácticas internas, evidentes en los cadáveres torturados de los camaradas que enterraron en torno a la escena en la que tuvo lugar, en el invierno de 1972, el cerco policial del refugio en que se hicieron fuertes entre las nieves, al norte de Tokio, recordaban más al asesino de masas y figura de culto en Estados Unidos, Charles Manson, que a cualquier movimiento terrorista al uso. Además de estas dramatis personae, las tácticas empleadas también se internacionalizaron.

La mayoría de estas facciones de palestinos radicales creía firmemente en la internacionalización de su causa por medio de la táctica de la piratería aérea, crimen hasta entonces circunscrito a los refugiados políticos o, en Estados Unidos, donde era más frecuente, a los extorsionadores, a los dementes y a los admiradores de Fidel Castro, pues prácticamente todos los aviones secuestrados en los años sesenta fueron desviados de Estados Unidos a Cuba. Espeluznantes y únicos, debido a la vulnerabilidad de las personas que eran retenidas a punta de pistola y a treinta mil pies de altitud, los secuestros aéreos llegaron a ser tan habituales —no existía una policía armada en el cielo, no se procedía al registro de los pasajeros, no había cabinas reforzadas— que los pilotos llevaban consigo los planos del aeropuerto José Martí de La Habana cuando volaban al sur de Florida, rutas que más secuestros sufrían. Existía incluso un impreso en Estados Unidos, para ser rellenado y depositado en la embajada de Suiza en Washington, lugar neutral, con el fin de proceder al rescate de una tripulación y un pasaje y un aparato retenidos en Cuba. En el verano de 1968, la táctica pasó a ser mundial cuando los terroristas del FPLP se hicieron con el mando de un vuelo de El Al y lo desviaron a Argelia, liberando a los pasajeros no israelíes y reteniendo cautivos a los israelíes, en un claro acto de maldad de componente étnico y religioso. Al cabo de dos meses, una amenaza por parte de la Asociación Internacional de Pilotos Comerciales, que se planteó el boicoteo de Argelia, dio por resultado la liberación de los pasajeros secuestrados. En agosto de 1969, cuando dos palestinos secuestraron un avión de la TWA y

lo desviaron a Siria, Estados Unidos ejerció sigilosamente la presión debida sobre los israelíes para que pusiera en libertad a los prisioneros palestinos y así garantizasen la libertad de los rehenes israelíes retenidos por los secuestradores. Esta estrategia no se iba a repetir, *pour décourager les autres*[101].

La intervención armada de los israelíes en Jordania para reprimir en su mismo origen las actividades de las bandas guerrilleras, así como el comportamiento chulesco de los combatientes palestinos, que realizaban toda clase de extorsiones en las calles de Ammán y de otras ciudades, obligaron al rey Hussein a tomar medidas para aplastar el Estado que dentro de un Estado iba desarrollándose en su reino. Así es como lo iba a recordar uno de los líderes de los fedayines palestinos: «Eramos miniestados, miniinstituciones. Cada comandante de sector se consideraba Dios, [...] cada uno aspiraba a crear un Estado para sí mismo y hacer lo que le viniera en gana». Se esgrimían abiertamente las armas y los combatientes palestinos iban de un lado a otro en vehículos carentes de la matrícula necesaria en Jordania. A los policías locales se les trataba con total desprecio siempre que intentaban cumplir con sus funciones.

Tras algunos choques armados entre el ejército jordano y los combatientes palestinos, en los que parece ser que éstos celebraron una de sus victorias jugando al fútbol con la cabeza de un soldado jordano, Hussein inició una enérgica ofensiva. Prohibió que los palestinos anduvieran a su antojo esgrimiendo sus armas, mientras que Arafat accedió a no lanzar ataques al otro lado de la frontera sin el permiso expreso del reino. Este pacto, al igual que los muchos acuerdos similares que con posterioridad cerraron Arafat y Hussein, fue sistemáticamente incumplido por el líder de Fatah, que invariablemente era incapaz de cumplir la palabra que había empeñado. En febrero de 1970, Hussein hizo un nuevo intento por poner coto a las actividades de los fedayines en un ambiente en el que los militantes palestinos dieron en pensar que Jordania (y Egipto) podrían traicionarles en aras de un acuerdo de paz que Estados Unidos trataba de imponer con Israel. En una ceremonia de

graduación de los reclutas de Fatah, celebrada en agosto de 1970, Arafat advirtió a Hussein: «Convertiremos Jordania en un cementerio para conspiradores». A la dureza de la retórica palestina seguía siempre, de un modo invariable, el intento de apaciguamiento que desarrollaba Jordania cuando el rey suspendía la medida previamente aprobada de poner coto a las actividades de los fedayines.

Los choques armados entre las tropas jordanas y los fedayines palestinos se tornaron más graves y hubo dos intentos de acabar con la vida del rey, en uno de los cuales su comitiva motorizada fue atacada por el fuego de las ametralladoras. Ambos bandos buscaron apoyos externos. Arafat creyó haberse garantizado ciertas promesas de ayuda militar en Siria, además de contar, según creía, con el apoyo de diecisiete mil soldados del cuerpo expedicionario iraquí permanentemente acuartelados en Jordania. Sin embargo, también se las ingenió para contrariar a Nasser al criticar su aceptación de un acuerdo de paz con Israel impuesto por Estados Unidos. Con ayuda de Estados Unidos, Hussein a la desesperada recurrió a Israel para ver si de ese modo lograba disuadir a Siria de que interviniera en la guerra civil que amenazaba con desencadenarse en su reino. También cuadró en secreto a los iraquíes, forjando un acuerdo con el comandante del ejército, el general Hardan al Takriti, según el cual el Mando Oriental de Irak no intervendría. El acuerdo lo grabó en secreto Hussein, que luego lo reprodujo para desmoralizar a los líderes palestinos capturados. Algún tiempo después, Ahmad Hassan al Bakr, presidente de Irak, explicó a los líderes de la OLP por qué había llegado a un acuerdo con Hussein: «Vosotros, los de la resistencia palestina, tenéis nueve vidas, como los gatos. Si os matan, os levantaréis de nuevo. Pero nosotros formamos un régimen»[102].

El miedo de Hussein ante la posibilidad de estar perdiendo el control de Jordania se confirmó cuando a comienzos de septiembre de 1970 el FPLP de Habash secuestró tres aviones, dos de los cuales —un DC-8 de Swissair y un Boeing 707 de la TWA—

aterrizaron en el aeródromo de Dawsons Field, en un lejano lugar, Zarka, del desierto de Jordania. Los secuestradores exigieron la liberación de los palestinos que retenían tanto Israel como diversos gobiernos europeos; Estados Unidos no tenía preso a ningún palestino, con la excepción del demente que había asesinado a Robert Kennedy. Una semana después, un VC-10 de la BOAC fue a sumarse a los otros aparatos secuestrados, de manera que unas cuatrocientas personas quedaron aprisionadas en lo que parecían fundas de puros, de metal, olvidadas bajo el implacable sol del desierto. El gobierno británico de Edward Heath inmediatamente capituló ante las exigencias del FPLP, para lo cual puso en libertad a la esbelta guerrillera Leilajaled, que había sido entregada por el personal de seguridad de El Al a las autoridades británicas tras reducirla en un intento de secuestro anterior. Más pendiente de la Unión Soviética, de China y de Vietnam que de un problema de segunda fila, como habría de ser a su juicio el de Oriente Próximo, el presidente Richard Nixon convenció a los israelíes de que pusieran en libertad a algunos prisioneros palestinos, al tiempo que insistió en que mejorasen las medidas de seguridad de las líneas aéreas de Estados Unidos. El secuestro abrió ciertas divisiones entre la OLP y el FPLP, ya que Arafat no deseaba que se concentrase en Jordania toda la atención internacional en el momento en que se disponía a derrocar al gobierno. Cincuenta rehenes quedaron retenidos no en los aviones, que explotaron a raíz de un ataque de irritación maniaca, sino en Ammán, incluso cuando el rey Hussein y Arafat entraron en guerra.

El 17 de septiembre, las fuerzas leales del ejército jordano convergieron sobre el cuartel de la OLP en Ammán, mientras Arafat, que no había dado ningún paso en preparación de una guerra en caliente, cometió la impertinencia de decir al rey que abandonase su propio país, demanda que repitió más adelante en Radio Bagdad. Se proclamó una «República de Palestina» en la ciudad norteña de Irbid. Las tropas jordanas sólidamente armadas emplearon la artillería y los tanques para aplastar a la OLP dentro de los

campamentos de refugiados, en once días de combates que dejaron unos tres mil muertos. Setenta guerrilleros palestinos prefirieron vadear el río Jordán para rendirse a los israelíes en vez de verse entregados a los tiernos cuidar dos de los jordanos, detalle revelador acerca de las fragilidades inherentes a las solidaridades intraárabes. Estados Unidos reforzó su Sexta Flota y despachó a elementos de la 82.° División Aerotransportada desde Carolina del Norte, aunque en pleno vuelo se les ordenó regresar a sus bases. Los convoyes armados de los israelíes avanzaron hacia la reducida fuerza de tanques sirios que intervino, y que se desmanteló en su retirada. Tras una osada intervención del dirigente sudanés, que actuó como delegado de la Liga Árabe en El Cairo, Arafat salió en secreto de Jordania, disfrazado de dignatario kuwaití. En El Cairo, tanto Arafat como Hussein hicieron sus alegaciones ante los líderes árabes, acusándose mutuamente de traición. Mientras despotricaban uno contra el otro fuera de la sala de reuniones, los líderes árabes confeccionaron el 27 de septiembre un acuerdo por el cual fue posible regularizar la actividad de la guerrilla palestina dentro de Jordania, acuerdo que ambos hombres se vieron obligados a aceptar. Obviamente, ninguno de los dos lo dio por bueno, y volvieron a producirse luchas entre ambos bandos. Wasfi Tal, primer ministro de Jordania, expulsó a la guerrilla fuera de la capital al tiempo que confinó a los restantes elementos en bolsas cada vez más reducidas, alrededor de Ajlun y de Jerash. Tras disponer una reunión con el rey en Ammán, Arafat se lo pensó mejor cuando iba de camino, y ordenó al coche que entrase en Siria, mientras muchos de sus combatientes se retiraron al Líbano en una segunda huida. A la llamada Nakbah (catástrofe) de 1948 se había sumado el «Septiembre Negro» de 1970 en la mitología palestina de los nobles combatientes y las siniestras traiciones. Poco después, Abu Nidal, desde Bagdad, comenzó a difundir ataques contra sus antiguos compañeros de Fatah, acusándoles de cobardía y condenándoles por haber aceptado el alto el fuego con el rey Hussein.

En 1971, Arafat se reunió con sus hombres en Líbano. Llegaron a ser entonces unos 2.400, e hicieron de Beirut el cuartel general de las futuras operaciones palestinas. El sur de Líbano pronto recibió el nombre de «Fatahlandia». El presidente Nixon no fue tan amable al preguntar: «¿Por qué da cobijo Líbano a esos hijos de perra?». Aunque Líbano no contaba con la nutrida presencia palestina que Arafat había dejado en Jordania, sí tenía otras ventajas. Beirut era una gran ciudad cosmopolita, y es que los guerrilleros no eran inmunes a la vida a lo grande; tenía fácil acceso a los medios de comunicación internacionales, algunos de los cuales fueron susceptibles del atractivo que revestía el «chic» revolucionario. Más importante fue que el gobierno libanés estuviera debilitado, basado en muy delicados compromisos entre distintos grupos étnicos y religiosos que serían fáciles de desmontar con un leve cambio de la balanza demográfica. En 1948 ya había unos 180.000 refugiados palestinos en los campos que salpicaban la costa del sur de Líbano y los barrios del oeste de Beirut. En los años sesenta representaban el 10 por ciento de la población de Líbano. Los combatientes fedayines atacaron desde el sur del país los asentamientos del norte de Israel, sin hacer ningún caso al ineficaz ejército libanés y tampoco a las preocupaciones crecientes de los cristianos maronitas de Líbano. Los choques armados entre las tropas libanesas y los guerrilleros de Fatah llevaron a Nasser a cerrar un acuerdo en noviembre de 1969, en virtud del cual los palestinos coordinarían sus actividades con las fuerzas armadas libanesas y se abstendrían de interferir en la política interior del país anfitrión. En realidad, este Pacto de El Cairo no incluyó ningún mecanismo que asegurase esa coordinación, ni tampoco que regulase las infracciones del mismo. Por si fuera poco, Arafat se fue mostrando cada vez más partidario del ambicioso izquierdista druso Kamal Yumblat (los drusos eran una secta religiosa minoritaria), y también ayudó a entrenar a la milicia libanesa de Shia Amal, prueba evidente de su insistente entrometimiento en la política del país anfitrión. Cuando Hafed el-Asad, presidente de Siria, impuso controles sobre tres de los cuatro

mil fedayines de Fatah a los que había permitido la entrada desde Jordania, éstos desmantelaron sus campamentos y se sumaron a sus compañeros de militancia en la región de Arqub, en el sur de Líbano, aumentando de manera considerable el número de combatientes disponibles[103].

Con cierta destreza organizativa, Arafat y sus colegas emprendieron en Líbano la construcción de un Estado dentro de un Estado, en un movimiento que recordaba el que les había obligado a abandonar Jordania. Y es sin duda digno de mención que, tal como los palestinos rehusaron la partición de la ONU en 1947, una solución mejor de la que jamás conseguirían en las siguientes décadas, también repitieron en Líbano el comportamiento que había desembocado en su expulsión de Jordania. Las donaciones de los Estados árabes, sobre todo de Arabia Saudí, y el diezmo impuesto sobre los palestinos expatriados que trabajaban en Europa, Oriente Próximo y Estados Unidos, se emplearon para construir una unidad política paralela, con sus tribunales, hospitales, escuelas y campos de adiestramiento para la comunidad palestina refugiada. La OLP abrió unas treinta y cinco plantas industriales, sitas en Beirut y en los alrededores, en las que se fabricaba gran variedad de bienes de consumo con Arafat como presidente ejecutivo de esta especie de OLP, Sociedad Anónima. Además de estas actividades legítimas, los militantes de la OLP llevaron a cabo atracos a bancos y secuestros con los que quisieron hacer su propia aportación a la desestabilización de una de las pocas democracias parlamentarias que nunca han existido en Oriente Próximo.

MÚNICH

La venganza contra quienes se tuvo por culpables de aquel Septiembre Negro llegó muy pronto, ya que los árabes eran partidarios del viejo sistema del ojo por ojo. El 28 de noviembre de 1971, a la hora del almuerzo, Wasfí Tal, primer ministro de Jordania, subió las escaleras de la entrada del hotel Sheraton de El Cairo para

reunirse con su esposa tras haber pasado la mañana en las negociaciones de la Liga Árabe. Al atravesar el muy bullicioso vestíbulo del hotel buscándola, un joven que posteriormente se identificó como Essat Rabah le descargó cinco tiros, espantando en ese instante a sus guardaespaldas. Las últimas palabras de Tal fueron éstas: «Me han matado. Asesinos. Sólo creen en el fuego y en la destrucción». Otro asesino, Manzur Jalifa, se arrodilló junto a él para empaparse las manos de sangre en el charco que se extendía bajo el cuerpo de Tal. Con parte de la cara embadurnada de rojo, Jalifa gritó: «¡Estoy orgulloso! Por fin lo he hecho. Nos hemos cobrado venganza sobre un traidor». Avanzando tambaleándose hacia el lugar del alboroto, la esposa de Tal dio un grito: «¡Palestina está acabada!». Los asesinos fueron capturados y reducidos por oficiales egipcios de seguridad, pero aún gritaron triunfalmente: «¡Somos Septiembre Negro!». Dos semanas después, un pistolero argelino que pasaba por una tranquila calle del barrio londinense de Kensington vació el cargador de un subfusil ametrallador en el coche que llevaba a Zeid al Rifai, embajador jordano en Londres y asesor clave del rey Hussein. El embajador sufrió heridas en una mano. Egipto sigilosamente puso en libertad, tras el reconocimiento de la OLP, a los cuatro hombres que habían de ser juzgados por el asesinato de Tal. Desaparecieron como por ensalmo. Del mismo modo, aunque las autoridades francesas capturaron a Frazeh Jelfa, el hombre que había disparado contra el embajador de Jordania en Londres, rápidamente lo pusieron en un avión con rumbo a Argelia, donde presuntamente se le reclamaba por delitos anteriores. Entretanto, Septiembre Negro atacó varios objetivos en Europa. Cinco jordanos que al parecer habían colaborado con Israel fueron asesinados en una masacre al estilo de la del día de San Valentín en un sótano de la localidad de Brühl, en Alemania. Los tanques de abastecimiento de Gulf Oil volaron por los aires en Holanda. Un oleoducto de Esso fue atacado cerca de Hamburgo.

Septiembre Negro fue la organización terrorista que fundó Arafat en Damasco entre agosto y septiembre de 1971, inicialmente con la intención de desencadenar una guerra terrorista contra la monarquía jordana. Esto fue lo que reconoció cuando, al referirse al asesinato de Tal en la Radio de la OLP, llamó a los asesinos «cuatro de nuestros revolucionarios». El elemento crucial de Septiembre Negro era que se podía desmentir. Según palabras de uno de sus comandantes, «[Septiembre Negro] estaba desligado de Fatah, de modo que Fatah y la OLP no tuvieran que soportar el oprobio debido a nuestras operaciones. El grupo, como colectivo de individuos y como cúpula de mando, era responsable de sus propios éxitos y de sus propios fracasos, sin tener por ello que comprometer a la cúpula legítima del pueblo palestino [la OLP]» [104].

Tenía un mando colectivo, en el que los oficiales podían extraerse de Fatah y del FPLP, que disponían de hombres adecuados para cada operación. Entre sus líderes se encontraban un antiguo profesor de enseñanza primaría, Salah Jalef (o Abu Iyad); Abu Yusef (Mohammed Yusef al Najjar); Ghazi el-Husseini (un pariente del muftí); Fajri al Umari, Abu Daud y Abu Hassan (Ali Hassan Salameh), todos ellos figuras importantes en Fatah, que comenzaron a trabajar bajo esta nueva bandera de conveniencia. Abu Iyad era el dirigente del Departamento de Reconocimiento, secreto, de Fatah, o Yihaz el-Razd, en las filas del cual había reclutado al joven Ali Hassan Salameh, el hijo del renombrado Hassan Salameh, con la indicación de descubrir y asesinar a los agentes dobles israelíes. Arafat envió a todos estos futuros dirigentes de Septiembre Negro a realizar cursos de adiestramiento especializado, organizados por la Mujabarat egipcia, el nombre genérico que tienen las agencias árabes de inteligencia[105].

A los veinticinco años de edad, Salameh había hecho su aparición en las oficinas de la OLP en Amán durante la guerra de los Seis Días, que libraron los árabes en 1967 contra Israel. Fue un triunfo del sentimiento de familia. El padre de Salameh había sido asesinado cuando él tenía seis años. Su madre, y una hermana

llamada Yihad, jamás le permitieron olvidar la heroica vida que había llevado su padre, ni tampoco el hogar ancestral de Kulleh, que los israelíes victoriosos habían asolado. Las mujeres, en especial las madres y las abuelas, tuvieron un papel crucial a la hora de aventar las ascuas del odio salvando las sucesivas generaciones, recordando continuamente a los varones más jóvenes las grandes hazañas de sus padres, o bien sacudiendo sus emociones con los detalles idealizados de una forma de vida que la familia y todo un pueblo habían perdido. Vale la pena citar el tipo de presiones emocionales a que estuvo sujeto este superterrorista:

> La influencia de mi padre me supuso un serio problema personal. Crecí en una familia que consideraba la lucha una cuestión de herencia, que había de transmitirse de generación en generación. Mi crianza estuvo politizada en todo momento. Vivía la causa palestina. Cuando mi padre cayó como un mártir, Palestina me tocó en herencia, por así decir. Mi madre quería que yo fuese otro Hassan Salameh, y esto en una época en la que lo máximo a lo que podía aspirar un palestino era a llevar una vida normal.

Claramente, esto le incluía a él, pues nunca fue ni mucho menos automático su deseo de convertirse en terrorista:

> Yo quería ser yo mismo. El hecho de que se me exigiera vivir de manera que estuviera a la altura de la imagen de mi padre me creó un problema. Ya de niño, tuve que plegarme a un determinado patrón de conducta. No pude permitirme el lujo de vivir mi infancia. Se me hizo tomar continuamente conciencia de que era hijo de Hassan Salameh, de que tenía que estar a la altura de su herencia, incluso sin que se me dijera cómo se esperaba que viviera el hijo de Hassan Salameh.

La suya no fue una infancia sufrida con privaciones en lo material, puesto que el padre le legó las considerables cantidades de dinero que había amasado antes de la Revuelta Árabe y durante la misma. La familia había vivido primero en Damasco y después en Beirut, donde Ali Hassan Salameh asistió al famoso colegio Maqassed y luego a la universidad de Bir-Zeit, en Cisjordania. Pasó algún tiempo en diversas universidades alemanas, donde estudió ingeniería, aunque sobre todo cultivó su gusto por los deportivos caros y las mujeres atractivas. Salameh cultivó asimismo una imagen de macho, vestido siempre de negro —con medallones de oro— y dedicando mucho tiempo al culto del cuerpo en los gimnasios y a aprender kárate. En 1963, su madre le convenció de que se casara con una mujer del clan Husseini, unión a la que el anciano muftí dio su bendición, aunque el novio rápidamente iniciase no pocas relaciones extraconyugales. La guerra de los Seis Días fue el primer momento en que tuvo que responder y respondió a la obligación familiar, pues su ilustre nombre fue garantía de que el recluta muy pronto llamase la atención de Arafat. Esta es una cuestión clave para ascender en el escalafón de muchas organizaciones terroristas[106].

Los primeros intentos de Septiembre Negro de desplazar al FPLP de Habash en el campo de los secuestros aéreos fue un desastre. A comienzos de mayo de 1972, cuatro terroristas —dos hombres y dos mujeres— se apoderaron de un vuelo de Sabena que iba de Bruselas a Tel Aviv poco después de que despegase tras hacer escala en Viena. El piloto británico transmitió a Tel Aviv la exigencia de los secuestradores: la liberación de doscientos prisioneros palestinos a cambio de la vida de los ochenta y siete pasajeros. Cuando el aparato tomó tierra en Tel Aviv, las fuerzas especiales israelíes, cuyos efectivos se habían disfrazado con uniformes blancos, de personal de tierra, lo sabotearon —vaciaron el sistema hidráulico y desinflaron las ruedas— mientras los negociadores trataban de fatigar a los secuestradores. Entretanto, el personal de las fuerzas especiales ensayó la toma al asalto de un

Boeing 707 en otro aeropuerto, afinando hasta el punto de que el asalto no llegaría a tener más de noventa segundos de duración. A la hora de la verdad hizo falta menos tiempo para llevar a cabo la misión. Un secuestrador fue alcanzado entre los ojos cuando disparó un soldado aparecido por una de las puertas de emergencia; otro fue abatido de dos disparos de pistola. Las dos mujeres fueron reducidas y capturadas. Pero todo el alborozo que pudo causar la operación resultó prematuro. Y es que Abu Iyad y otros miembros de Septiembre Negro habían acudido a una convención internacional de terroristas convocada por Habash en el campo de refugiados de Baddawi, en Líbano, en donde se tomó la decisión de desbaratar todo intento por localizar a los terroristas haciendo uso de una especie de método que garantizaría la doble indemnidad de los asesinos, como el que tramaron los dos desconocidos que se encontraban en un tren en la película de Hitchcock de 1951 así titulada, Extraños en un tren. En este punto resultó de especial relevancia la participación del Ejército Rojo Japonés, ya que su misma extrañeza en el contexto de Oriente Próximo había de ser garantía del interés mundial. Sus miembros eran guerreros que iban a la guerra con poemas de Rimbaud y con pequeños muñecos de origami en los bolsillos.

El 30 de mayo de 1972, un avión de Air France aterrizó en el aeropuerto israelí de Lod tras haber hecho escala en Roma. Procedía de Puerto Rico. Eran las diez de la noche cuando los pasajeros, muchos de ellos peregrinos de la religión baptista y de Pentecostés que iban a visitar Tierra Santa, entraron en la sala correspondiente a recoger sus equipajes. Nadie prestó demasiada atención a tres jóvenes japoneses, Takeshi Okidoro, Yasuiki Yashuda y Kozo Okamoto, ninguno de cuyos nombres eran los que figuraban en los pasaportes que portaban, que tampoco ostentaban fotografías, cuando tomaron tres maletas de fibra de vidrio de la cinta transportadora.

En vez de encaminarse a la aduana, a la salida, dejaron las maletas en el suelo y sacaron de ellas varias granadas y unos

subfusiles ametralladores de fabricación checa, unos VZI-58, Descargaron sucesivas ráfagas por la sala de recogida de equipajes, haciendo un alto para lanzar granadas en medio del resto de los pasajeros. La sala se llenó de humo, de ruidos, de chillidos, del intenso olor de la cordita. El director del grupo de peregrinos, el reverendo Manuel Vega, vio caer a su esposa abatida a tiros antes de sentir un profundo dolor en el pecho. En su caso, por suerte, lo que habría tenido que ser una bala mortal perdió fuerza al atravesar la biblia de bolsillo que llevaba en el pecho. Murieron veinticuatro personas y resultaron heridas otras setenta antes de que Yashuda cayera por un disparo accidental de uno de sus camaradas y Okidoro se volase la cabeza con una granada de mano que estalló prematuramente, cuando pretendía lanzarla por la apertura de entrada del equipaje, para salir hacia las pistas. Sólo Okamoto trató de huir precisamente por las pistas del aeropuerto, lanzando granadas a los aviones estacionados a la vez que corría entre ellos, antes de que un valiente empleado de El Al lograse reducirlo. Durante los interrogatorios —que dieron respuesta por parte del japonés silencioso sólo cuando los israelíes prometieron (en falso) facilitarle un revólver y una sola bala para que se suicidase—, Okamoto arrojó alguna luz sobre el modo en que tanto él como sus camaradas del Rengo Sekigun (Ejército Rojo japonés) habían decidido convertir el aeropuerto en un matadero, dejando un reguero de sangre entre los cadáveres y los equipajes abandonados.

Hijo de un director y una maestra de escuela primaria, Okamoto había estudiado para ser perito agrónomo en una universidad sin importancia, aunque rápidamente se sintió desilusionado con la «mera masturbación» en que consistía la política estudiantil, con sus estúpidos pósters del Che Guevara en las habitaciones de los colegios mayores. Siguió a su hermano mayor, Takeshi, en su ingreso en el Ejército Rojo, y su primera tarea consistió en proyectar para un público compuesto por estudiantes una película titulada *Declaración de Guerra Mundial por parte del Ejército Rojo y el FPLP*. En septiembre de 1971 viajó a Beirut para recibir

adiestramiento militar. A principios del verano de 1972, el FPLP lo sometió a un programa más riguroso, que incluía el manejo de explosivos, y los últimos tres días se dedicaron a conocer palmo a palmo el aeropuerto de Lod. Se embarcó entonces en un viaje de turismo por Europa con sus dos camaradas, la cobertura necesaria para tomar el avión de Air France cuando hizo escala en Roma procedente de Puerto Rico. De acuerdo con el carácter estrafalario y de culto que tenía el Ejército Rojo, cuyas principales víctimas hasta la fecha habían sido miembros del mismo, con los que se cometieron abusos sexuales, y a los que infligieron torturas y a la postre mataron sus camaradas, Okamoto hizo varios pronunciamientos oraculares sobre su deseo de convertirse en una de las estrellas de Orion, destino que aspiraba a compartir con sus víctimas. Condenado a cadena perpetua, Okamoto a la sazón se convirtió al judaismo, llegando a emplear unas tijeras de uñas para practicarse una desastrosa circuncisión que por poco acabó con su vida. Actualmente reside en algún lugar de Líbano tras ser liberado de prisión en 1985, formando parte de un intercambio de rehenes en el que se vieron implicados tres soldados israelíes capturados por el enemigo y canjeados por 1.150 palestinos.

Las respuestas a este atentado fueron diversas. En Japón, donde el padre de otro terrorista padeció tal grado de vergüenza que se ahorcó, el propio padre de Okamoto escribió lo siguiente a las autoridades israelíes: «Durante cuarenta años creí haberme dedicado fielmente a la educación de nuestros jóvenes. Les ruego castiguen a mi hijo a la pena de muerte sin más dilación». El gobierno japonés también desembolsó una cantidad sustancial para compensar a las familias de las víctimas. En Puerto Rico, a los ingenieros japoneses de la fábrica de Panasonic se les aconsejó que abandonasen el país debido a la intensidad del odio popular que habían suscitado los acontecimientos del aeropuerto de Lod. El coronel Gadafi, excéntrico presidente de Libia, como era habitual en él puso al japonés por modelo para los palestinos: «¿Por qué no iba a llevar a cabo un palestino una operación como ésta? A los

palestinos se les ve escribir libros y artículos llenos de teorías, pero son por lo demás incapaces de llevar a efecto una operación tan osada como la que han realizado los japoneses»[107].

Como si esta enormidad no hubiera sido suficiente, Septiembre Negro ya tramaba entonces su atentado más espectacular. El pretexto fue que el Comité Olímpico Internacional había ignorado bruscamente una petición que hicieron los palestinos para tener representación en los Juegos Olímpicos de Múnich, que iban a celebrarse en septiembre de 1972. Más relevante, posiblemente, iba a ser la presencia de unos seis mil periodistas de prensa, de radio y televisión, además de las primeras emisiones por vía satélite —los medios de comunicación de Estados Unidos habían sido los pioneros en 1968—, capaces de alcanzar a un público compuesto por miles de millones de espectadores. Una inmensa torre de televisión sería la garantía de que el mundo entero viese las emisiones, si bien los comentaristas deportivos se iban a ver convertidos a su vez en espectadores de una masacre, en la que tanto los comentaristas como los terroristas tuvieron intereses diversos, e inconfesables, sobre los detalles más reveladores y la duración del drama que se iba a desplegar ante los ojos del mundo entero. La moderna dialéctica de los comentaristas, de los expertos de los estudios televisivos y de los propios terroristas había alcanzado la madurez.

El atentado proyectado contra un pequeño equipo israelí, compuesto sobre todo por espadachines de esgrima, levantadores de pesas y luchadores, fue ideado por las principales figuras de Fatah y de Septiembre Negro, esto es, Abu Iyad, Abu Daud, Fuad al Shamali y Ali Hassan Salameh. «Tenemos que matar a sus personalidades más importantes, a las de más fama. Como no podemos acercarnos a sus estadistas, tenemos que matar a los artistas y a los deportistas», según palabras de Fuad al Shamali, el cristiano libanés que tramó el atentado de Múnich antes de morir víctima del cáncer en agosto de 1972. Estos hombres escogieron a los dos cabecillas del grupo terrorista, y éstos a su vez escogieron a

sus seis cómplices en la reserva de hombres disponibles y los sometieron a un adiestramiento especializado en algún lugar de Líbano. A los seis se les dio luego un adiestramiento intensivo, sobre todo en el modo de salvar altas paredes, en una instalación de la policía secreta de Egipto cercana a El Cairo. Si algún rasgo común les unía, era que habían crecido en el campo de refugiados de Chatila, en Beirut; cuatro de ellos, incluido el cabecilla del equipo, Luttif Afif, que operaba con el nombre en clave de «Issa», habían estudiado o trabajado en Alemania. Uno de ellos trabajó en la construcción de la Villa Olímpica; otro había sido cocinero o camarero en una de las cantinas; un tercero estaba casado con una alemana.

Sus armas llegaron a Alemania a finales de agosto de 1972. Abu Iyad acompañó a una pareja de árabes bien vestidos por el aeropuerto de Fráncfort. Un oficial de aduanas les dio el alto y les pidió permiso para inspeccionar sus maletas, lo cual provocó una gran irritación en el presunto hombre de negocios, que manifestó sus ruidosas protestas. En la primera y única maleta que llegó a abrir se encontraron montones de ropa interior femenina, lo cual a su vez desencadenó las airadas protestas de su esposa. El oficial de aduanas les franqueó el paso. En las otras dos maletas se encontraban las granadas, las pistolas y un total de ocho Kalashnikov AK-47. Abu Daud se reunió con el grupo y ayudó a esconder las armas en los casilleros de la consigna de la estación de ferrocarril de Múnich; luego esperó a que se produjera el atentado en su habitación de hotel. Ali Hassan Salameh voló a Berlín Oriental a disfrutar del malestar de la República Federal desde la seguridad que le proporcionaba su rival, el estado marxista-leninista.

El equipo terrorista en pleno se reunió por primera vez en un restaurante de la estación de Múnich en la víspera del atentado. Su nombre en clave era «Ikrity Birim», en honor de los dos poblados maronitas que los israelíes habían destruido en 1948. El atentado comenzó propiamente hablando a las cuatro y media de la

madrugada del 5 de septiembre, cuando ocho palestinos, vestidos con chándal y portando unas pesadas bolsas de deporte, se encaminaron a la valla que rodeaba el perímetro de la Villa Olímpica. Un grupo de estadounidenses borrachos que regresaban de una fiesta les ayudaron amablemente a subir la valla. Se dirigieron entonces a Connollystrasse 31, donde había una serie de edificios de poca altura en los que estaban alojados los atletas y sus entrenadores. Allí se pusieron los pasamontañas y tomaron las armas de las bolsas de deporte. Con una llave que habían sustraído previamente, el grupo probó la cerradura del apartamento 1. El ruido despertó a un árbitro de lucha libre llamado Yossef Gutfreund, el cual, medio dormido, se dirigió a la puerta. Al ver hombres armados por la rendija, hizo uso de su corpachón para impedirles la entrada. Los gritos desesperados de Gutfreund despertaron a un entrenador de halterofilia, que reventó una ventana y huyó al exterior. Los terroristas finalmente se abrieron paso pese a la resistencia de Gutfreund y entraron en el apartamento. Un entrenador de lucha libre llamado Moshe Weinberg empuñó un cuchillo de mesa y se lanzó sobre Luttif. Otro terrorista abatió a Weinberg, al que alcanzó en la cara. Llevándose a Weinberg con ellos, los terroristas pasaron al apartamento 2, donde estaban alojados más atletas israelíes, y se dirigieron por la calle al apartamento 3, donde se alojaban los levantadores de peso y los luchadores. Los capturaron y los llevaron por la calle al apartamento 1. En ese momento, un luchador consiguió escabullirse y huyó a un aparcamiento subterráneo. Weinberg, pese a estar herido, lanzó un puñetazo a la cara de uno de los terroristas, al cual le partió la mandíbula antes de que cayera bajo el fuego de las ametralladoras y quedar moribundo, abandonado en la calle. Al encenderse las primeras luces a resultas de la conmoción, los terroristas llevaron a los cautivos al apartamento 1, por cuyas escaleras interiores subieron. En ese momento, un luchador llamado Yossef Romano, que andaba con muletas debido a una lesión de los ligamentos, se lanzó contra sus captores. Murió de un disparo en el acto y se quedó tendido en

medio de la sala en la que estaban retenidos los rehenes israelíes. En torno a las cinco de la madrugada se hicieron las primeras llamadas de alarma al cuartel general de la policía de Múnich y cuarenta y cinco minutos más tarde el gobierno de Golda Meir dio inicio a la conversión de este suceso en una crisis diplomática y humanitaria de enormes proporciones.

La toma de rehenes es el preliminar más simple en el complejo proceso de las exigencias y la negociación. El atentado encontró toda clase de facilidades debido a diversos fallos en la seguridad. Los propios israelíes no se habían preocupado mucho de dónde y cómo se alojaba su equipo olímpico, en un edificio que tenía acceso directo desde la calle, y no habían insistido en contar con guardias de seguridad armados. Ansiosas por disipar cualquier recuerdo existente de los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín en 1936, las autoridades bávaras habían resuelto convertir a los policías en amistosos mayordomos que iban equipados con *walkie-talkies* y con una sonrisa, en vez de llevar pistolas y ametralladoras, para hacer hincapié de ese modo en el lema de sus Juegos Olímpicos, «Paz y alegría». El acceso a la Villa Olímpica era de una facilidad increíble para cualquiera[108].

El equipo de Septiembre Negro había recibido dos conjuntos de instrucciones por escrito: el primero exigía la liberación a las nueve de la mañana de doscientos prisioneros palestinos y terroristas extranjeros, incluidos Okamoto y las dos secuestradoras del vuelo de Sabena; el segundo ofrecía una ampliación del plazo para las negociaciones, pero exigía un avión que transportase a los terroristas y a sus cautivos fuera de Alemania, preferiblemente a Egipto o a Marruecos. Estas condiciones se respaldaron con las amenazas de ejecutar a los rehenes de acuerdo con unos plazos precisos. En la práctica, la primera de las demandas dejó de tener sentido, ya que el plazo prácticamente había expirado antes de que los funcionarios alemanes, en Bonn, tuvieran notificación de estos acontecimientos. Las primeras negociaciones con Issa las llevó a cabo el jefe de la policía de Múnich, Manfred Schreiber, primero por

teléfono, después cara a cara. Durante estos encuentros, Schreiber se preguntó si sería capaz de arrebatarle a Issa la granada que aferraba con una mano mientras los dos hablaban, uno en un balcón en la planta baja, otro a la misma altura, en la calle. Como el gobierno israelí descartó cualquier intercambio de rehenes por prisioneros, la pelota quedaba claramente en el campo de los alemanes, siendo su única opción la de iniciar las negociaciones —y alargar antes que nada los plazos que se habían fijado, y que estaban próximos a vencer—, mientras sopesaban qué se podía hacer. Una de las tácticas dilatorias consistió en introducir a una figura de gran peso político en las conversaciones, alguien capaz de garantizar los tratos que se pudieran cerrar, y ésta fue la suerte que le tocó a Hans-Dietrich Genscher, ministro del Interior del gobierno federal. En un momento determinado, con particular valentía se ofreció a entrar en el apartamento para ver a los israelíes cautivos; quedó espeluznando al verlos atados en las sillas, con el cadáver de Romano en el suelo, y las manchas de sangre y los agujeros de balas en las paredes. Esta visita reforzó entre los alemanes la sensación de que se las veían con un grupo de fanáticos.

Mientras los negociadores alemanes trataban de fatigar a sus interlocutores terroristas, la policía bávara tomó posiciones de cara a un posible intento de rescate. Esta intentona se vino abajo ante el primer obstáculo: miles de espectadores sentados en los prados de los alrededores dieron ánimos a la policía, cuyos efectivos se desplegaban arrastrándose por los tejados, mientras los terroristas palestinos atrincherados en el apartamento de Connollystrasse 31 observaban su acercamiento por la televisión. Tras reconocer que iba a ser una mala idea el intento de tomar al asalto un edificio en el que los terroristas habían tenido tiempo de sobra de preparar su defensa, los alemanes decidieron efectuar la liberación de los rehenes en algún punto intermedio, en su desplazamiento desde Connollystrasse hasta un aeropuerto cercano. Poco a poco fue cuajando un plan para transportar a los terroristas y a sus rehenes en dos helicópteros hasta un aeródromo militar de Fürstenfeldbruck,

donde los terroristas se verían en una situación más vulnerable ante los francotiradores de la policía en el momento en que tuvieran que acercarse a pie a un avión de Lufthansa que estaría esperando para llevarlos a un destino todavía por determinar. Este plan se torció cuando la policía de pronto llevó de nuevo a los tiradores a la Villa Olímpica, por pensar que podrían asaltar a los terroristas cuando atravesaran un aparcamiento subterráneo para llegar a la zona donde los esperarían los helicópteros. Al hacer una inspección de rutina, Issa reparó en que había figuras que iban velozmente de un lado a otro en las sombras del aparcamiento, y exigió un autobús puerta a puerta hasta los helicópteros. Los cinco tiradores de la policía tuvieron que regresar velozmente al aeropuerto. Alrededor de las diez, ocho terroristas salieron con las armas listas y escoltaron a sus nueve rehenes, atados los unos a los otros, hasta el autobús. Dos helicópteros se los llevaron a todos en plena noche hacia el aeródromo de Fürstenfeldbruck. A esas alturas ya existía un defecto grave en el plan policial, pues hasta ese momento habían dado por hecho que se trataba de cinco terroristas. Y ahora resultó que eran ocho, y que sólo había cinco tiradores listos para abatirlos. Pronto iban a encontrarse con otros cuatro rehenes; los cuatro tripulantes de los helicópteros policiales que llevaron a los terroristas a Fürstenfeldbruck.

El plan original de la policía había partido del supuesto de que al menos dos terroristas, incluido Issa, el líder de la banda, querrían en primer lugar inspeccionar el Boeing de Lufthansa que estaba esperando en la pista. En ese momento se les podría capturar o abatir, puesto que la policía podría hacerse pasar por tripulación y esperar en el avión o a la entrada, al tiempo que los tiradores se harían cargo simultáneamente de los «tres» camaradas que quedarían vigilando a los rehenes en los dos helicópteros. Al inspeccionar el Boeing, los comandos de la policía comprendieron su propia vulnerabilidad potencial cuando empezaran a dispararse las balas en el interior del aparato. Llevando la democracia alemana hasta un extremo excesivo, celebraron una votación y se negaron a

cumplir la misión encomendada. Eso dejó a los tiradores con entera libertad de actuación. Los helicópteros en los que se encontraban los terroristas y sus cautivos aterrizaron; las aspas, una vez estacionados, proyectaban sombras confusas debido a una serie de focos mal colocados, que acababan de encenderse. Los tiradores de la policía, meros aficionados y tiradores de competición, no sólo no tenían el instinto y la preparación de los asesinos de uniforme, sino que tampoco estaban provistos de radios para comunicarse los unos con los otros o con quienes les debían dar las órdenes. No tenían cascos de protección ni chalecos antibalas, es decir, carecían de la seguridad necesaria para disparar desde posiciones más o menos expuestas. Sus rifles tampoco tenían cañón largo, ni mira telescópica, ni visión nocturna, con lo cual no se les podía pedir que fueran demasiado precisos. Issa y su ayudante inspeccionaron el avión de Lufthansa, y rápidamente se dieron cuenta de que faltaba algo o de que algo no estaba como debía. Al volver corriendo hacia los helicópteros, los tiradores de la policía abrieron fuego, y abatieron al ayudante de Issa, quien recibió un disparo en la pierna. También abrieron fuego los terroristas, que, debajo de los dos helicópteros, descargaron las armas automáticas en los edificios que los rodeaban. Al traspasar las balas de la policía los dos helicópteros, los terroristas del interior ametrallaron a los rehenes israelíes y volaron uno de los helicópteros con sus granadas de mano. Aquello se convirtió en un infierno, y se carbonizaron los cuerpos de los rehenes que seguían dentro. Tras un tiroteo de dos horas y media de duración, resultó que cinco de los terroristas habían sido abatidos por el fuego de los tiradores, y que los nueve rehenes habían muerto. Los tres terroristas restantes sobrevivieron a la masacre y fueron capturados por la policía. Mientras el mundo lloraba la muerte de los atletas, los cuerpos de los terroristas fueron transportados a Libia, donde se les recibió como a mártires. Ali Hassan Salameh salió en silencio de Alemania Oriental para viajar a Líbano, donde se le dio la bienvenida que se da a los héroes. El

propio Arafat en persona lo abrazó y le dijo: «Te quiero como si fueras hijo mío».

GUERREAR, AMEDRENTAR

Múnich fue para los palestinos un fracaso táctico, pero fue un éxito de estrategia. No lograron la liberación de un solo terrorista palestino y dos tercios de sus hombres murieron junto con los rehenes israelíes. Sin embargo, un mundo indiferente ya no podía a partir de entonces alegar su ignorancia a propósito de la causa palestina, puesto que casi mil millones de personas habían presenciado aquellos acontecimientos por televisión y muchos más habían tenido noticia probablemente gracias a la prensa. A la OLP llegaron en masa nuevos reclutas procedentes de diversos rincones del mundo árabe. Por si fuera poco, la OLP había logrado hacerse sitio a la fuerza en un acontecimiento de magnitud internacional del que había estado excluida, aun cuando la manera fuese a todas luces la antítesis del espíritu olímpico. El desastre del aeródromo tuvo además otras repercusiones, notablemente en el campo de las organizaciones anti terroristas. El presidente Nixon instituyó el primer Grupo de Trabajo Interdepartamental sobre terrorismo, a las órdenes del asesor de seguridad nacional, Henry Kissinger. Aumentó de forma muy considerable la seguridad en los aeropuertos estadounidenses por medio del registro de los pasajeros y sus equipajes, a la vez que se procedió a examinar a fondo a todos los árabes que aspirasen a obtener un visado. Los gobiernos europeos aún dieron un paso más radical y formaron unidades antiterroristas especializadas para proceder al rescate de rehenes. De ese modo se crearon en Alemania por ejemplo los Grenzschutzgruppe Neun, o GSG-9; en Francia, el Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale (GIGN), mientras que en Gran Bretaña se creó un destacamento de guerra contrarrevolucionario, el SAS. Hasta 1977 no se formó en Estados

Unidos algo semejante, llamado Blue Light, precursor de la Delta Forcé, sobre el modelo de la policía fronteriza alemana, el GSG-9.

La respuesta de Israel ante el ultraje internacional cometido con sus deportistas fue inmediata, y se produjo en cuanto la nación se recuperó del trauma inicial de presenciar a unos judíos asesinados en territorio alemán tres décadas después del Holocausto. La aviación israelí bombardeó los campamentos de la guerrilla palestina en Siria y en Líbano, causando doscientas bajas entre la población civil. Tres columnas motorizadas entraron en el sur de Líbano, destruyendo más de un centenar de casas de sospechosos de pertenecer a las guerrillas de la OLP. Esta clase de ataques tal vez sirvieran para expresar la rabia y la furia de Israel, pero no afectaron apenas a los dirigentes de Septiembre Negro, a salvo en sus apartamentos de Beirut. Se lanzaron otras operaciones más concentradas, si bien con el riesgo de acabar o dejar malheridos a los meros empleados de correos, a las secretarias más fieles. Israel había realizado estas mismas acciones con anterioridad. A mediados de los años cincuenta, Israel había asesinado a dos coroneles egipcios a los que culpó de haber orquestado los espeluznantes ataques de los fedayines contra civiles dentro de Israel. Ambos hombres fueron asesinados por medio de bombas escondidas en sendos libros. A comienzos de los años sesenta, Israel lanzó una campaña de intimidación, con secuestros y asesinatos dirigidos contra los ingenieros y científicos alemanes que ayudaron a Nasser a desarrollar misiles de largo alcance. También quedaron malheridas e incluso murieron no pocas personas inocentes, puesto que los destinatarios no siempre se tomaban la molestia de abrir en persona el correo que les estuviera dirigido.

Inmediatamente después de Múnich, varios dirigentes de Fatah en Argelia, Egipto y Libia sufrieron graves heridas debido a misteriosas cartas bomba. A modo de represalia, un agente del Mosad perteneciente a la embajada israelí de Bruselas fue atraído hasta un café en el que un hipotético doble agente árabe lo tiroteó en el tórax y en la cabeza. Poco después, miembros de Septiembre

Negro asesinaron a un periodista radiofónico radicado en París, supuestamente por su colaboración con el Mosad. A las embajadas de Israel llegaron por medio mundo un total de sesenta y cuatro cartas bomba; una de ellas estalló en Londres, asesinando a un agregado agrario que esperaba ansiosamente un paquete de semillas remitido desde Holanda. Aquello funcionaba por el mismo principio que un cepo para cazar ratones. Nada más abrirse el paquete, se accionaba un muelle detonador que activaba un explosivo plástico. Las cartas bomba enviadas por los israelíes causaron graves heridas a varios estudiantes y activistas palestinos en Bonn y en Estocolmo.

Este clima de ojo por ojo influyó en el jefe del Mosad, Zvi Zamir, quien a su regreso de Múnich —donde había presenciado la catastrófica actuación de los alemanes, que hicieron caso omiso de sus sabios consejos— apremió a la primera ministra Golda Meir para que se concentrase en aterrorizar a los terroristas mediante el asesinato de los dirigentes de Septiembre Negro y de todo el que hubiera contribuido a facilitar la operación de Múnich. El general Aharon Yariv fue el encargado de obligar a las distintas agencias israelíes de inteligencia una puesta en común, a la vez que se introdujeron los primeros ordenadores para acelerar la comparación de los datos de los servicios de inteligencia sobre personas provistas de complicados patronímicos árabes y de seudónimos operativos.

El *modus operandi* se revistió de una dudosa legalidad. Los servicios de inteligencia israelíes en el extranjero se encargarían de recoger información sobre un determinado sospechoso de terrorismo, compilando entonces un dossier que a su vez pasaba a ser el fundamento de una acusación en toda regla. Actuando como «fiscal», el jefe del Mosad presentaba el caso ante la primera ministra y los miembros de su gabinete —y así siguió siendo en otros gobiernos distintos del de Golda Meir—, que constituían el jurado y cumplían el papel de juez. No había un «abogado» de la defensa. Una unidad especial del Mosad, cuyo nombre en clave fue

el de «Caesarea», encabezada por un agente veterano, que podía llamarse por ejemplo Mike Hariri y tener cuarenta y seis años de edad, ponía entonces en marcha la planificación operativa. Con el tiempo, Caesarea llegó a contar con tres subservicios especializados. Los expertos en logística se ocupaban del alojamiento y el transporte; por lo común hablaban la lengua local del teatro de operaciones. Los equipos de vigilancia, entre ellos buen número de mujeres, mantenían al objetivo sujeto a una intensa observación, a veces a lo largo de varios meses. Los asesinos, que trabajaban por parejas —y eran conocidos como número 1 y número 2—, eran extraídos de las fuerzas especiales israelíes. Por lo común contaban con la cobertura de otros dos agentes que les facilitaban una vía de escape y les dejaban el camino expedito. Había también expertos en la fabricación de bombas y en robos, a los que aún habremos de encontrar más adelante. Cuando era inminente un asesinato, los planes se remitían de nuevo al «Comité X» del primer ministro, que daba su último veredicto. Hasta ahí la teoría del procedimiento.

Lo cierto es que los objetivos de estos asesinatos se eligieron tanto por su viabilidad operativa como por las vinculaciones que pudiera tener el sujeto con las matanzas de Múnich, según han reconocido con posterioridad algunas figuras de relieve en el Mosad. Este es un detalle importante que precisamente por ello conviene oír de boca de uno de los implicados, un agente del servicio de inteligencia con especial responsabilidad:

> No era preciso que uno tuviera las manos ensangrentadas para que nosotros lo asesinásemos. Si existía una información de los servicios de inteligencia, si el objetivo era alcanzable, si existía una oportunidad, íbamos a por él sin más complicaciones. Por lo que a nosotros respecta, estábamos creando un ambiente de disuasión, obligándoles a agazaparse, a pasar a la defensiva, a no planear ninguna clase de ataque ofensivo contra nosotros. Pero en este

> terreno también hay una pendiente resbaladiza. A veces se toman decisiones basadas en la facilidad operativa.
>
> No quiere decir que los asesinados fueran inocentes, pero si existía un plan, y si ése era el objetivo más «blando», el más fácil, se podía dar por condenado a muerte.

Dicho de otro modo, la información preliminar y analítica que el servicio de inteligencia tuviera sobre una persona determinada podía ser pasto del sensacionalismo por parte de los operativos que llevaban a cabo los asesinatos, sólo en aras de la relativa accesibilidad del objetivo.

El primer objetivo «blando» fue Wael Zu'aytir, un traductor de treinta y seis años de edad que trabajaba para la embajada de Libia en Roma, cuyo principal mérito, o derecho a la fama, consistía en haber hecho una traducción al italiano de *Las mil y una noches*. Se relacionaba en los círculos sofisticados de los literatos italianos y tenía una novia austríaca. No tuvo ninguna relación con el atentado de Múnich, aunque sí cometió la estupidez de afirmar que los propios israelíes habían tramado el atentado, además de ser entrevistado por la policía italiana en relación con los ataques de los terroristas palestinos a ciertas instalaciones petrolíferas de Italia. Es probable que este hecho sellara su destino. Una noche, al entrar en el edificio en que vivía en Roma con una bolsa de alimentos en la mano, lo alcanzaron doce veces los disparos de los agentes del Mosad, que emplearon pistolas del calibre 22 con silenciadores. Los agentes, así como Hariri y Zamir, que supervisaron la operación, habían salido de Italia a las cuatro horas de cometerse el asesinato de Zu'aytir. Cualquier escrúpulo residual que pudiera tener Israel en torno a estas operaciones desapareció cuando Septiembre Negro secuestró un avión de Lufthansa el 29 de octubre de 1972 al acercarse a Chipre en la ruta de Damasco a Fráncfort. El cabecilla de los secuestradores explicó al aterrorizado piloto que se trataba de la Operación Múnich, cuyo objetivo no era otro que asegurar la liberación de los tres terroristas detenidos a raíz del desastre de

Fürstenfeldbruck. Si las autoridades alemanas no procedían a la liberación inmediata, sus colegas y él iban a hacer estallar el aparato en pleno vuelo. El gobierno alemán cumplió de inmediato y llevó a los tres hombres al aeropuerto de Riem. De improviso, los secuestradores desviaron el avión de Lufthansa a Zagreb, donde decidieron sobrevolar el aeropuerto trazando círculos, si bien el aparato estaba ya escaso de combustible y sus ocupantes escasos de ánimo. Los alemanes se dieron toda la prisa posible en trasladar a los tres prisioneros a Zagreb, donde también aterrizó el avión secuestrado. En vez de proceder a la liberación de los trece pasajeros y de la tripulación, los secuestradores hicieron subir a bordo a los tres prisioneros palestinos y ordenaron al piloto que pusiera rumbo a Libia. El hecho de que la cabina de pasajeros se hallase tan escasamente ocupada ha llevado a algunas personas a insinuar que toda esta saga fue una argucia del gobierno alemán en connivencia con el FPLP, autor material del secuestro, con la finalidad de liberar a sus prisioneros antes de que Alemania fuese víctima de ulteriores ataques terroristas. Sea como fuere, una Golda Meir físicamente enferma inmediatamente dio su visto bueno a la siguiente operación de Caesarea.

Mahamud Hamshari era un palestino de treinta y ocho años de edad y licenciado en historia. Actuaba como portavoz de la OLP en París. En calidad de diplomático no oficial vivía con bastante desahogo en la Rué d'Alésia, con su esposa, una francesa llamada Marie-Claude, y su hija Amina. No vio nada anómalo cuando un periodista italiano le pidió por carta cita para un encuentro, aunque el hombre fuese un agente del Mosad que buscaba la dirección y el número de teléfono de Hamshari. Ese mismo hombre engañó a Hamshari para que abandonase su vivienda durante el tiempo suficiente para que dos ladrones de la unidad Keshet, del Mosad, se presentaran en el piso y fotografiasen el interior del mismo desde todos los ángulos posibles. En una segunda visita, los ladrones pudieron colocar una fina lámina de explosivo plástico bajo el teléfono de la mesa en la que Hamshari trabajaba a lo largo del día.

Se acopló un pequeño detonador a una antena capaz de recoger señales radiofónicas codificadas. El día siguiente, a última hora de la mañana, Hamshari recibió una llamada telefónica. «¿Dígame?», contestó. Una voz le dijo: «Por favor, ¿puedo hablar con el doctor Hamshari?». «Al aparato», respondió Hamshari. En ese momento, en el piso estalló una explosión que roció de cristales la calle. Hamshari falleció tres semanas después en el hospital, todavía confuso en cuanto al misterioso periodista italiano. El método seguido en este asesinato, toda vez que se le podría haber pegado un tiro fácilmente en una calle, fue indicativo de que el Mosad había aprendido rápidamente de los terroristas. Un atentado con bomba en París atraería mucha más cobertura de prensa, mucha más atención pública, que un simple disparo en una calle oscura, haciendo que cundiera mucho más miedo entre los terroristas palestinos. Tal como opinó un antiguo operativo de Caesarea, «si pudiese abatirlos con un misil desde treinta kilómetros de distancia, lo haría sin dudarlo». Y eso había de llegar en el futuro. El tercer objetivo fue un representante de la OLP de treinta y seis años de edad, Hussain Abu-Kair, que operaba en el hotel Olympic, en la Avenida del presidente Makarios, en Nicosia. Por lo que se ha llegado a saber, era el contacto clandestino de la OLP con el KGB soviético, que aportó armas y adiestramiento a los militantes de Fatah. No pareció tener ninguna implicación directa en las matanzas de Múnich. Los ladrones del Keshet entraron en su habitación del hotel y colocaron una bomba activada por control remoto bajo su cama. El 25 de enero de 1973, Abu-Kair regresó a su habitación a altas horas de la noche, encendió la luz unos momentos y se acostó. Fuera, alguien accionó el mando que le hizo saltar en pedazos. En abril de 1973, el equipo de Caesarea asesinó a tiros al doctor Basil al Kubaissi, profesor de derecho en la universidad de Beirut, cuando salía de un restaurante caro en París.

Las operaciones israelíes contraterroristas desarrolladas en Europa obligaron a Septiembre Negro a organizar sus ataques en lugares más lejanos, considerados objetivos más accesibles. El 28

de diciembre de 1972, los terroristas de Septiembre Negro invadieron la embajada israelí en Bangkok, aprovechándose del ambiente festivo que concurrió con la investidura del príncipe heredero de Tailandia. Seis diplomáticos israelíes fueron tomados en calidad de rehenes. Sólo la intervención del embajador egipcio impidió un baño de sangre; los fatigados terroristas (y el embajador) fueron transportados de Bangkok a El Cairo.

Este contratiempo público enfureció tanto a Ali Hassan Salameh que insistió en que se llevase a efecto una nueva operación que dejara pasmados incluso a sus colegas de Fatah debido a sus ramificaciones políticas. Se añadió el factor de urgencia cuando una patrulla del ejército jordano que estaba de guardia logró detener a Abu Daud, quien se había hecho pasar por un jeque saudí, si bien estaba llevando a cabo una misión de reconocimiento para un intento de Septiembre Negro de tomar a ciertos ministros jordanos como rehenes y efectuar así la liberación de mil integrantes de Fatah de las cárceles del reino. Para liberar a Daud, Septiembre Negro lanzó un ataque contra la embajada saudí en Jartum cuando el embajador celebraba una fiesta en honor del jefe de la misión diplomática estadounidense, saliente, en la embajada de Sudán. Las figuras locales de la OLP se encargaron de todos los preparativos del atentado, y un oficial de Fatah llevó a los terroristas a la embajada, en donde irrumpieron en la recepción ofrecida al cuerpo diplomático. De un modo, extraordinario, un puesto de escucha de la Marina de Estados Unidos en Chipre había intervenido una conversación entre Arafat y Abu Iyad, en Beirut, en la que comentaban la llegada de operativos para algo cuyo nombre en clave era «Río Frío» (Nahr al Bared) con el representante de la OLP en Jartum. La Agencia de Seguridad Nacional transmitió esta información al Departamento de Estado, pero se produjeron diversos retrasos mientras las dos agencias trataban de valorar la importancia de la información interceptada. Llegaron mensajes urgentes al Departamento de Estado desde la embajada de Jartum, a propósito de los acontecimientos que se habían producido en la

recepción de los saudíes. Allí, los terroristas separaron al embajador de Estados Unidos, Cleo Noel, y a su delegado, George Moore, así como al *chargé d'affaires* de la embajada de Bélgica, Guy Eid, al cual confundieron maliciosamente con un judío. Pronto quedó claro que la mediación de los egipcios no iba a rendir fruto, ya que los palestinos estaban resueltos a matar a alguien. Las órdenes de «cumplir Río Frío» llegaron de Arafat, desde Beirut, quien no sabía que sus conversaciones con los terroristas de Jartum estaban siendo escuchadas por Estados Unidos e Israel. Caballero hasta el final, Noel pidió disculpas a sus anfitriones, los saudíes, por haberles estropeado la fiesta. Los terroristas se llevaron a los tres diplomáticos al sótano, donde les dispararon varias veces, empezando por los pies y ascendiendo hasta matarlos. Arafat llamó media hora más tarde para decir: «¿Habéis cumplido ya Río Frío? ¿Por qué no me ha llegado ninguna noticia? ¿Por qué no ha salido por televisión?» [109].

Salameh también puso en marcha un plan para asesinar a Golda Meir cuando Septiembre Negro tuvo conocimiento de la intención de la primera ministra de visitar al Santo Padre en Roma. Tras explorar personalmente la ruta más probable que tomaría desde el aeropuerto de Fiumicino hasta el Vaticano, Salameh decidió que la mejor opción para el atentado sería un misil de fabricación rusa lanzado con un aparato que se llevaba al hombro en el momento en que aterrizase el avión. Las cajas que contenían esos misiles se enviaron en un barco velero de Dubrovnik a Barí, en la región italiana de Apulia, y luego fueron transportadas a Roma. Por puro accidente, el Mosad interceptó algunas llamadas de una prostituta de Bruselas a la que recurrían algunos clientes de la OLP, y de ese modo se intervinieron algunas llamadas de Salameh a un piso en Roma. Hablaba en clave sobre catorce «pasteles» en movimiento. Se localizó la dirección en Roma, se registró a fondo y los israelíes hallaron unos papeles relaciona dos con misiles de fabricación soviética, entre ellos las instrucciones de empleo. Junto con la policía italiana, repasaron de arriba abajo el aeropuerto de Fiumicino

pocas horas antes de que la primera ministra tocara tierra. Los israelíes no tardaron en interceptar a uno de los dos equipos de terroristas y se las ingeniaron para capturar a uno de sus miembros. Sin tiempo que perder, lo golpearon hasta extraer la información de que otro equipo estaba a la espera, una de las contadísimas ocasiones en que la excesiva fuerza bruta ha tenido alguna utilidad. Por azar, otro agente del Mosad que patrullaba por el aeropuerto en su coche reparó en una furgoneta de venta de café ambulante que tenía tres extraños tubos en el techo. Decidido a no arriesgarse, chocó contra la furgoneta, que volcó, con lo que los terroristas quedaron atrapados dentro y los misiles desviados en el momento en que el avión de Meir se disponía a tomar tierra. El plan se había ido al garete.

En abril de 1973 los israelíes asesinaron a tres dirigentes palestinos que residían en un bloque de apartamentos frente al mar, en el barrio de a-Sir, en Beirut. Eran Abu Yusef, el segundo al mando de Fatah; Kamal Adwan, el joven comandante de operaciones de Fatah en el interior de Israel; y, por último, Kamal Nasser, el portavoz principal, cristiano, de la OLP. Aunque los dos primeros habían participado a fondo en diversos actos terroristas, no tenían una vinculación clara con las matanzas de Múnich, mientras que Kamal Nasser era más un propagandista que un combatiente, distinción que podría parecer quizá hilar demasiado fino. Así como el Mosad aportó la información privilegiada que fue necesaria para el ataque, lo llevaron materialmente a cabo las fuerzas israelíes especiales, el Sayaret Matkal, al mando del teniente coronel Ehud Barak, que sería en el futuro primer ministro de Israel. Su ayudante era Yoni Netanyahu, hermano mayor de otro futuro político israelí. El plan del ataque, que se llevó a cabo en el corazón de una ciudad que contaba con una población de varios millones de habitantes y con docenas de terroristas internacionales, fue sumamente meticuloso. Los agentes tomaron tierra procedentes de un submarino y llevaron a cabo una primera misión de reconocimiento, llegando a la conclusión de que una playa privada en una noche de

primavera casi con toda seguridad estaría vacía de pescadores y de parejas jóvenes, además de que de noche no habría huéspedes de los hoteles asomados a sus balcones. Toda la operación se ensayó en el solar en construcción de dos bloques de apartamentos del norte de Tel Aviv con gran consternación de los vecinos, que empezaron a alarmarse al ver a hombres armados que entraban y salían de los edificios.

La noche del 9 de abril, dieciséis comandos salieron de Haifa a Beirut en lanchas torpederas y pasaron en alta mar a lanchas hinchables, con las que llegaron a remo hasta la orilla. Las palabras con que los despidió el jefe de la IDF fueron: «Matad a esos hijos de puta», con lo que no quedaba el menor margen de ambigüedad a la hora de pensar en tratar de capturar a los dirigentes de la OLP. En Beirut se reunieron con agentes de Caesarea que se habían hecho pasar por turistas y que emplearon grandes coches de fabricación estadounidense para transportar a los comandos, armados hasta los dientes, hasta sus objetivos. Aún hubo otro engaño. Baraky Amiram Levine se habían vestido de mujeres, Barak con una peluca de morena y Levine de rubia. Fueron caminando con descaro, del brazo de sus respectivos «novios», hasta pasar por delante de dos policías libaneses que no miraron por segunda vez a ninguna de las parejas. En los bloques de apartamentos las cosas se aceleraron de repente. Tres de los comandos subieron a toda velocidad a la sexta planta e insertaron franjas de explosivo en el marco de la puerta de un apartamento. Tras recibir una señal de Barak, entraron a la carga en el apartamento y asesinaron a tiros a Abu Yusef, así como a su esposa. Otros comandos asaltaron a Kamal Nasser cuando estaba trabajando en un discurso, en su mesa, tras haber rechazado la oferta de Abu Iyad para que se quedase a dormir en su casa, rechazo que a éste le salvó la vida. Kamal Adwan fue asesinado en presencia de su mujer y sus hijos, sin tiempo siquiera de tomar el AK-47 que teníajunto a la cama. Ziad Helu, uno de los asesinos de Wasfi Tal, resultó malherido en el transcurso del ataque, si bien la semana anterior había escapado por poco de un intento de

asesinato por parte de fuerzas jordanas[110]. Una señora italiana de avanzada edad que se despertó en medio de la conmoción fue asesinada por los israelíes cuando cometió la imprudencia de abrir la puerta. Para ese momento, en la calle se había desatado una encarnizada batalla a tiros, a raíz de que la morena y la rubia descargasen ráfagas con sus Uzis contra los guardias de seguridad palestinos y los policías libaneses. Un *jeep* de la policía estalló a causa de una granada, y murieron todos sus ocupantes. En otros lugares de Beirut, los paracaidistas israelíes llevaron a cabo otros ataques, volando un bloque de apartamentos que albergaba a militantes del Frente Democrático para la Liberación de Palestina. Todos estos comandos y paracaidistas abandonaron Beirut tal como habían llegado, y lo hicieron antes del amanecer. El equipo de logística del Mosad había dejado sus coches de alquiler perfectamente aparcados, con la llave puesta en el contacto, a la espera. Mientras los iracundos palestinos asistían a los funerales de sus tres dirigentes, los israelíes disfrutaban con la experta ferocidad de sus fuerzas armadas, tal como había quedado de manifiesto en la Operación Manantial de Juventud. Hubo furiosas manifestaciones antigubernamentales en Beirut, pues muchos palestinos y libaneses de izquierdas sospecharon que las autoridades libanesas habían hecho la vista gorda ante la audacia del ataque israelí. Los choques armados cada vez más abiertos entre palestinos y las fuerzas del gobierno llevaron al presidente Franjieh a autorizar a la fuerza aérea libanesa a realizar bombardeos selectivos en los campamentos de refugiados de Sabra y Chatila, viveros de la militancia palestina.

Arrebatados por el éxito de este ataque, los israelíes continuaron la campaña llamada «Ira de Dios» contra los objetivos palestinos. Aunque aparentemente no tuviera vinculación con Múnich, en abril de 1973 el sustituto del representante de la OLP en Chipre fue asesinado por una bomba colocada en su habitación de hotel. Pocos meses más tarde, un socio clave que tenía en Septiembre Negro Ali Hassan Salameh bajó momentáneamente la guardia al salir de su hotel en Atenas para comprar un periódico, dando al

Mosad tiempo suficiente para entrar en su habitación y colocar una bomba bajo la cama. Al día siguiente, antes del amanecer, despertó al recibir una llamada telefónica de un desconocido y voló por los aires en el momento en que se cortó la comunicación. En junio, los dos palestinos que habían hecho un reconocimiento de las oficinas de El Al en Roma volaron por los aires a bordo de su Mercedes. Antes de que terminase el mes, el Mosad asesinó a Muhammed Budia, un argelino que trabajaba como director de un teatro en París, y que si bien no tenía ninguna relación con Múnich sí había sido responsable de los ataques contra la instalación de almacenamiento de petróleo de Trieste en agosto de 1972. Su error fatal consistió en convertir en hábito sus comprobaciones de seguridad. Residente en París, conducía un Renault 16 gris cuyos fondos inspeccionaba con cuidado todas las mañanas. Los ladrones entraron en el coche durante la noche, cuando él visitaba a una amiga suya, y colocaron una mina de tierra llena de tuercas y tornillos bajo el asiento del conductor. Cuando Budia entró en su vehículo y encendió el contacto, voló por los aires engullido por las llamas. Septiembre Negro se cobró inmediata venganza cuando un pistolero palestino asesinó al coronel Yosef Alón, agregado de defensa en la embajada israelí en Washington, a la entrada de su domicilio. Estaba metiendo el coche en el garaje tras volver de una fiesta.

A propósito de Estados Unidos, ésta es otra de las razones por las cuales el Mosad hizo tanto hincapié en asesinar a Ali Hassan Salameh, muy por encima de la responsabilidad que tuviera por los sucesos de Múnich. Desde 1969 había estado en contacto con Robert Ames, jefe de la delegación de la CIA en Beirut y analista clave de la Agencia en Oriente Próximo. La CIA tenía interés por hacerse con los servicios de algunas de las figuras más relevantes de Fatah, seguramente para impedir que se produjeran ataques contra ciudadanos e intereses estadounidenses en todo el mundo. Tras confundir a su hombre, Ames en dos ocasiones ofreció a Salameh enormes cantidades de dinero (una vez, tres millones de

dólares) sólo para encontrarse con el rechazo del terrorista playboy, que tenía dinero de sobra. Estos contactos, que sin duda llegaron a conocimiento del Mosad, hicieron que fuese más apremiante la necesidad de matar a Salameh.

En 1973, el Mosad comenzó a reunir pruebas fidedignas que apuntaban a que se encontraba en Escandinavia, en busca de un objetivo israelí de fácil acceso en el norte de la periferia de Europa. Cuando unos agentes de Suiza registraron los movimientos de un argelino de veintiocho años de edad llamado Kemal Benaman, que había viajado en avión de Ginebra a Copenhague y luego a Oslo, creyeron tener una pista sólida. Una docena de agentes del Mosad viajaron a la capital de Noruega para localizar a Benaman. Cuando éste viajó en coche al norte, a Lillehammer, lo siguieron. Creyeron que uno de los hombres con los que se había reunido en un café era Ali Hassan Salameh. Siguieron a esta persona incluso hasta el interior de una piscina municipal, en donde fue vigilado por una bañista de aspecto inocente, que lo vio charlar en francés con otro nadador árabe o norteafricano en el centro de la piscina. Los agentes siguieron a «Salameh» hasta un apartamento del barrio de Ñivo, donde parecía vivir con una mujer noruega que estaba embarazada. No les planteó ninguna objeción, ninguna duda, el hecho de que transitase en bicicleta, el hecho de que pareciera conocer al dedillo aquella pequeña localidad. Cuando los agentes de Mike Hariri contactaron con Zvi Zamir para pedir autorización para asesinar a este personaje, todas las preguntas fueron someras. Una noche, «Salameh» y su novia salieron de un cine en el que habían visto El desafío de las águilas y tomaron un autobús para volver a su casa. Cogidos de la mano ascendieron la cuesta hasta el piso en que vivían. Un coche se detuvo al otro lado de la calle, del cual saltaron dos hombres que dispararon diez balas contra «Salameh» con sendas Berettas con silenciador. «Salameh» era en realidad un joven camarero marroquí que tenía un trabajo extra en la piscina municipal. Se llamaba Achmed Buchiki y había salido al cine con su esposa, Toril Larsen Buchiki, que estaba embarazada. Todos los

encuentros con árabes o con norteafricanos que había tenido habían sido puramente casuales: lejos de su patria, tan sólo había tenido el deseo de hablar en una lengua que le resultaba mucho más fácil que el noruego.

Esta vez, a los agentes del Mosad no se les permitió largarse como si no hubiera pasado nada. Habían llamado poderosamente la atención en una pequeña ciudad provinciana en la que su apariencia mediterránea y sus torpes operaciones de vigilancia habían despertado suspicacias. Cuando volvían a Oslo en sus coches de alquiler, la policía noruega no se quedó mano sobre mano: tomó nota de la placa de un coche que salió velozmente de Lillehammer en la noche del atentado. Detuvieron a una pareja de extranjeros cuando quisieron devolver el coche en la empresa de alquiler del aeropuerto y en cuestión de segundos desmantelaron la débil cobertura que habían inventado. El hombre en cuestión era un ciudadano israelí de origen danés que, al sufrir de claustrofobia, se vino abajo en el momento en que le fue mostrada una celda en la comisaría de policía. Su detención dio lugar a otras dos de sendos extranjeros, un profesor «británico» de Leeds y un periodista *free lance* «canadiense» que espontáneamente habían decidido hacer una visita a Noruega tras haber tenido un encuentro casual en el aeropuerto de Zúrich. Cuando la policía registro las pertenencias de la primera pareja, descubrieron direcciones y números de teléfono que les condujeron a otros dos nombres de personas alojadas en la misma casa en que residía el oficial de seguridad de la embajada israelí en Oslo. Aunque Hariri consiguió salir de Noruegajunto con los dos asesinos que habían matado a Buchiki, seis de sus agentes quedaron retenidos por las autoridades noruegas. Cinco de ellos fueron condenados a penas de cárcel de hasta cinco años y medio por ser cómplices de un asesinato premeditado. En sus testimonios apareció el teléfono del Mosad en Tel Aviv, que fue rápidamente desconectado, aunque Israel negó tener responsabilidad alguna en sus acciones.

Así como este fiasco supuso una grave convulsión en el Mosad, al obligar a suspender una serie de asesinatos previstos, Septiembre Negro lanzó una feroz ofensiva con un ataque en el aeropuerto de Atenas. En agosto de 1973 dos jóvenes palestinos sacaron sus armas en la sala de embarque y comenzaron a disparar contra el resto de los viajeros. Mataron a tres turistas estadounidenses y a un pasajero indio, hiriendo a otras cincuenta y cinco personas. Los dos hombres se entregaron a continuación. El gobierno griego les permitió marchar cuando los terroristas palestinos secuestraron una nave griega en Karachi. A pesar de estas matanzas de ciudadanos norteamericanos, a comienzos de noviembre de 1973 Ali Hassan Salameh tuvo en Marruecos una reunión con el general Vernon Walters, entonces subdirector de la CIA. Salameh accedió a suspender todo ataque contra ciudadanos estadounidenses. Un resultado inesperado de este acuerdo fue que Salameh advirtiera a la CIA de un plan inminente para asesinar al consejero de seguridad nacional, Henry Kissinger, que había de llevarse a cabo por medio de misiles en cuanto llegase a Beirut para participar en unas conversaciones. La recompensa llegó un año más tarde, cuando, en el momento en que Arafat apareció con una rama de olivo en el edificio de la ONU en Nueva York, dejando ver la cartuchera que llevaba en la axila al levantársele la chaqueta con el gesto, la CIA recibió a Salameh en el Waldorf Astoria. En 1975, Salameh proporcionó 17 guardias para los estadounidenses evacuados en un convoy a su salida de Beirut en cuanto estalló la guerra civil, en un gesto por el cual fue recibido en persona en la central de la CIA en Langley. Dos años más tarde, Salameh se casó con Georgina Rizak, que había sido en 1971 Miss Líbano y Miss Universo. La CIA costeó la luna de miel de la pareja, en Hawai, y les obsequió una visita sin límite de gastos a Disneyworld, en Florida. A pesar de estas relaciones tan amistosas, la CIA técnicamente negó que Salameh fuera su agente cuando los israelíes se interesaron por su situación en 1978. Y esta negativa selló su destino.

Los equipos del Mosad llegaron a Beirut para mantener una estrecha vigilancia sobre todos los movimientos de Salameh. Pasaba las tardes con Georgina, su segunda esposa, en un apartamento de la calle de la Beka. Una agente del Mosad alquiló allí un apartamento y se hizo pasar por una artista inglesa un tanto chiflada, que trabajaba para una obra de caridad en beneficio de los huérfanos palestinos y daba de comer a los gatos callejeros. Otra agente del Mosad fingió ser una canadiense que vendía utensilios de cocina a los tenderos de Beirut. A mediados de enero de 1979, unos submarinistas israelíes llegaron a nado a Beirut y entregaron un paquete a las agentes del Mosad. Las agentes volvieron a un piso franco, donde armaron treinta kilogramos de explosivo hexágeno (un material para bombas muy potentes) y los instalaron en un Volkswagen de alquiler. Lo aparcaron en la calle Beka, donde Salameh a menudo iba a visitar a Georgina. La tarde del 22 de enero, Salameh salió de su apartamento con la intención de ir al piso de su madre y celebrar allí el tercer cumpleaños de una sobrina suya. Junto con sus dos guardaespaldas, subió a su Chevrolet, mientras otros tres guardias los seguían en un *jeep* . Al pasar este convoy a la altura del Volkswagen aparcado, éste estalló, matando a un total de ocho personas, incluida toda la guardia personal de Salameh. El murió al cabo de una hora en el hospital, a resultas de la metralla que le había alcanzado el cerebro. Cien mil personas acudieron a su funeral. En las fotografías aparece Yasir Arafat con el brazo a modo de consuelo sobre los hombros del hijo de Salameh, un chiquillo de trece años de edad.

Para este momento, la cúpula de la OLP había decidido desactivar Septiembre Negro, porque sus actos de depredación empezaban a ser contraproducentes. Abu Iyad y un colega de su plena confianza idearon una solución novedosa para no tener que matar a los activistas de la organización. Viajaron a las sedes de la OLP en los distintos países de Oriente Próximo que contaban con nutridas poblaciones palestinas. Identificaron a un centenar de muchachas, entre las más atractivas que pudieron encontrar, y les

apremiaron para que acudieran a Beirut en una misión de gran importancia nacional. Allí se las presentaron a los miembros de Septiembre Negro. A éstos se les dijo que si accedían a casarse con aquellas mujeres, recibirían por dote tres mil dólares, una nevera, una cocina de gas y un televisor, así como un trabajo regular en una organización no violenta y afiliada a la OLP. Si tuvieran un hijo en el plazo de un año, la donación ascendería a otros cinco mil dólares. Muchos de aquellos hombres en efecto se casaron, sentaron la cabeza y se dedicaron a sus familias. Para poner a prueba su resolución en esta nueva vida, la OLP les entregó pasaportes legales y les pidió que fuesen a Ginebra o a París en viaje de negocios a cargo de la OLP. La mayoría rechazó la oferta, pues no estaban dispuestos a poner en riesgo una existencia por fin tranquila. Otras versiones modificadas de esta estrategia de descontaminación se han ensayado desde Irlanda del Norte hasta Arabia Saudí, pero parece evidente que fue la OLP la pionera[111].

Aunque invariablemente se pase por alto, la OLP fue también víctima de otra campaña de asesinatos que se desarrolló en paralelo a las actividades del Mosad. Varias facciones escindidas de la OLP se anunciaron partidarias del «rechazo», es decir, contrarias al alto el fuego de Arafat con el rey Hussein y, a partir del discurso que hizo en 1974 ante el pleno de la ONU, a su disposición a negociar un acuerdo político con los israelíes. A partir de 1974 hubo contactos clandestinos entre los israelíes y los palestinos moderados, que se llegaron a institucionalizar informalmente por medio de la Liga para la Amistad Israel-Palestina. El canciller socialista austríaco, Bruno Kreisky, y el antiguo primer ministro de Francia, Pierre Mendés-France, tuvieron un importante papel como mediadores en estos diálogos[112]. Aunque Fatah siguió atacando a Israel por medio de sus actividades guerrilleras, se redujo notablemente su implicación en en el terrorismo internacional. Entre los partidarios del rechazo de todo pacto se encontraban el FPLP de George Habash, el FPLP-Mando General de Ahmad Yibril y, especialmente, Abu Nidal, con quien los iraquíes habían cultivado

una relación especial por ser su cliente palestino en una época en la que la OLP, en Líbano, parecía encontrarse cada vez más sujeta a la persuasión de sus rivales sirios por el dominio del movimiento Baaz, de nacionalismo socialista panarábigo. Abu Nidal fue el primer terrorista que hizo del asesinato un negocio internacional, aunque desde entonces le han salido innumerables rivales. No fue el primer terrorista, ni el último, que disfrutó de la violencia por la violencia misma, un Nechaev al estilo árabe y en nuestro tiempo.

Nacido en Jaffa en 1937, Sabri Jalil el-Banna, o Abu Nidal, fue uno de los muchos hijos que tuvo con una criada con la que se casó un adinerado comerciante de limones, para el cual el cambio de las casas de lujo, con criados y demás, por las tiendas de campaña de los refugiados posiblemente fue imposible de soportar. Tras diversos periodos trabajando en empleos diversos, sobre todo en Arabia Saudí, Nidal regresó a Nablús, en Cisjordania, donde trabajó como electricista, y de ahí pasó a la capital de Jordania, en donde fundó una empresa de importación y exportación llamada Impex, que le procuró la cobertura necesaria para sus actividades políticas, cada vez más turbias. Abu Iyad le encargó que tomara las riendas de la oficina de la OLP en Irak unos dos meses antes de que el rey Hussein borrase la presencia de la OLP en Jordania. En Irak, Abu Nidal dio rienda suelta a su furia ante el rumbo que Arafat empezaba a imprimir al movimiento palestino. Su primera operación independiente, con el nombre en clave de «El castigo», consistió en tomar por rehenes a once diplomáticos saudíes de la embajada de París para garantizar la liberación de Abu Daud de la cárcel de Jordania en la que estaba interno, además de distraer la atención de la Conferencia de los Países No Alineados, que, con gran irritación entre los líderes de Irak, albergó Argelia. Esta perversa operación, que en efecto aseguró la liberación de Abu Daud después de que Kuwait pagase ajordania doce millones de dólares, fue expresamente condenada por Abu Iyad, quien envió a Bagdad al dirigente palestino del momento, Mahmud Abbas, para que tratara de razonar con Abu Nidal. No sacó nada en claro, y salió hecho una

furia de la reunión. Abu Nidal fue expulsado de Fatah en marzo de 1974.

A finales de 1974, Nidal anunció la formación de «Fatah: El Consejo Revolucionario». Los iraquíes pagaron a Nidal una mensualidad de 150.000 dólares, además de una única prima de contratación por una cantidad entre tres y cinco millones de dólares. También le entregaron diversas instalaciones de adiestramiento y armas de fabricación china por valor de quince millones de dólares, originalmente destinadas a la OLP. Se declaró la guerra entre estas facciones palestinas cuando Fatah, a las órdenes de la OLP, asesinó en Beirut al amigo de Abu Nidal y antiguo integrante de Septiembre Negro, Ahmad Abd al Ghafur, adonde había ido a encargarse de la logística de grandes atentados terroristas contra intereses occidentales, que podrían haber inculpado a la propia OLP.

En esta etapa, Abu Nidal no pasaba de ser una figura secundaria, temporalmente eclipsada por un célebre terrorista, mucho más exótico y más afanoso en conseguir publicidad: Carlos «el Chacal» (Ilich Ramírez Sánchez). Sánchez había nacido en Caracas en octubre de 1949 y era el hijo malcriado de un estalinista millonario que iba a alardear cuanto pudo de las hazañas del hijo. Sin alejarse nunca mucho del tronco familiar, Sánchez asistió a un campamento de adiestramiento guerrillero dirigido por el servicio secreto cubano, la Dirección General de Inteligencia y luego estudió en la universidad Patricio Lumumba de Moscú, en donde el KGB identificaba a los futuros guerrilleros de mérito, a los saboteadores y a los terroristas, entre un total de veinte mil estudiantes procedentes de países extranjeros. Siempre mujeriego a pesar de la corpulencia que desde niño le había valido por sobrenombre «El Gordo», Carlos fue expulsado de la universidad por su ostentación en los líos de faldas que tuvo con varias honestas camaradas. Parece que fue entonces a Oriente Próximo a combatir contra los jordanos, y fue gradualmente aceptado en calidad de socio en el FPLP de Habash. A comienzos de los años setenta vivía cerca de su madre en

Londres, y ostensiblemente estudiaba en la afamada London School of Economics, ya entonces famosa por acoger a todo extranjero que llegase bien provisto de cheques, aunque en realidad llevaba una vida de playboy latinoamericano, cuya conversación de corte revolucionario, muy a la moda del momento, era su principal atractivo con las crédulas jóvenes que se congregaban a su alrededor, y utilizaba sus casas como almacén de armas y piso franco. La otra realidad afloró a la superficie cuando el 30 de diciembre de 1973 Carlos entró por la fuerza en la casa que tenía en el elegante barrio de Stjohn's Wood el presidente de Marks and Spencer, y le pegó a joseph Sieff un tiro en la cara. Al cabo de un mes, esa misma y elusiva figura abrió la puerta de una sucursal del banco Hapoalim, israelí, en Cheapside, y arrojó al interior una bomba, hiriendo a una mecanógrafa. El Gordo había pasado a ser «el Chacal», nombre que le dieron los periodistas familiarizados con el best seller que publicó Frederick Forsyth en 1970. Carlos volvió a salir a la luz en París. En agosto de 1974 estallaron varias bombas en las oficinas de periódicos a los que se consideraba próximos a Israel. Al mes siguiente alguien lanzó una granada al interior de un club nocturno, el Drugstore, un intento de añadir más presión sobre el gobierno francés para que procediera a liberar a un operativo del Ejército Rojo japonés, en una época en que los terroristas de esta organización habían tomado por rehén al embajador francés en Holanda sirviéndose de armas y granadas que les había proporcionado Carlos. En enero de 1975 hubo dos atentados sucesivos, ambos con cohetes de fabricación rusa, contra vuelos de El Al que despegaron del aeropuerto de Orly. Todos estos ataques fueron obra de Carlos.

Provisionalmente se le agotó la suerte cuando la policía de seguridad libanesa detuvo a Michel Moukharbel en Beirut, por ser éste el responsable de administrar la logística para los atentados de Carlos en París. Lo retuvieron durante cinco días antes de permitirle salir con destino a Francia, en donde la Direction de la Surveillance du Territoire (DST) no lo perdió de vista, hasta proceder a su

detención. Moukharbel terminó por proporcionar la dirección en la que se alojaba el joven gordo que la DST había fotografiado con él, aunque insistió en que se trataba de un hombre sin importancia. Tres agentes de la DST llevaron a Moukharbel a la dirección que les había dado, un piso en la Rué Toullier, en la margen izquierda del Sena, aunque como su turno estaba a punto de terminar dejaron las armas antes de marchar con él, en un gesto con el que quisieron ahorrar tiempo y que fue un error. El sonido de una guitarra y los acordes del «Gracias a la vida» los atrajo a un piso de reducidas dimensiones en el que entró el oficial al mando de la DST, dejando a Moukharbel con sus dos colegas en el rellano. El agente de la DST charló amistosamente con un joven gordo que llevaba gafas de sol, y que era el alma de una reducida fiesta para unos cuantos compañeros latinoamericanos. El inspector decidió entonces apretar la situación llamando a Moukharbel por ver qué sucedía si los dos hombres se veían uno frente al otro. Fue otro error. Cuando los tres agentes y Moukharbel entraron en el apartamento, Carlos sacó una pistola automática de calibre 38, de fabricación checoslovaca, y en cuestión de segundos había matado a Moukharbel y a dos de los agentes. El principal agente de la DST sufrió una herida en el cuello. Mientras la policía francesa y la británica trataban de atar los diferentes cabos en lá cadena de asesinatos y bombas sufridos recientemente en ambos países, Carlos escapó por el puerto de Marsella en un barco nocturno con destino a Argelia.

Carlos volvió al centro de la actualidad cuando, poco antes de la Navidad de 1975, y con una audacia realmente notable, se abrió paso a tiros, junto con unos cuantos colegas tanto árabes como alemanes, en la sede vienesa de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo). Un policía austríaco y un guardia de seguridad iraquí fueron salvajemente asesinados por una terrorista alemana. Un economista libio que trató de quitarle a Carlos el subfusil ametrallador fue asesinado cuando el Chacal recurrió a la mano que tenía libre y sacó una automática de 9 milímetros. Eran tipos que indudablemente iban muy en serio, y tenían en esos

momentos a once ministros encargados de los asuntos petroleros bajo su control, acobardados ante sus pistolas, incluido el de Irán, Jamshid Amusagar, y el de Arabia Saudí, Ahmed Zaki Yamani, a los cuales tenían la intención de asesinar por ser los representantes de las monarquías más reaccionarias de la región del golfo Pérsico. Además de una aspiración más o menos difusa de atacar al capitalismo de las multinacionales, el atentado probablemente quiso servir de advertencia por parte de los partidarios progresistas de los palestinos, es decir, Argelia, Libia e Irak, dirigida a los Estados árabes conservadores y al sha de Irán. Bruno Kreisky, el canciller austríaco, cedió rápidamente a las exigencias de los terroristas, respaldadas por la amenaza de asesinar a un ministro cada hora. Se produjo un momento más llevadero cuando un mediador iraquí quiso saber con quiénes estaban tratando. «Somos revolucionarios, no criminales —replicó Carlos—, somos el Brazo de la Revolución Árabe». «Pero si tú no eres árabe», respondió, perplejo, Riyadh al Azzawi. En cuestión de horas, el ministro del Interior austriaco se despedía de Carlos en el asfalto de la pista mientras el grupo y sus rehenes estaban a punto de despegar a bordo de un DC-9. Aunque el ministro nigeriano llegó a sentirse tan tranquilo que pidió al Chacal un autógrafo —«Vuelo Viena-Argel, 22-XII-75. Carlos»—, Yamani y el iraní pasaron el trayecto pendientes de sus constantes amenazas de pegarles un tiro. El avión tomó tierra en Argel y siguió viaje a Trípoli. Carlos alardeó con la seguridad de que el primer ministro de Libia habría ido a recibirles y les proporcionaría un avión nuevo, con la autonomía necesaria para llegar a destino. Fiel a sus costumbres, el primer ministro de Libia durmió a pierna suelta, y el avión prometido no llegó a aparecer. El grupo regresó a Argel, donde, seguramente a cambio de un rescate de cuantía difícil de calcular, pusieron por fin en libertad a sus eminentes rehenes y desaparecieron sin dejar rastro. Para Carlos, un dossier de prensa lleno de recortes acerca de sus delitos era algo tan importante como sus más que saneadas cuentas bancarias[113].

En abril de 1975, varios pistoleros desconocidos habían intentado asesinar al líder maronita más destacado de Líbano, Pierre Gemayel, en la ceremonia de consagración de una iglesia. Antes que terminase la mañana, unos pistoleros maronitas habían masacrado a veintiocho palestinos que regresaban en autobús a Ain Rummaneh. Las luchas entre las distintas comunidades experimentaron una escalada que pasó a ser una guerra en toda regla cuando, no sin razón, Gemayel acusó a la OLP de abusar de la hospitalidad libanesa y exigió la convocatoria de un referendo acerca de la presencia continuada de los palestinos en su país. Esto llevó a Kamal Yumblat, dirigente del llamado Movimiento Nacional Libanés, a exigir que se retirasen los autoritarios falangistas maronitas de derecha de la coalición de gobierno. Cuando los maronitas cercaron los campos de refugiados palestinos, masacrando a los habitantes de Dbayeh, las guerrillas palestinas bombardearon y arrasaron la pequeña localidad de Damour, asesinando a la mayoría de sus habitantes.

Las respuestas del mundo árabe en general ante este conflicto no pudieron ser más decepcionantes vistas desde la perspectiva de Arafat. La preocupación de Sadat, el presidente egipcio, por una paz unilateral con Israel, trajo consigo que Arafat se viera privado de contar con el apoyo del país árabe más grande y poderoso. De acuerdo con la suspicacia con que miraba las cosas, parecía que Egipto iba a lograr un trato provechoso a costa de los palestinos. Peor aún fue que Asad, el astuto presidente de Siria, si bien había empezado a dar respaldo a los radicales libaneses y a los palestinos, cambiase de parecer y respaldara a los maronitas cuando éstos parecían tener mayores probabilidades de salir victoriosos y Yumblat cometió la torpeza de advertirle de que se abstuviera de toda injerencia en la política interior libanesa. Cuando Arafat presuntuosamente trató de reconvenir a Asad, el dirigente sirio le respondió a gritos: «Tú no representas a los palestinos ni más ni menos que nosotros. No lo olvides [...] No existe un pueblo

palestino y no existe una entidad palestina. Sólo existe Siria». Algo de verdad encerraba esa afirmación.

Con la aprobación de los israelíes y de Estados Unidos, en junio de 1976 doce mil soldados sirios se desplazaron a Líbano. Bajo su protección y encubrimiento, los maronitas atacaron el inmenso campo de refugiados palestinos de Tal al Zaatar. Tras un cerco de cincuenta y dos días, los treinta mil habitantes del mismo tuvieron que rendirse, y algunos de ellos fueron asesinados al abandonar el campo. Tras dieciocho meses de luchas, la mediación de los saudíes dio por resultado que Líbano se dividiera en distintas esferas de influencia, todas ellas presuntamente garantizadas por la Fuerza de Disuasión Árabe, manejada por los sirios. La OLP por sí sola había tenido bajas de en torno a cinco mil efectivos. Entre ellas pronto estuvo el protector local con que contaban, Kamal Yumblat, que fue objeto de la venganza de Asad al ser asesinado en un control de carretera, en Siria, en marzo de 1977. Irak también desató a Abu Nidal contra los sirios, que habían cometido el gravísimo pecado de volver sus armas contra los palestinos de Líbano. A su campaña de bombas y de armas contra intereses sirios, como las oficinas de las líneas áreas y las embajadas en Europa y Oriente Próximo, puso por nombre «Junio Negro», debido a la fecha de la invasión siria de Líbano. Esta ofensiva dio por resultado un intento de asesinato del ministro sirio de Exteriores en el aeropuerto de Abu Dabi, atentado a raíz del cual perdió la vida el ministro de Estado para Asuntos Exteriores de los Emiratos Árabes Unidos. Después de que Sadam Husein se hiciera con el poder y emprendiera la guerra contra Irán, Abu Nidal fue empleado para asesinar a los disidentes iraquíes en el exilio, a la vez que no cejaba en su empeño por asesinar a los principales líderes de la OLP, como Abu Iyad, cuyos hombres se presentaron a su vez en Bagdad para tratar de asesinar a Nidal.

Tenían motivos de sobra, puesto que ya desde enero de 1978 Abu Nidal había lanzado una campaña de asesinatos contra los moderados de la OLP, en especial aquellos que estaban en contacto

con los pacifistas israelíes o que abogaban por una solución biestatal al conflicto de los israelíes y los palestinos. En aquel mes, el representante de la OLP en Londres, Sa'id Hammani, fue asesinado por Kayid Hussein, uno de los pistoleros tunecinos de Abu Nidal. En aquel verano, la organización de Abu Nidal abatió a Ali Yassin, portavoz de Fatah en Kuwait, y a Izz al Din Qalaq, su hombre fuerte en Francia, si bien falló por poco en su atentado contra Yusif Abu Hantash, en las oficinas que tenía la OLP en Islamabad. En 1981 asesinaron a Heinz Nittal, concejal de la ciudad de Viena y amigo íntimo del canciller Kreisky, en un claro aviso de que a éste más le valía poner fin a sus empeños por establecer un diálogo entre israelíes y palestinos. La OLP sabía exactamente quién era el culpable, y no en vano lanzó misiles contra la embajada de Irak en Beirut y atacó las oficinas de Nidal en Trípoli. Aunque hay quien afirma que la «estrategia» de Nidal estuvo «manipulada» por agentes israelíes infiltrados en su organización, esta hipótesis parece poco sostenible si se tiene en cuenta que sus terroristas simultáneamente llevaron a cabo por toda Europa diversos atentados contra objetivos israelíes y judíos de alcance relativamente fácil, siendo éste un eufemismo para hablar de los tiroteos perpetrados contra los fieles de una sinagoga de Viena y el lanzamiento de granadas contra un grupo de niños en Amberes. En abril de 1983, los hombres de Nidal asesinaron a uno de los miembros más destacados de la OLP, Isam Sartawi, en un congreso socialista celebrado en Portugal. Estos asesinatos los llevaron a cabo pistoleros que habían sobrevivido a los rigores de los diversos campos de adiestramiento de Abu Nidal. Como Abu Nidal en un momento determinado llegó a creer que su propia esposa era agente de la CIA, es de imaginar los niveles de paranoia que imperaban en estos infernales agujeros, recreaciones de los campos en los que él mismo había recibido adiestramiento en China y en Corea del Norte. Insistió en la vieja práctica comunista de que los nuevos reclutas reescribieran continuamente sus autobiografías, de modo que la más leve incongruencia con una versión anterior diera

por resultado una tortura monstruosa en la Sección 16, el bloque de interrogatorio y de castigo. Los que no lograban pasar la prueba terminaban enterrados en el desierto.

Aunque la OLP había sufrido una grave derrota con la primera invasión israelí de Líbano, tampoco fue una calamidad. Entre los feudos y taifas en que estaba dividido Líbano, también había uno para el perdedor. Arafat fue capaz de tener su Estado dentro de un Estado, situado en el barrio de Farqhani, en el oeste de Beirut y extendido hacia el sur, hasta el río Litani, en la frontera norte de Israel. Este hecho dio ánimos a Arafat para transformar a sus guerrilleros en una especie de ejército regular, que contaba con sesenta tanques T-34, de fabricación soviética y en mal estado, y un arsenal de armamento antiaéreo y lanzacohetes. Aparentemente olvidado de los cambios geoes— tratégicos que se habían introducido desde la visita de Sadat a Jerusalén, que efectivamente dejaron al gobierno recién elegido del Likud, encabezado por Menahem Begin, con toda libertad para concentrarse en la frontera norte del país, Arafat dio su visto bueno a un ataque terrorista de Fatah, a todas luces insensato, por mar, contra el norte de Haifa, que dio por resultado el secuestro de un autobús y la muerte de treinta y cuatro israelíes y todos los terroristas participantes, salvo dos. Las presiones públicas que se sintieron en Israel clamando por represalias inmediatas fueron impresionantes. El 14 de marzo de 1978 unos veintiocho mil soldados israelíes en varias columnas acorazadas atravesaron la frontera y arrasaron las aldeas libanesas, además de matar a unos doscientos combatientes de la OLP. Sadat condenó el ataque guerrillero y la represalia de Israel; las tropas sirias prudentemente se mantuvieron al margen, hasta que la bestial máquina de guerra del ejército israelí volvió a sus bases. Antes de marcharse, los israelíes colocaron a la milicia de los cristianos maronitas, afines a ellos, para que formasen una línea de defensa adicional, además de la fuerza provisional de la ONU, en la zona intermedia de la frontera norte. El patrón de la violencia que ha continuado en vigor más de treinta años después implicaba una

serie de ataques fronterizos de los palestinos, a los que apenas se daba publicidad, seguidos por ataques aéreos de los israelíes o bien expediciones de su prodigioso ejército acorazado, espectáculo que a los palestinos les permitió hacerse pasar por David frente a Goliat ante los medios de comunicación internacionales, que siempre consideraban la respuesta armada más merecedora de cobertura mediática que todo aquello que la hubiese provocado, por no tener el menor interés, al parecer, en averiguar quién ordenaba a los combatientes guerrilleros que desataran sus escaramuzas en la frontera con Israel.

La violencia volvió a estallar en el verano de 1981, cuando, tras los ataques aéreos de los israelíes en el sur de Líbano, la OLP se embarcó en una dura campaña de dos semanas de duración, en la que lanzaron cohetes Katyusha contra asentamientos del norte de Israel, provocando la huida de miles de israelíes hacia el sur, que además aumentaron sus exigencias para que el gobierno hiciese algo y pusiera fin a tales abusos. La fuerza aérea israelí comenzó el bombardeo de Beirut oeste, donde mató a trescientas personas y dejó heridas a otras setecientas en un nuevo despliegue del poderío bélico brutal que empezaba a valerle la inquina de la opinión pública no directamente implicada, visto que los israelíes nunca fueron parsimoniosos en su empleo de armamento de elevado coste, ni tampoco escrupulosos en cuanto a los lugares donde lo empleaban. Arafat encontró algún consuelo en un alto el fuego impuesto por los estadounidenses, lo cual implícitamente supuso que los israelíes habían reconocido a los terroristas de la OLP. Aunque Arafat a estas alturas se hallaba envuelto en tensas negociaciones subrepticias para tratar de lograr el reconocimiento de la OLP por parte de Estados Unidos, el nuevo ministro israelí de Defensa, Ariel Sharon, había comenzado a conducir con eficacia la política exterior de Israel, y tuvo conversaciones con un interlocutor estadounidense como Alexander Haig, cuya capacidad de concentración se distrajo con la perspectiva de ocupar pronto un cargo de mayor relevancia. Sharon salió de las reuniones mantenidas con Haig en mayo de

1982 convencido de que tenía luz verde para llevar a cabo importantes operaciones en Líbano, aunque Haig en realidad le había dado con cierta vaguedad una luz más bien matizada y roja. Sharon discretamente viajó a Líbano para forjar una sociedad entre cristianos y judíos destinada a reformular la situación política de Líbano tras el éxito de una invasión israelí. Israel aumentó la presión al anexionarse los Altos del Golán para poner a prueba la determinación de Siria, que se reveló inexistente, además de deshancar a todos los alcaldes afines a la OLP de las localidades de los territorios ocupados. El 3 de junio de 1982 Sharon encontró el pretexto que buscaba para la guerra cuando los hombres de Abu Nidal asesinaron al embajador israelí en Gran Bretaña en el momento en que salía de un acto social celebrado en el Dorchester Hotel de Londres. Cuando se le dijo que este terrorista palestino y renegado era el responsable, Raphael Eitan, comandante del ejército israelí, hizo este comentario: «Abu Nidal, Abu Schrnidal».

La aviación militar israelí volvió a bombardear el oeste de Beirut, acabando con la vida de sesenta personas y propiciando que la OLP disparase cohetes al otro lado de la frontera sur. En la mañana del 6 de junio, varias formaciones de las fuerzas armadas israelíes, con un total de cuarenta mil soldados, cruzaron la frontera de Líbano, mientras otras unidades navales tomaban tierra cerca del fortín que tenía la OLP en Sidón. Aunque el gabinete israelí había vetado con anterioridad los planes bélicos más expansionistas de Sharon, el terco comandante resolvió inmediatamente ponerlos en práctica, con lo que la guerra experimentó una gran escalada y pasó de ser una campaña limitada para asegurar la frontera norte de Israel de los ataques de Fatah a ser un empeño radical por reorganizar la política del vecino norteño del propio Estado de Israel. Toda posible perspectiva de intervención siria desapareció en cuanto los israelíes destruyeron con su fuerza aérea la cuarta parte de la aviación militar de Siria tan sólo en unos cuantos combates. Israel no se salió del todo con la suya, puesto que Bashir Gemayel, líder maronita e hijo de Pierre, mostró una alta resistencia a la hora de ser utilizado como

mero instrumento en manos de Sharon, suprimiendo de ese modo uno de los ejes vertebrales que tenía el general en sus planes de batalla. De ese modo, Sharon y Arafat se encontraron en la tesitura de tener que resolver la situación en persona. Arafat estaba asimismo sujeto a una presión creciente por parte del recién formado Consejo Libanés de Salvación Nacional, compuesto por sus aliados, los musulmanes suníes, empeñados en salir de Líbano antes de que los israelíes lo hicieran añicos. Si bien Arafat pudo tener remordimientos de conciencia por el desastre que había provocado sobre sus amistosos anfitriones, también habló en términos ominosos de que Beirut iba a convertirse en el Stalingrado de Palestina. Gadafi, el alocado dirigente libio, aportó la útil sugerencia de que la OLP procediera a un suicidio colectivo en Beirut o cualquier cosa por el estilo antes que marcharse. Arafat manifestó con acritud que habría combatido hasta el final si Gadafi no le hubiera fallado y le hubiera suministrado las armas prometidas. Posiblemente fue un exceso de melodrama intencional, porque a la vez que negociaba su evacuación con el enviado de Ronald Reagan, Philip Habib, el equipo de la OLP insistió en el embarque de su flota de BMW y Mercedes, además de llevarse a toda costa otras muchas manifestaciones de la buena vida que habían disfrutado en sus hasta entonces seguros refugios de Beirut.

Aunque Israel se encontrase bajo una presión muy considerable para lograr casi a cualquier precio el alto el fuego, Begin y Sharon desataron un último ataque de ocho días de duración contra la propia zona oeste de Beirut, con la esperanza de matar a Arafat y mostrar su muerte como signo palpable de su victoria. Arafat fue cambiando de un búnker a otro a medida que los israelíes seguían empeñados en asesinarlo incluso por medio de los cazabombarderos F-15. No supieron darse cuenta del efecto sobrecogedor que los bombardeos constantes y las incursiones aéreas tuvieron en la opinión internacional, lo cual vino a ser uno de los mayores defectos en sus futuras respuestas frente al terrorismo de frontera. Este hecho dio lugar a una tensa conversación

telefónica entre Reagan y Begin. «Menahem, esto es un holocausto», dijo el presidente. «Señor presidente, sé perfectamente qué es un holocausto», replicó el dirigente israelí. Cesaron los bombardeos y la OLP se dispuso a emprender su tercer éxodo, tras no haber conseguido otra cosa que sembrar el caos y la violencia en Líbano. Casi once mil combatientes palestinos fueron embarcados en navios que puso Estados Unidos a su disposición. El propio Arafat viajó a Grecia en el *Atlantis*, aunque su destino final fuese Túnez, lugar tan alejado de Palestina como es posible sin salir del mundo árabe. Abandonó una ciudad en ruinas, con diecinueve mil muertos y otros treinta mil heridos. También perdieron la vida en las operaciones cuatrocientos israelíes.

Pero las matanzas no habían terminado. El 14 de septiembre, el largo brazo sirio de Asad alcanzó a Bashir Gemayel, presidente electo de Líbano, que fue asesinado con una bomba que destruyó su cuartel general en el este de Beirut. Las tropas israelíes aprovecharon la oportunidad para peinar el oeste de Beirut en busca de cualquier combatiente palestino que pudiera quedar oculto. También permitieron a los milicianos falangistas la entrada en los campamentos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila con ese mismo pretexto, y allí masacraron a un número de personas que oscila entre setecientas y mil quinientas, dependiendo de qué fuentes se consideren más fiables. Esta masacre tuvo un gran impacto en la opinión internacional y en muchos israelíes, entre ellos patriotas como Abba Eban, antiguo ministro de Asuntos Exteriores, al tiempo que Menahem Begin, antiguo terrorista y monomaniaco, se limitó a comentar que «los gentiles están matando a los gentiles, y el mundo se ha empeñado en colgar a los judíos por ese crimen». Israel empezó entonces a pagar los excesos con creces y en la especie de su capital moral, bien intangible que era, a la vez que la IDF, su pertenencia más preciada.

Más allá de las guerras que destruyeron Líbano, algunas de las facciones palestinas más extremas sumaron fuerzas con Carlos el Chacal para convertirse en asesinos por libre y a disposición del

mejor postor, actividades que no dejaron de combinar con la extorsión. Así como Carlos, que había roto con el FPLP, se prestó a trabajar para el servicio secreto de Rumania o para el Ministerio de Seguridad del Estado de Alemania Oriental (la Stasi), matando a disidentes o atacando la sede de Radio Europa Libre en Múnich, Abu Nidal había traspasado sus lealtades de los iraquíes a los sirios. Estos lo consideraron un arma de especial utilidad contra Jordania, cuyo monarca gozaba del respaldo de la Hermandad Musulmana frente a los partidarios sirios del Baaz, al tiempo que afirmaba que era quien mejor podría negociar con Israel en nombre del pueblo palestino.

Comenzando sus actividades en el otoño de 1983, la red de terrorismo internacional que había construido Nidal con gran cuidado, y que dirigía haciéndose pasar por un hombre de negocios que operaba desde la Varsovia comunista, asesinó al embajador de Jordania en la India e hirió a funcionarios jordanos en atentados distintos, en Atenas, Madrid y Roma. Otros diplomáticos jordanos fueron también asesinados en Ankara y Bucarest. Jordania respondió con una serie de golpes contra diplomáticos e intereses comerciales de Siria, hasta que los dos países alcanzaron un acuerdo de alto el fuego. Abu Nidal también incrementó sus formidables recursos financieros al embolsarse once millones de dólares procedentes de fondos iraquíes en el transcurso de un negocio de venta de armamento, antes de que Irak le invitase a salir del país. Gran parte de sus actividades resultan imposibles de diferenciar de la mera criminalidad. Grabó personalmente «peticiones» remitidas a los Estados del Golfo para que hicieran donaciones al «verdadero» movimiento revolucionario de Palestina, dándoles un margen de seis meses para cumplir su petición. De lo contrario, recibían una breve comunicación: «¡Os voy a matar! ¡Secuestraré a vuestros hijos y príncipes! ¡Osvoya hacer volar por los aires!». Poco después de una de estas misivas, un avión de la compañía Gulf Air explotó en pleno vuelo por efecto de una bomba cuando estaba próximo a tomar tierra en el aeropuerto de Abu Dabi.

Cuando dos diplomáticos de los Emiratos Árabes Unidos fueron objeto de sendos atentados en París y en Roma, el dirigente de los Emiratos a regañadientes transfirió diecisiete millones de dólares a las cuentas de Abu Nidal. Otras extorsiones similares se concentraron en Kuwait, país que acordó pagar una cuota mensual nada desdeñable. Cuando los kuwaitíes dieron muestras de renegar de este acuerdo, nueve personas fueron asesinadas y casi noventa resultaron heridas en los atentados con bombas realizados simultáneamente en varios cafés de la ciudad de Kuwait. En 1985 Nidal empleó a tres de sus asesinos para matar a su cuñado y a su sobrino, de cinco años de edad, cuando el primero se negó a reconocer a Nidal en calidad de copropietario de una casa inmensa que tenía en Ammán. Entretanto, Nidal extendió las antenas sin hacer ruido hacia el coronel Gadafi, el dictador libio, que había decidido recurrir a él para asesinar a los oponentes libios a su régimen y para atentar contra los intereses de sus enemigos occidentales e «imperialistas». Gadafi cedió generosas instalaciones a la organización de Nidal, tanto en Trípoli como en los alrededores, así como llamadas telefónicas gratuitas y transporte de armas en la valija diplomática. Al igual que Carlos, el más temido de los terroristas internacionales, que se había convertido en pistolero a sueldo de un Estado deshonesto, la retórica del revolucionario internacional demostró a las claras que era una sarta de palabrería hueca y sin ningún sentido.

JÓVENES BLANCOS Y CULPABLES: LAS BRIGADAS ROJAS Y LA FACCIÓN DEL EJÉRCITO ROJO

ADICTOS A LA IDEOLOGÍA

El viernes 12 de diciembre de 1969, por la tarde, un hombre normal y corriente entró en el vestíbulo circular de la Banca Nazionale deH'Agricoltura en la Piazza Fontana de Milán. Deslizó dos maletines bajo un mostrador ante el que se encontraban los agricultores y ganaderos de las zonas rurales de los alrededores rellenando los impresos bancarios de turno. Minutos después de que el hombre se marchara, unos nueve kilos de explosivos hicieron pedazos el vestíbulo del banco, que saltó por los aires en una lluvia de cristales, mármol y muebles metálicos de oficina. Michelle Carlotto, empleada del banco, de veintisiete años de edad, declaró después: «En medio de la humareda vi un cuerpo volar desde la sección reservada al público, pasar por encima del mostrador y caer a un metro de donde me encontraba. Me quedé atónita, traumatizada, sin poder moverme». Otros supervivientes vieron zapatos desparejados, dentro de los cuales aún estaba el pie arrancado de su cuerpo. A resultas de la bomba murieron dieciséis personas y otras noventa quedaron heridas. La bomba coincidió con otros dos atentados simultáneos contra entidades bancarias de Roma.

En cuestión de pocas horas, la policía había localizado a dos anarquistas, uno de ellos bailarín de una compañía de ballet, mientras que el otro era Giuseppe Pinelli, empleado ferroviario. Pinelli murió tras una misteriosa caída que tuvo lugar a medianoche, al precipitarse desde una ventana de la cuarta planta del cuartel general de la policía en Milán, hecho acaecido tres días después del estallido de la bomba, es decir, tras mucho más tiempo del que la policía habría tenido autorización legal para retenerlo en sus dependencias. Algunos sostienen que fue asesinado por la policía, aunque la investigación oficial no inculpó a los oficiales acusados, aduciendo que Pinelli había sido el causante de su propia muerte al caer por la ventana después de sufrir un misterioso desvanecimiento (*malore attivo*). El bailarín permaneció tres años en prisión preventiva y luego fue encarcelado durante otros quince por un crimen que probablemente no cometió. Fracasaron todos los intentos por atribuir la autoría de las bombas a los miembros de Ordine Nuovo, organización neofascista, tal como han fracasado todos los intentos por esclarecer el papel del Sifar (los servicios de inteligencia militar italianos), e incluso, quizá, el papel de la CIA en una atrocidad que, al achacársele a los «anarquistas», se quiso instrumentar para dar a la democracia italiana una dirección más autoritaria.

Los *ordonovisti* de la línea dura se consideraban los guardianes de la llama viva del fascismo y de la conciencia revolucionaria de la extrema derecha en una época en la que Arturo Michelini y su sucesor, Giorgio Almirante, líderes del Movimento Sociale Italiano (MSI), de marcado carácter neofascista, pretendían introducir al partido entre las corrientes dominantes de la política italiana con la intención de mejorar las posibilidades de culminar con bien sus objetivos antidemocráticos. Esta estrategia, que tuvo una réplica análoga entre la extrema izquierda, dio por resultado la creación de varios grapúsculos neofascistas escindidos, resueltos a lograr como fuera la desestabilización de Italia por medio de la violencia política que practicaban y preconizaban en teoría los revolucionarios de

izquierda en el mundo entero. Se buscaba una «estrategia de tensión» sobre todo por medio de acciones terroristas indiscriminadas, con bombas como la del atentado contra el banco de Milán, con la esperanza de provocar una reacción pareja en el seno de la extrema izquierda, que propiciase la necesidad de iniciar la formación de un Estado autoritario. En la medida en que estos grupos, que navegaron bajo un desconcertante y cambiante número de banderas de mera conveniencia, tuvieron algunos objetivos intelectualmente coherentes, éstos no fueron otros que los tomados del ideólogo Julius Evola, quien hasta su muerte en 1974 fue un vínculo vivo con la escabrosa y chocarrera República de Saló, de Mussolini, y con el Tercer Reich de Hitier, además de ser autor de libros como *El culto de la sangre* y *Revuelta contra el mundo moderno*.

Estas mutaciones en el bando neofascista tuvieron su contrapartida en la extrema izquierda antidemocrática, cuya memoria histórica se encontraba obsesionada por el hundimiento de sus antepasados políticos ante la carga del fascismo, a comienzos del siglo XX. Dejando a un lado alguna bomba ocasional, la amenaza del «neofascismo» supuso una causa que sembró el pánico moral en beneficio de la izquierda, en gran medida análoga al modo en que la derecha había aspirado históricamente a explotar los temores que en la clase media inspiró el bolchevismo. El renacer putativo del fascismo iba a ser la fuerza vital necesaria para propulsar el «antifascismo», cuya memoria heroica no pasaba de ser más que el tardío espasmo de resistencia armada que se dio después de 1943, cuando los ejércitos aliados iniciaron el avance hacia el norte por la península de Italia. Como la resistencia que existió durante la guerra era patrimonio de la izquierda, sus admiradores bien podían afirmar que una revolución social de mayores consecuencias se había frustrado o más bien se había desbaratado por la traición del conservadurismo católico que los aliados ayudaron a implantar en la República democrática de Italia después de la guerra mundial. La ayuda encubierta de la CIA en lo

financiero y la inmensa red de las parroquias italianas se aunaron para mantener a los democristianos en el poder durante cuarenta años.

La violencia neofascista pasó a ser un pretexto para el primer ataque terrorista de la izquierda contra la democracia italiana, que tuvo tintes un tanto excéntricos. El 26 de marzo de 1972 Giangiacomo Feltrinelli, multimillonario y amigo de Fidel Castro, y editor de Boris Pasternak entre otros autores, voló por los aires cuando pretendía llevar a cabo la colocación de un artefacto explosivo en una torre eléctrica de alto voltaje, tras haberse pasado a la clandestinidad con sus Grupos de Acción Partisana, nombre con el que se hizo eco del movimiento civil de la resistencia en tiempos de guerra, además de dar cuenta de su composición, con miembros en su mayoría de cierta edad[114]. La idiosincrásica trayectoria de Feltrinelli, que pasó de ser propietario de la editorial Mondadori a ser activista de una banda terrorista, comportó un muy amplio desencanto en la izquierda no democrática frente al rumbo reformista que inició Enrico Berlinguer, aristócrata sardo que encabezaba entonces el Partido Comunista Italiano, el PCI. De ello resultó ya en 1973 el «compromiso histórico», un intento por reconciliar el colectivismo comunista con el «solidarismo» de los democristianos católicos de izquierda, rumbo efectivamente propugnado por Berlinguer con el fin de evitar que se produjera un golpe militar semejante al de Chile, con respaldo de la CIA, cosa que no era precisamente una fantasía ociosa en la Italia de comienzos de los años setenta. En un posterior y notable alejamiento de la servidumbre comunista a la Nación Elegida, los comunistas italianos abandonaron definitivamente su ya exigua admiración por una Unión Soviética que había invadido Hungría y Checoslovaquia, al tiempo que albergaban la esperanza de hallar una causa moral común con la mayoría católica de la nación para rechazar el individualismo y el materialismo de inspiración estadounidense[115].

El «compromiso histórico» fue una traición inaceptable para muchos de los que a finales de los años sesenta habían aspirado a convertir el amplio descontento, que sin embargo distaba mucho de ser universal, en una revolución marxista italiana. El fracaso de este empeño fue la principal causa del terrorismo de izquierda, que a su vez fracasó en su intento por destruir la democracia italiana. La vanguardia terrorista habría de ser la comadrona de la revolución que hasta la fecha se había negado a venir al mundo. Si bien Italia no experimentó nada comparable a la efervescencia de mayo de 1968 en Francia, sí había vivido más de una década de intenso fermento social en las escuelas, en las fábricas y en las universidades, que directa e indirectamente contribuyó a que se produjeran las sucesivas oleadas de terrorismo de izquierda y derecha. Entre 1969 y 1987 se produjeron unos 14.591 atentados terroristas; 1.182 personas resultaron heridas y 419 asesinadas. El peor año fue 1979, con 125 víctimas mortales. De todas estas muertes, 193 fueron causadas por terroristas neofascistas, la mayoría por medio de bombas; 143 fueron atribuidas a grupos de la extrema izquierda, mientras que 63 fueron debidas a las actuaciones de los grupos terroristas de Oriente Próximo que operaban en Italia[116].

Las universidades constituían una reserva de fanatismo que iba a suministrar combustible humano a dos décadas de terrorismo rojo. Fue en su día algo novedoso, ya que desde el final de la guerra hasta finales de los años cincuenta los universitarios italianos fueron más propensos a apoyar fervientemente a la derecha, manifestándose por ejemplo en contra del traspaso de la península de Istria a Yugoslavia y de la proclamación de la ciudad libre de Trieste en 1949. La desmedida expansión de la educación superior, llevada a cabo de un modo insensato, en apariencia por motivos puramente económicos (a nadie se le ocurrió pensar en la próspera Suiza, donde el número de estudiantes universitarios era y sigue siendo reducido, un mero 12 por ciento de la franja de edades relevantes), fue en gran medida responsable de la inquietud

creciente en el enjambre de estudiantes universitarios del país. En 1965 se derogó el sistema de ingreso en la universidad mediante un examen competitivo. En 1968 había 450.000 estudiantes universitarios, por oposición a los 268.000 de tres años antes, años en los cuales hubo matriculados en las universidades de Roma, Nápoles y Bari respectivamente sesenta, cincuenta y treinta mil estudiantes, si bien estas instituciones habían sido diseñadas para albergar a un número óptimo de unos cinco mil alumnos. En los años setenta había un millón de estudiantes universitarios, esto es, el triple de los universitarios que entonces estudiaban en Gran Bretaña. El profesorado se negó a realizar la adaptación necesaria para pasar de ser una institución de élite a ser una institución de masas, mientras que la administración, de mentalidad más o menos liberal, se acobardó ante el temor de que los radicales entrasen en el profesorado o en el alumnado. Los servicios como los comedores universitarios, las propias aulas y los salones de actos se encontraban a punto de quebrar por la tensión excesiva de la sobrepoblación.

La vida que llevaba entonces un catedrático en Italia no estaba nada mal; tenía el compromiso formal de dar cincuenta y dos horas de clase al año, no se le exigía residir en la localidad en que impartía sus clases y gozaba de abundantes oportunidades para ganar dinero en el terreno de la arquitectura, la abogacía, la medicina o la política. No había seminarios, clases reducidas ni exámenes escritos, y el progreso de los alumnos se medía mediante exámenes orales en los que el estudiante debía demostrar su dominio de los textos básicos, lo cual además era reflejo de un programa de estudios bastante anticuado. Los académicos hastiados del sistema, muchos de los cuales apenas eran mayores que sus estudiantes, descubrieron un antídoto al tedio y a la desmotivación en un mesianismo laico y de izquierda y en la defensa de la violencia aplicada a los demás, rasgo especialmente despreciable entre los intelectuales de izquierdas. Sobre todo en el campo de las ciencias sociales, y de manera especial en la primera

facultad de sociología que hubo en Italia, en Trento, así como en las humanidades en general, se adoctrinaba a los estudiantes en las teorías marxistas, insistencia con la que casi garantizaban la discapacitación de estos estudiantes de cara a su futura inserción en el mercado laboral. Este no fue un obstáculo inmediato, ya que los estudiantes podían sencillamente haraganear después de suspender los exámenes, en esos «aparcamientos sociales» entonces glorificados, hasta que el desgaste impuesto por la penuria les obligaba a optar por un mercado laboral en el que su talento rara vez se encontraba a la altura de sus pretensiones, y en el que además imperaban el clientelismo, las corruptelas y el nepotismo.

Desde el otoño de 1967, en las universidades católicas de Trento y de Milán, los estudiantes realizaron ocupaciones para protestar por el aumento de las tasas o por el acceso restringido a la universidad, protestas que florecieron y dieron lugar a concurridas discusiones acerca de la misión de las universidades, acerca de lo que convendría enseñar en ellas, acerca de quiénes debían impartir las clases. Hubo mucha experimentación del tipo más conformista, ya fuera con las drogas, el sexo y el rock and roll, o con las viviendas colectivas y las ocupaciones de viviendas por parte de las comunas. Los conflictos más remotos, de América Latina y del sureste asiático, o bien en las ciudades desgarradas por los conflictos raciales en Estados Unidos, añadieron pasiones de tintes moralizantes y viscerales al tiempo que inclinaban a los jóvenes a profesar una indisimulable admiración por la violencia de tipo guerrillero. Les impresionó de una manera especial el revolucionario brasileño Carlos Marighella, cuyo *Minimanual de la guerrilla urbana* fue publicado por Feltrinelli. Marighella fue un pionero del secuestro político cuando raptó al embajador de Estados Unidos en Brasil y lo puso en libertad sólo cuando quince camaradas suyos fueron liberados en canje. Como la mayoría de estos jóvenes radicales ya no defendían el mito comunista, simplista y ramplón de la Unión Soviética, el odio que sentían por la democracia liberal y capitalista se hallaba desprovisto de toda referencia a una sociedad ideal y sin

embargo existente. Al igual que en otros países de Europa y en Estados Unidos, la transmisión del saber y de la cultura en aras de sí misma fue objeto de desprecio, mientras que la alta cultura de Occidente fue repudiada a favor de la música popular y de los cultos del bandido y del fuera de la ley, como los celebraron en su día figuras como Eric Hobsbawm, marxista británico. De un modo preocupante, en la universidad de Turín una comisión estudiantil de espíritu «científico» se dedicó a trocear los libros en cinco partes para superar el problema del «fetichismo del libro». Tal como dijo la madre de un estudiante radical que se hizo terrorista y murió a tiros en 1976, la universidad a la que asistió su hijo «se había convertido en un caos ruinoso, ya no era una escuela»[117].

Si bien no todos los estudiantes que se dedicaron a lanzar piedras llegaron a ser terroristas, ése fue el caldo de cultivo generalizado en la izquierda del que con frecuencia surgieron los terroristas rojos. Formaba parte de un escenario contracultural mucho más amplio. Según descripción de un terrorista alemán, «las nuevas formas de vida, las comunas, la música de los Stones, el pelo largo [...] ejercieron sobre mí una atracción muy grande. Además de eso hay que tener en cuenta el socialismo y otras teorías revolucionarias, junto con el sentido de la justicia que nació durante la revuelta»[118]. Era evidente un bajo nivel de militarización en las confrontaciones cada vez más enconadas que se dieron entre los estudiantes italianos y las fuerzas policiales, que no tenían fama precisamente de abordar estas cuestiones con mucha delicadeza. Después de que la policía empleara una fuerza considerable para expulsar a los estudiantes que ocuparon la universidad de La Sapienza, en Roma, los futuros manifestantes aparecieron protegidos con cascos y preparados para plantar resistencia. Algunos ya fabricaron cócteles Molotov o dispararon bolas de rodamientos con tirachinas y con hondas, en una primera etapa en el manejo de armamento.

Los grupos «autónomos» de la izquierda que brotaron por todas partes desarrollaron también unas escuadrillas de seguridad

armadas, que a la sazón se desmarcarían del control político y pasarían a ser grupos terroristas por derecho propio. Para una minoría, esta actividad a menudo entrañó el almacenamiento de armas de fuego, el aprendizaje de su utilización, el montaje y desmontaje y la carga de las mismas, y de ahí se pasó a una decisión que iba a cambiar la vida de muchos, del terrorista y de su víctima, consistente en disparar armas de fuego contra personas vivas. Ese había de ser el punto de no retorno, el punto en el que el hecho de haber matado a alguien proyectaría una sombra eterna. Las armas también poseían un atractivo estético y sexual: «Las armas poseen una fascinación propia, y es una fascinación que a uno le hace sentir en cierto modo más... más viril... esta sensación de sentirse más fuerte, más hombre... Sin darme cuenta... comencé a enseñárselas a algunas mujeres tratando de impresionarlas,... y entonces me pareció en cierto modo que era más noble utilizar las armas en vez de... no sé, en vez de luchar a puñetazos, por ejemplo», según recordaba un antiguo terrorista de las Brigadas Rojas[119].

La denigración de lo que habían representado tradicionalmente las universidades no implicó que se diera una ausencia de ideas. El pensamiento más de moda emanaba de los disidentes de las dos religiones dominantes en Italia, que eran el catolicismo y el marxismo, sin olvidar a los sacerdotes de izquierdas que predicaban la justicia social y la teología de la liberación al estilo latinoamericano, así como a varios charlatanes con carisma en los medios académicos, que se entregaron a distintas formas heterodoxas del marxismo. Estos últimos formaban una clerecía disfrazada, si bien predicaban en realidad la organización autónoma de los obreros (y los estudiantes) con el fin de suplantar el papel director de la vanguardia en el partido, precisamente ocupada por los burócratas comunistas de traje gris. El tipo de radical mesiánico empezó a ser ubicuo en las universidades y colegios del mundo occidental, con un megáfono o un micrófono siempre cerca de la boca: Danny Cohn-Bendit o Danny «el Rojo» en Francia, Rudi

Dutschke en Alemania Occidental, Tariq Ali en Gran Bretaña y, en Italia, Antonio Negri. Todos ellos llegaron a ser famosos en cierto modo dentro de una cultura marcada por una pavorosa credulidad, Negri inicialmente cambió su fervor católico juvenil por el Partido Internacional Socialista, lealtad que le ayudó a ser profesor de ciencias políticas con plaza propia en la universidad de Padua a los treinta y cuatro años, aunque algunos sospechan que fue así gracias a la intercesión de patronos como Norberto Bobbio y Raniero Panzieri. Negri era una masa desdibujada de cabello largo y negro, gafas de concha, consignas trilladas y puños cerrados. Sus eruditas investigaciones sobre los escritos de juventud de Karl Marx fueron de la mano de la descerebrada creencia de que el gobierno italiano era en realidad la rama local del SIM, acrónimo que en italiano designa «el Estado Imperialista de las Multinacionales». Negri entró en el comité editorial de *Quaderni Rossi* antes de fundar su propia revista, *Potere Operaio*; ambas publicaciones fueron vehículos clave de la izquierda marxista y revolucionaria ajena a las directrices de los comunistas. Estas publicaciones pronto se convirtieron en manifiestos de los grupúsculos autónomos formados por los estudiantes a medida que se alejaban a la deriva de sus tradicionales anclajes en la política partidista, pues el viaje desde el catolicismo de izquierda hacia la militancia roja fue paralelo a la desilusión que fue cundiendo con el liderazgo de los principales partidos políticos y con sus movimientos juveniles.

Negri despreció tajantemente la parálisis, el inmovilismo del Partido Comunista, al que llamaba «burguesía roja» con su «Disneylandia marxista» en la administración municipal de la Bolonia roja. Los comunistas eran los elementos más insidiosos de un gigantesco sistema de represión, pues canalizaban y controlaban la «insubordinación violenta» que era inherente a la clase obrera y a quienes hábilmente se marginaba tachándolos de criminales. En una analogía sumamente reveladora, Negri aseguró que la gran diferencia entre Enrico Berlinguer, máximo dirigente del PCI, y un auténtico revolucionario, era la misma que existía «entre una pistola

de agua y una P.38». No había ninguna diferencia, según Negri y sus admiradores, entre la democracia liberal y los Estados autoritarios o fascistas, aunque tanto él como los terroristas a los que sirvió de inspiración serían muy insistentes a la hora de reclamar los derechos que la democracia liberal otorga al individuo, de la misma manera que hicieron un uso amplísimo de los medios existentes para dar publicidad a su causa al tiempo que se mofaban de esos medios y los tildaban de opio capitalista. Aparte de emplear el término «fascismo» de un modo irresponsable e inflacionario, Negri y sus semejantes legitimaron la violencia política. Con el fin de legitimarla, Negri soltó toda clase de necedades dignas de sus amigos, intelectuales franceses como Louis Althusser, Jacques Derrida y Michel Foucault, en torno a la violencia estructural o sistémica inherente al capitalismo, al mismo tiempo que avisaban a personalidades como los jueces, los ejecutivos, los administrativos, directivos y policías de que estaban cumpliendo con sus deberes a expensas de un grave riesgo que asumían por voluntad propia. El Vietcong había mostrado que «no era ni mucho menos una idea aventurera disparar contra los funcionarios estatales del más alto nivel, que no era aventurero asaltar los cuarteles de policía para procurarse armas y [...] ejecutar a las altas autoridades del estado detestadas por el proletariado urbano y rural». A la vez que se aprobaba la «justicia proletaria», es decir, los tribunales improvisados en los que unos jueces autoproclamados condenaban a muerte a los industriales y a los políticos, Negri y los suyos se valieron de todas las añagazas que sus abogados defensores fueron capaces de idear. Pero esto es anticiparnos a los hechos. Cuando tenía cuarenta y tantos años de edad, Negri había pasado a ser un intelectual de fama internacional, que era invitado con asiduidad a impartir conferencias en la Ecole Nórmale Supérieure por mediación de Louis Althusser, y que estaba casado con una arquitecta de éxito reconocido, y que tenía hermosas residencias tanto en Milán como en Padua, lo cual naturalmente nunca fue considerado una descalificación de las ideas resentidas que

sostenía[120]. Los estudiantes radicales tan sólo eran uno más de los muchos elementos constituyentes de las Brigadas Rojas, y seguramente ni siquiera eran el más importante. Mientras paralizaron las universidades, las enormes fábricas de la industria automovilística sitas en el paralelepípedo del norte del país se hallaban convulsionadas por las huelgas sucesivas. Si entre 1959 y 1969 se perdió una media de cien millones de horas de trabajo debido a las huelgas de cada año, la cifra correspondiente al último de esos años dio un salto hasta alcanzar los 294 millones de horas de trabajo perdidas[121].

Son varios los factores que reforzaron la militancia industrial en estos años. El influjo de ocho millones de emigrantes procedentes de las regiones más atrasadas del sur del país no encontró una asimilación perfecta en los insalubres barrios obreros del norte, además de que estos inmigrantes iban a realizar un trabajo no cualificado y alienante, a cambio de exiguos salarios, en las fábricas en las que los trabajadores cualificados recibían compensaciones muy superiores. Tampoco se asimilaron en los sindicatos, dominados por obreros cualificados de mentalidad más pragmática y adheridos a los principales partidos políticos. El *boom* del consumo que clamaba en todas las vallas publicitarias de la época constituía una burla con respecto a la vida que llevaban en unos suburbios de clase obrera superpoblados y con viviendas de pésima calidad. Si bien los italianos son capaces de que prácticamente cualquier cosa que hagan tenga belleza, no acertaron con los barrios de la clase obrera. Entonces aparecieron los estudiantes radicales, que se presentaron a las puertas de las fábricas representados por sectas políticas como Poder Obrero, Vanguardia Obrera o Lucha Incesante, para animar a los obreros a que se organizasen con una base autónoma al margen de los sindicatos existentes, calificados de meros «bomberos» que iban a apagar las conflagraciones industriales a favor de sus jefes, insulto que sirvió para arrastrar a los sindicatos socialistas más hacia la izquierda. Independientemente de los estudiantes, los obreros radicales

habían comenzado a organizar estructuras y células dentro de las fábricas. Uno de los futuros líderes de las Brigadas Rojas, un ingeniero de telecomunicaciones llamado Mario Moretti, trabajaba en una gran fábrica de Siemens sita en Milán. Nacido en el seno de una familia de inclinaciones comunistas, en una localidad costera de las Marcas, Moretti odiaba el frío y gris anonimato de Milán, y rápidamente comprendió la realidad de la lucha de clases en las fábricas, en especial si se piensa que sus conocimientos tecnológicos sólo le habían llevado a ser un obrero mejor tratado que el resto en una época de constante automatización. Del movimiento estudiantil, tanto él como sus camaradas copiaron la confusión de la democracia de las bases con unos interminables mítines de masas. Le fascinaba el dominio del lenguaje que demostraban tener los estudiantes, sus consignas, su «fantasía». Tanto fue así que él y otros obreros comenzaron a enredarse en la vivencia de las viviendas comunales, en parte para ahorrar dinero, en parte para compartir las tareas del cuidado de los niños —tenía con su mujer un hijo llamado Marcello—, y así dedicar más tiempo al activismo[122].

Lo que comenzó por ser una serie de exigencias de igualdad en los salarios tan distintos que percibían los empleados cualificados y no cualificados, o entre hombres y mujeres, pronto escaló hasta ser un llamamiento por desvincular los salarios de la productividad, los beneficios y el bienestar de la economía en conjunto. El vocabulario del conflicto industrial se expandió de modo que incluyera entonces la huelga «hipo», o la brusca alternancia de trabajo y de recortes, o la huelga «ajedrez», en la que un solo taller dejaba de producir y llegaba a paralizar la totalidad de una fábrica. Los huelguistas desfilaban alrededor de las fábricas ocupadas con pañuelos rojos y pasamontañas, entonando las viejas canciones que fueron enseña del movimiento partisano durante la guerra. Hubo una nueva escalada con los actos de sabotaje, entre ellos el corte de suministro eléctrico para la maquinaria y el bloqueo de los accesos a las carreteras y los ferrocarriles. La respuesta de los empresarios

empeoró bastante las cosas. Se llevaron a los obreros militantes a trabajar en los nocivos talleres de pintura, contrataron esquiroles, convocaron a la policía antidisturbios o, por último, procedieron al cierre de fábricas enteras para llevarse la producción al extranjero. La costumbre de ocupar una fábrica, en vez de abandonarla, con objeto de proceder a celebrar asambleas en las que se discutía y se votaba de una manera interminable, es índice de la influencia de los estudiantes. Su influencia contracultural también fue evidente en la expansión de las demandas obreras, que también incluyeron la mejora de las viviendas, de los alquileres y de las pensiones.

Al igual que sucediera con el dominio de las universidades por parte de los estudiantes de izquierda, los abusos y la coerción eran evidentes, por más que a los antiguos brigadistas no les agrade recordar este clima de opresión. Si bien a muy pocos les importaba que el traficante de drogas del barrio se llevase una paliza, se empleó la violencia por derecho propio para intimidar a los capataces y a los directivos, y en una de las grandes fábricas de la Fiat se hizo lo propio para obligar a las trabajadoras a unirse a una huelga, no sin que estas mujeres fueran objeto de burlas y se las patease o se les escupiera al hallarse entre cuatro mil compañeros vestidos con mono azul. Las huelgas se extendieron de las grandes industrias al sector público y a los trabajadores del sector terciario en el «otoño caliente» de 1969, al tiempo que la organización autónoma radical se filtraba de los presos a sus jueces: sólo los italianos podrían haber soñado «un grupo de asalto de magistrados asalariados». Tampoco a los dementes se les ahorraron las experimentaciones de la antipsiquiatría izquierdista, que consideraba la enfermedad mental como un constructo derivado de las estructuras sociales represoras y de las ideas de la Ilustración, y no como un trastorno de la química cerebral. Este carnaval de militancia, que sigue evocando recuerdos nostálgicos para muchos de los académicos que escriben sobre todo esto al cabo de cuarenta años, tuvo lugar sin la menor atención a la presión de la inflación de los salarios altos y del acortamiento de la jornada laboral, ni de la

marcada tendencia del capital a abandonar el país para proceder a deslocalizar la producción, llevándose las fábricas a lugares donde la mano de obra fuese más barata, como era el caso de España.

Las Brigadas Rojas fueron los terroristas más destacados de la izquierda antidemocrática, el grupo más entregado a la causa y el más resistente de una amplia gama de grupúsculos armados y sectarios. Desarrollaron una eficacia despiadada, en la que los miembros procedentes de la clase obrera aportaron el orgullo artesanal con que iban a dedicarse a sus nuevos trabajos. Emergieron del Colectivo Político Metropolitano fundado en Milán el 8 septiembre de 1969, y establecieron de manera gradual una presencia destacada en fábricas milanesas y turinesas como la Fiat y la Pirelli, y en los barrios de clase obrera de Lambrate, Quarto Oggiaro y Giambellino.

Las lumbreras dirigentes de la organización fueron un matrimonio formado por Renato Curcio y Margherita Cagol, que en un año ya tardío, en 1965, habían cambiado el catolicismo izquierdista en la línea de Jacques Maritain por la admiración rendida hacia la Guardia Roja del presidente Mao y el Vietcong. Católica devota y guitarrista clásica de considerable talento, Cagol quedó embrujada por Curcio después de conocerlo en el nuevo departamento de sociología de Trento. Participaron en diversas ocupaciones antes de casarse por la Iglesia en agosto de 1969. Al trasladarse a Milán, Cagol detestó la «barbaridad» de la gran ciudad, «el verdadero rostro de la sociedad en que vivimos». En vez de tratar de encontrar un domicilio menos estresante, como habría reaccionado la mayoría de la gente, Cagol dijo: «Debemos hacer todo lo que sea posible para cambiar este sistema, porque es el significado profundo de nuestra existencia». Esto lo escribió en una serie de cartas a su madre en las que también abundan las incongruencias sobre los visillos nuevos que debe comprar, cartas que Cagol firmó así: «Adiós, mamá; muchos besos de tu revolucionaria»[123]. El tercer fundador fue Alberto Franceschini, de un clan comunista de Reggio Emilia, cuyo abuelo había sido

partisano y cuyo padre, participante en la resistencia, había estado internado en Auschwitz. Tras intentar cursar sus estudios en un instituto técnico de Milán, Franceschini se encontró con Curcio y Cagol. En un lazo simbólico con los tiempos de la guerra, un partisano ya anciano les instruyó en el uso de dos ametralladoras de la Segunda Guerra Mundial. La dimensión histórica de la guerra también despejó muchos dilemas morales. Como ha señalado Mario Moretti, «si un partisano le metía medio kilo de plomo en la barriga a un soldado alemán, ¿alguien cree que se le podía preguntar si se había parado a pensar que tal vez el tal Fritz tenía esposa y cinco hijos, que se dedicaba a la cría del ganado vacuno, que no quería nada más?». Se trata de un planteamiento que muy oportunamente pasa por alto el hecho de que el partisano nunca tuvo una vía legal para expresar su discrepancia, mientras que los terroristas de las Brigadas Rojas optaron por hacer caso omiso de un sistema democrático maduro[124].

En una reunión de setenta activistas celebrada en Chiavari en noviembre de 1969, que fue clave, Curcio, Cagol y Franceschini defendieron que había llegado la hora de la revolución en Italia, y que era el momento de formar una vanguardia que emplease la violencia. En la portada de su revista, *Sinistra Proletaria*, un rifle comenzó a aparecer junto al ubicuo símbolo de la hoz y el martillo. En octubre de 1970, la revista anunció la formación de las Brigadas Rojas, «los primeros momentos de la autoorganización del proletariado con la finalidad de luchar contra los patrones y sus secuaces». Dicho de otro modo, la estrategia inicial iba a consistir en hacerse pasar por defensores armados de los obreros en huelga. Hubo un elemento más, que Franceschini, ya con más años, y siendo más sabio, iba a reconocer: «Todos nosotros, los integrantes de las Brigadas Rojas, éramos drogadictos de un tipo especial, adictos a la ideología. Una droga asesina, mucho peor que la heroína»[125].

La violencia retórica de que se hizo gala en la revista del grupo, en forma sobre todo de «dos ojos por ojo, la cara entera por cada

diente», irrumpió inicialmente acompañada por la aparición de banderas rojas en los techos de las fábricas y la expulsión de los administrativos y los capataces, a lo que siguió la quema de los coches particulares de los directivos y los industriales. Estas actividades tuvieron un tinte goliárdico. Acto seguido comenzaron los secuestros. El 3 de marzo de 1972 secuestraron por espacio de veinte minutos a Idalgo Macchiarini, de Sit-Siemens, al que caricaturizaron como «un neofascista de camisa blanca», y lo soltaron con un rótulo colgado al cuello en el que se leía «Acabemos con uno para educar a cien». En ese momento, las filas de las Brigadas Rojas aumentaron gracias a los residuos de los Grupos de Acción Partisana, de Feltrinelli, que se habían quedado sin dirigente. Llevaron a cabo unos cuantos atracos y quemaron los coches de nueve ejecutivos de la Fiat en un momento en el que estaban negociando con los obreros del metal que se habían declarado en huelga. En febrero de 1972 secuestraron a Bruno Labiate, secretario provincial de un sindicato de derechas, al que pusieron en libertad cuatro horas más tarde, tras haberle afeitado la cabeza y haberlo maniatado a las puertas de la Fiat de Montefiori, En primavera, Cagol y su marido inesperadamente fueron a ver a los padres de la primera, que estaban de vacaciones en Rímini, entonces prácticamente desierta. Curcio y el padre de Cagol hablaron de la decisión irrevocable que había tomado la pareja para participar en actividades armadas. En aquel verano se creó una columna independiente de las Brigadas Rojas en Turín. En diciembre secuestraron durante ocho días a Ettore Ameno, ejecutivo de la Fiat.

Si tal vez es posible interpretar estos actos como intervenciones estratégicas realizadas en nombre de los obreros militantes, el secuestro de un juez de Génova llamado Mario Sossi, al cual retuvieron en cautiverio durante más de un mes en la primavera de 1974, fue un desafío directo al Estado en un momento en el que las pasiones ya se habían desatado a raíz de un referendo sobre el divorcio. Tras dar por pura inadvertencia publicidad a la idea de que el *establishment* italiano era capaz de emprender una conspiración

coherente con tal de lograr lo que fuera, las Brigadas Rojas inmediatamente abrieron un abismo entre la policía, cuatro mil de cuyos efectivos emprendieron la búsqueda de Sossi, y la magistratura, que optó por suspender la caza y cerrar con la máxima discreción un acuerdo referente a aquellos presos cuya puesta en libertad habían exigido las Brigadas Rojas.

No fue la última vez que las Brigadas Rojas explotaron el malestar psicológico de la víctima para sembrar la disensión en el gobierno. Entre estallidos de emoción incontrolada y balbuceos de niño pequeño, Sossi emitió iracundas denuncias contra un Estado que no había sabido protegerle, y avisó de que se llevaría por delante al fiscal general, Coco, por ser corresponsable de los crímenes de los que le acusaban a él las Brigadas Rojas. El fiscal general desobedeció abiertamente la línea política acordada por el gobierno al ofrecer el canje de ocho presos por la libertad de Sossi, y faltó a su palabra cuando no pudo cumplir su parte del trato después de que Sossi fuera puesto en libertad. Sossi cayó en descrédito con la insinuación del fiscal general, en el sentido de que se había vuelto loco durante su cautiverio. Algo de verdad hubo en la clara observación de las Brigadas Rojas, en el sentido de que «durante estos treinta y cinco días las contradicciones de los diversos órganos del Estado han sido manifiestas». Siendo Italia como es, muchos izquierdistas simpatizaron con lo que estaban haciendo las Brigadas Rojas o bien dieron en imaginar que eran en realidad un espejismo artificioso que sólo podía favorecer a las más siniestras fuerzas de la derecha.

Mientras las Brigadas Rojas mostraron su afán por reclamar la autoría de sus acciones, los terroristas de la extrema derecha prefirieron envolver sus actos de carnicería en un aire de misterio, puesto que reconocieron su responsabilidad sólo en muy pocos de los atentados terroristas que se les atribuyeron. Al contrario que la izquierda, optaron por las bombas indiscriminadas y se abstuvieron por completo de los secuestros en su apuesta por crear la máxima inseguridad colectiva. Es muy probable que llegaran a recibir ayuda

de los servicios de seguridad del Estado italiano; por si fuera poco, el poder judicial nunca se dio demasiada prisa por investigar sus crímenes. El 28 de mayo de 1974 explotó una bomba de gran potencia en un cubo de la basura, en medio de unas 2.500 personas que en esos momentos se habían congregado en un mitin antifascista en Brescia. Murieron cuatro personas, dos de las cuales resultaron decapitadas, y hubo un total de 102 heridos. Dos meses después, el 4 de agosto, estalló una bomba en el expreso que unía Roma y el Paso de Brenner en el momento en que entraba en un túnel cercano a Bolonia. Doce personas perdieron la vida y hubo 48 heridos, la mayoría veraneantes.

En septiembre de 1974 la policía logró proceder al arresto de Curcio y de Franceschini, que se habían confiado excesivamente a un ex sacerdote llamado Silvano Girotto, antiguo revolucionario en Bolivia al que con gran entusiasmo dieron entrada en sus filas. Apodado «el padre Ametralladora», Girotto era en realidad un infiltrado de la policía que identificó el paradero de Curcio y de otros. Curcio fue detenido y encarcelado en una prisión de baja seguridad, en Casale Monferato, en donde «recordaba a un terrorista en su año sabático», puesto que se le permitía utilizar el teléfono a su antojo y sin ninguna supervisión, así como recibir tantas visitas como quisiera en una celda que no se cerraba con llave. Cagol continuó sola con la lucha, escribiendo así a su madre: «Estoy haciendo lo que hay que hacer, y la Historia demostrará que estoy en el buen camino, tal como demostró que era adecuada la Resistencia en 1945 [...] No hay otros medios. Este Estado policial se basa en el uso de la fuerza, y sólo es posible luchar a ese mismo nivel. [...] Me las sabré ingeniar en cualquier situación, no hay nada que me amedrente». En febrero de 1975 Cagol se presentó en la cárcel haciéndose pasar por una ingeniera de la SIP, la empresa telefónica del Estado. Tras ella entraron presurosos tres camaradas con las ametralladoras bajo el abrigo. Otro miembro del grupo empleó una escalera de mano para cortar los hilos del teléfono que estaban tendidos en la pared del perímetro carcelario. «Renato, ¿dónde

estás?», le llamaron, y nada más dar con él se largaron con el cabecilla de las Brigadas Rojas.

Escondidos hasta el mes de mayo en diversos pisos comprados con dinero en metálico, los miembros de las Brigadas introdujeron un nuevo método táctico cuando asaltaron el despacho de un destacado abogado de Democracia Cristiana, lo ataron y le pegaron un tiro en la pierna, en la que fue la primera de las muchas gambizzazioni o disparo en las rodillas que se dieron después. En junio, tras secuestrar a Vallarino Gancia, magnate de la industria de los refrescos, la policía arrinconó a la banda en una granja aislada, cerca de Acqui Terme. Cagol la había comprado en marzo de 1972 diciendo que era una profesora de matemáticas de Padua casada con un catedrático de universidad. Habían perdido a un hijo y ella necesitaba de paz y tranquilidad para recuperarse. Es cierto que había sufrido un aborto espontáneo, aunque el resto de la patraña recuerda a la vida a la que había renunciado. Los vecinos no se dieron cuenta de que cuando les pidió que cortasen las altas hierbas que rodeaban la granja en realidad estaba despejando un amplio campo visual. Hubo disparos y estalló una granada en la granja cuando los brigadistas trataron de darse a la fuga. Un policía perdió un ojo y un brazo, y Mara Cagol perdió la vida al recibir dos disparos desde corta distancia. Curcio logró escapar. Fue capturado en Milán tras un tiroteo con la policía en enero de 1976, aunque no fuera del todo un éxito, ya que las autoridades italianas, desde su liberación, pasaron a ser el objeto de posteriores atentados terroristas. Cagol recibió un funeral cristiano, volviendo a las costumbres que su familia no había abandonado del todo.

LOS AÑOS DE PLOMO

Estos innegables triunfos de las fuerzas de la ley y el orden fomentaron la publicación de muchas necrológicas en las que prematuramente se dio por desaparecidas a las Brigadas Rojas. Lo cierto es que habían creado una serie de estructuras de

organización que les permitieron lanzar una campaña de terror sostenida contra la amenaza inminente, según percibían con sus calenturientas imaginaciones, de los *gollistas* (una reconstrucción autoritaria de la constitución, tal como la que se había dado en Francia a las órdenes del general De Gaulle) y de los *golpistas* (un golpe militar a gran escala). Ya existía una Direzione Strategica central, que constaba de diez o quince personas, que se reunían dos veces al año, o siempre que lo requiriese una de las cinco grandes columnas regionales en Roma, Génova, Milán, el Véneto y Turín. Éstas se coordinaban por medio de un Comitato Esecutivo. Cada una de las columnas constaba de varias brigadas que mantenían una cooperación lateral en frentes como «el frente carcelario» o «el frente contrarrevolucionario». Cada una de las brigadas aisladas constaba de un núcleo de miembros regulares, que vivían en la clandestinidad y ganaban un modesto salario de unas doscientas mil liras al mes, rodeado por una amplia zona de penumbra compuesta por miembros irregulares, que operaban a la luz del día mientras se dedicaban a sus trabajos convencionales. Por ejemplo, en Turín había diez grupos guerrilleros clandestinos y unas treinta personas que operaban a la luz del día. Los nuevos miembros, reclutados sobre todo en la amplia subcultura de la izquierda, se sometían a un programa de adiestramiento, y es sorprendente que hubiera más solicitantes de los que deseaban o podrían haber admitido las Brigadas Rojas. El adiestramiento implicaba la localización de un claro del bosque o de una cantera alejada en donde se hacían pruebas de tiro con pistolas o ametralladoras. Las armas eran por lo común antiguas armas de la Segunda Guerra Mundial, o bien pistolas compradas en armerías convencionales. Si bien no pasaban tal vez de trescientos los terroristas dedicados a la causa de las Brigadas Rojas, era muchísimo mayor el número de simpatizantes activos, y eran cientos de miles los italianos sentimentalmente enamorados de la causa. Un grupo de fervorosos estudiantes quiso donar escopetas de caza a las Brigadas Rojas, sin ser conscientes, los benditos, de

que un arma de metro y medio de longitud no es la más apropiada para el combate en las calles de la ciudad. El arma preferida de los terroristas era la pistola Sten, de fabricación británica y muy poco fiable, para la cual era más fácil conseguir municiones que para el más exótico, y soviético, AK-47. Mario Moretti ha señalado que tanto él como sus colegas nunca llegaron a ser grandes tiradores; la mayor parte de sus hazañas las lograron por el factor sorpresa. Se recaudaron fondos por medio de los atracos a mano armada, cuyas técnicas aprendieron viendo películas de policías y ladrones.

En abril de 1976 las Brigadas lanzaron bombas incendiarias contra la fábrica de la Fiat en Montefiori, causando daños por valor de mil millones de liras, y otros dos mil millones cuando repitieron la acción en la fábrica de la Fiat en Turín diez días más tarde. Ya no eran la única banda armada en activo. Un nuevo grupo, llamado Potere Proletario Armato, disparó contra las rodillas de un empresario de Milán, mientras un ejecutivo de una petrolera, Giovanni Theodoli, fue acribillado con ocho balazos por los terroristas de los Nuclei Armati Proletari en una calle de Roma. Esta banda terrorista del sur se había fundado en 1970 por iniciativa de unos estudiantes de clase media procedentes de Nápoles; el padre de uno de los miembros era un ejecutivo en una petrolera, mientras que otro miembro era hijo del propietario de una empresa de ladrillos, y los demás eran hijos de abogados y profesores. Este grupo fundador reclutó entonces a criminales condenados e internos en las muy politizadas cárceles de Lecce y Perugia, donde los estudiantes radicales encarcelados a un tiempo ensalzaban y adoctrinaban a sus compañeros de prisión.

El miedo al terrorismo comenzó a ser patente en el sistema judicial. Cuando comenzó el juicio de los brigadistas capturados en Turín, en mayo de 1976, los acusados advirtieron de entrada a los jueces y a los fiscales de que también ellos eran susceptibles de ser víctimas de sus atentados. Fue tan difícil encontrar de hecho a miembros del jurado dispuestos a trabajar que el juicio hubo de posponerse. Las Brigadas Rojas se las vieron entonces con el artero

fiscal general, Francesco Coco. En una soleada tarde de junio, su nuevo chófer, Antioco Dejana, llevó al magistrado a comer a su domicilio, acompañado por un guardaespaldas llamado Giovanni Saponara, que viajaba en el asiento del copiloto. Al llegar a su destino, Coco y Saponara se acercaron a pie a la casa mientras Dejana aparcaba el coche oficial. Aparecieron cinco terroristas que asesinaron a Saponara sin darle tiempo a abrir la cartuchera del arma; al fiscal general le volaron literalmente la cabeza. Dejana fue abatido sin haber salido del coche. En la sala donde se celebraba el juicio en Turín, Curcio anunció: «Ayer mismo dimos muerte a Coco, enemigo del proletariado». Es probable que él mismo llamase al grupo que cometió los tres asesinatos desde un teléfono de la cárcel. Antes de que terminase el mes de julio, los terroristas de signo neofascista ametrallaron al juez Vittorio Occorsio en Roma.

La mayoría de los terroristas italianos de izquierda se sumaron a estos grupos armados en la clandestinidad tras dar por buenas las manifestaciones estudiantiles en las que se habían curtido, o bien tras su actividad en las secciones de seguridad de las diversas organizaciones políticas autónomas. Ajuzgar por el planteamiento de otros grupos más reducidos, como Prima Linea, tendían a sumarse a grupos no muy numerosos, compuestos por buenos amigos, en los que los lazos de la confianza y el afecto personal reforzaban las solidaridades de tipo político. Cerca del 10 por ciento de los terroristas de izquierda fueron mujeres, para las que la violencia contra los enemigos actuó como impulso de liberación en una sociedad en la que hasta 1975 los maridos tenían derecho legal a maltratar físicamente a sus esposas. Otras muchachas fueron reclutadas por insistencia de sus novios, o bien se alistaron para no perderlos. Por el contrario, la esposa de Mo retti lo abandonó nada más iniciar éste su carrera de terrorista; nunca la volvió a ver, ni vio tampoco a su hijo, hasta que fueron a visitarle cuando estaba en prisión. Moretti ha descrito bastante bien la vida en 1 la clandestinidad. Fue invitado temporal de otras personas, fue una especie de fantasma en domicilios ajenos, presenciando la vida

cotidiana de los demás sin ser en realidad parte de la misma. Tuvo que enjuiciar a las personas y tuvo que calibrar las situaciones en cuestión de segundos, porque el más mínimo error habría tenido consecuencias catastróficas[126]. La aclimatación a la violencia fue paulatina. Comenzó por el lanzamiento de piedras o de cócteles Molotov contra la policía. Acto seguido era preciso dar prueba de Habilidad en un grado más alto, como al dar refugio a un fugitivo o almacenar armas y explosivos, tras lo cual venían por ejemplo las labores de reconocimiento de un objetivo potencial. A ello seguía el uso de armas en atracos y el disparo contra una persona, siempre por razones de estricta necesidad política. Interiorizaron el dicho de Mao según el cual «todos; los hombres tienen que morir, pero la muerte puede ser de muy diverso significado». Hubo muertes con grandes repercusiones, peri petradas en nombre de la revolución, y hubo muertes de «fascistas», que eran «leves como las plumas». Como ha reconocido Adriana Faranda, la violencia extrema era inherente al proyecto social revolucionario: «Uno se convence de que para alcanzar esta utopía de relaciones idealizadas es necesario pasar por la destrucción de una sociedad que impide que las propias ideas se pongan en práctica. La violencia es un ingrediente necesario de su destrucción. El concepto de la purificación a través del baño de sangre es axiomático en el modelo de la revolución socialista»[127]. *Grupo salvaje*, la película existencialista y violenta de Sam Peckinpah, fue una de las preferidas en estos círculos; un terrorista de las Brigadas Rojas llegó a verla veinte veces[128].

Los disparos a las rodillas y los asesinatos representaron sucesivas escaladas de la violencia con respecto a la quema de automóviles y los secuestros. Se trataba de una violencia premeditada, en la que una persona era tomada por símbolo de una serie de procesos políticos de mayor envergadura, y se trazaba un plan meticuloso para causarle daño o para asesinarla. Como apuntó un antiguo terrorista, «hay que hacer que una determinada persona se corresponda con una necesidad política», al tiempo que se oculta

la realidad brutal del baño de sangre por medio de un lenguaje impenetrable, plúmbeo, tomado de los seminarios de sociología. Una vez identificado el objetivo, el terrorista decide que es culpable y determina la condena: «Por eso, en realidad ya no se trata de una persona de carne y hueso, puesto que se la ha vaciado de contenido y se le ha cargado de otros crímenes, otras responsabilidades. [...] En este punto no puede uno permitirse una implicación total, [...] uno tan sólo es alguien que imparte justicia, que afirma valores, de manera que no hay lugar para las emociones fuertes, aun cuando uno las tenga en su interior, ni siquiera si la situación está cargada de sentimientos, [...] cosa que no sucede al interpretar ese papel, no sucede en ese momento». De hecho, la mayor parte de los terroristas estuvieron siempre ansiosos por diferenciar sus acciones de las de los meros delincuentes, aun cuando se tratase de un atraco a un banco para pagarse unas vacaciones en el extranjero, ya que esas vacaciones también formaban parte de su cometido.

Estos atentados terroristas que se produjeron en Italia a finales de los años setenta tuvieron lugar en un ambiente de crisis, de desastre natural, de escándalo político. A las fases de sequía sucedían las lluvias torrenciales y las inundaciones, y un terremoto asoló la región de Friuli. La ayuda destinada a las víctimas no llegabajamás a su destino. Un accidente en una planta subsidiaria de Hoffmann-La Roche que fabricaba pesticidas cerca de Seveso liberó enormes cantidades de dioxina en estado gaseoso, muy similar al Agente Naranja, lo cual supuso una grave amenaza de desastre epidemiológico que el gobierno afrontó de mala manera, al tiempo que se desprendió de más de cien mil millones de liras para resolver el problema. Simultáneamente se supo que tanto la CIA como la corporación Exxon habían hecho entrega de decenas de millones de dólares para corromper determinados procesos políticos en Italia, y que los políticos de la Democracia Cristiana y de la Socialdemocracia habían aceptado sobornos de la Lockheed para amañar un contrato de fabricación de aviones a gran escala.

Corrieron los rumores de que el Mosad estaba interesado en fomentar la desestabilización en Italia para que Israel fuese el único aliado estratégico de Estados Unidos en el Mediterráneo. Debido a la fatal dependencia de los precios exorbitantes que la OPEP imponía al petróleo, el gobierno de Giulio Andreotti tuvo que presentarse humildemente en el Fondo Monetario Internacional, en la Comunidad Económica Europea e incluso ante Estados Unidos y Alemania Occidental. La lira se devaluó en un 30 por ciento, mientras el paro se incrementó en un 8 por ciento, la misma proporción en la que cayó la producción industrial.

Entretanto, la universidad romana de La Sapienza fue el escenario de varios días de revueltas que terminaron por ser asesinas. Después de que un oficial de la policía muriese de un disparo, uno de sus colegas abrió fuego y mató a dos manifestantes, dos estudiantes. Los radicales urbanos tomaron al asalto las oficinas de los democristianos y las incendiaron, al igual que la sede del MSI. Cuando uno de los líderes del sindicato comunista quiso tomar la palabra ante los estudiantes congregados en la universidad, tuvo que darse a la fuga ante un gentío armado con porras, estacas, palancas y herramientas de toda clase. El 5 de marzo de 1977 diez mil estudiantes libraron una batalla de cuatro horas de duración contra los policías antidisturbios, dos de los cuales fueron abatidos por francotiradores ocultos entre la multitud. Más avanzado el mes, cincuenta mil estudiantes se enfrentaron contra la policía hasta bien entrada la noche, después de una manifestación en memoria de Pier Francesco Lorusso, un activista de Lotta Continua asesinado por la policía en Bolonia. Sólo con refuerzos procedentes de toda Italia pudo la policía mantener a duras penas el orden en la ciudad que era un modelo de gobierno comunista, y que los estudiantes prácticamente llegaron a controlar tras días y días de revueltas.

El juicio de Curcio y de otros condujo a la adopción de una estrategia dual. Los acusados se negaron a reconocer al tribunal, mientras en la calle sus compañeros atacaban al poder judicial. Asesinaron al presidente del colegio de abogados de Turín, de

setenta y seis años, que fue responsable de la selección del equipo de abogados defensores de Curcio, acabando de paso con la vida de dos policías. El magistrado del caso tuvo que dar cuenta de que de los trescientos miembros potenciales del jurado, sólo cuatro estaban dispuestos a cumplir su cometido. Al mismo tiempo, las Brigadas Rojas ampliaron su campaña a sus enemigos en los medios de comunicación. A tres destacadas figuras de la prensa y la televisión se les disparó en las rodillas; entre ellos estaba Emilio Rossi, director de los noticiarios de la TGI, que recibió veintidós balazos en las piernas, con lo que quedó inválido de por vida. Cuando el juicio de Curcio se trasladó de Turín a Milán, las Brigadas intentaron matar al presidente del Tribunal de Apelación, pero tan sólo consiguieron dejar malheridos a sus dos guardaespaldas. Las autoridades lograron un triunfo parcial cuando el 1 de julio de 1977 los carabinieri tendieron una emboscada a Antonio Lo Muscio, el antiguo presidiario que había encabezado los Nuclei Armad Proletari, en las escaleras de San Pietro in Vincoli, en Roma, donde se encontraba con unos compañeros a la espera de acribillar al rector de La Sapienza. Lo Muscio fue abatido cuando se dio a la fuga.

En aquel otoño se produjeron interminables revueltas y refriegas a tiros. En noviembre, los terroristas de las Brigadas Rojas asesinaron al subdirector de *La Stampa* de cuatro balazos en la cara, tras haberse empeñado en hacer pasar a este antiguo combatiente de la Resistencia por «un agente activo de la campaña contra la actividad guerrillera». Durante los quince días que tardó en morir, los terroristas de las Brigadas Rojas tirotearon a Cario Castellano, comunista partidario de las reformas, alcanzándole ocho veces en las piernas y una en el abdomen. Mientras se recuperaba de las catorce operaciones quirúrgicas a que fue sometido, Castellano se acordó de sus agresores: «Tenían en los ojos tanto odio como si yo fuera un animal salvaje al que fuera preciso matar sin la menor compasión». Tras matar al jefe de seguridad de la Fiat, las Brigadas Rojas ametrallaron a un juez de avanzada edad,

encargado de reformar las calamitosas prisiones de Italia. En Turín, donde Curcio y otros quince acusados fueron juzgados en una sala vigilada por ocho mil policías, los acusados gritaron e insultaron a los jueces y a los miembros del jurado con advertencias como ésta: «A los miembros del jurado les decimos, con la mayor claridad, que en sus atribuciones voluntarias como parte de un tribunal especial los consideramos responsables de sus actos, y en consecuencia se les exigirá que rindan cuentas». El jefe de la seguridad ciudadana de Turín fue asesinado; en un comunicado, las Brigadas Rojas anunciaron: «El juicio no debe continuar». Continuó, a pesar de los obstáculos que pusieron los acusados. A Curcio se le condenó a siete años de cárcel.

Tal como averiguaron pronto los policías más despiertos, un atraco a un banco o un secuestro eran de manera invariable el preludio de algún incidente terrorista de mayores proporciones. Se llevó a cabo efectivamente un secuestro para exigir rescate en conexión con el posterior secuestro de Aldo Moro. En 1977, las Brigadas Rojas volvieron a llenar sus arcas de guerra apoderándose de Pietro Costa, el primogénito de un magnate genovés, propietario de una naviera. Hubo momentos de extraña comicidad. Con su más de metro ochenta de estatura, Costa se quejó al verse comprimido en una estrecha caja en la que a duras penas hubiese cabido uno de sus hermanos menores. A sus secuestradores les gustó que llevase zapatos con agujeros, que había usado al pasar el día entero inspeccionando las cubiertas húmedas de los barcos. Cuando le preguntaron por sus preferencias alimentarias, dijo que comía de todo, pero que lo principal era que fuese en abundancia. Cuando los secuestradores le dijeron que pretendían lograr un rescate de diez mil millones de liras, alegó que la empresa de su padre atravesaba serias dificultades. Se conformaron con mil quinientos millones y fue puesto en libertad. Cuando le devolvieron la cartera, echó en falta un billete de autobús e insistió en que se lo devolvieran. Así se hacen los magnates[129].

EL ASUNTO MORO

A ojos de los terroristas, cuyo análisis de la complejidad del gobierno moderno no podía ser más sencillo, existía una única entidad llamada «el estado» que, como una bestia de presa agazapada, tenía un único «corazón». Ya en 1974 las Brigadas Rojas habían sopesado la posibilidad de inducir una crisis de gobierno total con el secuestro de Giulio Andreotti, líder del ala derecha y más atlantista de los democristianos. Es posible que al percibir que este chanchullero y amigo de la Mafia quizá no fuera muy echado en falta, Mario Moretti y otros resolvieran decantarse por el secuestro de Aldo Moro, a quien consideraron encarnación de los democristianos o «demiurgo del poder burgués», en palabras de Moretti. Resulta difícil plasmar las dimensiones de esta acción, un golpe de proporciones descomunales, que supuso la crisis más grave que se haya dado en Italia después de la Segunda Guerra Mundial.

Moro había sido primer ministro de la nación entre 1964 y 1968, y volvió a serlo entre 1974 y 1976, al frente de diversas coaliciones formadas por los democristianos y los socialistas, además de haber sido un controvertido ministro de Asuntos Exteriores entre ambos mandatos. Era un católico progresista, responsable de la apertura histórica de esta formación hacia los comunistas reformados. Con un 34 por ciento de los votos emitidos, los comunistas ya no podían ser ignorados ni tenidos por una fuerza meramente minoritaria. Parece que Moro ideó un «gobierno de solidaridad» en el cual los comunistas alternarían en el poder con su propia formación, los democristianos, que también podrían haberse beneficiado indirectamente —en términos puramente morales— de un respiro tras cuarenta años en el poder. Aunque los democrisdanos habían hecho por sí solos la mayor aportación a la estabilización de la democracia en la Italia de posguerra, también estaban seriamente implicados en la corrupción, incluida la de la Mafia, tal como se aclaró sin lugar a dudas con las revelaciones posteriores acerca de

Andreotti. Un primer ministro británico ha contestado en una entrevista acerca de la presunta venta de honores; en Italia, un ex primer ministro ha sido acusado de connivencia con unos asesinos.

Cada vez más centrado en su papel de sabio estadista, Moro fue un presidente puramente ceremonial de los democrisdanos, que combinó el ejercicio de este cargo con su cátedra en una facultad de ciencias políticas. Era un personaje de una sutileza impresionante, nativo del sur, pero dotado de la formalidad austera y flemática de los italianos del norte. De manera enternecedora, era un hombre de una torpeza física irremediable, un hipocondriaco que iba a todas partes con infinidad de medicamentos en su maletín. Parece que también tuvo malos presagios sobre su futuro. La viuda de Moro, Leonora, recuerda que salpicaba sus conversaciones con incisos testamentarios, del estilo de «si tienes necesidad de consejo [...] de alguien a quien puedas abrir tu corazón, puedes recurrir a tal persona, que es buen amigo», e incluso que más de una vez dijo: «Me gustaría que mi biblioteca no se desmantelase, que mis libros formasen una colección de consulta».

Las Brigadas Rojas dedicaron cinco meses a planificar el ataque, que iba a depender de la columna de Roma que había creado Moretti. Sus actores principales eran Adriana Faranda, una divorciada que tenía una hija pequeña, que había puesto al cuidado de su propia madre para poder dedicarse de lleno a la política junto con su amante, Valerio Morucci, adicto a las películas norteamericanas de gánsteres. Los dos estaban al mando de la columna. Moretti también había reclutado a Anna Laura Braghetti y a Barbara Balzerani, destacadas las dos en los grupos autónomos, y a Prospero Gallinari, huido de la cárcel de Treviso. Gracias a los fondos obtenidos con el secuestro de Costa, compraron tres apartamentos en Roma y una casa en la vecina localidad de Velletri, en donde podría reunirse la Direzione Strategica. Se hicieron pasar por tres parejas, manteniendo una cortés distancia con sus vecinos y utilizando nombres falsos. Examinaron con detalle los movimientos de tres víctimas potenciales. Andreotti contaba con diez

guardaespaldas y se movía por la ciudad con escoltas armados y con motoristas que lo precedían. Como los movimientos del presidente del Senado, Amintore Fanfani, eran tan erráticos que resultaban imprevisibles, sólo quedaba Moro como posible objetivo. Se dedicaron durante meses a observar sus movimientos, ya fuera en su casa o en la universidad de Roma, en cuya facultad de ciencias políticas era catedrático.

El 16 de marzo de 1978 Moro se dirigió al parlamento a celebrar el nombramiento del nuevo gobierno de Andreotti, una coalición a la que había dado pleno apoyo el PCI, que hasta entonces a lo sumo había tolerado tan sólo esas formaciones. Por fortuna, su nieto Luca, de dos años, esa mañana había optado por ir a ver una exhibición del cuerpo de bomberos, en vez de dar su paseo de costumbre con su abuelo. Moro iba sentado en el asiento de atrás de un Fiat 130 azul oscuro, conducido por su chófer de confianza desde muchos años antes, Domenico Ricci, al lado del cual viajaba Oreste «Judo» Leonardi, su jefe de guardaespaldas, de cincuenta y dos años. Otros tres guardias, todos ellos sureños de edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta y cinco, seguían el coche de Moro en un Alfa Romeo de color crema. Hubo una parada lamentablemente previsible en el camino, en la iglesia de Santa Chiara, donde Moro hacía un alto para rezar durante media hora antes del comienzo de cadajornada. Las Brigadas Rojas habían planeado realizar el ataque en esta plaza, pero la perspectiva de tirotear a los dos guardaespaldas que acompañaban a Moro al interior de la iglesia y la probabilidad de que apareciera un grupo de niños al ir al colegio les llevó a encontrar otro sido más adecuado para llevar a cabo la tarea.

En cualquier ataque terrorista, lo crucial es concentrar el fuego de las armas de tal manera que provisionalmente se imponga el atacante a las fuerzas de la ley y el orden, mucho más numerosas, representadas aquel día en Roma por unos diez mil policías. En una curva de Via Fani, el equipo de las Brigadas Rojas encontró un tramo de la ruta en el que el bar Olivetti, desierto a aquellas horas,

estaba separado de la calle por unos arbustos; en el otro lado de la calle había una tapia, bajo un bloque de viviendas. Era el sitio perfecto para un ataque lateral. La única pega la representaba un florista callejero llamado Antonio Spiriticchio, que montaba su puesto precisamente allí. La noche anterior al ataque, las Brigadas Rojas enviaron a alguien a que le rajase los neumáticos de la camioneta. Al día siguiente no iría a vender flores. Mario Moretti conducía un Fiat 126 azul, robado, delante del convoy en que viajaba Moro. No lo perdía de vista por el retrovisor. Frenó repentinamente en Via Fani, provocando una triple colisión con el Fiat 130 y el Alfa Romeo. Su acompañante, Barbara Balzerani, salió y fue corriendo al centro de la calzada para detener el tráfico que pudiera llegar armada con un fusil ametrallador ligero. Alvaro Loiacono y Alession Casimirri emplearon un Fiat 128 blanco para bloquear por detrás el coche en que se encontraban los guardaespaldas de Moro. Valerio Morucci, Raffaele Fiore, Franco Bonsoli y Prospero Gallinari salieron de detrás de los arbustos que protegían la entrada del bar. Vestían uniformes y gorras de Alitalia, por lo que daba la impresión de que estuvieran esperando el minibús de la compañía aérea con un equipaje ligero, listos para emprender un vuelo. Llevaban chalecos blindados. Aunque dos de las armas se encasquillaron momentáneamente, descargaron la munición de las automáticas en el asiento delantero del Fiat 130, matando al conductor y al guardaespaldas de Moro, y en el Alfa Romeo, donde mataron en el acto a dos de los guardaespaldas. El tercero logró salir a duras penas, pero fue ejecutado de un disparo en la cabeza. Sólo uno de los cinco guardaespaldas logró sacar de la cartuchera el arma reglamentaria. Moretti arrastró a Moro, que se hallaba ileso, al margen de algunos rasguños producidos por los cristales, y se lo llevó a corta distancia, donde los atacantes abordaron una furgoneta que los estaba esperando. Lo introdujeron en una caja de madera y se lo llevaron, tras otro cambio de vehículo, a un apartamento sito en Via Montalcini 8. Todo intento por pedir ayuda en la escena de este baño de sangre fue inútil, ya que los terroristas habían cortado

los cables telefónicos de la zona. Durante más de cincuenta días, Moro fue retenido en una celda creada por un arquitecto que había construido un tabique oculto en un dormitorio. Empleó un espejo para recrear la ilusión del espacio que faltaba en la pieza. Moro estuvo tendido en un estrecho catre de campaña, y se le negó toda facilidad sanitaria, más allá de un cuenco de metal y una toalla. En muchos otros sitios, por toda la Italia progresista, se descorcharon las botellas de Prosecco en muchas viviendas para celebrar el golpe. En el parlamento se emitió una declaración conjunta de todos los partidos, en la que se expresó la consabida condena del terrorismo. Las intempestivas demandas para restituir la pena de muerte para los terroristas fueron rechazadas.

Las Brigadas Rojas se hicieron responsables del secuestro de Moro con una serie de llamadas telefónicas, una de las cuales sirvió para guiar a las autoridades a un túnel del metro en el que hallaron una fotografía reciente del político, que posaba con incomodidad ante la estrella de cinco puntas que era el emblema del grupo. En un comunicado explicaron que se encontraba en una «cárcel del pueblo», pendiente de juicio, acusado de ser el principal teórico del régimen democristiano y el agente clave de las nefandas multinacionales, aunque algunos de sus captores más adelante informarían de que el ex primer ministro había tenido el genio de desactivar todas las baladronadas que ellos soltaron en lo referente a cómo funcionaba «de veras» el poder en Italia. Desde sujaula en el juzgado de Turín, Curcio anunció que Moro se encontraba «en manos del proletariado» y que iba a ser juzgado. Empleando la táctica previamente utilizada con el secuestro del juez Sossi, los captores de Moro le insistieron en que se comunicase con su familia y con sus colegas de la vida política, empleando de este modo al primero para ejercer presión psicológica sobre los segundos. Con el tiempo, y presa de la desesperación, la familia emprendería una estrategia independiente para tratar de poner en libertad al *paterfamilias*. Los secuestradores trabaron con él dilatadas discusiones con el fin de influir en lo que escribía, y lo hicieron en la

medida de lo posible, aunque sin llegar a ponerle una pistola en la cabeza. Moro cumplió lo que se le pedía y escribió varias cartas, sin duda con la esperanza, al menos en parte, de que la policía pudiera dar con alguno de los mensajeros. Sus cartas luego las retocaban sus secuestradores. En sus cartas al ministro del Interior y futuro presidente de la República, Francesco Cossiga, le avisó de que no era el único responsable de ciertas decisiones que habían sido colectivas, y apremió al Partido para que implicase al Vaticano en las negociaciones para lograr que se pusiera en libertad a trece presos de las Brigadas Rojas.

Apremiado por Estados Unidos, y en contra de los deseos del papa Pablo VI, el gobierno de Andreotti se negó a entablar negociaciones con los secuestradores, con los asesinos, al tiempo que la policía emprendía una búsqueda a gran escala para dar con el paradero de la víctima. Las pruebas físicas fueron manipuladas de un modo erróneo, y la policía llegó a quedar en ridículo al contar con el concurso de médiums y espiritistas, si bien no deja de ser irónico que un registro por sorpresa en una lejana aldea llamada Gradoli, cerca del lago Bolsena, según se había aconsejado durante una sesión de espiritismo, pudiera en cambio haber dado un resultado excelente en Via Gradoli, una calle de Roma en la que sí existía un piso franco de las Brigadas Rojas. Los políticos democristianos orientaron las antenas hacia sus amigos de la Mafia, que contactaron con los terroristas encarcelados de las Brigadas Rojas para pedirles que no acabasen con la vida de Moro. La esposa y la hija del secuestrado, animadas por el propio Moro, hicieron todo lo posible por lograr que el gobierno modificase su postura inflexible. Esto fue tanto más difícil debido a que las Brigadas Rojas apretaron en su campaña de tiroteos contra los industriales y los funcionarios de prisiones, además de los cinco guardaespaldas a los que habían asesinado a sangre fría en Via Fani, cuyos parientes se opusieron terminantemente a las negociaciones. Hicieron circular un comunicado en el que se daba al gobierno un plazo de cuarenta y ocho horas para iniciar las

negociaciones y proceder a la liberación de los detenidos. A esto siguió una lista con trece nombres, incluido el de Curcio. Se trataba de personas condenadas por ocho asesinatos con condenas que incluían tres cadenas perpetuas, mientras otros habrían de cumplir un total de 172 años en prisión[130]. Entretanto, Moro siguió escribiendo cartas cada vez más desesperadas, treinta y nueve en total, en las que sostenía que se le había convertido en una figura sacrificial, e insistía en que no deseaba que ningún político se presentara en lo que ya suponía que sería próximamente su funeral. Mientras el Papa y el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, hicieron sendas y apasionadas intervenciones para garantizar la puesta en libertad de Moro, el gobierno se dividió en dos bloques de halcones y palomas, tal como esperaban las Brigadas Rojas que sucediera, y tal como los propios terroristas se hallaban divididos entre el militarista Moretti y Faranda, que deseaba que a Moro se le pusiera en libertad. En realidad, todos estos posicionamientos fueron siempre susceptibles de cambio por estar sujetos a dudas agónicas, sin que importase la firmeza de la resolución que uno pudiera haber tomado de antemano.

Los halcones del gobierno afirmaron tajantemente que Moro se encontraba drogado o que había perdido la cabeza, y que no debería procederse a ninguna negociación. Ceder habría sido lo mismo que invitar a los terroristas a que llevasen a cabo posteriores secuestros. Esta fue la línea adoptada por muchos periódicos, en los que se proclamó que «Moro no es Moro». Los directores de los periódicos también se pararon a pensar si estaban dispuestos o no a publicar cualquier revelación sorprendente que Moro pudiera haber hecho sobre la política italiana. La mitad dijo que sí. La víctima se encontró en la grotesca situación de tener que demostrar que estaba en su sano juicio cuando escribió sus cartas desde prisión. Los comunistas en la oposición, y Berlinguer en particular, adoptaron la posición más dura en contra de las negociaciones. Las palomas, encabezadas por el socialista Bettino Craxi, insistieron en que se celebrasen conversaciones secretas, planteamiento que

urgentemente respaldó la izquierda extraparlamentaria, pues aunque fuera más bien tarde había comprendido adonde les habían llevado sus flirteos retóricos con las Brigadas Rojas. El siniestro profesor Negri celebró seminarios en los que junto con sus camaradas se dedicó a pontificar acerca de la conveniencia de poner en libertad al distinguido estadista o más bien de matarlo. Craxi abrió un cauce inesperado hacia las Brigadas Rojas por medio de Giannino Guiso, un socialista que fue abogado defensor de Curcio y de otros acusados de pertenecer a las Brigadas Rojas. Gracias a él, Craxi tuvo conocimiento de que, al contrario que en el caso de Sossi, Moro sería ejecutado si el gobierno no ponía en libertad a los terroristas encarcelados. El presidente socialdemócrata de la República de Italia, Giuseppe Saragat, añadió más tensión al recordar a sus colegas que «no puede existir ninguna forma de poder democrático ajeno al sentido de la humanidad y de la piedad».

La distribución desigual de halcones y palomas, que no se correspondía a las líneas de demarcación de los partidos, sólo sirvió para aumentar la presión que soportaba el gobierno. Sandro Pertini, antiguo combatiente de la Resistencia y socialista destacado, formó parte de los más duros, al igual que la viuda de uno de los guardaespaldas de Moro, que amenazó con prenderse fuego en público si Andreotti iniciaba las negociaciones con los terroristas. Al tiempo que dispararon a las piernas de un industrial y de un líder sindicalista, las Brigadas Rojas emitieron comunicados para afirmar que «el estado de las multinacionales ha revelado su verdadero rostro, libre por fin de la grotesca máscara de la democracia formal; su rostro es el de la contrarrevolución armada e imperialista, el del terrorismo de los mercenarios de uniforme, el del genocidio político de las fuerzas comunistas». Esta frase indica por sí sola hasta qué extremo habitaban en un mundo de peligrosos e ilusorios engaños. Al actuar bajo la persuasión de una lógica histórica superior, las Brigadas Rojas se vieron «obligadas» a concluir este capítulo de su «valiente lucha» poniendo fin a la vida de su rehén.

Moro, que había dejado de afeitarse y se negaba a comer alimentos sólidos, tuvo permiso para escribir una última carta, y recibió varios disparos hechos por Moretti y Gallinari en la mañana del 9 mayo después de que se le dijera que se preparase para hacer un viaje en el maletero del coche. En un gesto de osadía, las Brigadas Rojas dejaron el cadáver en un coche simbólicamente aparcado a mitad de camino de las sedes del partido democristiano y del partido comunista. Al día siguiente, a mediodía, una llamada telefónica anunció su paradero. Los notables de Democracia Cristiana tuvieron que repasar los últimos cincuenta y cuatro días al ver el cuerpo inerte en el coche. Renato Curcio soltó un grito triunfal desde el banquillo de los acusados: «El acto de justicia revolucionaria que se ha administrado a Aldo Moro ha sido el acto más enaltecido que es humanamente posible en esta sociedad clasista». Dicho esto, los guardianes se lo llevaron. De acuerdo con los deseos de su difunto esposo, Leonora Moro insistió en que se le diera entierro en una pequeña iglesia parroquial de Torrita Tiburina, sin música y sin lucimiento, sin que hubiera políticos presentes. Ningún miembro de la familia asistió al servicio en su memoria que celebró el Papa, ya enfermo, que de hecho murió en el mes de agosto.

Mientras el gobierno contemplaba los pasos que habrían de darse a continuación, las Brigadas Rojas asesinaron a Antonio Esposito, un oficial de treinta y seis años muy activo en la lucha anti terrorista, cuando viajaba en autobús a su trabajo. En octubre asesinaron al director de asuntos penales de Italia, asesinato al cual siguió el del principal experto del país en antropología penal. En enero de 1979 asesinaron a Guido Rossa, un carismático sindicalista comunista, presuntamente por haber denunciado a un compañero de trabajo que distribuyó literatura de las Brigadas Rojas en su fábrica. Poco después, dieciséis mil obreros de la acería Italsider se manifestaron contra los «Fascistas/Brigadistas», y medio millón de personas acudieron al funeral de Rossa en Génova. Ajenos a tales escenas, los pistoleros de Prima Linea asesinaron a

un destacado abogado de izquierdas que había investigado el terrorismo tanto de derechas como de izquierdas. Cuando un heroico joyero repelió a tiros la agresión de dos brigadistas que se habían presentado en una pizzería que solía frecuentar, los pistoleros de los Proletari Armad per il Comunismo aparecieron en su joyería pocos días después y lo mataron a tiros en el acto.

Entretanto, en Padua, los izquierdistas habían logrado que existiera la universidad de sus sueños. Los «profesores antiproletarios», muchos de ellos comunistas o socialistas, fueron físicamente atacados, y dos en concreto se llevaron una tremenda paliza por negarse a dar un aprobado automático. Incluso los profesores que tenían un impecable origen de clase obrera fueron acusados de cultivar «tendencias aburguesadas» y recibieron por teléfono amenazas de muerte, o bien tuvieron que pasar por los pasillos de la universidad, en los que se leían pintadas como «Matar a tiros a los profesores es nuestro deber». Una bomba destruyó la entrada de la facultad de ciencias políticas, mientras que los domicilios de dos profesores «reaccionarios» fueron incendiados. Dos psicólogos académicos fueron casi muertos a palos, agredidos por una veintena de estudiantes. En septiembre de 1979, Angelo Ventura, profesor de historia de mediana edad y director de un centro regional para el estudio de la resistencia durante la guerra, que había tenido repetidos choques dialécticos con Negri, escapó por muy poco cuando dos terroristas en una Vespa quisieron disparar contra él. Es revelador del extremo hasta el cual habían caído las universidades italianas que Ventura repeliera la agresión disparando cinco tiros con una pistola para la cual tenía licencia. A primeros de diciembre, un equipo de terroristas de Prima Linea se apoderó de la facultad de empresariales de la universidad de Turín, disparando en las rodillas a cinco profesores y a cinco estudiantes, y asesinaron a un estudiante que, con extrema cortesía a pesar de las circunstancias, preguntó si debía dirigirse a la principal terrorista del grupo, una mujer, por el tratamiento formal de «usted».

A la vista de estas constantes atrocidades, el gobierno aumentó masivamente los recursos que puso a disposición del nuevo jefe de las fuerzas antiterroristas, el general Alberto dalla Chiesa, bajo cuyo mando pusieron a veinticinco mil carabineri en el norte, al tiempo que se convirtió a otro general de la policía paramilitar en prefecto de Génova, siendo la primera vez que este puesto recaía en manos de alguien que no fuera civil. La detención preventiva se amplió a un plazo de cuarenta y ocho horas, y se introdujo el interrogatorio de los sospechosos sin la necesaria presencia de los abogados, paso indispensable, ya que algunos de los abogados radicales ayudaban a sus clientes pasándoles mensajes de las organizaciones clandestinas.

Aún se aprobaron otras medidas para desmantelar las organizaciones terroristas, en especial la ley de penitencia de mayo de 1982 y la ley de disociación en marzo de 1987. Así como todo el que hubiese matado a un funcionario público sería automáticamente condenado a cadena perpetua, los terroristas que cooperasen activamente con la policía confesando sus delitos e identificando a otros terroristas tendrían una condena más reducida. Injustamente, las medidas fueron favorables a los peces gordos, que tenían mucho más que confesar que los peces chicos en las Brigadas Rojas, sobre todo por ser las células sumamente atomizadas. Quienes se disociaran del terrorismo tenían que hacer una confesión extensa y plena, abjurar de la violencia y dar muestras de que se habían reformado en la cárcel, a cambio de lo cual se les reduciría la condena. Se solicitó el concurso de los psicólogos sociales para calibrar a los sospechosos de terrorismo susceptibles de identificar a otros y capaces de cooperar, procedimiento con el que aisló al núcleo más duro e implacable, a los presos a los que se mantuvo en las peores circunstancias dentro de un sistema penal en general defectuoso.

De este modo se dio paso al fenómeno de los *pentiti*, es decir, a los terroristas capaces de hacer un trato con la ley y no tanto de arrepentirse, al contrario de lo que da entender erróneamente el

nombre italiano empleado. El primero de todos ellos fue Cario Fiorino, apodado *il professorino*, que incriminó a Toni Negri, ya acusado en abril de 1979 por sus implicaciones, reales y de pura incitación, con el terrorismo de izquierdas. La acusación más perjudicial consistió en que en 1975 Negri se había servido de criminales a los que conocía para proceder al secuestro fallido de su compañero, el radical Cario Saronio, con el fin de extorsionar 470 millones de liras a los muy acaudalados padres de Saronio. Los secuestradores aplicaron un trapo saturado de cloroformo sobre la cara de Saronio durante tanto tiempo que lo mataron.

El número de incidentes terroristas contabilizados en 1979 iba a llegar a 2.513, cifra peor incluso que los 2.379 del año anterior. En enero, las Brigadas Rojas asesinaron a Piersanti Mattarella, el líder de la Democracia Crisdana en Sicilia que más en serio se había tomado el deseo de Moro de alcanzar una reconciliación plena con los comunistas. Ametrallaron a tres policías milaneses e hirieron a dieciocho *carabinieri* cuando bombardearon un barracón en Roma. En Génova, Prima Linea asesinó a un coronel de *carabinieri* y a su chófer, además de dejar ciego a un coronel del ejército. En febrero acabaron con la vida del profesor Vittorio Bachelet, prominente católico liberal y vicepresidente de la magistratura, cuando salía de un aula de La Sapienza. Una mujer se acercó a él en un pasillo atestado de gente y le pegó cuatro tiros en el abdomen. Su acompañante, un hombre, aún disparó otras tres veces contra Bachelet antes de agacharse para pegarle un cuarto tiro en la cabeza. En marzo asesinaron a tres jueces destacados, disparándole a uno por la espalda cuando entraba en una sala en la que iba a dar una conferencia.

Aunque muchos italianos estaban absolutamente desmoralizados por estas matanzas, una serie de arrestos cruciales y los incentivos que se pusieron a disposición de los terroristas deseosos de prestar testimonio en favor del Estado comenzaron a pasar factura a las Brigadas Rojas, al tiempo que aumentaba la paranoia de un pueblo que ya vivía en un estado permanente de

alerta y de vigilia. La detención de Patrizio Peci en 1980 fue especialmente significativa, ya que encabezaba la columna turinesa de las Brigadas Rojas y era miembro de la Direzione Strategica. Según relata en su autobiografía, dramáticamente titulada *Yo, el vil*, Peci nació en 1953, hijo de un trabajador de la construcción y natural de Ripatransone, una pequeña localidad de las Marcas que se jacta de poseer la calle más estrecha del mundo. La familia se mudó a una localidad más grande, San Benedetto del Tronto, cuando Peci tenía nueve años. Pasó una infancia sin incidentes, aunque prefería jugar a las cartas en la playa antes que ir al colegio. De joven trabajó como camarero en los hoteles de la costa, aunque se había inscrito en las filas de Lotta Continua mientras aún estaba en el colegio, animado por una disputa entre los pescadores y los dueños de los barcos pesqueros. No tardó en dar una paliza a uno de sus profesores, acción que llamó la atención de las Brigadas Rojas. En 1974 le reclutaron y lo enviaron a trabajar a una fábrica de Milán. Así como antes ganaba 180.000 liras al mes trabajando de camarero, ahora percibía 200.000 en gastos mensuales por sus labores al frente de la logística de las Brigadas Rojas, además de tener alojamiento libre, no pagar las facturas del gas, la luz o el teléfono y tener ropa gratis y otros beneficios. Se le proporcionó además un mes de vacaciones al año en una casa que era propiedad de la organización. No es de extrañar que su novia, María Rosaría Roppolo, amenazara con suicidarse si no le permitía el ingreso en la organización[131].

Peci reflexionó mucho sobre un trabajo en el que, «como en cualquier otro trabajo», era posible desarrollar una gran habilidad. Su primera tarea, formando parte de la columna de Turín, consistió en lavar los dos mil millones de liras en billetes de banco usados, ganancias del secuestro de Costa. Después de ser capturado el líder de la columna, Fiore, Peci ocupó su lugar. Asesinó a su primera víctima el 22 de abril de 1977: un capataz de la Fiat, en Turín. Consideró que se trataba de un mero acto de justicia impartida a los explotadores del proletariado: «En términos puramente técnicos,

matar a una persona es mucho más fácil que causarle heridas. Pero desde el punto de vista humano es exactamente a la inversa». Lo cierto es que las cosas eran bastante más complejas de lo que puede parecer. A Peci le gustaban las armas, y alcanzaba la pistola especial del calibre 38 que tenía en la mesilla nada más abrir los ojos por la mañana: «Me daba una sensación de poder y de seguridad. Era mi buena amiga. Estaba más celoso de mi arma que de una mujer»[132]. Pero también vomitó el café con leche y la bollería del desayuno cuando cometió su primer asesinato, y la adrenalina le provocó una noche de mal sueño. Fue como la noche anterior a un examen. Sólo durmió a pierna suelta cuando hubo terminado el trabajo. Así consideraba a Antonio Munari, su primera víctima:

> Es un hombre al que le van bien las cosas, que se va a comer a su casa mientras los obreros se quedan en la cantina de la fábrica. Tiene un buen coche que le ha regalado la Fiat, vive en una hermosa casa, en un barrio elegante, residencial, que posiblemente también le haya regalado la Fiat, mientras los obreros, por su parte [...]. Lo que más me llamó la atención era el hecho de que se fuese a su casa a comer, mientras los obreros probablemente tenían que contentarse con la comida asquerosa de la cantina, y que luego volvía, feliz y bien alimentado, para hacerles trabajar como perros [...] Yo estuve allí por un acto de justicia. Acabar con uno para educar a cien. No tuve la menor duda

[133].

En 1978 Peci quiso dejar malherido a un hombre que al poco tiempo falleció de un ataque al corazón. El acto de violencia resultó más difícil cuando la víctima y él intercambiaron unas palabras, con lo cual se quebró el anonimato del «objetivo». Tras matar a alguien, Peci se sentía tenso, presa de la inquietud y el malestar, que más adelante creyó que era «tristeza por el fin de una vida». En 1979 estaba agotado y desilusionado con una organización que no había conseguido incrementar su apoyo en las fábricas. Se vino abajo casi en el mismo instante en que cayó en manos del Estado; la policía no le dio el tratamiento de pez gordo que él creía ser, una estrategia que posiblemente le llevó a confesar sólo por afán de reafirmar su propia importancia. Mantenido en aislamiento carcelario, se encontró con tiempo y libertad para contemplar la perspectiva de una vida entre rejas, en donde las obsesiones principales, además de la cocina —en las cárceles italianas no existía un comedor para todos los internos—, eran la adquisición de cosméticos y de tinte para el pelo para disimular el proceso de envejecimiento, además de tratar de evitar que otro interno le pegase una cuchillada en una pelea con la Mafia. El futuro consistía en verse a uno mismo palidecer, adelgazar, perder pelo, tener canas, enfermar y envejecer. Confió en el general Dalla Chiesa, y comenzó a tomar aprecio a los policías y a los jueces con los que se vio obligado a tratar, más incluso que a sus antiguos camaradas. Las presiones que sufrió fueron intensas. La sentencia sólo por tenencia ilícita de un arma de fuego era de tres años y cuatro meses de prisión mayor; él había cometido ocho asesinatos. Entonces tuvo conocimiento de que Alberto Franceschini se había alegrado de la detención de Peci, por pensar que espolearía a los otros a ponerle en libertad. Ya era un «objeto» de irrisión para la policía; en ese momento al parecer no pasaba de ser más que un objeto que cumplía una función para un camarada de mayor antigüedad.

Tras haberse despojado de todo romanticismo sobre su persona, Peci estudió a fondo la organización a la que pertenecía. Las Brigadas Rojas carecían de apoyo popular. Sus acciones iban disminuyendo el espacio disponible para legitimar las protestas, ya que iban llenando la esfera pública de pura paranoia. Por último, lo que se había í dado en llamar lucha armada era perjudicial para los intereses de la clase obrera: «En resumidas cuentas, fuimos derrotados militar y políticamente». Hubo otras racionalizaciones posteriores. Al igual que los cruzados medievales que contemplaban las matanzas bzyo esa misma luz, afirmó que sus traiciones fueron actos de amor por aquellos antiguos camaradas a cuyos erróneos comportamientos había puesto fin prematuramente. La traición era asimismo una forma de recompensa hacia sus propias víctimas y una forma de redención personal[134]. Una de las primeras revelaciones de Peci fue la situación de un piso franco en Génova. Cuando los carabinieri lo tomaron al asalto, cinco terroristas de las Brigadas Rojas decidieron vender cara la piel, y los cinco fueron acribillados por el fuego de la policía de asalto. Dos policías fueron encausados (y absueltos) por haber tiroteado sumariamente a dos de los terroristas. En sus doscientas horas de confesiones grabadas, Peci —rápidamente apodado «el infame», o «ese bastardo» por sus antiguos camaradas— reveló el paradero de los mayores depósitos de armas y puso nombre al quién es quién del organigrama de las Brigadas Rojas. En total, fue responsable de la detención de más de setenta «bestias feroces», como denominó a sus antiguos colegas. Otro *pentito*, Antonio Savasta, fue más elocuente a la hora de explicar por qué había traicionado a sus camaradas:

> La necesidad inapelable, lo inevitable de la lucha armada, representó nuestra apuesta con la historia. Bien: perdimos esa apuesta, y nuestro aislamiento y nuestra derrota son el precio que hemos pagado por haber definido la realidad mediante teorías abstractas que la simplificaron en demasía,

por haber concentrado las razones sociales del cambio en un instrumento que era incapaz de darle expresión, y por haber mermado nuestra propia fuerza y nuestra propia capacidad de cambio, aislándonos en un proyecto absurdo y fútil

[135].

Las detenciones de Sergio Zedday de Roberto Sandalo dieron a la policía una visión similar sobre el funcionamiento de los piellini —es decir, de los integrantes del grupo terrorista Prima Linea—, trece de los cuales fueron detenidos de inmediato. Independientemente de los pentiti, el asunto Moro había causado no poco jaleo en el seno de las Brigadas Rojas, entre los que deseaban incluir la organización en un movimiento revolucionario más amplio y los que formaban parte de un núcleo duro de mentalidad militarizada, para los cuales el asesinato indiscriminado había pasado a ser una ocupación profesional. Cuando las Brigadas Rojas buscaron ayuda en Prima Linea se produjo una escisión fatal entre los que estaban dispuestos a seguir ese camino y los que pensaban que la lucha armada era una idea ya caduca. Prácticamente todos los líderes de Prima Linea fueron detenidos, entre ellos Marco Donat Cattin, hijo de uno de los políticos democristianos más fervientemente anticomunistas. Claramente vencidos por la hostilidad de las «prostitutas» de la prensa del *establishment*, los terroristas de una nueva Brigada XXVIII de Marzo asesinaron a Walter Tobagi, un vitalista corresponsal del *Corriere della Sera* e historiador del arte de la universidad de Milán que había atacado repetidas veces a los padrinos intelectuales del terrorismo que actuaban al amparo de las principales universidades.

Mientras se dedicaron reservas inmensas de mano de obra y el equivalente de 13.000 libras esterlinas al día a combatir el terrorismo de las Brigadas Rojas, la especie de la extrema derecha no permaneció inactiva. Asesinaron a un detective de la policía, de treinta y siete años, que era famoso por sus detenciones de los traficantes de drogas cuando estaba sentado al volante de su coche, haciendo el seguimiento de unos traficantes que actuaban a las puertas de un colegio. El 23 de junio de 1980 asesinaron al juez Mario Amato, que se había especializado en la investigación de la violencia de cuño neofascista. El 2 de agosto de 1980, al comenzar

la temporada vacacional en Italia, una bomba de gran potencia destrozó la estación de ferrocarril de Bolonia, provocando el hundimiento de una de las alas, sobre la que se desplomó el techo. Murieron ochenta y cinco personas en la explosión y hubo otros doscientos heridos. El depósito de cadáveres se llenó de pequeños cuerpos vestidos con pantalón corto, camiseta y sandalias, listos para irse a la playa.

Un paciente trabajo policial, facilitado por el creciente número de terroristas chaqueteros, condujo a la detención de la cúpula de Prima Linea y a la liquidación del grupo XXVIII de Marzo. Aunque las Brigadas Rojas aún eran capaces de cometer nuevos asesinatos, la policía organizó redadas simultáneas en varias ciudades, logrando la detención de veintiséis figuras clave. También se encontraron importantes depósitos de armas y los documentos más significativos hallados hasta la fecha, que fueron clave en la incriminación de varios terroristas. Las Brigadas Rojas contraatacaron con el secuestro del juez Giovanni d'Urso, jefe del sistema penitenciario de Italia. Exigieron el cierre de las instalaciones de máxima seguridad existentes en Asinara, una isla próxima a Cerdeña, que el gobierno ya había resuelto cerrar. Esto permitió que el gobierno negase haber hecho ninguna concesión cuando las Brigadas Rojas pusieron en libertad al juez, quien al cabo de treinta y tres días fue encontrado en un coche abandonado frente al Ministerio de Justicia. El 31 de diciembre, dos jóvenes delincuentes asesinaron al principal ayudante de Dalla Chiesa, el general Enrico Galviagi, cuando regresaba de misa con su esposa. Con el año nuevo la policía capturó a Maurice Bignami, el último de los fundadores de Prima Linea que seguía en libertad, que fue de utilidad para incriminar a Negri, si bien Dalla Chiesa lo acusó despectivamente de ser el único instigador de atentados terroristas que se había beneficiado de las becas del Consejo Nacional de Investigación. No es del todo exacto, ya que entre los detenidos con posterioridad se encontraba el profesor Enrico Fenzi, un distinguido

estudioso de la obra de Dante, que se había convertido en miembro de las Brigadas Rojas.

Las Brigadas Rojas llevaron a cabo no pocos secuestros, apoderándose por ejemplo de uno de los directivos de la petroquímica Montedison cuando estaba almorzando en casa con su esposa. Al cabo de tres semanas apareció su cadáver en un coche aparcado delante de la fábrica. En contra de la ilusión de que esa clase de acciones desencadenaría una revolución proletaria, sesenta mil trabajadores se manifestaron en Mestre para denunciar el «nazismo» de las Brigadas Rojas. Las Brigadas también albergaron la esperanza de que los pentiti volvieran a pensarse su reacción cuando secuestraron a Roberto Peci, electricista y hermano de Patrizio, el soplón estelar del Estado. Tras cincuenta y cinco días, el cadáver de Roberto apareció en un contenedor de basura; había sufrido graves lesiones en la cara y había recibido once disparos. Las Brigadas Rojas filmaron su ejecución. En un gesto novedoso, el 17 de diciembre de 1980 cuatro brigadistas que se hicieron pasar por fontaneros secuestraron a un general estadounidense, James Lee Dozier, en su domicilio de Ve roña, ciudad en la que estaba al frente de la logística de la OTAN para el Mando del Sur de Europa. Tuvieron que comprar una caja de soldados de plomo del ejército estadounidense para saber cuál era el rango de cada oficial a partir de las instrucciones que venían con la caja. En este caso, un informador condujo a la policía a un apartamento de Padua. Lo tomaron al asalto y encontraron a Dozier atado dentro de una pequeña tienda de campaña levantada en el suelo del piso. Cinco terroristas, incluida la hija de un destacado médico, fueron detenidos sin que opusieran resistencia. El golpe supuso un duro revés para la moral de la amplia subcultura de izquierda que respaldaba a las Brigadas Rojas. Para entonces, la policía también había detenido a Giovanni Senzani, de cuarenta y dos años, profesor de criminología en la universidad de Florencia hasta que se pasó a la clandestinidad en 1981 como líder de las Brigadas Rojas. Entre sus pecados del pasado, Senzani había

recurrido a su capacidad de asistir a congresos internacionales para «señalar» a tres destacados adversarios de la extrema izquierda en el medio académico, que fueron a su debido tiempo asesinados por las Brigadas Rojas. En su piso franco, la policía encontró armas, entre ellas varios misiles tierra-aire que se iban a emplear en una matanza preparada para perpetrarse cuando se celebrase el próximo congreso nacional de los democristianos. Se hicieron también planes para atacar la cárcel de máxima seguridad de Trani y el cuartel general de la policía en Roma, además de tomarse datos detallados de seis líderes sindicalistas a los que se pensó asesinar. Estaban asimismo en una fase avanzada los planes para secuestrar al número dos de la Fiat, y ya se había construido una minicárcel para tenerlo retenido.

A este golpe siguió la sordidez moral de que se hizo gala en el primer juicio de los sesenta y tres encausados en relación con el secuestro y asesinato de Aldo Moro. Mil quinientos policías montaron guardia en una sala especial del Foro Itálico de Roma, con ayuda incluso de helicópteros. La luz era tan fría como la de un depósito de cadáveres. Los periodistas participaron con su frenesí indiferente de costumbre. Los familiares de las víctimas y de los terroristas trataron de comprender acontecimientos que ni unos ni otros habían buscado. Los abogados se pelearon con crudeza por la verdad y por el dinero. Los acusados ocuparon unas jaulas, los testigos e informantes fueron estrechamente vigilados. El testimonio de los pentitiimpre— sionó a los jueces más que los cómicos caprichos de los implacables acusados, treinta y dos de los cuales fueron condenados a cadena perpetua. El propio Curcio declaró que tanto él como el resto de los líderes habían cometido un error de interpretación con los signos que parecían indicar la inminencia de una revolución marxista, reconociendo de este modo una incompetencia teórica que ya no podía compartir con las personas a quienes las Brigadas Rojas habían asesinado o herido en aras de esa funesta interpretación. Desprovistas de un liderazgo unido y centralizado, aisladas, las células de las Brigadas Rojas aún

pudieron llevar a cabo algún que otro tiroteo esporádico, de diplomáticos estadounidenses, de policías y profesores, entre 1983 y 1987, pero fueron ya los espasmos agónicos de un episodio difunto en la moderna historia de Italia. Lentamente, el sistema judicial trató de asimilar los acontecimientos de los quince años anteriores, proceso que se complicó con una serie de revelaciones sensacionalistas que presuntamente implicaron a la logia masónica llamada Propaganda Due (P2) y a los servicios de seguridad estatal de Italia y de otros países en el secuestro de Moro y en acontecimientos posteriores. Todas estas historias, ansiosamente consumidas por la izquierda internacional, dicen más del estado de degeneración en que se encontraba la imaginación izquierdista que acerca de las Brigadas Rojas, en cuyas fdas se mofaron de la idea de que hubieran podido ser meras herramientas, sin saberlo, puestas en otras manos. Las minuciosas indagaciones judiciales han llegado a establecer sin ningún margen de duda que ni el servicio secreto italiano ni la CIA, ni la P2, ni la Mafia, ni nadie que no fueran las Brigadas Rojas tuvieron responsabilidad alguna en la muerte de Moro.

Hubo también en cierto modo un ajuste de cuentas con uno de los padrinos intelectuales del terrorismo, aunque no se llegase a abordar un problema más amplio, a saber, cómo la izquierda que se había repudiado tanto a sí misma había llegado a ocupar posiciones tan influyentes en las universidades, uno de los grandes defectos sistémicos de la civilización occidental en conjunto. Aunque en el juicio que se le instruyó Negri llegase a denegar su perversa influencia, ocultándose tras la retórica al uso y los consabidos alegatos sobre la libertad de expresión, sólo su elección como miembro del parlamento por el Partido Radical le permitió evadirse temporalmente de la jusdcia. Los demás diputados, asqueados de tenerlo entre ellos, celebraron una votación especial, que se ganó por un margen de siete votos, para que se procediera a su detención inmediata. Huyó a Francia antes que llegase la policía, pero fue condenado a treinta años de cárcel en un juicio celebrado

in absentia. La sentencia se redujo tras la consiguiente apelación. En 1997 regresó a Italia y pasó otros seis años en la cárcel. Un claustro de profesores «liberales» en una de las grandes universidades estadounidenses no encontró ninguna ironía en el hecho de que Negri rechazara la oferta de trabajo que le hicieron sólo porque no estaba en condiciones de salir de la cárcel en la que cumplía condena. Hoy, a sus setenta y tantos años, Negri ha reanudado sus actividades proféticas, convertido en famoso gurú del movimiento antiglobalización, dividiendo su tiempo, según indican las solapas de sus libros, entre las cátedras que ocupa en París, Roma y Venecia. La mayoría de los miembros supervivientes de las Brigadas Rojas no tuvieron tanta suerte. Salieron arruinados tras décadas en la cárcel, para buscar en los espejos algún rastro de los jóvenes que habían sido, aunque los más afortunados llegaran a ser expertos profesionales sobre el terrorismo en algunos programas de televisión[136].

BERLINER LUFT

El 10 de junio de 1967 ocho jóvenes descubrieron una nueva forma de sortear la nueva prohibición impuesta sobre las manifestaciones públicas, recién aprobada por Heinrich Albertz, alcalde del Berlín Occidental. Se plantaron en medio de la zona comercial de Kurfürstendamm, cerca de las ruinas de la Kaiser Gedáchtnis Kirche, vestido cada uno con una camiseta blanca en la cual había impresa una sola letra. Cuando los ocho manifestantes alfabéticos se pusieron en línea, incluida la esbelta y rubia hija de un pastor protestante llamada Gudrun Ensslin, que era quien llevaba el signo de exclamación, se formó la palabra «ALBERTZ!». Dándose la vuelta, el grupo llevaba a la espalda la palabra «ABTRETEN», las ocho letras que en alemán forman el imperativo «dimite».

En Berlín se respiraba un ambiente febril posiblemente sin igual, ya que era el barómetro del pasado y del presente totalitario a uno y otro lado del Muro; cualquier estallido de tensión internacional daba

a la ciudad una proximidad palpable y opresiva, como recuerdo que sucedió cuando los soviéticos procedieron a invadir Afganistán en 1979. Los ceñudos residuos arquitectónicos del Reich hitleriano seguían en pie entre los restos de la capital germano-prusiana; un imponente muro de cemento demarcaba la zona del vistoso consumismo occidental frente al «socialismo real existente», en donde, junto con la libertad, desaparecían como por ensalmo los anuncios publicitarios y los rótulos de neón. Aunque fuese completamente falso que el Tercer Reich representara un libro cerrado hasta el amanecer liberal de los años sesenta, los libros entonces disponibles trataban de; lo moral y de lo espiritual sin optar por una confrontación directa con la generosa representación de los antiguos nazis que seguían activos en la industria, la medicina, la abogacía, la policía y la política. Fueron muchos los que aplaudieron cuando una activista parisina de ¡ izquierdas, Beate Klarsfeld, se coló en un congreso de la Democracia Cristiana y abofeteó en toda la cara a un antiguo propagandista nazi, que entonces era el canciller federal, Kurt Georg Kiesinger. Heinrich Boíl, el escritor que había sido un codicioso soldado de la Wehrmacht en la Francia ocupada, le mandó a ésta un ramo de flores. La década de los sesenta trajo consigo problemas intergeneracionales más profundos entre los jóvenes que llevaban nombres inconfundibles de la época nazi, como Gudrun, Sieglinde y Thorwald, y que buscaron liberarse de ese estigma personal trenzando un romance sin ninguna esperanza con el Tercer Mundo. Otras personas de mayor edad se enorgullecían de haber sacado con su esfuerzo a Alemania de la polvareda y de los escombros, alcanzando un nivel de vida considerablemente alto gracias a su carácter industrioso y a su tesón. La sociedad de consumo fue todo lo que recibieron por recompensa, aunque eran muchos los que combinaban las compras con la asistencia a la iglesia. Para los jóvenes, avergonzados de ser alemanes, además de dar por sentado ese elevado nivel de vida, esta vocación económica había dejado de ser suficiente. En su esnobismo radical, se les animó a tener coches, frigoríficos y

figurillas de enanos de jardín (pero no pantalones vaqueros, discos ni aparatos de música) por mediación de los gurús de la Nueva Izquierda, a menudo judíos, sobre todo Herbert Marcuse, Max Horkheimer, Theodor Adorno y, algo más joven, Jürgen Habermas, aunque solamente Marcuse respaldase de todo corazón el intento de convertir la teoría en acción en lugares tan diversos como Berlín y Berkeley.

La ideología de la Nueva Izquierda era una fusión de Freud y Marx, a la que se puso por levadura un poco de Gramsci. Era y sigue siendo tan pavorosamente tediosa, salvo en el caso de una generación de académicos, que ni siquiera hará falta que nos ocupemos de sus contenidos con cierto detalle. Como apuntó un antiguo terrorista alemán, «la teoría era algo que habíamos leído a medias, pero que entendimos plenamente». En muchas universidades de la época, esta teología impenetrable y secularizada se servía en el envoltorio de los cursos de asignaturas como la economía, la historia o la ciencia política, y fue una dieta que discapacitó del todo a los licenciados de cara al mercado laboral. El consumismo creaba, pero nunca satisfacía una serie de falsas necesidades, y de ahí la expresión del «terror consumista», al tiempo que la «tolerancia represiva» enmascaraba la «violencia estructural» de un régimen fascista desmantelado de una forma harto imperfecta. En cualquier momento era posible que regresaran los Camisas Pardas. Sobre todo cuando en 1967-1968 el gobierno quiso enmendar las Leyes Fundamentales asumiendo algunas de las facultades de emergencia hasta ese momento exclusivamente reservadas a las autoridades aliadas de la ocupación. Además de los supuestos de invasión o de guerra civil, los democristianos quisieron incluir los periodos de disturbios civiles en la lista de circunstancias en las que el gobierno podría promulgar leyes especiales, reclutar a los ciudadanos, prescindir de la autonomía de los estados federales y desplegar las fuerzas policiales sin necesidad de aprobación parlamentaría. Los socialdemócratas plantaron con éxito resistencia a esta ampliación de los supuestos

del estado de emergencia, pero las enmiendas fueron aprobadas en el Bundestag por una abrumadora mayoría[137]. En los sectores de la izquierda se empezó a hablar de un modo opresivo acerca de las nuevas Leyes de Capacitación, a las que se hacía referencia con el término *Notstandsgesetze* (Leyes de Emergencia), siniestramente abreviado en «NS». Al igual que sus contemporáneos franceses y su grosera identificación de la policía de choque con las Schutzstaffel nazis en el eslogan que decía «CRS = SS», los jóvenes alemanes de clase media, manifiestamente poseídos por una repentina superioridad moral, acusaron indiscriminadamente al gobierno recurriendo a burdas simplificaciones, como «Fascismo», «Auschwitz», «Gestapo», «Nazis», perjudicando de ese modo el discurso democrático y asegurándose de que sólo se oyese su propia voz, cada vez más totalitaria. Su descomunal intolerancia recordó a muchos de sus profesores las escenas que habían presenciado en 1933-1934, cuando la mayoría de los estudiantes habían sido fervientes partidarios de los nazis emergentes[138].

El radicalismo estudiantil alemán se encontraba centralizado en Fráncfort, Hamburgo, Múnich y Berlín Occidental. Berlín era como un imán para los jóvenes radicales de izquierda procedentes de las diversas provincias de Alemania por la sencilla razón de que quienes estudiaban allí quedaban exentos del servicio militar, al tiempo que los bares y las tabernas no estaban sujetos a un horario rígido y fomentaban una cordialidad y una vida social muy teutonas. Muchas personas adineradas habían huido de la ciudad, dejando gran cantidad de viviendas baratas y espaciosas, laboratorios de un estilo de vida alternativo. Las viviendas comunales y ocupadas tenían el ambiente habitual de un cenicero lleno hasta los topes —ni siquiera los tapacubos eran suficientes para contener las colillas—, las sábanas sucias, las mantas usadas a modo de cortinas, los olores de la droga y de la ropa sin lavar. La Guerra Fría garantizó que la ciudad gozara de subsidios a mansalva por ser el faro de la democracia occidental en medio de un proceloso mar rojo. Libres de las constricciones de la casa paterna y del ambiente rígido de las

ciudades provincianas y los pueblos, los jóvenes iban a la deriva en la enormidad anónima de la ciudad, pues, al contrario que Nueva York,¡ Berlín se había construido sobre una gran extensión, razón por la cual a los bombarderos aliados les fue tan difícil arrasarla. Una gigantesca red de ferrocarril, el S-Bahn, conectaba las diversas partes de la ciudad atravesando el Muro infame.

Los libros que tratan del terrorismo alemán de izquierda nunca incluyen un capítulo sobre la clase obrera, reveladora omisión que diferencia Alemania de Italia. No existió un radicalismo obrero significativo en Alemania Occidental, a no ser que queramos contar a los neonazis, sobre todo por la sencilla razón de que los obreros tenían en general representación por ley en los comités de dirección de la mayoría de las empresas. Entre los obreros alemanes, el comunismo estaba relacionado con la dictadura estalinista de la República Democrática Alemana, aunque en ocasiones también se idealizara su presunto igualitarismo, tal como había ocurrido con el ficticio «milagro económico» de Hitler en los años treinta. De ahí que, para muchos estudiantes izquierdistas, fuera esencial desmitificar a los obreros occidentales —y sus parrafadas sobre la «aristocracia laboral» metropolitana— al tiempo que se proyectaban las características del héroe en los ilotas realmente pisoteados del Tercer Mundo, que se hallaban por encima de toda posible crítica, y acerca de cuya realidad vital los estudiantes sabían tan poca cosa como del Cristo en forma del Che que tenían puesto en la pared.

Al igual que en Italia, el sistema de educación superior en Alemania Occidental se hallaba masificado, con una cifra de estudiantes que pasó de 384.000 en 1965 a 510.000 cinco años después. La transición de una educación superior de élite a una educación superior masiva exigió una urgente reforma, con la complicación añadida de que la política educativa se encontraba en manos de los gobiernos federales, de distinta coloración política. En algunas regiones, el régimen absolutista de los profesores de más antigüedad dejó paso a un poder tripartito que se ocupó de las disposiciones pertinentes, y que estuvo compuesto por los

catedráticos, los profesores sin plaza y los llamados representantes de los estudiantes, disposiciones que por otra parte no se admitirían entre los zapateros o los relojeros que transmiten sus conocimientos. Los estudiantes más revolucionarios se organizaron en el Sozialistischer Deutscher Studentenbund, fundado en 1949 para que formase el ala estudiantil del Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, o SPD. El futuro canciller, Helmut Schmidt, fue su primer presidente. Sin embargo, en 1961 el SPD había repudiado al SDS por sus campañas contra el rearme y el servicio militar obligatorio. A su vez, el SDS formaba parte de una «oposición extraparlamentaria» más amplia, que en cierta medida fue una respuesta a la formación de un gobierno de «Gran Coalición» entre democristianos y socialdemócratas, que a su entender parecía negar una democracia pluralista. Su principal lumbrera fue Rudi Dutsehke, cuya fascinación por la violencia, un rasgo común entre los intelectuales, no era meramente retórica. Abogó por la violencia y la experimentó en persona.

La izquierda también era militantemente antiimperialista, y llegaba a afirmar con histeria que Estados Unidos había emprendido el exterminio de los vietnamitas. El abogado Horst Mahler recaudó donaciones para el Vietcong, que coló de contrabando en la embajada de Vietnam del Norte de Berlín Oriental. En otra vuelta de tuerca, muchos izquierdistas supusieron que Israel era una potencia fascista, disfrazando su antisemitismo de antisionismo de tal modo que las antiguas víctimas de sus padres y de sus abuelos pudieran ser consideradas como opresores por derecho propio. Los estudiantes del SDS impidieron que el embajador israelí y algunos académicos israelíes de visita en Alemania tomasen la palabra en varias universidades, donde no pudieron explicar la situación de Israel. El 9 de noviembre de 1969, una bomba colocada por un grupúsculo que se hacía llamar los Tupamaros de Berlín Occidental estalló en un edificio de la comunidad judía de Berlín: la fecha fue singularmente impropiada para advertir a los judíos «fascistas» de que abandonasen «su» tarea de opresión colonialista sobre los

palestinos, siendo revelador que la minúscula comunidad judía de Berlín pudiera ser equiparada al estado de Israel[139].

Las confrontaciones violentas con la policía de Berlín habían comenzado en febrero de 1966, cuando los estudiantes partidarios del SDS bloquearon el tráfico y asaltaron el centro cultural llamado Amerika-Haus, en donde arriaron la bandera estadounidense. Los gritos de *«Amis raus aus Vietnam»* («Yanquis fuera de Vietnam») fueron su respuesta a las terribles noticias difundidas por los medios y las fotografías de prensa en torno a las explosiones petroquímicas y anaranjadas que se habían visto en la selva, y a las adolescentes con quemaduras negras, marrones y rojas producidas por el napalm en sus carnes. Poco después se prohibieron estas manifestaciones tanto en la universidad como en el centro de la ciudad en conjunto. El alcalde Alhertz se jactó públicamente de haber ordenado a la policía que se emplease a fondo con las porras de caucho en caso de que se declarasen nuevas protestas. Después de que un panfleto estudiantil se burlase de los profesores de la Universidad Libre, tachándolos de «idiotas habilidosos» dedicados a clonar a «idiotas habilidosos» a pequeña escala, la policía asaltó la sede del SDS y confiscó los historiales de los miembros.

La visita que hizo a Berlín en abril de 1967 Hubert Humphrey, vicepresidente de Estados Unidos, dio por resultado una lluvia de huevos, harina, flanes y piedras que cayó sobre los coches de la comitiva a su llegada al edificio de Axel-Springer, cercano al Muro. Varios estudiantes fueron salvajemente aporreados por la policía. Aunque el ataque contra Humphrey constó de poco más que de los ingredientes para una tarta, once miembros de una casa ocupada, llamada Commune 1, fueron detenidos, según la prensa del grupo Springer, por haber atentado contra la vida del vicepresidente de Estados Unidos. La noche del 2 de junio de 1967 pasaría a la leyenda del terrorismo al ser tanto el nombre de un grupo terrorista alemán como de una serie de acciones en concreto. Reza Pahlevi, el sha de Irán, junto con su séquito, se encontraba en Alemania en una visita de Estado. Aquella tarde, el matrimonio imperial visitó el

ayuntamiento, donde tanto la policía alemana como el contingente de agentes del Savak, a las órdenes del sha, gritaron a voz en cuello «larga vida al sha» para mantener a raya a los manifestantes tanto iraníes como alemanes. Algunos de los hombres del Savak obviamente perdieron la calma en medio de los gritos de sus rivales —«¡Sha, sha, charlatán!»— y saltaron las barreras de protección para golpear a los manifestantes con estacas y cachiporras con las que podían dejar inconsciente a quien fuese. Estas escenas se repitieron a lo largo de la noche, cuando el sha y su esposa asistieron a una gala en la que se iba a representar *La flauta mágica*, de Mozart. Mientras el sha disfrutaba de la ópera, la policía cargó contra los manifestantes, troceando a la masa como si fuera un salchichón y dispersando a los manifestantes por las calles adyacentes. Con una táctica llamada «la caza del zorro» se aseguraron la detención de los cabecillas, fiándose por lo común de las barbas y las melenas en aquellos tiempos en los que no existía la menor sofisticación.

Tres policías persiguieron a un joven llamado Benno Ohnesorg, al que acorralaron en un callejón oscuro, en una bocacalle, donde lo aporrearon mientras él se ovillaba en el suelo para protegerse. Llegó entonces un número de la Policía Política empuñando una Walther PPK del calibre 7,65. Se disparó el arma del oficial, que alcanzó fatalmente a Ohnesorg en la cabeza. Ohnesorg, de veintiséis años, era un estudiante de lenguas románicas y por lo demás un piadoso protestante que había asistido a la primera y última manifestación de su vida. Albertz culpó a los manifestantes de su muerte, mientras la investigación oficial consideró el disparo un mero accidente y no un homicidio por negligencia. Al despedirse del sha al día siguiente, Albertz preguntó a su majestad imperial si se había enterado del fallecimiento de Ohnesorg. «Sí —respondió el emperador—, pero eso no me altera. En Irán sucede casi a diario». Uno de quienes portaron el féretro de Ohnesorg fue Michael «Bommi» Baumann, que después iba a formar parte del Movimiento 2 de Junio[140]. Representó a la viuda de Ohnesorg en el juicio Horst Mahler, cuyo

padre, ex soldado de la Wehrmacht, se había pegado un tiro en el jardín de su casa en 1949, cuando su familia tuvo que trasladarse a Dessau desde Silesia por orden de la superioridad. Este gesto supuso un cambio con respecto a su práctica de abogado mercantil, aunque ya había sido el primer abogado alemán que se sirvió de la Convención Europea de los Derechos Humanos cuando defendió a un antiguo guardián de las SS, en Mauthausen, al que inhumanamente se había condenado a libertad bajo fianza durante cinco años. En el SDS llovieron las peticiones de ingreso a la vez que los estudiantes alemanes pasaban del trauma inicial a la cólera. Gran parte de las reacciones ante la muerte de Ohnesorg fue de pura histeria y paranoia:

> Recuerdo exactamente que, cuando empecé mis estudios, en el SDS eran legión las fantasías que se contaban para meternos miedo. Había un hombre [Franzjosef Strauss] resuelto a convertirse en el dictador de Alemania Occidental, seguramente con la ayuda del Bundeswehr nada menos. Precisamente por eso, entre muchas otras razones, teníamos que luchar a la desesperada en contra de la aprobación de las leyes de urgencia: aquel hombre quería disponer de una base legal para apropiarse del poder, y nosotros teníamos que luchar como fuera contra sus «Leyes de Capacitación». Lo cierto es que, exactamente igual que entonces [en 1933], la mayoría de la gente no sabía qué estaba pasando, o bien había cerrado voluntariamente los ojos ante la catástrofe.

En una concurrida reunión del SDS, en Berlín, unajoven pronunció a gritos esta parrafada: «Este Estado fascista se ha propuesto matarnos a todos. Tenemos que organizar la resistencia. A la violencia sólo se puede contestar por medio de la violencia. ¡Esta es la generación de Auschwitz! ¡No se puede hablar con ellos!

Tienen armas, y nosotros no. Tenemos que armarnos cuanto antes». La joven era Gudrun Ensslin.

Nacida en 1940, Ensslin era la cuarta de los siete hijos que tuvo en un pueblo de Suabia un pastor luterano con su esposa. Eran vagamente de izquierdas, aunque de una manera moderada, al amparo de la mentalidad clerical, y estaban especialmente versados en la cuestión del rearme en Alemania Occidental. Como el 68 por ciento de los terroristas alemanes procedían de un medio protestante, algunos han dado en preguntarse si su intensísimo entusiasmo por el marxismo o el maoísmo no podría quizá ser una forma de sustituto de la fe. Ensslin fue una estudiante modélica en el Gymnasium en que cursó estudios, y una de los miembros más destacados de una organización juvenil para chicas protestantes. En 1958 y 1959 pasó un año de intercambio con los metodistas de Pensilvania, antes de ir a Tubinga a cursar estudios universitarios de inglés, alemán y pedagogía. Allí se enamoró de Bernward Vesper, hijo de un destacado poeta nazi que se había revuelto contra su padre. La pareja anunció su compromiso de boda y montaron una pequeña editorial en la que publicaron panfletos contra las armas atómicas. Tras mudarse a Berlín, los dos hicieron campaña por los socialdemócratas, aunque se llevaron una tremenda decepción cuando los líderes del partido formaron coalición con los conservadores en 1965. Ese fue el comienzo del desplazamiento de Ensslin hacia la izquierda radical. Entretanto, tras haber usado a su prometido para engendrar a un hijo llamado Félix —Rudi Dutschke fue el padrino—, Ensslin rápidamente abandonó a Vesper, quien dio al niño en adopción. La preocupación de Ensslin y de muchos de los individuos con que se iba a relacionar en los próximos años por los huérfanos no incluía a los que ellos mismos habían creado.

«ESTE TRABAJO ES SERIO, AQUÍ NO PUEDE HABER DIVERSIÓN»

Ensslin pasó la noche siguiente a la manifestación «alfabética» de 1967 con un pequeño grupo, fumando marihuana y hablando de política en un apartamento berlinés. Uno de los presentes en la reunión era Andreas Baader. Nacido en Múnich en 1943, Baader era hijo de un joven historiador de talento, y archivero, que tras ser reclutado contra su voluntad fue dado por desaparecido en 1945 en el Frente del Este, ya entonces en plena desintegración. Perezoso, aunque con una agresiva fuerza de voluntad, Baader se crió en un ambiente dominado por mujeres muy luchadoras, hecho que probablemente fomentó su propensión al narcisismo, con una puesta en escena que de hecho iba a recrear fielmente, pero ya en la estrecha compañía de Ensslin y de Ulrike Meinhof. Tenía gran admiración por su tío, Michael Kroecher, un bailarín de ballet, que además de ser gay hizo una modesta carrera en el cine de arte y ensayo. Tras ser expulsado de sucesivos colegios, Baader probó a dedicarse a la publicidad y al periodismo, aunque en ninguno de estos campos llegó a nada. Su auténtica vocación era la de robar coches (llegó a perfeccionar la técnica del puente hasta lograr arrancar el coche en diez segundos) y la de conducir a una velocidad temeraria, aunque nunca obtuvo un permiso de conducir por medios legales. Con buena presencia y un aire un tanto meditabundo, muy del estilo de Marión Brando o Alain Delon, y con unos pantalones que él mismo se confeccionaba y que llevaba siempre muy ceñidos, era carne de cañón para los moscones de las barras de los bares gays de Múnich, aun cuando fuese marcadamente heterosexual. Hacer de chapero para los gays de mayor edad le abrió algunas puertas; así, el fotógrafo de moda que descubrió a Christa Paeffgen (posteriormente la demacrada Nico que con su voz empañada por la nicotina actuó con la Velvet Underground y en la película del mismo título, de Andy Warhol, sobre el mítico grupo de rock) fotografió a Baader para una revista porno para gays. Baader nunca fue contrario a la violencia y llegó a entablar peleas adrede en los bares con el fin de organizar una

bronca colectiva en toda regla, cuando no asaltaba a otros clientes en los lavabos.

Para ahorrarse la atención cada vez mayor de la policía de Múnich, en 1963 Baader se mudó a Berlín Occidental, donde se alojó en la casa de Elly-Leonore «Ello» Henkel-Michel y su marido, Manfred Henkel, dos pintores de talento más bien escaso, que tenían un hijo llamado Robert. Lo que empezó siendo un *ménage á trois* inocente y sin sexo terminó cuando Andreas Baader y Ello tuvieron una hija, Suse, concebida con éxito a pesar de la prodigiosa ingesta que su madre hacía de whisky, Captogen y LSD. Manfred y Ello se divorciaron, pero Manfred siguió compartiendo un apartamento con Ello, Baader y los dos niños pequeños. Con el tiempo, Manfred se quedó con la custodia de ambos menores, arrebatándosela a su ex esposa, una mujer saturada de alcohol y drogas. Aparte del tiempo que pasaba de bronca en los bares o tomando drogas mientras pretendía escribir un libro, Baader entró pronto en la órbita de la Commune 1, el piso ocupado por radicales que había tomado la Comuna de París de 1871 por modelo. La liberación sexual era tal vez la gran preocupación del momento. Como dijo uno de los miembros de la comuna, «la guerra de Vietnam no es lo que realmente me importa; me importan más las dificultades que tengo en alcanzar el orgasmo». En el verano de 1967 Baader tomó parte con otros miembros de la Commune 1 en un funeral burlesco con el que pretendieron ofender a los asistentes al entierro de Paul Lóbe, antiguo presidente del Reichstag. Junto con Baader, portaba el falso ataúd Peter Urbach, que había sido empleado del S-Bahn de la ciudad, por lo que era conocido con el sobrenombre de «S-Bahn Peter», y que había llegado a ser el chapuzas de la comuna y su siempre dispuesto proveedor de drogas y de armas. También era agente del servicio secreto de Alemania Occidental, la Bundes Verfassungsschutz (Oficina para la Protección de la Constitución), infiltrado en los ambientes de la izquierda clandestina en la ciudad con el fin de provocar el caos.

Baader se perdió las manifestaciones del 2 de junio de 1967 por estar entonces encarcelado durante un corto periodo en un centro de reforma para jóvenes adultos, por haber cometido diversos delitos de circulación vial. Tras regresar a Berlín convertido en un elemento auténtico del trato con los machotes más duros, desarrolló una indiscriminada labor de persuasión entre los estudiantes de izquierda de clase medía, que actuaban bajo la falsa conciencia de que sus conversaciones inagotables y su sempiterno consumo de drogas tenían algo que ver con la revolución. Poseía la credibilidad de la que carecían los demás por ser los hijos malcriados de la burguesía. A los hombres les intimidaba la rapidez con que recurría a la violencia y el colérico temperamento que enseguida hacía asomar la espuma a sus labios. Las mujeres, a las que el feminismo había enseñado tan sólo cómo intimidar a los hombres, parecían tener especial aprecio por Baader, a quien llamaban «Fotzen» (coños). Con habilidad, supo él traspasar sus atenciones de Ello a Gudrun Ensslin, con la cual tenía el deseo en común de pasar a los hechos y de olvidar la palabrería. Las drogas cimentaron sus afectos y se hicieron amantes. Entretanto, Ensslin había olvidado ya del todo el hecho de ser la hija de un vicario de provincias, pues había tenido una actuación estelar en una película dadaísta, de corta duración y de contenido erótico, en la que se había desnudado y se había dado un revolcón con un hombre, bajo una sábana, mientras las cartas y los periódicos entraban por debajo de la puerta sin que ninguno los leyera. Su primera hazaña consistió en colgar una pancarta que decía «Expropiemos a Springer» de la torre de la Kaiser Gedáchtnis Kirche a la vez que tiraban desde lo alto bombas de humo que ellos mismos habían fabricado. Después se tomaron en serio las palabras de Pierre Boulez, el compositor, que en una entrevista había dicho que le gustaría ver a la Guardia Roja Maoísta hacer algún trabajo en un montaje operístico. Baader, Ensslin y Thorwald Proll, hijo de un arquitecto cuya madre se había fugado a San Francisco, tornaron al asalto el escenario de la Deutsches Oper

antes de que se los llevaran a rastras los acomodadores. El maestro Boulez se limitó a mirarlos muy sonriente.

Un catastrófico incendio declarado en unos grandes almacenes de Bruselas, en donde perdieron la vida más de 250 personas que estaban de compras, les dio motivo de inspiración para sus siguientes atentados. Revelando por vez primera su capacidad de liderazgo, Baader se adueñó de las dilatadas discusiones que tenían lugar en la Commune 1. En Múnich, al equipo que formaba con Ensslin y Proll se sumó un actor radical llamado Horst Sóhnlein, quien se acababa de separar de su mujer, con la cual había dirigido un teatro alternativo en el que tomó parte Rainer Werner Fassbinder, futuro director de cine. Antes de los atentados, Baader quiso pedir prestada una cámara de 16 milímetros a un conocido muniqués, al cual le dio a entender que al menos en parte había decidido dirigir una película propia. Yes que las cualidades cinematográficas de lo que estaba pensando orquestar son sus rasgos más llamativos. Como sabemos con toda exactitud qué películas había visto, resulta viable recrear su mundo cinematográfico de disparatada fantasía. Baader era el protagonista, una figura compuesta sobre el patrón de Brando, Belmondo o Delon, tomada en realidad de cualquier película de gánsteres de la época. Su interminable y velocísimo recorrido por la amplia red de autopistas de Alemania, las *Autobahn* —una impresión indeleble de sus actividades—, fue un intento de copiar la odisea de los motoristas rebeldes de Easy Rider, con alguna recaída en el surrealismo y las drogas, como es el momento en que Ensslin y los demás tuvieron que impedir físicamente a Baader que ahogase a un gato enfurecido en las aguas del Starnberger See. Por último, Baader pareció tomar las tácticas del terror que llegó a conocer en la famosa película de Pontecorvo, *La batalla de Argel*, en especial el empleo de ataques simultáneos, al tiempo que se identificó con Ali La Pointe, el boxeador, proxeneta y terrorista del FLN. El problema radicaba en que aquello era un país cómodo y tranquilo, como Alemania Occidental, sin ninguna relación con los populosos barrios del Argel colonial[141].

En la tarde del 2 de abril de 1968, poco antes de la hora de cierre, Baader y Ensslin tomaron el ascensor para subir a la primera planta del Kaufhaus Schneider, donde colocaron una bomba incendiaria en la sección de prendas de mujer, y otra en un armario de la sección de decoración del hogar. Otros colocaron bombas similares en el cercano almacén de Kaufhof. A medianoche, un taxista se dio cuenta de que ambos edificios estaban en llamas, momento en el que una mujer llamó por teléfono a una agencia de noticias para informar de que aquello había sido «un acto de venganza política». Ambos incendios causaron daños por valor de unos 800.000 marcos alemanes antes de ser controlados por los bomberos. A la policía le llevó menos de dos días detener a los autores de los atentados. Bastó una recompensa de 50.000 marcos alemanes para inducir al novio de la persona en cuyo piso se habían alojado la noche anterior de que procediera a identificar a los culpables. Ensslin afirmó haber ido a visitar a una prima suya; Baader dijo haber hecho una sesión de castingcon varios actores aspirantes a tomar parte en una película. La policía de Francfort descubrió en el bolso de Ensslin un tornillo que encajaba con las tuercas empleadas en las bombas incendiarias, mientras que en un registro del coche empleado por los cuatro autores del atentado se encontraron piezas de relojería, un detonador a pilas, rollos de cinta adhesiva y otros rollos de película en miniatura en los que aparecían las entradas de otros tantos grandes almacenes de todo el país. Entretanto, la policía de Berlín descubrió materiales de combustible idénticos a los empleados en los grandes almacenes de Francfort cuando registraron el piso de Ensslin.

Las bombas incendiarias pasaron temporalmente a segundo plano en la imaginación radical cuando el 11 de abril un joven pintor de brocha gorda, de derechas, llamado Josef Bachmann, se acercó a Rudi Dutschke cuando éste salía de su vivienda en Berlín para pegarle tres tiros, uno de ellos en la cabeza. Bachmann se quitó la vida más adelante en la cárcel; en 1979, la víctima del atentado, que quedó con daños cerebrales, se ahogó al sufrir un ataque epiléptico

en la bañera de su casa. Dutschke no fue un simple teórico de la violencia. En aquel febrero de 1968, junto con Bahman Nirumand, tomó un avión de Berlín a Fráncfort. Llevaban en el equipaje una bomba destinada a la emisora de radio de las Fuerzas Estadounidenses en Saarbrücken. Al verse detenido por la policía en el aeropuerto de Fráncfort, Dutschke tuvo el valor de introducir la maleta en un compartimento de consigna antes de que los oficiales se lo llevasen. Les explicó que pesaba demasiado para llevársela, y los policías accedieron. Su viuda iba a recordar que en aquel mismo mes se presentó en el piso en que vivían Giangiacomo Feltrinelli con un coche cuyo maletero estaba repleto de dinamita. Ella y Dutschke utilizaron a su hija pequeña, Hosea-Che, en cuya silla llevaron en secreto los explosivos a un abogado de izquierda que se ocupó de esconderlos[142].

El intento de asesinato que sufrió Dutschke dio lugar a manifestaciones en masa contra la sede de Axel-Springer Press, pues los radicales entendieron que la prensa conservadora, como el *Bild Zeitung*, era la responsable de haber incitado la agresión. Estas manifestaciones tomaron un giro violento en parte porque Peter Urbach, agente secreto, apareció con un cesto de cócteles Molotov que se emplearon para destruir las furgonetas de reparto de Springer. Durante unos disturbios paralelos en Múnich, un estudiante y un fotógrafo de prensa fueron asesinados por error bajo una lluvia de piedras. Uno de los participantes en manifestaciones de Berlín, que fue condenado a diez meses de cárcel por tomar parte en los desórdenes públicos, era Horst Mahler, el abogado radical partidario del SDS que en esos momentos había actuado como abogado en la defensa de Baader. Mientras el hermano del director de *Der Spiegel* —semanario de papel cuché originalmente fundado por los británicos— se esforzó por defender a Mahler, en las calles se desencadenaban las manifestaciones más violentas que se hubieran presenciado en Berlín. Ciento treinta policías y veintidós manifestantes fueron heridos de cierta consideración. Una de las razones de esta disparidad en el número de víctimas fue que

entre los manifestantes se encontraban los Tupamaros de Berlín Occidental, plenamente resueltos a recurrir a la violencia física. Para hombres como Michael «Bommi» Baumann o Dieter Kunzelmann, el miembro de la comuna al que preocupaban sobre todo sus orgasmos, ése era el camino elegido hacia el terrorismo. No tenían ninguna necesidad de caprichosas justificaciones ideológicas. El propio Baumann nunca pudo entender las eruditas abstracciones de Dutschke en sus charlas sobre la revolución. A los hombres como él les gustaba luchar, tanto si era en un concierto de los Rolling Stones como si era en una manifestación política. Era mera cuestión de poder, de ver a la policía en aprietos, en fuga, y de probar el sabor a cobre de la sangre. Fue de una elocuencia sorprendente al comentar que llevar una pistola encima alteraba físicamente el centro de uno mismo, desplazándolo hacia el lugar en que se encontraban la mano y el arma, creando un sentido imprudente de seguridad por medio del elemento sorpresa. Un tercio de los miembros del Movimiento 2 de Junio, al que pertenecía Baumann, tuvieron condenas criminales por su comportamiento violento en las manifestaciones. Según dijo, «para mí la violencia es un medio plenamente satisfactorio. Nunca he tenido la menor inhibición en ese sentido»[143]. Recurriendo a sus severas raíces protestantes, Ensslin una vez recordó a Baumann lo siguiente: «No quiero ni pensar qué estás haciendo, yendo de un lado a otro, follándote a unas niñas, fumando drogas, pasándolo en grande. Este trabajo es serio. Aquí no puede haber diversión»[144].

El juicio de los pirómanos de Fráncfort comenzó el 14 de octubre de 1968; los acusados de inmediato quisieron teatralizar el proceso, como cuando Proll afirmó ser Baader y dijo que su año de nacimiento era 1789. Las cosas devinieron pura farsa cuando Ello, invitada por Baader para que prestara testimonio y diera prueba de su buen carácter, apareció con una selección de sus ingenuos lienzos en los brazos. Los jueces entendieron que podían pasar sin su testimonio. A pesar de los empeños de los abogados radicales de la defensa, incluidos Otto Schily y Horst Mahler (éste había formado

su propio Colectivo de Abogados Socialistas), cada uno de los cuatro acusados fue sentenciado a tres años de cárcel. Al cabo de catorce meses fueron puestos en libertad, ya en junio de 1969, a la espera del resultado de las apelaciones interpuestas por sus abogados para lograr una reducción de la sentencia inicialmente impuesta.

Baader y Ensslin se fueron a vivir a un piso amplísimo y gratuito que les proporcionó la rama del SDS de la universidad de Fráncfort. Para celebrar su libertad, los dos se inyectaron opio líquido y se las ingeniaron para contraer una hepatitis. Al mismo tiempo, sus admiradores del SDS se animaron gracias a una campaña que habían puesto en práctica con la intención de politizar y radicalizar a los jóvenes problemáticos que estos estudiantes habían conocido durante sus visitas a los orfanatos, actividad práctica que desarrollaron durante sus estudios. Había cerca de medio millón de jóvenes en esa difícil situación en toda la República Federal de Alemania, que vivían en condiciones miserables, muchas veces explotados como mano de obra barata y en ocasiones víctimas de abusos.

Baader y Ensslin tomaron parte en los esfuerzos del SDS por liberar a estos menores de edad, para lo cual provocaron toda clase de disrupciones en los orfanatos y hogares de acogida, proporcionando también a los jóvenes un refugio siempre que lograban escapar. La pareja se dedicó a ir de un hogar de acogida a otro, siempre en un Mercedes, los dos completamente drogados, cambiando a veces de asiento, el del piloto por el del copiloto, sin detener el coche en el arcén. Baader a veces conducía mientras se empolvaba la cara mirándose al espejo. Por increíble que fuese, puesto que Baader y Ensslin se encontraban en libertad provisional, pendientes del resultado de la apelación, las autoridades regionales de Hesse les adjudicaron a treinta y cinco jóvenes para realojarlos, además de otorgarles los fondos necesarios para pagar el día a día. Entre quienes llegaron a su órbita de esta manera se encontraba Peter Jürgen Boock, un impresionable chaval de diecisiete años,

procedente de un medio sumamente disfuncional, al cual Ensslin invitó a bañarse en la primera noche que pasó en el piso con ellos. Tanto él como sus compañeros recibieron la educación formal que les impartió Baader, que se subía a un taburete y les leía los pensamientos del presidente Mao. Baader también quiso satisfacer sus necesidades recreativas, llevándose a los jóvenes que tenía a su cuidado en sus escapadas nocturnas a destrozar alguna que otra discoteca o a alterar el orden en un bar. Entre los jóvenes a los que dieron acogida Baader y Ensslin hubo mucho sexo experimental y un notable consumo de drogas; fue sin duda un adiestramiento de provecho, puesto que muchos de ellos (con la excepción de los pocos que, como Boock, llegaron a ser terroristas destacados, o de los menos aún que volvieron al camino de la rectitud) terminaron por ser adictos a la heroína y chaperos cuando los revolucionarios se olvidaron de ellos y los dejaron atrás.

En noviembre de 1969, el Tribunal Federal de Apelación rechazó las apelaciones de los cuatro pirómanos. Tendrían que reingresar en prisión. Baader y Ensslin decidieron huir cruzando la frontera con Francia; allí, un contacto les facilitó dinero y las llaves de un apartamento vacío en el Barrio Latino, el apartamento de Régis Debray, que tras haber combatido junto a los hombres de Che Guevara se encontraba cumpliendo el segundo año de una condena a treinta en una prisión de Bolivia, de la cual su poderoso padre, un político, lo conseguiría liberar al año siguiente. Allí se reunieron con ellos Thorwald Proll y su hermana Astrid. A pesar de los disfraces, de cortarse el pelo, de teñir de rubio a la morena Ensslin, el grupo se sintió con la confianza suficiente para fotografiarse en la terraza de un café de París en actitud distendida. De Amsterdarn les llegaron nuevos documentos de identidad; sus fotos se habían insertado en los pasaportes que varios camaradas y simpatizantes habían declarado extraviar. Los dos principales protagonistas pasaron a ser «Hansel» y «Gretel». Baader y Ensslin viajaron en coche hacia el sur y dejaron a Thorwald Proll en Estrasburgo. Al considerarse poco preparado para la vida en la clandestinidad, Proll

se entregó a las autoridades alemanas. Fue una de las contadas personas que se resistieron a los cantos de sirena con que Baader hacía su llamamiento al terrorismo.

Desde Zúrich, los dos fugitivos viajaron a Milán, donde visitaron a Giangiacomo Feltrinelli, quien les recibió en su despacho vesddo con un uniforme de camuflaje, con pistolas y granadas sobre la mesa, listas para su inspección. De inmediato se dieron cuenta de que iba muy en serio. En Roma los recibió con festejos Louise Rinser, escritora de izquierdas y autora de un libro sobre las cárceles de Hitler, así como el compositor Hans Werner Henze. Quisieron reclutar al novelista y abogado Peter Chotjewitz para la lucha armada, pero no lo consiguieron. Pasándose a un inglés que chapurreaba bastante mal, Baader preguntaba a diestro y siniestro: ¿estás listo para tomar parte en la lucha? Tuvieron intensas conversaciones con Ulrich Enzensberger, hermano del escritor Hans Magnus Enzensberger, con el que Baader había participado en el funeral burlesco de Berlín. Baader hablaba sin cesar (les había tomado el gusto a las anfetaminas) de un terrorista nihilista ruso, Nechaev, así como de Lenin y del teórico brasileño de la guerrilla urbana, Carlos Marighella. Sobre la base de las experiencias que había tenido con los delincuentes juveniles a los que había abandonado a su suerte, Baader pensaba que esos elementos marginales podrían propiciar una auténtica revolución en Alemania con tal de que los incentivase debidamente una minoría armada en vanguardia. Se habló vagamente de realizar un adiestramiento militar con Fatah en Oriente Próximo. Hansel y Gretel también encontraron tiempo para irse de vacaciones y visitaron Positano, donde pasaron unos días en la playa, charlando alguna vez amigablemente con Tennessee Williams. Les robaron lo que llevaban en el Mercedes estando en Palermo, lo cual causó un iracundo estallido de cólera en un experto ladrón de coches como era Baader. A su regreso a Roma les visitó Horst Mahler, que les llevó dinero, donación de algunos ricos simpatizantes, y les sugirió que se convirtiesen en un grupo radical armado. El grupo no tenía

nombre. El 12 febrero de 1970 regresaron a Berlín y fueron a ver a una periodista experta en famosos, con vistas a esconderse en su piso. Era Ulrike Meinhof[142].

Meinhof había entrevistado a Ensslin catorce meses antes para la revista *konkret*, de la cual era la columnista estelar; también había estado casada con el director y dueño de la publicación, Klaus Rainer Róhl. Nacida en 1934, Meinhof era hija de un historiador del arte y director de museo en Jena que murió de cáncer cuando Ulrike tenía cuatro años de edad. Su madre, viuda, sobrevivió a duras penas a lo largo de la guerra a la vez que estudiaba para ser profesora. La joven Ulrike fue una niña excepcionalmente piadosa y respetuosa de la religión protestante. En 1946 la madre se mudó a Oldenburg para huir de los rusos, con su hija y una colega y amiga más joven llamada Renate Riemeck. Riemeck pasó a ser la tutora de Ulrike cuando su madre murió de cáncer a los cuarenta años de edad. Pacifista comprometida y socialista, también se convirtió en el modelo que Ulrike aspiraba a emular. En su Gymnasium, Ulrike plantó cara a los profesores más autoritarios[143].

En la universidad de Münster participó en diversas protestas contra el armamento atómico y contra el rearme de Alemania; una relación que tuvo con un estudiante de física nuclear no llegó a prosperar. En una manifestación acaecida en mayo de 1958 conoció a Róhl, seis años mayor que ella y director de una revista mensual de izquierda, subvencionada de manera encubierta por el Partido Comunista, entonces en la clandestinidad, del cual era miembro. Ella también se adhirió. Conocido por sus amistades como «K2R», Róhl gastaba trajes elegantes y conducía un Porsche cuando iba a trabajar. Muy pronto, Meinhof comenzó a trabajar de columnista para su amante, que la llamaba «Riki-baby», aunque pasó a ser redactorajefe cuando él se adjudicó el título más grandioso de director de la publicación. No era ella una persona con la que fuera fácil trabajar. Se casaron en 1962 y tuvieron gemelas, Regina y Be trina. Tras el diagnóstico de un tumor cerebral, que resultó ser tan sólo un quiste benigno, los cirujanos le insertaron unas grapas de

plata en la cabeza, lo cual le provocó migrañas durante el resto de su vida.

En su condición de pareja radical con gran presencia en los medios, Meinhof y Róhl eran dos elementos fijos entre los integrantes de la llamada «Schickeria» que residían en una serie de espaciosas villas urbanas que jalonaban las orillas del río Elba. Se les veía en todas las fiestas, ella con los guantes blancos que seguían siendo obligatorios para las mujeres en la época, charlando amistosamente con Rudolf Augstein, del *Spiegel*, y con Gert Bucerius, de *Die Zeit*, o bailando frenéticamente «Dizzy Miss Lizzy» y otras melodías parecidas. Sin embargo, los gusanos habían entrado en el paraíso. Róhl se beneficiaba de otras mujeres, a la vez que sus planes para llenar las páginas de konkret con tetas y escándalos que relanzasen la circulación de la revista no hicieron ninguna gracia a una puritana como Meinhof. No consideraba su condición de miembro del *establishment* de la izquierda en Hamburgo como el destino ideal de su vida, y tampoco le hacía ninguna gracia que sus piezas periodísticas, cada vez más comprometidas políticamente, se acompañaran de mujeres semidesnudas.

En marzo de 1968 la pareja se divorció y Meinhof, a sus treinta y cuatro años, se mudó a Berlín con las gemelas. Las apuntó a una guardería antiautoritaria en la que aprendieron por qué a los policías se les llamaba «*Bullen*» («cerdos») y algunas cosas sobre el presidente Mao y la guerra de Vietnam. Meinhof trabajaba sin remordimientos ante su máquina de escribir, tecleando sin cesar, consumiendo café y cigarrillos en abundancia. Con un sueldo nada despreciable, de unos tres mil marcos alemanes al mes, gracias a su columna en konkret, decidió diversificar sus actividades y entró en la radio, en donde su tono directo y crítico en materia social fue toda una novedad. Más radical que hasta entonces, sostuvo que Alemania se encontraba en los comienzos de lo que había de ser un Estado policial, en prueba de lo cual su periodismo objetivo cada vez tendía más a las formas propias de la propaganda y la agitación.

Escribió su primer guión para la televisión, un docudrama sobre las condiciones existentes en los hogares de acogida para los niños con problemas en Alemania, es decir, un campo en el que Baader y Ensslin operaban simultáneamente, convencidos de ser los salvadores de los oprimidos. No es de extrañar que sus días de columnista para la revista de su ex marido estuvieran contados. Dimitió con mucho ruido publicitario que ella misma generó, aunque también amenazó con realizar una ocupación de la redacción de la revistajunto con sus amigos radicales. Anticipándose a ello, su ex marido —que también conocía a Maodecidió que la revista pasara a la clandestinidad para mayor frustración de su ex mujer. Esta, junto con treinta de sus amigos radicales, tomó por la fuerza la antigua casa familiar. Causaron toda clase de destrozos y, para postre, defecaron y orinaron en el que fuera su lecho conyugal.

La vida en Berlín fue para Meinhof una experiencia solitaria, como seguramente lo fue también para sus gemelas, ya que la madre se encontraba a menudo de viaje por razones de trabajo. Para paliar estos problemas de un plumazo, se mudó a una vivienda compartida con el estudiante Jan-Cari Raspe y una periodista de radio, Marianne Herzog. Cuando se le ocurrió la idea de mudarse a una casa más grande, para que sus compañeros de piso pudieran asumir en parte las tareas del cuidado de las niñas, se declaró un pequeño motín y hubo que renunciar a la idea. Exhausta, perpetuamente a punto de echarse a llorar, se mudó con las gemelas a un apartamento de Kufsteinerstrasse. Fue allí donde aparecieron Baader y Ensslin. La mutua admiración entre las partes fue instantánea, porque en una columna que no llegó a publicarse Meinhof ya había proclamado que las bombas incendiarias en los grandes almacenes eran «un momento del progreso», un salto cualitativo de la lógica, hecho característico de aquellos tiempos. Baader, delincuente a la deriva, y su compañera y eterna estudiante, Ensslin, tenían un enorme respeto por una grandísima periodista profesional, que vivía en un piso espacioso y tomaba continuamente aviones para acudir a cubrir tal o cual encargo de crucial

importancia. Ella y Ensslin —las dos habían sido piadosas colegialas cuando eran niñas— estaban a su vez hipnotizadas por la crudeza del maleante con chaqueta de cuero que se había instalado entre las dos. Los viajes con LSD cimentaron sus relaciones, además de acelerar los guiones revolucionarios que se cocían cada noche en el piso. Influida por una pildora llamada «Sunshine», Ensslin reescribió los Diez Mandamientos, incluido el quinto, «Tú matarás»[144].

Una noche invitaron a unas doce o catorce personas, entre ellas el abogado de Baader, Horst Mahler. Baader habló del «proyecto». A partir de aquellos momentos se iba a terminar aquello de «jugar a las guerrillas», y teniendo en cuenta que aquello seguía siendo Alemania la idea consistía en montar una «organización perfecta» para atracar bancos y volar por los aires la sede central del grupo Springer. Tuvieron que actuar deprisa, pues al grupo Baader-Meinhof, todavía incipiente, ya le había salido competencia en el campo del terrorismo. Durante el invierno de 1969 se produjo en Berlín una serie de ataques con bombas e incendios, muchos dirigidos contra abogados, jueces y funcionarios de prisiones. Mahler había tomado parte en uno de estos ataques, aunque el cóctel Molotov que lanzó no llegó a impactar en donde quiso, como era de esperar. Un periodista había escrito un artículo de corte bastante sensacionalista sobre estos atentados, llevados a cabo sobre todo por el Movimiento de los Blues, una especie de estación intermedia en términos organizativos entre la pandilla de fumadores de marihuana y el movimiento terrorista llamado 2 de Junio, encabezado por Michael «Bommi» Baumann. Cuatro de estos hombres reventaron el apartamento del periodista, lo destrozaron, a él lo dejaron inconsciente y le colgaron una pancarta al cuello en la que se leía esta inscripción: «Soy periodista y escribo mierda». Cuando llegó la policía, en el piso destrozado sonaba a todo volumen una canción de los Rolling Stones, «Sympathy for the Devil».

El 2 de abril de 1970, Horst Mahler utilizó sus oficinas para que se celebrase un encuentro entre Baader y «S-Bahn Peter», con la intención de proceder a la adquisición de armas de fuego, y la implicación o más bien colusión de los abogados liberales de izquierda con los terroristas es una parte importante de esta historia. Posteriormente, en el apartamento de Meinhof —parece ser que Baader tenía una gran suspicacia respecto de los micrófonos ocultos—, Peter Urbach anunció que había armamento de la guerra enterrado en un cementerio que él conocía. Baader, Mahler y él salieron una noche a la luz de la luna. Se llevaron una decepción al no encontrar ningún arma. Urbach dijo que no había captado bien el nombre del cementerio en cuestión, dejando de ese modo el margen necesario para que los agentes del servicio secreto colocasen unas pistolas desactivadas en el lugar idóneo. A la noche siguiente, a las tres menos cuarto, el grupo emprendió la excursión en dos coches, con Mahler provisto de un gran sombrero y unas gafas de sol para ir disfrazado. El Mercedes que conducía Baader fue detenido por unos policías de paisano, y un coche camuflado se detuvo tras ellos. Mahler y Urbach se alejaron en el segundo coche. La policía pidió a Baader sus papeles. El pudo mostrar un documento de identidad en el que se identificaba como Peter Chotjewitz, nacido el 16 de abril de 1934. Baader se sabía el nombre y la fecha. Surgieron complicaciones cuando la policía le preguntó por los nombres y las fechas de nacimiento de sus dos hijos, que también figuraban en el documento de identidad. Fue detenido. Ulrike Meinhof dio muestras de su talento para la ajetreada vida del conspirador cuando muy poco después se presentó en la comisaría de policía y atestiguó que el Mercedes pertenecía a su amiga Astrid Proll, que se lo había prestado, con lo cual intentó reducir el impacto del incidente para que quedase en una mera infracción de seguridad vial. No acertó a explicar cómo sabía que los hombres habían sido detenidos. Colérica con las interrogaciones de la policía, masculló que a esas horas era imposible localizar a Astrid Proll y también al «abogado Horst Mahler» para que aclarasen las cosas. De haberlo sabido, la

policía habría podido identificar a los miembros clave de la banda antes de que comenzaran sus operaciones. No sabían que tenían detenido a Andreas Baader, y no lo supieron hasta que, a la mañana siguiente, Horst Mahler llamó a un amigo de la Policía Política para pedirle que le permitiera hablar con Baader. El abogado izquierdista tampoco era una persona versada en las conspiraciones.

Baader fue sentenciado a cumplir la condena impuesta por los incendios, veintidós meses en total. Entretanto, Ensslin y Meinhof comenzaron a planificar su huida. Convencieron al editor Klaus Wagenbach para que escribiera a las autoridades informándoles de que Baader y Meinhof tenían un contrato con él para escribir un libro sobre delincuencia juvenil. Ella necesitaba consultar con él a menudo distintos detalles de su trabajo conjunto. Las autoridades llegaron a la conclusión de que sería una lástima estropear la futura carrera de escritor que pudiera tener Baader negándose a dar permiso a esas visitas. Mahler proveyó a Ensslin, que también estaba huida, de documentos falsos de identidad, para que pudiera informar a Baader, en prisión, de lo que estaban preparando Meinhof y ella. Meinhof también visitó a Baader en la cárcel, insistiendo ante las autoridades en que necesitaba que lo acompañasen al Instituto de Estudios Sociales para examinar una serie de fuentes indispensables para su libro, del cual se redactaron deprisa los contratos para que la prueba fuera fiable. Mahler insistió en que Baader no representaba ningún riesgo de fuga.

Entretanto, Astrid Proll e Irene Goergens llegaron a un lugar insólito, una taberna frecuentada por neonazis y llamada Wolfschanze, por el búnker de Hitier, donde a cambio de mil marcos un hombre llamado Teddy les vendió una Beretta de 6,35 milímetros con el silenciador adecuado. Robaron un Alfa Romeo de un concesionario de automóviles y lo equiparon con matrículas falsas. Ulrike Meinhof despachó a las gemelas, que tenían ocho años, a casa de una amiga escritora que vivía en Bremen. Fue la última vez que vieron a su madre en casa o gozando de libertad en Berlín.

Poco antes de las diez de la mañana del jueves 14 de mayo de 1970, Baader apareció esposado y escoltado por dos funcionarios de prisiones. Le quitaron las esposas y se sentaron mientras los dos presuntos escritores se ponían a trabajar. El ambiente se fue relajando poco a poco a la vez que la sala se llenaba con el humo del tabaco, y Meinhof conversó con los dos guardias, a los que preguntó por sus esposas e hijos. En algún otro lugar del edificio aparecieron con sendas pelucas Goergens y Proll, que insistieron en ver unos libros que les eran necesarios para un trabajo. Las dos dijeron que cursaban estudios de medicina forense, idea que tuvieron el día anterior mientras estudiaban el escenario del crimen. Cuando lograron que se les permitiera entrar a regañadientes en la sala de lectura, poco antes de las once en punto llegaron hasta la entrada y abrieron la puerta para franquear el paso a dos figuras enmascaradas, una de ellas con un arma en la mano. Con toda probabilidad eran Gudrun Ensslin y un asesino a sueldo al que habían contratado para este trabajo porque las mujeres no tenían aún costumbre de disparar contra nadie. Hubo un breve forcejeo con una portera de edad avanzada, que se llevó un disparo en el brazo y otro en el hígado, realizados ambos desde corta distancia. A los dos enmascarados se les unieron Goergens y Proll, que ya blandían entonces una Reck P8 y una ametralladora corta. Los dos funcionarios de prisiones fueron dominados tras una breve lucha. Los asaltantes, seguidos por Baader y Meinhof, saltaron de una ventana y corrieron hasta llegar a un Alfa Romeo. Esa noche, la cara malhumorada de Meinhof figuraba en veinte mil carteles que anunciaban su busca y captura y que se usaron para empapelar todo Berlín, prometiendo una recompensa de diez mil marcos alemanes por su captura.

DÍAS EN EL DESIERTO

En junio de 1970 dos grupos de alemanes, veinte personas en total, llegaron a Beirut procedentes del aeropuerto de Schónefeld,

en Berlín Oriental, en tránsito hacia un campamento de adiestramiento de Fatah sito en las afueras de Ammán, en Jordania. Entre ellos se encontraban Baader, Ensslin, Mahler y Meinhof. En un principio, sus anfitriones de la OLP habían considerado tan sólo mostrar a sus invitados los lugares de visita obligatoria para los revolucionarios, entre ellos los campamentos de refugiados, los hospitales de campaña, las escuelas. Los alemanes insistieron en que se les impartiera adiestramiento militar. A todos se les proporcionaron uniformes y gorras verdes. Horst Mahler se dejó crecer la barba y se tocó con una gorra al más puro estilo de Fidel Castro para demostrar que iba en serio. Hubo un momento de reafirmación feminista cuando, con notable incredulidad por parte del comandante al mando del campo argelino, Baader y Ensslin insistieron en que los hombres y las mujeres compartieran los mismos barracones. La alimentación era primitiva: carne enlatada, arroz y pan ácimo. Uno de los alemanes preguntó si no se podría disponer de una máquina expendedora de Coca-Cola, petición que aún aumentó más la incredulidad de sus anfitriones árabes.

El día comenzaba a las seis de la mañana con una larga carrera campo a través y seguía luego con prácticas con fusiles, ametralladoras e incluso el Kalashnikov AK-47. Poco faltó para que se produjera un accidente fatal cuando Ulrike Meinhof probó una granada de mano de fabricación rusa: desatornilló la tapa y tiró de la anilla sin haber entendido aún que en ese momento debía lanzar con toda su fuerza el objeto encendido. Se evitó por muy poco una catástrofe. Hubo asimismo entrenamientos tácticos en el atraco de bancos, actividad en la que los argelinos tenían una muy considerable experiencia. De manera inevitable, surgieron complicaciones entre los alemanes, meros terroristas aficionados, y los profesionales de Fatah. Los alemanes derrochaban las municiones de manera tan generosa que hubo que constreñir su empleo a diez ráfagas al día. Los alemanes se declararon en huelga para protestar por esta medida. Los combatientes de Fatah se quedaron perplejos al ver que esta huelga consistía por ejemplo en

que las jóvenes alemanas tomaran el sol desnudas en la azotea de su cuartel, hecho sumamente insólito entre ellos. Cuando a los alemanes se les ocurrió interrumpir constantemente una charla impartida por el comandante de la OLP, Abu Hassan —en realidad, Ali Hassan Salameh—, éste ordenó que se les desarmase y se les sometiese a vigilancia armada. También hubo fricciones entre Baader y Peter Homann, al cual se buscaba erróneamente por su presunta participación en la liberación de Baader, sobre todo después de que Homann oyese a Baader y a los demás discutir la posibilidad, reunidos en condición de tribunal irregular y arbitrario, de que él sufriese un accidente con un arma. Ensslin posteriormente intentó convencer a Ali Hassan Salameh de que Homann era un agente israelí y de que debería pegarle un tiro. También preguntó si la OLP disponía de un orfelinato en el que Meinhof pudiera dejar bien cuidadas a sus gemelas, que en esos momentos residían con una comuna de hippies alemanes en Sicilia, para mantenerlas lejos de la custodia de su padre. El entonces director de *Der Spiegel* a la sazón logró rescatarlas. Con la ayuda de la Stasi, la policía secreta de Alemania Oriental, el grupo regresó clandestinamente a Alemania. Tras huir valiéndose de un falso pretexto, Homann se entregó rápidamente a la policía de Alemania Occidental.

En Berlín, el grupo comenzó los preparativos para su inminente campaña de terror. Contactaron con un mecánico especializado en la reparación de automóviles que les ayudó a cambiar las placas de identificación de varios vehículos. Los emplearon en los «tres golpes», atracos a entidades bancarias que el grupo llevó a cabo en septiembre de 1970. En tres delitos simultáneos, se apropiaron de un botín de más de 200.000 marcos alemanes. El abogado Mahler (nombre en clave «James», como en 007) acompañó a Baader en un atraco a una sede del Dresdner Bank, gritando «¡Esto es un atraco! ¡Manos arriba y mantengan la calma! No les pasará nada. No se trata de su dinero». Característicamente, Meinhof volvió con poca cosa de su intentona, pues se había apropiado de 8.115 marcos alemanes, olvidándose de una caja fuerte que contenía

97.000. El grupo hizo abundantes bromas a su costa, comentando que podría haber ganado los ocho mil con un par de artículos publicados en honkret.

A la hora del almuerzo, la policía había recibido un soplo anónimo: Baader, Ensslin y Meinhof se encontraban en una dirección particular de Berlín. La policía sometió el apartamento a observación y a la sazón procedió a su registro al ver que no aparecía nadie. Allí encontraron a Ingrid Schubert, así como armas de fuego, productos químicos, instrucciones para la fabricación de bombas y varias matrículas de coches. La policía decidió mantener vigilado el apartamento. Por la noche, llamó a la puerta un Horst Mahler disfrazado con peluca. Fue conducido al interior y detenido. Hallaron una pistola Llama en su bolsillo y dos cargadores con un total de treinta y seis balas. En el piso también encontraron instrucciones de su puño y letra para la fabricación de bombas. Más avanzada la noche, la policía arrastró a una joven que había estado remoloneando delante de la puerta y que llevaba una pistola Reck en el bolso. Detuvieron a otras dos mujeres cuando llamaron al timbre. En el piso, la policía también encontró la totalidad de los gastos detallados del grupo, un total cercano a los sesenta mil marcos alemanes, buena parte de los cuales se gastaron en ropa. En febrero de 1973 Mahler fue sentenciado a catorce años de cárcel. Gracias a los desvelos de su abogado, el futuro canciller Gerhard Schróder, fue puesto en libertad bajo fianza en 1978.

Entretanto, Meinhof atravesó Alemania Occidental en vehículos con placas duplicadas (es decir, en caso de que se les detuviese, el grupo podía dar los detalles de un doble enteramente legítimo del coche en que viajaban). El grupo tenía debilidad por los potentes BMW, tanto que éstos coloquialmente pasaron a ser conocidos como Baader-Meinhof Wagen. También asaltaron un pequeño ayuntamiento de provincias para hacerse con documentos de identidad en blanco, así como con los sellos y cuños que necesitaban para darles autenticidad, elementos necesarios en un país en el que «si no lleva sello, no es prusiano». Este asalto hubo

de ejecutarse dos veces, porque Meinhof se las ingenió para poner un código postal erróneo cuando quiso enviar un paquete de documentos a Baader y a Ensslin. Más éxito tuvo al comprar veintitrés pistolas Firebird de 9 milímetros en el mercado negro de Fráncfort. Se trataba de facilitar estas armas a los nuevos integrantes del grupo, entre ellos Holger Meins, estudiante de cinematografía de tendencias marcadamente depresivas, así como su novia, Beate Sturm, de diecinueve años, y Ulrich Scholze, una estudiante de física de veintitrés años. A Baader no le fue difícil reclutarlos. Además de tener una mentalidad política similar, algunos de los nuevos integrantes tenían una fuerte atracción por el aspecto más puramente romántico, rebelde y criminal de la empresa terrorista. La más joven de todas fue una muchacha de dieciséis años, a la que apodaron «Teeny», y que pasó a ser la mascota humana del grupo. Scholze tenía razones más sofisticadas para convertirse en terrorista y llegó a hablar de una «particular predisposición psicológica». Había que estar emocionalmente convencido de que las reformas tan sólo servirían para dar más estabilidad al sistema existente. La razón y la emoción de ese modo pasaban a ser una sola cosa. La «persecución» instigada por las autoridades vino a confirmar una nueva cosmovisión, al tiempo que la prensa sensacionalista, al hablar del «Enemigo Público Número 1» y de cosas por el estilo, venía a ser la prueba del éxito. La inducción era gradual; comenzaba por la obtención de apartamentos y seguía con el robo de coches y los atracos a bancos[145].

Mientras el cuerpo de la policía criminal federal, sumamente ampliado entonces —pasó de tener 934 hombres en 1970 a 1.779 en 1972, con el correspondiente aumento presupuestario— iba localizando lentamente a los miembros individuales del grupo en sus frenéticos recorridos por todo el país, la cúpula del mismo celebró siniestras reuniones para debatir los nombres y la estrategia a seguir. Ulrike Meinhof acuñó el nombre de «Facción del Ejército Rojo» [RAF en sus siglas en alemán] en un panfleto que se le invitó a escribir, y que tituló *El concepto de guerrilla urbana*. Un artista

gráfico del grupo ideó el logo de un Kalashnikov AK-47, con el rótulo «RAF» grabado bajo el arma. El nombre no pudo ser más desafortunado, ya que recordaba los desmanes depredadores del Ejército Rojo, al tiempo que el acrónimo recordaba los bombarderos Lancaster de las Fuerzas Aéreas británicas que destruyeron las ciudades alemanas en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. La adopción del grandilocuente nombre de «ejército» también fue reflejo de la rápida militarización de la vida del grupo. Aunque su oposición radical a la supuesta militarización de la sociedad germanooccidental fuese una de sus plataformas clave, no parece que llegaran a ser conscientes de que la lucha armada no había logrado la liberación del hombre nuevo de acuerdo con los planteamientos ideados por Frantz Fanón, sino que más bien servía para reducir su humanidad de manera análoga a como la reduce el campo de adiestramiento o el barracón militar en los soldados. Comenzaron a usar expresiones despectivas como «cobardía frente al enemigo», que habrían sido dignas de la Wehrmacht o de las Waffen-SS.

Reducidos sus efectivos a una docena de personas, el grupo tenía una desesperada necesidad de contar con nuevos reclutas. La salvación llegó de un flanco inesperado. Los locos. Un psiquiatra radical de la universidad de Heidelberg, influido por la antipsiquiatría de R. D. Laingy las teorías contrarias a la institucionalización propugnadas por Franco Basaglia, había formado un colectivo socialista entre su clientela, sobre todo estudiantes a los que trataba de sus diversas perturbaciones, comunes en la franja de edades de referencia, entre ellas depresión, paranoia y esquizofrenia moderada. A comienzos de 1971, Baader y Ensslin visitaron Heidelberg, donde conocieron a algunos de los pacientes radicalizados. En los años siguientes, unos doce de ellos, como Gerhard Müller, Siegfried Hausner, Sieglinde Hofmann, Lutz Taufer y otros pasaron a ser la segunda generación de terroristas de la RAF, en un principio bajo el lema de «los locos a las armas».

La primera muerte se produjo en julio de 1971, cuando la policía emprendió la persecución de un coche que se había saltado un control de carreteras instalado al azar en Hamburgo. Cuando el BMW se vio obligado a detenerse, bajó del coche una pareja que comenzó a disparar con pistolas de fabricación belga contra los policías. Éstos devolvieron los disparos y mataron a Petra Schelm, antigua peluquera de veinte años de edad que había seguido los pasos de su novio, Manfred Hoppe, detenido ese mismo día, en la senda del terrorismo. En octubre, la policía tuvo la primera baja en sus filas, cuando un oficial de treinta y dos años de edad llamado Norbert Schmid fue alcanzado por los disparos de los terroristas mientras perseguía a miembros de la RAF en Hamburgo. En la policía federal criminal se produjo el nombramiento de un nuevo jefe, Horst Herold, quien introdujo una revolución informativa al tiempo que creó departamentos específicos para la lucha antiterrorista en cada uno de los Lánderfederales. El número de empleados en su cuartel general de Wiesbaden pasó de 1.113 cuando él asumió el cargo en 1971 a 3.536 cuando lo dejó diez años más tarde. La escala a la que comenzó a recopilar información la policía criminal llegó a ser tan prodigiosa que muchas personas dieron en temer que las imaginaciones de Orwell se hubieran hecho realidad. Había treinta y siete bases de datos distintas, en las que se acumulaba información sobre cerca de cinco millones de personas y más de tres mil organizaciones. Las bases de datos especializadas tenían registrados por ejemplo los nombres de todas las personas que hubieran visitado en la cárcel a un sospechoso de terrorismo. Otro sistema identificaba los domicilios de una determinada ciudad, aquellos en los que sus ocupantes no se hubieran registrado o no hubieran registrado sus vehículos ante las autoridades correspondientes, o aquellos que pagaban sus compras en metálico, o los que no percibían un subsidio de manutención infantil. Con razón muy considerable, la policía comenzó a tomarse un gran interés por los abogados liberales de izquierda que rutinariamente defendían a los sospechosos de terrorismo, muy en especial Klaus

Croissant y Otto Schily, algunos de los cuales ya figuraban en prensa por haber indicado cómo esconderían a un sospechoso si se les invitara a hacerlo. Los teléfonos de estos abogados no tardaron en estar pinchados.

En estos encuentros a la desesperada, ni los terroristas ni sus perseguidores tardaban en apretar el gatillo. En ambos bandos se desarrolló una especie de psicosis, ya que las dos partes creían que era preciso ser el primero en disparar con el fin de sobrevivir. Georg von Rauch, hijo de un profesor de Kiel, fue abatido de un disparo cuando intentó sacar una pistola tras ser detenido. Hijo de otro profesor de Kiel, Thomas Weisbecker fue abatido por la policía en Augsburgo. En el transcurso de una operación policial de vigilancia de un piso que la RAF empleaba como centro de falsificaciones, un detective fue fatalmente herido, y el terrorista Manfred Grasshof fue alcanzado por disparos en la cabeza y el pecho. En este clima, era inevitable que se produjeran accidentes, como descubrió un conductor de diecisiete años cuando una persecución policial terminó en el momento en que un oficial de policía vació el cargador de su arma disparando contra él y contra el coche que conducía. Un periodista del Spiegelque tenía cierto parecido físico con Baader se vio encañonado en dos ocasiones por la policía, mientras que una periodista de Hamburgo que se parecía a Meinhof tuvo que pertrecharse de un documentó oficial en el que se afirmaba de manera concluyente que no era la buscada terrorista.

Entretanto, los nueve miembros del grupo que seguían en libertad habían encargado en una metalistería que les fabricasen varios tubos de acero de 80 centímetros de longitud por 20 de diámetro, con la intención de convertirlos en bombas. Iban a rellenarlos de bolas de rodamientos o de clavos para maximizar el efecto destructor de la onda expansiva. La extremada falta de profesionalidad de esta operación quedó de manifiesto cuando Baader quemó los motores de varios molinillos de café que empleó para reducir tozos de nitrato de amonio y de carbón a un tamaño que fuese manejable. Los intentos por mezclar explosivos con

batidoras de cocina tampoco dieron éxito, ya que los motores de las batidoras se quemaban, aunque al añadir unos cepillos de nieve a un taladro sí se logró el objetivo. En mayo de 1972, la RAF atentó contra el club de oficiales estadounidenses de Fráncfort. Las tres bombas provocaron una carnicería. Un teniente coronel de treinta y nueve años perdió la vida al atravesarle una esquirla de cristal el cuello. Otros trece resultaron heridos. Según el comunicado del comando, conmemorativamente llamado «Petra Schelm», se trataba de una represalia por la estrategia «exterminadora» llevada a cabo por Estados Unidos en Vietnam. El 12 de mayo, cinco policías resultaron heridos cuando estallaron dos bombas tubo en el cuartel de policía de Augsburgo. Dos horas después estalló un coche en el aparcamiento de la policía criminal. El 15 de mayo, la esposa de un juez federal resultó gravemente herida cuando el coche con el que había ido a recoger a su marido estalló en el momento en que accionó la llave de contacto. El 19 de mayo estallaron tres bombas entre los redactores que trabajaban en el edificio de Springer, en Hamburgo, causando heridas a un total de diecisiete. Otras tres bombas se pudieron desactivar. El 28 de mayo, dos coches bomba detonaron frente a los barracones y el comedor del cuartel general del ejército estadounidense en Europa, sito en Heidelberg. Perdieron la vida tres soldados norteamericanos y otros cinco resultaron heridos.

Estas atrocidades en serie obligaron a la policía criminal a poner en marcha la Operación Puñetazo al Agua, una serie de redadas llevadas a cabo en toda la nación con la intención de que los peces terroristas se pusieran en movimiento. Se emplearon todos los helicópteros de que disponía el gobierno para poner grupos de policías repentinamente junto a las autovías, con la intención de montar un control de carreteras sin previo aviso. La totalidad del público que circulaba por estas carreteras manifestó su simpatía hacia la policía. Independientemente de esta operación, la policía había recibido un soplo sobre un garaje de Fráncfort que se utilizaba para almacenar explosivos. Reemplazaron los explosivos por un

material inofensivo y cercaron la zona. Cuando caía la noche del 1 de junio de 1972 apareció un Porsche de color berenjena en el que se apretaban tres hombres. Dio una vuelta por la calle antes que dos de ellos entrasen en el garaje. El tercer hombre, Jan-Cari Raspe, abrió fuego cuando los policías se acercaron a él. Fue capturado cuando trataba de darse a la fuga. En el interior del garaje, los disparos alertaron a Andreas Baader y Holger Meins, que se dieron cuenta de que estaba atrapados. Ciento cincuenta policías llegaron de refuerzo junto con un vehículo blindado. La policía lanzó gases lacrimógenos al interior del garaje, que Baader sin embargo supo devolverles, hasta que se utilizó el blindado para cerrar las puertas. Llegó el momento en que un policía probó a disparar por una ventana con un rifle de mira telescópica y alcanzó a Baader en el muslo. A Meins se le convenció para que saliera y se entregase; una vez fuera, se rindió al verse apuntado por varias armas. Parece ser que la policía se dejó llevar por la emoción del momento cuando se lo llevaron al interior del furgón policial, puesto que fue preciso ingresarlo en un hospital poco después.

Al cabo de una semana, la propietaria de una tienda de ropa en Hamburgo observó a unajoven de aspecto nervioso y cansado que se probó varios jerséis. Cuando fue a recoger la docena de pantalones que otra dienta había dejado tirados de cualquier manera, tomó la chaqueta de la joven nerviosa. Le pareció pesada, como si llevase un arma dentro. Llamó a la policía. Llegó un coche patrulla que se encontraba en las inmediaciones y dos oficiales detuvieron rápidamente a Gudrun Ensslin. Llevaba un revólver plateado en la chaqueta y una automática de gran calibre, con cargador de reserva, en el bolso. Tras tomar una llave que encontraron en el bolso, los policías asaltaron un piso franco en Stuttgart, en el que sólo descubrieron la lectura preferida de Baader: veinte tebeos de Mickey Mouse. Dos días después de la detención de Ensslin, la policía detuvo a Brigitte Mohnhaupt en Berlín. Tras cumplir condena en la cárcel, iba a ser ésta la cabecilla de la segunda hornada de terroristas de la RAF.

El 16 de junio, un profesor con conciencia ciudadana informó a la policía de Hanover de que unajoven a la que afirmó no conocer de nada le había pedido que albergase a dos desconocidos a la noche siguiente. Tres policías acudieron a vigilar el edificio. Apareció de pronto una pareja que preguntó al portero dónde estaba la vivienda del profesor. La policía llamó para pedir refuerzos. Cuando volvió a aparecer el joven para utilizar una cabina telefónica, la policía lo desarmó y lo encerró en la cabina. Cuatro oficiales subieron entonces al piso y llamaron al timbre. Cuando la mujer salió a abrir, la policía la detuvo. Dentro del piso y en absoluto desorden había armas, granadas y municiones por todas partes. La mujer, delgada y de aspecto enfermizo, con el cabello corto, moreno, era Ulrike Meinhof. Llevaba en el bolso un ejemplar de la revista Stern, en cuya portada aparecía una radiografía de su cráneo en la que eran visibles las grapas de plata que se le habían puesto sobre el quiste. En la chaqueta llevaba una nota de Gudrun Ensslin, que el abogado defensor de ésta, Otto Schily, había pasado de contrabando a Meinhof. A comienzos de julio, la detención de Hans-Peter Konieczny permitió a la policía tender una trampa en las calles de OfFenbach. Treinta oficiales de paisano recibieron a Klaus Jünschke cuando bajaba de un autobús. Se encontró en el acto con un arma apretada contra el cuello. Ese mismo día, por la tarde, con una trampa similar se atrapó a Irmgard Móller, que tuvo que ser inmovilizada en el suelo al intentar escapar.

Los MITOS DE STAMMHEIM

En principio, estos sospechosos de terrorismo fueron aislados en distintas cárceles, con la excepción de Astrid Proll y Ulrike Meinhof, que fueron internadas en distintas alas de la misma cárcel de Colonia. Meinhof pasó ocho meses en una sala hospitalaria desierta que describió como «extensión de la muerte» debido al silencio antinatural allí reinante. Una organización llamada Socorro Rojo quiso dramatizar al máximo la precaria situación en que malvivían

los detenidos, invitando a participar en la campaña de prensa a idiotas célebres y tan útiles como Heinrich Bóll, premio Nobel, con tal de lograr cierto alivio de las condiciones vitales de los detenidos. Varios miembros de Socorro Rojo pasaron a ser terroristas, ya que la presunta situación inhumana en que se hallaban los detenidos fue desde el primer momento el principal mecanismo de reclutamiento para una segunda generación de miembros de la RAF.

Los abogados izquierdistas se aseguraron de que los acusados de terrorismo pudieran comunicarse unos con otros, empleando nombres en clave tomados de Moby Dick, la novela de Melville. Naturalmente, Baader fue «Ahab». Los abogados fotocopiaban las cartas del grupo y las sacaban de prisión en medio de sus documentos legales. Los detenidos afirmaron que se encontraban en condiciones que recordaban a Auschwitz; Meinhof llegó a escribir que «el concepto político que subyace a la "extensión de la muerte" —el silencio de los pasillos— en la prisión de Colonia es bien simple: la cámara de gas. Las fantasías que tuve al principio, en el sentido de que esto era Auschwitz, no han podido resultar más realistas». Lo cierto es que recibió visitas habituales de su ex marido y de sus gemelas, de diez años de edad, que en Auschwitz habrían sido puestas en manos dejosef Mengele. A Gudrun Ensslin se le permitió tener un violín en la celda. Los detenidos en prisión preventiva recibieron permiso para disponer de radios y tocadiscos, de modo que Baader pronto disfrutó con el sonido de San tana y de Ten Years After. Se les hizo entrega de todo el material de lectura que desearan, lo cual permitió a Baader estudiar las teorías que había proclamado en lemas y eslóganes durante varios años. De este modo llegaron a contar con amplias bibliotecas (Baader tuvo unos 974 libros, Raspe otros 550), con textos sobre la fabricación de bombas, de sistemas de alarma, de técnicas de investigación policial, así como obras con títulos como *Diario de armas alemanas, El radioaficionado, Qué podemos aprender de los tupamaros, Guerra de guerrillas en las ciudades, Manual de las fuerzas especiales, El maestro de las bombas: tecnología contemporánea*

de explosivos y otros tantos por el estilo. En la medida en que los detenidos de la RAF tenían trazada una estrategia, ésta no pasó de la dramatización y la publicidad que por todos los medios prestaron a su ardua situación, dando la impresión de que el Estado democrático de Alemania por fin había prescindido de la máscara y mostraba a las claras su verdadero corazón fascista. Hubo algunos intentos por coordinar las huelgas de hambre que se declararon entre los más o menos cuarenta terroristas en prisión preventiva. Dos de ellas se desconvocaron al poco tiempo, sin haber logrado ninguna mejora en las condiciones en que se les tenía en custodia. Los abogados que iban a visitarlos en ocasiones conseguían pasar a Baader un sándwich de contrabando, que éste devoraba en secreto.

En abril de 1974, Ensslin y Meinhof fueron trasladadas a una nueva sección de alta seguridad en la cárcel de Stammheim, en Stuttgart. Se les permitió pasar ratos muy considerables y abundantes en mutua compañía, aunque estaban al margen del resto de los internos. Meinhof fue entonces conducida a Berlín por estar acusada en el juicio de quienes en 1970 habían ayudado a escapar a Andreas Baader. En este juicio se le impondría una condena de ocho años de prisión. El otro acusado, Horst Mahler, indicó que él había abandonado unilateralmente la RAF, paso que formó parte de su largo trayecto hasta convertirse con los años en neonazi.

En octubre de 1974, Baader, Ensslin, Meinhof, Meins y Raspe fueron acusados de cinco asesinatos, y se programó el juicio en la propia prisión de Stammheim al año siguiente. Baader y Raspe también fueron trasladados a la cárcel de Stammheim. Disfrutaron del uso individual de celdas en las que por lo común se apiñaban seis presos. Nada más llegar, Baader se quejó de que su celda era demasiado pequeña. Se demolió la pared medianera con la celda contigua para crear una suite. Cuando se vio que con esto no era suficiente, en la otra pared, contigua con la celda de Raspe, se construyó una puerta de comunicación interna. Al cabo de tres

semanas en las que se sintió tratado como un criado a las órdenes de Baader, Raspe logró que la puerta volviera a tapiarse. Ya se habían declarado todos en huelga de hambre, y Holger Meins llegó a estar tan enfermo que no se le podía trasladar. Se dio comienzo a la alimentación forzosa de los presos. De nada le sirvió a Holger Meins, que cuando falleció pesaba poco más de 38 kilos, pese a medir un metro ochenta de estatura. Mucho antes de embarcarse en su huelga de hambre, Meins escribió lo siguiente: «En el supuesto de que yo muera en prisión, habrá sido un asesinato. Al margen de lo que sostengan los cerdos. [...] no creáis en las mentiras de estos asesinos». Esa iba a ser la estrategia del grupo en todos los frentes. En realidad, las únicas personas que entonces fueron asesinadas fueron las víctimas que la RAF eligió como objetivos simbólicos. El 10 de noviembre de 1974 un repartidor llamó a un domicilio de Berlín para entregar un ramo de flores. Creyendo que se trataba de un regalo que le llegaba un poco tarde por su sexagésimo cuarto cumpleaños, Günther von Drenkmann, el juez con más antigüedad de la ciudad, cautelosamente retiró la cadena del seguro y abrió la puerta. Entraron de golpe tres jóvenes que le pegaron dos tiros. Murió más adelante en un hospital. El juez no tenía ninguna relación con los casos de terrorismo. Era un abogado de inclinaciones liberales, especializado en casos de derecho civil y miembro del SPD. En un partido de fútbol, parte del público coreó este lema: «Meins-Drenkmann, empate a uno».

Dos mil manifestantes clamaron «venganza» en el funeral de Meins. Rudi Dutschke tuvo una aparición estelar, de auténtico famoso, para despedir a su camarada y amigo. Alzó el puño y gritó: «¡Holger, la lucha continúa!». También llevó a su hijo a visitar ajan-Cari Raspe en la cárcel. Estas acciones, junto con su implicación en la colocación de algunas bombas, al parecer fueron compatibles con su negativa a formar parte de la RAF, no por razones de moralidad, sino porque las constelaciones revolucionarias no eran propicias.

En términos puramente políticos, los terroristas encarcelados de la RAF lograron contar con más simpatizantes desde la cárcel que

cuando estaban en libertad. La retórica hinchada sobre las torturas que presuntamente sufrían en prisión condujo a la formación de grupos de protesta llamados «comités de tortura», muchos de cuyos miembros —entre ellos, Ralf Baptist Friedrich y Stefan Wisniewski, así como las tres «tías de Hamburgo», Susanne Albrecht, Silke Maier-Witt y Sigrid Sternebeck— pasaron a formar la segunda generación de terroristas de la RAF tras haberse refocilado en la superioridad moral que les dio el ser activistas en pro de los derechos humanos. La policía estimó que las trescientas personas que en aquellos momentos estaban pendientes de una orden de busca y captura disfrutaban de la protección y el apoyo activo de diez mil simpatizantes. Jean-Paul Sartre, veterano revolucionario de sillón, se apresuró a viajar desde París con uno de los secuestradores que más adelante iban a tomar rehenes en la sede de la OPEP, Hans Joachim Klein, al volante del coche, y Daniel Cohn-Bendit, compañero de viaje, a su lado. Pasó media hora con Baader, que dio a su ilustre visitante una charla sobre su filosofía de cartón piedra. Después, el único comentario que hizo Sartre en privado fue éste: «Qué gilipollas es el tal Baader».

Aquella misma tarde, en una conferencia de prensa televisada a la que asistieron cientos de reporteros, optó por un tono bien distinto: «Baader tenía el rostro de un hombre torturado. Esto no tiene nada que ver con las torturas de los nazis. Es otra clase de tortura. Se trata de una tortura ideada para inducir en quien la sufre un trastorno psiquiátrico. Baader y los demás viven en celdas blancas. En esas celdas no oyen otra cosa que los pasos de sus guardianes tres veces al día, cuando les llevan la comida. Las luces están encendidas las veinticuatro horas del día». Las mentiras de este anciano y muy útil idiota se emitieron por la televisión alemana en horario de máxima audiencia. Había conocido a Baader en la sala de visitas, cuyo mobiliario minimalista no guardaba ninguna relación con las celdas en las que vivían los presos. En realidad, las luces de las celdas se apagaban a las diez de la noche, cuando se cortaba la corriente eléctrica. Baader se quejó al médico de prisión

por tener dolores de espalda. Sus camaradas hicieron lo propio. El médico insistió en que tenían necesidad de usar mantas eléctricas incluso en verano, por lo que la corriente se mantuvo conectada durante toda la noche, permitiéndoles leer en la cama. Tampoco estuvo Baader aislado, ya que recibía cinco o seis visitas al día.

Los abogados liberales e izquierdistas de la defensa, cuya cínica ocupación de ese mismo territorio de superioridad moral les ahorró el escrutinio de la prensa, desempeñaron un papel importante al facilitar las comunicaciones entre sus clientes encarcelados y la siguiente generación de terroristas de la RAF. Volker Speitel, por ejemplo, licenciado tras trabajar en el bufete de Klaus Croissant, pasó a formar parte de un grupo terrorista. El propio Croissant iba a cumplir una condena de dos años de cárcel. Las relaciones habituales entre los abogados y sus clientes se habían invertido, puesto que Baader los calificaba en función de su radicalidad. Recibió unas cincuenta y ocho visitas de ocho abogados distintos a lo largo de un solo mes, y más de quinientas en el transcurso de tres años. Escribió incluso personalmente las reglas del juego, comenzando por insistir en que los propios presos establecerían colectivamente la estrategia global de la defensa. Los terroristas atacaron de nuevo el 27 febrero de 1975, cuando Peter Lorenz, de cincuenta y dos años de edad y candidato de la Unión Cristianodemócrata a la alcaldía de Berlín, fue secuestrado cuando se dirigía a su lugar de trabajo. Había sido secuestrado por el Movimiento 2 de Junio. En un comunicado se exigió la liberación de seis detenidos encarcelados, entre ellos Horst Mahler, el único (ex) miembro de la RAF mencionado, puesto que no era mucho el afecto que se tenían los dos grupos rivales. Como ninguno de los detenidos había sido acusado de asesinato, el gabinete de crisis del gobierno capituló ante estas demandas, en especial porque Mahler declinó que se procediera a su liberación. Los cinco detenidos fueron transportados en avión a Adén, y el ex alcalde Heinrich Albertz tuvo el valor de acompañarlos para dar garantías. Peter

Lorenz apareció esa misma noche, caminando en un estado de gran confusión por un parque de Berlín.

En la víspera del juicio de la Baader-Meinhof en Stammheim, seis terroristas que se hicieron llamar comando «Holger Meins» se apoderaron de la embajada de Alemania en Estocolmo, armados con pistolas y bombas. Entre ellos se encontraban tres antiguos integrantes del colectivo psiquiátrico de Heidelberg y Ulrich Wessel, hijo de un destacado millonario de Hamburgo. Tomaron once rehenes, incluido el embajador, Dietrich Stoecker, así como a Heinz Hillegaart, responsable de asuntos económicos, y al barón Von Mirbach, agregado militar, los encerraron en los despachos de la tercera planta y acordonaron la sala con explosivos. Exigieron la puesta en libertad de veintiséis detenidos, entre ellos Baader, Ensslin, Meinhof y Raspe. Tras varias reuniones de urgencia, el canciller Helmut Schmidt informó al ministro sueco de Justicia que su gobierno rechazaba esas exigencias. Cuando se transmitió el mensaje a los terroristas, éstos llevaron a Hillegaart a una ventana y le pegaron tres balazos. Poco antes de la medianoche, en la embajada hubo una serie de explosiones. Perecieron tanto Mirbach como el terrorista Wessel. Un segundo terrorista sufrió heridas graves, lo cual no impidió que fuese trasladado de urgencia a Alemania, en avión, donde murió en una unidad de cuidados intensivos sita en Stammheim pocos días más tarde. Fueron detenidos tres terroristas cuando trataban de escapar de la embajada en llamas. Dos semanas después, el abogado defensor Siegfried Haag se pasó a la clandestinidad en cuanto la policía registró su despacho en busca de pruebas de que había proporcionado las armas a los asaltantes de la embajada en Estocolmo.

El juicio de Baader, Ensslin, Meinhof y Raspe comenzó el 21 de mayo de 1975 en una sala especialmente construida con este fin dentro del recinto de Stuttgart-Stammheim. Las medidas de seguridad eran intensas, pero, como se había de ver, no lo suficiente. Desde el comienzo, los cuatro acusados tomaron la

resolución de alterar el proceso judicial en la medida de lo posible, para lo cual rechazaron a los abogados defensores de oficio que había designado el tribunal después de que tres de los integrantes del equipo fueran desautorizados debido a una nueva legislación, diseñada para desbaratar las maquinaciones y colusiones de los abogados radicales, la menor de cuyas faltas era llamar a sus clientes «camaradas». Con sus esfuerzos coordinados por convertir el juicio de una serie de crímenes en un espectáculo político, los acusados sometieron al juez y al fiscal a prolongados insultos, llamando al primero «gilipollas fascista» y al segundo «terrorista», mientras que su abogado defensor, Otto Schily, alegó que no eran personas aptas para comparecer en un juicio. Junto con el resto de los abogados de la defensa abandonó la sala. Otros trucos propios de una farsa fueron por ejemplo el deseo de llamar a testificar a Richard Nixon, Melvin Laird, Willy Brandty Helmut Schmidt. En otra ocasión llamaron a cinco militares del ejército de Estados Unidos para que difamasen la alianza de la OTAN. Al reanudarse las vistas, Baader aseguró que las condiciones en que se hallaba retenido eran peores que las propias del Tercer Reich. Lo cierto es que los cuatro acusados, que para entonces se encontraban en Stammheim junto con Brigitte Mohnhaupt e Ingrid Schubert, disfrutaban de baños diarios, amplios periodos de relación común entre todos ellos, el uso y disfrute de la radio y de tocadiscos, así como de diversos aparatos para hacer ejercicios de gimnasia. Baader conservaba cierta cantidad de hachís en una lata de té para reforzar su prodigiosa ingestión de aspirinas y antidepresivos que los guardias le administraban cada noche. También intimidaron a los guardias. Baader les avisó: «Ya me encargaré de que vengan un par de amigos; por dos mil marcos también puedo hacerme con un asesino que se cepille a tu mujer». A la sazón, las disrupciones en la sala alcanzaron tales niveles que Prinzing, el juez del caso, se prevalió de la nueva legislación que permitía que la vista siguiera su curso sin la presencia de los acusados. En una concesión a los encausados, el juez posteriormente les permitió participar en su

propio juicio de acuerdo con su voluntad, de modo que constantemente entraban y salían, cuando no se personaban en la sala para declamar cientos de páginas de propaganda tomada de textos dogmáticos especialmente preparados.

A medida que las sesiones del juicio se fueron prolongando hasta entrado el año 1976, las relaciones entre los encausados se fueron deteriorando. Baader y Ensslin comenzaron a criticar abiertamente los divagatorios escritos revolucionarios de Meinhof en su cometido de «Voz de la RAF». Hubo algo inequívocamente sadomasoquista en el deleite con que ellos dos (y ella misma) despedazaron sus escritos en la sala. Sospechaban en el fondo que su determinación empezaba a flaquear. De ser así, fue en gran medida por estar sujeta a la presión de sus abusos incesantes, y por sus propias tendencias depresivas. A primera hora de la mañana del domingo 8 de mayo, los guardias abrieron la puerta de la celda 719 y encontraron a Meinhof colgada de una cuerda que había improvisado con toallas desgarradas y anudadas a los barrotes de la ventana. A pesar de las extensas investigaciones realizadas, no se encontró ningún indicio de que sucediera nada anómalo. En el día número 109 desde que comenzó el juicio, su nombre quedó suprimido de la lista de acusados. Cuatro mil personas, algunas enmascaradas, encapuchadas o con la cara pintada de blanco, asistieron en su funeral en Berlín. En Fráncfort, un policía sufrió graves quemaduras cuando alguien lanzó un cóctel Molotov a su furgoneta; décadas más tarde, la hija de Meinhof, periodista, cuyo aborrecimiento por toda la generación del 68 había llegado a ser cerval, acusó a un ministro del gobierno de Schróder de haber lanzado aquella bomba incendiaria.

Entretanto, Siegfried Haag, antiguo abogado, y Elizabeth van Dyck, antigua integrante de un colectivo psiquiátrico, se encontraban en Oriente Próximo en busca de socios externos para la segunda generación de terroristas de la RAF. Yasir Arafat los rechazó sobre la base de que la OLP en esos momentos estaba a favor de la negociación. A Haag se le remitió a George Habash, líder del Frente

Popular de Liberación de Palestina. Tras hallar también en él un rechazo claro a sus pretensiones, trabó contacto con Wadi Haddad, líder de una facción escindida del FPLP llamada FPLP-Comando Especial. Dos terroristas alemanes más adelante participaron en el secuestro que llevó a cabo el FPLP-Comando Especial, en enero de 1976, de un avión de Air France; en el transcurso del secuestro, al más puro estilo nazi, «seleccionaron» a los pasajeros judíos, episodio que terminó con el famoso ataque de las fuerzas especiales israelíes contra el aeropuerto de Entebbe, en el que murió el hermano de Netanyahu, «Bibi». Haddad también estaba al frente de un campamento secreto de adiestramiento para terroristas extranjeros que existía en Yaal, una localidad del sur del Yemen. Haag, para entonces disfrazado con tupé y barba de pirata, se encontraba a mano cuando varios terroristas de la RAF, entre ellos Peter Jürgen Boock, Verena Becker, Rolf Clemens Wagner, Sieglinde Hofmann y Stefan Wisniewski viajaron a Adén para recibir un curso de adiestramiento avanzado. Los recibieron como si fuesen VIP las autoridades yemeníes, tras las cuales se encontraban individuos de marcado acento sajón, hombres de la Stasi, de Alemania Oriental, que adiestraban al servicio secreto yemení. Tras un arduo día de combate cuerpo a cuerpo, de entrenamiento atlético, de prácticas de tiro, el grupo se reunía a meditar cuestiones de estrategia, en concreto dos operaciones llamadas «Pasta Gansa» y «Gran Fuga».

En Stuttgart, los abogados de los acusados habían llevado entretanto la colusión con los terroristas hasta niveles sin precedentes hasta entonces. Todos ellos tenían una dilatada práctica legal que los había conducido a especializarse en derechos humanos; no sólo tenían simpatía a los terroristas, sino que en ciertos casos les ayudaron activamente e incluso se sumaron a sus filas. En Stammheim, las medidas de seguridad eran tan rígidas que los propios abogados tenían que abrirse la bragueta para someterse a una inspección a fondo, aunque los guardias se abstuvieron de revisar su ropa interior. El abogado de Gudrun Ensslin, Arndt Müller,

fue el primero que decidió pasar objetos de contrabando a su cliente mediante la sencilla técnica de ahuecar una de las muchas carpetas llenas de documentos legales que portaba. También los documentos eran sometidos a registro, pero bastaba con que el abogado sujetara con fuerza el lomo de la carpeta a la vez que pasaba las páginas con la otra mano para que los guardias no se tomasen la molestia de abrirla del todo. Primero coló una cámara Minox, gracias a la cual tenemos fotos del grupo en el interior de la prisión, pero el abogado culminó sus hazañas de contrabandista cuando pasó auriculares, cables, una plancha eléctrica y un hornillo, a todo lo cual siguieron tres pistolas —una plateada y cromada del calibre 38, una Heckler 8c Koch de 9 milímetros y una FEK húngara de 7,65 milímetros-y cinco tiras de explosivo plástico que probablemente entraron en la cárcel en sus calzoncillos. Las armas se incorporaron a la estructura de las celdas vacías cuando el bloque de máxima seguridad de Stammheim experimentó una remodelación. Los presos eligieron los colores de las paredes de sus celdas.

Se modificaron unas cuantas cosas más. Los detenidos emplearon su considerable experiencia en materia de electricidad para modificar un sistema de altavoces (que insistieron en que se apagase) y convertirlo en una red de comunicación por radio dentro del bloque de las celdas. Los amplificadores y los altavoces en estéreo les permitieron comunicarse en especial después de que exigieran que el suministro eléctrico se mantuviera durante la noche para alimentar sus mantas eléctricas. Entretanto, en la sala del tribunal, Otto Schily, futuro ministro de Interior en Alemania, que estaba claramente a favor de una larga marcha a través de las instituciones, reveló la asombrosa noticia de que algunas de sus conversaciones con sus clientes habían sido intervenidas por el servicio secreto. En un nuevo intento por convertir a los abogados radicales en víctimas, la nueva comandante de la RAF, Brigitte Mohnhaupt, puesta en libertad después de que Baader dedicase nueve meses a entrenarla para su papel de mando mientras estaba en la prisión, organizó un ataque con bombas contra el despacho de

Klaus Croissant, intencionadamente atribuido a los neonazis para agitar la causa «antifascista». En marzo de 1977 los acusados hicieron su última comparecencia ante el tribunal, en la que se negaron a participar en ninguno más de los interrogatorios mientras no se aclarase la espinosa cuestión de si sus celdas estaban pinchadas o no.

El 7 de abril de 1977 el fiscal general del estado federal, Siegfried Buback, fue a su trabajo en su Mercedes azul con chófer. Iba sentado junto a éste y un guardaespaldas de treinta y tres años viajaba en el asiento trasero. Mientras el coche esperaba en un semáforo, una motocicleta de marca Suzuki se puso a su lado. El pasajero que viajaba de paquete sacó un subfusil ametrallador y llenó de balazos el coche de Buback. Murieron los tres ocupantes. El atentado fue obra del comando «Ulrike Meinhof». Los organizadores del asalto, Boock y Mohnhaupt, se encontraban entonces escondidos con Wadi Haddad en Bagdad, ultimando sus planes para lograr la fuga de sus camaradas de Stammheim ahora que el juicio tocaba a su fin. La inteligencia latente en el atentado no fue otra que la de Baader. Siegfried Buback había firmado su condena.

Tras más de 190 días entrando y saliendo de la sala del tribunal, el 28 de abril Baader, Ensslin y Raspe fueron condenados por diversos delitos de asesinato o de intento de asesinato y sentenciados a cadena perpetua. No se encontraban en la sala para oír el veredicto. Estaban confinados en lo que presuntamente era entonces una instalación de máxima seguridad, tal vez una de las mejores de todo el mundo occidental, tan segura que otros cinco presos sospechosos de terrorismo fueron trasladados a la séptima planta de Stammheim, también dentro del perímetro de máxima seguridad. Fuera de la cárcel, sus camaradas siguieron con las matanzas. En julio de 1977, Susanne Albrecht, hija de un abogado de Hamburgo, visitó en reiteradas ocasiones la casa de Oberursel que teníaJürgen Ponto, padrino de una de las hermanas Albrecht. Aunque los Ponto no pudieran sospecharlo, Albrecht se dedicó a

examinar la seguridad de la casa. La invitaron a tomar el té en la tarde del 30 de julio. Extrañamente, llegó acompañada por dos hombres y dos mujeres, bien trajeados, con un ramo de flores. Cuando Ponto fue a buscar un jarrón, uno de los hombres lo siguió al comedor, donde sacó un arma. Hubo una breve escaramuza hasta que apareció una mujer, Brigitte Mohnhaupt, que acabó con Ponto de cinco balazos. Habían intentado por todos los medios secuestrarlo, pero la intentona se había torcido de un modo asesino. Tras el fracaso de una trama para lanzar abundantes cohetes de fabricación casera contra el despacho del fiscal federal, a finales del verano de 1977 Boock y Mohnhaupt dieron por finalizado su siguiente proyecto con una reunión a la que llamaron «nuestra conferencia de Wannsee». Su objetivo era un destacado industrial, Hanns Martin Schleyer, presidente de la asociación de empresarios de Alemania Occidental y miembro del comité de dirección de la Daimler-Benz. Daba toda la impresión de ser un plutócrata, siempre bien ataviado, con la riqueza característica de los alemanes. El grupo sabía mucho sobre él gracias a que un pasante del despacho de abogados de Klaus Croissant fingió que estaba investigando para una tesis sobre los líderes de empresa en el Instituto de Economía Global, de Hamburgo, y les facilitó detalles en abundancia.

El lunes 5 de septiembre de 1977, Schleyer dedicó la tarde a asistir a varias reuniones en Colonia. Pasadas las cinco de la tarde emprendió el regreso a su domicilio en su Mercedes, conducido por un chófer, con tres guardaespaldas tras él. Según se acercaban a la casa, su coche se vio obligado a frenar repentinamente cuando una mujer invadió la calzada empujando un carrito de niño. El coche de los guardaespaldas chocó contra el de Schleyer. Ambos vehículos fueron acribillados por el fuego de las ametralladoras. Peter Jürgen Boock recordó que su Heckler & Koch pareció descargar los treinta proyectiles del cargador en un par de segundos. Willy Peter Stoll saltó sobre el capó del segundo coche y vació el cargador sobre los hombres del interior. Murieron todos ellos. Uno de los asesinos, Stefan Wisniewski, delincuentejuvenil que era hijo de un hombre

condenado durante la guerra a trabajos forzados y que había desarrollado una intensa conciencia social durante sus viajes por el Tercer Mundo, en calidad de marino de un mercante, explicó por qué hubo que asesinar también al chófer. Aunque no iba armado, este hijo del proletariado había tomado en su día lecciones de conducción evasiva, hecho que al final le costó la vida[146].

Schleyer, que sobrevivió milagrosamente a este feroz atentado, fue arrastrado a una furgoneta Volkswagen. En un garaje subterráneo, para no ser vistos, los terroristas lo trasladaron al maletero modificado de un gran Mercedes y lo llevaron al garaje también subterráneo de un bloque de viviendas. El apartamento número 104 de Zum Renngraben 8 lo había alquilado meses antes una mujer que pagó en metálico. Schleyer fue confinado en una de las habitaciones, aunque las 108 hebras de cabello suyo que se encontraron posteriormente en un armario hacen pensar que estuvo sujeto a condiciones infinitamente peores que todo lo que pudieran imaginar los presos de Stammheim. Incluso grabaron su interrogatorio. El antiguo oficial de las SS durante la guerra, el asesor económico de Bohemia-Moravia durante la ocupación, se mostró valeroso y jovial en tan adversas circunstancias, sacudiendo la cabeza como si estuviera atónito ante la increíble ignorancia de sus captores en todo lo referente al funcionamiento de la economía alemana. Aunque la RAF estaba al tanto de sus antecedentes durante la guerra, nunca los emplearon como justificación de su secuestro.

Mientras la policía se concentraba en identificar los edificios de viviendas con garaje subterráneo, y a todo el que hubiera alquilado o comprado un apartamento o muebles y hubiese pagado en metálico, los secuestradores dieron a conocer sus exigencias mediante cartas que enviaron a diversos sacerdotes y mediante llamadas hechas desde cabinas telefónicas elegidas al azar. Pretendían que se procediera a la puesta en libertad de los principales presos de la RAF, que habrían de ser trasladados en avión a los destinos que ellos decidieran, con cien mil marcos

alemanes entregados a cada uno de ellos y dos personas independientes que garantizasen que no se realizaría ningún intento por volver a detenerlos. En Bonn, el canciller Helmut Schmidt, el líder de la oposición, Helmut Kohl, y otros miembros del gabinete de crisis convocado por Schmidt, resolvieron liberar al secuestrado, pero sin ceder a las exigencias de los secuestradores. Trágicamente, para Schleyer no se llegaría nunca a este fin, a pesar de que al día siguiente de su secuestro un policía alerta visitó el edificio de Zum Renngraben 8, y supo rápidamente gracias a uno de los dueños que una mujer había alquilado el apartamento 104, mostrando un grueso fajo de billetes cuando pagó la fianza y el mes en curso. Esta información se transmitió a diversos departamentos policiales, donde nadie se tomó la molestia de verificar el nombre de la mujer, que era falso, ni tampoco su dirección anterior en Wüppertal, que no existía. A mediados de septiembre, los secuestradores se habían llevado a Schleyer —oculto en un cesto de la lavandería— a un apartamento que tenían alquilado en La Haya. Se encontró otro piso franco en Bruselas, pues la RAF había caído en la cuenta de que si se procede a un secuestro los sistemas de información policial dejan de tener eficacia real en cuanto se pasan las fronteras.

Mientras los secuestradores y las autoridades entablaban complejas negociaciones, que éstas naturalmente pretendían aplazar, la mayoría del equipo de la RAF que realizó el secuestro viajó a Bagdad, dejando a Stefan Wisniewski al frente de un equipo más reducido y encargado de la vigilancia de Schleyer. En Bagdad, Wadi Haddad se desvivió por tratar de convencer a Brigitte Mohnhaupt de que el gobierno de Bonn debía hacer entrega a cada preso liberado de la RAF de un millón de marcos alemanes, cantidad diez veces superior a la exigida en primera instancia. Otro invitado alemán apareció por sorpresa, Johannes Weinrich, estrechamente vinculado con Carlos el Chacal, y sugirió que se aumentara la presión impuesta al gobierno alemán bien mediante la toma de la embajada alemana en Kuwait o bien mediante el

secuestro de un vuelo turista, de Lufthansa, que viajase de Palma de Mallorca a Fráncfort. Wadi Haddad comunicó a Mohnhaupt que ambas operaciones se hallaban en una fase muy avanzada en cuanto a su planificación, y que podía elegir la que más le gustara. La reciente experiencia de Estocolmo la llevó a ser partidaria, al igual que Boock, del secuestro aéreo, aunque ambos tenían ciertas reservas ante la idea de tomar por rehenes a unos alemanes que se habían ido de vacaciones, puesto que su relación con Schleyer distaba de ser evidente. Haddad fue responsable de la idea de emplear granadas de fabricación rusa envueltas en cristal o en plástico para burlar los sistemas de rayos X de los aeropuertos. Los últimos detalles sobre cómo habrían de dividirse las ganancias entre la RAF y el FPLP se decidieron en Argel. El servicio secreto argelino aportó un aparato de teléfono cifrado para que Mohnhaupt pudiera ponerse en contacto con los secuestradores de Schleyer, que seguían en Europa. Otro servicio secreto prestó ayuda a los terroristas de la RAF, puesto que Haddad estaba en poder de copioso material confidencial que hacía referencia a ellos, tomado de la policía criminal de Alemania Occidental. En aquellos papeles, el nombre del «Ministerio de la Seguridad de Estado», es decir, de la Stasi, se había borrado sólo en parte, por obra de quien los hubiera fotocopiado. Para los alemanes del Este, la oportunidad de causar cierto desorden era demasiado tentadora.

La operación del secuestro aéreo comenzó por pertrechar a cuatro jóvenes refugiados palestinos con pasaportes iraníes falsos. Viajaron por separado a Mallorca. Allí los siguió una mujer holandesa que en realidad era Monika Haas, junto con su marido ficticio, Kamal Sarvati, y su hija pequeña. Las armas para el secuestro aéreo se hallaban ocultas en el equipaje de la niña, junto con munición que se hallaba en latas de caramelos. Sarvati era en realidad Said Slim, sobrino de Wadi Haddad. El 13 de octubre de 1977 los cuatro palestinos se hicieron con el mando del avión que realizaba el vuelo 181 de Lufthansa, el *Landshut*, poco después de su despegue de Palma. Dos hombres tomaron al asalto la cabina,

de la cual sacaron al copiloto, mientras dos mujeres hicieron guardia en el pasillo, con granadas en la mano. El avión varió de rumbo y se dirigió hacia Roma, donde aterrizó dos horas más tarde. Allí, el nuevo capitán del aparato, Mahmud, empleó un megáfono para exigir la liberación de los presos de la RAF. Sin hacer caso de la petición del ministro alemán del Interior, que sugirió que se disparase contra las ruedas del avión, el primer ministro italiano, Francesco Cossiga, y el líder del Partido Comunista, Enrico Berlinguer, decidieron que el avión repostara para librarse del problema en cuanto fuera posible. El Boeing puso rumbo a Larnaka, en Chipre, desde donde, tras un nuevo repostaje, emprendió vuelo a Bahréin, en el golfo Pérsico. Lo seguía otro avión de Lufthansa lleno de jóvenes de aspecto curtido, vestidos con vaqueros y calzado deportivo, del GSG-9. Nada más llegar a Bahréin el avión secuestrado, el capitán Jürgen Schumann se vio obligado a seguir hasta Dubái. Sin embargo, allí la pista de aterrizaje estaba bloqueada por los camiones de bomberos, que sólo la despejaron cuando el piloto suplicó permiso para aterrizar por estar prácticamente sin combustible en el aparato. Los noventa y un pasajeros y la tripulación se encontraron atrapados bajo el intenso calor del desierto. Curiosamente, nada más saber que era el cumpleaños de una azafata noruega, Mahmud ordenó que se subiera a bordo una tarta y descorchó el champán. Su estado anímico cambió al darse cuenta de que una de las pasajeras del avión era judía; tras golpearla y liarse a patadas con ella, le dijo a gritos que al día siguiente la iba a lanzar a tiros por la puerta del avión. I Mahmud era un palestino llamado en realidad Zohair Yusef Akache. Había estudiado ingeniería aeronáutica en Londres. En dos manifestaciones propalestinas había agredido a la policía y fue finalmente deportado. Con un nombre falso, regresó a Gran Bretaña a comienzos de 1977, donde asesinó al ex primer ministro del Yemen, a su esposa y a un diplomático yemení, cuando salían del hotel Royal Lancaster. Scotland Yard había tenido conocimiento de

que estaba en Londres, pero no pudo impedir que tomase un avión en Heathrow aquella misma noche.

Mientras aquellas noventa y una personas padecían el intenso calor a bordo del *Landshut*, los comandantes del GSG-9 discutieron cómo tomar al asalto el avión con dos hombres del SAS, un capitán y un sargento, que estaban adiestrando a las fuerzas especiales de Dubái. Antes de que se llevara a cabo un intento de rescate, Mahmud logró que el avión despegara de nuevo y pusiera rumbo a Adén. El ambiente a bordo del avión se puso feo cuando los terroristas colocaron en la cabina abundantes explosivos plásticos. A pesar de que se le negó permiso para aterrizar, Schumann logró posar el aparato en un trecho de arena próximo a la pista, que estaba bloqueada por vehículos blindados. Los soldados yemeníes rodearon el avión. Antes de que volviera a despegar, Schumann insistió en inspeccionar el tren de aterrizaje y la parte inferior del fuselaje. Le costó demasiado tiempo. En cuanto volvió al aparato, Mahmud le obligó a arrodillarse en el pasillo y le pegó un tiro. Con el cadáver de Schumann en un armario, y su masa cerebral desparramada por la ventanilla de la cabina, el copiloto logró que el avión, tras haber repostado, volviera a despegar. Dos horas y media más tarde aterrizó en Mogadiscio, en Somalia, lo cual no fue una sabia elección, ya que las autoridades somalíes fueron mucho menos comprensivas que las de Yemen.

Los secuestradores informaron a las autoridades somalíes de que harían estallar el avión si los presos de la RAF no estaban en libertad a las cinco de la tarde de ese mismo día. Ataron a los pasajeros y a la tripulación, rociándolos con todo el alcohol que había a bordo del avión. Cuando faltaban minutos para que procedieran a asesinar a los rehenes, el principal de los negociadores alemanes, que había volado hasta allí aquel mismo día, logró que la hora límite se aplazase hasta las tres y media de la mañana siguiente, para lo cual aseguró que los presos de la RAF ya estaban en camino. Llegarían a Somalia a las cuatro de la madrugada. Se hizo de noche y los secuestradores no se

percataron de que llegaba otro avión con las ventanillas oscurecidas. Tampoco vieron las figuras que se iban desplazando en secreto por debajo de la cabina, colocando micrófonos. Los negociadores alemanes le siguieron la corriente a Mahmud con la finalidad de que no saliera de la cabina del avión. A las diez de la noche, hora local, le cegó la detonación de varias granadas luminosas que estallaron delante de las ventanillas. En cuestión de segundos se abrieron las puertas del avión y varias figuras vestidas de negro se colaron en el interior del avión gritando: «¿Dónde están esos hijos de puta?». Acabaron en el acto con tres de los secuestradores, incluido Mahmud, y dejaron críticamente herido al cuarto. Los pasajeros salieron por las rampas de emergencia. Toda la misión de rescate había concluido en un par de minutos. Al tener noticia del éxito de la Operación Fuego Mágico, un hombre por lo normal tan reservado como el hamburgués Helmut Schmidt lloró de puro alivio.

La noticia del triunfo se difundió aquella misma noche en los medios de comunicación de Alemania. Jan-Cari Raspe estaba escuchando la emisora de Suddeutschen Rundfunk en su celda de Stammheim. Empleando el sistema de comunicación habilitado entre las distintas celdas, Baader, Raspe, Ensslin e Irmgard Móller tomaron la resolución de suicidarse y de hacer que aquel desenlace pareciera un nuevo acto asesino del que sería responsable único el gobierno alemán. Baader recuperó la pistola que había escondido en una celda vacía, en un compartimento que había construido en su tocadiscos. La última música que oyó fue el disco de Eric Clapton titulado There's One in Every Crowd. Descargó unos cuantos tiros contra la pared y el colchón antes de pegarse uno en el cuello. Ya había colocado los cartuchos vacíos junto a su cuerpo, como si así quisiera dar a entender que había sido ejecutado. Raspe empleó una Heckler & Koch de 9 milímetros para pegarse un tiro en la sien. En la celda 720, Gudrun Ensslin tomó un cable de su aparato de música, hizo un nudo corredizo y lo pasó por la mosquitera que la separaba de los barrotes de la celda. Se ahorcó dando una patada

al taburete en el que se había subido. En la celda 725, Irmgard Móller se apuñaló repetidamente en la región izquierda del pecho, aunque no llegó a traspasarse el corazón. Más adelante afirmaría que aquella lesión, y los demás asesinatos, habían sido obra del servicio secreto alemán, que actuó conjuntamente con la CIA. Todos ellos fueron descubiertos cuando las celdas se abrieron a la hora del desayuno, a las ocho de la mañana siguiente.

Muy lejos de allí, en Bagdad, los líderes de la RAF sufrieron un grave sobresalto, con la excepción de Brigitte Mohnhaupt. Mucho antes de que se produjeran estas muertes, había explicado a Susanne Albrecht que si el secuestro aéreo no tenía éxito los presos de Stammheim habían tomado la decisión de quitarse la vida para culpar al gobierno alemán. Hubo una muerte más en este ciclo de violencia. El 19 de octubre de 1977, una llamada anónima informó al periódico francés *Liberation* de que el cadáver de Schleyer se encontraba en un Audi 100 de color verde aparcado en Mulhouse. Al cabo de cuarenta y tres días, la RAF había decidido «poner fin a su lamentable y corrupta existencia» descargándole tres disparos en la cabeza. Como Schleyer presentaba restos de hierba en la boca y agujas de pino pegadas al traje, se llegó a la conclusión de que lo habían asesinado en un bosque, seguramente en Alsacia. En su funeral, el presidente alemán pidió disculpas a su hijo y a su viuda por no haber hecho lo suficiente para salvarle la vida.

LA SEGUNDA Y LA TERCERA GENERACIÓN

Tras las muertes acaecidas en Stammheim, el mando definitivo de la RAF pasó a manos de Brigitte Mohnhaupt, que tenía en común con Baader la capacidad de hablar y despotricar de una manera incontrolable. Junto a ella se encontraban Sieglinde Hofmann, Adelheid Schulz y Christian Klar. Habían dado inicio a su campaña de terror en 1973 y la continuarían hasta 1982. Tuvieron inicialmente su centro de operaciones en Bagdad antes de reacomodarse en París, una especie de «Parishof» antes de que naciera

«Londonistán». En lo sucesivo, Francia fue siempre el país donde hallaron refugio, razón por la cual no llevaron a cabo operaciones activas en territorio francés. La depresión que les embargó, la sensación de fracaso que tuvieron después de los sucesos de Mogadiscio y de Stammheim, se agravó cuando Peter Jürgen Boock, para entonces drogadicto, envió a varios miembros de la RAF a comprar drogas (y sus copos de avena preferidos para el desayuno) que no podía obtener en Bagdad. Suponía que estaba aquejado de un cáncer, cuando lo cierto es que era un yonqui. Directamente a resultas de esta misión, ocho terroristas de la RAF fueron detenidos en Francia, Holanda y Yugoslavia. Entre ellos destacaba Stefan «la Furia» Wisniewski, detenido en el aeropuerto de Orly cuando utilizó un pasaporte falso, después de que la policía francesa comparase su firma con muestras de caligrafía del terrorista que habían recibido de sus colegas alemanes. Se hallaba en estrecha relación con el asesinato de Schleyer, y había de pasar en la cárcel los años comprendidos entre 1978 y 1999. Se trazaron planes para liberar a Wisniewski de la cárcel utilizando un helicóptero, aunque hubo que abortarlos. Por el contrario, mientras se adiestraban en el uso de las bazucas y las bombas en un campamento de palestinos en Adén, donde varias terroristas intimaron con sus anfitriones árabes, los nuevos líderes de la RAF tomaron la resolución de asesinar a Alexander Haig, general del ejército de Estados Unidos, entonces comandante en jefe de la OTAN.

Se llevaron a cabo varios atracos a bancos para financiar la Operación Semental. Tras uno de ellos, Elizabeth van Dyck fue abatida por la policía cuando fue a visitar un piso franco que creían seguro. El atentado contra Haig se efectuó una semana antes de que se jubilase del cargo, cuando viajaba con sus cinco guardaespaldas desde su casa hasta el cuartel general de la OTAN en Maisiéres, Bélgica. Susanne Albrecht había transportado los explosivos que les proporcionaron los palestinos desde San Remo hasta Bélgica para disipar la cada vez más extendida impresión de

que no estaba realmente dedicada a la causa. Los explosivos se enterraron en un agujero, junto a la carretera. Al pasar por ese punto el convoy de Haig, compuesto por tres automóviles, la carretera reventó por los aires, y la explosión no alcanzó por muy poco a Haig y a sus guardaespaldas. Ninguno de ellos sufrió heridas de gravedad. En los meses que siguieron, la RAF perdió a dos de sus miembros en un accidente de tráfico, mientras un tercero, Henning Beer, se desmarcó de la banda tras sufrir una crisis nerviosa. Los intentos por llegar a una cooperación con las Brigadas Rojas no dieron fruto. En 1978, un integrante de las Brigadas Rojas fue enviado a reunirse con un representante de la RAF en un congestionado metro de Milán. El contacto desconocido llevaría una novela negra. El italiano regresó desconsolado, puesto que no había visto a nadie con pinta de alemán, y sólo las chicas jóvenes leían novelas negras. Esa observación no hizo ninguna gracia a sus camaradas feministas. Cuando por fin se reunieron los dos grupos, la insistencia de los italianos por conocer mejor las «estructuras de partido» de la RAF provocaron la vergüenza de éstos, porque no existían tales estructuras. De manera más exitosa, la fusión con el Movimiento 2 de Junio sirvió para que aumentasen los efectivos de la RAF, entonces poco menos que inexistentes, además de descartarse de ese modo la necesidad de emprender nuevos atracos a los bancos, porque sus nuevos socios habían extorsionado cuatro millones de marcos alemanes a la familia de un industrial alemán secuestrado. La serie de robos de bancos suizos perpetrados por la RAF había dado lugar a escenas dignas del Salvaje Oeste y a la muerte de un transeúnte atrapado en el fuego cruzado. Cuando los atracadores de la RAF emprendieron la huida en bicicletas, llevándose el botín en bolsas de plástico, un motorista suizo que se encargó de perseguirlos les perdió la pista al cumplir escrupulosamente su deber y respetar los semáforos.

Tal como vino a indicar el atentado contra Haig, a comienzos de los años ochenta la segunda generación de terroristas de la RAF había decidido concentrar sus atentados contra la presencia militar

de Estados Unidos en Europa. El 31 de agosto de 1981, un coche bomba de gran potencia estalló frente al cuartel general de la Fuerza Aérea de Estados Unidos en la base de Ramstein, causando daños materiales por valor de más de siete millones de marcos alemanes. El 15 de septiembre atentaron contra la vida del general Frederick Kroesen, comandante enjefe de las fuerzas del ejército de tierra de Estados Unidos en Europa. Al detenerse su Mercedes blindado —el primer día en que lo usó— en un semáforo de Heidelberg, Christian Klar, quien llevaba varias semanas acampado en un bosque próximo a la carretera, disparó dos misiles RPG-7 de fabricación soviética, uno de los cuales, lanzado desde una distancia de 126 metros, explotó al impactar contra el maletero del coche del general. Kroesen tuvo suerte y salió ileso, hecho que en broma atribuyó a que los autores del atentado no hubieran utilizado armas de fabricación estadounidense.

La policía alemana también tuvo suerte. Un año después, dos buscadores de setas que recorrían un bosque cercano a Fráncfort dieron con un zulo dentro del cual se hallaron dos grandes cajas de plástico. Además de la Heckler & Koch que se utilizó para asesinar a los guardaespaldas de Schleyer, había noventa y un carnés de identidad, quince pasaportes, 55.000 marcos alemanes en metálico y unas cuantas Polaroids de Schleyer. Entre el millar de objetos que contenían las cajas se hallaron documentos cifrados y mapas en los que se indicaba la localización de once depósitos similares al primero. A pesar de las bajísimas temperaturas en esa época del año, se hizo un despliegue de dos mil oficiales de policía para vigilar esos depósitos. Los primeros terroristas que aparecieron con unas palas de plástico fueron Brigitte Mohnhaupt y Adelheid Schulz, detenidas en el acto por los hombres del GSG-9. Las dos mujeres llevaban una bolsa de plástico en la que se hallaba el subfusil ametrallador que se había utilizado en el asesinato de dos oficiales de aduanas holandeses dos años antes. Cinco días más tarde, unos policías de paisano, disfrazados de paseantes por el bosque, siguieron a Christian Klar cuando acudió a un depósito cuyo nombre

en clave era «Daphne». Fue rodeado por trescientos cincuenta policías que procedieron a su detención. Esta detención supuso efectivamente el fin de «la antigua RAF», tal como era conocida en círculos policiales, aunque con mayor exactitud habría que hablar de «la segunda generación».

Sin que lo supiera la policía de Alemania Occidental, las filas de la RAF ya se hallaban prácticamente desiertas debido a varios «abandonos», en alemán Aussteiger. En 1979, un total de ocho integrantes de la RAF habían indicado a las claras que ya no estaban dispuestos a seguir dedicándose a actividades terroristas, y entregaron simbólicamente sus armas a Klar o a Mohnhaupt. Algunos eran poco más que un manojo de nervios, otros se sentían culpabilizados por sus víctimas, en especial cuando se trataba de meros transeúntes atrapados en el fuego cruzado. Sigrid Sternebeck fue una de las que tuvo el realismo suficiente para comprender que vivían en «Europa Central, no bajo una dictadura fascista, con una población que a duras penas subsiste y que por tanto se halla madura para iniciar la revolución». Su colega Monika Helbing, una antigua enfermera, se sintió abrumada al pensar en sus camaradas muertos. El marido de Helbing, Ekkehard Freiherr von Seckendorff-Gudent, que desde 1977 había sido el médico de la RAF, también quiso abandonar el grupo.

Para la cúpula de la RAF, afrontar estos abandonos supuso un grave problema. Si los desertores eran detenidos por la policía, resultaba altamente probable que se dejaran vencer, puesto que ya habían dado muestras de sus escrúpulos y de su falta de fortaleza. Se habló de despachar al grupo a Angola o a Mozambique, perspectiva sin duda desoladora, aunque comenzaron a estudiar portugués. La terrorista Inge Veitt ideó una solución perfecta. Tras la segunda de sus espectaculares fugas de la prisión de mujeres de Lehrte Strasse, en Berlín —en la primera serró los barrotes, en la segunda se descolgó con unas mantas anudadas—, se le había encomendado la huida de dos terroristas del Movimiento 2 de Junio presos en la cárcel de Moabit, en Berlín. Al pasar por el aeropuerto

de Schónefeld, en Berlín Oriental, la detuvieron los policías de la aduana que, tras desarmarla, la entregaron al cordial y colorado capitán Harry Dahl, «Harry el Sucio», del Ministerio de la Seguridad del Estado. «¡Buenos días, camarada!», la saludó el oficial en su primer encuentro. Poco después, rearmada, Veitt regresó a Berlín Occidental por el S-Bahn. Harry y sus superiores, Erich Mielke y, en última instancia, el presidente Erich Honecker, resolvieron el problema de los ocho desertores de la RAF, a los cuales se les proveyó de nuevas identidades para que empezaran de cero una nueva vida en la República Democrática Alemana. Fueron varias las razones por las cuales la cúpula de la RDA quiso dar alojamiento a los terroristas.

Temían que algún grupo terrorista pudiera dar al traste con una gran ocasión de estado, como acababa de hacer Septiembre Negro en Múnich, y por ese motivo pusieron especial empeño en conocer el funcionamiento interno de esos grupos. También les tuvo que hacer ilusión contar con algunos de los más fieros adversarios de la República Federal acogidos bajo sus alas. Muy en especial, Mielke, que cuando era un joven militante comunista había asesinado a dos policías en Berlín en 1931, lo cual le obligó a huir a Moscú, y Honecker, que había estado en un campo de concentración nazi, tenían cierto sentimiento de afinidad por los camaradas en fuga. La línea oficial (entre la docena de personas que la conocían) era sencilla: si bien la estrategia era errónea, los terroristas de la RAF habían demostrado valor, línea que por otra parte pasaba por alto la razón de que los ocho estuvieran en la RDA. De este modo, el Departamento de Terrorismo de la Stasi se convirtió en protector de ocho terroristas germanooccidentales, a pesar de que los ocho se encontraban en una lista de 620 radicales a los que sus colegas de la policía de fronteras tenían la orden expresa de impedir la entrada en el país cuando éste se disponía a celebrar su trigésimo quinto aniversario. Hablando de aniversarios, la Stasi todos los años organizaba una reunión para los antiguos miembros de la RAF a los que había dado asilo. Tratándose de la RDA no iban a faltar ciertos

toques de corte orwelliano. Las casas en que residían los ocho estaban repletas de micrófonos y tenían los teléfonos pinchados. Tres de estos nuevos ciudadanos de la RDA asumieron el espíritu de la nación y pasaron a ser activos informadores de la Stasi, espiando a sus amigos y colegas. Fue imposible mantener sus identidades en secreto. Los vecinos se dieron cuenta de la enorme facilidad con que disponían de un Trabant nuevo, además de que no tenían que esperar nunca al fontanero; sus compañeros de trabajo, al ver la televisión germanooccidental, se dieron cuenta de que conocían bien a los terroristas en busca y captura cuyas fotos aparecían en los noticieros. Los ocho fueron prontamente detenidos por la policía de la nueva Alemana unificada y consolidada poco después de que en 1989 cayera el Muro de Berlín, aunque se les impusieron condenas mucho más llevaderas por los mismos crímenes por los que sus antecesores estaban condenados a cadena perpetua.

Sin que lo supieran los desertores, la Stasi también tenía en funcionamiento cursos de adiestramiento para una segunda generación de terroristas de la RAF, todos ellos muy activos. Desde 1980, Christian Klar, Adelheid Schulz, Helmut Pohl, Inge Veitt y otros realizaron viajes semestrales a la RDA, donde, disfrazados de soldados del Ejército Nacional Popular, recibieron entrenamiento en el manejo de las armas e instrucción en la fabricación de bombas a nivel militar. El momento culminante de esta situación llegó cuando la Stasi los dejó sueltos con unos lanzacohetes RPG-7de fabricación soviética. Utilizaron como diana un antiguo Mercedes con cuatro maniquíes —unos uniformes de faena rellenos de serrín— y un inquieto pastor alsaciano que dejaron dentro del coche para calibrar los efectos. El cohete traspasó el coche, despanzurrando a los maniquíes y abrasando al perro, al cual dio el tiro de gracia un oficial de la Stasi, La cooperación entre la delegación andterrorista de la Stasi y los terroristas de la RAF se prolongó hasta 1984, aunque la Stasi también dio facilidades al terrorismo estatal de Libia y de Siria en Alemania Occidental con posterioridad a este año. Parte de esta

experiencia de la Stasi se aplicó con efectos perniciosos gracias a una tercera generación de terroristas de la RAF adiestrados por sus predecesores.

El agotamiento debido a las detenciones y a los abandonos de la segunda generación de terroristas de la RAF no disminuyó por sí solo el problema que tenía Alemania con el terrorismo de la RAF. A finales de 1982 volvieron a producirse atracos a mano armada en los bancos, dando a entender que una tercera generación comenzaba su andadura. De esto hubo plena constancia cuando en julio de 1984 un electricista de edad avanzada, que estaba viendo el televisor en el sofá de su casa, oyó un ruido fortísimo en el piso de arriba. Media hora más tarde, una chica rubia apareció en la puerta de su casa y le dijo que estaba cuidando los gatos de un amigo que estaba de viaje, en cuyo piso había derramado sin querer un cubo de agua. Le preguntó si se había filtrado agua por el techo. No, pero poco más tarde el electricista vio que sí habían perforado el techo varios disparos. Cuando dos policías llamaron al piso en cuestión, encontraron a seis personas escondidas en una de las habitaciones. No habían llevado esposas suficientes para reducirlas a todas. Con asombro, la policía descubrió seis revólveres, 250 cargas de munición, una granada y grandes cantidades de dinero en metálico. Habían atrapado a Helmut Pohl, de cuarenta años, con cinco de los últimos terroristas reclutados por la RAF. También descubrieron más de ocho mil páginas de documentos, algunas con detalles de objetivos potenciales. A pesar de estas detenciones, en noviembre de 1984 dos hombres atracaron una armería de Ludwigshafen, llevándose veintidós pistolas, un par de rifles y 2.800 cargas de munición. La tercera generación de la RAF se estaba rearmando. Su campaña aún se prolongaría hasta 1998, aunque el momento culminante de la misma llegaría en 1992, cuando el grupo renunció formalmente al asesinato político.

La primera intentona de la tercera generación por cometer una atrocidad fue un fracaso. Apareció una bomba de doce kilos en un coche aparcado dentro de la academia de la OTAN en

Oberammergau. Un instructor alemán, alerta, se fijó en un soldado estadounidense de aspecto desaliñado, que abandonaba con prisas el lugar, y rápidamente preguntó a los guardias si el hombre había aparcado un coche en el recinto, que fue evacuado de inmediato. Un fallo técnico impidió que explotara la bomba. Los explosivos procedían de una cantera de Bélgica, donde los había robado el grupo terrorista francés Action Directe seis meses antes. Poco después, en un comunicado bilingüe se anunció que ambos grupos actuaban de forma concertada. Como si se tratara de demostrarlo, el 25 de enero de 1985 varios terroristas de Action Directe asesinaron al general René Audran, jefe de exportación de armas en el Ministerio francés de Defensa. La responsabilidad del acto la reclamó un comando llamado «Elisabeth van Dyck», en conmemoración de la terrorista de la RAF anteriormente abatida a tiros por la policía. Una semana después, una joven mensajera llamó al timbre de la casa de Starnberger See que tenía Ernst Zimmermann, director de MTU, fabricante de motores para los cazas Tornado y los tanques Leopard. La mensajera, con una nota que Zimmermann tenía que firmar, fue seguida por un joven armado, que tras atar a Zimmermann a una silla lo mató de un disparo. Fue obra del comando «Patsy O'Hara», así llamado por un terrorista del Ejército Irlandés de Liberación Nacional que había muerto a resultas de una huelga de hambre en la cárcel de Maze. En estos atentados hubo dos hechos significativos. Las víctimas no eran objetivos simbólicos, como Ponto o Schleyer. Eran lo que la RAF dio en llamar «portadores de funciones», esto es, hombres clave en sus respectivos sectores de la defensa militar. En segundo lugar, la nomenclatura tomada de los mártires internacionales por la causa tenía por finalidad forjar alianzas con otros grupos terroristas europeos, de modo que una «Guerrilla Europea Occidental» pudiera, llegado el caso, hacer frente de manera integrada a la Comunidad Europea y a la OTAN. La medida en que esta intención llegó a materializarse con éxito puede colegirse a partir del hecho de que al comando que realizó un atentado se le pusiera por nombre el

de «Vincenzo Spano» (terrorista de Action Directe que estaba vivo en una cárcel francesa) cuando en realidad quiso conmemorar a Ciro Rizatto, terrorista de las Brigadas Rojas muerto en el curso de un atraco a un banco. La RAF corrigió el error en un comunicado posterior[147].

En agosto de 1985, la tercera generación hizo estallar una bomba de 126 kilos en un coche, dentro de la base aérea estadounidense de Rhein-Main, en Fráncfort, matando a dos norteamericanos e hiriendo a otros veintitrés. La noche de la víspera, una atractiva alemana se ligó a un joven soldado estadounidense, de veinte años de edad, en el Western Saloon de su base de Wiesbaden. A la mañana siguiente apareció el cadáver con un tiro en la nuca. Lo habían matado para que la RAF pudiera servirse de su documento de identidad e introducir así la bomba en la base de Fráncfort. Para asesinar a Karl Heinz Beckurts, uno de los más destacados industriales de Alemania y defensor de la energía nuclear, junto con su chófer (los dos parecían marionetas achicharradas y ensangrentadas cuando los encontró la policía), se empleó una bomba colocada en la carretera. Las Unidades de Combate de la RAF atentaron simultáneamente contra objetivos puramente materiales, incluidas las oficinas del servicio secreto alemán en Colonia. El 10 de octubre de 1986 los terroristas de la RAF ejecutaron a Gerold von Braunmühl, subsecretario del ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, cuando llegó tarde a su casa del trabajo en un taxi. La autoría del atentado la reclamó el comando «Ingrid Schubert», en conmemoración de la terrorista de la RAF que se había ahorcado en la prisión muniquesa de Stadelheim tres semanas después del suicidio en grupo en Stammheim. Cuando la RAF afirmó que se había elegido a Braunmühl por su estatus representativo —la RAF apuntaba entonces al Estado en sí, y sobre todo a los que tenían relación con la «Comunidad Europea pangermana»—, los hermanos del difunto publicaron una conmovedora carta en el principal periódico alemán de izquierda, preguntando quién les había designado para asesinar

a nadie. Poco después, Action Directe asesinó a Georges Besse, directivo de la Renault, en lo que resultó ser el fin del grupo. En febrero de 1987, la policía francesa detuvo a cuatro líderes de Action Directe en una granja cercana a Orleans. Así cesó toda cooperación con la RAF.

El 20 de septiembre de 1988, unos francotiradores de la RAF disfrazados de técnicos de carreteras fallaron por muy poco en su atentado contra el secretario de Estado de finanzas, Hans Tietmeyer, cuando iba con su chófer a su lugar de trabajo. Un año más tarde acertaron por desgracia de lleno cuando una bomba de siete kilos instalada en una bicicleta aparcada acabó con la vida de Alfred Herrhausen, alto directivo del Deutsche Bank, cuando se desplazaba hacia su trabajo en un convoy de tres vehículos blindados. Siendo uno de los empresarios más carismáticos de Alemania, a Herrhausen lo llamaba afectuosamente «Don Alfredo» su amigo el canciller Kohl. El atentado había sido planeado meticulosamente, con terroristas que se hicieron pasar por obreros de caminos para tender un cable conectado a un sistema de rayos infrarrojos que detonó la explosión en el momentó en que el coche de Herrhausen atravesaba el hilo de conexión entre el sensor lumínico y un reflector. Los terroristas habían descubierto además una forma de concentrar con toda precisión el efecto de la explosión en el asiento trasero del coche. La policía señaló que Herrhausen habría muerto aunque hubiese viajado en un tanque. Sus asesinos nunca han sido detenidos. Es posible preguntarse de dónde pudieron obtener la pericia necesaria para este atentado si no fue en la RDA. El 27 de julio de 1990, Hans Neusel, el secretario de Estado del Ministerio del Interior y responsable de la seguridad interna, se libró por muy poco de morir cuando estalló una bomba a su paso en un coche. El hecho de que fuese él conduciendo le salvó la vida, ya que los terroristas habían supuesto que viajaría en el asiento de atrás de un coche conducido por un chófer. Tras el estallido de la primera guerra del Golfo en enero de 1991, unos cuantos terroristas de la RAF, parapetados en la orilla del Rin, en Kónigswinter, abrieron

fuego contra la embajada de Estados Unidos en Bonn, destrozando las ventanas y causando la alarma entre las limpiadoras antes de desaparecer a toda velocidad en un Volkswagen Passat.

El año 1992 por fin trajo consigo desarrollos significativos que indicaron con claridad que el fin de la violencia terrorista estaba a la vuelta de la esquina. A despecho de una enconada oposición, pero de acuerdo con los consejos del servicio secreto, Klaus Kinkel, ministro de Justicia, anunció que el Estado debía estar preparado para la «reconciliación» en los casos en los que fuera indicado y poner en libertad a ciertos presos por actos de terrorismo a cambio de que la RAF renunciara a la violencia. No fue una concesión tan grande como temían los conservadores, puesto que todos los presos tenían derecho a libertad bajo fianza por haber cumplido dos terceras partes de sus condenas, quince años en el caso de quienes estuvieran condenados a cadena perpetua. Kinkel y sus asesores quisieron de este modo deshacer el nudo gordiano según el cual la situación real o imaginaria de los presos de la RAF servía como principal acicate en el reclutamiento de los futuros terroristas. El servicio secreto además estuvo de acuerdo con el deseo de los presos de estar en una sola cárcel, aunque por razones distintas. Teniendo en cuenta la facilidad con que incluso un grupo reducido de terroristas era capaz de hacerse dueño de una prisión, se trataba de un riesgo bien calculado. Tuvieron ante todo la esperanza de que estas medidas políticas sirvieran para dividir y disociar a los presos terroristas, para generar desacuerdos entre los partidarios de la línea dura y los moderados, para debilitar en suma a la organización. Este gesto exigió una respuesta por parte de la RAF en abril de 1992. Dando a entender con descaro que Kinkel había puesto de relieve ciertas divisiones dentro del aparato de la organización, la RAF muy a su pesar reconoció que el mundo había cambiado desde el hundimiento del socialismo y el final de la Guerra Fría. Asimismo, reconoció que contaba con muy poco apoyo público, con ninguno más bien, para su campaña de terror. El grupo prometió una «reducción en la escala» de su campaña y el cese de

los asesinatos de las figuras destacadas del mundo empresarial o del gobierno. Un comunicado más extenso se publicó en agosto, con una renuncia más explícita al asesinato político. Entre comienzos de 1992 y septiembre de 1993, las autoridades pusieron en libertad a nueve terroristas de la RAF.

Esto no supuso el fin automático de los atentados de la RAF, como resultó evidente, y de manera dramática, en la noche del 26 al 27 de marzo de 1993, cuando un grupo de enmascarados de la RAF asaltó una cárcel recién construida, cuya inauguración estaba programada para cinco días después. Además de tres guardias de seguridad que estaban bebiendo unas cervezas, y de siete funcionarios de prisiones que, para ahorrar dinero, estaban durmiendo en las celdas por lo demás vacías, el edificio estaba desierto. Si bien la prisión tenía un muro perimetral de seis metros de altura, el equipo de la RAF empleó escaleras de aluminio y de cuerda para salvar el obstáculo. Atados los vigilantes de seguridad y los funcionarios, e introducidos en un camión Volkswagen, las razones de este extravagante ataque contra una cárcel vacía resultaron patentes. Los terroristas introdujeron un camión verde en el recinto de la prisión. Poco después de las cinco de la madrugada estallaron cinco bombas distintas, un total de al menos 200 kilos de explosivos, que prácticamente demolieron el edificio, causando pérdidas y daños por valor de 123 millones de marcos alemanes que exigieron cuatro años de trabajos de restauración. En ese mismo año se produjo un éxito policial con la captura de terroristas de la tercera generación de la RAF, éxito que sin embargo se tradujo en un desastre. El servicio secreto había logrado infiltrar a un agente en el caldo de cultivo de la RAF, el cual logró ganarse la confianza de Birgit Hogefeld, otra licenciada de los comités contra la tortura, y de su pareja, Wolfgang Grams, que eran los líderes principales de la tercera generación.

Tras una serie de encuentros puntuales, el agente y Hogefeld se pusieron de acuerdo para reunirse en una pequeña localidad de Mecklenburg-Pomerania, en donde Hogefeld tenía previsto pasar

unas cortas vacaciones. En junio de 1993, el agente y Hogefeld pasaron un fin de semana en un húmedo búngalo de la costa, observados por un número considerable de policías secretos que también escucharon sus conversaciones por medio de micrófonos ocultos. El plan para detener a Hogefeld cuando iba a tomar el autobús en la estación fue abortado en el último instante para ver con quién iba a reunirse. En una pequeña localidad llamada Bad Kleinen, a Hogefeld y al agente se les sumó Wolfgang Grams. La policía decidió activar la trampa, nombre en clave Operación Vendimia. Cuando los tres se marchaban de un café, siete hombres con vaqueros y blusones rodearon a Hogefeld, mientras un «pasajero» le ponía la pistola al cuello y le gritaba: «¡Manos arriba!». Wolfgang Grams reaccionó más deprisa, echando a correr por los escalones del andén y sacando una pistola de 9 milímetros. Acertó con cuatro tiros a Michael Newrzella, de veinticinco años, uno de sus perseguidores y agente del GSG-9, que murió más tarde. Hubo un combate encarnizado entre Grams y los demás miembros del GSG-9, en el transcurso del cual se dispararon cuarenta y cuatro tiros. Una mujer que conducía un tren fue herida en un brazo. Malherido, Grams quiso huir por las vías hasta que se desplomó. Hubo cierta polémica en torno a si los hombres del GSG-9 le dispararon dos tiros de más en la cabeza, aunque la investigación del caso los dejó libres de cargos. Lo cierto es que, herido de gravedad, Grams se suicidó.

Los dramáticos sucesos de Bad Kleinen supusieron efectivamente el final de la RAF. Con Hogefeld detenida y Grams muerto, era posible que a lo sumo hubiera otros tres terroristas de la RAF fugados en algún lugar de Alemania, aunque no se pudo saber con certeza. Hubo agrias divisiones entre los presos de la RAF, algunos de los cuales quisieron firmar la paz con las autoridades, dejando a un grupo reducido e implacable al mando de Brigitte Mohnhaupt. A mediados de los años noventa, la muy temida organización terrorista sólo tenía presencia en las cartas de los lectores publicadas en los periódicos y las revistas de izquierdas, en

los que trataba de poner en claro tal o cual cuestión de detalle histórico. En 1997, algunos ex miembros de la RAF mantuvieron una reunión en Zúrich. Al ver sus rostros ya mediada la vida, rostros cuyas versiones juveniles habían adornado tantos carteles policiales por ser retratos de criminales en busca y captura, los periodistas se acordaron de algo parecido a una reunión de profesores de instituto, o de politécnico, ya envejecidos, que al menos sabían identificar con precisión dónde había comenzado aquella engañosa plaga roja, esto es, en las universidades izquierdistas del mundo occidental. El 20 de abril de 1998 se recibió un breve comunicado en la agencia Reuters: «Hace casi veintiocho años, el 14 de mayo de 1970, la RAF apareció en el curso de un acto de liberación. Hoy hemos concluido aquel proyecto. La guerrilla urbana, en la forma que tuvo la RAF, hoy es historia». Seguían cinco hojas mecanografiadas a un solo espacio, un exhaustivo repaso de la historia de la RAF. Se honró a los veintiséis activistas «muertos en la lucha armada». Ya retirado, Horst Herold, que había hecho más que nadie para combatir la criminalidad de la RAF, comentó que ese comunicado era «la lápida que la propia RAF ha puesto en su tumba».

Pero no fue del todo así, porque el 30 de julio de 1999 se utilizaron un todoterreno y un Volkswagen Passat para bloquear el paso de un vehículo blindado que recaudaba el dinero de los bancos de Duisberg-Rheinhausen. Los vigilantes de seguridad se encontraron frente a una bazuca que esgrimía uno de los asaltantes enmascarados. Los ladrones se llevaron un millón de marcos. Es posible que la tercera generación hubiera resuelto ocuparse de sus pensiones, ya que desde entonces no ha habido otras señales de vida de la Facción del Ejército Rojo. En cambio, es mucho lo que se ha sabido de Horst Mahler. Gracias a la intervención de Gerhard Schróder, a Mahler se le permitió reanudar en 1988 sus actividades comerciales. Al cabo de una década volvió a tener actividad política. Volvió a sus raíces. En 2000 se alistó en el NPD, de extrema derecha. Su gesto finalmente incitó a sus colegas a expulsarlo de la asociación de abogados, en una respuesta curiosamente dúplice

ante la criminalidad de signo comunista y la delincuencia de signo nazi que caracteriza a la izquierda en general. Mahler pasó activamente a negar la realidad del Holocausto, combinando el antisemitismo radical con el odio hacia Estados Unidos, que equiparaba a Israel. En su condición de abogado, posteriormente se especializó en defender a quienes negaban el Holocausto. En 2004 fue privado de su derecho a ejercer la abogacía, y tuvo que comparecer varias veces ante los tribunales por sus virulentas muestras de agitación antisemita. Escribió un libro con un antiguo soldado de las SS, Franz Schónhuber, líder del llamado Partido Republicano, con el título de *Un final al odio de Alemania por sí misma*, título más adecuado para la propia historia de la RAF[148].

A estas alturas, en lo que parece la victoria inapelable del capitalismo consumista, la RAF ha pasado a ser otra marca comercial. Hay varios libros de fotografías, libros de los llamados *coffee table*, con amplio despliegue gráfico sobre el grupo en sus años de máxima actividad, entre ellos el de Astrid Proll, titulado *Hans und Orete* o, en su versión inglesa, *Pictures on the Run 67-77*, Cuando se celebró una exposición titulada *Crash* en el Instituto de Arte Contemporáneo de Londres, en la que se pudo ver una sección sobre el «Radical Chic», un diseñador dio en el clavo al presentar una nueva colección con el eslogan «Prada Meinhof» y la silueta de un AK-47 impresa en la pañoleta que lucía una modelo[149].

EL TERROR EN LOS PAÍSES PEQUEÑOS

«AFILADA COMO UN HACHA Y SIGILOSA COMO UNA SERPIENTE»: ETA

Los vascos han habitado los 22.000 kilómetros cuadrados de una región que se extiende por la frontera franco-española y que llaman Euskal Herria desde hace mucho tiempo. Exactamente cuánto es un tema sujeto a discusión. Muchos nacionalistas vascos alegan que su presencia es aborigen. Hay antropólogos vascos que creen que éstos descienden de seres bípedos que habitaban cuevas y llegaron a adquirir forma humana sin que durante su evolución tomaran contacto con nadie más. El hecho de que el lenguaje vasco, el euskera, sea autóctono, es decir, que no esté relacionado con las lenguas indoeuropeas de sus vecinos de Europa, sirve para alimentar aún más el sentimiento de singularidad. Contribuye igualmente la convicción de haber sido víctimas del colonialismo español, un agravio que los vascos analizan compulsivamente, como quien usa la lengua para tantear un diente cariado[150].

Los vascos creen en una versión política de la caída de la gracia original, de la pérdida de las libertades históricas. La única vez en la que el País Vasco fue una entidad política individual data de cuando estuvo incluido dentro del Reino de Navarra. En la Edad Media los reyes castellanos se anexionaron su territorio, otorgando a los

vascos derechos particulares (fueros). Con el fin de neutralizar a los batalladores señores de la guerra vascos, los monarcas castellanos concedieron derechos nobiliarios a los habitantes de las provincias vascas, Guipúzcoa y Vizcaya. Esto significaba que los vascos eran «hidalgos» con el derecho a servir en la administración del incipiente imperio español. Quedaban exentos del servicio militar y disfrutaban de importantes privilegios fiscales regionales. No había tasas a la importación de los productos extranjeros que entraban en la región, a la vez que los vascos conservaban la capacidad de gravar los productos agrícolas procedentes del resto de España.

En el siglo XIX estas medidas proteccionistas ya no eran apropiadas para los manufactureros vascos de las prósperas ciudades industriales pero ponían a salvo los medios de subsistencia de muchos campesinos humildes. Otra línea de división, esta vez política, se abrió con las dos guerras carlistas de 1833-1840 y 1873-1876. La sucesión a la Corona española fue cuestionada por un bando liberal, que respaldaba la línea femenina representada por Isabel, todavía una niña, mientras que los reaccionarios navarros se aglutinaron en torno a su tío don Carlos. El campo luchó por Dios y por el rey —ya que, como punto de partida de la reconquista medieval y origen del fundador de los jesuítas, san Ignacio de Loyola, el campo vasco era católico militante— mientras que los habitantes urbanos de Bilbao y otras ciudades apoyaban a los liberales. Los liberales abolieron los fueros, excepto en Navarra, que se las arregló para conservarlos, lo que condujo a una acusada actitud de distancia entre Navarra y el resto de las provincias vascas. Así, mientras que los vascos reclaman a Navarra como su centro histórico, la mayoría de los navarros, incluyendo aquellos que hablan euskera, no se consideran a sí mismos como primeramente vascos. La ruptura generalizada del orden público en España tras estas guerras condujo a un aristócrata navarro a fundar la Guardia Civil, con sus peculiares tricornios que, irónicamente, a ojos de los nacionalistas se convirtieron en el

símbolo más visible del gobierno colonial español en estas provincias del norte.

La emigración hacia las ciudades —en 1900 Bilbao había triplicado su población— provocó que el español se convirtiera en la *lingua franca* en las calles. A diferencia del catalán, que un español puede aprender fácilmente de manera informal, el vasco es tan sui géneris que requiere un esfuerzo significativo, comparable al aprendizaje del finlandés o el húngaro. Aunque el euskera sobrevivió en las zonas rurales, la lengua tendía a morir en los lugares donde la sociedad era más dinámica, para horror de la clase media vasca. Esta se sentía marginada en su propio país por los proletarios socialistas hispanohablantes, cuyas blasfemias también ofendían a su fe, y por una avariciosa oligarquía local que tenía más tiempo para dedicar a sus socios comerciales británicos que a sus conciudadanos.

En este momento entra en escena Sabino Arana (1865-1903), hijo de un constructor de barcos y fundador del Partido Nacionalista Vasco o PNV en 1895. Arana creía que los vascos eran una raza distinta, con grandes narices y una mayor proporción de personas con Rh negativo en la sangre que el resto de la población española. Se movía en arenas aparentemente menos movedizas, al menos en lo que a nosotros respecta, al alegar que los vascos tenían leyes únicas y su propio lenguaje, aunque eso pasaba por alto a aquellos vascos urbanos y liberales que habían defendido la abolición de los fueros como un obstáculo para la industria. Arana usó la Union Jack británica como modelo para la «antigua» bandera vasca, la *ikurriña*, excepto que ésta es roja, verde y blanca.

El deporte era una parte fundamental de la característica cultura local. Existían juegos comunales, que recordaban a los de las tierras altas de Escocia. Incluían el levantar y hacer rodar enormes piedras redondas sobre los hombros, la escalada, y la versión vasca del juego de la pelota, conocida como *jai alai*, en el que se lanza una bola contra las paredes de la pista por medio de una cesta curvada

de mimbre que sale de la mano. Otras entretenidas actividades incluyen el remo, tirar de una cuerda y darse cabezazos unos a otros (un pasatiempo nacional también en Glasgow), o arrastrar y empujar una gran piedra rectangular atada a dos bueyes. Los vascos son además dados a un tipo de improvisación poética parecida al rap, y tienen un peculiar instrumento musical llamado la *txalaparta* (las dobles consonantes son también típicas del euskera). Existe una cocina característica, que a menudo incluye el buey, el pescado y los frutos de mar, lo que puede explicar porqué los terroristas de ETA han atacado en dos ocasiones un restaurante situado cerca de Biarritz, en el País Vasco francés, del galardonado chef Alain Ducasse, obligándole a dejar de hacer negocios en la zona. Supuestamente se le consideraría culpable de reducir la cultura vasca a la industria del folklore[151].

El catolicismo vasco era también de la vertiente dogmática y contrarreformista del norte y rehuía al supersticioso y semipagano sur andaluz en formas que resultarían familiares para un francés o un italiano del norte. A diferencia de Irlanda, donde los curas católicos se han limitado a «animar» al IRA, aunque sólo un diminuto contingente ofrecía apoyo logístico a los terroristas, ETA ha incluido un importante número de antiguos seminaristas que aportaron una determinación moralizadora al asesinato de personas. También se usaron seminarios y lugares de retiro para albergar reuniones secretas de la organización. Por último, son los datos económicos los que desestiman cualquier asociación general entre la necesidad económica y el terrorismo. Arana describió la inmigración española como «una invasión de los socialistas y ateos españoles», sugiriendo que si esto era colonialismo, era un colonialismo de los pobres. Históricamente, las provincias vascas han sido mucho más ricas que España en su conjunto, con la excepción de Cataluña, que también tiene un poderoso movimiento separatista (no violento). Tanto los vascos como los catalanes eran gentes laboriosas que miraban con condescendencia a la retrasada, indolente y estirada zona central castellana desde su posición de

superioridad comercial. El País Vasco era un lugar rico, con empresas de armas, bancos, minas de mineral de hierro, astilleros y acero procesado. En 1969 Guipúzcoa, Vizcaya y Álava se situaron en primer, segundo y tercer lugar entre las cincuenta provincias españolas en cuanto a renta per cápita, con Navarra cerca en la séptima posición. Sentían que su productividad se gravaba de manera poco equitativa con el fin de mantener a los holgazanes y despilfarradores aristócratas castellanos del sur [152].

El PNV era un partido nacionalista vasco y cristiano que en vísperas de la Guerra Civil encontraba oposición tanto en la derecha como en la izquierda. A la izquierda le molestaba la creación por parte del PNV de un sindicato nacionalista con el que competía por el mismo electorado de clase trabajadora, mientras que la derecha pensaba que los vascos formaban parte de una conspiración roja y judeomasónica para romper España. Aunque los vascos podían haber logrado el tipo de autonomía que la Segunda República había concedido a Cataluña, el feroz anticlericalismo de los defensores anarquistas de la República condujo a que hubiera malas relaciones y posteriormente a un repentino bandazo a la izquierda cuando la derecha llegó al poder en 1934 con el eslogan «Mejor una España roja que una España rota». Mientras los implacablemente reaccionarios carlistas respaldaban a los militares rebeldes en 1936, el PNV se mantuvo del lado de la República en el aislamiento que los rebeldes consiguieron imponer en las provincias vascas, incomunicadas con las principales áreas de apoyo republicano en torno a Madrid. Los vascos lograron autonomía durante un breve periodo, tras el juramento de su primer presidente, en una ceremonia celebrada en torno al viejo roble de la ciudad de Guernica, que poco después sería aniquilada por la Luftwaffe. El 19 de julio de 1937 el general Mola tomó Bilbao. Los batallones nacionalistas vascos se rindieron a los aliados italianos de Franco con la vana esperanza de evitar la venganza que éste impuso a sus antiguos oponentes. Las provincias vascas fueron ocupadas de una manera que la anterior mitología vasca no podía siquiera haber

imaginado. La política estadounidense hacia Franco, quien como dictador fascista fue marginado, resultó crucial. La CIA se interesó por el PNV, a la vez que se enviaba a un coronel de Estados Unidos para entrenar a guerrilleros vascos en un campamento en las afueras de París. Cuando, a causa de las exigencias de la Guerra Fría, Estados Unidos decidió conservar a Franco en su puesto, éste pudo ejercer la represión sobre los vascos con impunidad.

Los vascos se vieron sujetos al control militar y la lengua vasca fue proscrita en la enseñanza y la vida social. Se prohibió a los sacerdotes utilizarlo en sus celebraciones y sermones, mientras que la gente tenía que usar español en público incluso en lugares que eran totalmente vascohablantes. Dando un paso más allá en lo que algunos llaman lingüicidio —esto es, la erradicación total de su lenguaje e identidad histórica—, se prohibió a los vascos dar a sus hijos nombres que fueran identificables como tales, como Jon en lugar de Juan.

ETA son las siglas de Euskadi Ta Askatasuna, es decir, Patria Vasca y Libertad. Fue fundada, como EKIN, el verbo vasco que significa «actuar», en 1952 por jóvenes seguidores del PNV pertenecientes a grupos de debate de la universidad de Deusto, en Bilbao. Enjulio de 1959 cambiaron su nombre a ETA, rompiendo con el partido porque les parecía demasiado acomodaticio respecto a Franco. La gestación de ETA como organización terrorista activa resultó prolongada, en parte porque sus principales líderes fueron detenidos antes incluso de que la campaña hubiera echado a andar, pero también porque sus diferentes facciones se dedicaron a mantener interminables discusiones durante la celebración de las asambleas (y entre éstas) que supuestamente establecían las políticas del grupo de la misma manera que lo hacía el Ard Fheis del IRA/Sinn Fein.

Tres tendencias fundamentales luchaban por el poder en el seno de ETA. Los tradicionalistas, entre los que destacaba José Luis Alvarez Enparanza «Txillardegi», hacían hincapié en los factores etnológicos y lingüísticos, señalando que ETA debería acoger a

todos aquellos que hablaran vasco independientemente de su clase o riqueza. En contraste, Paco Iturrioz y otros abrazaban el marxismo de la Nueva Izquierda, con el deseo de que se produjera una lucha de clases junto a los trabajadores españoles, una lucha que se libraría en oposición también a la oligarquía vasca. Esto llevó a que se les tachara de «españolistas», lo que no era ningún halago en los círculos vascos. Fueron también acusados de *attentisme* revolucionario —de esperar a que fueran los propios engranajes de la historia los que avanzaran rechinando— y de trotskistas por los llamados *tercermundistas* que se mostraban entusiasmados con las luchas de las guerrillas en Argelia o Vietnam. Su principal portavoz era Federico Krutwig Sagredo, hijo de un industrial alemán que vivía en Bilbao. Esta tercera autoproclamada vanguardia revolucionaria se llevó el gato al agua, expulsando a los supuestos trotskistas, mientras que los nacionalistas culturales tomaron su propio camino.

A pesar de la impetuosa retórica del Che Guevara, las actividades iniciales de ETA no diferían mucho de las que emprenden los estudiantes en cualquier lugar: pintarrajear eslóganes o las siglas «ETA» en las paredes y ondear subrepticiamente la bandera vasca roja, blanca y verde. Cuanto más se manifestaba alguien, más susceptible era de ser salvajemente apaleado por la Guardia Civil, que no era conocida por su comedimiento. Si buscas pelea, tiendes a encontrarla, como recordaba un destacado miembro de ETA:

> Hace diez años, en las fiestas de Aya, yo llevaba un gorro con cuatro lazos colgando. Ellos [la policía] me agarraron, me quitaron las cintas y se llevaron mi carné de identidad, y me dijeron que viniera a Ataun al día siguiente para recuperarlo. Fui allí y me hicieron volver a casa y regresar con el gorro. Me abofetearon un poco y me gritaron. Y tuve que permanecer callado. Los lazos eran de los colores vascos. Me pusieron una multa de quinientas pesetas y me dejaron marchar

[153].

La participación en huelgas y manifestaciones se prohibió en toda España, y conllevaba una severa respuesta de la policía, que en las provincias vascas era igualmente brutal ante cualquier muestra de conciencia nacional separatista. La represión llevó a los militantes vascos a abandonar las calles de las ciudades por las colinas y montañas donde podían alegar convincentemente que estaban dedicándose a la escalada o al senderismo. La integración en ETA se hacía frecuentemente a través de la cuadrilla de amigos, es decir, el grupo de chavales que salen juntos desde la infancia, y cuyos vínculos eran más estrechos que los de las extensas familias vascas. Los reclutadores de ETA identifican a candidatos apropiados, y después pasan meses preparándoles, mediante tareas de riesgo creciente, hasta que se convierten en miembros hechos y derechos de la organización terrorista. Es un proceso en ocasiones muy prolongado, que presenta oportunidades para el abandono, más que el resultado de un entusiasmo precipitado en el calor del momento.

El 18 de julio de 1961 ETA intentó hacer descarrilar un tren que transportaba a veteranos del bando nacional de la Guerra Civil a las conmemoraciones por su veinticinco aniversario que se celebraban en San Sebastián. El ataque fracasó miserablemente. En respuesta, no miembros de ETA fueron detenidos y torturados, antes de recibir condenas de cárcel de entre quince y veinte años. Otro centenar aproximado de simpatizantes huyó por la frontera a Francia, cuyas tres provincias vasco-francesas —Soule, Labourd y Basse-Navarre — se convirtieron en un santuario para ETA a pesar de que la mayoría de los vascos franceses rechazan la política de la organización. Por supuesto, el muy centralizado Estado francés nunca ha concedido a sus vascos ni un ápice de autonomía.

En el exilio, la cúpula superviviente de ETA formó un comité ejecutivo, con cuatro frentes subordinados para finanzas, política, lucha armada y cultura. Adoptaron un plan de ocho años, en el que

la propaganda y el entrenamiento resultarían en una escalada de ataques terroristas diseñados para hacer estallar una completa guerra de guerrillas. La Cuarta Asamblea, celebrada en secreto en España en 1965, fue también testigo de la adopción de la teoría sobre la espiral de violencia basada en el principio de acción-represión-acción. Cada ataque terrorista provocaría una respuesta cada vez más potente, cuya violencia aleatoria haría aumentar la cantidad de seguidores de ETA. En esa época esta estrategia tenía muchos partidarios entre algunos revolucionarios que aparentemente imaginaban estar dirigiendo una obra teatral en la que controlaban cada acción y reacción de los actores. En el caso de los Montoneros en Argentina y los Tupamaros en Uruguay, estos cálculos demostraron ser desastrosos, el tipo de cosas con que los estudiantes de clase media fantasean subestimando lamentablemente las fuerzas oscuras que despertaron con sus lúdicas iniciativas a lo Robin Hood. En Uruguay condujo a la sustitución de la única democracia de América Latina por un Estado policial, mientras que en Argentina el ejército aniquiló la disidencia mediante torturas o desapariciones, incluyendo el lanzamiento de los sospechosos desde helicópteros[154].

ETA se sometió a algunos cambios de organización, destacando la creación de una rama activista de una treintena de hombres, bajo Javier «El Cabra» Zumalde, que se entrenaba en el monte para emprender la lucha armada. Esto resultaba atípico ya que la mayoría de los terroristas operaban en un radio de cinco a veinte kilómetros en torno a sus casas y tenían empleos normales entre ataque y ataque, que solían tener lugar en intervalos de medio año. Se crearon otros comandos para robar bancos, aunque el primer intento en septiembre de 1965 acabó con la detención de la mayoría de los atracadores. Los robos armados y los intercambios de disparos se hicieron más frecuentes en el periodo 1965-1968. aunque sólo murió una persona, en contraste con los varios heridos que dejaron esos episodios, que invariablemente se convertían en tiroteos. El 7 de junio de 1968 un guardia civil dio el alto a un coche

en el que viajaban dos activistas de ETA en un control de carretera a la altura del pueblo de Aduna. Uno de ellos disparó y mató a un guardia civil llamado José Pardines; horas después, en su huida, se topó con otro control en el que la Guardia Civil sacó a Txabi Etxebarrieta del automóvil y le disparó junto a la carretera. Su cómplice, Iñaki Sarasketa, escapó, pero fue capturado, torturado y condenado a pena de muerte, luego conmutada por la de cadena perpetua. Salió de la cárcel en 1977. La muerte de Etxebarrieta sirvió de pretexto para la celebración de conmemoraciones masivas y manifestaciones y para la provocación de disturbios en las calles de San Sebastián, Eibar y Pamplona. San Txabi se convirtió en un imán para futuros reclutamientos.

ETA decidió sacar partido a esta agitación, buscando provocar la reacción que convertiría las manifestaciones en una sublevación. El 2 de agosto de 1968 pistoleros de ETA asesinaron al jefe de policía Melitón Manzanas, un hombre no precisamente conocido por su caritativo tratamiento de los sospechosos de terrorismo, mientras volvía a su casa de Irún. En parte porque llovía con fuerza, nadie pudo identificar con certeza a los asesinos. Franco respondió declarando el estado de excepción en la provincia de Guipúzcoa, que en enero de 1969 se extendió a toda España. Unas dos mil personas fueron arrestadas en las provincias vascas, incluidos Gregorio López Irasuegui y su mujer embarazada Arantxa Arruti, una pareja de la que se sospechaba su implicación en el asesinato de Manzanas. A pesar de su estado, Arruti fue torturada por la policía, lo que le provocó un aborto. Su marido, que había quedado en libertad sin cargos, fue capturado de nuevo cuando junto a otro activista intentó asaltar la prisión de Pamplona para liberarla. Los expertos en balística establecieron que la metralleta checa que llevaba su cómplice encajaba con el arma que había sido usada para disparar al comisario Manzanas. Esta cadena de acontecimientos condujo a la detención de varios dirigentes de ETA, incluidos dos curas católicos que pertenecían al grupo ilegal. Posteriores redadas sirvieron para atrapar a prácticamente la

totalidad de los líderes de ETA, aunque José María Eskubi se las arregló para escapar a Francia.

Un tribunal militar juzgó a importantes figuras de ETA que pasaron a ser conocidas como los «Dieciséis de Burgos». Los fiscales solicitaron nueve penas de muerte para seis condenados y penas de cárcel que en conjunto sumaban setecientos años, demandas que atrajeron la atención nacional e internacional en el proceso. Los acusados procuraron politizar el juicio, que duró seis días, despidiendo a sus abogados y leyendo llamamientos a favor de la autodeterminación de los vascos, demandas salpicadas con cánticos revolucionarios. Los jueces militares blandieron sus sables ceremoniales. Más allá de la sala del tribunal, hubo disturbios en ciudades vascas que condujeron a violentos enfrentamientos con la policía, y una rama disidente de ETA secuestró a Eugene Beihl, cónsul honorario de Alemania Occidental en San Sebastián. Todo esto estaba diseñado para influir en la elaboración de la sentencia después de que el tribunal hubiera encontrado culpables a todos los acusados con la excepción de Arruti. Unos pocos países rompieron relaciones diplomáticas con España, mientras llegaban peticiones de clemencia del papa Pablo VI y de Jean-Paul Sartre. Los pintores Joan Miró y Antoni Tapies unieron sus demandas a las de los trescientos catalanes que se encerraron en el monasterio de Montserrat en señal de protesta. Beihl fue liberado cuatro días antes de que se leyera la sentencia. Seis hombres fueron condenados a muerte y el resto a 341 años de cárcel. El 30 de diciembre Franco conmutó las penas de muerte por condenas de 30 años de prisión. Las manifestaciones celebradas en apoyo al régimen le inclinaron inusitadamente hacia la clemencia en víspera de Nochevieja porque las actividades de ETA fueron responsables de un resurgimiento de la extrema derecha española dentro de un franquismo por lo demás decaído.

El hecho de que ETA sobreviviera se debió a la convicción de su brazo militar (ETA-m) de que sólo la violencia sostenida detendría la pérdida de miembros a favor de otras agrupaciones de izquierda

que ocurría siempre que se ponía el acento en la lucha política. ETA-m se vio enormemente reforzada cuando en 1970 un sector del a la joven del PNV, Egi-Batasuna, se pasó a la banda, lo que proporcionó el capital humano necesario para una renovada violencia entre 1972 y 1975.

El brazo militar se componía de entre cincuenta y sesenta terroristas activos organizados en comandos de cinco o seis hombres, con una mesa directiva de quince, en el núcleo de la cual había un comité ejecutivo de cuatro personas. Atacaban los negocios y hogares de conocidos miembros de la derecha en San Sebastián y otras ciudades de la región vasca. En un nuevo avance, secuestraron a un industrial llamado Lorenzo Zabala Suinaga para influenciar el resultado de la disputa laboral que le había llevado a despedir a 154 huelguistas de su fábrica PreciControl. ETA exigió la devolución de sus puestos de trabajo, una compensación, una subida salarial y el reconocimiento de su sindicato. Estas condiciones fueron aceptadas y se liberó a Zabala. Once hombres fueron detenidos en relación con este asunto, todos con edades entre los veintidós y los treinta y seis años, y con profesiones que iban desde la de carnicero, pintor y decorador, o conductor de camión, a la de estudiante. Uno de ellos era un seminarista benedictino llamado Eustaquio Mendizábal Benito «Txikia», que dirigió ETA durante esta fase, organizando sus robos a bancos y secuestros. Murió de un disparo de la policía en una cita con otro etarra en una estación de tren de Algorta en abril de 1973.

En otoño de 1972 ETA recibió el soplo de que sería factible secuestrar al almirante Luis Carrero Blanco, mano derecha de Franco y el sucesor elegido para intentar perpetuar el régimen. Carrero Blanco asistía a misa cada mañana en la misma iglesia de Madrid, acompañado únicamente de un chófer y un guardaespaldas. El objetivo del secuestro era asegurar la liberación de 150 presos etarras. Mientras tanto, ETA decidió intervenir en otro conflicto laboral, a la vez que confiaba en obtener una recompensa de su siguiente víctima secuestrada. La organización se fijó en el industrial

navarro Felipe Huarte, vástago de una familia cuyo patrimonio se estimaba en 100 millones de dólares, y cuya red de fábricas estaba plagada de problemas laborales. Tras pagar a los huelguistas para asegurarse de que la huelga en la planta de Torfinasa se prolongaba más allá de su fácil resolución, ETA irrumpió en la casa de Huarte el 16 de enero de 1973 y encerró a sus tres hijos y cuatro sirvientes en un sótano hasta que éste y su mujer regresaron. A Huarte se lo llevaron a una cueva cerca del domicilio de Mendizábal y después a un piso franco próximo a San Sebastián. Se pagó una recompensa del equivalente en pesetas a 800.000 dólares a unos intermediarios en Bruselas y París. Después ETA asaltó un polvorín en Guipúzcoa, haciéndose con 3.000 kilos de explosivo, parte de los cuales fueron usados para matar a Carrero Blanco después de que las ideas de secuestrarle fueran desechadas a favor del asesinato.

Cuatro hombres habían alquilado un apartamento desde el que podían observar su avance cada mañana hasta la iglesia de San Francisco de Borja, cerca de la embajada estadounidense en Madrid. En ese momento Carrero Blanco había sido ascendido ya a la presidencia del gobierno, con lo que el refuerzo de su seguridad hacía inviable el secuestro. Mientras se ordenaba a otros etarras que incrementaran el ruido ambiental mediante incendios premeditados y atentados con bombas, cuatro hombres de un comando llamado Txikia en honor del asesinado Mendizábal se preparaban para llevar a cabo la Operación Ogro. Alquilaron un bajo en el número 104 de la calle de Claudio Coello, alegando ser escultores. Eso explicaba el ruido y el polvo que se producía mientras excavaban bajo la calzada, con el fin de formar un túnel en forma de T. Dentro de éste se colocaron de setenta y cinco a ochenta kilos de explosivo Goma 2, directamente debajo del lugar al que se conduciría a Carrero Blanco tras visitar la iglesia. Se aparcó un coche en doble fila para hacer que el conductor redujera la velocidad al llegar al punto fatal. El 20 de diciembre de 1973, miembros de ETA disfrazados de electricistas que trabajaban con unos cables detonaron la bomba mientras el automóvil de Carrero

Blanco disminuía su velocidad. La explosión lanzó el coche por encima de la altura de cinco pisos del muro de la iglesia matando en el acto a sus tres ocupantes.

Un resultado no previsto de este asesinato de alto perfil fue que aquellos miembros de ETA que favorecían un enfoque más político formarían años más tarde —en 1978— la coalición Herri Batasuna, que paradójicamente más adelante se erigiría en rama política de la facción militar, aunque muchos de sus miembros nieguen este hecho. Aparte de las señales evidentes de que el régimen de Franco se estaba derrumbando, esos años fueron testigos también en Europa del colapso del Nuevo Estado de Salazar en Portugal y del fin de los coroneles griegos. Un atentado con bomba en el café Rolando, frecuentado por miembros de la cercana Dirección de Seguridad, que dejó nueve muertos y cincuenta y seis heridos, condujo a los miembros de ETA más motivados políticamente a intentar restablecer un control más firme sobre los etarras que cometían las acciones de combate. Querían una mayor coordinación entre el brazo militar y un movimiento de las masas de izquierda. Cuando ETA-m rechazó esta estrategia, el ala político militar se convirtió en ETA-pm, que con el tiempo dio origen a su propio partido, Euskadiko Ezkerra o «izquierda vasca», después del regreso de España a la democracia. Aunque los objetivos ideológicos últimos de ETA-pm eran más revolucionarios, la radicalidad de ETA-m supuso que para comienzos de la década de 1980 ya tenía tres veces más miembros, además de cualquiera que estuviera desanimado ante la más lenta ruta político-militar hacia la revolución.

Las respuestas gubernamentales al terrorismo de ETA incluían draconianas leyes antiterroristas, tribunales militares y ubicuas parejas de la Guardia Civil en pueblos y carreteras. Estos últimos recibían un pago extra en concepto de peligrosidad y generosos permisos por servir en el norte. Había también una más oscura respuesta «extralegal», la primera «guerra sucia» emprendida por miembros de la policía y de los servicios de seguridad. Mientras los

vascos, y muchos oponentes democráticos del régimen, celebraban la muerte de Carrero Blanco con la «Canción de Carrero», lanzando al aire gorros y otras prendas mientras cantaban «Voló, voló, Carrero voló», los admiradores de este último devolvieron el golpe en abril de 1975 cuando la librería Mugalde de Bayona sufrió un atentado con bomba a manos de un misterioso grupo que se hacía llamar Batallón Vasco Español. Siguieron unos pocos ataques más, muchos marcados por una extraordinaria incompetencia, como el del ex miembro de la OAS que se voló a sí mismo en Biarritz mientras se preparaba para matar a un líder de ETA. Tras la muerte de Franco en noviembre de 1975, el país avanzó rápidamente hacia la democracia bajo el rey Juan Carlos desde julio de 1976, y su primer ministro, el moderado conservador Adolfo Suárez. Se estableció el Estado de derecho y una democracia de múltiples partidos, y se invitó a los vascos a aceptar un Estatuto de Autonomía que, tras unas negociaciones que fueron como sacarse una muela, les daba su propio gobierno regional y más independencia de la que habían disfrutado nunca. Todos y cada uno de los miembros de ETA encarcelados fueron amnistiados, aunque esto se produjo en un proceso lento en el que se estudió caso por caso, lo que irritó a los vascos. En lugar de responder a este nuevo clima, ETA aumentó sus operaciones militares. Esto requiere una explicación porque, para quien lo mira desde fuera, ETA parecía haber logrado la mayor parte de lo que pretendía.

Resulta increíblemente difícil para cualquiera que no use el lenguaje de las minorías entender esta mentalidad, aunque quizá se pueda lograr si uno es galés o flamenco. Los nacionalistas radicales vascos consideraban cualquier otra posibilidad que no fuera la independencia total como un equivalente al lingüicidio, una postura que apenas —o incluso en absoluto— tenía en cuenta la inmersión voluntaria de sus conciudadanos vascos en una cultura española que floreció tras la muerte de Franco, y el hecho de que la literatura en lengua vasca apenas existía. Aproximadamente un 24 por ciento de los votantes vascos rechazaron la nueva Constitución en el

referendo de diciembre de 1978, en contraste con el 8 por ciento de votantes en el resto de España. Tres meses después un 10 por ciento de los vascos votaba a favor de Herri Batasuna en las elecciones a un parlamento que este partido se negaba a reconocer. En marzo de 1980, el porcentaje de Herri Batasuna se elevaba al 16,5 por ciento en las primeras elecciones al parlamento autonómico vasco. El respaldo al nacionalismo vasco extremista ha permanecido en alrededor de un 12 por ciento de la población vasca, siendo más fuerte el apoyo en las áreas en las que se habla euskera. El 40 por ciento de los terroristas de ETA provienen también de las áreas vascohablantes. Merece la pena subrayar que el mayor partido político de Navarra, la Unión del Pueblo Navarro (UPN), fundado en 1977 para oponerse al nacionalismo vasco, se lleva aproximadamente un 37 por ciento de los votos en las elecciones, y que la mayoría de los vascos también se oponen a ETA, que ha asesinado a mucho políticos vascos del PNV[155].

Como si se quisiese avivar la paranoia separatista vasca, en julio de 1978 unos misteriosos pistoleros dispararon sobre un automóvil conducido por el antiguo líder de ETA Juan José Etxabe en Francia. El resultó gravemente herido, pero su mujer murió bajo una lluvia de balas que casi la parte por la mitad. Otra figura de ETA, José Miguel Beñaran Ordeñana, fue despedazado por la explosión de una bomba en la somnolienta ciudad francesa de Anglet. El hecho de que los gobiernos democráticos, por motivos tácticos, no acabaran de reformar el ejército, los servicios de inteligencia y de policía —quienes de ese modo consintieron la Transición de España a la democracia— significó que partes del aparato del Estado estaban todavía ligadas a los viejos métodos de asesinato y tortura, usando asesinos argentinos, franceses e italianos para hacer el trabajo sucio.

En noviembre de 1980 unas cuarenta personas estaban bebiendo en el interior del bar Hendayais justo al otro lado de la frontera francesa, cuando dos hombres entraron y abrieron fuego con una escopeta y ráfagas de una semiautomática. Dos clientes

resultaron muertos y otros nueve heridos. Los pistoleros salieron huyendo en un Renault 18 verde, que atravesó a toda velocidad el puesto fronterizo francés y acabó estrellándose en el lado español. Tres hombres salieron con las manos en alto y fueron rápidamente rodeados por la Guardia Civil y por policías armados. Uno de los detenidos ofreció un número de teléfono en Madrid, alegando que estaban cumpliendo órdenes oficiales. Un policía telefoneó a Manuel Ballesteros, responsable de inteligencia policial y del Mando Unificado de la Lucha Contraterrorista, y el mayor experto sobre ETA en España. Ballesteros les dijo: «Dejadlo correr. Nadie ha visto u oído nada». Los hombres desaparecieron, con sus identidades sin esclarecer, y nunca se volvió a saber de ellos. Al otro lado de la frontera, la policía francesa estallaba de furia.

El jefe de la inteligencia policial española estaba encubriendo una guerra sucia emprendida por un diverso surtido de radicales de extrema derecha. Este incluía a Fuerza Nueva y a los Guerrilleros de Cristo Rey, una versión de los católicos mexicanos que habían luchado contra los rojos anticlericales en la década de 1930. El personal incluía a derechistas errantes y políglotas que habían recalado en España empujados por la marea de las causas perdidas: antiguos miembros de las OAS, el movimiento neofascista italiano Ordine Nuovo, la Alianza Anticomunista Argentina o Triple A, además de un surtido de gánsteres, visionarios y mercenarios, arrastrados a lo que bajo Franco había sido un tristemente célebre refugio para ex nazis y colaboracionistas europeos de la guerra. Puesto que esta primera guerra sucia nunca ha sido investigada a fondo, sigue sin estar claro el grado de implicación del gobierno.

Estos asesinatos fueron usados como una justificación parcial para las propias atrocidades de ETA. La mayoría de sus ataques consistían en homicidios individuales o asesinatos de pequeños grupos de guardias civiles, que soportaban los peores embates de su violencia. En abril de 1976 uno fue imaginativamente asesinado por una bandera vasca trampa que le electrocutó. La búsqueda de objetivos se extendió a la policía vasca, la Ertzaintza, creada en los

años ochenta, cuando comenzaron a participar en campañas antiterroristas, y también a funcionarios de prisiones, ya que la retención de prisioneros de ETA en remotas cárceles españolas se convirtió en motivo de agravio. Los agentes de la Ertzaintza tenían que llevar pasamontañas negros para ocultar sus identidades. ETA también mató a varios alcaldes y figuras del gobierno local por supuesta colaboración con las autoridades españolas. En la lucha contra ETA han muerto más altos oficiales del ejército que en ninguna guerra española moderna. Algunos asesinatos de gran calado tuvieron como objetivo a varias importantes figuras de las fuerzas armadas españolas, incluidos más de una docena de generales, con el objetivo de socavar el compromiso que el ejército había establecido con la España democrática, un compromiso que zozobró en febrero de 1981 cuando el teniente coronel Antonio Tejero y sus correligionarios secuestraron el parlamento español durante un día. El ejército en particular se ha considerado a sí mismo como el responsable constitucional de defender la integridad territorial de España, provocando ruido de sables en todo momento en que las concesiones hacia las tendencias separatistas parecían irse de las manos. Los industriales eran el objetivo favorito de los secuestros (y los disparos en las rodillas), ya fuera para recaudar fondos o para intentar ganarse el favor de trabajadores inmersos en disputas laborales. Más recientemente ETA ha atentado contra jueces, abogados y periodistas, incluidos los de origen vasco lo suficientemente valientes como para criticar a estos fanáticos nacionalistas. Yo he tenido la experiencia de ser entrevistado para la CNN española, en relación con un tema no conectado con el terrorismo, por un presentador cuyos cuatro guardaespaldas de la policía le estaban esperando en la puerta del estudio. Por la noche, cualquier restaurante decente de Madrid frecuentado por periodistas o políticos tiene guardaespaldas merodeando por la acera. Finalmente, ETA también intentó cargarse una de las mayores industrias de España colocando bombas en el aeropuerto de Barajas y en enclaves tan turísticos como Benidorm o Marbella.

Aunque la banda se enorgullece de la precisión de sus ataques, y del uso de advertencias telefónicas previas, varios atentados con bomba han tenido como resultado un importante número de víctimas inocentes. En un incidente, un niño pequeño resultó mutilado en Rentería tras dar una patada a una bomba que no había estallado al paso de un *jeep* áe la Guardia Civil. El 19 de julio de 1987 una bomba de ETA mató a veintiuna personas e hirió a cuarenta y cinco en el centro comercial Hipercor de Barcelona.

ETA también ha repartido muerte en el curso de sus propias peleas entre facciones y contra cualquiera lo suficientemente temerario como para intentar lograr la amnistía mediante los planes de reinserción social del gobierno español. En abril de 1976 ETA-pm secuestró a Ángel Berazadi, otro industrial. Fue asesinado bajo las órdenes de Miguel Ángel Apalategui Ayerbe «Apala», líder del comando Berezi de ETA-pm, que estaba huido por matar a un guardia civil. El asesinato de Berazadi chocaba con la estrategia del líder de ETA— pm, Eduardo Moreno Bergareche «Pertur», quien por entonces estaba buscando un alto el fuego con Madrid con el fin de llevar a ETA por la vía política. El 23 de julio de 1976 Pertur y Apala se reunieron en San Juan de Luz, en el lado francés de la frontera. Pertur accedió a hablar sin sus respectivos guardaespaldas y se marchó con Apala en un coche. Nunca se le volvió a ver. Apala afirmó que tras su discusión Pertur había caído en manos de la policía española, que le había asesinado.

En junio de 1977 Apala fue arrestado por la policía francesa y retenido en prisión preventiva en Marsella mientras los franceses rechazaban las peticiones de extradición de España. Un mes antes su grupo, Berezi, había secuestrado al industrial más importante de Bilbao, Javier de Ybarra, exigiendo la liberación de veinticuatro presos vascos, los cuales, a excepción de dos, fueron puestos en libertad. La detención de Apala llevó a ETA a subir las apuestas, demandando una recompensa de mil millones de pesetas, una suma que ni siquiera la familia Ybarra podía reunir. El 20 de junio su familia recibió el mensaje de que estaba muerto, con un mapa que

mostraba la localización de su cuerpo, que fue finalmente encontrado envuelto en un plástico en el alto de Barazar. Con el acompañamiento de masivas manifestaciones en las provincias vascas, los tribunales franceses se esforzaban para decidir la suerte de Apala, una cuestión que adquiría tintes emotivos por su inicio de una huelga de hambre. En septiembre de 1977 sus abogados le consiguieron la libertad bajo fianza; nunca se presentó a su primera cita programada para comparecer en la comisaría de policía de Marsella.

Aquellos que deciden renunciar a la violencia de ETA tienden a no vivir mucho. María Dolores González Katarain era una dirigente de ETA ya que, como Herri Batasuna, la organización abraza diversas fes contemporáneas. Devota católica, había querido convertirse en misionera en América Latina hasta que su fervor fue reconducido hacia una causa política. A los diecisiete años se unió a ETA, adquiriendo el nombre en clave de «Yoyes». En 1976 se vio obligada a huir a Francia, donde comenzó a tener dudas sobre la organización para la que luchaba. Llamaba la vida del terrorista «esta tumba, esta muerte en vida que estaba comenzando a asfixiarme y en la que estaba físicamente muriendo». En 1980 se trasladó a México, donde estudió sociología y tuvo un hijo llamado Akaitz. Decidió regresar a Francia con el fin de negociar su camino de vuelta a la normalidad anterior a su ingreso en la banda terrorista. Las autoridades españolas accedieron a no presionarla para que renunciara a sus posiciones políticas, mientras ETA le aseguraba que estaría segura. En 1985 retornó a Ordizia donde, contra su voluntad, el gobierno español la ensalzó como ejemplo de terrorista reformada. Sobre las paredes aparecieron grafitis amenazantes. Llamar públicamente a Herri Batasuna «marioneta del militarismo fascista [de ETA]»le costó la vida. El 10 de septiembre de 1986 Yoyes paseaba con su hijo para ver las fiestas de la localidad. Un asesino de ETA le seguía los pasos: «Fui hasta Yoyes y le dije: "¿Eres Yoyes?". Me preguntó quién era yo. Le dije: "Soy de ETA y he venido a ejecutarte". Inmediatamente le disparé dos tiros

con mi pistola en el pecho. Cayó al suelo y la rematé con otro tiro en la cabeza»[156].

En octubre de 1982 diez millones de españoles votaron a favor del partido socialista, el PSOE, en un amanecer embriagador que condujo al poder a muchos radicales de la década de los sesenta bajo un carismático presidente, el abogado Felipe González. Entre sus nombramientos estuvo el de José Barrionuevo, que en 1969 había renunciado a su pasado franquista para unirse al PSOE. Había sido teniente de alcalde del ayuntamiento de Madrid y responsable de la policía de la ciudad. Se convirtió en ministro del Interior de España, conservando a muchos de los oficiales de policía e inteligencia que habían quedado de los años de Franco. Después de que ETA asesinara al general que comandaba la división de élite del ejército Brúñete, los socialistas esbozaron el plan ZEN (Zona Especial Norte), que perpetuaba la política franquista de saturar el País Vasco de una intrusiva presencia policial. Esto les servía de poco porque ETA podía replegarse para cruzar la frontera y refugiarse en su santuario de Francia.

Los esfuerzos españoles para conseguir que Francia desarticulara la organización fracasaron porque los franceses no llegaron a percatarse de que los socialistas estaban concediendo muchas de las demandas de los nacionalistas vascos; los franceses se aferraron además a una visión romántica de los refugiados políticos para compensar sus propias políticas dudosas de los años treinta y cuarenta. Esto condujo a altos cargos del gobierno de González, que muchos sospechan que incluían al propio presidente, a lanzar una segunda guerra sucia que había comenzado incluso antes de que se formara el escuadrón de la muerte del GAL, cuando dos jóvenes miembros de ETA, Joxean Lasa y Joxi Zabala, este último huido a Franciajunto a su amigo tras un atraco, se desvanecieron en otoño de 1983. Aunque la policía no se dio cuenta en su momento, sus huesos aparecieron en la costa de Alicante dos años después al ser desenterrados por un perro. Como se sabría mucho después, habían sido secuestrados en Bayona por la

Guardia Civil y retenidos después en un palacio asignado al gobernador civil y el Ministerio del Interior. Habían sido también torturados repetidamente antes de ser disparados en la nuca. Poco después de su desaparición, un líder de ETA que conducía su motocicleta por Hendaya fue embestido por un Ford Talbot que apareció detrás de él. Cuatro hombres le pusieron una capucha en la cabeza e intentaron meterle en el maletero del coche. La policía francesa se cruzó por casualidad con este intento de secuestro y se encontró arrestando a un inspector de policía, un capitán y dos sargentos de la mejor unidad antiterrorista española. Estos alegaron que todo el suceso había sido causado por un accidente de tráfico. Una vez puestos en libertad bajo fianza desaparecieron de vuelta a España.

La formación responsable de estas infames actividades se llamaba Grupos Antiterroristas de Liberación, o GAL. Sus secuestradores, asesinos y expertos en bombas constituían un peculiar surtido de boxeadores, taberneros, gánsteres marselleses, mercenarios y una señora tan bajita que el retroceso de las pistolas y rifles que usó para matar a nueve personas casi la tumbaba de manera sistemática. Su apodo era «La dama negra», o «La asesina rubia» cuando lucía una peluca rubia platino. A diferencia de aquellos con ideología neofascista que llevaron a cabo la primera guerra sucia, estos individuos trabajaban como cazarrecompensas, por dinero. El hecho de que tuvieran alias como «el Padrino» da una idea del panorama general. Su estra tegia no se arredraba ante alguna ocasional baja colateral francesa ya que, como los GAL habían anticipado correctamente, esto impulsó a los franceses a recurrir, en septiembre de 1984, a las leyes existentes sobre seguridad nacional que les permitían deportar a los terroristas de ETA a remotos terceros países como Panamá o Togo, a los que se pagaba para que los recibieran. Las transcripciones de las conversaciones grabadas por los servicios de inteligencia españoles revelan que, en la época en la que el GAL estaba siendo sujeto a debate, algunos de los agentes de más bajo rango albergaban más

dudas que sus superiores. Un sargento de la Guardia Civil, Pedro Gómez Nieto, decía a su jefe, el coronel Enrique Rodríguez Galindo:

> Vamos a ver, mi comandante: ¿Qué garantías tenemos de que eso valga para algo? Es decir, mi comandante: nosotros vamos allí, quitamos a una persona de en medio. Eso es lo de menos, usted sabrá lo que ganamos con eso. Usted ya sabe que una cosa que podemos lograr es que haya diez adeptos a ETA que se apunten a raíz de eso. ¿Se ha pensado sobre el tipo de publicidad que se va a dar a eso? ¿Qué cobertura pública vamos a dar a los medios de difusión?

Como para ilustrar esta objeción, el 20 de noviembre de 1984 dos hombres armados con aspecto de sudamericanos entraron en la clínica bilbaína de Santiago Brouard, quien estaba tratando a una niña mientras sus padres le observaban. Además de ser un pediatra muy querido, «el tío San ti» era un destacado líder de Herri Batasuna, a la que representaba en el parlamento vasco. Los pistoleros le dispararon cinco veces en la cabeza y una en la mano mientras trataba de defenderse del único ataque de los GAL perpetrado en suelo español. Aparte de la enfermera, que recordaba a gitanos con pelucas empujándola para abrirse paso, los padres eran los únicos testigos, pero no comparecieron cuando se juzgó a los asesinos. Se había producido un accidente de tráfico en el que la madre y la hija habían muerto; el marido quedó ciego. Pistoleros de ETA tendieron una emboscada a un general cuyo hermano, ministro del Interior hasta 1982, había instituido el programa de reinserción social destinado a desradicalizar a los seguidores de ETA, Se calcula que medio millón de personas acudieron al funeral de Brouard, Los asesinos del GAL tenían una consideración por las bajas colaterales similar a la de la propia ETA. En febrero de 1985 el bar Batxoki de Petit Bayonne sufrió un ataque (entre los heridos había niñas de entre tres y cinco años), a manos de hombres

armados que habían expresado su preocupación por la presencia de los niños pero habían recibido las órdenes expresas de su jefe de ignorarla. Exactamente un año después, unos asesinos del GAL que habían montado una emboscada en una remota carretera cerca de Bidarray lograron matar a un pastor de sesenta años y a una turista parisina de dieciséis que deseaba ver a unos corderos recién nacidos mientras pasaba una temporada en la caravana de sus padres. El duro ministro del Interior del nuevo gobierno de Jacques Chirac, Charles Pasqua, decidió aterrorizar a los terroristas. Un líder de ETA con estatus de refugiado fue deportado a Argelia, mientras —haciendo uso de un edicto de 1945-veintiséis activistas de la banda eran entregados directamente a España.

Además de tener un efecto reducido o inexistente sobre las atrocidades de ETA, que se cobraron una media de cuarenta muertos al año a lo largo de la década de los ochenta, las revelaciones de periodistas de investigación y magistrados sobre los escuadrones de la muerte del GAL empujaron al gobierno socialista a emplear todas las argucias imaginables para impedirlas, en uno de los episodios de encubrimiento menos edificantes y más prolongados de la moderna historia de Europa. Los idealistas con melenas a la moda de la década de los sesenta habían mutado, durante lo que serían catorce años en el poder, para convertirse en una camarilla corrupta que establecía políticas alrededor del bar privado del palacio de la Moncloa —la bodeguilla— en compañía de la «gente guapa», mientras figuras menos respetables disparaban a niños y pastores en el País Vasco.

Magistrados tenaces como Baltasar Garzón siguieron la pista del dinero, descubriendo «fondos reservados» vinculados al Ministerio del Interior que estaban siendo usados para pagar las actividades del GAL. Oficiales individuales de policía, como el superintendente Amedo, tenían cuentas bancarias que contenían sumas exorbitantes; Amedo poseía veintisiete millones de pesetas cuando su sueldo neto anual era de poco menos de dos, una disparidad que parecía explicar su sibarita estilo de vida. Los socialistas emplearon

todos los métodos a su disposición para obstruir las investigaciones de los asesinatos del GAL —especialmente reteniendo evidencias y ofreciendo apoyo a los acusados para evitar que se convirtieran en testigos de la fiscalía— a la vez que difamaban a periodistas, abogados y a la oposición conservadora por seguir adelante con ello. El propio González insistió en que «nadie conseguirá demostrar» los vínculos entre el GAL y el Estado, mientras que a la vez alegaba que «el Estado de derecho se defiende en los tribunales y en los salones, pero también en las alcantarillas», una retorcida manera de decir que las acciones del GAL estaban justificadas. Aparentemente prefiriendo a Hobbes que a Montesquieu, González afirmaría posteriormente que el poder judicial se había vuelto demasiado poderoso en relación con el ejecutivo, elegido en las urnas. Otra vergonzosa forma de defensa fue alegar que «todos los demás lo hacen». La esposa de González, la destacada demócrata y feminista Carmen Romero, afirmó: «¿Cómo nos va a quitar el sueño un fenómeno que ha ocurrido en España como ha ocurrido en Francia, Alemania, en todos los países democráticos? Fenómenos de juego sucio, de ajuste de cuentas, [...] fenómenos que son normales en muchísimos países». Esto lo dijo en el contexto del encarcelamiento de José Barrionuevo, el ex ministro del Interior de su marido, durante diez años por su implicación con el GAL, que siguió a la entrada en prisión de varios altos cargos de la policía[157].

Las atrocidades de ETA marcharon en paralelo con estas revelaciones. Unas breves treguas en la década de los ochenta acabaron en nada, mientras ETA se quejaba del ritmo de las negociaciones. En 1992 lanzó su versión local de la Intifada palestina —la kale borroka o lucha callejera— en la que grupos de jóvenes y menores cometían actos de vandalismo contra autobuses, farolas, cajeros automáticos, cabinas telefónicas y contenedores de basura o contra quien llevara un periódico español. Esta estrategia estaba diseñada para aumentar la corriente de reclutas que carecían de las experiencias de haber sido golpeados por la Guardia

Civil que vivieron sus abuelos. Tres años después, ETA presentó una «Alternativa democrática» en la que ofrecía un cese de la violencia a cambio de que Madrid reconociera la soberanía del pueblo vasco sobre «su» territorio, el derecho de autodeterminación y la liberación de todos los presos de ETA. Fue rechazada. Ese año, ETA fracasó por poco en su intento de asesinar al líder de la oposición, José María Aznar, con un coche bomba y realizó también un atentado frustrado contra la vida del rey Juan Carlos. En julio de 1997, momento en el que Aznar era ya presidente, ETA secuestró a un concejal del Partido Popular, Miguel Ángel Blanco, exigiendo al gobierno el acercamiento de todos los presos de ETA al País Vasco en un plazo de cuarenta y ocho horas. Fue asesinado de un disparo cuando el gobierno no respondió. Seis millones de personas acudieron a las manifestaciones celebradas por toda España —incluido el País Vasco— para pedir su liberación, y muchos más se echaron a la calle a gritar «Asesinos» después de que Blanco fuera ejecutado. En 1998 ETA declaró un alto el fuego unilateral, con el fin de negociar con el gobierno de Aznar un alto el fuego que los terroristas rompieron en 2000 y que pudo haber sido declarado únicamente para lograr la reagrupación y el rearme. El 6 de noviembre de 2001 sesenta y cinco personas resultaron heridas por un coche bomba en Madrid, y se produjeron más atentados en estadios de fútbol y enclaves turísticos. Los sucesos del 11 de septiembre llevaron a la ilegalización de Herri Batasuna y del grupo juvenil nacionalistajarrai. La policía española ha desbaratado varios atentados de ETA —incluida la detección de un enorme camión bomba en una autopista—. Otra tregua «permanente» declarada el 22 de marzo de 2006 fue anulada el 5 de junio del año siguiente. Para anunciar este acontecimi ento ^ ETA asesinó a dos inmigrantes ecuatorianos en diciembre de 2006 i mientras echaban una siesta en un coche en el aeropuerto de Baraja jas en el momento en que la banda derribó el aparcamiento con una bomba. ETA se disculpó por lo que llamó «daños colaterales».

La banda sigue embarcada en la lucha armada hasta el día de hoy. Su reclamación es que ha sido estafada al negársele las posibilidades que supuestamente se le prometieron cuando los vascos lograron la autonomía. Alega además que muchas de las cosas que se concedieron a los vascos nunca fueron llevadas a la práctica. Los familiares de los presos de ETA se sienten agraviados por tener que hacer un viaje de ida y vuelta de dos mil kilómetros en un autobús para cada visita de cuarenta y cinco minutos a sus padres o maridos en la remota Huelva. Los sospechosos de tener conexiones con ETA se quejan de haber recibido palizas, descargas eléctricas o amenazas de violación con un vibrador, aunque los médicos forenses contradicen estas reclamaciones. Lo que no se discute es que ETA se ha adentrado tan lejos vadeando en un río de sangre que psicológicamente no puede volver atrás. Hacerlo deshonraría a demasiados de sus gloriosos muertos. Los sucesivos gobiernos de España se han resistido a negociar con la banda, y en última instancia ilegalizaron Herri Batasuna, lo que significó que unas cuantas ciudades vascas se vieron privadas de votar por quienes querían. Eso a su vez se tradujo en que políticos nacionalistas supuestamente democráticos, al margen de Batasuna, emitieran respuestas ambiguas a la violencia de ETA que resultaban suficientes para justificarla. En la actualidad, ETA está intentando obtener mediante extorsión enormes sumas de hasta cuatrocientos mil euros de cada uno de los dos mil negocios vascos a los que ha enviado cartas de amenaza. La situación es tan grave y compleja que el sacerdote redentorista norirlandés Alex Reid está entre los religiosos que intentan resolverla. Allí también hay abundancia de experiencias desoladoras[158].

ESTADOS DE SITIO

El paisaje de los campos de Irlanda del Norte es tan exuberantemente verde como el del País Vasco, pero los cielos tienden a ser grises y sombríos más que azules. Las ciudades son

menos elegantes, consisten en su centro en hileras de casas adosadas de ladrillo rojo, dos arriba y dos abajo, y vastas urbanizaciones de apariencia muy lúgubre bajo el resplandor de las lámparas de sodio que hacen que tantas ciudades británicas parezcan haber sido sumergidas en una bebida gaseosa por la noche. Los católicos romanos de Irlanda del Norte poseían derechos políticos y socioeconómicos fundamentales, incluido el voto en las elecciones generales, libertad de prensa y niveles de Estado del bienestar que no existían en la República Irlandesa. Esta fue una de las razones por las que la reivindicación de la República sobre el Norte siguió siendo fundamentalmente retórica —aunque establecida en su Constitución—, ya que hacerse cargo de la factura de la seguridad social al norte de la frontera habría llevado a la bancarrota a una Irlanda para la que las subvenciones estructurales de la CEE eran todavía un sueño por cumplir. Consideremos unas pocas estadísticas clave.

Aunque Irlanda del Norte contaba con la mitad de la población de la República de Irlanda, en 1964 tenía noventa y cinco mil niños en escuelas secundarias, en contraste con los ochenta y cinco mil de Eire. Las escuelas de Irlanda del Norte eran y son algunas de las mejores del Reino Unido. Usando las monedas británicas contemporáneas con decimales en vez de los históricos chelines, en 1963 la República de Irlanda gastó 85 peniques per cápita en educación universitaria; la cantidad equivalente para Irlanda del Norte fue de 2,44 libras. En 1969 un parado de Irlanda del Norte recibía 4,50 libras a la semana mientras que su homólogo en el Sur obtenía 3,25 libras; la misma disparidad existía también en la pensión semanal de una viuda. Irlanda del Norte no era Suráfrica o el Sur profundo de Estados Unidos. A excepción de unos pocos fanáticos intransigentes no existían impedimentos para las relaciones sociales (o sexuales) entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte. Amigos míos protestantes de Dungannon cuentan que a menudo salían con chicas católicas, que tendían a ser más femeninas que las viriles unionistas. A diferencia de lo que sucede

en el Sur profundo estadounidense podían hacerlo sin temor a ser linchados. Existía otra distinción. Los afroamericanos se movilizaban por la igualdad de derechos, no para abolir la Unión, que es lo que querían muchos activistas republicanos irlandeses de los derechos civiles[159].

Sin embargo, en algunas partes de Irlanda del Norte tanto el acceso a las viviendas sociales como el control del gobierno local eran flagrantemente discriminatorios. En Dungannon, por ejemplo, dominada por un escaso margen por los protestantes, no se le ofreció a ningún católico una vivienda de protección oficial de forma permanente durante casi un cuarto de siglo. Se dio también la curiosa circunstancia de que 911.940 electores registrados con derecho a votar para el parlamento provincial en Stormont se convirtieron en 658.778 votantes en las elecciones al gobierno local. Aunque Londonderry era un 60 por ciento católico, los unionistas tenían una mayoría permanente en el ayuntamiento de 12 contra 8. Esto se lograba excluyendo a los inquilinos y subarrendatarios católicos de un sistema de votación que favorecía a los residentes titulares, mientras que concentraba a diez mil católicos en un distrito electoral con el fin de garantizar una mayoría unionista en los otros dos.

No se podía culpar a los protestantes si resultaba imposible aumentar el número de católicos en la Policía de Irlanda del Norte (el Royal Ulster Constabulary o RUC) más allá del 11 por ciento para que pudiera igualar al de miembros de religión presbiteriana o de la Iglesia de Irlanda. Después de todo, si uno desafía la legitimidad de un Estado, sólo una monumental hipocresía le permitiría a la vez servirlo. Era mucho más probable encontrar católicos en empleos para los que no se necesitara especialización, que dependían sobre todo de captar la atención sin prejuicios de un capataz o un jefe de cuadrilla, mientras que los protestantes tenían sólidos oficios cualificados en la ingeniería o la construcción naval. El hecho de que su padre fuera miembro de una logia perteneciente a la cuasimasónica Orden de Orange podía ser de ayuda si un

muchacho estaba buscando un puesto de aprendiz en los astilleros de Harland and Wolff, cuyas imponentes grúas amarillas dominan el horizonte de Belfast. Los católicos constituían el 31 por ciento de la población económicamente activa, pero sólo el 6 por ciento de los ingenieros mecánicos, el 8 por ciento de los profesores universitarios, el 9 por ciento de los altos funcionarios del gobierno local, y así sucesivamente. La única área en la que no estaban discriminados era el acceso a la educación superior, ya que en 1971 los católicos suponían el 32 por ciento de los estudiantes de la prestigiosa Queen's University de Belfast. Uno de los más memorables aspectos de estos años fue el surgimiento de una generación muy preparada de líderes católicos de la defensa de los derechos civiles, como Bernadette Devlin y John Hume.

Pero ésta era una bendición agridulce si el acceso de los licenciados a sus profesiones estaba bloqueado por oscuras fuerzas que se fijaban en el nombre cristiano de Bernadette, Brendan, Finbar, Liam, Malachi o Mary, en una dirección de Falls Road, una escuela que se llamaba Bendito esto o Sagrado aquello, y unos cabellos que eran negros en vez de pelirrojos —aunque un destacado líder del IRA provisional en Belfast es apodado inevitablemente «Ginger», justo por esta razón[160]—. Estos detalles le señalaban a uno como «croppie», «feniano» o «taig», este último la forma abreviada del equivalente en gaélico de Timothy. Incluso las medidas reformistas parecían inclinarse siempre hacia uno de los dos lados de la brecha sectaria. Cuando se tomó la decisión de establecer una nueva universidad en Coleraine, ésta estaba situada en un área predominantemente protestante, como lo estaba una nueva ciudad provocativamente llamada Craigavon (en honor de James Craig, el político unionista que recibió el título de lord Craigavon). Había aún otra circunstancia que a menudo se pierde de vista entre aquellos inclinados a ver siempre un lado como el más débil. Cuando se levantaron nuevos bloques de apartamentos en áreas predominantemente católicas en la década de 1960, éstos parecían lujosos a ojos de los protestantes que vivían en casas

adosadas infestadas de ratas donde las paredes estaban húmedas al tacto. Un protestante recordaba cómo era la vida:

> Yo provenía de un ambiente de clase trabajadora. Teníamos dos pequeñas habitaciones en la planta de abajo, dos dormitorios en la de arriba, nada de agua corriente y un viejo retrete fuera de la casa. Vivíamos en calles pequeñas y empinadas de casas adosadas. Casi sentías que si pudieras quitar la del extremo, todas las demás se vendrían abajo como una baraja de cartas. No sólo no era un ciudadano de primera clase sino que recuerdo la absoluta sensación de indignación y ofensa siempre que se le acusaba de serlo. Existía la deducción explícita de que los católicos eran ciudadanos de segunda clase y por tanto esta conclusión de que de alguna manera yo les estaba privando de sus derechos. Recuerdo nítidamente, incluso con dieciséis años, mirar en torno al humilde panorama que me rodeaba en mi casa y decir: «Bueno, si esto es ser un ciudadano de segunda clase la verdad es que no querría conocer a los de tercera»

[161].

Durante un breve momento a comienzos de la década de 1960 pareció como si el cambio fuera a frustrar la famosa observación de Churchill sobre la inexorable permanencia de esta disputa sectaria. Una pizca del optimismo de los sesenta caracterizó el mandato en Irlanda del Norte de Terence O'Neill, que actuaba casi a contracorriente. O'Neill no tenía mucha más alternativa que modernizar la industria ya que las empresas textiles y navales del Ulster estaban en un acusado declive, creando tasas de desempleo que doblaban a las del resto del Reino Unido. Un método era atraer inversión del exterior, seduciendo a empresas como Grundig, Goodyear y Michelin, aunque la nueva capacidad de fabricación nunca compensó el cierre de las antiguas firmas. Otra era el fin de la guerra fría entre Dublín y Belfast, que había garantizado que el primer ministro de Irlanda del Norte y el *taoiseach* (primer ministro) irlandés no se reunieran desde la década de 1920, aunque existieran contactos menos oficiales en las tribunas de los partidos de rugby. O'Neill fue también el primer primer ministro unionista en visitar escuelas católicas o estrechar la mano de monjas. Esto era revolucionario, ya que uno de sus augustos predecesores se habíajactado de no haber empleado nunca conscientemente a un católico romano.

En 1965 el *taoiseach* Sean Lemass visitó Irlanda del Norte, mientras que O'Neill hizo dos viajes en el sentido opuesto. Estos sucesos horrorizaron a un impetuoso reverendo evangélico llamado Ian Paisley, quien gritó: «*NO MASS, LEMASS!*». Paisley, educado en Estados Unidos, era el moderador de su propia Iglesia libre presbiteriana; se convirtió en primer ministro de Irlanda del Norte en mayo de 2007, a la edad de ochenta y un años. Hombre carismático y demagogo, de movimiento torpe y con un don para explotar la mala publicidad de unos medios de comunicación que le eran casi enteramente hostiles, Paisley articuló una identidad propia y atormentada del sentimiento unionista que ya no se veía incluido en

el serio Partido Unionista. Los protestantes de clase trabajadora estaban perdiendo su interiorizada deferencia hacia las clases dirigentes unionistas, a las que Paisley despreciaba como «la brigada del abrigo de pieles» que vivían en casas de campo o zonas residenciales de postín[162].

Paisley hablaba para la clase trabajadora protestante del interior de las ciudades y para los campesinos protestantes de las «zonas calientes» rurales y sectarias de la provincia. Esta gente tenía un miedo visceral al catolicismo, y concretamente a los taimados modos de actuar de la Iglesia católica romana ya que, después de todo, mediante la limpieza étnica y la regulación del matrimonio mixto, el protestantismo prácticamente se había extinguido en el sur hasta donde alcanzaba la memoria. Era obligatorio en Eire saber gaélico para conseguir un empleo público, a pesar de que pocos protestantes lo conocían. Las prohibiciones católicas sobre el aborto y los anticonceptivos también hacían que el Sur pareciera ignorante ante aquellos que veían esas cosas como parte de la modernidad. Cuando los protestantes del Norte cantaban «Nuestros padres te conocían Roma de la antigüedad, y maldad es tu nombre»[*], de verdad lo creían. Los protestantes se sentían asediados, una sensación que surgía con facilidad entre gente para la cual el asedio de Jacobo II de Londonderry formaba parte de su identidad histórica. Ellos vivían en Derry City y cada agosto desfilaban alrededor de los muros fortificados con el fin de mostrar su desprecio a la población católica mayoritaria que vivía en los barrios pobres fuera de las murallas, abajo en Bogside. En enormes hogueras quemaban efigies del papa; como dijo alguien, los protestantes eran aquellos que quemaban madera. Su mito fundacional básico era que Irlanda había sido una ciénaga subdesarrolla— da habitada por débiles idiotas hasta que las fuerzas de la civilización llegaron al Norte[163].

En 1964 Paisley provocó indirectamente los peores disturbios sucedidos en Irlanda del Norte cuando insistió en que una RUC que era protestante en un 89 por ciento hiciera cumplir la Ley de

Banderas y Emblemas de 1954 retirando una bandera tricolor irlandesa de la sede republicana del distrito de Falls Road en Belfast. El despliegue de esa bandera, con su incorporación falsamente ecuménica de un «naranja» que los católicos insistían en que era «amarillo», era una reafirmación de los católicos «en» Irlanda del Norte más que de los católicos «de» Irlanda del Norte.

Los católicos no temían a los protestantes por su religión; a sus ojos la reforma anglicana era una componenda teológica para dar aprobación a un divorcio real. Más bien temían la prosperidad y el poder político de los protestantes que se manifestaba en el régimen de Stormont en el Ulster, detrás de cuyos parlamentarios unionistas acechaba la Orden de Orange, y la salvaje intolerancia que ellos atribuían exclusivamente a sus vecinos protestantes. Todo esto adquiría su expresión más elementalmente abrasiva en la temporada de hogueras y desfiles de julio y agosto. Los jóvenes pasaban semanas recogiendo palés de madera y neumáticos para los enormes fuegos, sobre los que encaramaban los rostros del papa o del parlamentario nacionalista Gerry Fitt. Los orangistas aporreaban gigantes tambores Lambeg al compás de la festiva melodía de The Sashmy Father Wore [El fajín que llevaba mi padre] mientras que sus sargentos mayores lanzaban su bastón increíblemente alto, marcando la recogida con un arrogante movimiento de cadera. Las penetrantes gaitas prestaban una agresividad amenazante a canciones como «*We are, we are, we are the Billy Boys / We are, we are, we are the Billy Boys / Upto our necks in Fenian Blood*» [«Somos, somos, somos los Billy Boys / Somos, somos, somos los Billy Boys / Hasta el cuello de sangre feniana». Algunos observadores encuentran todo esto pintorescamente conmovedor; a mí me parece vagamente nauseabundo en su manera de sintetizar los valores británicos hasta hacerlos equivalentes a los de una tribu[164].

Más allá de lo legal, y todo esto lo era, las fuerzas oscuras comenzaron a agitarse cuando en 1966 un pequeño grupo que se hacía llamar la Fuerza de Voluntarios del Ulster [UVF en sus siglas

en inglés], con base en los callejones traseros de los bares de la mayoritariamente j protestante Shankill Road, decidió atacar a un inactivo IRA. Sin embargo, a diferencia de los policías o soldados, los miembros del IRA no eran tan fáciles de identificar, así que la UVF se apañó con los católicos en general —una política de descarada despreocupación—. Asesinaron a una viuda protestante de setenta años en un ataque con una bomba incendiaria sobre una cercana licorería católica; a un borracho católico que vagaba por Falls Road gritando «Arriba la República, arriba los rebeldes»; y a unjoven católico, barman de un hotel, que salió a un bar de copas por la noche con sus amigos y murió de un disparo cuando unos miembros de la UVF los señalaron como seguidores del IRA tras malinterpretar retazos de su conversación[165].

Inspirada por el ejemplo de los activistas de derechos civiles en otros lugares, en enero de 1967 se creó una Asociación de Derechos Civiles de Irlanda del Norte. Una nueva generación de líderes católicos muy elocuentes pasó a situarse en primer plano. Los protestantes secretamente envidiaban su oratoria, mientras a la vez intentaban ofenderles tachándolos de «engreídos fenianos» y «taigs». El movimiento también incluía a varias figuras del IRA, quienes, buscando estar metidos en todo, lo veían como otro camino para llevar a término su agenda pública. De ninguna manera eran la mano directriz o decisiva que se escondía detrás de un movimiento que era demasiado incipiente para poder ser controlado y que formaba parte de la revuelta generacional global de la década de los sesenta. Los estudiantes de extrema izquierda que destacaban en el movimiento buscaban conscientemente provocar lo que pudieran caracterizar como una reacción fascista por parte de los «Tories de Orange», el necesario preludio a una revolución a gran escala. En lugar de ello, fueron engullidos por una sectaria guerra civil a medida que los viejos monstruos salían a la superficie desde las profundidades marinas[166].

Junto a sus llamamientos para acabar con la discriminación por parte de la policía o en la adjudicación de viviendas sociales, el

movimiento cristalizó en torno al eslogan «Un hombre, un voto» en protesta contra la invalidación de inquilinos, subarrendatarios y jóvenes que vivían en casa, fundamentalmente católicos, para votar en las elecciones al gobierno local. Como el juicioso Conor Cruise O'Brien escribió una vez, había algo de Antígona provocando a Creonte en algunos de estos aspirantes a estrella de los derechos civiles, como Bernadette Devlin, a quien sus críticos consideraban no del todo inocente. El movimiento por los derechos civiles tomó prestadas las tácticas estadounidenses de marchar al ritmo de *We Shall Overcome* [Venceremos], en un contexto sectario con un sentido muy desarrollado de «nuestro» territorio. Las marchas orangistas eran una demostración de dominio; por tanto, sin importar cuál fuera la retórica de los derechos civiles, las marchas predominantemente católicas debían ser también una demostración del dominio romano. Los activistas de extrema izquierda elegían deliberadamente las rutas que maximizaban la probabilidad de incidentes.

A pesar de que había sido prohibida, una marcha celebrada en Londonderry en octubre de 1968 desembocó en enfrentamientos con la policía que llevaron al hospital a más de setenta personas. Como un joven Max Hastings informaba en ese momento, con sus revólveres, subfusiles Sten, camiones cisterna blindados y gases lacrimógenos, la RUC no tenía nada que ver con *Dixon of Dock Green*, la paternal estrella de la serie televisiva de los sesenta sobre la policía londinense. Estaban también los «policías especiales» a media jornada (Special Constables o B Specials), es decir, otros ocho mil protestantes armados con pistolas. Los primeros planos de la televisión mostraron a un alto oficial de la RUC aporreando a los manifestantes, entre ellos tres miembros laboristas del parlamento, uno de los cuales, Gerry Fitt, quedó pronto cubierto de sangre por una herida en la cabeza[167]. El modo en que esta situación fue planificada para las cámaras es algo que probablemente merece la pena reseñar. En enero de 1969 un ala radical del movimiento de derechos civiles llamada Democracia Popular, principalmente

asociada con Bernadette Devlin y Eamonn McCann, ignoró los consejos de la mayoría y marchó desde Belfast a Londonderry, una ruta que la llevó a través de poblaciones fuertemente protestantes. A la altura de Burntollet Bridge, en una zona rural del condado de Londonderry, los manifestantes cayeron en una emboscada de los lealistas, mientras la RUC aparecía para contemplar ociosamente y sin moverse cómo los protestantes —incluidos oficiales de policía fuera de servicio— machacaban a los católicos. Puede que los manifestantes hicieran llamamientos en favor de los derechos civiles y el socialismo (mientras a la vez gritaban «¡Acabad con los protestantes!» sin poder contenerse), pero el efecto de sus acciones iba a hacer saltar la chispa de un odio nacionalista y sectario hondamente arraigado[168].

Por el bien de una vida tranquila, los británicos habían dejado que los unionistas dominaran el Ulster durante cincuenta años, y éstos habían fracasado manifiestamente a la hora de mejorar las vidas de la población minoritaria. Tras ganarse su antipatía, estaban perdiendo el apoyo de los protestantes de clase trabajadora a manos de sedicentes agrupaciones lealistas, es decir, gente que sentía fundamentalmente un vínculo hacia el Ulster más que hacia el Reino Unido. El sentimiento ultrabritánico de «retrato de la reina en la pared y bandera roja, blanca y azul» de los unionistas resultaba ajeno a una mayoría de los ingleses, al margen de unas pocas abuelitas del East End de Londres, para quienes las demostraciones de patriotismo son algo que hacen los estadounidenses y los extranjeros. Los dos grandes partidos británicos veían a los unionistas más vociferantes como vergonzantes parodias de sus propios pasados Victorianos, aunque ese sentimiento era más fuerte entre los conservadores que entre los políticos laboristas que no tenían vínculos históricos con el unionismo. Los ministros laboristas no tenían una consideración especial por los antiguos oficiales del ejército de las clases altas del Partido Unionista, que insistían en ser llamados «capitán» esto o «mayor» aquello más de una década después de la guerra. Las

escenas de violencia condujeron al primer ministro Harold Wilson y al secretario del Interior James Callaghan a usar las amenazas de recortar las subvenciones transferidas a Irlanda del Norte para forzar a O'Neill a acelerar el ritmo de las reformas. El problema era que «en un mercado alcista, el unionismo siempre intentaba, sin éxito, comprar reforma a precios del año anterior», ofreciendo compromisos tardíos a personas cuyas demandas ya habían seguido avanzado. O'Neill era además objeto de una retorcida campaña de sabotaje conducida por la UVF pero de la que se culpaba al IRA. Un pedófilo homosexual, William McGrath, y un terrorista protestante gay, John MacKeague, volaron la red de electricidad y de infraestructura hídrica de Belfast. Se culpó al IRA de estos ataques de manera que pareciera que el supuesto liberalismo de O'Neill los había alentado. Aunque O'Neill había aceptado finalmente el «un hombre, un voto», en abril de 1969 dimitió de su puesto en favor de su pariente, excepcionalmente parecido a él, James Chichester-Clark. En un discurso televisado, O'Neill dijo: «Hemos estado desgarrados y divididos durante demasiado tiempo. El nuestro es considerado un país cristiano. Podríamos haber enriquecido nuestras políticas con nuestro cristianismo; pero demasiado a menudo hemos degradado nuestro cristianismo con nuestras políticas. Parecemos haber olvidado que el amor al prójimo se presenta junto al amor a Dios como un principio fundamental de nuestra religión»[169].

En agosto, al llegar el apogeo de la temporada veraniega de las marchas locales, un desfile de los Apprentice Boys en Londonderry fue apedreado por jóvenes católicos después de que unas cuantas monedas hubieran volado en la otra dirección. Los católicos fueron atacados por la RUC y por los manifestantes protestantes que les seguían dondequiera que la policía abría camino para ellos con sus porras, gases lacrimógenos y chorros de agua. No resultó de gran ayuda que el *taoiseach* irlandés, Jack Lynch, mandara montar hospitales de campaña en las áreas fronterizas de la República mientras hacía un llamamiento para pedir una intervención de la

ONU que protegiera a los católicos. Las vagas declaraciones en Dublín sobre el envío del ejército irlandés para proteger a los católicos, en un momento en el que tenía apenas 11.500 efectivos, únicamente sirvieron para enfurecer a los unionistas. Los disturbios se extendieron de Londonderry a Belfast, donde se dispararon los primeros tiros. Cerca de Divis Fíats en Falls Road, jóvenes agitadores arrojaron bombas incendiarias a la RUC; cuando caía la noche, hacía su aparición el periódico chasquido y fogonazo de un francotirador a medida que el IRA desenterraba viejas pistolas de los áticos y de debajo de los suelos de tarima.

La RUC respondió acribillando salvajemente los apartamentos con ametralladoras Browning de calibre 30 montadas sobre vehículos blindados Shorland. A Patrick Rooney, un niño católico de nueve años, le voló la mitad de la cabeza una ráfaga que penetró en su dormitorio. Ocho personas murieron y 750 resultaron heridas, mientras que unos 180 hogares fueron aniquilados por el fuego. Mil ochocientas familias se vieron obligadas a huir de sus casas, como refugiados en una zona de guerra. Con una fuerza total de 3.200 efectivos, la RUC estaba exhausta y mermada por semanas de enfrentamiento con la violencia colectiva; esto obligó a Chichester-Clark a pedir a Wilson que enviara el ejército británico. Hacia finales de agosto había seis mil soldados en las calles. Llegaron equipados con señales escritas en árabe para disuadir a los alborotadores ya que su último destino había sido Adén. Los residentes locales encontraban difíciles los acentos de Birmingham, Glasgow, Newcastle y el este de Londres, de igual manera que los soldados tuvieron que acostumbrarse a escuchar «*oul*» en lugar de «*old*» [viejo] y «*youse*» como plural de «*you*» [tú]. La Operación Banner había comenzado, con el número de efectivos elevándose hasta más de 25.000 al llegar 1972, y permaneciendo hasta agosto de 2007.

Los soldados fueron recibidos con entusiasmo en el barrio católico de Bogside, donde los locales les apremiaban para que dispararan a los protestantes arrojando bombas incendiarias y

diciendo «Si vosotros no usáis las pistolas, dádnoslas a nosotros que sí lo haremos»[170]. James Callaghan era también popular cuando llegó para empezar a dar órdenes a los afectados políticos unionistas con la imperiosa franqueza de un antiguo modesto oficial de la Marina reconvertido en ministro del Gobierno. «Sunny Jim» tenía un interior de acero tras esa afable disposición. Pero las escenas de las aliviadas amas de casa católicas inundando con té a los soldados británicos no podían ocultar un grave error político. Porque, en un acto que casi con toda seguridad garantizaba que se confundiría el ejército con la agenda unionista local, Stormont fue perpetuado, como si estuviera bajo la protección de los soldados británicos. Los oficiales británicos llevaron a cabo una investigación aparte sobre los orígenes de estos disturbios y la conducta de la RUC y los B Specials. Estos últimos fueron abolidos, y un nuevo y más reducido Regimiento de Defensa del Ulster [UDR en sus siglas en inglés] pasó a estar bajo el control del ejército. Se trajo de Londres a un alto cargo de la policía para reformar la RUC. Esto provocó nuevos alborotos en la lealista Shankill Road y la primera muerte de un policía. Un miembro de la UVF se voló cerca de una torre eléctrica en Donegal.

Un aspecto final de estos sucesos fue la aparición del IRA provisional. El IRA dirigido desde el Sur había resultado manifiestamente lento a la hora de cumplir con su tradicional papel de defensor de la comunidad católica del Norte en momentos de crisis. En los guetos católicos aparecieron grafitis despectivos en los que se podía leer «IRA = *Irán away*» [«IRA = salí huyendo»]. La cúpula dirigente marxista del Sur estaba obsesionada con el surrealista objetivo de unir a las clases trabajadoras católicas y protestantes en nombre del socialismo. Este galimatías teórico condujo a la escisión de los tradicionalistas republicanos en el IRA provisional y el Sinn Fein provisional sobre una plataforma de «combinación de defensa y represalia». Su líder era John Stephenson, o, como él prefería ser llamado, Séan MacStiofáin, un hombre de cuarenta años con un padre inglés que había sido criado

en el sur de Londres. Era también un anticomunista rabioso y devoto del lenguaje irlandés, todo ello reflejo del fanatismo del converso. Su catolicismo era tan ortodoxo que incluso se negaba a importar condones de goma a la República de Irlanda para que el IRA provisional pudiera probar la utilidad de las espoletas de las bombas de ácido. A MacStiofáin se unieron dos maestros: el primer presidente del Sinn Fein provisional, Ruarí O Brádaigh, y Dáithí Ó Conaill (o Dave O'Connell), el primer intendente general del IRA provisional. Leo Martin, Joe Cahill y Billy McKee, de Belfast, también se adhirieron al Consejo Militar del IRA provisional, desmintiendo la alegación de que Gerry Adams y sus amigos de los Jóvenes Turcos del Norte habían arrebatado el control de manera decisiva a los del Sur a finales de la década de los setenta. El IRA oficial declaró un alto el fuego, y desde entonces sus miembros fueron conocidos como «stickies».

En ese momento había de cuarenta a sesenta hombres del IRA en Belfast, una limitación que favoreció el ascenso de una agresiva nueva generación de líderes locales, especialmente, Gerry Adams, quien en 1969 se convirtió en el comandante del IRA provisional en la ciudad, mientras su padre, madre y hermanos (con la excepción de una hermana) también se unieron. Se casó, aunque nunca permitió a su mujer pasar a pertenecer a la formación femenina del IRA provisional. Sus memorias evocan de una manera muy viva el mundo de Falls Road, con sus personajes de las calles, sus bandas de golfillos, vigilias, supersticiones y creencias en las hadas[171]. No existía, ni existe, constancia de que Adams haya nunca disparado una pistola o colocado una bomba en su vida. Sus talentos residían en otros terrenos. Bajo el liderazgo general de Joe Cahill y entonces de Seamus Twomey, Adams era el segundo al mando del IRA provisional de Belfast, con Ivor Bell y Brendan Hughes como adjuntos. Los «provisionales» establecieron gradualmente una versión clandestina de la ley marcial en el interior de los guetos católicos de los que la policía se había retirado mientras el ejército patrullaba por el perímetro exterior. La limitada plataforma del IRA

provisional, con un socialismo escindido del marxismo, resultaría atractiva para los partidarios en Estados Unidos. El republicanismo más atávico que uno puede encontrar es el de la América irlandesa, no sólo el de la Ancient Order of Hibernians de Boston o Nueva York, sino el de millonarios lo suficientemente ricos como para donar una casa en Palm Springs para la beneficencia. Durante los treinta años siguientes habría abundancia de defensa y represalias, y muchas ofensas también, ya que en enero de 1970 el Consejo Militar del IRA provisional declaró un ataque total al «sistema británico de ocupación»[172].

En esto fueron ayudados e instigados por destacados miembros del gobierno en Dublín de Fianna Fáil que subrepticiamente cooperaron con los servicios de inteligencia para suministrar al IRA provisional armamento de combate, en parte para lograr reducir la amenaza del IRA oficial marxista en el Sur desviando la atención del republicanismo armado del Norte. Entre el 20 de agosto y el 2 de marzo de 1970, un total de 100.000 libras de dinero público irlandés fue transferido por medio de cuentas bancadas en Dublín y Clones a Belfast, desde donde parte regresó a otras cuentas en Dublín para ser usado en la compra de armas.

Aunque algunos líderes clave de la UVF como Gusty Spence estaban en prisión por el asesinato de Peter Ward, se fue creando un colectivo mucho mayor de potenciales terroristas lealistas a medida que los protestantes formaban asociaciones locales de defensa para protegerse de los ataques sectarios católicos o del IRA. Hombres vestidos con chaquetas de camuflaje, gorras militares de visera y máscaras, y armados con bates de béisbol y palos, patrullaban las zonas protestantes. Uno de estos grupos, la Asociación para la Defensa de Shankill, formó una élite clandestina llamada el Comando de la Mano Roja, que estaba estrechamente ligado a la UVF.

En junio de 1970 los republicanos mataron a dos protestantes en el enclave católico de Short Strand en el este de Belfast, una acción que condujo al ejército a golpear de nuevo contra ellos. Sin unas

estructuras de inteligencia militar establecidas, el ejército dependía fatídicamente de la identificación individual que hacía la RUC de los terroristas republicanos, lo que a su vez significó que muchas personas inocentes vivieron la experiencia de ver cómo los soldados destrozaban la entrada de sus casas, levantaban las tarimas del suelo o arrancaban las puertas de los armarios y trataban con dureza a los que eran arrestados. En julio de 1970 las tropas impusieron un toque de queda sobre veinte mil personas que vivían en la parte baja de Falls Road, y mataron a tiros a tres hombres que lo rompieron, además de atropellar a un cuarto con un vehículo blindado. La experiencia de ser humillados por las tropas británicas se convirtió en uno de los principales mecanismos de reclutamiento del IRA provisional, al igual que la decisión —por iniciativa del primer ministro Brian Faulkner— el 9 de agosto de 1971 de introducir el internamiento para los sospechosos de terrorismo. Esta decisión se tomó después de que una bomba del IRA asesinara a cinco ingenieros mientras trabajaban en un transmisor de la BBC, y tres soldados escoceses fuera de servicio —uno de diecisiete años, su hermano un año mayorhubieran sido atraídos a un sitio remoto donde mientras se aliviaban fueron disparados a bocajarro por asesinos del IRA provisional[173]. Irónicamente, el oficial británico al mando de Irlanda del Norte, el teniente general Harry Tuzo, se oponía al internamiento, principalmente porque si no era introducido al mismo tiempo en la República de Irlanda éste sería sin duda ineficaz. Miles de personas fueron señaladas bajo la Operación Demetrius. Algunos no habían luchado con el IRA desde el Alzamiento de Pascua de 1916. Resultaba revelador que, de los 1.590 internados entre el 9 de agosto y el 15 de diciembre de 1971, sólo dieciocho fueron finalmente acusados de delitos. Era revelador también que mientras que se habían producido veinticinco muertes en los seis meses anteriores a la introducción del internamiento, en los siguientes seis meses el IRA matara a 185 personas. Algunos detenidos fueron sometidos a un duro trato, o a torturas psicológicas que incluían la privación sensorial y el ruido blanco. Quienes eran

internados por largos periodos fueron retenidos en un campamento de la base abandonada de la RAF en Long Kesh. Con sus barracones de metal y vallas alambradas éste parecía un campo de prisioneros alemán de la Segunda Guerra Mundial; y así es exactamente como sus reclusos terroristas querían verlo. En el continente, algunos idiotas socialistas belgas comparaban Long Kesh con Dachau en imágenes de periódicos que ahora se pueden ver exhibidas en la Linen Hall Library of the Troubles de Belfast[174]. En marzo de 1976 el campamento fue rebautizado como prisión de Maze, y los barracones metálicos reemplazados por los llamados «Bloques H», reformas que no contribuyeron en nada a hacer disminuir la propaganda republicana.

Mientras, el 15 de mayo de 1971 unos trescientos miembros de las asociaciones de defensa protestantes se reunieron en una escuela de Belfast para formar la Asociación de Defensa del Ulster [UDA en sus siglas en inglés]. Como el IRA provisional, ésta tenía una estructura militar que había tomado prestada del ejército británico —brigadas, batallones, compañías, pelotones y secciones —. Con el tiempo, de treinta mil a cincuenta mil hombres se unieron a esta organización legal, que a comienzos de 1973 engendró un grupo terrorista mucho más selecto llamado los Luchadores por la Libertad del Ulster [UFF en sus siglas en inglés]. En julio de 1972, se permitió a Gusty Spence salir de la prisión de Crumlin Road durante un par de días para asistir a la boda de su hija. Dio su palabra de que regresaría. Técnicamente Spence hizo honor a su juramento organizando su propio secuestro a manos de la UVF, acción que concedió a Orange Pimpernel [la Pimpinela Naranja], como pasó a ser conocido, cuatro meses para reorganizar la UVF a la vez que conseguía armas mediante incursiones en las bases de la policía y del Ejército Territorial. Muchos de estos hombres estaban motivados por un ardiente deseo de venganza tras incidentes como la colocación de una bomba por el IRA provisional el 29 de septiembre de 1971 en el Four Step Inn, que produjo dos muertos y muchos heridos. Cincuenta mil personas asistieron a los funerales.

El líder del IRA provisional, Séan MacStiofáin, había decidido consentir el asesinato sectario indiscriminado, aunque no es así como él lo describiría.

Gran Bretaña no tenía ningún interés económico en Irlanda del Norte, y albergaba escasos temores de que el severamente católico Sur pudiera convertirse en otra Cuba, si no fuera por la presencia protestante en el Norte. Tampoco el ejército extraía ningún beneficio en términos de entrenamiento teniendo a sus hombres correteando por los callejones de Londonderry en un momento en el que la principal guerra en la que podría tener que combatir se produciría en cualquier caso contra los tanques soviéticos en las llanuras del norte de Alemania. Esencialmente, Gran Bretaña estaba luchando por la integridad territorial de su propio imperio nacional, por el imperio de la ley contra una minoría armada, y porque sus ministros creían que «el terrorismo, por su misma naturaleza, representa una vuelta a la barbarie y el salvajismo que une a todo el mundo civilizado en una decidida e insaciable oposición».

Las políticas se tenían que establecer en el contexto de una violencia que cada vez era peor. En 1971 un total de 180 personas fueron asesinadas en Irlanda del Norte, la mayoría víctimas del IRA provisional. Los veintinueve asesinados por las tropas británicas fueron objeto de discusión, ya que algunas de las víctimas eran jóvenes agitadores, sobre quienes el ejército rutinariamente alegaba que poseían armas de fuego. Los ataques del IRA provisional contra policías que eran siempre protestantes alimentaron inevitablemente un deseo de venganza en el otro bando. La UVF llevó a cabo su atentado más mortífero en diciembre de 1971 cuando un dispositivo de veinte kilos de gelignita tiraba abajo el bar McGurk en el norte de Belfast matando a quince católicos. Entre éstos estaba la señora Philomena McGurk, la hija de catorce años de la pareja, Maria, y un muchacho de trece amigo de los McGurk que casualmente les estaba haciendo una visita en el piso situado encima del bar. El ejército se esforzó por echar la culpa al IRA provisional afirmando que la bomba se estaba preparando dentro cuando estalló. Una

semana más tarde el IRA provisional devolvió el ataque con otra bomba en la Balmoral Furnishing Company en Shankill Road, asesinando a cuatro clientes, o más bien a dos adultos, a la niña de dos años Tracey Munn y a su hermano adoptivo, Colin Munn, de diecisiete meses, quienes resultaron aplastados cuando una pared se derrumbó sobre su cochecito. Uno se pregunta qué causa política puede justificar eso.

Quinientas personas murieron en 1972, el nadir de los Disturbios en su conjunto. El año comenzó de manera poco prometedora con el Segundo Domingo Sangriento de Irlanda. El 30 de enero trece hombres desarmados fueron asesinados a tiros por soldados del Regimiento de Paracaidistas enviados a contener las violentas secuelas de una protesta en favor de los derechos civiles en Londonderry. El mando del ejército estaba exasperado por los incesantes disturbios, mientras a la vez tenía presente que podía haber francotiradores del IRA provisional operando desde el interior de las multitudes pacíficas que participaban en una manifestación ilegal. Alegando que les habían disparado, los soldados perdieron el control, pero resultaba cuestionable por qué, para empezar, el regimiento más curtido en el combate del ejército británico era quien vigilaba una manifestación civil ilegal. No les encontraron armas a los muertos ni cerca de ellos. Tras una investigación judicial en ese momento, que de manera generalizada se tachó de intento de encubrir lo sucedido, se lanzó una investigación adicional (sin sentido) que continúa hasta el día de hoy, siendo los únicos beneficiarios los abogados que han acumulado ya costes que ascienden a 200 millones de libras en un proceso que muchos consideran un obsceno derroche de dinero público concebido únicamente para aplacar a los republicanos.

En Dublín una multitud furiosa quemó la embajada británica. En el Ulster surgió un movimiento de vanguardia creado por el político unionista William Craig, quien decía en sus masivos mítines: «Debemos acumular informes sobre esos hombres y mujeres de este país que son una amenaza para este país porque uno de estos

días, en caso de que los políticos fracasen, puede que sea nuestro trabajo liquidar al enemigo». En marzo de 1972 el gobierno británico abruptamente dio por terminado Stormont e introdujo el gobierno directo desde la nueva Oficina para Irlanda del Norte en Westminster. Habían llegado a la conclusión de que Stormont era parte del problema más que la solución; el gobierno directo proporcionaría un margen de respiro para las conversaciones transfronterizas y entre comunidades para resolver el problema. Ese julio, cuatro lealistas de la UVF/UDA, excitados por la inminente noche de las hogueras del día 12, irrumpieron en casa de una viuda católica alegando que tenía armas escondidas en su casa. La robaron y la violaron. Los hombres la llevaron a la planta de arriba donde mataron a tiros a su hijo retrasado de catorce años, y después le dispararon a ella en una mano y un muslo. Un inquilino (protestante) tuvo un encendedor colocado b¿yo la barbilla hasta que pudo mostrar el fajín de Oran ge que le salvó la vida.

El nuevo secretario para Irlanda del Norte, el político con apariencia de koala William Whitelaw, introdujo el estatus de «categoría especial» para los prisioneros declarados culpables de ciertos crímenes terroristas; esto significaba que no tenían que llevar uniformes de la prisión y en la práctica les otorgaba un estatus político. Whitelaw también liberó a unos pocos internos, y gestionó que diversas figuras del IRA, incluidos a Gerry Adams y Martin McGuinness, volaran para mantener conversaciones secretas en la casa de Chelsea de otro ministro. Esta era la primera vez que el gobierno había celebrado conversaciones directas con terroristas irlandeses. Mientras aquellos hombres reiteraban demandas ya familiares, Whitelaw propuso una asamblea para establecer un reparto del poder basado en la representación proporcional con el fin de proteger los derechos de las minorías, que elegirían un ejecutivo formado por once personas para restaurar el gobierno local en la provincia. El estatus de Irlanda del Norte como parte integral del Reino Unido era repetido como un mantra para aplacar a los unionistas. Brian Faulkner se las arregló para persuadir a una

estrecha minoría de unionistas de que siguieran este camino, al que se oponía ruidosamente Ian Paisley. En el otoño de 1971 había comenzado a formar el Partido Unionista Democrático (DUP en sus siglas en inglés) para marcar distancias con la alta burguesía terrateniente y los peces gordos de las ciudades que habían dominado el Partido Unionista original desde su concepción.

Las conversaciones celebradas posteriormente en el Civil Service College de Sunningdale en Berkshire entre los gobiernos británico e irlandés y representantes de los nacionalistas y unionistas moderados del Ulster estaban diseñadas para establecer las instituciones binacionales que garantizarían el éxito del reparto de poder local, un consejo de ministros y un consejo que consistía en treinta representantes de la asamblea de Irlanda del Norte y el parlamento irlandés. Esto reconocía que muchos nacionalistas en el Norte se veían a sí mismos como irlandeses. Los contactos clandestinos entre Michael Oately del MI5 y algunos de los líderes del IRA provisional debieron de tener el propósito de intentar arrastrarlos con el tiempo a un acuerdo más amplio, como indican los hechos separados del levantamiento de la prohibición del Sinn Fein y la UVF[175].

Dos grupos rechazaron el acuerdo de reparto del poder: la mayoría protestante y el IRA provisional en su conjunto. La República de Irlanda no contribuyó a mejorar las cosas cuando reafirmó públicamente su reivindicación de Irlanda del Norte en las cláusulas 2 y 3 de su Constitución, y rechazó la extradición de terroristas del IRA provisional desde sus bases y santuarios del otro lado de la frontera. Los unionistas radicales destituyeron a Faulkner como cabeza del partido, y lograron después una sonora victoria como candidatos anti-Sunningdale en las elecciones de febrero de 1973. En un golpe adicional, los conservadores del primer ministro británico Edward Heath fueron reemplazados por Wilson, cuyo deseo de librarse de Irlanda del Norte era bien conocido. Los trabajadores unionistas también dejaron clara su hostilidad hacia un poder compartido cuando lanzaron una huelga general en mayo de

1974 que paralizó la provincia. Hombres enmascarados y con capuchas de la UDA, armados con palos de madera, bloquearon las carreteras e intimidaron a los trabajadores clave de las centrales eléctricas para que se quedaran en sus casas con el fin de reducir la electricidad que se generaba y transmitía. Puesto que la UDA no constituía una amenaza terrorista para el ejército, este último dejó la cuestión de levantar las barricadas en manos de la RUC, que por sistema no hacía nada que pudiera ofender a la gente con la que en realidad simpatizaba.

El año 1974 fue testigo del comienzo de algo que había sido descubierto por casualidad tres años antes. El 20 de diciembre de 1971, un experto fabricante de bombas del IRA, Jack McCabe, había estado mezclando explosivos en el suelo de su garaje cuando la pala emitió una chispa y él voló por los aires. Preocupado por que estos materiales fueran inestables, el IRA dispuso un lote en un coche y lo condujo al centro de Belfast, donde fue detonado. A este juego podían jugar dos. El 17 de mayo de 1974 tres coches bomba lealistas explotaron durante la hora punta en Dublín matando a veintidós personas. Una mujer de veintidós años, que estaba embarazada de nueve meses, murió cuando un trozo de metralla le atravesó el corazón, dejando a su hija de veintidós meses vagando sola por los alrededores. Otra víctima, la joven de veintiún años Anna Massey, había pasado la noche anterior escribiendo invitaciones para su boda que iba a celebrarse seis semanas después. No fue al altar sino a la tumba. Otras cinco personas resultaron asesinadas en ataques simultáneos con coches bomba en Monaghan. Ciento veinte personas resultaron heridas en atentados cuyo balance final de muertos, treinta y tres, convirtieron a éste en el peor día de los Disturbios. La UVF encontró «divertido» este ataque, a pesar de los brazos, piernas y cabezas cercenados, y lo llamó «devolver el favor».

Wilson consideró seriamente la apocalíptica posibilidad de una retirada británica de la provincia con el fin de sacar a Inglaterra del lío del Ulster. Fue tan lejos como para señalar al IRA provisional que

su gobierno «deseaba elaborar estructuras de abandono de Irlanda»; el IRA provisional respondió proclamando un alto el fuego, que se aseguró de supervisar en las áreas republicanas, una primera indicación de su control de los guetos autónomos verdes. El sombrío pronóstico de Wilson tuvo además el efecto de destapar el farol de la República, ya que la realidad irlandesa —tan distinta de la retórica de los republicanos irlandeses y las mal informadas fantasías de sus seguidores estadounidenses— era el «deberíamos hacer todo lo posible para dar pie [a una continua implicación británica]». Eso dejaba al descubierto la cruda verdad de que los republicanos del Norte no sólo estaban luchando para separarse de un Estado que no los quería, sino para unirse a otro que tampoco los quería. Wilson no tenía mucho tiempo para los lealistas. Aireando su furia contra los huelguistas lealistas, habló en televisión de las «personas que se pasan la vida viviendo a costa de Westminster y la democracia británica y después atacan sistemáticamente los métodos democráticos». Enojado, preguntó: «¿Quiénes se creen que son?». En las semanas sucesivas los lealistas lucieron pequeños trozos de esponja[*] en las solapas. En un plazo de dos semanas Faulkner reconoció el fracaso del reparto de poder y el ejecutivo y la asamblea se desintegraron. Una de las más prometedoras iniciativas de paz anteriores al Acuerdo de Viernes Santo de 1998 —descrito como «una versión de Sunningdale para aprendices torpes»— había fallado.

En 1974 el IRA provisional extendió su campaña de terror mediante atentados con bomba al Reino Unido, tanto para dejar a sus militantes disfrutar de la venganza como para recordar a los británicos el coste de no negociar. Las muertes en Belfast eran algo tan común que sólo las que se produjeran en el resto del país podían volver a avivar el interés de los medios de comunicación. En febrero una bomba explotó en un autobús que transportaba soldados desde Manchester a un cuartel en North Yorkshire, matando a nueve militares, una mujer y dos niños. En octubre dos pubs de Guildford, el Horse and Groom y el Seven Stars,

frecuentados por soldados fuera de servicio, así como por público en general, fueron volados con bombas, lo que produjo la muerte a cinco personas, dos de ellas mujeres. El 7 de noviembre de 1974 una bomba explotó en el King's Arms, cerca del Real Centro de Entrenamiento de la Artillería de Woolwich, lo que mató a un soldado y un civil. En todos estos atentados docenas de personas resultaron heridas. El 21 de noviembre estallaron bombas en dos pubs de Birmingham, el Mulberry y el Tavern in the Town, donde murieron diecinueve personas y otras 182 fueron heridas. En cada caso, el clamor de los medios de comunicación y la opinión pública condujeron a un trabajo forense y de investigación poco sólido y a la condena de inocentes que fueron a prisión durante largos periodos de tiempo antes de que sus penas fueran anuladas. En diciembre de 1975 los cuatro hombres responsables de muchos de estos ataques fueron arrinconados en un apartamento de Londres después de haber disparado en un restaurante al que habían puesto una bomba unas semanas antes. Tras un asedio de cinco días se rindieron, y en 1977 fueron condenados a cuarenta y siete cadenas perpetuas y un total de dos mil años en prisión entre todos. Un ciudadano irlando-americano, que había matado de un disparo a un policía que tuvo la mala suerte de dar con la fábrica de bombas del grupo, fue encarcelado en 1988 por homicidio tras cinco años de proceso judicial para su extradición. A pesar de estos crímenes, que provocaron un sentimiento antiirlandés localizado, especialmente en Birmingham, el gobierno británico desarrolló sus contactos con el IRA provisional. El 10 de diciembre de 1974, un clérigo protestante del Consejo de Iglesias de Irlanda se reunió con los líderes del IRA provisional en un hotel de County Clare. Se preparó un documento que el sacerdote llevó al secretario de Interior, Merlyn Rees, con una oferta de alto el fuego desde el 22 de diciembre de 1974 al 2 de enero de 1975.

Rees juró que Gran Bretaña no tenía intereses territoriales o de seguridad a largo plazo en Irlanda del Norte más allá de sus obligaciones hacia un pueblo cuya mayoría quería permanecer en el

Reino Unido. Se fue poniendo en libertad a un número continuo de detenidos republicanos, y los prisioneros retenidos en otras partes del país regresaron a las cárceles norirlandesas. El ejército era menos visible en los barrios católicos. Manejado con ayuda de charlas clandestinas entre funcionarios del MI5 y el IRA, de las que los únicos registros por escrito provienen de este último, el alto el fuego se prolongó durante casi todo 1975, aunque estuvo salpicado por los asesinatos por parte del IRA de miembros de las fuerzas de seguridad en los momentos en los que consideró que se habían quebrado las condiciones. Aunque ese año se mataron menos policías y soldados, el alto el fuego fue testigo de un recrudecimiento de los asesinatos sectarios flagrantes, que una generación más joven de miembros del IRA —incluidos Gerry Adams y Brendan Hughes en Long Kesh y a Martin McGuinness encarcelado en el Surveía como una consecuencia indirecta de las desastrosamente ingenuas conversaciones de la cúpula del IRA provisional con los británicos, de quienes pensaban que se dedicaban a marear la perdiz mientras los lealistas les diezmaban.

Mucha sangre inocente se derramó durante el alto el fuego. El 13 de marzo de 1975, dos terroristas de la UVF colocaron una bomba fabricada con una bombona de butano en la entrada del bar Peter Conway's en Belfast; hizo explosión prematuramente y dejó a los dos hombres gravemente heridos. El 5 de abril de 1975 unos lealistas dejaron su propia bombona-bomba en el portal del bar McLaughlin, en el área católica de New Lodge, y mataron a dos hombres que veían el Grand National en la televisión. Unas pocas horas después, el IRA provisional disparaba sobre los protestantes que veían la misma carrera en la taberna Mountainview de Shankill Road, para facilitar así el lanzamiento de una bomba que mató a cinco personas. Antes de la caída de la noche, los lealistas mataron a tiros a un católico de sesenta y un años. El 31 de julio al grupo musical Miami Showband fue detenido dado a la una de la mañana mientras se dirigía al Sur tras un concierto en el Norte por individuos que tomaron por soldados del UDR a cargo de un control de

carretera. Eran en realidad miembros de la UVF, aunque algunos de ellos eran también soldados a tiempo parcial en el UDR. El objetivo era colocar una bomba en la furgoneta Volkswagen de la banda con un temporizador que la haría explotar mientras iban hacia el Sur, con la intención de que la gente dijera: «Vaya, no se puede confiar ni en [que] la Miami Showband no sean terroristas del IRA». Uno de los diez terroristas de la UVF dijo a los músicos: «Bueno, amigos, estupendo, gracias por vuestra colaboración, subid y marchaos». En ese momento la bomba explotó, antes de tiempo, volando la cabeza, brazos y piernas de dos de los hombres de la UVF. Un brazo encontrado a cierta distancia llevaba el tatuaje de la organización. Los ocho pistoleros restantes decidieron entonces eliminar a cualquier testigo, metiéndole veintidós tiros a la atractiva cara del cantante Fran OToole, antes de asesinar a Anthony Geraghty y al trompetista protestante Brian McCoy. Dos de los hombres condenados por este ataque eran sargentos del UDR. El 13 de agosto el IRA provisional devolvió el golpe con una bomba y un tiroteo en el bar Bayardo en Shankill Road, asesinando a seis protestantes, incluido un miembro de la UVF. El cabecilla del ataque fue un ex seminarista llamado Brendan «Bic» McFarlane, quien pasaría luego a liderar a los presos del IRA provisional en la prisión de Maze en la década de los ochenta.

El 1 de septiembre un grupo que actuaba como fachada del IRA provisional mató a cinco protestantes en el Tullyvallen Guiding Star Orange Lodge de Newtownhamilton. El granjero de setenta años William Ronald McKee y su hijo de cuarenta, James, murieron junto con el granjero jubilado de ochenta años John Johnston. Cuando el alto el fuego llegaba a su fin, pistoleros lealistas mataron a seis católicos que vivían en remotas áreas rurales. El 4 de enero de 1976 unos pistoleros enmascarados de la UVF irrumpieron en una fiesta que los O'Dowd celebraban en torno a su piano. Los hombres de la familia fueron asesinados a tiros y sus cuerpos se desplomaron sobre varios de los niños, con edades inferiores a diez años. Quince minutos después tres hermanos de la familia O'Reavey fueron

asesinados por la UVF mientras veían la televisión. Al día siguiente terroristas del IRA provisional dieron el alto a un autobús que transportaba a diez trabajadores protestantes a sus casas en Kingsmill, South Armagh. Identificaron a un católico, el conductor, y lo separaron del resto antes de acribillar a los otros nueve y abandonar sus cadáveres entre charcos de sangre y sándwiches a medio comer. El único superviviente había recibido dieciocho ráfagas de disparos mientras se arrastraba para escapar.

Los últimos meses de 1975 fueron testigos del surgimiento de una unidad de la UVF tan despiadada que marcaba la ley por sí misma, ya que hasta sus propios camaradas terroristas le tenían miedo. Un grupo sobre el que se debería reflexionar a propósito de lo que sigue son los detectives y científicos forenses que tuvieron que enfrentarse a las sangrientas consecuencias de lo que hacían estos hombres. Miles de estos policías nunca han sido apropiadamente compensados por las traumáticas escenas que tuvieron que presenciar —y cuyos efectos incluyen el alcoholismo, el divorcio y el suicidio—. Los informes forenses eran normalmente tan largos que es imposible reproducir por completo lo que equivale a auténticas atrocidades en serie sobre el cuerpo humano.

Hugh «Lenny» Murphy era un hombre menudo de pelo oscuro y ondulado y alegres ojos azules. De niño había extorsionado a sus compañeros de escuela para que le entregaran dinero amenazándoles con sus hermanos mayores. Murphy odiaba a los católicos, aunque al portar nombres como Hugh y Murphy (que es por lo que prefería «Lenny») a menudo se burlaban de él llamándole «Mick»[*], pues era el hijo de un católico no practicante que se había casado con su rotundamente protestante madre —en una nueva ilustración de que esto no era Birmingham, Alabama—. El apodo de su época escolar no duró mucho. Claves en las sucesivas bandas que formó el Murphy adulto eran Robert «Basher» Bates, Samuel «Big Sam» McAllister y William Moore, con añadidos como Benjamín «Pretty Boy» Edwards y James «Tonto» Watt.

Todos estos hombres eran miembros de la UVF, que albergaban un odio visceral a los engreídos «taigs». Murphy tenía tatuados en el torso «Guillermo de Orange, Rec [uerda] 1690» y la Mano Roja del Ulster, además de unos más convencionales «Mamá» y «Papá» en las manos. A la edad de veinte años, había desarrollado el extraño pasatiempo de frecuentar las vistas del tribunal de Crumlin Road en Belfast en los descansos de su trabajo de dependiente de un comercio. Acostumbraba a sentarse allí durante horas, con su chaqueta de cuero y su bufanda, escuchando los juicios de los hombres del IRA, y mirando a los amigos y parientes de éstos sentados en los bancos para el público, mientras aprendía cómo esquivar un veredicto de culpabilidad. Uno de los aspectos clave era negar intención dolosa y omitir partes importantes de la historia, todo lo cual se hace evidente en los informes de los interrogatorios siempre que los miembros de una banda eran arrestados.

En 1972 Murphy y sus amigos secuestraron a un católico de treinta y cuatro años en un taxi. El hombre fue retenido en la «sala de juegos» del Club Social Lawnbrook, una taberna lealista, hasta que la clientela que no pertenecía al núcleo duro se dispersó. Después de medianoche el hombre fue apaleado por los que quedaban, mientras Murphy le propinaba los tremendos golpes que le rompieron los huesos. Después Murphy apuñaló repetidamente a su víctima. A las 4 de la mañana el hombre recibió un disparo en la cabeza y su cuerpo fue abandonado a kilómetro y medio de allí. Varios católicos más fueron elegidos al azar por Murphy y su banda para ser sometidos a un trato similar. Un operario de una fábrica textil de cuarenta y ocho años, Thomas Madden, fue colgado de una viga en un garaje mientras Murphy se ponía a trabajar en su cuerpo con un cincel, dejando 147 incisiones distintas antes de asfixiarlo hasta morir tirando de la soga. No paraba de gritar: «¡Mátame! ¡Mátame!». Los informes forenses recogieron el número angustiosamente elevado de heridas que Madden había sentido.

Como psicópata Murphy era extremadamente astuto. En septiembre de 1972 partió en una moto con Mervyn john Connor,

con un encargo de la UVF para disparar a un flautista protestante llamado Pavis, de quien la organización pensaba que estaba vendiendo armas a un cura católico amigo que colaboraba con el IRA provisional. Murphy disparó a Pavis en su casa. Murphy y Connor fueron detenidos por su relación con un segundo tiroteo, y este último fue persuadido por la policía para que prestara testimonio inculpándolos a los dos tras haber sido identificado por testigos presenciales. Aunque Connor estaba protegido en la prisión de Crumlin Road, Murphy decidió eliminarle. Un primer intento, con natillas envenenadas que habrían matado no sólo a Connor sino a toda su mesa, falló cuando la crema se puso de un color extraño. Sin dejarse desanimar, Murphy consiguió cianuro del hospital de la prisión, donde ahora trabajaba, y un pase para moverse por ésta, que usó para esquivar a unos guardias despistados con el fin de entrar en la celda de Connor. Allí metió a la fuerza el cianuro por la garganta de su amigo después de que Connor hubiera escrito una carta exculpándole del asesinato de Pavis. El único preso que presenció el crimen murió poco después, cuando su cabeza fue destrozada contra una pared de la celda.

De regreso a su hábitat de Shankill Road, Murphy estableció su banda en el pub Brown Bear, siendo William «Billy» Moore uno de los primeros reclutas, un taxista negro que ya estaba conectado con la UVF —porque la UVF daba «licencias» a todo el parque móvil de Shankill Road, igual que lo hacía el IRA provisional a lo largo de Falls Road—. Para ambas organizaciones éste era un chanchullo muy lucrativo, facilitado por el hecho de que muchos autobuses públicos habían sido quemados o sacados de las carreteras de algún otro modo. Moore tenía también una colección de hachas y cuchillos de carnicero que había robado antes de ser despedido de su trabajo en una planta de envasado de carne. Se enorgullecía de mantener los cuchillos «afilados como lanzas».

En octubre de 1974 la banda de Murphy robó un almacén de bebidas católico y mató a tiros a sus cuatro empleados tras no haber encontrado nada de dinero en efectivo. Cuando en noviembre de

1975 el IRA provisional asesinó a tres soldados británicos en un puesto de observación de Crossmaglen en South Armagh, los Carniceros de Murphy se embarcaron en su siguiente orgía de violencia. Partieron en el taxi de Moore hacia la zona católica de Antrim Road, donde se encontraron con un paseante solitario que se dirigía al centro de la ciudad. Francis Crossan fue golpeado fuertemente en la cabeza con una llave de tubo y arrastrado al interior del taxi. Murphy le cortó la garganta tan ferozmente que su cabeza casi se desprendió. Cuando la policía encontró el cuerpo, la cabeza formaba un ángulo recto con éste, y fragmentos de cristales sobresalían de su cara en los lugares en los que le habían clavado vasos de cerveza rotos.

Aunque Murphy y sus hombres eran en sí criminales, la UVF les autorizó para llevar a cabo ataques de castigo contra unos pequeños delincuentes, con base en el rival bar Windsor, que habían robado a una anciana viuda. Normalmente el castigo incluía el dejar caer pesados bloques de cemento sobre piernas o cabezas, seguido de un tiroteo o una sesión con un taladro eléctrico en las rótulas de los infractores si éstos no entendían el primer mensaje. La mayoría de las rótulas podían ser reparadas con cirugía, así que Murphy decidió que un tiro en la parte de atrás de la rodilla produciría una incapacitación permanente. Tres hombres fueron secuestrados y llevados a un garaje; uno fue asesinado a disparos tras intentar huir, mientras que a los otros les volaron las rótulas. Aunque Murphy era responsable de este asesinato, se aseguró de que otro miembro de la banda fuera liquidado a tiros por la UVF cuando ésta exigió que se penara este asesinato no autorizado.

A comienzos de 1976 Murphy y su banda reanudaron sus cacerías nocturnas en busca de «taigs». La banda alegaría siempre que la idea (y la elección de la víctima) simplemente se les vino de repente a la cabeza cuando salían a por una bolsa de patatas fritas. Lo cierto es que cada asesinato se incubaba mientras se iban convenciendo a sí mismos de cometerlos durante sesiones de ingesta de alcohol en bares lealistas que duraban todo el día.

Entonces arrastraban a cualquier desafortunado Upo a un taxi negro tras golpearle en la cabeza con una llave de tubo. En el interior la víctima era atacada brutalmente, mientras el taxi paraba para recoger los cuchillos de carnicero o un hacha para la parte más sangrienta. Después habría una larga sesión de tortura en alguna sórdida taberna lealista, que acababa cuando Murphy serraba la garganta y la columna vertebral de la víctima. Entonces el cadáver sería transportado en coche y abandonado —cerca de un área republicana si la víctima era también protestante—. Hubo sólo una variación en esta dinámica inspirada por la masacre de Kingsmill cuando los hombres de Murphy lanzaron un ataque con fusiles en lo que pensaron que era una banda de trabajadores católicos en un camión en Shankill Road. Dos hombres murieron y otros dos resultaron heridos. Los dos muertos eran protestantes, información que volvió loco de rabia a Murphy, quien juró asesinar al doble de católicos para compensar su error. Cometió su primer fallo importante cuando se estrelló contra un puesto de control del ejército después de haber disparado a dos jóvenes católicas que iban en otro coche. Aunque en la comisaría de policía intentó quitarse los residuos de pólvora lavándose las manos, fue condenado por intento de homicidio y sentenciado a doce años de prisión.

Los seis años que cumplió como consecuencia no le impidieron dirigir una campaña de asesinatos sectarios más allá de los muros de la prisión. En junio de 1976, después de que el bar *Times* fuera volado por una bomba del IRA provisional, los Carniceros de Shankill mataron a tiros a tres católicos en el bar Chlorane esa misma mañana. El viernes 29 de octubre raptaron al joven de veintiún años Stephen McCann mientras él y su novia Francés Tohill regresaban a casa de una fiesta. McCann era un muchacho soñador que tocaba la guitarra y escribía canciones y oscuros poemas adolescentes. La banda había pasado el día bebiendo y planeando este ataque, aunque, una vez más, posteriormente alegarían que la

idea del asesinato se les ocurrió cuando salieron a buscar más patatas fritas. McCann fue objeto de un terrible ataque en el taxi, y luego le dispararon en la cabeza, antes de que ésta fuera serrada casi por completo por William Moore. Esta acciótr se llevó a cabo para distraer a la policía, que sospechaba que el encarcelado Murphy era el carnicero asesino. La dirección del grupo recayó en Sam McAllister, un tipo duro hinchado y tatuado siempre en busca de pelea. Después de que en el último momento se abortara una reyerta de borrachos con un hombre de la UDA en un pub lealista, McAllister se quedó en los alrededores esperando a su contrincante y le aplastó la cabeza con un bloque de hormigón mientras yacía en el suelo. Por esto McAllister recibió dos tiros de castigo en cada brazo, tras haber negociado que la pena se ejecutara más arriba de sus preciosas rodillas.

En mayo de 1977, tras varios asesinatos más, la suerte de la banda se acabó cuando, haciéndose pasar por policías, secuestraron una noche al joven de veintidós años Gerard McLaverty. Afirmaron que la idea de «arrancarle las pelotas a un "taig"» se les ocurrió mientras recorrían Belfast después de la hora de cierre de los bares. McLaverty fue duramente golpeado por McAllister con un palo que tenía clavos de 15 centímetros atravesados en el extremo, una sesión que fue tan prolongada que el grupo tuvo que hacer una pausa para tomar el té con el fin de recuperar fuerzas. McLaverty fue conducido después al lugar en el que planeaban matarle; el hecho de que sólo tuvieran el cordón de unas botas para estrangularle y una pequeña navaja para cortarle las muñecas le salvó la vida. El modo en que se produjo este ataque no sólo tuvo como consecuencia la captura de la banda, sino también que la policía se diera cuenta de que habían sido responsables de treinta muertes anteriores. El testimonio de McLaverty y sesiones de veinte horas en el centro de interrogación de Casdereagh acabaron por hacer saltar las evasivas y mentiras de la banda. Un rendido William Moore finalmente concedió: «Murphy hizo los tres primeros [una cifra por debajo de su letalidad] y yo he

hecho el resto». Añadió: «Fue ese bastardo de Murphy el que me metió en todo esto. Yo ni siquiera pensaba en ello». Once hombres comparecieron ante el tribunal acusados de diecinueve asesinatos. En febrero de 1979 Moore fiie encarcelado para siempre mientras la mayoría del resto recibía condenas de cadena perpetua, de las que cumplirían un mínimo de dieciocho a veinte años. Una persona no estaba en el banquillo.

Lenny Murphy fue liberado de la prisión el 16 de julio de 1982. Esa noche hubo una fiesta en su honor en el club lealista de Rumsford Street. Poco antes de la medianoche un desaliñado vagabundo, Alexander Maxwell, apareció por allí con la idea de gorronear unas bebidas antes de marcharse a dormitar a un hostal del Ejército de Salvación. Cuando Murphy le ordenó que se fuera, Maxwell cometió el error de mostrarse demasiado insolente. Murphy le sacó fuera y procedió a darle puñetazos y patadas. Maxwell cayó inconsciente al suelo. Murphy volvió a entrar entonces para buscar las llaves de un coche y condujo adelante y atrás sobre el vagabundo hasta que el hombre murió. En un plazo de seis semanas desde su liberación, Murphy había formado una nueva banda y vivía bien gracias a las ganacias de la extorsión. Conducía un elegante Rover amarillo. Con el fin de evitar el pago del precio acordado por el vehículo, intentó primero envenenar al antiguo propietario, y después le disparó ocho veces tiroteándole desde una moto. Inevitablemente, las acciones de este maniaco con el tiempo le pasaron factura. Intentó meterse por la fuerza en un negocio ilegal relacionado con las máquinas de juego en bares y clubs, mientras que su idea de secuestrar y asesinar a un rehén católico después de que el IRA provisional hubiera raptado a un soldado del UDR ofendió a su propio bando. Parece que además hizo enfadar a un ex boxeador llamado Jim Craig, cuando intentó meterse en su misma línea de trabajo extorsionando dinero en obras de construcción. Craig era un comandante de la UDA en el oeste de Belfast. Mientras estaba en Maze había explicado a un líder del IRA provisional con el que se sentaba en el «consejo» su idea sobre la manera de

disciplinar a sus hombres: «Tengo un jodido martillo enorme y les he dicho que si cualquiera me causa problemas le romperé los jodidos dedos». Parece que Craig también había llegado a un acuerdo mientras estaba en prisión con importantes miembros del IRA provisional en relación con los límites de sus respectivos negocios de extorsión, y con bastante probabilidad había pactado que cada uno asesinaría a los enemigos del otro, como los extraños en un tren de la película de Hitchcock.

La tarde del 16 de noviembre de 1982, Lenny Murphy aparcó su Rover en la parte de atrás de la casa de su novia en un barrio protestante. Hacía mucho que su esposa y sus hijos le habían abandonado. No se había dado cuenta de la presencia de una furgoneta azul en sus espejos retrovisores, ni de que había dado marcha atrás para situarse frente a su coche. Las puertas de atrás se abrieron mientras Murphy se preparaba para salir; fue alcanzado por veintiséis balas en la cabeza y el cuerpo, disparadas por dos hombres con monos que desaparecieron rápidamente en coches robados. En el funeral de Murphy, seis pistoleros enmascarados de la UVF dispararon una salva sobre su ataúd, cubierto por una bandera naranja y púrpura. Un gaitero tocó «Abide with Me» mientras el cortejo avanzaba por Shankill Road. Murphy acababa de cumplir treinta años; su madre aseguró que «Lenny no haría daño a una mosca». Su amigo «Basher» Bates, que había encontrado a Dios en la cárcel, fue muerto a tiros en 1997, en una venganza de la UDA por el asesinato veinte años antes del moreno James «Nigger» Moorehead en los baños de un bar de Belfast. Las memorías de las venganzas eran como las de una saga medieval islandesa. Jim Craig fue asesinado de un disparo por los UFF en un bar en 1988 después de que se enteraran de sus tratos con el IRA provisional[176].

DESATANDO EL CAOS

Si todos los terroristas irlandeses fueran criminales psicópatas como Murphy, no habría fluctuaciones demostrables en la violencia, o cambios en cómo se usó en comparación con otras formas de actividad política. En realidad mucha gente se unía a las organizaciones terroristas porque poseía una experiencia personal directa de la injusticia o había sido testigo de ella. Eamon Collins provenía de una familia de granjeros en Crossmaglen, un bastión republicano en la frontera Norte-Sur. Su políticamente pragmático padre criaba y negociaba con ganado y purasangres. Su madre era la devota católica responsable de inculcar en el corazón de Collins los lacrimógenos mitos de la historia republicana irlandesa y una latente tensión entre la violencia rebelde y la costumbre cristiana de ofrecer la otra mejilla. Tenía contactos de bajo nivel con el IRA, tomó parte en disturbios por los derechos civiles, vendió periódicos republicanos y, tras algunos trabajos ocasionales en la administración pública en Londres, fue a la Queen's University de Belfast a estudiar derecho.

De vuelta a casa por vacaciones, Collins volvió tarde una noche a la granja tras tomar unas copas con unos amigos de la escuela. Mientras paseaba por el camino, de los arbustos emergieron paracaidistas británicos gritándole: «Arriba las putas manos, no hagas un puto movimiento. No hagas un puto movimiento». A esto le siguió un: «Levanta los brazos, separa las putas piernas, cabrón». Comenzaron entonces a golpearle con las culatas de sus rifles, mientras le daban patadas con pesadas botas de combate: «Ponte las jodidas manos en la cabeza, cabrón irlandés». Los soldados le arrastraron hasta la casa, sujetándole con la ayuda de un rifle semiautomático metido en la boca, que le rompió varios dientes. Su guardián comentaba: «Te volaría los sesos por dos peniques, podrido cabrón irlandés». Mientras su madre chillaba histérica, Collins, su padre y su hermano fueron arrestados y golpeados con las culatas de los rifles cuando yacían en el suelo de los Land Rovers en los que se los llevaron. Collins fue obligado a cantar «El fajín» mientras los soldados marcaban el ritmo golpeándole en la

espalda. Tras una aterradora temporada en las inslalaciones militares de Bessborough, los tres fueron entregados a la RUC. Se les liberó finalmente cuando los científicos forenses determinaron que los «explosivos» que un perro policía había detectado en el coche del padre provenían de salpicaduras de la creosota usada para aplicarla a una valla. Collins explicó los efectos psicológicos de este maltrato: «Sentía un arrebato de rabia cuya fuerza me desequilibró: solía sentarme solo en mi habitación y pensaba con placer en volarles la cabeza a esa escoria de paramilitares». Comenzó a implicarse cada vez más en actividades diseñadas para dar apoyo a los presos de los Bloques H de Maze. Tras un largo periodo de iniciación, se unió al IRA provisional, asistiendo a charlas en Dundalk y recibiendo el Libro Verde de la organización. Este proporcionaba la historia de la banda, sus reglas militares y consejos sobre cómo resistir interrogatorios en profundidad —el eufemismo del ejército para hacer pasar un mal rato—.

Collins trabajó como oficial de inteligencia del IRA provisional bajo el disfraz de su empleo como oficial de aduanas en Newry, donde inspeccionaba los papeles de los camioneros que entraban por la frontera. En su tiempo libre, era primer tenor en el Coro Masculino de Cloughmore. Sus propios colegas estaban entre las primeras víctimas de los atentados terroristas que él facilitó. Fríamente tendió una trampa para el mayor Ivan Toombs del cercano puesto de aduanas de Warrenpoint, a pesar incluso de que Toombs le había presentado a su encantadora hija de ocho años y los dos hombres se habían emborrachado juntos mientras inspeccionaban un barco ruso. El hecho de que Toombs, de cuarenta y siete años, fuera miembro a tiempo parcial del UDR fue razón suficiente para que le dispararan en su oficina en enero de 1981 después de que Collins proporcionara al asesino (conocido como «El Hombre de Hielo») y a su cómplice los detalles de la distribución del edificio. Siendo un hombre claramente inteligente, aunque eso no le impidió morir de una paliza a manos del IRA provisional en 1999 tras dejar la organización y evitar por poco

convertirse en soplón de la policía, Collins captó algo más sobre el hecho de ser terrorista, a lo que no se da tanta importancia como se debería. Se trata del deseo de sumir en el caos las vidas de los demás. Después de haber prácticamente arrasado Newry en una campaña de atentados con bomba, el IRA provisional andaba en busca de un nuevo objetivo. Se topó con Warrenpoint, a unos diez minutos en coche. Merece la pena detenerse a considerar por qué Collins tomó esta decisión:

> La gente allí parecía vivir en un entorno protegido y relativamente próspero. Católicos y protestantes de clase media vivían en armonía, unidos —como habría dicho yo desde mi perspectiva marxista— por su interés de clase en mantener su alto nivel de vida [...]. Yo odiaba la tranquilidad de esta pequeña ciudad costera: Warrenpoint era para mí como una pequeña hada de azúcar en lo alto de la podrida tarta unionista [...]. Sus rollizos ciudadanos disfrutaban de una buena vida nocturna con agradables pubs, cafés y restaurantes [...]. Yo iba a disfrutar acabando con la existencia de cuento de hadas de Warrenpoint.

Poco después, el IRA provisional demolía el hotel Crown, situado en la plaza principal de Warrenpoint, colocando bombas de barril en las que el ANFO (una mezcla de nitrato de amonio y fuel, la llamada bomba fertilizante) se había metido en el interior de contenedores metálicos de leche y activado con gelignita. El caos había llegado a Warrenpoint[177].

Los miembros del llamado «grupo del 69» se unieron al IRA provisional por razones nada complicadas. Por ejemplo Bernard Fox, un aprendiz de carrocero de Falls Road que entró a formar parte en 1969, y del que se rumoreaba que era miembro del Consejo Militar del IRA provisional. Rememorando cómo se había aventurado por una senda que le haría acabar en la cárcel durante diecinueve años, Fox dijo: «Casi recibí un disparo en un ataque con

pistolas en Norfolk Street. Salí de allí queriendo una pistola. Era superviviencia. Querías proteger a tu gente [...], a tu familia y a ti mismo. Cuando se levantaron las barricadas yo quería un arma así que me acerqué a un tipo que estaba en el IRA provisional y le pedí una pistola y él dijo: ¿podía disparar a un soldado británico? En esa época yo no tenía la idea de que fuera culpa del gobierno británico». Otra destacada figura del IRA provisional, de la que se rumoreaba que dirigía a la organización en el oeste de Belfast, se unió a ella después de que su padre, apolítico, muriera por disparos de soldados británicos en 1971. El futuro autor del atentado de Brighton, Patrick Magee, que casi eliminó al gobierno de Margaret Thatcher, alegó que había sido violentamente maltratado por unos soldados. Al joven Martín McGuinness le dio el alto una patrulla del ejército en Londonderry en agosto de 1969 cuando salía de la carnicería Doherty's, en la que trabajaba, para ir a buscar algo que comer. Le dijeron que se quitara zapatos y calcetines antes de ponerle con brazos y piernas extendidos contra una pared: «Martin era un chico muy timidito, y los soldados le humillaron enfrente de todas las chicas de las fábricas de camisas. Estaban en su descanso y se quedaron por allí mirando. Hasta entonces había sido un joven tranquilo, pero después de eso Martin cayó con los demás, arrojando piedras. El nunca habría hecho eso», recordaba el hermano de un compañero de trabajo[178]. La injusticia de los internamientos fue otro factor importante que contribuyó a que los voluntarios se unieran a las filas del IRA, especialmente porque los internos desarrollaron un elaborado sistema para sacar secretamente fuera de la prisión detallados relatos escritos de los abusos.

En realidad no había que experimentar brutalidad o discriminación para sentirlas, ya que algunos de los principales terroristas del IRA provisional, como Martin Ferris —en la actualidad miembro de la Dáil (la cámara de diputados irlandesa) por el Sinn Fein-y Sean O'Callaghan, antiguo cabecilla del Comando Sur del IRA provisional y miembro de su cuartel general, eran de Ferry, en el

republicano sur profundo de Eire. Cuanto mayor fuera la distancia del Norte, más intensidad adquiría el republicanismo. Ferris provenía de una familia de granjeros de Kerry que aumentaba los ingresos de las patatas, los cerdos y las cebollas con las ganancias de un vivero de ostras. Su padre había pasado un tiempo en Estados Unidos y era un buen luchador amateur. La primera canción que Ferris había oído cuando era niño hablaba de un muchacho de dieciocho años ahorcado por los pérfidos británicos. El mejor pub local, el de Mick Lynch, en Spa, servía a la vez de piso franco del IRA y era el lugar elegido para la celebración de lunas de miel por gente como el hermano de Gerry Adams, Paddy. Ferris iba bien encaminado a convertirse en un futbolista de talento cuando los primeros televisores en color comenzaron a mostrar gráficas escenas de los católicos del Norte «probando la madera» de las porras de la RUC y los B Specials. Tras la apropiada iniciación por Mick Lynch, el 29 de mayo de 1970 Ferris realizó su juramento de entrada al IRA ante un contratista de pintores local y el vicepresidente de la Asociación Adética Gaélica[179].

O'Callaghan nació en 1954 en una familia republicana de clase trabajadora que vivía en una zona residencial a las afueras de Tralee, la ciudad más grande de un Kerry por lo demás rural. Como muchos terroristas del IRA provisional, había tenido una infancia feliz y sin complicaciones. A los nueve años su abuela paterna le recordó: «Nunca confíes en un policía, ni siquiera muerto. Siempre hay que desenterrarlos y dispararles otra vez sólo para asegurarse». Tras ver el impactante comienzo de los Disturbios en el Norte en la televisión del Sur, el precoz O'Callaghan contactó a los quince años con un hombre de quien sabía que era una figura del IRA y poco después recibía entrenamiento en el uso de revólveres y rifles de alta velocidad. Al llegar a los dieciséis ya era un competente instructor en remotos campamentos del IRA provisional a los que llegaban aquellos provenientes del Norte sin experiencia en armas para aprender a usarlas. Recordaba que sus alumnos tenían «unajuvenil fascinación por las pistolas y las bombas y un deseo de

ajustar cuentas con los prods [protestantes] [...] [que] era toda la motivación que necesitaban». En 1972, ya con diecisiete años, O'Callaghan fue condenado a seis meses de cárcel después de que una bomba que estaba fabricando detonara por accidente y demoliera la caseta del jardín de su padre. Ese fue el comienzo[180].

Otra acérrima área republicana era la de South Armagh, donde Thomas «Slab» Murphy, un criador de cerdos soltero de Ballybinaby con un vivo interés por las refriegas del fútbol gaélico, era el señor de todo lo que contemplaba. El complejo de la granja estaba a caballo entre la frontera que unía Norte y Sur, una localización údl para los contrabandistas que han estado presentes en el área durante siglos. Había tres hermanos, uno de los cuales se convirtió en campeón juvenil de boxeo de los pesos pesados del mid-Ulster. Eran hombres grandes, que habían tomado el apodo de «Slab» («Losa») del matón que tenían por abuelo. Thomas «Slab» se situaba en el centro de un importante imperio criminal organizado por el IRA provisional que descansaba sobre una red de clanes interrelacionados de South Armagh y un lento pero continuo programa de entrenamiento que enseña una prudencia extrema a la hora de perpetrar actos de violencia criminal. Varios miembros de la banda de Murphy, con nombres como «El cirujano» o «El enterrador», son o han sido miembros clave del IRA provisional, aunque sólo el propio «Slab» ha sido su comandante. A diferencia de los más barrocamente cruentos terroristas lealistas, los líderes del IRA provisional hacen del discreto anonimato una virtud, que es por lo que no existen biografías escabrosas de, entre otros, Brian Keenan, Martín Ferris, Bobby Storey o Padraic Wilson, todos miembros, en distintos momentos, de su Consejo Militar. Esa también es la razón de que sigan vivos, en contraste con Dominic «Perro loco» McGlinchey, su rival, ávido de publicidad, del disidente INLA, que fue asesinado a tiros en 1994 por pistoleros lealistas[181].

La decisión de embarcarse en una carrera de violencia politizada era invariablemente interpretada por los miembros del IRA provisional como algo a lo que se veía forzado el individuo, en este

caso por la violencia sectaria o del Estado contra la comunidad a la que él (o ella) defendía, más que como una elección personal que podía también reflejar un deseo no menos vivo de experimentar la emoción de la actividad clandestina en una organización secreta que confería cierto estatus a sus miembros. El estatus en el seno del IRA provisional derivaba en parte de pertenecer ya a una familia ultrarrepublicana, un punto importante ya que esto llevaba a una confianza automática. Si el terrorista venía de una familia republicana que vivía en un área republicana, como el territorio de origen de Gerry Adams en la zona de Ballymurphy, en Belfast, entonces su adopción de la pistola y la bomba era tanto autorizada socialmente corno moralmente justificada. Era cuestión de mantenerse fiel a una tradición familiar. Ninguna figura de autoridad iba a argumentar lo contrario, ya que muchos sacerdotes católicos adoptaban un violento republicanismo sentimental, cuando no un apoyo indirecto de la violencia del IRA provisional[182]. Para complicar las cosas, mientras que el primado irlandés, el cardenal Tomás O Fiaich, era un defensor de la retirada británica de Irlanda del Norte, y por lo tanto era conocido por Ian Paisley como «el obispo del IRA de Crossmaglen», el arzobispo Cahal Daly de Armagh, que cubría los condados del Norte, se mostraba como un declarado crítico del republicanismo armado y era detestado por su feligrés Gerry Adams[183]. Aunque las madres tenían un papel importante en la perpetuación de los odios sectarios a lo largo de generaciones, algunas veces se resistían a ver a sus hijos (e hijas) envueltos en la violencia política. La madre de Declan Arthurs trató de disuadir a su hijo de que se convirtiese en un *provo*[*]:

> ¿Cuál era su futuro? ¿Prisión de por vida? ¿Vivir a la fuga? ¿O iba a ser asesinado? Sabía que su futuro no iba a ser bueno. Le dije: «Por el amor de Dios, Declan, por favor, piensa en nosotros que te queremos tanto». Y él sólo me miraba y decía: «Lo siento, mamá, no puedo hacer otra cosa.

Tengo que luchar por mi país». Le supliqué, le supliqué a menudo, pero fue inútil

[184].

El joven de veintiún años Declan Arthurs fue uno de los ocho miembros del IRA provisional muertos a disparos por las fuerzas especiales del SAS, que les tendieron una emboscada mientras intentaban volar la comisaría de policía de Loughall con una bomba en una excavadora mecánica, el 8 de mayo de 1987.

La cárcel tampoco era un factor de disuasión en Irlanda del Norte (o en el Sur, donde muchas figuras del IRA provisional estaban encerradas en condiciones atroces en la cárcel de Portlaoise) ya que los prisioneros paramilitares invariablemente dominaban sus secciones en cada institución. Esto no resulta sorprendente en el caso de Maze, donde se concentraba a cientos en un contexto geográfico en el que podían intimidar o asesinar a los guardianes o sus familias, pero se cumplía también con aquéllos retenidos en las prisiones de máxima seguridad del resto de Gran Bretaña. Allí forjaban alianzas con importantes criminales ingleses quienes, tentados por la escala internacional de la actividad del IRA provisional, pronto se dieron cuenta de que no estaban tratando con un grupo de dementes «paddies». Algunos presos se resignaban a los largos días y largas noches vacías; otros veían cada hora que pasaban despiertos como una oportunidad para planear una fuga. La cárcel era una ocasión para practicar hazañas al estilo de los prisioneros de guerra de los relatos épicos —particularmente cuando en 1983 Gerry Kelly lideró una evasión en masa de treinta y ocho reclusos de Mazeo para introducir mejoras en las justificaciones ideológicas del terrorismo. Varios terroristas encarcelados de todo tipo de ideologías han rememorado cómo fue sólo al llegar a la prisión cuando se les ofrecieron razones más elaboradas para colocar bombas y disparar a la gente. El veterano terrorista lealista «Gusty» Spence siempre preguntaba en algún momento a los presos que llegaban a su sección de Maze: «¿Por qué estás aquí?». La respuesta correcta no era: «Por matar gente».

En prisión los terroristas tenían a otras personas con las que debatir sobre política y libros que leer. Muchos aprovecharon las oportunidades que ofrecía el aprendizaje a distancia y estudiaron derecho, historia, políticas o sociología. Esto explica por qué tantos antiguos terroristas tienen cierta verosimilitud autodidacta cuando convierten el derramamiento de sangre en la anodina y pseudosociológicajerga de «identidad», «proceso», «situación» y «tradición». Suenan como si casi fueran observadores neutrales del caos y la destrucción que en gran parte son responsables de crear. Incluso aquellos que preferían aferrarse a su psicótica personalidad al menos utilizaban su tiempo en la cárcel para convertirse en forzudos creíbles mediante horas de levantamiento de pesas. Aunque unos veintiocho funcionarios del Servicio de Prisiones de Irlanda del Norte fueron asesinados durante los Disturbios, ésta no era una organización inerte. A comienzos de la década de los noventa experimentó con éxito un programa de liberación anticipada, bajo el cual a algunos terroristas cuidadosamente identificados y que rondaban la treintena —con esposas atractivas, hijos en edad de crecer y padres mayores— se les permitía salir con un permiso para ver a la familia a la que echaban de menos y comprobar cuánto había mejorado Irlanda del Norte en su ausencia. La contrapartida vinculada a este programa, que llevaba a la libertad condicional anticipada, era que cumplirían sus condenas en alas comunitarias mixtas de prisiones normales donde estarían lejos de la corruptora influencia de los caciques paramilitares de Maze[185].

Muchos terroristas de Irlanda del Norte no tenían muchas dificultades a la hora de conciliar el asesinato con la religión. Billy «King Rat» Wright andaba siempre declamando citas sacadas de la Biblia al modo de los baptistas estadounidenses. Un tío de Gerry Adams era a la vez un líder republicano y un seguidor de los redentoristas tan devoto que sus compañeros de trabajo le apodaban «el obispo». En el tradicionalista IRA provisional muchos eran fanáticos católicos, motivados por poco más que «el deseo de ver exterminados a esos bastardos de Orange»[186]. La pertenencia

al IRA otorgaba también un estatus equivalente al de un miembro de pleno derecho de la mafia, capaz de intimidar con su acerada presencia, y objeto de adoración de las mujeres y los muchachos. Todas las chicas guapas estaban al alcance, atraídas por esta máxima expresión de los «chicos malos», cuya realidad invariablemente era que se encontraban en paro u ocupaban puestos modestos. Para algunos de los activistas a jornada completa el puñado de libras que el IRA les pagaba era el único dinero que habían ganado en toda su vida. El único empleo regular que Sean O'Callaghan ha tenido nunca fue el del año que pasó en una granja mezclando explosivos bajo el apodo de «Blowie» para que fueran usados en el Norte[187].

Existía cierta apariencia que acompañaba al hecho de ser un terrorista urbano. Los lealistas eran a menudo como los matones proletarios de cualquier ciudad británica, con sus barrigas cerveceras, pelo rapado y tatuajes. No eran gente sofisticada; su idea de una comida exótica consistía en añadir salsa curry a una bolsa de patatas fritas, y como muy lejos se aventuraban hasta Tenerife para pasar sus primeras vacaciones en el extranjero. Los peores de entre ellos, como Johnny «Perro loco», que en realidad se apuntó tarde al asunto de disparar a la gente, intentaban sobreponerse a su menuda estatura —era conocido como «El hombrecito» antes de convertirse en «Perro loco»— desarrollando su cuerpo con inyecciones de esteroides para caballos en brazos y muslos y sesiones de levantamiento de pesas. Usaba el popular espray doméstico de limpiar muebles «Mr Sheen» para hacer brillar su cabeza afeitada.

Los *provos* urbanos tendían a preferir los pantalones vaqueros y las chaquetas de cuero, cuando no estaban intentando pasar desapercibidos en una profesión tapadera que requiriera una apariencia convencional de traje y corbata. Alex Reid, el sacerdote redentorista que tuvo un papel fundamental en conducir a Adams al proceso de paz, renunció a su sotana negra en favor de una chaqueta de cuero negro y unos vaqueros con la intención de

encajar con sus interlocutores. Los «Slabs» de South Armagh tenían el mismo aspecto que todos los granjeros de cualquier lugar del Reino Unido, con sus camisas de cuadros, botas de agua, chaquetas enceradas y gorras. Ponían en práctica además una astucia propia del campesinado, anulando las operaciones a la menor sospecha de que algo podría ir mal, lo que les hacía más difíciles de detectar que la más volátil variedad de los lealistas urbanos, cuyas bocazas, en los pubs, eran como un cartel de neón que decía «arréstenme». Las unidades del IRA provisional en South Armagh eran famosas por lo difíciles que resultaban de combatir ya que tenían la ventaja de conocer cada curva del camino, matorral o alcantarilla. Aunque muchos lealistas y terroristas republicanos actuaban en arrebatos avivados por el alcohol, es importante recordar que el antiguo líder del IRA provisional y actual viceprimer ministro Martin McGuinness no fuma ni bebe y practica la pesca con mosca en su tiempo libre. Su colega Gerry Kelly, que pasó un largo periodo en la cárcel por colocar bombas en el Oíd Bailey[*] y Scotland Yard en la década de 1970, posee las serias y austeras maneras de un sacerdote jesuita[188]. Lo mismo se puede decir de Billy «Ring Rat» Wright, líder de la Fuerza de Voluntarios Lealistas (Loyalist Volunteer Forcé o LVF), también un no fumador abstemio cuyas marcadas creencias evangélicas se traducían en que, a diferencia de muchos de sus camaradas lealistas, raramente decía tacos. Parece que donde muchos lealistas se sentían más a gusto era en Escocia, donde acudían a apoyar a los Glasgow Rangers —la antítesis protestante del Celtic, el equipo católico de la ciudad—. De hecho, les hubiera gustado extender la frontera anglo-escocesa hacia el oeste. Coquetearon con los neofascistas ingleses, pero dado que existían pocos negros en Irlanda del Norte no encontraban cercano el racismo obsesivo, aunque eso no les impedía perseguir a los chinos locales. Algunos terroristas del IRA provisional eran entusiastas defensores de la cultura gaélica, que consideran autóctona de su isla (su lenguaje está fuertemente basado en una arcaica escritura celta). Una generación más joven se mostraba tan

propensa a animar a los equipos de fútbol ingleses y a escuchar a grupos de rock angloirlando-americanos como los Eagles, como a oír a bandas descaradamente *provo* del tipo de Flying Columns (cuyo nombre, «Columnas volantes», rememora las primeras formaciones del IRA). Además de las llorosas lamentaciones con apariencia de cantos fúnebres dedicadas a mártires hace tiempo fallecidos como Wolfe Tone o Pa— draig Pearse, había también una música pop fuertemente politizada para aquellos que la buscaban. Como la canción de Wolfhound «Pequeño Armalite»[**]:

> Claro que el valiente hombre de la RUC subió hasta nuestra calle,
> seiscientos soldados británicos en torno a él.
> «Salid, cobardes fenianos», dijo,
> «¡salid y luchad!».
> Pero gritó «Sólo bromeaba» cuando escuchó mi Armalite.

Cruzando al otro lado, el grupo C Company, de los UFF de Adair, evolucionó a partir de una banda skinhead de Oi[***]. Tras comenzar como admiradores de Madness —una banda de ska del norte de Londres de la década de 1980— pasaron a Skrewdriver —seguidores del Frente Nacional— antes de fundar su propio conjunto llamado Offensive Weapon. Adair tocaba el bajo. Los conciertos eran una excusa para esnifar un montón de pegamento y lanzarse encima de la gente hasta que estallaba alguna gran reyerta. Las letras son instructivas:

> Me gusta romper brazos y piernas
> Partir columnas y retorcer cuellos
> Ahora te acuchillaré en la espalda
> Te patearé los huesos hasta que se rompan
> [estribillo] Malvado, malvado, malvado, malvado [x 4]
> Saltaré arriba y abajo sobre tu cabeza
> Te daré patadas hasta que estés muerto
> Te llenaré el cuerpo de plomo

Veré las carreteras volverse rojas
[estribillo]
No me gustan los cabrones modernos que van presumiendo
Te voy a dar un puñetazo en la nariz
A clavarte mi [bota] Marten en la entrepierna
No me gustas, eres demasiado
[estribillo]

[189].

Resulta revelador que Adair y sus secuaces se hicieran terroristas en parte para evitar las fuertes palizas que la UDA propinaba periódicamente a criminales, traficantes de drogas y pequeños delincuentes. El propio Adair posteriormente creó un grupo satélite de Tigers Bay, formado por tipos de los bajos fondos locales o *hallions*, en el argot del lugar, que según señaló un policía «habrían disparado a sus propias madres». Aflora tenían licencia para ser ellos quienes impartieran justicia por las malas. Más allá de los bares y los shebeens (tabernas clandestinas) republicanos ésta era también una cultura de las calles en las que reinaba la violencia, y cuyos respectivos bordillos se pintaban de rojo, banco y azul o naranja, blanco y verde. Los pósters amenazaban a los soplones o advertían del peligro de entablar despreocupadas conversaciones en los pubs con quien podría ser un agente secreto británico. En las zonas rurales de South Armagh o Tyrone había señales de tráfico del IRA provisional que advertían «Francotirador trabajando», especialmente después de que la organización adquiriera unos cuantos rifles de precisión Barret con calibre.50, que tienen el mismo efecto sobre el cuerpo humano a un kilómetro y medio que un revólver Magnum disparado a unos pocos metros. Los murales, o como son conocidos localmente, muriels, eran una forma de arte popular protestante en el este de Belfast que comenzó a verse por primera vez en esas áreas en 1908. Invariablemente conmemoraban la victoria del rey Guillermo en el Boyne. No fue hasta la década de los ochenta y las huelgas de hambre en Maze cuando los republicanos decidieron pintar agresivametne de verde las paredes de «sus» guetos, mientras la tricolor irlandesa aparecía por todas partes. Muchas de estas imágenes honraban a míticas figuras celtas, o intimidaban y tranquilizaban a la población con gigantescos pistoleros enmascarados blandiendo Armalites y AK-47 mientras las ancianitas se dedicaban a hacer sus compras en la sombra. El problema aquí consistía en que las ancianitas tendían a

idolatrar a los asesinos que había entre ellos como simpáticos muchachitos que se habían descarriado un poco en la vida. Placas conmemorativas marcaban las muertes de voluntarios y mártires. Cada lado de la brecha sectaria sacaba provecho económico de la violencia política mediante las tiendas de souvenirs, vendiendo un amplio abanico de productos *kitsch*, desde tazas conmemorativas a imanes de frigorífico —«*Proud to be a Prod*» [«Orgulloso de ser protestante»]-y paños de cocina así como cintas de cásete (y más tarde CD) de música lealista o republicana. Hay toursen autobús para cualquiera al que le produzca demasiado temor recorrer a pie la zona de Falls o Shankill y cruzarse con todas esas personas encantadoras que en un frío día de febrero vagabundean en camiseta y pantalones cortos de lycra con un Spiderman tatuado en sus protuberantes pantorrillas.

Cualquier campaña terrorista se basa en atizar regularmente las brasas del odio entre comunidades, lo que en el caso del IRA provisional se extiende a la enorme diáspora irlando-americana. Los fallecimientos de los voluntarios —ya fuera muertos por el ejército o la RUC o por su propia decisión de ponerse en huelga de hambre— ofrecían una oportunidad perfecta para movilizar un sentido del dolor y el victimismo colectivo así como para los llamamientos a la venganza. Cementerios como el de Milltown, en el distrito de Andersonstown de Belfast, contenían una sección *provo* con lápidas que recordaban las carreras de dedicados mártires, mientras que a lo largo de Falls Road ha aparecido empotrado un santuario. El día que visité el cementerio, abuelitas de mediana edad estaban explicando historia republicana a los bebés y niños pequeños. Una multitud de simpatizantes republicanos componía el cortejo fúnebre, con la afligida familia y los amigos portando el ataúd adornado con la bandera irlandesa. Si el muerto era lo suficientemente importante, Gerry Adams —con su guardaespaldas «Cleaky» Clark— estaría allí para decir unas pocas palabras antes de marcharse en su negro taxi blindado. Invariablemente tras los ritos religiosos, unos pistoleros enmascarados saldrían de entre la multitud para disparar una salva

sobre la tumba, desapareciendo tan rápidamente que era imposible para los servicios de seguridad que les vigilaban hacer nada más que fotografiarles a través de sus teleobjetivos.

Lo que los terroristas hacen principalmente es matar y lisiar a la gente, «meter una bala», «dejar tieso» y «tocar», en unajerga local que usa la expresión «cavar» para referirse a dar una paliza a alguien con barras de hierro y bates de béisbol. El objetivo elegido y el *modus operandi* son vitales ya que pueden otorgar la estima de la banda y de la comunidad en general. Cualquiera decidido a hacerlo puede disparar a alguien al azar en la calle desde un coche en marcha. Atacar por sorpresa a Gerry Adams mientras abandonaba el juzgado de asuntos menores de Belfast en 1984 trajo dos décadas de prestigio al tirador que alcanzó a Adams cuatro veces, a pesar incluso de que éste vive, como lo podía hacer el arrojar una granada con un lanza— proyectiles a una comisaría de policía o un bar lealista. Gente como Lenny Murphy o «Perro loco» lo hacían con deleite e ingenio. Adair solía ponerse a farfullar tras una expedición, de manera incoherente a causa de la excitación, y después de forma sistemática mojaba la cama cuando, tras celebrarlo de fiesta durante días, se reunía con la mujer con la que vivía (también conocida como «Perra loca», madre de «Cachorro loco») o una de las muchas novias que se mostraban receptivas a sus rudos encantos. Merece la pena ofrecer el relato de cómo empezaba una operación homicida, ya que recuerda al psicópata «Frank» en la película de David Lynch *Terciopelo azul*:

> Trascendió que el equipo de la C Company estaba presente un domingo por la noche en un club de Shankill Road con la intención de dedicarse a beber. Con la llegada de la primera ronda de bebidas el ánimo del grupo erajovial cuando uno de los aproximadamente doce que se habían reunido gritó: «Vamos a darle a un taig». Aunque este comentario pretendía ser una broma, Adair retomó la sugerencia y en cinco minutos había dado ya los detalles a

cada miembro del equipo para que tuviera un papel concreto en el intento de asesinato que ahora se había convertido en una realidad. Increíblemente, quince minutos después la operación estaba en marcha y sólo entonces el grupo se dio cuenta de que en realidad no habían hablado sobre el objetivo. En este punto lo que decidieron fue conducir hasta un área católica y disparar a la primera persona masculina que encontraran. Aproximadamente veinticinco minutos después de la primera sugerencia, el equipo entero había regresado al club y retomado sus bebidas, la celebración del asesinato [del hombre de cuarenta y cuatro años Sean RafFerty, que recibió un disparo mientras se lavaba, frente a sus aterrorizados hijos] liderado por Adair

[190].

La experiencia y la realización de tareas de élite otorgaba un estatus a personas que sin el terrorismo en gran medida habrían estado desempleadas, ya que muchos de ellos habían dejado el colegio, yendo a vivir del subsidio de paro o, como Adams (barman), McGuinness (mozo en una carnicería) o Adair (aprendiz de tornero), de trabajos poco cualificados. El terrorismo confería importancia a sus \idas. Los líderes tenían carisma, que se ponía de manifiesto en sus actos de bondad hacia las ancianas (rompiendo las piernas de aquellos que les robaban el bolso), las chuletas grads que recibían en la carnicería o el ron con Coca-Cola «de mi cuenta» en el bar. Como muestra el caso de Adair, su carisma no se basaba en que fuera un consumado asesino, porque a diferencia de sus socios se metió en ello relativamente tarde, y se cree que mató personalmente «sólo» una vez. Fallaba sistemáticamente cuando intentaba dispararle a alguien, y era risiblemente patoso con las pistolas. Sobre un escenario durante unajor— nada cultural lealista, «Perra loca», con capucha y minifalda, consiguió arrancar una salva mientras «Perro loco» forcejeaba con una ostentosa pistola automática sobre sus rodillas. Era además un bocazas con los detectives que se introducían en su círculo, algo que éstos no podían hacer con el IRA provisional.

Un verdadero asesino era como Stevie McKeag, un cristiano renacido con dos niños y un divorcio. McKeag era un pelirrojo de veintipocos años con penetrantes ojos azules; además de un Rottweiler llamado *Butch* tenía en casa serpientes, una iguana, un loro, un escorpión y un pez tropical. En Navidad le gustaba poner renos destelleantes y Santa Claus de plástico por todo el jardín. Cuando mató por primera vez el 28 de abril de 1992, su víctima era una farmacéutica católica llamada Philomena Hanna. Bajó de un Suzuki rojo, caminó hasta la farmacia y le disparó seis veces, agachándose sobre ella para meterle la última bala en la cabeza a bocajarro. Esa friadad era su característica permanente: «A todo el

mundo, quienquiera que fuese, le sudaban las palmas de las manos. Pero no a Stevie. El simplemente se deslizaba con una facilidad acojonante». Su notoriedad aumentó cuando usó una bicicleta para huir tras disparar a su primera víctima republicana, el segundo de las docenas de asesinatos que cometió. A diferencia de Adair, que no sabía mantener la boca cerrada, McKeag daba un enfoque profesional a su trabajo: «Al final del día salí, apreté el gatillo y volví a casa, y no corrí por ahí gritando y chillando sobre ello»[191]. Menos de una década más tarde, después de un par de duras palizas de castigo y graves accidentes de moto, un deteriorado McKeag fue encontrado muerto en su cuarto de baño en calzoncillos tras una sobredosis de cocaína. Un proyectil de ballesta que sobresalía por el interior de una ventana se añadió al misterio de su final. Adair se quedó aparentemente aliviado por la muerte de un hombre que modestamente le había permitido prosperar a su mortífera sombra. Junto con sicarios tristemente célebres como McKeag, los fabricantes de bombas o los francotiradores estaban cerca de la cima de la pirámide, como lo estaba cualquiera involucrado en las unidades de seguridad interna establecidas para erradicar a los soplones. Un hombre como Freddie Scappaticci resultaba muy aterrador cuando te encontrabas amarrado a una silla enfrentándote a un par de alicates o inmerso en una bañera a rebosar. Esto era lo que los jóvenes que se unían a estas organizaciones deseaban ser. El más bajo nivel de terrorista era el matón que propinaba las palizas de castigo. A los ojos del IRA provisional éstos eran «la escoria de la organización, gente que no es buena en nada más que en pegar a la gente»[192].

En estos círculos el dinero comenzaba a cambiar de manos inmediatamente después de las operaciones: diez libras aquí, cien libras allá. Todos los terroristas sabían de la labor de los forenses de la policía así que se duchaban repetidamente, usando un cepillo de uñas y bastoncillos de algodón empapados de zumo de limón para eliminar los residuos de pólvora de uñas, narices y orejas. Se utilizaban enormes cantidades de lejía si la escena del crimen era

un lugar que ellos usaban habitualmente como un club o un pub, un truco usado por última vez por los asesinos del IRA provisional que mataron a Robert McCartney en un bar de Belfast en enero de 2005 y que se llevaron también las cintas del circuito cerrado de televisión. Dado que hombres que recibían cuarenta libras a la semana del subsisido de paro no se podían permitir ropa nueva, se les entregaba dinero para que reemplazaran la que quemaban tras un asesinato, antes de que muchos de ellos se aficionaran a llevar monos baratos de obrero en sus «trabajos». Si eran listos, y muchos hombres del IRA provisional lo eran, descansaban en pisos francos —lo que incluía las casas de sacerdotes católicos— contemplando sus acciones recicladas en las noticias de televisión con algún pálido cura empalagosamente interesado en lo que hacen los hombres de verdad. Si algo marchaba mal en la operación, el IRA provisional celebraba prolongadas sesiones para hablar sobre lo ocurrido con el fin de repasar una y otra vez los detalles, para hacerlo correctamente la próxima vez, pero también a la búsqueda de informadores-saboteadores que trabajaran para los servicios de seguridad.

Sus análogos lealistas parecían preferir pasar varios días y noches de fiesta, aunque la abundancia de alcohol y drogas aparentemente no obstaculizaba su eficacia operacional. Emulando al comandante del IRA provisional en la prisión de Maze Brian Keenan, Adair introdujo elaboradas ceremonias de premios para sus hombres, celebradas en clubs lealistas que acogían la gala anual de Ayuda a los Prisioneros Lealistas. Había una rifa, con premios como bicicletas, cámaras de vídeo y PlayStations antes de que Adair se subiera a zancadas al escenario en medio de una entusiasta acogida. A los acordes del tema musical del grupo, Tina Turner cantando «Simply the Best» (la compañía discográfica de la cantante, llegado un punto, amenazó con demandarles), Adair entregaba a sus hombres los trofeos «Top Gun UFF». McKeag tenía una habitación llena de ellos, hasta el punto de que se había tatuado «Top Gun» en el pectoral izquierdo. En esas ocasiones se

consumían ingentes cantidades de alcohol, junto con las pastillas de éxtasis que la banda de Adair estaba simultáneamente comercializando, ya que las pequeñas bellotas del crimen organizado estaban creciendo hasta convertirse en robustos robles. En 1991 usó 10.000 libras del dinero de la UDApara abrir Circle Taxis. La policía lo llamaba «Taxis asesinos» pero era más comúnmente conocido como «Tele-Droga», ya que se especializaba en la entrega a domicilio de estas sustancias cuando alguien telefoneaba para hacer un pedido como si fuera de comida india.

ESTRATEGIAS SECTARIAS

Dejamos la narrativa sobre Irlanda del Norte a mediados de los setenta. Cuando el 5 de diciembre de 1975 los últimos detenidos fueron liberados en Long Kesh, los internamientos sin juicio terminaron. Los presos que habían sido procesados y condenados se quedaron en el interior del complejo, distinguiéndose (gracias al estatus de Categoría Especial) de los reclusos criminales por diversos privilegios, como el que se les permitiera llevar sus propias ropas y no tener que trabajar. En septiembre de 1976 el ex minero de Barnsley, Roy Masón, se convirtió en ministro para Irlanda del Norte, una función que desempeñó con aparente determinación. Mientras él volaba en su helicóptero a su primer día en el cargo, el IRA provisional quemaba siete autobuses de dos pisos en la estación central de Belfast para darle la bienvenida con la imagen del humo elevándose[193]. Se habían producido ya algunos cambios en la política de seguridad británica. En 1972 se habían introducido los llamados «tribunales Diplock», que reemplazaban a los jurados que podían ser intimidados por un único juez superior que trataba los casos de terrorismo. Una Ley de Prevención del Terrorismo permitía que los sospechosos fueran retenidos durante un máximo de siete días en Castleragh; las alegaciones de abusos sistemáticos estaban diseñadas para mitigar los avances que se producían gracias a los sospechosos del IRA provisional, que se venían abajo

demasiado fácilmente o que se convertían en informantes de la policía. Se puso a una reformada y militarizada RUC en primera línea de combate contra la criminalidad del IRA provisional —ya no se hablaba de guerra—, y ésta debía recibir el apoyo de tropas locales del UDR si necesitaba más potencia de fuego. La policía fue reorganizada en Escuadrones Regionales contra el Crimen, que en líneas generales seguían y vigilaban a las unidades de servicio del IRA provisional en cada área de operaciones. Masón se mostraba además públicamente crítico sobre la manera de informar del conflicto de los medios británicos, donde la cultura universitaria de izquierdas inclinaba a muchos productores de televisión y reporteros a simpatizar con los supuestamente izquierdistas provos, quienes hablaban su lenguaje de modo verosímil, al mismo tiempo que les echaba para atrás la brutal clase trabajadora protestante.

Otra medida precedió a Masón, concretamente que todos los reclusos condenados por delitos tras el 1 de marzo de 1976 fueron obligados a llevar uniformes de la prisión, sin importar que afirmaran ser presos políticos. El primer caso que puso a prueba esta medida ocurrió en septiembre de 1976, cuando el presidiario del IRA provisional Rieran Nugent se negó a ponerse el uniforme, y fue devuelto desnudo a su celda, donde se envolvió en una manta. Dos años después trescientos presos del IRA provisional se habían unido a la protesta «de las mantas», apoyados por familiares, que se manifestaban también con mantas, en el exterior. Como parte de una reestructuración más amplia del IRA provisional para lo que llamó «la larga guerra», Brendan Hughes, el más alto dirigente de la organización en los Bloques H de Maze, decidió aumentar el nivel de la protesta de los presos, con el fin de conseguir apoyos políticos para la organización más allá de su base republicana más acérrima. En marzo de 1978 los reclusos se embarcaron en la «protesta sucia» o del «no lavado», que consistía en rechazar los fundamentos de la civilización, manchando sus celdas con excrementos y permitiendo que la comida se pudriese hasta que se

agitaba repleta de gusanos. Los funcionarios de prisiones tenían que trabajar entre esta mugre, usando mangueras de agua a presión como último recurso. Pero aún más presión se ejerció sobre los funcionarios al hacer que los camaradas terroristas del exterior les eligieran como objetivos de asesinatos, suerte que corrieron seis miembros de los Servicios de Prisiones desde la abolición del estatus especial. Las payasadas de los reclusos del IRA provisional no causaron ninguna impresión a Roy Masón, ni a la Comisión Europea de Derechos Humanos, que rechazó las apelaciones de los reclusos, y no era muy probable que impresionaran tampoco a Margaret Thatcher cuando en 1979 se convirtió en primera ministra conservadora.

Dos meses antes, el INLA había usado un coche bomba accionado con control remoto para asesinar al secretario de Irlanda del Norte de la oposición Airey Neave cuando salía con su vehículo del aparcamiento subterráneo de la Cámara de los Comunes. Era un héroe de guerra profusamente condecorado que había escapado del castillo de Colditz, y el arquitecto de la campaña de Thatcher para la lucha por el liderazgo tory contra Edward Heath. Ese otoño el IRA provisional recordó al mundo su presencia con una serie de ataques en un único día que acapararon todos los titulares. Una bomba a control remoto colocada en un barco llamado *Shadow V* mató a lord Mountbatten, de setenta y nueve años, su nieto de catorce, una noble viuda y un joven barquero. Más tarde ese mismo día, dos camiones que transportaban a hombres del Regimiento de Paracaidistas volaron por una bomba de media tonelada colocada en unas lecheras y escondidas por balas de heno en un vehículo en Warrenpoint mientras circulaban por Carlingford Lough para relevar a otra unidad. La bomba fue activada por el tipo de dispositivo de control remoto que se usa en aeromodelismo en vez de por cables visibles. Seis soldados murieron instantáneamente a causa de la explosión y muchos otros sufieron terribles heridas.

Los supervivientes corrieron a la caseta de granito del guardia de un castillo cercano y pidieron auxilio por radio mientras se

enfrentaban a los disparos de francotiradores del IRA provisional que pretendían acorralarlos en el sitio donde se habían escondido. Veinte minutos después del ataque inicial, una unidad de auxilio de emergencia se lanzó desde un helicóptero. Fue entonces cuando se demolió la caseta con una bomba de una tonelada que había sido colocada allí de antemano en previsión de dónde podrían ir a reagruparse los supervivientes. Doce hombres resultaron muertos. En Falls Road aparecieron grafitis reivindicando estos ataques como una venganza del Domingo Sangriento: «Trece se fueron pero no se olvidan, nosotros conseguimos dieciocho y a Mountbatten».

En el interior de Maze los quinientos protagonistas de las protestas «con mantas» habían realizado tal inversión en esta lucha que decidieron ir hacia adelante en vez de retroceder. Siete presos, de los 170 que se ofrecieron voluntarios, resolvieron embarcarse en una huelga de hambre hasta la muerte que comenzó a finales de octubre de 1980. Con la señora Thatcher se equivocaron de adversario. Mientras hacia el exterior se mostraba implacable en su rechazo a este tipo de chantaje, sus agentes secretos astutamente aparentaban conceder muchas de las demandas a través de los sacerdotes que actuaban de intermediarios, sin poner nada por escrito hasta tan tarde que uno de los huelguistas casi expiró. La huelga fue suspendida, aunque las autoridades de la prisión se dedicaron entonces a eludir cumplir lo que los huelguistas pensaban que habían acordado.

Eso dio como resultado la segunda huelga de hambre, que comenzó el 1 de marzo de 1981, con Bobby Sands, quien por una serie de casualidades poco después se convertía en el candidato de «Bloques H/Armagh» en unas elecciones parciales en Fermanagh-South Tyrone tras la muerte del diputado que ocupaba el puesto. El 9 de abril Sands escuchó de una radio ilegal que había sido debidamente elegido. El parlamento modificó la ley para inhabilitar a los presos como candidatos. El combate entre los huelguistas y Thatcher pasó a ser personal. Ella dijo: «No existe el asesinato político, los atentados políticos o la violencia política. Sólo hay

asesinatos criminales, atentados criminales y violencia criminal. No transigiremos en esto. No habrá estatus político». El hecho de que el estatus de Categoría Especial hubiera sido concedido en 1972 más bien militaba en contra de ese grado de certidumbre, como lo hacía la redacción de la propia Ley de Prevención del Terrorismo, bajo la que estos hombres habían sido encarcelados, ya que hablaba de «el uso de la violencia con fines políticos».

Tras sesenta y seis días Sands murió el 5 de mayo, seguido de otros tres huelguistas. Más hombres ocuparon sus lugares. Dos de ellos fueron elegidos *in absentia* como miembros de la Dáil Eireann. El número de muertos se elevó a seis mientras se celebraban reuniones secretas entre Gerry Adams y representantes del gobierno británico para encontrar un arreglo al que pudieran acceder ambas partes. Los líderes del IRA provisional recibían además presiones por parte de los familiares de los presos en huelga de hambre, quienes eran animados por el padre redentorista Dennis Faul para que dieran a conocer sus posiciones a aquellos que veían las muertes de sus hijos y hermanos en términos puramente instrumentales desde el punto de vista ideológico. Incluso cuando cuatro presos más se dejaron morir de hambre, las madres exigieron su derecho a que sus hijos fueran alimentados a la fuerza, lo que en la práctica quebró la unanimidad de la huelga. Cuatro hombres habían muerto, pero cientos de miles de simpatizantes furiosos habían asistido a sus politizados funerales y el resto de los presos había ganado el derecho a llevar sus propias ropas y algunas otras pequeñas concesiones. Mientras tanto, Sands y sus cantaradas aparecían en varios murales cristológicos pintados en las zonas republicanas para reforzar la idea de que eran santos. De manera reveladora, hubo más indignación en Estados Unidos (y en Teherán, donde el ayatolá bautizó una calle en memoria de Sands) que en la República de Irlanda, donde a ojos de los católicos el suicidio era un pecado. Nueve años antes los republicanos del Sur habían prendido fuego a la embajada británica tras el Domingo

Sangriento; una década de atrocidades del IRA provisional habían enfriado este ardor.

Las fuerzas de seguridad no permanecieron inactivas durante este periodo. Los primeros intentos de operar de manera encubierta incluían un servicio de lavandería móvil, el Four Square Laundry, que recogía la colada sucia de los republicanos con la intención de examinarla en busca de restos de explosivos mientras mantenían la zona bajo vigilancia secreta desde su escondite en la furgoneta. Se abrió un salón de masajes falso con el objetivo de espiar a sus clientes. De 1973 en adelante el ejército desplegó una unidad de alto secreto que se hizo conocida como la Compañía de Inteligencia Destacamento 14, en la que muchos de sus miembros provenían del Regimiento de Paracaidistas y estaba especializada en vigilancia secreta en cada una de las tres brigadas de las divisiones del ejército. Sus miembros masculinos y femeninos tenían que someterse a un curso de entrenamiento increíblemente agotador en el Templar Barracks de Ashford, en Kent y en Gales, organizado por instructores del SAS. Lo mínimo era que les despertaran de madrugada para ver una soporífera película sobre la construcción de una choza de bambú en el sur de Asia y les obligaran después a recordar cada detalle de aquello. Con habilidades tales como el allanamiento, despejaban el camino para que los agentes del MI5 y de Inteligencia sobre Armas colocaran micrófonos en las casas y negocios o diminutos transmisores en pistolas y arsenales de explosivos que hacían posible seguir los movimientos de quienes los utilizaban. Algunos explosivos eran sustituidos por sustancias inofensivas que no funcionaban cuando se las prendía; otras bombas eran activadas antes de tiempo por dispositivos electrónicos que operaban en similares longitudes de onda. Los oficiales de la División Especial de la RUC eran seleccionados para una unidad llamada E4A con la misión de realizar estas funciones. Esto significaba mantener a los sospechosos bajo vigilancia permanente incluso cuando iban y venían a través de la frontera Norte-Sur, una labor nada envidiable realizada desde puestos de observación en

agujeros hechos en el suelo o desde coches y furgonetas sin identificar. En el curso de la «Ulsterización» de los servicios secretos, el SAS entrenó a más hombres de la División Especial de la RUC para que formaran parte de las Unidades de Apoyo Móvil al Cuartel General [HMSU en sus siglas en inglés], que asesinaron a varias figuras del IRA provisional y el INLA. Las circunstancias eran lo suficientemente dudosas como para merecer una investigación policial de alto nivel a cargo del jefe de policía de Manchester, John Stalker, que el MI5 intentó frustrar y cuyos hallazgos el gobierno acalló basándose en la seguridad nacional. Parece que a Stalker se le calumnió tan eficazmente con alegaciones de que mantenía cuestionables contactos de negocios en su Manchester natal que de ahí pasó a protagonizar anuncios de doble acristalamiento en televisión.

En circunstancias en las que había muchas psobilidades de pillar al IRA provisional armado y con las manos en la masa, se desplegaban las tropas del SAS, normalmente con el máximo de publicidad tras la operación para satisfacer un generalizado deseo del público de ver a los terroristas recibir su merecido. Aunque se obligaba a las fuerzas especiales a operar dentro de las reglas de entrada en combate de la Tarjeta Amarilla del Ejército, en la práctica la naturaleza de su formación, y las tensas situaciones en las que eran desplegadas, significaban que resultaban propensas a dejar escapar docenas de ráfagas en los torsos y cabezas de sus «contactos» en circunstancias en las que era imposible gritar advertencias o «¡manos arriba!». Cuando no provenían de Auckland, Ciudad del Cabo o Fiyi, estos hombres eran el producto de hogares rotos, con pasados delictivos, que habían servado en lugares como Omán; cuando las unidades del IRA provisional se encontraban con ellos se daban todas las probabilidades para que fuera a morir gente. Como ellos decían: «Juego para mayores; reglas para mayores». El Servicio Legal del Ejército hacía lo que podía para minimizar las subsiguientes apariciones de estos hombres —invariablemente llamados «A» o «B»— ante las

investigaciones oficiales y tribunales, aunque cumplir con el Estado de derecho era una parte importante de la campaña británica en Irlanda del Norte. Los sucesivos ministros británicos adoptaron la línea de no imponer seguridad a las fuerzas de seguridad a la vez que negaban que siguieran una política de «disparar a matar»[194].

Una operación bastante típica ocurrió el 4 de diciembre de 1984. Siguiendo el soplo de un confidente, una unidad del SAS vigilaba un escondite de armas del IRA provisional en Magheramulkenny. Un rifle Armalite había sido usado en veintidós ataques a las fuerzas de seguridad desde 1979, incluidos cuatro asesinatos de policías fuera de servicio en Dungannon y sus alrededores. Seis hombres del SAS, en tres grupos de dos, se ocultaron por el campo en el que las armas estaban escondidas en un seto. Tras dos días de permanecer inmóviles alternando la vigilia y el sueño, un coche Talbot con tres hombres en su interior llegó a las tres de la tarde del domingo. El joven de veintidós años Colm McGirr y el de diecinueve Brian Campbell se dirigieron al escondrijo. McGirr sacó el Armalite y se lo entregó a Campbell, quien se encaminó al vehículo. Un soldado emergió gritando: «¡Alto! ¡Fuerzas de seguridad!». McGirr se giró sujetando una escopeta y fue alcanzado por un total de trece balas. Campbell se volvió hacia los soldados, con su Armalite, y fue disparado dos veces. El conductor del automóvil intentó escapar, mientras dos soldados disparaban ráfagas al coche destrozando el parabrisas. Fue encontrado abandonado a tres kilómetros con sangre en su interior. Un soldado le vendó a Campell la herida que tenía en el hombro, y le insertó un tubo respirador, cuando entró en shock y murió. Es concebible que los hombres del IRA provisional pudieran haber sido fotografiados llevando las armas y detenidos más tarde por la RUC, pero ése no era el espíritu de aquellos tiempos. Si bien es cierto que el ejército británico se aseguraba de que el IRA provisional nunca consiguiera sus objetivos estratégicos fundamentales, esto se debía en gran parte a que las operaciones de las fuerzas especiales volvían muy arriesgado para los terroristas el actuar. Eso inculcó la idea de que el IRA provisional se enfrentaba

a un punto muerto en lo militar y por tanto le inclinó hacia la postura de que la solución militar era un sueño imposible.

Con el fin de controlar las actividades del IRA provisional, se extendió una vasta red de seguridad sobre las áreas republicanas, cuyas manifestaciones visibles eran las torres de vigilancia y los puestos de observación que brotaron tanto en las ciudades como en el campo. En el cielo sobrevolaban también incesantemente los helicópteros, algunos de los cuales transportaban cámaras que grababan los movimientos que se producían abajo. Las aeronaves de vigilancia de la RAF tomaban fotos aéreas de las áreas rurales en busca de señales de que la tierra hubiera sido removida por depósitos de armas o cables de detonación. Los dispositivos de escucha electrónica, las cámaras ocultas y los sensores de movimiento ayudaban a los agentes de inteligencia a ir construyendo una detallada descripción de sus contrincantes terroristas, como lo hacía la sustitución de los ficheros de tarjetas por ordenadores cada vez más sofisticados que las patrullas a pie y los controles de carreteras alimentaban continuamente con información fresca sobre los movimientos de los sospechosos. Los provos respondían con sus propias operaciones de contraespionaje. Las matrículas de automóviles propiedad de respetables personas de clase media eran clonadas y colocadas en vehículos idénticos, que así no levantarían sospechas si se les paraba. Tenían centinelas vigilando la presencia de agentes secretos en vehículos no oficiales, o personas cuyos acentos o manera de comportarse no encajaran en «su» territorio. Tras haber identificado a alguien demasiado musculoso alrededor del cuello y los hombros y con el pelo demasiado rapado, el IRA provisional pronto era consciente de los individuos desaliñados, enclenques, sin afeitar y con pelo largo que los sustituían. Los expertos técnicos del IRA provisional examinaban las armas que podían haber sido manipuladas y buscaban nuevas frecuencias para activar las bombas a distancia.

Con mucha diferencia, el arma más eficaz en la campaña de los servicios de seguridad contra los provos (y los terroristas lealistas)

eran los informadores reclutados en la organización terrorista (o adiestrados para unirse a ella), una táctica que contribuiría a estimular tanto la paranoia del IRA provisional que se puede afirmar que en última instancia fue la causante de que el grupo perdiera la lucha armada. Además del MI5, una formación de inteligencia militar llamada la Forcé Research Unit (FRU) tenía la misión específica de reclutar y organizar a los agentes republicanos y lealistas, un trabajo que requería unas habilidades formidables por parte de quienes lo realizaban. La mayoría de los agentes e informantes eran reclutados a causa de debilidades humanas que resultan familiares. Una carta llegaba con cincuenta libras dentro y los detalles de un encuentro en el que se conseguirían más. Se entregaría un par de cientos de libras. Quizá el hombre al que se abordaba albergaba resentimientos tras una riña con otro provo. Quizá se le enseñaban explícitas fotografías de un comandante *provo* local durmiendo con su mujer. Quizá únicamente entablaba conversación con alguien que había chocado deliberadamente contra la parte trasera de su coche con la intención de provocar una conversación.

Para algunos terroristas la tensión nerviosa de su trabajo se había vuelto insoportable, especialmente dado que la victoria parecía posponerse interminablemente. Unos pocos estaban horrorizados por el indiscriminado derramamiento de sangre en el que resultaban muertos inocentes civiles, una circunstancia subrayada siempre que los familiares de los muertos aparecían desconsolados o aturdidos en televisión. Al margen de aquellos que eran chantajeados, muchos probablemente aceptaron la oferta de evitar una condena de prisión cuando eran pillados conduciendo bebidos, traficando con drogas o portando un arma. Unos pocos seguramente recibían con alegría las veinte libras a la semana que les entregaban sus contactos, con el extra de 200 a 300 libras cuando tenían éxito con una información que conducía a una detención. La mujer de un agente solía acompañar a su marido a las reuniones con su contacto de las fuerzas de seguridad armada con las facturas de la electricidad y el teléfono, e incluso la cuenta del

alquiler mensual de la televisión, sabiendo que serían saldadas por la inteligencia británica. Los adiestradores de este agente también le permitían asegurarse fondos de varios programas de empleo y comunitarios del gobierno, lo que aumentaba su credibilidad en los círculos republicanos del Sinn Fein. A los «renegados» de más alto nivel se les pagaban sumas mayores, que eran ingresadas en cuentas bancarias en Gran Bretaña, pero no se les permitía acceder a ellas para que su recién adquirida riqueza no provocara sospechas. En última instancia se les enviaba al extranjero.

Incluso un maletín con 25.000 libras era una recompensa escasa por la posibilidad de ser secuestrado, torturado y después disparado en la nuca por el fervoroso «escuadrón de ajusticiamiento» del IRA provisional. Establecido en 1980, estaba bajo la siniestra dirección de John Joe Magee, un antiguo miembro de las fuerzas especiales británicas, y Frederick «Scap» Scappaticci, el hijo de un heladero del Little Italy de Belfast. Tras fracasar en su intento de convertirse en futbolista profesional, Scappaticci se había unido a los provos alrededor de 1974. De constitución delgada pero con un temperamento feroz, tendía a ofenderse con rapidez cuando alguien pronunciaba mal su nombre. Para mayor ironía, era el agente británico de nombre en clave «Stakeknife» [«cuchillo vigilante»], o como algunos prefieren «Steaknife» [«cuchillo para carne»], y recibía una cantidad estimada de 75.000 libras anuales en una cuenta bancaria de Gibraltar. El mismo había contactado personalmente a la inteligencia británica porque una vez había recibido una paliza a manos del IRA provisional antes de unirse a él, y, evidentemente, porque tenía un odio casi patológico al frío y devoto Martin McGuinness, en esa época supuestamente líder del Comando del Norte del IRA provisional[195]. En el lado lealista, un ex soldado, Brian Nelson, se infiltró en los UFF, ascendiendo hasta convertirse en su más alto oficial de inteligencia. Afirmaba que en nombre de la FRU había dirigido la violencia de los UFF j desde el asesinato indiscriminado de católicos a la elección controlada de terroristas republicanos como objetivos. Aparentemente ayudó a la

FRU a evitar el intento de los UFF de asesinar a Gerry Adams] con una mina lapa sujeta al techo de su taxi blindado. Pero Nelson! también tendió trampas a varias personas como objetivos de los UFF, j arreglándoselas para identificar de manera errónea a gente inocente, mientras que la propia FRU algunas veces se negó deliberadamente I a actuar tras recibir su información, permitiendo por tanto que los \ UFF asesinaran a objetivos republicanos. Nelson estuvo además implicado en el asesinato por parte de los UFF de Francisco Notarani tonio, anciana figura del IRA, irónicamente para apartar al IRA del rastro de Scappaticci[196].

El año 1981 vio al primer soplón del IRA provisional, es decir, alguien que se convertía en testigo de la acusación a cambio de una atenuación de sus propios delitos. Christopher Black fue detenido tras participar en una sesión fotográfica llevando el acostumbrado pasa— montañas negro. Durante su interrogatorio, de repente dijo: «Si yo os ayudo a vosotros, ¿vosotros me ayudaréis a mí?». A cambio de inmunidad ante la posibilidad de ser procesado y una nueva vida en Inglaterra, Black dio los nombres de treinta y ocho miembros del IRA provisional, treinta y cinco de los cuales recibieron un total de cuatro mil años de prisión, a menudo sobre la única base de su testimonio. Otro soplón, Raymond Gilmour, acabó con el IRA provisional en Londonderry, habiendo sido reclutado por la División Especial cuando era un joven de diecisiete años que se enfrentaba a una acusación de robo a un banco, antes de ser infiltrado en el IRA provisional a través de su rival, el INLA. Como en los casos de Scappaticci, Nelson, y otros, los servicios de seguridad conscientemente permitieron a Gilmour tomar parte durante dos años en el desenfreno criminal del IRA provisional con el fin de extraer el máximo de información sobre la organización. Esta confabulación en los crímenes era uno de los problemas de usar informadores; otro era su propensión a acusar a gente que no les gustaba con la idea de aumentar su utilidad de cara a sus adiestradores, un problema que en última instancia invalidaba su

testimonio y condujo a la anulación de muchas condenas por el Tribunal de Apelaciones de Irlanda del Norte[197].

La campaña de atentados del IRA provisional en Inglaterra estaba diseñada para vengarse del gobierno de Margaret Thatcher y para debilitar el propósito de la opinión pública británica de resistir al terrorismo irlandés. El 18 de diciembre de 1984 una bomba de diez a doce kilos explotó a la hora de la comida en Hans Crescent, fuera de los almacenes Harrods. Una advertencia telefónica llegó demasiado tarde. Seis personas, incluidos dos oficiales de policía y un hombre de negocios estadounidense, fueron asesinadas, y un centenar resultaron heridas. El 12 de octubre de ese año, una bomba de diez kilos escondida en la habitación 629 explotó en las primeras horas del día en el Grand Hotel de Brighton, en un intento de asesinar a Margaret Thatcher y su gobierno conservador. La explosión derrumbó la fachada del edificio matando a sir Anthony Berry, Roberta Wakeham, esposa del responsable de disciplina del partido *tory*, y a dos miembros de mediana edad de asociaciones *tories* locales. Margaret Tebbit, la mujer del ministro Norman Tebbit, quedó paralizada del cuello para abajo, mientras que su marido sufrió graves heridas y permaneció durante cuatro horas atrapado bajo los escombros. A pesar de sus miembros fracturados, Tebbit se las arregló para bromear con los miembros del equipo de rescate cuando le sacaron. El terrorista del IRA provisional Patrick Magee había dejado una huella de sus dedos y de la palma de la mano en una tarjeta de registro del hotel cuando se inscribió como «Roy Walsh» meses antes. En 1986 fue condenado a ocho cadenas perpetuas, para cumplir un mínimo de treinta y cinco años. Fue liberado en 1999, convirtiéndose en un terrorista célebre, con su expresión de limitado arrepentimiento, en su faceta más reciente en un programa de radio de dudoso gusto en la BBC.

El 8 de noviembre de 1987 el IRA provisional atacó durante una ceremonia del Día del Recuerdo en Enniskillen. Una bomba de gelignita de quince kilos explotó en un centro social cercano en donde una multitud se había reunido en torno a un monumento a los

caídos. El IRA provisional afirmó que su objetivo eran unos soldados pero la bomba explotó antes de que éstos llegaran. Once personas murieron —un duodécimo hombre, Ronnie Hill, murió en 2000 tras haber permanecido en coma durante trece años-y otras sesenta fueron heridas. Todas las víctimas eran civiles protestantes, algunos ancianos, y cinco de ellas mujeres, incluidas una enfermerajubilada de la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina [WAAF en sus siglas en inglés] con sus medallas de guerra y una enfermera de veinte años llamada Marie Wilson. La repulsa por este atentado recorrió todo el sur de Irlanda, donde cincuenta mil personas firmaron en un libro de recogida de condolencias en Dublín y el país se paralizó momentáneamente. El padre de Marie Wilson se convirtió en una de las muchas personas corrientes que sobrevolaban brevemente la conciencia de la opinión pública para recordar al mundo que había una gran mayoría silenciosa de gente decente en Irlanda del Norte.

Atentados como el de Enniskillen condujeron a algunos en la cúpula del IRA provisional a cuestionar la dependencia única de una campaña militar que podía tener como resultado tales goles en propia meta en cuestión de propaganda. La victoria de Bobby Sands en las elecciones de 1981 indicaba que podría extraer más provecho del Sinn Fein, que muchos provos habían considerado hasta entonces como poco más que un medio de distribución para sus periódicos. El principal propagandista republicano, Danny Morrison, fue el responsable de la pegadiza frase sobre la necesidad de usar la urna además del rifle Armalite para lograr los objetivos. En 1982 Adams y McGuinness fueron elegidos para una nueva asamblea de Irlanda del Norte, mientras que al año siguiente un activista del Sinn Fein logró un escaño en el consejo del distrito de Omagh. El 9 de junio de ese año Adams fue elegido parlamentario por el oeste de Belfast, aunque renunció a ocupar su escaño en Westminster. Ese año sustituyó a Ruarí Ó Brádaigh como presidente del Sinn Fein. Bajo su dirección, el Sinn Fein y el IRA provisional avanzarían en frentes paralelos.

Un efecto importante del ascenso del Sinn Fein como fuerza electoral fue que impulsó un acercamiento de los gobiernos de Dublín y Londres en su deseo común de impedir que el Sinn Fein marginara a los nacionalistas constitucionales del SDLP o de que se convirtiera en una fuerza en la disgregada política de coaliciones del Sur. El 15 de noviembre de 1985 Margaret Thatcher y el *taoiseach* Garret Fitzgerald firmaron el Acuerdo Anglo-Irlandés que establecía mecanismos institucionales para que el Sur participara en la organización del Norte así como una mejor cooperación en materia de seguridad fronteriza para enfrentarse a la amenaza común. Los irlandeses volvían Irlanda del Norte un tono más verde; Margaret Thatcher podía señalar una amenaza para los suministros y campos de entrenamiento del IRA provisional en el Sur. Aunque el Acuerdo subrayaba que la unificación dependería por completo del consentimiento de la mayoría en el Norte, los unionistas lo consideraron una traición y el primer paso hacia una Irlanda unida. Ian Paisley tronó: «Rezamos esta noche para que te encargues de la primer ministro de nuestro país. ¡Oh Dios! En tu ira ejerce venganza sobre esta malvada, traicionera y mentirosa mujer. Véngate de ella aquí, oh señor, y concédenos una demostración de tu poder». Por primera vez la RUC estaba embarcada con fuerza en la lucha contra las masas lealistas, mientras que la UVF atacaba las casas de los policías protestantes con bombas incendiarias. Aunque la decisión no estaba relacionada con el Acuerdo, al año siguiente Adams y sus seguidores del Sinn Fein/IRA provisional abandonaron su boicot del parlamento irlandés y señalaron que el Sinn Fein iba a presentarse en las elecciones en el Sur. Una facción abstencionista se escindió para pasar a ser el Republican Sinn Fein, con su propio Continuity IRA que hoy sigue todavía activo[198].

Mientras en el panorama político ocurrían estos cambios, se produjo una secuencia de acontecimientos que llevaron la violencia a un nuevo nadir. Durante el otoño de 1987 oficiales de inteligencia británicos seguían los movimientos de una unidad de servicio activo de provos mientras iban y venían entre Belfast y Málaga, en el sur

de España. Poco a poco se hizo evidente que el equipo del IRA provisional estaba dedicado a intentar conducir un enorme coche bomba desde España con el objetivo de hacer volar el Royal Anglian Regiment en la ceremonia del cambio de la guardia en Gibraltar. Estaba programado que esto se produciría el 8 de marzo. Se enviaron equipos del SAS para que se unieran a una multitud de personal de inteligencia ya presentes en el lugar. Sus órdenes especificaban que les estaba permitido disparar sin avisar si un grito podía conducir a la muerte o lesión de un compañero o un civil. El 4 de marzo de 1988 Mairéad Farrell, un ex recluso del IRA provisional de treinta y un años, voló desde Bruselas, mientras Sean Savage, de veintitrés años, y Danny McCann, de treinta, llegaban desde París. Savage y McCann habían asesinado a dos oficiales de la División Especial en los muelles de Belfast en agosto de 1987. Alquilaron dos coches Fiesta, y usaron uno de ellos para transportar 60 kilos de explosivos que fueron después introducidos en el otro; este segundo Fiesta se dejó en un aparcamiento de Marbella. Alquilaron un Renault blanco y lo aparcaron cerca de donde iba a celebrarse la ceremonia, con la idea de reemplazarlo con el Fiesta blanco que llevaba la bomba de manera que nadie se diera cuenta. Luego Farrell y McCann condujeron hasta la frontera, y la cruzaron a pie; Savage conducía el Renault blanco. Los tres vagaron por los alrededores y después regresaron caminando por la avenida Winston Churchill hasta la frontera. Se entretuvieron charlando en una gasolinera y después se separaron para marcharse. McCann se encontró por un momento sonriendo a un rostro que no le devolvía la sonrisa. Dándose cuenta de su error, McCann levantó repentinamente su brazo derecho, y fue disparado por un hombre en vaqueros y camiseta. Farrell intentó coger algo de la bolsa que llevaba al hombro y fue también disparado. Savage se vio enfrentado a dos hombres del SAS. Mientras se disponía para el combate, un soldado le disparó nueve ráfagas; dos a la cabeza y siete al pecho, como le habían entrenado a hacer. Los soldados

implicados desaparecieron rápidamente de la escena; el público británico se regocijó.

Numerosos partidarios republicanos acudieron a los funerales de estos tres en el cementerio de Milltown en Belfast diez días después. Se desató el caos cuando un pistolero de los UFF, Michael Stone, se puso como loco a arrojar granadas y disparar a los asistentes con una pistola. Antes de que la policía lo rescatara de una multitud furiosa decidida a matarle, Stone había asesinado a dos civiles de veintitantos años y a un miembro del IRA provisional de más edad llamado Caoimhin MacBradaigh. Sus objetivos habían sido Adams y McGuinness, en venganza por lo de Enniskillen.

Tres días después, los republicanos se reunían para enterrar a Caoimhin MacBradaigh en el mismo cementerio. Un Volkswagen Passat de pronto avanzó hasta hacerse visible, lo que llevó a muchos de los asistentes a pensar que estaban ante otro ataque lealista. De hecho, los dos hombres del coche eran militares fuera de servicio del cuerpo de comunicaciones, uno de los cuales le estaba enseñando a su colega su primer funeral republicano. Cuando el coche se vio atrapado por una multitud enfurecida, uno de los soldados disparó un tiro de advertencia con su pistola Browning. Cualquier detective secreto, o soldado de la FRU o el SAS, habría disparado a alguien para despejar una vía de escape. Los asistentes al funeral y encargados de seguridad del IRA provisional arrastraron a los hombres fuera del coche. Fueron agredidos y metidos en un taxi negro que les condujo a un páramo. Mientras eran observados por un helicóptero de vigilancia, los hombres fueron empujados fuera del taxi, apuñalados y disparados. Se procesó a varios de los asistentes bajo las leyes de causa común, pero los que perpetraron estos dos horribles crímenes nunca fueron atrapados. La primer ministro Thatcher se unió a las familias de los soldados cuando sus ataúdes fueron devueltos por avión a Inglaterra, donde mucha gente, hasta entonces poco inclinada a embarcarse en la tendencia a «dar caña al irlandés» que

se había convertido en norma en la prensa popular, consideraba a sus asesinos unos salvajes.

Ante este panorama de incesante desolación, el Sinn Fein había llegado a la amarga conclusión —basada en los malos resultados de las encuestas en el Sur de Irlanda— de que sólo podría prosperar como parte de un frente pannacionalista mucho más amplio, que comenzara abarcando aJohn Hume y el SDLP, pasara por Dublín y llegara hasta la América irlandesa y la Casa Blanca. Allí las cuestiones irlandesas podían emplearse, por ejemplo, para animar a los congresistas demócratas a apoyar la guerra de Reagan en Nicaragua, con una recompensa en Irlanda del Norte. El redentorista Alex Reid, que había administrado la extremaunción a uno de los dos soldados asesinados en Milltown, fue capaz de organizar varios encuentros entre Adams y Hume, conversaciones que fueron ampliadas para incluir a algunos de sus colegas y camaradas. Hume se aprovechó en todo lo que pudo de las recientes matanzas para preguntar a Adams si el Sinn Fein/IRA provisional pensaba que «los métodos eran más sagrados que la causa». También dijo que dado que a los unionistas sólo se les podría convencer con una Irlanda unida, el IRA provisional debería declarar un alto el fuego y dejar la futura configuración de Irlanda a una conferencia que sería convocada por el gobierno irlandés. Asumiendo implícitamente que el gobierno británico era neutral en cuanto al resultado, tanto el SDLP como el Sinn Fein incrementaron sus apoyos en Estados Unidos, con la esperanza de que esta permutación de las cartas ganaría a cualquier ruido que proviniera de los unionistas.

El 20 de agosto de 1988 el IRA provisional usó una bomba de noventa kilos para matar a ocho soldados y herir gravemente a otros veintiocho cuando viajaban en autobús de regreso a su cuartel en Omagh. Diez días después el SAS mataba a tres hombres del IRA provisional, incluido a Gerard Harte, comandante de la organización en Mid Tyrone, y de quien se creía que era el autor del atentado al autobús, en una emboscada cerca de Drumnakilly. Mientras los tres conducían de camino a asesinar al que pensaban era un soldado

que trabajaba a media jornada, fueron disparados por doce soldados escondidos en una zanja vecina. En los años siguientes se produjeron más «contactos» en los que miembros del IRA provisional fueron eliminados en emboscadas durante las que, en todas las ocasiones, los hombres del SAS dispararon doscientas ráfagas o más. Mientras que ataques como éstos tenían graves efectos en las filas del IRA provisional, especialmente en Tyrone, los paramilitares lealistas decidían pasar de los asesinatos sectarios indiscriminados a elegir como objetivos a simpatizantes nacionalistas, cuya identificación posiblemente era facilitada por miembros renegados de los servicios de seguridad. El razonamiento de los paramilitares protestantes era muy simple. Si el gobierno británico respondía a la presión del IRA provisional realizando incesantes concesiones a los nacionalistas moderados a expensas de los unionistas, entonces los pistoleros lealistas diezmarían al IRA provisional mientras advertían de que si se les engañaba ellos también podían librar una larga guerra. Para Adair, se trataba de no dejar que «pisotearan jodidamente» a su comunidad y de asegurarse de que «aquellos que vivían por la espada morían por ella», lo que explicaba sus obsesivos intentos de asesinar a las más importantes figuras del IRA provisional en el oeste de Belfast. También fue a por los que creía los cerebros del republicanismo armado. En febrero de 1989 la UVF asaltó la casa de un abogado activista llamado Pat Finucane, quien había representado a muchos clientes del IRA provisional. Varios miembros de su familia estaban involucrados en organizaciones republicanas; un hermano había muerto en un accidente de coche mientras ejecutaba una misión del IRA provisional, otra era la prometida de Mairéad Farrell, que había sido disparado en Gibralatar. Finucane recibió catorce tiros en plena comida del domingo y a su mujer le dispararon en un pie. Los hombres de Adair apodaron a la víctima «Tenedor» Finucane; todavía sujetaba este cubierto cuando murió. El asesinato de Finucane ha preocupado especialmente a los abogados internacionales del mundo, quienes, incrédulos ante la posibilidad de

que un abogado pudiera tener implicaciones con terroristas, creen no obstante las afirmaciones del IRA provisional de que a Finucane le tendieron una trampa los servicios de seguridad en connivencia con sus asesinos paramilitares. Existió cooperación entre la banda de Adair y policías y soldados individuales, que les pasaron montajes de fotos de terroristas del IRA provisional con sus direcciones, pero en ningún momento se ha hallado que esto formara parte de una política oficial. El 3 de marzo de 1991 la UVF planeaba atacar a una importante figura republicana junto a su mujer en el bar Boyle's, en el bastión republicano de Cappagh, pero mataron a tres voluntarios del IRA provisional cuando entraban con su automóvil en el aparcamiento del pub así como a un civil, alcanzado por una ráfaga en los baños. Para esta época el grupo de Adair había adquirido lanzagranadas, aunque no eran especialmente hábiles apuntando con ellos.

En el frente político se estaba haciendo visible la forma de un futuro acuerdo, aunque la voluntad de conseguirlo manifiestamente no era universal. Los unionistas moderados reconocían que tenía que haber alguna forma de distribución del poder y una dimensión irlandesa de proporciones indeterminadas, mientras que los nacionalistas constitucionales del SDLP reconocían que la autoridad conjunta era más realista que una Irlanda unida. Entre las principales razones de que esto último no resultara realista estaba el hecho de que el sur de Irlanda era demasiado pobre para hacerse cargo de los seis mil millones de libras que el gobierno británico estaba usando para subvencionar a Irlanda del Norte, fondos que pagaban su surrealista doble infraestructura en la que había dos de todo, de bibliotecas a piscinas, en cada lado del laberinto de cemento, y mallas metálicas que mantenían separadas a las dos comunidades rivales.

El IRA provisional continuaba cometiendo atrocidades en el resto del Reino Unido. Este nuevo énfasis reflejaba el hecho de que para entonces el 70 por ciento de las operaciones de la organización en Irlanda del Norte debían ser abortadas por miedo a ser detectadas,

mientras que, del 30 por ciento restante, el 80 por ciento eran evitadas o interceptadas por las fuerzas de seguridad[199]. El 20 de marzo de 1993 dos bombas colocadas en un centro comercial de Warrington," cerca de Liverpool, provocaron la muerte del niño de tres años Jonathan Ball, y de Timothy Parry, de doce, que habían salido a comprar unos pantalones de fútbol. En respuesta a la Declaración de Downing Street de diciembre de 1993, el IRA provisional decretó un alto el fuego el 31 de agosto de 1994. Los dos gobiernos, en este momento encabezados por John Bruton y John Major, emitieron un Documento Marco Conjunto en el que prometían conversaciones que incluyeran a todas las partes pero sólo cuando el IRA provisional hubiera renunciado a la violencia. Las protestas republicanas a este trato hicieron que temporalmente los republicanos se calmaran bzyo la falsa impresión de que habían logrado algún tipo de victoria. Una inmensa explosión el 9 de febrero de 1996 en el distrito comercial de Londres de Canary Wharf era parte de una nueva estrategia para dañar la economía británica en su núcleo más lucrativo. Inan ul-Haq Bashir y John «JJ» Jeffries, que regentaban un estanco, fueron despedazados al recibir la peor parte del impacto. Un camión con cuatrocientos cincuenta kilos de ANFO en su interior había viajado desde County Monaghan a través de la «Ruta Ho Chi Minh» del IRA provisional en Escocia y bajado desde allí por autopista hasta Londres. Se encontraron tres huellas digitales, incluida una en una revista de coches abandonada en un descampado donde el camión había estado aparcado antes de dirigirse al objetivo, otra en un cenicero de una estación de servicio cubierta por el circuito cerrado de televisión de la autopista, y una tercera en un billete de ferry Stena de Belfast. Por una feliz coincidencia éstas pertenecían a uno de los hombres del grupo cogido con las manos en la masa cuando la RUC se las arregló para pillar al equipo de francotiradores de South Armagh, cuya víctima final había sido el cabo de artillería Stephen Restorick, el último soldado británico muerto en el periodo de los Disturbios. Los terroristas que habían colocado las bombas y los francotiradores

cumplieron sólo meses de condenas que eran muy largas debido a la coincidencia con las repercusiones del Acuerdo de Viernes Santo. La bomba de los Docklands seguía a otra bomba de 54 kilos de Semtex que un año antes había causado daños por valor de mil millones de libras en el centro histórico de Londres. Mató a la hija de quince años de un chófer que estaba devolviendo un automóvil, e hirió a su hermana de ocho. Un portero de mediana edad y un joven también murieron. El conductor de la ambulancia que llegó primero al escenario se convirtió en otra víctima. Traumatizado por este incidente, mató a tiros a su novia cinco meses más tarde y después intentó repetidas veces quitarse la vida en varios hospitales psiquiátricos. A la bomba de los Docklands siguió el 15 de junio de 1996 un camión bomba de mil quinientos kilos que demolió el centro de Manchester, lo que hirió a doscientas personas y causó daños estimados entre 100 y 300 millones de libras. Aunque estas operaciones parecían espectaculares había algo en su ejecución que también denotaba debilidad. Las bombas provenían de South Armagh, indicio del éxito que habían tenido las fuerzas de seguridad británicas en desarticular las células del IRA provisional en Inglaterra. Habían aprendido a vigilar y esperar en vez de agarrar a la más mínima oportunidad al primer grupo de «paddies» que se les presentara. Había algo más. Las enormes explosiones de Londres socavaron la credibilidad de las afirmaciones de Gerry Adams de que era capaz de controlar la violencia del IRA provisional, y eso llevó a Dublín, Londres y Washington a cuestionar el valor de tratar con el intermediario.

En Irlanda esa aünósfera aumentó cuando el 7 de junio una banda de atracadores del IRA provisional atacó una furgoneta blindada que hacía una entrega de dinero de pensiones en Limerick, matando a tiros ajerry McCabe, un detective de cincuenta y dos años de la empresa Garda en su vehículo escolta. El juicio a cinco hombres por esta atrocidad se vio obstaculizado por el hecho de que varios testigos oculares se negaron repentinamente a testificar tras ser intimidados por el IRA provisional. La policía se sintió

ultrajada cuando se acordó un trato que permitía a cuatro acusados declararse culpables de homicidio sin premeditación, mientras Martin McGuinness maniobraba para conseguir liberarlos bajo el Acuerdo de Viernes Santo[200].

Poco después de la elección de Tony Blair en mayo de 1997, el IRA provisional reinstauró el alto el fuego que había roto unilateralmente, con las expectativas de que un primer ministro laborista con una enorme mayoría sentiría menos simpatía hacia los unionistas de la que había mostrado Major. Eso era un error de cálculo ya que Blair se reveló como un decidido partidario de la Unión, convencido de que la resolución al conflicto residía en una más amplia política de devolución en el marco de todo el Reino Unido. El dinámico y juvenil Blair llevó una tremenda energía al proceso de paz, que rápidamente trató como su dominio. Era además un maestro de la manipulación política del lenguaje, y tenía un don natural para la ambigüedad constructiva, necesaria para reconciliar a antagonistas implacables. Sus primeros tres ministros para Irlanda del Norte fueron la ex académica Mo Mowlam, el frío y voluble Peter Mandelson y el católico de Glasgow John Reid. A los unionistas les disgustaba profundamente Mowlam, aunque sólo los verdaderamente desagradables la llamaban «la cerda con peluca» (había perdido el pelo a causa de las sesiones de quimioterapia por un tumor cerebral), a causa de su lenguaje vulgar y su exceso de familiaridad con líderes republicanos como McGuinness, a quien llamaba «bebé Martin». Junto al nuevo *taoiseach* Bertie Ahern, cuyo papel en el proceso de paz fue igualmente importante, Blair elaboró lo que se convertiría en el trato finalmente aprobado, el Acuerdo de Viernes Santo alcanzado durante la Semana Santa de 1998.

No habría un cambio en la Unión de Irlanda del Norte y Gran Bretaña hasta que la mayoría de la gente de Irlanda del Norte diera su consentimiento. Los republicanos soñaban con que la demografía cumpliría su función a este respecto, mientras aumentaban sus apoyos políticos a ambos lados de la frontera, quizá con un ojo en la carrera por la presidencia irlandesa, o al menos un papel de

mediadores en el reparto de poder de los gobiernos de coalición de la República. Los unionistas tenían que aceptar compartir el poder con la minoría e institucionalizaron una cooperación transfronteriza. Si los provos renunciaban a la violencia —aunque establecer eso se convertiría en sí mismo en una prolongada sagaentonces el Sinn Fein sería admitido en el proceso político sin que saliera demasiado a relucir la palabra «asesinos». De hecho, los propios asesinos tuvieron un papel en el proceso de paz. Cuando amenazaba con romperse después de que el INLA asesinara a Billy «King Rat» Wright en prisión, provocando una nueva ronda de muertes en aplicación del «ojo por ojo», la ministra para Irlanda del Norte visitó, entre otros, a Michael Stone y Johnny Adair en Maze para asegurarse la continuidad de su compromiso con la paz.

Aunque Gerry Adams no logró dejar demasiado su sello en los términos del Acuerdo de Viernes Santo, se las arregló para transmitir la impresión de que había tenido un papel importante, en virtud de haber conseguido colar cuestiones relacionadas por completo con la política de las pistolas. Estas incluían la liberación anticipada de presos paramilitares, una comisión sobre el futuro de la RUC, que tras el Informe Patten fue rediseñada para pasar a ser el Servicio de Policía de Irlanda del Norte, y la autorización de la «justicia restaurativa comunitaria» para aquellas comunidades que no confiaban en los tribunales normales. En la práctica esto dejaba la justicia en manos de los paramilitares que, mientras estaban en la cárcel, se habían reconvertido en abogados y sociólogos, excepto aquellos que, como Adair, se inclinaban más por una vida de crimen organizado y por lo tanto se concentraban en las drogas y el culturismo. El IRA provisional se pasó cinco años dando rodeos con el asunto de inutilizar sus depósitos de armas, la fórmula, diseñada para salvar la cara, que se había adoptado para su rendición. Durante un breve periodo, el combativo profesor de derecho vuelto estadista David Trimble surgió con el Partido Unionista del Ulster [UUP en sus siglas en inglés] como la agrupación más fuerte de la asamblea de Irlanda del Norte. El acusado ascenso del voto al Sinn

Fein en relación con el del moderado SDLP dio como resultado el correspondiente trasvase de votantes unionistas que se alejaban del UUP y Trimble hacia el más populista Partido Unionista Democrático de Ian Paisley. Hay que decir a su favor que Blair se negó a desviarse de su curso, incluso cuando, como en agosto de 1998, una enorme bomba colocada por el escisionista IRA real arrasaba el centro de Omagh y mataba a veintinueve personas y hería a trescientas, en la peor atrocidad de todo el periodo de los Disturbios.

Aunque los provos habían sido derrotados militarmente, el Sinn Fein se mostraba ahora más hábil en la escena internacional que los lealistas. Estos últimos eran un desastre a la hora de exponer sus argumentos —que se deberían haber parecido más a la «historia» de los republicanos— al mundo entero. Sus defensores más elocuentes tendían a ser los *tories* católicos romanos y Dean Godson, un ortodoxo judío que escribía en la prensa británica. El Sinn Fein/IRA provisional contaba con una gran operación de propaganda y recaudación de fondos en Estados Unidos. A pesar de que muchos irlando-estadounidenses descendían de escoceses del Ulster, integrados hasta el punto de ser invisibles, los unionistas no tenían una oficina permanente en una capital en la que por lo demás uno puede encontrar miembros de lobbies a favor de Burkina Faso y Fiyi. Resultaba revelador que cuando los lealistas se volcaron en difundir el mensaje que hacía hincapié en su papel histórico en la modernización del Ulster mediante la industria, se les ocurriera la idea de bautizar los astilleros de Harland and Wolff como «Titanic Quarter» en honor del mayor naufragio de la historia. Han existido también intentos de reescribir la historia antigua con el fin de convertir a los escoceses del Ulster en rivales y víctimas de los republicanos. Los habitantes del Ulster, de la Edad de Hierro fueron cruelmente expulsados por los invasores gaélicos y huyeron al oeste de Escocia. Sus descendientes regresaron, incorruptos, como colonos escoceses del Ulster, en el siglo xvi. Los intentos de inventar o revivir el lenguaje son tan artificiales como los esfuerzos de los maestros católicos del siglo XIX por propagar el gaélico[201].

Una oportunidad desaprovechada fue el no enfatizar las indeseables conexiones del Sinn Fein-IRA provisional con ETA, las FARC y la OLP, especialmente tras el 11-S y la aparición de un clima en Estados Unidos menos indulgente hacia el terrorismo. Allí donde Adams era campechano, escurridizo y sentimental, con el tono de un profesor de sociología en una universidad de provincias, Trimble era leguleyo y enojadizo. Aunque una cúpula de líderes lealistas más persuasivos comenzó a abrirse paso, incluidos varios terroristas condenados que emergieron de las prisiones, en septiembre de 2001 el mundo sentía náuseas ante la visión de las muchedumbres lealistas del norte de Belfast intimidando a crios que, para poder llegar a la escuela de primaria católica de Holy Cross del distrito mayoritariamente católico de Ardoyne, tenían que caminar cuatrocientos metros a través del distrito protestante de Glenbryn. Esta era una de las muchas disputas preparadas, diseñadas para atraer un máximo de mala publicidad.

Todos los veranos había además escenas cada vez más desagradables cuando la más antigua logia de la Orden de Orange en Portadown reivindicaba su derecho a marchar hasta una iglesia protestante en Drumcree, atravesando un distrito católico cuya asociación de residentes estaba atiborrada de simpatizantes republicanos. En estos desfiles, los políticos unionistas que lideraban los disturbios se veían en la poco recomendable compañía de paramilitares lealistas inclinados al uso de excavadoras blindadas para atacar a la RUC[202]. Mientras tanto, una asamblea y un ejecutivo de poder compartido que habían existido durante unos diecinueve meses habían sido suspendidos tras el descubrimiento en 2002 de una red de espionaje del Sinn Fein en Stormonty se había reanudado el gobierno británico directo. El otoño siguiente, Tony Blair convocó nuevas elecciones, en parte para confirmar la creencia estadounidense de que el conflicto sólo se resolvería cuando los extremos del Sinn Fein y el DUP se vieran forzados a enfrentarse a las consecuencias de sus propios éxitos electorales. David Trimble fue ofrecido como sacrificio para conseguir ese

objetivo mientras sus propios seguidores le abandonaban. Harían falta cuatro años más, y la amenaza de recortar los salarios de los políticos, para que Ian Paisley se convirtiera en primer ministro con Martin McGuinness como viceprimer ministro[203].

Los repetidos esfuerzos de irlandeses y estadounidenses para lograr este fin fracasaron continuamente no sólo a causa de las evasivas del Sinn Fein-IRA provisional sobre la entrega de armas, sino también porque en 2004 los provos llevaron a cabo el mayor robo a un banco de la historia de Irlanda del Norte —sigue sin estar claro si para comprar armas o para proporcionar pensiones a los terroristas retirados—, la más tangible manifestación del hecho de que estaban haciendo funcionar un negocio criminal de estilo mañoso dentro de los enclaves republicanos que se ha extendido al resto del Reino Unido. El IRA provisional finalmente sí afirmó haber desmantelado sus arsenales, aunque no hay documentación fotográfica de este proceso, que fue realizado bajo la supervisión de un general canadiense. Incluso los presos terroristas de más triste reputación salieron por el torno de la prisión de Maze. Johnny Adair fue liberado en septiembre de 1999 tras cumplir un cuarto de su condena. Seis meses antes había llevado a su mujer a un concierto de UB40 mientras se encontraba en libertad condicional. Un republicano se acercó a él por detrás mientras tocaban «Red Red Wine» y le disparó en la nuca. La pistola debió de ser manipulada porque la bala sólo rebotó en la cabeza afeitada de la víctima. Herido, Adair huyó de la escena mientras seguía resonando «Red Red Wine».

Los terroristas lealistas tenían el importante hándicap que de manera casi ineludible les hacía desembocar en el crimen. Mientras que los republicanos tenían un impresionante despliegue de organizaciones de apoyo social que reflejaban su rechazo del statu quo, los terroristas lealistas en pro del Estado no tenían una sociedad equivalente a la que regresar en busca de seguridad cuando ya no podían vivir de la pistola. En su nuevo papel temporal como coordinador de las ayudas sociales a los presos ganando

16.500 libras anuales, un trabajo que no consiguió conservar, al igual que todos los anteriores, el pacifista Johnny Adair, todo beligerancia y testosterona, con sus pendientes de pirata y su gorra de béisbol del revés, adquirió prominencia organizando el desmántelamiento de los arsenales de armas de los lealistas, mientras se reservaba lo mejor para él. Estas eran esenciales para un importante negocio de drogas que manejaba en Belfast, basado en pasar de contrabando pastillas de éxtasis desde Inglaterra en el tapacubos desmontable de un Mercedes, mientras el cánnabis era desembarcado en la costa desde Escocia. Dado que las redadas de la policía rutinariamente descubrían drogas por valor de 250.000 libras de una sola vez, éste era un negocio rentable, en el que los traficantes ganaban hasta 10.000 libras a la semana siempre y cuando mostraran su respeto y agradecimiento al jefecillo terrorista correspondiente.

En su carrera por convertirse en el mayor pez gordo de Belfast, Adair se esforzó para fundir la C Company con lo que quedaba de la LVF de Wright, unajugada que dio como resultado una disputa con la cúpula de la UDA, cuyos envejecidos generales en teoría estaban todavía al cargo de la violencia lealista. Los aliados clave de Adair tanto en el tráfico de drogas como en este enfrentamiento incluían a los más exóticos miembros de la UDA, Andre Jaled Shukri y sus hermanos, cristianos coptos hijos de una madre protestante del Ulster y un padre egipcio. Demostrando su amplio conocimiento del mundo, Adair y sus secuaces les apodaban «los pakis». Además de su implicación en las drogas y en esta disputa, a Adair simplemente le encantaba ser el centro de atención, obligando a sus vecinos a tener las calles impecables en caso de que aparecieran los equipos de televisión. En su calle había siempre una máquina eléctrica para barrer la carretera y solía ordenar a sus vecinos que movieran sus coches para hacerle sitio. En 2002 triunfó por todo lo alto como criminal cuando pasó a figurar en un libro llamado *Duros bastardos* editado por la viuda de Ronnie Kray (Ronnie y su hermano gemelo Reggie habían sido los gánsteres más famosos de Inglaterra en la

década de 1960), aunque el entrevistado insistía en que él era un «soldado». Aparecía entre varios caballeros que a uno no le gustaría encontrarse en un callejón oscuro por la noche. Adair perdió el enfrentamiento cuando las pobladas filas de la UDA expulsaron a sus principales lugartenientes y a su mujer Gina de Irlanda del Norte. Gina tuvo que marcharse tan rápidamente que los alsacianos de la pareja, *Shaney Rebel*, se quedaron detrás. Dado que unos cincuenta de estos fugitivos viven en Bolton o sus alrededores, son conocidos como los «nómadas de Bolton» entre sus antiguos compinches. «Perro loco» se unió a ellos pero, tras la ruptura de su matrimonio, se mudó a Escocia, donde vive en Ayrshire rodeado de sus colegas seguidores de los Glasgow Rangers. Su autobiografía afirma «Volveré», como un eco cinematográfico en exceso premeditado[204].

Resultaría engañoso sugerir que sólo los lealistas son gánsteres. El IRA provisional maneja el mayor sindicato del crimen de Europa, que deja pequeñas a la Camorra y la Mafia en Italia. La paz ha tenido poco o ningún efecto en la criminalidad organizada del IRA provisional, que para finales de los ochenta se calcula que estaba produciendo unos diez millones de libras al año. Las unidades especializadas de la policía como el C13, establecido por la RUC en 1983, están mal financiadas y carecen de los poderes de confiscación que los Gardaí disfrutan en la República de Irlanda.

El atraco a bancos, el secuestro de empresarios ricos y el robo de obras de arte y caballos de carreras han figurado todos en el repertorio del IRA provisional. Desde el Acuerdo de Viernes Santo se han producido más de cuatrocientos atracos armados en Irlanda del Norte, incluyendo el asalto al Northern Bank que redundó en 25 millones de libras. Una importante figura del IRA, que tiene tantos zapatos que sus amigos la llaman «Imelda», fue interrogada repetidamente en la investigación que siguió a ese asalto, que en el Sur de Irlanda ha alcanzado a respetables círculos de la banca. Los negocios sucios de los paramilitares comenzaron hace treinta años. A estas alturas una gran parte de los beneficios habrán sido

blanqueados mediante negocios con una apariencia externa decente. Se extorsionó dinero a compañías y comercios bajo el disfraz de contribuciones voluntarias a las organizaciones benéficas que ayudaban a los presos formalizadas en un Danegeld regular. Cuando se interrumpió el servicio de los autobuses urbanos a causa de los secuestradores y los pirómanos, los paramilitares se pasaron al lucrativo negocio de las licencias de taxi. De igual manera, ya que muchos pubs cerraban a las siete de la tarde a causa de la posibilidad de que se produjeran atentados terroristas, los grupos paramilitares abrieron tabernas sin licencia. Como el alcohol que se vendía era normalmente robado, estos lugares tenían unos beneficios absolutos, si bien minúsculos en comparación con las cantidades obtenidas más tarde de las drogas. Los terroristas sin empleo también conseguían trabajos como porteros y guardaespaldas, cuando los clubs entraron en la venta de objetos, comida y bebida robados a gran escala. Estos hombres trabajaban además para servicios de seguridad privados, porque a las empresas y las tiendas se les cobraban menores «primas de seguros» si les empleaban. Los terroristas se confabulaban con empresarios corruptos para quemar edificios con el fin de recibir luego el pago del seguro de incendios[205].

Están los fraudes habituales, incluida la falsificación de CD, DVD, objetos de diseño, perfumes y vodka Smirnoff etiqueta roja, este último elaborado mediante la réplica de un complejo proceso de destilación en siete pasos. La bebida falsa se vende a través de dispensadores de pub. Los irlando-estadounidenses proporcionan las últimas películas de Hollywood, que son reproducidas ilegalmente en ordenadores. Luego están las máquinas tragaperras, trucadas para ir contra el jugador, que se «anima» a que sean instaladas en bares y clubs, junto a los porteros y gorilas que las acompañan como parte del mismo paquete. El IRA provisional le ha echado mucho teatro a la idea de que mantiene una postura dura con los criminales, por ejemplo al matar a tiros a un famoso estafador de Dublín apodado «el general», y disparar a los

delincuentes de poca monta en las piernas. Haciéndose pasar por guardianes guiados por el bien de la comunidad, el IRA provisional a la vez autoriza a los traficantes callejeros aprobados por la organización, satisfaciendo por tanto a la mayoría moral mientras sirve a los drogadictos. Aquellos que no pagan lo que les corresponde reciben terribles palizas y se les advierte de que dejen el país so pena de muerte; esto ha significado la aparición por el resto del Reino Unido de variados personajes indeseables.

Resulta impactante que entre 1995 y 2003 se produjeran 895 tiroteos de castigo y 1.512 palizas en Irlanda del Norte. Aunque estos sucesos alarman a la policía, sucesivos secretarios de Estado se han mostrado poco dispuestos a usarlos para suspender a los partidos políticos vinculados con las organizaciones terroristas que los ejecutan; en su lugar toman a los asesinos paramilitares rivales como la única referencia para la proscripción. Las palizas y las ejecuciones son administradas por lo que se percibe como un desaire a un paramilitar o a causa de una confusión de identidades, así como inflingidas a destacados pedófilos y delincuentes juveniles, seleccionados a petición popular. Como ha explicado una víctima: «Existe una regla para uno y otra regla para otro. Verás, si tu padre está en el [I]RA lo tienes fácil, te sales con la tuya en todo. Si tu tío está en el RA te sales con la tuya hasta cierto punto y después simplemente te pegan. Si no tienes a nadie en el RA ¡estás jodido!». Lo que esto significó para un niño merece la pena repetirlo:

> Tenía trece o catorce años, me pegaron por primera vez [...], vinieron hombres enmascarados por aquí pero sólo nos golpearon un par de veces en los brazos y eso fue todo, y entonces la vez siguiente tenía como quince. Sólo nos pegaron otra vez. Fue una paliza pequeña, no fue dura, y luego la última vez fue en marzo [...] Se me puso un ojo morado y nos pegaron por todas partes, por las piernas y por todo. Y entonces ocurrió [...] otra vez, me rompieron la nariz,

> el brazo y me golpearon con martillos por todos sitios, por todo el cuerpo y me pusieron grapas en [...] la cabeza.

No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de cómo la vigilancia callejera podía también ser impuesta por aquellos que buscaban imponer la *sharia* local[206].

El fraude en temas de impuestos incluye las diferentes tasas sobre el diésel y la gasolina en la República de Irlanda y el Reino Unido, lo que permite al IRA provisional sacar 15 peniques de cada litro que pasa de contrabando la frontera. El IRA provisional también cuela el colorante del carburante de calidad inferior destinado a los vehículos agrícolas, comprado de 15 a 20 peniques el litro, que se vende después a 70-80 peniques como diésel para coches y camiones. Debido a que este combustible falso estropea los motores de los automóviles, se ha establecido una red de talleres de reparación de motores para tratar estos inevitables problemas. El contrabando de tabaco es un lucrativo negocio ya que un solo contenedor de doce metros traído de Taiwán tiene capacidad para diez millones de cigarrillos con un valor de reventa en la calle de 1,5 millones de libras. Un nuevo negocio sucio es el vertido ilegal de residuos tóxicos desde la República hasta cinco sitios de Irlanda del Norte, cada uno de los cuales contiene entre 5.000 y 25.000 toneladas de basura, transportada allí con camiones por una tarifa de 5.000 libras por carga de veinte toneladas. También se exporta ganado desde la República, recaudando de paso subsidios a la exportación, que es después introducido de nuevo de contrabando en el país para repetir posteriormente el mismo viaje[207].

En las áreas republicanas los expertos del IRA provisional ayudan a la gente a hacer solicitudes fraudulentas de hipoteca a cambio de una abultada parte del préstamo. Los inspectores que investigan el fraude a la seguridad social se ven obstaculizados por las intimidaciones. Cuando el ejército se retire de South Armagh, donde uno de cada dos coches es un BMW o un Mercedes, habrá menos reclamaciones de compensación por un rebaño de ganado

que se despeñó por un barranco bajo un ensordecedor Chinook, sólo para reaparecer milagrosamente en un mercado de animales del sur, o por un caballo de mil libras que se haya ahogado en un desagüe tras ser asustado por un helicóptero y que se convirtió en un castrado castaño por valor de 23.500 libras cuando se presentó la demanda. Entre 1991 y 1997 se reclamaron unos 9,5 millones de libras en South Armagh, contra los 1,9 millones del resto de Irlanda del Norte; claramente no era un lugar saludable para nuestros amigos de cuatro patas[208]. A medida que el proceso de paz surte efecto, la oferta de disponer de sus conocimientos y experiencia se ha convertido también en una importante fuente de ingresos. En un acto de premeditada estupidez, tras el 11-S tres importantes técnicos del IRA provisional fueron cogidos entrenando a terroristas colombianos de las FARC, un grupo que Estados Unidos había proscrito por narcoterroristas, en la elaboración de bombas, fabricación de morteros y el tiro de precisión; su defensa fue que habían ido a ver las aves autóctonas. Los tres quedaron en libertad condicional a la espera de las apelaciones a sus largas sentencias. Hasta la fecha ni Jim «Mortar» Monaghan ni sus dos socios han regresado de Bogotá a la República de Irlanda para cumplir sus sentencias de diecisiete años de prisión. Se cree que estuvieron implicados en una operación tipo franquicia en la que las FARC pagaron seis millones de dólares por servicios que han sido responsables de la muerte de soldados colombianos por el uso de sofisticados morteros o por francotiradores que usaban rifles Barrett[209]. Parece ser que terroristas individuales del IRA provisional, y en particular aquellos que viven a lo grande en el South Armagh rural, están implicados en empresas de construcción de Londres y Manchester (reconstruyendo un centro de la ciudad que fue totalmente demolido por una bomba del IRA provisional) y en la especulación con propiedades en el resto de Gran Bretaña y en nuevos mercados como Bulgaria, Turquía y Libia. Se dice que una importante figura del IRA provisional ha invertido de manera indirecta en doscientas propiedades sólo en Manchester. Corren

rumores de que al menos una empresa de construcción de Londres es una organización que actúa como tapadera del IRA provisional. Este giro hacia actividades de tipo mañoso puede parecer alentador, aunque obviamente no lo es para las personas que viven atenazadas por los amigos de estos «lídereres de la comunidad» cuyo arbitraje no se extiende a las víctimas de la violencia terrorista, como descubrieron las hermanas del difunto Robert McCartney cuando fueron obligadas a abandonar sus casas[210].

La economía del «Tigre celta» del Sur de Irlanda puso de relieve el grado en que una Irlanda del Norte desgarrada por la guerra se quedaba atrás tanto frente al floreciente resto del Reino Unido como de una Irlanda que había sido transformada en una generación. Podría ser que las energías del Ulster sean galvanizadas en lo sucesivo, a medida que las vocaciones económicas reemplacen a las carreras construidas sobre el sectarismo y la violencia política. Los ex terroristas sobrevivirán ganándose la vida como puedan, testigos de la historia contemporánea. Cualquiera que tenga un poco de energía y ambición se muda a zonas más salubres, dejando a un residuo proletario superfluo y en paro atizando las hogueras del odio, junto a los discapacitados, ancianos e indigentes que no se pueden trasladar. El que gente de Irlanda del Norte hable tanto sobre la subida del precio de la vivienda como lo hacen en la República de Irlanda o el Reino Unido es un alentador signo de la vuelta a la normalidad. Por mucho que uno sienta una punzada de rechazo ante la visión de Ian Paisley y Martin McGuinness bromeando amigablemente frente a un té y unos pasteles, o del terrorista condenado Gerry Kelly como portavoz del Sinn Fein en temas de policía y justicia, la cháchara es preferible a la guerra. Una nube que planea en el horizonte es el visto bueno por parte del Estado a áreas republicanas que en la práctica quedarán fuera del control de la policía y los tribunales normales. Esto puede establecer un nefasto precedente para otras pretendidas comunidades en el resto de Europa y Gran Bretaña si decidieran intentar vivir bajo la *sharia*.

Tres mil seiscientas treinta personas fueron asesinadas durante los Disturbios. Mil setecientas ochenta y una de ellas a manos del IRA provisional, que perdió alrededor de trescientos miembros, 164 muertos como resultado de la violencia intestina del IRA provisional y el INLA. El ejército, la RUC y los paramilitares lealistas mataron a 115 terroristas del IRA provisional o el INLA. En treinta años la RUC y el UDR perdieron a quinientos hombres y mujeres, mientras que quinientos soldados británicos fueron asesinados. Gracias a alguna injusticia divina, gente como «Perro loco» Adair y Lenny Murphy todavía viven, en las estanterías de Crímenes Reales de las librerías, mientras padres y madres conservan sombrías memorias de una llamada a la puerta que traía la desoladora noticia de la muerte de un hijo soldado de diecinueve o veinte años. Los oficiales de los sindicatos de policía, mientras se sientan en sus casas equipadas con puertas blindadas, cristales reforzados y sistemas de alarma, recuerdan amargamente el acudir a cientos de los funerales de sus colegas, de los cuales algunos habían volado por los aires al subirse al coche. Está por ver si estos Problemas revivirán en una generación o dos está por ver. El fantasma de Padraig Pearse parece tranquilo. Porque en el presente han sido sustancialmente eclipsados por una amenaza existencial al conjunto de la civilización no sólo en Nueva York o Londres, sino también en Yakarta, Sydney y Singapur[211].

RABIA MUNDIAL: TERRORISMO ISLÁMICO

HISTERIA DE MASAS

El contexto más profundo del terrorismo yihadista está relacionado con los diversos estallidos simultáneos de entusiasmo religioso que se registraron en todo el mundo musulmán hace más de treinta años. Este proceso se produjo en paralelo —aunque sin los mismos efectos violentosen otras fes monoteístas desde 1970 en adelante. Estos estallidos tuvieron continuidad en una serie de conflagraciones secundarias, que proporcionaron aparente sustancia a la paranoica alegación yihadista de que los musulmanes eran las víctimas de una atemporal agresión «cruzado-sionista» que había permanecido inmutable desde la Edad Media. Este mito interesado guardaba ecos de la aún más extendida premisa de la pureza moral de los oprimidos, una fuente de violencia fanática desde tiempos inmemoriales en toda una variedad de culturas y tradiciones, espirituales y seculares. Los criminales fueron capaces de encontrar defensores, seguidores y simpatizantes en la comunidad musulmana en general encubriendo sus actividades bajo una ideología en gran parte derivada de una importante tradición religiosa con mil quinientos millones de fieles[212].

En enero de 1978 el presidente estadounidense Jimmy Cárter visitó Irán. Alabó a su aliado, el sha Mohamed Reza Pahlevi, y

declaró Irán «una isla de estabilidad», elogio que vino aparejado con la crítica al desastroso historial del sha en materia de derechos humanos. La modernizadora emancipación de las mujeres en el régimen estaba acompañada de una represión simbolizada por la Savak, la policía secreta del sha. Las contradictorias declaraciones de Cárter fueron tan útiles para el sha como un semáforo que señale a la vez rojo y verde lo es para un automovilista. Ese verano y otoño, Irán se vio sacudido por manifestaciones y huelgas, que el sha, quien ya sufría de cáncer, contestó con una limitada represión (menos de mil personas murieron en el transcurso de la Revolución) y concesiones que sus muchos y diferentes oponentes ignoraron. El sha abandonó su reino, para nunca regresar, el 17 de enero de 1978; un año más tarde, un anciano clérigo, el ayatolá Ruhollah Jomeini, voló hasta el país desde su exilio de París[213].

Bajo la influencia del ideólogo académico Ali Shariati, quien había fundido el tercermundismo de moda con el islam antes de su inoportuna muerte en 1977, Jomeini rompió con la inactividad política característica del islam chií, para el que un indeterminado periodo de ocultación terminaría con el regreso de un mahdi que se había desvanecido en el año 874. Apelando a los desheredados, en un calculado eco de Frantz Fanón, Jomeini hizo un llamamiento al establecimiento de una república islámica, con un sistema de poder dual en el que los clérigos controlaran cada mecanismo que realmente importara, principalmente mediante un Consejo de Guardianes. Los liberales y marxistas que habían confiado en poder explotar la propia manipulación de Jomeini del entusiasmo popular se vieron vencidos por el verdadero maestro de este juego, que en cualquier caso tenía el excepcional respaldo de una impresionante cantidad de sectores de la sociedad iraní, en la que tuvo lugar una de las revoluciones más populares de la historia mundial. En el plazo de un año, los nuevos señores habían asesinado no sólo a los tres mil prisioneros políticos que tanto preocupaban a Cárter, sino también a más gente de la que la Savak había matado en los veinticinco años anteriores. Una de las maneras en que los clérigos

se garantizaron el éxito fue con la prolongación de la histeria colectiva, lo que hicieron gracias al dilatado asedio a la embajada de Estados Unidos en Teherán, en el que el «Muerte a Estados Unidos» resonaba desde la antigua isla de estabilidad, y después mediante los mártires que fueron movilizados para la muerte en los ocho años de guerra total con el Irak de Sadam Husein. Una generación entera de niños fue hasta su muerte aferrando sus llaves de plástico al paraíso. Este baño de sangre y la represión interna del régimen provocaron el rechazo de incluso aquellos pocos tontos intelectuales occidentales, como Michel Foucault, que habían celebrado esta tentadora erupción contra un racionalismo occidental que les aburría. Resulta llamativo que entre los temas que enfurecen hoy a tantos musulmanes no se encuentre esta eliminación de toda una generación.

La Revolución Islámica estaba también destinada a la exportación, a pesar de que el 80 por ciento de los musulmanes del mundo eran suníes. Éstos consideraban a los chiíes como herejes que, en el caso persa, se mostraban dados a un discurso desdeñosamente racista hacia los «comedores de lagartos» árabes. Esto se veía sin embargo compensado por una generalizada admiración hacia el régimen islámico de jomeini, su odio a Israel y su ostentoso desafío a Occidente, como quedó simbolizado en el desastroso intento de Cárter de rescatar a los rehenes de la embajada estadounidense. Dos inmediatas manifestaciones de la exportación de la revolución fueron la creación, por palestinos suníes admiradores dejomeini, de una organización terrorista llamada Yihad Islámica, que presagiaba la transformación de un conflicto sobre nacionalismos rivales en uno relacionado con la religión, y la paralela movilización de los chiíes de Líbano a través de un sucedáneo iraní llamado Partido de Alá o Hezbolá, fundado a finales de 1982, un proceso que los gobernantes alauitas de Siria sostuvieron e instigaron para extender su dominio sobre el occidentalizado vecindario libanés. Se estima que Irán envió de cincuenta a cien millones de dólares al año a Hezbolá, estacionando

a cientos de miembros de su personal de entrenamiento en el valle del Bekaa, y usando a Ali Akbar Mohtashamipur, su embajador en Damasco, como coordinador de la campaña de asesinatos, atentados con bomba y secuestros de Hezbolá.

La Yihad Islámica golpeó primero. En lo que pasó a considerarse como el primer uso de un camión suicida en un atentado, el 11 de noviembre de 1982 el jeque Ahmed Qassir voló el cuartel general israelí en Tiro, donde murieron o resultaron heridas 141 personas. Luego fue el turno de Hezbolá para propinar un golpe devastador a la presencia de Estados Unidos en Líbano. El 18 de abril de 1983 una abollada camioneta, con los amortiguadores bajos debido a los novecientos kilos de ANFO escondidos en su interior, viraba bruscamente para meterse por la salida de la embajada estadounidense en el paseo marítimo de Beirut y después explotaba al estrellarse dentro del recibidor principal. Sesenta y tres personas, incluidos diecisiete estadounidenses, murieron en una explosión que hizo que todo el edificio se elevara momentáneamente antes de que la mayor parte se derrumbase en una montaña de polvo y escombros. Los muertos incluían a los seis miembros que componían la base en Beirut de la CIA, así como Robert Ames, el principal hombre de la agencia en Oriente Próximo y su antiguo enlace con Ali Hassan Salameh de Septiembre Negro. La mano de Ames se encontró flotando a un kilómetro y medio de distancia, su anillo de boda todavía visible en un dedo.

Seis meses después dos enormes camiones bomba suicidas mataban a 240 marines estadounidenses que se albergaban en barracones temporales apodados el Beirut Hilton, y a cincuenta y ocho soldados franceses que estaban también en Beirut cumpliendo labores de mantenimiento de paz. En el primer caso, un camión Mercedes de cinco toneladas se abrió paso aplastando las endebles casetas de los guardas a ochenta kilómetros por hora un domingo por la mañana temprano, permitiendo al conductor detonar cinco mil kilos de explosivo de exógeno, con tanques de gas atados a él para magnificar el estallido letal. Los efectos de ambos ataques fueron

como los de un colosal desastre natural. En los barracones franceses un teniente coronel que todavía no acertaba a comprender lo ocurrido contemplaba fijamente un enorme cráter entre montañas de escombros: «Hay unos cien soldados todavía allí abajo. La bomba levantó el edificio. Hacia arriba, ¿lo entiendes? Y lo dejó caer otra vez allí». Indicó una distancia de unos seis metros. El Pasadren iraní y sus ayudantes terroristas de Hezbolá presionaron aún más a Occidente para que abandonara el Líbano mediante una serie de secuestros, incluidos los de profesores de la Universidad Americana de Beirut, periodistas de la CNN, sacerdotes y el jefe de la base local de la CIA, Bill Buckley. El secuestro de diplomáticos soviéticos tuvo menos éxito, ya que el KGB raptó a un pariente de uno de los implicados y comenzó a enviarle trozos de éste a la familia para indicar que iban en serio. Hezbolá actuó también como el largo brazo de Irán asesinando a disidentes iraníes o kurdos residentes en Europa en nombre de sus amos, que se convirtieron en los mayores patrocinadores del terrorismo en el mundo. Agentes con base en embajadas iraníes permitían a Hezbolá atentar contra israelíes y judíos en sitios tan remotos como Argentina[214].

Aunque los intentos por parte de Irán de exportar la Revolución Islámica fueron un notable fracaso, aparte de Hezbolá en Líbano, el ejemplo simbólico que proporcionaba alarmó a los gobernantes de todo el mundo islámico. Teníamos a un Estado declaradamente islámico desafiando agresivamente a Occidente. En el caso de los ultraconservadores saudíes, tenían ya los mecanismos para tratar de contener a los iraníes porque en 1962 habían establecido la Liga Mundial Musulmana para contrarrestar el socialismo nacional del Egipto de Nasser. Los formidables incrementos en el precio del petróleo tras la guerra árabe-israelí de 1973 facilitaron a los saudíes el propagar su variedad wahabí del islam a nivel global. Llamado así en honor de Mohamed ibn Abd al Wahhab (1703-1792), el wahabismo era la austera versión del islam que apuntalaba el gobierno de la dinastía saudí en Arabia mediante un contrato entre clérigos y gobernantes[215]. Enormes sumas de dinero fueron

desembolsadas para construir unas mil quinientas mezquitas por todo el mundo suní, así como en Europa occidental, que fueron luego equipadas con libros y audiosermones, con la esperanza de que hablaran con la voz de un conservadurismo moralizante saudí, cuya existencia estaba paradójicamente respaldada por los «decadentes» aliados occidentales del régimen. Los saudíes institucionalizaron aún más su influencia política y financiera mediante la Organización de la Conferencia Islámica y el Banco Islámico de Desarrollo, y con la donación de fondos a universidades occidentales y del Este para promover los estudios islámicos y sobre Oriente Próximo.

Esta dadivosidad petroislámica fue uno de los principales factores que contribuyeron al gradual crecimiento de la conciencia de ser una umma o comunidad musulmana global. Esta era más visceralmente real que el nacionalismo secular, ya fuera local o panárabe, o el socialismo que había entusiasmado a las anteriores generaciones. La influencia saudí estaba también garantizada por los millones de expatriados arrastrados hasta los estados del Golfo en las décadas de 1970 y 1980 desde sidos tan lejanos como Pakistán y Filipinas, por no hablar de los dos millones de musulmanes que cada año hacían el hajja La Meca, cuya infraestructura había sido mejorada por un inmigrante y magnate de la construcción yemení llamado Bin Laden. Y ésta era la esencia de la cuestión. Mientras los saudíes esperaban mantener separadas las palabras «islam» y «revolución», los iraníes querían que se fundiesen, especialmente en la propia Arabia Saudí, un régimen que Jomeini odiaba. Tras ese desacuerdo fundamental yacía la competición entre un poder ultraconservador y otro reaccionario-revolucionario por el dominio dentro del islam en su conjunto, una lucha que no ha hecho más que incrementarse en las últimas décadas[216].

Los venerables textos que los saudíes estaban haciendo accesibles a nivel global eran dados a muchas interpretaciones, especialmente cuando el aumento de la alfabetización estaba

permitiendo a la gente comenzar a leerlos por sí misma. Mediante la frecuente cita de ciertos autores es posible construir un diagrama, a modo de tela de araña, sobre quién cuenta en el universo mental de los yihadistas. La modernidad es de poca importancia. En un lugar prominente en esta lista estarían los escritos de Ibn Taymiyya (1268-1323), contemporáneo de Dante, que influyó al propio Wahhab. Su pensamiento estuvo condicionado en gran medida por los saqueos que varias civilizaciones islámicas árabes experimentaron de manos de los invasores mongoles, expolios agravados por la asimilación sincrética del islam por parte de los mongoles en su paganismo. Nunca asustado por la posibilidad de granjearse enemigos, Taymiyya denunció a los clérigos musulmanes, cuyas eruditas clarificaciones distraían la atención sobre lo esencial de la fe, tal y como la practicaban los salaf, primeros seguidores del Profeta. Es más, los gobernantes que no aceptaban ser guiados por los clérigos, instituyendo la *sharia* (la ley religiosa islámica) y viviendo una vida de manifiesta piedad, eran apóstatas y deponerlos era el deber del fiel musulmán. Taymiyya añadió este deber a las existentes definiciones ofensivas y defensivas de la yihad, que a su vez elevó a un sexto pilar del islam, junto a la declaración de fe, la caridad, el ayuno, el peregrinaje y la oración. Estas enseñanzas eran subversivas en el siglo xiv — Taymiyya fue encarcelado cinco veces y murió en prisión— y seguían siéndolo seiscientos años después para cualquiera que despreciara al ulema religioso oficial (incluyendo el *establishment* religioso wahabí de Arabia Saudí) como un venal apologista de gobiernos corruptos[217].

En la madrugada del 20 de noviembre de 1979 el imam de la Gran Mezquita de La Meca se preparaba para recibir el Año Nuevo Musulmán con oraciones especiales. No prestó atención a un grupo dejó— venes con cintas rojas en la cabeza que portaban unos ataúdes —ya que éste era el lugar donde a menudo se bendecía a los muertos— hasta que bajaron su carga y mostraron docenas de armas. Un joven llamado Juhayman bin Mohamed bin Sayf al Utaybi, que parecía estar al mando, declaró que su propio cuñado

era el mahdi, el Mesías islámico, ya que la fecha era la de mil cuatrocientos años después de la hégira de Mahoma desde La Meca a Medina, un aniversario de por sí cargado de augurios apocalípticos. Los intentos de detener esta manifestación armada desplegando a la Guardia Nacional beduina pretoriana del monarca se demostraron inútiles ya que Al Utaybi era uno de sus miembros, y rápidamente mandó que pusieran las rejas de las puertas de entrada. A medida que transcurría el día, lanzó irrefutables denuncias de la dinastía saudí en el gobierno, tachándoles de corruptos apóstatas que habían prosperado a costa de permitir a sus aliados occidentales saquear la riqueza petrolera del país. Los bien equipados combatientes de Al Utaybi hicieron picadillo a los soldados de a pie saudíes que fueron enviados a expulsarlos de la mezquita, una misión impedida por la necesidad de no destruirla. Llegado un punto el monarca pidió ayuda al Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale de Francia y al ejército paquistaní. Tres miembros de los comandos, convertidos a toda prisa, recomendaron usar la electrocución en masa poniendo un cable de alto voltaje en los inundados sótanos de la mezquita, o gas nervioso para hacer salir a los mahdistas. Tras dos semanas de lucha cuerpo a cuerpo, Al Utaybi y el resto de combatientes que habían sobrevivido fueron capturados, una tarea que se hizo más fácil cuando la empresa de construcción Hermanos Bin Laden, que había restaurado la mezquita, proporcionó los planos esenciales para asaltarla. Al Utaybi y sesenta de sus camaradas fueron rápidamente decapitados. En ese momento este asedio pareció un desconcertante incidente de violencia protagonizado por una secta, tan misterioso en su significado, o tan sin sentido, como sucesos similares que sucedían en el mundo cristiano. El hecho de que durante el asedio los estudiantes árabes y paquistaníes de la universidad Qaid-i-Azam de Pakistán provocaran disturbios y asaltaran la embajada estadounidense en Islamabad —bajo el rumor de que los estadounidenses y los israelíes estaban detrás de la toma por parte de Al Utaybi de la mezquita de La Meca— parecía

meramente un extraño ornamento, como lo parecían las cálidas palabras del ayatolá Jomeini a los agitadores de la embajada, que incluían la observación: «Las fronteras no deberían separar los corazones»[218].

LOS HERMANOS Y EL FARAÓN

Aunque Egipto es del tamaño de Francia y España juntas, el 95 por ciento de su población de sesenta millones vive en el 5 por ciento de su territorio, la exuberante franja con forma de loto que sigue el curso del Nilo. Más allá se extiende el hostil desierto, cuya única gracia redentora puede ser el no resultar apropiado para la lucha de guerrillas. Misteriosos monumentos recuerdan a los egipcios que no son realmente árabes, sino herederos de una de las más grandes civilizaciones politeístas del mundo, cuya misteriosa iconografía todavía brilla debajo de las más elevadas expresiones artísticas del cristianismo. Los franceses dejaron el legado del derecho napoleónico. Egipto pasó a ser una monarquía parlamentaria independiente en 1922, aunque los británicos siguieron manteniendo una poderosa, y a menudo mal recibida, presencia comercial y militar, aferrándose a los vestigios del imperio. El florecimiento de la modernidad occidental durante la década de los años veinte, que se manifestó en una prensa, cine y cultura literaria vibrantes, inevitablemente disparó la respuesta islámica, que tomó la forma de los Hermanos Musulmanes, organización fundada en 1928 por un devoto profesor de primaria llamado Hassan al Banna. Horrorizado por la presencia de bases militares británicas, la propiedad extranjera de los servicios básicos, la clase alta egipcia turco-circasiana de apariencia casi extranjera y un ruidoso movimiento feminista, Al Banna incorporó asociaciones benéficas y religiosas existentes a una serie de «familias» con estructura de células, que estaban vinculadas por comunicaciones modernas como revistas y periódicos además de con sermones. La educación y las obras benéficas (o da 'wa) conducirían a la reforma

social, siempre y cuando se pudieran contener las malvadas influencias occidentales. La Hermandad construyó pacientemente una comunidad de base que rápidamente se extendió a todas las provincias egipcias, alcanzando el medio millón de miembros. Una de las principales influencias ideológicas de Al Banna era Rashid Rida, un antiguo modernizador reconvertido en salafista que exigía la sustitución de las leyes influenciadas por Occidente por la *sharia*, y revivió la noción coránica de *jahiliyya* —es decir, el estado preislámico de ignorancia pagana— para denunciar a los regímenes árabes del presente. Contemplado con simpatía en un primer momento por un monarca que veía la Hermandad menos amenazante que el nacionalismo secular o el socialismo, este estado de ánimo cambió cuando su red superficial de fundaciones benéficas y religiosas se vio acompañada de una organización militar encubierta, el Aparato Secreto, que comenzó a infiltrarse en las fuerzas armadas. La Hermandad fue disuelta a la fuerza en 1948, viéndose impulsada a asesinar al primer ministro responsable. Como venganza, un año más tarde Al Banna, que contaba cuarenta y tres años, fue a su vez asesinado[219].

Inicialmente, los Hermanos, en gran medida un movimiento de clase media-baja, acogieron con alegría el golpe que en 1952 ahuyentó al reformador y sibarita rey Faruk. Confundieron su propia campaña en favor de la unidad islámica con el Estado criptototalitario y prosoviético establecido por Nasser y su junta de jóvenes oficiales. Nasser invitó al país a unos veinte mil «asesores» soviéticos, mientras enviaba a prometedores oficiales jóvenes, como el piloto de las fuerzas aéreas Hosni Mubarak, a la Academia Militar Frunse en Moscú. La relación entre Nasser y los islamistas se deterioró rápidamente hasta el punto de que en octubre de 1954 un joven Hermano llamado Muhammad Abd al Latif intentó disparar al presidente en una de las masivas concentraciones celebradas por el régimen en Alejandría, con los disparos retransmitidos en directo por la radio. La respuesta de Nasser fue veloz y brutal.

Mientras los seguidores de Nasser quemaban propiedades de la Hermandad, seis de sus líderes fueron ahorcados. Otros desaparecieron en la prisión de Tura, en el sur de El Cairo. Entre éstos se incluía el ideólogo islamista Sayyid Qutb, cuyo pensamiento y trabajos son esenciales en la historia del moderno terrorismo yihadista-salafista, quizá la manera más exacta en la que podemos describir este fenómeno actual sin acusar ni al islam ni al fundamentalismo, o recurrir a términos como islamofascista, o el más apropiado, islamo— bolchevique. Este término con guión, que tiene la virtud de ser culturalmente específico, significa lucha armada al servicio del credo de los «piadosos antepasados» según el modo en que fue reorganizado para formar una ideología político-religiosa por hombres que no tenían una autoridad religiosa reconocida fuera del círculo de sus seguidores. Podría resultar útil explicar cómo llegamos a esta definición.

Simplemente imagine cuatro círculos de tamaño cada vez menor incluidos unos dentro de los otros. El mayor es el de los mil quinientos millones de musulmanes del mundo, divididos en suníes, chiíes y cientos de otras sectas como los sufíes, y a menudo históricamente tan acomodadizo respecto a creencias locales no islámicas como el cristianismo lo es respecto del animismo en Africa. La observancia puede ser tan casual o fundamental, tan sombríamente austera o pintorescamente sensual como lo es la práctica religiosa entre los judíos, los budistas, los hindúes o los cristianos, que es por lo que el término «fundamentalista» no describe con precisión el terrorismo islámico. Los islamistas son el siguiente círculo más pequeño, esto es, la gente que quiere que los estados introduzcan la ley islámica, un objetivo que normalmente tratan de conseguir usando las pistolas y las urnas en la tradición de los Hermanos Musulmanes. El tercer círculo son los salafistas, o seguidores de los sabios fundadores que rodeaban a Mahoma. Estos quieren establecer estados islámicos de un tipo extremadamente puritano. Los clérigos salafistas más influyentes son los saudíes. La mayoría de los yihadistas son salafistas, pero no

todos los salafistas son yihadistas, es decir, personas que intentan que se produzca una violenta transformación de las sociedades en estados islámicos de los cuales el único modelo conocido ha sido el caos creado por los talibanes en Afganistán. Algunos se imaginan esto a gran escala, un resucitado califato que se extienda desde España, a través de los Balcanes, el norte de Africa y Oriente Próximo, hasta los antiguos «estañes» soviéticos, y de allí al sur de Asia, Indonesia, Malasia, Pakistán y partes de China. Dentro de los estados no islámicos los yihadistas-salafistas adoptan también un enfoque territorial, en el que cada mezquita radicalizada es como un «minirreino» separado, empeñado en dominar sus inmediatos alrededores. La victoria tiene el aroma de los bares, pubs y salones de baile abandonados y la frialdad de una corriente de aire en una habitación.

A estas personas no les gustaría ser llamadas «qutbistas», ya que bautizarles con el nombre de un simple mortal sería blasfemo. Hijo de un profesor del Alto Egipto, Qutb era un típico beneficiario de la modernización del país, antes de que sus actividades político-religiosas llevaran a que este inspector de escuelas fuera enviado a Estados Unidos en 1948 en un viaje indefinido de investigación que pretendía quitarle de en medio. A Qutb le repelió la relativamente inocente sociedad materialista que encontró allí, y especialmente la sucesión de mujeres que parecían empeñadas en seducir a este solterón árabe de mediana edad en escenas dignas del actor Peter Sellers. Irónicamente, muchas de sus respuestas a Occidente se parecían al tipo de pesimismo cultural que la modernidad urbana e industrial había evocado entre las propias *intelligentsia* conservadoras occidentales[220]. El tenía sus propias observaciones excéntricas que hacer sobre temas como las arregladas praderas de césped y las tristes palomas de las anómicas plazas de las ciudades. Esta exposición a Occidente —en su versión soporíferas zonas residenciales de Colorado— llevó a Qutb a la opinión de que el mundo moderno había involucionado hacia un estado de jahüiyya pagana, contra la que el verdadero musulmán se tenía que aislar

mediante la sumisión total a Alá. Convertirse en esclavo de Dios liberaba al auténtico creyente de la esclavitud de los gobernantes meramente humanos, y de credos tan falsos como la separación de la religión y la política, la democracia, los derechos humanos, el liberalismo, etcétera. En términos locales esto significaba que allí donde quisiera que los árabes pensaban que estaban del lado del futuro —democracia, nacionalismo, socialismo, etcétera— en realidad estaban simplemente rindiendo pleitesía a falsos ídolos tan faltos de valor, a pesar de su mayor sofisticación, como los viejos dioses de piedra de la antigua Meca. Eran lo que Qutb denominaba «supuestos musulmanes» y como tales podían ser asesinados junto con los infieles *kuffar*, en lo que Qutb imaginaba como una yihad interminable[221]. Muchos han comparado el libro de Qutb con el *¿Qué hacer?* de Lenin. Escrito con un estilo directo, tan distinto de las eruditas disquisiciones de los ulemas, Qutb se las arregló para colar la muy occidental noción marxista-leninista de una vanguardia revolucionaria de élite, si bien camuflada como la creencia de que sólo los Hermanos encarcelados eran verdaderos musulmanes, quedando el resto en diversos estados de esclavitud bajo los falsos ídolos. Los regímenes que no estuvieran basados únicamente en la *sharia* deberían ser combatidos con la espada además de con el libro. Los peores idólatras eran los guardias de la prisión de Qutb, quienes en 1957 respondieron a la negativa de los reclusos a picar piedras como parte de sus condenas a trabajos forzados entrando en las celdas y matando a veintiuno de ellos. El tísico Qutb evitó correr esta suerte al encontrarse en la enfermería.

Para cuando fue liberado, en mayo de 1964, y gracias a escritos como *Señales en el camino*, Qutb se había convertido en el principal ideólogo de los Hermanos Musulmanes, que estaban intentando tímidamente reagruparse. No todos los Hermanos estaban de acuerdo con sus violentas directrices, ya que algunos preferían en su lugar la lenta pero constante creación de una sociedad musulmana paralela fuera del Estado, una tendencia que ha permitido periódicamente a los gobiernos egipcios hacer las paces

con la Hermandad. Qutb no estuvo libre mucho tiempo porque con el fin de reforzar su credibilidad en comparación con otra agencia de seguridad, los Servicios de Seguridad Militar destaparon una conspiración a gran escala contra el régimen de Nasser, de la cual supuestamente Qutb era un destacado líder. Brutales redadas en barriadas de chabolas y pueblos en los que la Hermandad era fuerte, y la habitual tortura a los sospechosos, proporcionaron las evidencias que el régimen necesitaba para probar la existencia de una ramificada conspiración que confiaba que pudiera galvanizar a sus propios partidarios. Tras un juicio en un tribunal militar, Qutb y dos de sus colegas fueron ahorcados el 29 de agosto de 1966. Las décadas de maltrato que sufrió, y que culminaron en esta muerte, ofrecieron un poderoso ejemplo de martirio por la fe que resonaría por todo el mundo musulmán, especialmente bajo la forma de una morbosa biografía que no deja tortura sin explicar. Uno de los lugares en los que florecieron las doctrinas de Qutb fue Arabia Saudí. Muchos Hermanos egipcios exiliados consiguieron refugio allí, ya que sus habilidades intelectuales tenían una gran demanda local. Uno de ellos era Mohamed Qutb, el hermano de Sayyid, que se convirtió en el principal propagador del culto al mártir, y entre cuyos futuros discípulos se incluiría el joven Osama Bin Laden[222].

Durante aproximadamente una década tras la Crisis de Suez, Nasser disfrutó exponiéndose a la adulación de gran parte del mundo no alineado. Luego esta visión se derrumbó, comenzando por el fracaso de la República Unida Árabe creada amalgamando a Egipto y Siria, aunque el nombre sobrevivió hasta que en 1971 el país volvió a llamarse la República Árabe de Egipto. El desencanto generalizado con el nacionalismo árabe, desencadenado por la desastrosa guerra de los Seis Días con Israel en 1967 y el Septiembre Negro de Jordania, dieron un breve empuje a las alternativas socialistas, al menos entre los estudiantes que veían el París de 1968 como modelo. El hecho de que los Hermanos Musulmanes jordanos hubieran respaldado la represión de los palestinos por el rey Hussein inclinó a muchos gobernantes a ver el

islamismo como un útil contrapeso. Como parte de su llamada Revolución Correctiva, el nuevo dirigente de Egipto, Anuar el Sadat, que ascendió al poder a finales de 1970, primero expulsó a la falange de asesores soviéticos de Nasser, y después liberó a todos los Hermanos Musulmanes de prisión y permitió a los exiliados regresar a casa.

Como en el resto del mundo, las universidades egipcias atravesaron una mal planificada expansión a finales de la década de los setenta, en la que el número de estudiantes ascendió de doscientos mil en 1970 a más de quinientos mil siete años más tarde. Las instalaciones y la enseñanza eran atroces, porque cualquier profesor de valía había abandonado el país para hacer más dinero en el Golfo, dejando atrás ratios estudiante-profesor de 1 a 100. Excepto en el caso de unas pocas facultades profesionales de élite, la educación superior implicaba aprender de memoria los contenidos fotocopiados del curso, con clases privadas intensivas antes de los exámenes para obtener unas cualificaciones que conllevaban empleos de bajo nivel e insatisfactorios en sociedades donde para salir adelante uno necesita alguna conexión con el pez gordo local[223]. El sector público no se podía expandir con la suficiente rapidez como para absorber a esta semieducada *intelligentsia* del lumpen, cuyos títulos eran el equivalente intelectual de un certificado occidental de secundaria[224]. La rnasificación conllevó problemas específicos del mundo islámico, ya que hombres y mujeres no acostumbrados a la cercanía física se encontraron apretados los unos contra los otros en el autobús de campus, disputándose a empujones con otros dos cada asiento disponible en las aulas.

El Presidente Creyente, como era conocido Sadat en su propia prensa, animó a que las asociaciones de estudiantes de la jamaat Islamiya proliferaran en los campus, viendo sólo el lado virtuoso de multiplicar el número de las piadosas jóvenes con velo y los hombres con barba y vestimentas blancas. Equipados con los fondos de los sindicatos estudiantiles, se mostraron siempre fértiles

en sus soluciones a los problemas de las universidades, proporcionando alojamiento y transporte separados por sexos, fotocopias gratis y campamentos organizados en los que la religión tenía un papel fundamental. Inevitablemente, este intento de llevar a la práctica el islam en el seno de las universidades tenía su lado oscuro. Los conciertos, bailes y películas desaparecieron por la fuerza gracias a islamistas armados con bates y barras de hierro, a la vez que se usaba la intimidación para evitar incluso las más inocentes relaciones entre sexos opuestos. En 1980 cientos de estudiantes militantes asaltaron las oficinas del decano de la facultad de ciencias para forzar su conformidad con una serie de ultimátums islamistas. Mientras tanto, los predicadores lanzaban invectivas contra la vida nocturna en la avenida de las Pirámides de El Cairo —donde piadosos visitantes venidos del Golfo se emborrachaban con botellas de whisky que costaban tanto como lo que un campesino egipcio veía en un mes, mientras rellenaban de billetes los escotes de las bailarinas del vientre-y contra un régimen que celebraba los milenios de la cultura egipcia preislámica. «Egipto es musulmán, no faraónico», recordaban a su propio faraón cuando Sadat realizó una campaña para preservar la momia de Ramsés II. El hecho de que Sadat usara cada vez con mayor frecuencia los diez palacios de Faruk para vivir alimentó aún más la envidia y la hostilidad[225].

Estos estudiantes incluían a diminutas bandas de terroristas dedicadas a la misión de derrocar violentamente a Sadat, especialmente tras sus esfuerzos para hacer las paces con Israel a finales de la década de los setenta, esfuerzos que se tradujeron en la eliminación por parte de los saudíes de los enormes subsidios que mitigaban los crónicos problemas de la economía egipcia. El primer intento de golpe de los estudiantes militantes islamistas fue suprimido antes de comenzar, y sus líderes, ahorcados. Les sucedió un grupo llamado Al Jamaat al Muslimin, o el Grupo Islámico, dirigido por Shuqri Mustafa, un ardiente agronomista qutbista, que afirmaba que el conjunto de la sociedad egipcia se encontraba en un

estado de apostasía, ante el cual la respuesta inicial del grupo fue irse a vivir a cuevas en el desierto. Allí sus mentes dieron un giro notablemente profético, pronosticando el surgimiento de un califato islámico que desafiaría tanto a Estados Unidos como a la URSS. Cuando un destacado clérigo del *establishment* les denunció como herejes, el grupo le secuestró y le mató. Shuqri fue capturado y llevado ajuicio, un escenario que usó para denunciar a los ulemas, quienes también recibieron una reprimenda por parte de la acusación por permitir que «charlatanes» como Shuqri actuaran dentro de las universidades. A ese respecto se parecían a los liberales a cargo de las universidades occidentales, con su ilimitada indulgencia frente al deseo de justicia social de algunos fanáticos. En 1978 Shuqri y otros cuatro miembros del Grupo Islámico fueron ejecutados. Estas medidas no detuvieron la proliferación de grupos islamistas radicales, que encontraron mejores motivos de queja que la colosal corrupción del régimen. Estos asuntos incluían el acuerdo de paz de Sadat con Israel, que nombró un embajador en El Cairo, provocando que el presidente se convirtiera en un paria en el mundo árabe en general; la campaña puesta en marcha en 1979 y respaldada por la mujer de Sadat, Jihan, para reequilibrar las leyes del matrimonio y el divorcio de modo que beneficiaran a las mujeres, fue la gota que colmó el vaso[226].

La democratización de la opinión religiosa, en contraposición a la autoridad recibida, y la ira que resultó del hecho de que la educación en masa no se tradujera automáticamente en un determinado estatus social, se hicieron evidentes en el grupo que en última instancia asesinó a Sadat. En una zona residencial de El Cairo se desarrolló una célula en la que un joven ingeniero eléctrico llamado Mohamed Abd al Salam Faraj se alió con dos hombres de la prominente familia de los Al Zumr. Junto a Muhamed Zumi, un fugitivo del sur de Egipto donde se estaba creando otra célula, formaron Tanzim al Yihad en 1980. Desde el comienzo, el grupo estaba dividido en una facción del norte, que se concentró en asesinar a Sadat, y la del sur, más ocupada en perseguir ajoyeros y

orfebres cristianos coptos. El número y prosperidad de estos últimos había excedido el umbral de tolerancia del islam, mientras que su papa estaba ganándose el favor de los estadounidenses, preocupados por la persecución a otros cristianos. Los coptos no sólo se estaban excediendo, sino que parecía además que su mayor determinación estaba siendo manipulada por sus aliados «cruzados» en el extranjero. Incidentes menores, quizá la acusación de que alguien había echado mal de ojo a un búfalo, producían una violencia sectaria que la policía a duras penas podía contener. Esta se extendió a los suburbios de El Cairo, donde en el otoño de 1981 coptos y musulmanes intentaron masacrarse unos a otros.

La conspiración adquirió proporciones letales cuando se unió a ella el teniente de veinticuatro años Jalid Ahmed Shawqi al Islambuli, al igual que los Al Zumr miembro de una destacada familia. Frustrado en su deseo de convertirse en piloto de las fuerzas aéreas, había acabado en artillería. El electricista Faraj proporcionó la visión religiosa, tomando prestados fragmentos de Qutb y el venerable Taymiyya para justificar un ataque sobre el «enemigo cercano» de los apóstatas gobernantes musulmanes, preparatorio para el asalto de un islam consolidado sobre el «enemigo lejano» de Israel. Un profesor ciego de teología de una delegación proporcionabab el respaldo clerical a esta estrategia en el sur de la universidad Al Azhar de El Cairo, a quien Sadat había liberado de una condena de prisión de nueve meses cuando marcó la ruptura con la era de Nasser. Este clérigo de cuarenta y tantos años era el jeque Omar Abdel Rahman, de aquí en adelante una figura clave en diversas atrocidades terroristas.

El reclutamiento de otras personas para la creciente conspiración contra Sadat se dio en las mezquitas radicales, donde los más devotos fueron elegidos para asistir a retiros intensivos, parte del adiestramiento que conducía hacia el más selecto grupo responsable de los actos de terrorismo. El siguiente paso a estos retiros para unos pocos escogidos, entre los que se consolidaba la sensación de ser una élite dentro de la élite, era un adiestramiento

básico sobre armas. El grupo empezaba por robar en negocios de joyería propiedad de cristianos coptos en el Alto Egipto, robos diseñados para proporcionar financiación a las operaciones importantes y para hacer que los presuntuosos coptos —uno de los cuales, Butros Butros Ghali, incluso era primer ministrosintieran el puño musulmán. En este clima de tensión sectaria, Sadat anunció una nueva línea: «Ni política en la religión, ni religión en la política». El régimen capturó a unos mil quinientos radicales, incluidos el hermano de Jalid al Islambuli, Muhamed, líder de los estudiantes islámicos en el departamento de comercio de la universidad de Asyut. Esto suscitó emociones como las que una vez imperaron en la familia de Lenin. Su madre recordaba: «Cuando supimos la nodcia,Jalid rompió a llorar y me dijo: "¿Por qué han arrestado a mi hermano, que no ha cometido ningún crimen?". Lloró tanto que tenía convulsiones. Cuando finalmente se calmó, me dijo "Ten paciencia madre, es la voluntad de Dios [...], a todo tirano le llega su fin"». El 23 de septiembre de 1981 Jalid al Islambuli se enteró de que iba a participar en el desfile del 6 de octubre destinado a celebrar el momento de 1973 en el que las tropas egipcias habían capturado un saliente sobre el canal en el Sinaí. Este era el trigésimo octavo intento de asesinar a Sadat; y fue horriblemente exitoso.

Como oficial del ejército Al Islambuli no tuvo que soportar los registros a los que la seguridad de Sadat sometía a soldados de otros rangos, quienes se suponía que tenían que entregar sus percutores y municiones reales durante ese día. No se comprobó de que esto se hubiera llevado a cabo, aunque las órdenes sí se habían dado claramente. Esta dejadez permitió a Al Islambuli introducir en su cuartel municiones y granadas proporcionadas por Faraj escondidas en un talego militar. Usó también su rango para llevar a sus barracones a tres asesinos disfrazados de soldados; al día siguiente ocuparon los puestos de soldados reales —a los que Al Islambuli concedió un día de permiso— en su camión Zil mientras éste remolcaba un cañón por el recorrido del desfile. Sólo el conductor desconocía lo que estaba sucediendo cuando Al Islambuli

agarró el freno de mano mientras el camión se aproximaba a la tribuna de autoridades. El y sus cómplices se apearon y quitaron los seguros de sus armas.

Allí, Sadat, sus ministros, los dignatarios extranjeros y los ciento cincuenta hombres —posicionados en grupos concéntricos— que supuestamente le protegían se vieron distraídos por el rugido de los motores de un avión militar que pasaba sobrevolándolos. Sadat iba vestido con un peripuesto uniforme de estilo prusiano que había llegado el día anterior desde una sastrería de Londres. Se negó a llevar un chaleco antibalas, alegando que estropearía la línea de la túnica. Además, como dijo cuando les pidió a sus guardias que mantuvieran la distancia: «Por favor, retiraos, estoy con mis hijos», refiriéndose a los soldados allí concentrados. Cuando Sadat avistó a cinco hombres que corrían hacia él, se irguió preparado para el saludo, proporcionándoles, sin darse cuenta, una diana clara. Los cinco arrojaron granadas, que hicieron tambalearse a la élite egipcia, y después, al alcanzar la base de la tribuna, descargaron unos treinta y cinco segundos de fuego continuo con sus armas automáticas desde una distancia de unos quince metros. A pesar de los esfuerzos del ministro de Defensa, que trató de escudar a su presidente, las balas penetraron en el pecho y el cuello de Sadat lo que le provocó una masiva pérdida de sangre. Incrédulo ante su destino, las últimas palabras de Sadat fueron «*Mish Maaqool, Mish Maaqool*» o «imposible, imposible». Al Islambuli, cuyos disparos remataron a Sadat, gritaba una y otra vez «¡Me llamo Jalid Islambuli, he asesinado al faraón, y no le temo a la muerte!». No se molestó en matar también a Mubarak, el vicepresidente, que intentaba pasar desapercibido. Uno de los asesinos fue abatido por las fuerzas de seguridad y el resto fueron heridos y capturados.

El complot para tomar El Cairo, empezando por la sede de la televisión, quedó desentrañado cuando los asesinos capturados se jactaron de cómo se suponía que se iban a desarrollar esos ataques, una interpretación probablemente demasiado indulgente de la contención de sus interrogadores. En el sur se tomaron algunas

partes del centro de Asyut, episodio que duró cuatro días y que acabó abruptamente cuando el gobierno envió a los paracaidistas. Los asesinos de Sadat y más de trescientos acusados islamistas radicales fueron juzgados en un tribunal erigido en los terrenos del centro de Exposiciones de El Cairo. Los terroristas supervivientes dieron razones para el asesinato. Hablaron de la «decadencia» representada por el alcohol y las discotecas, y el deshonroso desprecio que Sadat había expresado por las mujeres que se vestían con «tiendas de campaña». Uno mencionó el ejemplo de la Revolución Iraní y la necesidad de crear un contrapeso suní. Hubo una excepción a las sentencias a muerte que se aprobaron para los principales acusados. Los abogados de Abdel Rahrnan lograron con éxito desvincular a su cliente de los mandamientos específicos para herir o matar a coptos o a Sadat, mientras el ciego jeque denunciaba apasionadamente por sí mismo los intentos de relativizar un inmutable islam para amoldarse a las costumbres occidentales. Increíblemente, fue absuelto por un tribunal que sabía que lo que estaba diciendo habría sido bien recibido por la mayoría de los ulemas, a pesar incluso de que una de las primeras acciones de Mubarak había sido hacer que los responsables de la prestigiosa universidad Al Azhar de El Cairo, el Oxford del mundo árabe, condenaran a los asesinos[227].

Algunos de los otros acusados conseguirían incluso mayor notoriedad. Ayman al Zawahiri era un joven cirujano de una distinguida dinastía de clérigos y médicos con una consulta en la zona residencial de Maadi, en El Cairo, donde había organizado una célula yihadista que se situaba en la periferia de la trama para matar a Sadat. Aunque se había enterado de la conspiración sólo horas antes de que se desencadenara, Al Zawahiri y su amigo Abud al Zuma estaban empeñados en usar el funeral de Sadat para asesinar a Mubarak y a cualquiera de los demás dignatarios extranjeros que resultaran estar allí. El 23 de octubre Al Zawahiri fue arrestado por la policía, la puerta de entrada a un sinfín de horrores a manos de la Unidad 75 de Inteligencia, los expertos torturadores del gobierno.

Durante las vistas judiciales, se convirtió en portavoz de los acusados, usando este foro público para dar pelos y señales sobre palizas, electrocuciones y perros salvajes, testimonios —todos probablemente ciertos— que provocaron cánticos de «El ejército de Mahoma regresará y derrotaremos a los judíos» por parte del resto de los acusados. Al final de los tres años de juicio, Al Zawahiri fue sentenciado a tres años de cárcel, de los que ya había cumplido la mayor parte en prisión preventiva. Es posible que su sentencia fuera aligerada por la información sobre otros terroristas que dio a sus torturadores. Cuando resurgió de este calvario en 1984, Al Zawahiri ya no era el retraído médico empollón dedicado en su tiempo libre al yihadismo militante. Las humillaciones psicológicas y físicas de la tortura y quizá los éxtasis religiosos que puede generar el dolor extremo habían creado un hombre extremadamente duro y receloso, concentrado en la venganza. En el futuro la única cuestión sería: ¿contra quién? [228].

EL ASCENSO DEL ISLAMISMO EN ARGELIA

La sucesión de oficiales del ejército de expresión pétrea que gobernaron Argelia después de lograr su independencia en 1962 se vio enfrentada a crecientes problemas que la versión de socialismo nacionalista de partido único con un toque de islamismo del FLN no podía resolver. Los ingresos del petróleo y el gas natural no se traducían en empleos en la industria de manera lo suficientemente rápida como para afrontar el vertiginoso crecimiento de la población o la marea de gente que emigraba desde montañas y montes a los suburbios de chabolas de las principales ciudades. De hecho acababan en las cuentas suizas de la élite militar gobernante. Cada año 180.000 jóvenes bien educados menores de veinticinco años entraban en un mercado de trabajo que crecía sólo en 100.000[229]. Argelia tenía 8,5 millones de habitantes en 1954; en 1980 se habían convertido en 18,5 millones, y en 26,6 trece años después. La emigración de unos ochocientos mil trabajadores, principalmente a

Francia, no alivió de manera significativa esta presión demográfica, siempre asumiendo que estas personas estuvieran preparadas para soportar el resentimiento al que a menudo se enfrentaban en la otrora metrópoli colonial hacia los indigentes vencedores de la guerra de Argelia. Además, casi la mitad de la población tenía menos de quince años en una sociedad en la que las mujeres tenían una media de ocho niños —cuya propia esperanza de vida aumentaba debido a la mejora de la atención médica—.

Muchos jóvenes no tenían trabajo; de hecho la tasa oficial de desempleo alcanzó el 28 por ciento y es probable que esta cifra se quede corta. Dado que estos chicos pasaban su tiempo recostados contra las paredes, se les conocía como *hittistes*, de *hit*, muro en árabe. Para estos jóvenes, la repetición machacona de los líderes del ejército y el FLN de su supuesto papel heroico y revolucionario en las décadas de 1950 y 1960 no significaba nada. Ellos eran el puñado de corruptos que usaron la privatización de tierras públicas en la década de 1980 para construir casas de lujo y fábricas privadas, y cuyos servicios de seguridad sistemáticamente atacaban y torturaban a la gente. La realidad para la juventud de los rebosantes suburbios era el paro, unas casas tan mal construidas que a veces se derrumbaban y el despiadado calor que se volvía insufrible con la crónica escasez de agua. Se desarrolló una cultura juvenil particular basada en las bandas, la conducta *hooligan* en el fútbol, las drogas y la música *raï*, que fusionaba dialectos norteafricanos con el rap, el reggae y el punk. En octubre de 1988 estos jóvenes causaron disturbios en el centro de Argel, destrozando autobuses, señales de tráfico, cabinas telefónicas y tiendas de lujo donde la *jeunesse dorée* local, o *tchi-tchi*, acostumbraba a hacer ostentación de su riqueza. Muchas frustraciones sexuales se desfogaron a costa de jóvenes mujeres ricas que conducían llamativos automóviles deportivos —apodados Blonda Hondas por los jóvenes de la calle—. Simbólicamente, desgarraron la bandera argelina e izaron un saco de cuscús vacío para reclamar atención sobre las realidades de décadas de

socialismo. Cuando los agentes de policía contraatacaron, matando a cientos de estos agitadores y torturando a los detenidos, fueron llamados «judíos», una experiencia novedosa para los representantes de un Estado que era patológicamente antisionista.

El fracaso del socialismo en Argelia proporcionó a los islamistas militantes su oportunidad, ya que fueron ellos quienes se interpusieron hábilmente como mediadores entre los agitadores y el gobierno. El régimen había alentado caprichosamente esta tendencia. En la década de 1970 el presidente (y coronel) Huari Bumedián, que había depuesto a Ahmed Ben Bella en 1965, lanzó una sostenida campaña de arabización para suprimir todo vestigio de los odiados franceses. Esto a pesar del hecho de que el francés le resultaba mucho más fácil a la mayoría de los argelinos que el árabe literario clásico, según lo enseñaban los Hermanos Musulmanes exiliados, y era la ruta más segura a las mejores profesiones y empleos, que requerían el dominio del francés. La imposición de la arabización tampoco agradó a los bereberes, que estaban orgullosos de sus peculiares dialectos e identidad cultural. En la primavera de 1980, el feudo bereber de Cabilia fue sacudido por manifestaciones y huelgas que el régimen reprimió con su usual violencia. El gobierno buscó también usar el islam cuando el socialismo fracasó palpablemente a la hora de crear una identidad argelina unida. La Constitución de 1976 decía que «el islam es la religión del Estado»; el presidente tenía que ser un musulmán y hacer el juramento de «respetar y glorificar la religión musulmana». Ese año el viernes sustituyó al domingo como el día de descanso obligatorio. El juego y la venta de alcohol a musulmanes fueron prohibidos. Tres años más tarde se prohibía a los musulmanes criar cerdos. En parte como resultado de la generosidad saudí, el número de mezquitas del país creció de 2.200 en 1966 a 5.829 en 1980. Muchas de éstas eran las llamadas «mezquitas del pueblo» que cuando se dejaban a medio construir técnicamente escapaban al control del Estado. Aunque el Estado continuaba monopolizando la producción de audiocasetes, las importaciones piratas llevaron las

radicales nuevas de los clérigos egipcios, libaneses y saudíes de manera parecida a como las imprentas habían una vez universalizado las palabras de Lutero y Calvino[230].

El intento del Estado de explotar el islam para fines puramente políticos molestaba a muchos islamistas radicales como Mustafá Buyali, que declaró impío al régimen y llamó a la yihad para derrocarlo. Tras retirarse, como el Profeta, a las montañas, Buyali fundó un Mouvement Islamique Armé, colocándose él mismo como emir. Hasta el asesinato de Buyali en 1987, los líderes militares del FLN se vieron desempeñando el papel opuesto al que habían tenido con los franceses a los que una vez el FLN había combatido en las mismas inhóspitas tierras. Los islamistas que conservaban la cabeza más fría decidieron simplemente empujar al régimen hacia niveles más altos de islamización. Un académico llamado Abassi Madani hizo un llamamiento al «respeto a la *sharia* en la legislación del gobierno y [a] una purga de los elementos hostiles a nuestra religión». Entre sus otras demandas estaba la segregación de sexos en la educación. Fue inmediatamente encarcelado, con lo que su liberación pasó a ser en adelante una demanda clave de los terroristas islámicos. Tras 1978 el nuevo gobierno del coronel Chadli Benjedid respondió al ascenso del islamismo construyendo más mezquitas, con el fin de marginar el creciente número de salas de oración *ad hoc*, y controlando a quién se le permitía rezar en ellas. Se creó una universidad islámica en la ciudad de Constantina para contrarrestar las predominantes influencias extranjeras en ausencia de un ulema argelino local. Dos distinguidos clérigos, Muhammad al Ghazali y Yusef al Qaradawi, fueron importados de Egipto, pero astutamente ignoraron los intentos del régimen de convertirlos en sus propias autoridades eclesiásticas. Todavía peor, la facción islámica en el seno del único partido en el poder —a quienes los más ingeniosos llamaban los Barbefélmes a causa de sus barbas— comenzó a dejarse arrastrar a la órbita de este incipiente movimiento islamista, siendo las mezquitas el único lugar legal de oposición en un Estado de partido único.

Aunque los disturbios juveniles de octubre de 1988 se fueron desvaneciendo, Chadli continuó tratando a los intelectuales islamistas como interlocutores, a pesar incluso de que no estaba en absoluto claro que ellos, ni nadie más, tuvieran mucha influencia sobre los jóvenes agitadores. Sorprendentemente Chadli introdujo un sistema multipartidista, siendo su intención barajar un poco los partidos con el fin de dar una pátina democrática a una presidencia mucho más reforzada. Un producto de esta estrategia de democratización fue el Frente Islámico de Salvación o FIS, el partido islamista fundado en marzo de 1989 que reunió temporalmente a los argelinos que creían en la escalofriante, y completamente legítima, islamización de la sociedad argelina, y a los salafistas que se oponían a la democracia, a la que consideraban una imposición extranjera secular, a la vez que ellos mismos se relacionaban con los fraternales yihadistas árabes. El FIS fue el primer partido islámico legal en todo el mundo árabe, y el primero en proclamar abiertamente su objetivo de una república islámica, mientras a la vez prometía reinstaurar la ética, la justicia y la calidez de las relaciones familiares. Quería regresar al igualitarismo de los primeros tiempos del FLN, un recuerdo distante en un momento en el que una corrupta élite militar y empresarial estaba robando la riqueza petrolera de la nación. No es de extrañar que esto resultara especialmente atractivo a la primera y segunda generación de emigrantes llegados desde las conservadoras zonas rurales que se apiñaban en los anómicos barrios pobres de las grandes ciudades.

El FIS era tanto un partido político islamizado como una organización de ayuda social. Estaba dirigido por un Consejo de treinta y ocho miembros, llamado el Madjlis ech-Chura, en una consciente evocación del Profeta, con los asuntos diarios en manos de una Oficina Ejecutiva de doce hombres. Sus células locales eran llamadas usra o familias, otro uso intencionado de la terminología islámica. Sus dos principales líderes eran Ali Benhayi, carismático colaborador del fallecido yihadista Buyali y un demagogo que se movía en una moto que atraía la atención de los jóvenes, y el más

mayor Abassi Madani, respetado por los comerciantes y tenderos piadosos. Como las estructuras de las parroquias que habían beneficiado a los partidos democristianos en la Europa de la posguerra, las mezquitas proporcionaban al FIS una importante ventaja organizativa sobre sus aproximadamente cuarenta partidos rivales, algunos de los cuales estaban liderados por exiliados regresados de Europa cuyo gancho local era limitado. Similares ventajas emanaban de sus actividades benéficas, subvencionadas por los saudíes, ya que proporcionaban fondos para los hospitales y los funerales de los pobres, a la vez que se ofrecían a comprar velos a las mujeres que no tenían dinero. En otras palabras, era como una versión dotada de una nueva moralidad del primer FLN, atrayendo, más allá de los islamistas que conformaban su núcleo duro, a muchos votantes contestatarios hartos de un régimen que no era ni socialista ni islámico.

En las elecciones municipales celebradas en 1990 el FIS ganó el 54 por ciento del voto popular, diezmando al antiguo partido en el poder. El éxito condujo a que se les fuera la mano. El control de los ayuntamientos dio inmediatamente como resultado prohibiciones del alcohol y de que la gente andara en pantalones cortos y trajes de baño. En Orán, el consejo municipal prohibió un concierto de música raí. Otro se negó a gestionar la correspondencia que no estuviese escrita en árabe. En diciembre de 1991 el FIS participó finalmente en la primera ronda de las elecciones legislativas —tras un debate de cuatro meses sobre lo apropiado de hacerlo— y ganó un respetable 47 por ciento de unas elecciones con una baja participación que sugiere que muchos votantes se mostraban apáticos sobre las opciones que se les ofrecían. Cuatrocientas personas tomaron parte en manifestaciones en la capital, coreando: «¡No al Estado policial, no a la república fundamentalista!». Acertadamente temeroso de que el ejército estuviese harto, el FIS realizó desesperados esfuerzos para calmar la ansiedad de la opinión pública respecto a la sociedad islámica que imaginaban para Argelia, construyendo incluso modelos a escala de una proyectada

ciudad islámica con cines, bibliotecas y estadios deportivos. Esto no disipó por completo los miedos de que, si el FIS ganaba la segunda ronda de las elecciones, aboliría la democracia, la libertad de prensa y a todos los demás partidos políticos, siendo éste el mensaje que se lanzaba desde algunas mezquitas. El 11 de enero de 1992 los generales organizaron un golpe deEstado, despidieron a Chadli y siguieron luego con la ilegalización del FIS y el arresto de sus líderes. Estos recibieron largas condenas de prisión, y muchos de sus partidarios menos importantes fueron enviados a remotos campos de concentración en el Sáhara. Ese agosto una bomba colocada por islamistas radicales mató a diez personas en el aeropuerto de Argel, marcando el comienzo de una campaña de terror que con el tiempo sería dirigida a toda la población musulmana.

EL SUR DE ASIA MUSULMÁN

De los mil quinientos millones de musulmanes, sólo un quinto vive en el mundo árabe. Arabia ocupa un lugar privilegiado en la imaginación de los musulmanes, y el árabe tiene un enorme prestigio como la lengua que Alá recogió en los textos sagrados, pero la fuerza demográfica del islam proviene del subcontinente indio y el sur de Asia. Los 250 millones de habitantes de Indonesia, pertenecientes a 250 grupos étnicos que viven en las seis mil islas habitables de un archipiélago de trece mil, son musulmanes en casi un 90 por ciento. Dado que el islam fue, digamos, superpuesto a otros sistemas de creencias, los musulmanes indonesios están ampliamente divididos entre aquellos que se adscriben a esta versión sincrética y los modernizadores que intentaron que Indonesia se adaptara más ajustadamente a los ejemplos árabes que ejercen una enorme persuasión en la región. El poder y la riqueza en Indonesia también siguen, de manera inquietante, unos criterios étnicos y religiosos. Exceptuando la parte controlada por las dinastías que gobiernan, el poderío económico está en gran medida

en manos de una industriosa minoría budista, cristiana y china confuciana, mientras que el poder burocrático, militar y político ha sido monopolizado por una élite de educación predominantemente cristiana. Aunque hay una modernizada clase media musulmana, la mayoría del 49 por ciento de los indonesios que sobreviven con menos de dos dólares al día son también musulmanes.

Las milicias musulmanas tuvieron un importante papel en la lucha contra los colonialistas holandeses, pero rompieron con la recién establecida república por su negativa a introducir la *sharia*. Un movimiento llamado Darul Islam, o el Estado Islámico de Indonesia, emprendió una intermitente campaña militar desde sus bases en Java central, Aceh y el sur de Sulawesi, hasta que sus líderes fueron capturados en 1962. Los dictadores Sukarno y Suharto propagaron una filosofía oficial llamada Pancasila, diseñada para intentar soldar el conjunto de esta caleidoscópica nación. Aunque Indonesia es un Estado secular, este credo consiste en una afirmación de la creencia en Dios, el respeto por la justicia social e individual y la unidad de la patria. La devota minoría musulmana y los partidarios de Darul Islam que quedaban insistieron en añadir la *sharia*, una demanda conocida como la Carta de Yakarta. La supervivencia del islam radical en Indonesia se debió al hecho de que algunos elementos de los servicios de seguridad vieron a Darul Islam como una herramienta útil para suprimir el comunismo, así como por las aportaciones de dinero saudí que financiaron un Instituto de Estudios Árabes e Islámicos en Yakarta. Otra incubadora importante fue la versión javanesa de las madrazas o seminarios, conocidas localmente como pesantren, y dirigidas por dos árabes, Abdullah Sungkar y Abu Bakar Ba'asyir, en Ngruki, en la región de Solo. Estos dos estaban vinculados a una serie de atentados terroristas en bares y cines en la década de los setenta y principios de los ochenta, llevados a cabo por una oscura organización llamada Komando Yihad. Aunque el hecho de que los ataques siempre precedieran a la celebración de elecciones puede reflejar la existencia de una conspiración gubernamental para desacreditar a

los partidos islámicos, estos dos árabes fueron juzgados y encarcelados por fomentar el terrorismo. En libertad gracias a un permiso, escaparon a Malasia. La restauración de la democracia en 1991 vio cómo el principal partido islámico alcanzaba un cuarto puesto con el 11 por ciento de los votos. También fue testigo del desarrollo de dos grupos terroristas. Un predicador de ascendencia árabe, veterano de la yihad en Afganistán, parece haber sido el responsable de Laskar-Yihad, un grupo terrorista formado en Java occidental para proteger a los musulmanes de las feroces milicias cristianas en las islas de las Molucas, frente a Sulawesi. Estrictamente wahabista, rechazaba también vehementemente la presidencia de Megawati Setiawati Sukarnoputri (2001-2004), en gran medida debido a su género. Si bien Laskar— Yihad tiene limitadas ambiciones regionales, y seguiría a las autoridades saudíes en su condena de Osama Bin Laden como un hereje sectario, la organización que actúa como fachada, conocida como Majelis Mujahidin, cuyo líder espiritual es Abu Bakar Ba'asyir, quiere explícitamente un Estado islámico que abarque Brunei, Indonesia, Malasia, Singapur y las Filipinas. Por cuestiones de conveniencia, las agencias de inteligencia de la región se refieren a esta amplia red del sur de Asia como Jemaah Islamiyah, y tratan de probar sus vínculos con Al Qaeda, convencidos de que esto atraerá fondos estadounidenses para las operaciones de contraterrorismo. Estos vínculos no son imaginarios[231].

El subcontinente indio no anda muy a la zaga de Indonesia en cuanto a número de fieles al islam. Ya en el siglo XIX, una red de madrazas, cuyo eje central estaba situado en Deoband, al norte de Delhi, propagaba una forma de islam rigurosamente wahabista con el fin de permitir a los musulmanes preservar su identidad en un hostil mar hindú. Aunque intelectuales seculares musulmanes, y oficiales de formación británica, habían creado un Pakistán independiente en 1947, a falta de algo más tuvieron que usar la misma influencia para reforzar una identidad islámica común que mantuviera unidas a sus tribus baluchis, pastunes, sindhis y

punjabíes, un problema que se hizo más urgente tras 1971 con la secesión de los bengalíes orientales en un Bangladesh independiente. Esa pérdida sirvió para que Pakistán girara la grupa hacia las cálidas aguas de los estados del Golfo. Estaba también la aún más antigua rivalidad por Cachemira, un principado bajo el Raj británico, que contaba con musulmanes suníes que eran dominantes en el valle de Cachemira y una mezcla de hindúes, musulmanes y budistas en el resto del territorio. Por la fuerza de las armas, en 1947-1949 India logró imponer su voluntad en la mayor parte de Cachemira, incluido el valle suní, y dejó a Pakistán a cargo del tercio restante, una posicion que éste intentó revertir en combates que se repitieron en 1965 y 1971. El mal gobierno indio en Cachemira condujo a cruentos ataques de hindúes por los musulmanes, muchos de los cuales huyeron, y a la formación de docenas de grupos de militantes, la mayoría respaldados por el ejército, los servicios de inteligencia o los partidos islamistas de Pakistán, quienes les proporcionaron armas, dinero y voluntarios. Estos grupos incluyen a Hizb-ulMujahedin y Lashkar-e-Tayyeba, que combinan ambos acciones militares de guerrilla con actos terroristas diseñados para aterrorizar a los hindúes o intimidar a los musulmanes moderados. El apoyo paquistaní a estos grupos convierte al país en el segundo mayor patrocinador estatal de terrorismo del mundo, aun cuando su alcance es mucho más limitado que el de los iraníes. El objetivo general es torturar a India con una úlcera sangrante que mantenga atrapados a un cuarto de millón de soldados indios en el área, mientras proporciona un respirador para los islamistas radicales del mismo Pakistán que de lo contrario podrían volverse contra su propio gobierno. Esa estrategia se ha pasado de lista, ya que algunos militantes cachemires y paquistaníes buscan islamizar por la fuerza a ambos países.

En el interior de Pakistán sucesivos gobiernos han intentado ins — trumentalizar el islam con diversos grados de sinceridad y éxito, consintiendo los caprichos de un vociferante lobby musulmán que

sabe cómo incitar a las multitudes, pero cuyos resultados electorales —cuando ha habido elecciones— son modestos. Unos pocos y tardíos gestos hacia el islam en el ocaso del extremadamente corrupto gobierno socialista de Ali Bhutto no evitaron su derrocamiento y ejecución por el general dictador Zia-ul-Haq en 1977. Zia era un oficial de caballería de formación británica que mientras estaba destinado temporalmente en Jordania en 1970 había conducido a un grupo de soldados jordanos a los que entrenaba al combate frente a los palestinos durante la represión del rey Hussein contra Septiembre Negro. Con su apariencia de actor de cine ligeramente oleaginoso, de pelo alisado y bigote de puntas curvadas, Zia admiraba al ideólogo islamista Mawlana Mawdudi, el periodista que en 1941 había fundado un partido yihadista llamado Jamaat-e-Islami, que a la vez que se retrotraía al grupo de seguidores del Profeta estaba también en deuda con los partidos vanguardistas europeos de la década de los treinta. Mawdudi fue uno de los millones de musulmanes que fueron a Pakistán tras la independencia. Su partido pasó a ser un elemento de la más amplia Alianza Nacional Paquistaní con la que Zia esperaba estabilizar su régimen militar. Zia llevó al gobierno a destacados islamistas, incluido, aunque brevemente, el propio Mawdudi, a la vez que islamizaba la educación, la ley, los impuestos, etcétera. Aunque introdujo la *sharia*, las penas extremas para adúlteros y ladrones eran rara vez aplicadas a causa de la escrupulosa insistencia en la necesidad de que hubiera muchos testigos oculares. Hasta su muerte en 1988, Zia consiguió con éxito dividir el bando islámico asimilando a los modernos ideólogos islamistas, mientras dejaba a la tradicional élite religiosa a cargo de educar a los pobres en sus prósperas madrazas, de financiación saudí, la alternativa a proporcionar un sistema decente de educación pública. El número de madrazas Deobandi, las preferidas de los saudíes wahabistas, ascendió de 354 en 1972 a siete mil en 2002. Al régimen militar se le presentó otra causa que poder emprender con los radicales

musulmanes cuando a la vieja lucha por Cachemira se le unió la nueva guerra en Afganistán.

GUERRA SANTA: LA YIHAD AFGANA

En la primavera de 1978, los comunistas afganos asesinaron al presidente del país, Mohamed Daud e instituyeron un reino de terror antiislámico que ha recibido menos atención que su deseo de que las niñas asistieran a la escuela o el que animara a las mecanógrafas a llevar faldas occidentales y traje pantalón. Para finales de 1979 unos doce mil líderes religiosos y de diversas comunidades estaban en las cárceles de Kabul, donde muchos fueron silenciosamente eliminados. Una revuelta estalló en Herat, dominado por los chiíes, en la que los islamistas machetearon hasta la muerte a una docena de asesores soviéticos y a sus familias. Como represalia, aviones soviéticos bombardearon Herat, y mataron a unas veinte mil personas. La rebelión se extendió ajalalabad, e incluso los soldados del gobierno comenzaron a desertar para unirse a los muyahidines. Mientras el líder soviético Leonid Brezhnev y el jefe del KGB Yuri Andropov se preguntaban cómo responder, en Washington el asesor de seguridad nacional Zbigniew Brzezinski convenció al presidente Cárter para que autorizara un apoyo encubierto y no letal a los rebeldes afganos. Se enviaron medicinas y radios con un valor conjunto de medio millón de dólares a los servicios de inteligencia de Pakistán (Inter Services Intelligence o ISI) para que fueran distribuidas entre los muyahidines afganos. Este fue el modesto comienzo de un importante entusiasmo. Tras asesinar al primer mandatario cliente de los soviéticos, Ha— fizullah Amin se encaramó a la vertiginosa cima del poder en Kabul, a pesar de las sospechas del KGB de que se trataba de un agente de la CIA. Ese rumor selló su destino cuando durante la Nochebuena aviones de transporte soviéticos lanzaron paracaidistas en Kabul, y setecientos paramilitares del KGB vestidos con uniformes afganos fueron enviados a matar a Amin y a la cúpula comunista. Fueron

seguidos por los efectivos del Ejército Rojo de Asia Central —el 70 por ciento de los cuales eran musulmanes— cuyos vehículos blindados retumbaban sobre las carreteras empedradas que los soviéticos habían construido en la década de los sesenta. Con el tiempo las fuerzas soviéticas llegarían a alcanzar los 120.000 efectivos, aunque en total fueron 650.000 los hombres que sirvieron en Afganistán durante los ocho años del conflicto, muchos de ellos reclutas trastornados por las drogas que abrían fuego desde tanques en los que resonaba música *heavy metal*. Es útil recordar que esta invasión soviética condujo a la formación de los afganos árabes y en última instancia a la de Al Qaeda. La invasión soviética de Afganistán concentró la atención de diversas agendas estratégicas. Estados Unidos lo vio como una manera de hacer desangrarse a los rusos usando para ello a los afganos. Brzezinski escribió a Cárter: «Ahora podemos darle a la URSS su propia guerra de Vietnam»[232]. Costó tanto sangre como oro. Se estima que Afganistán le había costado a la Unión Soviética unos 45.000 millones de dólares hasta el momento en que los rusos se retiraron, dejando un millón de afganos muertos a costa de quince mil bajas del Ejército Rojo. Tres millones de afganos huyeron a Pakistán, mientras que el mismo número acabaron como refugiados en Irán. Estados Unidos gastó mucho menos en su respaldo a los muyahidines afganos, quizá 5.000 millones de dólares en total, gran parte de ellos sacados del incalculable presupuesto de defensa del país y redirigidos a la CIA para ser desembolsado a través de los paquistaníes.

Unos crédulos y simplistas medios de comunicación occidentales ensalzaron a los muyahidines como nobles salvajes, recordando nostálgicamente las masacres que estas tribus habían causado en el pasado sobre los británicos, mientras contemplaban cómo les sacaban los ojos o les cortaban los genitales a los soldados rusos si no se convertían al islam. Respondiendo al generalizado ultraje que sintieron los musulmanes como consecuencia de la invasión de territorio islámico por las legiones de ateos rojos, los saudíes y otros

estados conservadores del Golfo vieron una oportunidad para que los suníes pudieran rivalizar con la refulgente estrella chií del ayatolá Jomeini con una causa que también desviaría a sus propios militantes islamistas hacia tierras extranjeras. Incluso llegaron a introducir tarifas reducidas en la línea aérea nacional para que fuera más fácil librarse de ellos con su marcha a Afganistán. Los saudíes odiaban a los rusos, y a través de un Safari Club habían cooperado ya con Estados Unidos para subvertir la propagación de regímenes marxistas en África. En julio de 1980, el jefe de los servicios de inteligencia saudíes, el príncipe Turki, accedió a igualar, dólar por dólar, el apoyo estadounidense a los muyahidines. El dinero saudí fue enviado a la embajada de Washington y transferido después a una cuenta bancaria suiza de la CIA, que usó estos fondos para comprar armas destinadas a aquellos afganos que la agencia y los saudíes estimaban más dignos de respaldo. De este modo los 200 millones de dólares que el programa afgano de la CIA recibió en 1984 se convirtieron en 400 millones por cortesía de los saudíes. El problema era que la Dirección General de Inteligencia de Arabia Saudí no era el único actor en el juego, incluso aceptando que fuera de fiar. Apoyando la causa islamista en Afganistán había también organismos benéficos y religiosos privados y semioficiales, que no sólo financiaban a los wahabíes afganos locales, sino también a la corriente de árabes del Golfo que ponían rumbo a Afganistán para emprender la yihad. Se calcula que veinte mil árabes acudieron a luchar a este país. Los saudíes pagaron incluso para que los heridos de gravedad fueran tratados en las clínicas de Harley Street en Londres. Por último, los sucesivos regímenes de Pakistán, y un islamizado servicio de inteligencia hinchado con el dinero saudí y estadounidense, vieron una oportunidad de instalar un régimen islamista contiguo que resultara amigable y permitiera a Pakistán protegerse bien. Además, aquellos con una mayor visión de futuro se dieron cuenta de que los campos de entrenamiento para muyahidines afganos o extranjeros podrían cumplir un propósito doble, puesto que, además, se podía formar a los yihadistas para

combatir a la India en Cachemira en un momento en el que Estados Unidos consideraba este país como una mancha sospechosamente rosa en el mapa de la Guerra Fría[233].

La frontera afgano-paquistaní se convirtió en el lugar en el que se concentraba un desconcertante despliegue de campos de refugiados para unos tres millones de personas que huían de los soviéticos, cuyas tácticas incluían destrozar los cultivos, sembrar minas antipersona y despoblar las aldeas. Muchos muchachos afganos fueron sustraídos del entorno de desesperación que reina en todos los campos de refugiados, y enviados como estudiantes internos a la red de madrazas Deobandi paquistaníes, donde, mediante el sistema de recitar incesantemente el Corán, se les convertía en personalidades totalmente islámicas. Muchos de estos chicos regresarían a Afganistán siendo jóvenes adultos, después de que los rusos se hubieran ido, como todopoderosos talibanes. Mientras, las agencias extranjeras de inteligencia canalizaban las armas hasta los campamentos de entrenamiento muyahidines distribuidos a lo largo del borde paquistaní de la frontera afgana. Ágiles como cabras, los muyahidines dominaban los terrenos elevados, atacando y huyendo después de los rusos, antes de retirarse durante largos periodos de inactividad temporal en el combate. Las armas de la época de la Segunda Guerra Mundial fueron reemplazadas por AK-47, pesadas ametralladoras, morteros y granadas propulsadas, junto con flotas de camiones para transportarlas a Afganistán. Gran parte de este armamento se compró a China, lo que permitió a la CIA comprobar qué se sentía al usar armas comunistas chinas para matar soviéticos. A mediados de la década de los ochenta la implicación de la CIA era más profunda, aunque se plantaba ante cosas como tener que transportar por aire sus propios suministros con el fin de evitar el estallido de una confrontación de las superpotencias. Se usaron satélites espía estadounidenses para localizar las posiciones soviéticas, que se confiaban a los muyahidines que usaban sistemas de comunicación indescifrables. Después llegaron los potentes rifles de precisión, los

explosivos plásticos y los sofisticados detonadores, destinados de varias formas a las operaciones de sabotaje y el asesinato de comandantes soviéticos, algunos de los cuales murieron por la explosión de coches bomba en Kabul. Cuando los soviéticos mostraron cierto éxito desplegando comandos Speznaz muy bien entrenados, introducidos para emboscar a los muyahidines desde gigantes helicópteros Hind blindados, la CIA suministró a los afganos misiles guiados Stinger portátiles, cuyos sensores infrarrojos encontraban siempre su objetivo. El primer ataque con éxito sobre estos helicópteros, y las balas que se descargaron después sobre los cuerpos de sus tripulaciones, se exhibió en vídeo en el Despacho Oval. El presupuesto estadounidense para la guerra afgana se elevó a 470 millones de dólares en 1986 y a 630 millones en 1987, cantidad igualada también por los saudíes. Estados Unidos comenzó a pagar un sueldo decente a algunos comandantes muyahidines, en parte para compensar la preocupante evidencia de otra presencia, ya que en ningún momento la CIA armó o promocionó a los combatientes islamistas extranjeros. Se movían en diferentes órbitas, y los luchadores extranjeros usaban fuentes diferentes para obtener sus fondos y a sus reclutas[234].

La mayoría de los muyahidines afganos sentían recelos hacia los voluntarios árabes, a los que llamaban ijwanis, queriendo decir Hermanos Musulmanes, o wahabíes, por el islamismo puritano que rechaza las tradiciones más místicas, santos y santuarios sufíes. La razón de que una ciudad fronteriza como Peshawar se estuviera arabizando físicamente era que allí era donde los árabes iban a pasar el tiempo cuando no combatían. Habrían hecho más por la causa afgana donando el coste de sus billetes de avión. La primera presencia árabe en Afganistán consistió en voluntarios enviados en misión humanitaria por un gran abanico de organizaciones no gubernamentales islámicas. Puesto que muchos profesionales, como los médicos, eran fieles partidarios de los Hermanos Musulmanes, así es como Ayman al Zawahiri acabó en Peshawar, donde rápidamente se dio cuenta de que Afganistán podía ser una

«incubadora» para la salvación de su patria en el Nilo del hombre al que llamaba Faraón.

Otro Hermano Musulmán que fue a parar a Peshawar fue un palestino llamado Abdullah Azzam. Había roto con la OLP a causa de Septiembre Negro, argumentando que debería luchar contra los judíos, más que contra los jordanos, lo que no le libró de ser deportado a Arabia Saudí, donde enseñó la *sharia* en la universidad de Jeddah. En 1984 se trasladó a Pakistán y ayudó a coordinar las operaciones humanitarias desde un campo cercano al paso del Jiber. Los saudíes confiaron en él lo suficiente como para que fundara una Oficina de Servicios, diseñada para hacer un seguimiento del creciente número de árabes del Golfo que llegaban a Afganistán para realizar, o librar, la yihad. Azzam fue en gran medida responsable del idealizado culto a la muerte que comenzó a ganar terreno entre los combatientes extranjeros, ya que sus elegías a los «mártires» estaban generosamente colmadas de cadáveres perfumados y vírgenes celestiales. Puso en marcha una revista llamada *Al-Jihad*, y escribió un influyente libro respaldado por el principal clérigo del reino, cuya idea básica consistía en que la defensa del territorio islámico era una obligación individual de todos los musulmanes, equivalente a rescatar a un niño que se ahoga en el mar. Lamentablemente, la guerra en Afganistán era tan sólo el comienzo, ya que Palestina, Birmania, Líbano, Chad, Eritrea, Somalia, las Filipinas, el sur de Yemen, el Asia central soviética y Andalucía, es decir, una buena parte de la España moderna, estaban esperando para ser también liberados. Un ex estudiante adinerado, Osama Bin Laden, se ofreció a hacerse cargo de los 2.500 dólares mensuales de gastos de funcionamiento de la Oficina, a la vez que ofrecía un pago de 300 dólares al mes a cualquier árabe que Azzam pudiera atraer a Afganistán, en una versión islamista de las Brigadas Internacionales de la década de los treinta que habían luchado contra el fascismo en España. Entre aquellos a quienes Azzam inspiró a que le siguieran (se habían conocido en La Meca en 1987) estaba Abu Hamza al Masri, un fornido inmigrante

ilegal egipcio en Gran Bretaña, quien, habiendo decidido que este país era un «retrete» tras trabajar como portero en clubs de *striptease* del Soho, había sido consumido por la religión. En 1993 Hamza fue a Afganistán donde, siendo demasiado voluminoso para moverse fácilmente por las montañas, se concentró en la fabricación de bombas. Una de estas sesiones hizo que acabara perdiendo un ojo y las manos, que estallaron por los aires, la razón más plausible de todas las que se han dado a su característico garfio ortopédico[235].

Afganistán ha sido siempre uno de esos lugares que los árabes ricos del Golfo frecuentan —para acampar y cazar con halcones— en su globalizado caravasar que les lleva, vía las hermosas chicas indigentes de Etiopía, a Annabel's y las prostitutas de Mayfair y Monaco. A rasgos generales, los árabes que habían llegado para emprender la yihad eran una mezcla del tipo de hombre fantasioso que simplemente se hacía fotografiar con un AK-47 delante de amenazadoras rocas, y el que montaba tiendas de campaña blancas para atraer las letales atenciones de los aviones soviéticos. El propio Bin Laden exhibía muchas de las características de cualquier niño rico mimado que buscaba un mentor de más edad y una misión más importante. Encontró lo primero en Azzam, pero después poco a poco se fue acercando a Al Zawahiri. Además de tener una enorme fortuna personal, Bin Laden contaba con una red de partidarios incluso más ricos que él[236].

Un curtido muyahidín que conoció al larguirucho árabe del Golfo (su familia era originalmente de Adén, en Yemen) pensó que sus manos parecían débiles y que su afectada sonrisa recordaba a la de una chica. En realidad, el suave exterior, que fue lentamente transformado de manera que Bin Laden pareciera un sabio modesto y de hablar pausado a pesar de su relativajuventud, escondía un desmesurado ego, un temperamento feroz y una astuta mente organizativa. La mayoría de los líderes árabes no necesitan ser elocuentes, ya que la represión sustituye a las artes de la persuasión. En contraste, Bin Laden era altamente elocuente en su

árabe materno. Abrió su propio campamento de entrenamiento —la Guarida del León— en Jaji, exclusivamente diseñado para yihadistas árabes. Era una afirmación de su independencia de Azzam. Cuando los rusos atacaron en abril de 1987, Bin Laden y cincuenta de sus seguidores supuestamente rechazaron a doscientos soldados rusos a lo largo de una semana. Este combate hizo nacer una leyenda sobre la destreza para la lucha de los árabes que sirvió para atraer a nuevos reclutas.

Bin Laden mostró un hábil conocimiento sobre cómo manejar a los medios de comunicación. Se hizo grabar un vídeo de cincuenta minutos de él mismo montando a caballo, disparando armas y aleccionando a sus hombres. Tiene el estilo indirecto de los vídeos caseros porque Bin Laden nunca se dirige a la cámara. Convocó a respetados periodistas extranjeros, entre los que destaca Robert Fisk, para que se sentaran a los pies de este pródigo fenómeno: el millonario saudí que había renunciado a una vida de lujo para compartir las cuevas de Afganistán con los escorpiones. Una relajada familiaridad aumentaba la sensación de celebridad. Los visitantes percibían su simple consumo de agua, pan sin levadura, arroz y guisos de tomate y patatas[237]. Si bien muchos muyahidines afganos encontraban incomprensible esta renuncia a la buena vida —la mayoría de sus propios «señores de la guerra» vivían bastante bien en sus mansiones de las ciudades equipadas con todo tipo de cachivaches consumistas—, ésta era bien recibida por sus camaradas árabes del Golfo. No puso objeción cuando sus seguidores se aficionaron a llamarle «el jeque», un título de doble significado que hace referencia tanto al jefe de un clan como a un sabio religioso. Aunque Bin Laden no tenía conocimientos teológicos o autoridad espiritual de ninguna clase, no más que los médicos e ingenieros que tenía a su alrededor, y estaba a cientos de kilómetros de los lugares tradicionales de aprendizaje del islam, mediante sus apariciones en las laderas de las montañas poco a poco asumió todos esos roles dentro del nuevo desorden que estaba tramando a pesar de que mientras tanto los políticos estadounidenses hablaban

airadamente en su estilo grandilocuente del orden que estaban a punto de imponer cuando la URSS se desintegrara. Mientras ellos describían la futura arquitectura del mundo en *Foreign Affairs, National Interest* y publicaciones similares, a miles de kilómetros de distancia otros interpretaban el mundo a través de la vida y la época del Profeta[238].

Cuando la Unión Soviética, bajo el mando de Gorbachov, determinó retirarse de su desastrosa campaña de ocho años en Afganistán, Bin Laden y los otros líderes árabes decidieron mantener vivo el espíritu de la yihad mediante una organización secreta oculta dentro de un más amplio programa de entrenamiento de guerrillas, que incluía enormes bases de financiación saudí en lugares como Zhawar Khili y Tora Bora[239]. Puede que hubieran ayudado a derrotar a una superpotencia global, la primera gran victoria musulmana tras décadas en las que Israel había vencido a los árabes y los hindúes indios, a los paquistaníes musulmanes, pero la subsiguiente guerra civil afgana mostró que habían fracasado al tratar de crear un Estado islámico en Afganistán.

Al Qaeda probablemente comenzó a existir en mayo de 1988, pero no fue hasta agosto de ese año cuando los principales afganos árabes trataron el tema. Originalmente la palabra significaba «base», en el sentido de base militar, de manera que la base de Estados Unidos en Bagram es «Al Qaeda Bagram». Mientras que en los campamentos se entrenaba a combatientes árabes destinados a las facciones muyahidines islamistas que luchaban para controlar Afganistán después de que los soviéticos hubieran abandonado a este aislado régimen cliente, Al Qaeda consistía en un grupo más selecto, de entre el 10 y el 30 por ciento de los reclutas, destinado a operaciones sin un plazo definido. Ese es el segundo significado de Al Qaeda: el de vanguardia revolucionaria, similar a los jacobinos o los bolcheviques. Los nuevos reclutas llegaban desde todo tipo de entornos sociales, religiosos y nacionales, y gradualmente se disolvían en una nueva identidad yihadista-salafista global que recogía y mezclaba aspectos de

geopolítica secular y diversas tradiciones islámicas extremas de un modo posmoderno y enormemente ecléctico. Se pueden desentrañar algunas de las genealogías ideológicas y religiosas, pero un enfoque enteramente racional para intentar comprender a los yihadistas no explica realmente su estado mental más de lo que unos eruditos tomos del *Geistesgeschichte* teutónico, que trazan la línea desde Lutero a Lanz von Liebenfels, pueden aclarar sobre el nazismo.

Al Qaeda abrió una oficina en la rica zona residencial de Hyatabad, en Peshawar, donde atendía a los aspirantes a reclutas de entre los miles de árabes, y otros, que llegaban en masa después de la partida de los soviéticos para luchar con los compañeros musulmanes que se peleaban por las ruinas de Afganistán. Había detallados formularios de solicitud, finalización y condiciones de empleo y especificaciones de los trabajos para las posiciones más altas dentro de la organización. De repente a los yihadistas les daba la sensación de haber conseguido un empleo en cualquier empresa occidental, una impresión reforzada por el uso que hacía Al Qaeda del lenguaje de los negocios internacional como código de las comunicaciones de la red. Tenía incluso su propio logo, un caballo semental árabe de color blanco. Los voluntarios que eran aceptados tras multitud de exámenes previos recibían un sueldo de entre mil y mil quinientos dólares dependiendo de su estado civil, billetes de avión de ida y vuelta para ir de visita a su casa, atención médica y un mes de vacaciones. Un consejo director o *shura* estaba al frente de varias secciones con diversas funciones y que incluían a expertos en ordenadores, en publicidad y en la interpretación de los sueños. La persona elegida para encabezar las operaciones militares de Al Qaeda tenía que ser mayor de treinta años, con cinco de experiencia en el campo de batalla y un título en una materia relevante[240].

Se sabe bastante sobre los miembros iniciales de Al Qaeda. Muchos de los árabes, y especialmente los egipcios, no tenían mucha más elección que quedarse en Afganistán o Pakistán ya que

estaban en busca y captura en sus respectivos países. Ayman al Zawahiri no iba a hacer uso del viaje de ida y vuelta gratis a El Cairo. El psicólogo y antiguo analista de la CIA Marc Sageman ha estudiado una muestra representativa de terroristas de Al Qaeda, incluidos aquellos que estuvieron allí durante su concepción. Los fichajes más importantes eran egipcios como Al Zawahiri, Abu Ubaidah al Banshiri, quien se ahogó prematuramente en un lago de Kenia, y Mohammed Atef, su jefe militar. Muchos de estos hombres ya habían combinado el terrorismo con carreras como la de policía o soldado, lo que explica por qué los egipcios suponían un número desproporcionado en el grupo de dirigentes de Al Qaeda así como sus más altos comandantes militares. Como el propio Al Zawahiri, muchos de ellos habían pasado por el sistema de prisiones y torturas de Egipto, y salieron de él como hombres duros e implacables. Los egipcios componían más del 60 por ciento del grupo situado a la cabeza de Al Qaeda, y casi el 60 por ciento de ellos habían sido encarcelados por razones políticas antes de enrolarse como voluntarios en la yihad de Afganistán. Eran la nacionalidad predominante dentro de una representación árabe más amplia, que incluía a hombres de Kuwait, Arabia Saudí, los EAU y Yemen. Estos últimos formaban el grupo de guardaespaldas personales de Bin Laden. Algunos de estos hombres llegaban como pequeñas bandas familiares. Un grupo kuwaití resulta instructivo porque muestra cómo una organización terrorista descansa en los lazos familiares y de amistad ya existentes. Las lealtades personales ya estaban prácticamente forjadas antes de que Al Qaeda hubiera siquiera surgido.

Aproximadamente la mitad de la población de Kuwait son bidoon, o inmigrantes extranjeros que dan servicio a la industria petrolera. Muchos de estos ciudadanos de segunda clase son baluchis, un pueblo que se distribuye por varios estados, incluyendo Pakistán. Entre estos expatriados estaban Jalid Sheij Mohammed y su sobrino, Abdul Karim, que había sido enviado por los tres hermanos mayores deja— lid Sheij a estudiar ingeniería mecánica en Estados

Unidos, donde su religiosidad se había reforzado en los círculos musulmanes en los que recalaban los originarios de Oriente Próximo tras experimentar el mundo occidental. Los tres hermanos mayores fueron a Peshawar de manera independiente. Jalid Sheij se unió a ellos, acercándose a la órbita de Azzam y Bin Laden. El se convertiría en el cerebro del ataque del 11 de septiembre al World Trade Center[241].

Estos estrechos vínculos se cimentaban también en alianzas matrimoniales en el seno del grupo emergente, de manera que la hija de Mohammed Atef se casó con uno de los hijos de Bin Laden, mientras el tesorero de Al Qaeda se casaba con su sobrina. Esto es así también en otros grupos terroristas. Mohamed Noordin Top, de lajemaah Islamiyah, tiene dos esposas, ambas hermanas de compañeros yihadistas. La siguiente agrupación que pasaría a ser importante en Al Qaeda, especialmente tras el falso amanecer del Frente Islámico de Salvación, estaba formada por árabes del Magreb norteafricano, esto es, Argelia, Marruecos y Túnez, y un grupo distinto del sur de Asia, la mayoría graduados en dos internados dirigidos por la Jemaah Islamiyah en Indonesia y Malasia, con el ocasional uigur de la provincia occidental china de Xinjiang[242]. Los árabes del Magreb eran los únicos que tenían antecedentes por delitos menores como el robo de bolsos y fraudes con tarjetas de crédito. Aquellos que no estaban representados en la muestra de Sageman no son menos interesantes. Prácticamente no había afganos, excepto dos amigos de Bin Laden, ni representantes de las amplias poblaciones musulmanas de Bangladesh, India, Turquía o Pakistán, aunque los radicales yihadistas anglo—paquistaníes de segunda y tercera generación compensarían el déficit. En contra de las expectativas, sólo el 17 por ciento de estos hombres habían recibido una educación islámica; la mayoría eran producto de una escolarización secular, y más del 60 por ciento había recibido algún tipo de enseñanza superior. Su formación se concentraba abrumadoramente en las disciplinas científicas y técnicas, como informática, ingeniería y medicina, que en otras

tradiciones religiosas también parecen corresponderse con creencias fundamentalistas nacidas de un deseo de extrapolar el conocimiento a partir de la autoridad. Por supuesto, esto simplemente podría reflejar también el prestigio que las disciplinas utilitarias tienen en las sociedades en desarrollo, aunque eso no explicaría por qué tantos ingenieros y matemáticos son fundamentalistas cristianos. A diferencia de otros tipos de grupos terroristas, alrededor de un 83 por ciento eran hombres casados, aunque sólo unos pocos —sobre todo Bin Laden y Al Zawahiri— insistían en poner en peligro a sus mujeres e hijos. El matrimonio para el resto era simplemente un paso previo a tener un hijo antes de consignar tanto a la esposa como al vástago a una existencia separada.

La guerra civil afgana, y la heterogénea procedencia de sus líderes, condujo a viscerales —y a menudo personales— diferencias a propósito de cómo debería ser utilizada Al Qaeda. Una destacada víctima de éstas fue Azzam, quien, además de intentar evitar que los árabes combatieran a los afganos, había identificado al León del Panjshir, Ahmed Shah Masud, de la minoría tayika, como el más impresionante comandante muyahidín, en un momento en el que la mayoría de los árabes respaldaban al señor de la guerra pastún Gulbuddin Hekmatayar. Eso selló el destino de Azzam, ya que Al Zawahiri había estado propagando mentiras, entre otras la de que era un agente de la CIA, y Masud había sido uno de los principales clientes de la agencia. El 24 de noviembre de 1989, Azzam y dos de sus hijos fueron asesinados con una bomba que explotó a su paso en la carretera cuando se dirigían a una mezquita. Al Zawahiri habló con dulzura en su funeral.

Tras haber destruido a los soviéticos, según su presuntuoso punto de vista, Bin Laden regresó a Arabia Saudí como el hijo pródigo convertido en héroe invencible. Sus maneras comenzaron a parecerse a las de esas arrogantes y caducas estrellas del rock con delirios de grandeza que arengan a los líderes mundiales sobre África. Intentó involucrar al régimen saudí en sus planes para

destruir al gobierno marxista de la recién creada República de Yemen. La presión por parte de los yemeníes tuvo como resultado que le fuera confiscado el pasaporte. Bin Laden advirtió entonces a Riad de la amenaza que planteaba la dictadura secular de Sadam Husein de Irak, mientras éste se inventaba una falsa situación de tensión con el fin de invadir al vecino Kuwait. Cuando esto sucedió, desencadenando un reino del terror en el pequeño e inofensivo emirato, los desesperados saudíes inmediatamente hicieron uso de las ofertas estadounidenses de ayuda para evitar que Sadam Husein extendiera su campaña hasta sus campos de petróleo. A pesar de su desaforada compra de armamento occidental, por el cual la camarilla dirigente fue recompensada con sobornos y comisiones, persistía el hecho de que el ejército saudí ascendía a sólo cincuenta y ocho mil efectivos, y tenía que hacer frente a un enemigo fuertemente mecanizado con un ejército profesional de un millón. Con el objetivo de impedir que las fuerzas estadounidenses se posicionaran en el reino, Bin Laden se ofreció a reclutar una fuerza de «cien mil» entre los muyahidines afganos árabes y un gran número de hombres desocupados del reino. Su oferta, considerada ridicula fue rechazada. El humor de Bin Laden no mejoró cuando los más altos mandos del clero emitieron fatwas para permitir el estacionamiento de fuerzas estadounidenses, que incluían a cristianos, judíos y mujeres, en remotas partes del reino. Asqueado por la cobarde dependencia de su patria de infieles y mujeres, Bin Laden movió algunos hilos para que se le devolviera su pasaporte y voló de regreso a Peshawar. Mientras tanto, Sadam comenzó a camuflarse bajo el manto no sólo del nacionalismo árabe —asegurándose por tanto el apoyo de una OLP que era siempre el jugador con menos suerte— sino de la rectitud islámica, lanzando invectivas contra los corruptos gobernantes de Riad y proclamando «Allahu Ajbar» tras alcanzar la costa kuwaití. Aunque la coalición multinacional expulsó a Sadam de Kuwait en la Operación Tormenta del Desierto, desatando una tempestad de violencia de alta tecnología que puso enfermos del estómago incluso a sus

responsables, en el proceso Arabia Saudí perdió sus intachables credenciales islámicas a ojos de parte del mundo islámico. El reino recogió lo que había sembrado en el resto del mundo. Tuvo que enfrentarse a un descontento interno sin precedentes, por parte tanto de los saudíes que pretendían liberalizar el régimen mediante actos tan simbólicos como permitir conducir a las mujeres, como de los islamistas radicales que, a modo de reacción antagónica, pensaban que el reino necesitaba reinstaurar los fundamentos islámicos. Cuando algunos de estos extremistas fueron expulsados, Gran Bretaña, aliada de Arabia Saudí y su proveedora de armas, invariablemente les ofrecía un refugio seguro en Londres, donde podían hacer propaganda proporcionando material de entretenimiento para las calumnias de los tabloides contra la élite dirigente saudí tituladas «Príncipe del mes». Ésta era la gente que podía dar a un asistente 1.000 libras para pagar una bebida y ofenderse después cuando el asistente le ofrecía algo tan misterioso como 990 libras de cambio. Incluso a Bin Laden se le permitió establecer las oficinas de un Comité de Reforma y Consejo en la capital británica. Yes que «Londonistán» pronto proporcionaría un segundo hogar a un tipo de islamista subversivo mucho más peligroso, en uno de los más complacientes, decadentes e irresponsables actos políticos y policiales de cualquier democracia occidental, todo ello llevado a cabo bajo la falsa ilusión de que existía un «pacto de seguridad» no escrito en el que los anfitriones estarían a salvo de un ataque[234].

Un rival emergente para la desacreditada Arabia Saudí era el régimen islamista-militar de Hassan al Turabi en Sudán. Al Turabi, que había recibido una educación occidental, abogaba por la emancipación islámica de las mujeres así como por la reconciliación entre chiíes y suníes, mientras hacía la guerra a los africanos animistas y a los cristianos en el sur. Su régimen albergaba un sarao árabe e islámico que rivalizaba con la Organización de la Conferencia Islámica, dominada por los saudíes, en cierta medida con la pretensión de tomar el relevo del fallecido Jomeini como faro

que iluminaba el camino del islam radical. Sigue siendo dudoso quién se puso en contacto con quién, pero en 1991 Bin Laden llegó ajartum. Consolidó sus lazos con Al Turabi tomando a la sobrina de éste como tercera esposa. En un país arruinado por la guerra y las turbulencias políticas, la riqueza de Bin Laden marcaba una diferencia. Depositó cincuenta millones de dólares en el Al Shamal Islamic Bank, lo que virtualmente le dio el control[235]. Concedió a los sudaneses un préstamo de ochenta millones de dólares para comprar trigo y evitar una hambruna masiva. Ayudó a construir un aeropuerto y una carretera de Jartum a Port Sudán, e invirtió en diversas empresas, incluyendo un banco islámico, una panadería, granjas de ganado, criaderos de sementales y varios negocios de importación y exportación. Como muchos emprendedores que fracasan, Bin Laden diversificó más allá de lo que dominaba, como cuando empezó a importar bicicletas desde Azerbaiyán a un país donde nadie las usaba. Una serie de granjas hacían un doble papel como campos de entrenamiento de Al Qaeda, para los cuales, y con la ayuda de pasaportes sudaneses, un pequeño ejército multinacional de salafistas yihadistas cayó sobre Sudán. Fue uno de esos curiosos interludios de calma que anteceden a la tormenta. Bin Laden pasó mucho tiempo montando a caballo, paseando por el Nilo y charlando de purasangres con Izzam al Turabi, el hijo de su anfitrión. Los asuntos familiares también ocupaban un lugar prominente, ya que tenía junto a él a sus cuatro mujeres y a sus hijos. Una de sus esposas decidió divorciarse; existía cierta preocupación sobre un niño incapacitado. El dinero fluía a un ritmo tan alarmante que Bin Laden comenzó a hacer un llamamiento para recortar gastos. Esto condujo a ácidas recriminaciones entre diferentes grupos étnicos que le apoyaban, y a la deserción de un sudanés, que fue a parar en última instancia a manos de la CIA, después de haber malversado montones de dinero.

El periodo de Sudán también fue testigo de algunas vacilantes operaciones terroristas, especialmente después de que el responsable del servicio de seguridad de Hezbolá, Imad Mugniyah,

acudiera a ofrecer una charla en Jartum, a la que siguió la organización de un curso sobre terrorismo suicida para todos los operativos de Al Qaeda en el Líbano. El había sido el principal promotor de los atentados contra las fuerzas estadounidenses y francesas de mantenimiento de paz en 1983 en Beirut. El primer objetivo fueron dos hoteles en Adén donde las tropas estadounidenses paraban a menudo en su ruta hacia Somalia para la Operación Restaurar la Paz. Ningún estadounidense resultó herido en los dos ataques con bombas, que mataron a un turista australiano y a un camarero yemení. Diez meses más tarde, los enviados de Bin Laden, atraídos como mosquitos a una ciénaga, observaban cómo milicianos somalíes enloquecidos por efecto del khat derribaban dos helicópteros estadounidenses y mataban de un modo salvaje a sus tripulaciones y soldados en medio de Mogadiscio. Bin Laden declararía luego que habían sido hombres de Al Qaeda quienes habían disparado contra los Black Hawks, aunque en realidad sus hombres habían huido. Aun así, detrás de estos alardes a toro pasado fue tomando forma una idea. Su mentor egipcio tampoco permanecía de brazos cruzados.

Al Zawahiri había llevado lo que quedaba de Al Yihad ajartum, porque necesitaba el dinero de Bin Laden para pagar a sus hombres después de que un viaje de un mes a California con el fin de recaudar fondos hubiera arrojado unos dos mil miserables dólares. Aunque en la práctica estaba en nómina de Bin Laden desde entonces, Al Zawahiri dirigía sus propias operaciones en su Egipto natal. En agosto de 1993 un terrorista suicida en una motocicleta intentó asesinar al ministro del Interior egipcio. Tres meses después Al Zawahiri trató de matar al primer ministro, Atef Sidqi, con un coche bomba con la intención de coincidir con los juicios de un gran número de yihadistas. En su lugar la bomba mató a una niña, provocando gritos de «el terrorismo es el enemigo de Dios» en su multitudinario funeral. Al Zawahiri insistía en llevar a cabo este tipo de ataques hasta que éstos provocaron que Al Qaeda fuera expulsada de Sudán. El siguiente nivel de violencia dio lugar a una

serie de acontecimientos que volvieron a movilizar a la umma en modos que no se recordaban desde la respuesta a la invasión soviética de Afganistán. A raíz de esto Al Qaeda emergería como la estrella más brillante de una inmensa nebulosa de violencia.

IRA, RABIA Y TELEVISIÓN

Durante gran parte de la década de los ochenta la lucha de los muyahidines afganos contra los soviéticos eclipsó a la causa palestina como punto de confluencia emocional de muchos musulmanes. Era a Afganistán a donde fluía el dinero del Golfo, en parte porque los acontecimientos de Oriente Próximo no se acababan de ajustar a las simples enemistades binarias que exigen todos los mitos. Algunos estados árabes vecinos como Egipto y Jordania establecieron una fría paz con los israelíes, y la OLP entró en un prolongado proceso impulsado por Estados Unidos mientras continuaba practicando el terrorismo. El clima cambió con las dos Indiadas palestinas. Junto a las guerras en Bosnia y Chechenia, éstas proporcionaron innumerables escenas que presentaban a los musulmanes como víctimas, y causas sagradas que legitimizaban la violencia yihadista.

El conflicto entre israelíes y palestinos no ha sido nunca el único conflicto en Oriente Próximo, pero la fórmula «Jews = News» [«Judíos = Noticias»] podría llevarnos a imaginar que sí. Los musulmanes del mundo ven las cosas de ese modo; ajuzgar por la indiferencia de los cristianos occidentales ante los apuros de sus correligionarios maronitas en Líbano, el sentido de formar parte de una comunidad religiosa es mucho más débil entre los cristianos a pesar de los esfuerzos de concienciación del Barnabas Trust[*]. Es necesaria una breve recapitulación sobre la historia palestina para situar las dos Indiadas. La OLP había consumido sus energías en las guerras civiles del Líbano, qüe provocaron la expulsión de sus combatientes de Beirut en agosto de 1982 y un motín con respaldo sirio en el seno de la OLP contra Arafat. En diciembre de 1983, los

saudíes negociaron un trato con Siria, que estaba a punto de aplastar el reducto norteño de Arafat en Trípoli, permitiéndole a él y a sus hombres retirarse por mar hasta Túnez. Una victoria menor, en medio de esta debacle final, fue la que supusieron los 4.500 prisioneros palestinos que los israelíes intercambiaron por seis rehenes de los suyos cuando la IDF se retiró de Líbano. Estos desempeñarían un papel crucial en los acontecimientos que pusieron el sufrimiento de los palestinos de nuevo bajo los focos en todo el mundo.

Siempre existieron tensiones entre los representantes de la OLP en el extranjero, con sus bonitos apartamentos, sus trajes y corbatas y sus suites de hotel en Europa, y los palestinos de los territorios ocupados. A ellos la OLP les aconsejó «fortaleza» y «constancia» mientras Arafat intentaba en vano defender la presencia militar de Al Fa— tah en el Líbano, de donde la liberación llegaría desde fuera. Puede que Arafat disfrutara de un inmenso prestigio personal entre los palestinos como padre de su nación, pero sus disparatadas tácticas diplomáticas habían pasado a ser casi irrelevantes para las crudas experiencias de los jóvenes palestinos en los territorios ocupados[236].

La Franja de Gaza tiene 45 kilómetros de largo y entre 5 y 13 kilómetros de ancho, y en la década de los ochenta era el hogar de 650.000 palestinos, incluyendo aquellos que vivían apelotonados en condiciones insalubres en los campos de refugiados, una situación que molestaba a la población árabe. Hay también poderosos clanes que operan a medio camino entre las familias extensas y las bandas mañosas de hasta cinco mil miembros. Cuando les conviene adoptan títulos como Ejército del Islam para disfrazar el delito de secuestrar a cambio de recompensas. La mitad de la población tenía menos de quince años, resultado de una tasa de natalidad excepcionalmente alta. Los hombres sin empleo vagaban enojados y aburridos, en el ardiente calor del verano, un problema que aflige al mundo árabe desde el Golfo al Magreb argelino, que bulle con jóvenes ociosos, una lacra común también en muchas sociedades

occidentales posindustriales. Una esquelética Administración Civil Israelí controlaba la Franja con una rigurosa ineficiencia contra la que había poco recurso legal. La Franja estaba plagada de agentes secretos de la agencia nacional de seguridad, el Shin Beth, a la búsqueda de informadores dóciles. Aunque el nivel de educación era bueno, gracias a la ayuda externa, las oportunidades de trabajo eran pocas, y sólo unos cien mil afortunados realizaban labores manuales para sus vecinos israelíes. Al trato humillante por parte de los contratistas árabes e israelíes, a los que cacheaban como si estuviesen reconociendo a una muía, le seguía un trato degradante en los puestos de control de salida, donde los aburridos guardias encontraban sentido a su monótono día fastidiando a los árabes con ese irritante aire de pistoleros. Cada hora en una cola era una hora de paga perdida y menos que dar de comer a la familia. El racismo antiárabe pasivo era tan relevante como la variedad activa que existe en Israel. La mayoría de los israelíes evitaban dirigir la mirada a los territorios ocupados y los enconados odios que estaban engendrando. Su gobierno consideraba los disturbios como algo puntual y controlable, obra de malignas influencias externas.

La primera Intifada —o levantamiento— palestina tuvo su origen en una secuencia de acontecimientos extrañamente azarosos que coronaron meses de tensión. En mayo de 1987 seis miembros del grupo terrorista Yihad Islámica se fugaron de la Prisión Central de Gaza, donde habían sido confinados por actos como el asesinato de taxistas israelíes. Admiradores suníes del ayatolá Jomeini, los trescientos militantes de la Yihad Islámica estaban armados y eran dirigidos por elementos islamistas del comando occidental de Al Fatah. Aunque la mayoría de los fugitivos acabaron siendo atrapados, mientras estaban huidos continuaron cometiendo atentados, adquiriendo de ese modo prestigio popular entre los jóvenes receptivos a sus llamamientos para la liberación de Palestina como el preludio de un general renacer islámico. Incluso cuando agentes del Shin Beth tendieron una emboscada y mataron a tres de los fugitivos de la Yihad Islámica en octubre, siguieron

vivos en octavillas como «fantasmas que perseguirán a los judíos por todas partes y en todas las épocas».

Los meses de otoño de 1987 fueron testigos de un aluvión de apu— ñalamientos de israelíes que iban solos y culminaron el 6 de diciembre cuando un israelí fue acuchillado hasta morir en el principal mercado de Gaza. Dos días después, el conductor de un camión israelí perdió el control del vehículo y chocó contra un coche, matando a cuatro jornaleros palestinos. Una octavilla conectó los dos sucesos como un acto de venganza de los israelíes a consecuencia del apuñalamiento, aunque los dos episodios no tenían absolutamente ninguna relación. Miles de personas asistieron a los funerales de los cuatro hombres gritando «¡Yihad! ¡Yihad!» a los cincuenta y cinco reservistas israelíes escondidos en su puesto de Jabalia que con sus sesenta mil habitantes era el mayor de los campos de refugiados de la Franja de Gaza. Cuando las patrullas se aventuraron fuera fueron recibidas por una lluvia de piedras de los manifestantes que no querían dispersarse. Al día siguiente nuevas patrullas se vieron envueltas en problemas cuando una unidad paró para perseguir hasta una casa a un adolescente que les arrojaba piedras, lo que provocó que fueran rodeados por una multitud enfurecida. Los reservistas no tenían ni el equipamiento ni la formación necesarios para afrontar disturbios con civiles. Tras los tiros de advertencia al aire, que habían pasado a ser tan frecuentes durante las revueltas que eran ignorados, hubo disparos a las piernas de los manifestantes, y la muerte de un chico de diecisiete años. Los disturbios se extendieron a otras ciudades dentro de la Franja de Gaza, cada punto crítico marcado por el humo acre que emanaba de las pilas de neumáticos ardiendo. La revuelta se propagó rápidamente a Cisjordania, donde, de manera similar, sólo uno de cada ocho graduados palestinos de las siete universidades llegaba a tener una profesión, mientras las tensiones se disparaban con temas como la electricidad y el agua. Los palestinos necesitaban permisos para todo, que algunas veces se les negaban sin razón. A comienzos de la década de 1990 las autoridades

israelíes rechazaron una solicitud por parte de Yehiya Abdal Tif Ayyash, un licenciado en electrónica palestino de Rafat, para hacer un máster en Jordania. No tenía ningún trasfondo o conexiones terroristas, y, como luego se hizo claramente patente, hubiera sido mejor que los israelíes le hubieran dejado avanzar en la carrera profesional que había elegido. La provocadora compra por parte del general Ariel Sharon de un apartamento en el barrio musulmán de Jerusalén oriental, a pesar de poseer un rancho en el Néguev y de su derecho como ministro a usar los hoteles de lujo de la capital, parecía simbolizar una postura en general más agresiva, ya fuera por parte de los colonos americanos o rusos que pretendían consumar los hechos sobre el terreno, o de un partido Likud cuya retórica se inclinaba a la derecha con oscuras menciones, por parte de los sectores más fanfarrones de la derecha israelí, de transferir los palestinos ajordania.

La fuerza arrebatadora de esta «revolución de las piedras» pilló tanto a los israelíes como a la OLP durmiendo la siesta, aunque los funcionarios de esta última se precipitaron a intentar hacerse con el control. El liderazgo de la Intifada era escurridizamente misterioso, mientras que su infantería rápidamente pasó a estar compuesta de peones y devotos tenderos. Tras detener a unos cien supuestos cabecillas, los interrogadores israelíes se quedaron desconcertados al descubrir lo apolíticos que aparentaban ser los manifestantes. La mayoría no tenían siquiera conocimiento de las más elementales plataformas de la OLP. Eran hombres jóvenes y obreros, más que estudiantes, que estaban hartos del trato despótico de los israelíes. Sus tácticas también mutaban, de la revuelta simple y directa a una más sofisticada resistencia pasiva, que incluyó un desvinculamiento en masa de la economía israelí. Se usaban pequeños trozos de tierra para cultivar verduras, mientras los gallineros y las conejeras proliferaban en los tejados.

Tampoco tenían los israelíes una estrategia coherente para lidiar con disturbios que incluían a mujeres y niños además de jóvenes. Si antes había bastado que un soldado israelí se mostrara para hacer

huir a las pudorosas mujeres palestinas, ahora las mujeres parecían estar azuzando a los manifestantes masculinos. Un quinto de las víctimas de los primeros tres meses de disturbios fueron mujeres, un agravio añadido a la sensibilidad de los musulmanes. Pronto incluso las abuelas estaban implicadas, aunque ya que eran las portadoras de la antorcha intergeneracional, quizá esto no sea de extrañar.

Históricamente, las revoluciones a menudo se desarrollan cuando un régimen tiene muchos soldados pero poca policía; lo contrario fue lo que sucedió en el siglo XIX en Londres, que contó con abundante policía y con ninguna revolución en 1848. La Intifada dejó al descubierto un punto ciego fatal en la capacidad de seguridad de Israel. Los soldados se veían inutilizados contra mujeres y niños que lanzaban piedras o disparaban tirachinas en medio de grandes multitudes. Bajo las gruesas lentes de los fotógrafos y las televisiones del mundo, los israelíes cometieron un craso error propagandístico, que no sólo disminuyó la simpatía internacional, sino que en su simplista tergiversación de los hechos enfureció al mundo musulmán en general. Aunque los musulmanes no se detuvieran a reflexionar al respecto, Israel es una democracia que permite un acceso libre a los medios de comunicación, en marcado contraste con las condiciones que predominan en todo el mundo árabe. Los oponentes al gobierno israelí dentro del país dieron entrevistas a la prensa internacional, sendas que no existen para aquellos que son críticos con los gobiernos de, por ejemplo, Argelia, Egipto, Marruecos o Arabia Saudí, a menos que se cuenten entre los miembros de las nutridas diásporas en el exilio. Inevitablemente la cobertura se concentró en los casos de brutalidad israelí, sin preguntarse sobre el modo en que la prolongada exposición de reclutas y reservistas a la violencia de las masas era la responsable. Se puede decir que Israel nunca se ha recuperado de este desastre de relaciones públicas y que adquirió la reputación de ser un matón desalmado en círculos principalmente cristianos y de la izquierda liberal, hastiados ya de que los judíos moralizaran sobre el Holocausto en Europa. Sus filas incluían a un número cada

vez mayor de judíos liberales de Estados Unidos, aunque para ellos el Holocausto era por otro lado una segunda religión[237].

Cuando la Intifada se extendió hasta los comerciantes, los israelíes les obligaron primero a mantener las tiendas abiertas, y después les soldaron los cierres metálicos si se negaban. Un precio pequeño a pagar en comparación con lo que les habrían hecho los agitadores. Muchos de estos comerciantes eran devotos musulmanes de clase media, un aspecto significativo de cómo la composición social de la revuelta mutó de los adolescentes que arrojaban piedras a incluir a ciudadanos más respetables. Unas pocas comunidades fueron objeto de castigos colectivos, que incluían el corte del suministro eléctrico y la restricción de la entrada de alimentos. Aunque era infinitamente preferible a disparar a los alborotadores, la decisión de armar a los soldados con porras (fabricadas por otros palestinos de Gaza) fue un desastre en términos de relaciones públicas, ya que los medios de comunicación internacionales centraron su atención en las escandalosas escenas de las tropas israelíes dando patadas y aporreando a los palestinos con una fuerza desmedida, como confirmaron los varios casos de personas con costillas, clavículas o brazos rotos que se presentaron ante los tribunales israelíes. En los incidentes más vergonzosos, estudiantes israelíes de secundaria que estaban de excursión o conductores que transportaban a oficiales habían sido invitados a golpear a los detenidos en el interior de los campamentos militares. La utilización de balas de goma fue también un arma de doble filo ya que éstas pueden ser fatales cuando se disparan a la cara de alguien. Una cobertura periodística adversa, de la prensa internacional y la israelí, condujo a los frustrados soldados de la IDF a pagar su resentimiento con los periodistas y fotógrafos, que no encontraban más que buena disposición desde el otro bando, una situación que a su vez tuvo un efecto sobre el modo de informarse de la Intifada. La rebelión comenzó a filtrarse hacia los hasta entonces inactivos ochocientos mil árabes israelíes, que donaron

sangre, medicinas y dinero para las cada vez más numerosas víctimas de la revuelta.

La cúpula de la OLP consiguió restablecer un vestigio de control a distancia del Mando Unificado Nacional local que dirigía la Intifada. Este usaba octavillas impresas en secreto para coordinar a la multitud de comités de base que controlaban cada epicentro local de la sublevación. Los principales pilares locales en ambos niveles de mando eran estudiantes y académicos, especialmente de la universidad Bir Zeit, y los miles de «presos de seguridad» que Israel había liberado a cambio de seis soldados capturados como rehenes, hombres que con sangre fría le habían tomado las medidas a su enemigo mientras estaban en la cárcel[238]. Muchos de estos ex detenidos se unieron a los escuadrones de seguridad que proliferaron con puño de hierro para imponer la Intifada entre los palestinos. Inevitablemente, los medios de comunicación no incidieron con la misma fuerza en las víctimas de la violencia palestina, especialmente los «colaboradores» árabes, setenta de los cuales fueron asesinados por las unidades de seguridad *ad hoc* de la Intifada, o en la cantidad innumerable de árabes para los que no existían tribunales que les compensaran por las palizas e intimidaciones que recibían de Al Fatah y los partidarios de base de la revuelta, y cada vez más de un nuevo actor entre los Días de la Rabia.

Se produjo aún otro gol en propia meta de los israelíes, resultado de una idea que tanto la CIA como el Departamento de Estado consideraban que «se esforzaba demasiado por resultar excitante». A medida que los burócratas e intelectuales de la OLP se encaramaban al carro de la Intifada, una organización de muy diferente tipo intentaba hacerse con el control. La Administración Civil de la Franja de Gaza había alentado a los grupos fundamentalistas islámicos como un modo de sembrar confusión en una OLP que se inclinaba hacia la izquierda, especialmente si éstos rechazaban el terrorismo de la Yihad Islámica. El ministro de Defensa Moshe Arens recordaba haber considerado el ascenso del

islamismo radical «como un fenómeno saludable». Por el contrario puede que los partidarios de la derecha confiaran en que el avance del islamismo entre los palestinos echaría por tierra de forma permanente las prolongadas conversaciones conocidas como proceso de paz de Oslo, dividiendo al enemigo[239].

Con financiación de jordanos, israelíes y saudíes, el número de mezquitas en Gaza se elevó de 77 a 160 en el plazo de dos décadas, con cuarenta mezquitas nuevas construidas en Cisjordania cada año. A pesar de las advertencias de los musulmanes moderados de Gaza, los israelíes eligieron ignorar el flagrante antisemitismo del Congreso Islámico, la versión local de los Hermanos Musulmanes. Consideraban las actividades benéficas y educativas que realizaban en la superficie preferibles, en su modo creciente y continuo, a los ataques con bombas y pistolas de los terroristas de Al Fatah. Mejor aún, el líder supremo del Congreso, el tetrapléjico jeque Ahmed Ismail Ya— sín, denunciaba regularmente a Arafat y los líderes de la OLP acusándoles de ser «comedores de cerdo y bebedores de vino» que incluso permitían la presencia de mujeres en sus consejos más importantes. Nacido en 1938 en una familia de agricultores de clase media, Yasín creció en el campo de refugiados de Al Shati. A los doce años resultó herido en un combate de lucha libre; cuando su estado se deterioró pasó de usar muletas a una silla de ruedas. Tras estudiar en la universidad Ain Shams de El Cairo, regresó a Gaza para trabajar como profesor, y agitador religioso-político, hasta que sus minusvalías le obligaron a retirarse en 1984, momento en el que ya contaba con once hijos. Ese año los israelíes descubrieron un alijo de armas en la mezquita en la que rezaba Yasín, lo que contradecía rotundamente la estrategia de estimular la presencia de un rival islamista pacífico frente al terrorismo de Al Fatah. Aunque Yasín recibió una sentencia de quince años de prisión, él fue uno de los liberados como canje por los soldados israelíes capturados en Líbano[240].

Yasín lideraba una formidable red islamista, que incluía la universidad Al Azhar en Gaza, de donde los rivales comunistas y de

Al Fatah eran expulsados mediante apuñalamientos y ataques con ácido en un esfuerzo por hacerse con el control que resultaba completamente sintomático. Esta red se manifestaba físicamente por todas partes: los lugares que vendían alcohol, exhibían modelos femeninas o en los que se escuchaba música pop eran aniquilados, como lo era cualquiera que se atreviera a comer con la mano izquierda. La intención era reprimir todo lo que oliera a un hedonismo y materialismo occidental que, según pensaban los islamistas, estaba destruyendo la resistencia palestina al corromper su espíritu austero. A diferencia de la OLP, el Congreso Islámico ofrecía la redención personal además de la salvación nacional; a diferencia de la OLP, renunciaba a cualquier intento de camuflar el odio a los judíos. Era una plataforma enormemente cautivadora para los jóvenes que se rebelaban tanto contra la jerarquía social como contra la forma de hacer política de la generación de sus padres, y que se podían identificar con el viejo jeque de un modo en el que no podían hacerlo con los jefes de la OLP mientras éstos se precipitaban de uno a otro viaje diplomático a gastos pagados, o de traición en traición, en sus flotas de Mercedes, dedicándose entremedias a bailar en mansiones y hoteles de lujo. El islamismo otorgaba el permiso para desafiar a la generación anterior, rompiendo los estrechos lazos del clan o la costumbre en favor de lealtades más amplias que a la vez eran cálidamente personales a través de Dios.

Yasín fue uno de los fundadores en febrero de 1988 del Movimiento de Resistencia Islámica, o Harakat al Muqawama al Islamiyya, cuyas siglas en árabe fueron alteradas de HMS a Hamás, que significa «celo». Los demás fueron el jeque Salah Shehada, de la universidad islámica de Gaza, un ingeniero llamado Issa al Nasshaar, un médico, Ibrahim al Yazuri, Abdul Aziz al Rantisi, otro médico de Khan Younis, un director de escuela y un profesor, todos con edades comprendidas entre los cuarenta y los cincuenta años[241]. Esta gente no usaba las mismas sutilezas diplomáticas que la OLP. Al llegar a Kuwait tras ser expulsado de Gaza, uno de

sus líderes, Halil Koka, anunció gravemente: «Alájuntó a todos los judíos en Palestina no para que se beneficiaran de tener una patria, sino para cavar allí su tumba y evitarle al mundo su polución. Al igual que el peregrino musulmán redime su alma en La Meca ofreciendo un sacrificio, así serán sacrificados los judíos sobre las piedras de Al Aqsa».

En su rivalidad con la OLP, Hamás comenzó a dictar el ritmo de los acontecimientos en la Intifada estableciendo deliberadamente su propio ciclo de manifestaciones, cierres de comercios y huelgas como un calendario alternativo al de los nacionalistas seculares. Emitió unos estatutos, que calificaban de deber religioso la destrucción de Israel. Era un documento extraño, que se las arreglaba para llamar nazis a los judíos a la vez que citaba los falsos «Protocolos de los sabios de Sión» como prueba de una conspiración judía para dominar el mundo desde los tiempos de la Revolución Francesa en adelante. Incluso el Rotary Club sale desacreditado. Calificar el estatuto de ahistórico sería minimizar el modo en que consiguió comprimir el tiempo para convertirlo en una lucha eterna entre musulmanes, judíos y «cruzados» de Occidente[242]. La actitud pública de Hamás hacia el terrorismo estaba también cambiando, aunque su brazo armado, y departamento secreto para el asesinato de colaboradores árabes, en realidad antecedió a la fundación del movimiento político. En julio de 1988 elogió a un joven de Gaza que acuchilló a dos guardias de la prisión mientras visitaba a un pariente encarcelado. La organización había tenido durante años una pequeña división militar de «luchadores santos de Palestina», quienes, según se ha sabido ahora, estaban planeando ataques terroristas sobre Israel. Ese verano, los israelíes golpearon primero a la Yihad Islámica consiguiendo que Estados Unidos forzara al rey Hussein a expulsar a tres jefes de Al Fatah que planeaban operaciones de la Yihad Islámica. Los tres resultaron asesinados por un misterioso coche bomba del Mosad poco tiempo después de que alcanzaran asilo en Chipre. Lo siguiente que hizo Israel fue detener a cientos de

activistas de Hamás, confinándoles en el campo de detención de Jediot, donde continuaron dirigiendo operaciones y pasando y recibiendo mensajes mediante los besos con sus familias. Tras haber dejado al margen inicialmente al jeque Yasín, los israelíes finalmente le detuvieron también. A pesar de su discapacidad, parece que él y uno de sus hijos fueron tratados de manera brutal, impropia para un tetrapléjico, incluido el ser abofeteado y golpeado en la cabeza con una bandeja de metal. La represión sólo sirvió para incrementar el atractivo interno e internacional de Hamás. Sus candidatos comenzaron a ganar elecciones en los organismos profesionales de Palestina, mientras que en 1990 Kuwait por sí solo donaba sesenta millones de dólares a Hamás en contraposición a los veintisiete millones que entregaba a la OLP. Los intentos de la OLP de neutralizar a Hamás anexándola bajo el paraguas del Consejo Nacional Palestino, como había hecho con el Frente Popular para la Liberación de Palestina y los comunistas, fracasaron cuando Hamás exigió la mitad de los asientos del Consejo. La aceptación de Israel por parte de la OLP y su renuncia pública al terrorismo mediante los Acuerdos de Oslo sirvió para hacer aún más profundo el cisma entre los implacables islamistas y el Al Fatah de Arafat, que contaba con un enfoque más diplomático, por muy falsa que resultara ser la suscripción de Arafat a la no violencia.

El coste humano de la primera Intifada fue considerable. Al llegar el verano de 1990, más de seiscientos palestinos habían resultado muertos por la IDF, incluyendo setenta y seis niños menores de catorce años, y otras doce mil personas heridas. Diez mil palestinos permanecían retenidos en campos de detención y prisiones, una experiencia compartida que contribuyó a radicalizar aún más a los afectados. En el lado israelí, dieciocho personas habían muerto, incluyendo diez civiles, y 3.391 resultaron heridas, la mayoría soldados.

Durante la década de 1990 Hamás fue quien llevó cada vez más la voz cantante en términos de atentados terroristas devastadores en el interior de Israel. Sumándose a los fondos que llegaban de

Arabia Saudí y de Irán, Hamás construyó una amplia operación de lavado de dinero mediante organizaciones benéficas que tenía importantes puntos nodales en Estados Unidos, donde se dijo que la organización republicana irlandesa NORAID le había mostrado lo fácil que resultaba recaudar dólares para el terrorismo en el extranjero (aunque NORAID ha negado siempre la acusación de que financiaba al IRA). A diferencia de Al Fatah, o de los grupos terroristas palestinos marxistas más pequeños, Hamás usaba reducidas células de cinco hombres para blindarse contra los traidores y aquellos que se derrumbaban bajo los tristemente célebres métodos de interrogación del Shin Beth. Golpeó a Israel en un punto especialmente sensible cuando usó asesinos disfrazados como judíos ortodoxos y coches con matrículas amarillas israelíes para raptar y matar a soldados de la IDF que hacían autoestop para regresar a casa. Miembros de Hamás también atrepellaron y secuestraron a un sargento de la policía de frontera israelí, cuyo cuerpo —que mostraba señales de estrangulamiento y puñaladas— apareció en una hondonada en el desierto. En respuesta a esto, Israel abandonó a 415 organizadores de Hamás en la montañosa tierra de nadie de la frontera con Líbano. De manera previsible, los medios de comunicación internacionales de la izquierda liberal se abalanzaron llenos de simpatía sobre estos contables, clérigos, dentistas, médicos y abogados de mediana edad, que tiritaban con sus abrigos y calzoncillos largos alrededor de deprimentes potajes de lentejas guisadas. No se fijaron en que por la noche eran alimentados por Hezbolá y los agentes del Pasadren iraní, que les ofrecían dinero y un entrenamiento terrorista avanzado en instalaciones estatales de Irán. Entre los hombres de las colinas estaba Abdul Aziz al Rantisi, segundo en la cadena de mando de Hamás hasta que Yasín y él fueran asesinados, e Ismail Haniyah, de apariencia osuna y actual líder de la organización.

Un subproducto de esta expulsión fue la Brigada Izzedine al Qassam de Hamás, una de cuyas primeras acciones consistió en asesinar a un joven agente del Shin Beth en un piso franco de

Jerusalén usando hachas, cuchillos y martillos para hacer el trabajo. El apartamento quedó después como un matadero. También ametrallaron a dos policías de tráfico que dormitaban en su coche patrulla. La decisión de negar a Ayyash su oportunidad de estudiar en Jordania para mantener a su esposa e hijo pronto se reveló fatídica, ya que rápidamente ascendió en Hamás para convertirse en su «ingeniero» estre— lia. Un primer intento de llevar las costumbres de Líbano a Israel se produjo en abril de 1993 cuando un terrorista suicida condujo una enorme bomba escondida en una furgoneta Volkswagen hasta situarla entre dos autobuses aparcados en una estación de servicio atestada de gente. Milagrosamente, la explosión se produjo principalmente en sentido ascendente, matando a un palestino que trabajaba en el establecimiento y al propio terrorista.

El asesinato por Baruch Goldstein, un fanático judío nacido en Brooklyn, de cincuenta y cinco fieles palestinos en febrero de 1994 provocó la movilización de los talentos de Ayyash al servicio de la venganza. El instrumento que eligieron fue un palestino de diecinueve años, tres de cuyos familiares habían sido asesinados por los israelíes. Este joven condujo un Opel Ascona delante de un autobús escolar en la ciudad de Afula, detonando cinco granadas de fragmentación contenidas en el interior de siete cilindros de gas propano envueltos a su vez por mil trescientos clavos de carpintero. Nueve jóvenes murieron y otros cincuenta y cinco resultaron heridos. El 13 de abril un árabe de veintiún años detonaba una bolsa de lona en un autobús en Hade— ra, asesinando a seis personas e hiriendo a treinta. Una bomba de tubo explotó cuando llegaban los equipos de rescate, en un doble golpe que indicaba un cierto grado de sofisticación táctica. Mientras Ayyash se movía de piso franco en piso franco a cada caída de la tarde, este hombre, por lo demás modesto, asumía la celebridad de una estrella del pop entre la juventud palestina. Sus hazañas eran celebradas en canciones grabadas en casetes baratas. Los admiradores le enviaban pelucas y ropa de mujer para ayudarle en sus múltiples disfraces. En

octubre, Ayyash envió a un terrorista suicida en el autobús número 5 mientras éste avanzaba a toda prisa entre el bullicio mañanero del distrito de Dizengoff en Tel Aviv. El terrorista detonó una mina terrestre egipcia que había sido rellenada con veinte kilos de TNT. La bomba mató a veintiún israelíes, y los clavos y tornillos que vomitó hirieron además gravemente a cincuenta personas[243]. La despiadada campaña de atentados suicidas de Ayyash comenzó a tener un impacto en la política interna de Israel en el sentido de que los sucesivos primeros ministros embarcados en conversaciones de paz con los palestinos tuvieron que visitar las escenas de los estragos de Ayyash bajo la mirada de multitudes judías cada vez más hostiles. Ayyash estaba entrenando también a miembros de la Yihad Islámica en la fabricación de bombas, incluyendo a Hani Abed, terrorista estrella de esta organización. La repentina muerte de Abed en noviembre de 1994 después de que su Peugeot quedara destrozado por una trampa explosiva condujo a la puesta en marcha de operaciones conjuntas de Hamás y la Yihad Islámica con Ayyash como cerebro. En enero de 1995 dos hombres con uniformes de la IDF se hicieron estallar de manera consecutiva entre soldados que regresaban de un permiso de fin de semana. Veintiún hombres murieron y sesenta resultaron gravemente heridos en este atentado que tuvo lugar en un cruce cercano a la prisión de máxima seguridad de As limo re t —hogar del jeque Yasín—. Cuando un sombrío primer ministro Rabin supervisaba el lugar en el que había ocurrido esta atrocidad, tuvo suerte de que un tercer terrorista hubiera sufrido un retraso, imposibilitando que activara una bomba escondida en una mochila por el segundo terrorista suicida. Este triple golpe podría haber matado a Rabin.

Israel dedicó inmensos recursos a asesinar a Ayyash, quien continuaba con una campaña de atentados suicidas que reducía el salir a la calle a una forma de ruleta rusa para muchos israelíes de las zonas urbanas. Dos altos líderes de Izzedine al Qassam murieron cuando un apartamento voló por los aires en Gaza, y otra importante figura fue raptada en una calle de Nablús al no haberse

percatado de que los dos sudorosos jornaleros sudaneses que holgazaneaban en el exterior de una mezquita eran agentes etíopes falashas del Shin Beth. El líder de la Yihad Islámica, Fathi Shiqaqi, fue asesinado por un equipo del Mosad en Malta. Tan confiado estaba el Mosad que, mientras el asesino salía corriendo en una moto y cogía un barco a Sicilia, sus colegas se quedaron por allí haciéndose pasar por transeúntes para dar a la policía maltesa todo tipo de descripciones irremediablemente erróneas. El punto débil de Ayyash era su familia, su esposa e hijo, que vivían en Gaza, a quienes visitaba con regularidad, mientras mantenía el contacto con su madre y su padre por medio del teléfono móvil. El Shin Beth incrementó la presión sobre su madre, con redadas en el hogar familiar, y prolongadas tandas de diez horas de interrogatorios, diseñadas para enfurecer a su hijo. Ayyash se encontraba además demasiado confortable en su rutina y se hizo descuidado.

Aceptó la oferta de un piso franco que le hizo un miembro de Hamás en Gaza, ignorando que el tío empresario de ese hombre, que era el propietario del edificio, estaba en la nómina del Shin Beth. Ayyash disfrutó con la ironía de que su apartamento estuviera a novecientos metros de un importante puesto de control de la policía israelí. Lo que no sabía era que allí se estaba decidiendo su destino. Había descubierto también los teléfonos móviles como alternativa a las erráticas y fáciles de intervenir líneas terrestres. Los cambiaba cada pocas semanas, pero no antes de realizar largas llamadas a su madre y su padre. El 25 de diciembre de 1995 Ayyash anunció con orgullo que su mujer había dado a luz a un segundo hijo, comentándole temerariamente a su padre que hablarían otra vez el 5 de enero. En el ínterin, los técnicos del Shin Beth adaptaron un teléfono móvil, insertándole cincuenta gramos de RDX altamente explosivo por debajo de la batería, y un minúsculo detonador que podía ser activado a distancia. El teléfono aún pesaba lo mismo y funcionaba normalmente. Fue pasado al sobrino de su casero quien le dijo a Ayyash que podía usarlo siempre que quisiera. La línea de tierra de su apartamento comenzó a causar problemas. Ayyash le

contó a su padre que el número de este móvil, 050-507-497, era su número preferente. Nada más regresar a casa, a las 4.30 de la madrugada, tras una noche de misteriosas actividades, Ayyash se quitó su ropa de mujer y se puso cómodo para dormir durante unas cuantas horas con sus calzoncillos bóxer morados. El móvil sonó a las 8.40 de la mañana; era su padre. Tras intercambiar unas pocas palabras, el padre se encontró con que la línea estaba desconectada. En las alturas del cielo de Gaza, un agente israelí en un avión de observación había detonado la carga introducida en el teléfono, que le arrancó a Ayyash la mitad de la cabeza. Cien mil palestinos con pistolas asistieron a su funeral, pugnando por tocar por última vez su ataúd. El tío de su casero se escabulló por obra del Mosad rumbo a una nueva vida en Estados Unidos. Un equipo de demolición israelí destruyó la casa de la familia de Ayyash en RifFat. En un plazo de cuatro días tras la muerte de Ayyash, terroristas suicidas de Hamás habían matado a cincuenta y siete personas en una orgía de atentados que acabaron por derribar al gobierno de Simón Peres en mayo de 1996. Su duro sucesor del Likud, Netanyahu, decidió golpear sobre Jaled Mashaal, el líder de Hamás en la por lo demás amigable Jordania. En octubre de 1997 dos agentes del Mosad que se hacían pasar por canadienses abordaron a Mashaal en sus oficinas de Ammán, y rociaron su oído con un opiáceo sintético letal. Ambos agentes fueron atrapados por los jordanos, que se mostraron escandalizados por esta chapucera violación de su soberanía. Dado que el rey Hussein amenazaba con ahorcar a sus agentes, los israelíes se vieron forzados a entregar un antídoto para el veneno, y a liberar a cincuenta prisioneros de Hamás, incluyendo el jeque Yasín. Cuando los votantes israelíes acudieron a las urnas rechazaron a Netanyahu en favor de Ehud Barak, un héroe de guerra que ya nos hemos encontrado en sus tratos con Septiembre Negro en Beirut.

La segunda Intifada, llamada la Intifada de Al Aqsa, estalló en septiembre de 2000 y concluyó con la retirada unilateral de Israel de

Gaza y el norte de Samaría y la muerte de Arafat. Aunque Arafat había abjurado públicamente del terrorismo, y algunas partes de su enorme aparato de seguridad cooperaban erráticamente con los israelíes, otros elementos de éste representaban simultáneamente un doble papel como terroristas de la Yihad Islámica o Hamás. La flota israelí regularmente interceptaba cargamentos de grandes armas provenientes de Irán y otros lugares que iban destinadas a Arafat. Además, éste tenía poco control sobre curtidos veteranos de la primera Intifada como Marwan Barghuti, líder de un grupo armado de Al Fatah llamado Tanzim, que se mostraban impacientes con la diplomacia como tal. Arafat tampoco controlaba a grupos de base que se formaron a comienzos de la segunda Intifada, como la Brigada de los Mártires de Al Aqsa, creada por los hermanos Nasser y Yasser Badawi y su amigo Nasser Awais, en el campo de refugiados de Balata, en Nablús, apenas un mes después de haberse iniciado la revuelta.

El líder de la oposición Likud Ariel «Arik» Sharon eligió el 28 de septiembre de 2000 para visitar el Monte del Templo con un gran séquito de guardaespaldas. Esto formaba parte integral del propósito de Sharon de marcar territorio en Jerusalén oriental que había empezado con la compra de su apartamento. Barak buscó el permiso expreso de Arafat para esta visita, insistiendo en que Sharon se comportara con un digno sosiego nada típico en él. Esto era equivalente a decirle a un toro que se pusiera zapatillas en su desenfreno por la tienda de porcelana. Sharon siempre desprendió un aire de matón presuntuoso, aunque sus admiradores dicen que esto oculta su lado más humano.

Como era de prever, la visita de Sharon sirvió de detonante de violentos disturbios entre los palestinos que se extendieron desde Jerusalén a Cisjordania y Gaza. Sesenta y un palestinos murieron y 2.657 resultaron heridos en los seis primeros días. El mes de octubre fue testigo de choques entre multitudes árabes y judías, estas últimas gritando «¡Muerte a los árabes!». Una investigación judicial dirigida por el juez Theodore Or halló diversas faltas en el

manejo que hizo la policía de los disturbios, que en cualquier caso habían adquirido ya la dimensión de atrocidades terroristas. El 12 de octubre de 2000, dos reservistas israelíes en un vehículo civil se perdieron en Ramala, donde se celebraba un funeral por un chico de diecisiete años disparado por la IDF el día anterior. Fueron arrestados por la policía palestina y recluidos en una comisaría. Esta fue atacada por cinco mil palestinos furiosos que coreaban: «¡Matad a los judíos!». Aunque el jefe de policía local palestina trató de salvar a los israelíes, se vio sobrepasado por la multitud, que golpeó y apuñaló a los hombres hasta la muerte, arrojando a uno por la ventana, que fue arrastrado y pisoteado en el suelo. Los israelíes estaban horrorizados por estos pillajes; su gobierno lanzó ataques aéreos de represalia sobre los edificios de la Autoridad Palestina en Ramala[244].

La violencia de las masas fue aumentando hasta convertirse en un conflicto armado a gran escala. Los fabricantes de bombas entrenados por Ayyash proporcionaban las armas para nuevas olas de terroristas suicidas de Hamás. Estos han suscitado mucha incomprensión, a pesar de lo que sabemos de los asesinos medievales, los pilotos kamikaze japoneses, y de los aviadores y soldados de todo el mundo que llevaron a cabo misiones en las que había pocas posibilidades de salir con vida. Los atentados terroristas suicidas están lejos de ser algo exclusivamente musulmán. La táctica ha sido sobre todo empleada por los separatistas tamiles marxistas de extracción predominantemente hindú en su guerra con los cingaleses budistas, así como por los separatistas marxistas kurdos en su conflicto con los turcos musulmanes. De hecho, el fundamentalismo musulmán puede, paradójicamente, oponerse a ciertas categorías de terroristas suicidas, especialmente las mujeres, cuyo sitio está con los niños y en la cocina. Era la organización secular Al Fatah la que animaba a las mujeres a combatir, mientras hay constancia de que hombres como el jeque Yasín de Hamás se oponían activamente. Esto puede explicar por qué las terroristas suicidas suponen un 5 por ciento del

total de las operaciones en Palestina, aunque Hamás ha cambiado su línea desde entonces.

Hamás adoptó la táctica por dos razones. Los atentados suicidas le permitieron establecer una cuota de mercado inconfundiblemente implacable, distinguiéndolo de Al Fatah y de los grupos terroristas palestinos seculares. En segundo lugar, sus ataques suicidas cuidadosamente calibrados estaban diseñados para echar por tierra el proceso de paz en marcha, a la vez que fomentaban que incluso los más acérrimos defensores del Gran Israel desearan librarse de estos maniacos irreducibles. La llegada de Ariel Sharon al puesto de primer ministro con su política de retirada unilateral fue un avance bien recibido por Hamás.

El terrorismo suicida tiene una lógica militar inteligible detrás de la superficial locura de acciones de las que los genuinos enfermos mentales son diligentemente apartados por sus atentos adiestradores. Los palestinos lo ven como un medio de reequilibrar la asimetría debida a su falta de aviación y fuerzas acorazadas. Ya sean voluntarios que se acercan por propia iniciativa, o que son reclutados de entre gente con historias trágicas, los terroristas suicidas son extras prescindibles, más que miembros altamente formados cuya pérdida podría echarse en falta. No requieren mucha formación técnica para apretar un botón en su cinturón o mochila, pero sí necesitan un cuidadoso adiestramiento de semanas o meses en manos de experimentados agentes, con el fin de eliminar sus dudas y centrar sus mentes en la misión. Los adiestradores son operadores de sangre fría capaces de conjugar un conjunto de valores que aplican en sus propias vidas con otro que envía a otras personas a la muerte. Se guía a los terroristas hasta el punto de no retorno, un momento simbolizado por la grabación de un testamento en vídeo en el que aparecen rodeados por toda la parafernalia del mártir. Esto ayuda a reclutar a más asesinos suicidas. Se les dice su objetivo. Después de esto sería deshonroso echarse atrás, aunque algunos lo hacen. Los adiestradores por sistema escoltan al terrorista en su penúltimo viaje, dándole conversación para

distraerle o alabando las delicias del más allá. Después, brevemente, el terrorista se queda solo o sola, sonriendo dulcemente a un representativo grupo de israelíes en su camino al trabajo, absortos en sus periódicos, sándwiches o música grabada.

Dado que la mayor parte de los terroristas planea cuidadosamente su huida después de un ataque, los atentados suicidas eliminan toda una fase de la planificación. La táctica permite al terrorista acercarse a su objetivo, elevando las cifras de muertos, que son considerables —de hecho de cuatro a seis veces más letales— en comparación con los ataques con pistolas o granadas, que están por debajo del nivel de los coches bomba. Con un coste para montarlos de 150 dólares, los atentados suicidas resultan además baratos.

Si consideramos la Intifada de Al Aqsa, entre septiembre de 2000 y septiembre de 2005 se produjeron 144 atentados suicidas con éxito en Israel entre un total de unos 36.000 incidentes terroristas. Aunque los atentados suicidas supusieron apenas un 0,5 por ciento de todos los ataques, causaron un 50 por ciento de los muertos y heridos durante este periodo. Existe además algo más que merece la pena reseñar respecto a los atentados suicidas. Cuando tienen éxito no queda nadie al que capturar —a menos que la misión fracase— mientras que la disposición a morir indica una fanática creencia en una causa. La absoluta vulgaridad del kamikaze sugiere que debe de haber un ilimitado suministro de gente así acechando desde el interior de la población hostil. Al serle negado el objeto obvio de su venganza, gran parte de la energía del desconcertado contrincante se dedica a intentar dilucidar por qué estos hombres y mujeres se matan a sí mismos. Fenómenos de naturaleza tan extraña como la niña pequeña que, en un anuncio televisivo de Hamás, jura que va a seguir a su madre fallecida convirtiéndose en terrorista suicida, o la madre que parece recibir con alegría las muertes de sus hijos mártires, alimentan la idea de que todo constituye el rostro fanático de una sociedad patológica. En realidad, algunas de las madres que no se muestran

apesadumbradas han sido sobornadas, drogadas o intimidadas de alguna otra manera por hombres a los que les interesa asegurarse de que los mártires sean celebrados.

Israel tiene en sus prisiones a unos 250 terroristas suicidas que no tuvieron éxito, y que han sido objeto de exhaustivas investigaciones por parte de expertos psicólogos. Algunos están vivos porque perdieron el temple necesario, otros porque sus bombas fallaron. Su franja de edad comienza en los catorce años, un chico a quien los israelíes capturaron cuando intentaba volarse por los aires. Muchos estaban motivados para matar judíos (como lo expresan ellos de forma invariable) por la pérdida de familiares o amigos a causa de una acción del ejército o la policía israelí. Es una cuestión de venganza en una sociedad en la que las disputas de sangre duran generaciones. Esto multiplica la matanza. Otros vieron el terrorismo suicida como una manera de escapar de una familia disfuncional, del deshonor —especialmente en el caso de las mujeres— o del puro aburrimiento. El marido de Wafa Idris, una terrorista suicida palestina, se había divorciado de ella cuando se hizo patente que ésta era estéril. Su marido se volvió a casar y se mudó junto con su mujer a una casa vecina donde dio una fiesta cuando nació su primer hijo. Esto puso a Wafa Idris al borde del abismo. Varias mujeres kamikazes aparentemente han caído en la deshonra al quedar embarazadas de sus amantes de Al Fatah, o han adquirido de algún otro modo una reputación por su comportamiento casquivano que el shahid o martirio expurgaría[245]. En 2004, la primera mujer suicida de Hamás, que tenía tres hijos, fue llevada en coche por su marido hasta el puesto de control donde se hizo explotar tras haber confesado que mantenía una relación ex — tramatrimonial.

Irónicamente algunas mujeres aspirantes a terroristas suicidas consideraban el unirse a uno de estos grupos como una oportunidad para conocer hombres sin supervisión. Una de ellas explicaba: «Nosotros no vivimos en Occidente. Cuando iba al entrenamiento le decía a mi padre que me iba con una amiga [...] Tenía libertad, a

pesar incluso de que mi familia es religiosa. Es natural salir para ir a ver a amigas». Se echó atrás sólo cuando los hombres la informaron de que el objeto de estas citas para entrenar tenían el propósito de que las chicas se volaran por los aires. Una *shahida* explicó que cuando su padre se negó a permitirle casarse con un hombre inválido (y pobre) del que se había enamorado, se vengó convirtiéndose en terrorista suicida. La visión de la vida en el Jardín del Edén le hizo superar la depresión. Para las mujeres no habría las setenta y dos vírgenes, sino abundancia de comida y un guerrero-mártir que las mimase. Un suicida fallido explicaba su visión de las delicias celestiales, muchas de las cuales eran haram para los musulmanes. «Todo lo que está prohibido en este mundo está permitido en el Jardín del Edén. El Jardín del Edén lo tiene todo: Dios, libertad, el profeta Mahoma y mis amigos, los *shahids* [...] Hay setenta y dos vírgenes. Hay muchas cosas que no puedo ni describir [...] Lo encontraré todo en el Jardín del Edén, un río de miel, un río de cerveza y alcohol...» [246]. Una vez muerto, el terrorista suicida se une a la lista de los mártires, su foto rodeada de un marco dorado en su casa, y pegada en pósters por todas partes. Los orgullosos padres anuncian la muerte en las columnas dedicadas a las bodas, más que en las necrológicas, de los periódicos. En 2001 Hamás estaba pagándoles entre 3.000 y 5.000 dólares en prestaciones por fallecimiento. Sadam Husein lo elevó a 25.000 dólares, con gratificaciones adicionales como relojes, alfombras y televisores. Las expectativas son tan bajas en lugares como Gaza y Jenin, que matarse puede parecer una opción profesional atractiva, y una forma de promoción social para toda la familia o clan. El respaldo social al martirio contribuyó a destruir aún más los tabúes que pudieran quedar sobre el suicidio, que en cualquier caso habían sido matizados por muchos clérigos islamistas.

Los atentados suicidas estaban acompañados de encarnizadas batallas entre elementos armados de la Intifada y la IDF. Una de ellas se prolongó con furia durante diez días en un campo de

refugiados de Jenin, hogar de quince mil personas. Éste era un bastión islamista descrito de forma variada, como «la capital de los mártires» o como «un nido de cucarachas», dependiendo del punto de vista. Hamás y la Yihad Islámica querían convertirlo en un Stalingrado árabe, instalando trampas explosivas y francotiradores apostados entre los montones de escombros. Como los habitantes fueron lentos en abandonar sus hogares, esperaban también que un asalto israelí les proporcionara una victoria propagandística, en la que las menciones a la masacre pasaran de los periodistas a las agencias de derechos humanos. En realidad, las alusiones a «cientos» o incluso «miles» de víctimas, transmitidas por los medios de comunicación occidentales, cuyos presentadores apenas podían contener su propia ira, estaban fuera de lugar. La cifra final de muertos sobre la que hay consenso es de treinta y dos militantes armados palestinos, veintidós civiles, y veintitrés soldados israelíes. En lugar de una inexistente masacre, lo que se produjo fue un sostenido proceso de borrado físico, a medida que helicópteros y tanques disparaban misiles y obuses a los edificios, mientras bulldozers blindados de sesenta toneladas empujaban casas y tierra convirtiéndolos en montañas de escombros. Si existieron violaciones de derechos humanos, éstas incluyen las decisiones de los palestinos y de la IDF de librar una batalla campal en un campo de refugiados, y la negación de los israelíes de ayuda médica y humanitaria a los civiles atrapados en el combate. Escenas como éstas, repetidas incesantemente por los canales de televisión del mundo, alimentaron aún más la furia de la umma virtual. No estaban solos. En 2003 Asif Muhammad Hanif y Omar Khan Sharif, ambos anglo-paquistaníes veinteañeros que se habían conocido estudiando islamismo con Omar Bakri Mohammed en una universidad de Derby, ofrecieron sus servicios como voluntarios a Hamás. Se reunieron con un instructor de Hamás en Siria y después entraron en Israel vía Jordania, mezclándose con activistas de izquierda europeos que habían llegado para introducirse en la Intifada como parte de un Grupo de Turismo Alternativo. Parece que fueron transportados

entre varias ciudades palestinas por una periodista italiana de izquierdas que no se dio cuenta de que eran terroristas y se creyó sus historias-tapadera de que estaban interesados en los centros médicos de Palestina. En Gaza se equiparon con cinturones suicidas y la italiana les condujo hasta Israel. Hanif se hizo explotar fuera del Mike's Place, un popular bar de *blues* de Tel Aviv en el paseo marítimo de la ciudad, matando a tres personas. Sharif huyó, después de que la bomba que llevaba escondida en un libro no consiguiera detonar, y su cadáver fue arrastrado hasta la orilla unas cuantas semanas más tarde; se había ahogado en misteriosas circunstancias.

La madre de un soldado profesional saudí estaba viendo las noticias con su hijo una tarde a comienzos de la década de 1990: «Mira lo que están haciendo, están violando a nuestras hermanas y matando a nuestros hermanos. Hijo mío, levántate y vete, no quiero volver a verte». Abu Saif, el soldado, y un amigo llamado Abu Hamad al Otaibi, pronto estuvieron en el pueblo de Bjala-Bucha en Bosnia. Cuando los serbios atacaron, la mayor parte de la cabeza de Abu Hamad quedó destrozada por un obús de 120 milímetros. Abu Saif murió de un disparo en la misma batalla. Mientras les bajaban a su tumba, sus compañeros yihadistas árabes dijeron: «Se amaron en este mundo y se amarán en el próximo». Lejos, en el este de Londres, al mismo tiempo, los estudiantes bangladesíes y paquistaníes del Tower Hamlets College veían un cortometraje, *Los campos de la muerte de Bosnia*, que hizo llorar a muchos. En la London School of Economics, el «ayatolá de Tottenham», el jeque Omar Bakri, jefe espiritual de origen sirio del extremista Hizb ut-Tahir, tenía a los estudiantes musulmanes puestos en pie y saltando a la vez que gritaban «¡Yihad para Bosnia!» tras una de sus incendiarias actuaciones en el auditorio principal[247].

Las percepciones de los musulmanes como víctimas se vieron enormemente reforzadas por las terribles guerras que estallaron en medio de la desintegración de Yugoslavia. Los Balcanes inspiraron

furia, con historias de serbios que usaban cuerdas atadas a sus coches para arrancar los testículos a los musulmanes. En marzo de 1992, la predominantemente musulmana Bosnia-Herzogovina declaró su independencia, recordando a sí a los musulmanes del resto del mundo que tenían a dos millones de correligionarios de lengua serbocroata naturales de esta parte de Europa, eslavos del sur que habían sido islamizados bzyo los otomanos. Sin embargo, tras décadas de comunismo y educación secular, e índices de endogamia urbana del 30 por ciento en torno a la década de los ochenta, los musulmanes bosnios eran principalmente musulmanes por cuestiones de cultura y tradición más que de fervor. Ciertas costumbres y hábitos particulares les distinguían —como el tomar café en tazas sin asas, la circuncisión de los niños y ciertos nombres característicos— pero también bebían alcohol y comían cerdo, y se mostraban fuertemente europeizados y escasamente hostiles a un Occidente que consideraban superior al comunismo[248].

Bosnia tiene una tradición islamista propia, aunque ésta estaba confinada a un muy reducido puñado de intelectuales. Alija Izetbegovic, el primer presidente bosnio, era un ejemplo típico de la mayoría de éstos, que había madurado desde las influencias de los Hermanos Musulmanes de su juventud, que le habían llevado a acabar repetidamente en las prisiones del dictador comunista Tito, hasta un respaldo a la democracia y una apertura hacia la cultura occidental. Hizo lo imposible por conciliar las susceptibilidades de croatas y serbios mientras la Bosnia independiente se desarrollaba. Esta posición relativamente lúcida presentaba un marcado contraste con la tosquedad con la que antiguos comunistas, como Slobodan Milosevic, abrazaban un extremo nacionalismo socialista serbio y cristiano ortodoxo que explotaba la todavía visceral mitología de la Segunda Guerra Mundial. A ojos de los serbios, los croatas eran *ustashe* contemporáneos —el partido fascista católico que Hitler y Mussolini habían ayudado a hacerse con el poder— mientras que los dos millones de musulmanes bosnios eran fundamentalistas islámicos. Desde el punto de vista étnico, no eran más que serbios

romanizados o arabizados. Como había sucedido ya cuando Croacia y Eslovenia declararon su independencia, Milosevic usó la fuerza combinada del ejército federal yugoslavo, dominado por los serbios, y de siniestros paramilitares de etnia serbia para fusionar los enclaves territoriales que pretendía incorporar a una Gran Serbia. Esta táctica fue bloqueada por los croatas, que dejaron que Milosevic redirigiera esta maligna energía hacia Bosnia, donde el psiquiatra reconvertido en político Radovan Karadzic ya había declarado las Regiones Autónomas de Serbia como una nueva Bosnia independiente que fue reconocida por la CEE en abril de 1992.

Los políticos de Europa occidental adoptaron la característica estrategia de excluir a Estados Unidos de lo que, con actitud protectora, alegaban que era un problema europeo, a la vez que daban señales de un aristocrático desdén digno de Bismarck hacia los belicosos salvajes de los Balcanes. Se aferraban a cualquier cliché histórico en sus imaginaciones educadas en colegios caros para justificar una inercia fatídica. Al negar armas a los musulmanes bosnios les dejaron a merced de las fuerzas serbias que contaban con una enorme capacidad de almacenaje (y fabricación) que era inmune a un imparcial embargo de armamento de la ONU. Los patricios británicos usaron todo tipo de escurridizas evasivas para no hacer nada mientras las matanzas, violaciones y la limpieza étnica se producían delante de sus narices, hasta que los medios de comunicación mundiales —sobre todo Penny Marshall de la ITN— lo volvieron imposible al hacer públicas escenas casi dignas de Bergen-Belsen. Los cristianos y judíos occidentales quedaron tan sobrecogidos por lo que veían como el resto del mundo, forzando en muchos casos a sus reticentes gobiernos a hacer algo al respecto al compararlo con el Holocausto.

Al principio el mundo musulmán organizado no supo cómo responder ante las penalidades de una comunidad musulmana de la que no sabía prácticamente nada. En 1992 se debatió la cuestión en conferencias islámicas en Estambul y Jeddah. Los iraníes fueron los

primeros en ofrecer ayuda práctica, enviando armas e instructores vía Turquía y Croacia a Bosnia, una corriente de suministro que Estados Unidos toleró para compensar el desequilibrio entre Bosnia y Croacia y Serbia, ya que muchas de estas armas se caían de sus embalajes en Zagreb. Egipto y Arabia Saudí donaron, respectivamente, ayuda humanitaria y ciento cincuenta millones de dólares, aunque no alentaron la repetición de la yihad afgana árabe que estaba ya enviando militares de vuelta a sus países a raudales. Inevitablemente, desde la caída de Kabul en 1992, los electrones libres de la yihad fueron atraídos hasta Bosnia como si se tratara de un poderoso imán. A menos que se adentraran más en Afganistán, no tenían ningún sitio a donde ir, ya que su lugar de origen no era una opción. Pakistán había bloqueado además el paso de más árabes hacia ese país. Hombres conectados con Al Qaeda instalaron el personal necesario para recibir tanto a los muyahidines afganos árabes como a los reclutas locales de entre los inmigrantes musulmanes europeos a medida que llegaban a Bosnia vía Croacia.

Un saudí de cuarenta y dos años, el jeque Abu Abdel Aziz «Barbarroja» —haciendo referencia este último apelativo a su barba teñida de henna de treinta centímetros— era un veterano afgano árabe conocido también como «Hown» por los cohetes de artillería soviéticos Hound que había usado con tanta maestría. Él fue uno de los primeros reclutas de Al Qaeda. Aunque inicialmente pensó que Bosnia podría estar situada en Estados Unidos, Aziz rápidamente declaró que el conflicto era una legítima guerra santa para sus camaradas yihadistas salafistas. Otro participante clave era un clérigo radical, un egipcio llamado Anwar Shaaban, imam del Instituto Cultural Islámico de Milán, una mezquita instalada en un antiguo garaje. Hay diez mezquitas en Milán, que dan servicio a una población musulmana de unas cien mil personas. La mayoría son moderadas, pero no el ICI, siguiendo el ejemplo de su equivalente londinense de Finsbury Park a la hora de animar a los fieles a ocupar las aceras en una agresivo desafío a los automovilistas y comerciantes. La mezquita era también el punto neurálgico de una

organización de extorsión que monopolizaba el suministro de carne *halal* a los carniceros, a los que aterrorizaba para que se convirtieran en clientes exclusivos[249]. El ICI ejercía un papel equivalente al de Abdullah Azzam en Peshawar durante las guerras de Afganistán y a los del clérigo jordano Abu Qatada y Abu Hamza al Masri en su labor de enviar combatientes a Bosnia. Hamza, con el gancho que tenía por mano, fue a Bosnia en persona, pero pronto comenzó a llevarse mal con los islamistas argelinos que encontró allí. Otro clérigo radicado en Italia, Mohamed Ben Brahim Saidani, responsable de una mezquita en Bolonia, era el vínculo directo entre la yihad bosnia y Bin Laden. Además de estos dos, toda una red de clérigos islamistas, incluidos el jeque Abu Talal al Qasimy en El Cairo y el jeque Omar bin Ahmad en Yemen, hacían sonar los tambores para atraer a los jóvenes a Bosnia. Mientras estos clérigos proporcionaban la leigitimización teológica, y muchos reclutas, para este nuevo campo de batalla de la yihad, los veteranos de Afganistán argelinos y egipcios, como Budela al Hajj, Moataz Billah y Wahiudeen al Masri organizaban el entrenamiento militar en dos campamentos que los yihadistas operaban en Mehurici y Zenica.

Una variopinta colección de voluntarios invadió Bosnia. Un príncipe bahrainí y una estrella de fútbol del país, un jugador de balonmano qatarí y jóvenes estudiantes de medicina británico-musulmanes se codeaban con corpulentos árabo-estadounidenses de Detroit. El cameraman oficial del grupo era un joven musulmán alemán, que siendo adolescente descubrió que sus padres alemanes le habían adoptado de una pareja turca, con quienes volvió. A la edad de veintiún años Abu Musa fue a Bosnia a combatir y filmar para los muyahidines, siendo una de sus principales tareas el capturar las sonrisas de los yihadistas moribundos. Una oscura red de organizaciones benéficas islamistas, con base en Estados Unidos, Europa, África del Norte y Oriente Próximo, muchas de las cuales tenían vínculos probados con terroristas de Al Qaeda y se encargaban también de mover su dinero, engrasaban la congregación y distribución de este ejército. Los nombres,

Preocupación Humana Internacional o Agencia de Auxilio para el Tercer Mundo, ocultaban sus malignos propósitos.

Los combatientes de base eran gentes salvajes, con sus gorros de estilo afgano y largas chaquetas acolchadas, cuyos gritos de «¡Allahu Ajbar!» hacían estremecerse a los soldados de la fuerza de paz de la ONU, que habían recibido órdenes de no dispararles. Asustaban a sus aliados bosnios, que en general querían vivir, así como a los aldeanos a cuyos cerdos disparaban. La presencia de los yihadistas árabes en Bosnia condujo a una nueva retórica apocalíptica, en la que esta compleja lucha aparecía reflejada como «una guerra entre el islam y la cristiandad, [...] una guerra llevada a cabo por Occidente entero contra el mundo islámico». Produjo también la introducción de costumbres afganas, como cuando las cabezas de tres serbios capturados fueron exhibidas clavadas en estacas, mientras otros fueron burdamente circuncidados con un puñal militar. Un prisionero serbio describió lo que le sucedió en cautividad con los yihadistas árabes: «Tan pronto como llegamos, los muyahidines nos ataron con una manguera en la que introdujeron aire a presión haciéndola expandirse y presionar nuestras piernas. Esto causaba dolores terribles y Gojko Vujeiae juró [por] Dios, así que uno de los muyahidines se lo llevó aparte y le cortó la cabeza. No vi qué fue lo que utilizó para hacer el corte, pero sé que trajo la cabeza a la habitación y nos obligó a besarla. Después los muyahidines colgaron la cabeza con un clavo a la pared». No es de extrañar que los serbios capturados, como los soviéticos capturados en Afganistán, comenzaran a aceptar ofertas para convertirse al islam.

Cuando en 1993 los muyahidines árabes y sus aliados bosnios se vieron combatiendo con los croatas además de con los serbios, ocurrieron atrocidades similares. En una ocasión, los yihadistas tuvieron que ser contenidos por sus aliados bosnios cuando intentaban volar un antiguo monasterio después de haber destrozado ya las imágenes de Jesús y la Virgen María de los murales que rodeaban el altar. En otro lugar cogieron a cuatro

jóvenes de un pueblo, les cortaron la garganta y recogieron su sangre para poder volcarla de nuevo sobre las cabezas de las víctimas[250]. Los trabajadores de organizaciones humanitarias se convirtieron también en objetivos, siendo el caso más tristemente célebre el del secuestro de tres británicos, que acabó con el asesinato a modo de ejecución de Paul Goodhall, y los disparos a sus dos amigos cuando intentaban escapar para evitar correr la misma suerte a manos de los yihadistas. Las tensiones entre el ejército bosnio y sus indispensables amigos extranjeros llevaron a la formación de un Batallón de los Guerreros Santos independiente, cuyas tendencias semisuicidas se pusieron en evidencia en varias batallas importantes. El gobierno de Bosnia tenía con ellos una deuda de sangre. Esto explica por qué ese gobierno ignoró las advertencias de que las redes que apoyaban a estos combatientes extranjeros estaban a la vez implicadas en actos de terrorismo. En 1995 se envió desde Bosnia a yihadistas argelinos para descargar sus escopetas sobre un imam de París que había sido uno de los cofundadores del Frente Islámico de Salvación, y que para entonces estaba enfrentado al más extremista Grupo Islámico Armado o GIA. Otros hombres conectados con la «organización benéfica» Preocupación Humana Internacional fueron los responsables de dos atentados con bomba en el metro de París —el primero de los cuales mató a diez personas e hirió a 116— así como de un intento fallido de hacer descarrillar un TGV de alta velocidad cerca de Lyon, un indicio temprano de que los yihadistas no tenían ningún problema en causar víctimas indiscriminadas en masa.

Las advertencias provenientes de Egipto sobre este nido de víboras en pleno centro de Europa fueron también ignoradas por la mayoría de los gobiernos del continente. Después de que se frustrara un intento de asesinar a Hosni Mubarak, los egipcios decidieron devolver el golpe. Hicieron que la policía croata detuviera a Talal al Qasimy, simultáneamente patrón de los yihadistas de Bosnia y portavoz internacional de Al Gama'at, la organización terrorista que había cooperado con Al Qaeda en su intento de

asesinar al líder egipcio en Addis Abeba. En uno de los primeros ejemplos de entrega supervisada por la CIA bajo el presidente estadounidense Bill Clinton (ya que George W. Bush no patentó esta política), Al Qasimy fue «desteñí torializado» al ser trasladado a un barco de guerra de Estados Unidos, y cedido después a los egipcios. Tras una temporada en las llamadas «villas fantasma» mantenidas por el servicio secreto egipcio, fue ejecutado en cumplimiento de una sentencia de muerte aprobada en 1992[251]. Una década antes de que se produjeran las grandes atrocidades terroristas en Europa, el gobierno egipcio emitió una clara advertencia en *Al-Ahram*:

> Su arresto [de Al Qasimy] prueba lo que siempre hemos dicho, que es que estos grupos terroristas están operando a escala mundial, usando lugares como Afganistán y Bosnia para formar a sus combatientes, que regresan luego a Oriente Próximo [...]. Países europeos como Dinamarca, Suecia, Suiza, Inglaterra y otros, que ofrecen asilo a estos terroristas, deberían entender ahora que esto vendrá para perseguirles allí donde viven.

Prácticamente todos los gobiernos europeos, con la honorable excepción del francés, ignoraron una advertencia cuya escalofriante verdad es evidente una década después.

Mientras sesenta mil soldados del paz de la OTAN llegaban a Bosnia como consecuencia de los Acuerdos de Dayton para poner fin a la carnicería, el gobierno bosnio permitía a muchos de los yihadistas árabes, incluyendo aquellos que se habían casado con mujeres locales, convertirse en ciudadanos proporcionándoles grandes cantidades de pasaportes en blanco. Esto esquivaba la disposición de Dayton de que los yihadistas tenían treinta días para abandonar el país. Los pueblos en los que se asentaron adquirieron señales de tráfico que advertían: «¡TEMED A ALA!». Dado que los yihadistas consideraban el acuerdo de paz como una traición y

veían a las tropas occidentales de la OTAN como enemigos del islam, se produjeron todo tipo de incidentes desagradables cuando las dos partes se encontraban, e incluso un terrorista suicida canadiense atacó una comisaría de policía croata en venganza por el secuestro de Al Qasimy. En diciembre un suicida británico de diecinueve años resultó muerto cuando el coche bomba que estaba preparando para ser usado contra las fuerzas croatas explotó antes de tiempo. Le siguió una espiral de violencia, especialmente después de que soldados croatas tendieran una emboscada y asesinaran al jeque Anwar Shaaban, la figura clave de toda la yihad bosnia. Mientras en Bosnia se celebraba la Navidad por primera vez en cuatro años, los muyahidines dispararon a soldados croatas que volvían de misa.

Lo que sucedió en Bosnia es importante por varias razones. Las guerras movilizaron a la opinión pública musulmana por todo el mundo, simplificando complejos conflictos intestinos para convertirlos en una guerra entre la cristiandad y el islam —una visión en parte socavada por los enormes esfuerzos de auxilio realizados por cristianos de Occidente que habrían retrocedido con disgusto ante el cristianismo nacionalista ortodoxo de los serbios, cuyos únicos aliados firmes eran sus correligionarios rusos—. Los yihadistas extranjeros adquirieron una mayor experiencia de combate y extendieron los recursos de organización del terrorismo hasta Europa, bajo las narices de los servicios de seguridad que todavía tenían que enterarse de que Preocupación Humana Internacional no era exactamente lo que las palabras implicaban. Y aún había algo más. La guerra fue resuelta por otra Pax Americana y la presencia de un gran número de tropas de la OTAN, incluyendo muchas de países musulmanes como Turquía. El intento de los yihadistas de plantar palmeras islamistas en las nieves de las colinas bosnias había fracasado. La población musulmana local era como un cuerpo que rechaza un transplante de órgano. Al tener frente a frente lo que los yihadistas representaban, los musulmanes bosnios optaron por su tradición local de confinar la religión a la

esfera privada, e ignoraron entre risas los llamamientos radicales a prohibir a Papá Noel. Que esto fuera todo a lo que hacían llamamientos los islamistas radicales constituía una victoria de dimensiones notables. El problema era que esta realidad en evolución no moderaba las escenas de yihad que circulaban en Internet o vía DVD, ya que éstas se habían unido también ya a este cuento fantástico intemporal[252].

Un tercer conflicto incendió la imaginación de los yihadistas salafistas al proporcionar espeluznantes imágenes del sufrimiento de musulmanes y, lleva a sospechar con fuerza, escenas de feroces represalias que a menudo reflejaban una psicopática ansia de sangre. Cuando los anglo-paquistaníes aspirantes a yihadistas se sientan una noche en algún ruinoso barrio de las afueras en el norte de Inglaterra para ver a sus camaradas espirituales en acción, las escenas más espantosas invariablemente provienen de la guerra de Chechenia, cuyas agonías y complejidad han sido reducidas a una película gore yihadista en un DVD que cuesta unos veinte dólares. La implosión de la Unión Soviética en diciembre de 1991 no sólo conllevó el colapso del imperio soviético externo, sino además a las exigencias de una mayor autonomía dentro de la recién creada Federación Rusa, el 30 por ciento de cuyos ciudadanos no eran de etnia rusa. Solamente dos subditos federales se negaron a firmar el Tratado de la Federación de 1992, y para 1994 Tartaristán había negociado un acuerdo especial que le concedía una autonomía mejorada. Eso dejaba sola a Chechenia, la parte predominantemente musulmana de la antigua república soviética chechena-ingush, un millón de cuyos habitantes Stalin había deportado en 1944 a Kazajistán, de donde los supervivientes regresaron a sus hogares en 1957. Se encontraron con que ochocientas mezquitas y cuatrocientos colegios religiosos habían sido clausurados, mientras que los santuarios o mazars, esenciales para las hermandades sufíes a las que pertenecían muchos chechenos, habían sido cerrados o demolidos. Aunque el mundo

musulmán ignora por completo este hecho, han sido en su gran mayoría estudiosos occidentales como Robert Conquest y John Dunlop quienes han pasado décadas investigando los crímenes de la Unión Soviética contra el pueblo checheno, estudios en parte inspirados por el espíritu de la Guerra Fría, pero que honran además la lucha de una pequeña nación contra un totalitarismo chauvinista. Otros han contribuido a mejorar nuestra comprensión del papel del islam en la sociedad chechena. La amplia mayoría de los chechenos practican una popular vertiente sufí del islam que incorpora costumbres locales, música de tambores y cuerda, y venerables paganismos; desde la década de los ochenta aproximadamente un 10 por ciento han adoptado las más tonificantes creencias de los wahabíes.

El 6 de septiembre de 1991, militantes separatistas chechenos liderados por el ex general soviético Dzojar Dudayev, un checheno casado con una rusa, irrumpieron en el Soviet Supremo checheno-ingush, matando al líder comunista de la capital, Grozni, y disolviendo en la práctica el gobierno. Tras hacerse elegir presidente con un margen sospechosamente amplio, Dudayev declaró unilateralmente la independencia de Chechenia. Cuando el presidente de Rusia, Boris Yeltsin, declaró el estado de emergencia y envió las tropas del Ministerio del Interior a Grozni, el presidente soviético Mijaíl Gorbachov declaró ilegal esta acción. Los chechenos rodearon a las tropas rusas y las mandaron a casa. Dos meses más tarde, Shamil Basayev, cuyo nombre evocaba al legendario imam Shamil que había luchado contra los invasores zaristas a mediados del siglo XIX, secuestró un avión ruso con 178 pasajeros que se dirigía a Ankara, en Turquía. Amenazó con hacerles volar por los aires a menos que Yeltsin rescindiera el estado de emergencia. El incidente se resolvió pacíficamente, pero sorprendentemente el presidente Dudayev nombró a Basayev coronel y le dio el mando de su Guardia Presidencial, una respuesta preocupante a un acto de terrorismo.

En 1992 Dudayev envió a Basayev a socorrer a las fuerzas musulmanas nacionales de Azerbaiyán que luchaban contra los cristianos armenios, apoyados por los rusos, en Nagorno-Karabaj, y después a ayudar a los abjasios que combatían por liberarse de Georgia. Los rumores no auguraban nada bueno. Una de las razones por las que doscientas mil personas de etnia georgiana habían huido aterrorizadas de Abjasia era que, tras decapitar a un centenar de prisioneros, Basayev había organizado partidos de fútbol para sus hombres en los que se jugaba con las cabezas de los cautivos. El regresó a Chechenia con una banda de brutales «lobos», aunque la variedad humana era bastante más siniestra que la de cuatro patas. En 1994 Basayev y veinte de sus mejores hombres volaron a Pakistán donde el ISI les enviaba para recibir un adiestramiento avanzado en un campamento muyahidín de Afganistán. Volvió de nuevo a Chechenia tras ponerse enfermo manipulando armas químicas, siendo éstas y los explosivos nucleares una constante en las apocalípticas maldiciones que lanzaba contra Rusia.

Cuando apareció una oposición, respaldada por Moscú, contra el gobierno dictatorial del presidente Dudayev, Basayev desempeñó un papel fundamental en su supresión, derrotando a un escuadrón de tanques rusos que operaban como mercenarios independientes en el bando rebelde. El no demasiado disimulado apoyo ruso a los rebeldes se convirtió en una ofensiva a gran nivel una vez que el líder checheno rechazó un ultimátum de Yeltsin para que todos los bandos se desarmaran y abandonaran. El ataque ruso fue un caos, ya que oficiales y soldados se negaron a participar en acciones de dudosa legalidad, mientras los nerviosos reclutas llamados a filas desde las regiones vecinas temblaban a medida que se aproximaban a los formidables combatientes chechenos. Al encontrar resistencia en Grozni, la mayoría de cuyos ciudadanos eran de etnia rusa, los rusos pasaron cinco semanas bombardeando la ciudad con artillería pesada y oleadas de bombarderos. Dado que los rebeldes chechenos se habían replegado para librar una

campaña de guerrillas desde las montañas, la mayor parte de los veintisiete mil muertos que se produjeron en la ruinosa ciudad eran civiles inocentes, que a diferencia de los chechenos no tenían *teips* tribales o clanes entre los que buscar refugio.

Las guerras chechenas se libraron con una brutalidad terrible por parte de ambos bandos, antes incluso de que los chechenos recurrieran a una espectacular violencia terrorista. Los chechenos usaron minas y emboscadas para obstaculizar los movimientos de los rusos mientras éstos, muchos de cuyos comandantes estaban continuamente borrachos, pulverizaban ciudades y pueblos con fuego de artillería que no tenía en cuenta la presencia de civiles. La tortura a los prisioneros era habitual en ambos lados por igual. Después de que los rusos asesinaran a once miembros de la familia de Basayev arrojando dos bombas de seis toneladas sobre la casa de su tío, se encontraban entre las víctimas la esposa y el hijo del líder militar, ningún piloto ruso capturado sobreviviría. Basayev tomó dos decisiones fatídicas.

En primer lugar, decidió llevar la guerra a Rusia, o, como él decía, hacer que los rusos vieran qué aspecto tiene la sangre, el segundo de los muchos actos de terrorismo que cometió. Estas acciones servían a la propaganda rusa, que se basaba en la reputación que los chechenos tenían de manera generalizada entre los rusos de a pie de dedicarse a actividades de estilo mañoso. En el verano de 1995 escondió a 145 de sus hombres en camiones, mientras otros, disfrazados de policías rusos, afirmaban que los vehículos contenían los cuerpos de soldados rusos muertos en Chechenia, Los sobornos garantizaron que el convoy se deslizara a través de los puestos de control rusos hasta que fue detenido en la ciudad sureña de Budennovsk. Escoltados a la comisaría de policía de la localidad, los hombres ele Basayev saltaron de los camiones y asesinaron a todos los policías, antes de comenzar un tiroteo a gran escala contra los refuerzos policiales en el centro de la ciudad. Basayev inicialmente protegió el hospital de la ciudad, situado en un antiguo monasterio, con el fin de tratar a sus heridos, pero luego

decidió usarlo como último reducto. Llevó en manadas a cientos de rehenes civiles al edificio, conectando explosivos a las entradas y salidas. El hecho de que hubiera un total de mil seiscientos rehenes le convierte en el mayor incidente de esta clase en la historia moderna. Para demostrar que iba en serio, y para saldar una antigua deuda, mató personalmente a tiros a seis pilotos rusos que sacó de entre los pacientes.

Rechazando todas las ofertas de compromiso, y las súplicas del general Asían Masjadov, Basayev advirtió de que mataría a todo el que se encontrara en el edificio si los rusos no abandonaban su campaña en Chechenia. Cuando se le informó de que los rusos estaban planeando rodear y disparar a dos mil chechenos, indicó que ya podían matar a todos los chechenos de Rusia que él «ni se inmutaría». El ministro de Defensa decidió que cuatro días así eran suficientes. Se ordenó a las tropas rusas que asaltaran el edificio, lo que dio como resultado las muertes de más de un centenar de rehenes antes de que consiguieran abrirse paso hasta el primer piso. Al día siguiente el primer ministro Viktor Chernomirdin decidió negociar con Basayev en directo por televisión. Como resultado de estas conversaciones, Basayevy sus hombres (escudados por 139 rehenes voluntarios) partieron de vuelta a Chechenia en seis camiones, con un vehículo refrigerado a la zaga que transportaba a sus muertos. Ese mes de julio se firmó un acuerdo de paz[253].

La segunda maniobra de Basayev fue solicitar los servicios de un saudí con el que había luchado en Abjasia, Samir bin Salej al Suweilum, también conocido como Al Jatab, o por los variados nombres de «el manco Ajmed», «el árabe negro», o «el león de Chechenia». Moreno, de nariz aplastada, grueso y con una barba que le da aspecto de oso, la amenazante cara de Al Jatab adorna miles de cubiertas de DVD lanzados por Hamás y similares (perdió una mano por una granada casera), Había renunciado a la oportunidad de estudiar en Estados Unidos a favor de librar la yihad de Afganistán donde luchó, durante seis años, bíyo la égida de Abdullah Azzam y Osama Bin Laden. Quizá porque afirmaba que su

madre era natural del Cáucaso o simplemente porque vio los combates en la televisión, acudió a ayudar a los azeríes musulmanes, a lo que le siguió una temporada matando rusos en Tayikistán. Después de haber conocido ya a Basayev, Al Jatab resurgió en Chechenia a comienzos de 1995, llevando consigo a otros ocho árabes que fueron contratados como «consultores» para adiestrar a los combatientes chechenos. Trajo más árabes afganos, y hombres con los que había luchado en Daguestán, para formar su propio regimiento islámico. Ese otoño unos cuarenta de estos hombres diezmaron a un centenar de soldados rusos en una emboscada. En su siguiente excursión, en abril de 1996, atacaron un convoy de cincuenta camiones rusos, que mató a doscientos soldados en una acción que fue grabada en vídeo de principio a fin. Se puede ver a Al Jatab blandiendo las cabezas cortadas de oficiales rusos, gritando «¡Allahu Ajbar!». En agosto de 1996 Basayev y Al Jatab asaltaron la guarnición rusa de Grozni; Al Jatab recibió las más altas condecoraciones de Ichkeria (Chechenia) y fue ascendido a general. Cuatro meses más tarde asesinó a seis trabajadores de ayuda humanitaria de Cruz Roja en un hospital, tras advertir que encontraba ofensivas las omnipresentes cruces. Ese otoño abrió también el primero de cuatro campamentos de entrenamiento wahabíes, a los que los yihadistas internacionales acudían en tropel para dar cursos de dos a seis meses en emboscadas, toma de rehenes, combate armado y no armado y sabotaje. El dinero saudí pagaba la infraestructura religiosa wahabista, que supuestamente presagiaba una República Islámica del Cáucaso en estado embrionario, ya que el plan era conectar los enclaves wahabíes en el vecino Daguestán tras un golpe de estado.

El general Asían Masjadov, un antiguo oficial de artillería del Ejército Rojo, era en gran medida el responsable de que los separatistas chechenos dominaran la situación en la primera guerra de Chechenia. Fue él quien en diciembre de 1996 negoció un alto el fuego en Jasar-Yurt con el general Alexander Lebed, héroe de la guerra de Afganistán. Los rusos emprendieron la retirada de tropas

a la vez que accedían a comenzar conversaciones, programadas para comienzos de 2001, para determinar las futuras relaciones de Chechenia con la Federación Rusa. Dudayev había sido asesinado en abril de 1996 por un misil ruso, y Masjadov le sucedió como presidente a comienzos de 1997. A ojos de los rusos éste era un mal menor en comparación con el otro principal candidato, Shamil Basayev.

Una segunda guerra de Chechenia estalló en agosto de 1999, cuando los rusos intentaron revertir la independencia de facto que Masjadov había logrado en la primera guerra contra la desordenada marabunta de reclutas rusos. Desde la perspectiva rusa había varias razones para reemprender la guerra. La generalizada falta de respeto a la ley y los secuestros para pedir enormes rescates eran endémicos en Chechenia, mientras que la diáspora chechena en la propia Rusia estaba fuertemente involucrada en el crimen organizado. Obviamente, había muchos gánsteres de otras nacionalidades, pero los chechenos gozaban de una especial reputación por sus disputas de sangre y brutalidad, mala incluso para los estándares locales. Aún peor, si Chechenia lograba su independencia otras regiones podrían hacer similares intentos de lograr la libertad, poniendo en marcha un efecto dominó que podía amenazar las rutas del sur de Rusia para el suministro de petróleo y gas desde la región del Caspio. Existía también una creciente dimensión islámica. Con el objetivo de aplacar a Basayev y los yihadistas, Masjadov introdujo la *sharia*, ejecutando públicamente a unos pocos delincuentes en un momento en que Rusia había abolido la pena de muerte, y se volvió hacia el Golfo y más allá en busca de apoyo externo. Fue incapaz de corregir la impresión de que no estaba al mando de gánsteres y señores de la guerra o de que los yihadistas estaban fuera de control. Por orden de Basayev, Al Jatab y sus yihadistas árabes atacaron a las tropas rusas en el vecino Daguestán. Sospechando que esto formaba parte de un proyecto más amplio para islamizar todo el norte del Cáucaso, se envió a las fuerzas aéreas rusas, que arrojaron bombas

termobáricas sobre pueblos chechenos matando a cientos de personas.

Algunos, de los que la mayoría hoy están muertos, consideran la segunda guerra de Chechenia parte de una oscura conspiración por parte de la policía secreta y la industria para acabar con el pasajero flirteo de Rusia con la democracia y el libre mercado. El antiguo teniente coronel del KGB Vladimír Putin ha sido el principal beneficiario, y los diversos oligarcas los mayores perdedores, ya que unos misteriosos actos terroristas fueron explotados para revertir los avances en materia de liberalización de la era Yeltsin. En septiembre de 1999 varias explosiones demolieron bloques enteros de apartamentos en Moscú y otras ciudades rusas. Cientos de personas murieron. Se atribuyeron estos atentados a los terroristas separatistas chechenos, lo que se tradujo en que desventurados emigrantes chechenos fueron acorralados e incriminados falsamente por el FSB (sucesor del KGB). El descubrimiento de la implicación del FSB con una bomba que no llegó a estallar en Ryazan fue cubierto con alegaciones de que toda la operación era un «ejercicio» con inofensivo azúcar, en lugar del explosivo hexógeno. Aquellos que afirmaron lo contrario se encontraron a continuación con que los frenos de sus coches fallaban o, como la periodista Anna Politkovskaya, fueron asesinados a tiros o de algún otro modo (el ex agente Alexander Litvinenko fue envenenado de manera absolutamente pública por asesinos relacionados con el FSB en medio de Londres).

Putin ascendió de primer ministro a presidente en medio de una atmósfera tóxica con chauvinismo, miedo y resentimiento por el imperio perdido. Usando su fuerza aérea y soldados profesionales bajo contrato en lugar de desventurados reclutas, los rusos atacaron a los separatistas chechenos ese otoño. Arrojaron bombas de racimo y bombardearon pueblos con obuses y cohetes de artillería, sin ninguna consideración hacia las víctimas civiles. Los rusos pasaron a dominar las llanuras chechenas del norte y pulverizaron las ruinas de las ciudades de Chechenia. En febrero de 2000

tomaron Grozni tras semanas de combates que habían reducido la ciudad al estado de Dresde en 1945. El despliegue de ochenta mil soldados regulares, e innumerables agentes de seguridad, obligó a los separatistas chechenos a luchar una guerra de guerrillas desde las montañas y a lanzar una campaña de terror a gran escala cuyas ramificaciones internacionales motivaron que tras el 11-S los grupos chechenos fueran incluidos en varias listas de vigilancia occidentales.

Ambos bandos lucharon con saña y sin reglas. Como señaló una vez Putin: «Los cogeremos dondequiera que estén. Si encontramos terroristas en el retrete, entonces los liquidaremos en el retrete. Yeso es todo». El FSB extendió su mando hasta «tocar» a Aljatab en 2002, tras descubrir que su madre, desde Arabia Saudí le enviaba regularmente correo vía Bakú en Azerbaiyán que era siempre recogido por el mismo mensajero. En marzo el mensajero trajo un paquete que contenía una videocámara Sony-para grabarle cortando cabezas—, un reloj y una carta. Aljatab se retiró para abrir la carta; regresó con una palidez cadavérica quince minutos después y cayó muerto. Había sido envenenado con botulismo salpicado sobre la carta. Su patrón Basayev disparó al mensajero, de quien sospechaba que trabajaba para el FSB.

Como para señalar que la muerte de Aljatab no cambiaba nada, ese verano una enorme mina estalló en medio de un desfile militar ruso que conmemoraba el fin de la Gran Guerra Patriótica. El 22 de octubre una numerosa banda de terroristas chechenos —que incluía a varias mujeres, algunas en la cuarentena, cuyos maridos o familiares habían muerto en manos de los rusos— se hicieron con un teatro en la zona de Dubrovka, en Moscú, durante el segundo acto de un musical. Tomaron a ochocientas personas como rehenes, cablearon el auditorio con explosivos y pavoneándose con cinturones explosivos envueltos con clavos, tuercas y tomillos. Comenzaron a disparar a los rehenes con el fin de presionar a Rusia para que retirara sus fuerzas de Chechenia. Sobre las tres de la madrugada del 26 de octubre, comandos rusos liberaron un

misterioso gas en el teatro, dejando inconscientes a varios rehenes y a unos pocos terroristas en los asientos de las filas delanteras cercanos al foso de la orquesta, que a estas alturas se había convertido en el retrete comunitario. Doscientos miembros de comandos rusos irrumpieron entonces en el edificio, matando a cuarenta y un terroristas, la mayoría de un único disparo en la cabeza. Ciento treinta rehenes murieron también, debido a que las autoridades no informaron a los hospitales locales del tipo de gas que habían usado en el asalto.

Adoptando tácticas que los israelíes habían sido los primeros en aplicar, los rusos demolieron los hogares de las familias de todos aquellos terroristas muertos en el asedio al teatro de Dubrovka. Arrojaron bombas termobáricas en el desfiladero de Vedeno en un intento de asesinar a Basayev. Para entonces, luciendo una pierna de madera tras pisar una mina, Basayev amenazaba con usar misiles crucero o bombas nucleares en el «torbellino de terror» que deseaba que visitara las ciudades rusas. El 13 de febrero de 2004, asesinos del FSB mataban al ex presidente checheno en funciones Zelimjan Yandarbiyev con un coche bomba en una mansión de Doha, en Qatar, propiedad de un destacado traficante de armas saudí. Los rusos fueron atrapados, juzgados y encarcelados, aunque su controlador local escapó a la justicia alegando inmunidad diplomática. Basayev devolvió el golpe cuando una bomba empotrada en la sección VIP del Dynamo Stadium de Grozni mató al presidente chechecho prorruso Ajmad Radirov y a varios miembros de su gobierno. Este asesinato detuvo la política de Putin de «chechenizar» el conflicto mediante clientes locales, provocando una sangrienta disputa entre Basayevy el hijo del presidente muerto, Ramzan Kadirov.

Basayev montó su acción más ruin ese año, logrando captar la atención del mundo a pesar de que las autoridades rusas prohibieron ejercer a los reporteros extranjeros, les acosaron y pusieron drogas psicotrópicas en el té de los más audaces periodistas locales que volaron allí para cubrirla. El 1 de septiembre

de 2004, el Día del Conocimiento en el calendario escolar ruso, treinta y dos terroristas chechenos fuertemente armados tomaron la Escuela Número Uno de Beslán, en Osetia.

Retuvieron como rehenes a mil doscientos niños, padres y profesores en el gimnasio, matando inmediatamente a cualquiera que hablara osetio en vez de ruso y de quince a veinte hombres cuyo físico indicaba que podrían ofrecer resistencia. Los deshidratados y hambrientos niños se vieron obligados a desnudarse en el terrible calor. Mientras las negociaciones para resolver la crisis entraban en su tercer día, unas explosiones en el interior de la escuela llevaron a un asalto realizado por cientos de hombres de las formaciones mal coordinadas del servicio secreto, el ejército y la policía. Mientras los reclutas del ejército huían de la escena, llegaron civiles locales armados hasta los dientes causando un caos y una confusión aún mayores. El tejado fue incendiado con lanzallamas mientras los tanques disparaban misiles antipersonales a la escuela; los exhaustos y confusos rehenes estaban demasiado débiles para escapar. Un terrorista que trataba de huir fue linchado por los enloquecidos padres, mientras el colegio se quemaba frente a un anticuado camión de bomberos sin agua. Tampoco había ambulancias para llevar a las víctimas al hospital. Casi cuatrocientos rehenes murieron en este caos, junto a once miembros de los comandos rusos y todos menos uno de los treinta y dos terroristas. Dos de estos últimos eran argelinos británicos residentes en Londres y con vínculos con la mezquita de Abu Hamza en Finsbury Park. Antes de desaparecer en el sistema ruso de prisiones, el terrorista superviviente, Nur-Pashi Kulayev, explicó la estrategia que se escondía tras el asesinato de niños, básicamente el hacer estallar una guerra religiosa entre los osetios cristianos ortodoxos y los musulmanes chechenos e ingush que engulliría todo el Cáucaso. El 21 de septiembre de 2005 fuerzas especiales rusas localizaron el paradero de Asían Masjadovy lo asesinaron. Para entonces ya había sido designado como terrorista fugitivo con una recompensa de 10 millones de dólares sobre su cabeza. Un soldado ruso

supuestamente arrojó una granada en su escondite por error. El 10 de julio de 2006, agentes del FSB usaron un improvisado dispositivo explosivo para matar a Shamil Basayev cuando conducía su automóvil al lado de un camión lleno de explosivos. El joven Ramzan Kadirov todavía se las arregla para actuar como presidente de Chechenia, con su *ménage* de tigres mascota y hombres armados hasta los dientes.

En vista de esta atmósfera envenenada, era inevitable que fuerzas oscuras se vieran atraídas hacia Chechenia. En noviembre de 2006 la policía rusa dio el alto a un monovolumen que transportaba a tres hombres, uno de los cuales se identificó como Abdullah Imam Mohammed Amin, como confirmó su pasaporte sudanés. La foto de un individuo de mediana edad con traje y corbata y bien peinado no sugería nada inapropiado. Sin embargo, en la furgoneta había 6.400 dólares en siete divisas, un ordenador portátil, un teléfono por satélite, un aparato de fax y pilas de libros de texto de medicina. Una inspección más cuidadosa reveló una solicitud de visado para Taiwán, extractos de cuentas de un banco en Guandong, China, un recibo de un módem comprado en Dubái, un certificado del registro de una empresa en Malasia, y detalles de una cuenta bancaria en Misuri. El falso pasaporte sudanés tenía múltiples sellos de Taiwán, Singapur y Yemen. La policía rusa llamó al FSB, que envió el ordenador a Moscú para ser analizado. El señor «Amin» fue detenido cinco meses, tiempo durante el que arreciaron las cartas de protesta de clérigos musulmanes locales defendiendo su inocencia. En sujuicio, el juez decidió creer sus declaraciones de que era un devoto comerciante —el acusado cayó de rodillas en repetidas ocasiones para rezar en el banquillo— venido para examinar los precios del cuero. Recibió una sentencia de seis meses por entrada ilegal en el país, la mayor parte de la cual había cumplido ya. En su diario, Ayman al Zawahiri, quien en realidad era, escribió que «Dios les cegó frente a nuestras identidades». Tras pasar diez días libre en Daguestán cuidándose una úlcera, partió para unirse a Bin Laden en Afganistán[254].

Hubo otro conflicto más en la década de 1990 cuyas complejidades no hicieron mella en aquel musulmán con una visión estúpidamente polarizada del mundo. Después de que el ejército argelino hubiera «interrumpido» las elecciones de enero de 1992, el Frente Islámico de Salvación (FIS) fue prohibido y unos cuarenta mil militan tes islamistas enviados a campamentos en el Sáhara. El problema con el FIS era que aunque muchos de sus partidarios se llamaban a sí mismos demócratas, otros creían en eso de «un hombre, un voto, una vez». El islamismo armado antecedió a este golpe, desde que el Movimiento Islámico Argelino (MIA) se formó a comienzos de los ochenta y evolucionó para convertirse en el EIS o Ejército Islámico de Salvación un poco más tarde, mientras el GIA rival aparecía en 1991. Las dos organizaciones celebraban diferentes tipos de campaña. Algunas veces se fusionaban brevemente, pero más a menudo trataban de matarse los unos a los otros. Ambas contaban con una fuerte representación de veteranos argelinos de Afganistán, que gozaban de la gloria del éxito de la yihad, miembros del EIS que habían pasado a la clandestinidad, así como criminales y matones callejeros en paro que, combinando los Levi 501, el Kalashnikov y el Corán, imponían el islamismo totalitario en sus vecindarios. Ideológicamente, los grupos abarcaban a gente que todavía deseaba seguir un rumbo democrático desde una posición de poder armado, y yihadistas salafistas que consideraban la democracia antiislámica y a toda la población de Argelia como *kuffar* apóstatas. Esta inestable composición llevó a luchas a muerte entre facciones en el interior de estos grupos, que estaban sujetos a las sanguinarias atenciones del ejército argelino y turbias agencias de inteligencia que consideraban la tortura como algo rutinario. A los prisioneros islamistas que llegaban a la cárcel de Blida, donde era normal el uso de un soplete, se les decía: «Aquí no existen ni Dios ni Amnistía Internacional: o hablas o mueres».

A comienzos de la década de 1990 el GIA asesinó a unos noventa occidentales empleados en la industria del petróleo y del gas, forzando el éxodo masivo de seis mil europeos de Argelia.

Doce técnicos croatas fueron secuestrados y, con las manos atadas con alambre, se les cortó la garganta en una piscina vacía. El ministro francés del Interior, Charles Pasqua, deportó a siete clérigos islamistas a Burkina Faso. El GLA asesinó también a cuarenta periodistas, escritores y médicos francófonos argelinos, incluyendo al director de una revista de la Cabilia y novelista Taher Djaout, cuyo *Last Summer of Reason [El último verano de la razón]* describe la destrucción a manos de los islamistas de los agonizantes vestigios de la cultura cosmopolita de Argelia. Este gran escritor de izquierdas fue asesinado a tiros frente a su casa en una zona residencial de Argel. Su amigo cineasta Merzak Allouache recogió la hipocresía y la paranoia de los islamistas en su *Bab el-Oued City*, filmado en una atmósfera tan peligrosa que no pudo regresar a hacer segundas tomas a este barrio de la capital. El GIA también secuestró y ejecutó a un clérigo islamista que se negó a emitir una fatwa autorizando sus actividades y, en 1998 asesinó a Lounés Matoub, uno de los más destacados cantantes raï de la Cabilia. Aproximadamente seiscientas escuelas fueron incendiadas en un intento de erradicar la educación secular, mientras que sociólogos y psiquiatras se encontraron con el papel de víctimas simbólicas de disciplinas que no gustaban a los yihadistas. Las mujeres que no se ajustaban a las nociones islamistas del decoro eran amenazadas, violadas y asesinadas; la gente que insistía en acceder a la «pornográfica» televisión francesa por satélite era advertida antes de que sus cabezas acabaran en los platos de las antenas parabólicas desconectadas.

Afínales de 1994, cuatro secuestradores del GIA tomaron control de un avión de Air France en el aeropuerto de Boumedienne con la intención de estrellarlo en las calles del centro de París. Comandos franceses asaltaron el avión cuando paró a repostar en Marsella, liberando a 171 pasajeros y matando a los cuatro secuestradores. El objetivo de este ataque era forzar a Francia a abandonar sus lazos con Argelia, debilitando de ese modo al gobierno argelino hasta el punto del colapso. Todo lo que logró fue que los franceses pararan

de emitir visados en Argelia usando en su lugar un servicio central en Nantes, y que Air France dejara de volar a ese país. Aunque muchos franceses pensaban que Argelia podía «irse a hacer puñetas», el gobierno francés recibió intensas presiones de Estados Unidos para que animara al régimen militar a ampliar su base política. En el propio país, el gobierno comenzó a armar a los patriotas en los pueblos para repeler a los yihadistas que llegaban para cometer asesinatos en el silencio de la noche.

El GIA estuvo dirigido por una veloz sucesión de violentos emires, ya que la mayoría encontraban finales horripilantes. El entonces emir, Yamel Zituni, hijo de un mercader de pollos con una educación secundaria, provocó el rechazo de muchos islamistas cuando hizo asesinar a dos de sus principales ideólogos. Se superó a sí mismo cuando, en mayo de 1996, siete monjes trapenses franceses del monasterio de Tibhirine, en el desierto, fueron secuestrados y decapitados. Este acto elevó a diecinueve el número de religiosos cristianos asesinados por islamistas argelinos, culminados con la muerte de Pierre Claverie, obispo de Orán. El asesinato de estos monjes, cuya seguridad había sido garantizada por el GIA, fue demasiado incluso para Abu Qatada, el portavoz del GIA en Londres, que suspendió la publicación de Al-Ansar, el boletín de la organización. Zituni fue asesinado a tiros, por miembros del GIA hartos de él, poco después. Su sucesor de veintiséis años Antar Zuabri encontró un nuevo guía espiritual para reemplazar a Qatada en Abu Hamza, el hombre del garfio de «Londonistán». Éstos se convencieron a sí mismos de que el principal problema de Argelia era que la mayoría de la población se había convertido en apóstatas porque no estaban cumpliendo con su deber de la yihad. En el otoño de 1997 se les cortó la garganta a varios cientos de aldeanos argelinos, incluyendo mujeres, que fueron primero violadas, y niños a quienes se les destrozó la cabeza a golpes contra las paredes. Los intentos de culpar de todo esto a los servicios de seguridad argelinos, uno de cuyos miembros declaró que eran sus antiguos colegas quienes en realidad estaban detrás del GIA, se vieron

desconcertados cuando Zuabri reconoció ser el autor de un comunicado redactado de manera vulgar que llamaba a todos los argelinos «*kuffar*, apóstatas e hipócritas». Como recogió el periodista estadounidense Robert Kaplan, los familiares de las personas masacradas por los islamistas sabían que eran éstos más que la policía secreta los responsables, aunque indudablemente hubo turbias unidades del ejército y la policía que mataron a mucha gente, algunas veces con la intención de desacreditar a los islamistas a ojos de la opinión pública occidental[255].

En 1998, y con el estímulo por teléfono vía satélite de Osama Bin Laden, surgía el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate de entre los restos del naufragio del GIA. El GSPC dio varios pasos hacia atrás en la guerra universal del GIA contra la sociedad argelina, a la vez que se apuntaba a la yihad internacional. Buscaba destruir el régimen militar argelino, sustituyéndolo por un estado islamista basado en la *sharia*, mientras perseguía la causa del «califato rectamente guiado» contra judíos y cristianos. Mientras el GSPC evolucionaba para convertirse en una de las organizaciones terroristas más letales del mundo, con una red de seguidores por toda Europa, el EIS regresaba del frío aceptando la amnistía del gobierno argelino y la introducción de elecciones presidenciales que llevaron al poder al veterano ministro de Asuntos Exteriores Abdelaziz Buteflika. La creencia generalizada es que unos doscientos mil argelinos musulmanes fueron asesinados en la lucha entre los islamistas y el gobierno durante la década de los noventa. El jefe de la policía secreta argelina, el general Smaín Lamari, estaba completamente dispuesto a matar hasta tres millones de personas con el fin de borrar el islamismo. Decidido a no tratar más a Argelia como el patio trasero de Francia, Estados Unidos ha establecido una gran presencia de la CIA en Argel, extendiendo sus alas de águila sobre el régimen de Buteflika, que se ha convertido en un socio entusiasta en la «guerra contra el terror»[256].

ESTADOS UNIDOS COMO OBJETIVO ANTES DEL 11-S E IRAK

Sucesos aparentemente inevitables se esclarecen si se retrocede una generación o dos. En 1957, un año después de detener brutalmente la invasión anglo-francesa-israelí de Suez, el presidente estadounidense Eisenhower inauguró un nuevo edificio en el área de Washington dedicada a las embajadas. Era una mezquita. Fue erigida después de que un magnate palestino asistiera al funeral de un diplomático turco. Le dijo al embajador egipcio: «¿No es una lástima que la plegaria por tan buen musulmán no sea celebrada en una mezquita?». Un arquitecto italiano diseñó el edificio, incorporando detalles recomendados por el arquitecto de la corte en Egipto. Eisenhower dedicó el edificio: «Estados Unidos lucharía con toda su fuerza por vuestro derecho a tener aquí vuestra propia iglesia y a orar según vuestra propia conciencia. Este concepto es desde luego parte de Estados Unidos, y sin ese concepto seríamos algo distinto a lo que somos». Hoy, tres mil personas asisten a la oración del viernes en un edificio que es el equivalente a la Catedral Nacional Episcopaliana.

El año 1957 es historia antigua para la gran parte de los musulmanes de hoy, la mayoría de los cuales son tan jóvenes que le llegan por la cintura al occidental medio. La imaginación yihadista salafista trata con esencias raciales y arquetipos ahistóricos, para los que la historia es un correctivo necesario. En su visión, los judíos son inherentemente malévolos, y usan a Estados Unidos, el FMI, el Banco Mundial y la ONU para sus viles propósitos. Esto explica el extraño concepto de «cruzados-sionistas». Cualquiera que tenga aunque sea un vago recuerdo de la historia medieval sabe que no hay nada que vincule a los cruzados cristianos medievales, que en ocasiones masacraban judíos del Rhin Rhenish como prolegómeno a la matanza de árabes, con un movimiento político nacido en el siglo XIX, fundamentalmente como antídoto al antisemitismo europeo. Pero los datos reales no parecen impedimento para la emoción y el prejuicio. Incluso en países donde hay pocos judíos, como Indonesia, los yihadistas salafistas locales los encuentran imaginando mercaderes «chino-sionistas». En cierto sentido esto

prueba que el antisemitismo es algo que une a todos los yihadistas. Son como el hombre que mirando un salero vacío se siente obligado a hablar sobre la dominación judía del comercio medieval de sal o de un monopolio que «ellos» han adquirido recientemente en la Camargue. Aunque Israel es el hogar de un gran número de judíos ortodoxos conservadores, es también un puesto avanzado de la modernidad secular occidental. Esa última parte es lo que odian los islamistas, especialmente cuando está combinada con la manifiesta superioridad de la tecnológicamente avanzada economía israelí en la región. En lugar de permitir que ésta fertilice comercialmente el vecindario, los yihadistas están empeñados en sumirla en el caos y la violencia que crean en todas partes.

A sus ojos, Israel es la encarnación moderna del Reino Latino de Jerusalén, un puesto avanzado colocado entre los musulmanes por un Occidente imperialista que los judíos controlan, una afirmación que pasa por alto el medio milenio que separa las cruzadas de la época del imperialismo europeo, y atribuye a «los judíos» más poder del que sería posible detentar. Acontecimientos que sucedieron entre medias, como la rebelión protestante contra el papado medieval, y la multiplicación de cientos de confesiones protestantes, no figuran en absoluto en el entendimiento islamista de Occidente, a quien se le reprocha sistemáticamente que no comprenda la división entre suní y chií. Esto es porque el islam, al menos en Arabia, se ha sobrepuesto a sociedades en las que el parentesco o el clan son fundamentales, lo que se traduce en indiferencia u hostilidad a lo que hay más allá. En los muy escasos ejemplos en los que los cristianos han atacado a los musulmanes (y viceversa), como en Serbia o Indonesia, estos ataques no han sido respaldados por ninguna autoridad religiosa cristiana de ningún rango. No han existido llamadas cristianas a una cruzada antimusulmana, a diferencia de las muchas voces que demandan una yihad bélica[257].

Hay algo narcisista en esta manera de asumir que Occidente está obsesionado con el islam y busca destruirlo. No lo está. Está obsesionado consigo mismo, seguido de China, India y Rusia que

compiten a empujones por la escasa capacidad de atención de los occidentales. Se ve arrastrado, con desaliento, a tantas crisis en Oriente Próximo porque esta región, con una capacidad de producción que sólo iguala el gigante de las telecomunicaciones Nokia en Finlandia, es la principal fuente de inestabilidad en el mundo moderno y se asienta sobre dos tercios de las reservas de petróleo conocidas. Si se descubrieran descomunales depósitos petrolíferos bajo Canadá, Occidente se retiraría de Oriente Próximo mañana mismo, dejándolo implosionar entre sus múltiples conflictos. El impulso a iniciar cruzadas de Occidente está supuestamente «en nuestra sangre», enviando nuestro poder militar a los territorios musulmanes centrales para repartir muerte con un ligero golpe al interruptor de un panel de mandos. Esta enorme superioridad ha motivado un amargo resentimiento, ya que hacía que los árabes parecieran impotentes en cualquier campo de batalla convencional, reducidos a puntos luminosos en las pantallas de ordenador de los sistemas de armas electrónicas. Burdas teorías de la conspiración enmascaran responsabilidades que son enteramente locales. La abolición por parte del «agente inglés» y «criminal judío» Kemal Ataturk del califato otomano en 1924 destruyó la única base institucional para la resistencia, una institución que los yihadistas más extremos pretenden reinstaurar.

Algunas tendencias seculares occidentales se introducen silenciosamente, como ladrones en la noche, entre las sociedades tradicionales, especialmente la monogamia y la atomización de la familia, comunes hoy en día entre los iraníes de clase media. Pero por más que la corrupción, las drogas y el vicio sean endémicos en muchas sociedades musulmanas, a sus ojos Occidente es la única decadente, hedonista y secular (a pesar de que la estadounidense sea la sociedad más religiosa del planeta), propagando su polución moral, no sólo mediante el capitalismo de la Coca-Cola, *Los vigilantes de la playa* y la MTV, sino por medio de la indiscriminada exportación de un vulgar modernismo arquitectónico que empequeñece la delicada arquitectura islámica tradicional de la

Edad Media, incluidos los minaretes de las mezquitas. La globalización tiene la cualidad de hacer visibles las hipocresías mutuas. Los árabes ricos se emborrachan, juegan, se van de compras y de putas en Londres o París. De Dubái a las Maldivas, ríos de turistas occidentales invaden las sociedades tradicionales por cortesía de los viajes baratos en avión, felizmente inconscientes de cómo otros les podrían percibir y completamente ignorantes de las costumbres locales[258]. Si éste era un lado sórdido de la globalización, el terrorismo yihadista internacional era otro —aunque esto, rotundamente, no pretende implicar ninguna justificación o equivalencia moral entre tomar el sol y poner bombas—. A medida que las distancias encogían y los obstáculos para el movimiento se disolvían, los terroristas que se aprovechaban de todas las tecnologías científicas del mundo contemporáneo —gran parte fabricadas en China y Japón— flagelaban con rabia contra el menoscabo de su identidad religiosa ya que la habían reconstruido como ideología. La autoa— firmación religiosa sustituyó al análisis de por qué el mundo musulmán no ha hecho descubrimientos científicos significativos en los últimos cuatrocientos años. Aunque se declarara una guerra al terrorismo —que es una táctica usada por un caleidoscopio de grupos— se podría haber hecho una mejor analogía con la contención de una enfermedad contagiosa que nunca puede ser eliminada totalmente, no más que los gobiernos pueden destruir el crimen organizado internacional.

La farsa precedió a la tragedia cuando mentes malévolas se concentraron en asestar un golpe devastador contra el mismo Occidente. En septiembre de 1992, dos hombres llegaron al aeropuerto JFK de Nueva York en primera clase de un avión paquistaní, ya que a los yihadistas les gusta viajar a lo grande. (Asesorados por Jalid Sheij Mohammed sobre técnicas de espionaje, buscan la deferencia que se les muestra a los ricos viajando en business o primera clase y anotando un hotel de cinco estrellas en los formularios de inmigración, no moviéndose nunca en taxi sino en metro o autobús a un lugar más barato al día siguiente).

Esta vez algo fue mal. Los funcionarios de inmigración se fijaron en Ahmad Mohammed Ajaj, un palestino con barba, que portaba un pasaporte sueco cuya fotografía se despegó en la mano de un agente y reveló la imagen de otra persona detrás. Ajaj comenzó a gritar que su madre era sueca, algo irrelevante teniendo en cuenta que su cara y la foto real del pasaporte no coincidían. Un segundo registro reveló pasaportes británicos, jordanos y saudíes en su maletín de piel. Había también manuales sobre falsificación de documentos y fabricación de bombas, uno de los cuales tenía las palabras Al Qaeda en la cubierta. En otro mostrador de inmigración, Ramzi Yusef, vestido con coloridas confecciones que incluían unos pantalones abombachados, presentaba un pasaporte iraquí, sin visado estadounidense, y un carné plastificado de un centro islámico de Arizona, aunque los nombres que figuraban en los dos documentos no coincidían. El sonrió educadamente, su cara dominada por una nariz bulbosa y ojos de grandes párpados, y pidió asilo político. Tras asegurar que era víctima de persecución y dar su nombre correcto, se comunicó a Yusef que debía asistir a una vista en tres meses y fue puesto en libertad. Aparentemente el centro de detención del aeropuerto estaba lleno ese día. Ajaj fue enviado derecho a la cárcel.

RamziYusef era Abdul Basit Mahmud Abdul Karim, el hijo de treinta años de una madre palestina y un padre paquistaní domiciliado en Kuwait. Ya nos habíamos encontrado con él como sobrino de Jalid Sheij Mohammed, aunque este último no era mucho mayor. Tras estudiar ingeniería eléctrica en el West Glamorgan Institute of Higher Education de Swansea, donde las altas cuotas que pagan los extranjeros les facilitan la vida, y el capítulo de los Hermanos Musulmanes de Swansea era activo, Yusef había pasado por un campo de entrenamiento de Al Qaeda en Afganistán. Tenía sensibilidad a la luz y las marcas de quemaduras en manos y pies para probarlo, ya que era un experto en la fabricación de bombas. Odiaba a Israel, y a Estados Unidos por su apoyo; los civiles estadounidenses eran objetivos legítimos, ya que pagaban

impuestos que indirectamente apuntalaban el régimen sionista. Además, desde el ataque de Tokio con bombas incendiarias, vía Hiroshima y Nagasaki, al uso de Agente Naranja en Vietnam, el propio Estados Unidos había sembrado la muerte sobre poblaciones civiles. Noam Chomsky, John Pilger o Harold Pinter podrían haber escrito su guión. De hecho, Yusef no estaba especialmente motivado por el celo religioso; estaba más impulsado por una especie de fertilidad criminal que operaba bajo la cubierta del islam[259].

Aún haciéndose pasar por iraquí, Yusef rápidamente se asentó en la comunidad árabe de Brooklyn, estableciendo contactos con el Centro de Refugiados Alkifah, una «organización benéfica» establecida por Abdullah Azzam para canalizar dinero a la yihad en Afganistán. Frecuentaba mezquitas en *Jersey City*, donde predicaba el jeque ciego Omar Rahman —al que con pocos escrúpulos la embajada estadounidense en Sudán le había concedido un visado —. Las peticiones egipcias para su extradición habían sido rechazadas. Yusef y el jeque hablaron varias veces por teléfono. El primero reclutó un pequeño equipo de emigrantes holgazanes y se puso a fabricar setecientos kilos de explosivos a partir de productos químicos comprados en tiendas, destinados a hacer volar el World Trade Center. Les llevó tres semanas mezclar, extender y secar, reunir suficiente explosivo para hacer una bomba gigantesca que permanecía guardada en un trastero alquilado. El sistema de detonación era más complicado, tanto que Yusef de hecho telefoneó a Ajaj a la cárcel para ver si podía ayudarle. Otros momentos cómicos se produjeron cuando tres de los terroristas casi murieron al precipitarse su coche fuera de control a gran velocidad una madrugada, mandando al hospital a Yusef, quien no obstante hizo un pedido de más productos químicos desde la cama del centro. El conductor, Mohammed Salameh, a pesar de que había suspendido el examen cuatro veces, y a pesar de que su visado había expirado, consiguió alquilar con éxito una furgoneta Ryder por la que entregó un depósito de cuatrocientos dólares. En uno de sus pocos actos

sensatos, recordó incluso alquilar una que pasaría por debajo de las barreras de altura sin problemas. Empeñado en derrumbar ambas torres con el fin de asesinar a un cuarto de millón de personas, Yusef añadió un último detalle a su bomba de nitrato de amonio y fuel: cuatro cilindros de gas hidrógeno destinados a propulsar la explosión inicial aún más.

El 26 de octubre de 1993, Yusef y un jordano, Eyad Ismoil, aparcaron el camión en el sótano del World Trade Center, donde fue detonado poco después del mediodía. La onda expansiva atravesó tres pisos por abajo y dos por arriba, matando a seis personas, obreros de la construcción que estaban almorzando, e hiriendo a más de mil. Yusef voló a Karachi esa noche mientras Ismoil tomaba un vuelo ajordania. Salameh se quedó por allí dándole vueltas a su depósito de cuatrocientos dólares. Para cuando fue a reclamarlo, regateando la cantidad de cero a doscientos dólares con un agente secreto del FBI, los expertos forenses de los federales habían identificado el camión usado para albergar la bomba. Fue detenido tras abandonar la oficina de alquiler. Aunque el atentado había matado a seis personas y causado daños estructurales por valor de mil millones de dólares, los yihadistas que rodeaban al jeque ciego no estaban satisfechos. Apremiándoles a cometer mayores depravaciones estaba el egipcio encarcelado El-Sayyid Nosair, que cumplía siete años por asesinar al fanático rabino Meir Kahane en 1990. Osama Bin Laden había pagado sus facturas legales. Un variopinto grupo, que con el tiempo llegó a tener once miembros, resolvió volar los túneles Lincoln y Holland de Manhattan. Se adquirieron vehículos, materiales para la fabricación de bombas y temporizadores. Se buscó una justificación del jeque Ornar, quien ignoraba que uno de los conspiradores clave trabajaba para el FBI y que todo el grupo estaba bajo vigilancia electrónica. Una larga serie de juicios puso a varios de estos hombres, incluyendo al jeque, en la cárcel para el resto de sus vidas. Uno de los abogados de la defensa del jeque le seguiría tras las rejas más recientemente por

estar en connivencia con él para pasar sus mensajes desde la prisión.

Estos acontecimientos no tienen una conexión directa con Bin Laden salvo que el experto en la fabricación de la bomba había pasado por su programa de entrenamiento, y que él hajurado causar estragos si y cuando el anciano jeque expire finalmente a consecuencia de las múltiples enfermedades que le aquejan. Rechazando la medicación, el jeque se zampa inmensas cantidades de comida rápida del comedor de la prisión de manera que su diabetes y alta presión sanguínea pueden acelerar estas sanguinarias consecuencias. En 1995 la campaña de terror expatriado de Al Zawahiri en Egipto condujo a la ejecución de todo el grupo de Al Yihad de Sudán. Ayudado por funcionarios de la inteligencia sudanesa, Al Zawahiri conspiró para asesinar a Hosni Mubarak mientras asistía a la conferencia de la Unidad Africana en Addis Abeba. El plan —al que ya nos hemos referido anteriormente en el contexto de Bosniaera matarle mientras la comitiva de automóviles circulaba desde el aeropuerto a la capital, usando grupos de tiradores equipados con lanzagranadas y rifles automáticos. El complot fracasó, aunque no antes de que dos guardaespaldas egipcios hubieran resultado muertos cuando Mubarak pasó a toda velocidad.

El gobierno egipcio arremetió con dureza contra los simpatizantes islamistas, encargando cinco nuevas prisiones para albergarlos. Sus agencias de inteligencia decidieron atacar directamente a Al Zawahiri. Secuestraron a los jóvenes hijos de dos líderes fundamentalistas conectados a Al Yihad y Al Qaeda, que fueron drogados y luego fotografiados mientras se les sodomizaba. Estas comprometedoras fotografías fueron suficientes para convertirles en espías, y para que accedieran a colocar una bomba en el exterior de la casa de Al Zawahiri en Jartum. La primera bomba fue descubierta por los protectores sudaneses de Al Zawahiri antes de que estallara. Mientras tanto uno de los chicos estaba siendo tratado de malaria, irónicamente, por Al Zawahiri. Los

egipcios lo intentaron de nuevo, equipando al primer muchacho con un maletín bomba para matarle mientras asistía a una reunión. El chico de la bomba fue pillado por los sudaneses, quienes cogieron también a su doliente acompañante. Ambos fueron juzgados por un tribunal de la *sharia* presidido por Al Zawahiri, quien hizo que les dispararan. Sus confesiones y ejecuciones fueron filmadas para disuadir a otros.

Esta evidencia de tener un estado operando dentro de otro estado enfureció tanto a los sudaneses que ordenaron a Al Zawahiri que abandonara inmediatamente el país junto a sus seguidores de Al Yihad. Huyó a Yemen. Pero no había acabado con los egipcios. El 19 de noviembre de 1995, dos hombres dispararon sobre los guardias del exterior de la embajada egipcia en Islamabad, dispersándolos de manera que dos terroristas suicidas pudieran conducir hasta dentro con una camioneta, que explotó matando a los dos conductores y a otras dieciséis personas. Las autoridades paquistaníes capturaron a doscientos yihadistas árabes afganos; Bin Laden apareció ofreciendo billetes de avión para llevárselos a Sudán. Pero las relaciones se estaban enfriando allí también. Los americanos se habían unido a los egipcios y a los saudíes para hacer presión sobre Turabi con el fin de que expulsara a Bin Laden. Esta era una combinación irresistible. Bin Laden podría haber dormido más plácidamente si hubiera sabido que abogados de la Casa Blanca, el ejército de Estados Unidos y la CIA estaban simultáneamente frustrando las sugerencias de los funcionarios de lucha contra el terrorismo para que Estados Unidos simplemente lo secuestrara en Sudán. Enfrentado a la elección de o bien quedarse allí, en una inactividad vigilada de cerca, o huir hacia Afganistán, Bin Laden escogió visitar de nuevo la escena de sus primeros tiempos de gloria. Sudaneses poco honrados le despojaron de sus considerables posesiones antes de volar ajalalabad. Sus afirmaciones de que ofrecieron a Bin Laden a los estadounidenses, quienes no mostraron interés, son probablemente mentira, a pesar de que es verdad que en este punto la CIA le consideraba un

«financiador del terrorismo» sin más. Ese año, sin embargo, la agencia sí estableció una oficina especial, de nombre en clave «Alee», la primera vez que concentraba este tipo de recursos en un terrorista individual[260].

Bin Laden buscó refugio entre los talibanes, la palabra pastún para estudiantes, un movimiento islamista apoyado por Pakistán y Arabia Saudí, que construía y financiaba las madrazas de las que venían los talibanes. A ojos de la primera ministra de Pakistán, Benazir Bhutto, los talibanes restaurarían el orden tras cuatro años de guerra civil, una condición previa necesaria para que Pakistán transbordara petróleo y gas desde Turkmenistán hasta sus florecientes industrias. Esta fue la línea de razonamiento que vendió a la administración de Clinton, para la que los talibanes eran como una fábula orientalista convertida en realidad. Las fuerzas armadas de Bhutto calcularon también que un Afganistán dominado por los pastún permitiría a las fuerzas paquistaníes reagruparse allí si el este del país caía alguna vez bajo las fuerzas indias. Los motivos de Arabia Saudí eran más simples y directos: los talibanes eran un baluarte suní útil contra Irán. Los saudíes dictaron los términos para el errante hijo pródigo, insistiendo en que los talibanes mantuvieran a Bin Laden tranquilo en la granja que se había comprado cerca de Jalalabad con vistas a meterse en la producción de miel. Sus hombres se alojaban en las instalaciones que se habían extendido hasta la cercana Tora Bora. No estaban contentos, porque comparado a ese oasis de «progreso y civilización» en Yemen, Afganistán era un lugar desolado, «peor que una tumba», en palabras de un yemení. Nada funcionaba, y cada trayecto lo pasaban sentados en un octavo del asiento de un coche por caminos llenos de baches. Los afganos eran infantiles, bárbaros y venales, con un insano interés por los muchachos. Había también choques de personalidad, lo que probablemente explica por qué Bin Laden inicialmente se asentó en Jalalabad en vez de en Kandahar, dominada por los talibanes.

El anfitrión de Bin Laden, el mulá Omar, era una figura alta e intimidante, con una barba oscura, cuyo aire siniestro se había intensificado por la pérdida de un ojo cuando fragmentos de metralla rusa penetraron en la mitad superior de su cara. Su voz era un susurro casi inaudible. El mulá Omar y sus talibanes tenían su propio mito fundacional. Tras experimentar una visión del Profeta, el mulá Omar creía que había sido elegido para librar a Afganistán del caos. Reunió a un grupo de estudiantes de las madrazas, quienes inicialmente iban por ahí como Robin Hoods, rescatando a chicos y chicas de señores de la guerra sodomitas y violadores. En el plazo de un año se habían multiplicado hasta formar un ejército de veinticuatro mil hombres que tomaron más de la mitad del sur de Afganistán, con voluntarios paquistaníes llegados en momentos críticos de la lucha contra la Alianza del Norte, que contaba con el apoyo de iraníes y rusos. El 4 de abril de 1996 este oscuro mulá de pueblo literalmente se envolvió en el manto del Profeta cuando se llevó una túnica de un santuario en Kandahar que se decía que era de Mahoma. Multitudes eufóricas le aclamaron mientras desfilaba sobre un tejado, aferrado a esta prenda, un acontecimiento que dio origen a la única fotografía conocida de él. Desde ese momento fue imparable, avanzando hasta tomar el mismo Kabul ese septiembre. Una de las primeras acciones de los talibanes fue entrar en un complejo de la ONU de donde sacaron a rastras al presidente de la era comunista Nayibulá y a su hermano. Ambos hombres fueron castrados y torturados, disparados, arrastrados tras un coche y después colgados de un pilar de cemento con cigarrillos en los dedos y dinero cayendo de sus bolsillos.

Como jóvenes campesinos pastún que habían pasado por campos de refugiados y las factorías religiosas del fanatismo, los talibanes miraban con odio a los refinados —y de lengua darihabitantes de Kabul, una ciudad que había tenido dos experiencias de sofisticación cosmopolita b¿yo la monarquía y los soviéticos. Las mujeres (que constituían hasta un 40 por ciento del total de médicos y un 70 por ciento de los profesores) fueron

expulsadas de los lugares de trabajo, la universidad y las escuelas. Puesto que los años de combates habían dejado muchas viudas, esto significó que las calles estaban plagadas de sacos negros extendiendo las manos entre sus hijos hambrientos, ya que todas las mujeres, incluyendo las mendigas, debían llevar el burka en público, sus ojos eran vagamente perceptibles tras una especie de malla. Los edificios públicos cayeron en desuso ya que, para los talibanes, el gobierno era irrelevante; en su lugar los altos clérigos dictaban permisos o prohibiciones que eran anotadas en vales, y simplemente desembolsaban fajos de billetes de un cofre para premiar a algún necesitado suplicante. Esto era el «gobierno» como lo había sido en Europa en el siglo ix o x, en un país tan ruinoso que, en palabras de un estadounidense, «uno tendría que bombardearlo para hacerlo alcanzar la Edad de Piedra». Los talibanes se concentraron en exterminar el vicio, prohibiendo el ajedrez, las carreras de perros y de palomas, los pájaros cantores y el pasatiempo nacional de hacer volar cometas. Se plantaron postes de los que pendían radiocasetes, televisiones, ordenadores y vídeos espachurrados, enmarañados en cintas desliadas arrancadas de los coches. Incluso los animales del zoo no estaban seguros, hasta que un teólogo de la universidad de Kabul dictaminó que el propio Profeta había tenido mascotas. Un viejo león llamado *Marjan* arrancó el brazo a un talibán que había escalado hasta su guaridajactándose con un «yo soy ahora el león», y después le mató. *Marjan* fue cegado en un ojo más tarde por una granada de mano arrojada por los amigos del muerto. Un ciervo recibió los disparos de AK— 47 tras haber mordido la mano de un talibán. El único elefante resultó muerto por un misil que se desvió de su objetivo. Dos lobos sarnosos y una pareja de jabalíes salvajes permanecieron a salvo.

El único entretenimiento autorizado tenía lugar cada viernes en el estadio de los tiempos soviéticos en el que el ruido seco de un Kalashnikov AK-47 y el derrumbamiento de un burka indicaba el fallecimiento de alguna infortunada acusada de adulterio. Debido a

que no existían impuestos o regulaciones, el comercio floreció, incluyendo el cultivo de amapolas de opio que comenzó a despegar en el sur de Helmand. A pesar de su insistencia en la virtud, los talibanes se llevaban su parte, estimada en veinte millones de dólares al año, de un tráfico que ha dado como resultado que tan sólo en Irán existan cuatro millones de adictos a la heroína[261]. Los talibanes se volvieron contra sus enemigos del norte que contaban con respaldo iraní y ruso. En la ciudad de Mazar-e-Sharif se pasaron dos días matando a todo lo que se movía, ya fuera humano o de cuatro patas, dejando los cuerpos sin enterrar durante un nada islámico periodo de seis días para dejar clara su determinación. Rodearon a los hazara chiíes, pueblo de origen turco-mongol de las montañas, violando a las mujeres y matando a los hombres al encerrarles en contenedores gigantes de metal que fueron luego abandonados en el desierto cercano. Los clérigos talibanes dieron a los chiíes supervivientes tres opciones: convertirse al islam suní, marcharse o morir. Entre seis mil y ocho mil chiíes murieron. Los muertos incluían a once funcionarios consulares y agentes secretos iraníes que fueron conducidos a un sótano y disparados[262].

Bin Laden tenía varias residencias en Afganistán, incluyendo un complejo de cien acres en Tarnak, a las afueras de Randahar. Consistía en unos ochenta edificios rodeados por un muro de barro de tres metros de alto, que lo separaba de la maleza. Bin Laden también usaba varias casas en el propio Randahar, variando frecuentemente su localización vagamente consciente de la presencia de los satélites estadounidenses estacionados sobre su cabeza. Las relaciones con los líderes talibanes no eran fluidas. Al ultratímido mulá Omar le molestaba la obsesión de Bin Laden con los medios de comunicación modernos, o, como lo describieron dos hombres de Al Qaeda a Al Zawahiri, «la enfermedad de pantallas, flashes y aplausos». Bin Laden estaba obligado a reconocer la supremacía de su anfitrión, lo que debió de irritarle ya que él se pasaba la vida teniendo que echar un cable a los ineptos talibanes con prodigiosas cantidades de dinero desde el momento en que a

éstos se les agotaron los cuarenta millones de dólares en ayudas que habían recibido de los paquistaníes. Usando sistemas de códigos simples, Al Qaeda intentó ocultarse dentro del lenguaje de los negocios internacionales. El mulá podría haberse sorprendido por las referencias codificadas a sí mismo y los talibanes como los «Omar Brothers Company», socios de negocios de la «Abdullah Contracting Company», es decir, Bin Laden y sus camaradas, «empresarios» (yihadistas) en competencia con «competidores extranjeros», esto es, la CIA y el MI6[263]. A pesar de estas fricciones, los talibanes se convirtieron en importantes patrocinadores estatales del terrorismo, adoptando muchos aspectos de la plataforma yihadistasalafista. Permitieron a Bin Laden que montara una red de campos de entrenamiento, desde los que éste enviaba guerrilleros (la mayoría de los que adiestraban) y terroristas para que atacaran en docenas de lugares, yendo y viniendo sin visados, mientras el propio Bin Laden se movía libremente a toda velocidad en un convoy fuertemente armado.

Los campamentos de entrenamiento tenían fines múltiples y estaban diseñados para formar cuerpos, mentes y habilidades. Allí era donde los propios talibanes aprendían a calcular el alcance de la artillería, a usar explosivos de alta potencia, como el C-4, y otras tácticas de guerrilla. Una unidad árabe especial llamada Brigada 005 fue desplegada para ayudar a los talibanes en momentos cruciales de su lucha contra la Alianza del Norte. Los campos de entrenamiento eran también útiles para los paquistaníes ya que allí era donde los hombres destinados a Cachemira aprendían a usar los M-16, más apropiados para esa región que los AK-47, de más corto alcance. Todos los reclutas de Al Qaeda comenzaban con una sesión de preparación física de quince días, que incluía saltar sobre desfiladeros o a través de aros en llamas. Cada día comenzaba con las oraciones del amanecer y terminaba sobre las ocho de la noche. Esto iba seguido de un periodo de cuarenta y cinco días de aprendizaje del arte de la guerra, desde la lectura de mapas al manejo de diversas armas. Una banda más selecta proseguía con

otro curso de cuarenta y cinco días en contravigilancia, contrainterrogatorio, reclutamiento de agentes, falsificación, piratería aérea, asesinato y fabricación de bombas. Gran parte de este conocimiento estaba codificado en un manual de entrenamiento, descubierto por la policía británica en Manchester, que con el tiempo alcanzó los doce volúmenes antes de ser incluido en un CD-ROM; si alguien quería preparar venenos de ricina, éste era el sitio que había que consultar antes de que Internet ofreciera muchas alternativas. Con la ayuda de científicos paquistaníes, hubo intentos de usar agentes biológicos y químicos como el ántrax y el cianuro, experimentos limitados a perros enjaulas de cristal. Las sesiones de adoctrinamiento forjaron una mentalidad de grupo, mientras se mostraban películas protagonizadas por Arnold Schwarzenegger y otros filmes de acción estadounidenses para relajarse y coger ideas de trucos útiles[264].

Fue de entre este mundo encantador desde donde en agosto de 1996 Bin Laden emitió su «Declaración de guerra contra los estadounidenses que ocupan la tierra de los dos lugares sagrados». Esta supuesta ocupación se había prolongado durante siete años, en vez de los pocos meses prometidos por los gobernantes saudíes. La declaración se congraciaba con el saudí de la calle al describir la corrupción y el deterioro económico que afligían al reino, culpando de esto a la presencia militar estadounidense en remotas provincias desérticas. En un largo pasaje literal sobre los gozos del martirio, Bin Laden anunció: «Hombres del radiante futuro de nuestra umma de Mahoma, izad en lo alto el estandarte de la yihad contra la alianzajudeo-americana que ha ocupado los lugares sagrados del islam». Citó un poema para describir su tipo de guerra santa:

Estoy dispuesto a sacrificarme a mí mismo y a mi riqueza
por los caballeros que nunca me defraudan.
Caballeros que nunca se muestran hartos o disuadidos por la muerte,
incluso si gira la rueda de la guerra.
En el calor de la batalla nada les importa,
y curan la locura del enemigo con su «loco» valor

[265].

En una entrevista ese noviembre con activistas musulmanes australianos, Bin Laden alabó el atentado sobre el World Trade Center, y los más recientes ataques a estadounidenses en Riad y en el complejo residencial de las Torres Jobar que mataron a siete y diecinueve personas respectivamente, la mayoría militares estadounidenses, a pesar de que fueron operaciones patrocinadas por Irán más que por Al Qaeda. El hecho de que se tomaran en consideración operaciones de una ambición casi fantástica fue debido a la visita de Jalid Sheij Mohammed, que contaba con una historia que se extendía hasta Kuala Lumpur y Manila mientras buscaba una manera de atacar Estados Unidos.

Jalid Sheij había llegado de Rarachi donde en teoría trabajaba como ingeniero de obras públicas. Viajó por todas partes haciéndose pasar por empresario saudí. Uno de sus supuestos proyectos de negocios estaba en Kuala Lumpur, donde su socio era el indonesio Encep Nurjaman, quien era conocido como Hambali en honor de un santo musulmán del siglo VIII. Nacido en Java Occidental, Hambali había ido a Malasia en 1985 para profundizar en su relación con el islam. Tras un periodo luchando en Afganistán, regresó a Malasia en 1989, estableciéndose en Sungai Manngis, una aldea a unos sesenta kilómetros al oeste de Kuala Lumpur, donde vivían también Abu Bakar Ba'asyir y Abdullah Sungkar, los fundadores exiliados de la Jemaah Islamiyah. Ésta era la sede central del terror en el sur de Asia. Los complots que se incubaron aquí desentonaban de manera extraña con la sordidez del ambiente. Estos hombres odiaban el Singapur cosmopolita y próspero, encontrando miembros para las células locales que sentían que su materialismo y su orden estaban espiritualmente vacíos o que se mostraban acobardados por las decisiones racionales que implica una sociedad moderna. Querían reglas más claras de las que incluso esta sociedad enormemente respetuosa de las leyes implicaba. ¿Quizá podrían atizar suficientemente los conflictos entre chinos y malayos para hacer detonar una guerra de la que la

vanguardia islamista emergería victoriosa? Hambali vivía con su mujer en una cabaña con tejado de zinc, escasos accesorios y un retrete que era un agujero en el suelo. Sobrevivía a duras penas vendiendo kebabs y matando pollos. Pero la mayoría de su tiempo lo empleaba orando y dirigiendo grupos de debate llamados usrah. Estos le permitían identificar a potenciales yihadistas, a quienes enviaba para que recibieran entrenamiento militar ya fuera con Al Qaeda en Afganistán o con el Frente Moro de Liberación Islámica [MILF en sus siglas en inglés] que operaba en Mindanao, al sur de Filipinas. El MILF no era el único grupo simpatizante de Filipinas. La ciudad portuaria de Zamboanga era un semillero de la militancia yihadista. El cuñado de Bin Laden, Mohammed Jamal Jalifa, tenía allí una sucursal de su Organización Internacional de Ayuda Islámica, que poseía estrechos vínculos con una facción escindida del MILF, formada por bandidos, secuestradores y piratas, llamada Abu Sayyaf o Portadores de la Espada en honor de un gigante yihadista afgano. Se dice que en marzo de 2000 Abu Sayyaf recibió 25 millones de dólares del coronel Gadafi de Libia, que actuaba en calidad de intermediario financiero para tres gobiernos europeos, después de que el grupo liberase a un gran número de rehenes extranjeros, dinero que usó para adquirir lanchas motoras de gran potencia.

Hambali se convirtió tanto en el jefe de operaciones de la Jemaah Islamiyah, el grupo terrorista trasnacional dedicado a la creación de un estado islámico del sur de Asia, como en el número cuatro de Al Qaeda, el único no árabe en una posición tan elevada[266]. Es probable que fuera él quien dirigió los ojos de Jalid Sheij hacia el este. El sobrino terrorista de Jalid, Ramzi Yusef, vivía también en Karachi, donde pasaba gran parte del tiempo con Abdul Murad, un amigo que había recibido formación como piloto, pero que habiendo suspendido muchas veces el examen no lograba encontrar empleo. Su conversación pasó a centrarse en matar, que es lo que a Murad le gustaba hacer. «Me encanta. Puedes matarlos [a los estadounidenses] con umm... gas. Puedes matarlos con

pistolas. Puedes matarlos con cuchillos. Puedes matarlos con explosiones. Hay muchas clases», como les contó más tarde a los investigadores filipinos. Murad sugirió bombardear en picado la sede de la CIA en Langley o el Pentágono con un aparato ligero repleto de productos químicos y explosivos, un plan que despertó el interés de Yusef, aunque él pensaba que rociar el edificio con mortíferas sustancias químicas desde una avioneta de fumigar podría resultar más letal. Osama Bin Laden intervino entonces desde la distancia, sugiriendo que Yusef asesinara a Bill Clinton en noviembre de 1994 cuando se esperaba su llegada para realizar un tour de cinco días por Asia. Se habló de usar un misil Stinger para derribar el *Air Force One* en la maniobra de aproximación para el aterrizaje. Estos hombres no eran fantasiosos adolescentes lanzando bravuconadas en algún suburbio paquistaní de Beeston o Leeds, sino asesinos profesionales con enormes recompensas sobre sus cabezas.

Yusef se mudó con Murad a un apartamento donde fabricaba bombas. Mientras raspaba azida de plomo de un contenedor —una sustancia volátil usada en los detonadores— le explotó en la cara. Tras una temporada en el hospital, voló a Bangkok, no a descansar, sino a intentar volar la embajada israelí. El y sus cómplices islamistas tailandeses alquilaron un camión y un conductor. Estrangularon al chófer y pusieron su cadáver en la parte de atrás, junto a una bomba de una tonelada conectada a la transmisión. Nunca afortunado en la elección de sus conductores, Yusef se quedó atónito cuando el hombre que había seleccionado estrelló el camión contra unos coches y taxis a pedales en un cruce cercano a la embajada. Allí se quedó hasta que llegaron los coches de policía. Tras un descanso de dos meses ya de vuelta en Pakistán, Yusef aceptó una oferta del movimiento rebelde iraní, la organización Muyahidin e-Jalq, para lanzar un ataque con bombas sobre un santuario chií en Irán. Durante el apogeo del festival de la Ashura, un dispositivo explosivo C-4 de alta potencia fabricado por él derribó un muro del santuario de Reza, donde murieron veintiséis peregrinos musulmanes y resultaron heridos otros doscientos.

Jalid Sheij y Yusef, más un tal Wali Shah, llegaron a Manila, donde los dos más jóvenes ya habían logrado novias en los muchos bares de alterne de la capital filipina. Jalid Sheij, usando ahora el nombre de Abdul Majid, y Shah alquilaron apartamentos allí mientras Yusef establecía su residencia en el hotel Manor. Celebraban sus reuniones en los karaokes y clubs nocturnos de la ciudad, tramando asesinatos santos en lugares llenos de espejos, luces destellantes y bailarinas medio desnudas. Alquilaron un helicóptero para inspeccionar la ciudad. Jalid Sheij se juntó con una dentista filipina, a la que a veces telefoneaba desde los helicópteros para que ella pudiera mirar hacia arriba y saludar a su querido. Compraron sotanas y Biblias, ya que la razón de que estuvieran en Manila era asesinar al papa Juan Pablo II, puesto que habían renunciado a eliminar al protegido presidente de Estados Unidos. Con ese fin alquilaron un apartamento situado a lo largo de la ruta que era más probable que tomara su santidad. Este no era el único complot en marcha porque, desde su conversación con Murad, Yusef se había obsesionado con derribar grandes aviones. Desarrolló una nueva bomba que incluía nitroglicerina camuflada en envases de solución para lentes de contacto y un temporizador hecho con un reloj calculadora Casio, que tenía laventaja de contar con una alarma que podía ponerse con hasta doce meses de adelanto. Las pilas usadas para encender las bombillas que la harían estallar (su cristal había sido deliberadamente debilitado) podían ser escondidas en los tacones de los zapatos, ya que éstos no entraban en el radio de alcance de las máquinas de rayos X de los aeropuertos. Probó una miniversión de este dispositivo en un cine de Manila. Después mandó llamar al piloto Murad. El 8 de diciembre, tomó un vuelo de Manila a Tokio. Montó su pequeña bomba en los servicios, y después la pegó debajo de su asiento y abandonó el avión cuando éste paró a repostar en Cebú. Una hora después de comenzar su segundo trayecto, la bomba mató a un joven ingeniero japonés, Haruki Ikegami, que casualmente se había sentado en el lugar donde Yusef había colocado el artefacto. Le

arrancó y destrozó en mil pedazos la mitad superior de su cuerpo, y casi dejó fuera de control el aparato al quemar los cables que controlaban los alerones. El piloto se las arregló para forzar el avión a girar antes de aterrizarlo en Okinawa, salvando las vidas de 272 pasajeros y veinte miembros de la tripulación.

De regreso en Manila, Yusef se mudó a un bloque de apartamentos por el que pasaría el Papa y se unió a Shah, que vivía debajo. Los vecinos comenzaron a murmurar cuando se percataron del extraño espectáculo que ofrecían estos hombres árabes acarreando hasta arriba cajas y botellas bajo el letárgico calor. Les podría haber parecido aún más extraño que el 21 de diciembre Yusef organizara la única fiesta de Manila para celebrar el decimosexto aniversario del atentado de Lockerbie sobre el vuelo Pan Am 103. Justo después de Navidad, llegaron Jalid Sheij y Murad, poniendo todos manos (enguantadas) a la obra en las dos tramas en marcha, matar al papa, y algo llamado Boiyinka, una palabra inventada que Jalid Sheij había recogido en Afganistán o Bosnia. Yusef le pidió a Murad que estuviera preparado para volar a Singapur el 14 de enero de 1995. Era uno de los cinco hombres que iban a explotar diez Boeing 747 sobre el Pacífico, cambiando de aparatos tras las escalas iniciales de sus viajes. Yusef se reservó para sí el complicado ejercicio de subirse y bajarse de tres vuelos distintos. Unas tres mil personas habrían muerto si este plan hubiese tenido éxito.

El 6 de enero estaba destinado a ser el día de limpieza general en Manila. Yusef estaba quemando productos químicos superfluos en la estufa cuando el piso se llenó de una nube de humo negro demasiado espesa para dispersarse por las ventanas. La humareda se extendió también a los pasillos molestando a los vecinos. Se llamó a la brigada de bomberos, que acudió con un policía. Tras ver que no había ningún incendio, aceptaron la afirmación de Yusef, realizada en el pasillo, donde intentaba frenéticamente dispersar el humo, de que estaba haciendo fuegos artificiales para una fiesta tardía de Año Nuevo. Los bomberos y la policía volvieron cuando

una alarma de incendios finalmente detectó los gases. La policía pensó que había dado con el laboratorio de un científico loco, con nitroglicerina en envases de zumo de uva, temporizadores, cables, soldadores, sotanas y mapas de la visita del Papa. Después de que los dos hombres hubieran huido, Yusef le pidió a Murad que recuperara su ordenador portátil del apartamento. Lo hizo. La policía le detuvo, junto con Shah, al día siguiente.

Mientras era sometido a un interrogatorio por el alto superintendente Rodolfo «Boogie» Mendoza, con la ayuda de una manguera de goma que ocasionalmente descargaba agua en los pulmones del sospechoso, Murad se dejó engañar por el clásico truco del «Eres un mierda, no eres nada» jactándose de ser uno de los terroristas del World Trade Center y socio del legendario Ramzi Yusef. Las agresiones a la vanidad humana normalmente les funcionan a los interrogadores expertos. Yusef estaba refugiado en un hotel de Islamabad, cuya localización fue traicionada por un recluta potencial que le había entregado antes de decidirse a recoger los dos millones de dólares de recompensa. Agentes de seguridad paquistaníes y de la diplomacia estadounidense irrumpieron violentamente en febrero de 1995, y le sacaron a rastras con los ojos vendados mientras él exigía ver la orden necesaria. En el largo vuelo a Nueva York alardeó de sus atrocidades ante los agentes, que iban a los baños a anotar sus palabras. Durante el juicio, en los intermedios que le dejaba el intentar ligarse a la guapa rubia que hacía los dibujos en la sala, Yusef dijo voluntariamente que era un terrorista. En su ordenador, el FBI descubrió una tarjeta de negocios en la que aparecía «terrorista internacional» como profesión. Yusef actualmente está encarcelado a perpetuidad, en una celda incomunicada y sin posibilidad de libertad condicional, en una instalación federal de alta seguridad en Colorado.

Jalid Sheij, que había estado alojándose en el piso bajo del mismo hotel, usó uno de sus veinte pasaportes para escurrirse a Doha, en Qatar, donde tenía muchos amigos y simpatizantes. La presión de Estados Unidos sobre el gobierno qatarí para que le

arrestaran, después de que altos funcionarios estadounidenses hubieran abandonado la idea de realizar una operación de secuestro, llevó a Jalid Sheij a visitar a Bin Laden, con un portafolio de planes incubados por su siempre fértil sobrino. Jalid Sheij mencionó la idea de Murad de estrellar un avión en Langley o el Pentágono, a lo que Bin Laden respondió: «¿Por qué usar un hacha cuando puedes usar un *bulldozer*?». El plan de hacer colisionar diez aparatos simultáneamente parecía demasiado ambicioso y dependía de demasiados cambios de avión. Por supuesto, uno podría combinar los dos proyectos, estrellar menos aparatos en objetivos simbólicos muy destacados en el propio Estados Unidos, que resultarían inconfundibles desde el aire. Bin Laden autorizó ajalid Sheij para que comenzara a planear una operación así; el saudí la financiaría y proporcionaría los hombres necesarios provenientes de los campos de entrenamiento de Al Qaeda. Esto no se hizo realidad hasta el 11 de septiembre de 2001.

En el curso de 1998, la unidad de la CIA dedicada a Bin Laden estudió imágenes por satélite de la granja de Tarnak. Agentes estadounidenses con base en Islamabad reclutaron a unos treinta miembros de tribus afganas para llevar a cabo una redada armada con el propósito de llevarse a Bin Laden. Esta operación recibió el veto, cuando estaba en una fase avanzada, de la propia CIA, por su inquietud respecto a la legalidad del asesinato, si Bin Laden se negaba a seguirles tranquilamente, y sobre las bajas colaterales, ya que Bin Laden y sus socios tenían a muchas mujeres y niños a su alrededor. Los intentos de usar aviones Predator controlados a distancia, recientemente desarrollados, para matar a los líderes de Al Qaeda se vieron frustrados por el interés del ejército en que la CIA pagara por ellos.

Ignorando estas deliberaciones, Bin Laden activó una operación de Al Qaeda cuya viabilidad había quedado establecida en 1995 cuando envió a Ali Mohammed a Nairobi. Este último pasó cuatro o cinco días haciendo labores de reconocimiento y fotografiando objetivos hasta que tuvo grabado en su Apple PowerBook que la

embajada estadounidense daba a la calle y estaba protegida ligeramente por policías kenianos. No se había aprendido ninguna lección de los atentados de Beirut en 1983 respecto a reforzar la seguridad de las embajadas, a pesar de un informe sobre el tema realizado por el almirante Bobby Inman. En 1994 se había establecido una célula keniana de Al Qaeda. Un palestino, Mohamed Sadeek Odeh, abrió un negocio de pesca en Mombasa, mientras que Wadi el-Hage creó una ONG llamada Ayuda al Pueblo de África en Nairobi, donde vivía con su mujer y cinco hijos. Otros reclutas incluían a Fazul Abdullah Mohammed, nativo de las Comoras, y a Mohamed Rashed Daud al Owhali. Alquilaron una casa de una sola planta a la que llegó un fabricante de bombas egipcio para montar un mecanismo que consistía en novecientos kilos de TNT ocultos en una camioneta Toyota marrón. El 7 de agosto de 1998, el octavo aniversario de la llegada de las fuerzas estadounidenses a Arabia Saudí, Al Owhali y un hombre conocido sólo como Azzam condujeron la camioneta hasta el pequeño garaje subterráneo de la embajada, después de que un guardia keniano les hubiera hecho una señal para moverse desde el parking público. Al Owhali bajó del vehículo para abrir las rejas de la entrada, dispersando a los guardias con el lanzamiento de una granada, tras lo cual huyó.

El estallido hizo que muchas personas de las oficinas circundantes corrieran a las ventanas. Azzam detonó la camioneta bomba. La fachada de cemento de la embajada quedó arrancada, matando a doce estadounidenses, e hiriendo a la embajadora Prudence Bushnell, pero la mayor parte de la explosión afectó a una escuela de secretariado vecina, a la vez que alcanzó a un autobús y a otros viandantes en este activo distrito comercial. Doscientos un africanos murieron, y otros 4.500 heridos, la mayoría cegados o con cortes por los fragmentos de cristal que salieron volando cuando fueron a las ventanas tras la explosión de la granada y se vieron afectados por la segunda enorme onda explosiva. Nueve minutos más tarde, un egipcío llamado Ahmed Abdullah, conocido como

Ahmed «el alemán» por su cabello claro, conducía un camión cisterna, cargado de bombonas de gas colocadas alrededor de una bomba similar, a la embajada estadounidense en Dar es Salaam. Por suerte, un tanque de agua absorbió la mayor parte de la explosión, aunque no lo suficiente como para salvar a once tanzanos que estaban solicitando visados y que resultaron muertos, o a los ochenta y cinco heridos. La mitad superior de Ahmed Abdullah golpeó el tejado de la embajada, aferrado todavía al volante[267].

En la Casa Blanca la primera prioridad había sido proporcionar expertos en rescates y arreglar los traslados de los heridos africanos más graves a hospitales europeos. Israel envió unidades de perros rastreadores especializados que desempeñaron un importante papel en rescatar a las víctimas enterradas bajo toneladas de escombros. Los servicios de emergencia de Kenia, preparados para catástrofes en masa que afectaran como mucho a sesenta personas, estaban sobrepasados. No había equipamiento para el levantamiento de grandes pesos, las reservas de sangre eran insuficientes y no existía bastante espacio en los depósitos de cadáveres. Estados Unidos ofreció dos mil millones de dólares con fines de compensación y reconstrucción, aunque los individuos sólo recibirían quinientos dólares por herido y los familiares sólo 11.000 dólares por una muerte. La caza de los autores fue implacable, con quinientos agentes del FBI y curtidos operativos antiterroristas de la CIA como Gary Berntsen aterrizando en Nairobi en unidades C-130. A Odeh se le detuvo usando un pasaporte falso cuando voló a Pakistán. Fue recibido en el aeropuerto de Nairobi con escalofriante cortesía por un policía keniano: «Bienvenido de nuevo a Nairobi, señor Odeh. Le hemos estado esperando». Pronto iba a hablar, de una manera o de otra. Al Owahli había resultado herido en el ataque y había visitado un hospital. Esto permitió a la policía keniana y a los agentes del FBI seguir su pista hasta un hotel en las afueras de la ciudad. Que su ropa, incluyendo cinturón y zapatos, estuviera impecable pese a la evidencia de cortes en sus manos y espalda,

fue suficiente para detenerle. Su tapadera se vino abajo cuando el FBI encontró balas y la llave del Toyota en un alféizar del hospital. Cuando la CIA presentó pruebas de que Al Qaeda estaba planeando una reunión el 20 de agosto para estudiar el éxito de estos atentados, el presidente Clinton tomó la decisión de lanzar ataques sobre Afganistán y Sudán, donde recientemente habían sido detectados dos de los terroristas de Nairobi.

Como no se podía confiar en los paquistaníes, y como éstos podían considerar la llegada de los misiles como un ataque a traición de la India, se envió a un general estadounidense a Islamabad para que acudiera a una cena con un colega paquistaní, durante la que el norteamericano le explicaría que los misiles que estaban entrando en su espacio aéreo no eran indios. Hasta el último minuto, y a pesar de que coincidió con la presión a la que estaba sometido por el caso de Monica Lewinsky, Clinton les dio muchas vueltas a ciertos objetivos en Sudán, aunque éstos no incluían la planta química de Shifa que la CIA había relacionado con Bin Laden por la presencia de residuos de elementos sospechosos en el suelo del complejo. Los misiles crucero Tomahawk rotaron en sus tubos en varios destructores en el mar Arábigo mientras se orientaban los giróscopos. Se lanzaron setenta y cinco misiles, algunos dando vueltas en círculo hasta que toda la bandada partió en su vuelo rasante de dos horas hacia Afganistán. Cada uno medía unos treinta centímetros de largo, y estaba armado con un surtido de cabezas explosivas. Algunos tenían bombas de 450 kilos, diseñadas para arrasar edificios, entrando por las ventanas si era necesario, mientras que otros estaban cargados de bombas de racimo para matar objetivos humanos más blandos. Cada uno tenía una carga útil equivalente a un cohete V2 de la Segunda Guerra Mundial. Durante la noche estos misiles alcanzaron seis campos de entrenamiento de Al Qaeda cerca de Jost, a 75 millones de dólares una cara manera de matar a un total de seis personas. Aunque la Agencia de Seguridad Nacional [NSA en sus siglas en inglés] había estado espiando una llamada de teléfono vía satélite realizada por

Al Zawahiri, que podría haber permitido a Estados Unidos precisar la localización de la cúpula de Al Qaeda, esta información no fue compartida con aquellos que lanzaron la Operación Gran Alcance que se convirtió en Gran Fracaso de Propaganda. Porque la planta química de Al Qaeda en Sudán había sido vendida; era un negocio legítimo que vendía productos farmacéuticos reenvasados en el ámbito local. A pesar de este fiasco, Clinton posicionó dos submarinos nucleares armados con misiles crucero en la costa de Pakistán, para reducir el tiempo de respuesta entre la recepción de información de inteligencia y cualquier ataque, mientras autorizaba secretamente a la CIA a usar una fuerza letal para lidiar con Bin Laden, rompiendo así con la política estadounidense desde la era Ford.

Estos ataques con misiles provocaron expresiones de furia, instigadas fácilmente en las calles de Pakistán, a la vez que reforzaron el prestigio de Bin Laden en el mundo musulmán cuando su voz anunció en la radio «Por la gracia de Dios, estoy vivo». Sopesando si quería a Estados Unidos como enemigo, el mulá Ornar se acercó más a Bin Laden, quien prudentemente hizo un juramento a Ornar como «el emir de los fieles». Ornar por su parte prometió a cambio: «Incluso si todos los países del mundo se unieran, nosotros defenderíamos a Osama con nuestra sangre»[268]. Para esta época, Bin Laden se estaba garantizando su primacía personal sobre las distintas «naciones» terroristas que habían ido a parar a Afganistán con el fin de luchar la yihad haciéndoles pronunciar un juramento que él mismo había ideado: «Invoco el compromiso con Dios, con el fin de escuchar y obedecer a mis superiores, que están llevando a cabo esta labor con energía, dificultad y entrega, y con el fin de que Dios nos proteja para que las palabras de Dios sean las más elevadas y su religión victoriosa».

Uno de los que juraron esto fue un joven jordano, Abu Musab al Zarqawi, líder del grupo terrorista Bayt al Imam, que en 1999 había sido liberado de una condena a quince años de cárcel como parte de una amplia amnistía concedida a tres mil prisioneros. Al Zarqawi

era un delincuente juvenil reformado de la dura ciudad de Zarqa de la que tomaba su nombre. De manera vergonzante para un yihadista estaba cubierto de tatuajes, incluyendo un ancla, aunque más tarde intentó eliminarlos usando ácido hidroclorhídrico. La gente le llamaba «el hombre verde» por los dibujos de su cuerpo. Derivó del crimen al yihadismo radical, comenzando a pasar tiempo en Afganistán desde 1989. Sus tres años en la dura prisión jordana de Suwaqah los había pasado levantando pesas y ampliando su banda de cuarenta reclusos islamistas reclutando a drogadictos y criminales. Cimentó su carisma en la prisión dando palizas a la gente y lavando los cuerpos de los enfermos. Cuando él parpadeaba los demás obedecían. Tras regresar a Afganistán, Al Zarqawi y cuarenta de sus camaradas jordanos fueron reclutados para Al Qaeda por su compatriota Abu Zubaydah, que ocupaba un alto cargo en la organización. Como le gustaba un poco ir por libre, se permitió a Al Zarqawi que estableciera un complejo de entrenamiento cerca del borde iraní en Herat, cuya función básica era infiltrarse en el Kurdistán iraquí a través de un grupo yihadista llamado Ansar al Islam, cuyo líder, el mulá Krekar, vive ahora en Noruega. Esto ayudaría no sólo a establecer un santuario para Al Qaeda, si alguna vez se les expulsaba de Afganistán, sino a proporcionar una red de terroristas kurdos de toda Europa que podrían ser absorbidos por Al Qaeda. A su vez ellos serían los principales reclutadores de yihadistas suicidas europeos que fueron a Irak a combatir contra los estadounidenses tras la invasión de 2003.

Al Zarqawi estaba también muy involucrado en los planes de Bin Laden para el milenio. Una de las conspiraciones consistía en volar el hotel Radisson SAS de Ammán, que estaría atestado de cristianos estadounidenses, y el puente Rey Hussein que conectaba Jordania con Israel. Afortunadamente, los jordanos destaparon el complot y juzgaron a veintisiete terroristas, incluyendo el ausente Al Zarqawi que fue sentenciado a quince años de prisión[269]. Otro plan, para hundir el destructor estadounidense *The Sullivans* en la

costa de Adén, fracasó cuando el bote que transportaba los explosivos se hundió pocos minutos después de zarpar porque no aguantó el peso. A miles de kilómetros de allí, un argelino llamado Ahmad Ressam se preparaba para cruzar de Canadá a Estados Unidos, tras recibir 12.000 dólares para gastos de Al Qaeda por esta operación. Por suerte, una funcionaría de aduanas atenta llamada Diana Dean sospechó del nervioso Ressam mientras bajaba con su vehículo de un ferry en Port Angeles, en el estado de Washington. Ella y sus colegas le hicieron abrir el maletero de su coche, donde encontraron cincuenta kilos de urea (para fabricar bombas de fertilizante) y diversas cantidades de sulfatos, así como temporizadores, Ressam echó a correr pero fue atrapado unas manzanas más allá intentando robar un coche. Los investigadores se dieron cuenta de que formaba parte de una red de células durmientes con base en Estados Unidos que se extendía de Montreal a Boston y Nueva York. Su vehículo contenía un mapa del aeropuerto internacional de Los Angeles, que era su objetivo. Por todo Estados Unidos angustiados agentes an ti terroristas suspiraron con alivio cuando la Nochevieja pasó sin que se oyera nada más estruendoso que los fuegos artificiales.

Había aún otro complot para el milenio en marcha en el corazón de Europa, donde las autoridades pertinentes estaban inmersas en una especie de trance narcoléptico. La noche del 20 de diciembre de 1999, oficiales de inteligencia alemanes irrumpieron en un apartamento de Fráncfort que estaba siendo usado por una célula terrorista argelina. Habían llevado un dispositivo de seguimiento ya que se habían enterado de la reciente llegada de dos bolsas con armas. Encontraron las dos bolsas, y por tanto tuvieron que elegir en cuál introducir el aparato, puesto que habían traído sólo uno. A una hora temprana durante la Nochebuena, Scodand Yard interceptó una llamada de un miembro de esta célula a Abu Doha en la que se habló de un modo directo de un ataque inminente. Abu Doha era uno de los fundadores del Grupo Salafista para la

Predicación y el Combate (GSPC). Los excesos del GIA en Argelia durante la década de 1990 habían alejado a padrinos espirituales tales como Abu Qatada, el palestino Ornar Mahmud Othman, que emitía desde Londres el boletín del GIA *Al-Ansar*. Un resultado de esto fue la formación del GSPC, que aunque se abstenía de la violencia sin sentido del GIA dentro de Argelia lo compensó echando a nadar tras la estela de Al Qaeda. Abu Doha conoció a Bin Laden en Afganistán y accedió a poner su red europea a disposición de éste como una operación temporal de franquicia. Así fue cómo Ahmad Ressam acabó cruzando la frontera canadoestadounidense para volar el aeropuerto de LAX. La llamada de Fráncfort a Londres forzó a actuar a la policía alemana. Hicieron una redada en el piso de Fráncfort y arrestaron a cuatro de los cinco hombres de la célula. Dos de ellos habían intentado sin éxito conseguir asilo y vivían en Gran Bretaña, de donde no habían sido deportados a pesar de haber cometido delitos como tráfico de drogas. Otro era un terrorista condenado del GIA de ciudadanía francesa, lo que no le impedía moverse libremente entre Gran Bretaña, Francia y Alemania. Un cuarto era un argelino al que los alemanes le habían negado el permiso para quedarse cuando admitió haber procurado armas y municiones al EIS, pero que después desapareció de todas maneras, excepto para ser repetidamente detenido por robo.

En un apartamento usado por esta célula la policía alemana encontró treinta kilos de permanganato de potasio, una sustancia química que normalmente se vende en cantidades de cinco a diez gramos para tratar a niños con eczema. También es apropiada para hacer bombas. Los hombres se habían disfrazado como respetables médicos a punto de embarcar para una misión humanitaria en Africa, y visitaron cuarenta y ocho farmacias cerca del aeropuerto de Fráncfort alegando que habían olvidado que necesitaban receta para los productos químicos en su apresuramiento por alcanzar las clínicas pediátricas en las que pretendían hacer sus buenas obras. Este cuento de* sus infortunios funcionó con la mayoría de los farmacéuticos. En otro apartamento alquilado por el grupo la policía

alemana encontró una cinta de vídeo de veinte minutos que recogía la grabación de un viaje de Baden-Baden a Estrasburgo. En Estrasburgo la cámara se centraba en la fachada de la catedral, y especialmente en los compradores del mercado navideño. Había una banda sonora en árabe: «Éstos son los enemigos de Dios dando un paseo. [...] Éstos son los enemigos de Dios. Iréis al infierno. Si Dios quiere». El plan debió de consistir en colocar bombas dentro de ollas a presión, aunque no hay certeza, ya que durante su juicio los acusados mantuvieron silencio, rompiéndolo sólo para chillar: «Todos sois judíos. No necesito al tribunal. Alá es mi defensor. Nuestro único juez es Alá», mientras eran sentenciados. El complot entero había sido organizado desde Londres, donde vivían muchos miembros de la célula. Los británicos arrestaron a Abu Qatada, y después a Abu Doha cuando intentaba huir desde Heathrow. La policía italiana irrumpió para desarticular una célula en Milán después de que sus prolongadas escuchas electrónicas revelaran que un libio con base en Múnich estaba intentando replicar el atentado de Estrasburgo con la ayuda de un gas tóxico[270].

Las laxas leyes de asilo del continente se tradujeron en que, mientras que en 1983 había ochenta mil personas buscando asilo, en 1992 la cifra había llegado a setecientos mil, con redes de contrabando altamente organizadas que traían ilegalmente a muchos más, a menudo en circunstancias deplorables. Esta relajación permitió afianzarse allí a varios importantes agentes islamistas, a pesar de que sistemáticamente contaban multitud de mentiras para lograr los permisos necesarios, como cuando Abu Hamza contrajo matrimonio estando ya casado con una inglesa con el fin de conseguir autorización para quedarse. Incluso cuando incumplían los términos de su asilo o cometían delitos, como en el caso de todo el grupo de Estrasburgo, era la excepción más que la regla que un gobierno europeo deportara a los implicados. El yemení Ramzi bin al Shibh alegó ante las autoridades alemanas que era «Omar» escapando de la persecución en su nativo Sudán.

Antes incluso de que éstas rechazaran su demanda, Ramzi bin al Shibh había adquirido los documentos correctos de registro, bajo su verdadero nombre, para una universidad alemana que usó para obtener un visado de estudiante de la embajada en Yemen[271]. No había virtualmente ninguna coordinación entre tribunales, ministerios del Interior, autoridades de inmigración, prisiones y policía, en contraste con los equipos de activistas legales que estos hombres podían movilizar si alguna vez eran arrestados. A muy alto nivel la policía y los servicios de inteligencia cooperaban, pero de ahí hacia abajo las distintas jurisdicciones garantizaban que no existiría una coordinación de políticas en profundidad. Una grabación realizada por agentes de inteligencia italianos revela cómo este tipo de hombres consideraban sumamente fácil aprovecharse de Europa, incluso sin la ayuda de abogados de inmigración y derecho humanitario, profesiones que han conseguido blindarse con éxito de toda crítica. El interviniente que se nombra era Mahmud Abdelkader Es Sayed, un egipcio con una alta posición en Al Qaeda, que se había anticipado a la curiosidad de los italianos admitiendo estar conectado con la yihad islámica:

> Hombre desconocido: ¿Conseguiste asilo político?
>
> Es Sayed: Sí, cuando llegué aquí me fui a Roma. Vine a Milán sólo tras obtener asilo. De todas maneras, cuando vine aquí me afeité la barba y «me puse en forma».
>
> Hombre: Sí [riendo] por supuesto nunca llegaron a saber nada de tu extremismo...
>
> Es Sayed: Presenté la solicitud en Roma [...] [riendo] naturalmente les conté que tengo tres hermanos en la cárcel [...]. También les conté que había estado en la cárcel.
>
> Hombre: ¿Incluso con los hermanos del Ejército de Adén [se refería al Ejercito Islámico Yemení de Adén]?
>
> Es Sayed: Ésta es la cosa [...]. Yo dejé Egipto hace mucho tiempo [...]. Les conté que estaba siendo buscado [...] Les conté que era perseguido injustamente [...]. Que mi mujer

> había tenido un accidente de coche [...], mala suerte [...], pero les conté que el accidente había sido causado por el servicio secreto egipcio.
>
> Hombre: ¡Muy bueno!
>
> Es Sayed: Todo esto parecía una persecución y, como consecuencia, me dieron el asilo en el mes de noviembre... diciembre.

Italia estaba en el proceso de actualizar sus leyes de asilo, un tema que los dos debatieron más adelante en esta conversación, en un pasaje sobre el que a los lectores les podría interesar reflexionar:

> Es Sayed: Ahora hay una ley en Italia que exige que las demandas de asilo, incluso aquellas que ya han sido aprobadas, sean revisadas cada tres meses para ver si las condiciones iniciales todavía se mantienen [...], esto es muy extraño [...], por hacerlo así una persona puede sufrir opresión.
>
> Hombre: Ésta es una forma de terrorismo.
>
> Es Sayed: Por supuesto que es terrorismo [...] Italia es un país terrorista [...], es un país criminal [...]. Todo esto muestra que en Italia no puedes obtener un asilo político real [...]. La intención del gobierno es aprovecharse de los musulmanes que viven en este país

[272].

Un abuso añadido era el relacionado con los sistemas de seguridad social europeos, administrados por aquellos que se han tragado el credo multicultural completo. Abu Qatada recibía 400 libras a la semana en ayudas estatales, desglosadas en 322 libras para vivienda y 70 a la semana como pensión de invalidez. El alquiler de Abu Hamza lo pagaban los contribuyentes, a razón de 2.400 libras al mes, por una casa considerable en una zona de las afueras en el oeste de Londres. Con su gran familia, Omar Bakri recibía un total de 275.000 libras en subvenciones, que se extendían a un monovolumen Ford Galaxy de 31.000 libras para transportarlos de un lugar a otro. Las tradiciones europeas de libertad de culto se traducían en la existencia de poderosos tabúes que protegían los principales lugares de actividad islamista. Las mezquitas, junto con el archipiélago de centros comunitarios que las acompañaban, fueron un punto nodal crucial en la elaboración de una red yihadista paneuropea. Para poner esto en perspectiva, las autoridades de seguridad francesas calculan que de las 1.685 mezquitas de Francia, que son visitadas regularmente por sólo un 10 por ciento de los cinco millones de musulmanes franceses, ochenta, o el 4,7 por ciento, ofrecían motivos para preocuparse, mientras que un 1,1 por ciento eran controladas, más que cuestionadas, por salafistas radicales. La mayoría de los imames eran en realidad bastante sumisos, ya que preferían evitar la controversia para no ofender a sus congregaciones o a los comités de las mezquitas, de estilo similar a los presbiterianos, que controlaban el dinero de las colectas. Los comités a menudo preferían contratar a estos predicadores aldeanos extranjeros porque resultaba más barato que emplear a alguien con una educación occidental que trascendiera el dominio del Corán. El control de estos comités fue una de las maneras en las que los radicales pudieron calentar la temperatura en las mezquitas. Los islamistas radicales eran receptores de fondos centralizados, ya fueran de una organización local en el país

anfitrión o de una fuente externa como la wahabista Arabia Saudí. A diferencia de algunos de los viejos clérigos campesinos que predicaban en un urdu que los musulmanes de segunda generación encontraban difícil de entender, los radicales frecuentemente operaban en la lengua vernácula nacional, o en auténtico árabe, y eran los primeros en utilizar las tecnologías más modernas[273].

También sabían exactamente qué aspectos de la cultura local adoptar, de manera que, por ejemplo, el jeque Ornar Bakri se las apañaba para combinar la beligerancia de su nativa Siria con un toque cómico digno de Bernard Manning, un racista y vulgar cómico británico a quien no se echa mucho de menos. Cualquier intento por parte de los moderados de decir «sí, pero» podía ser echado abajo con estrépito con citas del libro sagrado por «jeques» e «imames» sin ninguna clase de formación teológica, pero con una sensibilidad para ver la vida del modo en que la viven los jóvenes musulmanes. Maestros de la injuria, estas figuras tenían a los enfurecidos jóvenes comiendo de la palma de su mano, especialmente si portaban estigmas físicos de alguna yihad extranjera. Se libraron batallas por el control de las mezquitas moderadas, que algunas veces llevaban al surrealista espectáculo de tener a un moderado predicando arriba y un maniaco en el sótano, o, como en el caso de Abu Hamza, fuera, en una calle de Londres bajo la mirada de aburridos policías. Como en Milán, los radicales establecieron mezquitas *ad hoc* en antiguos garajes o lugares similares, o, como en el caso de la mezquita de Stepney, en el este de Londres, tendían a acabar en locales alternativos que controlaban totalmente. Esto es lo que los franceses llaman el «*islam des caves*», de los sótanos y las bodegas en enormes urbanizaciones de viviendas públicas protegidas. Las sociedades estudiantiles musulmanas, ya que ésta fue la generación que disfrutó de una enseñanza superior masiva, fueron dominadas rápidamente por organismos como la Organización de Jóvenes Musulmanes, una de las rutas hacia grupos más radicalmente subversivos como Hizb ut-Tahir. Los académicos británicos se negaban a «espiar» a sus estudiantes,

aunque todavía vigilan los signos de consumo de drogas o inestabilidad mental. Tras pagar un enorme precio, algunos gobiernos europeos, especialmente Holanda, han encargado con retraso la puesta en marcha de programas organizados por las universidades que otorguen las licencias para ejercer a los imames, con el objetivo de combinar el aprendizaje islámico con una educación occidental plural y racionalista. Que el 70 por ciento de los estudiantes sean mujeres no es un dato alentador, ya que el programa parece condenado al fracaso, en una cultura que está tan dominada por los hombres[274].

El regalo de despedida del ayatolá Jomeini al mundo antes de su muerte en junio de 1989 fue la emisión de una *fatwa* llamando a los musulmanes del mundo a matar al novelista Salman Rushdie por insultar al Profeta. Esta barbaridad fue un intento de reafirmar la hegemonía de Irán en el mundo musulmán —redefinido ahora para referirse a todos los sitios donde vivían los musulmanes— tras la conclusión de la victoria, patrocinada por los saudíes, sobre los soviéticos en Afganistán. Bloqueaba también los esfuerzos de los iraníes moderados para reabrir las puertas a Occidente. Tras un significativo lapso de tiempo, los musulmanes de India y Pakistán tuvieron éxito azotando la furia entre sus correligionarios en Gran Bretaña. País que había ignorado alegremente las implicaciones religiosas de la inmigración masiva, asumiendo que todos los inmigrantes se fundirían felizmente con el hedonismo secular imperante, Gran Bretaña quedó impactada por las escenas de personas enfurecidas quemando libros y efigies en ciudades del norte. Esta furia no ha desaparecido; ha sido reinstigada con regularidad durante los últimos veinte años, para decreciente divertimiento de los nativos que se están cansando de los puños al aire amenazantes, los dedos apuntando acusadores, las llamas y la furia insaciable.

Para muchos europeos musulmanes, su última visión de una sociedad multicultural que funciona termina cuando abandonan el espejismo de las escuelas primarias multiétnicas y multirreligiosas

para entrar en un sistema de educación secundaria cada vez más segregado. Hay algo profundamente trágico en la manera en la que ha sucedido esto, y es difícil ver cómo se pueden rectificar las cosas. Estas divisiones son una consecuencia inevitable de la formación de guetos de facto, las «ciudades de las parabólicas», donde el receptor de satélite de las televisiones está sintonizado hacia otras tierras. El 5 por ciento de los ciudadanos británicos son musulmanes, pero en algunas ciudades representan el 15 por ciento de la población. En una ciudad como Blackburn, en Lancashire, la gente del sur musulmán vive vidas separadas de las de los blancos del norte. Los escolares son transportados en autobuses de una zona a otra, como si visitar una iglesia o una mezquita en el otro lado de la ciudad fuera un viaje al extranjero. Según un reciente programa de televisión de la BBC de mayo de 2007, el «éxodo blanco» dará como resultado ciudades completamente pobladas por surasiáticos o ciudades enteramente blancas. Los políticos expresan serias preocupaciones sobre estos guetos, pero no tienen ni idea de cómo romperlos ya que cada nueva iniciativa parece fracasar. En Gran Bretaña deben tener presente que aproximadamente un 50 por ciento de los parlamentarios del Partido Laborista tienen una gran dependencia del voto musulmán, que puede ser influenciado de un modo u otro por las llamadas telefónicas de un líder religioso o político en Pakistán o por manipulaciones fraudulentas de los sistemas de voto por correo. Políticos de todos los colores, excepto los congresistas con electorados que contienen grandes cifras de blancos pobres, ignoran las encuestas en las que el 70 por ciento de los británicos expresa su deseo de endurecer los criterios de inmigración, prefiriendo ponerse del lado de la opinión pública biempensante antes que del de sus compatriotas —incluidos muchos asiáticos y afrocaribeños—. Incluso plantear estos temas equivalió una vez a exponerse a ser tachado de fascista, racista o, de manera surrealista, eugenesista, un credo que la Iglesia también adoptó en cierta medida[275].

Uno de los mayores problemas es que algo para lo que ya tenemos el término neutro «cosmopolitismo», es decir, todas las cosas cotidianas relativas a la mezcla de comunidades étnicas que históricamente nos gustaban, se desvaneció ante la ideología activista del multiculturalismo, que hace referencia a mucho más que comprar café en una tienda supuestamente argelina en una calle *gay* del Soho de Londres regentada por italianos y polacos, o la existencia de ciudades Estado multiétnicas (muy ordenadas) como Hong Kong o Singapur. A algunos judíos no les gusta la palabra «cosmopolita», por considerarla un sinónimo codificado para el Berlín o la Viena del siglo XIX, pero ésa es una razón insuficiente para evitarla.

El multiculturalismo significa que cada grupo diferente adoptó una narración en la que aparecía como víctima con el fin de evitar ser sometido a un atento escrutinio, envolviéndose en el mito de la pureza moral que conlleva el ser los oprimidos históricamente. Estas diversas comunidades hablaban a los gobiernos a través de sus supuestos líderes comunitarios, una versión liberal del poder imperial tratando con los nativos a través de nababs y tribus. De hecho, aquellos que se nombran a sí mismos líderes de las minorías víctimas pueden ser también opresores, como sabrá cualquiera que esté familiarizado con el Bogside, Falls Road o Short Strand. Hay matones en abundancia también en las comunidades musulmanas, en organizaciones como Hizb ut-Tahir que funcionan como bandas. Las exaltadas acusaciones de racismo institucionalizado o sistemático bloquean el debate sobre la subordinación de las mujeres en las comunidades musulmanas o el odio que expresan hacia homosexuales y judíos, del mismo modo que durante décadas algunos judíos han reprimido las críticas hacia Israel, o hacia algunas acciones dudosas relacionadas con judíos individuales, insinuando automáticamente acusaciones de antisemitismo[276].

Originado en el mundo académico occidental de izquierda, como posición alternativa tras el derrumbamiento del marxismo, este credo del multiculturalismo fue diseñado para reunir una coalición

progresiva de intereses de las minorías como contrapeso a la desagradable mayoría de los nativos. Se convirtió en la postura ortodoxa dominante en las iglesias, el gobierno local, los medios de comunicación de la izquierda liberal y en cualquier otro sitio en el que se haya impuesto el autorrepudio cultural. En Gran Bretaña, todo un canal de televisión, Channel 4, se dedicó progresivamente a propagarlo con programas que hoy en día son difíciles de parodiar dentro de la degradada basura chabacana que contrata. Como la preocupación urgentemente reactiva sobre la esencia meramente simbólica de «lo británico» o «lo holandés», el multiculturalismo descuida de igual manera los valores morales comunes que hacen posible la convivencia civilizada, especialmente cuando éstos incluyen nociones sobre el honor o la deshonra y la necesidad de tabúes sociales, más que un debate introspectivo sobre la decencia o la tolerancia, que son igualmente tradicionales en Portugal o Suecia.

Existen otros aspectos insidiosos del multiculturalismo. El comportamiento pasa a ser una mera expresión de la diferencia, más que de lo correcto o lo incorrecto, lo mejor o lo peor, lo civilizado o lo atrasado, actitudes que han conducido a la policía y los servicios sociales a hacer oídos sordos incluso ante niños que son torturados para expulsar espíritus malignos, o mujeres que se enfrentan al asesinato por oponerse a relaciones concertadas. Esta política fue seguida de manera más integral por los gobiernos de centroizquierda de Gran Bretaña y Holanda, con el consentimiento pasivo de sus oposiciones de centroderecha, aterrorizadas ante la idea de ser acusadas de racismo. Hace tiempo que los gobiernos de centroizquierda se han alejado discretamente de él, pero el multiculturalismo es el puente entre los islamistas reaccionarios y la extrema izquierda antisemita y antiestadounidense[277]. Sólo Francia, con su insistencia republicana en la igualdad, la integración y el secularismo, se opuso manifiestamente a esta filosofía divisoria. En lugar de dar a los inmigrantes la formación para seguir una vocación profesional, este credo fomentó activamente una forma de

apartheid «suave», ya fuera proporcionando traducciones de documentos oficiales, lo que hacía innecesario aprender el idioma dominante, o fomentando activamente las prestaciones sociales entre poblaciones con bajos niveles de educación. Mientras que muchos inmigrantes anteriores, como los judíos, indios, griegos y chinos, consideraban los subsidios sociales, asumiendo que existieran, como limosnas degradantes, ahora se han convertido en parte de una cultura de los derechos, responsable de circunstancias tan extraordinarias como que la minoría musulmana del 5 por ciento de Dinamarca reciba el 40 por ciento de su presupuesto de asistencia social. Un fenómeno llamado islamofobia inventado en 1998 —que quizá debería ser llamado «terrorofobia» o miedo a ser asesinado por bombas islamistas— ahorra a todo el mundo la necesidad de analizar qué es lo que ha marchado tan radicalmente mal dentro de estas comunidades. Los servicios informativos de la BBC contribuyen por reflejo, no conectando nunca a los terroristas con la circunscripción en la que operan, incluso cuando lo último que se les escucha gritar es «Alá, Alá», a la vez que cubren con nerviosismo sus preocupaciones respecto a una puramente hipotética reacción violenta de los nativos[278].

La adolescencia y la juventud acarrean desafíos excepcionales para aquellos que provienen de una familia tradicional y tienen que abrirse camino en la moderna y liberal sociedad occidental. Chinos, indios y turcos parecen haber franqueado muy bien este reto. Encontrarse suspendidios entre Gran Bretaña y Pakistán, Alemania y Turquía, o Francia, Italia, España y el norte de África es lo que les ha tocado en suerte a muchos musulmanes de segunda y tercera generación en Europa. Las cuestiones culturales, más que las económicas, pasan a ser enormemente significativas, ya que no existen importantes obstáculos para la movilidad social entre los surasiáticos. ¿Te retiras a la cerrada aldea que tus padres han replicado en las afueras de Leeds, Lille o Limburg, o te sumerges en una sociedad de la mayoría cuyas costumbres encuentras desconcertantes, decadentes y tentadoras? Parece existir además

un problema de género. Mientras que las chicas musulmanas aceptan las órdenes sin rechistar en el hogar, estudian duro y logran luego progresar mediante el trabajo o el matrimonio, los hombres, consentidos como «principitos», parecen descarriarse con frecuencia, usando la violencia como un desahogo de la represión sexual que impera en sus comunidades. No es de extrañar que estén empeñados en hacer volar a las «zorras» escasamente vestidas que frecuentan los clubs nocturnos británicos, con lo que se refieren a las oficinistas, enfermeras y profesoras británicas que salen por la noche a clubs y discotecas. En parte como un modo de rebelión generacional, muchos musulmanes de segunda o tercera generación recurrieron al islamismo, donde encontraban hermandad, identidad y respeto, resolviendo así su propia crisis existencial a la vez que se impregnaban de una visión del mundo con una definición nítida del bien y el mal. Paradójicamente, como ha mostrado Shiv Malik, lo ultrarreaccionario podía ser extrañamente liberador. Además de rechazar la inocua beatería de sus padres, podían escapar a prácticas tan tradicionales como los matrimonios concertados con primas lejanas —alegando que ésta era una costumbre hindú falsamente adoptada por los paquistaníes — para volcar su atención en la gran reserva de devotas mujeres que lucían el hijab, en sí una supuesta forma de liberación de la depredadora mirada de los hombres. Pero el velo también es simultáneamente totalitario en el sentido de que las mujeres que no lo llevan son sistemáticamente intimidadas para que lo hagan[279]. Otros encontraron su camino al islam radical como modo de expiar una vida de crímenes. Entre el 50 y el 70 por ciento de quienes ocupan las cárceles francesas son musulmanes, mientras que en España lo es uno de cada diez reclusos. Las autoridades británicas predicen que para 2012 habrá un millar de islamistas en el sistema de prisiones, donde ya intentan subvertir el orden institucional. Estas cifras significan que muchas cárceles cuentan ya con bandas de reclusos islamistas, que proporcionan seguridad y solidaridad a los nuevos presos y una respuesta coordinada, llegando a ocasionar

disturbios y motines, cuando un funcionario de prisiones se enfrenta a uno de ellos. Muchos están amargados y desilusionados, y son presa de los reclutadores islamistas que operan tanto como compañeros de reclusión como en el papel de trabajadores sociales o capellanes. Escasamente educados, estos hombres son como recipientes vacíos para los reclutadores yihadistas, que pueden venderles cualquier versión del islam que deseen siempre que sea lo suficientemente implacable y prometa la redención personal enfocando su agresión hacia la sociedad de acogida. Como ha comentado Irfan Chishti, un imam que dirige la oración en la prisión de Buckley Hall, en Rochdale: «Tienes a alguien predicando a una cáscara vacía, alguien a quien le han dicho que el islam es la respuesta a todos sus problemas, el vacío puede ser llenado». Con su visión instrumental de los seres humanos, los reclutadores islamistas son infinitamente comprensivos, más que condenatorios, y dirigen una violencia propia de delincuentes a una causa más elevada. Los objetos incluyen a hombres como Domenico Quaranta o Ruddy Terranova, tipos duros de la calle, de Sicilia y Marsella respectivamente, que se convirtieron al islam en la cárcel. Adquirieron incluso una recién descubierta humildad y serenidad para ocultar la violencia que les corría por dentro. Ambos se convirtieron en activos terroristas yihadistas[280].

Richard Reid, el voluminoso hijo de un padre jamaicano y una madre inglesa blanca, era típico. Su padre estaba en la cárcel con tanta frecuencia que su mujer se divorció de él. Su hijo Richard rápidamente se echó a perder, convirtiéndose en uno de esos componentes fácilmente manipulables del mundo de las bandas juveniles del sureste de Londres. El era al que siempre pillaban. Una temporada en un reformatorio le condujo a una sentencia de tres años de prisión tras ser condenado por cincuenta robos. Durante este tiempo el cristiano (aunque sólo en teoría) Reid descubrió el islam, continuando con este interés tras su puesta en libertad en 1996 en la mezquita y el centro cultural islámico de Brixton. Desde allí fue atraído al mucho más tenso entorno que rodeaba a Abu

Hamza, como se manifestaba externamente en el hábito adquirido de llevar una chaqueta de combate de camuflaje encima de sus blancas y sueltas túnicas árabes. Encontró un nuevo ídolo al que adorar en la corpulenta forma de Zacarías Moussaoui, un marroquí francés que había ido a parar a Brixton en 1986. Como licenciado de estudios empresariales de la South Bank University, Moussaoui estaba mejor formado y era más inteligente que el simplón de Reid, aunque era considerablemente más volátil. En 1998 Reid se trasladó a la mezquita de Finsbury Park, donde fue captado por un «cazatalentos» de Al Qaeda, el argelino Yamel Beghal. Le siguió un período de entrenamiento en Afganistán. De regreso a Inglaterra en el verano de 2001, Reid viajó a Eraselas donde lo primero que hizo fue meter el pasaporte en la lavadora. Eso le procuró uno nuevo, sin los sellos de visado que había acumulado en su ruta a Afganistán. Equipado con un pasaporte en blanco, voló a Israel, tomando nota de los niveles de seguridad del vuelo de El Al, y llevó a cabo labores de reconocimiento de varios objetivos en Tel Aviv, Haifa y Jerusalén. Tenía oficio, lo que incluía llevarse botellas de alcohol vacías de vuelta al hotel para dejarlas por la habitación, en caso de que el Shin Beth husmeara por allí. Fue a Pakistán vía Egipto y Turquía, antes de regresar a Gran Bretaña para llevar a cabo la calamitosa operación relacionada con sus zapatos que le haría acabar en la prisión de alta seguridad de Colorado para el resto de su vida.

Por supuesto, es erróneo imaginar que todos los yihadistas salafistas provienen de entornos marginados o problemáticos. Ahmed Ornar Saeed Sheij, que se encuentra actualmente en el corredor de la muerte en Islamabad por su implicación en la decapitación del corresponsal del *Wall Street Journal* Daniel Pearl, no era uno de los desheredados de la tierra, sino un niño mimado. Su padre dirigía una próspera empresa de ropa, lo que le permitió enviar a Ahmed Ornar a un colegio privado de segunda fila en Essex, donde se dedicó a beber demasiado y destrozar coches. Tuvo sus primeros flirteos con el islam radical cuando sus padres le llevaron de vuelta a Pakistán para intentar enderezarle en Lahore. A

su regreso a Forest School, cuando contaba ya dieciséis años, había evolucionado para convertirse en un visionario camorrista que recorría los pubs locales echando pulsos. Obtuvo unas notas en sus exámenes de A Level lo suficientemente decentes como para entrar en la London School of Economics a estudiar matemáticas y estadística, pero no causó demasiada impresión entre los jóvenes privilegiados europeos ni los estadounidenses de gira por Europa[*]. En 1993 se unió a un Convoy of Mercy islamista con destino a Bosnia, pero se dio la vuelta enfermo en Croacia. Tras un adiestramiento con armas en un campamento de Al Qaeda en Afganistán, fue enviado a India como señuelo para atraer a mochileros occidentales con la intención de hacerlos caer en manos de terroristas cachemires. Durante estos episodios, aterrorizaba a los rehenes hablándoles de criquet para a continuación mostarles cómo les iba a cortar la garganta. Pasado un tiempo fue disparado por la policía india y sentenciado a cinco años de prisión. Cuando terroristas cachemires secuestraron un avión indio, Ahmed Ornar fue uno de los liberados como canje por los pasajeros. Se fue a Pakistán vía Afganistán, mientras el gobierno británico —a cuyos ciudadanos había secuestrado recientemente— renunciaba a oportunidades para procesarle. El último giro resulta instructivo. Al Qaeda da una importancia especial a sus operativos de la clase media profesional con una educación porque éstos tienen vidas por lo demás modélicas, y se pueden mover con relativa impunidad bajo la tapadera de estar ayudando, especialmente si son médicos empleados tras una inspección mínima por parte del sistema nacional de salud británico[281].

Aunque la policía alemana desarticuló la célula de Fráncfort, no podían sancionar o investigar a todas y cada una de las agrupaciones de entregados islamistas. Durante 1998 un estrecho círculo de amigos islamistas se había congregado en un piso alquilado en Hamburgo. El grupo con el tiempo incluyó a los doce hombres que pararon por él en el curso de los dos años siguientes. Hasta donde uno puede ver, no tenían quejas contra Alemania, que

había hecho lo imposible para acomodarlos. Sus miembros clave eran el yemení Ramzi bin al Shibh, un estudiante egipcio de planeación urbana, Mohamed Mohamed el-Amir Awad el-Sayed Atta, un estudiante libanés de ciencias aplicadas, Ziadjarrah y Marwan al Shehi, un soldado de los Emiratos Arabes que se estaba tomando una temporada de permiso para estudiar ingeniería marina tras haber llegado a dominar el alemán. Con la excepción de Marwan, cuyo padre era almuecín en un pueblo, todos ellos provenían de entornos relativamente acomodados, desde los que habían sido enviados a Europa a prosperar en las carreras profesionales que habían elegido. Hablaban idiomas europeos, en el caso de Atta inglés y alemán, y sabían cómo actuar y vestirse a la europea. Del grupo, Atta era el más implacablemente decidido, mientras que Shibh tenía talento para la organización.

Este grupo había captado superficialmente la atención de la policía alemana cuando comenzaron a vigilar a Mohammed Haydar Zamar, un bocazas mecánico en paro, y a un empresario sirio, después de que hubieran sido contactados por un yihadista iraquí que Estados Unidos había identificado como un importante agente de Al Qaeda. Una de las razones que se dieron para justificar que no se prestara una atención más detenida a estos jóvenes, aparte de las limitaciones de personal de la policía, era que su intensa adhesión al islam fuera tan pública; hicieron una petición, con éxito, a la Universidad Técnica de Hamburgo, donde Atta estaba escribiendo una tesis sobre la arquitectura de la Alepo medieval, para conseguir una sala de oración. El grupo pasaba gran parte del tiempo rezando, escuchando sermones grabados por Abu Qatada, o viendo documentales de horror de Bosnia y Chechenia. El Informe de la Comisión del 11-S dice que una serie de encuentros casuales, incluido uno con un extraño en un tren, les condujeron a combatir la yihad en Afganistán mejor que en Chechenia. Unas cuantas lagunas en nuestro conocimiento de los movimientos previos de Atta hacen que esto parezca improbable. A finales de 1999 cuatro de los miembros de la célula volaron a Pakistán, para hacer el largo viaje

en autobús a la oficina de los talibanes en Quetta, la escala final en su ruta a los campamentos de entrenamiento afganos de Bin Laden. Allí conocieron a su jefe de operaciones, Mohammed Atef, mientras Atta, el líder designado por el grupo, pasaba tiempo a solas con el propio jeque[282].

En enero y febrero de 2000 regresaron a Alemania, equipándose con nuevos pasaportes por el camino, con el fin de perder los visados paquistaníes. Necesitaban visados estadounidenses para los programas de formación de vuelo a los que planeaban apuntarse como les habían ordenado Bin Laden y Atef. Atta,Jarrah y Shehi obtuvieron sus visados sin ninguna pega; como supuesto emigrante económico yemení, Shibh fue rechazado. Su dinero para gastos, 120.000 dólares, era transferido con regularidad desde los Emiratos Árabes Unidos por Ali Abdul Aziz Ali, un sobrino de Jalid Sheij Mohammed, mientras Shibh compensaba cualquier déficit con las propias cuentas bancadas de los hombres en Alemania, sobre las que él tenía poderes de abogado. Tras volar a Estados Unidos, los tres se enrolaron en dos escuelas de vuelo de Florida. Asiduos estudiantes, adquirieron dominio de las avionetas y pagaban por practicar en simuladores para grandes aviones comerciales. Al otro lado del país, en San Diego, dos saudíes, que apenas sabían inglés, intentaban apuntarse en otras escuelas de vuelo. Aunque los dos hombres habían sido considerados como sospechosos de terrorismo por la CIA, que había seguido sus movimientos en Malasia, la ruta preferida hacia Estados Unidos, esta información no se había pasado nunca a las autoridades consulares que les concedieron los visados. Tras desesperados intentos de conseguir un visado, Shibh se dio por vencido, no sin antes visitar Londres, donde reclutó a Zacarías Moussaoui, quien, enrolado ya en una escuela de vuelo en Norman, Oklahoma, fue primero evaluado por Jalid Sheij Mohammed, el cerebro de esta operación. Para cuando llegó a Pakistán, Jalid Sheij había identificado a Hani Hanjour, un saudí que vivía en Estados Unidos, quien ya tenía licencia de piloto comercial. El papel de Shibh de ahí en adelante sería el de

amañador clave, viejo amigo de los miembros de la célula de Hamburgo ahora en Estados Unidos, y, como yemení, alguien en quien confiaría Bin Laden, mientras apremiaba ajalid Sheij para que pusiera el plan en marcha. Otro elemento clave fueron los trece hombres, todos saudíes menos uno, que llegaron a Estados Unidos en la primavera de 2001. Eran los encargados de aportar la fuerza física y de tomar los aparatos para permitir a los secuestradores suicidas hacerlos volar brevemente. Ellos dejaron declaraciones grabadas en vídeo en Afganistán:

> Estoy escribiendo esto con plena consciencia y lo estoy escribiendo esperando el fin, que está cerca. Un fin que es en realidad un comienzo. Acabaremos con vostros. Os humillaremos. Nunca dejaremos de perseguiros [...]. Que Dios premie a todos aquellos que me formaron en este camino y están detrás de este noble acto, y una mención especial debería hacerse al líder muyahidín jeque Osama Bin Laden, Dios lo proteja. Quiera Dios aceptar nuestros actos.

Mientras los forzudos esperaban en moteles, haciendo amplio uso de los gimnasios locales, los pilotos suicidas se embarcaban en un viaje transcontinental sin pausa para analizar los sistemas de seguridad de los aeropuertos y las rutinas de los aviones comerciales. Viajaban normalmente en primera clase con el fin de echar un vistazo desde más cerca a la seguridad de la cabina, percatándose de que la puerta a menudo estaba abierta durante los diez minutos siguientes al despegue. Muchos de ellos se hicieron con carnés de conducir de Virginia, que eran fáciles de conseguir y harían más sencillo identificarse que el tener que usar pasaportes extranjeros. En julio Atta voló solo a Madrid, donde pasó una semana con Shibh, estableciendo los detalles finales de su misión. Shibh había obtenido dos teléfonos por satélite, uno de los cuales usaba para mantenerse en contacto con sus jefes en Afganistán. El 13 de agosto el sospechoso comportamiento de Moussaoui en su

escuela de vuelo de Oklahoma condujo a su arresto por el FBI, bajo la acusación de haber violado las condiciones de inmigración. Aunque un agente anotó que estaba lo suficientemente loco como para volar un avión contra el World Trade Center, nadie pensó en obtener un permiso para investigar el disco duro de su ordenador portátil. A mediados de agosto Atta usó un *chatroom* de Internet para enviar a Shibh un mensaje: «El primer semestre comienza dentro de tres semanas. No hay cambios. Todo está bien». Internet facilitaba las comunicaciones de Al Qaeda, a la vez que les permitía hacer funcionar varias páginas web como As Saba o «Las nubes». Los mensajes se podían intercambiar mediante *chatroom* o podían enterrarse en sitios dedicados a cosas como la pornografía, el último lugar en el que cualquiera buscaría. Los programas de software estenográfico les permitían dejar mensajes encriptados dentro de imágenes inocuas. Compartiendo una contraseña común era posible también acceder a mensajes dejados en el buzón de borradores de un ordenador, que técnicamente, por tanto, eran leídos pero nunca enviados, lo que impedía que fueran interceptados por la Agencia de Seguridad Nacional (NSA). La información de que Atta estaba listo fue confiada por Shibh ajalid Sheij Mohammed. El ataque iba a producirse el 11 de septiembre de 2001. Atta, Jalid Sheij y Bin Laden habían determinado cuatro objetivos: las Torres Gemelas del World Trade Center, el Pentágono y el Capitolio de Estados Unidos, descartando la Casa Blanca sobre la base de su dificultad y la potencial ausencia de su ocupante. En el Congreso habría un pleno.

La última noche con vida de los secuestradores estaba bien preparada para prevenir posibles dudas, nervios y miedo. Una lista de quince puntos contenía instrucciones al estilo militar relativas a saberse el plan al dedillo, preparar ordenadamente el kit necesario e inspeccionar las armas. Tenían que llevar calcetines ajustados y atarse fuertemente los cordones de los zapatos, pequeñas tareas que concentraban la mente. El afeitarse todo el vello corporal y rociarse con perfume era más bien un ritual. Se les exigía que se abstrajeran del mundo, «ya que el tiempo para el juego ha pasado, y

ha llegado el momento de la cita con la Verdad eterna». El momento de la muerte duraría segundos, antes de que se embarcaran en la «alegría» de su enlace y su vida eterna con los mártires y profetas. Porque esto de verdad era una secta destructiva. A los secuestradores se les obligaba a recitar las palabras de Dios: «Estabas deseando la muerte antes de encontrarla, entonces la viste, y la estás buscando. Yla querías». En Afganistán, Osama Bin Laden y sus camaradas experimentaban sueños muy intensos; los de Bin Laden consistían en un Estados Unidos reducido a cenizas. El que siquiera pudiera dormir se debió en parte al hecho de que el 9 de septiembre dos de sus hombres, haciéndose pasar por periodistas de televisión árabes, habían asesinado a Ahmed Shah Masud, el líder de la Alianza del Norte afgana, y la primera persona a la que recurriría Estados Unidos cuando George W. Bush buscara venganza, como indudablemente haría, por lo que iba a suceder en cuarenta y ocho horas. El asesinato también aplacó al mulá Omar, quien en encendidos debates se había mostrado más partidario de dirigir las operaciones más importantes contra los judíos antes que contra Estados Unidos.

Las Torres Gemelas del World Trade Center fueron construidas para balancearse, como altos álamos bajo un fuerte viento. Esto es lo que hicieron inicialmente, cuando Atta, murmurando plegarias, estrelló el vuelo 11 de American Airlines contra la torre norte, destrozando los pisos del 93 al 99, mientras Shehi dirigía el vuelo 175 de United Airlines contra la torre sur. No estaban construidas para soportar las temperaturas de 1.300 grados centígrados que se alcanzaron cuando diez mil galones de combustible de aviación de cada uno de los enormemente cargados tanques de cada avión explotaron. Los fuegos derrumbaron los suelos y quemaron los techos, fundiendo todo lo que las llamas encontraban, mientras emitían un denso humo negro. Atrapados dentro en los pisos más altos había, entre otros, corredores de bolsa de Cantor Fitzgerald y camareros del restaurante Windows on the World, todos comenzando un nuevo día de trabajo en una despejada mañana

soleada. Con las salidas de emergencia y los ascensores bloqueados o inutilizados, la gente, aterrorizada, sólo podía elegir entre abrasarse y asfixiarse hasta morir o arrojarse desde las ventanas rotas. De cincuenta a doscientas personas tomaron esta última decisión, una visión que está tan conectada a nuestros terrores subconscientes que las imágenes fotográficas se quitaron rápidamente de la circulación, reemplazadas por épicas vistas de las torres ardiendo. Luego las torres se derrumbaron, comprimiendo como un acordeón cientos de pisos en un montículo de siete alturas de escombros mientras densas nubes de polvo flotaban por las calles de Manhattan. Bomberos, policías y sacerdotes estuvieron entre quienes murieron en los heroicos intentos de rescate. Un total de 2.792 personas perecieron en un ataque terrorista —que incluyó también el Pentágono así como el vuelo 93 de United Airlines que chocó contra un campo de Pensilvania— de una magnitud tal que parecía una acción de guerra. Había durado 102 minutos desde el impacto inicial hasta el derrumbe de las torres. George W. Bush recibió la noticia de los ataques mientras escuchaba leer a unos niños en una escuela primaria de Florida, antes de ser evacuado por el servicio secreto a una base segura en Nebraska. El ataque significó el final de su promesa de campaña de restringir el intervencionismo humanitario liberal de su predecesor en favor de una política exterior más modesta. En el Centro Presidencial de Operaciones de Emergencia de la Casa Blanca, el vicepresidente Dick Cheney veía la CNN mientras la torre sur se venía abajo, sus dedos apretados bajo su barbilla. La sala gimió. Cheney cerró los ojos tras contemplar el momento crucial, su mente concentrada en los mecanismos burocráticos que inflingirían destrucción a quien quisiera que fuera el responsable de esto[283].

SECUELAS EN UNA ERA DE ANSIEDAD

Mientras para los principales defensores de la globalización, el mundo de ahí fuera se ha convertido en algo terrorífico, en sus

remotas bases afganas los perpetradores paradójicamente adquirieron una visión más global sobre lo que habían hecho. En Afganistán, Bin Laden y sus camaradas escucharon las noticias de estos ataques en el servicio en árabe de la BBC. Bin Laden contó los objetivos caídos con sus dedos. Inmediatamente después de los ataques grabó una conversación que le incluía a él, a Al Zawahiri y al militante saudí que estaba de visita Jaled al Harbi, cuya madre contó que había estado recibiendo llamadas de felicitación todo el día. La cinta fue facilitada a la prensa en diciembre. Bin Laden decía:

> Los sermones que [los secuestradores del 11-S] dieron en Nueva York y Washington hicieron que todo el mundo escuchara —los árabes, los no árabes, los indios, los chinos — y tienen mucho más valor que millones de libros y casetes y panfletos [promocionando el islam]. Quizá lo habéis oído, pero yo mismo escuché en la radio que, en uno de los centros islámicos de Holanda, el número de aquellos que se han convertido al islam tras los golpes, en los primeros días después de los ataques, es mayor que el de todos los que se convirtieron en los últimos once años.

«Gloria a Dios», añadían exultantes sus colegas. Bin Laden afirmó que él y quienes lo habían planeado sólo esperaban que murieran los pasajeros de los aviones y las personas que se encontraban más próximas a los lugares donde se estrellaron. Pero añadía: «Yo era de lo más optimista. Debido a la naturaleza de mi profesión y mi trabajo en la construcción, me imaginé que el combustible del avión elevaría la temperatura del acero hasta el punto en que se vuelve rojo y casi pierde sus propiedades. Así que si el avión golpea el edificio aquí [gesticula con sus manos], la porción del edificio que se encuentra arriba se derrumbará. Eso era lo máximo que esperábamos; que los pisos por encima del punto de entrada caerían»[284]. En su escondrijo de Karachi Jalid Sheij

Mohammed había programado múltiples aparatos de vídeo para grabar su obra. Se quedó un poco decepcionado hasta que las torres se derrumbaron. Mientras las autoridades estadounidenses comenzaban a estimar los costes por daños, seguros y reconstrucción, y las pérdidas de ingresos para las líneas aéreas causadas por el 11-S, cifradas en miles de millones, Bin Laden subrayaba repetidamente que toda la operación le había costado a Al Qaeda 500.000 dólares. Puede que él hablara de las torres caídas en términos del derrumbamiento del antiguo ídolo de la luna Hudal en La Meca, pero esto no impedía pensar en ello en términos modernos muy materíales. Para cuando llegó el 29 de septiembre y una entrevista acabó apareciendo en un periódico paquistaní, Bin Laden estaba sugiriendo descaradamente que Estados Unidos debería buscar a los culpables entre los disidentes en «el sistema estadounidense» o entre otros sistemas: «Puede ser cualquiera, de Rusia a Israel, y de la India a Serbia». Siguiendo la lógica de Oliver Stone y Expediente X, sugería que la CIA podría haber echado las culpas a «Osama y los talibanes» para garantizar su corriente de financiación tras el fin de la Guerra Fría. Había un gobierno secreto dentro del gobierno de Estados Unidos que sabía la «verdad» de los ataques.

Los daños materiales, el aumento de las conversiones y las conspiraciones de la CIA se unían al asesinato con antelación de Masud en la valoración de Bin Laden de los efectos del 11-S. Sin embargo, él era sólo un actor en la batalla que estaba emergiendo, operando en un entorno al que sus muchos enemigos darían forma de ahí en adelante. Tras un momento de sosiego de notable contención, y que sorprendió incluso a sus aliados cercanos, la respuesta del gobierno de Estados Unidos fue asegurarse los poderes necesarios para emprender lo que fue rápida e insatisfactoriamente descrito como «la guerra contra el terror». Esto no tenía ningún sentido ya que no se puede declarar la guerra a una táctica. El Ejército Rojo no declaró la guerra a la Blitzkrieg sino a la Alemania de Hitler. Si se hubiera usado la palabra en el sentido de

una guerra contra las drogas o el crimen organizado —es decir, con el fin de movilizar todos los recursos para minimizar estas actividades antisociales— entonces habría estado bien. Pero no fue usada así en absoluto. Se usó la palabra «guerra» porque el estado de ánimo reinante exigía exhibiciones ejemplares de poderío militar, a pesar incluso de que el mejor modo de combatir a los terroristas es mediante el espionaje, las operaciones encubiertas, los informadores, las iniciativas de propaganda, etcétera, que no arrojan victorias instantáneas y que se luchan fuera del alcance de los omnipresentes ojos y voraces apetitos de unos medios de comunicación hambrientos de consumir grandes acontecimientos[285]. El Congreso y el Senado autorizaron a Bush a «usar toda la fuerza necesaria y apropiada contra aquellas naciones, organizaciones, o personas que él determine que planearon, autorizaron, cometieron, o ayudaron en los ataques terroristas ocurridos el 11 de septiembre de 2001, o dieron refugio a dichas organizaciones o personas, con el fin de prevenir futuros actos de terrorismo internacional contra Estados Unidos cometidos por dichas naciones, organizaciones o personas». Una petición para incluir al propio Estados Unidos dentro de este amplio mandato fue eliminada antes de que la moción se aprobara, por 98 votos a 0 en el Senado y 420 a 1 en la Cámara de Representantes. En ese momento Washington no tuvo en cuenta el hecho de que sus aliados europeos de la OTAN considerasen el terrorismo como un delito, más que como una acción de guerra susceptible de soluciones militares. El uso de la palabra «guerra» inadvertidamente elevaba a grupos de criminales a otro plano moral para el que las sociedades civilizadas también tienen reglas[286].

Las decisiones políticas se tomaron en una atmósfera en la que tipos como el responsable de antiterrorismo de la CIA Cofer Black hablaban sombríamente de «moscas andando sobre los globos oculares», clavar las cabezas de los terroristas en postes o traerlas de vuelta en cámaras frigoríficas. Cuando unos afganos ofrecieron un cráneo que se pensaba que pertenecía a Ayman al Zawahiri a la

inteligencia militar estadounidense con la esperanza de reclamar la enorme recompensa, la CIA quiso identificarlo mediante una comparación de ADN con un hermano que estaba en custodia en El Cairo. Los servicios de inteligencia egipcios se ofrecieron a «cortarle el brazo y mandarlo para allá». La CIA se conformó con una muestra de sangre.

A los espías convencionales de la CIA esto les intranquilizaba, y también el recurso en masa a paramilitares autónomos, muchos de los cuales podrían haber estado robando bancos si no hubiera sido por el 11-S[287]. Predominaban las costumbres propias de una película del Salvaje Oeste mientras aparecían tablas con fotos y las correspondientes biografías de los principales culpables que podían ser tachados cuando eran cogidos o asesinados. El presidente tejano hablaba como un pequeño *sheriff* sobre hacer traer a los «malvados» vivos o muertos, términos que casaban mal con las operaciones militares que estaba llevando a cabo. Esta manera de hablar excitaba a los medios de comunicación, que ignoraban las más aburridas cuestiones relacionadas con encauzar a las extensas burocracias rivales para la «guerra contra el terror». La CIA y la NSA fueron obligadas con retraso a reorientar sus principales actividades enfocadas a una inexistente amenaza soviética con el fin de centrarse en una multitud de oscuros grupos capaces de montar operaciones terroristas internacionales. Los muchos críticos de la CIA advirtieron de que los florecientes servicios de inteligencia vinculados al Departamento de Defensa podrían cumplir la función de la agencia en su lugar, o que todo este campo podía ser subcontratado con el sector privado. Al FBI, con su lamentable carencia de hablantes de árabe —unos ocho en ese momento— se le ordenó espabilarse y cooperar con la CIA, un matrimonio contraído a punta de pistola, concertado en última instancia mediante el nombramiento de un coordinador nacional de inteligencia que daba cuentas directamente al presidente.

Habiendo localizado la fuente de los ataques, el plan era reforzar la presencia sobre el terreno de la CIA en Afganistán, con el fin de

combinar a los rivales armados de los talibanes con la llegada de soldados de las fuerzas especiales, que aplastarían al régimen (y a Al Qaeda) gracias a la ayuda de la aviación estadounidense que se enviaría desde Diego García o directamente desde Misuri. Los agentes de la CIA se precipitaron a Afganistán con maletines de aluminio y bolsas de viaje atestadas de millones de dólares para sobornar a los señores de la guerra afganos con el fin de que combatieran a los talibanes. Todo esto se atenía a la doctrina de Donald Rumsfeld de usar sólo ligeramente las fuerzas de tierra estadounidenses, fundamentalmente para guiar las acciones de precisión de la fuerza aérea.

En cuestión de semanas tras el 11-S Bush se convirtió en el primer presidente estadounidense en reconocer la conveniencia de la solución de los dos estados en Israel-Palestina, en un intento de cauterizar el tema que tanta hostilidad causaba en el mundo musulmán. Después se pasó seis años sin hacer nada al respecto. Pero hubo otra oportunidad que se aprovechó. Pese a las escasas evidencias de que Al Qaeda tuviera ninguna conexión con Sadam Husein, una camarilla beligerantemente abrasiva —que incluía a antiguos trotskistas convertidos en «neoconservadores» a los que resulta bastante tedioso escuchar— estaba empeñada en añadir su campaña, que venía de lejos, para librar al mundo de su presencia, un primer paso para rediseñar todo Oriente Próximo en torno a un Irak democratizado. Eso se unía a los rencores latentes en el seno de la familia Bush —relacionados con el asunto sin resolver de la primera guerra del Golfo y el intento de Sadam de matar al padre de Bush—, y a un deseo, en parte nacido del 11-S, de bajarles los humos a los saudíes, que habían demostrado no ser de fiar. El plan afgano fue puesto en práctica con un éxito extraordinario, siendo el jefe militar de Al Qaeda, Mohammed Atef, una de las primeras bajas, causada por un avión Predator a control remoto que le mató el 16 de noviembre en un hotel de Gardez. Sus efectos incluyeron el hallazgo de evidencias de una operación de reconocimiento

realizada por la Jemaah Islamiyah sobre intereses estadounidenses y el metro de la ciudad, en Singapur.

Para entonces, las fuerzas estadounidenses y afganas habían matado o capturado a unos 250 combatientes de Al Qaeda, mientras sus más altos líderes y otros ochocientos miembros habían huido a las inhóspitas tierras de Tora Bora. Estados Unidos lanzó un feroz asalto por aire sobre esta área de cuarenta kilómetros cuadrados, incluyendo bombas de vacío tan grandes que tenían que ser empujadas con gran esfuerzo desde la parte trasera de los aviones de transporte, antes de devastar un área de quinientos metros cuadrados en una bruma combustible de nitrato de amonio y aluminio, cuyas ondas de choque licuaban los órganos internos de los hombres que se escondían en las cuevas. Un gigantesco dispositivo llamado Blu-82 alcanzaba el tamaño de un automóvil y consistía en más de seis toneladas y media de explosivos. Este también fue lanzado, antes de que tres B-52 surcaran el cielo soltando bombas de dos mil kilos sobre el mismo objetivo. Los combatientes de la Alianza del Norte contemplaban todo esto anonadados mientras los espías estadounidenses con barba y a caballo y con nombres como Dave o Chuck que los acompañaban apuntaban rayos láser a las posiciones de los talibanes y de Al Qaeda, que eran trianguladas luego con bombas inteligentes y misiles. Las últimas comunicaciones directas de Bin Laden fueron las órdenes que gritó por las radios de onda corta, algunas de las cuales fueron recuperadas de cadáveres de Al Qaeda por un agente árabe-estadounidense; aquellos que sobrevivieron al bombardeo se deslizaron por una puerta trasera que se suponía que tenía que haber sido cerrada por los afganos y por una fuerza de Rangers del ejército que nunca fueron enviados. Bin Laden está presumiblemente escondido con equipos de fanáticos guardaespaldas en uno de los dos territorios tribales ingobernables de Pakistán. Su persecución resultó fatalmente desactivada cuando los expertos rastreadores de la Task Forcé 121 fueron relevados del caso y reasignados a Irak para buscar a Sadam y su prole[288].

Dentro del país, Estados Unidos aplicó las tácticas usadas en la década de los treinta para encarcelar a Al Capone, quien al enterarse de que estaba siendo perseguido por evasión de impuestos, soltó sin pensar: «El gobierno no puede recaudar impuestos legales de dinero ilegal». Terroristas de todos los colores cuentan con fondos no sólo de pseudoorganizaciones benéficas islamistas sino del crimen organizado. Un compuesto químico llamado pseudoefedrina que se usa para fabricar medicinas contra la alergia o el resfriado se compra en Canadá, es enviado a California, y después vendido a bandas de narcotraficantes mexicanos, ya que es uno de los ingredientes clave de las metanfetaminas ilegales. Como descubrió el IRA provisional, el contrabando de tabaco puede también arrojar beneficios de dos millones de dólares por cada cargamento de camión. Los cigarrillos se compran en estados como Virginia, donde los impuestos son de 2,5 centavos por paquete, para ser revendidos después en Nueva York por menos del precio legal más el impuesto local de 1,50 dólares por cajetilla. Un cartón de diez paquetes comprado por veinte dólares dobla su valor mediante este proceso. Otro importante medio de recaudar ingresos es el robo de propiedad intelectual, mediante espectaculares bolsos, camisetas, zapatillas deportivas, Prozac y Viagra. La Viagra siempre tiene demanda, y las pastillas pueden moverse en cantidades importantes con poco riesgo. Además de estos delitos, que conllevan fuertes penas, las agencias de orden público estadounidenses han estado activas desde el 11-S a la hora de llevar a juicio casos de fraude en inmigración y violaciones del visado, especialmente los practicados por supuestos estudiantes. Esto ha sucedido en marcado contraste con Gran Bretaña, donde universidades con necesidad de fondos recaban clientes de pago sin hacer grandes esfuerzos por establecer su «buena fe», y donde la deportación de los solicitantes de asilo fraudulentos y que no lo consiguen es nula[289].

Los presos talibanes y Al Qaeda representaban otro problema que Estados Unidos se las arreglaría para convertir en un desastre

de relaciones públicas, ayudado e incitado por fervientes abogados de derechos humanos quienes, aunque preparados para creer que los detenidos son inocentes de cualquier acusación de abuso, creen automáticamente lo peor del ejército estadounidense y la CIA. El fenómeno de los abogados activistas que ayudan e incitan a clientes terroristas tampoco es desconocido, como hemos visto repetidamente en los casos de las Brigadas Rojas y la RAF en Europa. En Gran Bretaña, ciertas firmas legales simplemente pasaron de defender a los provos del IRA a representar a los yihadistas islamistas en su implacable determinación de obstaculizar a la policía, sabiendo que las élites liberales del país —los personajes nacionales que aparecen en *Question Time* o *Any Questions* de la BBC década sí y década tambiénno se atreverían nunca a cuestionar su usurpación de la autoridad moral en cuestión de libertades civiles. Aparte de las vertiginosas sumas de dinero legal en ayudas que estas firmas acumulan, está también el hecho histórico poco analizado de los abogados que cooperan secretamente con clientes terroristas.

La política estadoundiense hacia los terroristas detenidos ha provocado inquietud entre sus aliados europeos, que han adoptado celosamente una superioridad moral, en parte porque sus sistemas legales nacionales tenían más experiencia en tratar con terroristas, incluidos —en los sistemas de derecho romano— unos más amplios poderes de registro y de detención investigativa y preventiva, y menos reglas probatorias. En estas áreas los europeos no eran «monos dispuestos a rendirse». La policía francesa no necesitaba órdenes judiciales para registrar un domicilio, y los italianos parecen poder poner dispositivos electrónicos cuando les place. Los franceses y los italianos pueden detener a un sospechoso durante años antes de que tenga que afrontar el juicio mientras los magistrados preparan su caso. Los alemanes pueden detener a los presos después de que éstos hayan cumplido la pena impuesta, por razones de seguridad pública. Los sistemas de Derecho común (*common law*), como los de Gran Bretaña y Estados Unidos,

invariablemente hacen lo imposible por garantizar los derechos de los sospechosos, excluyendo de los tribunales grandes hileras de pruebas que en los sistemas de derecho romano forman parte de detallados dossieres recopilados por jueces de instrucción. En vez de reescribir de manera fundamental el sistema legal estadoundiense para hacer que se asemeje a las disposiciones relativamente intolerantes de Europa, tanto la administración de Clinton como la de Bush confiaron en las reglas de la guerra. Tratar a los yihadistas internacionales como delincuentes, que tenían que ser detenidos y llevados ante los tribunales, no era una muy buena opción, dado el santuario del que esta gente gozaba por parte de Sudán o los talibanes, a quienes habría que acusar también de ayudar e incitar a los terroristas. Enviar a los marshals estadounidenses era una fantasía en estas circunstancias. Las leyes de la guerra permitían a Estados Unidos matar a este dpo de personas, como Clinton intentó hacer en 1998[290].

Los esfuerzos para poner a los detenidos fuera de las manos de abogados que, sin duda, se habrían convertido en personajes famosos durante cualquier juicio civil condujo a un desastre de relaciones públicas. En lugar de seguir el consejo del secretario de Estado Colin Powell para ser vistos siguiendo las normas de la Convención de Ginebra que regulan a los prisioneros de guerra, con el fin de ir cribando gradualmente a aquellos combatientes enemigos que no portaban uniformes, Cheney y sus asesores legales decidieron tratarlos como «combatientes ilegales» sin derechos bajo la Convención. Esta falta de derechos se podía garantizar mejor manteniendo a estos hombres fuera del país, en una base estadounidense en la bahía de Guantánamo, en Cuba, o en una red de centros dirigidos por la CIA que comenzó a ampliarse con la connivencia de los gobiernos de Gran Bretaña (Diego García), Polonia y Rumania. No un nuevo gulag, como absurdamente proclamó la izquierda internacional, en su típica ignorancia del triste historial del socialismo, pero aun así pequeños pozos de oscuridad al margen de la ley. Después estaba la cuestión de los métodos de

interrogación. Un objetivo valioso como Ibn al Sheij al Libi, por ejemplo, fue entregado en manos de los egipcios. Sobre la pista de aterrizaje de Bagram, un agente de la CIA le explicó de un modo encantador: «Vas a ir a El Cairo, sabes. Antes de que llegues, voy a encontrar a tu madre y a follármela». Se dice que las entregas a Marruecos incluyen encuentros entre penes y cuchillas de afeitar. La CIA estaba también sopesando qué hacer con los prisioneros a los que planeaba interrogar ella misma. Necesitaba una definición precisa de qué era legal. Esto no era tanto una cuestión de ansias de sangre como la preocupación de no ir contra la propia cultura legalista de Estados Unidos, donde los mandatos judiciales regresan para atormentar a la gente y las pensiones modestas pueden ser devoradas por las facturas legales.

El equipo legal de Cheney maniobró para deshacer la omisión de la Convención de Ginebra de la tortura con crueles, inhumanos y degradantes métodos de interrogatorio. Mientras se consideró que torturas atroces como los electrochoques o arrancar las uñas sobrepasaban los límites, aquellas que se basan en un extremo malestar físico o psicológico —sujetar con grilletes, la oscuridad, los ruidos, etcétera — o, como la simulación de ahogamientos, que provocan un pánico extremo, sí se adoptaron. Ninguna de estas últimas deja tampoco ningún rastro físico. También eran legales las amenazas de entregar a los sospechosos a países como Egipto o Marruecos donde la tortura es casi una de las bellas artes. En honor a la verdad, estos esfuerzos por «despegarse de Ginebra» fueron combatidos vigorosamente por los Departamentos de Justicia y Estado, mientras que la CIA y el ejército se mostraban extremadamente preocupados por asegurarse de que lo que hacían tenía una cobertura legal precisa. El Tribunal Supremo de Estados Unidos todavía está disputando aspectos vitales de la jurisdicción militar extraterritorial en demandas presentadas por los propios abogados militares de los detenidos. Irónicamente, los relatos de los interrogadores militares estadounidenses (en su mayoría reservistas civiles) dejan extremadamente claro que los métodos psicológicos

de interrogación son más efectivos de lo que probablemente sea nunca la tortura, y jamás tienen en cuenta la posibilidad de una bomba a punto de explotar como imaginan los apologistas académicos de la tortura. El principal defensor, desde dentro del gobierno, donde era viceasistente del fiscal general, era John Yoo de Berkeley, mientras que Alan Dershowitz, de Harvard, más conocido quizá por la absolución de Claus von Bulow, prefería que los jueces emitieran «mandamientos de tortura»[291].

La derrota por la coalición de Estados Unidos de los talibanes, a cuyo líder el mulá Omar se vio por última vez huyendo a toda velocidad en una motocicleta, vino acompañada de una más sigilosa guerra contra grupos terroristas menores cuyos absurdos nombres de gánsteres —como «comandante Robot»— no habrían inclinado a Estados Unidos a tomarles en serio seis meses antes. Los secuestros y el dinero recibido por dar entrevistas a los medios eran las principales fuentes de ingreso de los terroristas; después de obtener hasta 10.000 dólares por entrevista, lógicamente decidieron secuestrar a los reporteros para pedir rescates mayores. En mayo de 2001, terroristas de Abu Sayyaf con base en la isla filipina de Basilán usaron potentes lanchas motoras para asaltar la isla de Palawan (a quinientos kilómetros de distancia) con el fin de raptar a turistas occidentales que hacían submarinismo. Esto les proporcionaría dinero por su rescate y destruiría la industria del turismo. En su lugar, capturaron a tres estadounidenses, un hombre de mediana edad que vivía con una niña filipina, y a Martin y Gracia Burnham, un par de misioneros cristianos. Los secuestradores también se llevaron a los cocineros y sirvientes filipinos. El líder del grupo, Aldam Tilao, tenía la constitución de un pitbull marrón, con una bandana negra de hip-hop en la cabeza y enormes gafas de sol. Se las daba de ser un poco DJ siempre que se las arreglaba para usurpar a la fuerza alguna emisora de radio local. Un largo machete y un pendiente completaban la piratesca imagen, aunque este pirata cantaba canciones de los Beatles mientras huía a toda velocidad con sus prisioneros. Estos hombres eran violadores y asesinos que

adoptaban el islam como una pose auxiliar. En su caminata hacia el interior de la jungla, atraparon más rehenes en una plantación de cocos, y les cortaron la cabeza a dos hombres que les irritaron, lo que demostró ser una decisión fatídica, porque una de las víctimas era el tío de un entrenador de tenis que se jactaba de ser el amigo más antiguo de Tilao. El turista sexual estadounidense también les sacaba de quicio, en parte porque se interponía entre los terroristas y su guapa novia filipina. Pronto fue conducido al interior del denso follaje, donde también se le cortó la cabeza. A lo largo de la ruta hasta su escondite, otras diez personas fueron decapitadas, sus cabezas abandonadas cada pocos metros. Los supervivientes incluían a niños de diez, seis y tres años, aunque este último cumplió cuatro en el curso de este vía crucis.

Algo que antes del 11-S no habría suscitado nada más que una manifestación diplomática de preocupación atrajo ahora la plena atención de la CIA cuando la presidenta Gloria Arroyo pidió ayuda a George W. Bush para liberar a los rehenes. El FBI intentó pagar un rescate de 300.000 dólares, pero este dinero fue «absorbido» por la policía filipina. En lugar de enviar a los marines, la CIA montó el negocio discretamente en un contenedor aparcado en una base naval, trayendo aparatos y aviones de reconocimiento puestos a su disposición desde Afganistán. Las tácticas adoptadas minimizaron la necesidad de una fuerte presencia estadounidense. Trabajaban a través de los oficiales de la Marina local, incluidos el coronel Juancho Sabban y el capitán Gieram Aragonés, un musulmán converso cuyo odio hacia la manera en la que los yihadistas pervertían su religión le hizo jurar que no se afeitaría o cortaría el pelo hasta que Tilao estuviera muerto. Ellos y la CIA se dieron cuenta de que el punto débil de los secuestradores era que usaban mensajeros para recoger suministros en ciudades y aldeas. Reclutaron al más antiguo amigo de Tilao, a la vez que se aprovecharon de la vanidad del terrorista *hip-hopper*. Para poner a prueba la habilidad de su amigo, se le ordenó que condujera a un periodista local de televisión, que había entrevistado antes a los

terroristas, en un viaje de dos días por el interior de la jungla, que serviría también para establecer más o menos el paradero del grupo. Habiendo comprobado la conexión, Kent Clizbee, de la CIA, concedió la petición de Tilao, transmitida por medio de su amigo, de un teléfono por satélite. Esto les permitiría localizar su situación cada vez que lo usara. También convirtieron al amigo en la única fuente de suministros, al amañar accidentes, como un par de piernas rotas, que dejaron fuera de juego a otros mensajeros a los que se había identificado. Uno de los objetos entregados fue una mochila con un dispositivo oculto de localización.

Mientras los soldados de la Marina mantenían al grupo bajo vigilancia, la CIA se preparaba para desplegar un equipo de los Navy SEAL para rescatar a los rehenes. Aquello se anuló después de que el ejército filipino decidera echarlo todo por tierra torpemente cuando el 7 de junio de 2002 asaltó el campamento de Tilao y mató a Martin Burnham y a una enfermera filipina a la que el grupo había secuestrado también. Liberaron a la mujer de Burnham, aunque ella también recibió un disparo en una pierna. De manera increíblemente estúpida, Tilao decidió huir de la isla en el mismo bote de gran potencia que había usado para llegar a ella. Los marines atraparon a los dos hombres de la tripulación y escondieron dispositivos de localización a bordo. Cuando Tilao y sus hombres abandonaron con toda precaución la jungla por la oscura playa, no tenían ni idea de que dos aviones de vigilancia de la CIA sobrevolaban en círculos sus cabezas, mientras cuatro equipos de los marines y los SEAL navegaban por alta mar. La CIA vigilaba las imágenes en blanco y negro en las consolas de sus ordenadores en el interior de su contenedor. Cuando el bote de los terroristas estuvo lo suficientemente lejos como para que nadie pudiera regresar vivo a nado de estas aguas infestadas de tiburones, fue embestido inesperadamente por una pesada nave de los marines, arrojando a los terroristas por la borda. Disparar mientras se bracea en el agua no es muy inteligente ya que los fogonazos de la boca del cañón revelan la posición. Tilao lo hizo y fue destrozado en dos mitades

por un Aragonés en plan Rumpelstiltskin que le vació encima la recámara de un rifle de asalto. Aragonés llamó a Clizbee: «Acabamos de matar a este cabrón». Abu Sayyaf, nada más que una molestia local en el sur de Filipinas, dejó de serlo[292].

La prioridad para los líderes de Al Qaeda era su supervivencia física y la veloz reanudación de las operaciones mediante redes que ya habían cultivado. Hacían cosas obvias como usar teléfonos por satélite, y construir escondites camuflados con múltiples salidas para evitar ser espachurrados y enterrados vivos por las bombas. Un importante revés, en marzo de 2002, fue una redada conjunta paquistaní-estadounidense en un edificio de apartamentos de Faisalabad que permitió atrapar a doce sospechosos de Al Qaeda, incluido Abu Zubaydah, el sucesor de Mohammed Atef. Zubaydah había planeado innumerables ataques terroristas y estaba reconstruyendo Al Qaeda con los cientos de hombres que había reclutado. La información que se obtuvo de él, con el uso de medidas extremas, condujo a las detenciones de Ramzi bin al Shibh en Karachi y Jalid Sheij Mohammed en Rawalpindi en septiembre de 2002 y marzo de 2003. Estados Unidos tenía a los actores clave que estuvieron detrás del 11-S, aunque esto es algo que a menudo se pasa por alto debido a la fuga de Bin Laden. El arresto de Zubaydah debió de impulsar a Abd al Halim Adl a escribir al «Hermano Muktar», que se cree que es Jalid Sheij Mohammed, quejándose de que Bin Laden no estaba escuchando recomendaciones atinadas, y se precipitaba hacia imprudentes operaciones que estaban convirtiendo a Al Qaeda en «el hazmerreír» de las agencias de inteligencia del mundo[293].

Todos los grupos terroristas üenen que adaptarse a su entorno si quieren sobrevivir; si no lo hacen tendrán el limitado ciclo vital de los anarquistas o nihilistas del siglo XIX. En la fuga, la organización de Al Qaeda propiamente dicha decidió usar a Al Qaeda Plus —es decir, la docena de grupos afiliados que Al Qaeda armaba, financiaba, adiestraba o en los que influía a través de sus líderes[294]—. La verdadera Al Qaeda sería a partir de entonces una

especie de instigadora así como un ejemplo, método o regla que otros seguían sin formar parte directamente de la organización. Algo que es en general percibido como una inteligente maniobra evolutiva reflejaba en realidad una preocupación por la seguridad que se impuso a los inconvenientes de seguir este tipo de estrategia[295].

Este terrorismo en red no es nuevo, no más de lo que Osama Bin Laden es único como patrocinador financiero del terrorismo internacional, un papel representado en el pasado en Europa por el millonario editor Giangiacomo Feltrinelli. La OLP era una organización que actuaba como paraguas de docenas de grupos armados. La RAF alemana no poseía ningunajerarquía de estilo militar correspondiente a un «ejército», y tenía abundantes contactos con las Brigadas Rojas, ETA, el IRA y los palestinos. Las redes con vínculos de asociación poco rígidos, especialmente si están compuestas de grupos aficionados *ad hoc* dedicados a un objetivo similar al de la organización matriz, tienen diversos puntos fuertes. Al carecer de una jerarquía, o patrocinio estatal, no pueden ser decapitadas o paralizadas por un cambio de régimen. Si la comunicación con Al Qaeda consiste meramente en suscribir su ideología, o permitirle reivindicar la responsabilidad de alguna de las atrocidades de la red, entonces no es lo suficientemente regular o constante para representar un punto débil que las agencias de inteligencia puedan explotar[296]. Los inconvenientes del terrorismo en red son múltiples, ya que ponen en peligro paradójicamente la misma seguridad que se supone garantizada por su abandono de la jerarquía. Proporciona oportunidades para fraccionar los grupos mediante sus propias dinámicas internas puesto que es notoriamente difícil introducir agentes.

Desde la perspectiva de Al Qaeda, no hay manera de controlar las decisiones respecto a las operaciones o a los niveles de violencia que usan grupos remotos no sujetos a la disciplina de una organización jerárquica. De hecho, éstos pueden ser mucho más violentos que el grupo que concede las franquicias, cuando se trata ya sea de lanzar ataques indiscriminados o de matar a cualquiera

que se envíe a contenerlos. Los terroristas de la UVF en Irlanda del Norte se quejaban de que un almirante de la Armada Real no tiene que temer ser disparado por un marinero renegado si este último decide ponerse a vender drogas. La información técnica sobre la fabricación de bombas tiene que venir de fuentes como Internet, lo que deja un amplio margen para que las agencias de seguridad elaboren páginas web falsas llenas de información errónea. Esto obliga a los grupos a contactar con la organización matriz más frecuentemente, lo que aumenta las probabilidades de que estos contactos sean detectados. Si se da el caso de que, por motivos de paranoia, los terroristas recluían entre sus parientes, la presión sobre el clan creará la percepción de que esta fuente de reclutas es también insegura, y lo será si el compromiso con el terrorismo choca con obligaciones sociales más amplias.

La financiación es un factor añadido de vulnerabilidad. En ausencia de una financiación centralizada y del tipo de contabilidad regular que se sabe practica Al Qaeda, el dinero se tiene que recaudar mediante el crimen. Esto presenta oportunidades para la malversación, o la tentación de convertirse en traficantes de droga, extorsionadores y ladrones armados a jornada completa, lo que presenta muchas opciones para que sean atrapados. El dinero obtenido del crimen también tiene que blanquearse, lo que sistemáticamente disminuye las ganancias en un grado considerable ya que cada persona en la cadena de lavado se queda con una parte. Incluso el sistema legal del hawala, para mover el dinero sin transferencias bancarias, intermediarios o efectivo, normalmente implica la emisión deliberada de facturas por debajo del pago real o la omisión de la exigencia de declararlo, lo que es un delito en la mayoría de las jurisdicciones. Por estas razones, algunos gobiernos pueden encontrar ventajas en no dar publicidad a los ataques a la financiación de los terroristas, con el fin de propagar las sospechas de fraude entre sus filas. La gente que está embarcada en la financiación terrorista de bajo riesgo relativo cuenta con el desprecio generalizado de quienes asumen los grandes riesgos de las

operaciones activas, especialmente si parece existir algún tipo de dimensión étnica respecto a quién hace qué dentro de una organización como Al Qaeda. Las enormes diferencias en las sentencias aprobadas por los tribunales para los dos tipos de actividad son beneficiosas ya que contribuyen a fracturar las organizaciones terroristas en torno a los diversos grados de riesgo que se perciben. Esa es también la razón de que la bahía de Guantánamo esté mal planteada, en términos pragmáticos más que morales, ya que un terreno en un limbo indeterminado no proporciona los medidos incentivos que se necesitan para hacer que los terroristas traicionen a sus antiguos camaradas, en agudo contraste con lo que las autoridades indonesias y saudíes han logrado al contribuir a mantener la propaganda respecto a la generalizada presunción de que los terroristas detenidos serán sistemáticamente torturados[297].

Cuando Al Qaeda contraatacó, fue a través de suplentes que de manera bastante independiente habían extendido ya sus operaciones locales atacando blancos occidentales genéricos en conformidad con los objetivos yihadistas globales. Fue el caso de Indonesia. Entre 1999 y 2001 diversas partes de Indonesia habían sufrido una salvaje violencia que se inició (en Java) con el asesinato de 160 supuestos hechiceros y brujas y se propagó pasando a tomar la forma de cruentos pogromos sectarios en los que los cristianos protestantes eran tan susceptibles de ser los agresores como lo eran los musulmanes, quienes a menudo se convertían en las víctimas. El detonante inmediato de estos ataques, que incluían a bandas de jóvenes que lucían cintas blancas o rojas en la cabeza para indicar si eran musulmanes o protestantes, y que a su vez eran respaldadas por criminales adultos y elementos de las fuerzas de seguridad, fueron las primeras elecciones libres del país celebradas en 1999. Comenzando con hachas, martillos, barras de hierro y cuchillos, el armamento usado fue subiendo de nivel hasta llegar a las armas de fuego. En ciertas áreas las elecciones amenazaron con alterar el delicado equilibrio con el que un Estado autoritario

había distribuido poder y patronazgo entre diferentes clientes de cada fe. Lo que es peor, los líderes musulmanes que ascendieron al poder (habiendo perdido las elecciones los partidos islamistas moderados a favor del partido ecuménico y secular de Megawati Sukarnoputri por un margen del 34 al 20 por ciento) hicieron lo imposible por dar cabida a musulmanes moderados y no musulmanes renunciando a una agenda islámica. La democracia se traducía en derrota para los islamistas. A algunos no les gustó.

Aunque el gobierno consiguió resistir esta absurda violencia sectaria, para satisfacción de los agitadores cristianos, en el lado musulrnán los pogromos proporcionaron por toda la nación reclutas para los grupos yihadistas que se formaron a partir de los restos de las bandas sectarias y paramilitares. Desde 2000 en adelante se embarcaron en una campaña de colocación de bombas en iglesias cristianas. En la Nochebuena de ese año unas cuarenta iglesias fueron atacadas con explosivos, lo que dejó diecinueve muertos y un centenar de heridos. Los autores pertenecían a Laskar-Yihad, el grupo terrorista de enfoque local cuyo lider Ja'far Umar Thalib condenó el 11-S y a Bin Laden, y a la Jemaah Islamiyah, cuyo líder Abu Bakar Ba'asyir tenía propósitos más ambiciosos y cuyo grupo comprendía filipinos, malasios y tailandeses. Aunque ambos grupos incluían a hombres que habían luchado en Afganistán, sólo la Jemaah Islamiyah tenía un contacto significativo con Al Qaeda. Dado que el ex embajador en Yakarta y subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz estaba apremiando al gobierno indonesio para que aplastara a los terroristas en el país, no es de extrañar que éstos aceptaran prestos la petición de Ayman al Zawahiri a la Jemaah Islamiyah para que atacara un objetivo occidental «blando» en el sur de Asia. En 1999 la célula de la Jemaah Islamiyah en Singapur había hecho un reconocimiento de varios blancos, organizando una excursión familiar para camuflar los cinco films que grabaron un ingeniero llamado Hashim bin Abbas y un impresor llamado Mohammed Jalim bin Jaffar. Tenían bandas sonoras: «Esta es la zona de aparcamientos de las bicicletas desde el camino que lleva a

la estación de tren [donde un autobús lanzadera dejó a soldados estadounidenses]. Verás que hay algunas cajas colocadas sobre las motos: es el mismo tipo de caja que pretendemos usar».

La grabación máster editada fue enviada por Hambali a Mohammed Atef en Afganistán, que dio luz verde al proyecto. Fue encontrada intacta entre los escombros de la casa de Atef, junto con las notas sobre los objetivos que había tomado mientras Jalim hablaba con él. La célula de Singapur tenía entre sesenta y ochenta miembros, incluidas mujeres y varias personas con trabajos bien remunerados. Pagaban un impuesto extra que iba a Al Qaeda y a subvencionar a la Jemaah Islamiyah en Malasia en su conjunto. Mientras Atef daba su visto bueno a una línea de ataque, los líderes de la Jemaah Islamiyah en Malasia autorizaban a la célula de Singapur para atentar contra tuberías de las que dependía la ciudad y para destrozar un avión comercial ruso en el aeropuerto de Changi como medio de vengar a los chechenos. Querían también atacar un buque de guerra estadounidense con un bote suicida en un punto en el que un estrecho canal limitaría sus maniobras de evasión. Al Qaeda tenía este segundo conjunto de proyectos en la recámara mientras seguía adelante a por lo espectacular.

Mientras daba los últimos retoques al 11-S, la mente de Jalid Sheij Mohammed se volvió a esta nueva empresa. La idea consistía en equipar siete camiones con nitrato de amonio y bombas de vacío de tres toneladas de peso cada una. Jalid Sheij Mohammed envió a Farthur Román al Ghozi, o «Mike el fabricante de bombas», y a un árabe de nombre en clave «Sarnmy», siendo el primero el cerebro detrás de la fabricación de las bombas de la campaña de Navidad en Indonesia. Los objetivos eran las embajadas de Estados Unidos e Israel, los Altos Comisionados australiano y británico, una base naval estadounidense y otros intereses comerciales de Estados Unidos. Usaban códigos como «mercado» («Malasia»), «sopa» (Singapur), «libro» (pasaporte) y «carne blanca» para los occidentales. Los objetivos fueron filmados y grabados en un CD de vídeo titulado «Visita de turismo por Singapur». Dado que el grupo

tenía cuatro toneladas de nitrato de amonio almacenadas, sólo necesitaban obtener otras diecisiete. Un amigo de un amigo conocía a un empleado en una empresa de importación de productos químicos. Cuando el amigo llegó para comprar los ingredientes para la bomba, fue arrestado. Su interrogatorio condujo a la detención de veintitrés miembros de la Jemaah Islamiyah en Singapur. El gobierno de Singapur insistía en que la etnia china predominante no debería culpar a la minoría malayo-musulmana, a la vez que explicaba a estos últimos que estarían sujetos a controles específicos de seguridad, sobre la base de que si estás buscando un Jaguar robado das el alto a todos los Mercedes. No se pararon a soltar vaciedades sobre ganarse sus «corazones y mentes». Lee Kuan Yew, el siempre vigilante padre de la nación, exigió que los vecinos de Singapur cooperaran en la lucha contra el terrorismo, mientras simultáneamente criticaba las distorsiones de la política exterior occidental[298].

Frustrada en su deseo de provocar el caos causando estragos simultáneos con siete camiones bomba suicidas, Al Qaeda recurrió al plan B, los objetivos occidentales «blandos» en el sur de Asia. Se celebraron encuentros en Tailandia en los que Noordin Top fue designado responsable de logística. El doctor Azahari Husin, de la Universidad Tecnológica de Malasia, era el responsable de la fabricación de bombas, y Mujlas, un fundador de la Jemaah Islamiyah, estaba a cargo del atentado. Detrás de todos ellos estaba Hambali, y detrás de él Jalid Sheij Mohammed, que contribuyó con 30.000 dólares para los atentados. Un ingeniero y experto en ordenadores, el imam Samudra, era el jefe de operaciones. Este había puesto a su hijo el nombre de Osama. El cuñado de Mujlas, Amrozi bin Haji Nurhasyim, compró los productos químicos necesarios y un coche con matrícula balinesa, ya que se había decidido establecer un objetivo en esta isla predominantemente hindú[299].

Se eligió el blanco concreto después de que se comprobara que resultaba demasiado difícil atacar la estación de servicio de Dumai o

los tanques de almacenamiento de ExxonMobil. El puro odio racial era la fuerza motora que justificaba el ataque por parte de un grupo cuyos miembros habían hecho el viaje desde las agrupaciones más amplias con prejuicios compartidos, y vía un fanatismo persecutorio más exclusivo, hasta la ira asesina obsesiva que caracteriza a muchos terroristas. Se trataba de matar «blanquitos» y nada más, aunque ese aspecto del yihadismo raramente recibe mucha consideración. El imam Samudra reclutó a cinco jóvenes palestinos como terroristas suicidas. Durante tres semanas él y su célula independiente mantuvieron bajo vigilancia dos bares de la playa de Kuta, en Bali. Como recordaba Samudra: «Nos sentábamos en el coche enfrente del Sari Club. Veía a montones de blanquitos bailando, y a montones de blanquitos allí bebiendo, ese sitio —Kuta y especialmente el Paddy's Bar y el Sari Club— era un punto de reunión para terroristas estadounidenses y sus aliados, de quien el mundo entero sabe que son unos monstruos». Cuando seguidamente se le señaló que la mayoría de sus víctimas eran australianas más que estadounidenses, Amrozi replicó sarcásticamente: «Australianos, americanos, lo mismo me da, todos son blancos».

Alquilaron una furgoneta Mitsubishi L-300 blanca. Tras quitarle los asientos la cargaron con doce pequeños muebles archivadores, cada uno lleno de una mezcla de clorato de potasio, sulfuro y aluminio en polvo. Los conectaron luego a noventa y cuatro detonadores fabricados a partir de tres gramos de explosivo plástico RDX y un refuerzo de TNT. No confiando en dejar nada a la suerte, había cuatro sistemas de detonación separados: un teléfono móvil, un disparador que debía hacer funcionar Amasan, uno de los conductores suicidas, un temporizador en caso de que él no pudiera apretar este interruptor y una bomba trampa de activación dentro de uno de los archivadores que estallaría si éste era abierto. En el último momento descubrieron que Amasan no sabía cambiar las marchas o girar un coche. Ali Imron, un hermano de Mujlas, tuvo

que ocupar su lugar, con Amasan y «Jimi», un terrorista suicida, a su lado. Imron aparcó la furgoneta y se fue[300].

A las once y cinco de la noche del 12 de octubre de 2002, Jimi entró en el abarrotado Paddy's Pub de la calle Legian. Se trataba de un popular lugar frecuentado por jóvenes turistas australianos y estadounidenses, algunos haciendo una parada en sus largos viajes con unas vacaciones exóticas que incluían alcohol barato y sexo fácil[301]. Cuando Jimi explotó, muchos de los clientes se precipitaron al exterior, donde fueron incinerados en un doble ataque por un dispositivo de una tonelada detonado por Amasan en la furgoneta Mitsubishi blanca. Los efectos para la «carne blanca» fueron catastróficos, aunque muchos vendedores de comida y bisutería balineses murieron también cuando la explosión prendió fuego a sus chozas de techos de paja. Doscientas dos personas perecieron, ochenta y ocho de ellas australianas, una enorme pérdida para un país relativamente poco poblado. Muchas de las víctimas sufrieron horribles quemaduras y tuvieron que ser sumergidas en las piscinas de los hoteles. Otras fueron enviadas por avión a hospitales en Darwin y Perth. Un tercer dispositivo, más pequeño, contenido en un paquete que Imron había dejado caer cuidadosamente desde una moto fue detonado frente al consulado estadounidense en Denpasar por una llamada desde un teléfono móvil, sistema de activación que constituía un nuevo nivel de sofisticación.

El veloz trabajo de la policía se tradujo en la detención del jefe inmediato de la operación, Amrozi, quien anunció; «Caramba, tíos, sois muy listos, ¿cómo me habéis encontrado?». Su casa contenía la habitual parafernalia terrorista para el recibo de sustancias químicas, manuales de entrenamiento y copias de discursos de Abu Bakar Ba'asyir y Bin Laden. Un teléfono móvil contenía almacenados los números de varios de sus socios, que fueron detenidos también. Ali Imron fue igualmente arrestado. En una surrealista rueda de prensa, alardeó: «La capacidad de nuestro grupo como número uno de la nación indonesia [sic] debería hacer

sentirse orgullosa a la gente». Los intentos de relacionar a Abu Bakar Ba'asyir con el atentado fracasaron, aunque después fue sentenciado a dos años por incitación a esta y otras atrocidades terroristas. El se veía a sí mismo como un vendedor de cuchillos afilados que no es responsable del uso que les dan sus clientes, una peculiar visión del papel de predicador religioso[302].

Hambali usó 15.000 dólares para mantener a las familias de los terroristas encarcelados. Aunque no necesitaba este pretexto, desde ese momento el primer ministro de Australia, John Howard, el líder conservador con más éxito del mundo, sería un fiel aliado en la «guerra contra el terror», aportando a la cuestión la característica falta de circunloquios y la determinación de sus compatriotas[303]. Azahari murió durante un asedio del Destacamento 88, la unidad antiterrorista de élite de Indonesia. Lanzaba bombas desde una casa, animando a la policía a entrar para unirse a él en el paraíso. El coronel Petrus Reingard Golose del Destacamento 88 señaló: «Decía que no quería morir solo, pero le dejé claro que yo no quería seguirle». Azahari fue abatido por francotiradores de la policía. Noordin Top huyó para seguir luchando. El hombre más buscado del sur de Asia continúa emitiendo espeluznantes amenazas contra Australia. Imam Samudra montó una página web dedicada a justificar la atrocidad de Bali[304].

Otro objetivo «blando» identificado por Al Qaeda para su regreso fue Europa. Con Afganistán fuera de alcance, los terroristas con base en Europa, y predominantemente argelinos, fueron enviados, vía Georgia, a campamentos en el valle de Pankisi de Chechenia para su entrenamiento. Gran parte de su adiestramiento estaba relacionado con el uso de armas químicas, siendo el instructor un yihadista palestino con una sola pierna llamado Abu Atiya. Aproximadamente veinte de estos hombres retornaron a Europa en el otoño de 2002, entrando a través de España. La Dirección de Vigilancia Territorial [DST en sus siglas en francés] francesa y dos inteligentes magistrados, Ricard y Brugiére, alentados por el ministro del Interior Nicolás Sarkozy, seguían el caso, organizando redadas

en varios apartamentos de las afueras de París, que produjeron detenciones de alto nivel e incautaciones de cianuro, azul de metileno (un antídoto para el cianuro), equipamiento de laboratorio y trajes de protección. Su objetivo era probablemente la embajada rusa en París, como acto de venganza por el asesinato por parte de Rusia de Ibn al Jatab, el líder árabe en Chechenia, con una carta envenenada. Estaban interesados también en atacar la torre Eiffel, unos grandes almacenes y la red de metro.

Inevitablemente, los entresijos de este grupo con base en París condujeron a «Beirut-on-Thames» o «Londonistán», como cínicamente llamaban los servicios de inteligencia franceses a la capital británica. Un actor clave era «K», que había sido deportado de vuelta a Londres desde Georgia, tras intentar entrar en el país usando un pasaporte francés falso. A «K» los británicos le habían negado el asilo en 1998 y 2001, concediéndole en su lugar una admisión temporal. Desaparecio hasta que el uso de documentos falsos le hizo aterrizar en el Centro de Detención de Yarl's Wood, desde el que huyó cuando los detenidos lo incendiaron. Junto al sustituto de Abu Doha, Rabah Kadre, «K» creó una célula argelina en el «pequeño Argel» de Wood Green. En enero de 2003 el MI5 y la policía hicieron una redada en un piso allí después de recibir la advertencia de las autoridades argelinas de que había argelinos a punto de pasar a la acción. Fueron detenidos seis hombres, de algún modo alojados en un piso de protección oficial ocupado por un argelino y un etíope que vivían de las ayudas sociales. Junto con Rabah Kadre, fueron acusados de intentar elaborar sustancias tóxicas, que según las conjeturas de los detectives debían de incluir la ultravenenosa ricina, que iba a ser extendida sobre los pasamanos de las escaleras mecánicas del metro.

El 14 de enero la policía y el MI5 asaltaron una casa en Manchester en busca de un individuo cuyo nombre estaba conectado a la célula de Wood Green. Veinticuatro policías desarmados entraron en la casa, donde encontraron a tres hombres, incluido el sospechoso. Un detective de la División Especial creyó

reconocer a uno de los otros dos del piso. Scotland Yard comunicó por radio la información de que se trataba de Kamel Bourgass. Lo que a los tres hombres les había parecido una redada rutinaria en busca de falsos solicitantes de asilo adquirió un giro crítico cuando se le pidió a Bourgass que se pusiera un traje forense que revelaría si había estado manipulando sustancias tóxicas. Dado que ninguno de los tres estaba esposado, Bourgass alcanzó un cuchillo, atacó a cuatro oficiales y mató al detective Stephen Oake. Los tres argelinos eran solicitantes de asilo rechazados que no habían sido deportados, gracias a la predecible combinación de relajación e incompetencia que era ahora letal en sus efectos. El asesino de Oake había entrado ilegalmente en el Reino Unido en 2000, habiendo destruido previamente sus documentos de identidad. Sus peticiones de asilo fueron rechazadas tres veces, lo que no le detuvo a la hora de cometer pequeños delitos, o de matar al agente Oake.

El escándalo entre la opinión pública provocó la Operación Mermant, una enorme redada armada en la mezquita de Finsbury Park, donde la policía detuvo a siete hombres, incluido un argelino considerado como uno de los más importantes miembros del grupo terrorista argelino. Bourgass fue sentenciado a cadena perpetua por el asesinato de Oake, y a otros diecisiete años por la trama de la ricina, que probablemente iba dirigida al Heathrow Express que conecta Londres con el aeropuerto. La mezquita había sido un segundo hogar no sólo para Richard Reid y Zacarías Moussaoui, sino para muchos de los terroristas argelinos de Londres y París. En abril de 2004, los británicos finalmente presentaron cargos contra Abu Hamza, a pesar de que remontándonos ya a 1998 su hijo e hijastro habían secuestrado a unos turistas occidentales en Yemen, llamando a «papá» en Londres para contarle su hazaña. Los británicos rechazaron las peticiones de Yemen para extraditarle a causa de la existencia de la pena de muerte en ese país, una de esas cuestiones en las que la opinión de la élite discrepa masivamente de la del público en general, que entiende que el

terrorismo no es una actividad exenta de riesgos. Haría falta una nueva atrocidad para impulsar al gobierno británico a introducir medidas más duras y a adoptar un nuevo tono. En el momento de redactar esto, el encarcelado Hamza se enfrenta a la extradición a Estados Unidos por nuevas acusaciones de terrorismo.

La España islámica medieval ocupa un lugar destacado en la imaginación de los yihadistas salafistas desde mucho antes de que el líder conservador José María Aznar se comprometiera a enviar mil trescientos soldados a Irak. Era «Al Andalus» o «la tierra de Tarek Ben Ziyad», que había conquistado el sur de España en el siglo vni. A los musulmanes les gustaba señalar que las cantarínas fuentes y frescos patios de la Alhambra existían cuando la mayoría de los europeos vivían en chozas infestadas de ratas; no mencionan las catedrales y palacios de la Europa medieval o que la mayoría de los moros de Iberia vivían también en cuchitriles infestados de ratas, ni los precedentes logros de la España visigoda antes de que llegaran los moros. Al margen de esta fantasía islamista, que hace reír a los españoles, la España democrática contemporánea era también una amenaza. Es una sociedad liberal, moderna y próspera de enorme vitalidad, que ha atraído a quinientos mil norteafricanos legales y quinientos mil ilegales, que han cruzado el corto espacio que la separa del Magreb. Esta es la razón por la que los gobiernos españoles buscaban hasta hace poco emigrantes católicos de América Latina o el Este de Europa. España también quiere ayudar a transformar el Estado absolutista de Marruecos en una monarquía constitucional. Las razones para atacar abundan allí.

Los agentes de inteligencia españoles creen que, desde 2001 en adelante, los terroristas yihadistas en España estaban conspirando para atentar contra la red de ferrocarril de la nación, en otras palabras, mucho antes de que España enviara tropas a Irak. Los terroristas golpearon la mañana del 11 de marzo de 2004 cuando una serie de bombas, activadas por detonadores en teléfonos móviles, explotaron en trenes de cercanías en estaciones locales o

en trenes que entraban a Madrid desde las afueras del este de la capital. Trece artefactos escondidos en mochilas explotaron en cuatro trenes que llegaban a la estación de Atocha. Mataron a cerca de dos centenares de personas, incluidos tres inmigrantes musulmanes marroquíes, que habían ido a España a comenzar una nueva vida. Si los trenes hubieran estado en la estación, ésta se habría derrumbado, aplastando a miles de viajeros. En uno de los trenes viajaba un sirio llamado Basel Ghalyun. Cuando éste se bajó corriendo del tren, dos jóvenes rumanas le gritaron que se había olvidado la mochila. Cuando explotó, mató a una de las chicas. Poco después, dos bombas más estallaban en dos estaciones de las afueras. En conjunto, en el margen de cinco minutos 191 personas habían sido asesinadas y 1847 heridas.

Los atentados islamistas en España se habían empezado a convertir en una certeza que se aproximaba una vez que Aznar hubo enviado tropas a la «coalición de la voluntad». Un lúcido comunicado lanzado por un *think-tank* islamista del ciberespacio, titulado «Irak yihadí: esperanzas y peligros», afirmaba que España era el eslabón más débil de la alianza. Al Qaeda estaba pensando estratégicamente. Gran Bretaña y Polonia no podían ser expulsadas de Irak con bombas, pero España era otra cuestión. El 67 por ciento de los españoles se oponía a la guerra, y el país había quedado desolado cuando siete de sus agentes de inteligencia fueron masacrados a las afueras de Bagdad y quedaron abandonados para que los niños iraquíes dieran patadas a sus cadáveres. Si se forzaba a España a dejar Irak, entonces un efecto dominó podía hacer de palanca para sacar también a Gran Bretaña y Polonia.

No sin razones —ya que tres meses antes la policía había detenido a un terrorista de ETA colocando bombas en el lugar de estacionamiento de los trenes— Aznar se precipitó a la conclusión de que ETA era la responsable de la atrocidad de Atocha. Una de las marcas distintivas de éste, ante las inminentes elecciones que previsiblemente su partido iba a ganar, era la línea dura con el separatismo vasco. Aznar insistió en esa línea lo que, en mi opinión,

quizá pudo estar condicionado por los previos intentos de ETA de asesinarle, a pesar de que la investigación la cuestionaba. Conversaciones telefónicas interceptadas revelan que ETA estaba tan sorprendida por el atentado como el resto. Se encontró una furgoneta en la estación de la que habían partido los trenes atacados. Dentro había detonadores y una cinta con versos coránicos. Un grupo que afirmaba hablar en nombre de Al Qaeda difundió un comunicado que decía: «El escuadrón de la muerte ha conseguido penetrar en el corazón de la Europa cruzada, inflingiendo a uno de los pilares de los cruzados y sus aliados, España, un doloroso golpe. Esto forma parte del viejo juego con la España cruzada, aliada de Estados Unidos en su guerra con el islam». Fue recibido con escepticismo ya que el mismo grupo también había reclamado ser responsable de un importante apagón en Estados Unidos que no era para nada un ataque terrorista. Mientras, unos once millones de españoles llenaban las calles en un emotivo acto de protesta.

El 12 de marzo, un agente que examinaba los efectos personales de la estación de El Pozo encontró una bolsa con una bomba conectada a un teléfono móvil. La policía siguió la pista del teléfono hasta una tienda propiedad de dos indios en un barrio de Madrid. Los dueños dijeron que habían vendido una partida de treinta tarjetas SIM a un marroquí que tenía una tienda en Lavapiés, un barrio con gran presencia norteafricana de la ciudad. Algunas de estas tarjetas habían sido usadas para activar las bombas, pero sobre quince no se sabía nada. Arrestaron ajamal Zugam, el propietario de la tienda, y a dos hombres, Mohamed Bekkali Butaliha y Mohamed Chaui. Esa noche se envió una cinta a un canal de televisión en la que Abu Dujan al Afgani se identificaba como principal portavoz de Al Qaeda en Europa. Reivindicaba la responsabilidad de los atentados, añadiendo el tristemente célebre «Vosotros amáis la vida, y nosotros amamos la muerte», un comentario que ha fomentado la visión de que Al Qaeda no es sino una secta nihilista. Lo es, pero también piensa estratégicamente.

Esta comunicación decidió el resultado de las elecciones en España, que ganaron los socialistas. Se sacó a las tropas de Irak, aunque algunas fueron luego desplegadas discretamente en Afganistán. No es de extrañar que el primer pensamiento de Jamal Zugam cuando se presentó por primera vez en el tribunal tras cinco días de aislamiento fuera: «¿Quién ganó las elecciones?».

Las autoridades francesas y marroquíes habían alertado a la policía española sobre Zugam meses antes. Aparentemente bien integrado en España, estaba conectado a Imad Eddin Barakat Yarkas. El había facilitado además el encuentro entre Mohamed Atta y Shibh en Madrid previo al 11-S. Los marroquíes le tenían por socio de Abdelaziz Beniyach, que en mayo de 2003 había orquestado los atentados suicidas de Casablanca, y de Mohamed Fazazi, que había predicado para los asesinos del 11-S en Hamburgo. Las autoridades españolas no tomaron básicamente ninguna medida para hacer un seguimiento de esta enorme carga de incriminaciones contra Zugam, en parte porque la policía no disponía de un solo hablante de árabe, con la excepción de ocho exhaustos intérpretes y traductores chiles, un problema que comparten el FBI y el MI5.

Tras el atentado de Atocha detuvieron a unas setenta personas, incluidos dos de los hombres que habían colocado las bombas en los trenes. Uno de ellos era un traficante de drogas profesional. La investigación ganó urgencia cuando una bolsa que contenía doce kilogramos del mismo explosivo comercial de alta potencia fue encontrada conectada a un cable próximo a la línea de ferrocarril de alta velocidad de Madrid a Sevilla —prueba de que, aunque España se había retirado de Irak, esto no iba a evitar que se produjeran más ataques—. Las señales de las tarjetas SIM desaparecidas condujeron a la policía a un apartamento en Leganés, una zona a las afueras de Madrid a la que los trabajadores regresan por la noche. Rodearon un bloque de apartamentos de cinco alturas en la calle de Martín Gaite, alertando a los habitantes del piso. Los gritos de «¡Allahu Ajbar!» fueron el prólogo a las ráfagas de fuego de ametralladora disparadas por sus ocupantes. Dentro había siete

hombres, los planificadores de los atentados de Atocha. Advirtíendo a la policía «Moriremos matando», bebían agua santa de La Meca y recitaban versos del Corán. También hicieron llamadas de teléfono. «Mamá. Me voy al paraíso. Estoy preparado» fue una de ellas, y trataron de contactar telefónicamente con Abu Qatada en la prisión de máxima seguridad de Belmarsh. A media tarde la policía asaltó el apartamento volando la cerradura y disparó gas lacrimógeno al interior, poco antes de que estallara cuando los hombres detonaron veinte kilos de explosivos. Un oficial antiterrorista español, Francisco Javier Torronteras, murió en la explosión. El cuerpo de uno de los terroristas salió lanzado hasta una piscina cercana.

Era Jamal Ahmidan, un fugitivo de Tetuán. Tetuán es el epicentro del negocio de 12.500 millones de dólares del hachís en Marruecos, donde los capos de las drogas locales se unieron a los traficantes libaneses de diamantes provenientes de los conflictos de Africa occidental como fuente alternativa de financiación terrorista después de que el movimiento de dinero pasara a hacerse más difícil tras el 11-S. Las drogas fueron el medio de canje cuando Hamid negoció la obtención de explosivos con un minero español drogadicto a cambio de treinta kilos de hachís. Deportado en 1993, Ahmidan había cumplido una sentencia de dos años y medio en Marruecos por el asesinato de su cómplice en un robo a mano armada donde su encarcelación le llevó a una vehemente adopción del islam. De vuelta en España, tenía una novia y continuaba traficando con drogas, aunque él ya no las consumía. Era una cuestión de takfir, el arte de engañar a los infieles. Tú puedes beber, fumar y dedicarte a conseguir mujeres, siempre y cuando lleves odio en el corazón. Reunió a su alrededor a cuatro amigos de Tetuán así como a Zugam, cuya tienda estaba cerca de una barbería y del restaurante Alhambra donde se reunía el grupo. Según escribe Lorenzo Vidonio en *Al Qaeda in Europe* (Nueva York, 2006, p. 308), en 2001 Zugam apuñaló a un desconocido que se atrevió a llevar un perro al restaurante, algo poco aconsejable cuando los islamistas marroquíes estaban por allí. Fue entonces cuando Yarkas, el líder

de la célula de Al Qaeda en Madrid, comenzó a interesarse por este grupo de traficantes y tipos duros, convirtiendo su islamismo cultural en la variedad yihadista mediante el uso de medios de comunicación que captaran su limitada capacidad de atención.

Rabei Osman Sayed Ahmed, también conocido como «Mohamed el egipcio», era un licenciado en electrónica que había servido cinco años en la división de explosivos del ejército egipcio antes de ir a la cárcel por sus actividades islamistas. Haciéndose pasar por palestino, una estratagema para suscitar la simpatía automática de los europeos, había conseguido llegar a Alemania usando todo tipo de trucos, incluido el empleo de una sustancia especial para modificar sus huellas dactilares siempre que los alemanes se las tomaban para compararlas con sus bases de datos. Sabía cómo «trabajarse» a Alemania. Uno sólo tenía que levantarse temprano, impaciente ante un día de trabajo, lo que en su caso significaba ser el demagogo titular del centro de asilo de Lebach y pasarse el tiempo discutiendo sobre «derechos» con los trabajadores sociales alemanes. Tras salir simplemente andando de estas instalaciones sin vigilancia, Ahmed se dirigió a España. Otro terrorista conocido como «El Chino» alquiló la casa en el campo en la que el grupo montó sus once bombas, pero se aseguró de dejar el país antes de los atentados. Un golpe de suerte permitió a la policía española seguir su pista hasta Milán, donde el servicio secreto italiano informó de que estaba trabajando como decorador. Pusieron micrófonos en un piso que compartía con otros egipcios. Esta es probablemente la fuente más importante de la que disponemos para obtener un verdadero conocimiento de cómo trabaja un reclutador yihadista, conocimiento que debemos a la inteligencia italiana.

El 26 de mayo grabaron sus intentos de reclutar a un compatriota egipcio como «mártir». Tenía cintas de audio, un manual de dos mil páginas sobre la yihad y trescientas cintas de vídeo, ya que la fascinación morbosa con cabezas siendo serradas o explosiones de bombas es una parte muy importante de esta mentalidad. También lo es el dominio de las tecnologías modernas. Internet es lo que Bin

Laden describió una vez como la corriente eléctrica que conecta a la *umma* global. La hace «real» y «cálida» al menos en la realidad virtual, donde completos extraños intercambian pensamientos íntimos en *chatrooms* de Al Qaeda como «La fortaleza», «Los campos» y «Reforma», a ninguno de los cuales se puede acceder sin los títulos originales en árabe.

Internet ofrece también una combinación de identidad nacional y moralidad. Las decenas de miles de sitios islamistas representan el nacimiento electrónico de una nación, porque proporcionan el equivalente islamista de himnos, banderas, poesía patriótica, héroes, mártires y espeluznantes preceptos. Estas páginas además sirven cada vez más para suministrar las *fatwas* que autorizan la violencia homicida y suicida, dando a los yihadistas ese peculiar código ético que convierte a los suicidas asesinos en mártires. Como Mohamed al Massari, un disidente saudí residente en Londres, explica en su foro yihadista de Internet Tajdeed.net, «ningún yihadista emprenderá ninguna acción hasta estar seguro de que ésta es moralmente aceptable». Lo aceptable incluye matar a inocentes transeúntes civiles, que simplemente irán al cielo o al infierno como de todas maneras estaba previsto que hicieran. Matar a niños tampoco es un problema, ya que no se les puede hacer responsables de pecados cometidos antes del comienzo de la pubertad. Irán directamente al cielo, donde madurarán instantáneamente hasta los veinte años y disfrutarán de las mismas vírgenes que los mártires. Los contribuyentes y los votantes son todos susceptibles de ser asesinados ya que respaldan a los enemigos del islam. En palabras de Jalid Kelly, un converso de origen irlandés: «Tenemos un sistema electoral aquí en Gran Bretaña, así que cualquiera que vota a favor de Tony Blair no es un civil y por tanto sería un blanco legitimo»[305].

Los más ingeniosos hablan de la red como del «jeque Google». Estos blogs y sitios web son simultáneamente autoritarios y populares, parte de un mundo donde los pensamientos del hombre de a pie, ya sean banales o enloquecidos, asumen la respetabilidad

que se confiere a la palabra escrita. La tecnología permite un retroceso a un mundo pre-Gutenberg, donde cualquiera puede despedazar y modificar un texto clave, de forma similar a como los escribas medievales insertaban sus propios pensamientos entre las líneas o en los márgenes de los manuscritos. Pueden ser bloqueados, o atiborradas de porno, por las agencias de inteligencia y los cibernautas antiterroristas independientes, pero ya que los yihadistas han pirateado incluso los servidores del Departamento de Autopistas y Transporte de Arkansas para ocultar su rastro, esto puede parecer una batalla perdida. Increíblemente, la propia compañía de televisión de Al Qaeda, As-Sahab o «La nube», se las arregló para retransmitir unos cuantos meses por medio de un satélite Centcom que enviaba las órdenes a las fuerzas estadounidenses en Irak[306]. El «servicio de televisión» consiste en una webcam y una minisala de edición instalada en la parte trasera de una furgoneta, con la tecnología más sofisticada disponible en Lahore. Se recurre también a cámaras de confianza árabes o afganos para grabar las declaraciones importantes de Ayman al Zawahiri o el último de sus hombres de paja, Azzam el americano. Las películas son copiadas a CD y pasadas después de mano en mano hasta la emisora de televisión Al Yazira[307].

En Milán, Ahmed y su objetivo pasaban horas mirando Internet, deleitándose especialmente con la decapitación por Al Zarqawi de Nicholas Berg, un empresario estadounidense de veintiséis años. «Mira atentamente. Esta es la política de la espada. ¡Mátale! ¡Córtale la cabeza! ¡Dios es grande!», gritaba Ahmed. A juzgar por sus acciones, Al Zarqawi era adicto al olor a cobre de la sangre. Había una cinta de audio especial, la que «se te mete en las venas», que Ahmed les puso repetidamente a los yihadistas de Madrid hasta que éstos se la supieron de memoria. Ahmed estaba especialmente orgulloso del software Oxygen Phone Manager 2, que permite a un ordenador dominar a distancia todas las funciones de un móvil Nokia, como se supone que hizo con los detonadores

usados en la estación de Atocha. En el transcurso de esta larga conversación, Ahmed bajó la voz y dijo:

> Hay algo que no voy a ocultarte, el ataque de Madrid fue un proyecto mío y aquellos que murieron como mártires eran mis muy queridos amigos. [...] Quería planearlo para que fuera algo inolvidable, incluyéndome a mí, porque yo también quería explotar, pero me detuvieron y nosotros obedecemos la voluntad de Dios. Quería una gran carga pero no pude encontrar los medios. El plan me costó mucho estudio y paciencia, me llevó dos años y medio, [...] ten cuidado [...], ¡ten cuidado! Nunca menciones nada y nunca hables conjalil, de ningún modo, ni siquiera por teléfono. [...] Tienes que saber que me reuní con otros hermanos, que poco a poco creé con sólo unas pocas cosas, antes eran traficantes de drogas, criminales, yo les introduje en la fe y ahora son los primeros en preguntarme cuándo es el momento de la yihad.

Aunque se detuvo a setenta personas en relación con los atentados de Madrid, y en el momento de escribir esto veintiuna personas han sido condenadas, eso no significa que los yihadistas hayan abandonado España, aunque Zapatero ensaye el diálogo entre civilizaciones con el Magreb e Irán. Una célula compuesta por diez paquistaníes fue desarticulada cuando se preparaba para cometer atentados en edificios de gran altura de Barcelona. Eran además traficantes de droga, ya que se encontraron 180 gramos de heroína en su piso. En octubre de 2004 la policía detuvo a cuarenta personas que estaban planeando estrellar un vehículo con quinientos kilos de explosivos contra la Audiencia Nacional donde se celebran los juicios de todos los casos terroristas. Este grupo, llamado Mártires de Marruecos, bajo el liderazgo del argelino Mohammed Achraf, había sido formado entre reclusos musulmanes de una cárcel de Salamanca. Se trataba de la habitual mezcla de traficantes de droga y estafadores de tarjetas de crédito,

contaminada mientras estuvieron dentro con curtidos terroristas del GIA. Asombrosamente, mientras cumplía condena en una prisión de Zúrich, Achraf se mantuvo en contacto por correo electrónico y móvil con sus reclutas españoles, recibiendo también correspondencia de Mohammed Salameh, uno de los terroristas que pusieron las bombas del World Trade Center en 1993, enterrado en las entrañas de una prisión federal estadounidense de extrema seguridad.

Como han revelado unos buenos estudios realizados por el Servicio de Policía de Irlanda del Norte sobre los presos del IRA, no los agrupados por centenares en la prisión de Maze en Irlanda del Norte, sino la media docena de presos de Parkhurst en la isla de Wight, éstos pueden lograr rápidamente posiciones de dominio organizado en el interior de la prisión, sin la amenaza del IRA de asesinar a los familiares de los guardias, tan habitual en el Ulster que muchos funcionarios de prisiones se suicidaban. Hacen esto formando equipo con los gánsteres más duros de Londres, que admiran la entregada dureza de los terroristas y el acceso a armas y dinero. Las conexiones con estos criminales se usan entonces para falsificar y robar documentos, blanquear dinero, traficar con dogas y comprar armas, una de las razones por las que Al Qaeda está actualmente estudiando la anárquica zona «triestatal» de América Latina[308]. España está descubriendo la necesidad de tratar el terrorismo desde el análisis de cada uno de sus aspectos, de la radicalización, reclutamiento y entrenamiento iniciales a lo que sucede tras las sentencias. El terrorismo también se adentra más allá de la tumba en más de un sentido. El cadáver de Francisco Javier Torronteras, el agente muerto en la redada del piso de los terroristas en Madrid, fue desenterrado una noche. Luego fue arrastrado, mutilado, rociado con gasolina y se le prendió fuego.

La invasión de Irak a comienzos de 2003 proporcionó la última de una serie de causas incendiarias que indignaron aún más a muchos musulmanes, y a millones de no musulmanes también, aunque sólo los primeros parecieron responder histéricamente a la

película de Theo van Gogh *Sumisión*, a las viñetas danesas que se burlaban del Profeta o, por segunda vez, al nombramiento de caballero del escritor Salman Rushdie. Es interesante cómo esta ira es algo que lleva su tiempo fomentar. Este no es el lugar para repasar las razones dadas para la guerra, pero sería ingenuo pretender que la invasión y ocupación de Irak no ha servido para reactivar la ira y los motivos de agravio de los islamistas, que es bastante diferente a aceptar el tono monocorde con que esta gente se relaciona con el mundo. A pesar de las evidencias ante sus ojos, muchos musulmanes parecen no captar el hecho de que la amplia mayoría de los asesinatos en Irak son cometidos por sus correligionarios musulmanes chiíes y suníes y no por los soldados de la coalición, y de que forma parte de la estrategia de Al Qaeda en Irak y más allá el provocar una guerra religiosa sectaria más amplia.

La inicial demostración de poder de las fuerzas aéreas de la coalición parecía otro ejemplo de Goliat pisoteando a David, a pesar de que estos ataques fueran realizados con armamento de precisión concebido con el fin de minimizar las víctimas civiles en un mundo en el que la guerra se encuentra las veinticuatro horas bajo el escrutinio de los medios de comunicación, con repercusiones legales siempre que alguien la fastidia. Estados Unidos ha desarrollado sistemas de artillería que calculan los posibles daños colaterales, de manera que hasta cierto punto las armas no pueden ser disparadas de forma automática. Aparentemente, una nueva generación de armas robot con sistemas morales incorporados para eliminar emociones humanas como la ira y la venganza están sólo a un par de años de ser puestas en funcionamiento. Las enormes inversiones que requieren estos sistemas no tienen sentido si la intención es matar musulmanes indiscriminadamente. La tecnología está diseñada para hacer lo contrario.

Se hizo evidente que el material de inteligencia había sido contaminado deliberadamente por consideraciones políticas, concretamente para respaldar la alegación de que Sadam Husein tenía armas de destrucción masiva que iban a ser desplegadas de

manera inminente. El dato de que éste ya había usado ese tipo de armas en el pasado, con efectos especialmente devastadores sobre los kurdos, fue obviado con endebles evidencias de que estaba planeando usarlas otra vez contra los ejércitos de la coalición, y pruebas aún más endebles de que había estado asociándose con terroristas de Al Qaeda. Este doble engaño ha causado daños a largo plazo a algunas de las agencias de inteligencia implicadas, que pueden encontrar difícil volver a realizar una justificación plausible ante la opinión pública en caso de futuros conflictos. Ascender a una de las figuras clave implicadas en la recopilación de esas informaciones al puesto de director del MI6 parecía una decisión dudosa a ojos de muchos observadores. Al menos Estados Unidos en gran medida se atuvo a la idea de que su objetivo principal era derrocar al dictador que había desobedecido a todo tipo de resoluciones de la ONU.

Una consecuencia de una invasión cuyos efectos en la ocupación fueron pésimamente gestionados de un modo censurable y con la connivencia pasiva de la totalidad del gobierno de Blair, incluidos todos aquellos que fueron heredados por la administración de Brown, fue la activación de las redes en Europa de Al Qaeda/Ansar al Islam, con el resultado de que unos cientos de yihadistas belgas, británicos, alemanes, franceses e italianos fueron reclutados y enviados, vía Kurdistán o Siria, a luchar contra los soldados de la coalición dentro de Irak. Estos últimos quedaron perplejos al descubrir que un terrorista suicida que les atacó era una mujer belga católica, rubia, blanca y de 38 años, llamada Muriel Degauque, una musulmana conversa que se mató en Irak. Ellos se convirtieron en parte de un conflicto que incluye a «antiguos elementos del régimen», suníes descontentos por la pérdida de poder tras gobernar Irak por los otomanos, los británicos y Sadam, y varios miles de yihadistas extranjeros para quienes el monstruo Al Zarqawi era el primer comandante. Aunque Ayman al Zawahiri de Al Qaeda tenía algunas dificultades para aceptar que ese monstruo asesinara a trabajadores de manera indiscriminada —especialmente

si eran musulmanes— en diciembre de 2004 Bin Laden reconoció con entusiasmo a Al Zarqawi como «el emir de la organización Al Qaeda en la tierra de los dos ríos». Aparte de la úlcera sangrante de Chechenia, es probable que Irak sea la principal fuente de yihadistas bien adiestrados y curtidos en el combate que dejen su marca en Europa. Ningún Estado europeo ha encontrado adecuado convertir en un delito el irse al extranjero para luchar contra sus propios ciudadanos, o sus aliados, o incitar a otros a hacer lo mismo. Aunque tienen una buena idea de quién está yendo dónde a hacer qué, la policía y los servicios de inteligencia no pueden perseguir a ninguno de estos combatientes. La cooperación de alto nivel entre las agencias de inteligencia europeas es buena —tienen contactos que se remontan a hace décadas y están interconectadas — pero es revelador que la Europol, que posee datos sobre doce mil terroristas, se queje de que la policía y los servicios de inmigración nacionales no accedan a éstos con aparente regularidad.

Tras los atentados de Londres del 7 de julio, el entonces secretario del Interior Clarke afirmó que el ataque había «sido completamente inesperado», al ser obra de los llamados «terroristas legales». Esto resultó no ser exactamente así. En 2004 Mohammed Siddique Khan y Shehzad Tanweer aparecieron en los márgenes de una vigilancia del MI5 de reuniones islamistas. Ambos hombres fueron fotografiados —aunque no identificados— y el número de teléfono de Siddique Khan era conocido por sus contactos con un sospechoso que estaba siendo controlado desde 2003. En una ocasión, el MI5 había seguido el rastro de Khan mientras conducía 240 kilómetros hasta su casa de Dewsbury, en West Yorkshire. A los dos se les consideró de baja prioridad en un momento en el que los recursos de vigilancia se estaban estirando al máximo. No se hicieron intentos de identificarles, de obtener fotos más claras, o de enseñar las que ya existían a un detenido custodiado por una agencia de inteligencia extranjera que a comienzos de 2004 testificó que unos anglo-paquistaníes habían visitado Pakistán buscando reunirse con Al Qaeda. Aunque Richard Reid había intentado

hacerse explotar en un avión, y dos terroristas suicidas anglo-paquistaníes habían atacado Tel Aviv, los servicios de seguridad parecen haberse resistido a creer que unos ciudadanos británicos podrían lanzar ataques suicidas en territorio británico. Increíblemente, afirmaron que no existía un clima lo suficientemente desarrollado como para un adoctrinamiento a largo plazo. La primera parte de esta alegación, evidentemente aceptada sin reparos por un comité de inteligencia de la Cámara de los Comunes que responde ante el primer ministro, resultaba sorprendente, ya que durante décadas el Reino Unido había sido el hogar de varios fanáticos islamistas, mientras que cualquiera familiarizado seriamente con los terroristas suicidas sabría que no se tarda mucho en reclutarlos o activarlos.

Naturalmente, los servicios de seguridad trabajan con recursos limitados, y tienen que establecer prioridades, puntos que entran en conflicto con las afirmaciones del gobierno de que reciben toda la financiación que solicitan. Como el director del MI5Jonathan Evans, nombrado en 2007, ha subrayado, un atentado con bomba que tiene éxito es un trago especialmente amargo para esta agencia, cuya prioridad fundamental es la seguridad del público británico. En parte por la falta de una presencia regional del MI5 —a diferencia de los servicios de seguridad alemanes o el FBI éste estaba centrado en la capital— se tenía escaso o ningún conocimiento en profundidad sobre la cultura islamista en la forma que ésta había adoptado en varias ciudades del centro y norte. Los británicos sabían un montón sobre Belfast, y mucho sobre los árabes y norteafricanos de Londres, pero sus propias ciudades de las provincias del norte eran un misterio. En lugar de los debates pseudoacadémicos sobre cómo definir el terrorismo o a qué llamar fanáticos islamistas, se deberían haber dedicado más esfuerzos a obtener una detallada visión de conjunto del entorno en el que los yihadistas son formados, radicalizados y luego operan. La histórica separación entre el MI5 y la agencia de inteligencia extranjera MI6 era también un anacronismo en un mundo globalizado en el que los viajes baratos

por avión y la emigración conectaban Beeston y Bradford con Peshawar en una única secuencia continua de actividad maligna. Las secciones de las divisiones especiales de la policía a nivel regional tenían sistemáticamente carencias de financiación, para beneficio de los vehículos de tráfico de gran velocidad, helicópteros y campañas contra los ladrones. Nombramientos clave en la Divisón Antiterrorista de la policía metropolitana, especialmente el de su director Peter Clarke a comienzos de 2002, han llevado a una cooperación mucho más fluida desde entonces[309].

«El 7 de julio comenzó revuelto, con fuertes lluvias en algunos lugares. La hora punta de la mañana en Londres arrancó de manera normal». Sólo los británicos podían comenzar el relato de una masacre con el tiempo. El día anterior, Gran Bretaña había ganado la contienda para ser la sede de los Juegos Olímpicos de 2012 y la cumbre del G8 estaba en su pleno apogeo en Escocia. Alrededor de las cuatro de la madrugada un coche aceleraba por la MI, con Mohammed Siddique Khan, Shehzad Tanweer y Hasib Hussain en su interior. A las 6.49 se reunieron con Jermaine Lindsay, aparcado en un parking de Luton. Los cuatro llevaban mochilas, como si se fueran de camping. Cada una contenía de dos a cinco kilos de explosivos de alta potencia. Las bombas habían sido fabricadas en un piso que subarrendaban a un estudiante egipcio de químicas. La prolongada exposición a la lejía había comenzado a volverles el pelo blanco, algo que atribuían a las piscinas que frecuentaban. El cuarteto tomó un tren a King's Cross. En la entrada del metro se abrazaron y se separaron, dos hacia la línea de District y Circle —tomando trenes que iban en direcciones opuestas— y los otros dos con destino a la línea de Piccadilly. A las 8.50 Shehzad Tanweer se hizo volar, matando a ocho personas e hiriendo a 171. Lo mismo hizo Mohamed Siddique Khan en el segundo vagón de otro tren, matando a siete e hiriendo a 163. En la línea de Piccadilly, Jermaine Lindsay se inmoló mientras el tren aceleraba por sus profundos túneles, matando a veintisiete personas e hiriendo a 340. Mientras tanto, Habib Hussain deambuló por los alrededores de King's Cross

y después cogió un autobús a la estación de Euston. Allí cambió a un autobús número 30 donde, sentado en la parte de atrás del piso superior, detonó una bomba que mató a catorce personas e hirió a 110 cerca del verde oasis de Tavistock Square.

Un Tony Blair de rostro adusto se apresuró a regresar a Londres para poner su sello característico a la ocasión. Una investigación policial conducida de manera magnífica siguió el rastro de las pruebas reunidas en las escenas de los crímenes mediante las grabaciones de los circuitos cerrados de televisión hasta los vehículos todavía aparcados en Luton y de allí, pasando por la MI, a una fábrica de bombas en Leeds. Las inquietas esposas y familias de los hombres habían declarado para entonces que estaban desaparecidos. En septiembre, Al Yazira emitiría el vídeo suicida dé seis minutos de Mohammed Siddique Khan, agitando su dedo desafiantemente desde más allá de la tumba: «Hasta que sintamos seguridad, seréis nuestros objetivos. Y hasta que detengáis el bombardeo, el gaseo, el encarcelamiento y la tortura de mi pueblo no pararemos esta lucha. Estamos en guerra y yo soy un soldado. Ahora vosotros saborearéis también la realidad de la situación»[310].

Khan, Hussain y Tanweer eran de Beeston, una barrio paquistaní deprimido de las afueras de Leeds, aunque ninguno de ellos era en sí un marginado. De treinta años en el momento de su muerte, «Sid» Khan había obtenido un título universitario en estudios empresariales, y trabajaba como voluntario en una escuela primaria donde ayudaba a escolares con necesidades especiales y dificultades de comportamiento y aprendizaje. Estaba casado, con una mujer de su elección, y tenía un hijo. Tanweer era hijo del dueño de un establecimiento de *fish-and-chip*. Avezado atleta y jugador de criquet, había obtenido un diploma en ciencias del deporte, pero no tenía trabajo aparte de ayudar a su padre. Hussain tampoco era muy brillante, asistía de manera intermitente a un programa de estudios empresariales. De todo el grupo, él era el que se mostraba más religioso de cara al exterior; fue al *hajj* en 2002, y anunció ostentosamente su apoyo a Al Qaeda tras el 11-S. Este era un

mundo pequeño y hermético, centrado en torno a tres mezquitas, una librería islámica, un centro comunitario y un gimnasio. Las pruebas de que existiera algún maligno mentor religioso son débiles; es más probable que éste fuera un caso de autorradicalización en el que el grupo se fue convenciendo de la necesidad de recurrir a la violencia. El mayor y más dominante Khan comenzó a dar a los otros dos charlas que también podrían ser vistas como sermones. Se iban en viajes para hacer acampadas en grupo, jugar al *paint-ball* y practicar *rafting* en aguas salvajes junto a otros hombres, expediciones diseñadas para reforzar los vínculos de camaradería masculina y entrenar de manera casi militar. En algún momento de 2004 Khan se encontró con Jermaine Lindsay en los ambientes islamistas de Yorkshire. De origen jamaicano, Linday había seguido a su madre al islam, tomando el nombre de Jamal y adoptando una extrema versión yihadista de su nueva fe. Después de que su madre se mudara a Estados Unidos en 2002, Lindsay vivió de subsidios sociales antes de convertirse en instalador de moquetas. Se casó con una británica blanca convertida al islam y tuvo un hijo. Entre el 19 de noviembre de 2004 y el 8 de febrero de 2005, Khan y Tanweer visitaron Pakistán y probablemente tuvieron contactos con terroristas islamistas. Tras la emisión del vídeo suicida de Khan, Ayman al Zawahiri hizo pública una segunda cinta en la que afirmaba que Al Qaeda había «lanzado» los ataques en Gran Bretaña.

El par de años que se tarda en llevar a los terroristas ajuicio y las normas que rigen la capacidad de informar sobre casos pendientes de resolución judicial se traducen en que el sistemajudicial británico casi conspira para minimizar la gravedad de conspiraciones terroristas simultáneas e interrelacionadas. Tras dos años y medio, la gente ya no se acuerda de por qué media docena de personas fueron detenidas una noche en Leeds o Luton o qué conexión tenían con algún otro grupo[311]. El 21 de julio de 2005 otro equipo más de terroristas, con oscuras conexiones con el anterior, incluidos periodos en Pakistán coincidentes, lanzó una segunda oleada de

atentados en el sistema de transporte de Londres. Cuatro refugiados eritreos, somalíes y etíopes, Muktar Said Ibrahim, Ramzi Mohammed, Yasin Hassan Omar y Hussein Osman, intentaron hacer explotar artefactos en trenes del metro y un autobús en el centro de Londres, sumiendo a la capital en el caos una vez más. El autobús número 26 paró directamente debajo de las oficinas de mi mujer. Debido a la combinación de harina de chapati y peróxido de hidrógeno con que se fabricaron las bombas, y un calor anormal para esa época, éstas no explotaron cuando se activaron los detonadores, aunque las recreaciones de sus probables efectos mostraron que habrían sido devastadoras. Cada recipiente de plástico usado para meter las bombas estaba envuelto en cinta adhesiva para sujetar tuercas y tornillos que habrían causado horribles heridas.

Una vez más, el extraordinario trabajo de los detectives dio como resultado detenciones rápidas. Omar fue arrestado en Birmingham el 27 de julio, mientras de manera surrealista permanecía de pie en la ducha llevando una mochila, antes de ser derribado con la descarga eléctrica de una pistola aturdidora y la culata de un rifle. Said Ibrahim y Ramzi Mohammed fueron capturados en un piso del oeste de Londres, del que emergieron en ropa interior, con las manos en alto y conociendo sus derechos. Tras huir a Italia disfrazado con un burka y llevando un bolso, Hussein Osman fue repatriado sin complicaciones por las autoridades italianas, en marcado contraste con las evasivas que Gran Bretaña había practicado con Francia, Estados Unidos y docenas de otros gobiernos. Un ghanés cuyo nombre puede ser Manfo Kwaku Asiedu fue arrestado por tener relación con estos atentados después de que abandonara su artefacto. El clima de histeria que estos hombres conscientemente engendraron fue indirectamente responsable del tiroteo, el 22 de julio, por agentes de la policía metropolitana de un electricista brasileño en la estación de metro de Stockwell a quien identificaron erróneamente como sospechoso y después de que las radios policiales aparentemente no funcionaran bajo tierra.

En el curso de sus cinco meses y medio en el tribunal, los acusados intentaron convertir su juicio por asesinato en un juicio a la política exterior británica, mientras impertinentemente brindaban sus consejos al recién nombrado primer ministro Gordon Brown. Para asesorar sobre política exterior uno necesita más experiencia y conocimiento de los que puede tener el hijo del dueño de una tienda de patatas fritas en el norte. Alegaron que sus mecanismos explosivos contenían un significado simbólico, más que un intento deliberado de asesinar a sus compatriotas. Esto sugería una vanidad sin límites y un desconocimiento de cómo funciona la democracia. Uno de los acusados también se ofreció a trabajar por la reconciliación entre religiones en caso de ser absuelto. Mientras les condenaba a penas de cuarenta años de prisión, el juez subrayó que ésta era una conspiración de Al Qaeda para matar al menos a cincuenta personas, dado que los hombres eran plenamente conscientes de la matanza que bombas fabricadas de manera similar habían causado el 7-J. El propio juicio reveló que Ibrahim había cumplido penas de prisión por abusos deshonestos y atraco a una mujer de setenta años. A él y a sus colegas se les había permitido además viajar a Pakistán, a pesar de tener un kit de camuflaje, 2.500 dólares en efectivo y un manual del tratamiento de heridas de bala en su equipaje. En ese momento se había emitido ya una orden judicial para la detención de Ibrahim por actividades extremistas, respecto a la que no se actuó cuando éste se fue y regresó a Gran Bretaña. Hussein Osman, que afirmaba ser somalí, era en realidad un etíope llamado Hamdi Isaac, cuyas mentiras deberían haberle invalidado para recibir asilo. Asumiendo que alguna vez fueran puestos en libertad, su estatus de asilados o su ciudadanía deberían ser revocados, deberían ser deportados, y cualquier apelación debería ser presentada desde fuera de la jurisdicción británica. Asiedu fue posteriormente encarcelado con una condena de treinta y tres años[312].

Juicios más recientes han revelado el grado en el que Gran Bretaña está en la línea de fuego para los terroristas islamistas. La

Operación Rima capturó a un indio musulmán converso, Dhiran Barot, un cerebro de Al Qaeda casi tan malvadamente fértil como Jalid Sheij Mohammed. Dado que no tenía empleo o una fuente visible de ingresos posterior a 1995, se puede asumir que era un terrorista profesional de alto nivel en Al Qaeda en estrecho contacto con Jalid Sheij Mohammed. Contaba con una excelente preparación en técnicas de espionaje, ya que sabía cómo rodear una rotonda o efectuar un repentino cambio de carril para quitarse de encima a los agentes de vigilancia. Barot y su banda planeaban volar importantes centros financieros de Nueva York y Nueva Jersey. En Gran Bretaña deseaban convertir limusinas en bombas cargadas de tanques de gas propano, o perforar uno de los túneles del metro que corren por debajo del Támesis en Londres.

Otro grupo más, llevado ante la justicia gracias a la Operación Grieta, fijó como objetivo a las supuestas «zorras» que salían por la noche al club nocturno Ministry of Sound de Londres, un blanco genérico elegido también por los más recientes terroristas del West End que deseaban atacar la discoteca Tiger White la «noche de las chicas». En otras palabras, el comportamiento femenino, más que la política exterior británica, es una provocación legítima para cometer asesinatos en masa por gente a quien muchos británicos pueden considerar en privado como escoria amoral y desarraigada que ha ido a parar allí desde varios agujeros infernales del Tercer Mundo. Tres mil quinientas horas de escuchas también revelaron que el centro comercial Bluewater en Kent era otro importante objetivo en una conspiración que planeaba usar una bomba fertilizante de casi seiscientos kilos. Entre los miembros del grupo había un candidato a modelo, un aspirante a jugador de criquet inglés, un empleado del gas (que robó de Transco los planos de Bluewater) y un estudiante que había sido radicalizado por el jeque Omar Bakri Mohammed en la mezquita de Langley Green, en Crawley[313].

Parece probable, para los más informados analistas, que la «guerra contra el terror» se esté convirtiendo en lo que los generales llaman «la larga guerra» que puede durar quince, treinta o

cincuenta años. Ésta puede ser la era de las guerras pequeñas y largas, en la que experiencias como Irlanda del Norte (treinta y siete años), Bosnia (catorce) y Kosovo (siete) se conviertan en la norma, aunque uno espera que el ciclo de aprendizaje elemental sea más corto que la década que hizo falta en Irlanda del Norte. El propósito de estas guerras tendrá que ser reiterado con cuidado e inteligencia a las opiniones públicas nacionales, que tienen una escasa capacidad de mantener su atención en algo y un deseo de que las cosas se arreglen rápidamente inculcado por los medios de comunicación. Hay que resistirse a los intentos de imponer unos plazos y unos criterios artificiales para determinar el éxito o el fracaso en favor de objetivos a largo plazo —muchos de ellos de carácter cultural, económico o político— que son vulnerables a los propios ciclos electorales, relativamente cortos, de Occidente y a su inversión en diversos líderes dictatoriales extranjeros[314].

Sin desear ser normativo, algunos de los problemas presentados en este libro han suscitado unos cuantos pensamientos prácticos. Los soldados son sólo un elemento de una lucha que tiene algo de la agotadora futilidad de un inacabable juego del pimpampum en su intento de eliminar a Al Qaeda principalmente asesinando o capturando a sus líderes. Negar a Al Qaeda un espacio para operar y entrenar en Afganistán, Irak o Somalia es crucial para la intercepción de los grandes ataques terroristas en Occidente. Desafortunadamente, las informaciones que recibimos desde lugares exóticos y violentos no deja suficientemente claras las conexiones domésticas, de manera que las fuerzas armadas acaban desconectándose de las sociedades que las enviaron allí. El ministro británico de Defensa agravó el insulto al negarse a conceder una medalla especial de campaña a quienes participaron en la batalla de la provincia de Hilmand hasta que un periódico retomó la causa. Esto forma parte de un más amplio fracaso a la hora de educar a la opinión pública occidental sobre lo que está enjuego. En cierto sentido, la diplomacia pública parece haber fracasado desde el 11-S, cuando brevemente se produjo una unanimidad global sobre la

bárbara naturaleza de esta atrocidad. Uno puede visitar un sinnúmero de librerías islamistas radicales en Gran Bretaña para adquirir materiales visuales que dejan claro de un vistazo el alcance físico del califato deseado por los yihadistas. Resulta mucho más difícil conectar los escenarios de las matanzas yihadistas para configurar una visión general del tipo de caos nihilista que la gente cuerda de todo el mundo intenta evitar, y educar a la gente sobre, digamos, la pluralidad de conflictos en Oriente Próximo, para contrarrestar la simple suposición de que existe una única disputa árabe-israelí. Lo que Occidente necesita evitar a toda costa es una exclusiva identificación con regímenes autoritarios y represivos, ya sea en Oriente Próximo, el norte de África o Asia central y del sur, basada en su afán por librar la «güera contra el terror». Los errores que se cometieron en Chechenia se están repitiendo en el sur de Asia, donde grupos locales están siendo falsamente asemejados a Al Qaeda. A largo plazo eso sólo tendrá como resultado que la oposición se congregue alrededor de los yihadistas, que lograrán un apoyo masivo que no se merecen.

En relación con los yihadistas potenciales que tenemos, puede ser instructivo ver qué se hace en otros sitios. Consideremos Riad, un lugar al que normalmente no acudimos en busca de lecciones. En 2003-2004 Arabia Saudí experimentó veinticuatro atentados terroristas que mataron a noventa personas, muchas de ellas occidentales empleados en el reino. Estos ataques prácticamente pararon en 2004-2006, y sólo en parte debido a redadas a gran escala para atrapar a los militantes. El gobierno saudí introdujo un imaginativo programa para ir apartando del extremismo a aquellos que se encuentran en los peldaños más bajos del yihadismo y devolverles gradualmente a la normalidad. Hasta el momento el programa se ha aplicado sólo a aquellos que han sido condenados no por delitos violentos sino por poseer literatura y DVD yihadistas o una implicación con el terrorismo de bajo nivel. Un típico ejemplo sería «Ali», un estudiante wahabí de veintidós años que comenzó a colgar mensajes en una página web de Al Qaeda llamada Sawt al

Yihad. Entonces llegó la policía. En prisión se metió a «Ali» en un programa basado en los métodos que sirven para recuperar a la gente inmersa en siniestras sectas[315]. Desde 2004, dos mil presos han pasado por él, y setecientos han renunciado a sus ideas anteriores y han sido liberados. El ministro del Interior ha establecido una serie de comités asesores, formados por expertos en el islam y psicólogos, casi todos provenientes de universidades y mezquitas. Inicialmente, los expertos sólo preguntan por qué está la persona en la cárcel, lo que lleva al debate sobre sus creencias. Los clérigos se concentran en explicar a los prisioneros, que invariablemente tienen escasos o nulos conocimientos de la religión, que la manera en la que la entienden es falsa y está basada en una interpretación corrupta o herética del islam. Este punto es enfatizado por antiguos presos yihadistas que, habiendo renunciado a sus posturas, han pasado a formar parte de estos comités asesores.

A aquellos presos que responden a cortas sesiones de conversación de dos horas se les mete en cursos de seis semanas, cuyos resultados son examinados al acabar. Los que aprueban pasan a la siguiente fase del proceso, que en última instancia resulta en una puesta en libertad anticipada. Un comité social y psicológico evalúa las necesidades del preso a un nivel más general, asegurándose desde un comienzo de que inmediatamente son atendidas las necesidades de educación, salud y bienestar de sus familias en su ausencia. Esto está diseñado para limitar la radicalización de los individuos que ya están en prisión. A aquellos que son liberados se les ayuda con coches, empleos y vivienda, y a los hombres solteros se les anima a casarse y formar una familia. La policía secreta y sus informadores realizan un seguimiento. Dado que uno de los objetivos de las sectas es desvincular a las personas de sus amigos y familia, el programa lucha por restablecer este tipo de relaciones. Se promueve que el clan en general asuma la responsabilidad del individuo que es puesto en libertad. Según los saudíes, el programa tiene un índice de éxito de un 80-90 por ciento, mientras que sólo del 9 al 10 por ciento de los presos han sido

detenidos de nuevo por delitos relacionados con la seguridad. Los saudíes escepticos argumentan que unas cuantas decapitaciones públicas de este tipo de gente lograrían los mismos resultados. Lo que este programa sí muestra, sin embargo, es que Al Qaeda es ideológicamente vulnerable y no una maquinaria que avanza imparable a toda velocidad hacia sus malvados objetivos. Su impulso puede ser frenado. Los arreglos del estilo de Guantánamo, donde todos los reclusos están agrupados bajo la etiqueta conjunta de «malhechores», impiden resultados similares. Los esfuerzos, por parte de sus abogados, para concentrar al creciente número de prisioneros yihadistas en una única ala de las prisiones deberían ser contenidos, cuando menos porque vendrán seguidos de acusaciones de maltrato por parte de Mudassar Arani, Gareth Peirce, Clive Stafford Smith y demás de su calaña en el plazo de diez minutos[316].

Aunque la actividad policial y militar es obviamente vital, hay en juego cuestiones culturales más generales en lo que muchos afirman que es una Guerra Fría moderna. Durante la Guerra Fría, Occidente hizo todo lo posible por dar publicidad a la superioridad de sus libertades sobre el totalitarismo marxista-leninista, y esto incluía el apoyo encubierto de la CIA al trabajo de Jackson Pollock. El abogado australiano Peter Coleman escribió un magnífico libro sobre estas operaciones. No mucha de esta palabrería parece traducirse en sugerencias políticas concretas sobre cómo podría en realidad emprenderse una guerra cultural. ¿Estaría ésta fundamentalmente diseñada para subvertir la ideología de los yihadstas, o para consolidar la propia moral de Occidente? El viejo modelo adanticista no parece particularmente relevante si las víctimas de terrorismo están también en Bali o Kenia mientras los conservadores estadounidenses acumulan su desprecio sobre los «europeúchos». Revivir esta táctica supone problemas adicionales dado que vivimos en una época menos seria, una época que ha marginado progresivamente el trabajo intelectual de altura. Durante el periodo en el que ha transcurrido mi vida, los académicos

estudiaban temas como la historia comparada de los parlamentos o la economía de guerra; ahora es más probable que sean expertos en arte corporal gay y lésbico, asesinos en serie o persecución de brujas, rivalizando con la televisión en su búsqueda populista de lo morboso o lo trivial. Un vistazo a cualquier catálogo de libros académicos —esto es, aquellos escritos en una jerga incomprensible y con páginas de notas para probar su solemnidad— muestra lo poco serios que los académicos han pasado a ser como grupo. ¿Cómo pueden defender los políticos los valores occidentales si para ellos se trata de demostrar que les son familiares los Arctic Monkeys, mientras que se muestran casi avergonzados por ir a la ópera? Todas las sociedades deberían hacer más para educar a sus ciudadanos en la historia de los individuos e instituciones que convierten en un relativo privilegio vivir en ellas. Esto debería incluir una exposición de la separación histórica entre la Iglesia y el Estado en Occidente, donde la religión está confinada a las cuestiones de moralidad pública y privada, y de las ventajas que conllevan las permutaciones locales de esa disposición general. Esto nunca ha impedido que los religiosos saquen partido a sus ventajas al tratar con los deprimidos, los ancianos, los suicidas, etcétera[317].

En última instancia la batalla contra el yihadismo sólo podrán ganarla los propios musulmanes, aunque con nuestro discreto aliento e implicación, porque el envío de enormes ejércitos armados es manifiestamente insatisfactorio, ya sea porque crea más yihadistas o porque expone las divisiones internas y la indisposición a sufrir gran cantidad de bajas de Occidente en lo que todavía es, por el momento, la era de la guerra prerrobotizada. Es oportuno recordar que fueron asesinados más soldados británicos en Irlanda en un único año de los que han perecido hasta el momento en toda la campaña de Afganistán. Puesto que el sufrimiento de la amplia *umma* virtual —que no es el sufrimiento de África o el Tíbet— parece estar en el núcleo de los problemas contemporáneos con el yihadismo, cualquier cosa que contribuya a lograr un sentido de

nación o Estado puede revertir esta tendencia, como lo hará todo lo que dé ánimo al considerable número de personas razonables en los países musulmanes que son históricamente adversas a ser gobernadas por todopoderosos clérigos y las turbas de sus seguidores. Aquí Occidente podría tomarse mucho mayor interés en la alta cultura de estas sociedades, dado que muy a menudo los novelistas y similares están en primera línea, agradeciendo no haber sido asesinados. En uno o dos lugares, cantantes pop de éxito han propagado valientemente los sentimientos antiyihadistas. Ellos hablan para grandes grupos de población a los que necesitamos de nuestro lado, y ante los que permanecemos indiferentes bajo nuestro propio riesgo.

Todo lo cual viene a decir que el mundo musulmán y el no musulmán necesitan ejercer más la curiosidad el uno por el otro. Deberíamos evitar el enfoque colonial junto al multicultural de ver a grupos de individuos enormemente heterogéneos a través del falso prisma de supuestos líderes de la comunidad, que invariablemente hablan en nombre de una camarilla con unos objetivos predeterminados. Eso se aplica tanto al gobierno como a los medios de comunicación. Una razón de que tengamos el problema del yihadismo es el hecho de que no se trate con el suficiente escepticismo a varias instituciones y profesiones occidentales. Su enorme parcialidad política es simplemente aceptada como si formara parte de la naturaleza de las cosas, como si la homogeneidad de opiniones no hubiera sido deliberadamente producida por décadas de clientelismo y de reclutamiento de personas con una mentalidad liberal afín, algo reconocido con arrepentimiento por la BBC.

A las universidades se les permite usar argumentos sobre la libertad de expresión para defender a siniestras organizaciones islamistas que son activas en los campus, en vez de ser cuestionadas por su codicia a la hora de recaudar altas tasas de matriculación a los estudiantes extranjeros. A universidades que ya están muy politizadas se les permite recibir una dudosa financiación

extranjera por programas de estudios regionales o de estudios islámicos que muestran un sesgo en contra de los intereses occidentales, en una época en la que por sistema se rechaza la financiación pública de fuentes occidentales si mana del ejército.

Dado que el terrorismo islamista es un apéndice desviado de una religión, se necesita prestar mucha atención a los términos bajo los que se permite funcionar a esa religión en las sociedades no musulmanas. Para empezar, deberían estar directamente relacionados con cómo las sociedades musulmanas tratan a los adeptos de otras fes, o a la gente que no practica ninguna. El gobierno británico debería prohibir rotundamente los actuales planes para construir una gran mezquita en el este de Londres, hasta el momento en el que se permita a las Iglesias operar en todos los países musulmanes sin miedo a ser perseguidas. El proselitismo debería estar también basado en un similar *quid pro quo* absoluto. Permitir que el wahabismo crezca en nuestras sociedades a causa únicamente de los lucrativos contratos de aviación es un ultraje. Dado el peligro potencial que constituyen, los clérigos musulmanes requieren una atenta supervisión y formación. Las autoridades holandesas han introducido un programa de certificación de imames, con base en universidades como la de Leiden, cuyo objetivo es crear un clero responsable que se dé cuenta de que la integración no supone una barrera a la práctica de su religión[318]. Los franceses han mostrado cómo una estrecha vigilancia sobre lo que se predica en las mezquitas puede disminuir drásticamente las probabilidades de sufrir atentados. Los franceses, por supuesto, son tan firmantes de la Convención Europea de los Derechos Humanos como cualquier otro miembro de la UE. El servicio francés de seguridad interna, Renseignements Généraux o RG, ha tenido una sección llamada Entorno Fundamentalista Violento que no sólo vigila las mezquitas, sino que consigue físicamente copias de las oraciones de cada viernes, que son cotejadas y analizadas. Usando indicadores como el que se fomente la yihad, el RG pide a la policía criminal que convoque al imam en cuestión, quien (siempre que no

tenga nacionalidad francesa) puede ser amenazado con la expulsión bajo leyes que se aprobaron en la década de los noventa. El ayuntamiento local advertirá también al imam de que se detendrá toda la financiación local para la mezquita. En 2005, once de los treinta imames que recibieron estas advertencias fueron expulsados, mientras que el resto hizo caso a esta sanción definitiva. Podría ser de ayuda, también, si las mezquitas y los imames dejaran de ser los principales modelos a imitar para los musulmanes, y se fomentaran alternativas extraídas del mundo de los negocios, las organizaciones benéficas, las artes y el deporte[319].

En el mundo en general, se debería hacer a los gobiernos musulmanes responsables por lo que dicen los clérigos que están en nómina del Estado, ya que es obvio que éstos pueden controlarlos cuando conviene a sus intereses nacionales, y pueden encenderlos y apagarlos como una válvula a presión. Los contratos comerciales y las ayudas deberían hacerse dependientes de la cooperación incondicional con los intereses de seguridad de Occidente. Los fondos de pensiones occidentales públicos y privados tienen un enorme poder para disuadir de determinadas acciones a empresas que usan nuestro dinero sin reparar en su más amplio efecto político o estratégico. La inversión ética no está limitada a las compañías aéreas, el tabaco o los talleres de esclavos, como mostró el interventor del fondo de pensiones de Nueva York cuando persuadió a varias gigantescas empresas, de Conoco a Halliburton, para retirar sus inversiones de Irán[320]. La defensa occidental de una democratización debería seguir, más que preceder, al apoyo de una sociedad civil secular lo suficientemente desarrollada como para desafiar a los islamistas que a menudo han usurpado esa función en las dictaduras de partido único. Si la democracia meramente conduce a la elección de partidos que creen en «un hombre, un voto, una vez», entonces quizá no merece la pena promoverla en absoluto. Eso significa también invertir en alternativas liberales y seculares a las infraestructuras que han establecido los islamistas —especialmente las madrazas, pero

también clínicas y hospitales— comenzando por la educación primaria, donde los personajes de dibujos animados ya no harán explotar judíos, y siguiendo con las traducciones al árabe para los estudiantes universitarios de los textos clásicos de la libertad occidental, de Burke a Orwell y Solzhenitsyn. Necesitamos una cultura *samizdatal* revés. La creación de un Premio Booker árabe resulta alentadora. Eso podría recordar a los musulmanes que Occidente consiste en algo más que la MTV o las «líneas de amigos» con las que uno puede llamar a la mimosa Pauline. El impulso de las campañas de educación debería ser dirigido especialmente hacia los niños más pequeños, porque ellos todavía no están radicalizados, a pesar de los mejores esfuerzos de Hamás y similares por conseguirlo poniendo a Mickey Mouse a matar judíos[321].

A una escala mucho mayor, se debería animar a los estados musulmanes no árabes a cuestionar el dominio imperialista —dentro de la fe— del idioma y las autoridades árabes, mientras que se debería obligar a los propios estados árabes a repartir la riqueza del petróleo y el gas de manera más justa en el seno de sus sociedades, de manera que los hombres jóvenes tengan carreras profesionales gratificantes que no pasen por convertirse en yihadistas a tiempo completo. Occidente tiene un interés directo en la creación de una clase media acomodada y ambiciosa con una actitud cosmopolita. Incluso en una sociedad predominantemente musulmana como Indonesia, donde unos veinte distritos y municipios locales están actualmente tratando de imponer la *sharia*, hay abundancia de gente para protestar contra esto. A las mujeres no les gusta que les dicten el largo de sus faldas, y a las parejas jóvenes no les gusta ser detenidas por besarse en un banco del parque o ir a bailar bajo leyes supuestamente antipornográficas. En la ciudad industrial de Tangerang, al oeste de Yakarta, las autoridades prohibieron que las mujeres salieran después de las siete de la tarde sin ir acompañadas de un hombre, a pesar de que hay numerosas fábricas textiles y de calzado de propiedad coreana

que dependen de los turnos nocturnos que realizan las mujeres. Una madre local con dos hijos fue declarada culpable de prostitución porque la policía le encontró pintalabios en el bolso. El gobernador de Bali ha amenazado con escindirse si estas leyes se aplican a los complejos turísticos occidentales, de tan catastrófico que es el efecto previsto para la economía de la isla[322].

Occidente debería además promover las formas moderadas de la ortodoxia musulmana, que subrayan lo místico y lo personal, así como lo «ultraterrenal», tanto en el ámbito real como en el electrónico y virtual. Debería también comprender que el fundamentalismo musulmán no es inherentemente más amenazante que su equivalente cristiano, judío o secular. Los sacerdotes y rabinos occidentales deberían entender que cualquier tipo de diálogo ecuménico debe incluir la denuncia clara e inequívoca del terrorismo por todos los interesados como una condición previa para la participación. Resultó desalentador enterarse en agosto de 2007 del consejo ofrecido por Tiny Muskens, obispo de Breda, de que los católicos holandeses deberían llamar a Dios «Alá», en aras de relajar las tensiones entre musulmanes y cristianos. El abandono de la actitud de apaciguamiento y ambigüedad del clero podría también reconectar a los sacerdotes con lo que piensan la mayoría de sus parroquianos cristianos (el 92 por ciento de las más de cuatro mil personas encuestadas rechazaron la patética propuesta del obispo Muskens). Dado que los yihadistas explotan tan a fondo las posibilidades de Internet, y dado que aparentemente nosotros no podemos emular a China o Singapur a la hora de controlarla, se necesita hacer esfuerzos para obstaculizar determinadas páginas o para sembrar la desinformación, sobre la fabricación de bombas, por ejemplo. Puesto que la mayoría de los servidores tienen su base en Estados Unidos, éste debería emplear un nuevo servicio gratuito de traducción electrónica de manera que pueda comprender qué es lo que se está canalizando hasta Internet, la condición previa para que los servidores puedan rechazar atender a estas páginas.

Sobre todo, quizá, todos aquellos que se oponen al terrorismo deberían hacer hincapié en el caos y la criminalidad que acompañan a la actividad yihadista salafista y que caracterizaría su gobierno, juzgando por el único ejemplo conocido, bajo los talibanes. El supremacismo islamista es tan poco atractivo como cualquier otro, y descansa igualmente en la coerción y la intimidación. El caos y el derramamiento de sangre que presenciamos cada día en Irak son el elemento en que opera esta gente. Las evaluaciones más fiables de la futura estrategia de Al Qaeda sugieren que quiere provocar una guerra total entre suníes y chiíes, que será un desastroso cataclismo para Oriente Próximo. Los yihadistas salafistas no tienen ninguna visión positiva, sólo el deseo de infligir el caos y el derramamiento de sangre por todas partes. Si esto es entendido con claridad por suficiente gente, especialmente en el mundo musulmán, conseguiremos que una larga guerra resulte bastante más corta. Echando la vista atrás en la historia del terrorismo, podemos ver un sinnúmero de causas ideológicas que una vez alimentaron violentas pasiones pero que hoy han caído en el olvido. Estas cosas llevan tiempo. La Guerra Fría duró de 1947 a 1989. En ese calendario, estamos en el equivalente a 1953 en la lucha contra los yihadistas salafistas[323].

CODA, 2008

HISTORIA Y POLÍTICA

Algunos historiadores defienden que sus colegas y los integrantes de su profesión deberían pasarse a la política del mismo modo que los abogados, economistas o expertos en materia de alimentos y de fármacos. A mí me parece una idea cuando menos dudosa, porque los historiadores no son más propensos al «pensamiento en grupo» que cualquier otra persona que en la vida real haya de tomar decisiones sobre la marcha formando parte de un equipo. Esto no implica que los historiadores no tengan un papel propio a la hora de sugerir qué es lo que la historia aconseja o desaconseja, puesto que su especialidad puede ser algo más que una mera rama subsidiaria de la industria del entretenimiento, junto con la cocina, la jardinería o los programas de remodelación de una vivienda.

La historia aflora de manera muy espasmódica en los conflictos del momento presente; empleamos reflexivamente el pasado para tratar de entender lo que acontece en el presente. Los militares, por ejemplo, han registrado a fondo la historia de la Emergencia de Malasia, en los años de 1948 a 1957 —caso clásico de insistencia en el deber—, en busca de ejemplos que indicasen cómo combatir

la insurgencia en el Irak contemporáneo. Se há llegado a recomendar el uso del propio término «Emergencia» como alternativa a la «guerra antiterrorista», en parte porque da a entender que se trata de una suspensión sólo temporal de las normas legales en el pertinente teatro de operaciones, en vez de ser una reescritura completa de las normas legales, como la que se ha llevado a cabo por medio de instrumentos tales como la Ley Patriótica en Estados Unidos. El ejército británico también aprendió a referirse al «Ejército de Liberación de Razas de Malasia» tachándolo de «Organización Comunista Terrorista». Estas cuestiones de detalle semántico han llegado a tener importancia notable en época reciente[324].

Después del 11-S, Estados Unidos declaró la «guerra antiterrorista». Algunos entendieron que se trataba de un término tan sin sentido desde el punto de vista de la pura descripción como lo habría sido una guerra contra la Blitzkrieg, y tan fútil como una guerra contra las drogas, o bien porque el término «guerra» elevaba a los enemigos, meros delincuentes, a una categoría excesiva. La mayoría de los aliados europeos de Estados Unidos prefieren contemplar la lucha contra el terrorismo como un problema de aplicación legal, planteamiento que en algunos países ha desembocado en el hecho de que abogados y jueces frustren el impacto de los trabajos que realizan los servicios de inteligencia y la policía. Entre las alternativas al concepto de «guerra antiterrorista» se halla «la larga guerra», término que empleaban los miembros del IRA provisional para describir los treinta años de violencia en Irlanda del Norte; asimismo, se ha propuesto «la primera guerra terrorista global», o, de manera más verosímil, la idea de David Kilcullen, estratega australiano, que habla de una guerra «contra la insurgencia yihadista global». Ninguna de estas alternativas posee la precisión descriptiva que tiene, por ejemplo, la Guerra Fría, concepto que asimismo sale a colación con cierta frecuencia en las conversaciones sobre cómo ganarse «el corazón y la mentalidad» de los musulmanes y/o sobre la representación que Occidente tiene

de sí mismo. Cómo llamar al enemigo es también tarea que parece sujeta a revisiones que algunos consideran orwellianas. Buen ejemplo del modo de pensar del gobierno británico es el que se puso de relieve cuando encareció a sus burócratas que hablasen de «medidas contrarias al extremismo islámico», no sólo rehuyendo la palabra crucial, la que empieza por «t», sino también el origen mismo del problema. Otras recomendaciones semánticas similares, o «palabras que funcionan y palabras que no», son las que se difundieron por iniciativa del Centro Nacional Antiterrorista de Estados Unidos en marzo de 2008. Se prefiere hablar de «extremismo», al tiempo que se ha proscrito bruscamente el concepto «yihadismo». Algunos agentes de policía ya jubilados, pero provistos de buena memoria, recuerdan que del mismo modo en los años setenta la administración de Cárter indicó a los inspectores del Servicio de Inmigración y Naturalización que se refiriesen a los extranjeros en situación ilegal como «trabajadores indocumentados», y también que evitasen presentarse ellos como «inspectores contra el crimen»[325].

Aunque este conflicto que los funcionarios estadounidenses consideran llamado a ser una lucha intergeneracional prácticamente apenas ha comenzado, ya se han entablado algunos debates acerca de lo que pueda constituir la victoria en el mismo. La prematura declaración del presidente George W. Bush, en el sentido de que las principales operaciones de combate se llevarían a cabo desde el puente de mando y la pista de aterrizaje de un portaaviones, ni de lejos pudo haber tenido en cuenta la asimétrica guerra de desgaste que apenas había comenzado entonces en Irak, una insurgencia que en parte fue reflejo del modo integral en que se descartaron la policía y el ejército iraquíes, que después fue preciso reconstruir desde cero. Desde entonces, las expectativas se han ido rebajando de manera muy considerable, aunque los defensores de la guerra en Irak también han definido la naturaleza de la victoria[326]. Haciéndose eco por pura inadvertencia de las palabras sensibleras en que se prodigó en los años setenta el secretario de

Estado para Irlanda del Norte, el conservador Reginald, al hablar de «niveles aceptables de violencia», en 2004 Kilcullen observó que «las distintas sociedades muestran niveles distintos, niveles normales y crónicos, de violencia armada. La victoria no exige que reduzcamos la violencia a cero, ni que establezcamos la paz y la prosperidad en términos absolutos. Tan sólo requiere que devolvamos el sistema a lo que es normal en esa sociedad, en esa región, en ese periodo de la historia, de forma que la sociedad pueda restablecer los patrones de interacción normales y anteriores a la insurgencia». Es posible que esa visión realista sea todo aquello a lo que podemos aspirar, puesto que otras estrategias más ambiciosas parecen haber fracasado, y en cualquier caso son contrarias a las poderosas tradiciones fundacionales de la política exterior estadounidense, a un pensamiento que desdeña la búsqueda de monstruos con los cuales sea preciso acabar[327].

La historia también sufre la presión de entrar en servicio para dar al enemigo un rostro conocido. Esto es algo que se ha producido en varias ocasiones a lo largo de mi vida, con Nasser, Galtieri, Sadam o Mugabe, a los que se ha descrito como un nuevo Hitler que bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia se debe «apaciguar». Los comentaristas y los políticos han aportado a menudo los cascos de acero que metafóricamente representaban los turbantes y las keffiyahs a cuadros. Hemos oído hablar bastante del «islamofascismo», sobre todo entre la izquierda liberal, pero también se ha oído hablar de «islamobolchevismo», según se haga hincapié en los aspectos antisemíticos, homófobos o vanguardistas del yihadismo[328]. Ambos términos suponen el riesgo de encajonar nuestro pensamiento en el pasado, aun cuando sólo sea porque presuponen una ofensa innecesaria para mil seiscientos millones de musulmanes, de los que se insinúa que son los nazis de nuestro tiempo. De ahí que el Centro Nacional Antiterrorista también haya recomendado que no se use «islamofascismo» de ninguna manera. Si este camino no condujese a ninguna parte, los funcionarios de mayor rango entienden que podrán sacar algún partido de la

industria publicitaria. Michael Doran, experto en Oriente Próximo y responsable de la estrategia antiterrorista del Pentágono, tiene mayor interés acerca de lo que pueda decir la industria publicitaria sobre el éxito y el fracaso de las marcas globales en su intento por deslegitimar a Al Qaeda dentro del mundo islámico, que acerca de la posibilidad de buscar precedentes europeos en el pasado, que no sirvan prácticamente de nada en tales círculos. Doran pretende que Al Qaeda recorra el camino del fallido Ford modelo Edsel —un coche sencillamente ridículo, con alerones alargados, que supuso un récord de pérdidas de proporciones épicas—, y no el camino de Audi, BMW, Coca-Cola o Nike. El objetivo consiste en desacreditar a Al Qaeda y a las organizaciones afines haciendo hincapié en que «no crean nada, tan sólo destruyen». Son lo que un teniente general británico, Graeme Lamb, ha descrito de un modo categórico llamándolos «arquitectos del caos»[329]. Irónicamente, tal como pone de manifiesto Steve Coll, fue sobre todo el clan de los Bin Laden el responsable de la vulgar modernización arquitectónica de Arabia Saudí, con sus muchos bloques de viviendas y sus centros comerciales en los alrededores de La Meca, además de construir las enormes bases avanzadas que fueron necesarias en la Operación Tormenta del Desierto, que Osama Bin Laden deplora, aun cuando financieramente sacara un buen rendimiento gracias a su participación accionarial en los beneficios corporativos del momento[330].

Muchos europeos creen que por haber tenido ciertas experiencias con el IRA provisional o con ETA «saben» bastante del terrorismo. Este engaño es particularmente evidente en Gran Bretaña, donde Des Browne, ministro de Defensa, ha llegado a sugerir que entablemos conversaciones con los talibanes y también con Hamás y Hezbolá, con los que no «estamos» en guerra. Descartó en cambio toda posible conversación con Al Qaeda. Esa misma contención no fue tan evidente cuando el anterior jefe del estado mayor de Tony Blair, Jonathan Powell, dijo recientemente, durante la promoción de un libro sobre el proceso de paz en Irlanda

del Norte, que «deberíamos» negociar con Al Qaeda; para decirlo, se amparó en sus negociaciones tanto encubiertas como abiertas con Martín McGuinness y Gerry Adams, a los que permitió jugar al monopatín con sus propios hijos durante un receso en las negociaciones. Al parecer, esa misma indulgencia habría que mostrar ante un Osama Bin Laden «arrepentido»; no es difícil imaginar qué interpretan los lectores norteamericanos de una sugerencia como ésa. Al margen del desmedido orgullo posimperialista que ronda tras estos intentos de exportar estudios de resolución de conflictos basados en la muy idiosincrásica experiencia de Irlanda del Norte, uno recuerda algo que contó al autor de estas líneas un oficial del Mosad que había tenido abundantes encuentros con un oficial de la Rama Especial para Irlanda y que tenía el perfil de un inmenso jugador de rugby, con las orejas enormes y la nariz aplastada. Al tipo del Mosad le dijo este individuo que la policía de Irlanda sabía de sobra qué era el terrorismo. Señaló que la primera preocupación de cualquier terrorista del IRA que estuviera planeando una operación consistía en idear un plan de fuga, cuestión sin importancia para los yihadistas que buscan el martirio y el acceso al paraíso. Tras una detenida reflexión sobre las tácticas suicidas, el detective irlandés le dio la razón al otro: «s******, ¿sabes qué te digo? Nosotros nos quedamos con el IRA y os dejamos a vosotros a Hamás y Hezbolá»[331].

El hecho de que ésta sea también una guerra de ideas en litigio significa que a menudo se haga alusión a la Guerra Fría. Se dice que a Gordon Brown, el primer ministro británico, le impresionó una historia que a propósito del Congreso por la Libertad Cultural relata Francés Stonor Saunders, una periodista de izquierdas cuyo libro plantea una polémica contra la politización de la «cultura» que han llevado a cabo varias organizaciones sin ánimo de lucro que gozan de financiación encubierta gracias a la CIA[332]. Es posible que su libro haya influido en la parte «preventiva» de la estrategia antiterrorista británica, el programa CONTEST, que es una floja

copia de las estrategias estratificadas y polivalentes que Estados Unidos ha desplegado con el afán de combatir el terrorismo global. Con ello se pretende instrumentalizar los estudios islámicos en la educación superior por medio de la ayuda de un millón de libras, fondos hipotecados para que sirvan como medio para lograr la desradicalización de los jóvenes musulmanes británicos, muchos de los cuales, como Ed Husain, autor de *The Islamist*, fueron adoctrinados en los institutos de enseñanza media y preuniversitarios por medio de la presencia de Hizb ut-Tahrir[333]. Esto también comporta una risueña despreocupación por las intenciones que operan tras los más de doscientos millones de libras esterlinas donados a las universidades británicas por parte de los árabes de Oriente Próximo. Téngase en cuenta que el medio académico en Gran Bretaña ha rechazado de manera ostentosa toda posibilidad de reconocer que ha contraído responsabilidades públicas a la hora de notificar a las autoridades los brotes de extremismo islamista que puedan darse entre los estudiantes, ya que existe un submundo islamista en las salas de oraciones, en las sociedades islamistas, tolerado de forma pasiva por las autoridades docentes. Los profesores británicos aceptan el dinero saudí —ocho millones de libras donados recientemente a Cambridge— mientras sus asociaciones sindicales aspiran a excluir toda posibilidad de reclutamiento militar y también de boicotear a Israel, estado que consideran pracdcante de un *apartheid* calcado al de Suráfrica. El muy notable St Antony's College de Oxford ha contratado al sinuoso Tariq Ramadan, a pesar de haber sido expulsado de Francia y de Estados Unidos, donde se le considera una influencia indeseable[334].

Durante la Guerra Fría, la CIA se sirvió de las giras de la Orquesta Sinfónica de Boston y, en materia cultural, financió tanto el expresionismo abstracto como la música serial en tanto alternativas de cierto peso frente al realismo socialista. Es discutible que Occidente necesite una iniciativa como ésa en estos tiempos, aunque sea una idea que a menudo se oye comentar, en especial

entre quienes se dedican a la «diplomacia pública», que rutinariamente nos recuerdan que Estados Unidos invierte tres décimas del 1 por ciento en estas actividades. ¿Necesita realmente Estados Unidos sacar brillo a la «América Corporativa» cuando las clases emprendedoras del mundo entero hacen cola para ingresar, o cuando el funcionamiento de la democracia es manifiesto, como salta a la vista en las recientes elecciones presidenciales, a pesar de Abu Ghraib o de Guantánamo? ¿En qué otro país se elige democráticamente a los fiscales de distrito, a los jueces, a los *sheriffs*?¿En dónde se separan con tanta sutileza la Iglesia y el Estado, sin perjuicio de los derechos de los religiosos, y en dónde se diferencia con tal claridad entre pecado y delito, fracasar en lo cual constituye uno de los mayores defectos conceptuales del mundo musulmán? A buen seguro, si los problemas se dan sobre todo en el mundo musulmán, Occidente debería dar su respaldo a los brotes de pluralismo ya existentes por medio de instituciones como el Premio Broker para escritores árabes, y por medio de otras manifestaciones de una cultura liberal, ya sea artística, periodística o visual. Son muchos los musulmanes del mundo entero que no tienen el menor deseo de vivir en una teocracia, tal como tampoco lo deseamos nosotros, por ser demasiado conscientes de la ignorancia y la megalomanía que son propias de los clérigos. Varios regímenes desagradables, basados en la corrupción y la violencia, se han servido de la «guerra contra el terror» para suprimir ciertas voces que no tienen nada que ver con el islamismo radical. Con la detención en masa de abogados y jueces, Pervez Musharraf, presidente de Pakistán, dio un ejemplo sobrecogedor de esta clase de proceso, cuyos esfuerzos automáticamente restaron fuerzas a la caza de islamistas asesinos que a la postre acabaron en efecto con la vida de la candidata a primer ministro, Benazir Bhutto, afínales de diciembre de 2007. Este problema es asimismo evidente en Oriente Próximo y en el norte de África. En Argel, en la víspera de las elecciones que iba a ganar el Frente de Salvación Islámica, se manifestaron trescientas mil personas bajo este lema: «Ni Estado

policial, ni Estado islámico: un Estado democrático». Existen masas de votantes muy similares entre la burguesía cosmopolita, intelectual o mercantil en El Cairo; la tarea de Occidente debería consistir en ayudar discretamente a que se organicen tal vez en líneas similares a las que tiene el papel de la Casa de la Libertad dentro de las llamadas revoluciones de los «colores» en Georgia y Ucrania, puesto que todas ellas han de ser una de las piezas esenciales en la construcción de un mayor pluralismo tanto en Oriente Próximo como en el norte de África. A fin de cuentas, la «democracia» no es algo inherentemente extraño a esa región, al margen de las diferencias que una serie de sociedades basadas en diversos clanes y tribus puedan tener sobre sus elaboraciones en un ámbito puramente local. Desde 1961 Kuwait tiene un parlamento en el que incluso existen comisiones que «acribillan» a preguntas a los ministros. Desde 2006, las mujeres tienen derecho al voto y pueden presentar sus candidaturas. El hecho de que algunos kuwaitíes se sientan atraídos por la descarada modernización que persiguen los modelos autocráticos y soberanos alternativos de los vecinos estados de Bahréin, Abu Dabi o Qatar sólo da a entender que, en este sentido, tampoco son tan distintos de los rusos.

En vez de empeñarse en vender un estilo de vida cuyos atractivos son evidentes en las colas de personas que aspiran a obtener visados, Occidente también debería limitarse sencillamente a representar la esperanza por medio de la traída de agua corriente y la construcción de escuelas en sitios en los que existe una grave carencia de ambas, o bien con la provisión de ayuda en los grandes casos de desastre natural, como los terremotos que han asolado Irán o Pakistán, o bien el tsunami que azotó las costas de Asia[335]. También debería dar respaldo a las voces de la autoridad islámica no circunscritas al mundo árabe, por ejemplo en Turquía o Indonesia. El ministro de Asuntos Religiosos de Turquía, dentro de un gobierno islámico, recientemente quiso realizar una adaptación del Hadith a la vida propia del siglo XXi. Cuando le comenté esta iniciativa a Paul Wolfowitz, descubrí que no tenía conocimiento de

ello. Occidente también debería defender con firmeza los derechos de la mujer, denunciando abominaciones tales como los asesinatos «de honor», las prohibiciones de impartir educación elemental a las niñas o los divorcios basados en consideraciones de género y las leyes hereditarias.

No tiene ningún sentido que los conservadores de mayor edad se muestren nostálgicos de la Guerra Fría o de un Occidente que en determinados aspectos sin duda de gran importancia ya no existe en el caso de los jóvenes que oyen músicas del mundo o bien pasan sus años previos a los estudios universitarios en África o en América del Sur. Incluso un «vejestorio» como es el autor de estas líneas tiene algunos CD de música *raï*, de la cantante egipcia Um Kaltoum o de sonidos aún más arcaicos, procedentes de Mali, que mezcla con Rach y Beethoven. El mundo entero queda ya a un solo clic de ratón. Durante la Guerra Fría, aquellas empresas como el Congreso por la Libertad Cultural afrontaron la propaganda de estado en el bloque de los países del Este, muy al estilo de Al Manar, As Sahab o Al Yazira, además de las seis mil páginas web que rebotan de un lado a otro, sobre todo gracias a los propios servidores de red de Occidente. Además de las páginas web de contenido yihadista, hay chats y redes sociales, que son tal vez los auténticos lugares donde se produce la autorradicalización entre los jóvenes musulmanes, aunque la tecnología cambia a tal velocidad y tan ágilmente que es difícil que alguien de mi edad pueda precisarlo[336]. Teniendo en cuenta la confusión reinante en nuestras propias culturas, la menor de las cuales no es la saturación institucionalizada de los dogmas del multiculturalismo, y el muy extendido rechazo posmoderno de la autoridad, de la verdad y del significado, ¿es posible saber con una mínima exactitud cómo proyectan los racionalistas una sola visión de los valores de la sociedad occidental? ¿Necesitan los estados de una religión cívica? ¿Qué sabemos del número cada vez mayor de personas que habitan en un mundo virtual y externo a nosotros, como en los expedientes X de la televisión, en los que todo resulta una conspiración oculta y en donde una investigación que ha durado

tres meses no ha servido para despejar de manera concluyente la creencia de que el MI6 estuviera implicado en el asesinato de la princesa Diana de Gales, al menos la última vez que uno hizo el chequeo correspondiente por Internet? ¿Cómo contrarrestan los seres racionales la fascinación por lo irracional que hoy todo lo impregna, o bien el hechizo de mitos tan potentes como el de la conspiración de «los cruzados sionistas» en contra de la utnma global? Delimitar la verdad histórica del caso es algo a todas luces insuficiente, tal como lo es en el caso de los que niegan categóricamente la realidad del Holocausto, una categoría que, por cierto, a menudo se superpone con tales círculos[337].

Uno de los enfoques que empieza a ganar terreno en el ámbito internacional consiste en que los clérigos musulmanes de la máxima jerarquía condenen sin equívocos el terrorismo inspirado en Al Qaeda. Shaij Salman bin Fahd, clérigo saudí, recientemente publicó una carta abierta a Osama Bin Laden en la que decía: «¿Cuánta sangre se ha derramado? ¿Cuántos inocentes, sean niños, sean ancianos o mujeres, han tenido que ser asesinados, dispersados o evacuados en nombre de Al Qaeda?». Una condena en términos similares es la que ha manifestado el gran muftí de la mezquita Al Azhar, en El Cairo. Así como los planes de índole carcelaria que se han llevado a cabo en Egipto, Indonesia o Arabia Saudí han servido para anotarse algunos éxitos aislados en la reorientación de las personas encarceladas por actividades extremistas de nivel escaso (opción que no existe en cambio en Occidente), Gran Bretaña ha asistido a la creación de la Fundación Quilliam. Encabezada por Maajid Nawaz, un islamista británico que cumplió condena de cinco años de cárcel en Egipto, en donde tuvo ocasión de conocer los errores implícitos en sus planteamientos, la Fundación aspira a poner a los jóvenes musulmanes frente a los peligros del extremismo. La Fundación recomienda sin ambages de ninguna clase que se corten todos los lazos con las vías de financiación religiosa procedentes de los saudíes. Insiste en que las comunidades musulmanas deberían cooperar con los servicios de

inteligencia y con la policía en el intento por arrancar de raíz todo extremismo, haciendo caso omiso de las afirmaciones de que los extremistas puedan ser «espías» y sin prestar atención tampoco a los esfuerzos de ciertos abogados islamistas que defienden los derechos humanos, y que representan los intereses de muchos sospechosos de terrorismo, empeñados en frustrar activamente esa cooperación mediante los consejos prácticos y las llamadas a la «resistencia» que proponen en sus páginas web. La Fundación afirma que «la política exterior del gobierno británico no puede ser tenida por rehén de ninguna otra comunidad», y en un acto revolucionario de conciencia propia propone que los musulmanes «concentren su atención en la corrupción que existe en las mezquitas, en la desigualdad de género en el ámbito de la propia comunidad, en la violencia doméstica, en los matrimonios forzados, el incesto, la drogadicción, el aborto y los bajos niveles de éxito educativo»[338].

Naturalmente, los islamistas no habitan en un vacío social, aunque sería disculpable que alguien llegara a pensarlo si se tiene en cuenta su insistente solipsismo. No es menos importante cómo reaccione ante ellos el resto de la sociedad, si bien se han llevado a cabo esfuerzos muy considerables para ocultar esta cuestión a unos medios de comunicación pública obsesionados por la islamofobia. No hay una sola sección significativa de la opinión occidental de élite que se muestre comprensiva con los yihadistas, mientras que muchas lo fueron al marxismo-leninismo en los años treinta, pero a través de toda Europa hay liberales de izquierda (y algunos derechistas proárabes, del llamado «Cuerpo de Camellos») cuyo odio hacia Estados Unidos (e Israel) se halla tan patológicamente encarnado que han llegado a hacer apología por los elementos más reaccionarios del islam. Pensemos en una profesora de letras clásicas en Cambridge, de presencia ubicua en *The Times Literary Supplement* (TLS), Mary Beard, quien poco después del 11-S escribió en la *London Review of Books* (LRB), revista que goza de una importante subvención pública, que «Estados Unidos se lo

había ganado a pulso», expresión que los norteamericanos también han tenido que oír de labios del pastor trinitario-unitario Jeremiah Wright. Pensemos también en el aviso que se ha dado a los activistas en defensa de los derechos humanos, en especial a los abogados resueltos a creer en la veracidad de todos los delitos que se atribuyan a los gobiernos de Estados Unidos o de Gran Bretaña, sin que nadie se atreva a plantear la cuestión de su connivencia e implicación con los terroristas, relaciones de las cuales hay ominosos precedentes en la historia reciente de Europa. Por si fuera poco, los abogados que defienden los derechos humanos ¿no se benefician de minutas excesivamente abultadas a cambio del mero hecho de pregonar la moralidad pública? [339] Los jueces británicos también han desempeñado un papel al decretar que las órdenes de control que pesan sobre los sospechosos de terrorismo a los que han puesto en libertad tras su detención son ilegales, cortesía recientemente otorgada incluso a un ideólogo de Al Qaeda como es Abu Qatada, sobre la base de que si bien Qatada no puede ser torturado en su tierra natal, en Jordania (a raíz del acuerdo entre ambos gobiernos), los testigos empleados contra él sí pueden haber estado sujetos a tortura con el fin de asegurarse sus testimonios. Si los abogados británicos se esmeran tan poco en el caso de Abu Qatada, que es un individuo realmente peligroso, ¿qué esperanza puede haber de que otras luminarias de menos intensidad consideren que Gran Bretaña en el fondo sigue siendo un refugio seguro? El último refinamiento judicial, en abril de 2008, ha consistido en obstaculizar y frustrar todo intento por proceder al bloqueo de las cuentas corrientes de los terroristas, no sea que se vean en la humillación de tener que explicar cuánto gastan por semana, en comestibles, ante el Tesoro británico. Parece ser que si bien ese bloqueo es viable de acuerdo con las instrucciones maestras de la ONU, nunca se ha aprobado de manera formal en el parlamento británico. Según las fuentes de información que manejan los servicios de inteligencia británicos, en 2002 «G», según se abrevia el nombre del individuo en cuestión, se sometió a

adiestramiento yihadista en el campamento de Harakat ul-Mujahidin, en Cachemira, antes de ser devuelto a Gran Bretaña para realizar una campaña de recaudación de fondos. G ha tenido un contacto regular con terroristas vinculados a Al Qaeda en Pakistán, y ha tenido un papel no desdeñable en la radicalización de jóvenes musulmanes británicos. Quienes escriben libros sobre el terrorismo tampoco son inmunes a la influencia de los extranjeros ricos que explotan con éxito las draconianas leyes sobre difamación vigentes en Inglaterra para que se acallen informaciones cruciales sobre la financiación del terrorismo. Este escándalo ha dado por resultado que los congresistas estadounidenses traten de lograr la aprobación de leyes designadas para anular los efectos de esa clase de acciones en Estados Unidos[340]. Ni siquiera las fuerzas armadas o la policía son del todo inmunes a algunas de estas patologías. La Royal Navy, en otro tiempo azote de los piratas, se niega a proceder a la detención de los piratas somalíes sobre la base de que podrían infringir sus derechos si se les entregase a manos de los estados vecinos e incluso si se les llevase a Inglaterra, puesto que podrían defender su derecho al asilo y a los beneficios de la seguridad social debido a la hipotética persecución de que serían víctimas en el primero de los supuestos. La policía también ha puesto toda clase de reparos a la hora de investigar los llamados asesinatos por honor que se han dado en el seno de la comunidad musulmana, o los abusos a que son sometidas las mujeres, debido a nuestra «sensibilidad» cultural. La policía parece haber hecho la vista gorda ante casos en los que los tribunales de la *sharia* se han pronunciado, aun siendo casos que manifiestamente habrían tenido que juzgarse por la vía de lo criminal, como son los graves daños físicos sufridos por alguien que ha tenido el infortunio de ser golpeado en la cabeza con una barra de hierro[341].

Más allá de esta clase de ejemplos de corrección política extrema por parte de la élite, más allá de la comodona irresponsabilidad que denotan, existe una franja de penumbra en la que se mueven personas no tan exclusivas, que han pasado de la

extrema izquierda al apoyo activo de partidos que son estaciones de paso para los islamistas reaccionarios. Aquí, uno piensa de manera especial en el Partido del Respeto que promueve George Galloway, que ha absorbido el antiguo Partido Obrero Socialista. La hermanastra de la señora Cherie Blair, famosa activista propalestina y columnista de derechas en un periódico dominical, Lauren Booth, es una de las lumbreras más destacadas de este partido de ultraizquierda. Ken Livingstone, ex alcalde de Londres e izquierdista, también ha puesto un gran empeño en tender la mano de la amistad a Yusef al Qaradawi, a quien se le prohibe incluso la solicitud de tratamiento médico en Gran Bretaña debido a la indulgencia con que contempla a los terroristas suicidas de la causa palestina y a su odio hacia los homosexuales. Esto formó parte en su día de una estrategia electoralista basada en el multiculturalismo, de acuerdo con la cual los votantes en principio debían emitir sus votos según una «identidad» determinada, después de que se hubiese calculado si eran votantes más musulmanes que, por ejemplo, negros o gays. El espectáculo de la simpatía que ha mostrado la izquierda liberal por los islamistas, a los que muchos consideran fascistas de nuevo cuño, ha terminado por ser demasiado para no pocos izquierdistas británicos destacados y decentes, como es el caso de Anthony Andrew, Nick Cohén y Rod Liddle, que han sido traicionados por sus camaradas de antaño en las páginas del Guardian. Tampoco deberían preocuparse demasiado, ya que muchos de sus críticos más enconados son meros dramaturgos, como David Edgar, o, bajando unos cuantos peldaños, Ronan Bennett, que tiene un pasado digno de nota en Irlanda del Norte. Incluso los laboristas que han apoyado a Ed Husain fueron objeto de insultos, por televisión, por parte de un activista de Hamás con base en Gran Bretaña: en 2004 este caballero dijo a la BBC que le encantaría ser un terrorista suicida, además de afirmar que Husain era «un neoconservador», cosa que sabe gracias a unas cuantas personas que lo saben de buena tinta[342].

Hubo un tiempo pretérito en el que los teólogos como Reinhold Niebuhr o Paul Tillich sabían cómo responder ante el mal. Esa tradición ha tenido continuidad en el papa actual y en otros anteriores. Muchas iglesias protestantes se hallan hoy en día tan inundadas de mesianismo secular y liberal que resulta imposible diferenciarlas de la opinión progresista corriente o de andar por casa[344]. Un ejemplo particularmente deshonroso es el de un arzobispo de Canterbury que, en determinados círculos, goza de la reputación de ser un pensador realmente profundo. Rowan Williams quiso hacer causa común con los clérigos musulmanes (en contra de los laicistas militantes, en ciencia o en filosofía, y en contra del materialismo degradado en general), y llegó a contemplar la posibilidad de sancionar con sus parabienes la existencia de enclaves en los que estuviera vigente una ley de la *sharia* «blanda», concesión que socavaría por completo la Ley Común de Inglaterra, además de abrir las puertas a la posibilidad de que en el futuro se instaurase una ley de la *sharia* «dura». Williams considera que vivimos en «un Estado de mercado», concepto que ha tomado en préstamo de un abogado constitucionalista como es Philip Bobbitt, aun cuando las recientes caveats o restricciones nacionales de la OTAN en torno a la guerra de Afganistán hacen pensar que el Estado-nación sigue vivo y goza de buena salud siempre que lo desea, como bien se ve en el único sentimiento nacionalista sancionado que se percibe en Europa, el del antiamericanismo insensato. Otra línea de justificación para aquellos pensamientos que han sido una afrenta para el público británico, a pesar de la astuta falta de claridad greco-germana y a pesar de su insistente izquierdismo, ha sido que el sector de la banca ya ha introducido sin hacer ningún ruido medidas financieras que se pliegan a los dictámenes de la *sharia*, cosa que no existe en Egipto, cuyo sistema legal y público se basa a la sazón en los de Inglaterra y Francia. Resulta evidente que aquello que es bueno para los ciudadanos de El Cairo ya ha dejado de ser bueno en Londres[345].

Gústenos o no, el islam es en Europa una religión proselitista que, por ejemplo, recientemente ha reafirmado su presencia con la exigencia de un muecín provisto de un sistema de amplificación de sonido sito en un barrio de Oxford, de mayoría no musulmana, o con la demanda de que se construya una megamezquita con capacidad para 35.000 fieles en un lugar próximo al complejo en el que tendrán lugar los Juegos Olímpicos de Londres en 2012. Ambas propuestas han ocasionado una profunda inquietud entre el público. También son frecuentes los actos cotidianos de reafirmación de una minoría dentro de una minoría, que van desde las jovencitas que insisten en ir al colegio con el *hijab* y el *jilbab*, hasta los imames que insisten en sus peticiones a los hospitales del Servicio de Seguridad Social para que las camas de los pacientes se giren en dirección a La Meca cinco veces al día, mientras hay cirujanas del Servicio de Seguridad Social que, siendo musulmanas, se niegan a desinfectarse los antebrazos, incumpliendo la normativa sanitaria prevista para frenar las infecciones hospitalarias, en especial el estafilococo áureo resistente a la meticilina. Estas no son fantasías de la prensa derechista, sino realidades de la vida cotidiana en el Reino Unido y en muchos otros lugares de Europa occidental, donde los que se muestran más beligerantes en sus críticas del islam han de vivir bajo constante vigilancia policial.

El islam es una religión de corte más territorial que el cristianismo o el judaismo, en la que no existe la tradición de la separación de las espadas que se da en el cristianismo ni la aceptación del predominio de la sociedad anfitriona y de sus leyes que es propia de los judíos ortodoxos allí donde se encuentren, con sus tribunales de arbitrio llamados Beth Din. Europa occidental presencia hoy en día la aparición gradual de zonas de acceso prohibido a los no musulmanes, enclaves centrados en torno a las mezquitas y los centros de la comunidad, e incluso empieza a haber zonas de viviendas de protección oficial, o barriadas de casas de propiedad privada, de las que los blancos empiezan a desertar. Según una investigación de *Panorama*, el programa de la BBC,

huyen porque se sienten alienados en su propio país, tanto de aquellas personas que no se han tomado la molestia de aprender ni la lengua ni las costumbres de la sociedad que las acoge, como debido a un ambiente un tanto más siniestro, que emana de los islamistas profesionales, que se encargan de garantizar el desplome de instituciones como la casa de apuestas de la esquina o el pub de la otra esquina. Ese documental de la BBC puso de relieve que en la circunscripción electoral de la que es representante parlamentario Jack Straw, ministro de Justicia, sita en Blackburn, existía una interacción prácticamente nula entre el barrio norte, blanco, y el barrio sur, musulmán, de esa pequeña localidad del condado de Lancaster. La laxitud en la política de inmigración, el abaratamiento de los vuelos y de las llamadas telefónicas, y la propia televisión por satélite, suponen que muchos inmigrantes no se ven en la obligación de llevar a cabo una ruptura mental con su lugar de procedencia, operación que en cambio es normativa en Estados Unidos[346]. Les basta por el contrario con trasplantar su manera de vivir en sus aldeas a las ciudades de Gran Bretaña, de manera particularmente chocante cuando un grupo de familias de Mirpuri compró dieciséis casas en un apacible barrio de Slough y derribó los muros de los jardines existentes entre unas y otras para crear así una réplica del entorno de la aldea que habían conocido en su Cachemira natal. La excusa que adujeron para resistirse a la integración (por oposición a la asimilación) fue que desprecian aquello de lo que se les pide que formen parte, esto es, la cultura popular de las farras alcohólicas y la televisión dominada por «Gran Hermano», un *reality* particularmente pernicioso por estar producido por un descendiente del eminente Bazelgette, educado en Eton, el cual, irónicamente, fue quien construyó el sistema de cloacas del Londres Victoriano. Un estado de hechos muy similar es el que existe en lo que Ian Buruma ha denominado «las ciudades parabólicas» de Holanda o en las *banlieus* periféricas de algunas ciudades francesas[347].

Hasta la fecha, los gobiernos, de manera especial en Gran Bretaña y en Holanda, han reaccionado por medio de programas de Estado ideados para intensificar que se inculquen los valores locales por medio de pruebas de ciudadanía formal y de ceremonias públicas, por más que se burlen de la ubicuidad de las banderas norteamericanas que se ven por todo el país. A muchos ciudadanos de nuevo cuño estas ceremonias les resultan conmovedoras. En estos dos países en concreto se ha producido un rápido abandono teórico de la doctrina divisiva del multiculturalismo, aunque tampoco se haya realizado un intento análogo por desenraizar la huella casi indeleble que tiene la burocracia en la educación, en los medios de comunicación y en el gobierno municipal. Ciertamente, la solución a la radicalización parece consistir en crear más puestos de burócratas, presumiblemente con la intención de contrarrestar la influencia de aquellos que ya tenemos, Al gobierno británico le ha costado cerca de cuatro años comprender que el arraigado hábito imperial de gobernar sobre las llamadas «comunidades» —que son sumamente complejas— por medio de «jefes» autodesignados como tales —en este caso, el Consejo Musulmán de Gran Bretaña — estaba abocado a la derrota, puesto que estas personas a menudo eran reflejo de un islam deobandista sumamente conservador, emparentado con los wahabíes, que en el fondo formaba parte más del problema que de su posible solución. Sir Iqbal Sacranie, dirigente máximo del Consejo Musulmán de Gran Bretaña, nunca se ha retractado de un comentario como que «la muerte sería muy poca cosa para Salman Rushdie», mientras el líder actual, el doctor Abdel Barí, tiene un largo historial de implicaciones con el movimiento Jamaat-e-Islami. De manera análoga, debido a lo lucrativo de los contratos por la venta de armas, no se ha hecho ningún intento para frenar el flujo de dinero procedente del golfo Pérsico y destinado a la propagación del wahabismo, ya sea por medio de las mezquitas, ya sea por medio de las universidades con ánimo de lucro y sus programas de «Estudios islámicos». Dicho de otro modo, la política estatal va muy

por detrás de lo que han ido proponiendo los propios radicales reformados.

¿«EL FIN DEL PRINCIPIO»? EPISODIOS DE LA YIHAD, 2007-2008

Por ser el principal objetivo del terrorismo yihadista global, Estados Unidos tiene un enfoque estratificado y polivalente a la hora de afrontarlo. La diferencia clave entre Estados Unidos y Europa consiste en que el primero lucha contra algo que está «ahí fuera», sobre todo por medio de un amplísimo frente de poderío militar, mientras que nosotros «lo» tenemos entre nosotros, y además va a quedarse entre nosotros, en forma de ciudadanos norteafricanos, o nativos de Bangladesh, o paquistaníes, de segunda o tercera generación, así como aquellos a los que en ciertas ocasiones hemos tenido la temeridad de dar asilo. En realidad, las cosas no son tan simples ni tan directas. Y es que lo que nosotros tenemos podría darse en Estados Unidos, ya que Europa muy probablemente va a convertirse en la fuente principal de ataques terroristas de «piel clara» dentro de Estados Unidos, proceso que Robert Muller, director del FBI, ha resuelto con clemencia no desbaratar mediante la rescisión del programa de visados para visitas a corto plazo. Las defensas estratificadas de Estados Unidos comienzan por una fuerte inversión para asegurarse materiales nucleares en lugares tan lejanos como Georgia o Kazajistán, además del examen a fondo de los contenedores que llegan por mar a los puertos y 1a intensa monitorización de los visitantes extranjeros, que comienza en el momento en que adquieren su billete de avión. El Servicio de Inmigración y Naturalización, junto con otras agencias estatales semejantes, es el guardián de las puertas en el momento del desembarco, y cumple su cometido con firmeza, aunque sin faltar a la cortesía y con evidente sensibilidad.

Estados Unidos también tiene previstas situaciones de verdadera pesadilla, como es el acceso de los terroristas a laboratorios de

microbacteriología o a las armas nucleares. En abril de 2008, por ejemplo, el Comité del Senado para la Seguridad Interior conoció opiniones autorizadas en tomo a los efectos que tendría un ataque nuclear sobre la capital de Estados Unidos. El presidente del Comité, el senador Joe Liebermann, dijo que: «Las posibilidades que hoy hemos comentado nos resultan muy difíciles de contemplar siquiera, y son en lo emocional tan traumáticas e inquietantes que resulta tentador descartarlas por inviables». El Comité tuvo conocimiento de que una bomba de diez kilotones que se dejara en un camión en las inmediaciones de la Casa Blanca bastaría para destmir todos los edificios federales en un radio de algo más de tres kilómetros, acabando con la vida de unas cien mil personas, la mayoría afroamericanos con trabajo de funcionarios. Aún habrían de morir bastantes más personas por efecto de las quemaduras, ya que en la actualidad la capacidad de la nación para tratar esa clase de casos médicos no llega a las mil quinientas plazas hospitalarias. Movida por el viento, la nube radiactiva se desplazaría del oeste al sureste, afectando sobre todo a las barriadas de afroamericanos en las que hay un solo hospital con gran capacidad. Tal como dijo Liebermann: «Es el momento de mantener una conversación tan difícil como ésta, de formular las preguntas más duras y de obtener las mejores respuestas que podamos». Es fácil verificar que no se trata de una fantasía alarmista por parte de unos cuantos norteamericanos histéricos: se nota en el hecho de que en julio de 2007 la Agencia Canadiense de Fronteras rescindió un visado otorgado a un anglo-paquistaní llegado recientemente con papeles expedidos por el Alto Comisionado de Londres, sobre la base de que «es un sospechoso de terrorismo implicado en el programa de armas de destrucción masiva de Al Qaeda». Tras pasar una noche en una cárcel de Toronto fue deportado a Manchester, aunque su paradero actual es desconocido[348].

Al Qaeda ha mutado después del 11-S, trocando unajerarquía de estilo militar por una red de franquicias no demasiado interconectadas, aunque en la actualidad se halla en proceso de

reconstrucción tanto de la jerarquía como de los campos de adiestramiento en las Zonas Tribales de la Administración Federal del Noroeste de Pakistán. Esto es reflejo de un éxito claro por parte de la coalición de la OTAN y del Ejército Nacional Afgano reconsdtuido a la hora de restablecer una cierta estabilidad en veintinueve de las treinta y cuatro provincias de que consta el país. Si Al Qaeda ha vuelto a contar con una base en Pakistán ha sido en gran parte por las facilidades de Pervez Musharraf y los Acuerdos de Waziristán, en agosto de 2007, que el actual gobierno paquistaní pretende perpetuar. A cambio de la no interferencia del ejército paquistaní y del Ejército de Frontera, los jefes tribales accedieron a mantener la tapa cerrada sobre el yihadismo dentro de las zonas que controlaban. El resultado de todo ello fue la rápida extensión de la actividad extremista en el hasta entonces pacífico valle de Swat, donde ya no reina la paz. Algunos comentaristas bien informados, como Steve Coll, creen que el propio Bin Laden se encuentra oculto en Miram Shah, fortaleza de los talibanes en el norte de Waziristán. Lo de menos es que la cultura política de la FATA sea favorable a Al Qaeda tan sólo por recrear las condiciones de las que disfrutó con el régimen de los talibanes afganos. Tendría que invertir tales esfuerzos en cuadrar las fracciones de sus anfitriones, endémicamente enfrentadas, y sobre todo en apaciguar al clan de los Haqqani, que poca energía podría quedarle para desarrollar una campaña de terrorismo internacional. Por si fuera poco, los chechenos, tayikos y uzbecos capturados por las fuerzas de la coalición han revelado el desdén en que se les tiene en el núcleo más duro y árabe de Al Qaeda, dentro del cual también corren riesgos individuales de cierta entidad los egipcios, libios, libaneses, marroquíes, argelinos y yemeníes[349].

Tal como ha sostenido con inteligencia Olivier Roy, aunque Al Qaeda no pueda poner en práctica su califato —puesto que de ese modo Estados Unidos tendría un objetivo concreto que destruir—, sí puede ampliar las zonas grises y al margen de la ley en las cuales prospera. Al Qaeda ha querido a toda costa exagerar su alcance

global por medio de sus afiliados regionales: de aquí que existan Al Qaeda en la Tierra de los Dos Ríos, Al Qaeda en el Magreb y, si es que así puede creerse, Al Qaeda en Gran Bretaña. En los dos primeros casos aspira a subsumir una serie de conflictos locales, presuntamente con el afán de reorientar a esos combatientes contra objetivos estadounidenses y occidentales haciendo hincapié en que tales son en definitiva las fuentes en las que se originan todos sus males. Aspira a transformarse, pasando de ser una estrella luminosa a ser una galaxia o nebulosa más difusa, pero más extendida. Tampoco esto es tan simple ni tan directo como puede parecer. La estrategia es vulnerable al asesinato de las figuras clave que sirven de enlace entre el centro y la zona de turno. Por eso fue tan crucial el asesinato de Abu Laith al Libi que tuvo lugar en Pakistán en enero de 2008, ya que él era la fuerza impulsora en el intento por introducir el Grupo de Combate Islámico de Libia dentro de la órbita de Al Qaeda. El segundo intento de asesinato contra Adán Hashi Ayro, el 1 de mayo de 2008, en el Dhusamareb de Somalia, posiblemente descabece de manera semejante el movimiento de Al Shabaab en ese país[350].

La creación de inmensas organizaciones paraguas a nivel regional, como es Al Qaeda en el Magreb, sirve también para paliar las tensiones reales que existen en este caso, por ejemplo, entre los militantes libios y los argelinos, derivadas del hecho de que en la década de los noventa el GSPC argelino asesinó a muchos voluntarios libios por considerarlos «apóstatas» del movimiento. El islamismo argelino se halla asimismo desgarrado por diferencias estratégicas en torno a la posibilidad de concentrarse en derrocar al régimen de Buteflika o bien de atentar contra objetivos occidentales. Tras aterrizar en la Cabilia de los bereberes por considerarla territorio idóneo para azuzar el terrorismo, la sección de Al Qaeda en el Magreb ha logrado enemistar a muchos bereberes y los ha aislado en el reino del terror que ha creado en ciudades como Tizi Uzu.

Debido a las múltiples presiones que Al Qaeda ha experimentado en Argelia, en Egipto, en Marruecos y en Arabia Saudí, ha querido ampliar sus operaciones a Mauritania y a otros estados del Sahel, es decir, el cinturón de países subsaharianos que va desde Mali hasta Somalia. En Mauritania se ha producido el asesinato de turistas europeos, y ha terminado por ser un país tan inestable que el rally París— Dakar, que anualmente atravesaba el territorio, tuvo que suspenderse. El régimen de Yemen también ha invertido su cooperación inicial en la «guerra contra el terror» al poner en libertad a los yihadistas apresados, entre ellos los responsables del asesinato de 17 infantes de marina estadounidenses a bordo del *Cole*, que con posterioridad se han dedicado a atentar contra intereses estadounidenses y contra turistas occidentales aficionados a la aventura[351]. Desde que Estados Unidos patrocinó en diciembre de 2006 la invasión de Somalia por parte de tropas etíopes para derrocar al régimen de los Tribunales Islámicos, las condiciones no han hecho sino empeorar, y hoy hay un millón y medio de refugiados que dependen de la ayuda y los alimentos de las Naciones Unidas. La presencia etíope también permite a los yihadistas enmascararse como defensores del nacionalismo y la soberanía somalíes, pose que adoptaron algunos de los piratas costeros que, a falta de un gobierno central, sostuvieron que ante todo pretendían expulsar de sus aguas a los pesqueros españoles que habían infringido la línea de demarcación de 200 millas, más allá de la cual la pesca estaría prohibida. Somalia y Yemen deberían por lo tanto estar considerados países en los que Al Qaeda podría con relativa facilidad implantar una base territorial si el noroeste resultara inhóspito para sus intereses. Si el panorama de estos países es desalentador, en otros lugares hay signos que invitan a la esperanza. Se ha producido un marcado descenso de toda actividad yihadista en el sur de Asia, en donde, como es el caso de Indonesia y Malasia, las agresivas tácticas antiterroristas empleadas por las fuerzas especiales han tenido el acompañamiento de programas blandos, diseñados para cambiar la

mentalidad de los extremistas encarcelados. No se ha producido un solo incidente de terrorismo yihadista serio en Indonesia desde 2005, lo cual es probablemente consecuencia de las más de doscientas detenciones practicadas. En Turquía, dos redadas que se llevaron a cabo en enero y en abril de 2008 dieron por resultado la captura de unos cincuenta extremistas de Al Qaeda, además de poner de relieve el «mundo paralelo» que habían creado, dotado hasta de un sistema educativo que emitía incluso notas periódicas de los alumnos[352].

Hay un asunto que ha exacerbado de manera clara el terrorismo yihadista: Irak. Como se trata de algo que también ha actuado como telescopio en los recuerdos demasiado breves de tantos comentaristas (según el profesor Akbar Ahmed, a mediados de los años setenta ya era posible detectar yihadistas adscritos a Ñor Mohammed que quisieron apoderarse de Waziristán), decidí concederle una atención sólo marginal en el libro. Por si acaso alguien lo ha olvidado, los islamistas argelinos quisieron estrellar un avión de pasajeros contra la torre Eiffel a mediados de los años noventa[353]. Que Estados Unidos debería o no haber procedido a la invasión u ocupación de Irak es asunto que no corresponde analizar en ninguna historia del terrorismo, como tampoco le compete la cuestión de que Irak siga siendo a la postre un estado unitario, asunto que puede dejarse en manos de los futurólogos. Es posible que se trocee; es posible que se convierta en una versión en Oriente Próximo de lo que fue Finlandia después de la Segunda Guerra Mundial. Instintivamente también me alejo de quienes están sobradamente dispuestos a creer que la administración estadounidense actuó de mala fe, que es cautiva de un lobby israelí (o judío norteamericano), o bien que ha creado un régimen de terror análogo al del gulag o a la Alemania nazi. Gran parte de todo esto ni siquiera merece el menor comentario. En mi condición de conservador, realista, escéptico frente a los *neo-cons*, no reprocho nada al antiguo subsecretario de Defensa, Douglas Feith, si bien

compararlo con los nazis es un grotesco error, y no sólo porque nueve miembros de su familia perecieran en el Holocausto[354].

Tras cuatro años de indecisiones y de dar traspiés, las estrategias eficaces de contrainsurgencia parecen formar por fin parte de las medidas que aplica Estados Unidos. En parte, esta situación es reflejo de los riesgos que comporta la franquicia de cualquier marca. El liderazgo de Al Qaeda perdió el control sobre una de sus mayores franquicias, Abu Musab al Zarqawi, quien desacreditó la marca debido a su desmedida afición a grabar en vídeo y difundir la decapitación de sus rehenes. El propio Ayman al Zawahari llegó a protestar en su día. A partir de 2006, un movimiento de Despertar Suní, inspirado por Estados Unidos, ha logrado desestabilizar el régimen del terror que sobre todo los yihadistas extranjeros habían construido en algunas de las provincias del centro del país, reafirmando entonces el dominio de los jefes de las tribus, conservadores y de avanzada edad, que así han entrado en el panorama. Para superar el desagrado que les produce el tener que fiarse de algunos antiguos adversarios, de algunos insurgentes, para aplastar a los yihadíes, Estados Unidos hizo acopio de datos sobre estas nuevas fuerzas y su armamento, gracias a lo cual es posible localizarlos con cierta rapidez, caso de que en el futuro pudieran volverse contra los norteamericanos.

Con el despliegue de cinco nuevas brigadas de combate, los generales David Petraeus y Raymond Odierno desencadenaron la Operación Anaconda con el objeto de estrangular la insurgencia, combinando métodos militares, políticos, económicos y diplomáticos. La esencia de la operación fue equivalente a negar a Al Qaeda los bastiones que pudiera tener en los alrededores de las ciudades, desde los cuales habían lanzado sus misiones suicidas con explosivos improvisados, por medio de las cuales asesinaban entonces a seis mil iraquíes al mes. Fue en el fondo una variante de la táctica de la mancha de aceite que ya emplease el general sir Gerald Templar en Malasia, aunque las fuerzas estadounidenses se han empleado de una manera mucho más agresiva y sin policía

auxiliar. Otras agresivas operaciones de seguimiento, como «Golpe Fantasma», sirvieron para atacar con dureza a los yihadistas en su huida hacia Mosul. Al mismo tiempo, Petraeus sacó a muchos jóvenes desempleados de las calles instituyendo una serie de programas esenciales de trabajo público, ideados para arreglar una serie de asuntos que tendrían que haber estado arreglados desde el primer día.

A juzgar por el descontento que se ha puesto de relieve en la correspondencia interna de Al Qaeda en Irak, estas operaciones de choque han cortado el flujo de mártires voluntarios procedentes de países como Libia y Arabia Saudí. Llegan, se dan una vuelta, se desilusionan y se marchan, porque los ataques urbanos a gran escala resultan sencillamente inviables. Lo que quieren es una inyección considerable de dinero (no en vano la estructura de los vídeos suicidas de los yihadistas recuerda la de las películas porno), y no se conforman con un ataque a pequeña escala, a resultas del cual mueran un par de norteamericanos, civiles para más señas, seguramente contratistas. En la medida en que la mayoría de los iraquíes está sumamente deseosa de conservar elecciones democráticas, al tiempo que su gobierno electo apremia a Estados Unidos para que mantenga una presencia militar importante, estas operaciones pueden considerarse un éxito político sin duda notable, aun cuando la principal consecuencia geopolítica de la guerra sea la expansión de la influencia de Irán hacia sus vecinos del oeste, desencadenando de ese modo una mejora inverosímil en las relaciones existentes entre Arabia Saudí, Siria e Israel. En Irak, Al Qaeda ha fracasado de manera muy llamativa en lo tocante a sus dos objetivos gemelos: la creación de un estado islámico o, caso de que fuera imposible, la precipitación del país en una guerra civil sectaria. De todos modos, a uno le preocupa cuántos hombres puedan tener adiestramiento experimentado en combate en Irak, y cuántos de ellos son europeos que podrían tratar de cometer actos de terrorismo cuando regresen de su misión. En ese sentido, Irak podría desempeñar un papel análogo al de la guerra entre

Afganistán y la Unión Soviética en los años ochenta. En 2005, los expertos franceses en materia de antiterrorismo capturaron a la llamada célula del 19° *arrondissement*. Su creación y operatividad fue resultado del trabajo de un franco-argelino de veintiséis años de edad llamado Farid Benyettou, ex celador convertido en imam, que había reclutado a los terroristas suicidas para que fuesen a Irak.

En Europa, los trabajos de los servicios de inteligencia y de la policía han frustrado varias conspiraciones para cometer asesinatos. Debido a la concentración de los poderes de investigación, detención y castigo que se atribuyen a ciertos jueces de instrucción como Jean— Louis Brugiére y Jean-Francois Ricard, los franceses han sido más agresivos que nadie en el combate contra el terrorismo y la subversión religiosa, llegando a retener a los sospechosos durante periodos que causarían vergüenza incluso en Estados Unidos. La habilidad de los franceses en este frente tiene reflejo indirecto en el hecho de que la principal central de la CIA dedicada al antiterrorismo se encuentre en París, mientras que los servicios de inteligencia del Estado español han acordado con Francia operaciones conjuntas en las que los Pirineos no son frontera. Esta cooperación ha dado buenos resultados. Debido a una información recabada por un agente francés infiltrado en una red paquistaní, el 19 de enero de 2008 la policía española detuvo a once indios y paquistaníes que presuntamente habían tramado una conspiración para lanzar un ataque en Barcelona el 11 de marzo con la intención de forzar la salida de Afganistán del reducido contingente de tropas españolas. Es asombroso que si bien Francia se ha librado de sufrir incidentes terroristas graves desde los años noventa, mientras su gobierno ostentosamente ha rehusado toda implicación en Irak, se considere no obstante parte integral de la «civilización occidental» sujeta a los ataques de los yihadistas. El planteamiento «duro» con que se aborda el terrorismo en el interior del país no impide que Francia desarrolle una diplomacia sumamente matizada ante el mundo árabe en general. En abril de 2008, el secretario de Seguridad Interna de Estados Unidos, Michael

Chertoff, y el ministro alemán de Interior, Wolfgang Scháuble, han concluido una serie de acuerdos bastante controvertidos para compartir informaciones que sirvan para contrarrestar la posibilidad de que los yihadistas alemanes puedan atacar intereses estadounidenses. Los magistrados italianos encargados de los casos antiterroristas, como Armando Spartaro, también han hecho hincapié en el desmantelamiento de las células yihadistas con base en Italia[355].

Gran Bretaña tiene una gran experiencia en el campo del terrorismo, aunque no sea en el sentido que a los propios británicos les gusta publicitar. Aunque haya otros países que han tenido problemas con los yihadistas asesinos (en especial Dinamarca y Holanda), Gran Bretaña es realmente el epicentro del problema. De acuerdo con un reciente informe de la Europol, Gran Bretaña es el epicentro del yihadismo en Europa, detalle del que no se hicieron demasiado eco los periódicos en su momento. En 2007 fueron detenidas unas 20S personas sospechosas de haber comeddo delitos relacionados con el terrorismo; la cifra equivalente en el resto de Europa fue de 201[356]. Gran cantidad de casos de terrorismo que han estado sujetos a investigación durante varios años también se han juzgado en los tribunales británicos. Entre ellos se encuentra el de Dhiran Barot, un converso hindú y cerebro de Al Qaeda que conspiró para atacar objetivos estadounidenses. Varios individuos fueron condenados a resultas de la Operación Grieta, por pretender asesinar a los clientes de í un centro comercial llamado Blue Water, en el condado de Kent, y i a los «indeseables visitantes» de los clubs nocturnos del sur de Londres. Un ciberyihadista llamado Yunis Tsuli, nombre en clave «Irhabi 007», pasó de ayudar al difunto Abu Musab Zarqawi, utilizando los * cines domésticos de los soldados estadounidenses para que Al Qaeda pudiera concentrar sus ataques, a ser el gran experto de Al Qaeda en cuestiones de Internet. Pervez Khan, junto con sus cómplices, quiso secuestrar a un soldado británico musulmán cuando estaba de permiso en Birmingham, con la intención de filmar su decapitación en un garaje

para «dar algo que pensar al joven Tony [Blair]». Otros juicios se han centrado en los actores de reparto en los atentados del 7-J y del 21-J (los autores del atentado fracasado del 21-J han recibido largas condenas de cárcel); por último, aunque no por ello menos importante, se ha celebrado el juicio contra ocho hombres acusados de tramar una intentona para volar varios aviones en vuelo transatlántico por medio de explosivos líquidos ocultos en botellas de Lucozade. Los vídeos pregrabados de los suicidas y abundantes pruebas forenses no servirán de ayuda a los acusados. Varios provocadores destacados, sobre todo Abu «la Zarpa» Hamza y Trevor «Abu Izzadeen» Brooks, también han sido condenados a penas de cárcel; Hamza en concreto ha de afrontar una más que posible extradición a Estados Unidos cuando cumpla sus siete años de condena. Entre los que aún han de comparecer ante el tribunal se hallan el iraquí superviviente del ataque fallido contra el aeropuerto de Glasgow, utilizando bombas confeccionadas con bombonas de butano, y Andrew Ibrahim, presuntamente «un lobo solitario» que aún ha de comparecer ante el tribunal de turno. Todos estos casos judiciales han confirmado que el 70 por ciento de los conspiradores activos en Gran Bretaña tienen vínculos con Pakistán. Los autores de los atentados viajan invariablemente a Pakistán con la intención de dedicarse a la yihad armada, y allí se les redirige por su inutilidad en un campo de batalla, mientras que son de gran valor a la hora de llevar a cabo atrocidades en su país de origen, en una serie de operaciones que posteriormente reciben la esperada «luz verde» del extranjero.

Se han producido otras revelaciones referentes a la mentalidad de los yihadistas británicos. Uno de los casos ha servido para desvelar la existencia de un vídeo pregrabado por el principal terrorista del 7J, Mohammed Siddique Khan, en el que se despide de su hija, un bebé, antes de marcharse a luchar en Afganistán. Esta conmovedora escena, que afectó a los columnistas británicos más crédulos o más relativistas, tiene su contrapeso en las pruebas aducidas en el juicio de Pervez Khan, referente a su conversión del

cuarto de estar de su casa en Birmingham en una réplica de un campamento de muyahidines. El MI5 tiene registro de sus intentos por adoctrinar a su hijo: cuando era joven, el señor Khan no mostró el menor interés por la religión. Bebía, fumaba, frecuentaba los clubs y era aficionado de un equipo de fútbol local, un equipo amateur. Todo esto cambió con su visita a Pakistán, tras la cual comenzó a enviar gafas preparadas para la visión nocturna y uniformes de camuflaje a los combatientes yihadistas. Es posible que los aspectos más instructivos de las conversaciones que grabó el MI5 en su casa (su nombre en clave para hablar de Khan era «Locura motorizada») fueran sus esfuerzos por inculcar su visión del mundo en la tierna mentalidad de su hijo Abrar, de cinco años, que al igual que el resto de la prole de los Khan dormía sobre el suelo, con una simple sábana. Abrar: «Amo aljeque OBL». Khan; «¿A Alá y a...?». Abrar: «Al jeque Abu Hamza». Khan: «¿Ya quién más vas a matar?». Abrar: «A Bush lo voy a matar». Khan: «¿Ya quién más?». Abrar: «A Blair... lo mato». Khan: «¿Ya quién más?». Abrar: «A los dos los mato». Khan: «Hablo yo, hijo mío. ¿A quién más has de matar? ¿*kuffar*?». Abrar: «Sí, *kuffar*». Khan: «¿Y qué vas a hacer con toda esa gente?». Abrar: «Matarlos a tiros». Khan: «¿Como los vas a matar? Córtales el cuello. A ver, enséñame cómo. Muy bien»[357].

Si bien no niegan que los teólogos preparados emiten fatwas por las que se autorizan las acciones violentas, la mayoría de los yihadistas europeos tienen una formación educativa de carácter técnico (con poca relación con las artes), mientras que entre los líderes de la yihad global hay un ingeniero y un cirujano, ambos muy alejados de los centros islámicos del saber, como puede ser la universidad Al Azhar de El Cairo[358]. La formación de algunos de los incitadores más destacados de la yihad en Europa resulta instructiva, puesto que nos hace pensar que interviene una especie de mecanismo compensatorio, una especie de renacer para una vida que se halla disuelta. Abu Hamza trabajó como portero (gorila) en una discoteca londinense de mala fama. En París, el argelino

Ornar Saiki «iba a los bares y frecuentaba a las prostitutas mucho más que la mezquita o los sermones de Abu Qatada [...] Saiki era un típico ejemplo de esos que han terminado en el movimiento islamista por "accidente", esos cuyo fanatismo se redobla cuando se encuentran en el seno de una célula terrorista que les proporciona un remedio para las frustraciones que siente todo un grupo de norteafricanos. Tras aprender a repetir como un loro unas cuantas ideas teológicas a medio cocer, Saiki se las dio de profesor de teología y comenzó a contaminar a otros jóvenes de manera semejante»[359].

En Europa, muchos terroristas son producto de un gran sector terciario, sumamente expandido en el terreno de la educación, y en concreto son personas dotadas de una buena educación en materia de ingeniería o telecomunicaciones, personas que se hallan sumamente decepcionadas al ver su escaso nivel de éxito en las instituciones donde sus posibles empleadores contemplan con cierto escepticismo sus calificaciones, todo lo cual no se corresponde con carreras de éxito, y menos aún con una cierta capacidad de dictar cómo ha de ser la política exterior del país en cuestión. En esos círculos funcionan con claridad los autoengaños y las pretensiones desmedidas, a lo que posiblemente haya que añadir el síndrome del «Principito» que tan operativo es en muchos hogares asiáticos. Los soldados rasos también son reclutados en la clase baja, cada vez más expandida, con su propia subcultura del padre ausente y la madre prolífica. La trayectoria de Richard Reid, el afrocaribeño conocido por ser el terrorista de los zapatos, actualmente residente en Florence, estado de Colorado, es sintomática de este tipo de personas: se convirtió al islam cuando cumplía condena, una de las muchas que hubo de cumplir por delitos de poca monta. La Hermandad —en este caso la centrada en torno a la mezquita radical de Finsbury Park, en Londres— le proporcionó el calor y el propósito que no había conocido en su vida, el escenario de entrada a una trayectoria que terminó cuando se le impidió que hiciera estallar en pleno vuelo la bomba que llevaba oculta en los zapatos.

Teniendo en cuenta que son en torno a mil los extremistas musulmanes con altas probabilidades de estar encarcelados en Gran Bretaña en 2012, tendría que ser asunto prioritario pensar en cómo impedir que radicalicen a sus compañeros de prisión más vulnerables. En el futuro, el yihadismo podría comenzar, más que culminar, con una vida entre rejas.

ALGUNAS PERSPECTIVAS EUROPEAS

La situación en que actualmente se halla Europa ha dado lugar a un considerable alarmismo, hablándose ya de una «Eurabia» neutralizada por una parte, o de un futuro Holocausto musulmán por otra, según sea el punto de vista, el de Bat Vor o el de Bruce Bawer, y se considere a los europeos unos «alfeñiques», o bien el del escurridizo coronel Ralph Peters, y se les considere unos asesinos en masa, visión harto popular en una sociedad que consume tantísimo material sobre el Holocausto. Un libro reciente sobre el «Viejo Continente», obra de un veterano experto en terrorismo como es Walter Laqueur, ha dado cabida en el título a expresiones como «Ultimos días» y «Epitafio»[360].

En estos últimos años, la retórica transadántica se ha acalorado de manera llamativa, hecho que sólo puede dar a los yihadistas occidentales motivo de esperanza, ya que la estrategia de Al Qaeda pasa por proponer treguas diseñadas en el fondo con la idea del divide y vencerás. A los europeos no les hace ninguna gracia que cobardemente se les llame «venusianos» que se han dejado arrastrar a la abyecta *dhimmitude* que sería propia de una «Eurabia» islamizada. Además, bastante hemos tenido que aguantar a los *neo-cons* más abrasivos, como Ken Adelman o John Bolton, que no pasarían un casting para un debate televisado en la BBC. Es de suponer que la vanidad desempeña su papel más deprimente, puesto que es muy fácil rechazar una invitación a ser entrevistado en *Newsnight*. También es particularmente enojoso para un pueblo tan sofisticado como el norteamericano que se le

difame entre los europeos ignorantes (y son muchísimos) cuando se les tacha de vaqueros aficionados a enseñar las pistolas a la primera de cambio, sobre todo cuando durante los últimos sesenta años el compromiso de Estados Unidos con la seguridad de Europa le ha permitido ahorrarse no pocos recursos en materia de defensa para destinarlos en cambio a los programas de salud y bienestar social. Más allá de esta cháchara pública, gran parte de la cual emana de los «intelectuales públicos», Estados Unidos y Europa, al menos en lo que atañe a los servicios de inteligencia y a las fuerzas policiales, se encuentran tranquilamente conectados, aun cuando el poder judicial británico a veces frustre de manera activa la cooperación entre unos y otros, partiendo de la creencia errónea de que vivimos en la Suráfrica de Hendrik Verwoerd.

Hay problemas en Europa, pero no sólo son los crudamente demográficos, a los que rutinariamente apuntan los pesimistas cuando pronostican el advenimiento de «Eurabia». A fin de cuentas, los musulmanes de segunda o tercera generación se hallarán tan expuestos a las presiones secularizadoras del momento como cualquier otro ciudadano. Al igual que cualquier otro europeo, se darán cuenta de que tener dos hijos es más barato que tener seis o siete. La religión se halla ausente casi por completo en cualquier conversación sobre la identidad. Esto es debido al miedo a ofender a los musulmanes, y también a la naturaleza dogmáticamente secular de algunos países europeos. Por comparación con el ruido que generan el ateísmo agresivo y el secularismo, el cristianismo europeo resulta relativamente timorato por más que Benedicto XVI ocasionalmente nos sorprenda con su Discurso de Regensburg o con su reciente bautismo del director de un periódico de Milán, un egipcio-italiano. Algunos intelectuales europeos distinguidos, como Régis Debray o Umberto Eco, también se han mostrado recientemente a favor de reafirmar la herencia cristiana de Occidente. En un ámbito puramente popular, a pesar de las espasmódicas resurgencias del «cristianismo cultural» que han suscitado las repetidas provocaciones islamistas, las propias

Iglesias se hallan tan impregnadas de liberalismo secular que resultan indistinguibles de ese laicismo. El cristianismo occidental es motivo de vergüenza que proviene del pasado más profundo, aunque aún no sea algo por lo cual las Iglesias se sientan obligadas a pedir disculpas, salvo en el caso de las cruzadas o la esclavitud, aunque, como bien saben quienes tengan conciencia histórica, la propia Europa experimentó ambas lacras. Desde luego, en determinadas cuestiones morales es posible encontrar una geometría variable de opiniones religiosas, como cuando en febrero de 2007 el arzobispo católico de Lyon, un rabino y un imam, emitieron una declaración conjunta en contra de los matrimonios entre homosexuales[361].

Pocas perspectivas puede haber de que prospere una identidad política realmente confiada en el ámbito de una Europa federal en la medida en que los votantes de los principales estados sigan contemplando la naturaleza antidemocrática de tal proyecto con merecido escepticismo, al tiempo que los líderes de las naciones se encuentran divididos en lo tocante a la ampliación del proyecto europeo por el este o por el sur. Las luchas intestinas políticas que se han dado en Europa sobre todo por parte de Alemania han terminado de raíz con el imaginativo plan de Nicolás Sarkozy de ofrecer al norte de África y a Israel el estatus de miembros asociados. Tampoco tendrán ningún éxito los países que son en sí mismos miniimperios federales, compuestos, a la hora de restablecer sus identidades nacionales más vitales, en especial si se piensa que todo el empuje de la opinión académica al uso tiende a que el Estado-nación apenas pase de ser un «constructo» ideológico que en todo caso habrá de ser superado por el desdichado «Estado mercado» de Bobbitt. Cuando hace relativamente poco el gobierno británico ensayó la construcción de una identidad, los escoceses y los galeses inmediatamente expresaron sus protestas para reafirmar sus «identidades» distintas. Prácticamente lo mismo ha ocurrido o probablemente ocurra en Bélgica, en Italia o en España, caso de que alguien pretenda insistir

en la cuestión, puesto que se trata de estados que se hallan enfrentados a separatismos poderosos. Del mismo modo, y es posible que Gran Bretaña sea un lugar único por su vulgarización, nadie ha visto que ningún político contemporáneo defienda la cultura de Bach y de Rubens en vez de apostar por la cultura de los Arctic Monkeys o de The Killers, no en vano son políticos que necesitan coquetear con el voto talismán de la juventud[362].

Ajuzgar por el grado de intranquilidad que se percibe entre las poblaciones indígenas (y hay que incluir a los inmigrantes chinos, africanos, afrocaribeños, hindúes y sijs en esa denominación), y que expresan ante las demandas cada vez mayores de los islamistas insistentes en autoafirmarse, será muy arriesgado el político que no sepa acomodarse a tales sentimientos a la hora de hacer política, antes de que algún suceso terrorista de proporciones cataclísmicas fuerce incluso una reacción más humillada[363]. Es probable que en el futuro nos parezcamos más a los australianos, es decir, que los políticos de todas las creencias de partido tenderán a semejar un frente unido a la hora de dejar bien claro que hay líneas trazadas en la arena, en lo referente a la naturaleza democrática y liberal de nuestras sociedades, líneas que de ninguna manera se pueden cruzar impunemente[364]. Los clérigos protestantes y liberales parecen provocar las respuestas populares más ruidosas. Les quedó sin duda muy claro al obispo holandés «Tiny» Muskens cuando propuso rebautizar a Dios con el nombre de Alá y a Rowan Williams con su entusiasmo profesoral por dar carta de naturaleza a la *sharia* en Gran Bretaña: eran pasos excesivos. Y hay más indicios de cómo están las cosas.

Por toda Europa, los partidos conservadores han encontrado una forma inocua de hablar de la inmigración como si fuese una serie de «movimientos de población», con lo cual se neutraliza toda posible acusación de racismo, dejando bien claro que ya no se mueven dentro de los efectos silenciadores del debate que sí sufrieron hace sólo una década, en especial porque son los inmigrantes de mayor edad los que a menudo indican el camino a la hora de pedir

restricciones frente a los recién llegados, a los que encuentran tan poco «aconsejables». El hecho de que muchos inmigrantes recientes sean blancos, católicos y polacos, o bien de otros países del Este de Europa, ha contribuido asimismo a desactivar la cuestión del racismo obsesionado por el color. Las personas a las que presunta y desproporcionadamente se acusa de la delincuencia en Italia son albaneses o rumanos; los 800.000 niños cuyo desconocimiento del inglés causa una grave presión en el sistema educativo británico son en su inmensa mayoría procedentes del Este de Europa. Las fronteras serán controladas por policías cuyos encantos habrán de comprobar los norteamericanos tan pronto pongan pie en Fiumicino, en Schiphol o, Dios los asista, en Gatwick o Heathrow. También aumentarán los esfuerzos en lo referente a instigar que los inmigrantes posean un dominio aceptable de la lengua de su país de acogida, junto con un proceso más dilatado y más gradual para la adquisición de la ciudadanía tras cumplir los diversos requisitos recíprocos. Dicho de otro modo, la ciudadanía va a ser algo condicional, temporal. Se tomarán medidas más duras contra aquellos empresarios que cínicamente recurran a la mano de obra ilegal de los inmigrantes. Algunos querrían llegar al extremo de que se restrinja el acceso a las prestaciones estatales, lo cual resulta sorprendente si se piensa que son muchos los que conspiran para asesinar a las personas en Gran Bretaña que no rechazan los beneficios sociales que el Estado pueda prestarles. En realidad, lo consideran no sólo un derecho, sino también prueba suficiente de la decadencia que encuentran en el corazón del modo de vida que es propio de Occidente. También tendrían que producirse algunas hábiles alteraciones de la legislación local. Quien sea deportado por delitos relacionados con el terrorismo sólo podría apelar (corriendo con las costas judiciales) tras haber sido expulsado del país en cuestión. Una ley local de este tipo en el Reino Unido debería prevalecer sobre la Ley Europea de Derechos Humanos, además de que sería necesario suprimir la posibilidad de que los extranjeros

exploten la legislación antidifamatoria para aplastar cualquier investigación legítima sobre la financiación de los terroristas.

Uno de los propósitos de estos pensamientos añadidos a última hora, o «coda», ha sido poner al día nuestra situación actual ante la insurgencia yihadista global. Por recordar siquiera por un instante la preocupación de Michael Doran por la imagen de marca, sospecho que la marca Bin Laden ya no es lo que era hace siete años. Es posible que Doran tenga razón al hablar en términos bastante «churchillianos» del «fin del principio». He dejado una cuestión para el final. El 7 de julio de 2005 cuatro terroristas suicidas, islámicos, asesinaron a cincuenta y dos personas que viajaban en los transportes públicos de Londres. Los que sobrevivieron a esa atrocidad en masa también han empezado a escribir la crónica de sus experiencias, que debería formar parte de cualquier historia de las actividades terroristas más recientes, aunque en ocasiones parezca que éste sea un diálogo bilateral entre las autoridades y las minorías musulmanas. En realidad no lo es. Entre las mejores crónicas del 7-J se encuentra la de un periodista canadiense, Peter Zimonjic, que relata aquella mañana en la que, como todo el mundo, se embarcó en otro viaje al purgatorio en el atestado metro londinense. A los pocos minutos, tres hombres saltaron por los aires en distintos trenes que, según fuese la línea, iban al máximo de su capacidad, a una profundidad de entre cinco y veinte metros bajo tierra. Para quien no esté familiarizado con la situación, eso significa un millar de personas embutidas como sardinas en lata, con la nariz pegada al sobaco del vecino, dentro de unos cilindros metálicos, en túneles tan angostos que es imposible caminar entre el tren y las paredes. Bastante duro resulta sin que un demente se proponga matarnos. Entre las víctimas del 7-J se encuentra Danny Biddle. Había ido a trabajar aquel día a regañadientes, pues tenía una migraña por la que debería haberse tomado el día libre. Iba sentado a dos asientos de distancia de Mohammed Siddique Khan cuando éste, con toda tranquilidad, introdujo la mano en la mochila e hizo detonar una potente bomba. Danny salió volando del cilindro en que

viajaba y dio con los huesos en el túnel. En cuestión de segundos se dio cuenta de que estaba ardiendo, y pensó: «Joder, estoy ardiendo, estoy ardiendo, joder, joder, joder». El reloj, metálico, le quemaba la muñeca. Pasados unos minutos comprendió que la pierna que veía a unos cuantos metros era la suya. La detonación se la había arrancado de cuajo, a la altura de la cadera. La pierna derecha también se le había desintegrado entre las hilachas del pantalón. Tenía la cabeza hinchada y un corte le atravesaba toda la frente. Había perdido un ojo. Tuvieron que pasar tres cuartos de hora hasta que llegaron a él las asistencias sanitarias, tiempo durante el cual dos desconocidos lograron atajar las hemorragias en masa con torniquetes primitivos que hicieron con trozos de sus camisas. Hay muchas definiciones académicas del terrorismo. Probemos con ésta: «Danny tuvo la certeza de que iba a morir en aquel túnel. Miró a Adrián y a Lee, sombras que vacilaban en la oscuridad, a su lado, y pensó que aquellos dos individuos, dos desconocidos, iban a ser las últimas personas que viera. Le rompió el corazón. Iba a morir en la oscuridad, sin ningún ser querido a su lado, sin que nadie que lo conociera tuviera siquiera noción de lo que estaba pasando. Ese pensamiento le aterrorizó. "No quiero morir. No quiero morir —pensó —. Tengo veintiséis años. No quiero morir así. Así no. Me quedan muchas cosas por hacer. No, así no, por favor". Con el pánico le sobrevino la culpa. Iba a dejar sola a su novia, sola sin él. Durante el resto de su vida tendría que aguantar ella con la idea de que él había muerto a oscuras, con miedo, mirando el techo sucio de un túnel, sin que nadie le dijera que lo amaba»[365].

Bibliografía escogida

Internet es indispensable para hallar información sobre las constantes mutaciones del terrorismo contemporáneo. El sitio web con base en Washington D. C. Counterterrorism.org reúne las perspectivas de expertos que tratan cuestiones de terrorismo global, especialmente las contribuciones de Douglas Farah, Evan Kohlmann y Walid Phares. Hace un seguimiento de los juicios así como de las medidas antiterroristas policiales y militares. Jamestown.org, la página web del Site Institute y la del Counter-Terrorism Center de West Point reúnen todas méritos similares, especialmente puesto que la página del CTC contiene documentos útiles incautados a Al Qaeda en vina sección bajo el título de Harmony Project. Una página web comercial llamada Stratfor.com tiene también mucha información, diseñada fundamentalmente para empresas. Entre los medios de comunicación estadounidenses, Atlantic Monthly, Foreign Affairs, el New Yorker, Time y especialmente el Wall StreetJournal contienen informaciones y análisis en muchas de las áreas que se exponen en la última mitad de este libro, al igual que el *Daily Telegraph*, el *Daily Mail*, el *Obseruer*, The *Times* y el *Sunday Times* en el Reino Unido. Puesto que se publica un nuevo libro sobre el terrorismo cada nueve horas, la lista que sigue será, cuando los lectores se levanten por la mañana, aún más incompleta de lo que era cuando se fueron a dormir la noche anterior.

Abu Iyad, My Home, My Land. A Narrative of the Palestinian Struggle (Nueva York 1981).

Abuza, Zachary, «JI's Moneyman and Top Recruiter: A Profile of Noordin MohammedTop», TerrorismFocus, 3 (25 dejulio de 2006), pp. 1-2.

Acharya, Arabinda, «The Bali Bombings: Impact on Indonesia and Southeast Asia», Hudson Institute (Nueva York 2006), pp. 1-5.

Adair, Johnny, MadDog (Londres 2007).

Adams, Gerry, Falls Memories (Dingle, Co. Kerry 1993).

—, An Irish Journal (Dingle, Co. Kerry 2001).

Alexander, Martín, y KeigerJ. F. V. (eds.), France and theAlgerian War 1954-62. Strategy, Operations, Diplomacy (Londres 2002).

Algemene Inlichtingen en Veiligheidsdienst (AIVD), ViolentJihad in The Netherlands (La Haya 2006).

Allen, Charles, God's Terrorists. The Wahhabi Cult and the Hidden Roots of Modern Jihad (Londres 2006).

Allen, Mark, Arabs (Londres 2006).

Anderson, R., Sidelights on the Home Rule Movement (Londres 1906).

Andrews, Anthony, «The Price of Peace», Observer, 6 de marzo de 2005.

Anthony, Andrew, TheFallout (Londres 2007).

Atwan, Abdel Bari, The Secret History of Al-Qaeda (Londres 2006).

Aussaresses, Paul, TheBattle of the Casbah. Counter-Terrorism and Torture (Nueva York 2005).

Aust, Stefan, Der Baader-Meinhof Komplex (Hamburgo 1998).

Baer, Robert, SeeNoEvil (Londres 2002) [Soldado de la CIA, Barcelona, Crítica, 2002].

Balestrini, Nanni, The Unseen (Londres 1989) [Los invisibles, Barcelona, Anagrama, 1988].

Bar, Shmuel, Warrantfor Terror. TheFatwas of Radical Islam and theDuty of Jihad (Stanford 2006).

—, «The Conflict between Radical Islam and the West: Origins, Prognosis and Perspectives» (estudio sin publicar, Tel Aviv 2006).

Bar-Zohar, Michael, Ben-Gurion (Londres 1978).

—y Haber, Eitan, The Quest for the Red Prince (Guilford, Connecticut 1983).

Bark, Dennis, y Gress, David, A History ofWest Germany. Democracy and its Discontents 1963-1988 (Oxford 1989), 2 volúmenes.

Barrett,J.J., Martin Ferris. Man of Kerry (Dingle, Co. Kerry 2006).

Bawer, Bruce, While Europe Slept. How Radical Islam is Destroying the West from Within (Nueva York 2006) [MientrasEuropa duerme: de cómo el islamismo radical está destruyendo Occidente desde dentro, Madrid, Gota a Gota, 2007],

Bayly, Christopher, y Harper, Tim, Forgotten Wars. TheEnd ofBritain's AsianEmpire (Londres 2007).

Bell, J. Bowyer, «The Inherent Inefficiency of the Underground», Terrorism and Political Violence, 2 (1990), pp. 193-211.

Benjamín, Daniel, y Simón, Steven, The Age ofSacred Terror (Nueva York 2002).

—, The Next Attack. The Globalization ofjihad {Londres 2005). Berko, Anat, y Erez, Edna, «"Ordinary People" y "Death Work": Palestinian Suicide Bombers as Victimizers and Victíms», Violence and Victims, 20 (2006), pp. 603-623. —, Wolf, Yval, y Addad, Moshe, «The Moral Infrastructure of Chief Perpetrators of Palestinian Suicide Terrorism» (manuscrito), pp. 10-47.

Berman, Paul, Terror and Liberalism (Nueva York 2003) [Terror y libertad, Barcelona, Tusquets, 2007].

Berntsen, Gary, con Pezzullo, Ral ph, Jawbreaker. The Attack on Bin Laden and Al Qaeda (Nueva York 2005).

Bethke ELSHTAIN,Jean,/«sí Waragainst Terror. The Burden of American Power in a Violent World (Nueva York 2003).

Bew, Paul, Ireland. ThePolitics ofEnmity (Oxford 2007).

Black, Crispin, 7-7. The London Bombs. What Went Wrong? (Londres 2005).

Blair, Tony, «A Battle for Global Valúes», Foreign Affairs, 86 (2007), pp. 79-90.

—, «What I've Learned», Economist, 283 (2007), pp. 29-31.

Blanford, Nicholas, KillingMrLebanon. The Assassination of Rafik Hariri and its Impact on the Middle East (Londres 2006).

Bobbitt, Phillip, Terror and Consent (Londres 2008).

Boucek, Christopher, «Extremist Reeducation and Rehabilitation in Saudi Arabia», Terrorism Monitor, 5 (2007), pp. 1-4.

Bowden, Mark, Killing Pablo (Londres 2001) [Matar a Pablo Escobar, Barcelona, RBA, 2007].

—, Guests of the Ayatollah (Nueva York 2006).

—, «Jihadists in Paradise», Atlantic Monthly, marzo de 2007 pp. 54-75.

Brachman,Jarret (ed.), MilitantIdeology Atlas (West Point 2006).

brisard,Jean-Charles, y Martínez, Damien, Zarqawi. The New Face of al-Qaeda (Cambridge 2005).

Brookes, Peter, ADevil's Triangle. Terrorism, Weapons of Mass Destruction, and Rogue States (Lanham, Maryland 2005).

Brown, G. I., TheBigBang. A History ofExplosives (Thrupp 2005).

Bruce, Steve, God Save Uhter! The Religión andPolitics ofPaisleyism (Oxford 1986).

—, «Turf War and Peace: Loyalist Paramilitaries since 1994», Terrorism and Political Violence, 16 (2004), pp. 501-521.

Burke, Jason, Al-Qaeda. The True Story of Radical Islam (Londres 2003) [Al Qaeda, Barcelona, RBA, 2004].

—, On the Road to Kandahar. Travels through Conflict in the Islamic World (Londres 2006).

—, «"Islamism" Has No Place in Terror's Lexicón», Observer, 26 de agosto de 2007.

Burleigh, Michael, Earthly Powers. Politics and Religión from the French Revolution to the Great War (Londres/Nueva York 2005) [Poder terrenal. Religión y política en Europa. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial, Madrid, Taurus, 2005].

—, Sacred Causes. Politics and Religión in Europe from the European Dictators toAl Qaeda (Londres 2006) [Causas sagradas. Religión y política en Europa. De la Primera Guerra Mundial al terrorismo islamista, Madrid, Taurus, 2006].

—, «Sinister Mutations», Spectator, 18 de febrero de 2006.

—, «Winning Muslim Hearts and Minds», Daily Telegraph, 30 de noviembre de 2006.

—, «Victors' Justice is Bloody, But in the End Someone had to Pay», Sunday Times, 31 de diciembre de 2006.

—, «The Iranian Who Wants an Apocalypse», Daily Telegraph, 5 de enero de 2007.

—, «Lawyers Sap our Will to Combat Terrorism», The Times, 27 de julio de 2007.

Burr,J. Millard, y Collins, Robert O., Alms for Jihad. Charity and Terrorism in the Islamic World (Cambridge 2006).

Buruma, Ian, Murder in Amsterdam. TheDeath ofTheo van Gogh and theLimits ofTolerance (Londres 2006) [Asesinato en Amsterdam: la muerte de Theo van Gogh y los límites de la tolerancia, Barcelona, Debate, 2007].

Bushnell, Prudence, «After Nairobi: Recovering from Terror», American Foreign Service Association (Washington 2000).

Byman, Daniel, Deadly Connections. States that Sponsor Terrorism (Cambridge 2005).

—, «Do Targeted Killings Work?», Foreign Affairs, 85 (2006), pp. 95-111.

Cagol, Mara, Una donna nelle prime Brigate Rosse (Venecia 1980).

Carr, Caleb, The Lessons of Terror. A History ofWarfare against Civilians (Nueva York 2002).

Carr, Matthew, Unknown Soldiers. How Terrorism Transformed the Modern World (Londres 2006).

Catanzaro, Raimondo (ed.), The Red Brigades and Left-wing Terrorism inItaly (Londres 1991).

Center for Defense Information (Washington), «In the Spotlight: Abu Sayyaf», www.cdi.org/terrorism/sayyof.cfm, 5 de marzo de 2002.

Center for Combating Terrorism (West Point), ed., Cracks in the Foundations. LeadershipSchisms in al-Qa'ida 1989-2006 (West Point, Nueva York 2007).

Chandler, Michael, y Gunaratha, Rohan, Countering Terrorism. Can We Meet the Threat of Global Violence'? (Londres 2007).

Chehab, Zaki, Inside Hamas. The Untold Story of Militants, Martyrs and Spies (Londres 2007).

Clarke, Peter, Learning from Experience. Counter Terrorism in the UK since 9/11 (Londres 2007).

Clawson, Patrick, y Rubín, Michael, Eternallran. Continuity and Chaos (Londres 2005).

Cohén, Nick, What 's Left? How the Liberáis Lost their Way (Londres 2007).

Coleman, Peter, The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Post war Europe (Londres 1989).

Coll, Steve, Ghost Wars. The Secret History of the CIA, Afghanistan and Bin Laden from the Soviet Invasión to September 10, 2001 (Londres 205)

—, The Bin Ladens (Londres 2008).

Collins, Eamon, KillingRage (Londres 1997).

Comité de Inteligencia y Seguridad de la Cámara de los Comunes (presidido por el congresista Paul Murphy), Report into theLondon Terrorist Attacks on 7July 2005 (Londres 2006).

Comité Permanente sobre Inteligencia de la Cámara de Representantes, Al Qaeda: The Many Faces of the Islamist Extremist Threat (Washington D. C., junio de 2006).

Cook, David, «Paradigmaticjihadi Movements», The Combating Terrorism Center (West Point 2006), pp. 1-32.

Corera, Gordon, Shoppingfor Bombs. NuclearProliferation, Global Insecurity and theRise andFall of the A. Q. Khan Network

(Londres 2006).

Cotton, James, «SoutheastAsiaafter 11 September», Terrorism and Political Violence, 15 (2003), pp. 148-170.

Coulter-Smith, Graham, y Owen, Maurice (eds.), Art in the Age of Terrorism (Londres 2005).

Cruise O'Brien, Conor, States ofIreland (NuevaYork 1972).

—, Ancestral Voices. Religión and Nationalism in Ireland (Dublín 1994) [Voces ancestrales. Religión y nacionalismo en Irlanda, Madrid, Espasa Calpe, 1999].

Cullison, Alan, «Inside Al-Qaeda's Hard Drive», AtlanticMonthly, septiembre de 2004 pp. 1-16.

D'Ancona, Matthew, Confessions of a Hawkish Hack. The Media and the War on Terror (Londres 2006).

Dahlby, Tracy, Allah 's Torch. A Report from behind the Scenes in Asia 's War on Terror (Nueva York 2005).

Davis, Mike, Buda's Wagón. A Brief History of the Car Bomb (Londres 2007).

Devji, Faisal, Landscapes of theJihad. Militancy, Morality, Modernity (Londres 2005) [Paisajes del Yihad. Militancia, moralidad, modernidad, Barcelona, Bellaterra, 2007].

Dillon, Martin, The ShankiUButchers. A CaseStudy in Mass Murder (Londres 1989).

Dobson, Christopher, Black September (Londres 1974).

—y Payne, Ronald, The Carlos Complex. A Pattern of Violence (Londres 1977).

Drake, Richard, The Revolutionary Mystique and Terrorism in Contemporary Italy (Bloomington, Indiana 1989).

—, Apostles and Agitators. Italy's Marxist Revolutionary Tradition (Cambridge, Massachusetts 2003).

Eagleton, Terry, Holy Terror (Oxford 2005) [Terror sagrado. La cultura del terror en la historia, Madrid, Editorial Complutense, 2007].

English, Richard, Arrned Struggle. The History of the IRA (Londres 2003).

—, Irish Freedom. The History of Nationalism in Ireland (Londres 2006).

Ensslin, Christiane, y Ensslin, Gottfried (eds.), Gudrun Ensslin: «Zieht den Trennungsstrich jede Minute». Briefe an ihre Schwester Christiane und ihren Bruder Gottfried aus dem Gefángnis 1972-1973 (Hamburgo 2005).

Enzenberger, Hans Magnus, «The Radical Loser», Spiegel Online, 20 de diciembre de 2006 pp. 1-9.

Ernesto, Cyrus, «From Revolutionary Dreams to Organizational Fragmentation: Disputes over Violence within ETA and Sendero Luminoso», Terrorism and Political Violence, 14 (2002), pp. 66-92.

Evans, Martin, y Phillips, John, Algeria. Angerof theDispossessed (New Haven 2007).

Fallows, James, «Declaring Victory», Atlantic Monthly, septiembre de 2006, pp. 60-73.

Farah, Douglas, Blood from Stones. The Secret Financial Network of Terror (Nueva York 2004).

Farrell, William R., Blood and Rage. The Story of theJapanese Red Army (Lexington, Massachusetts 1990).

Feraoun, Mouloud, Journal 1955-1962. Reflections on the French-Algerian War, traducción al inglés de Mary Ellen Wolf y Claude Fouillade (Lincoln, Nebraska 2000).

Fishman, Brian, Al-Qaida's Spymaster Analyzes the US Intelligence Community (US Marine Academy, 6 de noviembre de 2006).

Forest,James J. F. (ed.), TheMakingofa Terrorist. Recruitment, Training andRoot Cause (Westport, Connecticut 2006), volúmenes 1-3.

—(ed.), Teaching Terror. Strategic and Tactical Learningin the Terrorist World (Oxford 2006).

Foster, Roy, Modern Ireland 1600-1972 (Oxford 1988).

Friedman, George, America 's Secret War. Inside the Worldwide Struggle bet— ween the United States and itsEnemies (Londres 2004).

Fundación Quilliam (ed.), PullingTogethertoDefeat Terrorism. Recommendations for Uprooting Islamist Extremism (Londres 2008).

Gal-Or, Noemi (ed.), Tolerating Terrorism in the West. AnInternational Survey (Londres 1991).

Gambetta, Diego (ed.), MakingSenseof Suicide Missions (Oxford 2005).

—y Hertog, Steffen, «Engineers of Jihad», reunión de trabajo CSCWPRIO, Oslo, 17-18 agosto de 2006.

Garvín, Tom, Nationalist Revolutionaries in Ireland 1858-1928 (Oxford 1987).

Gebrauer, Matthias, y Musharbash, Yassin, «Islamist Terrorists Planned Massive Attacks in Germany», Spiegel Online, 5 de septiembre de 2007, pp. 1-4.

Geifman, Anna, Thou Shalt Not Kill. Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917 {Princeton 1993).

Gerges, Fawaz A., TheFarEnemy. Why Jihad Went Global (Cambridge 2005).

—,Journey of theJihadist. Inside Muslim Militancy (Orlando 2006) [El viaje del yihadista. Dentro de la militancia musulmana, Barcelona, La Vanguardia, 2007],

Gilbert, Martin, Israel A History (Londres 1998).

Glucksmann, André, Dostoievski en Manhattan (Madrid, Taurus, 2002).

Golway, Terry, Irish Rebel John Devoy and America's Fightfor Ireland's Freedom (Nueva York 1998).

Gove, Michael, Celsius 7/7 (Londres 2006).

GRAY.John, Al-Qaeda and What it Means to be Modern (Londres 2005) [Al Qaeda y lo que significa ser moderno, Barcelona, Paidós, 2004].

Green, James, Death in the Haymarket (Nueva York 2006).

Grier, Peter, «The New Al Qaeda: Local Franchises», Christian Science Monitor, 11 de julio de 2005.

—, «Where Does Al Qaeda Stand Now?», Christian Science Monitor, 5 de marzo de 2007.

Gunaratna, Rohan, «Terrorism in Southeast Asia: Threat and Response», HudsonInstitute (NuevaYork 2006), pp. 1-11.

Habeck, Mary, KnowingtheEnemy.JihadistIdeology and the Waron Terror (New Haven 2006).

Halevy, Efraim, Man in theShadows (Londres 2006) [Trece años que cambiaron el mundo: mi vida en el Mosad, Barcelona, Ediciones B, 2007].

Halliday, Fred, Islam and theMyth of Confrontation (Londres 2003) [El Islam y el mito del enfrentamiento, Barcelona, Bellaterra, 2005].

Harnden, Toby, «Bandit Country». The IRA & South Armagh (Londres 1999).

Hart, Peter, The IRA at War 1916-1923 (Oxford 2003).

—, Mick. The Real Michael Collins (Londres 2005).

Hashim, Ahmed S., Insurgency and Counter-Insurgency in Iraq (Londres 2006).

Hastings, Max, Ulster 1969. TheFight for Civil Rights in Northern Ireland (Londres 1970).

Heggoy, Alf Andrew, Insurgency and Counterinsurgency in Algeria (Bloomington, Indiana 1972).

HELLER,Joseph, The Stern Gang. Ideology, Politics and Terror 1940-1949 (Londres 1995).

Henderson, Gerard, Islam in Australia. Democratic bi-partisanshxp in action (Londres 2007).

Hingley, Ronald, Nihilists. Russian Radicals and Revolutionari.es in the Reign of Alexander II (1855-81) (Londres 1967).

Hoffer, Eric, The True Believer {Nueva York 1951).

Hoffman, Bruce, «All You Need is Love. How the Terrorists Stopped Terrorism», Atlantic Monthly, diciembre de 2001.

—, Inside Terrorism (Nueva York 2006).

Horchem, Hans-Josef, «The Decline of the Red Army Faction», Terrorism and Political Violence, 3 (1991), pp. 61-74.

HoRGAN,John (ed.), The Psychology of Terrorism (Londres 2005) [La psicología del terrorismo: cómo y por qué alguien se

convierte en terrorista, Barcelona, Gedisa, 2005].

—y Taylor, Max, «The Provisional Irish Republican Army: Command and Functíonal Structure», Terrorism and Political Violence, 9 (1997), pp. 1-32.

Horne, Alistair, A Savage WarofPeace. Algeria 1954-1962 (Nueva York 2006).

Hroub, Khaled, Hamas. A Beginner's Guide (Londres 2006) [Hamás: una guía introductoria, Madrid, Editorial Popular, 2007].

Hsu, Spencer, y Pincus, Walter, «US Warns of Stronger Al-Qaeda», Washington Post, 12 de julio de 2007.

Husain, Ed, The Islamist (Londres 2007).

Hutchinson, Martha Crenshaw, Revolutionary Terrorism. The FLN in Algeria 1954-1962 (Stanford 1978).

Ignatieff, Michael, The Lesser Evil. PoliticalEthics in the Age of Terror (Edimburgo 2005) [El mal menor. Etica política en una época de terror, Madrid, Taurus, 2004].

Ingram, Martin, y Harkin, Greg, Stakeknife. Britain 's Secret Agents in Ireland (Dublín 2004).

Jamieson, Alison, The Heart Attacked. Terrorism and Conflict in the Italian State (Londres 1989).

Jaulmes, Adrien, «Ben Laden: six ans d'une traque vaine», Le Fígaro, 10 de septiembre de 2007.

Jenkins, Philip, God's Continent. Christianity, Islam andEurope'sReligious Crisis (Oxford 2007).

Jesri, Manal El-, «Given the Chance», Egypt Today, octubre de 2007.

Johnson, R. W., South Africa. TheFirstMan, the Last Nation (Londres 2004).

Jurgensmeyer, Mark (ed.), Violence and the Sacred in the Modern World (Londres 1991).

—, Terror in the Mind of God. The Global Rise of Religious Violence (Berkeley 2000).

Kepel, Gilíes, The Revenge of God. The Resurgence ofIslam, Christianity andJudaism in the Modern World (University Park,

Pensilvania 1995) [La revancha de Dios: cristianos, judíos y musulmanes a la reconquista del mundo, Madrid, Alianza, 2005].

—, The War for Muslim Minds. Islam and the West (Cambridge, Massachusetts 2004).

—, The Roots of Radical Islam (Londres 2005), reedición de TheProphet & Pharaoh. Muslim Extremism in Egypt (Londres 1985).

—,Jihad. The Trail of Political Islam (Londres 2002) [La yihad: expansión y declive del islamismo, Barcelona, Península, 2002].

Khalili, Laleh, Heroes and Martyrs ofPalestine. ThePolitics of National Commemoration (Cambridge 2007).

KLAUSEN,Jytte, The Islamic Challenge. Politics and Religión in Western Europe (Oxford 2005).

Klein, AaronJ., StrikingBack. The 1972Munich Olympics Massacreand Israel'sDeadly Response (NuevaYork 2005).

Kohlmann, Evan, Al-Qaeda's Jihad in Europe. The Afghan-Bosnian Network (Oxford 2004).

—, «Two Decades of Jihad in Algeria: The GIA, the GSPC, and Al-Qaida», www.nefafoundation.org (2007), pp. 1-28.

Kraushaar, Wolfgang (ed.), DieRAFund der linke Terrorismus (Hamburgo 2006), 2 volúmenes.

—, Wieland, Karen, y Reemtsma, Jan Philipp, Rudi Dutschke, Andreas Baader und die RAF (Hamburgo 2005).

Kray, Kate, Hard Bastarás (Londres 2002).

Kumar, Nishant, Hijacking. A Warby OtherMeans (Delhi 2000).

Lamb, Christina, «The Hunt for Osama bin Laden», revista del Sunday Times, 18 de marzo de 2007, pp. 46-59.

Langewiesche, William, The Atomic Bazaar. The Rise of the Nuclear Poor (Londres 2007).

Laqueur, Walter, A History of Terrorism (New Brunswick, New Jersey 2001) [Una historia del terrorismo, Barcelona, Paidós, 2003].

—, No End to War. Terrorism in the Twenty-First Century (Londres 2004) [La guerra sin fin. El terrorismo en el siglo XXi, Barcelona, Destino, 2003].

—(ed.), Voices of Terror (Nueva York 2004).

—, The Last Days ofEurope. Epitaph for an Oíd Continent (Nueva York 2007).

Lawrence, Bruce (ed.), Messages to the World. The Statements of Osama bin Laden (Londres 2005) [Mensajes al mundo. Los manifiestos de Osama Bin Laden, Madrid, Foca, 2007].

Leahy, Edna, «Farc Rebel "Admits IRATrained Him"», The Times, 15 de mayo de 2005.

Levitt, Matthew, Hamas. Politics, Charity, and Terrorism in the Service of Jihad (New Haven 2006) [Hamás: política, beneficencia y terrorismo al servicio delyihad, Barcelona, Verticales de Bolsillo, 2008].

Lewis, Bernard, From Babel to Dragomans. Interpreting the MiddleEast (Londres 2004).

Linen Hall Library (ed.), TroubledImages (CD-Rom, Belfast 2006).

Lister, David, y Jordán, Hugh, Mad Dog. The Rise and Fall offohnny Adairand «C Company» (Edimburgo 2007).

Litvinenko, Alexander, y Felshtinsky, Yuri, Blowing Up Russia. The Secret Plot to BringBack the KGB (Londres 2007) [Rusia dinamitada: tramas secretas y terrorismo de Estado en la Federación rusa, Barcelona, Alba, 2007],

Loyola, Mario, «Operation Phantom Strike: How the US Military are Demolishing al Qaeda in Iraq», Weekly Standard, 3 de septiembre de 2007.

Lyons, F. S. L., Irelandsince theFamine (Londres 1971).

McDermott, Terry, Perfect Soldiers. The 9/11 Hijackers (Nueva York 2005).

McGinty, Stephen, «The English Islamic Terrorist», Scotsman, 16 de julio de 2002.

McKay, Susan, Northern Protestants. An UnsettledPeople (Belfast 2000).

Mackey, Chris, y Miller, Greg, TheInterrogator's War. Inside the Secret War against Al Qaeda (Londres 2004).

Magee, John, Northern Ireland. Crisis and Conflict (Londres 1974).

Maguire, Keith, «Fraud, Extortion and Racketeering: The Black Economy in Northern Ireland», Crime, Law and Social Change, 20 (1993), pp. 273-292.

Maiík, Shiv, «My Brother the Bomber», Prospect (junio de 2007), pp. 30-41.

Masón, Roy, Paying the Price (Londres 1999).

Melman, Yossi, The Master Terrorist. The True Story behind Abu Nidal (Nueva York 1986).

Merkl, Peter (ed.), Political Violence and Terror. Motifs and Motivations (Berkeley 1986).

MI5 (anónimo), «The Radicalisation ofMuslims: SpeakingNotes» (Londres 2006), manuscrito, pp. 1-16.

Miles, Hugh, Al-Jazeera. How Arab TV News Challenged the World (Londres 2005).

Mishal, Shaul, y Sela, Avraham, The Palestinian Hamas. Vision, Violence, and Coexistence (Nueva York 2006).

Monaghan, Rachel, «An Imperfect Peace: Paramilitary "Punishments" in Northern Ireland», Terrorism and Political Violence, 16 (2004), pp. 439-461.

Montefiore, Simón Sebag, Young Stalin (Londres 2007) [Llamadme Stalin: la historia secreta de un revolucionario, Barcelona, Crítica, 2007].

Moretti, Mario (con Rossana Rossanda y Carla Mosca), Brigate Rosse. Eine italienische Geschichte (Berlín 2006).

Morris, Richard, JohnP. Holland (Annapolis, Maryland 1966).

Morrison, Danny, All theDead Voices (Cork 2002).

Morson, Gary Saúl, «What is the Intelligentsia? Once More, an Oíd Russian Question», Academic Questions, 6 (1993), pp. 20-38.

Moss, David, The Politics ofLeft-wing Violence in Italy, 1969-85 (Londres 1989).

Mueller,John, Overblown. How Politicians and the Terrorism Industry Inflate National Security Threats and Why WeBelieve Them

(Nueva York 2006).

Mufson, Steven, Fighting Years. Black Resistance and the Struggle for a New South Africa (Boston 1999).

Mtjsharbash, Yassin, «Whatal-QaidaReally Wants», Spiegel Online, 12 de agosto de 2007 pp. 1-4.

Nagl, John A., Learning to Eat Soup with a Knife. Counterinsurgency Lessons from Malaya and Vietnam (Chicago 2005).

Nawaz, Maajid, In and Out oflslamism (Londres 2008).

Naylor, Sean, Not a GoodDay toDie. The Untold Story of Operation Anaconda (Londres 2005).

Nelson, Sarah, Ulster's Uncertain Defenders. Loyalists and the Northern Ireland Conflict (Belfast 1984).

Neumann, Peter R., Britain 's Long War. British Strategy in the Northern Ireland Conflict, 1969-98 (Londres 2003).

Noonan, Peggy, «Hatred Begins at Home», Wall Street Journal, 17 de agosto de 2007.

Norton, Augustus Richard, Hezbollah. A Short History (Princeton, New Jersey 2007).

O'Callaghan, Sean, TheInformer{Londres 1998).

O'Connor, Frank, Classic Irish Short Stories (Oxford 1985).

O'Doheriy, Malachi, The Trouble with Guns. Republican Strategy and the Provisional IRA (Belfast 1998).

O'Neill, Sean, y McGrory, Daniel, The SuicideFactory. AbuHamza and theFinsbury Park Mosque (Londres 2006).

Packer, George, TheAssassins' Cate. America in Iraq (Nueva York 2005).

Pape, Robert A., Dyingto Win. Why Suicide Temrrists Do It (Londres 2006) [Morir para ganar. Las estrategias del terrorismo suicida, Barcelona, Paidós, 2006].

Pappé, lian, TheMakingoftheArab-IsraeUCcmfUct 1947-1951 (Londres2001).

—, A History of Modern Palestine. One Land, Two Peoples (Cambridge 2004) [Historia de la Palestina moderna: un territorio,

dos pueblos, Madrid, Akal, 2007].

Patterson, Glenn, Burningyour Own (Londres 1988).

Pearl, Mañane, A Mighty Heart. The Brave Life andDeath of my Husband DanielPearl (Londres 2003) [Un corazón invencible. Vida y muerte de mi marido Danny Pearl, corresponsal de guerra, Barcelona, Martínez Roca, 2007].

Peci, Patrizio, Io l'infame (Milán 1983).

Pedahzur, Ami, Suicide Terrorism (Cambridge 2005).

Perlmutter, Amos, The Life and Times ofMenachem Begin (Nueva York 1987).

Peters, Butz, Tódlicher Irrtum. Die Geschichte derRAF{Fráncfort del Meno 2006).

Peters, Ralph, Wars of Blood andFaith. The Conflicts that will Shape the Twenty-First Century (Mechanicsburg, Pensilvania 2007).

Phares, Walid, Future Jihad. Terrorist Strategies against America (Nueva York 2005) [La futura Yihad: estrategias terroristas contra Estados Unidos, Madrid, Gota a Gota, 2006].

Phillips, Melanie, Londonistan. How Britain is Creatinga Terror State Within (Londres 2006).

Pipes, Richard, The Degaev Affair. Terror and Treason in Tsarist Russia (New Haven 2003).

poijtkovskaya, Anna, A Dirty War. A Russian Repórter in Chechnya (Londres 2001) [Una guerra sucia, Barcelona, RBA, 2003].

Porath, Yehoshuah, The Palestinian Arab National Movement 1918-1939 (Londres 1974-1977), 2 volúmenes.

Posner, Richard A., PreventingSurprise Attacks. Intelligence Reform in the Wake of9/l 1 (Stanford 2005).

Powell, Jonathan, Great Hatred; Little Room. MakingPeace in Northern Ireland (Oxford 2008).

Prince, Simón, «The Global Revolt of 1968 and Northern Ireland», Histórical Journal, 49 (2006), pp. 851-875.

Quinlivan, Patrick, y Rose, Paul, The Fenians in England 1865-1872 ~ (Londres 1982).

Rashid, Ahmed, Taliban. The Story of the Afghan Warlords (Londres 2001) [Los talibán. ElIslam, elpetróleoy elnuevo «gran juego» en Asia central, Barcelona, Península, 2002].

Reeve, Simón, The New Jackals. Ramzi Yousef, Osama bin Laden and the Future of Terrorism (Londres 1999).

—, OneDay in September (Londres 2000).

Reich, Walter (ed.), Origins of Terrorism. Psychologies, Ideologies, Theologies, States ofMind (Washington D. C. 1998) [Orígenes del terrorismo, Gerona, Pomares-Corredor, 2004].

Ressa, María, Seeds of Terror. An Eyewitness Account ofAl-Qaeda's Newest Center of Operations in Southeast Asia (Nueva York 2003).

Richardson, John, ParadisePoisoned (Kandy, Sri Lanka 2005).

Richardson, Louise, What Terrorists Want. Understanding the Terrorist Threat (Londres 2006).

(ed.), The Roots of Terrorism (Nueva York 2006).

Riedel, Bruce, «Al Qaeda Strikes Back», Foreign Affairs, 86 (2007), pp. 24-40.

Rivkin, David, y Casey, Lee A., «Family Feud: THe Law in War and Peace», NationalInterest, 89 (2007), pp. 66-75.

Robbins, Gerald, «Dutch Treat: The Netherlands Tries to Assimilate its Muslim Immigrants», Weekly Standard, 13 de julio de 2007 pp. 1-2.

Roy, Olivier, Globalized Islam. The Search for a New Ummah (Nueva York 2004) [El islam mundializado. Los musulmanes en la era de la globalización, Barcelona, Bellaterra, 2003].

—, The Politics of Chaos in the Middle East (Londres 2007) [El islam y el caos: el mundo islámico ante los retos del siglo XXi, Barcelona, Bellaterra, 2007],

Rubín, Barry, y Rubín, Judith Colp, Yasir Arafat. A Political Biography (Nueva York 2003).

Ruedy, John, Modern Algeria. The Origins and Development of a Nation (Bloomington, Indiana 2005).

Sageman, Marc, Understanding Terror Networks (Filadelfia 2004).

—, Leaderless Jihad. Terror Networks in the Twenty-First Century (Filadelfia 2008).

Sands, Philippe, Torture Team (Londres 2008).

Schiff, Ze'ev, y Ya'Ari, Ehud, Intifaáa. ThePalestinian Uprisinganá IsraeVs ThirdFront (Nueva York 1989).

Scruton, Roger, The West and the Rest. Globalization and the Terrorist Threat (Londres 2002).

—, «I Resentyour Success. I Hate You and your Kind. So I Bomb You», The Times, 9 de julio de 2005.

—, «Islamofascism», Wall Street Journal, 17 de agosto de 2006.

Seale, Patrick, Abu Nidal. A Gun forHire (Londres 1992).

Shapiro, James, «The Terrorist's Challenge: Security, Efficiency, Control», Center for International Security and Cooperation Stanford University, 26 de abril de 2007.

y Siegel, David, «Underfunding in Terrorist Organisations», International Studies Quarterly, 51 (2007), pp. 405-429.

Shepherd, Naomi, Ploughing Sand. British Rule in Palestine (Londres 1999).

Sherman, A.J., MandateDays. British Lives in Palestine 1918-1948 (Londres 1997).

Short, K. R. M., TheDynamite War. Irish-American Bombers in Victorian Britain (Dublín 1979).

Sidel, John T., Riots, Pogroms, Jihad. Religious Violence in Indonesia (Ithaca 2006).

Siegel, Pascale Combelles, «An Inside Look at France's Mosque Surveillance Program», Terrorism Monitor, 5 (2007), pp. 1-3.

Sifaoui, Mohamed, Inside Al Qaeda (Londres 2003).

Silber, Mitchell D., y Bhatt, Arvin, Radicalization in the West. The Home grown Threat, División de Inteligencia del Departamento de Policía de Nueva York (Nueva York 2007).

Silke, Andrew, «In Defence of the Realm: Financing Loyalist Terrorism in Northern Ireland» y «Drink, Drugs, and Rock n' Roll:

Financing Loyalist Terrorism in Northern Ireland», Studies in Conflict and Terrorism, 21 (1998y 2000), pp. 331-361 y 23, pp. 107-127.

Smith, Michael, KillerElite. The Inside Story ofAmerica's Most Secret Special Operations Team (Londres 2006).

Solomon, Jay, y Hookway, James, «In Indonesia, War on Terror Shows Both Gains and Worrisome Trends», Wall StreetJournal, 8 de septiembre de 2006.

Stern, Jessica, Terror in the Ñame of God (Nueva York 2004).

Stern, Klaus, y Herrmann, Jórg, Andreas Baader. Das Leben eines Staatsfeindes (Múnich 2007).

Stewart, A. T. Q„ TheNarrow Ground. Aspects of Ulster 1609-1969 (Belfast 1977).

Stone, Martin, TheAgony of Algeria (Londres 1997).

Stonor Saunders, Francés, WhoPaid thePiper? The CIA and the Cultural Cold War (Londres 1999) [La CIA y la guerra fría cultural, Barcelona, Debate, 2001].

Stora, Benjamín, Algeria 1830-2000. A Short History (Ithaca 2001).

Tamimi, Azzam, Hamas. Univritten Chapters (Londres 2007).

Taylor, Maxwell, The Terrorist (Londres 1988).

—y Quayle, Ethel, Terrorist Lives (Londres 1994).

Taylor, Peter, Provos. The IRA úf Sinn Fein (Londres 1997).

—, Loyalists (Londres 1999).

—, Brits. The War against the IRA (Londres 2001).

Thompson, Damian, Counterknowledge. How We Surrendered to Conspiracy Theories, Quack Medicine, Bogus Science and Fake History (Londres 2008).

Tong, Goh, «Beyond Madrid: Winning against Terrorism», transcripción del Council of Foreign Relations (Washington D. C., 6 de mayo de 2004), pp. 1-9.

Toolis, Kevin, RebelHearts.Journeys imthin theIRA's Soul (Londres 1995).

Townshend, Charles, Terrorism. A Very Short Introduction (Oxford 2002) [Terrorismo. Una breve introducción, Madrid, Alianza,

2008].

Trofimov, Yaroslav, The Siege of Mecca (Londres 2007).

Tucker, David, «What's New about the New Terrorism and How Dangerous is It?», Terrorism andPolitical Violence, 13 (2001), pp. 1-14.

Urban, Mark, BigBoys' Rules. The Secret Struggle against the IRA (Londres 1992).

Vandenbroucke, Lucien, «Eyewitness to Terror: Nairobi's Day of Infamy», American Foreign Service Bulletin (2000).

Venturi, Franco, Roots ofRevolution. A History of thePopulist and Socialist Movements in 19th Century Russia (Londres 2001).

Vidino, Lorenzo, Al Qaeda in Europe. The New Battleground of Internationalfihad (Amherst, Nueva York 2006).

Walden, George, Time toEmigrate? (Londres 2006).

Walker, Tony, y Gowers, Andrew, Arafat. The Biography (Londres 2003) [Arafat. La biografía, Madrid, Jaguar, 2004].

Weinberg, Leonard, A Beginner's Guide to Global Terrorism (Oxford 2005).

—, y Eubank, William Lee, The Rise andFall ofltalian Terrorism (Boulder, Colorado 1987).

—, y Pedazhur, Ami (eds.), Religious Fundamentalism and Political Extremism (Londres 2004).

Weiner, Tim, Legacy ofAshes. The History of the CIA (Londres 2007).

West, Bing, No True Glory. A Frontline Account of the Battle forFallujah (Nueva York 2005).

Windschuttle, Keith, «The Nation and the Intellectual Left», New Criterion, 27 de enero de 2007, pp. 1-11.

Wisnlewskl, Stefan, Wirwaren so unheimlich konsequent... Ein Gespräch zur Geschichte derRAF (Berlín 2003) [Fuimos tan terriblemente consecuentes: una conversación acerca de la historia de RAF con Stefan Wisniewski, Barcelona, La Llevir, 2002].

Wittke, Cari, Against the Current. The Life ofKarl Heinzen (Chicago, Illinois 1945).

Woodward, Bob, Bush at War (Nueva York 2002) [Bush en guerra, Barcelona, Península, 2003].

Woodworth, Paddy, Dirty War, Clean Hands. ETA, the GAL and Spanish Democracy (New Haven 2001) [Guerra sucia, manos limpias. ETA, el GAL y la democracia española, Barcelona, Crítica, 2002].

Wright, Lawrence, «The Terror Web», New Yorker, 2 de agosto de 2004. , The Looming Tower. Al-Qaeda 's Road to 9/11 (Londres 2006).

Ye'or, Bat, Eurabia: The Euro-Arab Axis (Madison 2005).

Yoo, John, Warby Other Means. An Insider's Account of the Waron Terror

(Nueva York 2006).

Zimonjic, Peter, Into theDarkness: An Account of 7/7 (Londres 2008).

Zuleika, Joseba, Basque Violence (Reno, Nevada 1988).

Índice analítico

Los números de páginas, logicamente, corresponden a su situación en el libro de papel, no en el digital (Nota Maquetador).

Abane, Ramdane, 169, 171, 175
Abbas, Ferhat, 158, 177, 178
Abbas, Hashim bin, 581
Abbas, Mahmud, 243
Abbott, Minnie, 27
Abdalá ibn Hussein, rey de Jordania, 209
Abd-el-Razek, Aref, 135
Abdullah, Ahmed (Ahmed «el alemán»), 546
Abed, Hani, 498 Abjasia, 515
Abu Dabi, 247, 253, 619
Abu Ghraib (Irak), 618
Abu Sayyaf (grupo), 540, 575, 577
Abu-Kair, Hussain, 233
Achimeir, Aba, 133, 134
Achraf, Mohammed, 594
Action Directe (Francia), 346, 347
Adair, Gina, 440
Adair, Johnny («Perro loco»), 410-412, 414-417, 432, 433, 436, 439, 440, 445
Adams, Gerry, 407, 409, 414, 415, 619: asiste a reuniones secretas con el gobierno británico, 390, 421, 617; y la fundación del IRA provisional, 385; en la cárcel, 394; y los asesinatos sectarios,

394; influenciado por Alex Reid, 410; asiste a funerales del IRA provisional, 413; intento de asesinato de, 426, 430; elegido para la asamblea de Irlanda del Norte y el parlamento británico, 428; abandona el boicot del parlamento irlandés, 429; negocia con Hume, 431; alega controlar la violencia del IRA provisional, 435; y el Acuerdo de Viernes Santo, 436; maneras, 438; orígenes, 415

Adams, Paddy, 405

Adelman, Ken, 639

Adén: Facción del Ejército Rojo en, 340; objetivos estadounidenses atacados en, 486

Adl, Abd al Halim, 578

Adorno, Theodor, 296

Adwan, Kamal, 235, 236

Afgani, Abu Dujan al, 589

Afganistán: guerra contra los rusos soviéticos en, 473-478, 487, 634; muyahidines, 473-477, 487; la lucha de los árabes en, 475-481, 509, 510; Bin Laden en, 478-480, 535, 537, 538; Al Qaeda en, 480, 481; retirada de la Rusia soviética de, 480; gobierno talibán en, 534-538, 612; cultivo de amapolas, 536; campos de entrenamiento, 538, 548; ataques de Estados Unidos en represalia por el atentado de Nairobi, 545, 546; la CIA en, 570; bombardeo aéreo estadounidense en, 571; y la OTAN, 625; tropas españolas en, 635; y los yihadistas británicos, 637;

Afif, Luttif («Issa»), 222-227

Africa, norte de: lucha colonial, 157. Véanse también Argelia; Magreb; Marruecos; Túnez

Africa del Suroeste, 192

afrikáners: nacionalismo, 191, 192; derrota de los zulúes en Blood River (1838), 197; métodos violentos, 205, 206

Ahern, Bertie, 436

Ahmad, jeque Omar bin, 510

Ahmed, Akbar Salahuddin, 634

Ahmed, Rabei Osman Sayed «Mohamed el egipcio», 591, 592, 594

Ahmidan, Jamal, 590

Ajaj, Ahmad Mohammed, 530, 531

Akache, Zohair Yusef «Mahmud», 337

Akselrod, Pavel, 96 Al-Ahram (periódico egipcio), 128, 512

Al-Ansar (boletín), 526, 500 Al Aqsa, Mártires de la Brigada de, 501

Al Asifa, (organización), 185

Al-Jihad (revista), 477

Al Manar (televisión), 620

Al Yazira (televisión), 593, 600, 620

Al Yihad (movimiento), 486, 533

Alarm (periódico anarquista), 109

Alaska: venta de Alejandro II a Estados Unidos de, 53

Álava (provincia vasca), 356

Albertz, Heinrich, 295, 299-301, 328

Albrecht, Susanne, 327, 333, 339, 341

Alejandro II, zar de Rusia: asesinado, 31, 80, 81, 107, 115; limitadas reformas, 51-53, 62, 72; fallidos intentos de asesinato, 61, 74-79, 82; y el terrorismo nihilista, 62 Alejandro III, zar de Rusia: intentos de suprimir los pogromos, 82; y la detención de Vera Figner, 83; intentos de asesinato de, 86, 87 Alejandro, príncipe de Battenberg, 79

Alemania: apoyo de las organizaciones irlandesas, 40, 41; ascenso bajo Bismarck, 53; actividades anarquistas en, 117; respalda la causa árabe en Palestina, 139; guerra con Gran Bretaña (1939-1945), 139; Stern busca el apoyo de, 141; y el periodo nazi, 633; fin de las luchas entre Europa y, 640. Véanse también Alemania Occidental; Alemania Oriental; RAF

Alemania Occidental (República Federal de Alemania): unidad antiterrorista, 228; ayuda técnica para Nasser, 229; éxito económico, 296; y la ideología de la Nueva Izquierda, 296, 297; radicalismo estudiantil, 297; posición de los trabajadores, 298; actividades violentas de Baader-Meinhof, 305-307; niños necesitados en, 308, 309; aumenta las fuerzas policiales antiterroristas, 320; violencia de

la RAF en, 320-322; terroristas islámicos en, 561, 562; Véase también Alemania

Alemania Oriental (República Democrática Alemana, RDA): interviene en el sur de África, 199; comunismo, 298; apoya a antiguos miembros de la RAF, 336, 343, 344

Ali, Ali Abdul Aziz, 563

Ali, Tariq, 262

Alianza del Norte afgana, 565

Allen, William O'Mera, 24

Allon, Yigal, 137

Allouache, Merzak, 524

Almirante, Giorgio, 256

ALN (Argelia), 160

Alón, Yosef, 237

Altalena (barco), 153, 154

Althusser, Louis, 263

Álvarez Enparanza, José Luis «Txillardegi», 357

Alzamiento de Pascua (Dublín, 1916), 40-42, 48, 49, 387

Amato, Mario, 291

Amedo (subcomisario de policía español), José, 372

Ameno, Ettore, 268

Ames, Robert, 238, 449, 450

Amin, Abdullah Imam Mohammed. Véase Zawahiri,

Ayman al Amin, Hafizullah, 473, 474

Ammán (Jordania), 209, 211, 213, 214: hotel Radisson SAS, 549

Amusagar, Jamshid, 245

anarquistas: acciones terroristas en Rusia, 97; ideología, 101, 106, 109, 110, 126; primeras actividades; 106-110; en Estados Unidos, 108-111; Congreso Internacional (1881), 115; sospechosos de conspiración, 115, 116, 124; actividades en Alemania, 116, 117; asesinatos e intentos de asesinato, 116-122; en Francia, 117-120; prohibición de entrada en Estados Unidos, 123; medidas oficiales contra, 122-124; en Italia, 225, 256 ANC (Congreso Nacional Africano), 188, 190-193, 195-204, 206

Anders, general Wladyslaw; 142

Andreotti, Giulio, 275, 277-279, 282,283

Andrew, Anthony, 624

Andropov, Yuri, 473

Anglo-Irlandés (1985),

Acuerdo, 429

Angola, 199, 200

Ansar al Islam (grupo), 548, 596

antisemitismo: en Rusia, 82, 90; y el concepto cruzado-sionista, 527. Véase también judíos

Apalategui Ayerbe «Apala», Miguel Ángel, 367, 368

Aparato Secreto (organización egipcia), 454 apartheid (Suráfrica), 192, 193

árabes: y el asentamiento de los judíos en Palestina, 129, 130; violencia contra británicos y judíos en Palestina, 131, 134-138, 150-156; Begin desprecia a los, 143, 144; en el conflicto argelino, 156-160, 162, 163, 175, 205; guerra de los Seis Días con Israel, 186; lucha en Afganistán, 475-481, 509, 510; donaciones a las universidades británicas, 618; Francia y el mundo, 635. Véanse también islam; palestinos; Arabia Saudí

Arabia Saudí: ayuda a financiar a Fatah, 186, 187, 215; embajada en Jartum atacada por Septiembre Negro, 233, 234; diplomáticos tomados como rehenes en París, 242; media en el Líbano, 247; y la Revolución Islámica iraní, 450, 451; fundamentalismo, 455, 456; influencia de Qutb, 458; y la guerra en Afganistán, 474-476; odio hacia la Rusia soviética, 475; y Abdullah Azzam, 477; fuerzas armadas, 484; Bin Laden regresa a, 483, 484; su reputación declina tras la primera guerra del Golfo, 484, 485; trata con Siria sobre Arafat, 488; envía ayuda a los musulmanes de Bosnia, 509; financia el wahabismo en Chechenia, 518; apoyo a los talibanes, 534; fuerzas estadounidenses en, 538, 539; política estadounidense respecto a, 570; programa antiyihadista, 606, 608; modernización arquitectónica, 616; dinero donado a Cambridge, 618; planes carcelarios, 621

Arafat, Gamal, 184, 185

Arafat, Yasir: antecendentes, 133; acciones contra Israel, 185, 186, 250, 251; apariencia y estilo, 187, 188; copia al FLN, 205; liderazgo, 206, 210; y la corrupción de la OLP, 206; y los palestinos en Jordania, 212-216; en Líbano, 214-216, 248, 249, 251, 252; funda Septiembre Negro, 216, 217; alaba a Ali Hassan Salameh, 227; autoriza el asesinato del embajador estadounidense en Jartum, 233, 234; se dirige a la ONU en Nueva York, 240; en el funeral de Salameh, 241; alto el fuego con Hussein, 242; oposición de Abu Nidal, 242; y la indiferencia egipcia, 246, 247; conflicto con Sharon, 251; deja Líbano por Túnez, 252, 488; rechaza las solicitudes de reclutamiento alemanas, 331; motín de la OLP contra, 488; reputación entre los palestinos, 488; denunciado por el Congreso Islámico, 494; desavenencias con los islamistas, 496; renuncia a la violencia, 501; recibe armas de Irán, 501

Aragonés, capitán Gieram, 576, 577

Arana, Sabino, 354, 355

Arani, Mudassar, 606

Arbeiter-Zeitung (periódico de Chicago), 111, 113

Arens, Moshe, 493

Argel: batalla de la kasba, 168-174 Argelia: lucha anticolonialista en, 156-163, 121-128, 204, 205, 206; atrocidades y tortura en, 161, 163, 164, 166-171, 180-184; el acuerdo de De Gaulle, 177-179; y la constitución de la Quinta República, 177, 178; el putsch militar francés, 179; negocia acuerdo con Francia, 181-183; éxodo europeo, 183; independencia de Francia, 183, 184; instalación del Gobierno Provisional (1962), 183; delegación de Palestina en, 184; y los secuestros aéreos, 211; anfitriona de la Conferencia de Países no Alineados, 243; y el plan de secuestro aéreo de Mohnhaupt-Boock, 336; el socialismo del FLN en, 464-466; crecimiento de la población, 464, 465; ascenso del islamismo en, 464-469; cultura juvenil, 465; campaña de terror islámico, 469; grupos yihadistas y sus atrocidades, 512, 523-527, 549, 550; inmigrantes ilegales terroristas en Gran Bretaña, 586, 587; Al Qaeda en, 633

Argelino, Movimiento Islámico (MIA), 524
Argentina, 359
Arlosoroff, Chaim, 133
Arnasan, 583, 584
Arroyo, Gloria, 576
Arruti, Arantxa, 360, 361
Arthurs, Declan, 407, 408
As-Sahab, («La nube», servicio de televisión de Al Qaeda), 593
Asad, Hafed el-, 215, 247, 252 asesinato: justificaciones ideológicas para el, 103-105 Asia, sur de: musulmanes en, 540, 581
Asiedu, Manfo Kwaku, 602 asilo en Europa, solicitantes de, 551-553
Ataturk, Mustafa Kemal, 127, 529
Atef, Mohammed, 481, 482, 563, 570, 577, 581
Atenas: ataque de Septiembre Negro al aeropuerto de, 237, 239, 240, 253
Atiya, Abu, 585
Atlantic (barco), 140
Atocha (España): atentado en la estación de, 588, 590, 593
Atta, Mohamed Mohamed el-Amir Awad el-Sayed, 562-565, 589
Atwan, Abdel Bari, 628
Audran, general Rene, 346
Augstein, Rudolf, 311
Aussaresses, Paul, 162, 167, 168, 172
Australia: víctimas en el atentado de Bali, 583-585
Autonomie Club (Londres), 122 aviones (civiles): bombas sobre, 525, 543; y los islamistas argelinos, 632; y los explosivos líquidos, 636
Awais, Nasser, 501
Axel-Springer: prensa del grupo, 300, 304, 307; atentados contra las sedes del grupo, 300, 307, 313, 322
Ayro, Adán Hashi, 631
Ayyash, Yehiya Abdal Tif, 490, 497-500, 502
Azahari Husin, 582, 585

Azania (propuesta de estado africano), 195
Azef, Evno Filipovich, 93, 98
Azerbaiyán, 485, 515
Aziz, Abu Abdel «Barbarroja», 509
Aznar, José María, 373, 587, 588
Azzam (en Nairobi), 545
Azzam, Abdullah, 477-479, 482, 483,510,518, 531
Azzawi, Riyadh al, 246
B Specials (Irlanda del Norte), 381, 384
Ba'asyir, Abu Bakar, 470, 471, 539, 581, 584
Baader, Andreas: antecedentes y activismo; 302-323; en prisión, 324-328, 330; Sartre visita a, 327; juzgado y sentenciado, 329, 330, 333; critica a Meinhof, 330; da instrucciones a Mohnhaupt, 333; suicidio, 339
Baaz (movimiento), 184, 253: y la OLP, 242
Bab el-Oued City (película), 524
Babeuf, Frangois-Noél («Gracchus»), 101, 105
Bachelet, Vittorio, 287
Bachmann, Josef, 306
Bad Kleinen, (Alemania), 350
Badawi, Nasser, 501
Badawi, Yasser, 501
Bagdad: Facción del Ejército Rojo con base en, 339, 340. Véase también Irak
Bahréin, 337, 619
Bakr, Ahmad Hassan al, 212
Bakri, Ornar. Véase Mohammed, Ornar Bakri Bakunin, Mijaíl, 125
Bakunin, Nikolai, 60, 63, 64, 66, 102: Catecismo revolucionario (con Nechaev), 63, 65 Balfour, Declaración (1917), 127, 131
Bali: atentado terrorista, 582-585
Ball, Jonathan, 433, 434
Ballesteros, Manuel, 365, 366
Balzerani, Barbara, 279, 280
Bangkok: ataque a la embajada israelí, 233, 541

Bangladesh, 471, 482, 628
Banna, Hassan al, 454
Banna, Sabri el-. Véase Nidal, Abu Banshiri, Abu Ubaidah al, 481
Barak, Ehud, 235, 236, 501
Barbie, Klaus, 170
Barghuti, Marwan, 501
Bari, Abdul, 628
Barnabas Trust, 487
Barot, Dhiran, 603, 636
Barrett, Michael, 25, 27, 28
Barrionuevo, José, 369, 372
Barry, Kevin, 45
Basaglia, Franco, 320
Basayev, Shamil, 515-519, 521-523
Bashir, Inan ul-Haq, 434
Basilán (Filipinas), isla, 575
Basse-Navarre (provincia vasco-francesa), 359
Basutolandia, 190, 196, 198 batalla de Argel, La (película), 166, 170, 305
Batallón de los Guerreros Santos (Bosnia), 511
Bates, Robert «Basher», 396, 401
Baumann, Michael «Bommi», 301, 307, 308, 313
Bawer, Bruce, 639
Bayona: la librería Mugalde atacada por el Batallón Vasco Español, 364
Bayt al Imam (grupo), 548
Bazelgette, Joseph, 627
BBC (British Broadcasting Corporation): miedo a ser acusada de racismo, 558; y el programa Panorama, 626
Beard, Mary, 622
Bechuanalandia, 190, 196
Becker, Verena, 331
Beckurts, Karl Heinz, 347
beduinos jordanos, 210

Beer, Henning, 341
Beghal, Yamel, 560
Begin, Menahem, 142-147, 149, 151, 154, 189, 206, 249, 251, 252
Beirut (Líbano): carácter; 214-216; ataque de comando israelí en, 235-237; bombas israelíes, 250-252; víctimas, 252; embajada estadounidense y barracones destrozados por camión suicida, 449, 450, 486
Belfast: violencia sectaria, 379, 388, 391, 392, 394; Gerry Adams en, 385; dividido, 386; murales [murieh], 412. Véase también Irlanda del Norte Bélgica: visión de los anarquistas, 124
Ben Badis, sheij, 157
Ben Bella, Ahmed, 159, 160, 164, 177, 188, 206, 466 Ben Buali, Hassiba, 174 Ben Gurion, David, 135, 143, 144, 153, 154
Benjeda, Ben Yusef, 183
Ben M'Hidi, Larbi, 172
Benaman, Kemal, 238
Beñaran Ordeñara, José Miguel, 365
Benedicto XVI, papa, 640
Benhayi, Ali, 468
Beniyach, Abdelaziz, 589, 590
Bennett, Ronan, 624
Benoit, Auguste-Michel, 118
Benyettou, Farid, 634
Berazadi, Ángel, 367 bereberes: en la lucha argelina, 157-159, 163, 175, 205; y la arabización de Argelia, 466; Al Qaeda en el Magreb, 631
Berg, Nicholas, 593
Berkman, Alexander, 121 Berlín. Véase Berlín Occidental Berlín Occidental: radicalismo estudiantil, 295-302; manifestaciones violentas, 307
Berlinguer, Enrico, 257, 263, 283, 337
Berntsen, Gary, 546
Berry, sir Anthony, 427

Beslán (Oseüa): secuestro de rehenes en la escuela, 522
Besse, Georges, 347
Betar (movimiento betarim palestino), 132, 134, 142
Bevin, Ernest, 147, 150
Bhutto, Ali, 472
Bhutto, Benazir, 534, 619
Bidault, Georges, 179
Biddle, Danny, 643
Biehl, Eugene, 361
Bignami, Maurice, 291
Biko, Steve, 200, 204
Bilbao: población, 354; Mola captura, 356
Bild Zeitung (periódico), 307
Billah, Moataz, 510
Bin Laden, Osama. Véase Laden, Osama Bin
Bironyim (movimiento judío en Palestina), 133 Bismarck, príncipe Otto von, 53, 107
«Black 'n' Tans» (Irlanda), 45
Black, Christopher, 426, 427
Black, Cofer, 569
Blackburn (Lancashire), 555, 626
Blair, Cherie, 624
Blair, Tony, 435-438, 592, 596, 599
Blanco, Miguel Ángel, 373
Blitzkrieg, 568, 614
Blood River, batalla de (1838), 197
Blue Water (Kent): centro comercial, 636
Blues, Movimiento de los (Alemania Occidental), 313
Bobbio, Norberto, 262
Bobbit, Philip, 625, 643
Bogoliubov, Aijip, 71
Bogrov, Dimitri, 91, 98, 99 bolcheviques: tácticas terroristas y bandidaje, 89, 91, 92, 95-97; discrepancias con los mencheviques, 96, 97

Bóll, Heinrich, 295, 324
Bollardiére, Jacques Páris de, 166
Bolonia: disturbios en, 275; atentado en la estación de ferrocarril, 291
Bolton, John, 639
Bonfield, inspector John, 111, 112
Bonn: ataque a la embajada estadounidense, 348
Bonnaud, Robert, 166
Bonsoli, Franco, 280
Boock, Peter Jürgen, 309, 331, 333, 334,336, 340
Booth, Lauren, 624
Bosnia: musulmanes y yihadistas en, 507-514; fuerzas de mantenimiento de la paz de la OTAN en, 513
BOSS (servicio de seguridad surafricano), 202 Boston (Massachusetts): irlandeses en, 20
Botsuana, 198, 199
Boulez, Pierre, 304, 305
Bourdin, Martial, 122, 125
Bourgass, Kamel, 586
Bradlaugh, Charles, 24
Braghetti, Anna Laura, 279
Braunmühl, Gerold von, 347
Bresci, Gaetano, 116, 120, 121
Brescia: bomba (1974), 269
Brett, sargento Charles, 23, 25
Brezhnev, Leonid, 473
Brigadas Rojas (Italia): y el atractivo de las pistolas y la violencia, 261, 274; composición y miembros, 263, 264, 271; activismo, 266, 267; coerción, 266; formación, 266, 267; ideología, 268; secuestros, 268-270; organización y estructura, 271; lucha contra el Estado, 277; campañas, 272-277, 284-287; juicio a sus miembros, 272; secuestro y asesinato de Aldo Moro, 277-284; medidas gubernamentales contra, 285-293; informantes (pentiti), 286-293; juzgados y condenados, 293; declive, 294; la RAF no coopera con,

341; redes, 578 Brighton: bomba del IRA provisional en un hotel, 404, 427
Broederbund (Suráfrica), 191, 192
Broker, Premio, 619 Brooks, Trevor «Abu Izzadeen», 636
Brouard, Santiago, 371
Brousse, Paul, 101
Brown, Gordon, 596, 602, 617
Browne, Des, 616
Brugiére, Jean-Louis, 635
Bruton, John, 434
Brzezinski, Zbigniew, 473, 474
Buback, Siegfried, 333
Bucerius, Gert, 311
Buchiki, Achmed, 239
Buchiki, Toril Larsen, 239
Buckley, Bill, 450
Budia, Muhammed, 237
Bugeaud, mariscal Thomas-Robert, 157
Buhired, Yamila, 173
Bulot (juez francés), 118
Bumedián, coronel Huari, 176, 184, 206, 466
Bumenyel, Ali, 121
Bundes Verfassungsschutz (servicio secreto de Alemania Occidental), 304
Buonarroti, Philippe Michel, 101, 105
Burgos, Dieciséis de (miembros de ETA), 360
Burke, Ricard O'Sullivan, 25, 26, 610
Burke, Thomas, 34
Burnham, Martin y Gracia, 575, 577
Burton, Henry, 39
Burtsev, Vladímir, 98
Buruma, Ian, 627
Bush, George W., 512, 565, 566, 568, 570, 573, 576, 615, 637
Bushnell, Prudence, 545

Butaliha, Mohamed Bekkali, 589
Buteflika, Abdelaziz, 526, 527, 631
Buthelezi, jefe Mangosuthu, 203
Butros Ghali, Butros, 461
Buyali, Mustafá, 466, 468
C13 (unidad policial de Irlanda del Norte), 440
Cabilia (Argelia), 466
Cachemira, 471-473, 475, 538, 623, 627
Cadete, Partido (Rusia), 88, 99
Cañero, Cario, 101
Cagol, Mara, 266-268, 270
Cahill, Joe, 385
Calcraft, William, 24, 28
Callaghan, James, 382, 384
Campbell, Brian, 423
Camus, Albert, 58, 172
Canadá: invadida por los irlando-americanos, 21, 22; ataques terroristas sobre Estados Unidos planeados desde, 549; y la Agencia de Fronteras de, 629
Canadiense de Fronteras, Agencia, 629
Capone, Al, 571
carlistas, guerras (1833-1840 y 1873-1876), 354
Carlos, don, 354
Carlos el Chacal. Véase Sánchez, Ilich Ramírez Carlotto, Michelle, 255 Carnot, Mane Fran^ois Sadi, 120, 122
Carón, Henri le, 33
Carrero Blanco, almirante Luis, 362-364
Cárter, Jimmy, 447-449, 473, 474, 614
Caserío, Santo Jeronimo, 120
Casey, Joseph, 25, 26
Casimirri, Alession, 280
Castellano, Cario, 276
Castro, Fidel: y la piratería aérea, 210
Catalpa (barco), 29

Cataluña: separatismo, 355, 356

Cattin, Marco Donat, 290

Cavendish, lord Frederick: asesinado, 34 Chadli Benjedid, 467, 469 Challe, general Maurice, 178, 179, 183

Channel 4 (canal de televisión), 557

Chatila: campo de refugiados en Líbano, 222, 237, 252

Chaui, Mohamed, 589

Chechenia: guerras con los rusos, 514-520, 522; actos terroristas en Rusia, 520-523 chechenos: criminalidad, 519 Checoslovaquia: suministros de armas, 196 Chejov, Antón, 58 Cheka (policía secreta de la Rusia zarista), 87, 99

Cheney, Dick, 566, 573, 574

Chernishevski, Nikolai, 59-61: ¿Qué hay que hacer?, 59

Chernomirdin, Viktor, 517

Chertoff, Michael, 635

Chester, castillo de: abortado asalto feniano sobre, 22

Chesterton, G. R: El hombre que fue jueves, 124

Chicago: disturbios laborales y violencia, 109, 110, 115; Arsenal fortificado en, 123 Chichester-Clark, James, 382, 383

Chiesa, general Alberto dalla, 285, 289, 291, 292

chií, islam: en Irán, 448, 449; en Afganistán, 537; posible guerra con los suníes, 612

Childers, Erskine, 48

China: suministro de armas de los comunistas a Palestina, 187; suministra armas para Afganistán, 476

Chirac, Jacques, 371

Chishti, Irfan, 559

Chomsky, Noam, 531

Chotjewitz, Peter, 310, 314

Churchill, sir Winston, 377, 643: simpatías sionistas, 130; salva a los refugiados del Patria, 140; amistad con Moyne, 144

CIA (Central Intelligence Agency): y Salameh, 238, 240, 449; y los atentados en Italia, 256; financia a los democristianos italianos, 257, 275; y el PNV vasco, 356; ayuda a los muyahidines contra los

soviéticos en Afganistán, 476; entregas a la, 512, 574; en Argelia, 527; unidad dedicada a Bin Laden, 544, 545; autorizada para actuar contra Bin Laden, 547; y la «guerra contra el terror» de Estados Unidos, 569; en Afganistán, 570; y el tratamiento de los sospechosos de terrorismo, 574; y los actos terroristas filipinos, 576, 577; en la Guerra Fría, 606, 617, 618; principal centro en París, 635

Cisjordania (Israel), 155, 209, 490 Clan na Gael (Estados Unidos), 29, 30, 33, 34, 36, 39, 40, 109

Clark, «Cleaky» Terence, 413

Clarke, Charles, 597 Clarke, Peter, 599

Claverie, Pierre (obispo de Orán), 525

Clerkenwell, 26, 27, 34: penal de, 25

Clinton, Bill, 512, 534, 541, 546,

547, 573 Clizbee, Kent, 576, 577

Clutton, William, 27

Coco, Francesco, 268, 272, 273

Cohén, Nick, 624

Cohn-Bendit, Danny «El rojo», 262, 327

Coleman, Peter, 606

Coleraine (Irlanda del Norte), 376

Coll, Steve, 616, 630

Collins, Eamon, 402, 403

Collins, Michael, 43, 4fr48, 142

Colombia: terroristas de las FARC, 443, 444 comandos: «Elizabeth van Dyck», 346; «Patsy O'Hara», 346; «Ulrike Meinhof», 333 Commune 1 (grupo alemán), 300, 303-305

Comte, Auguste, 57

Comunes, Cámara de los: planes para atacar la, 38, 39, 45, 419 comunistas: en Argelia, 157, 166; en Suráfrica, 189, 190, 192-196, 203, 204; en Italia, 257, 258, 262, 278

Conciencia Negra, 200 Condon, Edward O'Meagher, 23, 24, 125

Congreso Nacional Africano. Véase ANC

Connor, Mervyn John, 397

Conquest, Robert, 514

Conrad, Joseph, 32, 124, 126: El agente secreto, 33, 122, 125
Continuity IRA, 429 coptos: en Egipto, 460, 461, 463
Corday, Charlotte, 73
Cosgrave, William T., 43, 49 cosmopolitismo, 556
Cossiga, Francesco, 281, 337 Coty, René, 177
Courbet, Gustave: simpatías anarquistas, 119
Craig, Jim, 401, 402
Craig, William, 389
Craigavon (James Craig), lord, 377
Craxi, Bettino, 283
Crimea (1854-1855), guerra de, 18, 20,51 cristianismo: hostilidad musulmana al, 528
Croacia, 508, 509
croatas, 508, 511, 513
Croissant, Klaus, 321, 328, 332, 334
Crossan, Francis, 398 «cruzados-sionistas», 527, 621
Cuba: interviene en Suráfrica, 199; y la piratería aérea, 210, 211. Véase también Guantánamo Cumann na mBann (organización irlandesa de mujeres), 44
Cunningham, James Gilbert, 39
Curcio, Renato, 266-270, 273, 276, 277, 281-284, 293 Czolgosz, León, 116, 120, 121
Daguestán, 518, 519
Dahl, capitan Harry «Harry el Sucio», 343
Daly, Cahal (arzobispo de Armagh), 407
Daly, John, 38
Dar es Salaam, 196, 546
Darul Islam (Indonesia), 470
Darwin, Charles, 57
Daud, Abu, 217, 222, 223, 233, 243
Daud, Mohamed, 473 Davitt, Michael, 125
Dawsons Field (Zarka,Jordania), 213
Dayan, Moshe, 137, 140
Dayton, Acuerdos de (sobre Bosnia), 513

Dean, Diana, 549
Deasy, Timothy, 23
Debray, Régis, 309, 642
Degaev, Serguéi (más tarde Alexander Pell), 82-85
Degaev, Vladímir, 83
Degauque, Muriel, 597
Degueldre, Roger, 183
Deir Yassin (Palestina), 153, 154
Dejana, Antioco, 272
Democracia Cristiana: en Italia, 257, 275, 278, 282, 284; de Alemania, 295, 296, 298 Democracia Popular (Irlanda del Norte), 381
Deoband (India), 471, 473, 476, 628
DerSpiegel (revista), 307, 317
Derechos Civiles de Irlanda del Norte, Asociación de, 380
Derechos Humanos, Ley Europea de, 42
Derrida, Jacques, 263
Derry City. Véase Londonderry
Dershowitz, Alan, 575
Deutsche Schnellpost (diario estadounidense), 103
Devlin, Bernadette, 376, 381
Devoy, John, 29, 30
Diana de Gales, princesa, 621
Dinamarca: publicación de viñetas
burlándose del Profeta, 595;
problemas con los yihadistas, 635
dinamita: desarrollada por Nobel, 31, 32; propiedades, 77; usada por los terroristas rusos, 77-80; los anarquistas defienden el uso de la, 109, 110, 114, 115
Disraeli, Benjamin, 28
Djaout, Taher: El último verano de la razón, 524
Doha, Abu, 550, 551, 586
Domingo Sangriento: San Petersburgo (enero de 1905), 87; Irlanda (noviembre de 1920), 45; Irlanda del Norte (30 de enero de

1972), 389 Doran, Michael, 616, 643
Dostoievski, Fiodor, 32, 57, 59, 63;
Los poseídos, 58, 66
Downing Street, Declaración de (1993), 434
Dozier, general James Lee, 292
Drenkmann, Günther von, 326
Drif, Zohra, 170, 173 drusos, 215
DST. Víase Vigilancia Territorial,
Dirección de Dublín: Alzamiento de Pascua (1916), 40-42, 48, 49, 387; el IRA toma edificios (1922), 48; quema de la embajada británica (1972), 389; coches bomba lealistas explotados en, 391
Ducasse, Alain, 355
Dudayev, general Dzojar, 515, 516, 519
Duff, Douglas, 137
Dundalk (Irlanda), 209, 403
Dungannon (Irlanda del Norte), 375, 423
Dunlop, John, 514
Dunne, Reginald, 46
Dutschke, Rudi, 262, 299, 302, 306, 307, 327
Dyck, Elizabeth van, 331, 340, 346
Dynamite Press (Estados Unidos), 21
Easy Rider (película), 305
Eban, Abba, 252
Eck, Kobie van, 201
Eco, Umberto, 640
Edgar, David, 624
Edimburgo (Alfred Ernest Albert), duque de: herido por los fenianos, 28
Edwards, Benjamin «Pretty Boy», 396
Egi-batasuna (ala joven del PNV) 361
Egipto: la sharia en, 127, 625; y los inmigrantes judíos a Palestina, 128, 129; en la guerra de los Seis Días con Israel (1967), 186, 458; entrenamiento de los palestinos en, 187; descripción física, 453, 454; historia política, 453-457; y la ideología islámica,

454-462; y los Hermanos Musulmanes, 454-458; expansión y activismo de los estudiantes, 458-460; se une a Siria, 458; los coptos en, 460, 461; y el asesinato de Sadat, 463, 464; métodos de tortura de la policía, 464, 465; Al Zawahiri dirige las operaciones en, 486, 533; paz con Israel, 487; envía ayuda a los musulmanes bosnios, 509; advierte sobre los yihadistas de Bosnia, 512; actúa contra los simpatizantes islamistas, 533; entregas de Estados Unidos a, 574; planes carcelarios, 621; presiones a Al Qaeda, 631 Eid, Guy, 234

Eisenhower, Dwight D., 527

Eitan, Raphael, 250

Ejército Rojo Japonés: coopera con Septiembre Negro en Oriente Próximo, 219-221; prácticas sádicas, 210; acciones de venganza, 244 Emancipación del Trabajo, Grupo de (Rusia), 85

Emiratos Árabes Unidos, 253

Emmet, Robert, 41

Empire Rival (barco), 150

Engel, George, 113

Engels, Friedrich, 24 Enniskillen: bomba del IRA provisional en, 428, 430

Ensslin, Gudrun: antecedentes y activismo, 295, 301-320, 323, 324; detenida y encarcelada, 323, 325, 326; juzgada y sentenciada, 329-333; critica a Meinhof, 331; suicidio, 339

Entebbe: ataque israelí sobre, 331

Enzensberger, Hans Magnus, 310

Enzensberger, Ulrich, 310

Eskubi, José María, 360

Eslovenia, 508

España: ataques anarquistas en, 120; y el estatuto de los vascos, 353, 354; Guerra Civil, 356; la democracia en, 365; grupos derechistas anti-ETA, 365, 366, 370, 371; lealtad del ejército, 366, 367; victoria socialista en las elecciones (1982), 369; musulmanes en prisión, 559; ataques islamistas en, 587-596; actitud de los yihadistas hacia, 587; islamistas detenidos, 590; actitud hacia los

terroristas, 594, 595; pesqueros en aguas somalíes, 632; acuerdo con Francia sobre terrorismo, 635; conspiración para forzar su salida de Afganistán, 635; enfrentada a separatismos poderosos, 643

Esposito, Antonio, 284

Esprit (diario católico), 166

Estados Unidos: irlandeses en, 17, 28, 29; fenianismo en, 20-22; apoyo económico a los fenianos, 34; adquiere Alaska, 53; conflictos laborales, 108-114; prohibe la entrada a los anarquistas, 123; apoyo a los judíos en Palestina, 147-150; Conciencia Negra, 200; pagos a Jordania, 209; y los secuestros aéreos, 211; Grupo de Trabajo sobre terrorismo, 228; negocia con Salameh, 238, 240, 449; reconoce a la OLP, 250; apoya al IRA provisional, 385; propaganda norirlandesa en, 437; asedio a la embajada en Teherán, 448; barracones y embajada atacados en Beirut, 449, 450; ataque de la embajada de Islamabad, 453; apoya a los rebeldes afganos contra los rusos soviéticos, 474, 475; ayuda financiera a Hamás, 497; entregas, 512, 574; actividades en Argelia, 527; yihadistas islamistas en, 530-533; «Declaración de Guerra» de Bin Laden contra la ocupación de Arabia Saudí, 538, 539; ataques terroristas planeados en, 539, 549; escuelas de adiestramiento de vuelo, 563; el equipo musulmán suicida del 11-S se reúne en, 564; atacado (11-S), 565-568; respuesta a los ataques del 11-S («guerra contra el terror»), 568, 616; ingresos criminales en, 571, 572; detención y trato a los terroristas presos, 571-577; derechos de los prisioneros en, 573; sofisticado armamento de, 596; y la Ley Patriótica, 613; odio hacia los, 622; y el terrorismo yihadista global, 628; y la invasión de Irak, 634

Estocolmo: embajada alemana ocupada por los terroristas, 328, 329

Estrasburgo, 550, 551

ETA (Euskadi Ta Askatasuna): inclusión de antiguos seminaristas en, 355; fundación, 357, 358; liderazgo y organización, 359, 360; activismo y violencia, 360-363, 370-374; brazo militar (ETA-m), 361, 363; reclutamiento y pertenencia, 360, 361; brazo político-militar

(ETA-pm), 363; actitud popular vasca hacia, 364, 365; presos amnistiados por el nuevo Estado democrático, 364; civiles asesinado y heridos por, 366, 367, 371; asesina a oficiales del ejército, 366; demanda la soberanía vasca, 373; lucha callejera (kale borroka), 372; extorsiones, 374; culpada por el atentado islamista en los trenes de Madrid, 588, 589; experiencias con el Ira y con, 616. Véase también vascos Étoile Nord-Africain (movimiento), 157

Etxabe, Juan José, 365

Etxebarrieta, Txabi, 360

Etzel. Véase Irgún Europa: inmigrantes y solicitantes de asilo, 550-552, 454, 455; prestaciones de la seguridad social, 553; mezquitas, 553, 554; y el multiculturalismo, 556-559; como objetivo «blando» para Al Qaeda, 585, 589; opiniones en, 624; el islam en, 627, 628; y el yihadismo, 635-637; perspectivas en, 639-644 Europea de los Derechos

Humanos, Convención, 301, 610 Europea Occidental, Guerrilla, 346

Euskadiko Ezkerra [izquierda vasca], 363

Evans, Jonathan, 598

Evian, Conferencia de (1938), 138

Evola, Julius, 256

Exodus 47 (barco, anteriormente llamado President Warfield), 150, 151

explosivos: inventados y desarrollados, 31-34

Exxon (corporación), 275

Fahd, Shaij Salman bin, 621

Faisalabad, 577

Fanfani, Amintore, 279

Fanón, Frantz, 203, 320, 448

Faraj, Mohamed Abd al Salam, 460-462

Faranda, Adriana, 273, 274, 279, 283

Farrell, Mairéad, 430, 432 fascismo: revival en Italia, 256-258

Fassbinder, Rainer Werner, 305

Fatah (movimiento): fundado, 184; financiación, 185-187; actividades de guerrilla, 185, 186; bases en Jordania, 185, 209; copia los métodos del FLN, 205; abandona Jordania y Siria por el Líbano, 214, 215; y Septiembre Negro, 217, 222; líderes heridos por cartas bomba, 229; y el ataque a la embajada saudí en Jartum, 233; ataques a Israel, 242, 249; formación del Consejo Revolucionario, 243; la banda Baader-Meinhof entrena con, 316, 317; y la primera Intifada, 489, 493; fomenta las combatientes femeninas, 502, 504

Faul, Dennis, 421

Faulkner, Brian, 386, 390-392

Fazazi, Mohamed, 590 FBI (Federal Bureau of Investigation), 569, 576

Feith, Douglas, 633

Feltrinelli, Giangiacomo, 257, 260, 268, 306, 310, 578

fenianos (Hermandad Republicana Irlandesa): fundación, 19; apoyo en Estados Unidos, 20, 21, 36; miembros, 21; actividades violentas en Gran Bretaña, 21-25, 30, 31, 33-41; ejecutados, 24, 25, 27, 28; encarcelados, 26-29, 40; como modelo para el IRA, 40; copia de los anarquistas, 110

Fenzi, Enrico, 292

Feraun, Mulud, 163, 182, 206

Ferris, Martin, 405, 406

Feuerbach, Ludwig Andreas, 57 Fianna Fáil (Irlanda), 385

Fiat (empresa): atacada por las Brigadas Rojas, 272, 276, 288, 293

Fielden, Samuel, 112, 113

Figner, Vera: antedentes, 54, 55; actividades revolucionarias, 56, 57, 70, 76, 77, 82, 83; trabaja en un pueblo rural, 68; y el asesinato de Alejandro II, 80; arresto y encarcelamiento, 83, 84; y Degaev, 83

Filipinas, 540, 542, 575-577

Finsbury Park (Londres), mezquita de, 510, 522, 560, 586, 638

Finucane, Pat, 432, 433

Fiore, Raffaele, 280, 288

Fiorino, Cario, 286 First, Ruth, 199

FIS (Frente Islámico de Salvación), 467-469, 482, 523, 524

Fishman, Rabbi, 145

Fisk, Robert, 479

Fitt, Gerry, 379, 381

Fitzgerald, Garret, 429

FLN (Frente de Liberación Nacional, Argelia): conflicto con Francia en.Argelia, 160-179; De Gaulle negocia con, 179-181; diferencias entre facciones y violencia, 183; asume el poder en Argelia, 188; régimen, 464, 465 Florida: escuelas de entrenamiento e vuelo, 563

Florion, Emile, 117

Forcé Research Unit (FRU) Irlanda del Norte), 425, 426, 431

Forsyth, Frederick, 244

Foucault, Michel, 263, 448

Fox, Bernard, 404

FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina), 186, 187,210,211,213,217, 219, 221, 232, 242 FPLP-Comando Especial, 331

FPLP-Mando General, 242 Franceschini, Alberto, 267, 269, 289

Fráncfort: ataque incendiario, 306, 308; atentado con bomba sobre una base aérea estadounidense, 346, 347; descubierta célula terrorista argelina, 549, 561

Francia: deporta a los fenianos, 39; régimen revolucionario, 101; ataques anarquistas en, 117-120; conflicto en Argelia, 157-178; medidas antiterroristas, 164, 165, 585; tortura en Argelia, 166-169; constitución de la Quinta República, 177; resuelve el conflicto en Argelia, 178-182; y la independencia de Argelia, 182; se cansa del conflicto en Argelia, 205; unidad antiterrorista, 228; mayo (del 68) y, 258; Facción del Ejército Rojo en, 340; provincias vascas, 359; terrorismo vasco en, 365, 371; acciones antiterroristas españolas en, 369, 370; acciones yihadistas argelinas en, 512, 524; mezquitas, 553, 609; derechos a la asistencia social de los inmigrantes, 557, 558; y el multiculturalismo, 557; musulmanes en la cárcel, 559; y el antiterrorismo, 635; y la diplomacia, 635

Franco, general Francisco, 356, 357, 360-364, 366, 369

Franjieh, Suleiman, 237

Freiheit (periódico), 107-110 Fremantle (Australia occidental), 29

Frick, Henry Clay, 121 Friedrich, Ralf Baptist, 327 Friuli (Italia): terremoto, 274 Froger, Amédée, 171 Front de 1'Algérie Frangaise (FAF), 179

FRU. Véase Forcé Research Unit FSB (sucesor ruso del KGB), 520, 521, 523

Fuerza 17 (guardaespaldas de Arafat), 187 Fuerza Nueva (España), 366

Gadafi, coronel Muamar: sobre el Ejército Rojo Japonés, 221; sobre la OLP en Beirut, 251; Abu Nidal se une a, 254; apoyo a Abu Sayyaf, 540

Gaélica, Liga (Irlanda), 18

GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación), 369, 370-372

Gallagher, doctor Thomas, 36, 37

Gailinari, Prospero, 279, 280, 284

Gallo, Charles, 117

Galloway, George, 624

Galtieri, general Leopoldo F., 615

Galviagi, general Enrico, 291

Gama'at, Al (organización), 512 Gambetta, Léon, 117

Gancia, Vallarino, 270

Gandhi, Mohandas Karamchand, 190

Garibaldi, Giuseppe, 24, 132

Garnett, Edward, 124, 125

Garzón, Baltasar, 372

Gaulle, Charles de: y el conflicto argelino, 177-180; intentos de asesinato de, 181; y Fath, 187; y la constitución, 271

Gaza, franja de, 155, 488-490, 492-494, 499, 501; universidad Al Azhar de, 494, 495

Gemayel, Bashir, 251, 252 Gemayel, Pierre, 246

Genscher, Hans-Dietrich, 225, 347

Geraghty, Anthony, 395

Gershuni, Grigori, 93
Ghafur, Ahmad Abd al, 243
Ghalyun, Basel, 588 Ghazali, Muhammad al, 467 Ghozi, Farthur Román al («Mike el fabricante de bombas»), 582
GIA (Grupo Islámico Armado), 512, 524-526, 550, 594
Gibraltar: ataque frustrado del IRA provisional, 429, 430
Gilmour, Raymond, 427
Girotto, Silvano, 269
Gladstone, William Ewart, 18, 28, 29, 35
Glasgow: actividades fenianas en, 35, 37
Godard, Yves, 171, 173
Godson, Dean, 437
Goergens, Irene, 315, 316
Gogh, Theo van, 595
Golán, Altos del: Israel se anexiona, 250
Goldenberg, Grigorii, 75, 78
Goldman, Emma «la Roja», 108, 120,121
Goldreich, Arthur, 189
Goldstein, Baruch, 498
Golose, coronel Petras Reingard, 585
Gómez Nieto, sargento Pedro, 370
González, Felipe, 369, 372, 589
González Katarain, María Dolores «Yoyes», 368, 369
oodhall, Paul, 511
Gorbachov, Mijaíl, 203, 480, 515
Gorinovich, Nikolai, 71, 73
GPU (policía secreta soviética), 99
Grams, Wolfgang, 349, 350
Gran Bretaña: actividades fenianas en, 21-26, 30, 33-40; ataques del IRA en (década de 1920), 45; leyes de asilo, 123, 124; Mandato en Palestina, 128, 129, 133, 134; reprime la sublevación árabe en Palestina, 135, 136; estallido de la guerra con Alemania (1939), 139; restringe la inmigración de los judíos en Palestina, 139; actúa contra

el terrorismo judío en Palestina, 146-151; tácticas anti terroristas en Malasia, 164; forma destacamento militar contrarrevolucionario, 226;

campaña de atentados del IRA provisional en el resto del país, 392, 393, 427, 433; subvenciona Irlanda del Norte, 433; presencia en Egipto, 454; ciudadanos musulmanes en, 555, 556; multiculturalismo en, 557; derechos de los presos en, 573; en Irak, 597; terroristas suicidas en, 598-603; niega medalla militar por la batalla de la provincia de Helmand, 605; conversaciones con los talibanes, 616; extremismo islamista en, 618; y la Fundación Quilliam, 621; como refugio seguro, 623; y los valores locales, 627; y el terrorismo, 635. Véase también Londres

Grasshof, Manfred, 321

Grave, Jean, 119

Greenwich Park (Londres), 122, 125

Grenzschutzgruppe Neun (GSG-9,Alemania), 228

Griffith, Arthur, 43, 47

Grinnell, Julius, 113

Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale (GIGN, Francia), 228, 453 Grozni (Chechenia), 515, 516, 518, 520, 521

Grupo Islámico Armado. Véase GIA

Grupo salvaje (película), 274

Guantánamo (Cuba): bahía de, 574, 580; campo de prisioneros en la base estadounidense de, 607, 618

Guardia Civil (España): formada, 354; conflicto con ETA, 358, 360, 365, 367; parejas ubicuas de la, 363; secuestra a Lasa y Zabala, 369

Guernica, 356

Guerra Fría (1947-1989), 607, 614, 617, 620

Guerra Mundial (1939-1945), Segunda: actitud de Suráfrica en, 191

Guerrilleros de Cristo Rey (movimiento español), 366

Guevara, Ernesto Che, 185, 189, 221, 309, 358

Guipúzcoa (provincia vasca), 353, 356

Guiso, Giannino, 283

Gutfreund, Yossef, 223, 224
Haag, Siegfried, 329, 331
Haan, Israel de, 130
Haas, Monika, 336
Habash, George, 186, 210, 213, 219, 242, 243, 331
Habermas, Jürgen, 296
Habib, Avshalom, 149
Habib, Philip, 251
Haddad, Wadi, 331, 333, 336
Hadj, Messali, 157
Haganah (fuerza de defensa judía): formada, 130, 134, 152, 154, 155; Etzel se escinde de, 131; y la hostilidad árabe, 137, 138; apoya a Gran Bretaña en la guerra, 140; y Stern, 142; conflicto con los británicos, 144, 146; se une al Movimiento de Resistencia Hebrea, 145, 146; y los refugiados del Exodus, 150 Hage, Wadi el—, 545
Haifa, 131
Haig, general Alexander, 250, 340, 341
Hajj, Budela al, 510 Hales, Seán, 48
Hamás (Movimiento de Resistencia Islámica o Harakat al Muqawama al Islamiyya): formado, 495, 496; estatuto, 495; ataques en Israel, 496-500; aumento de los miembros, 496, 497; terroristas suicidas, 498-500, 502, 504, 505, 625; y el campo de refugiados de Jenin, 506; y la radicalización, 611; conversar con talibanes y, 616; y Hezbolá, 619
Hambali (Encep Nuijaman, conocido como), 539, 540, 581, 582, 584
Hammani, Sa'id, 248
Hamshari, Mahamud, 232
Hamshari, Marie-Claude, 232
Hamza al Masri, Abu «la Zarpa», 478, 510, 522, 526, 551, 553, 554, 560, 587, 636, 637 Hani, Chris, 198, 199
Hanif, Asif Muhammad, 506
Haniyah, Ismail, 497
Hanjour, Hani, 563

Hanna, Philomena, 415
Hantash, Yusif Abu, 248
Harakat ul-Mujahidin (Cachemira): campamento yihadista, 623
Harbi, Jaled al, 567
Hariri, Mike, 230, 231, 238, 239
Harland and Wolff (Belfast), astilleros, 376, 437
Harte, Gerard, 432
Hassan, Abu. Véase Salameh, Ali
Hassan Hastings, Max, 381
Hausner, Siegfried, 320
Hay-Nissan, Adina, 147 hazara (Afganistán), los, 537
Heath, Edward, 213, 391, 419 Hebrea, Movimiento de Resistencia, 145, 148
Hecht, Ben, 148
Heinzen, Karl, 102-106 Hekmatayar, Gulbuddin, 483 Helbing, Monika, 343 Helfman, Gesia, 81, 82 Helmand (Afganistán), provincia
de, 536, 605 Helu, Ziad, 236 Henkel, Manfred, 303 Henkel-Michel, Elly-Leonore
«Ello», 303, 304, 308 Henry, Émile, 119-123 Henze, Hans Werner, 310 Herat (Afganistán), 473, 548 Hermanos Musulmanes, 454, 455,
457, 458, 477 Herold, Horst, 320, 351 Herrhausen, Alfred, 347, 348 Herri Batasuna (coalición), 363-
365, 368, 371, 373, 374 Hertzfeldt, Sophia Leshern von, 74 Herzen, Alexander, 60, 61, 63 Herzen, Natalia, 66 Herzog, Marianne, 312 Hezbolá (Partido de Alá): formado, 449; acciones terroristas, 450; ayuda a los refugiados de Hamás de Israel, 497; conversar con Hamás, 616, 617
Hill, Ronnie, 428 Hillegaart, Heinz, 329 Hisradut (sindicato palestino), 138 Hitler, Adolf, 139, 298, 508: se reúne y apoya al gran muftí, 132, 133
Hizb ut-Tahir [Partido de la Liberación], 507, 554, 556, 618
Hizb-ul-Mujahedin (grupo), 472 Hobsbawm, Eric, 260 Hódel, Emil Max, 116 Hodgkinson, Sarah, 27 Hodgson, Jack, 189 Hofmann,

Sieglinde, 320, 331, 334 Hogefeld, Birgit, 349, 350 Holanda: programas para los imames, 554; multiculturalismo, 557; problemas con los yihadistas en, 635 Holland (submarino), 30 Holland, John, 30 Holm, Eric, 191

Holocausto: y la identidad nacional israelí, 156, 205, 228; negación del, 351, 621; y el trato israelí hacia los palestinos, 492, 509, 639; y la Alemania nazi, 633 Homann, Peter, 317 Honecker, Erich, 343 Hoppe, Manfred, 320 Horkheimer, Max, 296 Howard,John, 585 Huarte, Felipe, 362 Hughes, Brendan, 385, 394, 419 Hume, John, 376, 431 Humphrey, Hubert, 300 Husain, Ed, 625: The Islamist, 618 Hussain, Hasib, 599-601 Hussein, Kayid, 248 Hussein, rey de Jordania, 210-214,

216, 242, 458, 472, 496, 500 Husseini, Abd el-Kader el—, 154 Husseini, Ghazi el—, 217, 219 Husseini, Haj-Amin al, gran muftí de Jerusalén, 129, 130

Ibrahim, Andrew, 636 Ibrahim, Muktar Said, 601, 602

IDF (Fuerza de Defensa Israelí), 153, 252, 488, 492, 496, 497, 505, 506

Idris, Wafa, 504 Iglesia católica romana: actitud hacia los fenianos, 17, 25; apoya la guerra contra Alemania, 40; respalda el Estado Libre Irlandés, 47; excomulga al IRA, 48; e Irlanda del Norte, 49, 374-379; en Italia, 261, 262; los vascos y, 355

Iglesia de Irlanda (protestante), 18,

28, 43, 376 Iglesia reformada holandesa, 191 Ignacio de Loyola, san, 354 Ikegami, Haruki, 542 Imron, Ali, 583, 584 Indio, subcontinete: musulmanes

en el, 469, 471 Indochina: derrota francesa en,

157, 158, 160, 164, 171 Indonesia: musulmanes en, 470; estructura socioeconómica, 469, 470; antisemitismo en, 527, 528; actos terroristas locales, 580-584; actividades antiterroristas, 585; intentos de introducir la sharia, 611; autoridad islámica, 620; planes carcelarios en, 621; actividad yihadista en, 632; «Infierno» (grupo nihilista), 61, 62 Inkatha para la Libertad, Partido

(zulú), 203 INLA (Ejército Irlandés de Liberación Nacional), 419, 427, 436, 445 Inman, almirante Bobby, 545 Inmigración y Naturalización, Servicio de, 614, 629 inmigrantes: y los derechos a prestaciones sociales, 557, 558; y el choque cultural; 558, 559 Instituto de Arte Contemporáneo

(Londres): exposición Crash, 352 Internacional Anarquista,

Congreso (1881), 115 Internacional Antianarquista,

Conferencia (1898), 123 Internacional de Ayuda Islámica,

Organización, 540 Internacional de Pilotos

Comerciales, Asociación, 211 Internacional del Pueblo Trabajador, Federación Americana de la Asociación. Véase Internacional Negra Internacional Negra (Federación Americana de la Asociación Internacional del Pueblo Trabajador), 109, 110, 115 Internet: uso de los islamistas de,

592-594, 611, 636 Intifadas. Véase palestinos IRA (Ejército Republicano de Irlanda): vínculos con organizaciones extranjeras, 20, 578; orígenes, 40, 48; campaña militar contra los británicos 43—45; ataques en el resto de Gran Bretaña (década de 1920), 45, 46; busca un acuerdo político, 46; toma edificios en Dublín (1922), 48; en Irlanda del Norte, 380, 384; asesinatos, 386, 387, 394, 395; conversaciones clandestinas con funcionarios británicos, 394; dominio de sus miembros en las prisiones, 595; y «la larga guerra», 614; experiencia con, 616. Véanse también IRA provisional; IRA real

IRA provisional: Consejo Militar, 385; formación, 384; violencia, 386-395, 397-399, 401, 402, 420, 427, 428, 430-432; conversaciones clandestinas con oficiales británicos, 390, 391, 393, 394; y la propuesta de retirada de Wilson, 392; campaña de atentados en el resto de Gran Bretaña, 392, 427, 433; Collins se une al, 402, 403; Libro Verde, 403; reclutas y apariencia, 405-410; huelgas de hambre, 413, 420; celebraciones de los mártires, 413; estatus y comportamiento de los miembros, 416, 417; medidas contra el, 418, 420-424; conducta de los presos, 418-421; reestructurado para la «larga guerra», 419, 614; medidas de contrainteligencia, 418; informantes y soplones, 424-427; atacado

por el SAS, 432; alto el fuego (1997), 435; y el Acuerdo de Viernes Santo, 436; quebrantamiento de la entrega de armas, 437, 438; relaciones con grupos terroristas extranjeros, 438; roba el Northern Bank (2004), 439, 441; actividades criminales, 440-444; disparos y palizas de castigo, 441, 442; asesinatos, 445; y la experiencia europea de, 616

IRA real, 437

Irak: terrorismo sionista en, 156; tropas en Jordania, 212; pagos a Abu Nidal, 243; guerra con Irán, 247, 448; implicación española en, 588, 589; invasión (2003), 596, 597, 634; combatientes extranjeros contra la coalición en, 597; asesinatos contra musulmanes intersectarios en, 596; y la insurgencia, 613, 615; y los yihadistas, 632; Al Qaeda en, 634; y Francia, 635

Irán: guerra con Irak, 247, 448; Jimmy Cárter visita, 447; la república bajo el ayatolá Jomeini, 448, 449, 554; alienta los actos de terrorismo en el extranjero, 449— 451; apoyo a los musulmanes bosnios, 509; adictos a la heroína en, 537; atentado con bomba de Yusef en, 540, 541; obstrucción a los moderados, 555; terremoto en, 620; influencia en expansión de, 634. Véase también Mohamed Reza Pahlevi, sha de Irán

Irgún (Irgun Zvai Leumi, o abreviado Etzel): formada, 131, 133, 134; Begin la lidera contra los británicos, 142-145, 147-149; se une al Movimiento de Resistencia Hebrea, 145; ataques terroristas contra los árabes, 152— 155

Irish People (periódico), 21

Irlanda: demandas de reformas, 17— 19, 28; quejas contra los británicos, 17-19; la cuestión del Home Rule (autogobierno), 18, 29, 40; introducción del reclutamiento obligatorio (Primera Guerra Mundial), 42; independencia, 43, 47, 48; protestantes atacados, 43; guerra civil (década de 1920), 48, 49; y los problemas de Irlanda del Norte, 384, 386; apoyo al IRA provisional en Irlanda del Norte, 387; reticencia a aceptar a Irlanda del Norte en la República, 390, 391; voluntarios se unen al IRA provisional, 405; reacción a la muerte de Bobby Sands, 421; firma el Acuerdo Anglo-Irlandés (de 1985), 429;

debilidad del Sinn Fein en, 431, 432; boom económico, 443; y el terrorismo, 617. Véase también fenianos

Irlanda, Estado Libre de: fundado, 42, 46-49

Irlanda, Invencibles de, 34

Irlanda, Voluntarios de, 40, 43

Irlanda del Norte: protestantismo, 47, 378-380, 382, 383, 386; formada, 49; condiciones, 374; posición de los católicos en, 374—379; escolarización, 375; desempleo y declive económico, 375, 377; movimiento por los derechos civiles, 380; guerra civil sectaria, 381, 386; medidas del gobierno británico en, 382, 390; presencia del ejército británico, 383-388; introducción del internamiento, 386, 387; imposición del gobierno directo desde Westminster, 389; proposición del poder compartido, 390, 391; Acuerdo de Viernes Santo (1998), 392, 436; alto el fuego, 394; y los efectos del encarcelamiento, 408; carácter y estilo de vida de los terroristas, 409-415; fin de los internamientos sin juicios, 417; tribunales Diplock, 418; red de seguridad y vigilancia, 424; y el Acuerdo Anglo-Irlandés (1985), 429; subvencionada por el gobierno del Reino Unido, 433; y la Declaración de Downing Street (1993), 434; reconstitución del Servicio de Policía, 436; herencia escocesa en, 437; flaqueza de los lealistas en las relaciones públicas, 437; suspensión de la asamblea, 438; marchas y desfiles,438; actividades criminales lealistas, 438-440; atracos armados, 441; muertes en los Disturbios, 445; bajas en el ejército británico, 606; y la «larga guerra», 614, 615, 617. Véase también Belfast Irlanda del Norte, Servicio de Policía de: formado, 436

Irlandés, Partido Parlamentario, 40

Irlandesa, Guardia (conocidos como «Mick Barretts»), 28

Irlandesa, Hermandad Republicana. Véase fenianos Irlandesa, Liga de la Tierra, 34

Isabel, emperatriz de Austria, 120

Isabel, infanta de España, 354

Ishutin, Nikolai, 61, 62

islam: leyes y tradiciones, 127; y el asentamiento de los judíos en Palestina, 131; y la umma (comunidad) global, 451; textos y creencias religiosos, 452; y el fundamentalismo, 455; ideología, 457; en el sur de Asia, 469, 471; en Bosnia, 507-509; conflicto con el cristianismo, 513; visión de Occidente y del sionismo, 528; hostilidad al dominio y los valores occidentales, 528-530, 611, 612; practicado en Europa, 553-555; y el multiculturalismo, 556-560; y el racismo, 556, 557; reclutamiento para el terrorismo, 559-563; y las medidas antiterroristas, 605-610; y el extremismo, 615-619; como proselitista, 625; en Argelia, 631, 632. Véase también yihadismo

Islamabad: asalto a la embajada estadounidense, 453; atentado contra la embajada egipcia, 533

Islambuli, Jalid Ahmed Shawqi al, 461-463

Islambuli, Muhammed al, 461, 462

Islámico, Congreso, 494 Islámico, Grupo (Al Jamaat al Muslimin), 460

Islámico de Desarrollo, Banco, 451

Islámico de Salvación, Frente. Véase FIS

Ismoil, Eyad, 532

Israel: judíos mizrahíes en, 156; guerra de los Seis Días (1967), 186, 458; mayoría israelí en, 205; atacado desde Jordania, 209; intervención armada en Jordania, 211; se moviliza contra sirios y jordanos, 214; los palestinos atacan desde Líbano, 215, 249; intercambia prisioneros con los palestinos, 221; masacre de los deportistas olímpicos (1972), 222-227; acciones de venganza tras la masacre de Múnich, 227— 230; recopilación y procesamiento de información de inteligencia, 229-231; envía cartas bomba, 229; política de asesinatos y puesta en práctica, 231; ataque de un comando en Beirut, 236, 237; acciones contra los palestinos, 237; negocia con los palestinos moderados, 242; invade Líbano, 248-250; bombardea Beirut, 250-252; izquierdistas de Alemania Occidental lo condenan como fascista, 299; guerra con los árabes (1973), 451; conflicto con los palestinos, 487; y las Intifadas palestinas, 487-493, 495, 496, 501, 503, 505, 506; paz con Egipto y

Jordania, 487; controla la franja de Gaza, 488; trato a los palestinos, 490, 491; fomenta el islamismo fundamental, 494; actúa contra Hamás y Fatah, 496; y los Acuerdos de Oslo, 496; atentados suicidas en, 498, 502; la marina intercepta armas provenientes de Irán, 501; hostilidad islámica hacia. 528; Bush reconoce la solución de los dos estados, 570; consideración en Europa de, 618, 622, 633, 634, 641. Véase también Palestina Israel-Palestina, Liga para la Amistad, 242

Italia: incidentes terroristas, 256— 258, 269; neofascismo, 257; condiciones académicas y activismo estudiantil, 258-262, 264, 275, 285; comunismo en, 257, 258, 262, 278; disturbios en la industria, 263-265; reacción del estado a los secuestros de las Brigadas Rojas, 267-271; grupos radicales, 272, 273; desastres naturales y accidentes, 274, 275; corrupción política y desorden, 275; hostilidad de las Brigadas Rojas al estado, 277; y el secuestro de Aldo Moro, 280-284; medidas antiterroristas, 285-292; rumores de la implicación de logia masónica y el servicio secreto en el asesinato de Moro, 293; y los solicitantes de asilo, 552; coloca micrófonos en el apartamento de unos islamistas en Mián, 592; células yihadistas en, 635; delincuencia en, 644; Véase también Brigadas Rojas Iturrioz, Paco, 357 Ivanov, Ivan, 65-67, 71

Iyad, Abu (Salah Jalef), 155, 217, 219, 222, 223, 234, 236, 241-243, 246, 247

Izetbegovic, Alija, 508

izquierda vasca. Véase Euskadiko Ezkerra

Izzedine al Qassam, Brigada (Hamás), 497, 499

Jabotinsky, Zeev, 132, 133, 140, 153 Jaffar, Mohammed Jalim bin, 581 Jalalabad, 534, 535 Jaled, Leila, 213 Jalef, Salah. Véase Iyad, Abu Jalifa, Manzur, 216 Jalifa, Mohammed Jamal, 540 Jalturin, Esteban, 78, 79 Jamaat-e-Islami (organización), 472, 628

Jarrah, Ziad, 562, 563

Jarrai (grupojuvenil vasco), 373

Jartum: embajada atacada por Septiembre Negro, 233, 234; Bin Laden en, 485, 486; Al Zawahiri en,533

Jatab, Ibn al, 517-521, 585

Jeffries, John «JJ», 434

Jelfa, Frazeh, 216

Jemaah Islamiyah (red del sur de Asia), 471, 482, 540, 570, 581, 582

Jenin, campo de refugiados palestino, 505, 506

Jerusalén: ataques árabes a judíos en, 131; atentado en el hotel Rey David, 146, 147; disturbios tras la visita de Sharon al Monte del Templo, 501 Johnston, John, 395 Jomeini, ayatolá Ruhollah: régimen en Irán, 448, 449; odia a los saudíes, 451; alaba a los agitadores extranjeros, 453; oposición saudí a, 474, 485; fatwa contra Rushdie, 554

Jordania: bases de Fatah en, 186, 209; refugiados y grupos palestinos en, 210-212, 214; tropas iraquís en, 212; intervención armada israelí, 211; represión de la OLP, 213, 242; diplomáticos asesinados, 253; y Septiembre Negro, 458, 472; paz con Israel, 487; Al Zarqawi planea ataque a, 549; tierra natal de Abu Qatada, 623

Jouhaud, general Edmond, 179, 183

Jóvenes Musulmanes, Organización de, 554

Juan Carlos, rey de España, 364, 373

Juan Pablo II, papa, 542

Judía, Agencia, 129, 133, 138, 144, 148, 152, 156, 185 Judía, Brigada: formada por británicos, 139, 140 Judiakov, Ivan, 61, 62 judíos: en la Rusia zarista, 51, 68, 90; pogromos rusos contra, 82; se asientan en Palestina, 127-131, 133; conflicto de los árabe con los, 129-131, 134-138, 150-156; persecución nazi a los, 138, 139; sirven con los británicos en la Segunda Guerra Mundial, 139, 140; se oponen a los propios terroristas en Palestina, 145; huida de los países musulmanes, 156; abandonan Argelia, 183; en Suráfrica, 192, 193; hostilidad islámica a, 527, 528; rechazo del término cosmopolita, 556; ortodoxos, 626. Véanse también antisemitismo; Israel Juegos Olímpicos de 1972. Véase Munich Jünschke, Klaus, 324

Justice, Ann, 27 Justicia Popular (organización rusa), 65

«K» (terrorista yihadista), 585, 586
Kabul: caída (1992), 509, 535; talibanes en, 536
Kadirov, Ajmad, 521
Kadirov, Ramzan, 522, 523
Kadre, Rabah, 586
Kahane, Meir, 532
Kaltoum, Um, 620 Kandahar, 535, 537
Kant, Immanuel, 63
Kaplan, Robert, 526
Karadzic, Radovan, 508
Karakozov, Dimitri, 61, 62
Karim, Abdul Basit Mahmud Abdul (Ramzi Yusef), 482, 530-532, 540— 544
Kazajistán, 514, 628
Keenan, Brian, 406, 417
keffiyahs, 187, 615
Kelly, Ge raid, 408, 410, 445
Kelly, Jalid, 592
Kelly, Thomas J., 21, 23
Kenia, 545, 546
Kennedy, Robert, 213
Khan, Mohammed Siddique, 597— 600, 637, 643
Khan, Pervez, 636, 637
Kibalchich, Nikolai, 77, 80, 81
Kickham, James, 21
Kiesinger, Kurt Georg, 295: Los campos de la muerte de Bosnia (película), 507
Kilcullen, David, 614, 615
Kinkel, Klaus, 348, 349
Kissinger, Henry, 228, 240
Klar, Christian, 340, 342, 344
Klarsfeld, Beate, 295
Klein, Hansjoachim, 327
Klerk, P. W. de, 203

Kohl, Helmut, 335, 347 Koka,
Halil, 495 Kollek, Teddy, 145
Komando Yihad (Indonesia), 470
Konieczny, Hans-Peter, 324 konkret (revista), 310-312, 318
Krasin, Leonid, 100
Kray, Ronald y Reginald, 440 Kreisky, Bruno, 242, 245, 248
Krekar, Najmuddin Faraj Ahmad, 548, 590
Krim, Belkacem, 159, 160, 179
Kroecher, Michael, 302, 303
Kroesen, general Frederick, 342
Kropotkin, príncipe Dimitri, 74
Kropotkin, príncipe Piotr, 70, 102, 106
Krutwig Sagredo, Federico, 357
Kuala Lumpur, 539
Kubaissi, Basil al, 233
Kulayev, Nur-Pashi, 522
Kunzelmann, Dieter, 307
kurdos: disidentes asesinados, 450; terroristas suicidas, 502; en Al Qaeda, 548; Sadam usa armas químicas contra, 597 Kuwait: Abu Nidal chantajea, 253; en Al Qaeda, 481; ciudadanos, 482; Sadam invade, 483, 484; apoya a Hamás, 496; y el parlamento, 619
La Pointe, Ali, 170, 171, 173, 305
Labiate, Bruno, 268
Laborista, Partido (británico): apoyo a los revolucionarios rusos, 88; victoria electoral (1945), 145; restringe la inmigración judía a Palestina, 150
Labourd (provincia vasco-francesa), 359
Lacoste, Robert, 169, 176
Laden, Hermanos Bin (empresa de construcción), 453
Laden, Osama Bin: y la Revolución Islámica, 450, 451; como discípulo de Qutb, 458; condenado por los saudíes, 471; se ofrece a financiar la Oficina de Servicios, 478; en Afganistán, 478-480, 523, 532, 535, 537; cualidades, 478, 479; funda Al Qaeda, 480-482; regresa a Arabia Saudí, 483, 484, 616; en Jartum, 485, 486; oficinas

en Londres, 484, 485; mujeres e hijos, 486; y la yihad bosnia, 510; y al Suweilum, 518; anima a los yihadistas argelinos, 526; paga las facturas legales de Nosair, 532; ofrece ayuda a los yihadistas afganos árabes en Pakistán, 534; emite la «Declaración de Guerra contra los Americanos» en Arabia Saudí, 538; sugiere el asesinato de Clinton, 541; y Jaled Sheij, 544; planea ataques con aviones sobre Estados Unidos, 544; bajo supervisión de la CIA, 544, 545; dominio como líder terrorista, 548; y el adiestramiento de vuelo de los terroristas del 11-S, 562, 563; y los ataques del 11-S en Estados Unidos, 565-568; especulación sobre su paradero, 571, 630; y el bombardeo estadounidense de Afganistán, 571; y la captura de los líderes de Al Qaeda, 577, 578; sobre Internet, 592; reconoce la posición de Al Zarqawi en Irak, 597; carta abierta a, 621; la marca, 643 Laing, R. D., 320

Lamari, general Smain, 526

Lamb, Graeme, 616

Laqueur, Walter, 639

Larkin (feniano), 24

Larteguy, Jean, 165

Lasa, Joxean, 369

Lashkar-e Tayyeba (grupo), 472

Laskar-Yihad (grupo terrorista indonesio), 471, 581

Latif, Abdul, 139, 140

Latif, Muhammad Abd al, 455

Lawrence, Thomas Edward

«Lawrence de Arabia», 130

Lealistas, Fuerza de Voluntarios (Loyalist Volunteer Forcé o LVF, Irlanda del Norte), 410, 440

Léauthier, Léon, 117

Lebed, general Alexander, 518

Lee Kuan Yew, 582

Leeds, suburbio paquistaní de, 600, 601

Lehi (Lohamei Herut Israel), 142, 144-146, 148, 153, 185

Lemass, Sean, 44, 378

Lenin (Vladímir Ulianov): y las actividades revolucionarias de su hermano Alexander, 86; aboga por el terror, 95, 96, 99; interés de Baader en, 310; ¿Qué hacer?, 60, 457

Leonardi, Oreste «Judo», 279

Lesoto, 199

Levine, Amiram, 236 Lewinsky, Monica, 547

Libanés de Salvación Nacional, Consejo, 251

Libanés, Movimiento Nacional, 246

Líbano: las fuerzas de Arafat se trasladan a, 214, 215; Israel atacado desde, 215; campos de refugiados en, 237; disensiones internas y violencia, 246-249; tropas sirias en, 247; los israelíes invaden el sur de, 249, 250; la OLP abandona, 251, 252; chiíes movilizados, 449; actividades terroristas islamistas en, 449, 450

Liberación Islámica, Frente Moro de (MILF), 540

liberación nacional, luchas de, 205, 206

Libertad Cultural, Congreso por la, 617, 620 Libi, Abu Laith al, 631 Libi, Ibn al Sheij al, 574

Libia: ayuda a financiar a Fatah, 187; terrorismo de estado en Alemania Occidental, 345; Véase también Gadafi, coronel Muamar

Liddle, Rod, 624

Liebermann, Joseph, 629

Lieske, Julius, 117

Liga de Naciones: concede el mandato de Palestina a Gran Bretaña, 127, 128

Limerick: atraco del IRA provisional, 455 Lindsay, Jermaine, 599

Lingg, Louis, 111-114

Litvinenko, Alexander, 520

Litvinov, Maxim, 100

Livingstone, Ken, 624 Lloyd George, David, 45, 47

Lo Muscio, Antonio, 276

Lóbe, Paul, 304

Lockerbie (Escocia): bomba en avión, 543

Lockheed (empresa), 275 Lod (Israel), aeropuerto de, 220, 221

Loiacono, Alvaro, 280

Lomasney, William Mackey, 37-39
London Review of Books (LRB), 622
London School of Economics, 244, 507, 561
Londonderry: población católica, 375, 376; Derry City, 378; desfiles de los Apprentice Boys, 383
Londres: ataques fenianos en, 37, 39; ataques del IRA en (década de 1920), 45; anarquistas en, 115, 122, 125; embajador israelí disparado en, 250; ataques del IRA Provisional en, 427, 434, 435; refugio para islamistas («Londonistán»), 484, 485, 550, 551, 585; atentado del 7-J, 598— 600, 645; adicionales intentos de atentar y juicios, 602-604; y los Juegos Olímpicos (2012), 626; la mezquita radical de Finsbury Park en, 638
López Irasuegui, Gregorio, 360
Lorenz, Peter, 328
Loris-Melikov, príncipe Mijaíl, 79— 81
Lorusso, Pier Francesco, 275
Lufthansa: secuestrado y asaltado el vuelo 181 «Landshut», 336-338
Luthuli, Albert, 190, 195, 196
Luthuli, Destacamento, 198
Lynch, David, 414
Lynch, Jack, 383
Lynch, Mick, 405
MacBradaigh, Caoimhin, 430
Macchiarini, Idalgo, 268
MacKeague, John, 382
MacStiofáin, Séan, 384, 385, 388
MacSwiney, Terence, 44
Madani, Abassi, 467, 468
Madden, Thomas, 397 Madjlis ech-Chura (Argelia), 468
Madrid: atentados en los trenes, 588-591, 594
Magee, John Joe, 426
Magee, Patrick, 404, 427
Magreb (norte de África), 156, 482; Al Qaeda en el, 631

Mahler, Horst, 299, 301, 307, 308, 310, 313-316, 318, 326, 328, 351 Mahmud. Véase Akache, Zohair Yusef

Maier-Witt, Silke, 327

Majelis Mujahidin (organización), 471

Major, John, 434, 435

Malan, Daniel Frangois, 191, 192

Malasia: tácticas antiterroristas británicas en, 164, 205; historia de la Emergencia de, 613; y la actividad yihadista, 632; táctica del general Templaren, 633

Malasia, Ejército de Liberación de las Razas de, 613, 614

Malasia (1948-1957), Emergencia de, 613

Malatesta, Errico, 101, 102

Malik, Shiv, 559 Malta (barco), 33

Manchester: fenianos en, 22, 23; bomba del IRA provisional, 435; policía asesinado por sospechoso de terrorismo, 586

Mandela, Nelson: en Argelia, 188; antecendentes, 189, 192, 195; lectura, 189; actividades en Suráfrica, 189; aboga por la acción militar, 196; juzgado y absuelto de traición, 195; cadena perpetua, 197; critica los ataques del ANC sobre los civiles, 201; campaña para liberar a, 202; como líder nacional, 206

Mandelson, Peter, 435 Manila (Filipinas), 541-543

Mano Roja, Comando de la (Belfast), 386, 396

Manson, Charles, 210

Manzanas, Melitón, 360

Mao Zedong, 266, 273, 312

Marcuse, Herbert, 296

Marighella, Carlos, 260, 310

Maritain, Jacques, 266

Markievicz, Constance, 43

Maronitas: en Líbano, 246, 247, 249, 251

Marruecos: y la lucha anticolonial, 156; y la piratería aérea, 164; ataques del FLN desde, 174, 175, 178; entregas estadounidenses a, 574; política española sobre, 587; Al Qaeda presionada por, 631 Marruecos, Mártires de (grupo), 594

Marshall, Penny, 509
Martin, Leo, 385
Martin, Sargento Clifford, 149
Martov, Iuly, 96
Marx, Karl, 24, 57; El capital, 66 marxismo: y la explotación de las clases, 56; y los revolucionarios socialistas, 94, 95; creencias sionistas en, 132; en Italia, 258, 259, 261, 262; y leninismo, 622
Mashaal, Jaled, 500
Masjadov, general Asían, 517-519, 522
Masón, Roy, 418, 419
Masri, Wahiudeen al, 510
Massari, Mohamed al, 593
Massey, Anna, 391
Massu, general Jacques, 167-169, 171, 176, 177
Masud, Ahmed Shah, 483, 565, 568
Matkal, Sayaret, 235
Matoub, Lounés, 525
Mattarella, Piersanti, 287
Maudling, Reginald, 615
Mauriac, Frangois, 166
Maurras, Charles, 166
Mawdudi, Mawlana, 472
maximalistas (Rusia), 94, 95
Maxwell, Alexander, 400
Mazar-e-Sharif (Afganistán), 537
Maze (anteriormente Long Kesh): prisión de, 346, 387, 395, 401, 403, 408, 409; acciones de protesta y huelgas de hambre, 413-421
McAllister, Samuel «Big Sam», 396, 399, 400
McCabe, Jack, 391 McCabe, Jerry, 435
McCann, Danny, 430 McCann, Eamonn, 381
McCann, Stephen, 399
McCartney, Robert, 416, 444
McCormick Reaper Works (Chicago), 110-112
McCoy, Brian, 395

McCurtain, Tomas, 44
McFarlane, Brendan «Bic», 395 McGirr, Colm, 423
McGlinchey, Dominic «Perro loco», 406.
McGrath, William, 382
McGuinness, Martín: asiste a conversaciones secretas en Londres, 390; en prisión, 394; y los asesinatos sectarios, 394; humillado por un patrulla del ejército, 404; ascetismo, 410, 426; antecedentes, 415; odio de Scappaticci a, 426; elegido para la asamblea de Irlanda del Norte, 428; pide la liberación de los terroristas de Limerick, 435; como segundo de Ian Paisley, 438, 445; negociaciones con Powell, 617
McGurk, Philomena, 388 McKeag, Stevie, 415-417
McKee, Billy, 385
McKee, William Ronald y James, 395
McKinley, William: asesinado, 116, 120, 121
McLaverty, Gerard, 400
Meca, La: y el hajj, 451; violencia en (1979), 452, 453; y el clan de los Bin Laden, 616 Meinhof, Ulrike: activismo, 302, 310, 311-321; detenida y encarcelada, 324-326; juicio, 328— 330; críticas de Baader y Ensslin, 330; muerte, 330; El concepto de la guerrilla urbana, 319
Meins, Holger, 319, 323, 326-328
Meir, Golda, 224, 229, 230, 232, 234, 235
Mencheviques: actitud hacia el terrorismo, 96; ruptura con los bolcheviques, 97
Mendés-France, Pierre, 242
Mendizábal Benito, Eustaquio
«Txikia», 362, 363
Mendoza, Rodolfo «Boogie», 543
Mermant, Operación (Gran Bretaña, 2003), 586
Mezentsov, Nikolai Vladimirovich, 74
Mezzeroff, Profesor (seudónimo), 32, 33
Miami Showband, 394
Michelini, Arturo, 256

Mielke, Erich, 343
Mijailov, Alexander, 74, 75
Milán: atentado terrorista en un banco, 255, 256; Brigadas Rojas en, 263, 264, 266; Instituto Cultural Islámico (ICI), 509; población musulmana, 509, 554; célula islamista descubierta y «pinchada», 551, 592
Mili, John Stuart, 24
Milosevic, Slobodan, 508
Miram Shah (Waziristán), 630
Mirbach, barón von, 329
Mirbeau, Octave, 119
Miró, Joan, 361
Mitterrand, Frangois: y el conflicto argelino, 167
MK Véase Umkhonto we Sizwe
Mogadiscio (Somalia), 338, 340, 486
Mohamed Reza Pahlevi, sha de Irán, 300, 447, 448
Mohammed, Ali, 545
Mohammed, Fazul Abdullah, 545
Mohammed, Jalid Sheij «Abdul Majid»: en Kuwait, 482; planes de ataque a Estados Unidos, 530, 539-545, 563, 565; en Manila, 541-543; visita a Bin Laden, 544; y el derrumbamiento de las Torres Gemelas, 565, 567; detenido en Rawalpindi, 577, 578; idea más ataques a embajadas extranjeras, 582, 583; relaciones con Barot, 603
Mohammed, Omar Bakri, 506, 604
Mohammed, Ramzi, 601
Mohnhaupt, Brigitte: detenida y encarcelada, 323, 330, 336; toma el mando de la RAF, 323, 339, 340, 350; actividades terroristas, 332-336
Mohtashamipur, Ali Akbar, 449
Mola Vidal, general Emilio, 356
Móller, Irmgard, 324, 339.
Mollet, Guy, 169
Molly Maguires (Estados Unidos), 108

Monaghan, Jim «Mortar», 444
Montgomery, mariscal de campo Bernard Law, 146
Montoneros (Argentina), 359
Moore, George, 234
Moore, William, 396-400
Moorehead, James «Nigger», 401
Moreno Bergareche, Eduardo «Pertur», 367
Moretti, esposa de Mario, 273
Moretti, Mario, 264, 267, 272, 273, 277-280, 283, 284 Moro, Aldo, 277-284, 287, 290, 293, 294
Moro, Leonora, 278, 282, 284
Morogoro, Conferencia de, 199
Morrison, Danny, 428
Morton, Geoffrey, 142
Morucci, Valerio, 279, 280
Mosad (servicio secreto israelí): y Septiembre Negro, 229-237; y el asesinato de Salameh, 238, 240; asesinato erróneo en Noruega, 239; intentos de desestabilizar Italia, 275; y el asesinato de líderes de Fatah, 496; mata a Fathi Shiqaqi, 499; intentos de asesinar a Mashaal, 500; confesiones de un oficial del, 617
Moscú: terrorismo checheno en, 520; rehenes del teatro de Dubrovka, 521
Mossad le-Aliyah Bet, 139
Most, Johann, 106-110, 114, 125; La ciencia de la guerra revolucionaria, 110
Moukharbel, Michel, 244, 245
Mountbatten, lord Louis: asesinato, 419
Moussaoui, Zacarías, 560, 563, 564, 587
Mouvement Islamique Armé (Argelia), 466
Movimento Sociale Italiano (MSI), 256, 275
Movimiento 2 de Junio (Alemania), 301, 307, 313, 328, 341, 343
Mowlam, Maijorie «Mo», 435, 436
Moyne (Walter Edward Guinness), lord: asesinato, 144, 145, 147, 148

Mozambique, 199, 200

Mubarak, Hosni, 455, 463, 464, 512,533

muftí (de Jerusalén), gran. Véase Husseini, Haj-Amin al Mugabe, Robert, 615

Mugniyah, Imad, 486

Mujabarat (agencia de inteligencia egipcia), 217

mujeres: en la Rusia zarista, 52-55; en el conflicto argelino, 169-171; en los grupos terroristas musulmanes, 218; en las huelgas italianas, 265; en Irán, 447; en las Intifadas palestinas, 491; como terroristas suicidas, 502, 504, 505; bajo los talibanes en Afganistán, 536, 537; posición bajo el islam, 556, 557, 559, 611; y el voto en Kuwait, 619; en Occidente, 620; y los asesinatos por honor, 624

Mujlas, 582, 583

Müller, Arndt, 332 Müller, Gerhard, 320

Muller, Robert, 628 multiculturalismo, 556, 557

Munari, Antonio, 288

Múnich: masacre de los Juegos Olímpicos (1972), 222, 225, 227, 229

Munn, Tracy y Colin, 389

Murad, Abdul, 540-544

Muraviev, conde Mijaíl, 62

Murphy «Lenny», Hugh, 396-402, 414, 445

Murphy, James, 25, 26

Murphy, Jemmy. Véase Whitehead,

Alfred George

Murphy, Thomas «Slab», 406

Musa, Abu, 510

Musharraf, Pervez, 619, 630

Muskens, Tiny, obispo de Breda, 611, 641

Mussolini, Benito: causa problemas en Palestina, 136, 141; da refugio al gran muftí, 139

Musulmán de Gran Bretaña, Consejo, 627, 628

Musulmana, Liga Mundial, 450 musulmanes. Véanse árabes; islam

Muyahidin e-Jalq, organización, 541
Nablús: campo de refugiados en, 501
Nagorno-Karabaj, 515
Nairobi (Kenia): ataque a la embajada estadounidense, 545
Napoleón III, emperador de Francia, 21
Nasser, Gamal Abdel, 158, 187, 212, 215, 450, 454, 455, 457, 617
Nasser, Kamal, 235, 236
Nasshaar, Issa al, 495
Natal (Suráfrica), 190
Navarra: y los vascos, 353-356
Nawaz, Maajid, 621
Nayibulá, Mohammed, 535
Nazis: posición en la creación de un estado judío, 135; persecución de los judíos, 138; legado en Alemania, 295; vigencia y comparaciones, 616, 633
Neave, Airey: asesinado, 419
Nechaev, Serguei, 62-67, 71, 72, 76, 90, 102, 242, 310
Necker, Meir, 149
Neebe, Oscar, 113, 114
Negri, Antonio, 262, 263, 283, 285, 286, 292, 294
Negros, Cien (movimiento ruso), 92
Nelson, Brian, 426, 427
Netanyahu, Benjamín, 500
Netanyahu, Yoni, 235, 331
Neusel, Hans, 348
Newrzella, Michael, 350
Nicolás I, zar de Rusia, 51
Nicolás II, zar de Rusia: intentos de reforma, 88; y los disparos a Stolipin, 99
Nidal, Abu (Sabri el-Banna, llamado), 210, 214, 242, 243, 247, 248, 250, 253, 254 Niebuhr, Reinhold, 625
Nietzsche, Friedrich, 57
nihilismo y nihilistas, 30-32, 58, 59, 109,110

Nirumand, Bahman, 306
nitroglicerina, 31
Nittal, Heinz, 248
Nixon, Richard, 213, 214, 228, 330
Nkrumah, Kwame, 195
Nobel, Alfred, 31
Nobiling, Karl Eduard, 116
Noel, Cleo, 234
NORAID, 497
Noruega: acciones del Mosad en, 238, 239 Nosair, El-Sayyid, 532
Notarantonio, Francisco, 426
Nuclei Armati Proletari (grupo),
272, 276, 285 Nueva York: anarquistas europeos en, 103, 106, 108; yihadistas en, 530. Véase también World Trade Center
Nugent, Kieran, 418
Nurhasyim, Amrozi bin Haji, 583
Nuijaman, Encep. Véase Hambali
Nyerere, Julius, 198
Nyschen, Marie de, 201
Ó Brádaigh, Ruarí, 385, 429
O'Brien, Conor Cruise, 380
O'Brien, Michael, 23, 24
O'Callaghan, Sean, 405, 406, 409
O'Casey, Sean, 18, 49; El arado y las
estrellas, 49
Ó Conaill, Dáithí (Dave O'Connell), 385
O'Dowd, familia (Irlanda del Norte), 395
Ó Fiaich, Tomás, 407
O'Hara, Patsy, 346
O'Keefe, John, 27
O'Neill, Terence, 377, 378, 382
O'Neill, Thomas, 34
O'Reavey, familia (Irlanda del

Norte), 395
O'Sullivan, Joseph, 46
O'Toole, Fran, 395
Oake, detective Stephen, 586
OAS (Organización Armada Secreta, Argelia), 168, 179-183, 205
Oately, Michael, 390
Oberammergau: ataque a la academia de la OTAN, 345 Obrero Solcialisrta, Partido, 624
Occorsio, Vittorio, 273
Odeh, Mohamed Sadeek, 545, 546
Odierno, Raymond, 633
Oficina de Servicios (árabe), 477
Ogarev, Nikolai, 63 Ohnesorg, Benno, 300, 301
Ojrana (policía secreta zarista), 94, 98, 99
Okamoto, Rozo, 220, 221, 224
Okidoro, Takeshi, 220
OLP (Organización para la Liberación de Palestina): Fatah toma el control, 187, 188; corrupción en, 206; represión en Jordania, 213, 214, 242; relaciones con el FPLP, 213; en Líbano, 215, 216; y Septiembre Negro, 217; adhesiones tras la masacre de Munich, 228; dispersa Septiembre Negro, 241; facciones partidarias del «rechazo», 242; derrota y bajas en Líbano, 246-249, 487, 488; campaña de Abu Nidal contra los moderados, 247, 248; ataca Israel desde Líbano, 249, 250; reconocida por Estados Unidos, 250; la banda Baader-Meinhof entrena con, 316, 317; interés de Estados Unidos en, 487; diferencias con los palestinos, 488; y la primera Intifada, 490— 496; rivalidad con Hamás, 495, 496; acepta el estado de Israel, 496; como organización paraguas, 578
Omagh: bomba del IRA real, 437
Omar, mulá, 535, 537, 548, 565, 575
Omar, Petit, 174
Omar, Yasin Hassan, 601
ONU (Organización de Naciones Unidas): partición de Palestina, 151; fuerzas de mantenimiento de paz en Bosnia, 511 OPEP

(Organización de Países Exportadores de Petróleo): Carlos el Chacal ataca la sede en Viena, 245 Or, Theodore, 501 Orange, Orden de (Irlanda del Norte), 376, 379, 438

Ordine Nuovo, 256, 366 Organisation Spéciale (OS, Argelia), 160

Organización de la Conferencia Islámica, 451, 485

Organización, la (grupo nihilista), 61

Orsini, Felice, 21 Osinski, Verían, 73, 74 Oslo, Acuerdos de, 496 Osman, Hussein (Hamdi Isaac, llamado), 601, 602 Otaibi, Abu Hamad al, 507

OTAN (Organización del Tratado del Aüántico del Norte): fuerzas de mantenimiento de la paz en Bosnia, 513; considera el terrorismo como un crimen, 569; y Afganistán, 625, 630

Othman, Omar Mahmud, 550 otomano, imperio, 127

Owhali, Mohamed Rashed Daud al, 545

Pa'il, Meir, 153

Pablo VI, papa, 282, 284, 361

Padua: universidad, 285

Paeffgen, Christa, 303

Paglin «Gidi», Amichai, 145, 147

Paice, sargento Marvin, 149

Países No Alineados, Conferencia de los (Argelia), 243 Paisley, Ian, 378, 379, 390, 407, 429, 437, 438, 445 Pakistán: islamismo militante en, 471, 472; madrazas, 473; y la guerra en Afganistán, 474; y los talibanes en Afganistán, 534; aprovecha los campos de entrenamiento afganos, 538; y los ataques estadounidenses contra Afganistán, 547; terremoto en, 620; y Al Qaeda, 623, 630; asesinato de Libi en, 631; y los vínculos conspiradores, 636

Palawan (isla), 575

Palestina: mandato británico y administración, 127-130; establecida como patria para los judíos, 127-133; violencia árabe antibritánica y antijudía en, 131, 135-138; inmigración judía, 131, 134; movimientos ideológicos judíos en, 133; agitación en la industria, 135; propuesta de partición, 135; inmigración judía restringida por los británicos, 139, 150; inmigrantes refugiados, 139;

oposición a los británicos durante la guerra, 140, 141; terrorismo judío antibritánico, 143-152; conflicto árabe-israelí, 150-156; la ONU vota la partición, 151; policía transferida a Malasia, 151; asentamientos «hebraizados», 155; abandono de los británicos, 204; Inter Services Intelligence (ISI), 473. Véase también Israel Palestina, Movimiento para la Liberación de (Harakat Tahrir Filastin), 184

Palestina, Organización para la Liberación de. Véase OLP

Palestino, Consejo Nacional, 186, 496

palestinos: como refugiados, 155, 186; entrenamiento en Egipto, 187; refugiados y grupos en Jordania, 209, 210-212; facciones, 210, 493; ataques sobre Israel desde Líbano, 215; prisioneros liberados a cambio de israelíes, 221, 488; los asesinatos del Mosad contra, 230-233; moderados negocian con Israel, 242; conflicto con Israel, 487; intifadas, 487, 489— 493, 495, 496, 501, 503, 505, 506; en la franja de Gaza, 488; represión israelí de los, 491

Pallás, Paulino, 121

Palmach (organizaciónjudía), 140, 144, 145

Panafricano, Congreso (PAC), 195, 196, 198

Pankisi (Chechenia), valle, 585

Panzieri, Raniero, 262

Paquistaní, Alianza Nacional, 472

Paracaidistas, Regimiento de (británico): y el Domingo Sangriento (1972), 389; miembros asesinados por el IRA provisional, 419

Pardines, José, 360

París: fenianismo en, 19, 21, 39; comuna (1871), 102, 107, 303; terrorismo del OAS argelino, 180, 181; diplomáticos saudíes capturados por Abu Nidal, 242; acciones de Carlos el Chacal en, 244; la RAF basada en, 340; objetivos de Al Qaeda en, 585; central de la CIA en, 635; el argelino Saiki en, 638

Parnell, Charles Stewart, 18, 30

Parry, Timothy, 434

Parsons, Albert, 110, 112-114

Parsons, Lucy, 110
Partí du Peuple Algérien, 157
Partido Nacionalista Vasco. Véase PNV
Partido Social Revolucionario de Rusia, 76, 77
Partisana, Grupos de Acción (Italia), 257, 268
Pasadren (organización iraní), 450, 497
Pasqua, Charles, 371, 524
Patria (barco), 140
Patriótica, Ley (Estados Unidos), 613
Patten, Informe (sobre Irlanda del Norte), 436
Pavis (flautista irlandés), 397
Pavlov, Ivan: La purificación de la humanidad, 94
PCI (Partido Comunista Italiano), 257, 279
Pearl, Daniel, 561
Pearse, Padraig, 41, 42, 48, 49, 411, 445
Peci, Patrizio, 287-290
Peci, Roberto, 292
Peckinpah, Sam, 274
Peel, Comisión (1936-1937), 134, 136, 138
Peirce, Gareth, 606
Pensilvania: se estrella el avión suicida (11-S), 566
Pentágono (Washington): ataque (11-S), 541, 544, 565, 566
Peres, Simón, 500
Pertini, Sandro, 283
Peshawar: árabes en, 477
Pétain, mariscal Philippe, 158
Peters, Ralph, 639
Petraeus, general David, 633, 634 petróleo: aumento de los precios, 450; reservas de Oriente Próximo, 528, 529
Philippeville (Argelia), 162
Phillips, Ivan Lloyd, 149
Phoenix Park (Dublín, 1882), asesinatos de, 34, 108
Pilger, John, 531
Pilsudski, mariscal Józef, 86, 87, 132

Pinelli, Giuseppe, 255, 256
Pinkerton, Agencia de Detectives, 108
Pinter, Harold, 531
piratería aérea, 210-213, 219, 231, 232, 328, 331 Pisacane, Cario, 101 Pissarro, Camille, 119 Plejanov, Georgy, 75, 76, 85
PNV (Partido Nacionalista Vasco), 354-357, 361, 365
Pohl, Helmut, 344, 345
Politkovskaya, Anna, 520
Pollock, Jackson, 606
Polonia: bajo el gobierno de la Rusia zarista, 52, 53; y los colonos judíos de Palestina, 132, 134
Pompidou, Georges, 179
Pontecorvo, Gillo, 166, 170, 305
Ponto, Jürgen, 333, 346
populismo: en Rusia, 54, 56, 67-70, 74-76
Poqo (organización surafricana), 198
Portugal: pierde las colonias africanas, 199
Potere Opéralo (revista italiana), 262
Potere Proletario Armato (grupo italiano), 272
Pouget, Jean, 174, 175
Poujade, Pierre, 166
Powell, Colin, 573
Powell, Jonathan, 617 Preocupación Humana Internacional, 510, 512, 513
Prevención del Terrorismo, Ley de (británica), 418, 420
Prima Linea (grupo italiano), 273, 285, 287, 290, 291
Prinzing, juez Theodore, 330
Prizhov, Ivan, 65
Proll, Astrid, 309, 314-316, 324; Hans und Orete (Pictures on the Run 67-77), 352
Proll, Thorwald, 305, 308-310
protestantes: en Irlanda del Norte, 375-385
«Protocolos de los sabios de Sión», 495
Putin, Vladímir, 519, 520, 522

Qaeda, Al: desprecia el diálogo, 206; formación, 474, 480; miembros y líderes, 481-483, 548, 549; facciones y diferencias, 483; campos de entrenamiento en Sudán, 486; expulsada de Sudán, 487; intento de asesinato de Mubarak, 512; Egipto actúa contra, 533; en Afganistán, 537, 538, 570, 571; vigilancia de la CIA de, 544, 545; y los atentados de Kenia, 546; y el ataque al World Trade Center, 565, 568; combatientes asesinados o capturados por las fuerzas estadounidenses, 571; y Sadam Husein, 570; tácticas de evasión, 578; organización como red, 577— 580; financiación y actividades criminales, 579, 581; y sus acciones en el sur de Asia, 582; ataca objetivos europeos, 585, 589; uso de Internet y de servicios de televisión, 591-594; recluta combatientes para Irak, 596, 597; en Irak, 597, 598, 636; medidas contra, 605, 606; proyecto de provocar una guerra suní-chií, 612; intentos por deslegitimar, 616, 621, 623; mutación tras el 11-S, 629; en Pakistán, 630; en el Magreb, 631; fracaso de, 634 Qaeda Plus, Al, 578 Qalaq, Izz al Din, 248 Qaradawi, Yusef al, 467, 624 Qasimy, Abu Talal al, 510, 512, 513 Qassam, Izz al Din al, 132, 134 Qassir, jeque Ahmed, 449 Qatada, Abu, 510, 525, 526, 550, 551, 553, 562, 590, 623, 638

Qatar, 619

Qawuqji, Fawzi al, 136

Quaranta, Domenico, 559

Queen's University (Belfast), 376

Quilliam, Fundación, 621

Qutb, Mohamed, 458

Qutb, Sayyid, 455-458, 461

Rabah, Essat, 216

Rabin, Isaac, 152, 154, 499

RAF (Facción del Ejército Rojo, Alemania): miembros y actividades, 319, 323; acuñación del nombre, 319; miembros juzgados y encarcelados, 323-327, 331, 335, 336; Mohnhaupt toma el mando, 323, 340; miembros entrenan en Aden, 331; secuestros y chantaje, 335, 336; coopera con el FPLP, 336; bajas y deserciones, 341, 345; actividades posteriores (la «tercera generación»), 345,

346, 349, 351; personal capturado, 342, 343; rebaja la campaña, 349; reunión (1997), 350; término; 351; redes y contactos, 578

Rafferty, Sean, 415

Rahman, jeque Omar Abdel, 461, 463,531

Ramadan, Tariq, 618

Ramala (Israel), 502

Ramstein (Alemania), base aérea, 502

Rantisi, Abdul Aziz al, 495, 497 Raspe, Jan-Cari: actividades, 312, 323, 325-327; juzgado y condenado, 329, 333; suicidio, 339

Rauch, Georg von, 321 Ravachol, Frangois-Claudius, 118, 119,123, 124

Reagan, Ronald, 251, 252, 431 Redmond, John, 40 Rees, Merlyn, 393 Reid, Alex, 374, 410, 431 Reid, John, 435

Reid, Richard, 560, 587, 598, 638

Reinsdorf, August, 117 RENAMO (Mozambique), 199

Renard, Delphine, 181

Reparto Negro (organización rusa), 76 resistencia pasiva, 190, 491

Respeto, Partido del, 624

Ressam, Ahmad, 549, 550

Restorick, Stephen, 434 revolucionarios: Bakunin sobre, 63, 64 revoluciones (1848) en Europa, 103

Riad (Arabia Saudí): estadounidenses atacados en, 539; medidas antiterroristas, 605, 606 Ribbonmen de Glasgow (nacionalistas católicos), 37

Ricard, Jean-Francois, 585, 637

Ricci, Domenico, 279

Rida, Rashid, 130, 454

Riemeck, Renate, 311

Rifai, Zeid al, 216

Rinser, Louise, 310

Risakov, Nikolai, 81

Rizatto, Ciro, 346

Robespierre, Maximilien, 86, 101, 105

Rochetaillée, baronesa de, 118 rodillas (gambizzazioni), destrozo de: en Italia, 270, 272, 274, 276, 285; en Irlanda del Norte, 398

Róhl, Klaus Rainer, 310, 311

Roma: bombas de la Brigada Roja en, 255; disturbios en la universidad de La Sapienza, 275; secuestro de avión de Lufthansa en, 336, 337

Romano, Yossef, 224, 225

Romero, Carmen, 372

Rooney, Patrick, 383

Roosevelt, Theodore, 123

Roppolo, María Rosaría, 288

Rossa, Guido, 284, 285

Rossa, Jeremiah O'Donovan, 29, 30, 32-36, 39, 125

Rossi, Emilio, 276

Roy, Oliver, 630

RUC (Royal Ulster Constabulary): los católicos en el, 376; demandas de Paisley respecto al, 379; carácter, 381, 383; acciones antirrepublicanas, 383, 384, 386; reformado, 384, 418; quita las barricadas del UDA, 391; la División Especial y la unidad E4A, 422; batallas con las multitudes lealistas, 429; reconstitución como Servicio de Policía de Irlanda del Norte, 436

Rumsfeld, Donald, 570

Rusa, Federación (postsoviétíca): apoya a los serbios, 513; y Chechenia, 514-523 Rushdie, Salman, 554, 595, 628 Rusia (zarista): nihilistas, 30; reformas de Alejandro II, 51; emancipación de los siervos, 52; populismo, 54, 56, 67-70; movimientos revolucionarios, 55, 60-63, 70-91, 94; intelligentsia, 58, 60, 62; nihilismo en, 58, 59; campesinos y activistas revolucionarios, 67-72; el Tercer Departamento, 74, 79; pogromos, 82, 90; desastres naturales (década de 1890), 87; reformas bajo Nicolás II, 88; tácticas y tecnología terroristas, 89, 97-99; en la Primera Guerra Mundial, 99. Véanse también bolcheviques; Rusia soviética Rusia soviética: el Irgún busca el apoyo de la, 146; suministra armas y ayuda a los insurgentes surafricanos, 196, 199; en Afganistán, 473-

476, 487, 634; se retira de Afganistán, 480; derrumbamiento, 514; represión de los chechenos, 515-518. Véase también Rusia ruso-japonesa, guerra (1904-1905), 87

Sabban, coronel Juancho, 576

Sabbath negro (Palestina, 29 de junio de 1946), 146

Sabra (Líbano), campo de refugiados, 237, 252

Sacranie, sir Iqbal, 628

Sadam Husein: guerra con Irán, 247, 448; advertencias de Bin Laden sobre, 483; invade Kuwait, 484; financia a los terroristas suicidas de Hamás, 505; políticas de Estados Unidos para derrocar a, 570; supuestas armas de destrucción masiva, 596; como nuevo Hitler, 615

Sadat, Anuar el, 246, 249, 458-464

Saeed Sheij, Ahmed Omar, 560, 561

Sageman, Marc, 481, 482

Sahel: Al Qaeda en los estados del, 631

Saidani, Mohamed Ben Brahim, 510

Saif, Abu, 507

Saiki, Omar, 638 Sakiet (Túnez), 176

Salafista para la Predicación y el Combate, Grupo (GSPC, Argelia), 526, 550, 631

salafistas, 455, 456. Véase también yihad

Salameh, Ali Hassan (Abu Hassan): nacimiento, 139; sustituye a su padre, 217; procedencia y educación, 217, 218; y el asesinato de los atletas olímpicos israelíes, 222, 223, 227; acciones terroristas con Septiembre Negro, 233, 234; persecución por el Mosad, 237-241; relaciones con la CIA, 240, 449; desarma a terroristas alemanes de visita a Beirut, 317

Salameh, Georgina (de soltera Rizak), 240, 241

Salameh, Hassan «Sheij»: dirige ataques sobre objetivos en Palestina, 135, 151, 152, 155; vuela a Berlín, 139, 140; Haganah se opone a, 154; asesinado, 155, 217; sucedido por su hijo, 155, 217

Salameh, Mohammed, 532, 594

Salameh, Yihad, 218

Salan, general Raoul, 171, 177, 179, 182, 183
Salazar, Antonio de Oliveira, 363
Salford: Barracón de Regent Road, 33
Samudra, imam, 583, 585
San Sebastián (España), 358, 360— 362
Sánchez, Ilich Ramírez («Carlos el Chacal»), 210, 243-246, 252, 254, 336
Sandalo, Roberto, 290
Sands, Bobby, 420, 421, 428
Saponara, Giovanni, 272 Saragat, Giuseppe, 283
Sarasketa, Iñaki, 360
Sarkozy, Nicolás, 385, 640
Saronio, Cario, 286
Sartawi, Isam, 248
Sartre, Jean-Paul, 181, 203, 327, 361
Sarvati, Ramal. Véase Slim, Said SAS (Regimiento Especial del Servicio Aéreo): destacamento anti-revolucionario, 228; en la lucha anüterrorista en Irlanda del Norte, 422, 423; dispara a los terroristas del IRA provisional en Gibraltar, 429-431
Savage, Sean, 430
Savak (policía secreta iraní del sha), 300, 447, 448
Savasta, Antonio, 290
Savinkov, Boris, 93
Sayed, Mahmud Abdelkader Es, 552
Scappaticci «Scap», Freddie, 416, 426, 427
Scháuble, Wolfgang, 635
Schelm, Petra, 320, 322
Schily, Otto, 308, 321, 324, 329, 332
Schleyer, Hanns Mardn: secuestrado y asesinado, 334-336, 339, 340, 342, 346 Schmid, Norbert, 320
Schmidt, Helmut, 298, 329, 330, 335, 338
Scholze, Ulrich, 319
Schónhuber, Franz, 351
Schreiber, Manfred, 225

Schróder, Gerhard, 318, 331, 351
Schubert, Ingrid, 318, 330
Schulz, Adelheid, 340, 342, 344, 347
Schumann, Jürgen, 337, 338
Schwab, Michael, 108, 113
SDECE (servicio secreto francés), 165
SDLP (Social and Democratic Labour Party), 429, 431-433, 437
SDS (Sozialistischer Deutscher Studentenbund), 298, 299, 301, 307, 308
Secesión americana, guerra de, 20, 21,25, 109
Seckendorff-Gudent, Ekkehard Freiherr von, 343
Seguridad Nacional (NSA, Estados Unidos), Agencia de, 234, 547, 564, 569
seguridad social, prestaciones de la: y los inmigrantes, 553, 557, 558
Seignac, Paul, 119
Seis Días (1967), guerra árabe— israelí de los, 186, 217, 219, 458
Seliger, William, 111-113
Selous Scouts (Rodesia), 198
Semental, Operación, 340
Senzani, Giovanni, 292
Septiembre Negro (organización árabe), 139, 185, 216-224, 228, 229, 231-234, 237-241, 458, 472
Serbia, 528
serbios, 507, 508, 511, 513
Servicio Militar, Ley del (Irlanda, 1918), 42
Sétif (Argelia), 158-160 Seveso (Italia): fábrica Hoffmann— La Roche en, 274, 275 sha de Irán. Véase Mohamed Reza Pahlevi
Shaaban, Anwar, 509, 513
Shah, Wali, 541-543
Shamali, Fuad al, 222
Shamir, Isaac, 142, 145, 206

Shankill, Asociación de Defensa de, 386 Shankill, Carniceros de, 399 sharia (ley religiosa islámica), 452, 519, 611, 624, 625, 641

Shariati, Ali, 448

Sharif, Omar Khan, 506

Sharon, Ariel, 133, 250, 490, 501, 502

Sharpeville (Transvaal), 195, 206

Shehada, jeque Salah, 495

Shehi, Marwan al, 562, 563, 565

Shevirev, Piotr, 86

Shibh, Ramzi bin al, 551, 562-565, 577, 589

Shifa (Sudán), planta química), 547

Shin Beth, 488, 489, 497, 499, 500, 560

Shiqaqi, Fathi, 499

Shukri, Andre Jaled, 440

Shuqairi, Ahmad al, 185

Shuqri Mustafa, 460 Sidqi, Atef, 486

Sieff, Joseph, 244

Sifar (inteligencia militar italiana), 256

Singapur, 581, 582 Sinistra Proletaria (revista), 267

Sinn Fein (movimiento político y partido irlandés), 42, 43, 428, 429, 431, 432, 436-438 Sinn Fein provisional, 384, 385 Sinn Fein, Republican, 429 sionismo: y el asentamiento en Palestina, 128, 129; inclinaciones políticas y divisiones, 132-134, 137; y la Revuelta Árabe, 137, 138; en Estados Unidos, 148; y el episodio del Exodus, 150, 151; conflicto con los árabes en Palestina, 155; y las actividades de la Banda de Stern, 204

Sionista Mundial, Organización, 133 Sionista, 22° Congreso (1946), 148

Siria: apoyo a Arafat, 212; Fatah en, 215; tropas en Líbano, 247; y la anexión israelí de los Altos del Golán, 250; fuerza aérea atacada por los israelíes, 251; apoyo de Abu Nidal, 253; terrorismo estatal en Alemania Occidental, 345; apoya a Hezbolá, 449; unida a Egipto en la República Unida Árabe, 458; respalda el motín dentro de la OLP, 488; mejoran sus relaciones en la zona, 634

Sisulu, Walter, 726
Slim, Said (Kamal Sarvati), 336
Smith, Clive Stafford, 607
Smith, Ian, 198
Smuts, Jan Christian, 191
Sobrero, Ascanio, 31 Sobuke, Walter, 192
Socialdemócrata del Trabajo (Rusia), Partido, 95
Socorro Rojo (organización), 324
Socorro y Obras Públicas de la ONU, Organismo de (UNRWA), 186, 187 Sóhnlein, Horst, 305
Soloviev, Alexander, 74, 75
Somalia: avión secuestrado de Lufthansa llevado a, 338; saldados estadounidenses atacados, 486; intento de asesinato de Ayro, 631; tropas etíopes invaden, 631; y A) Qaeda, 632; pesqueros españoles en aguas de, 632
Sossi, Mario, 268, 269, 281, 283
Soule (provincia vasco-francesa), 359
Soummam (1956), Congreso del valle del, 164
Soustelle, Jacques, 163
Soweto, 200
Spano, Vincenzo, 346
Spartaro, Armando, 635
SPD (Sozialdemokratischen Partei Deutschlands) Partido Socialdemócrata alemán, 106, 298
Spectator (diario), 27
Speitel, Volker, 328
Spence, Gusty, 386, 387, 408
Spies, August, 110-113
Spiriticchio, Antonio, 280
Springer, Axel: prensa. Véase Axel-Springer SR (Partido de los Socialistas Revolucionarios, ruso), 93-95, 98
Sri Lanka: separatistas tamiles, 502
Stalin, Yósif: practica la violencia política, 96, 100; apoyo a los colonos judíos en Palestina, 146; deporta a los chechenos, 514

Stalker, John, 422
Stammheim (Stuttgart), 328, 329, 330, 332, 333, 339, 340, 347
Starway, Lucky, 172
Stasi (fuerza de seguridad de Alemania Oriental), 344, 345
Stavsky, Avraham, 133
Stephens, James, 19, 39
Stern (Palestina), Banda de, 137, 141, 142, 152, 204
Stern, Avraham, 134, 137, 141-143
Sternebeck, Sigrid, 327, 343
Stoecker, Dietrich, 329
Stolipin, Piotr: asesinado, 90, 91, 99; casa volada por terroristas suicidas, 92; decretos de emergencia, 97
Stoll, Willy Peter, 334
Stone, Michael, 430, 436
Stonor Saunders, Francés, 617
Storey, Bobby, 406
Strauss, Franz Josef, 301
Straw, Jack, 626
Sturm, Beate, 319
Suárez, Adolfo, 364
Suazilandia, 190, 196
Sudán: empresas de Bin Laden en, 485; régimen de Hassan al Turabi en, 485; Al Qaeda expulsada de, 487; expulsa grupo yihadista, 533; Bin Laden abandona, 534; Estados Unidos lanza ataque de represalia tras el atentado de Nairobi, 546. Véase también Jar tum Sudeikin, Georgi, 73, 74, 83-85
Suez, crisis de (1956), 158, 458, 527
Suharto, Thobjin N. J., 470 suicidas, atentados: en Rusia, 92; cometidos por Hamás en Israel, 498, 499, 500, 502; cometidos por mujeres, 502-505; práctica de, 502-505; en Kenia y Dar es Salaam, 546; en Gran Bretaña, 598, 624, 626, 643; y los vídeos pregrabados, 634-636
suicidas, camiones, 450
Sukarno, Ahmed, 470

Sukarnoputri, Megawati Setiawati, 471, 580
Sullivan, Alexander, 34, 35
Sumisión (película), 595
Sungkar, Abdullah, 470, 539
suníes, musulmanes: como mayoría, 449; posición en Irak, 597; posible guerra con los chiíes, 612; y el movimiento — Despertar, 633 Suráfrica, Convención Nacional Nativa de, 190 Suráfrica: acciones de Mandela en, 188, 189; posiciones de los negros y gente de color, 188-194; régimen del Partido Nacional y apartheid, 191-194; en la Segunda Guerra Mundial, 191; violencia racial y campaña anti-apartheid, 197, 199-202, 205; intento de invasión militar, 198; juventud de los protestantes, 200, 201, 204; atrocidades en, 202, 203 Surafricana de Defensa, Fuerza, 188, 198
Suweilum, Samir bin Salej al. Véase Jatab, Ibn al Synge, John Millington, 18
Tahomi, Avraham, 131, 134
Tailandia, 581, 582
Tailharde, Laurent, 119
Takriti, general Hardan al, 212
Tal al Zaatar (Líbano), campo de refugiados, 247
Tal, Wasfi, 214, 216, 236
talibanes: propósitos, 456; reclutas para los, 476; Bin Laden busca refugio con los, 534, 535, 630; régimen en Afganistán, 536-538, 612, 630; y la presencia de la CIA en Afganistán, 570; derrotados por la coalición estadounidense, 575; entablar conversaciones con, 616
Tambo, Oliver, 189, 197, 198, 206
tamiles (Sri Lanka), 502
Tangerang (Indonesia), 611
Tanweer, Shehzad, 597-601
Tanzania (anteriormente Tanganica), 196, 198
Tanzim (grupo armado de Fatah), 501
Tanzim al Yihad (grupo), 460
Tapies, Antoni, 361

Tartaristán, 514
Taufer, Lutz, 320
Taymiyya, Ibn, 452, 461
Tebbit, Margaret, 427
Tebbit, Norman, 427 Teherán: asedio a la embajada estadounidense, 448
Teitgen, Paul, 166
Tejero, teniente coronel Antonio, 366
Tel Aviv (Israel), 129
Témoignage Chrétien (semanario católico), 166
Templar, Raymond, 633
Tercer Mundo, Agencia de Auxilio para el, 510
Terciopelo azul (película), 414
Ter-Petrosian, Semen («Ramo el bandido del Cáucaso»), 96, 99
Terranova, Ruddy, 559
terror: ideología del, 101, 102; transnacional, 207; y la guerra contra el, 619, 631; en el reino del, 631,633
Terrorismo, Grupo de Trabajo Interdepartamental sobre (Estados Unidos), 228 Terrorista de Voluntad Popular (Rusia), Fracción, 86
Tetuán (Marruecos), 590, 591
Thalib, Ja'far Umar, 581
Thatcher, Margaret: e Irlanda del Norte, 419, 420, 429, 431; intentos de asesinato a, 427; firma el Acuerdo Anglo-Irlandés, 429
The Sullivans (destructor), 549
The Times Literary Supplement (TLS), 622
The Times—, intentos de los fenianos de atentar contra, 35; sobre Vera Zasulich, 73; sobre la tolerancia británica, 122
Theodoli, Giovanni, 272
Thompson, Basil, 46
Tierra y Libertad (movimiento ruso), 60, 70-72, 74-76
Tietmeyer, Hans, 347
Tijomirov, Lev, 84
Tilao, Aldam, 575-577
Tillich, Paul, 625

Tillion, Germaine, 173 tiranicidio: Heinzen sobre el, 102-
Tiro: cuartel general israelí volado por un camión suicida, 449
Tito, Josip Broz, 508
Tkachev, Piotr, 62
Tobagi, Walter, 291
Tocqueville, Alexis de, 51, 157
Tohill, Francés, 399 Toit,J. D. du, 191
Tolstoi, Dimitri Andreievich, 80
Tolstoi, León Nikolayevich, 57, 79,
Tomahawk, misiles crucero, 547 Tone, Wolfe, 19, 37, 41, 47 Toombs, Ivan, 403 Top, Mohamed Noordin, 482, 582, 585
Tora Bora (Afganistán), 480, 535, 571
Tormenta del Desierto, Operación, 484, 616
Torronteras, Francisco Javier, 590, 595
tortura: practicada por los franceses en Argelia, 166-169; Abu Qatada y la, 623 Transjordania, 131, 135, 209. Véase también Jordania trapenses, monjes: asesinados en Argelia, 525 Trepov, general Fiodor, 71-73 T
ribunales Islámicos (Somalia): régimen de los, 631
Trimble, David, 437, 438
Triunfo de las Libertades Democráticas, Movimiento por el (MTLD, Argelia), 159, 160
Truman, Harry, 150
Tsuli, Yunis «Irabi 007», ciberyihadista, 636
Túnez (capital): Arafat en, 252, 488
Túnez (país), 156, 164, 174, 176-178, 183
Tupamaros (Uruguay), 359
Turabi, Hassan al, 485, 534
Turabi, Izzam al, 486
Turgueniev, Iván: Padres e hijos, 58 Turín (Italia), 288
Turki, príncipe (de Arabia Saudí), 475
Turquía: suministro a las tropas de la OTAN en Bosnia, 513 Tuzo, teniente general Harry, 387 Twomey, Seamus, 385

Uamrane, Omar, 159 UDA (Asociación de Defensa del Ulster): formada, 387; acciones terroristas, 389-391, 399; enfrentamiento con Adair, 440

UDR (Regimiento por la Defensa del Ulster), 384, 394 UFF (Luchadores por la Libertad del Ulster), 387, 426 Ulemas Argelinos, Asociación de, 157

Ulianov, Alexander (hermano de Lenin), 86

Ulster. Véase Irlanda del Norte Umari, Fajri al, 217

Umberto I, rey de Italia: asesinado, 115,116,120, 121

Umkhonto we Sizwe o MR [Lanza de la Nación], 188, 189, 196-198, 201, 202

Unida Árabe, República, 458

Unión de SR-maximalistas (Rusia), 94

Unión del Pueblo Navarro (UPN), 365

Unión del Pueblo Ruso, 92 Unionista Democrático, Partido (DUP), 390, 437, 438 unionistas del Ulster: de Irlanda del Norte, 49; dominio político, 382; oposición al Acuerdo Anglo— Irlandés, 429; reconoce el reparto de poder, 433, 436; protestas contra el Documento Marco Conjunto Major-Bruton, 434; actitud de Blair hacia, 435; fracaso en promocionarse en Estados Unidos, 437

Urbach, Peter «S-Bahn Peter», 304, 307, 314

Urso, Giovanni d', 291 Uruguay, 359

Uspenski, Piotr, 65 ustashe (movimiento croata), 508

Utaybi, Juhayman bin Mohamed bin Sayf al, 452, 453

UVF (Fuerza de Voluntarios del Ulster): formada, 40, 380, 382; acciones terroristas, 380, 388, 389, 392, 394-398, 432; muertes, 384; líderes encarcelados, 386; reorganización de Spence, 387, 388; ataca las casas de policías protestantes, 429; peligros internos, 579

Vaillant, Auguste, 119, 120, 123

Valera, Eamon de, 42, 43, 46

Vasco, Partido Nacionalista. Véase PNV

Vasco Español, Batallón, 364 vascos: idioma (euskera), 353-355, 365; estatus y privilegios, 353, 354; catolicismo, 355; deporte y

cultura, 355; reprimidos por Franco, 356; primeras manisfestaciones y disturbios, 358, 360, 361; reclutamiento, 358; demanda de independencia, 364; oposición a ETA, 365; Ertzaintza, 366. Véase también ETA
Vega, reverendo Manuel, 220
Veitt, Inge, 343, 344
Ventura, Angelo, 285
Vergés, Jacques, 170
Verwoerd, Hendrik, 639
Vesper, Bernward, 302
Victoria, reina, 29
Viena: asesinatos de Carlos el Chacal en, 245
Viernes Santo (1998), Acuerdo de, 392, 434-436, 441
Vietcong, 263, 266, 299
Vietnam, guerra de, 299, 303
Vigilancia Territorial, Dirección de (DST), 244, 245, 585
Vincent, sir Howard, 116
Vizcaya (provincia vasca), 353, 356
Voluntad Popular (organización rusa), 76-80, 82-86, 91, 94
Vorster, John, 198
Vujeiae, Gojko, 511
Wagenbach, Klaus, 315
Wagner, Rolf Clemens, 331
wahabismo, 451, 452, 477, 515, 518, 628
Wahhab, Mohamed ibn Abd al, 451, 452
Wakeham, Robería, 427
Waldheim, Kurt, 282
Walsh,John «Sadgrove», 34
Walsh, William J., arzobispo de Dublín, 47
Walters, general Vernon, 240
Ward, Peter, 386
Warhol, Andy, 303
Warrenpoint (Irlanda del Norte), 403, 404, 419
Warrington, cerca de Liverpool, 433

Washington: construcción de la mezquita, 527
Watt «Tonto», James, 396
Wavell, general Archibald, 140
Wazir, Jalil al (Abu Yihad), 184, 185
Waziristán (agosto de 2007), Acuerdos de, 630
Weinberg, Moshe, 224
Weinrich, Johannes, 336
Weis, Yaacov, 149
Weisbecker, Thomas, 321
Weizmann, Chaim, 131, 148
Wessel, Ulrich, 329
Westminster, Abadía de, 39
Whitehead, Alfred George (Jemmy Murphy, llamado), 36, 37
Whitelaw, William, 390
Williams, Rowan, 625 Williams, Tennessee, 310
Williamson, inspector jefe «Dolly», 35
Wilson, Harold, 382, 383, 391, 392
Wilson, mariscal sir Henry: asesinado, 46
Wilson, Marie, 428
Wilson, Padraic, 406
Wingate, Orde, 137 Wisniewski, Stefan, 327, 331, 334, 335, 340
Wolfowitz, Paul, 581, 620
World Trade Center, Nueva York: atacada (11-S), 482, 565, 594; Yusef hace explotar una bomba en, 531, 532, 539; preparativos para el ataque a, 562-565
Wright, Billy «King Rat», 409, 410, 436, 440
Wright, Jeremiah, 622
Wynn, sir Watkin, 38
Yacef, Saadi, 169-173
Yakarta, Carta de, 470
Yamani, sheij Ahmed Zaki, 186, 245, 246
Yandarbiyev, Zelimjan, 521
Yariv, general Aharon, 229

Yarkas, Imad Eddin Barakat: líder de la célula de Al Qaeda en Madrid, 589, 591

Yashuda,

Yasuiki, 220

Yasín, jeque Ahmed Ismail, 494-497, 499, 500, 502

Yassin, Ali, 248

Yazoor (Palestina), aldea de, 152 Yazuri, Ibrahim al, 495

Ybarra, Javier de, 368

Ye'Or, Pat, 639

Yeats, William Butler, 18

Yeltsin, Boris: y los chechenos, 515, 516, 519

Yemen, República de, 331, 483

Yibril, Ahmad, 242

Yihad Islámica (organización): formación, 449; y la Intifada palestina, 489; ataque a los israelíes, 496; fabricación de bombas, 498; y el campo de refugiados de Jenin, 506; principal objetivo de, 628-639, 643 yihadismo: terrorista, 447; definición, 455; propagación, 513-515; medidas contra, 605— 608; insurgencia global, 614, 628— 639, 643; en busca del martirio, 617; y el «islamofascismo», 615, 616; y el «islamobolchevismo», 616

Yihaz el-Razd (organización), 217 Yoo, John, 575 Yugoslavia (antigua), 507 Yumblat, Kamal, 215, 246, 247

Yusef, Abu (Mohammed Yusef al Najjar), 217, 235, 236

Yusef, Ramzi. Véase Karim, Abdul Basit Mahmud Abdul

Zabala Suinaga, Lorenzo, 361, 362

Zabala, Joxi, 369

Zamar, Mohammed Haydar, 562

Zambia: independencia (1965), 198

Zamir, Zvi, 229, 231, 238

Zangwill, Israel, 128

Zapatero, José Luis Rodríguez, 594

Zarqawi, Abu Musab al, 548, 549, 593, 597, 633, 636

Zasulich, Vera: como revolucionaria, 55, 72, 73, 76; y Nechaev, 63; juzgada por disparar a Trepov, 72

Zawahiri, Ayman al («Abdullah Imam Mohammed Amin»): procedencia, 464; juzgado y torturado en Egipto, 464, 481; en Afganistán, 477-479, 481, 523; influencia sobre Bin Laden, 478; en Al Qaeda, 481, 547; y el asesinato de Azzam, 483; en Jartum, 486; dirige las operaciones en Egipto, 486, 533; detenido y liberado por los rusos, 523; intentos egipcios de asesinar a, 533; expulsado de Sudán, 533; y el uso de Bin Laden de los medios de comunicación modernos, 537; estados Unidos intercepta llamadas telefónicas por satélite, 547; y los ataques del 11-S, 567; y el terrorismo indonesio, 581; emisiones de televisión, 593; y Al Zarqawi, 597; sobre la emisión del mensaje del suicida Siddique Khan sobre los atentados de Londres, 601; protesta por las grabaciones de Zarqawi, 633

Zedda, Sergio, 290

ZEN (España), plan, 369

Zhawar Khili (Afganistán), 480

Zia-ul-Haq, 472

Zighut, Yusef, 161

Zimbabue, Unión Popular Africana de (ZAPU), 198, 199

Zimmermann, Ernst, 346

Zimonjic, Peter, 643

Zituni, emirYamel, 525, 526

Zondo, Andrew, 202

Zu'aytir, Wael, 231

Zuabri, emir Antar, 526

Zubaydah, Abu, 548

Zugam, Jamal, 589-591

Zuma, Abud al, 464

Zumalde, Javier «El Cabra», 359

Zumi, Muhamed, 460

Zumr, familia Al, 460, 461

Notas

This file was created

with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
19/10/2014

Notas

[*] En la traducción española, según es uso, se han convertido todas las medidas al sistema métrico decimal. [N. de los T.]<<

[1] Alvin Jackson, Ireland 1798-1998 (Oxford 1999), pp. 177-178.
<<

[2] Para estos comentarios preliminares, véase en especial Paul Bew, Ireland. The Politics of Enmity (Oxford 2007), pp. 240 y ss., y Jackson, Ireland 1798-1998.<<

[3] El mejor libro reciente sobre el nacionalismo irlandés es el de Richard English, Irish Freedom. The History of Nationalism in Ireland (Londres 2006), pp. 179 y ss.<<

[4] Patrick Quinlivan y Paul Rose, The Fenians in England 1865-1872 (Londres 1982), p. 5.<<

[*]Por similitud fonética con «NewYork», a la ciudad se la llamó «New Cork» entre los exiliados políticos irlandeses de la ciudad (Cork es una ciudad del sur de Irlanda). [N.delosT.]<<

[5] R. V. Comerford, The Fenians in Context. Irish Politics and Society 1848— 1882 (Dublín 1985).<<

[6] Alan O'Day, Irish Home Rule (Manchester 1998), p. 8.<<

[7] The Times, 14 de diciembre de 1867, recoge detallados reportajes sobre la atrocidad cometida en Clerkenwell.<<

[8] Véase el exhaustivo estudio de Seán McConville, Irish Political Prisoners, 1848-1922. Theatres ofWar (Londres 2003).<<

[9] Véase en especial Lindsay Clutterbuck, «The Progenitors of Terrorism: Russian Revolutionaries or Extreme Irish Republicans?», en Terrorism and Political Violence, 16 (2004), pp. 154-181.<<

[10] G. I. Brown, The Big Bang. A History of Explosives (Thrupp 2005), pp. 92 y ss.<<

[11] Véase en especial R R. M. Short, The Dynamite War. Irish-American Bombers in Victiman Britain (Dublín 1979), pp. 218-219.<<

[12] Henri le Carón, Twenty-Five Years in the Secret Service. The Recollections of a Spy (Londres 1893).<<

[13] Sobre Sullivan, véase Terry Golway, Irish Rebel. John Devoy and America’s Fight for Ireland's Freedom (NuevaYork 1998), pp. 155 y ss.<<

[14] The Times, 21 de mayo de 1883.<<

[15] Roland Quinault, «Underground Attacks», en History Today, septiembre de 2005, pp. 18-19, aporta algunas ilustraciones con encanto.<<

[16] Richard English, Armed Struggle. The History ofthe IRA (Londres 2003), pp. 3-13.<<

[17] Bew, Ireland, p. 375; sobre Pearse y el nacionalismo republicano y católico, véase Conor Cruise O'Brien, Ancestral Voices. Religión and Nationalism in Ireland (Dublín 1994), pp. 103-117.<<

[18] English, Armed Struggk, p. 18.<<

[19] Peter Hart, The IRA al War 1916-1923 (Oxford 2003), pp. 141 yss.<<

[20] Véase la excelente relación que de esto hace Jackson en Ireland 1798-1998, pp. 257yss.<<

[21] Christopher Murray, Sean O'Casey. Writerat Work (Dublín 2004), pp. 163 yss.<<

[22] Jackson, Ireland 1798-1998, pp. 345-356.<<

[23] Edvard Radzinsky, Alexander II. The Last Great Tsar (Nueva York 2005).<<

[24] Sobre estas cuestiones generales, véase John Horgan, «The Search for the Terrorist Personality», en AndrewSilke (ed.), Terrorists, Victims, and Society. Psychological Perspectives on Terrorism and its Consequences (Chichester 2003), pp. 3-27.<<

[25] Todos los detalles sobre Vera Figner están tomados de Memoirs of a Revolutionist (DeKalb, Illinois 1991).<<

[26] Jay Berman, Vera Zasulich. A Biography (Stanford 1983), p. 4.<<

[27] Sobre el populismo, véase Franco Venturi, Roots of Revolution. A History of thePopulist and Socialist Movements in 19th Century Russia (Londres 2001).<<

[28] Gary Saúl Morson, «What is the Intelligentsia? Once More, an Oíd Russian Question», en Academic Questions, 6 (1993), pp. 20-38; véase asimismo Martin Malia, «What is the Intelligentsia?», en Richard Pipes (ed.), The Russian Intelligentsia (Nueva York 1961).<<

[29] Ronald Hingley, Nihilists. Russian Radicals and Revolutionaries in the Reign of AlexanderII (1855-1881) (Londres 1967).<<

[30] Nikolai Chernishevski, What is to be Done? Tales of the New People (Moscú 1983); William F. Woehrlin, Chernyshevskii. The Man and theJournalist (Cambridge, Massachusetts 1971); Irina Paperno, Chernyshevsky and the Age of Realism. A Study in the Semiotics of Behavior (Stanford, California 1988). También hay mucha información y buenas interpretaciones sobre estas personalidades en Joseph Frank, Dostoevsky (Princeton 1976-2002), cinco volúmenes.<<

[31] Richard Pipes, Russia under the Oíd Regime (Londres 1974), pp. 271-272.<<

[32] Adam B. Ulam, Prophets and Conspirators in Pre-Revolutionary Russia (Nueva Brunswick 1998), pp. 1-3.<<

[33] Véase Roger Scruton, «The Nature of Evil», en su A PoliticalPhilosophy. Argumentsfor Conservatism (Londres 2006), pp. 176 y ss.<<

[34] Referencias tomadas de Berman, Vera Zasulich.<<

[35] Richard Pipes, The Degaev Affair. Terror and Treason in Tsarist Russia (New Haven 2003), relata esta historia con gran destreza.<<

[36] Estos debates se hallan cuidadosamente estudiados en Norman Naimark, Terrorists and Social Democrats. The Russian Revolutionary Movement under Alexander III (Cambridge, Massachusetts 1983).<<

[37] Anna Geifman, Thou Shalt Not Kill. Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917 (Princeton 1993), p. 16.<<

[38] Sobre este punto, véase el apasionante libro de Simón Sebag Montefiore, YoungStalin (Londres 2007).<<

[39] La crónica de Boris Souvarine en Stalin. A Critical Survey of Bolshevism (Nueva York 1939), pp. 94 y ss., sigue siendo la mejor en su género.<<

[40] Véase James Billington, Fire in the Minds of Men. Origins of the Revolutionary Faith (NuevaYork 1980), pp. 72-92, y Frango is Furet y MonaOzouf (eds.), Critical Dictionary of the French Revolution (Cambridge, Massachusetts 1989), pp. 179-185. La cita de Kropotkin está tomada de Peter Marshall, Demanding the Impossible. A History of Anarchism (Londres 1992) p. 316. Para una excelente colección de textos clave sobre las influencias que abarca el terrorismo moderno, véase Walter Laqueur (ed.), Voices of Terror (Nueva York 2004).<<

[41] Cari Wittke, Against the Current. The Life of Karl Heinzen (Chicago, Illinois 1945), es fidedigno, aunque excesivamente comprensivo con su objeto; como contrapeso, véase Benjamín Grob-Fitzgibbon, «From the Dagger to the Bomb: Karl Heinzen and the Evolution of Political Terror», en Terrorism and Political Violence, 16 (2004), pp. 97 y ss.<<

[42] Frederic Trautmann, The Voice of Terror. A Biography of Johann Most (Westport, Connecticut 1980), para estos detalles de la vida de Most.<<

[43] Véase «Assassination», en Alarm, 18 de abril de 1885; «Dynamite», en Alarm, 27 de junio de 1885; «Explosives», en Alarm, 18 de abril de 1885.<<

[44] James Green, Death in the Haymarket (Nueva York 2006).<<

[45] Arthur Holitscher, Ravachol und die pariserAnarchisten (Berlín 1925), se muestra afín con Ravachol y sus descendientes.<<

[*] Fulano de Tal y Juan Nadie. [N. de los T.]<<

[46] Véanse los reportajes del Times con fecha 16 y 21 de febrero de 1894, así como David Mulry, «Popular Accounts of the Greenwich Bombing in Conrad's The Secret Agent», Rocky Mountain Review ofLanguage and Literature, 54 (2000), pp. 43-64. <<

[47] Carta de Conrad a Edward Garnett, 4 de octubre de 1907, en Frederick R. Karl y Laurence Davies (eds.), The Collected Letters of Joseph Conrad (Cambridge 1988), vol. 3, p. 488.<<

[48] John Batchelor, The Life of Joseph Conrad. A Critical Biography (Oxford 1994), pp. 156-157, e Ian Watt, Essays on Conrad (Cambridge 2000), pp. 112 y ss.<<

[49] Joseph Conrad, The Secret Agent (Londres 1963), citas tomadas de páginas 74, 93, 101-103 y 265. Véase asimismo Ben MacIntyre, «Insignificant, Shabby, Miserable- The Banal Stamp of a Terrorist», en el Times, 13 de mayo de 2006, p. 21, que contiene algunas reflexiones sobre la literatura y los atentados del 7 de julio en Londres.<<

[*] Neologismo que el inglés importa del francés y éste toma del árabe *dhimmi*, nombre que designa a un ciudadano de segunda clase, no musulmán, en un Estado musulmán. [N. de los T.]<<

[50] Stefan Wild, «Zum Selbstverstandnis palástinensisch-arabischer Nationalitát», en Helmut Mejcher (ed.), Die Palástina-Frage 1917-1948 (Paderborn 1993), p. 79.<<

[51] Antón La Guardia, War Without End. Israelis, Palestinians and the Struggle for a Promised Land (Nueva York 2003), p. 77. Se trata de una crónica extraordinariamente objetiva, obra de un distinguido periodista británico, de un conflicto en el que las pasiones rivales han comportado que una versión acordada entre las partes sea imposible.<<

[52] Yehoshuah Porath, The Palestinian Arab National Movement, vol. 1: The Emergence of the Palestinian Arab National Movement 1918-1829 (Londres 1974) pp. 31 y ss.<<

[53] Véase A.J. Sherman, Mandate Days. British Lives in Palestine 1918-1948 (Londres 1997).<<

[54] Para este esbozo véase Martin Gilbert en su muy objetivo Israel. A History (Londres 1998), que retrata con simpatía la visión de los británicos.<<

[55] Véase la discusión que aporta Ilan Pappé, A History of Modern Palestine. One Land, TwoPeoples (Cambridge 2004), especialmente pp. 109-116.<<

[56] Uri M. Kupferschmidt, The Supreme Muslim Council of Islam under the British Mandate for Palestine (Leiden 1987), p. 250.<<

[57] Martin Gilbert, Churchill and thefews (Londres 2007).<<

[58] Amos Perlmutter, The Life and Times of Menachem Begin (Nueva York 1987), p. 33, es una guía magnífica de la política del sionismo revisionista.<<

[59] El mejor relato sobre Hassan Salameh se encuentra en Michael Bar Zohar y Eitan Haber, The Quest for the Red Prince(Guilford, Connecticut 1983), pp. 17-44.<<

[60] Naomi Shepherd, Ploughing Sand. British Rule in Palestine (Londres 1999), ofrece un relato bien documentado.<<

[61] Porath, The Palestinian Arab National Movement, pp. 178 y ss.<<

[62] Joseph Heller, The Stern Gang. Ideology, Politics, and Terror 1940-1949 (Londres 1995), pp. 78-91.<<

[63] Gerald Cromer, «"In the Mirror of the Past": The Use of History in the Justification of Terrorism», en Terrorism and Political Violente, 3 (1991),p. 171.<<

[64] Michael Bar-Zohar, Ben-Gurion (Londres 1978), p. 123.<<

[65] Según recordaba mi difunto amigo Amos Perlmutter.<<

[66] The Times, 23 de julio de 1946, p. 4, para más detalles sobre el atentado.<<

[67] Sherman, Mandate Days, p. 205.<<

[68] Ibid., pp. 207-208.<<

[69] Christopher Sykes, Crossroads to Israel (Londres 1965), pp. 380-384. Estoy profundamente agradecido al difunto Frank Johnson por haberme recomendado este libro fascinante, obra de un antiguo diplomático y oficial de la SAS durante un memorable almuerzo que organizaron Antony Beevor y Artemis Cooper pocas semanas antes de que muriese Frank.<<

[70] Bruce Hoffman, Inside Terrorism (NuevaYork 2006), p. 53.<<

[71] Véase Han Pappé, The Making of the Arab-Israeli Conflict 1947-1951 (Londres 2001), pp. 87y ss.<<

[72] Abu Iyad, My Home, My Land: A Narrative of the Palestinian Struggk (Nueva York 1981), pp. 4 y 12.<<

[73] Pappé, History of Modern Palestine, p. 177.<<

[74] La Guardia, War WithoutEnd, p. 190.<<

[75] John Ruedy, Modern Algeria. The Origins and Developmentof a Nation (Bloomington, Indiana 2005), pp. 150-152. <<

[76] Alistair Horne, A Savage War of Peace. Algeria 1954-1962 (Nueva York 2006), p. 17. No sólo se trata del mejor libro sobre Argelia, sino que es uno de los mejores ejemplos de la historiografía moderna que conozco.<<

[77] Paul Aussaresses, The Battle of the Casbah. Counter-Terrorism and Torture (Nueva York 2005), pp. 33 y ss.<<

[78] Entrada fechada el 9 de marzo de 1956 en Mulud Feraun, Journal 1955-1962. Reflections on the French-Algerian War, trad. ingl. de Mary Ellen Wolfy Claude Fouillade (Lincoln, Nebraska 2000), pp. 84-85.<<

[79] Christopher Bayly y Tim Harper, Forgotten Wars. The End of Britain 's Asian Empire (Londres 2007), p. 489.<<

[80] Horne, Savage WarofPeace, pp. 262-263.<<

[81] Martha Crenshaw Hutchinson, Revolutionary Terrorism. The FLN in Algeria 1954-1965 (Stanford 1978), pp. 121-122.<<

[82] Benjamín Stora, Algeria 1830-2000 (Ithaca 2001), pp. 51-52.
<<

[83] Alf Andrew Heggoy, Insurgency and Counterinsurgency in Algeria (Bloomington, Indiana 1972), p. 236.<<

[84] Aussaresses, Battle of the Casbah, p. 77.<<

[85] Hoffman, Inside Terrorism, p. 58.<<

[86] Horne, Savage War of Peace, p. 186.<<

[87] Alexander Zervoudakis, «A Case of Successful Pacification: The 584th Bataillion du Train at Bordj del'Agha (1956-1957)», en Martin Alexander y J. F. V. Krieger (eds.), France and theAlgerian War 1954-1962. Strategy, Operations and Diplomacy (Londres 2002), pp. 54-64.<<

[*] Argelinos enrolados en el ejército francés. [N. de los T.]<<

[88] Tony Walker and Andrew Gowers, Arafat. The Biography (Londres 2003), pp. 20-32.<<

[89] Sobre Habash, véase John K. Cooley, Green March, Black September. The Story of the Palestinian Arabs (Londres 1973),pp. 133 y ss.<<

[90] Nelson Mandela, Long Walk to Freedom, vol. 1:1918-1962 (Londres 2002), p. 135.<<

[91] T. Dunbar Moodie, TheRise of Afrikanerdom. Power, Apartheid and the Afrikaner Civil Religión (Berkeley 1975).<<

[92] La mejor historia reciente de Suráfrica es la de R. W. Johnson, South Africa. The First Man, the Last Nation (Londres 2004), especialmente pp. 139 y ss.<<

[93] David Harrison, The White Tribe of Africa (Berkeley 1981), p. 129.<<

[94] Ib id., pp. 301-400, para la crónica que hace Mandela de estos debates.<<

[95] Oliver Tambo, Beyond the Engeli Mountains (Durban 2004), pp. 318 y ss.<<

[96] Para estos detalles, véase Stephen M. Davis, Apartheid's Rebels. Inside South Africa's Hidden War (New Haven 1987), pp. 36 y ss.<<

[97] Adrián Guelke, Terrorism and Global Disorder (Londres 2006), p. 224.<<

[98] Steven Mufson, Fighting Years. Black Resistance and the Strugglefor a New South Africa (Boston 1990), pp. 199-200.<<

[99] Hay ejemplos en Francis Meli, South Africa Belongs to Us. A History of the ANC (Londres 1989), pp. 195-198.<<

[100] Véase la página web «Afriforum» para consultar estas cuestiones.<<

[101] Sobre los primeros secuestros de aviones véase Timothy Naftali, Blind Spot. The Secret History of American Countertermrism (Nueva York 2005), pp. 19 y ss.<<

[102] Patrick Seale, Abu Nidal. A Gun for Hire (Londres 1992), pp. 77-78.<<

[103] Tony Walker y Andrew Gowers, Arafat. The Biography (Londres 2003), p. 139.<<

[104] Simón Reeves, One Day in September (Londres 2000), p. 41.<<

[105] Sobre la cuestión del liderazgo véase Dobson, Black September (Londres 1974), pp. 51 y ss.<<

[106] Para estos detalles biográficos, véase Michael Bar-Zohar y Eitan Haber, The Questfor the Red Prince (Guilford, Connecticut 1983), pp. 92 y ss.<<

[107] Para estas citas, véase William R. Farrell, Blood and Rage. The Story of the japanese Red Arrny (Lexington, Massachusetts 1990), pp. 130-144.<<

[108] Véase en especial Aaron J. Klein, StrikingBack. The 1972 Munich Olympics Massacre and Israel 's Deadly Response (Nueva York 2005).<<

[109] Barry Rubin y Judith Colp Rubin, Yasir Arafat. A Political Biography (Londres 2003), pp. 63-65.<<

[110] Dobson, Black September, p. 129.<<

[111] Bruce Hoffman, «All You Need is Love: How the Terrorists Stopped Terrorism», en Atlantic Monthly, diciembre de 2001. Como Hoffman es una de las principales autoridades mundiales sobre terrorismo, parece que no hay motivos de peso para poner en duda esta historia, aun cuando sus interlocutores palestinos obviamente aspirasen a exoneorar a la OLP de toda acción terrorista.<<

[112] Sobre este punto véase Yossi Melman, The Master Terrorist. The Trae Story behind Abu Nidal (Nueva York 1986), pp. 108yss.<<

[113] Christopher Dobson y Ronald Payne, The Carlos Complex. A Pattern of Violence (Londres 1977), pp. 103 y ss.<<

[114] Leonard Weinberg, «Violent Life: Left-wing and Right-wing Terrorism in Italy», en Peter Merkl (ed.), Political Violence and Terror. Motifs and Motivations (Berkeley 1986), pp. 147-148.<<

[115] Paul Ginsburg, A History of Contemporary Italy 1943-1980 (Londres 1990), pp. 354 y ss.<<

[116] Alison Jamieson, The Heart Attacked. Terrorism and Conflict in the Italian State (Londres 1989) pp. 19-21 para estas estadísticas. Se excluye obviamente a las víctimas de ataques terroristas posteriores, que han seguido produciéndose esporádicamente en los primeros años del siglo XXI.<<

[117] Alberto Ronchey, «Guns and Grey Matter: Terrorism in Italy», en Foreign Affairs, 57 (1979), p. 930.<<

[118] Stefan Wisniewski, Wir waren so unheimlich konsequent... Ein Gesprach zur Geschichte der RAF (Berlín 2003), p. 17.<<

[119] Raimondo Catanzaro, «Subjective Experience and Objective Reality: An Account of Violence in the Words of its Protagonists» en Catanzaro (ed.), The Red Brigades and Left-wing Terrorism in Italy (Londres 1991), p. 184.<<

[120] Richard Drake, The Revolutionary Mystique and Terrorism in Contemporary Italy (Bloomington, Indiana 1989), p. 96.<<

[121] Salvatore Veca, «Sixty-eight: Ideas, Politics, Culture», en Omar Calabrese (ed.), Modern Italy. Images and History of a National Identity (Milán 1985), vol. 4, p. 81.<<

[122] Mario Moretti, Brigate Rosse. Eine italienische Geschichte (Berlín 2006), pp. 24-34.<<

[123] Mara Cagol, Una donna nelle prime Brigate Rosse (Venecia 1980), pp. 119-120.<<

[124] Ibid., p. 64.<<

[125] Alberto Franceschini, Mara, Renato e io. Storia deifondatori delle BR (Milán 1988), p. 204.<<

[126] Moretti, Brigate Rosse, op. cit., p. 49.<<

[127] Adriana Faranda, entrevistada enjamieson, The Heart Attacked, p. 271.<<

[128] Catanzaro, «Subjective Experience and Objective Reality: An Account of Violence in the Words of its Protagonists», p. 184.<<

[129] Moretti, Brigate Rosse, op. cit., pp. 111-113.<<

[130] Jamieson, The Heart Attacked, p. 157.<<

[131] Patrizio Peci, Io l'infame (Milán 1983), pp. 81-106.<<

[132] Ibid., p. 63.<<

[133] Ibid., pp. 14-15.<<

[134] Ibid., p. 195.<<

[135] Riño Genova, Missione antiterrorismo (Milán 1985), p. 150. <<

[136] Richard Drake, en The Aldo Moro Murder Case (Cambridge, Massachusetts 1995), es de una resolución admirable a la hora de refutar todas las acusaciones de conspiración que han envuelto las realidades del caso Moro.<<

[137] Dennis Bark y David Gress, A History of West Germany. Democracy and its Discontents 1963-1988 (Oxford 1989), vol. 2, pp. 120-121.<<

[138] Butz Peters, Tódlicher Irrtum. Die Geschichte der RAF (Francfort 2006), pp. 81-84.<<

[139] Wolfgang Kraushaar, «Antizionismus als trojanisches Pferd. Zurantisemitischen Dimensión in den Kooperation von Tupermaros West-Berlin, RAF und RZ mit den Palástinensern», en Kraushaar (ed.), Die RAF und der linke Terrorismus (Hamburgo 2006), vol. 1, pp. 676 y ss. Esta línea de pensamiento sigue estando de moda entre antiguos marxistas de salón como el engreído Tony Judt, de la universidad de Nueva York, en sus intentos por hacerse pasar por mártir al estilo de Abraham Foxman, director de la Liga Antidifamación.<<

[140] Bommi Baumann, Wie alies anfing (Múnich 1979).<<

[141] Véase en especial Klaus Stern y Jorg Herrmann, Andreas Baader. Das Leben eines Staatsfeindes (Múnich 2007).<<

[142] Wolfgang Kraushaar, «Rudi Dutschke und der bewaffnete Kampf», en Kraushaar (ed.), Die RAF, vol. 1, pp. 222-225; y Kraushaar, Karen Wieland y Jan Philipp Reemsta, Rudi Dutschke, Andreas Baader und die RAF (Hamburgo 2005).<<

[143] Herfried Münkler, «Sehnsucht nach dem Ausnahmezustand. Die Faszination des Untergrunds und ihre Demontage durch die Strategie des Terrors», en Kraushaar (ed.), Die RAF, vol. 2, pp. 1220-1221.<<

[144] Susanne Bressen and Martin Jander, «Gudrun Ensslin», en Kraushaar (ed.), Die RAF, vol. I,p. 428.<<

[142] Martin Jander, «Horst Mahler», en Kraushaar (ed.), Die RAF, vol.1,p. 381.<<

[143] Su mejor biografía es la de Alois Prinz, Lieberwütend ais traurig. Die Lebensgeschichte der Ulrike Meinhof (Weinheim 2003). <<

[144] Stefan Aust, Der Baader-Meinhof Komplex (Hamburgo 1998), p. 107.<<

[145] Ibid., pp. 155-156.<<

[146] Wisniewski, Wirivaren so unheimlich konsequent, p. 38.<<

[147] Hans Josef Horchem, «The Decline of the Red Army Faction», en Terrorism and Political Violence, 3 (1991), pp. 67yss.<<

[148] Jander, «Horst Mahler», pp. 390-397.<<

[149] Rolf Sachsse, «Prada Meinhof. Die RAF ais Marke. Ein Versuch in politischer Ikonologie», en Kraushaar (ed.), Die RAF, vol. 2, p. 1260.<<

[150] Analogía realizada por un nacionalista vasco que aparece en el polifónico documental de 2004 dirigido por Julio Medem La peolota vasca. El Partido Popular y ETA tuvieron dificultades para participar en la película por lo que en cierto sentido es incompleta.<<

[151] «Starkoch gibt Restaurantkomplex auf», Der Spiegel, 19 de febrero de 2007.<<

[152] Robert P. Clark, The Basque Insurgents. ETA, 1952-1980 (Madison, Wisconsin 1984), p. 15.<<

[153] Robert P. Clark, «Patterns in the Lives of ETA Members», en Peter Merkl (ed.), Political Violence and Terror. Motifs and Motivation (Berkeley 1986), p.296.<<

[154] Véase la exposición al respecto en Matthew Carr, Unknown Soldiers. How Terrorism Transformed the Modern World (Londres 2006), pp. 109 y ss.<<

[155] Barbara Loyer, «Basque Nationalism Undermined by ETA», Le Monde Diplomatique, febrero de 1998, pp. 1-7.<<

[156] Ibid., pp. 181-183.<<

[157] Véase el detallado relato de Paddy Woodworth, Dirly War, Clean Hands. ETA, the GAL and Spanish Democracy (New Haven 2001), del que se han tomado todas las citas.<<

[158] «Pay Up or Else, ETA Terrorists Tell 2,000 Spanish Businesses», Daily Telegraph,7 de agosto de 2007, p. 15.<<

[159] Véase F. S. L. Lyons, Ireland since the Famine (Londres 1971), pp. 741-742, para consultar estas estadísticas.<<

[160] La novela de Glenn Patterson Burning your Own (Londres 1988) constituye una gráfica descripción de la vida en una zona residencial predominantemente protestante en 1969 que arroja luz sobre estas sutiles cuestiones culturales. El héroe del libro, un niño de diez años, es hijo de padres con diferentes religiones, que le bautizaron con el nombre de «Malachy» pero siempre lo abrevian con la expresión menos católica de «Mal»:

«-Lee el certificado de nacimiento —le dijo su marido—. Ahí no encontrarás a ningún Malachy.

'-Porque me engañaste —le gritó ella—. Me engañaste cuando estaba demasiado enferma tras haberlo tenido como para enfrentarme a tí.

'-Mira —el señor Martin dio un golpe seco a la mesa—, llegamos a un compromiso, ¿te acuerdas? Le bautizaríamos Mal y le llamaríamos siempre Mal, ¿no?

[...]

'-¡Ignorantes! —explotó la señora Martin. Tenía una risa febril—. La gente pensará aterrorizada que es católico, cuando, si tuvieran una pizca de educación, sabrían que el nombre es hebreo.

'-Me da igual si es puro zulú, suena católico» (p. 69).<<

[161] Roy Foster, Modern Ireland 1600-1972 (Oxford 1988), pp. 582-585; Peter Taylor, Loyalists (Londres 1999), p. 50.<<

[162] El mejor estudio de Paisley es aún Steve Bruce, GodSave Ulster! The Religión and Politics of Paisleyism (Oxford 1986).<<

[*] «OurFathers knew thee, Rome of oíd, And evil is thy Jame» [Nuestros padres te conocieron, Roma de antaño, y el mal te hace famosa], es uno de los himnos de la Iglesia libre presbiteriana. [N. de los T.]<<

[163] Una de las historias más brillantemente evocadoras del Ulster es A. T. Q. Stewart, The Narrow Ground. Aspects of Ulster 1609-1969 (Belfast 1977). Para consultar un estudio sobre la mentalidad del grupo ver Susan McKay, Northern Protestants. An Unsettled People (Belfast 2000) y el anterior de Sarah Nelson Ulster's Uncertain Defenders. Loyalists and the Northern Ireland Conflict (Belfast 1984).<<

[164] Conor Cruise O'Brien, States of Ireland (Nueva York 1972), pp. 168-169.<<

[165] David McKittrick and David McVea, Making Sense of the Troubles (Londres 2001),pp. 26yss.<<

[166] Simón Prince, «The Global Revolt of 1968 and Northern Ireland», Historie Journal, 49 (2006), pp. 851-875.<<

[167] Max Hastings, Ulster 1969. The Fight for Civil Rights in Northern Ireland (Londres 1970), pp. 28-30. Le estoy agradecido a Max por los interesantes debates sobre este periodo.<<

[168] Véase especialmente Paul Bew, Ireland. The Politics of Enmity (Oxford 2007), en particular pp. 492 y ss. Me siento agradecido a mi amigo lord Bew por su ayuda con todo lo relacionado con el terrorismo en Irlanda del Norte.<<

[169] Hastings, Ulster 1969, p. 114.<<

[170] Ibid., p. 149.<<

[171] Gerry Adams, Falls Memories (Dingle, Co. Kerry 1993).<<

[172] Ed Moloney, A Secret History ofthe IRA (Londres 2003), pp. 74 y ss.<<

[173] Véase David McKittrick, Seamus Kelters, Brian Feeney, Chris Thorn-Tony David McVea, Lost Lives (Edimburgo 2004), pp. 70-73. Este extraordinario libro es el más melancólico homenaje a los Disturbios.<<

[174] Peter R. Neumann, Britain 's Long War. British Strategy in the Northern Ireland Conflict, 1969-98 (Londres 2003), p. 57.<<

[175] Peter Taylor, Provos. The IRA y SinnFein (Londres 1997), pp. 163 y ss.<<

[*] Alusión a las declaraciones originales de Wilson [«the people who spend their lives spongingon Westminster»] y el término «esponja» [sponge], [N. délos T.]<<

[*] Otro de los nombres despectivos usados para referirse a los irlandeses católicos. [N.de los T.]<<

[176] Martin Dillon, The Shankill Butchers. A Case Study in Mass Murder (Londres 1989), es espantosamente concluyeme.<<

[177] Eamon Collins, KillingRage (Londres 1997), pp. 98 y ss.<<

[178] Liam Clarke y Kathryn Johnston, Martin McGuinness. From Guns to Government (Londres 2003), p. 41.<<

[179] J. J. Barrett, Martin Ferris. Man of Kerry (Dingle, Co. Kerry 2006), pp. 44-45<<

[180] Sean O'Callaghan, TheInformer (Londres 1998), p. 55. Debo agradecer a Sean O'Callaghan por las numerosas conversaciones memorables sobre terrorismo.<<

[181] Toby Harnden, "Bandit Country". The IRA & South Armagh (Londres 1999), pp. 36y ss.<<

[182] Para encontrar ejemplos véase Martin Dillon, God and the Gun. The Church and Irish Terrorism (Londres 1997).<<

[*] Miembro del IRA. [N. de los T.]<<

[183] Véase la aguda exposición sobre la política de la Iglesia en Moloney, A Secret History ofthe IRA, pp. 228 y ss.<<

[184] Taylor, Provos, p. 267.<<

[185] Véase Bruce Hoffman, «All You Need is Love: How the Terrorists Stopped Terrorism», AtlanticMonthly, diciembre de 2001, pp. 1-4.<<

[186] Richard English, Armed Struggle. The History ofthe IRA (Londres 2003), p. 123.<<

[187] Maxwell Taylor y Ethel Quayle, Terrorist Lives (Londres 1994), pp. 28-34.<<

[*] Principal tribunal criminal de Londres. [N. de los T.]<<

[188] Ver el importante libro de Kevin Toolis, Rebel Hearts. fourneys within the IRA's Soul (Londres 1995), p. 288.<<

[**] Tipo de fusil fabricado por la compañía del mismo nombre y utilizado habitualmente por los paramilitares republicanos. [N. de los T.]<<

[***] Estilo de música heredera del punk que se originó en los barrios de clase obrera del Reino Unido en la década de los setenta. [N. de los T.]<<

[189] David Lister y Hugh Jordán, MadDog. The Rise and Fall of Johnny Adair and "C Company"(Edimburgo 2007), p. 37.<<

[190] Ibid., pp. 100-101.<<

[191] Ibid., p. 140.<<

[192] Andrew Silke, «Rebel's Dilemma: The Changing Relationship between the IRA, Sinn Fein, and Paramilitary Vigilantism in Northern Ireland», Terrorism and Political Violence, 11 (1999), p. 62.<<

[193] Roy Masón, Paying the Price (Londres 1999), p. 163.<<

[194] MarkUrban, BigBoys'Rules. The Secret Struggle against the IRA (Londres 1992), pp. 69-78, para una aguda exposición sobre el ejército y la ley.<<

[195] Martin Ingram y Greg Harkin, Stakeknife. Britain's Secret Agents in Ireland (Dublín 2004), pp. 60 y ss., para conocer la historia y el carácter de Scappaticci contados por uno de sus antiguos adiestradores.<<

[196] Peter Taylor, Brits. The War against the IRA (Londres 2001), pp. 288-296.<<

[197] Taylor, Provos, pp. 259-265.<<

[198] Bew, Ireland, p. 532.<<

[199] Neumann, Britain 's Long War, p. 157.<<

[200] McKittricketal., Lost Lives, pp. 1393-1395.<<

[201] Brian Graham, «The Past in the Present: The Shaping of Identity in Loyalist Ulster», Terrorism and Political Violence, 16 (2004), pp. 12-14.<<

[202] Para encontrar los detalles más siniestros ver Chris Ryder y Vincent Kearney, Drumcree. The Orange Order's Last Stand (Londres 2002).<<

[203] Véase la excelente obra de Dean Godson Himself Alone. David Trimble an the Ordeal of Unionism (Londres 2006).<<

[204] Kate Kray, Hard Bastards (Londres 2002), pp. 35-48, y Johnny Adair, Mad Dog (Londres 2007), p. 250.<<

[205] Véase Keith Maguire, «Fraud, Extortion and Racketeering: The Black Economy in Northern Ireland», Crime, Law and Social Change, 20 (1993), pp. 273-292.<<

[206] Rachel Monaghan, «"An Imperfect Peace": Paramilitary "Punishments" in Northern Ireland», Terrorism and Political Violence, 16 (2004), p. 444.<<

[207] «IRA plc Turns Terror into the Biggest Crime Gang in Europe», The Times, 25 de febrero de 2005. Obviamente, puesto que se trata de gente habilidosa, puede haber más actividades que no estén mencionadas aquí, algunas de las cuales —relacionadas con empresas tapadera en el resto del Reino Unido— no se precisan con mucho detalle por motivos legales.<<

[208] Harnden, «Bandit Country», pp. 451 y ss.<<

[209] Edna Leahy, «Farc Rebel "Admits IRATrained Him"», The Times, 15 de mayo de 2005.<<

[210] Michael Burleigh, «Sinister Mutations», Spectator, 18 de febrero de 2006, está basado en entrevistas con oficiales en activo del Servicio de Policía de Irlanda del Norte [PSNI en sus siglas en inglés] en relación con la criminalidad de los paramilitares.<<

[211] Para encontrar estas estadísticas véase el apéndice en McKittrick et al., LostLives, pp. 1525 y ss.<<

[212] Gilíes Kepel, The Revenge of God. The Resurgence of Islam, Christianity and Judaism in the Modern World (University Park, Pensilvania 1994), es un excelente estudio comparativo del resurgimiento de las tres fes abrahámicas desde mediados de los setenta.<<

[213] Patrick Clawson y Michael Rubin, Etemallran. Continuitíy and Chaos (Londres 2005), pp. 87-93.<<

[214] Mike Davis, Buda's Wagón. A Brief History of the Car Bomb (Londres 2007), pp. 78-86, y Robert Baer, See No Evil (Londres 2002), pp. 97 y ss.<<

[215] Véase especialmente Charles Alien, God's Terrorists. The Wahhabi Cult and the Hidden Roots of ModernJihad (Londres 2006), pp. 42 y ss.<<

[216] Gilles Kepel, Jihad. The Trail of Political Islam (Londres 2002), pp. 69-75.<<

[217] Jarret Brachman (ed.), Militant Ideology Atlas (West Point 2006), Apéndice 1, p. 12.<<

[218] Steve Coll, Ghost Wars. The Secret History of the CIA, Afghanistan and Bin Laden, from the Soviet Invasión to September 10, 2001 (Londres 2005),pp. 24-37;Yaroslav Trofimov, The Siege of Mecca (Londres 2007).<<

[219] Brynjar Lia, The Society of the Muslim Brothers in Egypt. The Rise of an Islamic Mass Movement (Reading 1998).<<

[220] Como lo exponen Ian Burumay Avishal Margalit, Occidentalism. A Short History of Anti-Westernism (Londres 2004). <<

[221] Para una buena explicación de esta postura véase Mary Habeck, Knowing the Enemy. Jihadist Ideology and the War on Terror (New Haven 2006), pp. 35-37.<<

[222] Para una exposición informada véase Gilíes Kepel, The Roots of Radical Islam (Londres 2005), pp. 36 y ss.<<

[223] Como lo describe crudamente Alaa Al Aswany en The Yacoubian Building (Londres 2007).<<

[224] Carrie Rosefsky Wickham, Mobilizing Islam. Religión, Activism, and Political Change in Egypt (Nueva York 2002), pp. 36 y ss.<<

[225] Ibid., pp. 145-155.<<

[226] Para leer una magnífica rememoración del Egipto contemporáneo véase Mary Anne Weaver, A Portrait of Egypt. A fourney through the World of Militant Islam (Nueva York 1999), que es especialmente bueno en lo que respecta a los años de Sadat.<<

[227] Véase Youssef H. Aboul-Enein, «Islamic Militant Cells and Sadat's Assassination», Military Review (2004), pp. 1-8; y Daniel Benjamín y Steven Simón, The Age of Sacred Terror (Nueva York 2002), pp. 81-85.<<

[228] Lawrence Wright, The Looming Tower. Al-Qaeda's Road to 9/11 (Londres 2006), pp. 49-59.<<

[229] Martin Stone, The Agony of Algeria (Londres 1997), p. 97. <<

[230] Benjamín Stora, Algeria 1830-2000. A Short History (Ithaca 2001), pp. 171 y ss.<<

[231] Véase el enormemente útil trabajo de Martin van Bruinessen, «Genealogies of Islamic Radicalism in Post-Suharto Indonesia», en http://www.let.uu.nl/-Martin.van.Bruinessen/personal/publications/genealogies_islamic-r.
<<

[232] Wright, Looming Tower, p. 99.<<

[233] Coll, Ghost Wars, pp. 81-82.<<

[234] Marc Sageman, Understanding Terror Networks (Filadelfia 2004), p. 57.<<

[235] Véase Sean O'Neill y Daniel McGrory, The Suicide Factory. Abu Hamza and the Finsbury Park Mosque (Londres 2006), pp. 23-29, para encontrar las dos versiones de esta historia. En la otra, el ingeniero Hamza estaba trazando el boceto de unas estructuras en el suelo con un palo y activó una mina.<<

[236] J. Millard Burr y Robert O. Collins, Alms for Jihad. Charity and Terrorism in the Islamic World (Cambridge 2006), pp. 51-52. Alms for Jihad ha sido objeto de demandas judiciales en Londres. El hecho de que lo cite no implica que suscriba todas sus afirmaciones. <<

[237] Véase la perspicaz entrevista en Abdel Bari Atwan, The Secret History ofAl-Qaeda (Londres 2006), pp. 19-30.<<

[238] Véase Faisal Devji, Landscapes of Jihad. Militancy, Morality, Modernity (Londres 2005).<<

[239] Jason Burke, Al-Qaeda. The True Story of the Radical Islam (Londres 2003), pp. 77-78.<<

[240] Para una extensa documentación sobre Al Qaeda véase West Point Counter-Terrorism Center's HarmonyProject. Employment Contract AFGP-2002-600045 y Organisational arrangements AFGP-2002-00078 y AFGP-2002-000080.<<

[241] Terry McDermott, Perfect Soldiers. The 9/11 Hijackers (Nueva York 2005), pp. 107-119.<<

[242] Peter Brookes, A Devil's Triangle. Terrorism, Weapons of Mass Destruction, andRogueStates (Lanham, Maryland 2005), p. 102.<<

[234.] Melanie Phillips, Londonistan. How Britain is Creatinga Terror State Within (Londres 2006), lo cuenta como realmente es.<<

[235.] Burr y Collins, Alms for Jihad, p. 94.<<

[*] Organización benéfica británica dedicada a organizar viajes y vacaciones para jóvenes cristianos. [N. de los T]<<

[236.] Para lo anterior véase principalmente Tony Walker y Andrew Gowers, Arafat. The Biography (Londres 2003), pp. 208 yss. <<

[237.] Bernard Lewis, «The Other Middle East Problems», en su recopilación From Babel to Dragomans. Interpreting the Middle East (Londres 2004), pp. 332-342.<<

[238.] Ze'ev Schiff y Ehud Ya'Ari, Intifada. The Palestinian Uprising and Israel's Third Front (NuevaYork 1989), p. 154.<<

[239.] David Pratt, Intifada. The Long Day of Rage (Glasgow 2006), p. 51.<<

[240.] Además de numerosos obituarios sobre el jeque, véase Matthew Levitt, Hamas. Politics, Charity, and Terrorism in the Service of Jihad (New Haven 2006), pp. 34-37.<<

[241.] Zaki Chehab, Inside Hamas. The Untold Story of Militants, Martyrs and Spies (Londres 2007), p. 23, y Shaul Mishal y Avraham Sela, The Palestinian Hamas. Vision, Violence, and Coexistence (Nueva York 2006).<<

[242.] «Hamas Covenant 1988» en la edición del Proyecto Avalon, disponible en www.yale.edu/lawweb/avalon/mideast/hamas.htm, pp. 1-25, y como apéndice en Mishal and Sela, The Palestinian Hamas, pp. 175-199. <<

[243] Samuel M. Katz, TheHunt for the Engineer. How Israelí Agents Tracked the Master Bomber (Guilford, Connecticut 2002), es un magnífico relato de la carrera de Ayyash.<<

[244] Pratt, Intifada, pp. 108 y ss., es gráfico.<<

[245] Véase especialmente Ami Pedahzur, Suicide Terrorism (Cambridge 2005), pp. 134 y ss., y los menos interesantes Robert A. Pape, Dyingto Win. Why Suicide Terrorists Do It (Londres 2006) y Diego Gambetta (ed.), Making Sense of Suicide Missions (Oxford 2005).<<

[246] Anat Berko y Edna Erez, «"Ordinary People" and "Death Work": Palestinian Suicide Bombers as Victimizers and Victims», Violence and Victims, 20 (2006), pp. 603-623.<<

[247] Ed Husain, TheIslamist (Londres 2007), pp. 74-81.<<

[248] Noel Malcolm, Bosnia. A Short History (Londres 1994), pp. 220-222, resulta típicamente humano e inteligente.<<

[249] Lorenzo Vidonio, Al Qaeda in Europe. The New Battleground of Internationalfihad (Amherst, Nueva York 2006), pp. 215-231.<<

[250] Evan Kohlmann, Al-Qaeda's Jihad in Europe. The Afghan-Bosnian Network (Oxford 2004), pp. 85-86.<<

[251] «The 1995 and 1998 Renditions», Human Rights Watch en http://dR//hrw. org/reports/2005/egypt0505h5. htm.<<

[252] Kepel, fihad, pp. 251-253.<<

[253] Paul Murphy, The Wolves of Islam. Russia and the Faces of Chechen Terror (Washington D. C. 2006), pp. 20-24.<<

[254] Andrew Higgins y Alan Cullison, «Saga of Dr Zawahiri Sheds Light on the Roots of Al Qaeda Terror», Wall Streetfournal, 3 de julio de 2002.<<

[255] Evan Kohlmann, «Two Decades of Jihad in Algeria: The GIA, the GSPC, and Al-Qaida», www.nefafoundation.org(2007), pp. 1-28. Mohammed Samraoui, Chronique des années de sang (París 2003), debería ser usado con precaución ya que ha sido objeto de demandas por difamación en los tribunales franceses. Véase especialmente Martin Evans y John Phillips, Algeria. Anger of the Dispossessed (New Haven 2007), pp. 235 y ss.<<

[256] Stora, Algeria 1830-2000, pp. 213y ss., es bueno en relación con las políticas de la década de los noventa.<<

[257] Sobre el primer punto véase Mark Alien, Arabs (Londres 2006), p. 30.<<

[258] Habeck, Knowing theEnemy, pp. 83 y ss.<<

[259] Simón Reeve, The New fackals. Ramzi Yousef Osama bin Laden and the Future of Terrorism (Londres 1999), pp. 125-132, es un persuasivo relato sobre la mente de Yousef.<<

[260] Richard A. Clarke, Against All Enemies. Inside America's Waron Terror (Nueva York 2004), pp. 140-147.<<

[261] Burke, Al-Qaeda, p. 127.<<

[262] Véase especialmente Ahmed Rashid, Taliban. The Story of the Afghan Warlords (Londres 2001), pp. 72-75.<<

[263] Véase Alan Cullison, «Inside Al-Qaeda's Hard Drive», Atlantic Monthly (septiembre de 2004), pp. 1-16. La magnífica información de Cullison desde Afganistán para el Wall Street Journal incluye detalles obtenidos de ordenadores abandonados de Al Qaeda que compró en Kabul.<<

[264] Daniel Byman, Deadly Connections. States that Sponsor Terrorism (Cambridge 2005), pp. 205-209.<<

[265] McDermott, Perfect Soldiers, Apéndice C, p. 264, para la mayor parte de este texto.<<

[266] Baradan Kuppusamy, «Hambali: The Driven Man», Asia Times, 19 de agosto de 2003.<<

[267] Lucien Vandenbroucke, «Eyewitness to Terror: Nairobi's Day of Infamy», y Prudence Bushnell, «After Nairobi: Recovering from Terror», American Foreign Service Bulletin (2000), números de junio y julio.<<

[268] Michael Griffin, Reapingthe Whirlwind. Afghanistan, Al Qaeda and the Holy War (Sterling, Virginia 2003), p. 174.<<

[269] Jean-Charles Brisard y Damien Martinez, Zarqawi. The New Face of Al-Qaeda (Cambridge 2005), es esencial en el tema de Zarqawi y está basado en una amplia documentación jordana.<<

[270] Vidino, Al Qaeda in Europe, pp. 147 y ss.<<

[271] McDermott, Perfect Soldiers, pp. 37-46.<<

[272] DIGOS (Servicio secreto italiano), Informe «Al Muhajroun 3» fechado el 21 de noviembre de 2001.<<

[273] ShivMalik, «My Brother the Bomber» Prospect (junio de 2007), p. 34.<<

[274] Gerald Robbins, «Dutch Treat: The Netherlands Tries to Assimilate its Muslim Immigrants», Weekly Standard, 13 dejulio de 2007, pp. 1-2.<<

[275] George Walden, Time to Emigrate? (Londres 2006).<<

[276] Paul M. Sniderman y Louk Hagendoorn, When Ways of Life Collide (Princeton 2007), pp. 27 y ss.<<

[277] Véase especialmente el honesto y bien informado libro de Nick Cohén What's Left? How the Liberáis Lost their Way (Londres 2006).<<

[278] Walter Laqueur, The Last Days of Europe. Epitaph for an Old Continent (Nueva York 2007), p. 85; y respecto al último tema véase el lúcido artículo de Rod Liddle, «The Public Know How These Attacks Happen-Unlike the Politicians», Spectator, 7 de julio de 2007, pp. 14-15.<<

[279] Este importante punto se explica en Ed Husain, TheIslamist, pp. 69-70.<<

[280] Jamie Doward, «Extremists Train Young Convicts for Terror Plots», Observer, 15 de julio de 2007.<<

[*] Juego de palabras intraducibie en el que el autor hace referencia a la manera irónica en la que algunos estadounidenses se refieren a las siglas de la London School of Economics (LSE) como «Let's See Europe» («Vamos a ver Europa»). [N. de los T.]<<

[281] Jason Burke, Evening Standard, 8 de agosto de 2007.<<

[282] Thomas H. Kean y otros, The 9/11 Commission Report (Nueva York 2002), p. 166.<<

[283] Barton Gellman y Jo Becker, «Angler: The Cheney Vice Presidency», Parte II, Washington Post, 24 de junio de 2007, p. 5.<<

[284] Fawaz A. Gerges,Journey of the Jihadist. Inside Muslim Militancy (Orlando 2006), pp. 207-209.<<

[285] Véase la útil exposición de Michael Howard, «War against Terrorism», Royal United Services Institute Address, 30 de octubre de 2001, pp. 1-5.<<

[286] Ron Suskind, The One Per Cent Doctrine. Deep Inside America's Pursuit of its Enemies since 9/11 (Londres 2006), p. 17.<<

[287] Véanse las interesantes memorias de Tyler Drumheller, On the Brink (Nueva York 2006), p. 48. Drumheller fue el responsable de las operaciones clandestinas de la CIA en Europa.<<

[288] Christina Lamb, «The Invisible Man», revista del Sunday Times, 18 de marzo de 2007, pp. 48-57, es un bien informado relato de las labores de búsqueda.<<

[289] David Gartenstein-Ross y Kyle Dabruzzi, «The Convergence of Crime and Terror: Law Enforcement Opportunities and Perils», Center for Policing Terrorism, 26 de marzo de 2007, pp. 1-24.<<

[290] Para lo anterior véase David Rivkin y Lee A. Casey, «Family Feud: The Law in War and Peace», National Interest, 89 (2007), pp. 66-75, y John Yoo, War by Other Means. An Insider's Account of the War on Terror (Nueva York 2006).<<

[291] Véase la meditada reseña de Alasdair Palmer, «American "Oppressors" Have a Right to a Fair Trial Too», Sunday Telegraph, 3 de junio de 2007, que examina el nuevo libro de Clive Stafford Smith sobre la bahía de Guantánamo.<<

[292] Mark Bowden, «Jihadists in Paradise», AtlanticMonthly, marzo de 2007 pp. 54-75.<<

[293] West Point Counter-Terrorism Center Harmony Project, Adl a Muktar, 13 de junio de 2002.<<

[294] Véase Rohan Gunaratna, «Terrorism in Southeast Asia: Threatand Response», Hudson Institute (NuevaYork 2006), pp. 1-12. <<

[295] Jason Burke, «Al Qaeda after Madrid», Prospect (junio de 2004).<<

[296] Véase la exposición de David Tucker, «What's New about the New Terrorism and How Dangerous is It?», Terrorism and Political Violence, 13 (2001), pp. 1-14.<<

[297] Véase el importante trabajo realizado por Jacob Shapiro, de la universidad de Stanford, «The Terrorist's Challenge: Security, Efíiciency, Control», Center for International Security and Cooperation, 26 de abril de 2007, pp. 1-36.<<

[298] Para obtener ejemplos recientes véase Lee Kuan Yew, «Winning the War on Terrorism», Foreign Affairs, 86 (enero/febrero 2007), pp. 2-7.<<

[299] Simón Elegant, «The Terrorist Talks», Time/CNN, 5 de octubre de 2003, p. 2, que cita informes de la CIA.<<

[300] El relato más detallado es el de Maria Ressa, Seeds of Terror. An Eyewitness Account of Al-Qaeda 's Newest Center of Operations in Southeast Asia (Nueva York 2003), pp. 143 y ss.<<

[301] Arabinda Acharya, «The Bali Bombings: Impact on Indonesia and Southeast Asia», Hudson Institute (NuevaYork 2006), pp. 1-5.<<

[302] Kumar Ramakrishna, «The Making of the Jemaah Islamiyah Terrorist», en James J. F. Forest (ed.), Teaching Terror: Strategic and Tactical Learning in the Terrorist World (Oxford 2006), pp. 223 y ss.<<

[303] Para una espléndida descripción de la Indonesia contemporánea véase Tracy Dahlby, Allah 's Torch. A Report from behind the Scenes in Asia 's War on Terror (Nueva York 2005), así como el igualmente informativo John T. Sidel, Riots, Pogroms, Jihad. Religious Violence in Indonesia (Ithaca 2006), especialmente pp. 196 y ss.<<

[304] Zachary Abuza, «JI's Moneyman and Top Recruiter: A Profile of Noordin Mohammed Top», Terrorism Focus, 3 (25 de julio de 2006), pp. 1-2, y Jay Solomon y James Hookway, «In Indonesia, War on Terror Shows Both Gains and Worrisome Trends», Wall Street Journal, 8 de septiembre de 2006.<<

[305] Michael Moss y Souad Mekhennet, «The Guidebook for Taking a Life», New York Times, 10 de junio de 2007, pp. 1-4.<<

[306] Ver Lawrence Wright, «The Terror Web», New Yorker, 2 de agosto de 2004.<<

[307] Kathy Gannon, «Cameraman Sheds Light on al-Qaida Tactics», Associated Press, 26 de junio de 2006.<<

[308] Douglas Farah, Bloodfrom Stones. The Secret Financial Network of Terror (Nueva York 2004), es el fiable relato del jefe de la corresponsalía del Washington Post en África occidental.<<

[309] House of Commons Intelligence and Security Committee (Chairman Paul Murphy MP), Report into the London Terrorist Attacks on 7 July 2005 (Londres 2006), para estos comentarios sobre los hallazgos del comité. El hecho de que el comité esté lleno de parlamentarios conectados al ejército y los servicios de inteligencia tiende a convertirlo en la versión elegida en votación de lo que supuestamente tiene que controlar en vez de ser un foro que haga preguntas originales. La necesidad de mantener el secreto (generalizada en Gran Bretaña) cuenta más que la capacidad de plantear preguntas que provengan de más allá de los horizontes conceptuales de la comunidad relacionada con los temas de seguridad. Ofrece un importante contrapeso Crispin Black, 7/7. The London Bombs. What Went Wrong? (Londres 2005).<<

[310] Report of the Official Account ofthe Bombings in London on 7th fuly 2005, HM Stationery Office (Londres 2006), para estos detalles.<<

[311] Sean O'Neill, «Silence in (and out of) Court», The Times, 12 de mayo de 2006, p. 24. Este razonamiento lo expuso Peter Clarke en Learning from Experience. Counter-Terrorism in the UKsince 9/11, Colin Cramphorn Memorial Lecture at Policy Exchange (Londres 2007), pp. 34-35.<<

[312] Sean O'Neill, «Refugees Who Tried to Wage War on London», The Times, 10 de julio de 2007, portada y pp. 6-7.<<

[313] «How 7/7 killers Slipped MI5 Net» y otras historias relacionadas en Daily Mail, 1 de mayo de 2007.<<

[314] Anónimo, «An Army on Operations». Mi agradecimiento a Antony Beevor por una copia de esta conferencia de un alto general británico a una audiencia estadounidense.<<

[315] Terence Henry, «Get Out of Jihad Free», Atlantic Monthly, junio de 2007, pp. 39-40.<<

[316] Christopher Boucek, «Extremist Reeducation and Rehabilitation in Saudi Arabia», Terrorism Monitor, 5 (2007), pp. 1-4. Un programa egipcio similar se ha visto obstaculizado por la falta de fondos; véase Manal El-jesri, «Given the Chance», Egypt Today, octubre de 2007.<<

[317] Peter Coleman, A Liberal Conspiracy (Nueva York 1989).<<

[318] Gerald Robbins, «Dutch Treat. The Netherlands Tries to Assimilate its Muslim Immigrants», Weekly Standard, 13 de julio de 2007.<<

[319] Pascale Combelles Sigel, «An Inside Look at France's Mosque Surveillance Program», Terrorism Monitor, 5 (2007), pp. 1-3, es un excelente análisis de las medidas francesas de seguridad interna.<<

[320] Véase Frank GafFney y otros, War Footing (Annapolis, Maryland 2006), pp. 68-70.<<

[321] Véase Mitchell D. Silber y Arvin Bhatt, Radicalization in the West: The Homegrown Threat, New York City Pólice Department Intelligence División (Nueva York 2007).<<

[322] Solomon y Hookway, «In Indonesia».<<

[323] Peter Grier, «Where Does Al Qaeda Stand Now?», Christian Science Monitor, 5 de marzo de 2007; para una evaluación actualizada de dónde está ahora Al Qaeda véase Fred Burton y Scott Stewart, «Gunning for Al Qaeda Prime», Stratfor Terrorism Intelligence Report, 27 de junio de 2007, pp. 1-4.<<

[324] Véase John A. Nagl, Learning to Eat Soup with a Knife. Counterinsurgency Lessons from Malaya and Vietnam (Chicago 2005), pp. 59 y ss.<<

[325] Jeffrey Imm, «Who is America fighting-Jihadists or Extremists?», Counterterrorism Blog, 25 de abril de 2008, pp. 1-6.<<

[326] Por ejemplo, Frederick W. Kagan, «How We'll Know we've Won: A Definition of Success in Iraq», en The Weekly Standard, 5 de mayo de 2008, pp. 1-6.<<

[327] Teniente coronel (doctor) David Kilcullen, «Countering Global Insurgency», conferencia dictada el 30 de noviembre de 2004, p. 39.<<

[328] El término «islamofascismo» lo emplean Martin Amis, Christopher Hitchens y muchos otros comentaristas. «Islamobolchevismo» es menos frecuente, pero lo emplea entre otros Niall Ferguson.<<

[329] Véase Michael Doran, «Statement on CIST Strategy», en donde se defiende que la percepción que los musulmanes tengan de sí mismos es más importante que la percepción que los demás puedan tener de Estados Unidos. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento por la oportunidad de discutir estas cuestiones con el señor Doran.<<

[330] Véase el maravilloso libro de Steve Coll The Bin Ladens (Londres 2008).<<

[331] Jonathan Powell, Great Hatred; Little Room. Making Peace in Northern Ireland (Oxford 2008); sesión informativa con el subsecretario Eric Edelman en el Cariton Club, Londres, 14 de marzo de 2008. La anécdota del irlandés proviene de una fuente que prefiere mantener el anonimato.<<

[332] Francés Stonor Saunders, Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War (Londres 1999). Existe un libro mucho mejor, obra de Peter Coleman, antiguo director de Quadrant, titulado The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe (Londres 1989).<<

[333] El libro de Ed Husain The Islamist (Londres 2007) es una crónica importante del «intrusismo» trotskista por parte de los islamistas en los institutos y colegios preuniversitarios de Gran Bretaña.<<

[334] Véase el próximo informe del Centro para la Cohesión Social, de Anthony Glees, titulado «Islam in Britain: The Government's Security-driven Plans to Reform the Teaching of Islam in English Universities» (Londres 2008).<<

[335] Martin Evans y John Phillips, Algeria. Anger of the Dispossessed (New Haven 2007), p. 170.<<

[336] Para un buen comentario sobre Internet y el terrorismo, véase Marc Sageman, Leaderless Jihad. Terror Networks in the Twenty-First Century (Filadelfia 2008), pp. 109-123. Los servicios de inteligencia holandeses también han puesto en circulación algunos informes de gran calidad sobre esta cuestión. Como es lógico, no se debe descuidar el impacto radicalizador de la televisión por satélite, especialmente en las «ciudades parabólicas» de Holanda, o de las nuevas emisoras de televisión terrestre, especializadas en noticias, que reciclan escenas atroces cada media hora. Véase también Fred Burton, «The Web of Jihad: Strategic Utility and Tactical Weakness», Stratfor, 13 de junio de 2006, pp. 1-4.<<

[337] Michael Burleigh, Sangre y rabia. Una historia cultural del terrorismo (Madrid 2008). Damian Thompson, Counterknowledge. How We Surrendered to Conspiracy Theories, Quack Medicine, Bogus Science and Fake History (Londres 2008), es uno de los muchos títulos que recientemente se han ocupado de estas cuestiones culturales de mayor espectro.<<

[338] Véase a su director, Maajid Nawaz, In and. Out of Islamism (Londres 2008) y Fundación Quilliam (ed.), Pulling Together toDefeat Terrorism. Recommendationsfor Uprooting Islamist Extremism (Londres 2008).<<

[339] Véase Michael Burleigh, «Lawyers sap our will to combat terrorism», The Times, 27 de julio de 2007, p. 17.<<

[340] Floyd Abrahams, «Foreign Law and the First Amendment», Wall Street Journal, 30 de abril de 2008. Por desgracia, las leyes contra la difamación impiden que pueda ser más específico en este punto, aunque el lector interesado puede consultar la revista Prívate Eye, donde encontrará algunos ejemplos relevantes del problema. <<

[341] Sean O'Neill, «Terror Suspect who won court battle identified as "sénior Al-Qaeda agent"», The Times, 26 de abril de 2008.<<

[342] Algunos libros relevantes son los de Nick Cohén, What's Left? (Londres 2007), y Andrew Anthony, TheFallout (Londres 2007).
<<

[344] Para un interesante comentario sobre las Iglesias y el 11-S, véase Jean Bethke Elshtain, Just Waragainst Terror. The Burden of American Power in a Violent World (Nueva York 2003).<<

[345] Entre los muchos comentarios que se han vertido sobre Williams, véase Melanie Phillips, «Seven deadly reasons why the Archbishop should not be allowed to get away with it», Daily Mail, 13 de febrero de 2008, p. 14. El arzobispo en esencia quiso dar respuesta a la autoafirmación agresiva de los islamistas diciendo que Gran Bretaña debería ser un poco más musulmana. Tampoco tuvo especial cuidado en recordar a una nutrida población mundial que en algunos países (incluidas ciertas zonas del Reino Unido, así como Nigeria, Pakistán, Somalia y Sudán) se encuentra asediada por los extremistas musulmanes.<<

[346] Philip Jenkins, God's Continent. Christianity, Islam and Europe's Religious Crisis (Oxford 2007), pp. 52-53.<<

[347] Véase el importante artículo de John Cornwell «Are Muslim enclaves no-go areas, forcing other people out?», The Sunday Times, 16 de marzo de 2008, pp. 1-7, e Ian Buruma, Murder in Amsterdam (Londres 2006).<<

[348] «Terror Suspect Obtained Visa», The Star, 25 de abril de 2008; entre otros libros recientes sobre la proliferación nuclear destaca el de William Langewiesche, The Atomic Bazaar. The Riseofthe NuclearPoor (Londres 2007).<<

[349] Center for Combating Terrorism (West Point), ed., Cracks in the Foundations. Leadership Schisms in al-Qa'ida 1989-2006 (West Point, Nueva York 2007), es un estudio bien documentado de estas divisiones.<<

[350] Olivier Roy, The Politics of Chaos in the Middle East (Londres 2007), pp. 141 yss.<<

[351] Olivier Guitta, «Africa is the next stage of the war», The Examiner, 6-7 de octubre de 2007; Jane Novak, «Yemen's Trace with Al Qaeda», The Weekly Standard, 31 de octubre de 2007, pp. 1-2; Andrew McGregor, «Military Rebellion and Islamism in Mauritania», Terrorism Monitor, 3 (2005), pp. 1-3; J. Peter Pham, «Violence, Islamism, and Terror in the Sahel», World Defence Review, 22 de febrero de 2007, pp. 1-3.<<

[352] Thomas Renard, «Pólice Raids Uncover Al-Qaeda's Parallel World in Turkey», TerrorismFocus, 5 (2008), pp. 5-7.<<

[353] Ahmed Akbar, Resistance and Control in Pakistan (Londres 1991), es un libro bien informado sobre el papel del autor como oficial de aduanas en Waziristán, además de contar con una buena formación antropológica.<<

[354] En especial el abogado británico defensor de los derechos humanos Philippe Sands en Torture Team (Londres 2008).<<

[355] Marc Reuel Gerecht y Gary Schmitt, «What France does Best», The American, marzo/abril de 2008, pp. 1-4, y Craig Whidock, «French Push Limits in Fight Against Terrorism», Washington Post, 2 de noviembre de 2004.<<

[356] «Britain is Europe's top terror centre, arrests show», Sunday Telegraph, 27 de abril de 2008.<<

[357] Andy Dolan, «Fanatic tried to brainwash son», Daily Mail, 19 de febrero de 2008, pp. 20-21.<<

[358] Shmuel Bar, Warrant for Terror. The Fatwas of Radical Islam and the Duty of fihad (Stanford 2006).<<

[359] Mohamed Sifaoui, Inside Al Qaeda (Londres 2003), p. 65. <<

[360] Bat Ye'or, Eurabia: The Euro-Arab Axis (Madison 2005), y Ralph Peters, «The "Eurabia" Myth», en su Wars of Blood and Faith. The Conflicts that will Shape the Twenty-First Century (Mechanicsburg, Pensilvania 2007), pp. 332-334. Asimismo, véase Walter Laqueur, TheLastDays of Europe. Epitaph for an Oíd Continent (Nueva York 2007).<<

[361] Roy, The Politics of Chaos, p. 66.<<

[362] Me remito a Michael Burleigh, Earthly Powers. Politics and Religión from the French Revolution to the Great War (Londres/Nueva York 2005) y Sacred Causes. Politics and Religión from theEuropean Dictators to Al-Qaeda (Londres/Nueva York 2006).<<

[363] Para una reordenación preventiva de nuestro universo legal, véase Phillip Bobbitt, Terror and Consent (Londres 2008).<<

[364] Gerard Henderson, Islam in Australia. Democratic bipartisanship in action (Londres 2007), Agradezco a Gerard la oportunidad que me dio de comentar estas cuestiones en el Sydney Institute.<<

[365] Peter Zimonjic, Into the Darkness: An Account of 7/7 (Londres 2008), pp. 196 y ss.<<

Document Outline

- PREFACIO
- VERDE: LOS DINAMITEROS FENIANOS
- ROJO: NIHILISTAS Y REVOLUCIONARIOS RUSOS
- NEGRO: LOS ANARQUISTAS Y EL TERRORISMO
- MUERTE AL SOL: TERRORISMO Y DESCOLONIZACIÓN
- LLAMAR LA ATENCIÓN: SEPTIEMBRE NEGRO Y EL TERRORISMO INTERNACIONAL
- JÓVENES BLANCOS Y CULPABLES: LAS BRIGADAS ROJAS Y LA FACCIÓN DEL EJÉRCITO ROJO
- EL TERROR EN LOS PAÍSES PEQUEÑOS
- RABIA MUNDIAL: TERRORISMO ISLÁMICO
- CODA, 2008
- Bibliografía escogida
- Índice analítico
- Notas